ValyTer

Todos somos la misma energía

Thandabantu

Para mi Padre

Nota : Los personajes y los hechos en esta novela son mezcla de realidad y de ficción

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

I.	Los Beloki sienten la vida- Navarra, mayo de 1945.	1
II.	Sipho brota de las arenas del Kalahari- Matabeleland, septiembre 1955.	8
III.	Una misión en la selva Africana, 1963	13
IV.	El espíritu <i>Nyanga</i> entra en Sipho- Matabeleland, noviembre 1965.	24
V.	Patxi busca su camino- Garai, País Vasco, octubre 1968.	30
VI.	Luchando por la vida, Bombay, 1969	39
VII.	El mirador de Nolwasi. Matabeleland. diciembre de 1970	45
VIII.	Los sueños de los tigres blancos. Calcuta 1973	53
IX.	La mar llama a Jonay al mundo –Gomera, septiembre 1975.	61
X.	Un cubano en África, 1976	68
XI.	Patxi cumple su promesa en Urkiola. agosto 1977.	84
XII.	Las dudas de la Fe. Madrid, noviembre 1977	96
XIII.	El plan de la libertad. Arguamul, Gomera, julio de 1978	111
XIV.	El budismo y la física. Himalayas 1979	130
XV.	La furia del mar y la libertad. Atlántico Norte. agosto de 1978	139
XVI.	Aimsa abre sus alas. Berkeley 1981	150
XVII.	Una extraña enfermedad en Matabeleland, Rhodesia del Sur 1981.	162
XVIII.	La marcha a Egoli. Sudáfrica. agosto 1982	172
XIX.	Las fronteras de la religión. Misión de San José, noviembre de 1982.	185
XX.	Descubriendo la magia de la medicina. La Laguna, Tenerife 1983.	195
XXI.	Las trampas de la vergüenza. Soweto, 1983	207
XXII.	Un Imperio de contratos. Berkeley 1984	224
XXIII.	El amor en los límites de la vida. Matabeleland 1984	238

XXIV.	El dilema del amor y el destino. Teide, Tenerife, 1985	255
XXV.	Furia contra los espíritus. Matabeleland South 1985	267
XXVI.	La jerarquía ahoga al amor. Bulawayo, Zimbabue, 1985	278
XXVII.	Una epidemia de miedo y prejuicios avanza en el mundo. Atlanta 1985	288
XXVIII.	Unas plantas para un virus. Bulawayo, 1985	301
XXIX.	Jonay llega a su destino, San José, Matabeleland, 1986	310
XXX.	Los buitres de la Humanidad. Matabeleland 1986	318
XXXI.	Un desafío para la valentía, Matabeleand 1986	326
XXXII.	Jonay vuela en su sueño, Matabeleland, 1986	338
XXXIII.	Si hay amor hay esperanza, Pretoria 1986	350
XXXIV.	Un abrazo sin tiempo ni espacio. Sanzukwi 1987	358
XXXV.	El lucro o la vida. De costa a costa, Estados Unidos 1987	371
XXXVI.	Los tentáculos del horror y los "prescindibles" Sur de África, 1987	388
XXXVII.	Dos visiones de la salud, se entrelazan. San José, Lluvias de 1987	403
XXXVIII.	El agua que limpia el miedo. San José. Lluvias de 1987	418
XXXIX.	Sería una buena idea.... Londres, 1988	429
XL.	Aliados contra el terror, Sudáfrica, 1988	442
XLI.	La pasión por la salud. Matabeleland 1989	456
XLII.	Amores sin prejuicios, Bulawayo, 1989	471
XLIII.	Brotos de una nueva Humanidad. Gomera 1990	484
XLIV.	Los dogmas, la vida y la libertad. Bruselas 1991	496
XLV.	Al rescate del dolor. Johannesburgo 1992	512
XLVI.	Un brindis por el amor sin temores, Roma 1992	529
XLVII.	Alianzas sin focos ni gloria. Florencia 1992	539
XLVIII.	La madeja del mal, Qunu, Sudáfrica 1992	550
XLIX.	Sobrevolando el amanecer de un nuevo mundo. Gomera 1992	565

L.	La trenza de los destinos del amor. Sobrevolando África, 1992	577
LI.	Volando con las águilas negras. Matopos 1992	588
LII.	Piezas de repuesto para una religión, Tel Aviv 1994	600
LIII.	El amor, la llave de la libertad. Bruselas 1994	612
LIV.	Un decálogo para una nueva Humanidad, Findhorn, Escocia 1995	628
LV.	Sobrevolando la inmensa belleza del mundo, Cataratas Victoria, junio 1996	644
LVI.	Los refugios de la avaricia, Zúrich 1997	657
LVII.	Dos mundos, dos epidemias, Madrid 1996	671
LVIII.	Aimsa encuentra a su familia, Comunidad de La Ternura, Gomera 1996	688
LIX.	Reencuentro con el maestro, Arguamul 1996	693
LX.	Un mensaje en la Meca de la medicina tropical, Londres, 1996	700
LXI.	Jonay siente el destino de Aimsa, San Francisco 1996	704
LXII.	Llega la esperanza. ¿Pero sólo para algunos? Vancouver 1996	707
LXIII.	¿Conocimiento sordo al grito de la pobreza? Berkeley, 1996	728
LXIV.	La huella de la valentía de Anwele, Ukuzwana 1996	737
LXV.	El abrazo al árbol, Kioto, diciembre 1997	749
LXVI.	La mentira más bella. Ukuzwana, Matabeleland, marzo de 1998	762
LXVII.	Saidu vuelve a la vida, Lunghi, Sierra Leona. julio 1999.	773
LXVIII.	La mirada clandestina, Ukuzwana, Matabeleland, septiembre 1999	788
LXIX.	La avaricia acapara la Tierra... Bahía, Brasil, noviembre 1999	796
LXX.	... y también la lluvia... Cochabamba, Bolivia marzo de 2000	803
LXXI.	El oficio del amor evanescente. Harare. octubre 1999	812
LXXII.	¿El hogar o el mundo? Ciudad del Cabo, octubre 1999	828
LXXIII.	Con la reina del swing. Barcelona, España, noviembre 1999	836
LXXIV.	La capa del maestro. Rishikesh, noviembre 1999	844
LXXV.	El mundo comienza a despertar., Seattle, diciembre 1999	854

LXXVI.	En la jungla del poder. Nueva York diciembre 1999	861
LXXVII.	Un nuevo amanecer para el nuevo milenio, Ukuzwana, enero, 2000.	867
LXXVIII.	Vértigo hacia el tercer milenio, Nueva York, mayo 2000	889
LXXIX.	Reinventando sueños, Ukuzwana, Zimbabue, septiembre 2001	902
LXXX.	El dolor llega al paraíso. Comunidad de la Ternura, Gomera, enero 2002	910
LXXXI.	La justicia desafía al amor, Johannesburgo, junio 2002	918
LXXXII.	Jirones del alma en un relevo de luz, Ukuzwana, septiembre 2002	926
LXXXIII.	El más profundo desgarró del corazón, Madrid, Navidad 2002	939
LXXXIV.	La mentira y la avaricia mandan en el mundo, Nueva York, marzo 2003.	952
LXXXV.	Las semillas envenenadas del poder, Gomera noviembre 2003	960
LXXXVI.	Los hombres también sufren, Madrid mayo 2004	973
LXXXVII.	Descifrando la jungla del poder europeo, Bruselas, julio 2004	983
LXXXVIII.	La penúltima batalla, Nampula, Mozambique, noviembre 2004	1001
LXXXIX.	Bajando del pedestal humano, Dakota del Sur, marzo 2005	1017
XC.	Cuando la verdad se revela, la ternura, Gomera septiembre 2005	1026
XCI.	Yo lucho si tú luchas, Bruselas, febrero 2006,	1043
XCII.	Amor en tiempos de SIDA, Matabeleland, octubre 2006	1055
XCIII.	Pequeña Ternura, Keystone Branch, mayo 2007	1069
XCIV.	La eco isla de la laurisilva, Gomera, abril 2008	1079
XCV.	En el hogar junto al bosque, Hoeilaart, septiembre de 2008	1100
XCVI.	Tapándose para ser vistos, Chiapas, noviembre 2008	1114
XCVII.	Jugando a ser Dios, Bulilila-mangwe, abril 2009	1122
XCVIII.	¿Y también los genes? White Lake, julio 2009	1143
XCIX.	Una isla para la esperanza, eco isla de la laurisilva, noviembre 2009	1153
C.	La equidad en la salud, Bruselas, mayo 2010	1166
CI.	La última aventura, Mosi-oa Tunya, julio 2010	1176

CII.	La tempestad de la injusticia, Llanes, Asturias, febrero 2011	1184
CIII.	Perro-flautas en la Puerta del Sol, Madrid, mayo 2011	1198
CIV.	Entre la belleza indómita, White Lake, julio 2011	1214
CV.	La virgen de la rodilla, Berkeley Hills, diciembre 2011	1223
CVI.	Misión cumplida, volando sobre Groenlandia, marzo 2012	1237
CVII.	El fuego y la vida, Garajonay, agosto de 2012	1251
CVIII.	Tanto amor.. tanto dolor..., White Lake, octubre 2012	1260
CIX.	El amigo de las plantas, Monte de Santa Catalina, enero 2013	1269
CX.	¿La Iglesia vuelve al amor?, Roma febrero 2013	1276
CXI.	La magia que cruza los caminos. Ciudad de México, mayo 2013	1286
CXII.	La vida renace de las cenizas y el amor se transforma, Eila, noviembre 2013	1296
CXIII.	El reino de la injusticia, Washington, mayo 2014	1302
CXIV.	La eco aldea de los cooperantes, Madrid, julio 2014	1312
CXV.	La entrega más humilde, De Cuba a Sierra Leona, noviembre 2014	1321
CXVI.	Los héroes de la Tierra, Comalapa, Chiapas, marzo 2015	1340
CXVII.	La Humanidad hacia el abismo, de Nueva York a París, otoño de 2015	1367
CXVIII.	Robots y Bien Común, California, enero 2016	1389
CXIX.	Hermanos navegando la vida, Atlántico Norte junio 2016	1411
CXX.	Vuelve la siempre fiel soledad, México, diciembre 2016.	1428
CXXI.	Transformar el dolor en esperanza, Ukuzwana, marzo 2017	1451
CXXII.	La ciencia y la conciencia, San Francisco, mayo 2017	1464
CXXIII.	Bioética y zapatismo, Chiapas, julio 2017	1486
CXXIV.	La furia de los vientos, Cuba, septiembre 2017	1499
CXXV.	Entendiendo con el corazón, La Habana, diciembre 2017	1512
CXXVI.	Te dejo que me dejes, Majadahonda, febrero de 2018	1533
CXXVII.	El baile con el mar, costa de Miramar, abril 2018	1550

CXXVIII.	Hasta el asfalto se rinde, Nagasaki, junio 2018	1561
CXXIX.	Somos todo lo que amamos, Ukuzwana, Bulililamangwe, septiembre 2018	1571
CXXX.	Humanidad cruel, Nueva York, diciembre 2018	1579
CXXXI.	La vuelta a la edad media, San Francisco, abril 2019	1588
CXXXII.	Hogueras de vanidades, La Habana, junio 2019	1596
CXXXIII.	L Estado de sitio, Cuba, septiembre 2019	1601
CXXXIV.	La peña de la ternura, noviembre 2019	1623
CXXXV.	Los imperios y sus mitos, Utah, enero 2020	1634
CXXXVI.	Estalla la pandemia, el miedo paraliza el mundo, enero 2020	1654
CXXXVII.	Abrazos seguros, Navarra, mayo 2020	1668
CXXXVIII.	La ética de la equidad, julio 2020	1686
CXXXIX.	Desvelando la avaricia, desatando el saber, octubre 2020	1702
CXL.	La luz de la armonía en sencillez, Finca del medio, julio 2020	1717
CXLI.	Valentía o sumisión, Berkeley, noviembre 2020	1733
CXLII.	Vencer o convencer, Palo Alto, diciembre 2021	1750
CXLIII.	La larga vuelta a casa, Entrambasaguas, Cantabria, septiembre 2023	1773
CXLIV.	Una mirada..., ValyTer, 2050	1778

I. Los Beloki sienten la vida- Navarra, mayo de 1945.

La firme marcha de los bueyes hundía el arado en las entrañas de las empinadas laderas de aquel apartado valle navarro. Agustín Beloki trabajaba su tierra, la de tantas generaciones de los Beloki como él alcanzaba a recordar.

El vetusto caserío acogía a todos los Beloki y ofrecía un hogar seguro a toda la familia, pero no escapaba a la tradición rural vasca: las tierras y el caserío eran heredadas por el varón primogénito, quien en los Beloki, siempre era de nombre Agustín.

Las hijas emigrarían al caserío de quien las desposase. Por un antiguo conflicto entre familias, sus pretendientes nunca debían llevar el apellido Zubidi entre los primeros cinco. Las tres hermanas de Agustín; Flora, Aránzazu y Maite; se habían casado con labriegos de otras comarcas vecinas.

Los cuatro hermanos menores habían seguido caminos diferentes. Jon llevaba ya doce años trabajando como pastor de ovejas en los verdes montes de Idaho, en Norteamérica. Allí se había casado con la hija de un emigrante vizcaíno y tenían tres hijos que hablaban el vasco con un extraño acento. Josu se había enrolado como marinero en un barco mercante de Bilbao y pasaba largas temporadas en alta mar, casi siempre frente a las costas de África del Oeste. Ángel había muerto en la guerra civil cuando luchaba con el bando republicano en la defensa de Guernika. El pequeño, Patxi, estudiaba para cura en el seminario de Pamplona.

Para casi todos, sus vidas se habían alejado del caserío Beloki. Pero cada 14 de mayo volvían a celebrar el cumpleaños del abuelo Agustín.

Agustín Beloki llevaba dos horas surcando las negras tierras con el viejo arado y la pareja de bueyes que había comprado hacía dos años gracias al dinero enviado por Jon desde América. En tan breve tiempo había preparado cuatro arrobas para la siembra del maíz y aún no había amanecido. Al salir del establo donde abasteció de abundante alfalfa a sus preciados animales, sintió los primeros rayos del sol que ya acariciaban el monte a espaldas del caserío. Se lavó con la fresca agua del pozo y se dirigió hacia el portón del viejo caserío. Su mujer, Milagros, ya había ordeñado las dos vacas en el establo y hervía la leche en la nueva cocina de leña que Josu había traído de Bilbao el pasado 14 de mayo.

Todo respiraba paz. La exuberante primavera en el valle rezumaba fuerza y pureza. A la algarabía del corral al que ahora se dirigía Patxi, y a los trinos de la orquesta alada de la mañana; se unieron las risas y juegos de los dos pequeños de la casa, Beatriz y Patxín. Sus carreras, bajando a trompicones la vieja escalera de madera, retumbaban en todo el caserón. Disputaban con alegría pero también con sentida competición quién llegaría antes a revolcarse en la poza del manantial y coger el primer "sapaburu" -renacuajo- del fondo. Sus hermanos mayores Agustín y Juan Mari bajaban poco después la misma escalera con aires de dignidad, como haciendo ver que entendían la trascendencia del día: 14 de mayo de 1945.

Fueron llegando todos los hermanos con sus familias. Agustín estaba sentado junto a su padre, que observaba con mirada atenta y grave cada movimiento. El abuelo Agustín llevaba quince años en una silla de ruedas desde que unas fiebres le dejaron parálítico, apenas sin habla y sin memoria. No había doctor alguno en la comarca y un médico de Pamplona había dicho que fueron las

fiebres de Malta. Dijo que le consultaron demasiado tarde y su columna envolvió en pus al espinazo, o algo así entendieron. Milagros tenía un tío enfermero en Cruces que decía que "las Maltas no le dejaban a uno así". Pero lo que todos sus hijos sabían es que fuese cual fuese la causa de las fiebres, su padre se había quedado sin ganas de vivir desde que un año antes muriese su mujer, Ángela, después de dar a luz al menor de los hijos, Patxi; el del seminario.

Josu había planificado sus travesías para estar aquel señalado día en casa. Había llegado con su novia Fátima. Las hermanas la llamaban "la portuguesa" y esto le dolía mucho al pobre de Josu, aunque nunca lo comentó. Josu conoció a Fátima en una escala en Madeira, cuando su mercante llevaba una carga de placas de Uralita a la recién creada República de Liberia. Fátima servía ribeiro en un bar de Madeira cuando se conocieron, hacía ya un año. Desde entonces sólo la pudo ver dos veces más pero había decidido invitarla al caserío y presentarla en familia pues en su próximo viaje hacia África pretendía desposarla en Madeira.

Patxi vestía una sotana gris que le iba muy prieta. Llevaba las mangas arremangadas y se le notaba muy feliz. Saludaba efusivamente a los que iban llegando. Todos le querían de verdad y sentían cierto alivio al verle tan feliz. Su ingreso en el seminario había sido más bien dirigido por un acuerdo entre la familia y Don Armando, el cura del pueblo. No había dinero para llevarle a la escuela. Desde la muerte de Ángel había desarrollado una fobia enorme al ejército y tenía continuas pesadillas sobre el servicio militar. Pero sobre todo, su padre aún veía en él el sufrimiento de la enfermedad y la enorme angustia de la pérdida de su mujer Ángela. Aunque nadie lo quisiera reconocer, el abuelo no soportaba su presencia. A Agustín hijo, se le encogía el corazón al

sentir el dolor y la rabia en la forma que su padre miraba a su hermano menor. Todos lo sabían. Y todos lo callaban.

Las hermanas ya estaban ajetreadas ayudando a Milagros en la cocina y los cuñados se habían unido a una tertulia en el porche. Hablaban del nuevo mundo que amanecía tras la Segunda Guerra Mundial. El acuerdo de Yalta repartía el poder entre el bloque soviético, que ya invadía Europa del Este ante la complacencia de británicos, americanos, y sus aliados, que a su vez imponían la división de Alemania y el pago de veinte mil millones de dólares por los daños de la guerra. También presionaban a la Unión Soviética para acabar con Japón aunque se bastarían meses después con el ataque más espantoso que nunca vio la Humanidad, las bombas atómicas de Nagashaki y de Hiroshima. En San Francisco, cerca de donde vivía Jon, ya preparaban la conferencia para la proclamación de las Naciones Unidas, bajo las condiciones de los vencedores de la guerra y circulaban borradores sobre la declaración universal de los derechos humanos. La odiada Unión Soviética desde la España franquista, pedía un bloqueo a España por su complacencia con el régimen nazi, al que se opusieron los norteamericanos. Cada Imperio medía las dictaduras según sus intereses. Josu, desde sus viajes, y Patxi, por estar en contacto con comunidades de base unidas a los derechos de los trabajadores, veían el mundo con ojos más críticos que los que mostraban los medios de comunicación en la España franquista. Hacía dos semanas que los otros dictadores europeos, Hitler y Mussolini, habían muerto, suicidado uno, ejecutado el otro. Una cierta esperanza del mundo democrático en España, pronto sería suprimida por la severidad de un régimen dictatorial, que supo astutamente distanciarse de los otros fascistas perdedores en Europa. Como en tantas familias de España en la post-guerra, las diferentes experiencias en la vida e informaciones del mundo, enfrentaban ideas contrapuestas. Pero

todo aquello era distante, y al final podían más el afecto y la unión de la familia, lo próximo de la huerta, el hogar, los juegos, la sensación de sentirse unidos en la aventura de la vida. En la misma barca, la familia.

Una nube de chiquillos correteaba del pajar a la higuera. Los más crecidos como Ángel, Juan Mari y la mayor de Flora, María; decidieron dar un paseo hasta la encina. Ángel había notado que su hermano se ponía nervioso cuando venía María a casa o cuando se cruzaban en el pueblo. Incluso aquel día notó cómo se había cambiado tres veces de camisa. Le había dicho que la Santa Iglesia prohibía las relaciones entre primos. Juan Mari le contestó airado que no le interesaba María, pero se había quedado preocupado por la aseveración de su hermano y buscaba un momento adecuado para preguntarle sobre la cuestión al tío Patxi.

Sí. Los Beloki se sentían como una familia unida. Claro, había también envidias y rencores; pero había mucho más que les unía y hacía del 14 de mayo la fecha más importante del año. Con permiso del cura Don Armando, aún más que la Navidad.

Eran veintitrés sentados a la mesa en el porche. Las mujeres habían traído un enorme puchero con "purrusalda" y los hombres se habían servido vino de la Rioja. Las risas de los chavales, que le habían puesto un renacuajo en la silla a María; y las conversaciones de los adultos sobre la situación en Alemania, fueron apagándose al ver todos como Patxi se había levantado y con las manos entrecruzadas y una mirada penetrante y plena de un inefable amor fraternal, se disponía a bendecir la mesa. El abuelo Agustín sintió una sensación muy especial. Todos los recuerdos atormentados de su mujer parecieron encontrar un lugar acogedor y devolverle paz. Todo el rencor injusto y disimulado

durante tantos años hacia su hijo menor, pareció transformarse en un sentimiento nuevo que le desconcertó y le llevó a concentrar todos sus debilitados sentidos en aquel momento.

Patxi fue despegando su mirada tierna de los ojos de su familia y dejándose llevar por una suave y firme fuerza miró en la dirección de las montañas. Aunque su mirada llegaba mucho más lejos.

- "Padre y creador de todo, desde nuestro humilde caminar te queremos hacer sentir otro día más nuestro agradecimiento por la vida que nos das, nuestro profundo amor de hijos. Pero hoy en especial te queremos demostrar nuestra profunda alegría por estar juntos, celebrar un año más de la vida de nuestro padre y sentirnos como una familia. Sabemos que Jon desde tierras lejanas y nuestra madre Milagros y nuestro hermano Ángel desde tu lado, estarán hoy también sentados a nuestra mesa. Todos juntos te queremos ofrecer nuestros esfuerzos, en los campos, en los estudios, en la mar; donde quiera que nos dirijas, danos siempre la fuerza del amor a la vida que nos brindas y haz que ese amor se refleje en todas nuestras acciones y pensamientos para con nuestros semejantes."

Hubo un profundo silencio. Todos se sintieron más unidos. Aquello no era una oración como las salves y los rosarios de Don Armando. Ni siquiera se parecía a las tradicionales gracias por los alimentos recitadas de memoria tantas veces. La sinceridad con la que Patxi había hablado había penetrado en todos. Hasta los pequeños se habían quedado atentos y en silencio. Las hermanas le miraban con los ojos humedecidos de lágrimas. Sus hermanos miraban hacia abajo como aún sintiendo la fuerza de aquellas palabras. Agustín tenía los ojos cerrados y notó un frío en la frente que le hizo mirar a su padre. El abuelo

Agustín pronto fue objeto de la atención de todos. Su actitud habitual, ausente y huraña, había cambiado. Sin poder expresarse con palabras debido a su enfermedad, sus ojos y sus brazos se dirigieron hacia su hijo menor reflejando un enorme grito de su alma que pedía un abrazo, una unión hacia quien más rencor había sentido y quien ahora le había hecho sentir un profundo amor y alegría de estar vivo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando Patxi le rodeó con sus brazos y le deseaba un feliz cumpleaños. Por primera vez desde hacía cuarenta años, al abuelo Agustín se sintió feliz un catorce de mayo.

Nadie notó que entre los pequeños, Patxín se había quedado como hipnotizado por las palabras de su tío y aún tenía, sin darse cuenta, las manos entrecruzadas como él. Algo que el aún no entendía le había llenado de una alegría especial, muy distinta a la que sentía cuando atrapaba un renacuajo en la poza o cuando le ganaba a Beatriz en una carrera. Aquel momento quedó grabado en su memoria y aunque no recordaba lo que su tío había dicho, sintió algo muy bello en las miradas de sus padres, sus tías y en especial en la del abuelo. Pero aún después de muchos años recordaría una palabra de aquella oración, que tardó mucho tiempo en entender: "semejantes".

II. Siphó brota de las arenas del Kalahari- Matabeleland, septiembre 1955.

La inmensidad de la sabana de Matabeleland¹. Las bellas siluetas de las acacias africanas. Los imposibles equilibrios de las formaciones rocosas de Matopos². Intensidad del amanecer, que tiñe todo de fuego. Chozas zulúes en el horizonte. El *kraal*³ de los Dube⁴ se enfrentaba, se entregaba quizás, otro día más al mundo. A su mundo. Pero este amanecer del final de la estación seca era diferente a otro cualquiera. Varias mujeres traían enormes haces de leña. Otras esperaban que unos hombres arrancaran agua a las entrañas arenosas del cauce seco del río Sanzukwi. Poco después llevaban también sobre sus cabezas, enormes calabazas secas llenas del preciado y escaso líquido. Sus esbozos en el horizonte armonizaban con la belleza y elegancia de las lejanas y grandiosas acacias planas. Su caminar con el cuello erguido y la barbilla elevada, las espaldas firmes, el casi se diría musical balanceo de sus brazos, como ausentes del leve equilibrio de tanto peso sobre tanta delicadeza...

De una de las chozas del *kraal* emanaba, como el agua de las arenas del Sanzukwi, una melodía que pareciese seguir el elegante caminar de aquellas mujeres. Fuera, alrededor de una hoguera, un grupo de hombres se fundían en la melodía con sus graves y profundos tonos, los inefables cantos zulúes... mmm mmm ... Poco después se oyó un llanto rasgar el viento. La pequeña Siphó llegaba al mágico mundo *ndebele*. Las mujeres que ayudaban a su madre llevaron en una tela la placenta hasta un gran hormiguero cercano y

¹ Matabeleland : región al sudoeste de Zimbabue, antigua Rhodesia del Sur, donde vive el pueblo Ndebele, descendiente de los zulúes de Sudáfrica.

² Matopos : región al este y sur de Bulawayo, con formaciones graníticas y un parque nacional con abundante fauna Africana.

³ Kraal : grupo familiar de choas zulúes.

⁴ Dube : significa cebra en Ndebele.

caminaron sobre sus pasos sin mirar atrás, según la tradición *ndebele*. La abuela de Siphó, Dingolwasi ("busca la sabiduría") repetía con emoción "*Amhlope*" a su hija Thembinkosi ("confianza en Dios"), el agradecimiento a los antepasados.

Cinco días más tarde, su padre, según la tradición, entró en la choza y cogió en sus brazos a la pequeña. Su nombre anterior, Themba, ya no importaba, ahora a él todos le conocerían como Zaka-Siphó (padre de Siphó). Miró gravemente a Thembinkosi, ahora Naka-Siphó (madre de Siphó), y se fue sólo con la pequeña hasta el río. Allí frotó el resto del ya seco cordón umbilical contra una roca, siempre según la tradición. Los *ndebeles* comprobaban si al hacer aquello los peces acudían a comer el polvo desprendido, como signo de bienvenida de los espíritus al nuevo miembro. Ahora Themba vivía en la seca y arenosa sabana de Bulila-Mangwe y el río seco parecía reírse de su destino. Al volver miró hacia arriba y vio como un águila negra sobrevolaba el *kraal*. Sintió miedo.

Zaka-Siphó recordaba las historias de su padre y se las contaba a sus hijos en las noches más cálidas y en las grandes celebraciones. Recordaba como su padre le hablaba de su abuelo, Nguni ("venido del Sur"), de cómo había luchado contra los zulúes y más tarde contra los Boers, y había sido consejero del "Inkosi" (rey *ndebele*) Mzilikasi en la gran marcha hacia el norte hasta que cruzaron el Limpopo y se instalaron en la futura Matabeleland. El segundo hijo de Nguni, Mandhla ("fuerza"), fue forjado como guerrero zulú y luchó bajo las órdenes de Lobengula en la primera guerra Chimurenga contra los colonos blancos de Rhodes. Además de la humillación de la derrota, poco después fue apartado de la nobleza *ndebele* por casarse, en contra de la tradición, con una mujer de las tribus "inferiores" dominadas.

La joven Masora pertenecía a la tribu *kalanga*. Fue hecha prisionera y esclava de la corte *ndebele*. No sólo su belleza sino una fuerza interior que le llenaba de dignidad a pesar de su condición, doblegaron a Mandhla. Después de llevarla a su choza y nacer Themba, su primer hijo, Mandhla fue marginado de la nobleza *ndebele*, que aún recibía trato de favor de los colonos blancos en la administración de los "*chiefdoms*"⁵. Además, se enfrentó a sus antiguos compañeros de lucha por los tratos humillantes que aceptaban de los "amakiwa" (blancos) y cómo ayudaban a oprimir a sus gentes aceptando cargos como "Induna" (jefes o alcaldes tradicionales) bajo los oficiales de distrito ingleses. Mandhla y su familia emigraron hacia "Bulilila-mangwe" ("donde los leopardos lloran"), una de las áridas zonas llamadas reservas y "concedidas" por los ingleses a los nativos, donde Masora se reencontró con su familia, cerca del Sanzukwi. Masora era la sobrina de una "*Nyanga*"⁶ *kalanga*. Sus padres habían muerto en la lucha contra los invasores *ndebeles*. Desde los ocho años, Masora había sido elegida para heredar los poderes sanadores de su tía, y había seguido un intenso entrenamiento.

Themba creció fuerte en Matabeleland. Aprendió a respetar a las culturas y lenguas *kalanga* y *ndebele* por igual, aunque a menudo con la marginación de ambas por su prohibida mezcla. Su padre le forjó en el espíritu guerrero *ndebele* para saber defenderse de los que habían desterrado a su familia, y en la caza de los impalas y kudus. Cuando Themba tenía doce años, su padre murió de una enfermedad que le mantenía somnoliento día y noche y le produjo enormes y dolorosos bultos en el cuello. A pesar de los intentos de Masora, su padre falleció en unas semanas después de entrar en aquel extraño

5 Chiefdom : territorios administrados parcialmente por jefes tradicionales de las etnias locales bajo la dominación imperial inglesa.

6 Nyanga: médico tradicional *ndebele*, con poderes sanadores mágicos vinculados a los antepasados.

estado de sueño.. Su madre le enseñó la lengua *kalanga* y el mundo de los "amakhozi"⁷ , el cultivo del sorgo y del mijo y cómo encontrar agua en las secas sabanas de Bulilila-mangwe. Sin embargo, ni en Themba ni en ninguno de los tres hijos y cuatro hijas que le siguieron pudo ver Masora los diseños para ser *Nyanga*. Tres murieron jóvenes y uno quedó afectado por la polio. Themba se hizo hombre, se casó con la hija mayor de una hermana del difunto padre de Masora y construyó su choza en el mismo *kraal* que su madre.

Cuando Themba le explicó a su madre la visión del aguila negra en el momento del nacimiento de su hija, Masora entendió que por fin su dios "Mkhulunkhulu" (el abuelo de los abuelos), le había enviado a su heredera. Al comprender Themba la alegría de su madre, le dio el nombre de "Sipho" (regalo) a su primera hija. Sipho nació con los diseños naturales de ser *Nyanga* en Bulilila-mangwe.

Era, según los colonos blancos que llamaban a esta zona de África "Rhodesia", el mes de septiembre de 1955. Einstein había muerto unos meses antes dejando un legado de conocimiento que prevalecería varias generaciones, el bloque soviético se consolidaba en el Pacto de Varsovia y Churchill dejaba el poder en el Reino Unido. El Imperio inglés empezaba a hacer cesiones y Sudán conseguía, más por estrategia contra Egipto que por respeto a la soberanía del pueblo, la primera independencia africana. En América, Bell desarrollaba el primer transistor para la computación y Kroc inauguraba el primer McDonalds, dos símbolos de la era que estaba amaneciendo en el mundo. Cajal describía la forma de los genes humanos y Salk descubría la vacuna contra la poliomielitis.

Ausentes de todo ello, los *kalangas* y *ndebeles* luchaban por sobrevivir cada

⁷ Amakhozi : espíritu de un antepasado.

día en aquellas áridas tierras del Kalahari.

III. Una misión en la selva Africana, 1963

Ricardo era un médico "tisiólogo" en la post-guerra española. Procedía de una familia burguesa de la pujante industria textil catalana, y acudió a las mejores escuelas hasta entrar en la facultad de medicina. Durante sus estudios en el Hospital de San Pau destacó en su dedicación a los enfermos a la par que su agudeza clínica, y fue integrado en el servicio de tisiología, luchando contra la tuberculosis y convirtiéndose en uno de sus más reconocidos científicos y clínicos en la España republicana. Durante la guerra civil, sus ideas republicanas le marginaron de su puesto de médico adjunto y emigró con los ahorros familiares a Londres, donde estudió en la Escuela de Higiene y se adentró en el mundo exótico y a menudo épico de la Medicina Tropical.

Al tercer año, en 1961, era ya un reconocido investigador de los mecanismos de la tuberculosis. En ese año, el Papa Juan XXIII sancionaba, en su encíclica "Mater et magistra", la propiedad privada como derecho natural, y fundamentaba la conexión del catolicismo con el capitalismo y su lejanía del comunismo. Era algo que Ricardo no podía entender : La doctrina de Jesús, de la humildad y la igualdad, se aliaba con la avaricia del acaparar y se enfrentaba a la del compartir. El mundo también se radicalizaba en esas dos ideas y las dos potencias mundiales delimitaban sus áreas de control. Estados Unidos invadía la Bahía de Cochinos, en Cuba, y la Unión Soviética levantaba el muro de Berlín. Para distraerse, Ricardo seguía las primeras actuaciones de un grupo de música que empezaba a actuar en un lugar llamado "la taberna", en Liverpool. Era abril de 1961. Un remoto país llamado Sierra Leona, del que Ricardo sólo había oído hablar por las expediciones de Ross y su descripción del ciclo de la malaria , obtenía la independencia del Reino Unido.

Poco después, su padre, arrestado por sus ideas republicanas, enfermó de gravedad. Ricardo sólo supo de su enfermedad cuando ya era tarde. Su madre quiso evitarle la tristeza, la rabia y el peligro de ser arrestado a su vuelta, pero Ricardo se enteró por un colega y lo dejó todo en su pequeño laboratorio de filarias en Londres, y volvió para sacar a su padre de la cárcel donde se apagaba su vida. Visitó a un antiguo jefe del hospital. Aunque era próximo al régimen de Franco apreciaba de Ricardo su auténtica vocación de servicio. Consiguió que le aplicaran un artículo de la ley penitenciaria para presos enfermos de gravedad y lo pudo sacar de la cárcel. Era diciembre de 1961. Salió a tiempo para que oyeran juntos en la casa familiar y a través de radio "La Pirenaica", el discurso del Che Guevara en las Naciones Unidas. Se emocionaron al oírle decir *"esta gran humanidad ha dicho « ¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha, de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia."*

Ricardo asistió a su padre en el hogar familiar venido a menos por los rigores de la guerra y la expropiación franquista de la fábrica de aquella familia industrial republicana. El padre de Ricardo se extinguía de una tuberculosis que ya le invadía todo el cuerpo. Las bromas macabras del destino: Quizás el mejor tisiólogo del país, exiliado, asistía, con los puños cerrados por la rabia de la impotencia, a la muerte de su padre por el mal del cual a tantos cientos de pacientes había conseguido salvar. Consiguió estreptomycinina de un amigo de la farmacia del hospital de Sant Pau, y con otros medicamentos, intentó salvar desesperadamente a su padre agonizante. Murió en sus brazos el día de Navidad. Tras la muerte de su padre, Ricardo se sintió vacío. Su profesión perdió todo el sentido. ¿De qué valía tanto estudio y esfuerzo si ni a su propio padre pudo salvar? Desesperado, caminaba largas horas por los montes del Mont Seny y a menudo dormía al raso mirando las estrellas. Ricardo decidió

dedicarse a los más débiles, a los marginados del sistema, a los presos desahuciados. Así llegó al albergue de San Juan de Dios en Las Ramblas de Barcelona. Allí se prestó como voluntario para lavarles, darles de comer, abrugarles. Apenas podía hablar, la tristeza del vacío por la muerte de su padre y la rabia de su exilio que le impidió salvarle la vida, atenazaban su vida.

Después de unos meses asistiendo como voluntario en el albergue de San Juan de Dios, Ricardo decidió postular como novicio de aquella Orden. Tenía ya 43 años y era un conocido médico, si bien marginado por el franquismo. Aquella vocación tardía fue recibida con escepticismo por el superior de la Orden. La mayor parte de los novicios ingresaban en la Orden cuando eran aún adolescentes y procedían de familias obreras o campesinas. Pero la dedicación y generosidad de Ricardo para con los enfermos le abrieron las puertas de la Orden. Pasó dos años de novicio estudiando, rezando y lavando a los enfermos psiquiátricos del "manicomio" de Sant Boi. También se opuso a que fueran sólo los inmigrantes andaluces, llamados "charnegos", los que limpiaran las letrinas del hospital y él se prestó voluntario a hacerlo. Tal estoica dedicación le hizo conocido. Nadie en la Orden, salvo el hermano Superior de la Orden, que indagó en su historia, sabía que era médico. Un día, uno de los enfermos psiquiátricos se atragantó en el comedor y se estaba asfixiando cuando Ricardo acudió en su ayuda. Le apretó con sus brazos el vientre abrazándole desde la espalda hasta que expulsó el trozo de jamón que bloqueaba su respiración. Le reanimó dándole un masaje cardíaco e insuflándole aire en sus pulmones. El hermano superior de Sant Boi le hizo llamar al siguiente día a su despacho.

Al entrar en el despacho vio sentados al Hermano Pedro, superior de Sant Boi, y al Padre Pascual, Superior General de la Orden, habitualmente residente en

Roma pero en esos días visitando los centros de la Orden por España. Ricardo vio una ternura profunda en los ojos de aquel hombre.

-Hermano Ricardo; he oído de su vocación y dedicación, de su humildad, y también de su valía como médico.

Dijo el Padre Pascual.

-No merezco esa fama, Padre.

-Eso sólo confirma su humildad. Hermano Ricardo, le necesito para una misión. Apenas va a acabar su periodo de novicio y tomará los votos el próximo mes, pero le necesito. La Orden le necesita.

-Padre. Haré todo lo pueda sea para alivio de los enfermos pobres y marginados.

-Hace un mes he recibido una carta de la Superiora de una orden religiosa de Irlanda. Han abierto un hospital en una zona del sur de una ex-colonia británica del Occidente de África. Me cuenta que la situación en el norte del país es de extrema pobreza. Es zona de influencia musulmana. Me dijo que el obispo, un irlandés a quien conocí en Roma este año, cede unos terrenos. Busca una orden hospitalaria que acepte el reto de instalar una misión con un hospital y ser testigos de la fe de Dios en esa zona. Usted habla inglés, es buen médico y demuestra un servicio y entrega a los demás que me despeja toda duda para su lugar en esta misión.

Ricardo sintió en aquel momento su Fe debilitada. Su verdadera vocación era atender a los enfermos pobres y marginados del sistema. Como lo fue su padre. Y así entendía como su misión como cristiano. Pero tenía a menudo dudas sobre la existencia de Dios, sobre la historia de Jesús, sobre la supremacía de la religión cristiana. Su afán por la filosofía le hacía contrastar la lógica del pensamiento con los dogmas cristianos. Los pensamientos de un

amigo de su padre, el filósofo José Luis López Aranguren, calaron hondo durante su juventud. Asistía en callada devoción a las tertulias en los viajes que Aranguren hacía a Barcelona. Ricardo se llevó a Inglaterra algunos libros de Aranguren que se atrevían a hacer crítica del catolicismo jerárquico y se inspiró en el sentido de que la fe necesita de las obras y la actitud religiosa necesita de la actitud ética. En el fondo, detestaba calladamente al Vaticano en su poder y lujos, y también a la Iglesia jerárquica en España, aliada del franquismo que mató a su padre. Pero su dedicación a los enfermos le hacía relativizar e incluso ignorar esas dudas y desencanto del catolicismo oficial, y concentrarse en su misión como hombre, como cristiano, como médico. La entrega a sus "semejantes", y en ello, a los más necesitados.

Dos meses más tarde, Ricardo y cuatro hermanos más de la Orden, partían en un mercante inglés que hacía escala en Barcelona y se dirigía, bordeando la costa occidental Africana, hacia Ciudad del Cabo. Era diciembre de 1963, la ola de independencias africanas llegaba a Kenya y ya casi cubría todo el continente, salvo las colonias de Angola y Mozambique encadenadas a la dictadura portuguesa y la de Rhodesia del Sur sometida a un régimen racista. Parecía que la tensión entre el capitalismo y el comunismo se reblandecía, se humanizaba. Se llegaba incluso a instalar el "teléfono rojo" en la Casa Blanca y Martin Luther King pronunciaba su famoso discurso "Tengo un sueño".

Sierra Leona estrenaba independencia en los años sesenta. Era uno de los países más pobres del mundo. Los ingleses la llamaban "la tumba del hombre blanco" y Ricardo había conocido a médicos militares en la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres que habían descrito todo tipo de plagas tropicales en aquellas costas. Había leído con pasión los escritos de Ross describiendo como los mosquitos transmitían la malaria, y fue precisamente

en Sierra Leona, quizás el lugar del mundo con más transmisión de malaria del mundo, donde Ross describió que sólo las hembras del mosquito transmitían el parásito. Era la enfermedad que más había condicionado a la especie humana, su evolución y selección natural, sus asentamientos, migraciones, guerras y el incierto destino de África.

Llegaron a Freetown y fueron recibidos por el obispo Kevin, un hablador, bebedor, y ,según las "malas lenguas", un mujeriego incorregible. Pero extremadamente afable y sincero. Llegaron unos días más tarde en carretas tiradas por búfalos domesticados por las tribus fulas del norte, a las sabanas y selvas del norte del país, las tierras "Temnes". Los Temnes vivían humillados desde que los ingleses aplastaran la revuelta liderada por Bai Bureh. Eran marginados por el favoritismo colonial étnico perpetuado por los presidentes "Mendes" Milton y Albert Margai. Sufrían quizás la mayor selección natural de la especie humana, depauperados por las endemias tropicales. Eran también sometidos a los abusos del monopolio minero de De Beers, fundado por Cecil Rhodes, el mismo que ocupó y dominó las tierras luego conocidas como Rhodesia. Eran tratados en las minas de formas similar a la esclavitud en la que se cebaron los portugueses, holandeses e ingleses. Muchos les consideraban las gentes más primitivas y míseras de todas las colonias británicas. Y tras la independencia fue aquella la zona más pobre del país más pobre del mundo. Aunque no en recursos naturales.

El Padre Esteban, superior de este grupo de fundadores, se dedicó a establecer la Iglesia y el plan de evangelización. El hermano Jaime, curtido labriego leridano también de tardía vocación, se dedicó a organizar las huertas, los corrales y los talleres de la misión. El hermano José María, un murciano de apenas 20 años y con algunas nociones de enfermería, se dedicaría a ayudar

a Ricardo en su labor médica. Comenzaron a construir unos pabellones para la consulta, el quirófano y una sala de ingresados. Ricardo trabó amistad con un joven Temne, hijo de un jefe tribal, y quien hablaba inglés pues había estudiado en una misión de jesuitas de Freetown. Se llamaba David. Le enseñó a Ricardo el idioma Temne local y el criollo dominante en la incipiente administración del país, ahogada por la corrupción y las mafias de poder de la tribu Mende. Ricardo le enseñó a hacer curas, a ayudarlo en las operaciones, a administrar los sueros, y a medir las constantes vitales de los enfermos.

Ricardo había llevado en un baúl, un aparato vaporizador de éter que habían desechado en el hospital de San Pau , unas cajas metálicas con el material quirúrgico esencial, su estetoscopio, un microscopio "McArthur" que consiguió en Londres, un esfigmomanómetro de mercurio, un tonómetro alemán para la presión ocular, un colposcopio para la exploración ginecológica y un otoscopio. Consiguieron unos pocos suministros de la misión irlandesa de Serabu : éter, formol, yodo, permanganato potásico, tinturas de Giemsa, unas cajas de quinina y otras medicaciones que Ricardo sólo conocía de nombre de sus estudios en Londres. Se trataba de antimoniales y derivados del arsénico, que ya no se usaban ni en veterinaria en Europa. Era lo único disponible para tratar las plagas locales de filarias y de parásitos que infestaban a prácticamente toda la población de aquel remoto lugar del mundo.

Así fundó el hermano Ricardo el pequeño hospital de Magbesseneh. Ricardo, JoséMari y David atendían una consulta, una sala de mujeres con cuatro camas, otra de hombres con otras cuatro, una sala con seis cunas, un quirófano y un almacén. Lo llamó hospital de Saint Joseph, en honor a su padre Josep. Era septiembre de 1963, la estación de las tormentas eléctricas.

El hermano Ricardo fue trabajando de sol a sol cada día. Se fue corriendo la voz por la región de los temnes su dedicación y poder de curar. También se hizo conocido en las tierras del norte las zonas Fula, Koranko y Mandingo de Sierra Leona y Guinea Conakry y , hacia el este las zonas de los Limba, más allá de las cataratas de Bumbuna. Cada día venían más y más pacientes, casi todos andando desde largas distancias, a veces en improvisadas camillas de bambú. Acampaban por las noches si no eran urgencias vitales, o le despertaban al bueno de David quien ya sabía si debía ir preparando el quirófano o esperar al amanecer.

A los dos años, el hospital de Magbeseneh ya tenía tres salas de hombres, tres de mujeres y una gran sala de niños. En total, contaba con 60 camas pero la afluencia de enfermos era tal que dormían dos por cama y a menudo improvisaban mantas debajo de las camas donde admitían a más pacientes. Las cunas acogían hasta cuatro niños pequeños. Operaban con la luz de lámparas de queroseno, anestesiaban con el vaporizador de éter y cerraban las incisiones con las pocas suturas que les mandaban desde Barcelona. Ricardo recibía una revista de pura supervivencia de médicos en situaciones remotas: "The Tropical Doctor". Se la mandaba un galés algo más joven a quien conoció en Londres, Eldryd. Eldryd y Ricardo, desde sus orígenes protestante y católico, habían mantenido intensas discusiones sobre religión y ética. Ricardo siempre hacía referencias a Gandhi y sus experimentos sobre la verdad. Pero Eldryd, con el orgullo inglés dolido por aquel indio revolucionario, prefería cambiar de tema. Eldryd había ido a la vecina Ghana y había iniciado una facultad de medicina. Se intercambiaban las más apasionantes cartas de vivencias en África, de estudios sobre aquellas enfermedades tan terribles como desconocidas, de devoción al servicio a los más necesitados. Curiosamente el seglar Eldryd se inspiraba sobre todo por

la imagen de Jesús mientras que el Hermano Ricardo simplemente veía, aunque no lo dijese, el rostro de su padre Josep en cada paciente.

Ricardo descubrió y describió las plagas locales de ceguera de los ríos provocada por una filaria que invadía los ojos. Con un simple pellizco con una navaja de afeitar estéril extraía una pequeña muestra de piel del tamaño de una lenteja, la ponía en un porta de cristal, le añadía unas gotas de agua con sal y observaba en su pequeño microscopio McArthur, miles de filarias salir serpenteando. Ricardo salía los domingos tras la misa en la misión a caminar por los pueblos de la zona. Llevaba su microscopio y enseñaba a comunidades enteras aquellos parásitos que invadían sus cuerpos de picores, nódulos y acababan por provocar cegueras. Así fue dibujando un plano de pueblos y proporciones de personas infectadas y ciegas.

Otro inglés, el Dr. Blacklock, había identificado en Sierra Leona en los años veinte una mosca que portaba las mismas filarias que veían en aquellas personas con lesiones de piel, nódulos y ceguera. Ricardo había leído con pasión sus manuscritos en la biblioteca de la escuela de Londres. En su libreta de campo hacía dibujos y planos de donde estaban los focos de la infección para intentar atacar a aquellas moscas que ahogaban todo futuro a pueblos enteros donde la mitad de las personas ya eran ciegas a los treinta años. De todas maneras, la esperanza media de vida apenas llegaba a los cuarenta años. Ricardo también se escribió con Sir Denis Burkitt intercambiando ideas sobre la malaria y su relación con terribles tumores óseos que deformaban las caras de cientos de niños.

Las tardes de los miércoles, el hermano Jaime tenía que ir a la capital de la región, Port Loko, a por diesel para la camioneta y el generador. Había

instalado un generador que le había mandado en un contenedor una cofradía de payeses de su comarca leridana. Ricardo insistía en que no lo necesitaba, por su estoicismo y austeridad. Pero David y JoseMari habían insistido pues notaban que Ricardo perdía vista, quizás ya infestado por aquellas filarias que enseñaba sin cesar a las comunidades los domingos. Necesitaban el generador para alumbrar mejor en las operaciones y así evitar el riesgo de explosión por la mezcla de las llamas del queroseno con el vapor de éter. También era necesario para poder esterilizar el material de curas y operaciones en un autoclave que les habían prometido los hermanos de Sant Boi.

En el camino a Port Loko, Ricardo paraba cada miércoles en un pueblo diferente, con un maletín de curas, latas de quinina, penicilina y antiparasitarios, y su inseparable microscopio McArthur. Pero hacia el Sur, lejos de los rápidos que bajaban desde Bumbuna, Ricardo apenas encontraba casos de ceguera de los ríos. Lo que si empezó a ver fueron cientos de niños y adultos con terribles úlceras en las piernas. Algunas de las úlceras dejaban en carne viva toda la pierna. Ello, con la pobre higiene y tratamientos de hierbas locales que a veces provocaban la cicatrización pero a menudo infectaban los tejidos, provocaban gangrenas y Ricardo tenía que hacer frecuentes amputaciones. Empezó a hacer curas y cada miércoles le esperaban docenas, y luego cientos de personas, quienes sentadas sobre troncos de árboles que cortaban para sentarse todos en una larga fila, esperaban los cuidados del "Opoto" (hombre blanco). Ricardo fue observando como el azúcar de caña estimulaba la cicatrización y le daba tiempo a hacer injertos cutáneos con su dermatomo, y así prevenir cientos de amputaciones. También aprendió a improvisar con hormigas rojas para cerrar suturas cuando se acababa el catgut o la seda: los niños de Magbesseneh le cazaban hormigas rojas y él las guardaba en un jarro de cristal. Cuando necesitaba cerrar una

herida o una incisión en quirófano, cogía una hormiga con las pinzas, exponía su cabeza a ambos bordes de la incisión, y la hormiga apretaba sus potentes mandíbulas acercando los bordes y sellándolos. En ese momento Ricardo tiraba con otra pinza del cuerpo y dejaba la cabeza inerte en aquel último acto suicida y sanador a la vez. También aprendió a fabricar sueros con agua de lluvia y esterilizarla con el autoclave que finalmente, con el generador, instalaron los hermanos venciendo la austeridad radical de Ricardo. Si Ricardo era austero en su vida, parco en palabras, escueto en sonrisas, casi se diría que vivía al límite no permitiendo que nadie hubiese más pobre, ni más necesitado. Comía sólo el arroz que daban a los enfermos, tenía dos sotanas blancas y calzaba unas sandalias que el mismo se había hecho con restos de viejos neumáticos de camión. Pero, ¿Era feliz?

IV. El espíritu *Nyanga* entra en Sipho- Matabeleland, noviembre 1965.

Era 1965, Estados Unidos, obsesionado en demonizar al comunismo, sembraba con napalm Vietnam e invadía la Republica Dominicana. Algunas luces de esperanza alumbraban también al mundo : tras las marchas de Luther King, era reconocido el voto de los negros en Estados Unidos, comenzaba el servicio de salud Medicare y Medicaid para personas sin recursos y en la Universidad de Berkeley surgia la oposicion pacifista a la guerra de Vietnam quemando cartillas militares. Pero en Sanzukwi, nada de eso parecia afectar el día a día ni la mágica unión a los espíritus de los antepasados.

Themba observaba a Sipho y sentía cómo había crecido en Bulilila-mangwe con la libertad del vuelo de las águilas, con la fuerza de las raíces de baobab, la belleza de los movimientos del impala y la serenidad y cautela de su clan, los Dube (cebra).

Sipho tenía diez años y se había convertido ya en una hermosa jovencita. Ayudaba, como todas las niñas *kalangas*, en todas las tareas del *kraal*. Había aprendido a arrancarle el agua al cauce del Sanzukwi hasta en los días más secos del año, a ir a por la retorcida leña de aquella orilla del Kalahari, a ordeñar las pocas vacas que habían sobrevivido a la última gran sequía, a cuidar de las cabras, preparar los campos para la siembra, cocinar la pasta de sorgo y mijo con diferentes verduras locales y cuidar de sus tres hermanos menores. Disfrutaba de las historias que contaba la abuela Masora al lado del fuego por la noche, de los cantos en los juegos, las diferentes tareas o durante las ceremonias familiares, de los juegos con sus hermanos y vecinos, o de seguir sigilosamente a los impalas y kudus cuando reconocía sus huellas yendo

a por agua al río.

Sipho aún no participaba de algunas actividades que le atraían con fuerza y curiosidad: ir con su padre a cazar impalas, kudus; a matar algún leopardo o babuino cuando desaparecía alguna cabra; o ahuyentar con los mayores del *kraal* a los elefantes que se acercaban a los campos sembrados. Pero sobre todo le atraía con una fuerza misteriosa e irresistible espiar a su abuela cuando atendía a algún enfermo. Oía sus cantos a los espíritus, podía oler el aroma de las infusiones que preparaba, había seguido sus pasos clandestinamente y conocía alguna de las plantas que recogía del bosque, había observado entre las rendijas de la choza de su abuela cuando atendía a sus pacientes y había visto cómo usaba trozos de huesos, como invocaba a los espíritus y cómo hacía pequeños cortes en la piel en algunos casos. Incluso conocía ya alguna de las palabras ceremoniales de sus curas.

Sipho había aprendido desde niña a respetar a sus "*vadzimu*" (antepasados), que protegían al clan de los Dube. Para su familia, era esencial mantener la armonía con los antepasados, especialmente con el "*mhondoro*", responsable de mantener la fertilidad de los campos y de traer las lluvias. Aunque su abuelo paterno, Mandhla, había sido *ndebele*; su fidelidad a Masora y a los *kalanga*, y su valentía al enfrentarse a la cruel y corrupta nobleza *ndebele* después de las guerras Chimurenga, le habían merecido ser adoptado como hijo del espíritu *mhondoro*. El recuerdo de Mandhla no sólo estaba en los relatos de Themba, sino en cada ceremonia familiar y en sus rezos diarios a los espíritus. El espíritu de Mandhla era el "*mudzimu*", mantenía la paz en el clan y traía prosperidad.

Un día, Themba sintió en la mirada de su madre hacia Sipho una tremenda

angustia. Esa noche, Themba le pidió permiso para entrar en la choza de su madre. Hacía más de treinta años que no entraba en ella.

-Madre, te veo. El sol se ha puesto.

Era el saludo *ndebele*, Themba hablaba *ndebele* con su familia aunque los demás hablaban *kalanga* entre sí.

-Sí, hijo. Cómo estás este atardecer?

-Tengo vida, madre.

-Pasa adentro, empieza a hacer frío.

Su madre extendió una piel de cabra se sentó en el suelo, mientras le ofrecía asiento a su hijo en un tronco tallado. En la tradición *ndebele*, las mujeres siempre se sentaban a un nivel inferior. Themba nunca pensó que ello supusiera humillación para ninguna mujer pero se sentía extraño cuando era su madre.

-Te damos las gracias, madre.

Themba siempre hablaba en plural, como queriendo representar a la vez el jefe de familia y la voz del espíritu de su padre.

-¿Qué es lo que te ha traído a mi casa, hijo mío?

-Madre, tengo una preocupación. Siento la tristeza y el miedo en tus ojos. Quiero ayudarte.

-¿Crees que he ofendido a nuestros antepasados, hijo?

-Madre, eres buena y amable siempre. La familia te quiere y nos haces sentir orgullosos. En todo Bulila-mangwe te respetan por tus poderes sanadores y cómo ayudas a los que sufren. El espíritu de mi padre te sigue amando como el día en que se enfrentó a Lobengula y te hizo su mujer. Pero hay algo en tus ojos que me preocupa y necesito saber que te entristece, madre.

-Hijo, necesito hablarte con el corazón. El espíritu de mi tía se introdujo en mí cuando sólo tenía ocho años. Mi destino ha sido cuidar de los males de nuestra gente y comunicarme con los espíritus para saber cómo estar en armonía con ellos. Empiezo a ver mal porque el espíritu de tu padre quiere tenerme a su lado. Mi misión ahora es averiguar quién de nuestra familia será elegido para ser *Nyanga* y ayudarle a aprender todo lo que yo aprendí de la hermana de mi madre. Siento miedo de ver el tiempo pasar y no encontrar ese momento.

-Quizás madre, los espíritus hayan decidido pasar tus poderes a otra familia.

-Esto me entristece, hijo. He pensado que los espíritus pueden haber decidido no darnos esos poderes por habernos unido a los *ndebele*. Me siento orgullosa de tu padre y sé que todos le respetan, pero el mundo de las tinieblas es cruel a veces con los que no guardan las tradiciones.

-Madre, intentaré hablar con mi padre, y pedirle su ayuda.

-Será lo que Mkhulunkhulu quiera, hijo.

Aquella noche, Themba caminaba hacia su choza cuando vio a un camaleón enterrándose en la tierra. Recordaba cómo éste era un signo entre los *ndebeles* de que la muerte estaba cercana a un familiar.

Una luna después, Masora murió. En su semblante, Themba sintió de nuevo la angustia que le transmitió antes de morir. Al día siguiente, el *kraal* se llenó de adultos que acudían al duelo. Las mujeres se turnaban en estar junto a Masora, cantando y rezando a los espíritus. Los hombres estaban sentados fuera con la mirada grave. Un grupo sacrificó a un toro y preparaban la carne y la piel. Cuando cayó la noche, encendieron una gran hoguera delante de la choza de Masora y velaron su cuerpo toda la noche. Los cantos no cedieron en toda la noche. Aunque a Sipho, como sus hermanos, no les estaba permitido asistir al duelo; oían los cantos y sentían la dolorosa partida de la abuela. Sipho sentía algo más.

Al día siguiente, un gran número de personas partían en una larga fila hacia el cementerio. Los cantos acompañaban el triste sentimiento de todos. Introdujeron el cuerpo rodeado con la piel del toro en la fosa y cada uno fue echando una piedra, una rama o tierra mientras decía unas palabras de despedida. Themba le repitió en *ndebele* lo que le había dicho a su padre unos años antes:

-Hamba kuhle, usikhonzele (descansa en paz y recuérdanos).

Cuando Themba volvía con la comitiva hacia el *kraal*, vio como sus hijos corrían hacia él pidiendo ayuda. Sipho había perdido el conocimiento y se movía de forma extraña, hablando palabras incomprensibles. Con Themba, entró a la choza de los pequeños, otro *Nyanga* que había acudido al entierro. Sipho estaba en el suelo con los ojos cerrados y moviendo todos sus músculos de forma espasmódica. Su boca estaba tensa y por ella rezumaba una saliva espesa, pero hacía esfuerzos por articular una palabra:

-*"imum-bu--ri-we--dom---bo!"*

Themba nunca había oído aquella palabra. La expresión del *Nyanga* se volvió tensa.

-¿Qué le ocurre a Sipho? ¿Qué dice?

Themba imploraba.

-Sipho estará bien. El espíritu de Masora está entrando en ella. Acaba de decir el nombre de una planta secreta que le llevará a los poderes de su abuela.

V. Patxi busca su camino- Garai, País Vasco, octubre 1968.

Se acercaba el invierno de 1968. Los americanos seguían con su terror en Vietnam, simbolizado por la horrible matanza de campesinos en My Lai, y en su país fue asesinado Martin Luther King. En el otro lado del telón de acero, tropas soviéticas invadían Checoslovaquia y acallaban la "primavera de Praga". El nuevo Papa, Pablo VI, anunciaba la encíclica *Humana Vitae* donde condenaba el uso de anticonceptivos. Las reacciones de la Iglesia de Latinoamérica, como la protesta de "Iglesia Joven" en Chile durante la visita Papal, sembraban semillas de la Teología de la Liberación. A pesar de todo, la Humanidad seguía avanzando. En San Francisco, Engelbart desarrolla el sistema de "hipertexto", la base de lo que luego sería la comunicación por informática.

En el País Vasco, los años más duros de la postguerra habían pasado e incluso ya empezaban a enseñar el euskera en las escuelas. Pero ETA asesinaba a su primera víctima, comenzando una época triste y negra. El abuelo Agustín había muerto la semana anterior de una neumonía doble. Su hijo menor Patxi

había estado junto a él los últimos días y le había dado la extremaunción. Al entierro acudieron todos. Incluso Jon con su familia vino desde América. Llegó por sorpresa en un Seat seiscientos que alquiló en San Sebastián. Josu también había llegado un mes antes al saber de la gravedad de su padre. Vivía con Fátima y sus ya tres hijos en Madeira donde la mujer había montado una casa de comidas y él navegaba por los mares occidentales del África. En total ya eran dieciocho los nietos y cinco bisnietos los que el abuelo habría contado.

La hermana mayor, Flora, había quedado viuda al morir su marido de tuberculosis, pero su hijo mayor se había hecho cargo del caserío paterno en un cercano valle. Ángel se había casado y vivía con su mujer y los dos pequeños en el caserío donde ayudaba a su padre en todas las tareas. Juan Mari había estudiado derecho con la ayuda de su tío Jon desde América y vivía desde hacía cinco años en un piso de Bilbao. Su padre Agustín le había retirado el saludo y llevaban cinco años sin verse hasta que vino al funeral montando una Vespa. Todos sabían que Juan Mari pertenecía a los polimilis de ETA y que sus viajes al sur de Francia no se debían a asuntos de trabajo. Su misma presencia en el caserío ponía en riesgo a toda la familia. Además, desde su romance con María; Flora y Agustín y sus respectivas familias no se hablaban. Beatriz tenía veintiuna primaveras y ayudaba en casa. Le rondaba el hijo mayor del sargento de la guardia civil, lo cual también era motivo de tensión familiar. Tuvo que fingir un enfado para que su novio no viniese al caserío durante el duelo y se corriese la noticia de la presencia de Juan Mari. Patxín se había convertido en un chicarrón fuerte y alegre. Era el mejor pelotari de la comarca y disfrutaba de su vida en el caserío aunque sabía muy bien que un día se tendría que ir y dejar a su hermano mayor Agustín seguir la tradición.

Después del funeral concelebrado por Don Armando y Patxi en la Iglesia del

pueblo y el entierro en el camposanto, continuó la reunión en el caserío. A un limpio atardecer siguió una noche de luna nueva y cielo brillante y estrellado. Patxín había salido al porche y sentía rabia por ver a su padre y su hermano Juan Mari tan tensos. Con las manos en los bolsillos de su traje de los domingos y la mirada perdida detrás de los montes, sintió la fresca brisa de la noche en su rostro y pensó con dolor en el momento en que tendría que abandonar aquel valle que tanto amaba. Oyó unos pasos en el porche empedrado y sintió la mano de su tío Patxi en el hombro. Había entre los dos algo muy especial. Se encontraban muy bien juntos aunque sólo hablasen de pelota o de ciclismo, la otra pasión de Patxín. Sentía que necesitaba a su tío Patxi cerca en estos momentos en los que necesitaba tomar una decisión sobre su futuro, quizás la primera decisión importante de su vida.

-¿En qué piensas, Patxi ?

El era el único de la familia que ya no le llamaba con diminutivo.

-Sólo miraba a las estrellas, Aita.

-Son maravillosas, ¿ no te parece ?

Patxín no respondió. Se quedó disfrutando de la sensación de paz en la noche y de un extraño sentimiento de seguridad que le daba la presencia de su tío y padrino.

-Las estrellas me recuerdan la inmensidad del universo, la grandiosidad de la Creación.

-¿Sabías ,Patxi, que muchas de las estrellas que ves reflejan en nosotros ahora el brillo que tenían hace millones de años ? Nos recuerdan la inmensidad

del tiempo, del Universo, de la creación, nuestra pequeñez y a la vez grandeza el ser parte, seguro que única y esencial, de tan maravillosa Creación.

Patxín había oído algo así pero no lo llegaba a entender.

-¿También estudiaste cosas de las estrellas en el seminario, Aita?

-En el seminario me enseñaron a tener inquietud por todo lo que tiene que ver con la vida, Patxi. Pero, no hablemos de curas. Dime, ¿Qué planes tienes?

La pregunta le cayó como una losa. Flotaba en el ambiente. Patxín debía pensar en su futuro. Había terminado el bachillerato y llevaba tres años trabajando en el caserío. Era feliz trabajando con su padre y su hermano Agustín, reuniéndose con su "cuadrilla" de los caseríos cercanos, jugando a pelota los sábados, yendo hasta Tolosa cuando Tomás, el pretendiente de Beatriz le dejaba su bici, sintiendo la frescura del valle por las mañanas y los cambios de las estaciones. Pero sabía que esta forma de vida tocaba su fin y pronto se debería enfrentar a un futuro de responsabilidades que aún no veía claro. Apartaba de su mente la idea pues le producía ansiedad. Muchas noches se había repetido un extraño sueño en el que veía alejarse el caserío y a su familia en una gran barca con Josu al timón y él quedaba en una oscuridad y silencio que no podía soportar, intentaba gritar a su familia para que le esperasen pero no le salían las palabras, sentía atenazado todo su cuerpo y se despertaba entre sudores y palpitaciones.

-No lo sé Aita. Soy feliz aquí.

-Tu padre me dijo que te gustaba la historia, pero no sabía si querías seguir

estudiando.

-Aita, sabes que el tejado necesita un arreglo y eso va a costar mucho. Padre tendrá que pedir un préstamo. Beatriz quiere estudiar magisterio y quizás eso le aparte algo de Tomás, que ya sabes como le preocupa a padre. Además, de historia uno no vive, es carrera para hijos ricos de la ciudad.

-Y de mozas, ¿ qué tal ,bribón?

-Pues no se anda mal Aita. Las hay bien lindas en el valle, no será pecado decir eso ¿verdad?

-Si fuera pecado apreciar la belleza de la mujer, cambiaba de religión y de oficio.

-Pero alguna te parecerá algo más que "linda".

-Tú quieres tirarme de la lengua.

-Es broma Patxi, sólo me gusta hablar con mi sobrino y saber si necesitas un consejo.

-Aita, ¿ tu eres feliz ?

-¿la verdad?

-Sí, la verdad.

-Con el corazón, Patxi. Soy muy feliz. A veces me preocupan ciertas cosas, como el mundo metido en guerras. ¿Has oído en la radio lo que está pasando en Vietnam, en Biafra ? No entiendo al hombre. Tampoco a veces me entiendo a mí mismo. Pero he aprendido a hablar con Dios y El siempre me ayuda, me da paz, me hace sentir algo muy grande, Patxi : la maravilla de la vida, de la naturaleza y la enorme felicidad que produce amar de verdad a los demás.

-¿ Pero qué sientes.? Déjalo, es una tontería.

-No me gustaría saber que mi sobrino no tiene confianza conmigo.

-Te quería preguntar si no te atraen las mujeres, Aita; y que Dios me perdone por hacerlo.

-Dios está contento de que no escondas tus sentimientos, Patxi. Y yo tampoco te los voy a ocultar. Las mujeres me gustan, claro. Y te aseguro que mantener el voto de castidad no es fácil. Más de una vez he pensado en romperlo, no se lo digas a nadie; es nuestro secreto ¿ vale? Pero mi compromiso con Dios y transmitir su mensaje de amor a todos mis hermanos es más fuerte, mucho más. Y cuanto más se adentra en mí ese deseo, menos pienso en el deseo de una compañera o el de crear mi propia familia. Te aseguro que no he conocido un sólo hombre sabio en este mundo que no tenga dudas, que no tenga miedos, que no vea contradicciones en su vida. Cada uno elige un camino y no pienses que esa elección te hará feliz o infeliz. Tu actitud hacia la vida será lo más importante, no lo que te rodee. Pero no vine a soltarte un sermón, perdona. Cosas de curas.

Durante unos minutos se quedaron en silencio. Estaban sentados en la puerta

del pajar. Aún sin luna, el brillo de las estrellas resaltaba mágicas sombras en el heno. Escuchaban los grillos y alguna lechuza. Había una leve brisa que hacía silbar al viejo castaño. El mundo era en verdad bello, pero para su Aita, la vida era apasionante como para pocos.

-Aita, ¿ podría ir a ayudarte un tiempo en tu parroquia ?

Dos meses después, el hijo menor de Agustín se despedía de su madre en el caserío. Llevaba una vieja bolsa de lona con la ropa y una de plástico con la comida del día : un buen bocadillo de queso del caserío con atún, su preferida. Milagros sentía algo especial por el pequeño y su mirada reflejaba el dolor de verle partir. Su instinto maternal le decía que algo iba a cambiar en la vida de Patxi. Su padre le acompañó hasta el cruce con la carretera comarcal, donde esperaría el autobús para Pamplona. Allí cogería otro hacia Bilbao y se bajaría en Durango. Desde Durango tenía diez kilómetros de camino hasta Garai, el pequeño pueblo vizcaíno donde su tío ejercía de párroco desde hacía siete años. Durante el camino, su padre le hizo prometer que no se pondría en contacto con Juan Mari. Al despedirse se dieron un fuerte abrazo. Le sorprendió ver cómo su padre se emocionó y se le escaparon unas lágrimas. Ni siquiera en la muerte del abuelo le había visto llorar. Sentía un enorme respeto por su padre y le dijo algo que sintió muy profundo y nunca olvidaría:

-Padre, haga lo que haga, siempre intentaré hacerle sentir orgulloso de su hijo menor.

Estaba llegando a Durango y se sintió embrujado por la belleza del señorial pueblo de Elorrio y su preciosa iglesia, pero sobre todo por la grandiosidad del monte del Anboto. Llegó a la plaza central de Durango donde su tío Patxi le

dio la sorpresa y le estaba esperando. Fueron juntos hasta la iglesia de Sta. María bajo cuyos amplios porches había muchos labriegos con puestos de fruta y verduras. Aunque Patxi estaba bien abastecido de regalos de los caseríos de Garai, quería comprar más peras y miel; y prepararle a su sobrino su postre preferido : compota de peras.

Cogieron la ruta hacia Garai, subiendo por un empinado camino. Los prados eran más verdes que los de su valle navarro. En varios tramos del camino vio plantaciones de abetos, algo nuevo para él. Su tío le explicó que eran para la papelera y sintió lástima aunque no podía explicar porqué. Los caseríos tenían tejados más empinados y más bajos que los navarros que él conocía. La parte superior se limitaba a un granero y secadero de maíz, pero no destinada a vivienda como el de su familia. Casi todos tenían un porche en la entrada. Pero las empinadas huertas, las vacas, los carros de bueyes, las espigadas y robustas figuras de los labriegos, sus saludos a Patxi y los "Epa" al cruzarse : todo le hacía sentirse como en casa. Aunque precisamente todo este parecido le hacía recordar más la triste despedida de sus padres.

Llegaron al pequeño pueblo que consistía en la iglesia, la escuela, un frontón, un bar, el ayuntamiento, y cuatro o cinco casas. Enfrente del ayuntamiento había aparcados dos Seat seiscientos, uno pertenecía a los hermanos Zubiaude, dos pintores sordomudos que vivían en una de las casas; el otro era propiedad del alcalde. Al sur de la plaza había una pequeña explanada y varios bancos. Una sencilla baranda de madera protegía de la empinada pendiente y desde ella se veía una preciosa vista de montes, caseríos, bosques, prados, al fondo el monte Anboto y la cordillera que separaba Vizcaya de Alaba, a sus pies, la silueta de Durango con la torre de la iglesia de Sta. María. Algo perturbó la paz que empezaba a sentir rodeado de tanta

belleza: clavado en un tronco había un cartel de la guardia civil en el que rezaba: "Se busca" Debajo había una foto de un joven y su nombre, seguido de "Peligroso terrorista perteneciente a ETA, autor de varios atentados contra la Unidad de la Patria". De repente se le vino la imagen de Juan Mari, la promesa a su padre, el pretendiente de su hermana, las guerras de las que le había hablado su tío, la muerte de su tío Ángel. Desde su valle navarro apenas había experimentado el lado violento del ser humano, sintió vergüenza por todo ello y quiso disculparse ante la bella naturaleza que asomaba en este grandioso rincón del mundo que empezaba a descubrir.

VI. Luchando por la vida, Bombay, 1969

Era el 21 de julio de 1969, aunque Aimsa no sabía la fecha de los días que iba sobreviviendo. Estaba escondida, temblando, detrás de unas maletas y sacos apilados entre dos vagones del expreso que iba desde Bombay hacia Calcuta. Oía a unas personas decir que unos hombres de un lugar llamado America, habían llegado a la Luna, y pensó que cuantas mentiras eran capaces de inventar las personas. En medio de tanta pobreza, de basurero en basurero, y ahora angustiada por temer quedarse sola en el mundo, aquella idea le parecía imposible, casi cruel. No sabía que su propio gobierno ensayaba la bomba atómica en algún lugar de Siberia, mientras tres cuartas partes de su población carecían del alimento, agua y vivienda básicas para sobrevivir.

Recordaba como su madre, Kalindi Kamble, le contaba historias de su vida en una pequeña aldea al norte de Bombay. Cuando su madre le hablaba de aquel tiempo, se le encendía la mirada y se iluminaba su rostro y su sonrisa de la vida, que normalmente parecía ausente en ella. Se dedicó siempre a ayudar en su casa y en los campos. Su madre y ella pertenecían a la *jati* (casta) de los intocables. Por el sistema milenario de castas, Kalindi y Aimsa, y toda su familia, siempre serían considerados seres inferiores. Primero eran los sacerdotes –*brahmanes*-, luego los guerreros –*kshatriyas*, los agricultores y comerciantes –*vaisyas*- y los obreros- *sudras*- y, por último, ellas y su familia, los intocables –*harijans*-. Eran el último eslabón en la escala social. Su designio como *harijans*, les imponía con quien podían casarse, que profesión tener, que destino esperar en esta vida. Les quedaba la esperanza del *samsara* – la reencarnación-, a través de su karma y sus acciones en la vida. Pero sólo si habían cumplido su función limitada a su casta en la vida.

Su madre tenía siete años, como Aimsa ahora, escondida y temerosa, cuando un pequeño y delgado abogado formado en Inglaterra llamado Gandhi, luchó contra el sistema de castas, en especial para abolir la designación de intocables, destinados a una vida peor que la de los esclavos. Kalindi le contaba la historia a Aimsa de aquel pequeño hombre que con palabras suaves e inteligentes, con amor inasequible al rencor y con el uso de la no-violencia (Aimsa), revolucionó a seiscientos millones de indios, los independizó del mayor imperio de la historia y les hizo sentir su dignidad en libertad y paz. Cuando Kalindi comenzó a ilusionarse con un futuro diferente, Gandhi fue asesinado y el país cayó en luchas fratricidas. Los odios fijaron aún más el sistema de castas. A pesar de vivir en lo más inferior de la sociedad, de limpiar las suciedades y trabajar las tierras que nadie quería, Kalindi era, a su manera, una niña feliz. En aquella aldea rodeada de arrozales en el sur de la India, podía correr con otros niños de su casta, chapotear en el río, subir a los gigantes laureles, perderse en aventuras en el bosque, ver las estrellas.

Era la tercera hija de una familia de tres hermanos. Los dos mayores eran varones y podían buscar su futuro. Kalindi- hija del sol-, por ser niña, debía ser desposada con gran esfuerzo para los padres pues debían pagar una dote elevada a quien se casara con ella. Sus padres habían envejecido muy pronto y apenas sentían fuerzas más allá de conseguir, a duras penas, el arroz para cada día. Kalindi apenas recordaba una caricia, ni siquiera una mirada tierna de sus padres. Eran hindúes, de la religión de los vaishnavas, creyentes del ser supremo eterno: el Brahmán (Dios) Visnú. Kalindi creció escuchando las historias de su madre de cómo detrás del universo visible (*Mâyâ*), había otra existencia eterna y sin cambios. Su madre vivía obsesionada con salir de aquel destino indigno de *harijans*, para reencarnarse en otras vidas, o incluso salir de aquel infierno de *samsaras* – reencarnaciones – y diluirse en el universo

espiritual, trascendiendo tiempo, espacio y materia, todo ello ligado a un profundo sufrimiento en la vida según la veía la madre de Kalindi. El padre de Kalindi, había emigrado hacía tiempo a Bombay, y venía unas cuantas veces al año con algunas rupias y muchas historias de su esforzada vida en Bombay. Con el tiempo fue viniendo menos, y poco después, dejó de venir.

Poco después de morir Gandhi, su madre murió de unas toses intratables, por las que fue expectorando sangre hasta extinguirse. En el fondo, soñaba con la reencarnación y otra vida diferente. Su hermano mayor se había casado ya con una mujer de la casta *vaisíyas*, desafiando el designio de las castas y los dioses. Kalindi se fue a vivir con la nueva familia de su hermano. Siempre notó que la mujer de su hermano la trataba con desprecio. En el fondo, mientras se vio obligada a casarse con su hermano por un embarazo inesperado, detestaba la idea de una casta inferior en su casa. Mientras el hermano de Kalindi había sido asimilado en maneras, costumbres, ropa y trabajo –en los arrozales– como *vaisiya*, ella era claramente una intocable, sucia, harapienta, sin modales y sin sofisticación alguna. Trabajaba como una esclava en aquella casa.

A la edad de 15 años, un grupo de jóvenes *vaisiyas* la persiguió una noche cuando volvía de traer agua del pozo. Ella corrió por entre los arrozales todo lo rápido que pudo. Cuando pensó que estaba a salvo, uno de ellos se le abalanzó por detrás. Kalindi, malnutrida y temerosa de contacto alguno con otras castas, notó toda la fuerza sobre su frágil cuerpo y sintió el contacto violento hacia sus entrañas, horrible, doloroso, como si un palo le atravesara el cuerpo. Bendijo su vida de intocable sin contacto alguno con ese horror. Intentó resistirse y gritar pero un golpe seco en la cabeza la dejó inconsciente.

Volvió a la casa de su hermano esa noche sangrando entre sus débiles y temblorosas piernas, el cuerpo lleno de hematomas, los ya harapientos vestidos hechos trizas. Su hermano estaba viajando. Él ya era distante con ella, pero Kalindi esperaba algo de compasión de alguien. Su otro hermano hacía tiempo que había huido de aquel mundo. Fue a decirle lo ocurrido a la mujer de su hermano y ella le acusó de haber provocado a esos chicos con sus vestidos poco modestos. Le dijo que su presencia en aquella casa era una deshonra. Kalindi se acurrucó en un rincón del patio trasero toda la noche. Miraba las estrellas y pensaba en el mundo de la espiritualidad del que le hablaba su madre, donde quizás estuviera. Pero ella tenía ilusión por vivir, por reír, por ver los amaneceres y los atardeceres. Sabía la inmensa luz que transmiten las personas al sonreír con limpia generosidad. A pesar de todo, seguía confiando en la vida.

Cogió algo de comida en una bolsa de lona. Huyó de aquel infierno de odio. Anduvo durante cinco días por arrozales, caminos y selva. Estaba acostumbrada a comer sobras de las casas, pues dar limosnas a los intocables ensalzaba el Karma de otras castas. Llegó a Bombay sin saber a qué, ni para qué. Pero en aquel mar anónimo, podría huir del odio. Aunque fuera ahogada en indiferencia. Siempre con la esperanza del amor. Esa tenue luz que le recordaba a la inmensidad espiritual donde estaría su madre. Se dedicó durante unos meses a pedir limosna y a limpiar las acequias que rodeaban a una fábrica, por unas pocas rupias que apenas le daban para un poco de arroz, verduras y curry. Vivía en una pequeña estera de una acera de Dharivi, un atestado suburbio de Bombay. Cuando vio a luz, sola en su estera, se acercó una mujer a ayudarla. Era la única compasión que había sentido desde que muriese su madre.

Así nació, una niña Harijan –intocable-. Durante una noche de diciembre de 1962 en una humilde acera de Dharivi. Su destino no sólo estaba maldito por su casta, sino por la condición de madre soltera de su madre. Kalindi, a pesar del dolor y rechazo que había sufrido siempre, llamó "Aimsa" a su hija, en honor a Gandhi y su lucha por la no-violencia.

La mujer que le ayudó en el parto conocía a las mafias que controlaban los basureros de Bombay y le ayudó a que fuera aceptada para trabajar en uno cercano a Dharivi. Kalindi pasó los siguientes años trabajando en un gigante basurero con su pequeña Aimsa a la espalda. Cuando Aimsa fue creciendo, ella empezó también, con tan sólo cuatro años, a recoger basura. En aquellos inmensos montones de desperdicios, ella podía escarbar y meterse en rincones para encontrar los tesoros de ese mundo: ropa, botellas de plástico, cartón. Una vez encontró un libro con dibujos de dioses, que guardaba como un tesoro.

Cuando Aimsa tenía siete años, su madre empezó a toser. Kalindi sabía que era lo mismo que se llevó a su madre a otro mundo. En aquel libro de dibujos de dioses hindúes, su único tesoro, su madre sintió una llamada, de ir a lavarse al Ganges y encontrar una vida de luz para cuidar de su pequeña Aimsa. Kalindi no podía entender la complicada historia del castigo a Sagara y la lluvia de Ganga sobre los cabellos de Shiva y como el río lavó las cenizas atormentadas hasta el mar. Pero algo le llamaba muy fuerte a la débil Kalindi a ir hacia aquellas aguas purificadoras.

Estaban a más de dos mil kilómetros y unas trescientas paradas de tren. Unas tres semanas de viaje. Sólo podían ir en el techo, hacinados con muchas otras

personas, bultos, animales. Habían ahorrado recogiendo basura para aquel viaje anhelado por Kalindi, segura de que así le ofrecería a su hija una vida nueva de luz.

Cuando llevaban dos semanas de viaje, unos hombres en plena noche, intentaron abusar de Kalindi, quien se defendió con fuerza. En el forcejeo, Kalindi cayó a la vía en medio de campos de arroz. Aimsa dormía en otro rincón del techo, y no supo que pasó. Cuando se despertó, buscó a su madre por todo el tren. Recorrió angustiada cada vagón, cada tejado, debajo de los asientos, entre los amontonados equipajes. Con lágrimas en sus ojos repetía. *¿Mâm, mâm, Âpa kahâm hai?* (¿Madre, madre, donde estás?). Dejó de comer y de beber. Se acurrucó entre unos bultos durante dos días. Pensaba en su madre y recordaba las historias de su vida. Su mirada profunda, sus caricias, las únicas que esperaba tener en esa existencia. ¿Qué le esperaba ahora? ¿A dónde iría?

A los dos días, queriendo morir con tan sólo siete años en aquel rincón entre bultos, tuvo un sueño. Vio a su madre liberarse bañada en las aguas del Ganges y diluirse en la belleza de las estrellas. Oyó que le decía: *Jñâna kî úôdha. Jñâna kç li'ç. Khuúî pâ.* (Busca la sabiduría, busca la sabiduría. Encontraras la felicidad.)

Llegó así Aimsa, con apenas siete años a la estación de Calcuta, sola, con su libro de dibujos de los dioses y con el eco del sueño de su madre como única guía en la vida.

VII. El mirador de NoLwasi. Matabeleland. diciembre de 1970

Era febrero de 1970 y la minoría blanca de Rhodesia del Sur, se independizó del Reino Unido y proclamó una constitución racista.

Sipho llevaba tres días inconsciente. Su padre, Themba, no se separaba de su lado. Las palabras del *Nyanga* amigo de su difunta madre, Masora, no conseguían aliviarle. No podía entender como aquel trance, su hija ausente del mundo, sin apenas beber y sólo cuando la forzaban, y con los ojos en blanco. era considerado un privilegio, un regalo de los espíritus, la herencia de un saber ancestral que se infiltraba en el frágil cuerpo de su hija. Se resistía a darle aquella planta que murmuraba constantemente en su extraño sueño y que el anciano *Nyanga* no dejaba de traer del bosque. Aunque el *Nyanga* decía que debían dársela en infusiones y ungüentos por la cabeza y las manos, Themba se resistía a hacerlo. Empezó a asociar aquellos mensajes mágicos con dolor y tinieblas, con aquella águila negra que vio sobrevolar y que parecía descender para llevarse a su pequeña hija a un mundo desconocido de dolor y oscuridad. Si no hubiera sido por el respeto que tenía a su difunta madre, le hubiera echado a aquel *Nyanga* del pueblo.

A las cinco noches de la muerte de Masora y del trance en el que se había hundido Sipho, Themba tuvo un sueño. Era tan real que aún sabiendo que estaba soñando, entendía todo lo que estaba ocurriendo, sabía que era tan verdadero o más como el otro mundo que le esperaba al despertarse. En algún momento el sueño parecía desvanecerse y él se agarraba dormido a su propio ropaje con fuerza para no volver a la realidad. Necesitaba entender. Estaba atardeciendo. El águila negra había descendido, se había posado en la choza de su madre, Masora, unos días antes de su muerte. El estaba sentado en una

roca cercana, desde donde podía ver una parte del interior de la choza. El águila le miraba fijamente, aunque sentía que era parte esencial de lo que ocurría en el interior. Vio a su madre, Masora, hablar gesticulando. Estaba sentada sobre sus rodillas, y gesticulaba con sus brazos. En su semblante y en sus ademanes pudo sentir paz, seguridad, sabiduría. Themba no podía oír la conversación, ni ver con quien estaba hablando su madre. Sigilosamente cambio a otra roca cercana desde donde podía ver por una rendija del barro de la choza, otra parte del interior. El águila no dejaba de observarle, aunque parecía, a pesar de su desafiante mirada, consentirle su presencia y su furtiva escucha. Cuando vio a quien hablaba su madre, su corazón vio un vuelco. Era su difunto padre, Mandhla. Sólo le vio por detrás, pero estaba seguro de ello. Su fuerte espalda, su actitud serena pero firme. No pudo reprimir la curiosidad, la necesidad de sentir a sus padres, ya en otro mundo, y se acercó con cuidado hasta la pared, apoyando su oreja sobre ella, para sentir la conversación. Desde esa posición, veía la sombra del águila, inmóvil, vigilante. Así, concentrando todos sus sentidos en las palabras que salían de la choza donde reencontraba a las personas que le habían dado la vida, empezó a escuchar la conversación.

-Mandhla, tienes que entender. Debo irme a tu lado, ya puedo dejar mi espíritu *Nyanga* en Siphó, ella está destinada a cuidar de nuestro pueblo.

-Masora, mi querida esposa, te deseo a mi lado cada día, y vengo cada noche a abrazarme en tus sueños. Pero debes esperar a que Siphó crezca, a que le transmitas tus saberes, a que la acepten los Nyangas de Matabeleland.

-Lo he pensado mil veces Mandhla, pero mírame. Estoy casi ciega, siento que mi corazón necesita tu calor, las estrellas ya no brillan para mí. Cada una es

una lagrima, y el viento me pide ir dejando esta vida con la suavidad del anochecer. Siphó sentirá por mi espíritu el saber de los males de nuestro pueblo, las plantas para curarles, los consejos para traerles paz. Pero siento algo aún más fuerte en Siphó. Es tan fuerte que mi espíritu clama por entrar en su ser y por liberarme de esta vida. Cada vez que lo pienso, siento tu abrazo.

-Sé bien lo que dices, Masora. Aquí entre los espíritus de la otra vida, ya hemos hablado de ello. Siphó no es sólo una *Nyanga*. Siphó salvará a nuestro pueblo de algo terrible que está llegando al mundo de los vivos.

-Necesitaba oírlo de ti, Mandhla. Siphó tiene los designios de una *Sangoma*. Ocorre muy pocas veces y menos a esta edad, menos siendo niña y aún menos teniendo en su destino el poder de *Nyanga*.

-Lo sé Masora. Pero me da miedo la responsabilidad que le inundará a nuestra pequeña nieta. Siento ya el temor que le invadirá a Themba. Y me inquieta el entender por qué los amakosi le dirigen tanto poder a nuestra pequeña Siphó. Intentaba retrasar este momento, Masora, a pesar de amarte tanto.

-Todo está en manos de *Mkhulunkhulu*.

En ese momento el águila descendió al suelo, y se quedó a dos metros de Themba, mirándole fijamente, como diciendo "escucha ahora, este momento es el más trascendente de tu vida."

Se acercó a una pequeña grieta, sin dejar de sentir cada detalle de aquellos increíbles seres de su vida. Sentía la respiración de cada uno de ellos, el olor, hasta el calor de su aliento. Sentía de una forma extraña e incluso dentro de

lo mágico del sueño, que el corazón de su padre palpitaba con fuerza.

-Estaba tan preocupado, Masora, que fui a buscar a *Mkhulunkhulu*. Le fui a buscar al final del mundo, en un viaje sin tiempo.

En ese momento Themba dudó de todo. *Mkhulunkhulu*, el abuelo de todos los abuelos, el espíritu que unía a todos los espíritus en la fuerza de la vida, junto a sus difuntos padres, el águila...Sentía que el sueño le estaba llevando tan lejos que quizás no podría regresar. Pero también sentía con toda claridad que aquel sueño era aún más real que la vida que le esperaba al despertarse. Necesitaba escuchar, entender.

Por la rendija vio como su madre miraba a su padre con una mezcla de terror y de admiración, sin atreverse a decir palabra, con su mirada fija y todos sus sentidos abiertos para escuchar la experiencia que nadie nunca había podido contar.

-No puedo explicar, ni si pudiera debiera, como *Le* sentí. Es una luz distinta a todo, que irradia un calor diferente al del sol. Sentí su pensamiento oyendo simplemente un viento que nubló con la arena del Kalahari aquella luz mágica en intervalos que repetían algo que comprendí sin saber cómo. Me pedía que mi espíritu volviese con Siphó y se uniese al suyo en la sabiduría más profunda que nuestro pueblo necesitaría para salvarse de un abismo al que se enfrentaba. Para esa unión, Siphó debería mantenerse en el limbo entre los vivos y los espíritus, durante siete días y siete noches, tomado unas hierbas que le inspirarán a su saber.

-Mandhla, mi espíritu *Nyanga* puede quedar con los vivos y permitirme

liberarme del cuerpo. Pero tu, ¿cómo podrías volver? He pasado todos estos largos años esperando unirme a ti y cuando ya llego a tu lado, ¿vuelves a este mundo que debo dejar?

-Viviré con tu espíritu de *Nyanga* en Siphó y nos comunicaremos contigo para unir la fuerza de los espíritus al saber de la madre Tierra.

Masora lloraba serenamente y miraba fijamente a Mandhla. Entonces alargó su mano y le acarició su cara. Mandhla también lloraba.

Aquellas lágrimas se contagiaron a los ojos de Themba. Sintió como su visión se nublaba, como se desvanecían las figuras de su padres, como se esfumaban las palabras, y como se despertaba con un recuerdo vago de lo que había soñado, pero convencido de haber estado en un mundo mucho más real que al que volvía.

Sin entender muy bien por qué, al levantarse fue a ayudar al viejo *Nyanga* a recoger la mágica hierba, a prepararla, a darle los ungüentos a su querida hija. Ella, desde su trance, le sonreía y le agarraba fuerte con su mano. Desde aquel día, Themba llamaría a su hija, NoLwasi, la madre del saber.

NoLwasi despertó de aquella semana entre mundos. Fue dejando su infancia y entrando en una adolescencia algo solitaria, aunque nada ermitaña y aún menos huraña. Era amable con todos, participaba de las músicas, los cantos zulúes, los bailes, las ceremonias, las aventuras con sus amigas y amigos en las áridas sabanas del Kalahari, o en ir a cazar impalas con su padre. Pero al llegar los atardeceres, sin decir nada a nadie, se iba hasta unas rocas a unos

kilómetros por el cauce seco del Sansukwi. Allí, entre unas melaleucas⁸, miraba la puesta del sol con una veneración profunda. Como ausente del mundo. Su padre Themba, intrigado, le había seguido alguna vez sin que ella se diese cuenta, y vio en su mirada y en la leve sonrisa que iluminaba su rostro, la misma expresión que en su semana de trance. Veía en ella más claramente que nunca a sus padres y algo en él se llenaba de paz.

Cuando el sol se ponía, Sipho, ahora NoLwasi para todos, quemaba frotando sílex, unas maderas y meditaba absorta en la luz del fuego. Después, con las tizas de madera quemada, escribía en la corteza de las melaleucas códigos que no podía entender. Eran dibujos en torno siempre a un centro que asemejaba la forma de su mirador sobre el atardecer, sobre el mundo.

Pasaron los años y NoLwasi se convirtió en una preciosa mujer, mágica mezcla de la nobleza *ndebele* heredada de su abuelo Mandla, de la sabiduría serena de su abuela Masora, de la ternura de su madre Thembinkopsi y de la valentía de su padre Themba. NoLwasi tenía la piel brillante del ébano. Su andar y correr por las sabanas reflejaba la agilidad de las gacelas a quienes empezó a venerar y a rechazar cazarlas con su padre o comer su carne en las celebraciones. La expresión de sus ojos negros era profunda, no apartaba nerviosamente la mirada, como la mayoría de las personas. La expresión de su mirada, en si misma, denotaba una inmensa serenidad y transmitía una profunda paz. Su nariz era recta y suave, diferente a las achatadas “*kalangas*”, más próximas a los shonas y bantúes. Su boca era fina y casi siempre con una línea suave, como el horizonte del Kalahari. Una sutil expresión en sus extremos transmitía sus sentimientos, como los clics *ndebeles* cuando los demás hablaban. Los aprendió de su padre, transmitidos por su abuelo. Le

⁸ Árbol de Matabeleland y del Kalahari, con finas cortezas blancas que se pelan en forma de pergaminos.

permitían estar en las conversaciones y expresar cuando así lo sentía, sus sentimientos. Pero sin apenas hablar. Eso era algo que diferenciaba a NoLwasi del resto. Apenas hablaba. Escuchaba con atención y hasta se diría que con ternura. Sobre todo escuchaba a la naturaleza, a los sonidos del viento, a los de los animales, a las sensaciones imperceptibles para los demás, del atardecer, de las estrellas y de los olores que traía el viento.

NoLwasi no se interesó en su adolescencia por las carantoñas furtivas entre chicos y chicas en rincones del cauce seco. Sí que participaba, más tímida con el paso del tiempo, de los bailes, y de tocar los tambores en las celebraciones. Pero lo hacía de una manera muy especial. Su sentir era tan profundo al expresar los sonidos, al mover su cuerpo, que al hacerlo, el resto del pueblo se quedaba como hipnotizado, escuchándola su ritmo mágico con los tambores y, observándola absorta en sus bailes que parecían expresar el saber y el sentir de cientos de generaciones.

Cuando tenía veinte años, casi todas las amigas de su edad en el pueblo y los alrededores estaban ya casadas por el rito *kalanga*. Muchos de sus maridos emigraban a Soweto, a unos quinientos kilómetros al Sur, en Sudafrica, "Egoli". La llamaban así por las minas de oro a donde iban los jóvenes de todo el Sur de Africa, en busca de un futuro que sus áridas tierras, a las que les habían marginado los "boers" racistas de Rhodes y sus sucesores, ahora liderados por Ian Smith, parecían negarles. NoLwasi sentía miedo al ver a sus amigas casadas con sombras de hombres que desaparecían hacia aquellas tierras lejanas, embrujados por el oro y el dinero. En todos los pueblos de Matabeleland empezaron a surgir casas diferentes a las chozas *ndebeles*. El adobe vio paso a los bloques de hormigón y la paja de los techos, a placas de zinc. Dentro de aquellas casas ,construídas con el dinero de los emigrantes a

Soweto, se exhibían, como obras de arte, páginas de anuncios de periódicos de Sudáfrica que mostraban aparatos eléctricos, biberones, botellas de refrescos, mujeres con pelos alisados como las Boers, o incluso coches brillantes con gente sonriente en su interior vestidos como los "baas", los dueños de las fincas de las tierras fértiles de las que les habían echado o en las que trabajaban como esclavos.

NoLwasi sentía que algo terrible empezaba a ocurrir en su pueblo, en su gente, en su tierra, como una nube que oscurecía todo. Mientras tanto, cada vez sentía con más fuerza la llamada del atardecer, del fuego, y de escribir diagramas que no podía entender, y guardarlos entre las rocas de su mirador sagrado.

VIII. Los sueños de los tigres blancos. Calcuta 1973

Aimsa esperaba sentada en una estera en un ashram en postura de meditación. Cerrados sus ojos y en profunda paz, pensaba en la magia de la vida que le había llevado hasta un ashram de Rishikesh al borde del Himalaya, en el norte de la India.

Siete años antes había llegado a la estación Sealdah de Calcuta. Con tan sólo siete años había perdido a su madre en el largo viaje desde Bombay, se enfrentaba sola a un mundo desconocido y hostil. Tan sólo contaba con la experiencia de recoger basura en los vertederos, las imágenes de algunos dioses hindúes y el recuerdo de su madre, Kalindi, ahora diluida en la luz de las estrellas. De ello no tenía ninguna duda.

Al llegar a aquella inmensa ciudad, estuvo vagando durante tres días sus calles, mendigando a los transeúntes y conductores para poder comer algo de arroz, y buscando donde dormir, en las atestadas aceras. En la tercera noche, se le acercó una niña, algunos años mayor que ella. Inaya llevaba tres años viviendo en las calles desde que su madre muriera de una fiebre. Vivía con un grupo de niños en Rambagan, el gran suburbio de las afueras de Calcuta donde se hacinaba más de un millón de personas sobreviviendo entre chavolas, acequias malolientes, caminos embarrados y ríos de gente buscando lo mínimo para sobrevivir un día más.

Eran ocho niños y niñas de edades entre los seis y los quince años. Vivían bajo una lona en un rincón entre dos caminos de Rambagan. Como ellos, había miles de niños sobreviviendo, o lentamente muriendo, en los atestados callejones de aquel suburbio. A veces el grupo tenía que defenderse de

ladrones, borrachos y de otros grupos de niños que venían a robarles comida o sus pocas posesiones. Algunos afortunados eran "rescatados" con unos hombres con gafas oscuras que venían por Rambagan y les ofrecían ir a una escuela donde estudiarían y llegarían a ser ricos.

El jefe del grupo era un chico de unos catorce años. Se llamaba Anil (aire). Era alto, muy delgado, tenía una marca de una herida mal curada en la mejilla y siempre llevaba una cadena plateada en el cuello. Inaya le presentó a Aimsa, diciéndole que era nueva en Rambagan. Era tarde por la noche y el grupo estaba bajo la tienda. Anil la miró con recelo:

-¿De dónde vienes?

-Vengo de Bombay. Iba con mi madre a purificarnos en el Ganges, y desapareció en el tren.

-Tu madre te abandonó.

-No. Tenía que irse a las estrellas y desde allí alumbrarme un camino en la vida.

-¿Y te alumbró para venir aquí?

-Ahora sí.

-Y qué quieres hacer en la vida.

-Quiero luchar para que el mundo sea mejor y desaparezca tanto sufrimiento.

Todos los niños se rieron de ella. Pero al poco tiempo, Anil la miro fijamente. Aimsa no pestañeaba ante lo que acababa de decir. Anil sintió una fuerza en su mirada que le hizo estremecer. No entendía por qué.

-¿Y cómo vas a hacer eso?

-Mi madre, desde su luz en las estrellas, me guiara.

-Aimsa, aquí somos muchos ya, casi no tenemos sitio para dormir nosotros. Si quieres quedarte con nosotros, tendrás que conseguir una tela o plástico duro para ampliar la tienda, y darnos una rupia cada semana para tu protección.

-Lo haré.

El grupo lo formaban cinco chicos y tres chicas, ahora cuatro, con Aimsa. Cada uno tenía historias confusas sobre como acabaron en la calle. Tres habían llegado allí por la muerte de sus madres solteras, dos huyendo tras palizas en la casa, dos se habían perdido en los caminos mientras sus familias emigraban del campo a la ciudad y una niña de tan sólo siete años era sordomuda y nadie sabía como había llegado allí.

Anil trabajaba separando piedras de la arena en las obras. Algunos compraban incienso y lo vendían entre el trafico, otros limpiaban el suelo en cualquier lugar donde les daban alguna rupia o algo de arroz, o buscaban entre la basura algunos objetos que luego vender por las casas o entregar para reciclar a una empresa de cartones a las afueras de Rambagan.

No todo era tristeza y dura supervivencia. El grupo tenía sus códigos de honor

en respetar a Anil, en protegerse entre ellos y su pequeño rincón, en ir a bañarse a las sucias acequias, o incluso en cantar y bailar juntos alguna canción que escuchaban en las radios de las casas. Se llamaban a si mismos los tigres blancos. Desde una casa cercana, un hombre ya mayor había conectado al alumbrado de la calle un televisor y un video, y se juntaban cientos de personas a ver los sábados películas de Bollywood. Todos soñaban con convertirse en cantantes, actores y actrices famosas, ganar mucho dinero y comprarse grandes mansiones. En una de las películas más famosas, "el tren", un policía investigaba misterios de crímenes en un tren, y Aimsa pensaba en su madre y dudaba a veces de su viaje a las estrellas.

Aimsa buscó como sobrevivir buscando trozos de cartón y papel en las basuras y cargándolos hasta un almacén de reciclaje a unos cinco kilómetros. Con ello podía pagar la rupia semanal a Anil y vivir tranquila en aquella pequeña tienda con los tigres blancos.

Inaya se fue dedicando a entregar su cuerpo a hombres que venían a buscarla cada vez con más frecuencia, hasta que un día desapareció y nunca más supieron de ella. Un día vinieron dos hombres con gafas oscuras y se llevaron a dos de los niños, según decían, para estudiar y ser actores famosos en Bollywood. Tampoco volvieron a saber nada de ellos. Otro de los niños, que andaba con dificultad por una parálisis en una pierna por la polio, fue atropellado por un coche que no paro. Los niños llevaron su cuerpo a un lugar cercano al gran vertedero de Rambagan donde le incineraron. Ese día Aimsa hablo de los dioses y la reencarnación, de la energía que todo lo envuelve y transforma el dolor en luz. Todos empezaron a sentir un profundo respeto por ella. Se iban unos y venían otros. Aimsa acogía a todos con mucho cariño. Les tranquilizaba en sus pesadillas de las noches y les contaba la historia de su

madre :

-"Mi madre era una diosa, hija de Vishnu. Era muy bella. Sus ojos brillaban como las estrellas. Cuando sonreían parecían abrazarte con su brillo y llenarte de calor. Su pelo era suave y largo. Ondulaba con el viento como las alas de los pájaros. Su boca era fina y cuando sonreía todas las penas se esfumaban; Mi madre vestía saris de seda y al andar parecía flotar sobre el aire. Sus manos se movían con la delicadeza de las mariposas. Sus caricias , unidas a sus miradas y a la brisa de su sonrisa, reflejaban la belleza de los dioses y la inmensidad de lo que nunca acaba. Ella se fue con la belleza de las estrellas. Desde allí me alumbró mi caminar en la vida. Poco a poco me irá diciendo como aliviar el sufrimiento en el mundo"

Un día, Aimsa, estaba contando esta historia mientras imaginaba las relaciones de su madre con los dioses de su único tesoro : el libro de imágenes de los dioses que encontraron en el vertedero de Bombay. Observó que un hombre se había sentado a escuchar como contaba su historia a los pequeños. Todos reaccionaron con miedo, pero Aimsa notó algo en su mirada diferente a las actitudes de los que se llevaron a los otros niños o los que fueron engatusando a Inaya para llevarla al mundo de la prostitución.

Aimsa se levantó y le hizo el saludo de respeto hindú. El hombre le pidió que siguiera contando sus historias. Siguió viniendo tres noches a escuchar sus cuentos a los niños pequeños.

Aimsa ya tenía 14 años y llevaba siete sobreviviendo en Rambagan. Había visto la muerte, el hambre, la unión, el amor, la violencia, los miedos. Y sobre todo, había visto cientos de noches a su madre en las estrellas. Sabía que le

guiaría hacia la luz. Sabía que ella estaba destinada a aliviar el sufrimiento en el mundo.

A la tercera noche, aquel hombre le dijo a Aimsa que quería hablar con ella. Era un hombre mayor, tenía una larga barba blanca y una coleta recogía su melena. Vestía una túnica blanca y miraba con profundidad y ternura. Algo hizo que Aimsa sintiera mucha confianza en él. Aunque había visto a brahmanes en los templos, era la primera vez que veía a un maestro espiritual, un gurú hindú.

-Buenas noches, Aimsa, Me llamo Sri.

-Buenas noches, señor Sri.

-Aimsa, he estado escuchando tus historias estas noches. Son muy hermosas. Yo también sé que tu madre está en las estrellas y te alumbra con su belleza y sabiduría.

-Gracias.

Era la primera vez, desde que alcanzaba a recordar su vida, que un adulto que no fuera su madre le hablaba con respeto, incluso con ternura. Sintió un gran calor invadir su corazón.

-¿Dices que estás destinada a aliviar el sufrimiento en el mundo?

-Todos lo estamos. Yo lo sé.

El gurú Sri, se sintió fascinado por la fuerza del espíritu de Aimsa.

Sri era un gurú hindú del norte de la India. Llevaba veinte años dedicado al pensamiento espiritual y a la meditación en el *ashram* al borde del Ganges, cerca de *Rishikesh*, en el estado de *Uttarakhand*, cerca del Himalaya, en el camino a la ciudad sagrada de *Haridwar*. Sri le dijo a Aimsa que él era un *sannyasi*, dedicado a la meditación y que había estado en muchos *ashrams*. Con el tiempo Aimsa supo que había convivido un tiempo con el mahatma Gandhi, del que tanto le habló su madre, en Sabarmati. Sri le explicó a Aimsa la vida en el Ashram, la dedicación a la meditación y como allí recibían a personas de todo el mundo buscando la verdad (Satia). Pasados unos días, Sri le dijo que debería retirarse a meditar.

Unos días después, Aimsa ya pensaba que aquel hombre había sido un sueño en su vida y habría ido a las estrellas, con su madre. Pero volvió y le dijo que si quería ir con él al Ashram. Dijo que en su meditación había sentido como ella estaba destinada a irradiar una luz bella y sanadora en el mundo.

Se despidió de los tigres blancos. Anil ya llevaba un rickshaw por las calles de Calcuta y otro de los chicos de aquel grupo de valientes dirigía la pequeña tienda. Aimsa les quería con todo su alma y se despidió diciéndoles que nunca les olvidaría. Les dijo que pensarán que cada uno de ellos eran lo más bello del universo y las estrellas les miraban a sus ojos con la misma fascinación que ellos a ellas.

Fue así como Aimsa llegó a aquel ashram donde ahora estaba pensando en cómo su vida le había llevado hasta aquel rincón de paz y sabiduría espiritual al borde del Himalaya, y donde buscaba, bajo la luz de las estrellas,

su camino.

IX. La mar llama a Jonay al mundo –Gomera, septiembre 1975.

Jonay sentía algo estremecerse en su corazón. Estaba sentado en serena soledad sobre su roca preferida, casi secreta, en la playa de la cueva de San Sebastián. La mar estaba brava. Arremetían las olas contra la roca volcánica y salpicaban su bravura suicida en torno a él. Pero el sol brillaba. La mar solía despertar su bravura con los cielos cubiertos por la “panza de burra” o por los anticiclones y vientos de las Azores. Pero en este amanecer, el sol brillaba campante en un cielo azul intenso. En extraña alianza con la furia del mar, los primeros e intensos rayos del sol parecían también arremeter con fiereza sobre las sombras de lava. Jonay se sentía hipnotizado por tanta fuerza. En el espejo del mar arrugado por su agitación, el sol dibujaba miles de caprichosas figuras de fuego y nieve. Jonay imaginaba en una de ellas acercarse con sigilo a la princesa guanche Gara desde la isla del teide, quien según la leyenda se escondió en el estómago de un buey para atravesar el brazo de mar que le separaba de la isla de su amante prohibido. Jonay sentía que algo inexplicable le hablaba desde aquellas sombras. Algo fuerte y puro, bendecido por aquella naturaleza limpia y brava.

Era el otoño de 1975. Estados Unidos había firmado la paz con Vietnam pero apoyaba a dictaduras sanguinarias en Latinoamérica. Allen y Gates fundaron Microsoft mientras en España Franco había ingresado grave en un hospital de Madrid, cedido los poderes al príncipe Juan Carlos y todo el país, incluidas estas rocas volcánicas nacidas del océano a más de dos mil kilómetros, estaba pendiente del ritmo cardiaco agonizante de un viejo dictador. Jonay era un adolescente soñador y sentía un afecto inmenso por la isla que vio nacer y mezclarse con la vida a varias generaciones de su madre Umbela. La isla de

la Gomera. Allí reinaban caciques, desde que los guanches se despeñaron por sus barrancos antes de someterse al dominio de los militares y colonos españoles. Pero algo indómito había crecido en el pueblo llano gomero. El espíritu libre de los guanches se había reencarnado en parte del pueblo sometido por los caciques del franquismo. Curiosamente, sangre descendiente de los colonos godos se amotinaba, como las aguas de aquel amanecer atlántico, contra el caciquismo e imperialismo europeos. Algo alumbraba por encima de las tinieblas de un pueblo zarandeado por la historia. Cada gomero sentía sus pasos vigilados por el Dios Teide. Aquel inmenso volcán era el corazón de la vecina isla de Tenerife y se erigía firme y grandioso en el horizonte. Jonay sabía bien que los primeros rayos del amanecer otoñal salían detrás de la figura del Teide. Aquel amanecer, sentado en su roca volcánica, embrujado por la furia del mar y el brillo y calor del sol, la silueta del Teide sobre un fondo de fuego, le hablaba. Le llamaba a un mundo, lejano.

Umbela, su madre, era la menor de una familia campesina del valle de Hermigüa. Su padre Ramón, y el padre y el abuelo de su padre, habían sido campesinos, “magos”⁹. Cultivaban pequeñas terrazas esculpidas sobre las laderas volcánicas de los barrancos del valle. Con noble esfuerzo transformaban su sudor y poco más que sus manos, en el maíz, el trigo, las papas, tomates y algunas verduras con las que hacer el pote diario. Las cabras daban el queso y una burra ayudaba en las duras y penosas tareas de los magos de las laderas. El molino vecinal molía el gofio¹⁰ y las colmenas de las laderas daban la miel. Sí que se precisaba algo de magia para sobrevivir en aquellos barrancos. Magia y esfuerzo. Varas y silbos. Sudor y fe.

9 Nombre que se da en Calanarías a los campesinos, por la aparente “magia” de extraer vida a las secas tierras volcánicas.

10 Harina de cereales o maíz, tostados antes de molidos, típico de Canarias.

Umbela nació en aquel valle. Su madre María tuvo unas fuertes hemorragias tras el parto y estuvo encamada durante casi un año. A Umbela la crió en parte su abuela Dionisia con la ayuda de leche de burra. Quizás fuera la mezcla de leches materna, de abuela y de la burra, lo que fraguó la hermosura de Umbela.

Umbela fue la primera joven del valle de Hermigüa que asistió al Instituto de la Gomera a realizar su bachiller. Desde muy pequeña había sentido atracción casi mística por la lectura. Los pocos libros de la biblioteca del ayuntamiento, de la parroquia de Don José y del hacendado Don Casimiro, habían bañado ya las frondosas orillas de su imaginación cuando aún no había irrumpido en ella la adolescencia. Su padre sintió siempre una fascinación por la mirada dulce y profunda de Umbela y se volcó en ayudarla en perseguir sus sueños. Por eso a las duras tareas de cultivar las terrazas de los barrancos, llevar a pastar a las cabras o buscar los berros en las laderas para el puchero, añadió ahora las de trabajador en la plantación de plátanos de una de las haciendas del valle.

Cuidaba de las plataneras y llevaba la carga en carretas de bueyes al puerto de Hermigüa cada primer martes del mes. Allí llegaba un pequeño carguero de Tenerife y amarraba en el pequeño dique. La mar arreciaba tan brava a veces, que el barco no podía atracar y había que llevar la cosecha en carros de bueyes hasta San Sebastián. Eran tres días de caminos empinados cruzando los tres barrancos.

Con aquel trabajo, Marcos conseguía diez duros al mes, suficiente para los libros y la matrícula del instituto y el internado en San Sebastián. Aunque sólo estaban a veinte kilómetros de caminos, la difícil comunicación por los

barrancos hacía que Umbela sólo viese a su familia por Navidad y Pascua. A eso se añadían como regalos del cielo las inesperadas visitas de Marcos cuando llevaba los plátanos a San Sebastián en tiempos de tempestades. Umbela rezaba a menudo a los dioses de los cielos broncos y los mares bravos.

Umbela fue madurando en el instituto de San Sebastián y se convirtió en la primera mujer de Hermigüa en completar el bachiller. El hijo mayor del hacendado de Hermigüa asistía también a este instituto. Desde joven había sentido atracción por la bella Umbela. Vivía en una noble casa de la Lomada y le llevaba un chófer cada mañana al instituto en uno de los cuatro Seat Seiscientos de San Sebastián. Umbela sentía repulsa por su arrogancia pero disimulaba su rechazo por no poner en peligro en empleo de su padre. Umbela recordaba las historias de su tío Adrián quien emigró a Cuba y estuvo enrolado en la revolución. Se solía escribir con él, ahora jefe de una sección del ministerio de la salud cubano. El joven Juan Manuel no podía entender como una hija de magos harapientos no se sentía deslumbrada por el heredero del valle.

Al acabar el bachiller, Umbela les pidió a sus padres quedarse en San Sebastián a trabajar como auxiliar de clínica en la casa de socorro de Nuestra Señora de Guadalupe. Aunque su sueño era estudiar enfermería en Tenerife, siempre lo mantuvo en secreto pues era del todo imposible para su condición y su padre se habría sentido miserable de no poder hacer cumplirse los sueños de su amada hija. Fue asistiendo en la casa de socorro como conoció a John.

Umbela estaba ayudando en las labores de la sala de curas a la hermana Catalina, cuando alguien llamó a la puerta. Era extraño, la gente solía irrumpir sin llamar. A través del cristal esmerilado, Umbela vislumbró la silueta de un

hombre sujetándose el brazo y con la cabeza reclinada, seguramente por el dolor. Le ayudaba otro hombre sobre el que se apoyaba con el otro brazo. Se quedó hipnotizada unos segundos y su corazón palpitó de forma extraña. Abrió la puerta y ayudó al enfermo a pasar y sentarse en la camilla de la sala de curas. Su hombro tenía signos de estar dislocado y una brecha de casi un palmo surcaba su frente ensangrentada. El hombre que le ayudaba era el bueno de Tomás, pescador solitario del barranco de El Cabrito. Tomás le explicó a Umbela que encontró a aquel hombre a la deriva en un pequeño velero y le remolcó hasta el puerto. Le dijo que volvería en dos horas.

Umbela intentó preguntarle cómo ocurrió y si tenía alguna otra lesión, pero John era inglés y no entendía el español. Umbela sabía unas cien palabras de inglés pero no consiguió hilar una frase y se comunicaron por gestos y por la mirada. Limpió la herida con alcohol y sujetó el hombro con un cabestrillo. La hermana Catalina mandó llamar a Don Ezequías, el único médico en la isla. Don Ezequías era un "chicharrero"¹¹ afincado en Gomera y alternaba sus artes de la medicina primaria con su afición por la pintura. Don Ezequías hizo tumbarse a John en el suelo y morder un pañuelo empapado en ron. Se descalzó y ajustó su pie derecho a la axila del hombro dislocado de John. Tiró con fuerza del codo y Umbela sintió el chasquido de huesos. El hombro volvió su lugar. Mientras Ezequias le mostraba como sujetar el hombro, le explicó a Umbela que aquel método de reducir la luxación del hombro tenía más de dos mil años de historia y se atribuía a Hipócrates.

Mientras tanto, la hermana Catalina había preparado una batea con aguja e hilos y Don Ezequías le supervisó su esmerada costura de la frente de aquel inglés. El ténue efecto del ron apenas había mitigado el dolor de la

¹¹ Oriundo de la isla de Tenerife.

manipulación de su hombro y de cada sutura sobre su frente. Umbela le cogió la mano y la apretó con fuerza como queriendo absorber parte de su dolor. Absorbió algo más que aceleraba aún más su corazón desbocado. Al rato, la hermana Catalina volvió a sus lecturas de Sta. Teresa y Don Ezequías a sus pinceles. Umbela se quedó a solas con aquel joven extranjero, aún débil para volver sobre sus pasos.

Entre palabras aisladas y gesticulaciones, John le explicó a Umbela como un fuerte golpe de viento mientras viraba, había girado violentamente la botavara golpeándole en la frente y tirándole contra la cubierta sobre su hombro izquierdo. Durante unos segundos, John y Umbela se quedaron mirándose. Sabían que algo mágico del destino había cruzado sus caminos y no sabían explicar por qué. Apenas en una hora y sin entenderse por el idioma ni conocer sus historias, ilusiones y miedos, Umbela supo que John sería su compañero en la vida. Cuando Tomás vino a recoger a John, Umbela se despidió con una sonrisa que expresaba todo su sentimiento. Notó que aún le palpitaba el corazón.

John llevó su velero al caladero del barranco de El Cabrito y se hizo un inseparable amigo del bueno de Tomás. Aprendió poco a poco español y a pescar. Se encontraba de vez en cuando con Umbela y fueron desvelándose sus historias. La familia de John procedía de una pequeña aldea de la península de Gower, en la costa sur de Gales. Su padre se hizo minero y se trasladó a vivir a Bridgend. John bebió de la vida en los campos de Gower, los acantilados galeses, las historias de la mina, las luchas sindicales y la soledad con su armónica. A los veinte años decidió restaurar un viejo velero abandonado al que llamo "Hope" . Un año después levó las amarras de su vida hacia el mundo y quiso vivir fuera de una sociedad a la que sus ojos de soñador

veían viciada por el consumo y la violencia. Le acompañaba su perro Satia, su armónica y un libro muy especial en su vida : “La historia de mis experimentos con la verdad”, del mahatma Gandhi.

A las historias de fascinación mútua siguieron los poemas, oraciones y promesas. La sociedad conservadora de la Gomera fue rechazando a Umbela por su relación con aquel “hippie sin oficio ni beneficio”. La familia de Umbela se sintió marginada y Ramón perdió su empleo en la platanera. Pero su padre siempre le apoyó pues comprobaba en la mirada de su hija la felicidad y la ilusión por el futuro. Se casaron por el rito católico para intentar apaciguar los demonios sociales, con escaso éxito. Poco después, se fueron a vivir a la casa que reconstruyó John en El Cabrito. Allí fueron acogiendo a personas venidas de diversos rincones del mundo, en busca de paz y amor en la naturaleza. La hermana Catalina asistió al nacimiento de Jonay bajo las estrellas que llenaban el barranco de mágicas sombras mecidas por los ecos nocturnos de las olas.

Jonay creció en el barranco, aprendió a pescar con Tomás, a navegar con su padre y a cuidar de los cultivos y las cabras con su madre. Hasta la edad de siete años convivió en El Cabrito con personas venidas de distintos rincones de Europa en busca de naturaleza y pureza. Satia fue su inseparable compañero. A los siete años, Umbela insistió en volver a San Sebastián y llevarle a Jonay a la escuela. John trabajaba en el puerto, enseñaba inglés y daba paseos en su viejo velero. Umbela asistía a Don Ezequías en su consulta y cuidaba del hogar. Jonay fue creciendo y aprendiendo en la escuela y el instituto. Su alma se dividía entre la llamada de las raíces de sus valles de Hermigüa y El Cabrito, y aquel mar y el mundo que hacía ya veinte años trajeron su padre a esas costas.

X. Un cubano en África, 1976

Adrián, el tío cubano de Umbela, les había escrito desde La Habana para pedir a Umbela que acogiese a un buen amigo a su vuelta de África hacia Cuba. Se trataba, según el modo cubano, de un "internacionalista". Había cooperado durante cuatro años en un hospital rural de un país llamado Sierra Leona, y volvía ahora a Cuba. Se llamaba Fernando Gracia. Llegó cuando Jonay estudiaba el bachiller con la sola idea vaga de ir a la llamada del mundo, aún misteriosa para él. Fueron a recogerle al mismo ferri en el que ahora viajaba Jonay de vuelta a casa y con una decisión trascendente que compartir con su padres.

Fernando se acercaba a los cuarenta y mantenía una juventud en su mirada y su sonrisa, limpias y plenas de sueños. Llegó con una simple mochila y el alma llena de fuerza. También venía pleno de experiencias, de conocimientos y de maravillosas ideas hacia un mundo más justo. Fernando había bebido de la revolución cubana. Estaba convencido de sus razones y de sus principios, pero no de sus formas. Ya en los tiempos de lucha se opuso en varios comités revolucionarios al uso de la violencia. Desde muy joven había sentido una profunda admiración por Ghandi y por Martín Luther King. Como adolescente llegó a exponer sus convencimientos pacifistas a Fidel Castro y al Che Guevara. Abogó por la resistencia no violenta ante la dictadura y la no colaboración con las actividades imperialistas y capitalistas americanas, pero se le acusó de colaborador yanqui y fue marginado por el sistema. Tuvo que esperar cuatro años a entrar en la facultad de Medicina. Le negaban el acceso por no haber colaborado en la revolución, pero fue demostrando por sus trabajos comunitarios y su dedicación voluntaria hacia los más necesitados, su compromiso real por los demás, más allá de su no afiliación al partido.

Curiosamente fue compañero de Aleida Guevara, la hija del Ché, con la que mantuvo largas tertulias sobre la revolución y la no violencia. Terminó la carrera y se especializó en el Instituto Pedro Kouri de Medicina Tropical, con la ilusión de enrolarse en las brigadas internacionalistas de ayuda a países pobres de África. Seguía comprometido con el ideario de la revolución Cubana y la solidaridad entre y dentro de los pueblos que la inspiraba. Sentía una enorme rabia y dolor del atentado de anticastristas, seguramente con la participación de los servicios de inteligencia americanos, en el que habían derribado esos días un avión Cubano en Barbados, muriendo setenta y seis civiles. Mientras tanto, como si no pasara nada, Carter era elegido presidente y se celebraba con toda gloria el bicentenario de Estados Unidos.

En España se respiraba un ambiente de ilusión hacia la democracia, tras 40 años de dictadura. Un ex-falangista aliado de Franco, Adolfo Suárez asumió la presidencia. A pesar de su pasado franquista mantuvo gran tolerancia para llevar a todos los partidos políticos, incluido al comunista, hacia la constitución de un país libre e ilusionado con su futuro al ritmo de los himnos de libertad de Jarcha y otros. El mundo acordaba un Pacto por los derechos sociales, económicos y culturales, mucho más concreto y vinculante que la declaración de los Derechos Humanos. Bueno, casi todo el mundo, Estados Unidos, para quien la salud no era un derecho sino un privilegio que exigía esfuerzo y responsabilidad, no firmó el pacto.

Umbela, John y Jonay disfrutaron durante dos semanas de las historias de Fernando con la no violencia en Cuba y con sus experiencias como médico de un hospital rural entre sabanas y arrozales de África Occidental. A los tres les fascinaba su sencillez y su entusiasmo por la vida, por creer y compartir con

los demás, por algo que apenas brotaba en su pensar diario: la lucha por un mundo mejor. Compartía el cuarto con Jonay y largas caminatas hasta el barranco de El Cabrito a ver al bueno de Tomás y pescar con él . Un día fueron hasta el valle de Hermigüa a ver al abuelo Ramón, impedido ahora por una misteriosa enfermedad en las articulaciones. Fernando tomó notas y luego fue a preguntar a algunos campesinos que aún tenían cabras. Dijo que volvería para hablar con él. El abuelo Ramón les preparó bolas de gofio y miel y subieron hacia el Garajonay escalando entre los saltos de agua. Fernando no podía creer que aquellos hilos plateados de agua que caían por las quebradas de más de cincuenta metros, no provenían de manantiales. Jonay le hizo ver que provenían del rocío que exhumaban los brezos y laureles: Durmieron bajo los cielos estrellados y al despertar les acariciaba la misma niebla que empapaba la laurisilva de vida, de magia.

Poco después de la llegada de Fernando a la casa de Jonay y sus padres, ya se había convertido en alguien muy querido de la familia y para Jonay. Era como una ventana a un mundo que antes le había querido hablar a través de las olas crispadas y las siluetas del Teide. Un día se fueron los cuatro en el viejo velero de John, hasta El Cabrito. Tomás les había preparado la cena con la pesca del día y habían traído gofio, miel y papas de Hermigüa. En torno a una hoguera y bajo un sencillo chamizo de paja a la orilla de la cala pedregosa de tantos recuerdos de la infancia de Jonay, comenzaron a servirse la cena. Las estrellas brillaban como nunca y el rumor de las olas les hizo cerrar a todos los ojos e imaginarse en las selvas y sabanas africanas.

Fernando se sentó sobre un tronco de sabina seca que John había pulido con el sudor de sus manos. Cada vez que volvía de pescar con el bueno de Tomás, gustaba de transmitir la sal del mar, el sudor de su esfuerzo y los aceites de

las escamas a un tronco de sabinas. La pequeña casa de El Cabrito donde creció Jonay estaba repleta de sabinas de todas las formas. Todas tenían un brillo natural. Todas decían algo. Todas tenían vida. Fernando se sentó en una que a Jonay siempre le hablaba de la valentía. No entendía por qué, pero cuando la veía, o la sentía con sus manos, parecían entrar en él las fuerzas de caminar hacia lo desconocido, escalar el Roque Nublo, nadar desde la Bahía hasta el Puerto como hacía con su padre cada nuevo año, y de decir lo que sentía sin miedo al ridículo o al rechazo, a la mirada bella de una chica del mercado que también traía miel de palma, desde lejos, muy lejo, donde se ve el sol ponerse en el otro lado de la isla. Bueno, no todas las fuerzas, pues eso, aún nunca lo llegó a hacer.

Jonay y sus padres, también Tomás, estaban sentados en el suelo. Le podían ver a Fernando con el mar al fondo acompañando sus palabras, las estrellas coronando su alma, la brisa meciendo una historia que para siempre cambiaría sus vidas.

Fernando comenzó su historia:

-Llegué a Freetown hace cuatro años, con la brigada de internacionalistas cubanos. Fui destinado a un hospital de misión en el norte del país, la zona "temne". Legué allí con una mochila, tres pantalones de lino, tres camisas, unos pocos libros, mi estetoscopio, el diario de mi padre durante la revolución, unas pocas fotos de la familia y personas queridas, y mis útiles de aseo. Pero esos cinco kilos iban acompañados de un exceso de peso: mi mochila pesaba toneladas de ilusión, ganas de ayudar a esas gentes que nos habían contado nada tenían y morían desamparados de cualquier cuidado de salud. Mi mochila cargaba el mayor contrabando imaginable de revolución para un mundo más

humano.

Fernando conocía bien el libro que John conservaba en la casita de El Cabrito y con el que naufragó en los mares para salvarse en los brazos de su madre. el de los experimentos con la verdad de Gandhi. Curiosamente, también Fernando llevaba ese libro en su mochila al África de sus sueños . Otro viaje, otro naufragio en el amor. Juntos recitaban partes de aquel diario en la cárcel de aquel escuálido indio que hizo sucumbir con su humildad todo el orgullo del mayor Imperio de la historia.

-El hospital de misión estaba en un pueblo remoto del norte llamado Magbesseneh. Era un hospital levantado diez años atrás por unos misioneros catalanes de la Orden de San Juan de Dios. Realmente era la idea y el empeño de un hombre: el hermano Ricardo. Fui sabiendo de su historia a través de las tertulias con los otros hermanos en la misión, pero sobre todo por las historias de los Temnes del lugar. Él nunca hablaba de sí mismo.

-Llegue el mes de enero de 1973 a Freetown. Un carguero canario que hacia escalas en los puertos de África occidental, había acordado con el cónsul Cubano llevarnos al grupo de quince internacionalistas cubanos para la región: ocho médicos generales, dos dentistas, tres ginecólogos y dos anestesiistas. Se fueron quedando en Dakar, en Banjul, en Conakry y nos tocó a mi compañero Rodolfo y a mí en Freetown. Otros siguieron ruta hacia Monrovia, Abidjan y Accra.

"El capitán del barco, Josu, era un vasco muy entrañable. Gustaba hacer siempre la primera guardia de la noche al timón, y yo, desvelado por la emoción, me quedaba en la torre de mando charlando con él. Me habló de su

familia, de su mujer y dos hijos en Madeira, y de las gentes que conocía en el comercio entre Europa y África. Me dijo que tenía un hermano cura y un sobrino que estudiaba en el seminario y sólo leía y sonaba con ir a África. Josu le confesó que él no podía creer en la religión, que las estrellas que veía desde su barco en la inmensidad del mar y del universo, eran mucho más misteriosas e inmensas que el pensamiento de unos cuantos hombres, y prefería simplemente "mecerse" en ese misterio. Como su barco en las olas del mar. Josu estaba indignado por el tráfico ilegal de diamantes que sabía existía desde Sierra Leona, enriqueciendo a unos pocos.

-Josu miraba al horizonte con la serenidad de quien no teme su destino. Había desembarcado varias veces con misioneros, y visitado algunas misiones. Se sentía impresionado por la pobreza que había visto en Sierra Leona. Durante seis años, había sentido necesidad de colaborar pero no sabía cómo. Simplemente no cobraba nada a los que iban a colaborar en misiones. En un viaje, coincidieron en su mercante un comerciante holandés de piñas y tres cooperantes holandeses, también, de un hospital de misión. Pertenecían a una organización llamada "Medicus Mundi". Durante las tertulias en la torre de mando, discutieron la idea de intentar cambiar piñas de Ghana a Holanda, por medicamentos de Holanda a Ghana. Aquella idea que parecía una utopía, fue cuajando, y ahora una vez cada mes, llevaba un cargamento de medicinas solidarias de una empresa llamada "IDA" que llegaban a Madeira en un barco camino de América. Las trasladaban a su mercante y él las llevaba hasta Accra. Allí esperaba un cargamento de piñas que iba hacia Holanda. Una cooperativa de la región Oeste de Ghana, recolectaba las piñas de todos los poblados de la región. Los medicamentos, eran distribuidos por la misma cooperativa en todos los centros de salud. Uno de los cooperantes holandeses terminó por casarse con una ghanesa y vivía en Accra, coordinando este

trueque mágico que daba vida, y acompañando a Josu en algunas de sus singladuras.

El hermano José María estaba esperándoles en el puerto de Freetown. Rodolfo fue hacia el hospital de Serabu en el Sur, con las monjas irlandesas.

Recuerdo aquel primer encuentro :

-Bienvenido Fernando. Soy el hermano José María.

Un temne llamado Abú, sonriente pero tímido, me copio mi maleta.

-Gracias.hermano.¿Como están?

-Bueno, hay mucha tensión política con el gobierno Mende, pero estamos bien.hace dos semanas nos llegó el contenedor del año y estaremos bien provistos durante un tiempo.

¿Que tal el viaje?

-Bien, la "Reina de África" ha tardado una semana desde Las Palmas hasta aquí, parando en cada puerto a dejar a nuestros camaradas. En cada uno hemos celebrado con Ron. El capitán es un tipo muy interesante que nos ha contado todo tipo de historias sobre los mercaderes de estas rutas."

-Le conozco bien, Josu. Un día va a tener problemas por llevar, aún sin saberlo, mercenarios con diamantes de contrabando.

En el viejo Land Rover, *Abú* fue conduciendo por los caminos de tierra roja

hacia el norte. No entendía por qué en lugar de esquivar los baches, los cogía acelerando, haciéndonos botar a todos violentamente. JoseMari bebía agua sin parar. Entre sorbo y sorbo me explicó que sufría de cólicos renales y era la mejor forma de hacer bajar las piedras. Cuando los baches lo permitían, fue contándome la actualidad política del país, las luchas y tensiones tribales, las costumbres del obispo, las personalidades de cada hermano en la misión, y sobre todo, las formas de ser del pueblo temne.

Le pregunté sobre las sociedades secretas Poro y Bundu. Había leído en la biblioteca Pedro Kouri de La Habana, que estas sociedades dominaban las creencias, tradiciones y estructura social en la tribu temne de Sierra Leona. Eran menos conocidas aún que las misteriosas redes del vudú más al sur. Al preguntarle, JoseMari cambió de expresión. Me dijo : "Fernando, sólo te voy a dar este consejo : no intentes inmiscuirte en ellas. Es muy peligroso."

-Llegamos al hospital. Una explanada de tierra roja separaba dos pabellones de tablas de madera de tejados de Uralita. Me pregunté si la Uralita la traía también Josu a este país. A la derecha, el pabellón de consultas, con un laboratorio y una farmacia. A la izquierda, las salas de ingresados y el quirófano. Bajé del Land Rover y *Abú* me dijo que llevaría mi maleta a la misión. Le dije a JoseMari que quería quedarme un rato sintiendo las sensaciones que empezaban a invadirme. Todo era intenso. Era como si había aumentado el volumen de todos mis sentidos. El sonido era de un intenso bullicio. Una nube de niños me rodeaba entre sonrisas, gritos de "Opoto, opoto!", y algunos entonaban una canción mientras daban rítmicas palmas. De la explanada surgían los ruidos del ir y venir de pacientes y familias; el conductor y ayudante de una vieja camioneta llamaba a los últimos pasajeros para terminar de llenar de una forma inverosímil el pasaje y partir. De los inmensos árboles que rodeaban la misión, surgían miles de sonidos de pájaros que yo no podía ver pero imaginaba en formas y colores exóticos.

Jonay miraba a Fernando, escuchaba atónito las historias épicas de esos mundos lejanos a los que le llamaba la mar. En aquella noche de estrellas y olas, la historia de Fernando entraba en su alma con la suavidad y serena seguridad con la que las olas acarician la orilla.

Prosiguió Fernando, quien miraba a las estrellas por encima de las sombras de los roques y barrancos como leyendo de ellas la historia de la vida:

-Cuando parecía que todas mis células estaban ocupadas en escrudiñar cada uno de esos sonidos de vida, un estruendo de gritos y llantos pareció aproximarse a mí. Del pabellón de ingresados, salieron un grupo de mujeres expresando su dolor y duelo de la forma más histérica que nunca había visto.

En mi trabajo en La Habana no era infrecuente ver plañideras, pero nunca había visto algo así. Entre gritos y llantos, y un canto desgarrado por algunas de ellas, una mujer se tiro al suelo y empezó a desgarrarse las telas que la cubrían quedando desnuda y polvorienta de la tierra roja que parecía pintar el lienzo de su piel de dolor. Un misionero salió a recriminar al grupo y pedir a la mujer que se vistiera y se calmara. A un lado, una docena de hombres que esperaban sentados sobre un tronco y con úlceras granuladas listas para injertos, contemplaba el suceso. Uno de ellos, el más viejo, me miró con sus ojos cansados, que parecían entrañar toda la sabiduría de un siglo de supervivencia. Su mirada grave y triste, se quedó clavada en mi retina.

-Al poco tiempo, aún tenía la mirada de un universo de tiempo en mi retina, en mi alma, quizás; cuando salió un hombre delgado, en una túnica blanca, algo encorvado, de mirada tan absorta en sus pensamientos como perspicaz a los guiños de la vida. Me miró de reajo mientras llevaba un niño en sus brazos hacia el laboratorio. Su andar de pasos cortos me hizo fijarme en sus sandalias burdas hechas de neumáticos viejos.

-¿Usted debe ser el doctor Fernando?

-Si, Hermano Ricardo. Estoy deseando conocerle.

-Eso puede esperar. ¿Me puede ayudar con una punción lumbar?

Mientras me pedía ayuda, miró levemente, como justificando su necesidad, a sus dedos, en las dos manos, cubiertos de vendas.

Ya me habían prevenido que mi venida era sobretodo necesaria para ayudarle,

quizás sustituirle. Sus dedos sufrían las quemaduras de la radiación. Tras años diagnosticando casos de tuberculosis, se había corrido la voz y casi todos los enfermos de tos crónica en la región, fueron acudiendo a verle. Su asistente en el laboratorio, a menudo borracho de vino de palma, apenas veía un par de exámenes de esputo a la hora y aún así, Ricardo los debía supervisar. Era insostenible seguir dependiendo de aquella técnica. Su antiguo jefe en el hospital de San Pau, que seguía sus pasos, le mando un aparato de radioscopia. Ricardo lo utilizaba continuamente. Llegaba a diagnosticar más de veinte casos diarios. No reparaba en la protección de las ondas por no importarle su esterilidad. En lo que no reparó fue en el efecto que tanta radiación tendría en sus dedos. Fueron desarrollando un cáncer de piel e impidiéndole usarlas en la cirugía e incluso en las técnicas de diagnóstico como la punción lumbar que me pedía hacer.

-Les acompañe, y en una camilla le hice la punción lumbar que demostró un líquido de pus que envolvía las meninges y mantenía aquel niño en coma. En los siguientes meses se desencadenó una terrible epidemia de meningitis que diezmo muchos pueblos de sus niños menores de diez años. El clima frío del Hamartan daba paso al aire que parecía posarse en la selva y darla una quietud. Era el invierno tropical. Así, las bajas presiones que dejaban en las alturas, traían vientos del Sahara con arenas del desierto que tapizaban de sequedad los paisajes y paisanajes. También las gargantas de los niños, en quienes unas bacterias habitualmente inocuas en la humedad de sus mucosas, se tornaban agresivas, como buscando el lecho húmedo, e invadían los tejidos. Llegando al cerebro. Aprendí todo esto y a preparar y tratar en masa a las gentes de los pueblos afectados, con aceites de cloramfenicol, ya desechado en el resto del mundo. Aprendí tantas cosas de aquel hombre asceta, un santo para el mundo, un mártir desde su atormentada alma.

Jonay se dio la vuelta y vio a sus padres abrazados escuchando con solemnidad las palabras de Fernando. Tomás también le miraba absorto mientras sus manos anudaban los desgarros de sus redes de pescador.

-Unos días después, cuando comprobaron que asistía sin dificultad las salas, las consultas, operaba de cesáreas, embarazos ectópicos, hernias estranguladas o amputaciones de piernas gangrenadas por las bambas negras; Ricardo dijo en la cena que se volvía a España para ser operado. Todos le miramos y esperamos ver cierta tristeza en su mirada. Pero seguía fría, sólo contrariada por no seguir cuidando de los pobres. El y todos sabíamos que volvería sin dedos. Pero también sabíamos hasta que le quedase aliento, seguiría cuidando de quienes más le necesitaban.

-A las pocas semanas, noté que la mayoría de los pacientes que acudían al hospital eran pobres de solemnidad. Calculé que dos de cada tres venían descalzos desde largas distancias andando. La mitad tenían anemias que en Cuba significarían transfusión de sangre. Pero también había un pequeño grupo de pacientes que venían a la consulta en coche, bien calzados y vestidos y con enfermedades más bien "ficticias" o, al menos, no letales. Además, se las arreglaban para saltarse la cola de espera a la consulta con actitud displicente ante la "chusma" pobre que apiñaba los pasillos de espera. Apuré mis audacias para cobrar a algunos de aquellos "poderosos" que venían desde la vecina Guinea una supuesta por medicación para una impotencia causada por poligamias exigentes, que en realidad eran simplemente vitaminas y así poder pagar los medicamentos para los más pobres. Se había corrido la voz que la "machine" del Hermano Ricardo lo curaba todo. Yo hacía como si les veía a conciencia encendiendo una luz roja, pero no me radiaba por ver a los

"caprichosos de la salud". Eentre eso, una prescripción de abstinencia un mes -lo cual les liberaba de la presión de sus mujeres- y vitaminas, se iban satisfechos. El problema es que el efecto placebo les daba tanta fuerza que pronto empezaron a venir todos los nómadas propietarios de manadas de búfalos del Norte. Bueno, así fui haciendo de "Robín Hood" y transformando los pagos por caprichos en alivios de necesidad.

Fernando prosiguió su historia. Todos se habían trasladado a aquellos años de independencia, de pioneros, de luchas, de descubrimientos. Todo era épico. Vidas que descubrían, arriesgaban, vivían. Jonay veía sobre todo el brillo en la mirada de su padre la empatía con la lucha por los ideales y el vivir intensamente cada momento. Era como sentir con solemnidad el paso de la vida : como cada ola que ya no vuelve en el mar. Miraban desde aquella playa de El Cabrito la silueta de Fernando y su hablar emocionado, gesticulando como si reviviese cada momento de la historia de aquellos misioneros pioneros. Le coronaban las estrellas brillantes. Las mismas que cubrían otro mundo. a unos cientos de kilómetros más al Sudeste, siguiendo la silueta del Teide. Más allá. Pero casi podían sentir, oler, oír aquel mundo que Fernando les dibujaba con la pasión de sus palabras.

Un día, traté a uno de esos cientos de enfermos de tuberculosis que veíamos en la consulta. Como apenas teníamos medicamentos y aún faltaba un mes para la llegada de un contenedor de medicamentos en el barco de Josu, tuve que apurar el sacar dinero de los ricos y sus caprichos para tratar a muchos pobres y realmente enfermos que llegaban cada día. El hombre al que vi aquel día tenía tos crónica y apenas unos harapos cubriendo su curtida piel. Debía tener unos 60 años, edad extrema en esos lugares. Cojeaba marcadamente de la pierna derecha en la que note una deformidad en los huesos. Tenía

cicatrices en la frente, de algún rito tradicional. Su rostro mostraba las arrugas del tiempo, su mirada como frágil por sus cataratas incipientes, denotaba respeto, una especie de mi invitación a la mutual complicidad con la vida, algo que me sorprendió y no sabría explicar. Se llamaba Señor Conteh, y venía de un poblado a unos doce kilómetros por selva y arrozales.

Pude comprobar al auscultarle, que sus pulmones estaban invadidos de infección e inflamación, y el poco oxígeno que filtraba a su cuerpo, hacía que apenas pudiera sostenerse en pie o terminar una frase. Comprobé por radioscopia tal invasión de sus pulmones, y ví en el laboratorio que su esputo estaba repleto de los bacilos de la tuberculosis. Necesitaba urgente tratamiento, y al menos una semana en el hospital para no infectar a su familia y para recuperar algunas fuerzas. Le convencí que se quedara. Le aseguré que le pagaríamos el coste, y empezamos el tratamiento con tabletas de tioacetazona e inyecciones de estreptomina, medicamentos ya no usados fuera de África. Allí seguían, a pesar de su toxicidad, salvando vidas. Fue mejorando. Cada día, como al resto de los casi doscientos de pacientes, muchos compartiendo camas, ingresados en el hospital, les pasaba la visita al amanecer, y les daba las buenas noches a la tenue luz de una lámpara de queroseno, al acostarme. En una semana el Sr. Conteh ya estaba mejor. Habíamos enseñado a ponerse las inyecciones, habíamos comprobado que ya su tos no era infecciosa, y que podía andar. Como tantos a diario, se fue dejando el mejor salario que un médico puede recibir, una sonrisa de agradecimiento. Un mes después, era domingo, tocaban las campanas para la misa de la misión, me oí llamar por detrás, cuando volvía a mi cuarto tras pasar las visitas a las salas.

-¿*Odokotela*?¹² “Dr. Fernando”

Me di la vuelta. Ahí estaba el Señor Conteh, a quien apenas recordé entre los muchísimos pacientes que tratábamos cada día.

-*Sheke*¹³

-*Sheke you.*

-¿Como se siente, sigue la medicación? Le pregunté en mi pobre Temne, clarificándolo en criollo.

-Muy bien, estoy muy bien, gracias, la medicina es muy buena.

-¿Y su familia, y los cultivos, las lluvias?

-Hay toda una ceremonia de preguntas de cortesía en la cultura Temne, aunque él pertenecía a la etnia mende.

-Bien, gracias a Dios.

Comprobé en su expresión *-Alahamdudulai-* que no era católico. No había venido a misa. Andar doce kilómetros hasta la misión, un domingo, sin consultas, debía tener un sentido.

-¿Necesita algo.? ¿Que puedo hacer por usted?

12 Expresión criolla para llamar al médico.

13 En la lengua Temne : Hola, adiós, ¿cómo estas.?

-Vine para traerle esto de mi casa :

-Me mostró una roída bolsa de plástico, con una docena de plátanos en su interior. Me sentí abrumado por el valor de tal regalo, de tal aprecio. Aquel hombre, que habría sobrevivido a mil retos inimaginables para mi vida acomodada en Cuba., había andado durante doce kilómetros para traerme aquel humilde regalo que tenía un inmenso valor...

-Muchas gracias, Le dije.

-Se despidió cortésmente, repitió unas diez veces "Sheke" mientras se alejaba, dándose la vuelta cada cuatro pasos. y seguí con mis tareas.

-Dos semanas después, volví a oírme llamar. De nuevo el Señor Conteh. De nuevo un domingo.

Tras los ceremoniosos Shekes y sin saber el motivo de su largo viaje otra vez para verme, le pregunté que si necesitaba algo. Noté que no se atrevía a pedírmelo. Insistí. Con timidez y cierto apuro, como avergonzado, me dijo :

-¿Le gustaron los plátanos?

-Si, si, mucho, muchísimas gracias.

No podía creer que el largo camino tenía como objeto esa pregunta. Pero su fin era a un más sorprendente :

-¿Me podría devolver la bolsa?

XI. Patxi cumple su promesa en Urkiola. agosto 1977.

Patxín aguardaba en la sala de espera del padre Provincial de los Jesuitas en Loyola, en la residencia San Ignacio de Bilbao. La última vez, hacia poco más de un año, Le había visto en la explanada del santuario de Loyola cuando fue ordenado sacerdote junto a otros quince compañeros.

Desde que llegó hacia ya nueve años con su tío a la parroquia de Garai, su vida se había transformado profundamente. Aquel muchacho alto y fuerte del caserío de los Beloki, destinado a pelotari y labriego de las tierras de su familia, vestía hoy una sotana negra y esperaba un destino en una misión lejana. Sabría donde en unos minutos.

Mientras esperaba, con curiosidad pero sin ninguna inquietud, su destino recordaba su vida de los últimos ocho años. Un amigo de su tío, el Padre Josu, era jesuita y maestro en el Colegio Ikastetxea de Durango. Solía venir a jugar frontón con su tío y luego charlaban sobre el sentido de la Iglesia en el mundo moderno. Así fue conociendo a los Jesuitas y sintiendo como su vocación encontraba el eco en el libro de los ejercicios espirituales de San Ignacio. El mismo libro que llevaba ahora bajo el brazo y releía a menudo cuando tenía que viajar. Así empezó su noviciado y durante dos años residió en el seminario de Durango. Poco a poco fue adentrándose en los estudios de humanidades, filosofía y teología, combinándolo con las llamadas "prácticas apostólicas» en colegios vascos y en trabajos sociales. Se dedicó a contactar con jóvenes independentistas y próximos a los círculos violentos de ETA, en las cárceles, los partidos abertzales, o las herriko-tabernas. También intentó hablar de ello a guardias civiles y políticos, que le rechazaron con displicencia:

-Hablé usted a los violentos, Padre. Nosotros conocemos bien nuestro deber.

A su inspiración jesuíta unía las lecturas de un libro que le había traído su tío Josu, el marino de Madeira. Se lo había dado un médico cubano cuando iba a trabajar a una misión perdida en Sierra Leona: Mis experimentos con la verdad. Era el diario de Gandhi durante su tiempo encarcelado. Su mensaje de búsqueda de la verdad (Satia) y revolución no violenta (Aimsa) inspiraban sus conversaciones con aquellos jóvenes de grupos violentos, escépticos que la democracia tras la muerte de Franco fuese a respetar su libertad y deseos de independencia. No podía esconder que en su actividad pacifista abrigaba el deseo de reencontrarse con su hermano Juan Mari del cual no sabían nada desde hacía muchos años. Al terminar las charlas con aquellos grupos, o paseos por el monte, solía preguntar a alguno con quien sentía más confianza, si sabían de Juan Mari Beloki. Nunca nadie supo decirle nada, suponía que utilizaba un alias dentro de ETA. Una vez, el chico a quien le pregunto, un chicharrón de casi dos metros y aspecto de aizkolari, reacciono de manera violenta, diciéndole que si estaba espiándoles para delatarles, encontraría su merecido. Esa misma noche cuando caminaba por los senderos hacia Garai para ver a su tío, le dieron una fuerte paliza. Nunca se quejo ni hablo ello. Siguió siempre hablando de paz y de amor, hasta en los agujeros más oscuros del odio y del rencor.

Mientras esperaba, sabía que el Padre provincial estaba hablando con el Padre Arrupe, el Superior en Roma, a quien vio por única vez cuando fue ordenado. Su destino estaba en esa conversación. Le abrumaba que su humilde aportación a la Iglesia y al mundo, robara el tiempo de personas de tan alta responsabilidad. No entendía bien por qué a Romale podía interesar un joven jesuíta.

Vio noticias en los semanarios que habia sobre la mesa sobre las primeras elecciones democraticas en cuarneta y dos años en España, ganadas por Adolfo Suárez. También vio con curiosidad que se habia diagnosticado, en Somalia, el que , según los científicos, podria ser el ultimo caso de viruela en la Humanidad. Abrió al azar los ejercicios espirituales e intento concentrarse en el silencio que debía siempre acompañar su lectura y su reflexión posterior, que ellos llamaban "desiertos". Pero le distrajo una noticia en el periódico sobre la mesa de aquella sala de espera. Una pequeña columna le había llamado la atención pues hablaba de Manresa, el lugar donde San Ignacio había estado viviendo como un eremita y donde se inspiro en los ejercicios. La noticia informaba del fallecimiento de un hermano de San Juan de Dios, misionero médico en Sierra Leona. Aunque la noticia era triste, estaba escrita con la ternura de quien le conocía y apreciaba:

Ayer 16 de agosto, a las 9 de la noche, falleció el hermano Ricardo Prats, misionero médico de la Orden de San Juan de Dios en Sierra Leona. El Hermano Ricardo había sido un afamado tisiólogo y profesor, conocido también en Inglaterra por sus estudios de enfermedades tropicales, quien dejó una prometedora y lucrativa carrera profesional para tomar los hábitos de la Orden de San Juan de Dios. Tras sus estudios de religioso de la orden, y de dar muestra de asombrosa abnegación y servicio a todos sus semejantes, y en especial a los enfermos mentales del hospital de la orden en Manresa, el Hermano Ricardo fue destinado a fundar un hospital de misión en uno de los países más pobres del mundo, Sierra Leona. Durante los últimos 14 años se dedico en cuerpo y alma al servicio de los pobres en aquel país. Su entrega y humildad serán siempre recordadas por los miles de enfermos destituidos a los que trató. Deja como única herencia sin siquiera pertenecer a su persona,

sino a la orden, dos túnicas, unas sandalias que el mismo fabrico con neumáticos viejos, y un manuscrito: "Cincuenta consejos para los jóvenes médicos cooperantes en África".

Relacionó el origen del libro de Gandhi, la misión en África, la entrega a los más pobres y la palabra "semejantes", que desde hace tanto tiempo resonaba en su interior.

En ese momento se abrió la puerta. El padre provincial, Padre Gabriel, le invitó a pasar. Era un humilde despacho repleto de libros, con un crucifijo, una reproducción de San Ignacio, otra de San Francisco Javier, y una foto del Padre Gabriel con el Padre Arrupe en el Vaticano. El padre Gabriel era bajo, rechoncho, con un gesto algo amargo en su expresión, compensado por una mirada profunda y tierna, como si pidiera afecto para aliviar su rictus amargo.

Patxi le saludó arrodillándose, al estilo jesuita, y pronto pasaron a hablar sentados frente a frente en el despacho del Provincial.

-Padre Patxi, Usted tiene cuarenta y cuatro años y hace ahora ocho años que entró en la orden y dos que se ordenó sacerdote. La orden le destina a un lugar de difíciles retos y responsabilidades. No es normal que lo haga a alguien con tan corta experiencia pero hay razones para ello.

-Sabe, Padre Gabriel, que estoy al servicio de la Orden y dispuesto a asumir lo que Dios me pida a través de su consejo.

-Necesitamos a una persona fuerte, comunicativa, que hable bien el inglés,

que pueda pronto aprender otros idiomas y costumbres locales, y , sobre todo, con profundo compromiso con la paz. Sus constantes esfuerzos por hablar de paz entre los mundos abertzales más radicales, han llegado incluso a oídos del Padre Arrupe.

-No hago nada extraordinario, padre Gabriel. Transmito el mensaje de paz y amor de Jesús a los jóvenes que viven en el mundo de la violencia. Y muchas veces no consigo cambiar sus actitudes.

-Esa es la cuestión, Padre Patxi: no se trata de cambiar directamente y rápidamente las cosas, sino de su ejemplo de vida y la semilla que deja en tantas personas. Crecerá a su tiempo , fuerte y sólida. Eso está en manos del Señor. Sabemos que le han amenazado y hasta agredido, y que sigue tratando con generosidad a los mismos que le amenazan.

No supo qué decir. Le incomodaba ese halago. No era ningún santo. De hecho tenía a menudo dudas de su fe, del voto de castidad y hasta del pacifismo a toda costa. Noto que el padre Gabriel se disponía a decirle, casi con la gravedad de una sentencia, su destino.

-Hay un país al Sur del África, Rodesia del Sur, que sufre una guerra civil contra el poder colonial desde hace doce años, y a la vez una incipiente lucha fratricida entre sus etnias. El país vive bajo un régimen racista, y las poblaciones locales sufren de una extrema marginación y pobreza. Hace unos meses, tres religiosos, uno de ellos un Padre jesuita, fueron asesinados por la guerrilla, en un lugar llamado Lupane. El Padre de quien le hablo, dirigía una escuela secundaria en una zona muy pobre del sudoeste del país llamada Matabeleland. Necesitamos a alguien fuerte y comprometido a perseverar en el mensaje de paz en aquella región, contra el apartheid, contra la guerra,

contra el odio, por el amor. Además, las misiones protestantes están extendiéndose a esas zonas, y nuestra influencia se está empezando a diluir. El Padre Arrupe ha hablado con el obispo en Bulawayo. Le necesitan allí cuanto antes.

-Estoy a su servicio, Padre, y al de Dios. Dijo, Patxi, aunque no le gustó nada el argumento de competencia entre credos...

-En dos semanas recibiré el billete de avión. Entre tanto, vaya ilustrándose como mejor pueda sobre la situación en aquel país, su cultura y tradiciones, la situación política actual, el sistema inglés de enseñanza. Encontrará algunos libros en nuestra biblioteca y en la del Episcopado. He hablado con un misionero de una orden conocida como Marianhill, bien asentada en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, quien está de paso por Madrid, para que se encuentren y hablen con detalle de lo que le espera. El misionero se llama Daniel.

Patxi salió de la residencia de San Ignacio, con un sentimiento profundo de que su vida se dirigía hacia unos retos que siempre había esperado. La mezcla de curiosidad por un mundo lejano y desconocido, el reto del mensaje de amor de Dios donde era tan necesitado, el enfrentarse a los horrores del apartheid y la guerra, el deseo de aliviar la pobreza de los "semejantes" más destituidos, le aceleraba el corazón..

Pero sabía bien que no podía partir sin solucionar algo importante en su vida. Volvió a su pequeño cuarto, celda, en el colegio de Ikastetxea, cogió una mochila para andar por el monte unos cuantos días y dormir bajo las estrellas unas cuantas noches. Metió el libro de Gandhi. Partió por las cuestas hacia

Garai. Encontró a su tío jugando pelota con Josu, ya ambos con más de setenta años pero en forma. Fueron juntos a la casa parroquial y tomaron purrusalda mientras Patxi les contaba su encuentro con el Padre Provincial y su inminente destino. Les dijo que tenía que ir a meditar en la naturaleza y estaría ausente unos cuantos días, pero que nadie, si preguntaban por él, debiera buscarle. Su tío le miro con gravedad:

-Patxin, yo sé lo que tramas, y te entiendo. Sólo te pido que seas muy prudente.

Al amanecer, Patxi salió por los caminos entre los pueblos del Duranguesado. Ese verano había llovido mucho y la naturaleza estaba exuberante. El día estaba nublado y hacia fresco, Patxi iba bien preparado con pantalón de lana, chirucas para la marcha y camisa de cuadros. Llevaba una cantimplora de agua, queso de Garai y una tartera con pimientos verdes preparados por su tío, esos pequeños y tiernos de la zona que tanto le gustaban. Anduvo durante unas cuatro horas hasta llegar a Mañaria. Al adentrarse en aquel majestuoso valle se quedo un rato contemplando los montes de Mugarra y el Untzillaitz. Al fondo, el desfiladero de Atzarte, que comunicaba el Duranguesado y la meseta, le esperaba desafiante. Preguntó en varios caseríos hasta que llegó al caserío de los Arrate. Estaba con el tejado muy dañado, casi caído, y la huerta en muy mal estado. Una ikurriña colgaba desde el pajar. Llamo a la puerta y abrió una mujer de unos cincuenta años pero que aparentaba más edad. Parecía amargada por la vida, despreocupada de su cuerpo, sin paz en su existencia.

-Epa, busco a Iñaki.

-¿Quien le busca?

-Soy el Padre Patxi, él sabe.

Oyó algunos gritos dentro de la casa, y salió Iñaki, el chicarrón que le había dado una paliza hacia unos meses, por preguntar por su hermano e insistir en la paz. Entre asombro e irritación, salió de la casa y le empujó amenazante:

-Que haces aquí, insensato. ¡Traidor, españolazo! ¿Quieres que te mande con tu Dios bien rápido?

-Estoy aquí porque quiero hablar contigo. Y no quiero ninguna violencia ni hacer daño a nadie.

-Como me metas en algún lío, ite acordarás! Ya es hora de que tu Iglesia se enfrente al estado fascista. No tenéis nada que ver con el mensaje revolucionario de Cristo. ¿Estas de acuerdo con todo lo que ha pasando en la semana de mobilizacion por la amnistia? Siete asesinatos por las "Fuerzas del Orden". A José Luis Cano hasta ya muerto de un disparo en la cabeza le siguieron dando patadas. Todo por pedir que los presos politicos sean amnistiados como los demás que ha liberado vuestro Rey, el sucesor del dictador. ¿Y qué dice la Iglesia?

-Puede que tengas parte de razón. Pero no temas, en nada te voy a afectar. Sólo necesito hablar contigo. En dos semanas me habré ido para mucho años al otro extremo del mundo y no sabrás de mí en mucho tiempo.

De forma indecisa y con gesto desafiante, le llevó al pajar donde se sentaron

sobre unos haces de heno. Patxi le habló con una ternura y paz que desconcertó a la actitud dura y agresiva de Iñaki. Le habló de su infancia y de la admiración y amor por su hermano, al que no veía hace más de diez años. Le habló de su respeto por los deseos de independencia y por las formas sociales que proponía la izquierda abertzale, algunas de ellas bien próximas a la igualdad que siempre predicó Jesús y que la Iglesia, lo reconocía, tantas veces había olvidado. Le habló de cómo los jesuitas habían ayudado a las revueltas pacíficas en Centroamérica, de las vidas de sacerdotes-guerrilleros como el colombiano Camilo Torres Restrepo o el asturiano Gaspar García Laviana y su lucha contra Somoza en Nicaragua. Le habló de la lucha de la Iglesia de base y el compromiso jesuita con Martin Luther King contra el apartheid y como él intentaría ahora luchas contra esa opresión en el sur de África. Pero , sobre todo, le volvió a hablar de Gandhi y como su lucha no violenta, y la que promulgaba Nelson Mandela, preso en Rodhen island, eran las más potentes y evitaban la violencia, que nunca había dejado de generar más violencia. Iñaki fue mirándole con sorpresa y poco a poco atención a esas historias que el desconocía. Patxi pensó en la imagen de las semillas del Padre Gabriel.

Una hora después, Iñaki había hecho su mochila y los dos se adentraron en el desfiladero de Atzarte. Había entre los dos un silencio tácito. Iñaki pensaba en el mensaje de no violencia de aquel sacerdote tan incauto. Patxi pensaba en la lucha por los derechos y por la libertad.

Caminaron unas ocho horas por los pinares y los robledales de Urkiola. Tuvieron que escalar algunas paredes encrespadas. Iñaki lo hacía con soltura, era obvio que andaba este camino a menudo. Patxi prefería no mirar abajo pues sufría de vértigo, pero le siguió sin miedo. Al llegar a la cumbre, se

adentraron en unas praderas que comunicaba con otros valles, y allí Iñiqui le dijo a Patxi que le tenía que vendar los ojos y le guiaría con una cuerda unida a su mochila. Patxi asintió. Sabía que se acercaban a un zulo o cárcel del pueblo de ETA. Caminó vendado unas tres horas. Cuando ya sentía que anochecía, con varios rasguños de caídas, golpes con rocas y arañazos por las zarzas, llegaron a su destino. Sintió a Iñaki saludar en vasco:

-Epa, traigo una visita, es segura. Necesita ver al camarada Unai.

Patxi sintió que salían dos personas de una cabaña camuflada en el bosque y que discutían con Iñiqui. Parecían no estar de acuerdo. Al rato uno de ellos alzó la voz:

-Le llevas por dónde has venido o le tenemos que matar, Las cosas están muy tensas, Iñaki. Ningún riesgo.

En ese momento, Patxi sacó fuerzas de adentro y gritó: ¡Juan Mari, Anaya! Iñiqui se volvió a Patxi y le dio un fuerte puñetazo en el estomago, que le tumbó y le dejó sin respiración. Los otros dos vigilantes del zulo, se ensañaron dándole patadas por todo el cuerpo.

Quedó semi-inconsciente, pero pudo notar que alguien salía de dentro y gritaba

-iOraindik! (quietos). Es mi hermano, dejadme con él. Yo asumo la responsabilidad.

Juan Mari le ayudó a levantarse y le metió en el zulo, mientras el resto vigilaba desde fuera. Ya dentro, le ayudó a sentarse sobre una viejo colchón y con una

palangana de agua, le limpió las heridas de la paliza que le acababan de dar. Sólo entonces, le quitó lentamente la venda.

Hacía más de diez años que no veía a su hermano, ni sabía nada de él. Tenía una poblada barba y pelo largo, ya muy canosos. De hecho le pareció ver la imagen de Jesucristo. Vestía una camiseta blanca roída, y unos pantalones viejos vaqueros. Estaba descalzo. Ya pasaba de los cincuenta pero se le veía fuerte y sano. Tenía un ojo medio cerrado y notó que una mancha blanca cubría parte de su cornea derecha y que había perdido la visión de ese ojo. Una profunda cicatriz surcaba media frente.

Se miraron durante un tiempo como explorándose, como descifrando las vidas diferentes que habían tenido desde que salieran del caserío familiar. Patxi veía en Juan Mari, ahora conocido como el camarada Unai, dolor, rabia, odio y lucha. Juan Mari veía en su hermano las recientes pruebas de la violencia de sus camaradas hacia su hermano menor, de quien había oído hablar por sus charlas sobre la paz. Sentía, por primera vez, vergüenza de la violencia a la que pertenecía. Pero no se disculpó.

Al rato de fijar sus miradas, se nublaron sus miradas con lágrimas de emoción, y se fundieron en un abrazo.

-Anaya, necesitaba verte. Marcho al otro lado del mundo, para mucho tiempo. Tienes mi palabra que nunca nadie sabrá que te he visto. Ni Amá siquiera.

Iñaki intuyó lo peor. Su padre Agustín contaría ahora 85 años.

-¿Y Aitá?

-Aitá murió el año pasado. Yo le di la extremaunción. Sabes que sea por lo de

María, sea por lo de tu lucha, nunca quiso que te viéramos ni que habláramos de tí. Cuando salí para el seminario aquí cerca, me pidió que nunca te buscara.

Juan Mari sintió un dolor punzante de tristeza. Su rostro duro por la violencia, pareció agrietarse en mil pedazos.

-El día que murió, hablé con el de la vida. Me dijo que sólo sentía una cosa : no haberte dicho lo mucho que te quería, lo que rezaba cada día por ti, el dolor que le quemaba del deseo de abrazarte y protegerte de los peligros que te rodeaban. Le prometí que te lo diría.

XII. Las dudas de la Fe. Madrid, noviembre 1977

Tras cumplir su promesa, Patxi partió rumbo al sur, con recuerdos que palpitaban aún en su corazón. Esperaba al autobús en la estación de Bilbao, para ir hacia Madrid donde se vería con un misionero de Zimbabue, y partiría hacia tierras lejanas y desconocidas. Mientras esperaba con su equipaje, miraba a la maleta donde había metido unas pocas camisas, pantalones, muda y unos pocos libros y neceser de aseo. Llevaba en sus manos un libro sobre la cultura *ndebele*. Pero prefirió pensar con los ojos cerrados en su hermano en su guarida de forajido. Sabía que en su abrazo y su mirada había un alma encerrada en el odio y el miedo, atrapado en sus propias cadenas a sus propios fantasmas. Rezaba para que las pudiera romper. ¿Pero cómo?

En su despedida le había dicho que si no había cometido delitos de sangre, la pena por asociación con banda terrorista no sería larga, y además arrepintiéndose podría redimirla en pocos años. Podría estudiar, hacer ejercicio, escribir y prepararse para una vida nueva. Simplemente respondió que no era tan fácil y miro a sus compañeros haciendo guardia. Sabía que no le dejarían entregarse tan fácilmente. Podría delatar muchas cosas bajo la temida tortura. Y al salir, sea como fuera, podría ser víctima de sus propios compañeros de lucha. Patxi vio en el una mirada aterrada en el fondo. Aunque pudiera disimularse de dureza y determinación, escondía un miedo profundo, un grito que clamaba ayuda. Vió a través de esa mirada la de su hermano haciendo travesuras, jugando en el caserío, cogiendo sapaburus, subiéndose a la gran encina de Garai y presumiendo frente a su prima María. Vió la inocencia de toda la Humanidad ahora encerrada en las celdas de los miedos. Lloró de rabia. ¿Sólo le quedaba rezar? ¿Debía irse tan lejos cuando le necesitaban tan cerca?

Ni siquiera pudo hablar con su tío para que le intentara ayudar pues tuvo que prometerle a Juan Mari que nadie sabría nunca que le había visto. Además, su madre Milagros se acercaba a los ochenta. Aunque tenía la compañía de su hermano Agustín, al frente del caserío, la veía frágil y triste desde la muerte de su padre. Se sentía como si traicionara a los suyos yéndose tan lejos. Al menos los emigrantes como sus tíos Jon y Josu se van por necesidad y para volver con más medios y ayudar a los suyos. ¿Pero él? El sabía que no iba a "salvar almas" como antaño. De hecho tenía dudas y hasta vergüenza de las actitudes proselitistas de la Iglesia. Creía más en la labor social y el ejemplo de Jesús con los más pobres. ¿Pero había que irse tan lejos? Se dio cuenta de que hasta esas dudas eran consideradas debilidades ante el voto de obediencia. Pero sintió un vértigo irrefrenable.

Mientras pensaba en la mirada de su hermano, llamaron por la megafonía para el autobús de línea a Madrid. Era septiembre de 1977, el autobús llevaba muchos chicos que iban a la universidad a Madrid, también algunos veraneantes que volvían de sus vacaciones estivales, y trabajadores que pasaban largos meses lejos de sus familias. Los vendedores y tratantes solían ir en sus coches, y los hombres de negocios en tren con coche-cama o en el avión. España había celebrado tres meses antes sus primeras elecciones democráticas en cuarenta años. Aunque liderados por un antiguo seguidor de Franco, el pueblo tenía ilusión en una nueva sociedad y en una nueva constitución. Pero en el País Vasco no se respiraba esa ilusión. Aún vencía el rencor hacia un estado opresor durante una larga dictadura.

El autobús fue avanzando y dejando los montes verdes sembrados de caseríos, huertas y bosques, por un paisaje cada poco más llano y más

amarillo. Pararon en Burgos a un receso y como no era lejos de la catedral, pudo entrar un momento y rezar por su hermano y su familia, y superar las dudas que le hacían avanzar hacia el Sur sin la ilusión que deseaba. La verdad es que esas enormes catedrales no le inspiraban conexión con Dios. Las asociaba a tiempos oscuros de abuso del poder, incluido el de la Iglesia. En el arte admirado por otros veía escultores trabajando bajo presión, y en las gigantes columnas o vidrieras veía obreros casi esclavizados y algunos muertos por las condiciones de trabajo. ¿Para Gloria de Dios? ¿El Dios de la sencillez, de Belén, de la Cruz?, ¿el de los primeros cristianos catecumenales de las catapultas contra el poder de los emperadores romanos? Qué diría si viera que con el tiempo se construyeran en su nombre las mismas obras megalómanas del Imperio Romano? ¡Bueno! ¡ya bastaba de dudas en el día de su marcha! Tenía Fe en su Dios, el amigo de los pobres. Daría toda su energía por la paz y felicidad de ellos. De alguna forma sabía que las sonrisas que pudiera arrancar a esos niños, iluminarían la de su madre, la de su hermano, la de los seres queridos que dejaba lejos.

Llegó con estos pensamientos a la estación de autobuses en Madrid, y cogió el metro, por primera vez en su vida, para ir a una dirección que le habían dado, la de una asociación de sacerdotes misioneros. Al llegar, ya de noche, le abrió la puerta el padre Daniel, el misionero de la orden de Marianhill con el que había quedado para saber de Rhodesia y de la misión de Empandeni, a donde iba destinado.

El Padre Daniel llevaba más de veinte años de misionero en África, los últimos diez en Rhodesia. Era un hombre fuerte, bastante alto, con una sonrisa plena, de las que se envuelven por una mirada que brilla. Su tez estaba curtida, seguro que del sol africano, y se marcaban más las arrugas del rostro, que

parecían reflejar sobre todo expresiones de alegría. Vestía muy sencillo, vaqueros y camisa blanca, y notó que llevaba unas sandalias que había visto a los turistas alemanes. Se fijó en sus pies, que seguramente habrían andado miles de aventuras. Fue recobrando la ilusión que parecía haberse diluido en su viaje de nostalgias y dudas. Le llevó a un pequeño cuarto donde dejó su maleta y se metieron en la cocina a preparar una cena sencilla. Allí saludaron a un seminarista y otro misionero que ya se iban a acostar. Estaban las noticias puestas y hablaban de la autonomía que se estaba concediendo a Cataluña. El Padre Daniel comentó que de forma pacífica estaba consiguiendo más que el País Vasco. Le recordó a su hermano y cambio de conversación. Patxi escucho atento a una noticia curiosa sobre la creación de los tres primeros nodos de comunicacion de un nuevo sistema que podria revolucionar el futuro de la comunicacion, llamado "internet".

-Padre Daniel, ¿Hace cuanto que ha llegado a Madrid?

-Llámame Daniel, y yo a ti Patxi. ¿De acuerdo? Llegué hace una semana. He estado arreglando papeles, mandando proyectos aquí y allá, hablando con Manos Unidas y dando charlas en algunas parroquias y colegios. Me voy en dos días para Huelva, donde vive mi madre. Pasaré dos semanas en el pueblo con ella y luego vuelvo aquí para que me digan mi próximo destino.

-¿Cuanto tiempo llevabas en Rhodesia? ¿Tenías ganas de terminar tu misión allí?

-Llevaba diez años, y se me parte el corazón al irme. Es un país que sufre una terrible guerra, en contra del racismo blanco y por su independencia. Y a la

vez se ve venir una guerra fratricida. Pero te encantarán sus gentes. Son nobles, sufridos y agradecidos. Yo he aprendido de ellos muchísimo, dejo en ellos parte de mi alma, y me llevo las luces de sus miradas, las magias de sus clics y la profundidad de sus cantos zulúes.

-Pero es difícil no estar involucrado en su lucha. Cuando has visto el trato que reciben de los blancos de Rhodesia, no puedes quedarte callado. El obispo nos pide neutralidad, pero ¿cómo es posible que la Iglesia de Jesús no tome partido por los pobres y los oprimidos? Yo he acompañado a los jóvenes de Matabeleland que se alistan con la guerrilla para la lucha. Están en campamentos de Botswana. Nunca dejaré de abogar por la paz, pero entiendo su rabia y su lucha, Patxi.

Patxi empezó a sentir mucha sintonía con las ideas de Daniel. Imaginaba ya esas miradas, esos cantos, esos paisajes y esas discusiones sobre la libertad y sobre la paz.

Prosiguió Daniel:

-Como yo veo las cosas, el régimen de Ian Smith no podrá aguantar mucho el boicot que le ha hecho todo el mundo excepto los racistas de Sudáfrica, donde yo pasé los diez años anteriores. Se verá presionado a firmar un acuerdo con los guerrilleros shonas y *ndebeles*. La iglesia metodista está intentando favorecer un acuerdo de ese tipo, por la paz, y nosotros les apoyamos, siempre y cuando tengan en cuenta a los movimientos de liberación. Muzorewa, el obispo metodista, ha pasado casi toda su vida en Estados Unidos y en los últimos años ha estado ajeno al movimiento revolucionario. Pretende representar a todos y eso causa tensiones. Ya

veremos que pasa, pero puede ser que aún haya varios años de guerra. La misión esta en la puerta de entrada de los guerrilleros que se refugian en Botswana. Es blanco de ataques del ejército de Rhodesia. Tienes que saberlo, Patxi, no vas a un lugar fácil. Pero si vas con el corazón abierto, veras que es tan difícil como mágico.

-¿Y la misión, Daniel? Háblame de ella.

-Bueno, sabrás que fue fundada hace ahora cien años, y te esperan las celebraciones del centenario. Tu Orden Jesuíta vino desde Ciudad del Cabo, a mil kilómetros, en unos carros de bueyes. Muchos murieron en el camino, y Lobengula , el rey *ndebele* entonces en Bulawayo, les recibió con violencia. Para bien o para mal, los ingleses de la Sociedad británica de Sudáfrica, liderada por Rhodes, sometieron a Lobengula y permitieron instalarse a las misiones. Desde entonces se nos ha visto como aliados con los racistas ingleses. Pero también hay que decir que Lobengula era un tirano sobre las tribus de Matabeleland, como los *kalangas* de Matabeleland Sur. Es ahí donde estamos. Compartimos la misión Jesuitas y hermanos de Marianhill. Veras que hay escuelas primarias y secundarias, una clínica, varios talleres vocacionales, un seminario, granjas, huertas y hasta una fábrica de jabones. Es el lugar donde llevan sus chicos a estudiar muchos pueblos de la región.

-¿Y de la gente del lugar? ¿Qué me cuentas?

La tribu mayoritaria son los *kalangas*, pero van mezclándose con *ndebeles*. Es la región más pobre del país. La tierra es seca y arenosa, estamos al lado del desierto del Kalahari. Cuando no son las sequias o las plagas del ganado, es

la langosta la que destroza lo poco que pueden plantar. Cultivan sobre todo mijo aunque se ha ido introduciendo el maíz, que ahora se consume más. El alimento de cada día es como una pasta de maíz, llamada *Sadza*. Hay verduras como la *chomolia*, y otras locales que conocerás. Nosotros tenemos unas pocas vacas y hacemos un yogur para añadir a la *sadza*, aumentando sus proteínas. Son gentes muy tranquilas y muy sencillas. Te aconsejo que antes de llegar sepas hablar un poco de *ndebele*, que es lo que más hablan todos. Deberás conocer sus tabúes y sus prejuicios, lo que no es correcto, lo que más agradecen y lo que más temen. Ellos creen en Dios a su manera, pues su mundo más real es el de los espíritus de sus antepasados. Hablan con ellos. De veras creo que se comunican con ellos. Para ellos, su Dios es el *Mkulumkulu*¹⁴ y el mundo de la naturaleza y de los animales tienen significados mágicos.

-Daniel, supongo que si uno llega a respetar profundamente sus creencias, se pregunta que hacemos allí. ¿no es así?

-Exactamente Patxi. Creo que nos vamos a entender. Aún hay misioneros que desprecian esas creencias locales, que imponen el rito de la misa, los sacramentos, y las oraciones a su manera. Yo creo, Patxi, que la religión es un idioma para hablar con Dios. Igual que aprendemos el idioma materno para hablar con nuestros paisanos. Igual que se aprenden los lenguajes musicales para hacer o leer música. Los pájaros tienen también sus códigos. Todos los animales. Son lenguajes. Facilitan la comunicación, bien sea de pensamientos o de sentimientos. Creemos que sólo los humanos poseemos espíritu y comunicamos pensamientos y sentimientos. Pero en ello también tengo

14 Abuelo de todos los abuelos

dudas. ¿Somos tan especiales? ¿Somos superiores a otros animales? ¿Y si aún así fuera : merecemos más?

-En todo caso, la religión, como idioma que es, tiene formas diferentes, igual que hay idiomas diferentes en el mundo. ¿Hay uno mejor que otro? No. Cada uno se ha adaptado a las necesidades y al contexto. Por ejemplo, hay más de veinte palabras para basura en inglés, ¿sabes cuantas hay en *ndebele*?

-No

-Ninguna. No existe. No se tira nada. Todo vale para algo. El *ndebele* tiene trece tipos de clics guturales, y cada uno se puede decir con un tono diferente, significando algo distinto. Se pueden usar aisladamente para no interrumpir al que habla pero hacerle sentir nuestro sentimiento por lo que dice. ¿Es eso salvaje? ¿Inadecuado? ¿Hay que sustituirlo por un correcto inglés de Oxford?

-Claro que no.

-Pues de igual manera la religión ha ido adaptándose a los sentimientos locales. De hecho, la unión a los antepasados es muy fuerte. A mí me emociona como les recuerdan. Nosotros apenas les traemos al recuerdo durante unos pocos meses después de fallecer. Se preocupan más en sus rezos por las lluvias o por las plagas y menos por la codicia pues no hay dinero ni grandes abusos de poder entre ellos, o por la sexualidad, pues la viven de forma más natural.

Patxi, no cabía en su asombro. Se identificaba con cada palabra de Daniel.

-Entonces, dime, Daniel, ¿qué hacemos allí?

-Lo que hubiera hecho Jesús, ¿que crees tú?

-Yo creo que Jesús simplemente hubiera vivido con amor, compartiendo, transmitiendo paz y esperanza entre todos para vivir y morir en paz y profunda felicidad.

-Pues eso es lo que creo yo. Yo he ayudado a miles de familias en sus trabajos, en sus estudios, en papeleos en Bulawayo, en construir pozos o en hacer hornos, en acompañar en la tristeza de los funerales y la alegría de los bautizos, en intentar transmitir serenidad y paz cuando la opresión de los racistas blancos les desespera. En miles de detalles de cada día. Mi cruz es para mi una referencia al amor.

-Pero tu actitud tan comprensiva y distinta de lo que pide el Vaticano, ¿la aprueba el Superior, el Obispo en Bulawayo?

-¿Por qué crees que me voy?

A la mañana siguiente sonó el teléfono mientras desayunaban y continuaban la conversación. Daniel le dijo: Patxi es para ti. Le llamaba un tal Rob, un amigo de Jon, su tío el de Idaho. En un castellano con acento americano, le dijo que su tío Jon era amigo de su padre, y le había dado el teléfono del caserío. Allí le habían dado el de esa casa. Traía un paquete para la familia, y se lo quería dar. Aunque él ya se iría en una semana a Rhodesia, haría por

mandarlo por correo. Tenía curiosidad por conocer a ese joven americano. Intuía que las casualidades , como la de coincidir en el tiempo y el espacio, tenían un significado. Quedaron para verse en la Puerta del Sol al día siguiente.

Durante el día alternó lecturas sobre Rhodesia, con charlas con Daniel, más y más apasionantes del sentido profundo, y no litúrgico y menos aún de poder, de la religión. Se sintió de nuevo traidor al "quitarle" el puesto a un rebelde noble. Pero él tenía iguales pensamientos. Daniel debía partir. La vida susurra el camino. Se dieron un profundo abrazo. Daniel le regaló tres piedras negras, secreto de los padres Blancos para las mordeduras de serpientes.

-Lástima que no valgan para el daño que hacen las serpientes de dos piernas. *Lihamba kuhle*, "ve en paz", como dicen las gentes que pronto vas y te van a querer.

Patxi y Rob quedaron frente a la boca del metro de Sol. Se acercó un hombre alto y sonriente, con la cara pecosa y un sombrero de paja. Llevaba vaqueros y una camiseta que hablaba del "*free speech movement*".

-¿Rob?

-¿Patxi?

Se dieron la mano y fueron a tomar una caña de cerveza a un bar de la Plaza Mayor.

Rob era hijo de un ganadero de Idaho y amigo de su tío Jon, quien había

emigrado hacía ya treinta años, a Estados Unidos. Patxi sólo había visto a Jon en un cumpleaños del abuelo Agustín. Jon tenía cinco hijos, tres varones y dos mujeres, ya todos casados y con hijos. Rob era amigo del pequeño de ellos, Josu, como su tío. Habían sido compañeros de escuela y de aventuras de niñez y adolescencia en el pueblo de Idaho donde crecieron juntos. Josu se había quedado para seguir con el trabajo de la tierra y el ganado. Se había casado a los veinte años con una chica del lugar. Pero Rob quiso seguir estudiando. Estaba en su cuarto año de la universidad, en Berkeley, un lugar cerca de San Francisco.

Al saber que Patxi se iba a Rhodesia, Rob sintió mucho interés, pues estaba estudiando derecho internacional, y seguía con atención los acontecimientos en África. Le dijo que su hermana era "Peace Corp" en un país llamado Sierra Leona y le escribía cartas muy emocionantes de su vida. El sentía como si ella viviera de verdad y él fuera el espectador de la vida. Le contó como las mujeres carecían de derechos y eran sometidas a la mutilación genital y a matrimonios impuestos desde niñas.

-¿Y tu qué haces, Rob?

-Pues estudio relaciones internacionales, aunque me interesan mucho la filosofía y la sociología, creo que son las bases de la política. Acusamos a menudo a la política, y con razón. Pero muchas de sus contradicciones están en la propia sociedad.

Había venido a una conferencia de estudiantes, a hablarles del movimiento del "free speech" (discurso libre) en Berkeley, donde él estudiaba. Le contó sobre el libre pensamiento y expresión, el movimiento hippy de liberación y la

oposición a la guerra de Vietnam. Le pidió disculpas por cómo el gobierno americano había ayudado a Franco y a tantos dictadores, sobre todo de Latino-América. Patxi fue disimulando, pues hubiese hecho tres preguntas por frase, pero estaba encantado de oír a alguien con ideas tan libres.

Le dijo que en su país aún estaban muy arraigadas las ideas estrictas del antiguo testamento y que incluso salían sectas más radicales y con líderes carismáticos tremendamente proselitistas. Le dijo, escandalizado, que la mayor parte de los americanos creían en el infierno, y que aún había mucho racismo. Le contó que había estudiado la física del inicio del universo y su expresión más diminuta en la física cuántica. Pensaba que todo era una dualidad de materia y energía. Que la materia era aún más inefable y efímera, hasta en su expresión de tiempo y espacio y que la energía a la que verdaderamente pertenecían en su infinita y eterna expresión. El había sido inspirado en ideas del budismo, como muchos jóvenes del movimiento hippy. El budismo creía en la misma unidad del universo y en una energía común a la que pertenecían, de la cual no éramos conscientes por nuestra ilusión en lo inmediato, y material.

Patxi le interrumpió y le dijo:

-Rob, lo que dices es muy interesante, ideas inspiradas por el príncipe Siddhartha en un retiro voluntario y útil, para el pensamiento de alguien en meditación o en nuestros rezos en el convento. Pero ¿cuál es la energía con la que se tiene que identificar un niño hambriento en África.? ¿Qué hay de sufrimiento ilusorio en alguien que sufre enfermedad y hambre?

Rob estaba de acuerdo. Huía del determinismo de la religión, y luchaba contra

la injusticia. En ese momento empezaron a hablar del movimiento de independencia del Tíbet y acabaron hablando de Gandhi. Hablaron de los principios de Satia y de Aimsa. Volvieron a conectar con el sentimiento de unión del budismo, entre la Humanidad, con la naturaleza y con el Universo. Patxi pensó en los *ndebeles* y sus mundos mágicos de animales, de antepasados y de naturaleza. Pensó en los ejercicios espirituales de San Ignacio. Pensó en la teología de la liberación. Pensó en los ojos tristes de su hermano.

-¿Patxi, me estas escuchando? Parece que estas en otros pensamientos.

-Si, perdona.

Rob había cambiado de tema. Estaba contando la evolución del hombre , de las comunidades egalitarias de nómadas recolectores y esporádicamente cazadores, a la agricultura y el principio de la propiedad y las diferencias impuestas por los señores feudales, origen de nuestras naciones, a la revolución industrial y la explotación de la clase obrera, al capitalismo de nuestro siglo, que estaba hundiendo al hombre en la avaricia y en una sociedad de miedo y competitividad, de consumo y destrucción. Le habló de cómo en la evolución humana desde hacía unos dos millones de años, los simios sufrieron mutaciones y divisiones en grupos diferentes. Mientras los chimpancés vivían en jerarquías basadas en el poder y la dominación entre ellos; otra estirpe de la escisión, los *bonobos* (chimpancé pigmeo) utilizaba el placer colectivo frente a los peligros. Unos usaban el poder para el placer y la propiedad, mientras los otros usaban el placer sin sentido de propiedad para enfrentarse a los miedos y las tentaciones del poder. Decía que teníamos los humanos similitud genética con esas dos evoluciones y la dualidad de lo social

y solidario y lo agresivo y dominante. Rob le explicó que nuestra sociedad estaba basada en el individualismo competitivo y vivíamos con el sufrimiento de la alerta constante y la lucha de clases, mientras que dentro de nosotros teníamos el potencial de vivir en paz y amor, sin propiedades materiales . Ni de unos con otros, incluidos los matrimonios y las relaciones patriarcales Que era ese el mensaje de paz y amor que traía a las reuniones de estudiantes en Madrid.

-Rob, hablas del anarquismo que inspiró a nuestra republica. En mi familia ha habido muertos por ello. Yo estoy de acuerdo con una sociedad de amor, pero en la que haya respeto por la intimidad de cada persona, responsabilidad en la paternidad, estímulo al esfuerzo y al trabajo recompensado sin generar injusticias. No creo que seamos del todo "*bonobos*" para vivir sin regla alguna.

-Patxi, Jesús lo creía. Y su mensaje es el del amor. No entendía las naciones ni las propiedades. Ni la religión como es hoy en día. ¿Conoces la canción de "Imagine"?

-¿La de John Lennon? Sí. Es preciosa.

-Fíjate : sin propiedades, sin religiones, sin países.

-Rob, yo también creo en el amor. Y mi mensaje es Jesús.

Se dieron un abrazo y se dejaron las direcciones para escribirse.

Patxi volvió en el metro absorto en las ideas de Daniel y de Rob. Resonaban

en su propia crítica al Vaticano, al proselitismo y a las alianzas con el poder. Pero él se sentía inspirado en Jesús. Había gente que sufría y que esperaba su mano amiga y su mensaje de esperanza. Intuía que le esperaban grandes emociones si iba con el corazón abierto y fundido con el universo como inspiraba el budismo. El lenguaje era lo de menos. El lenguaje del corazón no tenía reglas.

XIII. El plan de la libertad. Arguamul, Gomera, julio de 1978

Después de las tertulias con Fernando, Jonay había decidido desde su adolescencia, que sería médico. Pero no médico como los del hospital, con buenos sueldos y helicópteros para trasladar pacientes a Tenerife cuando los pedían, sino médicos para los más pobres, como había hecho Fernando. Recordaba constantemente la historia de la bolsa de plástico del Sr. Conteh. Fernando le había dado una copia de los "50 consejos para un joven médico en África", del Hermano Ricardo.

Mientras tanto, Fernando había conseguido que le convalidaran su título de médico cubano en España, y había pedido la residencia. Eso le trajo bastantes problemas, incluídas visitas de diplomáticos cubanos pues los internacionalistas cubanos debían regresar a la isla. El tenía sentimientos mixtos, pues por un lado era un apasionado de la revolución comunista cubana, pero por otro lado no podía entender como coartaban la libertad a quienes no pensaban igual. No podía soportar que Cuba ajusticiaraa condenados, algunos por motivos políticos. Le partía el corazón. Tenía algunos amigos que estaban presos.

Unas semanas después de venir, coincidió que la hija del Che Guevara, Aleida Guevara, vino a dar una conferencia al cabildo de la Gomera. Medio pueblo fue a escucharla, aunque los caciques intentaron desacreditarla e impedirlo. El discurso revolucionario fue hermoso, y contó historias increíbles de su padre. Ella era pediatra y explicó muchas bondades de la medicina en Cuba. Venía de formar parte de la delegacion de Cuba que participo en una Conferencia de Salud en una ciudad de una URSS, llamanda Alma-Ata, y de la cual dijo que se estaban, finalmente en la historia de la Humanidad,

reconociendo las bases democráticas de la salud y el derecho y responsabilidad de la participación comunitaria.

Al final de la conferencia, Fernando hizo la primera pregunta :

-Camarada Aleida, ¿puede una revolución ahogar la libertad de un pueblo, en nombre de su liberación?

Aleida notó el acento cubano, y la mirada profunda de aquel hombre desafiante sin recordar que habían sido compañeros en La Habana.

-¿Por qué lo dice usted? Cuba es un pueblo liberado del capitalismo y del imperialismo. La única restricción en Cuba es la de adueñarse de propiedades y de enriquecerse a costa de los pobres.

Fernando, sólo le contesto:

-Me temo que hay otras que usted no conoce.

Se miraron fijamente y tras dar las gracias y recibir un aplauso de los oyentes, Aleida se acercó a Fernando. Intercambiaron algunas palabras y en seguida identificó quien era. Se conocían de la escuela Pedro Kouri. Acordaron ir a cenar juntos y a hablar de la salud y de la libertad en Cuba. Fernando le pidió si podrían venir Jonay y sus padres, que era como su familia. Aleida asintió. Le acompañaba una persona muy callada, muy corpulenta. Durante la cena, Aleida y Fernando hablaron con gran solemnidad y respeto, como si estuvieran repensando la revolución. Cuando supo que estaba pendiente de volver tras su periodo de internacionalista, le dijo que le esperaban, que la revolución aceptaba críticas, y que todos eran necesarios. Fernando no dijo nada. En ese

momento su mente, y se diría que su corazón, estaban a mucha distancia. Eran otros los horizontes de su alma.

Pero había otra historia reciente de Fernando que aún no conocían Jonay y su familia. Cuando ya consiguió la residencia y estaba registrado como médico, paso un año haciendo guardias de urgencia en el hospital de San Sebastián, ayudando a Tomás en la pesca. Tocaba la guitarra y con John a la harmónica daban conciertos en un bar de San Sebastián. Cantaban también las canciones de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y la nueva trova cubana. John le enseñó canciones country, le encantaba John Denver. Inspirados por la ilusión de la transición cantaron también las canciones de Jarcha y Aguaviva, animando hacia los debates y votación por el referendun de la primera constitución española tras el franquismo. Al año siguiente, echaba tanto de menos lo que él llamaba "medicina auténtica", la que combina menos medios y más necesidades., que se fue a pasar tres meses de nuevo al hospital de misión de Sierra Leona. Desde la muerte del Hermano Ricardo, tenían sólo médicos que se quedaban poco tiempo, y le pidieron que cubriese un vacío de unos meses.

A su vuelta, hacía un mes, le ofrecieron un trabajo en Vallehermoso, el pueblo más lejano y aislado. Durante aquel mes, Fernando combinó el trabajo del centro de salud, con el de reconstruir una casa en un pueblo abandonado, aún más lejano, al borde de los acantilados llamados "los órganos" y por donde bajaba por un peligroso camino, hasta una playa solitaria, "su playa". Allí recogía percebes donde rompía fuerte el mar, y recuperaba maderas de restos de naufragios que las fuertes mareas traían a la playa, a su playa. Con un sistema de poleas en varios puntos del camino hasta su casa, subía aquellas maderas y troncos. Con ello y algo de cemento y cuerdas que trajo de San

Sebastián, fue recuperando una casa abandonada. También construyó un pequeño embarcadero. Su afán era tan intenso que se diría que estaba preparando algo. Dejó de venir a San Sebastián, a pescar con Tomás, navegar con John o charlar con Jonay sobre medicina.

Como Jonay estaba en su último año de la escuela, quiso ir en el verano con Fernando, para acompañarle en las consultas y visitas a los enfermos. Llevaba ya varias semanas sin venir, y era muy difícil conectar por teléfono. Así que un día Jonay se fue en la guagua hasta Vallehermoso y emprendió el camino hasta Arguamul. Encontró a Fernando subiendo un tronco muy grande, de algún mástil de un naufragio. Como Fernando lo estaba amarrando con unas fuertes sogas marineras, Jonay bajó hasta la segunda polea y le silbó, en el lenguaje de silbos de la Gomera, preguntándole si empezaba a tirar. Fernando, que vestía casi todo el día solamente un pantalón corto y una cinta que sujetaba su larga cabellera, le dijo que sí, con cuidado, también con el lenguaje de silbos que le había enseñado Jonay. Pasaron una hora hasta que subieron el resto de la altura de doscientos metros del acantilado, aquel pesado tronco. Cuando tiraba de los últimos metros en la última polea, con Fernando empujándolo y dirigiéndolo desde abajo, les iluminaron los rayos rojos del atardecer. Cuando llegó arriba, Fernando le dio un abrazo a Jonay. Se saludaban con mucha alegría, y Fernando le había enseñado un saludo en el que chiscaban los dedos, que era común en Sierra Leona.

-Gracias Jonay, isin tí hubiera estado toda la noche para subirlo!

-¿No trabajarás por las noches, no?

-Cuando hay luna llena como hoy, desde luego que sí.

-Te vas a matar, Fernando, no paras de trabajar. ¿Para qué tanta prisa? Puedes alquilar una casa o un cuarto en Vallehermoso. Además nunca te vemos ya.

-Sabes que soy muy cabezón. Además, me gusta mucho, me siento libre. Mi playa, mi desfiladero, mi casa. El atardecer. Esto es el paraíso.

-Si, ¿pero de que vale un paraíso si eres su único habitante.? ¿Se puede ser feliz en tanta soledad?

Fernando no contestó. Jonay observó que algo profundo invadía su pensamiento.

Arrastraron con cuerdas el tronco hasta el frente de la pequeña casa que Fernando estaba reconstruyendo.

-Déjalo aquí. Mañana lo subiremos hasta estos dos pilares que he construido con piedras del barranco. Será el eje del tejado del porche. Ya verás. Pero, Jonay, cuéntame, ¿Que hay de nuevo por San Sebastian? ¿Que noticias hay por el mundo? Aqui vivo aislado y tranquilo.

-Pues murió el Papa, eligieron a otro pero murió también a las pocas semanas. China ha levantado la censura de Aristóteles, Shakespeare y Dickens, y en España ya no es delito el adulterio. Y el líder de ese grupo que reclama la independencia canaria, ha ido a representar a Canarias a la Unión Africana, y alguien , no se sabe, le ha intentado asesinar. Pero lo que más me ha gustado saber es que a la hija de Franco la han detenido en la aduana intentando salir

del país con un montón de joyas y monedas de oro. Que a los poderosos les paren los pies, me llena de esperanza.

-Si, son buenos signos. Y dime, ¿que te trae por aquí?

-He venido a verte, te echaba de menos. Además, ya me he examinado de la selectividad y me he inscrito en la Facultad del Medicina en la Laguna, Tenerife. Pero hasta que me vaya allí, tengo tres meses libres, y quiero acompañarte a algunas consultas y visitas a pacientes. ¿Me dejarías hacer eso?

-¡Por supuesto, camarada Jonay! (le llamaba así cuando estaban alegres). Me encantará contarte muchas cosas, e ir haciéndonos colegas de profesión.

Al entrar en su casa y encender algunas velas, Jonay se fijó en una foto encima de una mesa al lado del colchón donde descansaba Fernando. Poco más había en esa casa, aún en ruinas. La foto era de blanco y negro, y estaba arrugada. La imagen era del rostro de perfil una mujer negra. Era bellísima. Su mirada era serena y firme, su cuello erguido y largo. La ténue curva de sus labios detonaba solemnidad ante la vida. Llevaba un pañuelo en la cabeza que dejaba caer algunos cabellos por la frente, sudorosa. Sudor noble, seguro.

-Se vio la vuelta y vio que Fernando también la miraba.

-Fernando, ¿quien es?

-Se llama Kadiatu.

-¿Es de Sierra Leona?

-Si.

- No necesitas contarme más si no quieres. Aunque yo te cuento todo de Patricia, la chica que me gusta de La Lomada.

- Lo sé, Jonay.

En ese momento, Jonay noto que a Fernando se le nublaba la vista. Decidió no insistir, no mirarle. Pero sabía que había algo muy importante que pesaba en su alma.

Fernando salió bajo la luna llena, se sentó en una roca ante el acantilado. Jonay , silenciosamente le siguió. Se sentó a su lado. Le puso la mano sobre su hombro.

Fernando estaba mirando al horizonte del Atlántico inmenso, brillante de la luna llena, sereno de la noche mágica, sin apartar su mirada, nublada por la emoción que estaba apunto de desvelar.

-Jonay, eres como un hijo para mí. Os debo toda la confianza a tí y a tus padres. Por eso tengo que decirte algo que hasta ahora no os he contado por temor.

Jonay, asintió mirándole. Fernando seguía mirando al horizonte.

-En mi última estancia en el hospital de Sierra Leona, conocí a una mujer,

Kadiatu, la que has visto en la foto. Fue en uno de los viajes a las villas. Le pedí a *Abú* que parase la camioneta, pues vi a un grupo de chicos sentados en un tronco con sus piernas ulceradas. El Hermano Ricardo había implantado la costumbre de parar a lo largo del camino a tratar aquellas heridas con sus mágicas mezclas de miel africana y antisépticos. Se había corrido la voz por toda la región y siempre había grupos en los lugares más inesperados. Bajé de la camioneta, donde también llevábamos en la parte de atrás a algunos enfermos graves para el hospital. Cogí la caja de las úlceras tropicales, y me dispuse a ir curando y desbridando una a una las heridas. Cuando llegué al último caso, me di cuenta que la úlcera era muy grave. Era profunda, dejaba ver los tendones y músculos. Estaba infectada. Ocupaba toda la pierna. Se trataba de una niña de unos diez años. Le pregunté su nombre y me respondió: "*Lisy*". Me miraba asustada pero muy quieta. Me había fijado tanto en la herida, que no reparé en que estaba sentada en el regazo de una mujer, que le acariciaba su pelo ensortijado para aliviar su miedo del "*opoto*" -hombre blanco- y de la enfermedad. Cuando levanté la mirada, ví que se clavaban en mí los ojos más bonitos que nunca había visto. Todas las miradas hablan. Aquella cantaba. Cantaba una melodía de belleza y armonía. Sus rasgos eran de la tribu de los fulas, casi tan dignos que parecen altivos. Era esbelta y delicada pero a la vez su aura respiraba serenidad enraizada en nobleza.

-Te aseguro, Jonay, que no tardé más de diez segundos en sentir que ella era la mujer que llevaba toda mi vida esperando aunque aún no la había oído hablar, no sabía su nombre ni sabía su historia. En mi torpe criollo le dije :

-Tenemos que llevar a Lisy al hospital, necesita que cuidemos muy bien su pierna. Si no, la puede perder. ¿Es familia tuya?

-Sí, es mi hermana.

-¿Y dónde están vuestros padres.?

-En Serabu, muy lejos.

-Pues tenemos que llevarla, ¿vienes con ella.?

-No tengo dinero.

-No importa, buscaremos una cama para ella en el hospital y puedes quedarte al lado de ella. ¿Cómo te llamas?

-Kadiatu.

-En el hospital se instalaron en un rincón de la sala de pediatría. Lisy dormía en una cama de niños compartida con otra niña con malaria. Kadiatu se acomodó con unas telas en el suelo. Buscó tareas en las casas cercanas, traía leña, cocinaba, barría los porches de las casas y lavaba las ropas de pacientes y sus familiares. Con eso le daban un poco de arroz que ella cocinaba con algunas verduras para su hermana, y si sobraba algo, para ella.

-Estuvo ingresada una semana mientras le limpiaba la herida, granulaba con la fórmula del Hermano Ricardo, y preparaba zonas de su espalda y el muslo de la pierna sana para hacerle injertos con el dermatomo. Una semana después ya estaba lista para la operación. Por la noche pasó al verla con una lámpara de queroseno, como cada noche hacía pasando por todas las salas de ingresados y parándome en los más graves o en los que operaba al día

siguiente. Había notado que cada día Kadiatu me miraba con una profundidad que me invadía entero de su belleza y dignidad. Yo le devolvía la mirada aunque al poco tiempo disimulaba con alguna broma para distraer a su hermanita, y veía de refilón su suave, casi imperceptible sonrisa. Ese día le dije que le tendría que explicar los cuidados de su hermana, pues estaba lista para irse a su casa.

Jonay estuvo mirando a Fernando con profunda atención y respeto. La noche era preciosa, la luna brillaba sobre el inmenso mar, que se extendía a sus pies, bajo el acantilado de donde subían los troncos de los naufragios. Al ver que Fernando contaba su historia mirando al horizonte, mirando hacia los órganos, hacia el este, hacia África. Jonay siguió su historia mirando al mismo horizonte, como queriendo imaginar las imágenes de su historia, en aquel trágico, mágico y lejano mundo.

-Salí fuera del hospital con Kadiatu. Era una noche oscura, mágica, del mes de septiembre. Es el mes de las tormentas eléctricas, donde se ven continuamente relámpagos lejanos en la noche, que iluminan tenue y fugazmente todo. La humedad de la estación de lluvias había preñado de larvas la tierra roja, y ahora la noche se llenaba de luciérnagas que aumentaban aún más el sentido mágico de todo. A lo lejos se oían cánticos de alguna celebración. Tambores rítmicos, profundos. Como el latir de mi corazón.

-Hablamos de la herida de su hermana, y le conté como sería la operación, los cuidados que debía tener, las revisiones en el hospital y luego en el tronco donde las conocí. Me sentí culpable, pues en el fondo le contaba más a ella que a ningún paciente o familiar, todos los detalles. Ví la mirada furtiva de su

hermana, que había conseguido salir de la cama y mirarnos desde la ventana de la sala de pediatría. En ese momento también se acercó a mirar el enfermero de guardia. Aumentaba más mi sentido del culpa el saber que en la cultura fula, y en su profundo sentido del Islam, no había lugar para relaciones, ni siquiera encuentros, fuera de sus ritos tradicionales, de sus arreglos familiares de bodas pactadas desde una edad muy temprana en las mujeres, de sus dotes y de su adhesión sin fisuras al Islam. Pero algo muy fuerte se había clavado en mí desde la primera vez que se habían cruzado nuestras miradas.

-Cuando terminé de explicarle la operación y los planes de cuidado ví que Kadiatu estaba llorando. Es muy raro ver a ningún fula llorar, sobre todo por dolor. Algo muy grave debería estar pasando.

-¿Que te ocurre, Kadiatu? ¿Te preocupa la enfermedad de Lisy? ¿Temes que tengamos que amputar su pierna?

Realmente pensé que el riesgo era alto.

-Si, me preocupa, pero sé que está en el mejor lugar para salvarse. Hay otras cosas que me preocupan más.

-Dime. Puedes confiar en mí. Aún no nos conocemos, pero sé que somos almas gemelas. No lo sé explicar. Pero lo sé.

-Yo siento lo mismo, y tampoco sé explicarlo. Espero cada día a tu visita a Lisy, y las buenas noches. Mi corazón se dispara como los tambores en los bailes.

En ese momento empezó a sonar lejana una flauta fula.

-Debo decirte mi situación y la de Lisy. Mañana después de la operación, debemos partir. Yo no creo que nos vuelvas a ver. Mis padres no han venido, ni ningún otro familiar. No saben que estamos aquí, pero creo que ya se han enterado y vendrán pronto. Necesito huir.

-¿Por qué? ¿De que huís?

-Hace un año que mi padre acordó con un hombre muy poderoso, un "chief" de Serabu, que debía casarme con él. Ese hombre tiene ya cinco mujeres con quien todos saben que es violento. Es muy rico y poderoso, y se había encaprichado de mí cuando me vio un día desde su coche. Apenas he visto el mundo, pero sé que se puede vivir con amor y no con temor. Le dije a mi padre que no quería casarme, que deseaba estudiar y encontrar un hombre bueno por mi misma, sin que me fuera impuesto. Esto te puede parecer normal en tu mundo, pero en mi mundo es una gran afrenta a las tradiciones, a la religión, a la familia. Al principio, mi padre no quiso darle importancia a mi actitud. Pensaba que cedería. Pero insistí. Cada vez eran más fuertes las discusiones. Mi madre y las otras mujeres e hijos de mi padre se pusieron de su lado, y todos me chillaban y amenazaban.

-Mi padre me decía:

-Hija: ese hombre será bueno para ti. Es un buen musulmán. Además es rico y tendrás todo lo que deseas. Nos ha adelantado

una dote muy importante, con la que vamos a arreglar el tejado. Es lo mejor para ti. Además es tu obligación. Soy tu padre.

-Te lo suplico, padre. No me lleves con él. Prefiero morir.

-Mañana vendrá para los detalles de la boda. Será dentro de das semanas. No hay más que hablar. Es la voluntad de Dios y lo que tú padre te ordena.

-Esa noche fui a mi camastro, un colchón en el suelo, en nuestra humilde casa de suelo de tierra y tejado de paja, con las maderas ya podridas. Mire al cielo de estrellas, que se dejaba entrever por los huecos del tejado medio caído. Las estrellas eran maravillosas, más de lo que el tejado de zinc que mi boda iba a traer. Ese mismo tejado tataría las estrellas. Y esa boda ahogaría mi vida en tinieblas. En ese momento, noté algo en el lado de mi cama. Era el siseo de una cobra. Sigilosamente me levanté de la cama. Era el signo final, debería huir.

-Yo escuchaba su relato absorto de emoción y sintiendo en cada palabra su dolor. Nos habíamos sentado en un tronco del camino hacia el bosque. Sin pensar, la había cogido la mano. Ella, aunque tímida, no la rechazo y siguió contándome su terrible historia.

-Pero no podía hacerlo sola. No podía irme dejando sola a mi hermanita Lisy. Ella sabía de mi tristeza y temía que me fuera de casa. Un día me hizo prometer que si me iba la llevaría con ella. Ella también se estaba enfrentando a mis padres y a las tradiciones. Ese año tendría que pasar por el rito de la sociedad Poro, que incluía la circuncisión genital. Todas

las mujeres en este país pasamos por ello, sin siquiera pensarlo. Pero ella había oído a una americana de los "*peace corps*"¹⁵ en una reunión en el pueblo, de los peligros de ese rito. Cuando estaba hablando de ello vinieron unos hombres a echarla violentamente. Desde entonces Lisy tenía sueños de terror sobre el dolor y la mutilación. Les había dicho a mis padres que ella no pasaría por ese rito. Antes se iría de casa. A su tierna edad, apenas diez años, todos se reían de ella. Pero mi padre la miraba fijamente. Y me miraba a mí.

-Además Lisy dormía al lado mío y se había despertado. No necesite decir nada, ella sabía lo que iba a ocurrir. Me sorprendió ver que como ya tenía preparada una bolsa para huir, con ropa, algo de comida, los palos para cepillar los dientes, jabón y una vieja copia de El Corán.

-Salimos con sigilo y comenzamos a andar. No sabíamos dónde ir. Lisy sabía que la voluntaria americana a la que había oído hablar vivía en un hospital de misión en Sengema, a unas tres horas de camino. Caminábamos sin hablar, con los ojos nublados de tristeza, pero el paso firme hacia un destino aún no conocido. Sabíamos que dejábamos atrás lo más sagrado y lo único que nos hace sobrevivir en África, la familia, sus tradiciones y sus creencias. Pero sabíamos que era mejor morir con dignidad que vivir arrodilladas y con miedo.

En ese momento pensé en las palabras de Emiliano Zapata, luego recordadas por el Ché : "Prefiero morir de pie a vivir arrodillado".

-Cuando llegamos a la misión de Sengema, preguntamos por la americana, y nos llevaron a su casa. Nos recibió sorprendida. Le

15 "Cuerpos de Paz" : tipo de voluntariado del gobierno americano instaurado desde el gobierno de JF Kennedy.

contamos nuestras historias, y le pedimos si podíamos quedarnos con ella.

-Se llamaba Laura, era de un lugar llamado Berkeley, en California. Tenía el pelo marrón claro, largo, ojos azules, mirada suave, gestos frágiles, y una sonrisa de profunda paz. Laura nos dijo que a veces es bueno ser diferente y luchar por lo que uno realmente cree. Nos contó que sus padres habían instigado una revolución en su ciudad cuando eran jóvenes y ahora en su país la gente se podía expresar libremente. Nos dijo que éramos valientes y que nos ayudaría, pero que allí no estábamos seguras pues el hombre que me pretendía desposar era muy conocido y pronto sabría de ellas. Era una de las personas que le habían amenazado para que dejara el país y dejara sus tradiciones en paz. Esa misma noche nos llevó con la familia con la que había vivido en su etapa de adaptación a la cultura de Sierra Leona, según el programa de los "peace corps". Era en el pueblo de Masimera, cerca de Lunsar. Tenía confianza con la familia para contarles la situación, y que ellos nos acogieran para tareas del hogar y del campo. Tocaba la recogida de arroz y muchas personas, incluidos niños y jóvenes, se trasladaban a los arrozales del norte para trabajar. Es allí donde empezó a progresar la herida de Lisy. Y así fue que te conocimos y estamos aquí. Pero sin saber dónde ir. Se, por una amiga, que mi padre estuvo en Masimera buscándonos hace unos días.

-Sentí miedo y a la vez toda la fuerza del mundo de hacer algo justo por la persona con la que , sin saber explicar por qué, quería pasar el resto de mi vida.

-Esa misma noche arreglé con José María y con *Abú*, que debía ir a Freetown antes del amanecer, a por unos repuestos esenciales para el dermatomo, que Josu había dejado en una casa de un amigo portugués en Freetown. Era cierto. Pero la premura era porque necesitaba llevar a Kadiatu y a Lisy a Freetown, a salvo. Operé a Lisy esa misma noche, explicándole al enfermero de guardia, que parecía sospechar algo extraño, que había riesgo de gangrena. En verdad lo había. La operé con injertos de la espalda y el otro muslo. Hice las curas. Preparé una bolsa con los materiales para sus curas y con antibióticos y vendas. A las cinco de la mañana salíamos hacia Freetown. Mientras Abú fue al obispado a por cartas y encargos, yo fui con Kadiatu y Lisy a casa de Don Ramón. Un hombre recio y poco hablador. También había sido marino y había navegado con Josu por los mares del Oeste de África, hasta que una tormenta le lanzó contra el palo mayor y le fracturó el fémur en tres sitios. En Freetown nadie le atendía, y por consejo de Josu, acabaron en Saint Joseph, donde el Hermano Ricardo le trató con barras de hierro que atravesaban el fémur, poleas y pesos de bolsas de arena, y ungüentos de secretos tradicionales para que osificara el maltrecho hueso. Así fue consolidando su fractura, pero ya no podía andar bien por la cubierta de los barcos. Se casó con una mujer Temne y vendían cerveza de jengibre a los trabajadores del puerto de Lunghi en Freetown. También almacenaba mercancías que traía Josu desde Europa, como los contenedores para los hospitales de misión. Le expliqué la situación a Ramón. Me dijo que las acogería en su casa, y que a cambio le podían ayudar en el almacén. Pero que no podrían estar mucho tiempo. Había oído hablar del chief de Serabu y sabía que era traficante de diamantes de contrabando, que los intercambiaba con armas de Libia y las vendía a mercenarios de Liberia. Una semana más tarde llegó Josu en su carguero, y le expliqué la situación. Me dijo que podrían ir a Conakry o a Senegal, pero que como mujeres solas sufrirían mucho y acabarían sometidas por personas aún más

perversas que el chief de Serabu.

-Desde entonces estoy pensando cómo puedo traerlas. Llevo un mes pensando día y noche en ellas. No sé si aún estarán a salvo. Mi plan es llamar a Josu para que las meta en su barco, e ir en un barco más pequeño a su encuentro y traerlas aquí. Yo ya tengo mis papeles en regla, necesito ayudarlas, Jonay. Por eso estoy construyendo esta casa, y , lo que no te he dicho, construyendo una barca en la playa.

Jonay había imaginado todas las imágenes, incluso los sonidos y olores, oyendo a Fernando y mirando al mágico horizonte.

-Ahora entiendo tu afán con el embarcadero, tu silencio, tu empeño con la casa. Debías habérselo contado.

-No quiero comprometer a nadie con esta historia, Jonay. Se nos puede acusar de tráfico de seres humanos. Además de que el chief de Serabu puede descubrir el plan y hacer daño a Ramón y a Josu.

Jonay le dio un abrazo a Fernando. Le dijo que podía contar con ellos. Que necesitaba ir a San Sebastián para coger equipaje y volvería con él. Fernando le pidió prometer que no diría nada a sus padres, Jonay asintió mientras se alejaba hacia Vallehermoso. Había cruzado los dedos en su espalda.

Jonay contó a Umbela y a John la historia de Fernando. Dos días después, Jonay volvió a Arguamul. Pero no lo hizo en la guagua hasta Vallehermoso. Habían ido los tres con Tomás en el viejo velero de John, quien lo había varado hacía varios meses y reparado. Atracaron en el embarcadero de Fernando en la playa de Arguamul. Fernando estaba pasando consulta en Valle Hermoso.

Cuando volvió a su casa, aún medio en ruinas, con un viejo Renault-5 que había comprado, notó un olor especial. Umbela había preparado un potaje canario con bien de gofio, como le gustaba a Fernando : " que la cuhaara quedara en pie". Estaba preparando muchas bolas de gofio y miel, como las que hacían su padre y ella cuando iban de largas marchas por los montes de La Gomera y por el parque del Garajonay, o cuando el venia a verla al instituto desde Hermigüa. Se abrazaron en silencio y se sentaron a la mesa:

-Qué sorpresa y que alegría veros.

-Te hemos echado de menos.

Dijo John, en nombre de los cuatro.

-Y yo a vosotros. Pensaba ir a veros pronto. Aquí tengo mucho trabajo.

-Ya no necesitas ir a vernos, vamos a pasar varias semanas juntos.

-¿Os quedáis aquí un tiempo?

-No. Jonay nos ha contado lo que ocurre. Es la última vez que como amigo me escondes algo importante.

Lo dijo con una sonrisa y poniendo su brazo sobre los hombros de Fernando. Aquellos dos hombres eran como de otro mundo... un mundo *de valentía y ternura*.

Fernando miró de forma acusatoria a Jonay, pero a la vez había una profunda gratitud en su mirada. Miró a la foto de Kadiatu, ahora en una repisa de la

cocina. Todos la miraron.

-Pero debo ver qué puedo hacer.

-Eso ya está preparado. Jonay apunto el teléfono de Josu. Le hemos llamado. En tres días llega a Freetown. Ya ha informado a Ramón. Kadiatu y Lisy están bien pero corren mucho peligro. Sabemos la ruta de Josu. Nos encontraremos con él en dos días a cien millas al sur de Fuerteventura. Iremos en nuestro velero. La barca que has construido no llegaría ni a Tenerife. Tenemos todo preparado a bordo del "Hope". Ella también lleva esperando años una aventura de verdad y por una razón del corazón.

Umbela también tenía algo que decir :

-He hablado con la asociación Gara, en defensa de los derechos de la mujer. Nos ayudaran, una vez que lleguemos a tierra, a pedir el estatuto de refugiadas para Kadiatu y Lisy.

Fernando les miraba emocionado.

-Arriesgáis mucho, amigos.

-La amistad autentica espera a momentos en los que dar todo, dijo John.

Sin decir nada, John saco su harmónica y empezó los acordes de "*the times are reaclly changing...*". Fernando sacó su guitarra y todos se unieron en una canción que anunciaba nuevos tiempos.

XIV. El budismo y la física. Himalayas 1979

Aimsa llevaba ya tres años en el *ashram*. Su maestro Sri iba y venía. Siguiendo su eterno peregrinar por la India y trayendo a veces personas con una luz muy especial para el mundo... Así decía él. Aimsa fue aprendiendo de la espiritualidad del hinduismo y el budismo, mezclados en el ashram en la meditación profunda, trascendiendo al mundo de la realidad, que llamaban ilusorio. Fue siendo conocida y apreciada por todos por su generosidad y, reflejo de su nombre, su profunda serenidad. Se había convertido en una mujer muy bella, de un cuerpo sano y fuerte a la vez que delicado, un pelo largo azabache que caía hasta su cintura y se mecía con el viento, una mirada profunda y serena enmarcada por la quena y coronada por su tercer ojo, *bindi*, atrayendo la magia del universo, una hermosa y frágil línea entre sus labios que siempre ofrecía la luz de su limpia sonrisa al saludar con respeto a quienes se cruzaban en su caminar.

El ashram tenía una escuela para un grupo especial de jóvenes, y fue aprendiendo de maestros y gurús en diferentes áreas del saber espiritual y también ciencia, historia, matemáticas, literatura oriental y occidental, biología y astronomía. Cuando no estudiaba o meditaba, ayudaba en el ashram con las tareas del huerto, el taller de barro, el telar, la cocina y la limpieza. Aimsa, tras una vida en los límites, en los vertederos de Calcuta y Bombay, sentía que, con la luz de su madre caminaba hacia su destino de contribuir a aliviar el sufrimiento en el mundo. Lo sentía muy profundo, aunque no hablaba de ello pues le avergonzaba la idea de parecer arrogante o diferente a los demás...

Aimsa había aprendido a leer en Sánscrito los vedas hindúes y sus enseñanzas

de los brahmanes. También sentía atracción por los *Upanishad* , como una especie de religión del pueblo de los artesanos y comerciantes del norte de la India, con formas de vida y gobierno más flexibles, igualitarios y participativos. Seguía siendo bien consciente del origen de su casta de intocable, totalmente diluida en un mundo de iguales en los ashram aunque aún los sacerdotes brahmanes seguían respirando superioridad, algo que ella detestaba. Por eso le gustaba el origen rebelde de Siddhartha y como desvinculó la religión de aceptarse como fe, ni de sumisión y obediencia temerosa a las autoridades, ni a las escrituras ni siquiera la existencia de un Dios. Aimsa veía la influencia de la espiritualidad sin barreras de Sidharta en el *Gita* y los otros libros sagrados del hinduismo. Disfrutaba comprobando como Sidharta, hacía ya dos mil quinientos años, hablaba del verdadero *brahmán* -sacerdote- por su ética y no por el sistema de castas y la herencia.

Aimsa fue avanzando en el conocimiento *-dharma-* hacia su liberación espiritual y nirvana (iluminación). Recitaba en profunda unión con el universo mantras y con ello aumentaba su fuerza y ahuyentaba los miedos. Aprendió las Cuatro Nobles Verdades para superar el deseo y el sufrimiento por el Noble Camino a través de la sabiduría en visión y en pensamiento, la conducta ética (en el habla, en la acción y en la vida) y la diligencia, en conciencia del presente, y la meditación. Un día leyó en uno de los textos sagrados de la biblioteca del ashram, el diálogo de Buda con el brahmán *Subha* acerca de la muerte y del dolor, concepto védico de *ahimsá*. Aquello le inspiró la enseñanza de la no violencia sobre todas las cosas: *ahimsa*. Su propio nombre, ¡ella! Y de cómo Buda se opuso al valor del dolor y el sacrificio. Salir del dolor, de los vertederos, y de la casta... Aliarse con la naturaleza y con las estrellas... Esparcir esa luz sobre los sufrimientos y la ceguera de quien los cause y, a veces, también de quien lo acepta...

Con todo ello, Aimsa encontraba paz en el equilibrio de la meditación –*dhyana*– y la ética. No pensaba mucho en la reencarnación de su alma y le costaba creer en como los monjes budistas se afanaban por buscar niños herederos de almas de grandes maestros... Tenía un concepto muy arraigado, en su ética, de que todos somos iguales y le costaba pensar, aceptar que los maestros estaban más iluminados que, incluso, sus compañeros de los tigres blancos en Calcuta...

Sabía bien que a través de la ética y la meditación ella tenía una misión para aliviar el sufrimiento... Sabía que su madre la guiaría.

En los estudios fue avanzando en las ciencias y las humanidades. Le fascinaba la historia, la mitología griega y la literatura de los clásicos ingleses que encontró en la biblioteca del ashram, nutrida de volúmenes que dejaban los viajeros. Se adentró en las matemáticas, en la biología en la química. Pero en especial en la física.

Encontró en la biblioteca un libro de 1.927 en que un tal Bohr demostraba como la materia más íntima es tanto materia que responde a la física newtoniana como energía. Aquel concepto se hacía aún más complejo cuando siguió leyendo a Heisenberg quien en 1929 comprobó que incluso en su existencia relativa, las características de la materia como la posición o la velocidad eran indefinidas y sólo al observarlas se definían. Pensaba Aimsa: ¿creamos nosotros la realidad? ¿Este sueño, a menudo absurdo, en el que vivimos, o creemos vivir? ¿Estamos realmente soñando un mundo material desde nuestro verdadero mundo de energía? Y si así es, ¿las muchas posibilidades de sueños crean infinitos universos paralelos? ¿Y si estamos

atrapados en uno, víctimas de los sueños de miedo, poder, amores ahogados, dolores impuestos? ¿Cómo podemos modificarlo... transformarlo o diluirlo en los universos paralelos de paz y de amor? Y si podemos crear la realidad, ¿podemos, observando actuando, crear la bondad?

Leyó después a Einstein. Quedó también tan fascinada como intrigada. De todo ello hacía esquemas y dibujos que colgaba en su humilde cuarto. Se lo explicó a Sri con tanta claridad que Sri decidió convocar a los gurús de varios ashrams para escuchar a la joven Aimsa explicar las uniones entre el pensamiento budista y el conocimiento y preguntas de la física.

En el patio de Ashram, mirando al Ganges y con los inmensos Himalayas de horizonte, la joven Aimsa se disponía a explicar a unos cuarenta monjes budistas, gurús hindúes y viajeros buscando sabiduría, la evanescencia de la materia en su estado más minúsculo y la relatividad del tiempo y el espacio cuando la energía y la velocidad llegan a unos límites... Y de como esas realidades físicas se conectaban con los conceptos budistas de la energía universal y la realidad ilusoria.

Un extranjero la escuchaba con atención. Era pelirrojo y de barba poblada, alto y fuerte, iba descalzo y vestía una camisa blanca sin cuello y unos pantalones de lino. Se llamaba Rob. Venía de un lugar lejano llamado Berkeley.

-Desde los sabios chinos, pasando por Aristóteles y llegando a Galileo, fue desarrollándose el saber de la física mecánica, la que estudia el movimiento, el peso, la velocidad y las fuerzas. Fueron aunadas en las teorías de Newton.

En ese momento Aimsa dejó caer una manzana:

-Cómo ha caído la manzana se explica por la masa de la tierra, su fuerza de gravedad y el peso de la manzana.

-El otro mundo del saber de la física ha estudiado los efectos magnéticos y eléctricos. Ya fueron pensados desde la Grecia clásica y por otros científicos europeos como Faraday, hasta que otro inglés, Maxwell, lo unificara en la teoría del electromagnetismo.

Saco un imán que había conseguido en una tienda del pueblo y mostró como atraía a unos clavos.

-Aunque las leyes de la física de Newton y la electromagnética se cumplan en cualquier posición, para medir cualquier efecto, el observador es la referencia. Por ejemplo si uno de vosotros se levanta y camina hacia el río, estará alejándose de mí. Pero si él es la referencia, yo me estoy alejando de él. Todos, todas las realidades tienen un sistema de referencia. Si alguien ahora nos estuviese observando desde la luna, nos vería rotar con la Tierra, algo que nosotros no podemos medir pues somos parte de ese sistema de referencia, la Tierra en movimiento. De igual manera en nuestra existencia de esta vida, no podemos entendernos del todo. Por ejemplo, no comprendernos respecto al infinito y la eternidad pues somos parte de una materia limitada por el tiempo y el espacio. Trascendiendo nuestra realidad limitada, podemos, con la meditación, vernos desde fuera. Y así entendernos en una energía inmensa, intemporal, sin límites, que desde nuestros sentidos físicos no podemos ver ni entender.

La mayoría de los monjes escuchaban sin comprender pero atónitos por la

seguridad con la que aquella joven y bella intocable parecía tocar el cielo del saber. Rob no podía ni pestañear.

-Y entre todos los sistemas, el de nosotros ahora aquí rotando con la Tierra, en el que se mueven dentro de los trenes o barcos o el de las aves que se dejan llevar por corrientes de aire o los peces en las de agua, no hay ninguno que esté totalmente en reposo y podamos todos compararnos con él. Siempre comparamos objetos y sistemas en movimientos diferentes. Todo es relativo a los demás. Nuestra verdad es sólo válida para nosotros y en la realidad que vivimos, que además sabemos es efímera.

-Sin embargo parece que hay algo que se mueve a la misma velocidad para todos los observadores: la luz.

En ese momento, el sol detrás de ella, hizo una sombra sobre el suelo con sus manos en una posición de yoga. Cambiándolas se comprobaba como de forma inmediata las sombras cambiaban en el suelo.

-Hace tiempo que científicos de todo el mundo intentan saber cómo se mueve la luz y como se traslada de un lugar a otro. Se intentó medir si había diferencias cuando la luz viajaba en el mismo sentido de la rotación de la Tierra o al contrario. Se hizo de mil maneras y en mil distancias: nunca se pudo ver diferencia alguna: la luz siempre viajaba a la misma velocidad. Daba igual la referencia del que la observaba.

-Y entonces, un joven alemán llamado Albert Einstein, mal estudiante en la escuela, contrario a las políticas fascistas y nazis de entonces, y empleado en una oficina de patentes, pensó durante su tiempo libre en lo siguiente: que la luz se mueve siempre a velocidad constante, que es igual a unas cien veces

la distancia de aquí a Bombay, en un sólo segundo.

Hubo un murmullo entre los monjes. Algunos, en especial los más viejos, empezaron a dudar si aquella joven intocable tenía problemas de locura.

-Si la velocidad de la luz no viajara igual siempre, cuando estuviéramos en un coche o tren, al mirarnos en el espejo, nos veríamos deformados. Y a gran velocidad, no nos veríamos. Pues el haz de luz rebotaría a un espacio más atrás, donde estábamos cuando se reflejó nuestra imagen y de donde la velocidad nos ha desplazado.

En ese momento, varios de los gurús más ancianos se levantaron y con miradas desafiantes al maestro Sri, empezaron a irse. Otros jóvenes les siguieron. Pero Aimsa seguía hablando a los que quedaban.

-Pues lo mismo se ha comprobado estudiando el movimiento de las estrellas a millones de años luz.

En ese momento, el barbudo pelirrojo, hizo una pregunta:

-Y si pasa una nave a nuestro lado a una velocidad enorme con una luz dentro de ella de arriba abajo. ¿No la veríamos inclinada desde nuestra posición?

Esto ya era un dialogo de locos, pensaron otros gurús y monjes. Se fueron yendo poco a poco. Quedaba sólo Sri, tres monjes jóvenes del ashram, y aquel viajero del pelo rojo.

-Einstein afirmó que al ser la velocidad de la luz constante, lo que no es constante es el tiempo. En la nave que se mueve respecto a ti, el tiempo se hace más lento para mantener la velocidad de la luz constante. En movimiento

el tiempo es más lento. Y como todos estamos en movimiento respecto a los demás, pues no existe la inmovilidad absoluta, nuestro tiempo es menor al del que nos observan, y por lo tanto la velocidad y el espacio recorrido es menor para nosotros al observarla.

Los tres monjes que quedaban, se fueron, haciendo gestos de disgusto.

-Einstein propuso que la velocidad transforma el tiempo y la distancia, y que a la velocidad de la luz, estos se anulan y que a esa velocidad la materia se transforma en energía. Si unimos ese concepto a la física cuántica en la que la materia más ínfima es evanescente e impredecible, existiendo en dualidad con la energía: ¿Qué tenemos? : un mundo real que es como burbujas evanescentes, efímeras. En un mar de energía del que somos parte pero no podemos ser conscientes.

-Y precisamente ese es el mensaje de Buda. *Todos somos la misma energía.* Y al diluirnos en ella, escapamos del atrapamiento por la materia, la distancia y el tiempo. Llegamos al nirvana."

Rob estaba entre absorto y emocionado. Era ya profesor de pensamiento filosófico y político en Berkeley, y sabía que la fuerza de aquella bella india de apariencia frágil, era capaz de cambiar el mundo.

Sri se acercó a Aimsa, le hizo un saludo de respeto y dijo:

-Ya entenderán, Aimsa. Tienes la sabiduría en tu alma. El mundo te espera.

Se acercó aquel viajero.

-Enhorabuena por su exposición. Me llamo Rob Leton. Soy profesor de filosofía y política en los Estados Unidos. Pasaré un mes en el ashram buscando la paz y la armonía. Su visión del mundo físico y espiritual, han hecho temblar mi mente y mi espíritu.

-Me llamo Aimsa. Todos temblamos y vibramos, cuando observamos con empatía. Cuando sentimos con el otro.

XV. La furia del mar y la libertad. Atlántico Norte. agosto de 1978

Fernando no pudo dormir. Pasó la noche viendo las estrellas, el brillo del mar y mirando fijamente al este, como si quisiese ver y oír a Kadiatu y Lisy. Las imaginaba escapando de los peligros, enfrentándose a las tradiciones. Pensó en el valor de las personas que arriesgan la vida por lo que verdaderamente creen. Se dijo a si mismo. " cuando uno arriesga la vida por una idea, un valor, algo que siente profundamente, vive en sintonía con la valentía y con la nobleza. Y reverbera la fuerza de la naturaleza que levanta los vientos, mueve las mareas y despierta los volcanes. Es como cuando las cuerdas de la guitarra vibran sin tocarlas al tono de un sonido en la misma vibración". Pensó afinar su vida con la valentía y con su expresión más pura, la ternura.

Mientras pensaba en ello sintió también vértigo. Al fin y al cabo había visto tan sólo unos pocos días a Kadiatu, había conversado un día con ella, viajado otro a Freetown y otros dos breves encuentros antes de partir. Sí, sentía magia en sus ojos y su belleza. Su valentía le inspiraban confianza, ilusión. Pero un pequeño hueco en la imagen de ella, de su futuro, se mostraba sutilmente desafiante, quizás a una vida hasta ahora muy libre. Es cierto que como rebelde ante el régimen en Cuba, como internacionalista en un país tan pobre y peligroso como Sierra Leona, como refugiado en España, ilegal durante un tiempo, no siempre había tenido consigo todas las seguridades. Pero sabía lo que hacía. Aunque fuera intuitivamente, podía valorar los riesgos, sospechar el destino. Ahora sólo sabía que se encontraría, si la aventura no se complicaba, en el medio del océano, con una mujer de cuya mirada estaba embrujado, pero de quien poco más sabía. Y con su hermana.

No le asustaba enfrentarse a las patrullas de la guardia civil del mar, a los papeles para su estatuto de refugiada, a un naufragio incluso o a las iras del hombre de quien ella huía. Todo aquello era concreto y medible. Pero ¿cómo sería su relación con ella día a día? ¿que les esperaba en Arguamul? ¿Cómo se adaptaría a otra cultura, a otro idioma, a otra forma de vivir? ¿no echaría de menos, a pesar de todo, a su familia? ¿A sus costumbres? ¿A sus paisajes?

Dispiaba sus dudas cuando pensaba en lo importante que era, en la vida, seguir al corazón. Aún a riesgo de equivocarse, sí. ¿Que es equivocarse con el corazón? No es perder, es ganar. Porque uno amó, arriesgó por ello, y dio lo mejor : eso es ganar. Ganar en alianza con la energía más bella del universo. En ese momento empezó a ver una pequeña fuente de luz en el horizonte. El sol venia del destino que les esperaba. La luz hizo ver más clara la silueta del Teide. La mar estaba tranquila, el cielo despejado, la mañana fresca, las pardelas -gaviotas canarias- llamando al nuevo día y vio unas sombras ondular en la mar que creyó eran delfines grises. Notó que Tomás comenzaba a ordenar su mochila. En ese momento le invadió un profundo sentimiento de honor y agradecimiento por la amistad de aquellos seres tan especiales que ahora habitaban su casa, aún en ruinas.

Tomás, el bueno de Tomás. Siempre se levantaba con el amanecer. Nunca usaba reloj. De pocas palabras, Fernando pensaba que le resultaba tan difícil no ser sincero y noble, como a aquellos delfines vivir fuera del mar.

-¡Buenos días Don!

Aunque Fernando le había pedido muchas veces que no le llamara Don, Tomás no lo podía reprimir. Para el era el doctor, y el trato de Don correspondía a

alguien con ese status en La Gomera. Nada de envidia, ni de sumisión. Simplemente asumía que cada uno tenía un lugar. Como los pájaros que ahora empezaban a trinar.

Tomás escuchaba cada mañana atento a los pájaros, a las cotorras, tórtolas, pardillos, mirlos, y a los gorriones.

-Tomás, ¿crees que los pájaros hablan entre ellos?

-Más y mejor que los humanos.

-¿Y tu entiendes algo de lo que dicen?

-Mira, Fernando, sabes que aquí en La Gomera silbamos para hablarnos. Podemos expresar casi cualquier pensamiento y sentimiento con silbos. Pues te digo que los pájaros dicen muchísimas cosas con sus silbos. ¿Te cuento un secreto?

-Dime, amigo.

-Cuando estoy muy tranquilo, feliz con la vida, me hablan. Silban expresiones que aquí usamos. Hay una que usamos para decir " estoy bien " y en esos días que siento mucha alegría de estar vivo, se la oigo a los pájaros. No le digas eso a nadie, dirán que estoy loco.

Apareció en ese momento Jonay, y al poco tiempo Umbela con unas bolas de gofio y miel, y un té, quizás lo último caliente que tomarían en una semana. Umbela no dijo nada, simplemente le miró a los ojos a Fernando, y le dio un abrazo.

John salió con su mochila y con una profunda sonrisa. Fernando pensó que John volvía a lo que hace veinte años le hizo naufragar en El Cabrito. John era un hombre fuerte y sano, callado pero sonriente, feliz pero introvertido, soñador pero sereno, idealista pero hogareño. Pero, aunque era un hombre muy feliz al lado de Umbela, aunque se perdía caminando por los barrancos, guiaba a ingleses por los senderos, modelaba con sus manos y cera natural ramas arrugadas de sabinas, tocaba su armónica, cultivaba algunas terrazas de hortalizas y maíz en las terrazas de El Cabrito... muchas veces añoraba la aventura de dar la vuelta al mundo que hubiera querido hacer cuando reconstruyó su velero de madera con tan sólo 20 años. Los primeros años se dedicó a cuidar de Jonay mientras Umbela estudiaba, a cuidar de las cabañas de El Cabrito, a caminar, a leer, a pensar. No necesitaba navegar. Su viejo velero estaba varado. Además, murió su inseparable compañera de viaje, su perrita Satia. Sabía que era absurdo, pero zarpar sin ella hubiera sido como traicionarla. Ahora tenía 52 años y aún estaba fuerte y sano. Su melena y barba pelirroja le rodeaban como de un fuego primitivo. Vestía muy sencillo y a menudo iba descalzo por las calles de San Sebastián. Le habían apodado " el náufrago ". No le importaba. El pensaba que quien ya ha naufragado de verdad es el que nunca zarpó, el que nunca arriesgó. Una vez que Jonay fuera a la universidad pensaba proponerle a Umbela el zarpar para dar la vuelta al mundo.

Antes de saber de los planes de Fernando, había estado preparando el barco. Quería llevarle a Jonay a Tenerife navegando juntos. Nada de ferris de millonarios noruegos. Sus manos, su sudor, y su valor.

Trabajó durante dos meses en volver a ponerlo en forma para navegar. Le

cambió el nombre. Ahora se llamaría Satia, en honor a su compañera de naufragio. Satia significaba la búsqueda de la verdad. Y era a lo que se enfrentaba esta misión. La verdad del amor valiente, sea cual sea su riesgo.

Había conseguido tablas de roble para reparar algunas partes podridas por el salitre y el sol. De la ferretería de San Sebastián había conseguido buenos clavos de acero y algunos de madera, un serrucho, lija y cepillos para la madera. Preparó la quilla para la que buscó una madera dura y sólida, pero más flexible que el roble. Encontró una pieza de pino canario de La Palma, sin ningún nudo. La llevaron en la barca de pescador de Tomás desde un carguero que fondeó frente a la isla, hasta el barranco de El Cabrito donde John preparaba con esmero, se diría que devoción, su barco. Eran casi ocho metros de quilla de medio metro de ancho. Sabía lo importante que era la estabilidad. Era como las alas de las parduas al planear. Tenía que aguantar los violentos golpes de las olas, corrientes, bruscas maniobras. Cuando ya había trabajado en su forma y la había tratado contra la humedad, supo que su barco volvería a navegar.

Corrigió los ángulos de lanzada de proa y popa. Comprobó después la estabilidad de las costillas del barco, y tuvo que cambiar dos, una a babor y otra a estribor. Le llevó un día de trabajo en cada una, dando forma a la madera húmeda, secándola al sol y acoplándola con fuerza pero suavidad. El mástil, un tronco firme de roble de también ocho metros y la botavara-(a la que llamo Cupido y así esculpí unas letras a su largo- que le dislocó el hombro y le llevó a Umbela, estaban fuertes. Compró cable de acero para el estay, contra estay y los obenques. Compró grilletes, nuevos cabos, drizas y aparejo. Todo ello con lo que le pagaban los turistas a los que guiaba por los valles de La Gomera. Pero ya no tenía dinero para nuevas velas así que utilizó las viejas

que llevaban tiempo guardadas, haciendo varios remiendos. Comprobó que la radio de onda corta funcionaba y Tomás reparó el motor que utilizaba para zarpar y arribar a puerto. Prefirió tratar toda la madera con grasa animal. No quería productos químicos. Sentía que ensuciaban la pureza del mar. Y lo hizo como acariciando cada centímetro.

Satia estaba preciosa. Casi diez metros de eslora y un mástil firme esperando a ser vestida por sus velas y a volar con el viento. Era como una princesa que había estado dormida veinte años esperando a una hazaña digna de su fuerza y belleza.

-Vamos, compañeros, este será un viaje difícil. Tengo que daros instrucciones a cada uno.

-Josu me ha dado las coordenadas exactas de donde estará dentro de tres días, al amanecer, frente a Tarfaya, al sur de Marruecos.

-Tomás, tú te encargas de las velas, arriar, izar, cuidar, ver los sables, morder los cabos, controla la pata de ganso de la botavara, esta algo rígida, y me sustituyes en turnos de noche con el timón. Jonay te ayudará y cada media hora sube hasta las crucetas del mástil por si ves ballenas. Debemos evitarlas pues nos pueden partir la quilla en dos. Umbela se encarga de la logística de comida y agua. El camarote de proa está preparado para Kadiatu y para Lisy, incluso con un falso fondo por si necesitan esconderse si nos registra la guardia civil del mar. Fernando, tu estarás conmigo en el timón, ayudándome con las cartas marítimas y la radio.

Un sentimiento de serena gravedad, como sabedores de adentrarse en una

aventura épica que la vida les había estado reservando, flotaba en el aire. Hablaron poco. Fueron bajando el barranco. John había dejado las velas y aparejo bien guardados en la cabina. El embarcadero de Fernando aguantaba bien. Su proyecto de construir su barco apenas había comenzado, y apenas sin saber nada. Fernando lo miró de forma inquisidoramente tierna y le prometió ayudarle cuando volvieran. Lo dijo con tanta naturalidad que le inspiró a Fernando mucha seguridad de un retorno seguro.

En menos de media hora estaban preparados. Tomás se santiguó, Umbela cerró los ojos en señal de una fugaz meditación, Fernando miraba fijo al este y Jonay miraba atento a las ordenes de su padre. Según soltaron cabos y fueron izando la mayor y el foque. John grito:

-¡Satiaaaaaa!"

Soplaba un suave viento alisio hacia el suroeste. Lo que suponía que podían llevar el viento de popa o de aleta. Pero los alisios podían soplar bruscamente en el canal entre Gomera y Tenerife. A pesar de mezclarse un viento del norte, de las azores, prefirió ir ciñendo contra el viento, más despacio y más trabajo, escorados, pero más seguros. Así se dirigieron hacia el norte de Tenerife y luego hacia el este.

Amenazaba siroco por la tarde, lo que les frenaría y daría calor y arena fina en el viento que necesitarían quitar de las velas con cubos de agua. La fuerza de la marea era intensa también hacia el este, y les añadía dos nudos a sus ya 12 nudos de velocidad.

Navegaron seis horas, hasta el mediodía. Entonces empezó a apagarse el

viento y aprovecharon para descansar, tomar unas bolas de gofio y miel, y beber agua. La tenían racionada, dos litros por persona y día, unos cien litros en total en garrafas. El viento roló más tarde hacia el sudeste en algún momento muy fuerte, por lo que John le dijo a Tomás que pusiera rizos en la mayor disminuyendo el velamen. Jonay avistó una ballena azul y John cambió el rumbo para no arriesgar una colisión. Por la noche, Satia navegó a ocho nudos. La noche era estrellada y clara.

Nadie dijo palabra alguna. Todos disfrutaban de la serenidad de la noche. John tocó una melodía suave con su armónica. "*¿Lord is it mine.?*" Fueron haciendo turnos de sueño entre Tomás y John, y entre Fernando y Jonay , a quien le enseñó a estar atento y manejar la radio.

Al día siguiente, a unos dos cientos kilómetros al norte de Gran Canaria, entró una mar de leva que provoco olas de hasta tres metros. El viento despeinaba las crestas en nubes de espuma. John decidió ir a favor de olas y viento, en una peligrosa empopada, pero menos que cortarlas en ceñida o de largo, con peligro de volcar o de romper el palo. Durante tres horas la navegación fue dura, con contínuos vaivenes y ajustando el fóker con el tangón y la mayor abierta a pleno velamen. Aunque fuera duro, así avanzaron rápido hacia el sur y John decidió que entrarían por el canal entre Gran Canaria y Fuerteventura. Ese día acabaron la singladura al sur de Fuerteventura y vieron por popa el atardecer tras el Teide. Desde la Gomera eran los amaneceres los que lo alumbraban y daba su relieve mágico.

En la segunda mañana ya estaban en la longitud de Lanzarote, a unas cien millas al sureste del punto acordado con Josu, entre Tafaya y Lanzarote. A media mañana del tercer día John observó por el Norte lo que parecía una

línea de chubascos, y les alerto a todos que se prepararan para un vendaval. Arriaron todas las velas y se cerraron portillos y escotillas. Una hora después el viento roló hacia el Norte y Satia avanzo a palo seco. El Nordeste comenzó a soplar muy fuerte, llegando hasta setenta nudos, fuerza diez, con rachas por encima de fuerza doce. Aguantaron, dentro de la cabina salvo John firmemente aferrado al timón en la bañera medio zarandeada por olas de tres y cuatro metros.

Cuando se puso el sol, ya había calmado la tempestad y el viento les había desviado setenta millas al sur. Tenían doce horas para hacer ciento cincuenta y nueve millas. Fueron ciñendo hacia el norte contra alisios ahora más suaves. Así aguantaron la tercera noche, con la emoción de llegar a ver el carguero de Josu al amanecer.

Y así fue. Cuando el amanecer del tercer día de navegación empezó a dibujar a lo lejos la costa africana, vieron como venía desde el sudeste el carguero de Josu. Fernando lo reconoció de lejos y se comunicó por radio. Josu le dijo, en clave, pues seguramente les escuchaban patrullas marinas, que si todo estaba bien. Fernando contestó que necesitaban agua.

Según se acercaban, vieron sobre la cubierta a varias personas, y Fernando reconoció a Kadiatu y a Lisy saludándole desde el carguero de nombre "Sozinho"(solitario). Empezaba para ellas, y también para él una nueva vida.

Aproximaron el velero arriando las velas y maniobrando con cuidado con el motor. Las olas eran de dos metros. A pesar del esmero de John y de Josu, era muy difícil amarrar las dos embarcaciones. El carguero que capitaneaba

Josu era casi diez veces mayor en todas sus dimensiones. A pesar de aproximarse cuidadosamente por sotavento, una ola arrojó a Satia contra el casco de acero del carguero y quebró algunas maderas del trancañil y la barandilla sobre la cubierta. Jonay, que sujetaba las amarras contra la cubierta de Sozinho, cayó despedido al mar entre los dos buques. En una fracción de segundo se dio cuenta que podía ser aprisionado y aplastado entre los dos, o succionado por las potentes hélices del carguero. Acostumbrado desde niño a nadar en el bravo océano Atlántico, y a sus celebraciones de año nuevo nadando con su padre desde El Cabrito hasta San Sebastián, se sumergió rápidamente unos cinco metros por debajo de Satia y fue buceando a esa profundidad lejos de ambas quillas. En cubierta todos temían lo peor, al ver que no salía a la superficie. Fueron unos 30 segundos de angustia, hasta que salió a estribor de Satia. Umbela, con la mirada húmeda cerró los ojos dando en silencio gracias a Dios, fuese quien fuese. John se alejó y fueron hacia Jonay, que subió a cubierta pálido del susto y el frío.

John y Josu decidieron cambiar de maniobra de acercamiento. Josu bajaría en un bote salvavidas con Kadiatu y Lisy. y remarían unos cien metros a sotavento hasta llegar a Satia. Bajaron la balsa con cuidado. Iban Josu, un marinero, Kadiatu y Lisy. Cuando se fueron aproximando, Fernando, emocionado hasta sus entrañas, se tiró al mar y nadó hasta ellas. Subió a la balsa con la ayuda de Josu. Le dio un abrazo sin palabras por la emoción. Miró a Kadiatu, que también lloraba de emoción, y se fundieron en un abrazo. Era la primera vez que Kadiatu abrazaba a alguien, un gesto no conocido en su cultura. Pero le rodeó a Josu en sus brazos. Abrazaba así de una sola vez la libertad, el amor y la dignidad. Aunque dejara atrás sus orígenes. Lisy les miraba con miedo. Ninguna sabía nadar ni habían estado nunca en un barco. Las olas crecían en altura y la balsa bailaba bajo ellas. Fernando cogió a Lisy

en sus brazos y le dijo en criollo que todo iba a estar bien.

-Elije, Lisy : ¿quieres ser mi hija mayor o mi hermana menor?

Llegaron a Satia, subieron a bordo. Se abrazaron a Umbela, a Jonay, a Tomás... Fernando se despidió de Josu, que ya se alejaba hacia su barco "Sozinho"

Fernando gritó:

-Amigo mío, nunca olvidare tu valentía.

Josu respondió:

-John, ¿Satia puede llegar a Madeira?

John dijo con fuerza:

-Si es por una buena causa, inavega sin miedo a cualquier lugari

Josu le respondió:

-Cuando Kadiatu y Lisy tengan sus papeles, estáis invitados a casa. ¡Tenemos una libertad que celebrar!

-*Agur, Laster arte. ¡Jangoiko naivadu!*¹⁶

¹⁶ En Euskera : Hasta pronto, si Dios lo quiere!

XVI. Aimsa abre sus alas. Berkeley 1981

Después de su incomprendida exposición en el Ashram sobre los vínculos de la relatividad, la física cuántica y el budismo, Aimsa fue compartiendo en el siguiente mes muchas conversaciones con aquel pelirrojo americano de nombre Rob.

Rob le contó sus orígenes, de un pueblo rural del estado de Idaho, y de cómo termino en una universidad del oeste de Estados Unidos llamada Berkeley. Tenía 42 años y era profesor de pensamiento filosófico y político. Había participado en los movimientos de rebelión de los años 60 del "*free speech*" (expresión libre), había marchado junto a Martín Luther King en Washington y se había manifestado y movilizado en contra de la guerra en Vietnam. Estaba casado, tenía dos hijos y vivía en una casa de madera en las montañas de Berkeley. Había ido encontrando paz y sentido en el pensamiento de la armonía budista, y buscaba la paz en el ashram, incluida la de ciertas frustraciones en sus relaciones personales y familiares. Era un buen cantante de música country, tocaba el banjo y era también un gran escalador. Amaba la naturaleza y detestaba el consumo enajenado que nublaba las mentes en su país.

Rob quedó fascinado por la historia de supervivencia de Aimsa, por su excepcional inteligencia, por su belleza y su serenidad.

Aimsa fue descubriendo en los relatos de Rob otro mundo tan libre como egoísta en su individualismo, tan creativo en la ciencia como destructivo de la naturaleza, tan intrigado por descubrir el mundo como arrogante en su colonización. Pensaba en la lucha de Gandhi y lo que su madre Kalindi y su

maestro Sri le habían contado de su lucha contra las castas y su lucha por la independencia india del poder colonial inglés. Estados Unidos era el nuevo imperio colonialista en el mundo, aunque en la India no se había dejado sentir tanto. A pesar de las tremendas contradicciones del mundo occidental, le atraía con fuerza, pues su necesidad mayor era la de desembarazarse de los prejuicios que en la India. A pesar del espíritu de igualdad y de libertad en el ashram, sentía sus alas atadas para volar en su pensamiento y su lucha por un mundo más justo. Temía que se acabasen entumeciendo y paralizando.

Rob había ido encontrando paz en la meditación budista, en los cantos de mantras y en las largas marchas que hizo en las estribaciones de los Himalayas. En algún momento, a pesar de una diferencia de edad de veinte años, sintió una atracción casi irrefrenable por la belleza y pureza de Aimsa. Pero esa misma sensación le hizo recordar con profunda nostalgia y ternura a su mujer, Kathy y fue llegando su anhelo por volver a su familia, según se acercaba su fecha de partida. Sin embargo, Rob sentía que la fuerza de Aimsa debía ser patrimonio del mundo. Su voz debía oírse en muchos lugares. Pensaba que estaba destinada a influir en los pasos de la Humanidad, como pocas personas que él había escuchado en su vida.

La última noche, con su mochila lista para partir al día siguiente, fue a llamar a la puerta de Aimsa para despedirse:

-Buenas noches, Aimsa.

-Buenas noches, Rob.

A Rob le sorprendió el buen inglés que Aimsa hablaba a pesar de sus duros

orígenes.

-Te traía un regalo de despedida.

Rob alargó su mano y le entrego una flor de loto.

-Gracias, amigo. Te echaré de menos.

-Y yo a ti, Aimsa. Mucho.

-Ve a tu mundo y con paz y valentía, lucha por la libertad y la justicia.

-Aimsa, quería decirte algo.

-Dime, amigo.

-Te confieso que a pesar de nuestra diferencia de edad y de culturas, he sentido algún día una fuerte atracción por ti. Como persona, y también como mujer.

Aimsa se sonrojó. No estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios. En su vida en los vertederos y las calles, el sexo era boda impuesta, comercio o violencia. Lo había rehuido siempre. Y en el ashram, la mayoría eran monjes con voto de castidad.

-Te lo digo con la confianza de nuestra amistad. Pero no debes sentir ninguna presión. Han sido momentos de atracción que me han hecho pensar en mi vínculo profundo con mi esposa Kathy, y vuelvo a ella con mucha ilusión de continuar nuestra unión y nuestra familia.

-Me alegro, Rob. Es lo mejor para todos.

-Pero también te quiero decir algo más.

-Dime.

-Aimsa, creo que debes salir del Ashram, ya tienes una profunda conexión con la paz y el camino noble hacia el nirvana. Tu fuerza de conocimiento y tu sensibilidad al sufrimiento claman para que te mezcles con el mundo, con el conocimiento, con la política, con el pensamiento hacia un mundo mejor.

Aimsa también lo pensaba, aunque no lo decía por temer parecer arrogante.

-Pero mi mundo está aquí, Rob. Acabaré mis estudios y quizás pueda ir de maestra a algún pueblo.

-Eso sería maravilloso, y abrirías los ojos y el corazón a los niños que enseñes. Pero tu voz debe ser oída por muchos más. Te quería proponer algo.

-Hay unas becas para estudiar en mi país. Se dan a estudiantes destacados de otros países. Te aseguro que en donde yo trabajo, encontrarías muchas discusiones apasionantes y establecerías contactos con personas de todo el mundo que buscan un mundo mejor. Ideas para aliviar el inmenso sufrimiento en India pero también en todo el mundo. ¿Qué te parece?

-Pero no tengo dinero, Rob.

-Eso no importa. La beca te ayuda, y mi familia y yo, te acogeríamos en casa.

Piénsalo.

-Gracias, Rob. Ya lo he pensado. Sí que quiero descubrir el mundo.

Dos semanas más tarde, Aimsa recibió una carta de Rob. Le explicaba muchos más detalles del sistema de educación en Estados Unidos y del lugar donde él trabajaba. Adjuntaban los documentos para rellenar y así solicitar una beca de estudios. Sri le ayudó a rellenar los datos. Había escrito pruebas en el sistema indio y sus notas eran magníficas. Le pidieron que enviara un ensayo sobre el fin de la Guerra Fría. Se informó todo cuanto pudo y mandó sus ideas escritas en una perfecta redacción con la fuerza y la pasión con la que solía pensar, hablar y actuar. A los dos meses, le habían concedido la beca. Era mayo de 1980 y el curso empezaba en agosto. Había elegido estudios de grado en ciencias pero también incluía filosofía, política y derecho internacional. Su sed de saber y de luchar por su sueño eran inasequibles al desaliento. Sentía que su madre, Kalindi, le seguía alumbrando desde una estrella. Escribió a Rob con las buenas noticias y recibió respuesta invitándola a ir antes, acogida en la casa de Rob y de Kathy, para ir conociendo la cultura, la ciudad, la universidad y el nuevo mundo que la aguardaba.

Llegó a mediados de julio de 1981. Tenía una humilde bolsa de tela con varios libros -entre ellos el diario de Gandhi desde su prisión-, varios saris, el libro de los dibujos de los dioses que tanto veían ella y su madre, una caja con piedras y flores mágicas recogidas por Sri para darle suerte, y crema de sándalo para su *bindi* y *khenā* para sus ojos. En total apenas tres kilos de peso con los que se enfrentaba a un nuevo mundo de lugares y tiempos desconocidos. Pero llevaba exceso de equipaje en ilusión y fuerza. Tomó un avión de *Indian Airlines* en el aeropuerto de Calcuta, cuando aún nunca en su vida se había montado en un coche. Ávida de entender todo, había leído lo

que pudo encontrar en otros ashrams sobre el vuelo de las aves y de los aviones. Pero tenía dudas de cómo se alzaría tanto peso, de cómo encontrarían la dirección, de qué pasaría si había tormentas. Pero no sentía ningún miedo. Arriba, con las nubes, estaría más cerca que lo que nunca había estado físicamente de su madre.

Rob la recogió en el aeropuerto. En la radio sonaba "Imagine" y Aimsa pensó que así debía ser, sin religiones, sin países, sin propiedades: ¿cuántos estarían dispuestos a quemar su pasaporte, dar sus propiedades, enfrentarse a la vida sin la "garantía" de una religión? Al comentárselo a Rob, él le dijo que hacía unos meses habían asesinado al autor de esa canción. Le dijo que estaban en la era de Reagan y Thatcher, del consenso de Washington, la más alejada a la solidaridad colectiva. La reafirmación más radical del capitalismo y la existencia del Estado para proteger la propiedad privada y las diferencias entre las personas, consideradas buenas y relacionadas con el esfuerzo y la valía de las personas, y necesarias para el "progreso" y el "desarrollo" de las sociedades.

Pasaron bordeando San Francisco. Quedó maravillada al ver los rascacielos de aquella ciudad, el inmenso puente de Oakland, las vistas hacia el *Golden Gate*, las calles tranquilas, los jardines cuidados, las casas pintadas y hasta los árboles en orden. Pasaron frente a la universidad de Berkeley y Aimsa quedó impresionada por la esbelta figura del *Campanile* y por los ríos de estudiantes entrando y saliendo del campus, sentados en las praderas alrededor y caminando por sus calles. Pudo imaginar miles de conversaciones agudizando el conocimiento o las ideas. En aquel preciso momento eran las 12 y 10 y el reloj del Campanile tocaba su diario concierto de bronce. Quedó hipnotizada por un ambiente de saber que ya intuía casi mágico. Pensó en su madre y

estaba segura que la estaría sonriendo desde su reencarnación.

Al llegar a la casa de Rob, en una empinada calle de las montañas de Berkeley, saludó a su esposa. Kathy era una mujer algo obesa, con una sonrisa muy tierna, pero en cuya mirada Aimsa notó un cansancio vital. Saludó a sus hijos, Rob y James, de doce y catorce años, algo distantes pero correctos. Kathy le enseñó su cuarto en la planta que daba a un jardín con un manzano y varios arces. Era precioso. Tendría incluso su propio baño. Su vida había sido sencilla siempre. Nunca había dormido en una cama, sino en esteras en el suelo. Nunca había sabido lo que era una ducha o un grifo pues siempre se había lavado con barreños de agua que ella recogía. Y nunca había utilizado una taza como la de aquel baño pues siempre había usado, y a menudo limpiado, letrinas fuera de las casas. Se quedó perpleja y con cierto sentimiento de tristeza al saber que para arrastrar las aguas sucias, tiraba de una cuerda que desperdiciaba agua potable, limpia y cristalina. Como la que nunca verían para beber sus amigos los tigres blancos. Preguntó si podría dormir en una estera en el suelo y si tenían una palangana para asearse. Kathy la miró extrañada y algo risueña, avergonzando a Rob.

En los días siguientes, Rob le mostró como andar en bicicleta. Le decía que era importante para poder moverse libremente por la universidad y la ciudad. Aunque debía esforzarse a la vuelta de la jornada en subir aquellas empinadas cuestas. Tras caerse unas cuantas veces y cambiar su sari por unos pantalones (la primera vez que los probaba en su vida), fue aprendiendo y poco a poco atreviéndose a bajar las empinadas cuestas y a esforzarse en las subidas.

En sus primeros días observó cada rincón con asombro, en silencio, integrando sensaciones, y meditando al amanecer y atardecer desde su cuarto para

encajar el inmenso contraste entre mundos. Todo era diferente, los sonidos, el olor, la gente, la ropa, las casas, los árboles, la forma de saludar, de mirar y la hablar.

Sentía fascinación por descubrir un nuevo mundo y se preguntaba cuántos mundos diferentes existirían en la Tierra. Paseó por las calles y paseos del campus de la universidad, se sentó en las praderas, aprendió a circular con cuidado por las avenidas de *Shattuck* y sus tiendas, la biblioteca pública, el tren que atravesaba la bahía debajo del mar, los paseos con árboles y la gente andando con tanto espacio. ¡Lo que habrían dado muchas familias en India por un pedacito de aquellas limpias aceras para dormir!

Subía y bajaba la avenida de *Bancroft* descubriendo rincones de la universidad a cada paso. Paseaba la famosa calle de *Telegraph* y el parque público donde empezó a sentir una leve similitud con Calcuta al ver a aquellos vagabundos dormir en el parque o acarrear sus pertenencias durante el día y pidiendo en las calles. Le sorprendía verles tan sanos y tan fuertes, y no entendía cómo podían estar marginados por aquel mundo de abundancia. Se maravilló al entrar en las tiendas y ver cientos de tipos de comidas, latas, botellas y bolsas de diferentes lugares del mundo. Entró en los grandes almacenes del *Berkeley Bowl* donde vio miles y miles de diferentes productos para comer. Se preguntaba lo difícil y angustioso que debería ser elegir cada día entre tantas cosas diferentes.

Rob le adelantaba cien dólares al mes, hasta que recibiera su beca, y se compró ropa más adaptada a la bici, el frío y la cultura, en tiendas de *Goodwill*, donde la gente llevaba ropa que le sobraba. No podía entender como aquella tan nueva era desechada por otras gentes. Al saber que los beneficios se

daban a gente que lo necesitaba, preguntó si podría ayudar en esa actividad y empezó a trabajar como voluntaria.

Recogía aquella ropa y la preparaba lavándola, planchándola, colocándola y a veces, cobrando por ella en la caja registradora. Iba después con los beneficios a lugares donde daban comidas a personas necesitadas o alojaban a gente sin hogar. Vio que también entre la abundancia había pobreza. Quizás más triste aún que la que a menudo en la India sólo ve la opulencia de lejos. O apenas alcanzaba a imaginarla, como sus tigres blancos a través de ver furtivamente las películas de *Bollywood*.

Rob le dio un cuaderno que explicaba muchas oportunidades en la universidad de estudio, música, deporte y otras actividades. Se apuntó a unas clases de flauta travesera y empezó a acudir a conferencias y debates de diversos temas. Cada día había tantos que sentía angustia por no poder aprovecharlos todos. Todos le apasionaban. Empezó a devorar libros en la biblioteca pública y luego en las bibliotecas de la universidad.

Quedó maravillada al ver los cientos y cientos de metros de estanterías en aquellos gigantes templos del saber. Claro, era un saber teórico e intelectual. No conseguía ver miradas de profunda serenidad. Rob le dirigió a varios centros budistas donde meditar, y empezó a frecuentarlos. Aunque prefería la quietud de su cuarto y el atardecer sobre el Golden Gate para conectarse con la belleza e inmensidad del mundo. Miraba hacia el rojo atardecer en el horizonte de dónde provenía. Pero sobre todo era al anochecer y con las estrellas, desde donde la seguía iluminando su madre.

Un amigo de Rob llamado Steve, vino a cenar un día. Aimsa quedó fascinada

con la asertividad de aquel joven de San Francisco lleno de ideas nuevas sobre la comunicación entre la Humanidad. Había nacido en San Francisco, hijo de una relación entre un estudiante de Siria y una estudiante americana de ascendencia alemana. Lo entregaron en adopción a una familia de clase media de origen armenio. Durante la tertulia, Steve contó que desde que vio la primera computadora Hewlett a los doce años quedó fascinado y obsesionado con que cada persona debería tener acceso a esa ventana de la información. Dijo que nunca sintió vergüenza o reparo en hablar con quien fuera y en cualquier situación sobre sus ideas e ilusiones.

Fue a un curso de verano donde ya de adolescente empezó a diseñar ideas de computadoras personales. Fue a la universidad pero la abandono formalmente por no poder pagarse los estudios y no disponer de una beca, como Aimsa. Siguió asistiendo de oyente, sin que nadie reconociese su esfuerzo, pero convencido de que era el conocimiento, y no los títulos, los que le abrirían puertas en el mundo. Con diecinueve años, conoció a Rob, durante un retiro espiritual en un ashram en la India. A la vuelta, empezó a diseñar juegos de ordenador y poco después se juntó con un amigo, también llamado Steve, para construir, en el garaje de su casa en Palo Alto, un ordenador casero. Acababa de fundar una compañía llamada "Apple" y compartió con Rob y Aimsa ideas sobre ordenadores personales, inmensa información en cada hogar, y formas de comunicarse. Según estaba cenando dio la vuelta a la cuchara y rodeándola con su mano derecha, dijo:

-Imaginaros el control de un sólo dedo sobre algo que llene la palma de la mano, y dirija todo un mundo de información y comunicaciones en cada ordenador personal.

Fue a varias actividades relacionadas con lo que llamaban “el año internacional del niño”, y leyó con detenimiento la recientemente aprobada por las Naciones Unidas, “Convención sobre los derechos del niño”: pensó que ninguno de aquellos derechos llegaban a sus “tigres blancos”, y se sintió injustamente privilegiada en aquel lugar de tanta ciencia, tanta libertad, tanta abundancia, tanta belleza. Pensó que viviría su privilegio compartiendo y luchando por los derechos de los menos privilegiados.

Un día, Rob le animó a ir a escuchar a un médico que venía a explicar un nuevo tipo de enfermedad que estaba observando en San Francisco. Se llamaba Dr. Gottlieb. Ante unas cien personas en la sala de conferencias de la Escuela de Salud Pública, aquel joven médico, explicó sus hallazgos. Se trataba de una docena de pacientes en los que había visto que su sistema de defensas, el sistema inmune, se había colapsado y permitía que las bacterias y parásitos que habitualmente convivían sin daño alguno, estuvieran invadiendo los cuerpos de sus pacientes y causando daños gravísimos. Explicó en concreto una infección por un tipo de mezcla de parásito y hongo, llamado “*pneunocystis carinii*” en los pulmones. Uno de sus pacientes había muerto, y el resto estaba muy grave. Había algo en común en todos aquellos pacientes: todos era homosexuales, y la mayoría había usado drogas. Aunque inicialmente algunos médicos habían propuesto el nombre de GRID (*gay-related immunodeficiency*), el Dr. Gottlieb proponía el nombre de síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) para evitar el estigma y esperar a conocer la verdadera epidemiología de la enfermedad. El debate llevó a preguntas clínicas sobre el tipo de pérdida de las defensas, la forma de las infecciones o el tipo de tratamientos que había intentado. Aimsa levantó la mano e hizo una pregunta:

-Dr. Gottlieb: ¿han avisado ya a la comunidad de homosexuales en San Francisco para que cesen en sus relaciones sexuales hasta que se pueda averiguar la forma de transmisión y de prevención de esta enfermedad?

El Dr.Gottlieb se quedó asombrado ante aquella pregunta de aquella joven y exótica mujer.

-No, no queremos que cunda el pánico.

Aimsa, pensó que era una respuesta de miedo. Estaba segura de que algo se transmitía en esa forma de relación y que el miedo acabaría por expandir esa plaga.

XVII. Una extraña enfermedad en Matabeleland, Rhodesia del Sur 1981.

Joshua, el hermano mayor de Dingolwasi, tío-abuelo de Sipho, ahora NoLwasi para todos, estaba visitando a la familia. Venía cuando podía para conmemorar la vida de su padre, Thomas, ganadero de Matabeleland y predicador para la London Missionary Society. Joshua, como sus hermanos, no así las hermanas, pudo ir a estudiar a la misión de Empandeni, fundada por los Jesuitas que habían acompañado a Lobengula en Bulawayo. Joshua estudió carpintería. Había sido uno de los primeros *kalangas* en ir a Egoli, Sudáfrica. Por los contactos de su padre, pudo continuar sus estudios en el colegio Jan Hofmeyer de Johannesburgo para trabajadores sociales, el primero que en la Sudáfrica del apartheid aceptó a negros.

Allí conoció a líderes de la lucha contra el apartheid, entre los cuales le impresionó un joven llamado Nelson. Desde su vuelta en 1949, Joshua había sido un sindicalista muy activo y finalmente elegido líder del Congreso Nacional Africano en la entonces Rhodesia del Sur. Poco después, Joshua fue detenido por el gobierno de Ian Smith, junto a otros revolucionarios. Al ser liberado, huyó a Zambia, desde donde dirigió el movimiento del ZAPU (Zimbabwe People's Revolutionary Army) y se le fue conociendo como "Padre Zimbabwe", un mito para muchos jóvenes *ndebeles*. Mientras tanto, uno de sus compañeros de lucha, Robert, dirija el ZANU (Zimbabwe National Liberation Army) desde el exilio en Mozambique.

La familia de NoLwasi, veía la lucha de Joshua como noble. Se enfrentaba a la opresión del régimen racista de Rhodesia. Pero no podía aceptar la violencia que usaban. Unos pocos años antes Joshua había organizado el derribo de dos

aviones de Rhodesia con civiles que viajaban a Zambia. Su hermana, Dingolwasi, abuela de No-Lwasi, había oído en la única radio que tenían en el pueblo que los pasajeros que sobrevivieron, incluidos mujeres y niños, fueron masacrados por el ZAPU. Desde entonces no se hablaba con su hermano Joshua ni con uno de sus hijos, James, tío de NoLwasi, también guerrillero del ZAPU. En su último viaje, hacia tres años, les había contado como desde Zambia pudo aliarse con los ingleses para la firma de independencia de Zimbabue, y de su viaje a Inglaterra para la firma de los acuerdos. Después de las primeras elecciones libres del nuevo país, Zimbabue, le habían dado cierto poder al ZAPU en Matabeleland. Sin embargo, el poder lo controlaba la mayoría Shona liderada Robert, ahora primer ministro. Joshua y Robert eran enemigos acérrimos, ambos sedientos de poder. Las luchas entre ellos afectaban a los pueblos de Matabeleland, arrasados por ambos grupos armados. Joshua vino al pueblo porque en realidad estaba huyendo, amenazado y perseguido por Robert Mugabe, hacia Botswana para exiliarse en Inglaterra,.

El resultado de esa ambición de poder de los líderes que decían liberarían a sus gentes del yugo del racismo, fueron trágicas masacres en Matabeleland. Los Shona del norte las llamaron *Gukurahundi* : lluvia que limpia los campos. Perseguían a los grupos animados a la subversión por Joshua. La llamada quinta brigada, formada por norcoreanos, patrullaba por los pueblos de Matabeleland sembrando el terror. Se había ensañado en especial con la zona de Sanzukwi de donde procedía el líder enemigo, Joshua. En los últimos tres años, habían venido cinco veces al pueblo de Siphon. Llegaban en dos camiones militares unos cuarenta soldados. Salían de los camiones y rodeaban el pueblo. Empezaban a gritar en Shona :

- Perros "kalangas", *ndebeles*. ¡Vais a morir! Decidnos, ¿dónde está el traidor Joshua?

Casi nadie sabía nada de él. Y los que lo sabían no hablaban. Las primeras dos veces se llevaron prisioneros a jóvenes del pueblo que no se habían enrolado en el ZAPU ni se habían ido a trabajar a Soweto, "Egoli". Nunca más supieron de ellos. En el último año, los pocos hombres que quedaban en edad de luchar o trabajar se habían ido. Algunos se iban por miedo de ser secuestrados o asesinados por la quinta brigada. Los demás se iban por buscar otras formas de vida que no fuera pastorear cabras, o famélicas vacas, o arrancarle a las arenosas tierras del Kalahari unas pocas y tristes cosechas de mijo.

Antes de irse, se casaban apresuradamente e intentaban dejar a sus mujeres preñadas. Caminaban al menos una semana hacia el sur por las secas sabanas de esa orilla oriental del Kalahari. Llegaban al río Limpopo y evadían los controles aduaneros de la policía racista de Sudáfrica. Atravesaban el Limpopo en su torpe nadar o agarrados a tablas. Muchos habían muerto atacados por hipopótamos o cocodrilos. En la otra orilla debían atravesar de forma furtiva el parque nacional Kruguer, donde muchos otros habían sido atacados por leones o grupos de hienas. Nadie de los que quedaba en el pueblo sabía muy bien cómo eran sus vidas en Soweto. Los que fracasaban hablaban poco, y los que progresaban en el trabajo y en ganar dinero, tenían historias que esconder. Volvían, normalmente por Navidad, con dinero para comprar cemento y bloques de hormigón, y traían consigo radios a pilas, gafas de sol y extrañas ropas. Esperaban ser recibidos como héroes y poder comprobar que sus mujeres habían dado a luz la descendencia que mantuviese los *kraal*, las tierras y el vínculo, cada vez más débil con los antepasados.

El año anterior, dos de aquellos chicos no volvieron de Egoli por Navidad. Volvieron antes, dentro de cajas de madera en destartados "pick-ups". Habían muerto de una enfermedad que nadie sabía explicar. Se habían gastado todo lo ahorrado en volver a ser enterrados en el *kraal* y así entrar en el mundo de sus antepasados, de los espíritus "*kalangas*". Aún así, los conductores sudafricanos de aquellos coches pedían más dinero a la familia del difunto, incluidos los sobornos que debían pagar a los policías del gobierno en la frontera de Beitbridge, atravesando de vuelta, esta vez dentro de una caja de madera, el río Limpopo.

El pueblo fue sumiéndose en una profunda tristeza.

Sipho, ahora NoLwasi para todos, tenía 28 años. Sentía mucha pena de ver a su pueblo hundirse en el dolor de los muertos, de los desaparecidos, de los que vendían su alma a Egoli. Las mujeres quedaban solas cuidando los campos, cada vez más secos. Los niños crecían sin otra ilusión que irse a Egoli. Las niñas sabían que su futuro sería de soledad, trabajo y de cuidar de más niños sin futuro. NoLwasi era la unión con los antepasados, la que les suplicaba lluvia al final de la estación seca, la que les preguntaba por las razones de tanto sufrir. A menudo con suplicas o rabia. Mucha rabia. La del que no comprende. La que intentaba en vano aliviar en los familiares durante los ritos de aquellas muertes, tan tempranas...

A pesar de la triste realidad, la sensibilidad, serenidad y sabiduría de NoLwasi eran respetadas por todos. Su combinación de *Nyanga* concedora de los remedios naturales para las enfermedades, y de *sangoma* sanadora a través de la armonía con los espíritus, la hacían clave en la sabiduría y la armonía de muchas gentes de la región. En especial en aquellos tiempos tan oscuros. Ella

apenas aceptaba más pago por su dedicación que habitar la choza donde vivió su abuela Masora, plena de magia sanadora, y de compartir un poco de sadza, verduras, mijo y mango. Apenas comía nada más. No comía animales pues los respetaba, a todos, con veneración. En especial a las cebras, el símbolo de su clan, los Dube.

NoLwasi pasaba la mayor parte del tiempo atendiendo a enfermos. Había pasado temporadas con sabios Nyangas de Matabeleland, pero la mayor parte de la sabiduría, la salía de dentro. Su intuición era poderosísima. Ella sentía como los espíritus le transmitían fuerza y conocimiento, y le hablaban de mantener la honestidad, el respeto a la Tierra y a la naturaleza, la generosidad con los necesitados, la sinceridad entre las personas y familias, la fidelidad en las familias, la gratitud a Mkulumkulu y a los espíritus que cuidaban del pueblo. Aunque había aprendido ,viendo a su abuela Masora, y de otros Nyangas, los secretos de las hierbas sanadoras, tenía una intuición más poderosa que su conocimiento visual o racional. Preparaba lociones, ungüentos, infusiones, lavativas, inhalaciones, y a veces hacía incisiones, que tenían un efecto curativo en todo tipo de dolencias. Sabía también hablar con los pacientes, averiguar sus tensiones con otras personas o grupos de la comunidad, o el enojo de los espíritus por quebrantos a los valores *kalangas*. Pero ella a veces sentía que los espíritus eran injustos con los vivos, y también se lo decía, desde su roca en los atardeceres.

Estaba tan volcada en su vocación sanadora y de armonía de su pueblo, que no había reparado en ningún interés por los hombres. Los jóvenes buscaban sexo y descendencia, y casi todos emigraban a Soweto, Egoli, donde vivían un mundo en paralelo que sólo ellos conocían y que a ella le preocupaba mucho. Sentía su comunidad agrietarse. Y los hombres mayores que

mostraban interés en ella estaban ya casados y ella no aprobaba la poligamia. No le inquietaba. Estaba bien sola y en su mundo, con sus padres, con sus hermanos, con algunas amigas con las que paseaba hasta el cauce seco, y con sus atardeceres sagrados en su roca mirando al mundo. Allí sentía, sin saberlo, la voz de Mandhla, su fuerza y su conexión con la sabiduría de muchas generaciones.

Una de sus amigas desde niñas, Tulani, solía pasear con ella. Tulani era una mujer alta y esbelta, tenía una actitud muy alegre ante la vida. Intentaba animar al pueblo en algunas noches de reunión frente al fuego con su mágico ritmo con las amahlayi, unas tobilleras con semillas secas que sonaban rítmicamente con los bailes "kalangas". Como casi todas las chicas del pueblo, se había casado joven con un chico de los de Egoli y tenía un hijo de dos años. Hacía más de dos navidades que no veía a, Jabulani, el padre de su hijo.

Solía acercarse a los cruces de caminos cerca de Mphoengs, donde todos temían que estuviese yendo a los bares. En aquellos bares, paraban caminantes, viajeros, camioneros, trabajadores en las tierras más al Norte de los Rhodesians, soldados en patrulla, guerrilleros, traficantes, cazadores furtivos, y muchos de los que iban y venían de Egoli. Volvía con dinero, ropas, leche en polvo y algunos pollos. Ella decía que era por unirse a los recolectores de amahimbi. Los amacimbi eran unos gusanos peludos que cubren los árboles Mopane poco después de la breve estación de lluvias. Eran muy apreciados en Egoli. Los recolectores, que controlaban el negocio, pagaban un dólar de Zimbabue (entonces equivalente a veinte centavos de dólar americano) por jornal duro, en el que de tanto apretar gusanos y vaciarles las tripas de la pasta verde de hojas de Mopane, las manos se llenaban de heridas teñidas de verde. Las manos de Tulani estaban limpias.

NoLwasi empezó a comprobar rasgos especiales en Tulani. Empezó por ver, era muy observadora, que sus pestañas se alargaban. Le daba un aspecto aún más frágil, una belleza aún más delicada. Se avergonzaba de que sintiera siempre un cariño, una ternura especial por Tulani. Sentía a veces ganas de abrazarla, pero eso era tabú en su cultura *kalanga*. Poco a poco notó que al volver del cauce seco de sus paseos, no podía con el peso de su pequeño, a la espalda. NoLwasi empezó a subir con él a su espalda. Unas semanas más tarde, empezó a notar como apenas podía subir del río ni ella sola. Tenía que pararse muchas veces a tomar aire. NoLwasi se fijaba en otros cambios: su piel era como más brillante, había perdido peso y se le marcaban los pómulos, mientras el pelo le creció más lacio.

Un día, la madre de Tulani, viuda y muy pobre, la llamó a NoLwasi. Le dijo que su hija estaba en el suelo sin poder levantarse. Cuando llegó a su choza comprobó que Tulani estaba sola, tumbada en el suelo, sucia por sus vómitos y por diarrea que había embadurnado su ropa. La choza estaba llena de moscas, olía terrible. Tulani apenas podía abrir los ojos y respiraba entrecortado. Le alargó la mano. NoLwasi, *ungane wami* (amiga mía).

NoLwasi retiró la ropa sucia y la puso en un cubo de agua. Con otro cubo, la lavó con mucho cuidado y ternura. Sentía una fuerza, un impulso especial para lavarla, acariciarla, aliviarle su dolor y transmitirle fuerzas. Cuando la había secado y limpiado el resto de la choza, la trajo ropa suya, blanca, y la vistió con cuidado. Le explicó a la madre de Tulani que debía llevarla a su choza y cuidar de ella unos días. No lo había hecho nunca con nadie. Sentía, además de la ternura, que en Tulani se concentraba la rabia de los espíritus, el castigo por la avaricia de Joshua, la desertión de los jóvenes, las

infidelidades de Tulani y otras. ¿ Pero por qué Tulani? Necesitaba liberarla de la rabia de los espíritus y necesitaba entender aquella enfermedad que había ido infiltrándose en el cuerpo de su amiga.

Cuando la instaló sobre unas mantas en su choza, le dio de beber agua con unas hierbas y miel, en pequeños sorbos durante más de una hora, pacientemente. Luego, con más calma, empezó a examinar detenidamente todo aquel cuerpo emanciado. Vió que en la boca tenía manchas blanquecinas como cuando los bebés necesitan minerales de la tierra. Comprobó después que en la espalda le habían aparecido unas manchas entre rosadas y negruzcas. Recordaba como al embalsamar a uno de los chicos que habían muerto en Egoli, vio que tenía una mancha parecida en el cuello. Su cuerpo estaba muy delgado. Le palpó con cuidado su pecho, su espalda, su abdomen, las piernas, el cuello, la cabeza, los hombros y las caderas. Buscaba signos del origen de aquel mal. Notó una energía muy negativa al pasar sus manos por la parte derecha del abdomen y en la parte anterior del cuello. Algo estaba consumiendo a Tulani. Echó sus mágicas tabas al suelo pidiendo sabiduría a los espíritus. Memorizó como habían caído aquellas piedras alargadas. Los dibujos que hacían las tabas se quedaban grabados en su mente.

Esa tarde, dejó a la madre de Tulani a su cuidado, diciéndole que sólo le diera una infusión de hierbas que había preparado.

Fue a su santuario, a su roca sobre el mundo. Buscó en sus dibujos de corteza de maleleucas. Había uno que reflejaba exactamente la figura de las tabas de Tulani. Orientó el dibujo a la sombra del árbol en el atardecer. El dibujo indicaba una zona al sudeste a siete puntos. Avanzó los siete pasos. Encontró una hierba que nunca había usado y ningún *Nyanga* le había hablado de ella.

Era muy fina, amarillenta, con un tallo amarillo. Entre las hierbas, había unas piedras de color rojizo y también los restos de la piel que había mudado una serpiente mamba. Lo puso todo en su bolsa de tela. Pasó dos horas meditando con la puesta de sol y siguió haciéndolo hasta que todo estaba oscuro y sereno. Sintió como hablaba Mandhla, y como a través de él hablaban otros espíritus como Masora, y algunos mucho más ancianos. Entre el murmullo, notó continuamente el clic de la pena mezclado con el del enfado. Sintió que Mandla hablaba de vidas en Egoli que atraían los males del dolor y el sufrimiento. Necesitaba entender más. Pidió a los espíritus sabiduría para aliviar el dolor, conocimiento para prevenir que la enfermedad envolviera al pueblo *kalanga*, y perdón y paz para volver al sendero de la armonía.

Al volver, la madre de Tulani estaba dormida al lado de su hija, abrazada también al pequeño, que el marido de Tulani había dicho que debería llamarse Nelson. Le dijo que podía volver a su casa con el niño. NoLwasi preparó infusiones y cremas con los restos de sadza secada al sol. También preparó lavativas y encendió una mezcla con ceras naturales para que la choza se llenara de aquella medicina, umuti, transmitida por los espíritus.

Había sentido en su vida pena por la muerte de Masora y por la de algunos vecinos y amigos, rabia por la violencia de la guerra y enojo por el trato altivo de los que volvían de Egoli. Pero no recordaba haber sentido miedo. Su padre Themba, que había visto trabajar a su hija hasta tan tarde, y sabía de la gravedad de Tulani, se acercó.

-¿Qué pasa, hija? ¿Cómo estas? ¿Qué tal esta Tulani.?

-Padre. Tengo miedo. Siento como una gran sombra oscura se acerca sobre

Matabeleland.

XVIII. La marcha a Egoli. Sudáfrica. agosto 1982

Tulani mejoró con las infusiones que NoLwasi le preparó. Sus diarreas cesaron. Ganó peso y volvió a sus tareas y al cuidado de su hijo y de los campos, esperando a su marido por Navidad en Soweto. Cuando él volvió por la Navidad, NoLwasi notó que tenía una mancha rojiza parecida, en el cuello.

A la Navidad siguiente no volvió. Sus compañeros en Soweto dijeron que estaba muy ocupado trabajando. Tampoco trajeron ningún dinero para ayudarlo a Tulani. Unos meses después llegó en un ataúd a bordo de un pick-up Sudafricano. Era el tercero del pueblo en dos años.

Unos meses después Tulani volvió a enfermar con diarreas constantes y gran debilidad. Llevaba una semana en la choza de NoLwasi. Sus constantes diarreas y vómitos habían cesado y bebía los brebajes que NoLwasi preparaba en su roque sagrado. Durante esa semana fue observando más de cien signos que el cuerpo expresaba por esa extraña enfermedad.

Anotó en dibujos los rasgos del pelo más ralo y áspero, la piel más brillante pero fina y frágil, las pestañas más largas y profusas, y la mirada más húmeda y temerosa. Con la ténue luz de su lámpara de queroseno en la noche exploraba el interior del ojo a través de la pupila. Lo observaba como nublado por manchas que se parecían a las nubes de la tarde en la estación de lluvias. Parecidas eran las manchas blancas que observaba dentro de la boca y en la lengua. A estas manchas las llamó en sus notas "manchas de Soweto" pues ya las había comprobado en otros dos chicos jóvenes que volvieron cadáver de allí. Dibujó en su cuaderno las manchas de color rojo oscuro, como el índigo

de los cactus, que aparecían por el cuello y la espalda. Comprobó una delgadez extrema, que exponía los pómulos como las rocas de los kopjes de Matopos. Su respirar era rápido e irregular.

Había aprendido a escuchar el aire fluir por los pulmones apretando su oreja contra diferentes partes del pecho. Oía ruidos como el viento en las hojas. Lo normal era el fluir limpio del viento en las acacias secas. El de Tulani era como el rugir del viento en los mopanes húmedos. Hacía lo mismo con los latidos del corazón, irregulares y débiles. Notó en el abdomen zonas agrandadas en la parte debajo del corazón. Una zona que los Nyangas sabían bien tenía que ver con el rencor de los espíritus de la pureza. Así siguió observando aquel cuerpo debilitado y dolorido.

Luego iba a su altar sagrado. Oía el rugir del viento en las hojas del campo. Sabía identificar los sonidos que más se parecían a los que escuchaba en el pulmón de Tulani. De esos árboles y sus hojas hacía ungüentos e infusiones. Se los daba mientras replicaba el ritmo que escuchaba en su corazón con su tambor, transformándolo poco a poco en un ritmo más constante, más regular y más fuerte. Sabía bien que los sonidos, como las luces, los sentimientos y todas las energías, se acoplan hacia la armonía.

Y hablaba con ella, de sus miedos y sueños, de sus conflictos de pareja, familia o con otras personas del pueblo. Escuchaba a los espíritus. Siempre sentía la voz de Mandhla, a veces en susurros ininteligibles.

Relacionaba los sonidos con los árboles, éstos con los antepasados, sus espíritus con los conflictos y con las visiones del mundo. Todo ello fluía por su mente sin que ella lo controlara. Sus manos movían las tabas y a menudo

todo encajaba en una idea, una cadena al espíritu que latía en cada persona o una idea que liberara la tristeza del espíritu. Una alianza con el poder sanador de hierbas, cortezas y polvo de piedras. Entrando en forma sólida, líquida o en humos sagrados. Musitando ritmos que tampoco podía entender ni controlar.

No entendía por qué todas las imágenes de las tabas, los ritmos de los tambores, el viento en los árboles, las palabras de Tulani, los susurros de Mandhla, las voces de amakhosis y de otros espíritus parecían confluír en una imagen oscura y amenazante. Todo parecía explotarle en la cabeza y sentía profunda tristeza. Una inmensa nube negra sobre su alma.

Aunque de nuevo Tulani mejoró algo y volvió a su casa con su hijos que ya tenía cinco años, sabía que se acechaba una plaga mortal : *ubhubhane*.

Fue a ver al *Nyanga* más respetado de la región, más al sur, cerca de Beitbridge, en la frontera con Sudafrica. Se llamaba Mkhulu Ndlovu. Le dijo que había visto ya cinco personas con la enfermedad parecida a la que ella le describió de Tulani. La llamo *isifo esibulalayo nesingañangekiyo* (enfermedad que mata y no podemos curar). Sabía que más al Sur era peor. Había oído de una enfermedad que se llevaba a muchos jóvenes. Los funerales y el paso de pick -ups de vuelta a Matabeleland con féretros, eran constantes. Tanto era así que a la zona cercana a Soweto la empezaron a llamar *KwaÑama-ayipheli* , " el lugar donde la carne no se acaba", pues tradicionalmente los funerales implicaban un sacrificio animal y el comer su carne; o *Akuyilubuyayo* , el lugar de donde no se vuelve.

Mkhulu le dijo a NoLwasi que esa enfermedad amenazaba la armonía de todos

los kalangas, ndebeles, Xhosas y Zulúes que se estaba rompiendo el respeto a la tradición Hlonipha y los espíritus estaban castigando al pueblo. La tradición Hlonipha exigía a las mujeres no usar sílabas de los nombres de sus maridos. Mkhulu pensaba que tampoco deberían mencionar la enfermedad que empezaba a aterrar a todos. Él decía que las mujeres en sus *kraal*, estaban deshonorando a sus maridos mientras trabajaban en Egoli. Mencionaban sus nombres sin el respeto de su tradición Hlonipha e incluso flirteaban con los transeúntes y camioneros en los cruces de caminos. Los espíritus habían mandado su furia a los *kraal*, pueblos y a la nación entera.

-NoLwasi, esto es *Yisijeziso sikaNkulunkulu*, un castigo de nuestro Dios. *Iphelisa uthando*. Hace que muera el amor.

NoLwasi notó una profunda tristeza en aquel *Nyanga*. Y una profunda resignación. Era como si quisiera morir con esta terrible plaga que NoLwasi temía iba a arrasar a su pueblo.

Tenía que saber que ocurría en Egoli. Debía viajar al Sur y saber cómo eran las vidas de los jóvenes *kalangas* y que les había ocurrido a aquellos que volvían sin vida a reposar junto a sus antepasados.

Sólo las mujeres que se prostituían en la frontera con Sudáfrica viajaban solas y cruzaban el Limpopo. Mandó un mensaje a través de un familiar que viajaba hacia su pueblo para informar a su padre que estaría ausente una luna. Debía buscar respuestas de los espíritus.

NoLwasi sabía que la semana antes, cuatro jóvenes Shonas se habían ahogado

al intentar cruzar a nado el Limpopo, crecido con las lluvias. El *Nyanga Ndhlovu* le había dirigido a NoLwasi para que contratara un guía, un tal Takani. Le pedía cien dólares de Zimbabue, un dinero que ella nunca había visto junto. NoLwasi le dijo que sólo le podía dar ayuda en salud. Takani la miró escéptico, pero al saber que venía del conocido Ñana Ndlovu, la llevó a su casa donde su hija tenía fiebre. NoLwasi vio los signos de la enfermedad del calor de las primeras lluvias, se adentró en el campo, preparó unas infusiones y la cuidó por la tarde. Durmió fuera, bajo un árbol. Por la mañana la niña había mejorado y Takani aceptó guiarla a través del Limpopo.

Se adentraron en el punto de cruce ilegal conocido como María . El río estaba crecido y Takani había preparado una larga cuerda entre ambas orillas, pero no cruzó con NoLwasi. Ella se agarró fuerte a la cuerda. Nunca había entrado en un río, nunca el agua había rodeado su esbelta figura. El cauce seco del Sanzukwi apenas llevaba un fino reguero tras las lluvias. Fue avanzando agarrada a la cuerda, sin más equipaje que una bolsa de tela amarrada a su ropaje de telas zulúes y su blanco turbante. En varias ocasiones la corriente casi le arrancó de la cuerda y se quedó colgando de una sola mano que se asía con fuerza. Tragó agua y perdió la respiración unos segundos. Tenía que conseguirlo. Sabía que le esperaba el reto de salvar a su pueblo. Vio incluso más abajo unos cocodrilos apostados en la orilla, como esperando el desenlace que tal atrevimiento. Takani la observaba subido a un acacia por si veía a la policía de fronteras de Sudáfrica acercarse, en cuyo caso la avisaría, y volvería a la orilla norte. Tardó diez minutos de tremendo esfuerzo y venciendo al miedo. Llegó a la otra orilla desfallecida. Se tumbó exhausta. Takani le gritó:

- " *Lihambe kuhle*" (Que vayáis bien).

El plural tradicional en la despedida *ndebele* le hizo sentir a NoLwasi que, de alguna manera, viajaba con todo su pueblo.

NoLwasi caminó atravesando la reserva de Marelani, esquivando dos veces a patrullas de la policía aduanera sudafricana. Vio a algunas manadas de búfalos y se escondió entre unas acacias, inmóvil para que no la detectaran y la embistieran. Una hora después llegó a Mesina. Había recogido algunas hierbas en el camino, que le darían coraje sereno y apagarían el hambre. También había encontrado agua en algunos arroyos. Sabía que estaba a casi seiscientos kilómetros de Soweto, donde había unos diez jóvenes de su pueblo viviendo una vida misteriosa, que sabía tendría que ver con la enfermedad que les amenazaba a todos. Preguntó a un grupo de *ndebeles* dónde podría trabajar algunas jornadas para pagarse el autobús a Soweto. Le insinuaron dinero por favores íntimos y les miró con desprecio. Empezó a sentir lo que la emigración lejos de la familia, los antepasados, los valores, hacía con algunos hombres. Les vio la espalda y siguió caminando por el campo hacia la reserva Baobab. Le maravillaban esos árboles. De alguna manera eran como aquellos jóvenes perdidos: arrancados de su tierra y plantados con las raíces hacia arriba, en tierras secas, inhóspitas. Cuando llevaba dos kilómetros notó que alguien le llamaba por detrás:

-*iUdade wami!* (hermana)

Miró hacia atrás y vio a uno de los chicos del grupo que se metió con ella. Era alto y muy delgado. Notó los pómulos de Tulani. Parecía venir de forma pacífica. Pero NoLwasi cogió una piedra y la apretó con fuerza por si se acercaba.

-¿Si? ¿Eres como tu amigo? ¡No te acerques a mi!

-No, te pido disculpas. Es un estúpido.

-Los estúpidos dicen estupideces, los hipócritas las consienten.

-Tienes razón. En grupo somos como hienas, cobardes. Dime, ¿donde vas? No vemos mujeres solas caminando por aquí. Muchas se prostituyen en Mesina y en Beitbridge.

-Voy a Soweto.

-Déjame ayudarte, me llamo Benson.

-Yo me llamo NoLwasi. ¿En que me puedes ayudar?

-Veo que no tienes apenas equipaje, seguramente no tengas rands ni donde dormir. ¿me equivoco?

-Sé sobrevivir en la naturaleza.

-No tengas tanto orgullo, es bueno ayudarnos unos a los otros.

-De acuerdo, gracias, Benson. ¿Crees que podría trabajar unos días para ganar un poco de dinero y seguir mi camino?

-Aquí hay pocas fincas. En lo que hay trabajo es en las minas de carbón. Pero

no es trabajo para mujeres. No te darán trabajo. Y yo que tu no me metería en una mina con doscientos hombres, algunos de ellos huidos de la justicia.

-No tengo miedo. Y puedo hacer el trabajo. Sólo necesito una semana, unos pocos rands y seguiré mi camino.

-De acuerdo, eres valiente NoLwasi. Estamos a diez kilómetros, las minas están al otro lado de la reserva de Baobabs.

Caminaron hora y media por la seca sabana plagada de baobabs, y vieron algunas cebras y unas manadas de impalas buscando algo de humedad y hierba. Benson era un joven de cerca de Hwangué, quien como tantos de miles de jóvenes de Zimbabue, buscaba un mejor futuro en Sudáfrica. Había trabajado en las minas de Johannesburgo, viviendo en Soweto como guardia de una casa de blancos en Pretoria, y ahora en las minas de carbón de Messina. Quería volver a su casa, pero no lo haría con la vergüenza de hacerlo sin éxito, sin ahorros y sin admiración. Le explicó que en aquel año de 1983, el Presidente Botha, intentaba por primera vez dar algo de voz democrática a los negros y a los indios, en congresos diferentes al dominante de los blancos, pero que el Congreso Nacional Africano lo rechazaba por dignidad.

A llegar a unas casas de cemento y tejados de zinc, vio pegadas en algunas paredes unos pastines que decían " Rhodesia votó si, Vota no" : Los partidos blancos racistas se oponían a cualquier reconocimiento de los derechos de los no-blancos, a quienes consideraban inferiores. NoLwasi recordó como dos años antes, el tío de su madre, Joshua Nkomo había firmado con su enemigo acérrimo, Robert Mugabe, la independencia de los blancos de Rhodesia. El poder estaba en manos de los africanos, la gran mayoría, pero las envidias y

rencores había disparado aún más la violencia de la quinta brigada por todo Matabeleland. Guerra, enfermedad, sequía. ¿Dónde estaba la esperanza?

Cuando estaba leyendo el folleto racista, salió de dentro un hombre blanco, alto, obeso, con barba rubia y mirada desafiante:

-¿Que leéis, cafres? Vosotros no podéis votar. Y nunca podréis.

-Lo sé *baas*.

Respondió Benson, mientras hacía un gesto de sumisión doblando sus rodillas y cogiéndose las manos frente al pecho.

NoLwasi sintió asco. Por la tiranía del blanco y más aún por la sumisión del negro. Ella se quedó mirando serena pero fijamente a los ojos del bóer. Cuando vio el boer que NoLwasi no reaccionaba con sumisión, levanto una vara de cuero amenazándola.

-¿Que miras tú? ¡Negra furcia!

No le respondió, simplemente se dio la vuelta con tanta dignidad que dejó al boer sin saber reaccionar. Benson la siguió y le susurró:

-¿Estás loca? Pueden darte latigazos, o llamar a la policía aduanera, o directamente a la policía acusándote de mirar a los ojos a un blanco, de desacato a su autoridad, inventarse cualquier robo. No sabes lo que son aquí las cárceles.

-Benson. Nunca trabajaré para seres así. Prefiero morir de hambre.

Ya anocheecía, y se fueron a dormir en torno a un fuego con mineros y algunas familias. Le ofrecieron té caliente. Llevaba tiempo sin beber y dos días sin comer. Se disculpó y se alejó del grupo un momento. Vió por la ventana de la oficina del boer que ellos también estaban preparando un té. Tomó unas hierbas que conocía bien, con efecto diarréico y otras con un fuerte poder hipnótico. Desde la ventana, en un momento de despiste de los blancos, pudo poner las hierbas en el té que estaban preparando. Las cortó tan finas que no se notaban las diferentes hierbas. Además ya era noche oscura y las lámparas de queroseno apenas alumbraban.

Volvió sigilosa al grupo. Cuando había pasado una hora, escucharon gritos de los blancos, luego gruñidos, luego silencio. Nadie sabía lo que pasaba. Salvó NoLwasi. Empezó a musitar.

-Nkosi sikelele Africa...Maluphakamis'upondo lwayo ... (Dios bendice a África, que su cuerno suene fuerte)

Eran las primeras palabras del himno del Congreso Nacional Africano, el que resistía al apartheid en Sudáfrica, el que ya había arrebatado el poder a los blancos racistas de Zimbabue.

Todos la miraban con asombro. Cantar ese himno estaba penado con cárcel y latigazos. Pero al ver que los blancos no venían se fueron uniendo unos pocos, luego más, luego todos. El canto *ndebele* también era cantado en xhosa, en zulú y en otras lenguas.

NoLwasi, si que sintió en ese momento esperanza.

Benson se quedó en la mina, y NoLwasi salió pronto al amanecer. Había asistido a algunos mineros con dolor de espalda, con heridas infectadas y con fiebres. Le habían dado a cambio comida y unos pocos rands.

Cuando llevaba andado unas tres horas por la carretera hacia el sur, pasó un camión y paró a su lado: había tres hombres xhosas delante:

-¿Qué haces? ¿No sabes que no puedes andar sola por esta carretera? ¿A dónde vas?

-Voy hacia Soweto.

-Sube detrás, te llevamos hasta Mokopane.

El camión llevaba sacos de maíz. Sobre ellos había sentadas varias mujeres, una de ellas con un bebé, un hombre mayor muy delgado y varias gallinas, bolsas y cajas. Saludó y se acomodó en un rincón. Con disimulo miró a aquel hombre : era extremadamente delgado, el pelo africano blanco, su frente mostraba las arrugas del tiempo, su mirada estaba perdida, como si ya hubiese desistido en buscar la belleza.

Sus ojos mostraban las sombra blanca que anunciaba la ceguera, y tenían una expresión de profunda tristeza. Vestía un harapiento traje y estaba acurrucado en torno a una vara de madera. NoLwasi pensó que aquel hombre era el reflejo de toda una vida bajo la humillación y bajo el racismo. Sintió profunda pena.

Se acercó a él y le dio algo de la poca comida que tenía en su bolsa.

Al llegar a Mokopane, pudo preguntar por otro camión y , esta vez pagando los rands que le habían dado en campamento minero de Messina, subió para seguir hasta Soweto.

Era ya de noche cuando pasaron frente a Pretoria. Nunca había visto tantas luces, tantos edificios, tan alto ni, tantos coches. Nunca antes había visto semáforos, ni tanta gente juntas ni lámparas que alumbraban la tierra del camino. No lo entendía. Había también enormes carteles que anunciaban comidas, extrañas botellas para alimentar a bebés (pensó que quizás las blancas no tenían pechos), bebidas oscuras, ropas extrañas o coches con mujeres con poca ropa. No entendía nada. Todo era ruidoso y la gente no parecía feliz. Pensó que algo extraño estaba invadiendo el mundo y la enfermedad incurable emergía como una serpiente de un pozo de barro negro.

Poco después pasaron delante de los rascacielos de Johannesburgo. Quedó atónita. Tanta altura, tanta luz. Pero no podía entender porque lo hacían. ¿Buscaban a sí a *Mukhulunkhulu*? ¿O querían estar más cerca de las nubes para pedirles lluvias? ¿O quizás mirar muy lejos por si venían enemigos? Pero nada de ello encajaba. Todo era extraño.

Llegaron a Soweto. Vio una extensión inmensa de casas pequeñas de cemento, ordenadas en perfectas cuadrículas. Había sido fundada para albergar a los trabajadores negros de Johannesburgo. Había crecido tanto que en muchas casas vivían hasta veinte personas. Era de noche pero había gente andando por las calles, en muchas esquinas había fuegos y reuniones. Vió

varios carteles de un tal sacerdote Desmond Tutu en las que pedía condiciones dignas de vida para Soweto. Unos pocos años antes habían muerto en esas calles más de quinientos africanos masacrados por la policía del apartheid por protestar contra la imposición de la lengua afrikaans de los bóers en las escuelas.

Desde entonces había un odio hacia los blancos dominantes aún más fuerte, aunque aún camuflado a flor de piel. Se notaba que en algunas de aquellas casasa había reuniones donde tramaban algo. Se veían banderas del congreso nacional africano en algunos postes del camino. Empezó a musitar de nuevo Nkosi Sikelela. En ese momento vio a una persona con los pómulos prominentes, las machas rojizas y muy delgado, sentado frente a una casa. Bajó del camión, y se acercó a la casa.

Preguntó en *ndebele*, muy similar al zulú local, si conocía alguna *Nyanga* en el barrio.

XIX. Las fronteras de la religión. Misión de San José, noviembre de 1982.

-Father Patxi, father Patxi... iya vienen!

Con esos gritos se despertó Patxi una mañana de noviembre de 1982. Llevaba tres años en la misión de San José, de Matabeleland Sur, en el recién independizado país de Zimbabue –la antigua Rhodesia del Sur- cerca de a frontera con Botswana. Los gritos de su amigo Sibindi (valiente) le alertaban que se acercaba una patrulla de la quinta brigada. Tardó unos pocos segundos en ponerse una camiseta blanca, un pantalón corto y sus sandalias. Salió de su cuarto al salón común de la casa de los Jesuítas. Sibindi era un joven *kalanga* con vocación de sacerdote. Patxi era su consejero y amigo. Salieron corriendo hacia los límites de la misión.

Había miembros del ZAPU de Nkomo que eran de la zona, y cuando venían, comían y compartían con todos, aunque en los últimos meses la gente de los pueblos y de la misión les había pedido que no vinieran pues ponían en riesgo a todos, y que dejaran las armas. Patxi había hablado con varios de ellos, disidentes del ejército de Mugabe, y civiles alistados en la lucha. Antes de hablar con ellos meditaba sobre el principio de Aimsa, releendo el libro de los experimentos con la verdad, de Gandhi. Uno de ellos, le había hecho caso, y estaba trabajando en las minas de Egoli (Johannesburgo). Pero los demás insistían en luchar:

-Father Patxi: ¿cómo callarse después de liberarnos de los blancos y volver a estar bajo el yugo, ahora del dictador Mugabe?

Patxi oía los cuernos secos de búfalo sonar. Venían de chicos apostados en las rocas de Matopos, cercanos a Kezi. Cada tres kilómetros había un encargado de dar la señal. Tardarían unos veinte minutos. Tenía que hacer algo. Sabía que la quinta brigada mataba indiscriminadamente en los pueblos en los que sospechaban vínculos con disidentes. Y hacía una semana que uno de los disidentes de cerca de St Joseph fue apresado cerca de Matopos. Era cuestión de días que dijera, bajo horribles torturas, quien le alimentó.

No sólo el gobierno masacraba pueblos donde sospechaba cobijo de disidentes, sino que al toque de queda impuesto de atardecer a amanecer, se unía ahora un bloqueo en el transporte de alimentos, aún más crítico en el medio de una severa sequía. Patxi traía sacos de harina de maíz, de contrabando, cubiertos de sábanas y llevando enfermos al hospital de Bulawayo. En sus tres años en Zimbabue había enseñado teología en el seminario en Bulawayo, pero pidió al obispo su traslado a la zona más seca y pobre, rehabilitando la misión de San José, arrasada por las llamas a mediados de los 70.

Había construido un centro de salud, una sala para pacientes que necesitaban ingreso y un pequeño quirófano. Él mismo hizo un curso de enfermero básico de un año y apoyaba a varios a jóvenes de la zona a estudiar enfermería. Sólo iba un médico una vez al mes. El resto del tiempo el mismo Patxi asistía partos, hacía curas, medicaba dolencias comunes e infecciones de la zona. Eran frecuentes la malaria en la estación de lluvias, las meningitis en la seca, la enfermedad del sueño, la tuberculosis, enteritis, rabia, fiebres botonosas, mordeduras de cobras, mambas y escorpiones y fracturas de todo tipo. Entre éstas eran muchas las caídas de los "scotch cars", unos primitivos carros tirados por burros. Habían construido un pozo y un horno de pan. Juntos en

comunidad habían reconstruido la escuela primaria, habían construido talleres de carpintería, electricidad y mecánica. y había levantado la Iglesia. Una Iglesia que él dibujo, redonda y llena de luz. Donde todos se sentaban en círculo, meditaban, sentían el amor de Dios y animaba a todos a transmitirlo al mundo. No veía más secretos en la religión. El obispo le había llamado la atención pues su "libro de bautismos" estaba vacío y además se sabía que repartía preservativos. Pero él no hacía caso, sabía que "Dios" o quien fuera, estaba de su lado. Lo sabía en las sonrisas de los niños y de los mayores que se reunían a cantar sus cantos y oír las historias de Patxi, *enkalanga* y *ndebele*. Ya dominaba los sonidos "clicks" de la lengua zulú y contaba historias de animales con moralejas de amor,

Todos en la zona le querían mucho. Le llamaban "Sindisabantu" quien salva a la gente.

Llegó corriendo hasta la Iglesia y tocó con fuerza la campana. Todos sabían el tipo de llamada. La habían estado explicando en las últimas misas de domingo. Llamaba a todos para que se refugiaron en la Iglesia. Fueron llegando corriendo cientos de personas del entorno a la misión. Les pidió que se sentaran y no hicieran ruido, mientras rezaban en silencio. Les dijo que se organizaran en parejas para cuidarse mutuamente en caso de necesidad. Habían ido reservando agua, naranjas, *biltong* (carne seca en tiras), pasta de cacahuete y bananas. Al poco tiempo, oyeron los motores de los Toyota de la quinta brigada, y escucharon con sobresalto algunos tiros de intimidación.

Patxi les pidió que se quedaran sentados en el suelo en silencio. Se acercó a la puerta y la abrió con naturalidad. Había unos diez jeeps y dos camiones todo terreno, de los que habían salido unos cien soldados con las temidas

boinas rojas. Notó unos cuatro coreanos que daban órdenes.

En unos segundos habían rodeado la Iglesia y los más cercanos, unos diez, le apuntaban con sus rifles. Patxi notó que Sibindi se acercaba por la espalda. Uno que lucía la estrella de comandante le dijo en Shona:

-Me llamo Jeremy Nalunga, soy el comandante de esta compañía del ejército soberano de Zimbabue. Sabemos que en este pueblo hay disidentes terroristas. Entréguelos y nadie saldrá herido.

-Aquí no hay terroristas. En esta misión sólo hay familias que trabajan duro cada día para poder sobrevivir, y todos queremos la paz.

Se expresó en *ndebele*, para irritación del comandante y su compañía, en su mayoría shona y que odiaban a los *ndebeles*, al ZAPU y consideraban a todos aquellos pueblos, nidos de terroristas.

-Tiene cinco minutos para entregarlos, o entraremos y dispararemos a todos.

-Necesito esos cinco minutos para hablar con usted, Comandante.

Mientras los soldados rodeaban la Iglesia y apuntaban a Sibindi, el Comandante Nalunga y Patxi fueron a hablar, debajo de un mango al lado de la Iglesia. Patxi pensó en su hermano Juan Mari y en sus compañeros de lucha, pensó en las palabras de paz y amor de Jesús, pensó en las experiencias de Gandhi con la no-violencia "Aimsa", y pensó en todas las personas que había dentro de la Iglesia, unas trescientas. A casi todos les conocía en su labor diaria, sus penas e ilusiones, su mundo de los espíritus, su devoción al Jesús

del amor, a su manera, sus tradiciones, canciones, celebraciones y funerales. Había llorado cientos de veces con ellos en sus momentos duros, había cantado en sus graves tonos *ndebeles*, mmm... mmmm, las alegrías y tristezas, las rabias y los anhelos de ese pueblo al que ya amaba profundamente.

-Comandante Nalunga. Sé que su trabajo es duro, arriesgado y con el noble fin de la seguridad y la paz de este pueblo de Zimbabue, que luchó unido por su independencia.

-Por eso le digo que entregue a los terroristas, Padre, usted sabe que están ahí, se esconden, amenazan a la gente, y atacan al ejército y a los campesinos Shona.

-No hay de esos jóvenes aquí. Todos son gente de paz. Si hubo gente del ZAPU, todos han dejado las armas hace tiempo, quieren la paz.

-Eso lo comprobaremos nosotros. Voy a entrar en la Iglesia, Padre.

-No pueden entrar con armas, ¡es la casa de Dios!

Nalunga le dio la espalda y llamó a sus lugartenientes. Mientras tanto, Patxi fue hacia la puerta de la Iglesia. Tenía que pensar rápido en pocos segundos. Se podía acercar una masacre. No podía enfrentarse sólo, ni ofrecerse como rehén, ni increparles como asesinos. Pidió a Sibindi y a otros chicos fuertes que descolgaran la cruz que colgaba frente al altar, tenía unos dos metros, y que se la trajeran rápido a la entrada.

Mientras se organizaba Nalunga y sus lugar tenientes, que estaban dado órdenes a la compañía, Patxi le pidió a Sibindi y sus amigos que dejaran la cruz fuera y que se quedaran dentro y cantaran Nkosi Sikelele con toda su fuerza.

Patxi se apresuró y colocó la cruz encajando su lado largo entre las agarraderas de metal de la puerta de la Iglesia.

-Nalunga, si entráis en esa Iglesia será partiendo la cruz de Dios. Piensa en ello. Dentro sólo hay gente trabajadora y honrada que canta el himno de Zimbabue libre y en paz.

Se acerco a él :

-Te doy mi palabra, si pasa el tiempo y me dices un sólo hombre que trabaja, duerme y come con nosotros, que usa las armas contra el gobierno, puedes llevarme preso.

En ese momento, *Nkosi Sikelele* se transformo en *Ishekomborera Africa Ngaisimudzirwe zita rayo*, el himno en Shona. Lo habían estado ensayando en los pasados domingos, tras convencer a muchos de dejar su orgullo al lado, y cantar en el otro idioma mayor del país, el mismo significado.

Nalunga se sintió conmovido por el valor de Patxi, por la cruz frente a los fusiles, por los cantos Shona con aquellos tonos graves zulúes.

-Padre : por esta vez pase. Reze con su pueblo por la paz. Si se que hay un sólo disidente cerca de aquí, ivendré a por ellos y a por usted!

-No tendrá que venir. La paz reinara pronto en este hermoso país. Tenemos que juntos trabajar para sobrevivir la sequía y para progresar en una vida mejor para nuestros padres y nuestros hijos.

Nalunga llamó a la tropa a volver a los vehículos, mientras los coreanos le gritaban con rabia por lo que interpretaban como debilidad. Uno de ellos le llegó a gritar de forma amenazadora levantándole el puño delante de su rostro. En ese momento, Nalunga le dio un fuerte puñetazo y el mismo le levanto del suelo agarrándole en su fuerte puño por el cuello de la camisa del uniforme:

-Este es mi país, esta es mi gente. Necesitamos ya la paz. No vuelva nunca a gritarme!

Habían pasado dos semanas desde el incidente de la quinta brigada. Era domingo por la tarde. Patxi había dicho misa en la Iglesia redonda con techo de paja que reconstruyeron en comunidad en la misión de San José, y en el cauce seco del rio, pidiendo lluvias a los espíritus. Había pasado después a ver a una familia cuyo hijo había muerto en Soweto, y poco después su mujer, quedando los abuelos al cargo de tres niños pequeños cuando apenas tenían fuerza para ir a por la leña y el agua y sus ojos castigados por años de sol del Kalahari, apenas veían.

Fue a pasear por las rocas de Matopos. Se solía sentar en una gran roca plana desde la que veía otra alta, con la forma de una madre con su bebe en brazos. Pensaba en el amor de María.

Llevaba cinco años entre los *kalangas* y *ndebeles* del Sur de Matabeleland, los últimos cuatro reconstruyendo la misión de San José, apartada de todo. Con la sola idea de la vida amando a los demás y a nuestra existencia como un inmenso regalo, había conseguido transmitir la ilusión en *ndebele* a una comunidad que trabajaba junta en proyectos, que rezaba y cantaba junta al amor, que buscaba la sintonía con el misterio de la eternidad del tiempo y la inmensidad infinita del espacio. Con esa comunidad buscaban mejores pozos de agua, como traer la electricidad hasta la misión (itreinta kilómetros de postes!), organizaban talleres y artesanía, hablaba con su mayor cariño con los grupos de jóvenes, de madres, de mayores, de campesinos. Atendían a enfermos en el dispensario, atendía partos y hacía curas, incluso sacaba alguna muela o reducía alguna fractura. Esperaba cada mes al médico de la misión de Brunapeg, a unos cien kilómetros al norte. Se escribía con varios de los que emigraron a Soweto. Era feliz. Casi del todo.

Había dejado de hablar del antiguo testamento, en el que su lógica y su ética del amor no le dejaban creer. Había dejado de seguir estrictamente la liturgia. Había dejado de insistir en bautizos y otros sacramentos. Sentía tanta verdad en el testimonio de Jesús como en el de la unión a los *amakhosi* de los *ndebele*. Estaba convencido que el Padre de Jesús, era el Mukhulumkhulu de los *kalangas*, o incluso era la voz de nuestro Kharma como decía Rob, con quien mantenía una correspondencia de mucho afecto. Era el único Padre o Creador de todos. O éramos nosotros mismos. Éramos todos la misma energía en una ilusión de formas aisladas, de tiempo y espacio que evanescían cuando nuestra energía, por medio del amor, se liberaba.

Su forma de interpretar la religión, sin liturgias ni jerarquías, sin celos ni infiernos, su compromiso político con los más pobres, su lucha contra la

violencia del gobierno. Todo ello le había causado problemas con el obispo, un anciano alemán que seguía contando el éxito de la evangelización por el número de bautizados y diciendo media misa en Latin.

Había seguido por las noticias que oía en la radio, la visita del Papa Juan Pablo II a España, y le entristeció el enorme gasto en la visita y la falta de humildad como mensaje de Jesús.

Por otro lado, aunque era feliz con las emociones de cada día, nunca podría ser un *kalanga* o un *ndebele*. Seguía siendo un blanco de tierras lejanas, perdido en un pueblo y tierra ajenos donde sí le querían. Todos querían a Sindisabantu. Pero cada atardecer sentía el frío de la soledad. Sibindi y otros dos jóvenes vivían ahora en su casa compartiendo tareas con él mientras esperaban lugar en el seminario de Bulawayo. Pero en el fondo, no sabía si hacía bien animándoles a ese camino.

Pensaba para sí :

-La vida es amor. ¿Necesita el amor una forma? ¿Una fórmula? ¿Unos jueces? ¿Una liturgia? ¿Unas palabras repetidas de memoria? ¿Un miedo a ser castigados por el Creador? ¿Necesitamos un mundo de "creyentes" y "no creyentes"? Había visto la gente más maravillosa, valiente, fuerte, generosa, apasionada de la vida, vivir y morir con otras creencias. ¿Como podíamos hablar de cielo e infierno? Había visto personas que desde su miedo y rabia, o desde su confusión con las quimeras del lujo o del poder, actuaban de forma egoísta y deshonestas. Pero en muchos de ellos había ahondado en sus almas: carecían de amor, clamaban amor sin saber cómo. Como cuando un bebé llora por comer o por dolor. Había descubierto las almas más brillantes que volvían

al amor despojándose de miedos. Quizás hubiera un infierno. Pero estaba seguro de que estaba vacío.

Había otra idea que le atormentaba. Se sentía sólo en su intimidad. Cuando llegaba la noche, se retiraba sólo a su habitación. Deseaba el abrazo de una mujer, las caricias por su cuerpo y necesitaba aún más abrazar, darse entero no sólo a la comunidad, sino a una persona, diluir su existencia en la belleza de otro ser. Se acariciaba y se daba placer él mismo alguna vez en que sentía extrema, casi dolorosa soledad. Había consultado este deseo a sus superiores en Bilbao y en Bulawayo, y la respuesta era penitencia de oraciones y duchas por la noche de agua fría. Pero él no podía ver nada malo en el amor unido a la pasión sexual, humana y natural. No había conocido a nadie en quien volcar ese deseo, esa fuerza, pero sabía que estaba ahí, y que llegaría.

Mirando a la roca de la maternidad, pidió a Dios, o a *Mkulumkulu*, que le guiase en el camino del amor con valentía y su expresión más profunda, la ternura.

XX. Descubriendo la magia de la medicina. La Laguna, Tenerife 1983.

Jonay estaba ya en quinto año de la carrera de medicina, en la Universidad de La Laguna, en la isla de Tenerife. Había terminado los exámenes parciales de diciembre y, como acostumbraba, se había subido al Teide para ver "su" Gomera por un lado, y África por el otro. Recordaba cuando de adolescente miraba al Teide desde La Gomera y pensaba en qué le esperaba al otro lado del mar.

Poco después de rescatar a Kadiatu y a Lisy en el Atlántico, evacuadas por Josu en su carguero, y de volver al embarcadero de Fernando en Arguamul, Jonay viajó con sus padres, a bordo de Satia, hasta Tenerife, donde empezó una nueva vida, estudiando medicina.

Fernando y Kadiatu terminaron la casa de Arguamul, Lisy empezó la escuela y no sólo hablaba español a la perfección, sino hasta el lenguaje de los silbos gomeros y estaba plenamente integrada en la isla. Era ya una preciosa adolescente y tocaba la flauta travesera mirando a los amaneceres. Kadiatu consiguió el permiso de residencia como refugiada con la ayuda de la asociación de defensa de las mujeres, Gara, de San Sebastián, donde dos días por semana colaboraba con los documentos en inglés, y ayudaba a otras refugiadas. Le costó un poco más aprender castellano, pero ya lo hablaba bastante bien y había dado varias conferencias sobre los derechos de las mujeres en África y el desafío de la mutilación genital femenina. También, con la ayuda de Fernando, había cursado los estudios de auxiliar de clínica y trabajaba a veces haciendo suplencias en el ambulatorio de Vallehermoso. Era

amable con todos, pero algo en ella no terminaba de brillar. Fernando intentaba animarla. Pero parecía que a veces ella se sumía en una profunda tristeza de la cual no sabía como salir. No podía volver a Sierra Leona pues se podría enfrentar al hombre poderoso del que escapó, pero aún así, era como si hubiera dejado una parte del alma en su país, al que , a pesar de todo, amaba. Fernando seguía enamorado de ella, había terminado su barco con la ayuda de John, tocaba la guitarra y John la armónica en la plaza de San Sebastián y había empezado un huerto de plantas medicinales frente al barranco de "su" playa en Arguamul.

Después de dejar bien instalado a Jonay en La Laguna, Umbela y John partieron en Satia para dar la vuelta al mundo. Le enviaban postales y cartas a Jonay y a Fernando y su familia desde lugares preciosos, contando aventuras de su singladura. Se sentían profundamente libres y profundizaron en un amor casi simbiótico. Habían parado en Madeira a ver a Josu y su familia, de allí cruzaron hasta Cuba , donde encontraron a la familia de Fernando, y luego siguieron hacia el resto del Caribe, Brasil, Mar del Plata, Tierra del Fuego, Hawai, Australia, Papua Nueva Guinea, Indonesia, Filipinas, Sri Lanka, Mombassa, Dar es Salam, Ciudad del Cabo, Namibia, Guinea, Sierra Leona, donde se encontraron de nuevo con Josu y pasaron dos semanas recorriendo el país, la misión donde trabajo Fernando, el pueblo de Kadiatu, y de ahí hasta La Gomera. Un año de innumerables aventuras que John reflejó en un diario.

Mientras tanto, Jonay avanzó en sus estudios. Vivía en un piso compartido con otros cuatro estudiantes, Félix, de Tenerife; Jaime, de Gran Canaria; y dos de la "Peni" (península ibérica), un gallego llamado Antonio y Juan, de Madrid. Estudiaban otras carreras y tenían entre ellos una gran camaradería. Trabajaba fregando platos dos tardes por semana en un restaurante y con ello

tenía para contribuir al piso. A veces descargaba camiones en Santa Cruz, para ahorrar algo más. Y en las vacaciones ayudaba a Tomás en la pesca, a su padre a guiar turistas por los barrancos y el Garajonay, y a su madre a vender miel y dulces en San Sebastian. Jonay iba a todos lados en su bici, se había dejado el pelo largo y llevaba un tela roja sujetándose. Había crecido fuerte, curtido por las brisas en la playa de El Cabrito, por las travesías a nado y las marchas por el Garajonay. Pero sobre todo, había crecido fuerte en sueños. Sabía que estaba en el camino hacia otros mundos donde esperaba poder luchar a favor de los pobres, de los que el mundo en sus dinámicas crueles, orillaba hacia un desierto de necesidad y dolor bloqueado por diques de egoísmo.

Había leído mucho sobre la revolución rusa de 1917. En la Guerra Fría de la que estaba presa el mundo, simpatizaba con el comunismo. Jonay detestaba el capitalismo depredador e imperialista. Iba a las raíces previas al marxismo, fascinado por el anarco-comunismo y las obras de Kropotkin y Huxley, el idealismo de Tolstoy, y aunque se inspiraba en Marx detestaba a Lenin y aún más a Stalin y sus autoritarismos. Le fascinaban las historias de los comunismos no revolucionarios que el llamaba "de tamaño humano" como los isleños escoceses de Kilda, las comunas hippies y los kibbutz israelíes. Había pasado algunas semanas en el norte de la Palma con comunas hippies.

Había votado por primera vez el año anterior a los socialistas de González, creyendo en sus promesas de justicia social. Aunque a veces compartía el rito de la marihuana, casi siempre lo rechazaba y prefería sentir la fuerza de su cuerpo al correr por los montes, refugiarse en la naturaleza, nadar en el mar bravo o mirar los amaneceres. De hecho, huía de los grupos de más de cinco o diez personas, e intentaba, como le recomendó Fernando, "no ser ista de

ningún ismo, ser el mismo.". Eso no le evitaba indignarse por las injusticias como la que en esos años provocaba la crueldad de Israel en los campos de Chatra y Chavila. Animó, con algunos estudiantes de Gaza que estaban en La Laguna, manifestaciones estudiantiles para condenar a Israel en su genocidio del pueblo palestino, y desde entonces llevaba a menudo la kuffiya palestina al cuello. También se solidarizaba con el pueblo Saharai, despojado de sus tierras con la pasividad española y participaba en las reuniones de simpatizantes del frente Polisario en Tenerife. Pero sobre todo, desde las historias de Fernando, le angustiaba la pobreza, enfermedad y muerte en África. Leía todo lo que encontraba sobre esa realidad, Conrad, Schweitzer y las historias de unos jóvenes médicos contestatarios que quería ayudar a la hambruna en Biafra, Nigeria, a pesar de la oposición del gobierno.

Aprendió con el compañero gallego de piso, a tocar un poco la gaita y luego el violín celta. Le fascinaron los libros de Noah Gordon sobre El médico, El Chaman y la Dra Cole, los de Crichton de Cinco pacientes y sus posteriores novelas de ciencia ficción, las historias medicas de Michael Gordon y las aventuras de Wilbur Smith por el Sur de África. Le encantaba también leer a Machado, Hernández, a Wiltman y a Neruda. Pero sobre todo quedó fascinado con Tagore. Seguía guardando el regalo de su padre : los experimentos de la verdad de Gandhi, el original que naufragó con su barco. Con sus páginas hinchadas y deformadas por el agua, como hablando de las autenticas verdades y las aventuras en ir a buscarlas (Aimsa) aún nunca encontrándolas.

Le encantaba la música celta, también la música rock de los 60 que le enseñó su padre y los cantautores de la libertad Serrat, Aute, Humet, Llach y Victor Manuel entre otros. Fernando le fue introduciendo a la Nueva Trova Cubana y sentía profunda ternura cuando escuchaba cantar a John Denver y a los cantantes de la paz y el amor de los 60 de Woodstock y de las rebeliones de

Berkeley, todo un símbolo de libertad para él. Taylor, Croce, Dylan, Báez, Young, Simon, McLean, Lightfoot.. También sentía debilidad por la canción francesa, aunque su favorito era un belga que entregaba el alma en cada canción, Jacques Brel. Aún sentía con dolor el asesinato el año anterior de John Lennon, pero sentía que los versos de Imagine, reflejaban el ideal del mundo por el que quería luchar, sin países, sin propiedades, sin religiones. ¿Por qué rodear las religiones y políticas de sofisticación sin realmente ir con valentía a un mundo tan simple y humano como el de ese mensaje?

Porque, como sus padres, no creía en un Dios concreto. No podía imaginar un Creador de tanta maravilla, injusto dando sólo la luz, la razón o el paraíso a unos pocos creyentes de una historia. No podía entender ni aceptar la historia imposible y cruel del antiguo testamento. Incluso pensaba que algunas actitudes de Jesús parecían algo arrogantes. Pero, sobre todo detestaba, la hipocresía del lujo Vaticano, la violencia de la inquisición y las cruzadas, y su alianza con los imperios, las dictaduras y el capital. Prefería, simplemente, sentir la belleza de la naturaleza y sentirse parte de ella. A ella volvería y en su paso temporal con este imperfecto ensamblaje de moléculas de cuerpo humano. Pretendía vibrar con la belleza de la naturaleza y del amor.

El amor. No dejaba de enamorarse de compañeras del curso, de enfermeras en el hospital de La Candelaria donde hacía las prácticas , pero sobre todo de la dependiente de la panadería de la esquina. Había dado sus paseos y había intimado con algunas, pero no terminaba de diluir toda su existencia, como decía Erich Fromm, en el alma gemela que sabía le esperaba. Como la fiel complicidad sus padres o la valentía épica de Fernando y Kadiatu.

Pero sobre todo, vivía con pasión la medicina. Había ido pasando cada año

pero sin muy buenas notas. Aborrecía el sistema de competitividad y notas que él interpretaba como aliado del capitalismo competitivo. Había visto compañeros con notas altas y sin apenas sensibilidad por los pacientes, por el dolor ajeno ni por el sufrimiento en el mundo. Y al revés. Pero fue pasando de curso cada año.

En primero le fascinó la biología y la química orgánica. Llenó su cuarto de esquemas de Lehninger, con todas las rutas metabólicas que mantenían la vida en su constante intercambio de átomos y moléculas en torno al protagonista de la vida, el carbono, y sus aliados, el hidrogeno y el oxígeno. Pero no se quedaba en ello. Ahondó en la física infra-atómica, releía a Einstein sin poder concebir la flexibilidad del tiempo con la velocidad. Hasta que dio con algunos libros de física cuántica que le apasionaron. La dualidad de energía y materia de la que estamos hechos en nuestra naturaleza más íntima. Sabía de alguna manera inexplicable, que la energía era el amor y nos unía a todos. Como explicaban las filosofías orientales que trascendían el antropocentrismo cristiano y occidental.

Siguieron los años de anatomía en las aulas con cadáveres y huesos de difuntos, a los que siempre guardó un respeto profundo, al punto que casi no hablaba durante aquellas clases y prácticas. Le parecía irreverente. Pero aprendió con precisión por los textos de Feneis y Ruvier y el atlas de Sobota, la anatomía humana al mínimo detalle. Siguió los estudios de la fisiología y el funcionamiento del cuerpo en todas sus funciones, se apasionó leyendo y de nuevo llenando su cuarto de esquemas de Guyton, y cuando tocaba la inmunología, de Roit. Las defensas del cuerpo. Imaginaba el cuerpo como un universo : ¿dentro de otro, que quizás vuelve a estar dentro de nosotros? En nuestro cuerpo estaba el gobierno en el cerebro, la energía en el corazón, las

comunicaciones en el sistema circulatorio, los basuras en el intestino, el alcantarillado en los riñones, los coches circulaban como glóbulos rojos, y acababan en desguaces en el bazo. La médula era la fábrica de todos los medios de transporte, y el hígado ayudaba a importar las mercancías y a filtrar, como aduana, los tóxicos. Pero realmente el control estaba en el sistema de defensa, en la inmunidad. Era el ejército. Y reaccionaba ante las agresiones de fuera, aunque si permanecía demasiado tiempo inactivo, se tornaba contra su propio sistema. Las enfermedades auto-inmunes, como los golpes de estado. Pero cuando se debilitaba, permitía invasiones del cuerpo letales. Dió a cada tipo de célula inmune un rango, a cada anticuerpo, a cada sustancia clave en ese complejo sistema de defensa en frágil equilibrio con su entorno, una función militar.

Así comprendió mejor una enfermedad que un médico de San Francisco, Gottlieb, había descrito el año anterior : Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA). En un año se había multiplicado el número de casos y ya no se limitaba a homosexuales promiscuos de San Francisco. Habían diagnosticado los primeros casos en España entre drogadictos de Madrid.

Y hablando del ejército, se aproximaba una decisión difícil. El era un declarado pacifista, y menos aún proclive a unirse a un ejército que se acababa de unir, pese a las promesas electorales socialistas, a la OTAN. Se había declarado objetor de conciencia, pero eso le evitaría registrarse como médico al acabar sus estudios, trabajar. Decidió buscar todas las alternativas. Un grupo pacifista de La Laguna se reunió varias veces con objetores de conciencia salidos de la cárcel, y animaban a huelgas e incluso a la resistencia activa. Pero Jonay encontró otra vía: el servicio social sustitutorio. Lo había leído en algún periódico y buscó por todo Tenerife organizaciones que pudieran sellarle

"la blanca" (la cartilla del servicio militar) por un trabajo social, que si consideraba una actividad solidaria y generosa que todos, hombres y mujeres, debían hacer. Fernando le había explicado cómo funcionaban en Cuba y había escrito al hospital de Magbesseneh por si pudiera organizar algo así con los hermanos de San Juan de Dios. Fue a verles al hospital que tenía la orden en Tenerife. Le recibió el hermano Ramón, a quien le enseñó como un tesoro y guía, los cincuenta consejos del hermano Ricardo. Jonay le contó de su pasión por la solidaridad con África y su amistad con el médico cubano que trabajo en Magbesseneh. Ramón le dio la dirección de la oficina de misiones en Madrid y les escribió. Tenía cierto reparo al mundo de las misiones pues no aprobaba el proselitismo religioso, pero sabía el bien que hacían a los pobres, por las historias de Fernando. No tuvo respuesta. Mientras tanto, Fernando se lo comentó un día a Josu, pues le había oído hablar de un sobrino suyo, misionero en Zimbabue. Jonay escribió al Padre Patxi. Con esa ilusión siguió estudiando con fuerza.

Empezó a hacer prácticas en el hospital universitario de Tenerife. Recordaba con emoción el primer día que se puso la bata blanca y cuando empezó a hablar con los pacientes, a auscultarles, a coger sus manos, a estudiar sus historias clínicas, a investigar sus dolencias y los signos a la exploración. Podía pasarse horas examinándoles, hablando con ellos, haciendo diagramas de sus hallazgos, yendo a la biblioteca de la universidad a consultar en los tomos del Harrison, el Oxford Textbook of Medicine o los textos de Farreras, las enfermedades, sus mecanismos, los tratamientos. Un día, un jefe de servicio de Medicina Interna le llamó a su despacho:

El Dr. Delgado tendría unos sesenta años. Ya estaba algo calvo y se le notaba un rictus amargo en su expresión, la mirada acusadora por encima de sus

gafas, una incipiente barriga de vida insana pero impecablemente engominado y elegante en su traje, corbata y gemelos. Como muchos médicos adjuntos y jefes de servicio, tenía su consulta privada que compaginaba con su actividad pública. Había ido acumulando un capital importante. Tenía varias casas en la isla y participaba de una constructora que sembraba de urbanizaciones, hoteles y campos de golf por la isla , acusada por los ecologistas de dañar el medio ambiente. Tenía el diario ABC sobre la mesa donde presidía una foto suya saludando al dictador Franco.

-Pase, Doctor Jonay. ¿Harris?

-Sí, ese es mi nombre, Dr. Delgado.

-Veo que es usted un apasionado de la medicina.

-Si señor, siento una gran vocación.

-Por eso le quería ver. Quiero darle algunos consejos para que progrese en su profesión médica.

-Muchas gracias por su interés.

Dijo, Jonay, aunque sabía que no podía esperar nada muy bueno.

-Mire Dr. Harris. La noble profesión medica se basa en el conocimiento y en como ejercemos nuestra autoridad intelectual con diligencia, educación y corrección.

-Con todo el respeto, Dr. Delgado, No creo que la medicina tenga nada que

ver con la autoridad y el poder, sino más bien con la empatía y la humildad.

En ese momento el Dr. Delgado cambio de actitud. Su rictus amargo se transformó en una mirada de desprecio y amenaza.

-He sabido por las enfermeras que usted pasa muchas horas en las habitaciones de los pacientes hablando con ellos. Sabemos que a un paciente con una trombosis cerebral y con afasia, le trajo unos cascos de música, que a otro con insuficiencia respiratoria le dio masajes en el pecho, que a una mujer diabética con úlceras gangrenosas en las piernas la saco en su silla de ruedas al jardín y que a un enfermo con insuficiencia cardiaca le organizó una fiesta de cumpleaños y tocó el violín en su cuarto.

-Todo ello lo hice en mi tiempo libre, con el deseo de los pacientes que menciona y consultando a las enfermeras de guardia.

-A quien tiene que consultar es a mí, que soy la máxima autoridad en este servicio, y en todo caso a la Señorita Ángeles, supervisora de enfermería. Y según muchos rumores que nunca comentaba, su amante, pensó Jonay.

-Por otro lado, le prohíbo que a partir de ahora venga usted con esas "pintas" al hospital : ni sandalias, ni melenas ni esas bufandas subversivas.

-Dr. Delgado, las sandalias son artesanas de La Palma y al comprarlas ayuda a comunidades artesanas que viven en una ejemplar armonía con la naturaleza. Además son muy sanas para la anatomía y ventilación de sus pies. Yo le puedo conseguir unas. La melena la mantengo limpia y no entiendo que pueda molestar a nadie. ¿A usted le molesta la de la Señorita Ángeles? (Jonay notó que el Dr. Delgado se ruborizaba, eso fue un golpe bajo). Y en cuanto a

la "bufanda" a la que se refiere, se llama Kuffiya, lleva usándose siglos para protegerse del calor y representa la solidaridad con un pueblo masacrado ante la indiferencia internacional. ¿Quiere que le recuerde detalles de las masacres de Chavra y Chatila el año pasado?

-Dr. Harris, aquí no se viene a hacer política, y sus "pintas" idesprestigian a este hospital!

El Dr. Delgado había elevado el tono de su voz y le amenazaba señalándole con un dedo mientras su rostro se mostraba furibundo.

-Si la política es contribuir a un mundo mejor, todos somos y debemos ser políticos, con respeto a las ideas ajenas. Yo respeto sus ideas aunque no las comparta. Pero no hago proselitismo de las mías como usted intenta imponer su concepto de la medicina o su forma de vestir. Tampoco me gusta su bigote, su gomina, su traje o sus zapatos, pero nunca me atrevería a decírselo, sólo ahora en respuesta a su afrenta, y nunca le evitaría expresarse como usted quiera siempre que no sea ofensivo o irrespetuoso a los demás, que no lo es. Dr. Delgado, usted es una persona muy inteligente y sabia en la medicina, déjeme que aprenda de usted pero que siga siendo yo mismo.

-Esta conversación ha acabado. Si usted se niega al orden y a mi autoridad, verá los resultados en sus notas finales.

-Espero que reflejen mi conocimiento y no su chantaje de poder. Dr. Delgado, en este país ya hay democracia. Buenos días.

Jonay salió del despacho del Dr. Delgado sabiendo que ponía a riesgo su

carrera, pero se sintió muy feliz de ser el mismo. Hay algunas ocasiones en la vida que uno no puede sentir miedo de ser uno mismo. Pensó que esa era una.

Para darse un regalo a su valentía, se fue en su bici a la panadería del barrio. No sabía ni el nombre de la panadera, pero siempre se sonreían. A él le encantaba su mirada y su sonrisa. Le decían tanto, que no necesitaba más. Era preciosa, tenía el pelo rizado, negro, largo, los ojos de marrón-miel, la mirada tímida y profunda, una sonrisa limpia y discreta, un cuello altivo y digno, adivinaba un cuerpo precioso y sano, se movía con la suavidad de la brisa.

-Hola, ¿tienes una barra de pan?

-Si, claro, es tarde pero aún nos quedan.

-Bueno, en realidad no necesito pan.

-Si no quieres pan, porque vienes a la panadería.

-Quiero invitarte a pasear. Tengo algo que contarte.

- No nos conocemos, ¿cómo se cuáles son tus intenciones?

-No puedes saberlo, sólo intuir mi respeto y honestidad. Yo siento los tuyos, y desde hace tiempo me pareces la mujer más bonita que rodea mi vida.

No le importó que hubiera otras dos señoras esperando, que empezaban a agudizar el oído y a escandalizarse de la conversación.

-Salgo a las cinco, pero no prometo nada.

-Eso ya me hace muy feliz. Por cierto, me llamo Jonay.

-Hasta luego, Jonay. Me llamo Yolanda.

A las cinco estaba allí, a la puerta de la panadería, sin su bici, y con una flor. Yolanda le dijo que lo sentía, que estaba ocupada, y se despidió cortésmente. Jonay siguió yendo cada día a las cinco, con una flor. Y recibió la misma respuesta. Al sexto día, llevó dos flores. Y al salir Yolanda, no le preguntó nada. Jonay sólo la miró con una sonrisa. Yolanda sonrió. Fueron a pasear por La Laguna, luego la invitó a una cena en un restaurante vegetariano y al cine, a ver Gandhi, recién estrenada. Al salir siguieron hablando y contándose sus vidas. Yolanda tenía veinte años y era madre soltera. El padre de su hijo era adicto a drogas y hacía varios años que no sabía de él. Ella era de Lanzarote pero sus padres la habían dejado de hablar cuando quedó embarazada y decidió irse a Tenerife a buscar trabajo y vivir en libertad. Tuvo que dejar sus estudios en el bachiller y trabajar en la panadería, el único empleo que encontró. Apenas le daba para pagar la guardería, la habitación en un piso compartido, y la comida para los dos. Le gustaba la música clásica y nadar en el mar, pero apenas tenía tiempo ni medios, y soñaba también con descubrir otros mundos más allá de los mares que les rodeaban.

Acabaron la noche con el abrazo más cálido que nunca había sentido ninguno de los dos.

XXI. Las trampas de la vergüenza. Soweto, 1983

NoLwasi llevaba un año en Soweto, hablando con Nyangas y Sangomas zulúes y *ndebeles*, con los jóvenes de Matabeleland que habían llegado a aquella inmensa barriada de Johannesburgo, con herbalistas, con personas sabias que fue conociendo, y sobre todo, con los espíritus. No tenía su altar de rocas de Matopos pero había traído sus notas sobre corteza de malaleuca.

La primera noche que llegó a Soweto, encontró a un médico tradicional llamado James Moyo. James tenía más de setenta años, algunos de ellos en las cárceles del régimen apartheid. Cojeaba de la pierna derecha por una paliza de la policía, y tenía el pelo blanco y la mirada sabia y serena. Cuando llegó era muy de noche y James pensó que llamaba la policía para una de sus redadas. A menudo los médicos del hospital para blancos en Johannesburgo le denunciaban pues había blancos que venían hasta su casa a por medicamentos para diferentes dolencias. Ello afectaba al negocio médico convencional e intentaban desprestigiarle e incluso denunciarle por prácticas ilegales. Abrió con mucha cautela. Vió a una esbelta mujer con un pañuelo blanco en la cabeza, como muchos Nyangas de los zulúes del norte, y pudo, a pesar de la tenue luz de la lámpara de queroseno que alumbraba el único cuarto de la casa, ver fuerza y sabiduría en su mirada. Le invitó a pasar. NoLwasi le explicó el motivo de su preocupación y de su viaje hasta Soweto. James le invitó a dormir allí esa noche, y a hablar de ello con calma e inspiración de los espíritus, y con otros sanadores y líderes de la comunidad, la siguiente tarde. NoLwasi estaba agotada.

Llevaba dos semanas de largas marchas, había cruzado el Limpopo, peligrosas zonas salvajes, pueblos en los que sintió la agresividad, incidentes con los Boers de las minas y transportes clandestinos. No había sentido miedo, pero

estaba cansada y necesitaba algo de esperanza en su misión. Al acostarse, sintió una caricia en su frente, de una mano irreal, suave pero firme, de un guerrero noble y de gran corazón, de otro tiempo.

Al día siguiente se reunió con cinco médicos tradicionales, xhosas y zulúes, y con dos líderes del congreso nacional africano. Era septiembre de 1984. NoLwasi prestó especial atención al que se erigía en líder natural de aquella reunión, alguien a quien todos escuchaban con especial atención al hablar: se llamaba Chris. James le contó luego que Chris se había aliado al Congreso Nacional Africano desde muy joven y fue uno de los luchadores más firmes contra la ley de educación bantú, cuyas protestas llevaron a la masacre de Soweto hacia siete años. Por todo ello, y por la muerte de dos de sus hijos con balas de la policía sudafricana por la espalda, se había unido al *Umkhonto we Sizwe*, brazo armado del Congreso Nacional Africano.

Desde entonces había estado en la cárcel, exiliado en Lesotho y luchando por la liberación de Zimbabue. Estaba ilegal en Sudáfrica y era responsable de algunos de los atentados contra la policía, los jueces y las minas. Aunque su base estaba en Lusaka a dos mil kilómetros al norte. NoLwasi se presentó como nieta de la hermana de Joseph Nkomo, a quien conocía bien de sus tiempos en Sudáfrica y en la liberación de Zimbabue.

James presentó a NoLwasi como una *Nyanga* de Matabeleland que venía a intentar entender que estaba ocurriendo con lo que ya todos empezaban a conocer como *Ubhubhane*, la plaga que mata e *isifo esibulalayo nesingañangekiyo*, la enfermedad que no tiene cura. Uno de los Nyangas, el que parecía mayor de todos y que apenas podía ver, empezó la discusión:

-*Udade* (hermana) NoLwasi, esta enfermedad está infiltrándose en nuestro pueblo como la noche acaba con el día. En Kwazulu Natal hay funerales cada día de gente joven que muere poco a poco perdiendo su fuerza, su aliento y su espíritu. Hay tantos funerales, y en la tradición debemos ofrecer comida a todos, que se conoce ya a la región como *KwaÑama-ayipheli*, el lugar donde no acaba la carne, o *Akuyilubuyayo*, el lugar donde no se vuelve.

En ese momento tomó la palabra un sanador de la tribu Sotho.

-Esta enfermedad es una forma de *kwatsi* –nombre que le daban al antrax, con manchas y úlceras negras, en relación a infecciones del ganado-. Ha sido transmitida por ganado enfermo y por eso aparecen esas manchas rojas por el cuerpo. Hay que llevar al ganado a ser purificado por los espíritus.

En ese momento, una venerable anciana con una sonrisa cálida pero que denotaba sufrimiento de muchos años, habló :

-Esta enfermedad es un castigo de nuestros antepasados. En esta ciudad hemos olvidado el respeto y las tradiciones. Tu verás, *Udade NoLwasi*, que tus paisanos ofenden a sus mujeres con otras aquí con quienes viven o con quienes tienen sexo por el dinero que no mandan a sus mujeres y sus hijos en Zimbabue. Con ello, casi todos tienen enfermedades por deshonar a sus mujeres. Y para curarse, están abusando de nuestras niñas vírgenes, que son infectadas, rechazadas por sus familias y acaban prostituyéndose. En cada esquina las vemos esperando por las noches. Los espíritus quieren acabar con estas personas que ensucian a nuestro pueblo.

-Pero entonces, ¿por qué mandan también el dolor y la enfermedad a las mujeres honradas y a esas pobres niñas? La enfermedad en mi pueblo está afectando a mujeres que trabajan y cuidan de sus hijos y respetan las tradiciones.

-Los espíritus necesitan que acabe cualquier vida de este origen sucio.

En ese momento habló Chris.

-¡Los espíritus saben que necesitamos toda su fuerza para liberar a nuestro pueblo! ¡Amandhla! (fuerza).

Todos respondieron, ¡Amandhla! El grito de lucha contra el apartheid. Chris continuó:

-Esta enfermedad está afectando a muchos de nuestros jóvenes. ¿Quiere acabar con nuestra fuerza? El opresor blanco. Nos están infectando para debilitarnos. Será el agua que ponen en los pozos, o la harina del maíz, o quizás las botellas de cerveza que nos venden a los negros. Tenemos que averiguarlo, prevenirlo y usar la misma medicina en su contra.

¡Amandhla! Todos levantaron sus puños. NoLwasi miraba al suelo.

Después de aquella reunión, NoLwasi siguió conversando con cada uno de aquellos líderes y con otros que le fueron presentando. Aunque ella actuaba callada y hasta tímida, su serena ternura y determinación a desvelar los misterios de la terrible enfermedad le hicieron ganarse el respeto.

Tardó varias semanas, alojada en la casa de James, en ir buscando a sus paisanos de Sanzukwi. Chris le había puesto en contacto con los líderes de Zimbabwe, pero no se atrevía a contactarles pues podrían recibirla con animosidad si eran adversarios del ZAPU de su tío-abuelo Joseph. Mientras tanto fue ganándose un nombre como *Nyanga* y cada día recibía a varios enfermos, les daba tratamientos herbalistas e invocaba a sus antepasados para la armonía de sus espíritus. Ella sabía que no podía tener las conexiones y energía directa para su curación si estaba tan ajena a sus clanes, pero con su buena voluntad conseguía aliviar de muchas dolencias. Con ello podía colaborar con los gastos de James en la humilde habitación donde vivía. Varios días tuvo que esconderse en una cueva secreta en el patio posterior cuando la policía sudafricana hacía redadas para detectar y deportar a inmigrantes ilegales, sobre todo de Zimbabwe. Finalmente se fue a ver a *Bastirai* (nos ayudamos), líder Shona en Soweto. Chris les había puesto en contacto y ella había recibido una nota de cuando podía ir a verle. Todo estaba muy controlado por medidas de seguridad pues tanto Chris como *Bastirai* eran objetivos de la policía sudafricana.

-*Bastirai, Mhoro, Wakadini zvako?* (hola, ¿cómo estás?)

Saludando en Shona, NoLwasi demostraba no ser radical del ZANU ni de los disidentes *ndebeles*, y relajar la tensión tribal y desconfianza entre ambas etnias.

-Luchando *Udade wami*. (Hermana mía, en *ndebele*)

-Me alegra mucho conocerte, *Bastirai*. Sé de su lucha por la libertad en Zimbabwe y ahora por ayudar a nuestros hermanos de Sudáfrica en su

liberación. Chris me dijo que era importante que compartiera mi preocupación contigo, y saber de su consejo.

-Te escucho.

-Una enfermedad que no conocemos, ha matado a tres jóvenes de mi pueblo en Matabeleland. La mujer de uno de ellos también ha enfermado. Hemos sabido de otros Nyangas en Matabeleland y aquí en Soweto, que esta enfermedad está llevándose la vida de muchos jóvenes. Muchos de ellos han estado en las minas o en Soweto. Y sus mujeres enferman un tiempo después. He venido para averiguar qué está pasando con nuestros jóvenes en Egoli. Aún no les he ido a ver.

-NoLwasi. Gracias por su esfuerzo en llegar hasta aquí, por haber arriesgado tu vida. No es fácil para un hombre, aún menos para una mujer. Y tienes razón, hay una plaga que se está llevando a muchos hombres. Es aún peor en Kwazulu, donde cada semana los pueblos se llenan de funerales. Aquí en Soweto también: esta misma tarde voy a un funeral de un compañero de Masvingo (en el centro de Zimbabue), si quieres ven conmigo.

-*Siyalibonga* (te damos gracias, hablaba en plural. Sentía a sus espíritus con ella).

-Tenemos que estar atentos, NoLwasi. En Sudáfrica los bancos nos odian, y más aún si venimos de Zimbabue, pues somos un mal ejemplo de liberación para su pueblo oprimido. He visto a la policía subida a los depósitos de agua y temo que haya echado algún veneno. Tengo un amigo dentro del departamento de aguas de Johannesburgo que va a ver los análisis.

-No creo que sea eso, Bastirai. Eso afectaría a todas las personas, y no sólo a los hombres jóvenes, y menos aún a sus mujeres a mil kilómetros de aquí.

-Piensa que son precisamente los jóvenes los que más molestan a los racistas blancos.

-Lo sé, Bastirai. Pero no hay formas de sólo afectarles a ellos por el agua o por alimentos.

-Me preocupa que las vidas que llevan aquí sean deshonestas con sus familias en Zimbabue. Y que ello enoje a los espíritus y expanda un mal por las relaciones deshonestas.

En ese momento, un llanto de un niño sonó desde un cuarto de al lado. Y una mujer llamó en la lengua *Xhosa* a Bastirai.

-Bastirai, sé valiente en decirme la verdad: ¿sabe tu familia en Zimbabue de tu vida aquí?

Ya estaba levantándose para ir al cuarto de al lado. La pregunta le incomodó y reaccionó con agresividad señalándole con el dedo:

-Camarada NoLwasi, la liberación exige sacrificios de todos.

-Hasta los sacrificios más profundos y precisamente por las causas más nobles, merecen de ir aliados con la verdad.

-La única verdad es que somos un pueblo en lucha y tenemos que sobrevivir.

-Te diré algo, Bastirai: en mi comunicación con los espíritus he aprendido algo: no hay nada que rompa más la armonía de los humanos con el mundo desconocido del que venimos y al que vamos, que la mentira. Siempre se vuelve contra nosotros.

Bastirai no sabía que responder, simplemente dijo:

-i*Amandhla!* (fuerza!)

-*Lisale kuhle equiniseni.* (Quédate en paz con la verdad).

Sabía que no podía confiar mucho en Bastirai, pues le había puesto en evidencia, y sus ideas, como las de otros "*freedom fighters*" parecían obsesionadas con el origen de la enfermedad en el racismo blanco.

Muchos Nyangas le habían prevenido en buscar "causas" de la enfermedad, pues era como poner en duda el hacer de los espíritus. "Ellos saben bien lo que hacen". Pero NoLwasi se negaba en ver como su pueblo moría poco a poco en el dolor sin entender por qué. ¿De alguna manera eran los espíritus también los que la mandaban a saber que les enojara? ¿Qué alteraba la armonía de su pueblo?

Buscó a los jóvenes de Matabeleland. No fue difícil. Oyó escuchar *ndebele* a un grupo y se acercó a preguntarles. Buscó en concreto a cinco jóvenes de su pueblo, y les dijo los nombres. En una barriada de casi un millón de personas era difícil dar con personas en concreto, pero después de preguntar

en siete casas diferentes, cada una dirigiéndole a la siguiente, dio con la casa de un joven llamado Teya (atrapado).

Teya era un joven unos cinco años mayor de edad que ella. Habían jugado juntos con los chicos del pueblo cuando niños. Era un buen músico de los tambores y muy rápido en las carreras. Siempre había sido muy alegre. Se casó cuatro años atrás con una chica que vivía cerca de la misión de San José y se había trasladado al *kraal* de su mujer donde fueron construyendo su casa de adobe y paja. Siguiendo la tendencia de muchos de los jóvenes de su edad, partió un día hacia Soweto. Ya tenía dos hijos con su mujer. Había vuelto dos veces en cuatro años. Por navidad. En la última, había conocido a su tercer hijo, con un año y tres meses, producto de su último viaje. Mandaba algo de dinero a Bulawayo desde donde, como con los otros jóvenes, una persona – tras quedarse una comisión- lo llevaba a las familias. Empezó escribiendo una carta cada mes, pero ya hacía dos años que no escribía.

Llamó a la puerta. Notó que la espiaban desde detrás de unas cortinas de la única ventana. Abrieron con sigilo:

-¿Quién es?

-Soy NoLwasi, Siphon Dube, la nieta de Masora, de Sanzukwi.

La puerta se abrió por entero. Teya tenía unos treinta años. Se había dejado pelo *rasta*, no vestía nada de cintura para arriba. Llevaba sólo unos pantalones negros bastante sucios. Su rostro se mostraba como ausente, su mirada perdida, y notó como empezaban a asomar los pómulos en sus mejillas. Se

notaba que su cuerpo había sido fuerte, pero empezaban a apreciarse los espacios entre las costillas. En los breves segundos del saludo inicial, notó la mancha roja en un lado de su cuello. Detrás de él había una habitación de unos tres por tres metros, comunicaba con otra, separada por una cortina roja. Una bombilla colgaba del techo y su tenue brillo daba más sombras que luces. Un sofá lleno de rotos por donde salía la espuma, ocupaba la mitad del espacio. Enfrente, una mesa con platos y vasos sin lavar. Un niño gateaba por la casa y se notaba la presencia de una mujer al otro lado de la cortina. Notó varios carteles en las paredes de anuncios de revistas con fotos de coches de lujo, relojes y cadenas de oro, y grandes cadenas de música.

NoLwasi notó un humo con un olor y hasta sabor como agridulce, y los ojos enrojecidos de Teya. Había también botellas vacías de cerveza por las esquinas.

-*iSipho! iSingani! ¿Abanye banyani?* (¿cómo estás? ¿Cómo esta nuestra gente?)

Yo estoy bien, Teya. Pero nuestra gente está preocupada. Es por eso que he venido hasta aquí.

-¿De qué estáis preocupados? Aquí estamos trabajando duro en las minas para ayudar a nuestras familias. En nuestras secas tierras no podemos hacer nada.

NoLwasi miró al niño gatear y le miró a los ojos. Luego miró a su cuerpo emaciado, al humo que salía de un cuenco sobre la mesa, a sus enrojecidos y delatores ojos, al estado del cuarto. Teya sabía bien lo que esa mirada

significaba. Y sabía bien que Sipho tenía poderes.

-Sipho, este niño es hijo de una amiga, y sé que necesito un poco de orden. El humo es para curar una enfermedad, me estoy debilitando de tanto trabajar.

-Llámame NoLwasi, Teya. Es como ahora me llaman todos. Te diré una cosa: de muchas cosas no entiendo, hay muchas veces que no oigo el consejo de nuestros *amakhosi* para ayudar a quienes me lo piden. Hay veces que dudo entre que plantas utilizar y como prepararlas. Pero hay algo que se ver muy claro y muy pronto: la mentira. Y parece que aquí en Soweto es aún más común aún que el alcohol y la droga.

En ese momento salió una mujer más bien obesa, con el pelo oculto con una bolsa de plástico llena de vaselina. Vestía sólo un sostén y una tela a la cintura que rodeaba su oronda figura. Tenía los ojos pintados y la piel del rostro mostraba zonas claras por los productos de arsénico que vendían para aclarar la piel. NoLwasi detestaba esas formas de atentar contra su naturaleza, intentando además esconderla. La mujer la miró desafiante y le abrazó a Teya por la espalda.

NoLwasi volvió a mirar a los ojos a Teya.

-Nancy. Esta es NoLwasi, de mi pueblo en Matabeleland.

-Encantada, NoLwasi. ¿Has encontrado ya quien te acoja? Hay hombres que prefieren cuerpos delgados como el tuyo y tendrás mucho trabajo pronto.

Estaba claro a qué se refería aquella mujer quien al decirlo guiño un ojo y

esbozo una sonrisa de complicidad. NoLwasi detestaba todo en aquel lugar: la imagen, el olor, la mentira, la prostitución, las drogas, la suciedad.

-Nancy, tengo que acompañar a NoLwasi a buscar un lugar. Volveré tarde.

-Si no me encuentras, no te extrañe.

Salieron de aquel lugar. NoLwasi sintió náuseas.

-NoLwasi, donde te quedas. Puedo buscarte un sitio.

-Tengo donde estar. Y por lo que he visto, lo último que haría sería seguir tu consejo. ¿Has visto en que se ha convertido tu vida?

-Soy un hombre, NoLwasi. Eso no cambia aunque viaje mil kilómetros.

-¿Ser hombre significa mentir?

-Todas nuestras mujeres en Matabeleland saben que no estamos solos en Soweto. Pero no preguntan.

-Claro, porque las pegáis por dudar de vosotros, y cuando menos, las mentís.

-Bueno, sea como sea. Aquí pasamos la mayor parte del tiempo trabajando muy duro en las minas. ¿Has bajado alguna vez a una mina?

-No.

-Cada mañana salen camiones de aquí con miles de trabajadores, a las cinco de la mañana. A las cinco y media ya tenemos que estar en la fila para entrar en los ascensores que nos bajan a los infiernos. Sólo nos llaman por número: yo soy bantú número 1346. Si pierdes tu número, pierdes el trabajo. Si llegas tarde, los vigilantes te dan varios palos frente a todos para dejar bien claro su poder y que no vuelvas a venir tarde. Entramos al infierno. Los ascensores, cajas de hierro sin ninguna protección, bajan unos trescientos metros. El aire es denso, lleno de sulfuro, parece ahogarte. Hace más de cincuenta grados. Las lámparas que llevamos en el casco, apenas alumbran dos metros alrededor. Incluso en ese infierno siguen los palos y los gritos. Trabajamos sin descanso durante cuatro horas. No sabes que es peor, si el turno de picar las paredes, el de arrastrar los vagones llenos de tierra y rocas, o el de limpiar los túneles y las vías con las palas. Te preguntas mil veces cada día porque estás aquí. Recuerdas a tus hijos, a tu mujer, a tus padres, a los atardeceres limpios de Matabeleland, los ritmos de los tambores y las danzas, el calor de la mirada de tus padres, las carreras persiguiendo a los impalas. Mi recuerdo de "ekaya" (la casa, la raíz), es de luz.

-¿Y por qué sigues aquí?

-Cuando venimos lo hicimos contra el deseo de nuestras familias, y asegurándoles que tendríamos éxito, traeríamos dinero para casas sin el polvo del adobe, tejados sin las goteras de la paja, pozos profundos que no se agotan, hasta ropa y aparatos con pilas o generadores. Soñamos con volver en un coche y llevar a nuestros padres a Bulawayo, hacer que descansen tras una vida dura arrancando a las arenas secas del Kalahari un puñado de maíz o de mijo.

-¿Cómo podría volver sin nada en mis manos? Sería el hazme reír del pueblo entero, y la vergüenza para la familia.

-Es mejor volver así, que no volver, o volver en una caja de madera como Lizwelicha Mabhoko, Mjayelwa, Sifiye y Vusimzi.

En ese momento, Teya dejó derretirse su apariencia de seguridad. Se quedó callado y sus ojos se humedecieron. NoLwasi tenía un gran respeto por esos momentos en los que el alma de una persona sale con su mayor sinceridad, envuelta en el agua de la verdad contenida tanto tiempo.

-Eran mis amigos, Siphó.

-Y los míos, Teya.

Pararon y se miraron frente a frente. Teya sintió, como hacía mucho tiempo no sentía, que alguien brillaba con la verdad, en esa ciudad de dolor, sacrificio, miedo, mentiras, desesperación.

-Tienes que decirme qué pasa. Necesito entenderlo. Y necesito la alianza de nuestros antepasados con la verdad. Ellos te están escuchando.

Teya recordó en ese momento la mirada profunda del guerrero *ndebele* Mandhla, el abuelo de NoLwasi. Sintió un escalofrió. Notó que le estaba mirando.

-Sifiye fue el primero. Cuando vivimos se fue uniendo a malas compañías. Iba de bar en bar y prostíbulo en prostíbulo. Apagaba su nostalgia de *ekhaya*

o su rabia o miedos con alcohol y mujeres. Hablé varias veces con él. Le aconsejé que no fuera con ese grupo, que acabaría en la cárcel, enfermo o peor. Tras un año empezó a toser y a perder peso. Buscamos *umuti* (medicinas) pero no encontramos nada. Solía decir que Masora le habría cuidado. Le llevé a mi casa. Perdió el trabajo, todo. Se fue quedando en los huesos. Ya no podía levantarse del suelo ni para hacer sus necesidades, sobre las que se quedaba tumbado. Intenté lavarle pero aquí nos racionan el agua. Intenté darle de comer con cucharas. Pero cada vez estaba más débil. Vomitaba todo. En su última noche me pidió que le cogiera la mano. Aún recuerdo sus palabras:

-Teya, *ungane wami* (amigo mío). He sido infiel a mi mujer, a mis padres y a mis antepasados. Desahugué mis miedos de la mina en alcohol, mi soledad de hombre en sexo sucio, mi responsabilidad como padre y marido en el olvido. Acabé sin ser yo. Sin saber ya quién era. La enfermedad viene por las mujeres que venden su cuerpo. La he visto en algunas de ellas que se quedan detrás de las cortinas. Teya, alerta a nuestro pueblo. Y te pido un favor antes de irme de este mundo: Durante los primeros meses fui guardando dinero bajo un ladrillo, bajo la cocina de la casa donde vivía. Te pido que lo cojas y que hagas que mi cuerpo vuelva al *kraal* y pueda reencontrarme con nuestros *amakhosi*. Les explicaré lo que ocurre. Necesitan venir en nuestra ayuda, quitarnos la venda de los ojos.

En ese momento, NoLwasi vio que Teya tenía una mancha blanca en la lengua.

-Teya, debes volver conmigo al pueblo. Te aseguro que si no lo haces, acabarás como Sifiye y los demás. Aun así no sé si podré ayudarte.

-No sabría cómo mirar a los ojos a mi familia.

-Mejor mirar con sinceridad y humildad, que nunca volver a ver las sonrisas limpias de tus hijos. Tenemos que buscar también a Jabulani.

-Jabulani murió la semana pasada. No tenía nada debajo de ningún ladrillo.

-Saldremos al amanecer.

Al volver a la casa de James, notó en una pequeña casa de madera con una tenue luz de una lámpara de queroseno, que unas niñas hablaban *ndebele*. Le enterneció el escucharlo. Quizás los jóvenes de Matabeleland con doble vida en Soweto mantenían al menos el idioma en sus hijos bastardos. La sonrisa le desapareció mientras iba hacia casa de James.

Un tiempo después sabría por qué.

XXII. Un Imperio de contratos. Berkeley 1984

Aimsa ya estaba en su cuarto año de universidad en Berkeley. Se había ido implicando en acciones sociales con los más pobres, los vagabundos y el número creciente de drogadictos. El presidente Reagan había impuesto una ley que limitaba la acogida y apoyo del gobierno a las personas sin techo. En el país más poderoso del mundo, detrás de sus limpias calles y fachadas, latía todo un mundo de necesidad, el que no conseguía el éxito en la sociedad de las "oportunidades."

Aimsa fue también comprobando las muchas personas que carecían de seguro médico y aún los desempleados, pobres o pensionistas que accedían a seguros públicos (*medicaid* y *medicare*) pero con servicios muy parciales e insuficientes. Claro, nada tenía que ver un pobre de Calcuta, la vida de "los tigres blancos" con los vagabundos del parque de la gente (*People's park*). Pero aunque la necesidad física podría ser menor en el reino de la abundancia, la soledad era una losa pesada en la mitad de la población del supuesto paraíso californiano. Sentía pena, rabia, pero sobre todo, profunda compasión por las personas mayores que vagaban por las calles ante la indiferencia de todos. Hizo amistad en especial con una mujer llamada Sally.

Sally tenía unos setenta años, pero aparentaba más de noventa. Tenía un pelo blanco largo y desmelenado, pero nunca iba sin su diadema de plástico verde. Sus ojos estaban enmarcados por las arrugas profundas que una vida de dolor había surcado en su rostro. Su boca desdentada pocas veces se abría para

hablar o sonreír. Y tampoco muchas para comer.

Llevaba un carro de *Walmart* lleno de bolsas de plástico con ropas, botellas, libros deshojados y utensilios, juguetes y artilugios varios que encontraba por las calles. Aimsa le traía cada noche una sopa que calentaba en la cocina del edificio de ciencias donde asistía a clases por las tardes. Tardó cuatro días en merecer la mirada de Sally y que siquiera mirase a la sopa. Al quinto día, Sally la miró de reojo y se acercó a la sopa. Hizo como si la despreciaba pero cuando Aimsa se alejaba en su bici miró de reojo hacia atrás y vio como Sally se llevaba la cuchara a la boca. Esa noche Aimsa guiñó a las estrellas desde donde la miraba su madre. Siguió yendo cada día. Y con el tiempo Sally le fue contando su historia. Había nacido en un pueblo de Oregón. Sus padres se habían arruinado al gastar todos sus ahorros en un cáncer del intestino de su padre. Aun así, su padre murió, y su madre quedó sin nada, en la calle.

Sally tenía diez años y llegó la Gran Depresión. Los pocos empleos temporales que hacía su madre, desaparecieron, y sin familia cercana, se vieron en la calle. Su madre murió al poco tiempo de fiebres que nadie trató. Con catorce años Sally empezó a servir en bares y restaurantes. Tuvo varios novios nada gentiles y quedó embarazada de uno al que nunca volvió a ver.

Sin trabajo y maldita en un pueblo pleno de prejuicios religiosos, acabó en las calles de San Francisco pidiendo con su bebé, y poco a poco consiguiendo trabajos de limpiar portales y fregar suelos en algunas casas. Consiguió así que su hijo fuera a una guardería y con el tiempo a la escuela. Le contaba historias de un pasado mejor y sueños de un futuro aún mejor. Así vivió dedicada a su pequeño, sin confiar en los hombres y apenas en una sociedad hostil. Sólo alguna vez ahorraba e iba a ver películas de Hollywood con las que

soñaba otros mundos. Ocurrió que su hijo, ya en la secundaria, entró en el mundo de las drogas y le robaron la armonía de su cuerpo, de su mente y de su alma. Su madre intentó todo, hasta encerrarle para aislarle de los malditos camellos traficantes que vivían chupándole la sangre y la vida a su pobre James quien se convirtió en un esqueleto deambulante de mirada perdida. Intentó clínicas de deshabitación con algunas parroquias y dejándose su poco dinero en algún centro privado. Nada resultó. James incluso empezó a robarla y hasta alguna vez a agredirla. Un día amaneció muerto de una sobredosis en el sofá de la habitación donde vivían. Desde entonces, Sally no hablaba apenas, no encontraba razón para vivir ni fuerzas para dejar de hacerlo. Y se había acostumbrado a ver pasar los años arrastrando un carro donde quizás guardaba símbolos de un pasado mejor. O amuletos para un futuro mejor.

Aimsa empezó a ir a conferencias y a leer en la biblioteca mientras veía que cientos de familias, o al menos padres con hijos a punto de entrar en la universidad, paseaban por el enorme campus deteniéndose en cada edificio, consultando su historia, sus éxitos o aportaciones a la humanidad, venerando la fuerza del saber de aquel lugar, único en el mundo. Aquellas familias habían ahorrado toda una vida para poder traer a aquellos jóvenes que paseaban con sus padres venerando cada rincón de lo que sería su vida los siguientes cuatro años y les empaparía de conocimiento y preguntas con las que desafiar las grandes preguntas de la Humanidad. Más de cuarenta premios nobel habían originado en aquellos edificios sus aportaciones al conocimiento y progreso humanos.

Una de las primeras conferencias a las que asistió Aimsa, tras aquella de la enfermedad misteriosa de San Francisco, fue la del recién laureado nobel Czeslaw Milosz, un lituano profesor de lenguas eslavas en Berkeley quien

habló del triste destino oscuro de la Europa del este entre las guerras y el periodo del comunismo soviético. Sus descripciones, plenas del más profundo sentimiento y con la rima y el suave volar de los poemas le llegaron a Aimsa a lo más profundo del corazón. Habló después de las oposiciones de la vida y la muerte, la verdad y la falsedad y la realidad y la ilusión. Fue entonces cuando Milosz dibujó la conexión entre la realidad y la ilusión. La relacionó con la nostalgia de su tierra, Lituania, invadida por el dominio soviético. Ciertamente el comunismo había sembrado de opresión a una parte del mundo y Gorbachov estaba reuniéndose con Reagan para preparar la Perestroika, la humanización del comunismo. ¿Pero no era igual de salvaje el capitalismo que dejaba a Sally dormir en el parque?

Se afanó en entender los misterios de la física y atendía atónita a las clases y conferencias de profesores con ideas fascinantes que desafiaban las fronteras del conocimiento. Vio el ciclotrón que había inventado Lawrence, coetáneo de sus admirados genios de la física cuántica, verdadero telescopio de la materia más esencial. Asistió estupefacta a las clases de Segre y sus descubrimientos sobre la anti-materia, escuchaba a Glaser hablar de sus métodos para saber el recorrido de las partículas subatómicas y a Townes describir cómo llegó a inventar los rayos láser y sus aplicaciones en ciencia y medicina. También se sintió fascinada por la química. Atendía a las clases y leía los libros de Melvin Calvin quien utilizó el ciclotrón de Lawrence para estudiar el carbono 14 y con ello seguir el ciclo de la fotosíntesis: la transformación de la energía del sol en vida.

Otro viejo profesor, Seaborg, explicaba como aplicó con el ciclotrón de Lawrence técnicas para descubrir átomos radioactivos y hasta catorce elementos químicos, a los que luego llamarían "tierras raras" destinadas a

sacar a la Humanidad de su sucia dependencia de la combustión de fósiles. Pero no todo era conocimiento teórico. El láser ya se usaba en medicina y Seaborg explicaba como con sus descubrimientos del yodo radioactivo pudo salvar la vida de su madre. Aimsa estaba estudiando a la sombra de aquellos gigantes del saber, quienes, a menudo, actuaban de forma humilde y se trasladaban, como muchos estudiantes, en bici por aquel campus mágico. Del mundo de la física y de la química pasó a la biología y las ciencias del cuerpo humano con igual pasión y fascinación. Un joven llamado Andrew Fire estudiaba entonces su tesis, la que luego dio pie al mundo a entender la conexión entre los genes y las proteínas. Aimsa fue sumergiéndose en los misterios del genoma humano y compartió clases con una joven llamada Carol Greider que tiempo después descubriría la vida de los genes y las enzimas que limpian sus extremos decadentes, las telomerasas, las que tiempo después desafiarían al envejecimiento humano. Avanzó en entender el comportamiento de las células y así abarcando el inmenso misterio del cuerpo humano. Llegó así a comprender mejor lo que años antes, cuando llegó a Berkeley describió aquel joven médico de San Francisco sobre la enfermedad que ahora todos conocían como el SIDA, y que afectaba ya a miles de personas, no sólo homosexuales. Escribía y hacía esquemas que colgaba en su habitación, que ahora alquilaba a Rob y Kathy, con quienes había ido tejiendo una entrañable amistad.

En el último año se había ido concentrando en el estudio del pensamiento filosófico, social, político y económico. Aplicaba su ingenio científico y su inusitada clarividencia al relacionar la realidad, la energía y los destinos de las acciones. A menudo se quedaba profundamente pensativa calculando nexos entre aquellas teorías y dibujando en su mente las relaciones de los conceptos. En filosofía fue desgranando el pensamiento occidental y

comparándolo con lo que había ido absorbiendo de su formación budista en el ashram. Estudió con pasión la vida del aristocrático Platón y sus diálogos con el mundano, casi vagabundo Sócrates y de cómo se opuso a las formas políticas de entonces y proponía un nuevo orden.

Todo aquello resonaba con fuerza en el alma de Aimsa, tanto tiempo anhelando comprender para actuar, para aliviar el sufrimiento de un mundo pleno en tinieblas e injusticias. Pensaba en la imagen del alma según Platón, como una cuadriga de caballos blancos y negros, las tendencias de bondad y de maldad del hombre, dominada por la razón. Estudió en su obra, La República, el concepto de justicia y la estructura propuesta de la sociedad y el estado. Aunque veía la sabiduría de Platón, ya hacía más de dos mil años de su propuesta del estado y las relaciones entre las personas, sus actividades y la plaza pública donde se administraban sus actividades. Le decepcionaba ver como Platón defendía el concepto de la guerra y los ejércitos. Leyó a Descartes y Hobbes intentando encuadrar las creencias religiosas en marcos filosóficos. Imposible. Y así llegó a leer a George Berkeley, cuyo nombre inspiró al lugar donde ahora vivía y estudiaba al mundo.

A pesar de detestar su aristocracia católica, su vida de obispo y su tolerancia con la esclavitud, quedó atónita al ver como hacia doscientos años aquel religioso irlandés ya predijo que la realidad sólo existe cuando la observamos. Siguió estudiando a Voltaire y su valiente enfrentamiento al catolicismo intolerante por conceptos de justicia social, y a Rousseau en su concepto político del contrato social. Y así llegó a Kant y sus límites de la razón, y de cómo Nietzsche veía en la negación de Dios el precipicio europeo hacia el

nihilismo. Pero sobre todo se inspiró en los pensamientos de Russel, Sartre y Chomsky, a quien escuchó en una conferencia y se atrevió a intercambiar algunas ideas sobre la sintonía entre sus ideas anarco-socialistas y el budismo en su esencia social.

Llevaba una vida vegana en alianza con la naturaleza y la vida, en contra del dolor y la dominancia de especies entre sí y dentro de ellas. Subía las cuestas en su bici llegando empapada en sudor. Se bañaba con palanganas de agua fresca. No utilizaba agua caliente pues le hacía sentir sopor, adormecía su alma y sintonía con la vida, de manera parecida a como hacía el alcohol que probó alguna vez. Leía a Tagore con una vela, meditaba en posición de yoga y hablaba con su madre en las estrellas.

Pasó su último año de *college* en Berkeley adentrándose en el pensamiento político y escribiendo un ensayo sobre la sincronicidad divergente de la independencia americana y de la revolución francesa.

Había vivido ya cuatro años devorando las oportunidades del saber que le había evitado su vida en las calles y los vertederos, y conociendo en el país de la "la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". Su declaración de independencia legitimaba que cuando los derechos de las personas no fueran respetados, "el pueblo tiene el derecho a reformar la forma de gobierno e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad".

Comprobó que la vida no era respetada en el país más poderoso del mundo. Y mucho menos en los muchos países que caían en su esfera marginal de

poder político y económico.

Con todo ello leyó a Marx y a tantos otros y empezó a creer en un mundo sin fronteras, sin religiones y sin propiedades.

En aquel tiempo se involucró en varios movimientos alternativos al sistema capitalista dominante, aunque evitaba ser abducida por ningún partido político. Siguió con detalle los acontecimientos de los diálogos entre Reagan y Thatcher y el nacimiento del consenso de Washington: La verdadera ley de la selva del capitalismo. Escribió un ensayo para la universidad en que exponía cómo la libertad del flujo del capital (llamada ideología "liberal") por encima de los derechos de las personas y el bien común, realmente encadenaba al ser humano a la abundancia injusta o a la pobreza indigna. Estimó con modelos matemáticos que llamó "la zona ética de la equidad" sobre lo que el alejarse de ella en ambos extremos podría deparar al mundo.

En aquel tiempo, fue investigando una consecuencia de aquel movimiento "liberal", realmente liberador para las garras del mercado, encadenante para la libertad y dignidad humanas. Sentía un extraño vértigo al ver el mundo precipitarse hacia un capitalismo voraz, enajenante, con nidos y núcleos de avaricia que atraían con inagotable ambición, todos los recursos de la Tierra y la energía de las personas.

Con la ayuda de Rob leyó documentos clasificados en los que un tal Edmund Pratt, poderoso presidente de la gigante farmacéutica Pfizer, proponía blindar la "propiedad intelectual" en las negociaciones internacionales sobre comercio y aduanas, llamadas en inglés *General Agreement on Tariffs and Trade* (GATT). Aimsa sintió que aquella idea podía sembrar brechas aún mayores en

el mundo, ya agrietado en sus entrañas por diferencias abismales entre sus tigres blancos y los millonarios americanos. Pudo leer un discurso de Pratt en el consejo nacional de comercio exterior en el que astutamente vinculaba el comercio, con la propiedad intelectual y las inversiones. Poco después, le hicieron presidente del consejo.

En los siguientes meses vio como Reagan asignaba a otros altos cargos de Pfizer puestos de la Casa Blanca relacionados con competitividad y comercio. Otros altos directivos de empresas poderosas americanas, como Opel e IBM fueron influyendo en William Brock, entonces representante de comercio para el gobierno americano. Este a su vez, influyó, con el poder financiero de las contribuciones americanas, en los directores, siempre americanos, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Aimsa fue consiguiendo documentos en los que veía esa misma presión ejercida por la cooperación americana en "países en desarrollo". Pudo conseguir varios "Tratados de Inversión Bilateral "que Estados Unidos negoció con países en desarrollo y en los que ya incluían cláusulas de protección de la propiedad intelectual.

Todo quedó bien claro cuando Aimsa vio en la televisión el discurso de Reagan ante el congreso ese 6 de febrero de 1986. Durante su discurso, llamado: "la agenda de América para el futuro", propuso como una alta prioridad para América la protección de la propiedad intelectual americana en el exterior. Aimsa sintió un escalofrió ante los nuevos tiempos. Si se monopolizaba el conocimiento sobre soluciones o medicamentos vitales las consecuencias podrían ser devastadoras.

En los siguientes seis meses, Aimsa siguió los pasos de las compañías americanas, lideradas por Pfizer e IBM, en su feroz lobby ante compañías

privadas en Europa, Japón y Canadá, para que presionasen a sus gobiernos en llevar a la Ronda de negociaciones del comercio, en Uruguay, la propuesta de vincular la propiedad intelectual al comercio. Para ello, Pratt y Opel crearon el Comité de Propiedad Intelectual. Aimsa siguió con detalle el desarrollo de aquel comité. Estaba formado por gigantes económicos: Pfizer, Bristol-Myers, Johnson & Johnson y Merck, dominando el sector farmacéutico, DuPont el sector químico, Monsanto el sector de producción agrícola, *General Motors*, *FMC Corporation* y Rockwell International en la maquinaria de armamentos, General Electric en la generación de electricidad, Hewlett-Packard y IBM la informática y Warner en la industria del entretenimiento. Juntas, estas empresas dominaban una tercera parte de la economía americana, y con las industrias del automóvil y del petróleo, las dos terceras partes.

Durante aquellos meses, miles de reuniones en Estados Unidos, Europa y Japón, en hoteles y yates de lujo consiguieron aunar al imperio de la avaricia e influir en los gobiernos ricos del planeta. Aimsa asistió con tristeza y temor hacia el nuevo mundo en el que se adentraba la Humanidad como la Declaración Ministerial de la reunión en Uruguay aquel septiembre de 1986 incluía un mandato para negociar el vínculo entre el comercio mundial y la propiedad intelectual.

En aquel tiempo Aimsa también se involucró en los grupos de protesta contra el apoyo americano a la contra en Nicaragua y a los regímenes fascistas militares y oligárquicos de Guatemala, El Salvador, Argentina, Chile y casi el resto de Latinoamérica de forma constante o intermitente. Investigó los planes Sudamérica y la Operación Charlie en Centroamérica y descubrió, con contactos en Washington y dentro de la CIA, las peores atrocidades, secuestros y desapariciones, torturas, ejecuciones masivas y entierros clandestinos. Lloraba de rabia mientras leía esas barbaries ante la hipnotizante abundancia y medios de masas del pueblo más poderoso del mundo. Entró en contacto con un grupo de personas afines a la lucha por la libertad en El Salvador, un pequeño pero muy poblado país cuyo noventa por ciento de las tierras pertenecía a seis familias. Estaban en contacto con rebeldes del Frente Farabundo Martí y podían conectar con "Radio Venceremos", la resistencia a la potente "Voice of América" que invadía de propaganda capitalista y anti-comunista todo el continente.

Un día recibieron una carta de una compañera en uno de los pueblos controlados por el frente:

*Mis queridos cuates (amigos),
Esperemos que ustedes estén bien de chamba y feria (trabajo y dinero).
Estamos siendo acosados por el ejército fascista. Han venido ya tres veces en el último mes a nuestro pueblo. Llegan por la noche, normalmente tras vuelos de reconocimiento. Vienen unos diez vehículos militares con una compañía de unos 50 soldados. Todos llevan gafas oscuras y están armados hasta los dientes por el gobierno americano. Arrasan a quien encuentran, acusándonos de comunistas y terroristas. Da igual, viejas (mujeres), cipotes, (niños) ancianos, son golpeados. Las*

chavas (jóvenes) son violadas y tiran plomo a algunos para sembrar el pánico. A otros los pasan por el machete y a otros se los llevan al paracentral, de donde ya sabemos, nunca regresan. Hemos establecido un sistema de alerta entre pueblos y nos escondemos en el bosque cuando llegan. Pero las últimas veces nos han seguido al bosque y los cipotes (niños), con frío, hambre y miedo, lloran y nos encuentran. Queríamos preguntarles si nos pueden enviar algo para que los cipotes no lloren y así escondernos a salvo.

Hasta la victoria, seguiremos luchando camaradas.

A tal angustia sólo pudieron responder mandando cajas de pastillas para dormir que fueron recolectando de amigos solidarios por la universidad. Pensó en ese mismo concepto aplicado a tantos proyectos solidarios que no cambian las raíces del problema: somníferos que alivian un tiempo la consciencia de la realidad.

Por aquellos meses las noticias de la hambruna en Etiopia eran devastadoras. Se hablaba ya de un millón de muertos, y las imágenes, de miles de adultos y niños esqueléticos sin nada que poder comer, le rompían el corazón y le quitaban el sueño. Lloró muchas noches de rabia abrazada a recortes de periódico diciendo "os ayudaré, os ayudaré."

El año acabó con el desastre de Bhopal en el que la industria de la producción, consumo y beneficio sin límite, explotaba a trabajadores en su país, India, y les exponía a los riesgos de tóxicos letales. Ocho mil personas murieron de horribles quemaduras y diez veces más quedaron con secuelas para toda la vida. Nunca se condenó a ningún responsable. La empresa siguió haciendo

negocios millonarios.

Tal era la angustia. Tal eran los dramas en un mundo que sonreía en su fachada pero acosaba en el patio trasero a los que se atrevían a pensar que el mercado no debe dominar. O ahogaba cualquier rebelión de los pobres. Un país pleno de mentes agudas, grandes corazones volcados en la caridad, gentes abiertas y afectuosas, músicas, películas y literatura fascinante, naturaleza inmensa y sin embargo, tan anquilosado y auto-secuestrado en la abundancia o el ansia de tenerla. No lograba entender como un país que decía seguir con casi fanatismo el cristianismo, era enemigo acérrimo del comunismo, la expresión mayor de solidaridad, de renunciar a las propiedades personales, de trabajar no por uno mismo, sino por el bien común. Si oriente estaba pleno de misterios y crueles tradiciones -por ejemplo en torno a la mujer en India-, Occidente ondeaba la bandera de la libertad, democracia y solidaridad con enormes, y a veces conscientemente hipócritas contradicciones. Se trataba de *Satia*: buscar la verdad y hacerla difundir en el mundo, ahogado por miedos, poderes y egoísmos que destruían a la humanidad y a la naturaleza.

Recibió su graduación con honores, y pensó, por primera vez en su vida en alejarse tanto de su mente como de su espíritu. Ambos con una auto-exigencia al límite. Necesitaba simplemente disfrutar de sus sentidos. Se fue con su bici y una mochila, subió al pico Vollmer a ver el horizonte del océano Pacífico imaginando las costas de su Bombay y la cordillera que protegía su ashram.

Vio el atardecer ocultándose tras el inmenso océano, tocó su flauta al viento, vio las primeras estrellas y en ellas a su madre, se bañó desnuda en el lago Tilden con la sola presencia de algunos ciervos y mapaches. Y bajó veloz con

su melena al viento hasta la ciudad donde encontró a Sally en el Parque y juntas cantaron Imagine. Sally iba cada noche al parque pero ahora vivía acogida por un grupo relacionado con Goodwill, donde Aimsa seguía colaborando.

Encontró a un chico de las clases de políticas y se fue con él a escuchar a David Guilmour y cantaron con rabia la protesta de "*another brick on the wall*".

De una extraña manera, Aimsa sentía un peso de injusticia de haber tenido esos años tanto privilegio y tiempo para el conocimiento mientras millones de tigres blancos y de Sallys apenas tenían fuerzas y oportunidades para sobrevivir.

Su destino no estaba en el privilegio. Sino contra él. El mundo la clamaba. ¿Por dónde iba a empezar?

XXIII. El amor en los límites de la vida. Matabeleland 1984

Patxi había salido pronto a correr por el campo seco del Kalahari. Le gustaba hacerlo con el amanecer y saludar a los que ya estaba en camino o en tareas en sus "kraals". Al volver, como era jueves, ya habría venido el camión con sacos de harina de maíz y con el correo del día anterior, que recogía el chófer, Alois, en la diócesis. Apenas recibía alguna carta, pues su familia no acostumbraba a escribir, salvo su tío tocayo, quien seguía con su dedicación a la parroquia de Garai, sin grandes novedades. Si que mantenía una amena correspondencia con Rob, quien ya era profesor en Berkeley. Vivía en un mundo tan distinto, que a veces veía difícil el explicarlo y ser entendido, o el relacionarlo con la vida en su tierra. Pero siempre esperaba el jueves con ilusión, sin saber muy bien por qué.

Al volver, se daba una buena ducha con barreños de agua del pozo. Había ingeniado un sistema fuera de la casa, cerca del porche de madera y paja, y cubierto por una tablas, para subir el agua y dejarla caer poco a poco con una cadena. Ya refrescado, entro en la casa y encontró sobre la mesa el correo de la semana : había una circular de la diócesis (le aburrían muchas de las misivas conservadoras del obispo), un número de la revista del la comisión católica por la justicia y la paz en Zimbabue, muy interesante, el periódico local "the Bulawayo Sun", muy dominado por el gobierno, una revista de la Caritas-Misereor, en Alemania, y su organización Medeor (de donde compraba los medicamentos para el centro de salud) , cartas del Ministerio de sanidad, del colegio de profesionales médicos (llevaba ya dos años pidiendo una enfermera para San José) y del Ministerio de educación (sobre la escuela primaria de la misión, por las que le mandaban unas mínimas contribuciones

en materiales) y dos sobres a su nombre, con remites que le intrigaron leer : uno era de Juan Mari Beloki, sin dirección postal, otra era de un nombre que no había visto antes : Jonay Harris Arteaga, El Cabrito, La Gomera, Canarias.

Tenía poco tiempo para tomar un poco de té y pan, partir para un funeral y luego visitar varios proyectos, dar un clase en el taller de carpintería, otra en la escuela (enseñaba inglés y matemáticas), reunirse con un grupo catecúmeno y pasar la consulta por la tarde. Le preocupaban tres chicas que había ingresado con diarrea en su pequeña sala de ingresos. Apenas podía darles más que sueros y anti-diarreicos, y ver si tenían malaria o disentería. Estaban extremadamente delgadas.

Así que decidió abrir la carta de Juan Mari, y dejar la de Jonay para el final de la jornada. Mientras tomaba el té en el porche, abrió el sobre con emoción. No había vuelto a saber nada de su hermano en siete años, desde que lo vio forajido en los montes de Urkiola. Siempre se acordaba de él; en sus rezos en las salves y las vísperas, en la misa y en los amaneceres. Temía que estuviera en la cárcel, o que se hubiera metido en delitos de sangre, o que le hubiera pasado algo grave. La carta estaba en Euskera :

Anaya Patxi

Te pido que quemes esta carta en cuanto la hayas leído. Escríbeme a la parroquia del tío Patxi, pero sin poner mi nombre en el sobre.

Ya hace siete años que nos vimos y que te fuiste para África. En este tiempo he seguido como gudari en la lucha por la libertad de nuestro pueblo. Sé que no me entendéis en la familia, pero mi ética democrática y de libertad me lo exige. A pesar de mi compromiso de la liberación del

pueblo vasco del estado opresor y capitalista español, siempre me he negado a delitos de sangre. Desde la transición en el estado español y el estatuto de Guernica, me identifico más con el Movimiento de Liberación Nacional Vasco y algunas de sus organizaciones. Podrás verme que escribo con el pseudónimo de Chistu en Gara, te mando en este sobre una copia de mi último artículo.

Durante los cinco años después de vernos, he estado en un comando y a menudo escondido en zulos en el monte. Como nunca me han fichado, he sido un miembro "legal", y la organización ha ido presionando más y más para que cometiera asesinatos. Yo me he limitado a la extorsión de capitalistas en el país vasco y a dar parte de ese dinero a casas de acogida y organizaciones vascas de resistencia ante el estado.

Durante este tiempo, he visto como la organización se hace sorda al rechazo del pueblo a la violencia y ciega a los cauces democráticos hacia la independencia y libertad de nuestro pueblo. He estado siguiendo los pasos de Yoyes desde que salió de la organización en 1980. A través de un amigo, mantengo una correspondencia secreta (si es posible hacer algo secreto en mí ya secreta vida) con ella, ahora en México. Ella representa la lucha comprometida y valiente, pero sin violencia en este momento de la historia del pueblo vasco. En su última carta me contaba la injusticias de la organización amenazando a los disidentes y obcecada por la violencia de inocentes. Todo por un entramado de unos culpables de esta injusticia, otros impotentes ante ella y muchos en un silencio cómplice. Miedo ante nuestra propia libertad. Me decía como el mito de ETA es ahora una hidra sangrienta que nos atenaza.

En una reunión el año pasado, un compañero, Miguel, y yo, nos

opusimos a realizar un atentado en una casa cuartel de la guardia civil en Hernani. Miguel había luchado como gudari desde hacía muchos años, durante el franquismo. Fue el cerebro de la fuga de presos políticos la cárcel de Basauri en 1968, había estado en la cárcel y salió el año pasado. Quiso participar en reuniones clandestinas para desaconsejar los delitos de sangre, y así le conocí. Me apoyaba en mis posiciones dentro de la banda. Hace unos meses, Miguel fue asesinado en Algorta en presencia de su mujer y sus dos hijas, en una cafetería.

Me siento amenazado, y creo que en la próxima oportunidad en que me niegue a un atentado, me pueden ajusticiar.

No reniego de la lucha por la liberación. Hay 800 presos en las cárceles, muchos sin delitos de sangre y que simplemente quieren la libertad del pueblo vasco a elegir su destino. El estado español está torturando y los GAL matando impunemente a nuestros compañeros. Pero no puedo seguir, Anaya.

Desde que te vi he pensado mucho en ti. En tus palabras de paz. Pero si abandono la banda y vuelvo al caserío o busco un trabajo y una vida normal, corro riesgo de muerte.

Te escribo por eso, Anaya. Mientras se acaba esta enloquecida lucha armada, quisiera poder ir a vivir contigo un tiempo y ayudarte en tu misión. Te confieso que no creo en Dios, pero admiro vuestro trabajo por los que están marginados del mundo y oprimidos en sus derechos más básicos por el capitalismo cruel.

Si prefieres que no venga, lo entenderé también.

Tengo ganas de que me cuentes muchas cosas de tu vida.

Un abrazo fraternal,

Juan Mari

Patxi se quedó pensativo un tiempo, con la carta en sus manos, mirando al infinito, notó que se nublaba la vista de emoción. Durante años había sido su principal dolor, el saber que su hermano estaba atrapado en la peor de las trampas humanas, la de la violencia. Esta carta demostraba el buen corazón de su hermano, su valentía y la ocasión que le brindaba la vida para ayudarlo. Le respondería esa misma noche.

Patxi salió después en su pick-up hacia el *kraal* de los Katonga. Era una familia de dos ancianos casi ciegos y muy débiles, con cuatro hijos. Los dos mayores habían ido a Egoli. El mayor fue asesinado en las protestas de Soweto de 1976. Tras esos incidentes, el segundo se alió con el ZANU de Nkomo y estaba refugiado en Botswana. El tercero trabajaba en una fábrica en Bulawayo. La menor, *Awande* ("que crezca el amor"), había fallecido el día anterior. Awande tenía 25 años, Patxi la conoció al llegar a San José, e incluso ella le ayudó algunos días en la consulta. Patxi tenía debilidad por Awande, y muchas noches necesitó la ducha fría para no dejar de pensar en ella como hombre. Era alegre, sencilla y muy dulce. Tenía unos ojos preciosos y una mirada muy tierna, la nariz muy fina y una sonrisa que lo iluminaba todo. A los veinte años, se casó con un joven de unos cincuenta kilómetros al norte, de

Sanzukwi, que se llamaba Teya, y se instalaron en el *kraal* de los Katonga. Quedó embarazada al poco tiempo, y aún sin haber dado a luz aún, Teya se fue a Egoli, siguiendo a los hermanos de Awande y a otros jóvenes de su pueblo. Volvió en la primera navidad con algo de dinero y con regalos para Awande y el pequeño Joseph (Awande, insistió en el nombre, por la misión.).

Desde entonces, ya hacía tres años, no sabían nada de él. La vida había sido muy dura para los Katonga. Habían sufrido las sequías, las plagas en el ganado, la violencia de la quinta brigada, la muerte de su hijo mayor, la preocupación por el segundo, la ausencia de noticias de Teya, y ahora la enfermedad y agonía de Awande.

Awande comenzó un año antes a tener tos y dificultad para respirar. Patxi la vio en el dispensario. Identificó signos de tuberculosis. Un médico de los internacionalistas cubanos, el Dr. Manuel Casado, quien venía una vez al mes, le había enseñado algunos de esos signos. Patxi detectó el sonido de "pisada sobre la nieve" al auscultar su pecho, donde pudo notar su extrema delgadez. Tenía además bultos dolorosos en el cuello a la palpación y algo agrandado el bazo. Notó también como los dedos se habían deformado un poco, ensanchándose en sus extremos, como lo que el Dr. Casado llamaba "palillos de tambor".

Tenía el cuerpo lleno de pequeños granos ásperos. La piel se convirtió como en una fina lija, que además le producía un picor insoportable. No podían esperar a la próxima visita del médico de Brunapeg, así que comenzó el tratamiento para la tuberculosis. Sólo tenía inyecciones de estreptomina y unas pastillas de isoniacida y tioacetazona, ya en desuso por tóxica en Europa. La tuvo varios días en la sala de camas al lado del dispensario. Pidió a uno de

los aspirantes a seminaristas que vigilase tres veces al día la temperatura y las respiraciones por minuto y a su familia que hiciese turnos para estar a su lado, lavarla y darla de comer con muchas proteínas (salvado del trigo y de mijo, y sadza¹⁷ con "amacimbis"¹⁸).

Fue mejorando y el resto de las inyecciones, una vez adiestrada la familia en ello, se las opusieron en el *kraal*. Ganó peso y respiraba mejor. Pero a los pocos meses volvió a ver a Patxi. De nuevo estaba delgada, sudorosa y débil. Volvió a ingresarla. Tenía continuas diarreas, y descubrió unas manchas blancas en la boca. En el libro de medicina que le había mandado Rob desde Berkeley, había páginas de fotos de enfermedades y vio que se trataba de una infección de hongos tipo *cándida*, en las mucosas. Encontró violeta de genciana, hizo mezclas y le aplicaba lociones dos veces al día.

También vio que tenía algunas úlceras en las piernas y las trató con permanganato potásico, el mismo que utilizaba más diluido para limpiar las hortalizas del huerto. No vio ni leyó nada parecido a esa piel de lija y el picor insoportable. Se parecía a una lesión tropical por una filaria, que producía la temida "ceguera de los ríos". Pero esa filaria sólo se transmitía en zonas de aguas rápidas. Algo impensable en doscientos kilómetros alrededor. Sólo pudo aplicarle cremas de vaselina para mantener la hidratación de la piel, o lavados con jabones de glicerina. Intentaba bajar la fiebre con paños húmedos, y el mismo se afanó en darle sueros de arroz, chomolia bien mezclada con sadza, zumos de papaya y mango. Con todos esos cuidados, Awande mejoró algo, aunque ya no recuperaba su peso.

17 Puré de maíz fermentado

18 Gusanos que crecen en árboles de Matabeleland llamados mopanes y se colectan, secan y comen como un manjar.

Por entonces ya se había corrido la voz de una enfermedad maldita y sin curación. *Ubhubhane*, la plaga que mata, *isifo esibulalayo nesingañangekiyo*, la enfermedad sin cura. Unos pensaban que era una maldición de los espíritus a almas oscuras, otros que era por aguas contaminadas por los blancos, y había quienes la relacionaban con vidas deshonestas de las mujeres. En cualquier caso, todos tenían temor a esa enfermedad, a ser infectados de alguna forma, y se alejaban de ella.

La siguiente vez que cayó enferma fue en el último mes. Sus diarreas eran tan profusas y estaba tan delgada, que no se atrevieron ni a subirla en el carro tirado por el famélico burro, para llevarla a la misión. Patxi iba a verla dos o tres veces en semana. La habían dejado en una choza sólo, nadie se atrevía a acercarse, apenas le dejaban la comida al lado. Su madre si quería acercarse, pero estaba muy débil y apenas la podía ayudar a comer. Patxi la limpiaba con ternura, la abrigaba, le daba de beber y le contaba historias de su país, que Awande siempre pedía escuchar. El pequeño Joseph miraba asustado desde una esquina. Patxi sintió profunda ternura hacia esa mujer. Preciosa siempre incluso ahora en su fragilidad, con los pómulos marcados, las pestañas extrañamente largas y la mirada lenta. Sentía una fuerza muy poderosa de querer abrazarla y darle toda su ternura. ¿Estaba enamorándose.? Realmente quisiera dedicar todo el día a cuidarla, a hablar con ella, a escucharla y a tomar su mano. ¿Como podía un hombre dejar a su mujer y a su hijo y no volver?

La última tarde que Patxi fue a cuidarla, Awande estaba tan débil que no quiso beber, ni podía mover la cabeza. Su cuerpo, esquelético, se había llenado de llagas, ya no había lesiones del picory la piel era lisa, fina y frágil. Se diría que sin fuerzas ni para inflamarse.

Patxi había asistido a muchas personas en su lecho de muerte, dándoles alivio espiritual. Se negaba a darles la extremaunción. Consideraba que él no tenía poder alguno para perdonar pecados o para prepararles para encontrarse con el Creador en la otra forma de existencia que les tuviera preparada. Era un misionero sin libreta de bautismos ni extremaunciones. Criticado por el obispo y la antigua jerarquía eclesial. Pero sabía bien coger de la mano, dar su amor, iluminar con su mirada de esperanza hacia un descanso y un renacer en otra vida, seguir unidos en la misma energía que les unía a todos. Así decía Rob, quien se había convertido, además de en un profesor reconocido de relaciones internacionales, en un estudioso de la física cuántica. Recordaba cada uno de las más de trescientas personas que había acompañado a morir en la misión y sus alrededores, y los lugares donde había acompañado a la familia a enterrarles, normalmente bajo la tierra del corral de las cabras, cerca de sus espíritus y antepasados. Patxi había pasado del escepticismo a la curiosidad, la intriga y al casi convencimiento de que existía un mundo de espíritus y formas de comunicarse con ellos.

Alguna vez había visto a algún *Nyanga* de otras zonas curar enfermedades inexplicables, o entender conflictos familiares y personales, de formas sorprendentes. El *Nyanga* local, sin embargo, era un viejo borrachín en el que ya pocos confiaban. Tenía mucha intriga en conocer a una *Nyanga* de la zona de Sanzukwi, de donde venía el marido desertor, Teya, de quien decían que estaba en conexión con la sabiduría ancestral del pueblo *kalanga* y sus espíritus, y que había tratado a varias personas con la extraña enfermedad. Preguntó a gente, pero le dijeron que estaba en Sudáfrica. Le preguntó también a Awande si le llamaba o si le llevaba al hospital de *Brunapeg* con el médico cubano y ella dijo que no. Quería despedirse de este mundo ... de su

mano.

Así pasó la última tarde. Cogido de la mano agonizante de Awande, con sus familiares a unos metros, asustados por la extraña enfermedad y entonando cánticos zulúes y en momentos gritos a los antepasados. Awande le pidió a Patxi que cuidase del pequeño Joseph pues pronto sus padres estarían muy débiles para hacerlo. El se lo prometió. No había palabras que explicasen aquella unión. Simplemente se miraron durante más de una hora, con la mayor ternura que los seres humanos pueden expresar. Sus almas estuvieron más unidas en esa hora que muchas otras lo hayan podido estar en toda una vida juntos. Durante ese tiempo fueron sintiendo un amor profundo e inconfesable. Patxi no había sentido nada parecido nunca y el misterio de la vida hacía que lo sintiese cuando Awande dejaba este mundo. Se le fueron humedeciendo los ojos de lágrimas de tristeza y temor que no pudo reprimir.

Fue Awande la que tuvo que animarle con la mirada de ternura y secándole con su débil mano las lágrimas de sus ojos, y llevándose las a los labios. Fue el único alivio físico en un lecho de extrema debilidad. Tanta que no sentía fuerzas ni para revelarse a un destino tan cruel, a una marcha tan temprana, a un amor tan bello y tan roto por su ida. Los últimos minutos no pudo mantener los ojos abiertos. Pero no dejó de apretarle la mano a Patxi hasta su último y débil aliento. Patxi le hizo la señal de Cristo con sus propias lágrimas sobre su frente y la cubrió con una sábana. Los padres de Awande estaban fuera, ya rezando a los espíritus. Su madre, al saber de la muerte de su única hija, se alejó a un rincón del *kraal* donde gritó con furia a los espíritus. Les increpaba por el dolor que le enviaban, por permitir tanto sufrimiento. Los *ndebeles* y "*kalangas*" a menudo hablaban así a los espíritus y a *Mkulumkulu* : con rabia, con enfado, recriminándoles su pereza en permitir ese dolor o su

crueldad en provocarlo.

Patxi también sintió una enorme rabia. Se alejó andando hacia un kopje¹⁹, y miró hacia el atardecer. Según se escondía el sol sentía la pérdida de aquel bello ser humano que había tocado lo más profundo de su alma. Y también increpó, a la manera zulú y de forma no permitida en su religión católica sumisa, a Jesús, a Dios y a quien le pudiera estar oyendo:

-¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué? ¿No tienes suficiente con mandarnos sequías, o plagas, o brigadas sanguinarias? ¿Por qué te llevas con dolor a niños inocentes? ¿O a mujeres como Awande, honestas y buenas con los demás? ¿Por qué les haces sufrir así? ¿Qué sentido tiene? ¿Es cierto que nos amas? Nos tendrás que explicar muchas cosas al llegar a Tí! ¿O es que por sentirnos defraudados ni siquiera permitirás que te preguntemos esto? ¿Existes realmente?

En ese momento se ocultó el sol. Y Patxi escuchó una brisa que fue haciendo vibrar las hojas de acacias y mopanes y los campos de sorgo, y que de una forma extraña le envolvió. Estaba seguro de que alguien le había escuchado. Pero no entendía la respuesta.

Con estos recuerdos llegó al funeral. Habría unas doscientas personas. La familia mató uno de los tres cabritos que les quedaban, para dar apenas un poco de caldo de carne con sadza a todos los que se acercaron a honrar la partida de Awande. Vino un hermano de Teya, quien tampoco sabía nada de su hermano en los últimos tres años. La familia le pidió a Patxi que dijera unas

¹⁹ Grupo de piedras de granito típico del sur de Matabeleland.

palabras. Le salieron estas palabras del alma, en *ndebele*, y mirando al mismo horizonte en el que vio ocultarse la vida de Awande la tarde anterior :

-Mukulumkulu., desde nuestro humilde caminar te queremos hacer sentir otro día más nuestro agradecimiento por la vida que nos das, nuestro profundo amor de hijos. Pero hoy en especial te queremos demostrar nuestra profunda alegría por haber compartido parte de ese caminar con Awande, cuyo amor siempre estará en nuestros corazones. Sabemos que los que ya fueron contigo estarán hoy escuchándonos. Todos juntos te queremos ofrecer nuestros esfuerzos en los campos, en los trabajos, las escuelas y por los caminos. Donde quiera que nos dirijas, aunque no entendámos los destinos de nuestras vidas. Danos siempre la fuerza del amor a la vida que nos brindas y haz que ese amor se refleje en todas nuestras acciones y pensamientos para con nuestros semejantes."

Esas palabras llevaban 40 años clavadas en su alma.

Al acabar el funeral, Patxi habló con los padres de Awanda :

-Umkulu wami, Ugogo wami... (Abuelo, abuela mías. -Una expresión de respeto a la edad-). Sufro con vosotros...

Mmmmm. En un estado casi absorto por el dolor, apenas podían musitar expresiones. Y algún clic *ndebele* de dolor.

-Awande siempre estará en mi corazón.

-Te quiso más que a nadie, Patxi. Dijo la madre.

-Awande me pidió que os ayudara a vosotros y en el cuidado de Joseph. Intentaré hacer todo lo que o pueda por él.

-Patxi, hemos pensado que se vaya a Egoli a estudiar.

-¿Por qué?

- Hace varios días vino una persona vestida como un bóer²⁰, y en un coche muy nuevo. Era de Egoli. Nos dijo que su organización ofrecía a niños de Matabeleland estudios en una escuela en Egoli y les darían comida, ropa y todo lo necesario. Nosotros ya no tenemos fuerzas para cuidarle.

-Pero. ¿No le echaréis de menos? ¿Y él a vosotros? Mirad lo que le pasó a vuestro hijo mayor. No sabemos a dónde le llevan o que tipo d estudios o de futuro le espera.

-Patxi : mira a tu alrededor : tres chozas a las que se les cae el tejado de paja. Un pobre corral semivació de cabras, unos campos de sorgo medio secos y un pequeño huerto con chomolias escuálidas. Y dos viejos que casi no ven ni pueden andar. ¿Hay algún futuro para Joseph peor que este?

-¿Y vuestro hijo en Bulawayo? ¿No os ayuda?

20 Terratenientes sudafricanos de origen holandés, ligados al apartheid racista.

-Apenas viene a vernos. Es bueno a su manera. Nos manda algo de harina y de dinero. Pero apenas tenemos para la matrícula del colegio de la misión.

-No os preocupéis, tenemos un fondo para quien no puede aportar nada. Joseph tendrá de todo en la misión. Y si queréis puede venir conmigo. Le cuidaré como un padre.

-La persona que vino, además de ofrecerle a Joseph un futuro nos pagó quinientos dólares de Zimbabue (entonces, unos cincuenta dólares americanos). Los hemos tomado, teníamos muchos gastos con el funeral.

-¡Dios mío! ¡Habéis vendido a Joseph! ¡Sin saber a dónde va! ¿es tal vuestra desesperación? Al menos dejarme despedirme de él. ¿Cuándo vendrán a por él?

-Dentro de dos semanas.

-*Lisale kuhle.* (Quedad en paz.)

Tenía al menos la esperanza de guardar el vínculo con Awande a través de Joseph. Pero ahora se iba a un futuro desconocido. A la vez le había prometido que cuidaría de Joseph y que le protegería. Había algo extraño en esa generosidad de unos sudafricanos por niños de Matabeleland.

Cuando llegó a la misión, les pidió a uno de los aspirantes a seminaristas, Thembile, que preguntara en el grupo de mujeres, en la tienda de la misión, y a los profesores de la escuela, si habían recibido visitas de personas que

decían ayudar a huérfanos. Si habían visitado otros “kraals” o se habían llevado a niños ya.

Aún tuvo que hacer el resto de las tareas del día. Acabó con la noche, pasando visita a los cuatro enfermos ingresados del dispensario, dos con úlceras que requerían curas, una mujer a punto de dar a luz y un niño con diarrea y fiebre.

Agotado por las emociones, sacó al porche un té y el sobre de ese tal Jonay, de las islas Canarias. A la tenue y tintineante luz de la lámpara de queroseno, se puso a leer:

Estimado Padre Patxi,

Espero que en su día a día encuentre fuerzas para ayudar a todas las personas que se benefician de su trabajo en la misión.

Mi nombre es Jonay Harris Arteaga. Tengo 23 años. Nací en La Gomera y estoy terminando los estudios de medicina en Tenerife. Un amigo de mis padres, su tío Josu Beloki, me recomendó que le escribiera. Josu nos ayudó con su barco a rescatar a una mujer y a una niña de un peligro que corrían en Sierra Leona y ahora viven a salvo en La Gomera.

La razón de escribirle es la siguiente: Desde siempre he sido contrario a la violencia y quiero objetar a hacer el servicio militar. Hay una posibilidad de hacer un servicio social sustitutorio, si la organización que me acoge justifica su carácter social y si se incluyen actividades en mi servicio social (de un año de duración) que aporten algo a los objetivos de su asociación.

Yo soy un médico apasionado por mi profesión. Bueno, lo seré el próximo verano. Deseo aportar, en lo que pueda, mi ayuda en su misión

de la que Josu nos ha hablado, en Zimbabue. Es cierto que acabamos aquí la carrera sin mucha práctica, pero intentaré aportar lo mejor de mí. Desde hace años me apasiona la idea de servir como médico a los más necesitados en África. La persona que acogió a las mujeres que rescató Josu, es un médico internacionalista cubano, como un segundo padre para mí. Trabaó en Sierra Leona y me ha contado durante muchos años la vida, los retos, los medios y la humanidad del trabajo con los más necesitados.

Aunque sea un médico joven, le aseguro que pondré todo mi corazón en el cuidado de los enfermos y en las tareas de la misión en las que pueda ayudar.

Tengo que decirle que mi fe no es exactamente cristiana. Creo en un sentido de amor de la vida, pero no creo que sólo tenga un credo de salvación. Espero que esto no sea un impedimento para dar lo mejor de mí en su misión.

Ya le agradezco de antemano su atención y espero con ilusión su respuesta, en el sentido que mejor le pueda convenir,

Atentamente,

Jonay

Un día de emociones. Awande, Joseph, Juan Mari, Jonay...e inmensos retos diarios para amar sin miedo. Esa misma noche se puso, a la luz de una vela, a responder a Juan Mari y a Jonay. Les recibiría con los brazos abiertos. Y ya tenía muchas ideas para llenarles de tareas y oportunidades de expresar su amor a los más necesitados. Pero sus últimos momentos antes de su rezo nocturno, fueron para Awande. Siempre quedaría en un lugar único en su corazón.

XXIV. El dilema del amor y el destino. Teide, Tenerife, 1985

Jonay subía el volcán del Teide con Yolanda. Hacía dos años que estaban unidos y habían vivido juntos y con el hijo de Yolanda, Martín, en un piso que alquilaban juntando sus medios. Durante este tiempo, Jonay había avanzado en sus estudios, se había licenciado, hecho algunos cursos de medicina tropical y había ejercido ya haciendo suplencias en las urgencias de La Gomera y en el centro de salud de Hermigua. Entre los dos había mucha ternura pero también una barrera que cada poco volvía a separarles. Les rompía el corazón ver que no podían ser lo felices que cuando con la inocencia e inconsciencia de la enajenación del amor apasionado, habían sido.

Mientras subían el Teide, Jonay pensaba en esos dos años descubriendo el amor en tantas dimensiones, y dando sus primeros pasos como médico. Llevaba una carta en el bolsillo que orientaba su destino. Y tenía que desvelársela a Yolanda. Sabía que sería el último impulso que les distanciaría como pareja. Yolanda también intuía el final. Los dos ascendían hacia la cumbre en silencio. Con los ojos vidriosos por la emoción contenida. A veces tímida y temerosamente cogidos de la mano. Habían tomado una guagua por la carretera de la Orotava hasta La Pizarra. Era un día despejado pero muy frío, se notaba la helada en la escasa vegetación. El sol fue caldeando poco a poco, y el frío y el hielo se fueron disolviendo, pero no el frío en sus corazones. Jonay se fijaba en los diferentes colores de las rocas, procedentes de las diferentes erupciones.

En su silencio compartido, cada uno fue refugiándose en sus pensamientos, intentando olvidar el sentimiento de tristeza, de pérdida y vacío inminente.

Jonay recordaba cómo después de aquella conversación tensa con el Dr. Delgado, se afanó en los exámenes clínicos y pasó al último año de carrera. Había escrito al misionero sobrino de Juan, y obtuvo contestación a las dos semanas. El Padre Patxi le decía que era bien recibido y le explicaba en qué consistía la misión, las necesidades de salud de la región, la consulta, salas y pequeño quirófano de la misión, la relación con el hospital de Brunapeg, y los requisitos de registro médico en Zimbabue. Se resignó a esperar a acabar la carrera y llegar como médico, registrado en el país y con una responsabilidad más clara. Sabía de organizaciones no-gubernamentales que mandaban a cooperantes por tiempos más bien cortos a proyectos de cooperación, pero él prefería ser médico de un centro de salud como el de la misión de San José y cobrar su sueldo, aunque fuera local y muy bajo al cambio de moneda, del ministerio de salud de Zimbabue. También colaboraba con la atención a inmigrantes en Tenerife, a través de una ONG local. A menudo era más importante acompañarles a buscar casa y trabajo, que atenderles las dolencias, que por miedo a ser deportados por indocumentados, no consultaban en el sistema formal de salud.

Avanzó con pasión en sus estudios, fascinado por cada asignatura. En la clínica, le entusiasmaba discernir los posibles diagnósticos, explorar al paciente y hablar largo tiempo con ellos, pensar en su familia, su historia y su entorno. También en sus necesidades y en su percepción sobre la enfermedad. El Dr. Delgado y su amante ya no podían impedirle pasar largas horas con su bata blanca en las habitaciones del hospital, los quirófanos, las salas de curas, las urgencias o las salas de parto. Era muy querido por muchas de las enfermeras que ya le esperaban y decían que pacientes se sentían más solos. Alguna vez había llevado a Yolanda para hablar con pacientes. Aunque ella era

dulce al inicio, al poco tiempo desconectaba y Jonay notaba su hastío cuando él llevaba tiempo hablando con los pacientes, animándoles, explorándoles, haciéndoles masajes o leyéndoles poemas. El verano lo pasó con Fernando. No se despegó de él en las consultas ni durante sus guardias en la urgencia del hospital de San Sebastián. De cada caso hacían una historia, de las condiciones de vida que llevaban a la enfermedad, de los posibles diagnósticos, de cómo evitar la química por medicina tradicional y formas de vida sanas, de los tratamientos cuando eran necesarios. Fernando le fue explicando también toda la complejidad de la industria farmacéutica y sus intereses, los beneficios de la medicina privada y los corporativismos de las jerarquías médicas. Llegaron a la conclusión que más de la mitad de los enfermos de la Gomera eran debidos a lo que llamaron el "síndrome de la soledad". Tenían entrañables tertulias en la casa frente al barranco y la playa de Arguamul, ya terminada y preciosa, pero en medio de un pueblo fantasma. Kadiatu pasaba largas temporadas en San Sebastián trabajando para la organización Gara, en defensa de los derechos de las mujeres. Finalmente había decidido vivir allí y que Lisy asistiese allí a la escuela, pues ya estaba en secundaria. Se veían los fines de semana pero Fernando seguía notando una especie de nostalgia que oscurecía la sonrisa de Kadiatu y que lastraba su felicidad, por mucho que el intentara alegrarla. Empezó a ir menos y menos a Arguamul. Tenía siempre alguna excusa para no ir a Arguamul y fue prefiriendo las ropas de moda y las cenas en restaurantes, a la vida ermitaña en aquel mirador sobre el océano, tan maravilloso como solitario.

-Jonay, vamos a pensar en la pobre Sra. Herminia que hemos visitado en su casa. Dime, ¿qué recuerdas de ella?

-Herminia nació hace ochenta y dos años en Valle Hermoso. Era la cuarta de

siete hermanos. Su padre mago (labrador) y cabrero. Su madre cosía y hacía queso. Nunca pudo ir a la escuela. Se casó a los diecinueve años con un chico del pueblo que trabajaba en las plataneras de Agulo, tuvo cinco hijos y dos abortos espontáneos. Enviudó hace diez años. Uno de sus hijos murió, al parecer, de neumonía. Tres viven en Tenerife y uno está en la Península. Tiene seis nietos.

-Y de su salud, ¿qué recuerdas?

-Tuvo las fiebres de Malta de joven. En los dos abortos y en dos de los embarazos a término, tuvo hemorragias muy importantes, que la dejaron en cama varios meses. Por lo demás, había llevado una vida sana y activa en el campo, dieta de potajes y verduras y frutas, y bastante relación con familia y vecinos del pueblo.

-¿Y recuerdas cómo es su vida ahora?

-Su marido perdió el trabajo en la platanera y se dio a la bebida. Fue mostrando cada vez más distancia con ella. No pensaste delicado el preguntarle por su vida sexual, así que no sabemos, pero intuyo que desde hace mucho tiempo no tenía relaciones íntimas ni siquiera contacto físico. Sus hijos y nietos ya casi nunca venían a verla. Apenas en la Navidad, y no siempre. Las otras mujeres con las que solía charlar fueron saliendo menos y apenas las veía. El pueblo se llenó de coches. Y las casas de televisiones. Veía telenovelas y concursos. Con el tiempo hasta los anuncios. Y sin pasear, sin hablar en casa, perdiendo contacto con su familia y amigas, fue quedándose más en casa, frente a la televisión y comiendo más y peor. Ya no compraba

en el mercado las alubias y el berro, sino en el supermercado congelados y latas. Empezó a tomar fritos, fiambres y poco a poco, comida preparada y papas fritas que picaba cada poco frente al televisor.

-¿Qué consecuencias tuvo en ella esa forma de vida?

-Fue ganando peso. Y ya no se acicalaba pues casi nunca salía. Con el peso fue moviéndose menos, incluso en su casa. Y le fueron doliendo las rodillas. Tú ya le habías visto la tensión alta hacia un tiempo y le recomendaste andar y cambiar de dieta. Pero el dolor de las rodillas se lo impedía. Hablaste con los hijos para que la acompañaran a pasear y a hacer ejercicio en casa. Pero todos estaban "muy ocupados". Terminó tomando anti-inflamatorios. Y como le afectaban al estómago, añadió antiácidos, y pastillas para la tensión. Con el tiempo descubriste que tenía la glucosa y el colesterol altos, y como no cambiaba de dieta, acabó también tomando pastillas para ello.

-¿Y cómo lo sentía ella?

-Con tristeza. Era consciente de su estado, huía de mirarse al espejo. La falta de actividad y la televisión, le quitaron el sueño, y en sus noches en vela, tenía pensamientos negativos, de soledad, de nostalgia de otros tiempos, de sentimiento de ser olvidada y rechazada por sus hijos, de estar gorda, fea, sin futuro. Empezó también a tomar antidepresivos.

-Pobre Herminia.

-Sí, Fernando, otro síndrome de la soledad. Soledad dentro del ruido y del

progreso. Incluso en este pueblo apartado.

-Carencia de compañía, de afecto, de crear y compartir sus pensamientos, sus sentimientos, sus ideas del mundo y de la vida. Carencia de caricias, Jonay, de abrazos y de besos. ¿Por qué nos da tanto pudor hablar de ello? ¿Una necesidad tan humana como el comer?

-Los tabús de la religión, supongo.

-Sabes, hay algo que, además de la influencia de las religiones, nos hace evitar el mostrar la debilidad de necesitar un abrazo, y sobre todo darlo, casi más aún que recibirlo. Somos una especie animal jerárquica y que resuelve sus necesidades por la dominancia. Ante los niños sí que expresamos, y no siempre, esa ternura. Pero con el tiempo la escondemos, la dosificamos, se nos enquistaba en el alma, y acabamos sin saber dónde encontrarla en nuestro interior. Pensamos que somos duros y fuertes escondiéndola. Cuando en realidad el signo más auténtico de valentía, es el expresar ternura. Frente a los tabúes sociales y nuestros pudores, mostrarse aparentemente débil es ser valiente. Valentía y ternura: esas son las claves, Jonay.

-Bueno Jonay, eres como un hijo para mí. ¿Recuerdas cuando aquí mismo, mirando el océano y las estrellas, te hable de Kadiatu? Cuando luego planeamos su rescate en el océano. Pienso que la estoy perdiendo, Jonay. Nos unió el reto de la huida. Pero somos diferentes. Ella busca salir de su status de oprimida y para ello necesita triunfar. Identifica el triunfo con las propiedades. Yo huyo de esa quimera. La quiero. Y a Lisy. Con todo mi alma. Pero siento su rechazo a mi pasión por la naturaleza y por el pensamiento

social. Ella va con las amigas de San Sebastián a las fiestas y los bares. Yo prefiero las estrellas y las guitarras. Ella busca ropa de moda y joyas. Yo tengo dos pantalones y paso medio día en taparrabos en la playa, el barco y buscando percebes. Ella lee el "Hola". Yo leo los poemas de Tagore y la vida de Tolstoi. Somos tan distintos. No lo sabíamos. O quizás ella está perdida, enajenada por el consumo que nunca pudo tener. No lo sé, Jonay. Pero nos queda sólo un frágil hilo de unión. Y sé que quizás nunca encontraré un alma tan pura, una belleza tan limpia, una valentía tan épica como la Kadiatu que conocí, o creí conocer en las selvas de Sierra Leona.

Jonay no sabía qué decir. De hecho intuía distancias similares con Yolanda, y por eso se excusó pasando el verano por hacer prácticas de médico en lugar de hacer un viaje con ella y Martín. Había ido algún fin de semana, uno de ellos en el barco con Fernando. Ella había venido una vez. Pero notaba un alejamiento también por su parte. Por eso las palabras de Fernando hacían eco en su alma.

-Te entiendo bien, Fernando. ¿Supongo que la receta de valentía y ternura también se aplica al desamor?

-Sí, pero apenas alivia el dolor.

Durante el año último de carrera, Jonay pasó casi todo el tiempo en el hospital universitario. Tenía en mente su futuro en la misión de San José, y se escribía a menudo con Patxi. Se había comprado todos los libros de Maurice King sobre medicina, cirugía, traumatología y anestesia en el hospital rural y con pocos medios. Conoció a un médico adjunto joven, Julián, con el que fue

haciendo más y más prácticas. Empezó por pedir a las enfermeras que él pusiese las inyecciones, los sueros, hacer los electrocardiogramas, encargarse de las curas y los sondajes. Le fueron dejando, al principio con supervisión y luego con confianza. Luego pidió a Julián acompañarlo y poco a poco hacer él sólo las ecografías, las endoscopias, las espirometrías y las punciones lumbares. Poco a poco se ganó la confianza y en la unidad de vigilancia intensiva empezó a poner tubos de tórax para descomprimir las pleuras de empiema o de neumotórax, y a coger vías centrales en la vena yugular y subclavia cuando la gravedad del paciente lo requería. Así sabía medir la presión venosa central con simples métodos. Siempre pensaba en los medios limitados de San José y evitaba usar mucha sofisticación. Tampoco gastaba mucho ni en guantes, papel ni en tantos desechables como usaba el hospital.

Luego Julián le presentó a un compañero ginecólogo y pasó dos meses durmiendo en camillas vacías del hospital y acompañando, luego ayudando y luego asistiendo a los partos. Supo usar las ventosas y los fórceps, y reanimar a los niños, ver en la ecografía todo lo necesario para seguir el embarazo o detectar y cuidar las complicaciones. Sabía que la cesárea era esencial en sitios remotos. Así que tras asistir "tirando de valva" a unas veinte intervenciones, le dejaron asistir como primer ayudante y en una ocasión él hizo de primer cirujano abriendo el peritoneo, el útero, extendiendo sus dedos entre la dura musculatura que protegía a la vida, pinzando los extremos de las temidas hemorragias de las arterias uterinas, sacando con cuidado al niño mientras su corazón, el de Jonay, se disparaba casi tanto como el del niño ante de forma brusca entrar en este mundo; y coser después con cuidado y firmeza el útero y todas las capas. El día que hizo su primera cesárea sólo sabía que ya podía ir a la misión. Pronto acabaría los estudios y mandaría su

título para el registro en Zimbabue. Lo soñaba cada día.

Fue después a pediatría donde reanimaba neonatos y atendía las urgencias y salas de pediatría, lo que más disfrutaba pues derrochaba ternura con los niños. Se acordaba de la reflexión de Fernando sobre nuestro derroche de ternura con ellos y nuestro miedo a hacerlo entre adultos. Siguió en cirugía general donde también con perseverancia e interés acabo operando una hernia y ayudando a resecar un intestino y a saber volver a coserlo. Ensayaba en casa las suturas, y consiguió de la carnicería del barrio intestinos de cerdo para ensayar las anastomosis: las suturas de los extremos cortados del intestino.

Luego hizo lo mismo en traumatología, reduciendo y fijando fracturas y luxaciones. Se acordó de sus padres cuando redujo la primera luxación de hombro. Ya estaban de vuelta de su gira por el mundo y se reunía con ellos cada mes en El Cabrito. ¡Dios! ¡Como les quería! Ellos le animaban en su vocación y en su ilusión por partir a África, aunque Umbela lo decía con cierta tristeza mientras le abrazaba con fuerza.

Llegó así la graduación. Todos sus compañeros llevaban ya un año en academias memorizando nombres raros y números de constantes para el examen del MIR –médicos internos y residentes-, única puerta en España para especializarse, y casi única forma de obtener trabajo después, a los más de treinta años y en un estrecho camino de la medicina llamado "especialidad". Él quería libertad. Quería el océano y no un barranco.

Hizo después unos cursos de medicina tropical en Santa Cruz de Tenerife.

Vinieron médicos cooperantes de muchos rincones del mundo y fueron

mostrando sus diapositivas de otros mundos, el exotismo de aquellas enfermedades, tan intrincadas con la naturaleza que les rodeaba. Algunos hablaron con pasión de medicina comunitaria y de Alma -Ata. Algo que apenas comentaron en la facultad. Algo de lo que el Dr. Delgado se reía abiertamente. Algo que a Jonay le parecía el principio de dignidad de los pueblos frente a su salud. Su salud. Leyó muchos libros sobre ello, Donde no hay Doctor, de David Werner, desde California y sobre sus experiencias en México. Y otros que le apasionaron también de la Fundación Hesperian, en un lugar llamado Berkeley.

Se sentía profundamente intrigado por aquellas enfermedades parasitarias. ¿Cómo era posible tanta inteligencia de supervivencia? Parásitos de apenas un milímetro que sabían el momento del día para infectar al mosquito u otro tipo de vector, para reproducirse en él (Jonay lo llamaba la luna de miel), para entrar en el cuerpo humano, recorrer como exploradores los torrentes de linfa y sangre, atravesar los pulmones, infiltrarse en el hígado, sembrar huevos como las biliarzias para que salieran de nuevo a la naturaleza a completar el ciclo, o hacerlo en las células de la sangre como la malaria o las filarias.

e fascinaba aquella complejidad de inteligencia ancestral. Miles de instintos trenzados en una cadena de sobrevivir. Quizás muchos de ellos dormidos en la especie humana por nuestra sofisticación y protección social. ¿Habíamos desviado nuestra mente y fuerza en la dominancia y competitividad y nos habíamos ido olvidando de nuestra naturaleza?

Fue luego a hacer sus primeras sustituciones en Hermigüa. Consiguió convencer a un compañero y a la enfermera e hicieron un diagnóstico comunitario visitando cada casa, haciendo encuestas, tomando la tensión, tomando muestras de sangre, del agua, apuntando las dietas, hablando sobre

sus conceptos de salud y enfermedad, sobre sus recursos para curarse. Identificando más claves del tan extendido "síndrome de la soledad", como Fernando le llamaba.

Y con el tiempo, Patxi le dijo que ya estaban enviados los papeles para el registro como médico. Que ya podía venir si quería, y esperar ayudándole, mientras el gobierno de Zimbabue le asignaba el puesto, vacante en aquella misión remota que le esperaba.

Llevaba esa carta en el bolsillo. Jonay y Yolanda llevaban media hora caminando, sin hablar, en sus pensamientos.

Llegaron a una gran explanada, en los llamados Huevos del Teide y la Montaña Blanca. El camino se hizo más empinado y a la hora llegaron al refugio de Altavista donde pararon a comer algo. Se miraban profundamente a los ojos. Después de comer avanzaron hacia la Rambleta y luego por el sendero Telesforo Bravo y llegaron a la cima. Se sentaron al lado de una fumarola que quemaba el aire, como así sentían sus corazones heridos.

-Yolanda, tengo algo que decirte.

-Jonay, lo sé. Desde hace tiempo. Te vas. De hecho, hace mucho tiempo que ya te fuiste.

-Te quiero.

-Y yo. Pero no podemos vivir juntos. Mi vida está aquí, cuidando de Martin. Y la tuya está lejos, salvando el mundo remoto. Lo respeto. Pero no puedo seguirte.

Jonay miraba al sudeste. Se adivinaba la fina línea de la costa de África a lo lejos. Yolanda miraba mucho más cerca.

-Se quedaron un tiempo en silencio. Las lágrimas ya no pudieron ser contenidas.

-Se abrazaron con fuerza. Era el amor sin posesión, pero sin futuro de unión física.

Ya anocheciendo llegaron de nuevo al refugio Altavista y se quedaron en una habitación. Hicieron el amor como si fuera la última y única vez de sus vidas. Sin hablar, sin dejar de clavar sus miradas, acompasando cada respiración, casi cada latido.

Y abrazándose como si quisieran evitar el destino que ya habían aceptado.

Valentía y ternura, pensó Jonay. Pero a veces duele. Tanto...

XXV. Furia contra los espíritus. Matabeleland South 1985

NoLwasi miraba desde su *kopje*, su altar de conexión con los espíritus y conocimiento ancestral de su pueblo, al que tanto amaba. Su mirador sobre el mundo. Venía de llorar la muerte de su amiga Tulani. Tras cuatro años luchando con ella contra la enfermedad, la fuerza del otro mundo, desgarrándola con un inmenso dolor de éste, se la había llevado. Le había prometido cuidar de su hija, Thandiwe, que ahora tenía cinco años. Sus padres habían muerto poco antes, más de tristeza que por la edad, al ver consumirse a Tulani, haber visto venir en una caja de madera a uno de sus hijos desde Égoli, y no saber nada del otro desde hacía casi diez años. Cuando ellos se fueron, Tulani perdió todas razones para luchar contra aquella terrible enfermedad.

Era la primera persona a la que NoLwasi acompañó con esta maldita plaga, aunque ya había visto los signos en seis de los jóvenes que habían vuelto muertos de Soweto. Otras tres mujeres y Teya, el joven al que convenció a salir del infierno de Soweto habían muerto también, consumidos por aquella maldición.

El primero fue Teya. Después de aquella noche en Soweto, NoLwasi había escuchado a unos niños hablar *ndebele*. Al principio le inspiró ternura, pero según fue caminando en la noche hacia la casa del *Nyanga* James, empezó a extrañarse más y más. Dio media vuelta y volvió a hacia aquella casa de donde procedían las dulces voces en *ndebele*. Sigilosamente rodeó la casa y se asomó por una ventana de la parte trasera. Vio una mujer muy obesa, con el pelo empapado en vaselina y cubierto por un plástico, los labios y los ojos pintados de forma provocadora, vestía sólo un sostén muy apretado y una

tela de colores brillantes bajo su voluptuoso vientre. Los niños comían en el suelo de platos de latón con *sadza* y *chomolia*. Eran seis niños. Estaban vestidos de forma harapienta, y aunque algunos hablaban, se les veía la mirada perdida en tristeza. Uno de ellos tenía la espalda al aire y NoLwasi vio marcas de golpes. En ese momento notó el golpe brusco de un palo crujir en su sien y el intenso dolor que siguió. Cayó hacia atrás sobre una acequia de aguas sucias. Oyó, medio confusa, que los niños gritaban. Mamá. *Mama... Baba*. (Madre, Padre). Apenas podía abrir los ojos, y notó que la arrastraban tirándola de los pies. La dejaron a un lado de la casa. Pudo oír las voces de dos hombres hablando zulú. Notó como la sangre le empapaba la cara. Prefirió quedarse inmóvil y concentrar todos sus sentidos en escuchar lo que decían sus agresores.

-Esta es la *Nyanga kalanga* que ha estado merodeando estos meses por aquí. Es guapa. ¿La llevamos al cuarto, la lavamos y la enseñamos a gozar?

-Has bebido mucho, animal. Mejor dejarla frente al centro de salud sin que nos vean.

-¿Estás loco? Nos denunciará. Ha visto a los niños y seguro que sospecha.

-Entonces, ¿qué quieres hacer?

-Hay que deshacerse de ella. Si se entera el jefe que la hemos dejado ir, duramos dos días. Además, ya le has dado muy duro. Está moribunda.

-Yo no puedo hacer eso. Prefiero que la atemos y amordacemos y que mañana decida el jefe. Quizás la convenzamos para que cambie de vida y gane buen dinero. Con ese cuerpo tendrá mucho éxito.

-Bueno. Pero seguro que mañana habrá que deshacerse de ella. Ve a dentro a por cuerdas y una tela para amordazarla.

Estaba tumbada con la cara boca abajo, sobre la tierra roja. En una zona algo más baja que la calle, desde donde no la podían ver los pocos transeúntes a aquellas peligrosas horas de la noche. Entreabrió un ojo y vio que el hombre que la vigilaba cruzaba el camino para hablar con una mujer que pasaba por enfrente. Sabía que tenía sólo unos cinco segundos para desaparecer de aquella condena de muerte. Aunó todas sus fuerzas y disipó el dolor de su mente. En un salto de increíble agilidad se levantó y en dos sigilosos saltos se escondió detrás de la casa. En ese momento salía el primer hombre con las cuerdas y el otro volvía de coquetear con la mujer del camino.

-¿Dónde está? ¿No la has vigilado? ¡Si estaba medio muerta!

NoLwasi se quitó las zapatillas de lona y goma para hacer menos ruido y salió corriendo y cruzando los patios de dos casas y saliendo a un camino por ver si podía pedir auxilio a alguien. No había nadie en el camino. Notó como los dos hombres corrían tras ella. Acababan de dar la vuelta a la esquina y estaban a unos veinte metros de ella. Eran corpulentos y corrían rápido. Sabía que en larga distancia no podrían alcanzarla, pero en unos 100 metros sí podrían atraparla. Corrió lo más rápido que pudo y mantuvo la distancia. En la siguiente esquina hizo como si girase y tomara la calle a la derecha, pero se escondió en el patio de una de las casas. Encontró en su escondite una piedra y con increíble tino la tiró a unos treinta metros para que cayera en otro cruce de calles, los hombres siguieron corriendo detrás de aquel sonido. Vio que algo se movía en la ventana de la casa al lado de la cual estaba escondida. La

puerta trasera se entreabrió.

-Entra, *udade wami* (hermana mía.)

No podía sino confiar en aquella voz, que desde la oscuridad, le inspiró confianza.

Al entrar, vio en la penumbra a una mujer de mediana edad. Era guapa pero se notaban herencias de dolor en su rostro. Uno de sus ojos estaba nublado por una mancha blanca.

-Siéntate aquí. Ahora traigo agua para limpiarte y un té caliente.

Se sintió segura, cayó derrumbada en un viejo sillón y fue consciente del peligro que había corrido. Aún sangraba algo por la sien y todo el dolor ignorado en su huida, pareció volver de golpe en forma de espantosos latidos en su cerebro. Volvió aquella mujer y, comenzó a limpiarle la herida suavemente mientras le advertía:

-Esos hombres son muy peligrosos. Están metidos en todo: en armas, en droga y en tráfico de mujeres. Son la banda de un tal Ron, un sanguinario.

-Y creo que en algo peor aún. Con niños.

-No creo. Creo que son hijos de prostitutas y las mujeres se turnan para cuidarles, mientras atienden a sus clientes.

-Entonces ¿por qué me quisieron matar cuando vi a los niños?

-*Udade wami.*

-NoLwasi.

-Mary.

-En Johannesburgo y Soweto hay más de diez asesinatos cada día. La vida no vale nada. Pensarían que querías robar, o que eres una espía de la policía, cualquier cosa. Lo que si te digo es que van a buscarte por todos lados.

Mary ya le había colocado una tela blanca como véndala rodeando apretando la herida, ya limpia, y rodeando la cabeza.

-Debo ir a por mis cosas, debo volver mañana a mi país.

-¿De dónde eres?, ¿Qué estabas haciendo en este infierno?

-Soy de Mat (Matabeleland) South. Vine a intentar saber qué pasa con una enfermedad que está matando a muchos hermanos y hermanas nuestras.

-Ya he oído hablar de ti. La *Nyanga*. Amiga del viejo James. Dicen que tienes poderes. Seguro que esos hombres te buscaran en la casa de James. No puedes volver allí.

-Pero tengo allí mis cosas.

Pensó que en realidad lo único de valor que tenía eran los papeles de corteza en los que tenía sus esquemas mágicos apuntados. Y siempre los llevaba

encima, en una pequeña bolsa con una cuerda que rodeaba su cintura. Palpó la bolsa y todo seguía ahí. Pensó que nada del resto, incluido el dinero ganado con atender a pacientes los meses que había estado allí, le importaba. Sería un buen regalo para el viejo James. Ya le escribiría. Tenía que salir de allí.

-Puedes quedarte aquí esta noche y mañana vemos que hacer.

-No, si me encuentran aquí te harán daño. Y a mí me matarán. Saldré ahora.

Te dejaré una nota para una persona de mi pueblo. Se llama Teya. Iba a venir conmigo mañana. Vive en la esquina de Mhiga con Dingaan.

Escribió unas líneas en un pequeño trozo de papel:

Teya, tengo que huir, mi vida corre peligro. Espero verte en el pueblo. Sé valiente. Sal de aquí. NID.

-De acuerdo, mi hijo se la llevará mañana. ¿Pero cómo vas a poder andar ahora y cómo vas a ir?

-No te preocupes, sé cuidarme.

Mary fue a la cocina y vino con una bolsa de naranjas y de cacahuetes, y unas pastillas de paracetamol.

-Me has salvado la vida Mary. No lo olvidaré.

-Cuídate mucho, NoLwasi. Intuyo que tienes una misión muy importante que

los espíritus te piden que hagas. *Amandhla*.

Anduvo durante dos días. Durante la noche avanzó hacia el oeste y llegó a Mohlakeng. Allí encontró un camión de carga en un garaje y escuchó que se dirigía a Pretoria. Se escondió entre los sacos de maíz. Fue sorbiendo las naranjas por un pequeño agujero para aprovechar hasta la última gota. El dolor era muy fuerte. Pero decidió no tomar esas pastillas. Nunca había tomado nada que no fuera natural. Buscaría hierbas para el dolor en el camino. Cuando cerraron al furgón de carga, se relajó y miró por una rendija al exterior. Unos veinte minutos después de emprendida la marcha, pasaron por Krugersdorp, de donde se decía que se había originado la Humanidad. Se preguntó :

-¿Será aquí donde también acabe?

Al llegar a Pretoria prefirió andar por los campos durante tres días. Necesitaba alejarse de aquella humanidad tan corrompida. Sentir el viento, sus amigas las hierbas, las hojas, las flores, encontró a algunas gacelas, y durmió mirando el cielo limpio de estrellas.

Pensó para sí: "¿Qué hace a los hombres querer vivir hacinados y rodeados de basura, polvo y ruido?"

Llegó así a Mokopane. Había andado descalza más de cien kilómetros. Estaba mejor del dolor, aunque vomitaba varias veces al día. Encontró hierbas para tratarse, y siguió fuerte con las fuerzas de sus espíritus. Notó el aliento de Mandhla a cada paso y la mirada tierna de Masora guiándole hacia el norte. En Mokopane se escondió de nuevo en un camión con barriles de cerveza,

pero esta vez un hombre ya mayor, la vio entrar.

Cuando fue al furgón de carga, ella le miró y le dijo que no tenía dinero y necesitaba ir hasta Beitbridge. Algo se iluminó en aquel hombre, y le dijo que iba hacia allí, y la llevaría. Que podía sentarse delante con él. Dudó de sus intenciones, pero no tenía elección. Era un buen hombre. Se pasó las cuatro horas de viaje hablando de la Biblia y de Jesús. Pero ella cayó exhausta en un profundo sueño. Cruzó la frontera por el lugar que ya conocía. El río estaba menos crecido y no necesitó la cuerda. Prefirió no ir a ver a Takani por si estuviera aliado con la banda de Ron, y en algún momento le fuera perjudicial. Quedaban cabos sueltos en aquella historia de la que, de momento, tenía que huir.

Ya en Zimbabue, encontró formas de ir visitando Nyangas y de tener transporte y comida a cambio de tratamientos. Cuando llegó a Sanzukwi habían pasado dos años desde que salió.

Llegó por la noche y llamo a la puerta de la casa de sus padres, Themibinkosi y Themba.

-¿Yebo? (¿Quién hay?)

Prefirió no responder. Abrió Themba.

-¡Hija mía! Dijo, mientras se nublaban los ojos de emoción.

Se unió al abrazo de alegría su madre, Thembinkosi, de quien notó andaba con dificultad.

-Siento haber estado tanto tiempo lejos, Padres. Tenía cosas importantes que hacer.

Los padres notaron su herida en la cabeza y la venda con sangre seca.

-¿Que te ha pasado, hija? Cuéntanos todo. Y quédate para que te cuidemos.

Le enterneció ese sentimiento, cuando era ella quien debiera cuidarlos. Aunque tenían sólo unos sesenta años, la vida dura y seca de aquella orilla del Kalahari, les habían avejentado. Y quizás el dolor de la ausencia de su querida hija. Se sintió culpable habiendo dejado a su querida familia y su querido pueblo tanto tiempo, por buscar sabiduría lejos.

Les contó algo de su vida aquel tiempo, de los viajes, de cómo cruzo el Limpopo, del altercado en la mina, de su vida en Soweto, de sus discusiones con Nyangas y líderes, de cómo fue viendo a los hermanos *kalangas* allí, de sus oscuras vidas, de Teya. Prefirió no decirles nada de cómo la habían intentado asesinar hacía apenas diez días. Sospechaba que aquella historia no había terminado y necesitaba pensar con serenidad y fuerza.

Para entonces ya se había corrido la voz pues unos chiquillos la habían visto llegar y todo el pueblo estaba fuera de la choza de los Dube. Cantaban una canción que a ella le gustaba... con sus graves mmmmmmm zulúes...

Cuando el sol sale invita a vivir, a sentir, a compartir.

Cuando nos muestra nuestras sombras nos enseña que somos únicos.

Las sombras, como la vida se alargan con el día...

Hasta llegar al infinito...

Justo cuando se pone el sol.

Y nos invita a otra vida misteriosa, mágica, de la que venimos...

Amakhosi...lizafuna mphilo. (Espíritus. Amamos la vida.)

Amakhosi... liya thaba. (Espíritus... estamos felices.)

Salió al reencuentro con la comunidad, traían lámparas de queroseno y antorchas. Algunas chicas bailaban al ritmo de los tambores. NoLwasi les fue saludando a cada uno. Les transmitía con su mirada el mensaje de su fuerza por salvar a su pueblo, aún con su venda ensangrentada y sus ropas raídas de la larga marcha.

Durante los dos años de su ausencia, NoLwasi había acordado con un *Nyanga* cercano que viniese una vez a la semana a su choza donde tendrían la inspiración de su saber. Pero el pueblo la echaba de menos. La necesitaba. Allí estaba Tulani con el pequeño Thandiwe, quien esperaba saber algo de su hombre en Soweto, de su enfermedad y destino. Ella también les había echado de menos cada día, a pesar de saber que tenía una misión. Y aunque había vuelto para quedarse. Sabía que su misión estaba inacabada.

En los dos años tras su vuelta, intentó ir sabiendo más acerca de la enfermedad. Tulani parecía estar estable, aunque muy delgada y la misteriosa y bella, pero ominosa presencia de las largas pestañas le hacía sentir a NoLwasi un mal presagio.

Al mes de su llegada apareció Teya en el pueblo. Le contó su viaje de vuelta

y lo que sabía de la peligrosa banda de Ron. Le dijo que al llegar al *kraal* de su familia, cerca de la misión de San José, le dijeron que su mujer había muerto. Él sabía que de alguna forma que aún no entendía, fue él quien la mato. Por olvido o por haberle pasado el mal a través del cuerpo. Vivía cuidando de su hijo, y le habló de un sacerdote blanco, Padre Patxi, quien estaba ayudando a toda la gente de la misión con mucha valentía, de otra forma, pero como ella en Sanzukwi. Le habló también de un médico en la misión de San Jose, quien iba cada mes a San José y le estaba viendo por sus tos. Era un médico blanco que se preocupaba de la gente y que parecía saber algo de la extraña enfermedad. Volvía cada varios meses a ver a NoLwasi. Ella le aliviaba algunos síntomas, pero también le fue viendo consumirse, a sus padres rompersele el corazón y finalmente fallecer. Así las víctimas de la plaga iban dejando más huérfanos, que empezaban a llenar Matabeleland y a cargar las ya agotadas fuerzas de los mayores. Miraban al cielo, al mismo al que le pedían lluvias a través de sus antepasados. Les decían gritando:

¡Qué ocurre! ¡No veis lo que sufrimos!

¿Por qué no hacéis algo?

¡La plaga nos está matando y parecéis dormir mirando nuestro dolor!

Y así la maldita enfermedad se fue llevando a Tulani y a otras mujeres. Tras dejarlas en los huesos. Siguieron llegando jóvenes de Egoli en cajas de madera.

XXVI. La jerarquía ahoga al amor. Bulawayo, Zimbabue, 1985

Después de la muerte de Awande, Patxi sintió un vacío enorme. Con nadie en su vida, a pesar de los breves y trágicos momentos, había unido más su alma. Habían descubierto como una supuesta organización de ayuda a huérfanos se había llevado a seis niños a Sudáfrica e intentaba seguir su paradero. Entregaban algo de dinero a abuelos débiles abrumados por el cuidado de sus nietos huérfanos. Con el alma herida de muerte por la muerte de sus hijos por la extraña enfermedad consiguió que al hijo de Thandiwe no lo entregaran, devolviendo el dinero de su bolsillo a aquellas personas que decían representar a esa organización.

A los pocos meses apareció Teya, el padre de Joseph, tras tres años sin dar noticias. Se preocupó mucho por sus suegros y por su hijo, y le confesó a Patxi toda su vida oscura en Éboli, hasta que una *Nyanga* de Sanzukwi, NoLwasi, le abriera los ojos y volvió "ekaya" (a casa). Era la segunda vez que oía hablar de esa *Nyanga*, que se estaba convirtiendo en leyenda por su valor e inteligencia. Al año murió también Teya, con síntomas muy parecidos a los que tuvo Awande. Prefirió morir en las camas del dispensario. Fue otra lenta agonía. Pero Teya estaba obsesionado con ir con Awande y pedirle perdón allá donde estuviera. El pequeño Joseph vio cómo se iban sus padres con los mismos y terribles síntomas. Patxi habló con los abuelos y el pequeño Joseph se quedó a vivir con él. Iba a la escuela y luego ayudaba en tareas de la huerta, los talleres, la granja y la casa donde vivía con Patxi y los dos aspirantes a seminaristas.

Le animaba el hecho que en dos meses ya llegara su hermano Juan Mari, huyendo de un mundo de tinieblas, y que poco después tuviera la anhelada

ayuda del joven Jonay.

En la víspera de ir a buscar a su hermano al aeropuerto de Bulawayo, recibió una de las visitas mensuales del médico de la misión de Brunapeg. Era un hombre muy amable, el Dr. Ndlovu. , Después de la consulta de casos seleccionados, fueron a tomar un té al porche de la casa de Patxi:

-Dr. Ndlovu, ya le he contado las muertes de Awanda y de Teya, y de otras dos mujeres en los pueblos de alrededor. Es como una tuberculosis galopante. Ya le conté que Awande mejoró con tratamiento para la tuberculosis pero luego recayó. Y ya sabe todos los síntomas y signos a la exploración que le conté. ¿Están viendo casos así en el hospital?

-Padre Patxi, estamos ante una epidemia tremenda. El gobierno reconoció el primer caso de una enfermedad que en Estados Unidos y en Europa llaman "SIDA". Dicen que sólo hay unos pocos casos y que afectan a prostitutas. Pero algo debe preocuparles cuando no nos dejan hacer transfusiones en los hospitales rurales y aplican una prueba de la causa del SIDA a todas las transfusiones en los hospitales de la ciudad. Mira lo que dice este periódico:

Le puso sobre la mesa un artículo de la revista "*The financial gazette*", donde una persona decía lo imposible que era saber cuántos infectados y cuantos enfermos había en el país, debido a la censura del gobierno.

-Ya he visto la nota de la Dirección de Bulawayo sobre las transfusiones. Es todo muy extraño ¿Y cómo es esa enfermedad? ¿Qué se sabe de ella?

-Tengo un primo que emigró a San Francisco y trabaja allí como enfermero.

Me ha ido mandando mucha información que aquí el gobierno censura. En 1981 un tal el Dr. Gottlieb empezó a ver una enfermedad muy extraña en homosexuales de San Francisco. En pocos años ha afectado a muchas personas de las comunidades homosexuales, pero también se ha visto en otras personas.

Patxi recordó a su amigo Rob, al lado de San Francisco. Nunca había conocido a ningún homosexual. Tanto la Iglesia como el gobierno de Zimbabue los consideraban personas en pecado y delito respectivamente. Un pensamiento le bloqueó la mente unos segundos. No lo supo entender.

-Cuénteme Dr.Ndlovu. ¿Qué tenían esos pacientes en San Francisco?

-Tenían una baja de las defensas muy importante. Su sistema inmune se había derrumbado. Tenían infecciones típicas de los enfermos a los que se les suprime la función de la médula por leucemias o por trasplantes. Una de las más frecuentes era una infección muy intensa del pulmón con dificultad muy aguda para respirar y unas radiografías con infiltraciones entre los alvéolos, como en tela de araña, invadiendo todo el pulmón.

-¿Y ha visto ese tipo de problemas en Brunapeg?

-No, las radiografías que he podido hacer en esos pacientes jóvenes que enferman y se van consumiendo, son típicas de tuberculosis.

-Entonces, ¿no hay SIDA en Zimbabue?

-Seguro que sí, Patxi. Aunque el gobierno lo intente ocultar. He pedido en

Bulawayo que me dejen hacer los test del SIDA que ahora usan para las transfusiones en la ciudad y me los niegan. Dicen que no es muy específico, es decir, que podría salir positivo y no tener la enfermedad. Pero he ido recibiendo información de mi primo: Ya se sabe que se debe a un virus muy peculiar, que invade las células para usar sus genes y luego su fábrica de proteínas (el RNA) para ensamblar su capsula y seguir infectando células. Ya han descubierto una forma de demostrar los anticuerpos frente a ese virus que detectan a las personas infectadas.

-¿Cree usted, Dr. Ndlovu, que esa enfermedad es la que está matando a nuestros jóvenes?

-Estoy seguro: mi primo me ha mandado artículos de estudios que han hecho en África y donde han demostrado a muchas gentes infectadas con los anticuerpos. Y lo más grave es que se transmite por vía sexual. Mientras el gobierno lo oculte, se seguirán infectando miles de personas sin saberlo. Pues pueden permanecer sanas mucho tiempo hasta que finalmente desarrollan los síntomas que has estado viendo.

-Entonces, ¿qué podemos hacer?

-De tratamientos, casi nada. Ya iremos comentando cada caso y cómo aliviarles el dolor y su lenta agonía. Lo único que podemos hacer es tratar su tuberculosis casi siempre asociada en algún momento de la enfermedad. Espero que el gobierno pronto abra los ojos y ponga en marcha un plan nacional para prevenir este desastre. De momento habría que ir recomendando a los jóvenes que usen el preservativo. Y tenemos que luchar para que nos dejen hacer el test aquí en el distrito. Hay una reunión de todos

los hospitales de la región la semana que viene. ¿Viene conmigo?

-Sí, quiero entender que pasa y ver qué podemos hacer.

-De acuerdo, pasaré por usted a las 5 de la mañana. La reunión es en el hotel Sun de Bulawayo a las 8. Voy a hacer preguntas muy claras y proponer acciones muy concretas a la dirección provincial. Quizás asista el ministro. Por cierto, ¿cuándo llega ese médico joven para ayudarte?

-Se han retrasado los trámites del registro en el colegio de médicos. Le han llegado a pedir cinco veces el mismo documento. Pero espero que ya llegue en dos meses. Parece muy comprometido y con una profunda vocación de médico.

Bueno, Padre, hasta la semana que viene. *Lisale kuhle* (queda en paz)

Lihambe kuhle, odokotela, siyakubonga (Vaya en paz, doctor. Muchas gracias.)

Patxi quedo pensativo. De momento debía promover que se usaran los preservativos. Tenía que ir a por ellos a la ciudad, hablar de la emergencia con el obispo, y poner en marcha un plan. Llamaría a una reunión especial en la Iglesia.

A la mañana siguiente salió a las cinco de la mañana hacia Bulawayo. Quería hablar con el obispo a las ocho y luego llegar a las diez al aeropuerto. Llegaba su hermano.

El obispo de todo Matabeleland era un alemán bastante frío y metódico. Cuando llegó Patxi a la diócesis, le recibió con un saludo afectuoso pero con la mirada fría. Patxi era el rebelde de la diócesis, nulo en promover los sacramentos y en seguir la liturgia de Roma.

-Buenos días Padre Patxi, ¿cómo va la misión?

-Vamos trabajando, pero estamos muy angustiados por una enfermedad que está acabando con la vida de muchos jóvenes.

-¿Sí? ¿De qué se trata?

-Estoy casi seguro que se trata del SIDA, esa enfermedad que empezaron a ver en San Francisco en homosexuales.

-Sí, he leído algo. Pero no tiene nada que temer, aquí no hay homosexualidad.

Patxi pensó para sí, ¿qué sabría aquel obispo desde su despacho y su catedral de lo que ocurría en el mundo?

-La enfermedad no sólo afecta a homosexuales, se ha visto en heroinómanos que comparten jeringas y en hemofílicos que reciben transfusiones.

-Nada de eso tenemos por aquí, Padre Patxi.

-Y también se transmite por relaciones sexuales entre hombres y mujeres.

-Ahora recuerdo, sí, el gobierno declaró el primer caso hace un par de años, y creo que este año hubo unas tres docenas, pero sólo en prostitutas, ¿no es

así?

-No podemos saberlo, se esconde la información, no nos dejan hacer los test.

-¿Y qué propone que hagamos, Padre Patxi?

-La semana que viene hay una reunión aquí en Bulawayo, con el ministerio. Junto con el Dr. Ndlovu, de la misión de Brunapeg, vamos a pedir tests para estudiar quien puede tener esta enfermedad entre nuestros pacientes.

-Me parece muy bien. Tienen mi apoyo. Escribiré al director provincial, es un buen católico.

"Buen católico" pensó, Patxi. Sería en ir a misa a la catedral en su Mercedes, porque nunca se interesaba por la gente, no iba a los hospitales, y estaba metido en muchos negocios poco claros.

-Pero hay algo muy importante en lo que necesito su ayuda, su Señoría.

Odiaba usar esos términos. Se preguntaba: ¿no dijo Jesús dijo que todos somos iguales?: Necesito que hagamos una campaña para que los jóvenes usen el preservativo. Es la única manera de evitar que se siga expandiendo y así se vayan infectando más y más jóvenes.

En ese momento, el obispo cambió su expresión de fría cordialidad a abierta agresividad.

-¿Ha perdido usted el juicio, Padre Patxi? Pase que usted interprete el

evangelio y los mandamientos de la Iglesia a su manera y que en su misión no haya bautizos, ni matrimonios ni extremaunciones. Espero que a esas almas Dios las acoja en su seno a pesar de su negligencia pastoral. Y pase que sus misas parezcan más asambleas comunistas que celebraciones eucarísticas. ¡Pero no toleraré que además ahora venga promoviendo un pecado bien definido por Roma y nuestro Papa Juan Pablo II para que se extienda aún más la promiscuidad sexual de este pueblo!

Se intercambiaron miradas desafiantes y el obispo prosiguió:

-Se lo advierto, Padre. Si me entero que usted está promoviendo, no, ni siquiera eso, permitiendo, el uso del preservativo, entre sus feligreses, escribiré a Roma y tardara unos días en abandonar mi diócesis.

-Pero están muriendo muchos jóvenes, ¿no tiene usted compasión? ¿Es más importante una doctrina ancestral que la vida de muchos jóvenes en peligro?

-¿Es más importante una conjetura remota de un sacerdote que descuida sus responsabilidades, que la salvación eterna de los cuatro millones de almas en Matabeleland mediante la castidad y virtud de la abstinencia y el matrimonio?

-Al menos permita que hablemos de ello en una reunión de la diócesis, o que asistamos a la conferencia episcopal en Harare en agosto.

-Espero que no siembre la reunión de obispos de la región de tensión, enfrentamientos y vergüenza para nuestra diócesis. Le recuerdo su voto de obediencia. No se hablará de ninguna permisividad a ninguna conducta tachada como inmoral por el Santo Padre.

Cuando salió al pasillo se encontró de bruces con el padre Pius. Era un *ndebele* alto y muy alegre, muy devoto de Santa Teresa. Era el sacerdote asistente del obispo. Se comentaba que quizás llegaría a ser algún día el primer obispo negro de Zimbabue. Patxi le explicó lo ocurrido y su temor por la plaga que se extendía en Matabeleland. El Padre Pius le entendió bien. Le enfurecía la actitud paternalista y de superioridad del obispo, a menudo rallando en lo racista. Pius llevó a Patxi a su despacho y le enseñó una revista de la diócesis de Pretoria:

-Lee esto, Es de una persona que admiro mucho. El Padre Kevin, de Pretoria. Habla del SIDA y de los preservativos. Cuando lo hayas leído me escribes y me propones algo que discutir en la diócesis y en la conferencia episcopal antes de la llegada del Papa. Si al menos conseguimos una flexibilidad, podría plantearsele al Papa, y la repercusión sería importante en toda la Iglesia. Yo estoy de acuerdo contigo. Pero nos enfrentamos a tradiciones milenarias de sumisión y una capa de acero en prejuicios sexuales.

Gracias Pius. Le responderé pronto. Necesitamos su ayuda.

Patxi siguió hacia el aeropuerto en su pequeño pick-up. Iba llorando de rabia. ¿Se había equivocado de vocación? ¿Obediencia a la arrogancia? ¿Abstinencia del amor? ¿Genocidio silencioso? ¿Fastos y lujos para visitas Papales? Pero sabía bien que el mensaje de Cristo era bien distinto y no permitiría que los fariseos del siglo XX usurparan el mensaje de amor de Jesús.

Patxi y Juan Mari se encontraron en el pequeño aeropuerto de Bulawayo. Juan Mari venía con una tupida barba canosa y el pelo largo, fuerte y con una sonrisa del que redescubre la vida. No tenían palabras que pudieran expresar tanta emoción.

Los dos se abrazaron con la vista nublada, durante unos largos anhelados y profundos minutos.

XXVII. Una epidemia de miedo y prejuicios avanza en el mundo. Atlanta 1985

Después de la graduación, Aimsa dedicó un tiempo a vivir en la naturaleza, con lo mínimo. Se sentía pesada en la abundancia y consumo de la sociedad californiana, a pesar de su bici, su vida vegana y su solidaridad en Goodwill y en el "People's Park". Un amigo que dirigía un movimiento en contra de la comercialización salvaje de la tierra y los alimentos, llamada "foodfirst", le animó a navegar por la bahía. Aprendió lo suficiente y sacó el título de patrón de yate. A través de una red de "casas sabáticas" encontró un arreglo para vivir en un pequeño barco en la bahía y cuidar de él. Se sentía así más cerca de la naturaleza, siempre con su mensaje e inspiración de simplicidad.

Lo que fue leyendo y pensando los años anteriores en ciencias y pensamiento fue sedimentando en ideas solidas de armonía social y natural. Todo volvía a la espiritualidad profunda del budismo. Había conseguido un trabajo como asistente en el departamento de Rob, sobre investigación del pensamiento político global, y con sus ingresos conseguía mandar la mitad a una fundación que creó en Calcuta llamada "los tigres blancos" donde ayudaban a niños de la calle a conseguir educación y futuro. Seguía yendo en su bici, ahora sin escalar las empinadas cuestas de Berkeley Hills, estudiando y leyendo, y tocando su flauta travesera por las noches frente al Atlántico. Aún no había encontrado la sensación del amor profundo en comunión espiritual que ella soñaba pero se encontraba bien en su serena y plena soledad.

A las pocas semanas de empezar su trabajo de "research fellow" en pensamiento político empezó a leer con más interés la información de lo que

se estaba descubriendo sobre esa misteriosa enfermedad llamada SIDA.

Por entonces había una lucha entre un grupo francés liderado por un virólogo llamado Luc Montagnier y otro americano que dirigía Robert Gallo. Cada uno había aislado un tipo de virus en la sangre de las personas enfermas. Los franceses lo llamaban "virus asociado a ganglios (LAV) y los americanos, virus de la leucemia de células T, tipo III (HTLV-III) por su similitud a un virus que causaba leucemia. Todo indicaba que era el mismo virus, la misma enfermedad, a la cual, desde las descripciones del Dr. Gottlieb con quien Aimsa seguía en contacto, le llamaban Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida ("SIDA"). Algo comenzó a perturbar lo que hasta entonces era competitividad y prurito (animado por egos) científico. Los americanos registraron la patente de un test diagnóstico que detectaba los anticuerpos ante el virus que los franceses habían aislado de ganglios inflamados de pacientes llegados a Francia desde África occidental. La competitividad se vio contaminada por los intereses económicos como casi toda actividad social en el sistema de mercado. Aimsa lo llamaba la selva del capitalismo.

El test comenzó a usarse con fines preventivos en las transfusiones de sangre, con fines clínicos en el tratamiento precoz de los enfermos y con fines epidemiológicos para conocer la extensión de la enfermedad. Aimsa empezó a investigar las leyes de patente y su perversa intención de monopolizar beneficios y, a menudo, multiplicar insaciablemente los beneficios, aún a costa de inmenso sufrimiento humano inasequible a los precios dictados por esos monopolios.

La avaricia guiaba la mayoría de las acciones en el capitalismo. Y lo que era más o preocupante: casi siempre triunfaba.

Sobre los aspectos económicos de los beneficios del test, llovieron otros aún más perversos: los de las aseguradoras médicas, auténticos triunviratos del sistema de salud privado en Estados Unidos. Empezaron a temer el asegurar a personas con el virus y los gastos que ello iba a suponer. Legalmente, al contratar sus seguros, podían preguntar si se habían hecho el test e incluso conocer el resultado. Ello tenía consecuencias económicas importantes. Incluso las compañías de seguros de vida y su vínculo a las hipotecas por los bancos empezaron también a considerar estas cuestiones. Tener la infección ya no sólo era un lento diagnóstico de muerte, sino además una maldición social de estigma, exclusión, culpa por sexualidad inmoral e incluso destitución económica. Aimsa comenzó a interesarse por el derecho a la salud y la defensa de quienes se verían por esta enfermedad marginados por la sociedad y por el sistema.

Un tiempo después, mientras analizaba cientos de documentos, estudios, marcos legales, casos en la prensa, y los colgaba por su pequeño despacho en Barrows Hall, supo de una reunión en San Francisco de un activista homosexual y por los derechos del SIDA, de nombre Richard Dunne.

Aimsa acudió a la conferencia, en la que Richard hablaba a unos doscientos asistentes y defendía el derecho de confidencialidad de los resultados del test y la responsabilidad médica y del estado de blindar esa información del acceso de las compañías aseguradoras, las empresas, las escuelas e incluso el sistema judicial. La razón era que el estigma creado en torno a la infección, unido a los intereses de mercado, amenazaban con arruinar moral y socialmente las vidas de miles de americanos.

Aimsa, como casi siempre hacía, se levantó sin miedo e hizo una pregunta:

-Señor Dunne, gracias por su brillante exposición. Me llamo Aimsa Kamble, Investigo en Berkeley los derechos de salud y el reto del SIDA. Quisiera hacerle una pregunta: estoy de acuerdo con la confidencialidad y el abuso de los derechos humanos por la discriminación social y económica, pero me preocupa la salud pública: el hecho de mantener secreta la información, al contrario de lo que ocurre en otras enfermedades contagiosas, ¿no podría favorecer, por el miedo, su expansión?

Dunne frunció el ceño. Se sintió acosado:

-Esa será la excusa para que los poderes públicos rompan el principio de confidencialidad y se abran todos los mecanismos de exclusión y discriminación. Estaría de acuerdo en que los afectados sean animados a discutir su situación clínica con sus parejas, pero siempre en confidencialidad.

-Pero, señor Dunne, algunos estudios recientes en San Francisco revelan que dos terceras partes de los homosexuales han tenido más de cien parejas sexuales y que una tercera parte tiene más de treinta al año. ¿Cómo sería posible esa confidencialidad múltiple?

-Entra en la conciencia de cada persona, el cómo conducir su vida privada y sexual. No es asunto del estado.

Aimsa prefirió no seguir preguntando y esperar al final.

Cuando terminó la conferencia, Aimsa, que vestía su sari cuando no iba en la

bici, se acercó y le dio la enhorabuena por la conferencia y por su defensa de los derechos de los afectados por el SIDA.

Cuando se disponía a hacerle otra pregunta, Richard le sugirió que le acompañase hacia fuera de la sala pues tenía un compromiso. Algo en la expresión de Richard le indicó que sus asuntos pendientes tocaban su corazón. Quiso excusarse y no hacerle más preguntas.

-Siento haber cuestionado la absoluta confidencialidad, señor Dunne. Y lamento si he herido su sensibilidad.

-No tiene por qué sentirlo, Aimsa. Tiene su parte de razón.

Cuando ya se iban a despedir y Aimsa hacia su saludo indio, Richard le dijo:

-¿Tiene tiempo? Me gustaría compartir con usted algo más allá de las palabras.

-Aimsa dudó. Estaba acostumbrada a las insinuaciones interesadas de los hombres, pero de este hombre activista homosexual no sabía que esperar.

-De acuerdo.

Siguieron su camino por San Francisco. A unos dos bloques tomaron un tranvía que subió unas empinadas calles y llegaron al barrio de "La Misión". Allí entraron en una casa típica de San Francisco, de madera, pintada de amarillo. En el ático entraron en un apartamento.

-Aimsa, yo no voy a hablar más. No debiera. Le voy a presentar a Marc. Él le contara su historia:

-Marc, te presento a Aimsa. Quisiera oír tu historia. Puede ayudarnos.

Aimsa miró a Richard inquisitoriamente, aunque estaba de acuerdo en su aventurada aseveración.

Marc estaba en una cama en el salón. Aunque su cuerpo estaba tapado, se notaba su extrema delgadez. En la cara tenía varias manchas de color rojo y los pómulos salientes. Tenía una mirada cansada, vidriosa, pero mostró un brillo de alegría en su mirada al ver a aquella bella hindú acercarse a él y sentarse en una silla a su lado.

-Hola Marc, me llamo Aimsa. Soy de la India, trabajo en Berkeley, investigo sobre el derecho a la salud y sus abusos.

-Encantado Aimsa. Ya ves mi situación. Tengo el SIDA y muero con él. Escondido de una sociedad que me acusa de haber buscado mi destino fatal.

-Cuéntame tu historia, Marc. Yo si quiero escucharte. Creo que te entenderé bien.

Aimsa llevaba mucho tiempo sin pensar en su condición de intocable. Sin pensar en el barrio de leprosos que conoció en Calcuta, marginados por la sociedad y arrinconados por ella en torno a apestosas acequias donde más que lavar, ensuciaban sus muñones hacia una lenta agonía, sufriendo más la soledad que la enfermedad.

Marc le contó su historia. Había nacido en una familia acomodada de San Francisco. Su padre tenía una tienda de ropa y su madre, del estado de Nevada, trabajaba en la misma como dependienta. Eran católicos y ambos de origen irlandés. Marc creció arropado por la seguridad familiar junto a sus dos

hermanos y su hermana. A los doce años fue comprobando una atracción hacia los chicos de su clase y del barrio. A la vez, se sentía fuertemente atraído por la sensibilidad de la música y la armonía del ballet y por las formas delicadas de tratarse, de comunicarse y de sentir el contacto físico. El no notaba nada, le salía de forma natural. Un amigo de clase, Robert, le solía decir que dejase de parecer un "marica", que le avergonzaba frente a sus amigos. Le llevaba a hacer travesuras, a increpar a las chicas, a espiar tras las cortinas de la casa de una prostituta del barrio, a mirar clandestinamente antiguos playboys que encontraban entre la basura, y a mostrarse bruscos y fuertes jugando al fútbol americano, adulados por las *cheer leaders*. Marc no podía sentir el mínimo interés por aquello y se fue aislando del grupo.

A los catorce años su tendencia era tan fuerte que no pudo reprimir acariciar el pelo de un chico que estaba sentado a su lado en la clase. Al principio aquel chico se ruborizó, pero poco después, atizado por las burlas de sus amigos, reaccionó con agresividad hacia Marc. El maestro también le increpó a Marc por su insinuación y atrevimiento y el caso llegó a oídos de sus padres. Su madre reaccionó de forma más moderada, restándole importancia a un simple gesto de afecto y sensibilidad. Pero en su padre desató gran agresividad. Le llegó a decir que si se hacía marica lo mataba. Le llevó a psicólogos y centros de cura de "desviaciones sexuales" donde le mostraban imágenes y contaban historias grotescas y trágicas de la homosexualidad y la asociaban con el pecado y la inmoralidad.

Marc reprimió su tendencia natural y llegó a sentir asco de sí mismo. Vivía con la sensación de pecador y de escoria social, e intentaba ducharse con agua helada cuando sentía cualquier atracción por un chico, incluso viendo imágenes en revistas o en el cine. Veía revistas eróticas de mujeres para

buscar su atracción por las mujeres e incluso su padre, lo cual escandalizaba a su madre, le llevó a ver películas porno y a los dieciséis años le llevó a visitar a aquella prostituta del barrio que sus amigos espiaban tras de las cortinas. Le pagó cincuenta dólares y le dejó con ella durante una hora. Marc no sólo no sintió nada sino ante la insistencia de ella sintió náuseas y salió corriendo de aquel lugar.

Se sintió tan desesperado que esa noche no volvió a casa. Su padre sonreía satisfecho ante la preocupación de su madre. Marc caminó hasta el Golden Gate y empezó a escalar por uno de los cables de acero pensando en acabar con su vida y sus instintos inmorales. Estuvo rememorando su vida e inevitablemente fue pensando en toda la belleza de existir, en el deseo ahogado de amar de tantas personas, en la armonía de la música y la danza y como hacían vibrar al corazón. Pensaba en todo ello encaramado entre los cables de acero, cuando comenzó a amanecer tras las montañas de Berkeley. El brillo del sol rojizo bañó todo de oro. Marc se sintió absorto en tanta belleza y vio lo absurdo de su acto.

Volvió a su casa. Era domingo y sus padres habían ido a la misa. Él se metió en su cuarto y les escribió una carta. Hizo su equipaje y salió de su casa. Sabía de un centro de apoyo a la homosexualidad en el otro lado de la ciudad donde esperaba que le acogieran. Le recibieron con comprensión y afecto. Intentaron mediar con su familia, pero nunca hubo respuesta. Dejó los estudios y empezó a trabajar en una droguería. Conoció a varios hombres en el centro de acogida ante los que sintió atracción física, y tuvo sus primeras experiencias sexuales. Se había reprimido tanto tiempo que explotó de pasión en cada encuentro. Vivía un tiempo con cada uno de ellos o incluso alternaba casas. La promiscuidad de muchos de ellos hacía que ese transitar entre las camas y

hogares, se acoplase a sus vidas. Marc se sentía liberado pero no feliz. Las relaciones físicas estaban a menudo desprovistas de humanidad y muy lejos de lo que él esperaba sentir por el amor. Empezó después a acudir a clases de baile y canto. Allí conoció a Richard, otro estudiante de baile. Fueron sintiendo una fuerte atracción mutua pero diferente a las demás. Hubo pudor y una extrema sensibilidad en el acercamiento mutuo. Se miraron durante varias semanas, se empezaron a sonreír después. Pasado un mes se abrazaron en los vestuarios de la academia de baile.

Comenzó así, cuando tenía 18 años y Richard veinte, una profunda historia de amor. Profundizaron en la música y compusieron juntos. Marc escribía poesía y Richard hacía dibujos para aquellos poemas. Viajaron por el mundo y descubrieron lugares y culturas, lucharon por los derechos de los gays y escribieron artículos sobre los derechos civiles de la comunidad gay, trabajando con Bob Ross, del *Bay Area Reporter*, y a través de toda América con el líder Marc Segal.

Un año atrás, Marc empezó a sentir náuseas, fiebre y debilidad. Nadie supo que tenía. Poco después empezó a sentir tos seca y dificultad para respirar. Acudieron a una docena de médicos, algunos les daban medicamentos ineficaces, los más honestos les decían que no sabían de qué se trataba. Así llegaron al hospital general de San Francisco. Les recibió en su consulta el especialista de enfermedades infecciosas, el Dr. Gottlieb. Por entonces Marc estaba muy débil y fue ingresado. Le hicieron pruebas para averiguar que tenía en sus pulmones. Por entonces le aparecieron manchas rojo oscuras en la cara y la espalda. El Dr. Gottlieb había visto otros siete enfermos con los síntomas de Marc, todos ellos homosexuales.

Descubrieron un inusual parásito-hongo en sus pulmones que precisaba de un tratamiento muy agresivo. Mejoró algo, pero comenzó a tener unas diarreas intratables. Ante la llamada desesperada de Richard a los padres de Marc, su madre se reencontró con Marc quince años después y estuvo cogida de su mano varias noches en el hospital rezando a su Dios. El Dr. Gottlieb le preguntó a Marc si había tenido relaciones con alguien de Haití. Marc recordó que entre sus primeros contactos había un hombre haitiano que limpiaba la casa de acogida gay y con el que mantuvo relaciones durante un corto periodo de tiempo.

Cuando su situación se hizo crítica, Richard, tras hablar con los médicos, decidió llevarle a la casa donde vivían. Allí, donde ahora Aimsa escuchaba su historia, empezaron a recibir facturas medicas altísimas que el seguro médico rehusaba pagar alegando "comportamientos de riesgo no declarados". También comenzaron a ver como la cuota del seguro de vida y la hipoteca aumentó por motivos de "re-evaluación de riesgos". ¿Cómo sabían los bancos de su situación?

Aun viviendo en quizás la ciudad más liberal del mundo en tolerancia de la homosexualidad, recibían a menudo rechazo en ciertos círculos sociales. Ese rechazo fue aumentando y la gente llegaba a taparse la boca y la nariz con pañuelos cuando Marc paseaba por su barrio. El párroco de la Iglesia le negó la entrada cuando un día intento ir a rezar, y los servicios sociales del *Salvation Army* le negaron ayuda aduciendo que la enfermedad afectaba a inocentes hemofílicos infectados por la sangre de las conductas inmorales de gays y drogadictos. Pero incluso niños hemofílicos infectados fueron expulsados de las escuelas y el Presidente Reagan fue complaciente con aquellas actitudes basadas en prejuicios y sumidas en la crueldad.

-Esa es mi historia Aimsa. Ahora sólo me toca morir rodeado del amor de Richard y desear que este sufrimiento no afecte a muchas más personas en el mundo.

Aimsa abrigaba otros temores, pero aún no sabía que treinta años después, sesenta millones de personas se habrían infectado en todo el mundo y veinticinco millones habrían muerto.

Aimsa le contó su historia de estigma y marginación como intocable en la India y su lucha por la vida y por el bien en el mundo. Le intentó animar con esperanza ante la vida, y sobre todo nunca dejar de amar, su verdadera conexión con la eternidad.

En muestra de afecto y en contra de todos los prejuicios. Le dio un abrazo profundo y prolongado. Los dos se emocionaron. Cuando cruzaron sus miradas, Aimsa vio la belleza y valentía de Marc y le besó los labios. Era la primera vez que Aimsa ofrecía la suavidad de sus labios a una persona. Fue fugaz pero concentró en unos segundos la unión de dos parias de la sociedad que creían en el amor y no tenían miedo a nada. Ni a la muerte.

Al volver a su barco-casa en la marina de Berkeley, Aimsa escribió un documento y lo envió a la secretaría del primer congreso internacional de SIDA, que se celebraría pronto en la ciudad de Atlanta. Su documento se titulaba: "los derechos humanos y el SIDA". Con sus ahorros consiguió pagarse el viaje y acudir a aquel congreso con otras dos mil personas venidas de todos los Estados Unidos y muchos países, en especial de Europa. Allí atendió a una conferencia de un médico de Harvard llamado Jonathan Mann.

Había trabajado en hospitales y con los centros de control de enfermedad (CDC) de aquella ciudad, Atlanta, y había animado la celebración de aquel congreso y el inicio de la asociación mundial contra el SIDA. Poco después lanzaría el programa mundial del SIDA desde la Organización Mundial de la Salud.

Aimsa, como de costumbre, se acercó al Dr. Mann después de su charla y le preguntó:

-Dr. Mann. Me llamo Aimsa Kamble. Investigo los derechos humanos y el SIDA desde Berkeley. Le quisiera preguntar si la confidencialidad de los tests puede mantener el miedo ante la enfermedad, unos a ser marginados, otros a ser infectados, y así propagarla exponencialmente.

-Tiene razón. Pero los miedos sólo se desbloquearan luchando contra el estigma y protegiendo a las víctimas. Prefiero el precio de infecciones silentes que el de marginación y dolor. Pero tiene usted razón, reflexionaré sobre ello.

-Otra pregunta Dr. Mann: he escuchado sus temores expresados en su presentación, por la magnitud del problema en África. ¿Qué se sabe sobre la extensión y expansión real del problema?

Mann le confesó que abrigaba los peores temores pero que aún sus métodos clínicos y la poca precisión de los tests no les permitían saber. En ese momento se le acercó un hombre alto, delgado, rubio y con un rostro huesudo pero de mirada entrañable, y le pidió al Dr. Mann que le acompañase. Una compañera de Berkeley que también acudía a la conferencia le dijo que era el Dr. Mailer, director de la Organización Mundial de la Salud e impulsor de la conferencia

de Alma-Ata siete años atrás. Aimsa había estudiado con fascinación la energía, ilusión y ética de los principios de Alma-Ata. El mundo parecía estar en buenas manos con personas como aquellas. Pero ¿cómo invadiría el SIDA el mundo paralizado por prejuicios e intereses?

XXVIII. Unas plantas para un virus. Bulawayo, 1985

La pequeña Thandiwe ya tenía cinco años y empezó ir a la escuela más cercana. Estaba a seis kilómetros. Iba andando con sus amigas. En invierno iba corriendo, o cuando llegaba tarde. NoLwasi la veía salir con su uniforme azul oscuro bien planchado y sus cuadernos bien cuidados. Había encontrado en el cuidado para Thandiwe un caudal para su corazón, pleno de ternura. Necesitaba ese mundo de afecto sin enfermedades por medio o comunicación profunda, pero distante, con los espíritus. Llevaba 5 años atormentada por las tragedias de la enfermedad que se extendía por todo Matabeleland y sus recuerdos de las muertes en debilidad y dolor, del mundo oscuro de Soweto. Todo le ahogaba su corazón, sediento de alegría, sonrisas, caricias y afecto. Tenía ya treinta años y aunque descubría un océano de afecto y ternura enredada con la maravillosa inocencia de Thandiwe, sentía a menudo la falta de un abrazo en su intimidad, de una mano amiga en los paseos por el bosque, de alguien a quien confiar su fuerza y también sus temores, su valentía y también su debilidad. Todas las mujeres de su edad tenían ya familia, aunque los maridos de muchas estaban en Soweto. Ella desconfiaba de los hombres deshonestos. Y los hombres la temían por su mítico poder sanador y por cómo se comunicaba con el mundo de los *amakhosis*.

Llevaba años practicando con una *Mbira* que le hizo su padre Themba. La utilizaba en sus meditaciones. Desde su altar sagrado de rocas, árboles, cortezas, esquemas mágicos y hierbas sanadoras. Ante el maravilloso horizonte de Matopos. Salían de su alma a través de sus manos sobre el metal y la madera unas armonías profundas como el alma de NoLwasi. Tan profundas que se diría que no eran del todo de aquel mundo.

Se celebraban las primeras elecciones casi-democráticas en el país. Una parte de los miembros del parlamento serían blancos. Una parte desproporcionada a su población. Esa injusticia iría desapareciendo pero muchas la consideraban como un insulto, tras tantos años de guerra de liberación. Seguían las disputas entre el tío de su madre y el presidente electo. Pero convivían repartiéndose el poder y las intrigas. NoLwasi desconfiaba de todos ellos. A pesar de todo, NoLwasi veía con orgullo a su pequeña Thandiwe, su hija adoptiva, su mayor fuente de ternura, de ir a la escuela, cantar Nkosi Sikelela al empezar las clases, apuntar con cuidada caligrafía las letras, hacer con esmero las operaciones matemáticas y estudiar la historia reciente de su país orgullosamente liberado. También sentía un orgullo sereno al ver a los maestros de la escuela pública y las enfermeras del centro de salud llevar con dignidad su único uniforme, cantar el himno al empezar el trabajo, rezar sus oraciones, estudiar sus pocos y gastados libros y esmerarse por su servicio público a un pueblo ilusionado con su libertad.

NoLwasi siguió viendo pacientes con la terrible enfermedad. Eran más de la mitad de las personas que venían a pedirle consejo. Las demás venían con diferentes problemas de algo que ella veía como nudos en su vínculo sagrado e invisible con los amakhosi, o en relaciones con sus familiares, amigos o vecinos bloqueadas y generando fuerzas negativas que ahogaban sus fuentes de vida que ella sentía al oír latir el corazón o sentir sus brisas internas que escuchaba con atención al oír sus pulmones respirar. También veía a niños con diarreas y en contra de lo que muchos Nyangas interpretaban como infidelidades de sus madres, ella sabía bien que era por aguas sucias y preparaba mezclas de agua , lima y unas cenizas de una mezcla de una corteza y rallada con unas piedras .

Enseñaba a las madres a darles de beber poco a poco a los pequeños y seguía de cerca su recuperación. En los pocos meses de lluvias, NoLwasi sabía que empezaban a ser frecuentes unas fiebres que transmitían con el agua el calor acumulado de la tierra seca y los meses áridos. Era la llamada de la tierra a los “*kalangas*” para cuidar mejor de ella y evitar incendios y talas salvajes de árboles y ramas. En sus esquemas mágicos encontraba la guía para el símbolo de la fiebre en sus cortezas. Toda una enciclopedia del saber trascendental. La verdadera sabiduría. La del alma en conexión con el universo. Preparaba unas infusiones de las hierbas de unos arbustos (artemisia) que crecían a la sombra de unas rocas de su mágico *kopje*. Fue aprendiendo a sacarles las semillas y plantarlas en zonas adecuadas, para estar bien abastecida. Curaba las fiebres y devolvían la armonía para la tierra, con los consejos de NoLwasi de respetar más el ciclo de la vida y no arañar en exceso sus entrañas ni cortar los troncos vivos. Trataba cientos de tipos de molestias con su visión mágica que le hacía intuir bloqueos con la armonía del mundo natural, humano y de los espíritus. Todos la respetaban.

Aprendió también a tratar muchas de las dolencias que acompañaban a la enfermedad-que-no-se-cura. Una mezcla más intensa de lima, cenizas y agua mejoraba las diarreas, unos vahos con raíces de mopanes mejoraban las toses, las infusiones de un tipo de té rojo mejoraba los picores y granos que les salían en la piel a la vez que las aliviaba con jugos de aloe, utilizaba corteza de sauce para el dolor, garras del diablo para las fiebres, los vómitos y los dolores musculares, hinojo cuando veía que se bloqueaba la orina, mezclas con ajos y la leche de cabra fermentada para curar las manchas blancas de se pegaban a la boca, la lengua y las zonas íntimas. Para cada molestia encontraba un signo, una relación mágica con un mensaje de armonía o conflicto, un tratamiento en sus jeroglíficos del *kopje*, y, sobre todo, una

ternura inmensa hacia aquellos enfermos que, a pesar de sus cuidados, iban perdiendo poco a poco la energía de la vida.

Un atardecer pensaba en el origen del vínculo sagrado con la familia, mancillado en Soweto y transmitido a las mujeres y madres de forma tan injusta. Se dio cuenta entonces que su mano estaba manchada por el carbón de una pequeña hoguera que había alumbrado. Se había apoyado en una corteza y al levantarla, había dejado una imagen que, mezclada con las marcas naturales del árbol, mostraba dos líneas. Una era más larga que la otra y las unía una línea menor. NoLwasi pensó que el dibujo espontáneo simbolizaba el acto sexual. Encima de esa imagen se habían formado unas manchas negras como nubes de tormenta. Debajo de las líneas, podía contar una sucesión de unas siete manchas naturales negras que guiaban hacia una zona redondeada y pálida. Otras trazas de carbón parecían guiar a algo debajo de esa gran burbuja blanca. Era una imagen que encajaba con muchas posiciones de las tabas que recordaba, pero nunca comprendió, en su lenguaje sagrado con el saber ancestral.

Vio a unos cien metros de su kopje una piedra redonda de una forma parecida a aquel dibujo mágico. Fue caminando y encontró a su paso otras siete grandes rocas. Al llegar se agachó y miró en el hueco que dejaba por debajo una hendidura de la piedra. Allí había unas plantas de hojas finas en racimo parecidas a las jacarandas y una flor roja como en forma de una bolsa roja. Quizás parecido al órgano masculino. Recordaba haberla visto alguna vez a Masora usarlas y a otros Nyangas llamarla "*unwele*".

La imagen del acto sexual le hablaba de algo lógico que ella había pensado muchas veces desde lo que comprobó en Soweto. Tímidamente, la única radio

del pueblo también empezaba a reconocer la amenaza de la enfermedad y su relación con relaciones múltiples. La Iglesia, que dominaba por sus misiones los mensajes en la escuela, el hospital y la radio desde la diócesis de Bulawayo, aconsejaba no tener relaciones fuera del matrimonio, ni antes, ni durante, ni incluso después de viudas. Pero NoLwasi pensaba que muchas de esas mujeres que veía como se apagaban poco a poco, no habían tenido otras relaciones, cuidaban de los hijos, del campo, y esperaban fielmente a que sus maridos con vida doble y oscura en Soweto vinieran a transmitirles el mal. La Iglesia estaba condenando a estas personas a la muerte.

Pero ahora sobre todo estaba intrigada por esta planta a la que los mensajes mágicos la habían apuntado. Por la consistencia, olor y forma de la planta, intuyó que su fuerza estaba en las hojas secas. Preparó raspaduras de las hojas y las mezcló con cenizas rojas y jugo de lima y papaya. Según iba encontrando la mezcla y observando las reacciones, sabía, de forma intuitiva, los mejores aliados de esa extraña planta. Empezó a tratar a un enfermo que tenía los síntomas de la plaga. Fue comprobando que después de dos semanas de tratamiento mejoraba la diarrea, el dolor, la tos, las manchas blancas y, sobre todo, empezaba a ganar peso y a recuperar fuerzas.

Durante los meses siguientes trató a otras dos mujeres de igual manera y vio los mismos resultados. Seguían algo débiles, pero muy aliviadas. Habían recuperado energía de vivir y trabajaban en los campos y con sus hijos. Aprendió a cultivar aquella planta y vio que crecía por esquejes. Fue haciendo pequeñas plantaciones debajo de las rocas, donde encontraba condiciones parecidas de sombra y tierra no reseca.

Decidió que tenía que ir a hablar con otros Nyangas. Podían estudiar mejor

esa planta y curar la terrible enfermedad. La asociación de Nyangas de Zimbabue, ZINATHA, tenía unas oficinas en Bulawayo. Nunca había ido aquella ciudad *ndebele*. Fue en uno de los autobuses de ruedas gigantes que transitaban en larguísimos y lentos recorridos por los pueblos, atestados de gentes, animales y pertenencias. Al llegar a Bulawayo, se dirigió a las oficinas de ZINATHA, que ya por entonces asociaba a dos mil Nyangas en todo el país. Ella pensaba que muchos eran oportunistas y no tenían el linaje, la conexión espiritual o simplemente la dedicación al bien de los demás. Muchos se enriquecían de ello. NoLwasi temía que su hallazgo fuese mal utilizado y para el provecho de sólo unos pocos. En la oficina le aconsejaron que escribiese una carta al presidente, un Shona de Masvingo llamado Chivunduka. Insistió en hablar con alguien que estuviera buscando remedios para la plaga incurable y ante su insistencia, un hombre de pelo canoso y mirada sabia que estaba sentado al lado leyendo un libro, le dijo:

Salibonani mama (te vemos, madre.)

Salibonani, Baba (te vemos padre

-Que desea, Umama wami?

-Quisiera saber que está haciendo ZINATHA para luchar contra la plaga incurable.

-No mucho, me temo. Todavía el gobierno niega su importancia, y muchos Nyangas la asocian a los blancos o al agua.

-¿Pero el gobierno dice que se transmite por el acto sexual?

-Así es. Ya han averiguado muchas cosas en América de cómo se transmite y como se previene.

-¿Porque ZINATHA no hace nada por ello? Nuestros jóvenes están muriendo. Dentro de poco no quedaran jóvenes en los pueblos.

-Le invito a comer Sadza y a hablar de ello. ¿Acepta?

El hombre parecía sabio y respetuoso. NoLwasi aceptó.

En una cantina cercana, en el suburbio de pequeñas casas de maderas y zinc de Makokoba, se sentaron a comer sadza con chomolia y a hablar de aquella plaga. NoLwasi descubrió que aquel sabio *Nyanga* llamado Ñazema, sabía mucho desde su interior del tormento que ahogaba la armonía con los espíritus, pero también escuchaba el conocimiento de otros. Le contó las historias de una forma perecida de la enfermedad en un lugar lejano llamado San Francisco y como unos blancos habían visto un pequeñísimo animal, imposible de ver con los ojos, y que se transmitía entre las personas cuando dormían juntas o cuando pasaban la sangre de unos a otros. Había leído también que ese animal al que llamaban virus, vivía normalmente en monos pero que experimentos de los blancos con las vacunas en África, lo esparcieron por el continente. Le habló de lo importante que era que las personas que podían tener ese virus en su cuerpo no durmieran con otras o lo hicieran poniéndose algo que llamaba preservativo. NoLwasi nunca había oído hablar de ello. Ñazema llevaba varios y le enseñó uno y como se usaba. NoLwasi miraba asombrada.

NoLwasi le explicó sus esfuerzos en cuidar de muchos enfermos que habían

ido muriendo, y de sus descubrimientos en Soweto. Le contó también su hallazgo sobre la planta que parecía ayudar. Había traído algunas plantas y una mezcla de las que utilizaba para tratar la enfermedad. Ñazema lo miró con interés. Le dijo que él vivía en Harare y tenía un laboratorio donde podía ver que hacía que unas plantas pudieran curar y el cuidado que se debía tener con algunas para no causar daños. Ñazema la miró gravemente a NoLwasi y le dijo:

-NoLwasi, mama wami, esta enfermedad puede acabar con nuestro pueblo. Tus esfuerzos en Soweto y aquí son generosos, nobles y valientes. Yo había oído hablar de tu abuela, Masora. Y veo que su fuerza está en ti. Hoy en día hay muchos aprovechados que sólo quieren sacar dinero. No difundas tu saber de momento, pues lo podrían utilizar mal o sólo para ganar dinero. Si es bueno queremos que llegue a todos los que la necesitan. Te prometo que te ayudaré.

-Gracias Ñazema.

-Quiero verte dentro de un mes aquí, en esta cantina. Te diré lo que he averiguado de la planta. Prometo que a nadie diré nada. Tampoco lo digas tú. Sigue tratando a tus enfermos y me dices que ves. Ah, y pasa por las oficinas de una organización llamada "Consejo de SIDA de Matabeleland" y pide preservativos para llevar a tu pueblo. Te los darán sin cobrar. Sería bueno que empieces a convencer a quienes no saben si pueden estar infectado, que los usen, mientras encontramos un remedio para esta terrible plaga. Pronto también tendremos una forma de saber quién tiene ese virus en su sangre. El mes que viene te contaré más cosas.

Amandhla.

Amandhla, respondiÓ NoLwasi.

XXIX. Jonay llega a su destino, San José, Matabeleland, 1986

Jonay convocó en torno a una hoguera en El Cabrito a sus padres, a sus abuelos de Hermigüa, a Tomás, a Fernando, a Kadiatu, a Lisy y a algunos amigos de la isla. Invitó también a Yolanda pero ella prefirió no sufrir y poner distancia. Vinieron algunos compañeros de carrera de La Laguna, algunas compañeras de Kadiatu de Gara, médicos de la isla, pescadores amigos de Tomás y algunas amigas del instituto de Lisy, ya integrada totalmente y hasta experta en los silbos gomeros. Comieron potaje de berros que trajeron de los saltos de agua de Hermigüa sus abuelos, con gofio canario de Tenerife que él había traído de La Laguna, almogrote preparado por Umbela y vino que Fernando había traído de Valle Gran Rey. Tomás había aportado cazones para asar, pero Jonay le pidió que los guardara para otra ocasión. A él le daban mucha pena, ya comía casi siempre vegetariano y sufría con el sufrimiento animal.

Tras charla fraternal, Jonay tomo la palabra y fue mirando a cada una de esas personas que estaban tan infiltradas en el fondo de su alma:

Familia querida, amigos del alma:

Gracias por venir hasta este rincón mágico. Aquí naufrago mi padre, hace casi treinta años y gracias a un hombro dislocado y una brecha en la frente, conoció a mi madre. De su amor vine yo a la vida y he seguido siendo testigo de ese amor entre ellos, hacia mí y hacia el mundo, toda mi vida. Desde estas playas, buceando y nadando con mi padre, pescando con Tomás, reuniéndonos en momentos importantes para celebrar la vida, acogiendo a viajeros y aventureros, oyendo las historias de África de Fernando, yendo al rescate de Kadiatu y Lisy, miraba

muchos amaneceres al horizonte que me llamaba con fuerza. Fui entendiendo esa llamada oyendo las historias de Fernando de otros mundos donde somos de alguna forma más necesarios, de las historias de mis padres navegando por el mundo, de mi vocación con los enfermos allá donde reina el Teide. De lo que Kadiatu me contaba. De lo que yo, en el fondo de mi alma, sentía.

Y así, la vida ahora me lleva lejos de aquí, pero llevaré siempre a mi isla y a mi gente en el corazón. No os olvidaré porque os tendré a cada paso conmigo. Aunque las cartas tarden o la vida nos ofrezca retos distintos, siempre estaréis conmigo. Y yo, dejé parte de mi corazón en esta isla y en cada uno de vosotros.

Después de su despedida se abrazó a cada uno con emoción. Llegando por último a su madre. Ese abrazo duró una vida entera. Los dos emocionados, no podían hablar. Umbela sólo alcanzó a decir.

-Jonay, hijo, estoy orgullosa de ti. Pensaré en ti cada día, meditaré mandándote lo mejor de mí.

Su padre John, le dio su armónica, bromeando que se iba a comprar otra mejor, aunque Jonay sabía que su padre no daba la armónica que le acompañó tantos años por tantos lugares, "por comprarse otra mejor". Su madre le dio un jersey de punto azul con dos rayas en las mangas: roja por la unión a la familia, a su sangre y blanca por la luz blanca de la paz espiritual que Jonay llevaba dentro y que estaba destinada alumbrar en el universo. Fernando le entregó el manuscrito de los cincuenta consejos del hermano Ricardo. Tomás le regaló una linterna que le había acompañado cientos de veces en su pequeña barca pesquera.

Jonay fue apaciguando la noche tocando la melodía de la lista de Schindler, su preferida, al violín. Luego todos sentados en torno al fuego bajo las estrellas y el mar plateado por la luna. Cantaron al ritmo de la guitarra de Fernando y la armónica de John. La última canción, que quedó clavada en el corazón de Jonay, fue en catalán, "*un nuvol blanc*". Las olas de la vida.

Voló a Madrid, luego a Johannesburgo y luego a Bulawayo. Al llegar al pequeño aeropuerto colonial, vio en la antigua sala de llegadas al padre Patxi y a su hermano Juan Mari. Patxi tenía ya 47 años, el pelo bastante cano, la piel curtida del sol del Kalahari, una mirada limpia y alegre. Vestía una camiseta blanca, un pantalón vaquero y unas sandalias. Juan Mari ya tenía 56 años, era un hombre fuerte, con pelo largo y barba poblada canosa, una mirada severa pero que se derretía al sonreír. Se abrazó a ellos. Había llegado el momento anhelado desde hacía dos años.

-¿Has tardado eh? Te esperamos con mucha ilusión, Jonay.

-Hubiera venido hace mucho Patxi. Ya sabes los papeleos una y otra vez con el colegio de médicos de Harare y con el Ministerio del Interior en Madrid. Burocracia. ¡Pero ya estoy aquí! ¡Este es uno de los días más felices de mi vida!

-Bueno, vamos hacia la misión, llevamos dos días en Bulawayo para una reunión del equipo provincial de salud y ya estoy harto de ciudad y de palabras.

-¡Me muero de ganas de llegar ya! ¿Y qué tal tú, Juan Mari? ¿Llegaste hace

poco no?

-Sí, hace sólo un mes. Estoy muy contento. Esto es otro mundo. Aquí hay problemas de verdad. Allá al Norte a menudo nos los inventamos.

Durante el camino Patxi fue contándole a Jonay la situación política tras las elecciones, la sequía, la pobreza en San José, y la extraña enfermedad que a todos les estaba angustiando. La mucha gente que estaba muriendo.

-Sí, la he estado estudiando, Patxi. La OMS (Organización Mundial de la Salud) acaba de cambiar los criterios para diagnosticarla. Y parece que pronto habrá un test para confirmarla. Pero aún no hay tratamiento. ¿Hay muchos casos?

-Muchos. Y seguro que muchos más que no vemos. Y mucho dolor, Jonay, gente joven, huérfanos, abuelos que los adoptan casi sin nada que darles, ni esperanza. Es muy triste. Y la Iglesia...

-De esa pasa, Patxi, son unos sinvergüenzas en sus palacios de poder. Dijo Juan Mari.

-¿Qué les pasa? Preguntó Jonay.

-Que no quieren que promovamos el uso del preservativo. Lo único que de momento puede protegerles, en especial a las mujeres. Muchos hombres viven y trabajan en Soweto y vienen infectados, o muertos. Bueno, ¡pero no te voy a desanimar el primer día! Te esperan todos en la misión con los brazos abiertos.

-Soy muy feliz, Patxi.

Esas palabras quedaron flotando en el aire. Iban los tres sentados en el asiento corrido del pick up, con la bañera llena de sacos de harina, cemento y utensilios que Juan Mari había conseguido para hacer arreglos en la misión mientras Patxi hablaba en la reunión de salud. Atravesaron Bulawayo. Los suburbios pobres del norte, el gran hospital de negros de *Impilo* (vida), el centro de la ciudad, la plaza del parque, el ayuntamiento, se fueron adentrando en Hillside y enfilaron hacia Kezi. Jonay miraba asombrado un mundo diferente, de más color y luz, coches muy antiguos y cuidados, gentes de vestir sencillo y caminar parsimonioso, acacias africanas gigantes, inmensas jacarandas aún sin flor y una tierra muy roja, quizás reflejando el sufrimiento de un pueblo que tras una cruel guerra contra los racistas y luego entre hermanos, ahora se hundía en la epidemia más trágica que había visto nunca la humanidad. Atravesaron después las mágicas rocas de Matopos y Patxi paró ante una que él llamaba "la madona" por su gigante forma de madre con un niño en brazos. Cruzaron algunos babuinos, gallinas de guinea facocheros e impalas y vieron búfalos y jirafas a lo lejos. Jonay miraba fascinado el mundo con el que había soñado tantos años.

Llegaron a la misión de San José. Era medio día. Los últimos cincuenta kilómetros habían sido de pistas de tierra llenas de baches. La mitad de la carretera tenía postes de madera, Patxi le explicó que estaban esforzándose en toda la comunidad para hacer llegar la electricidad. Sólo les faltaban quince kilómetros, equivalente a cuatrocientos cincuenta postes. Ponían dos al día. Ocho meses con suerte. Fueron pasando al lado de "*kraals*" formados por chozas de barro con dibujos triangulares zulús y tejados de paja seca trenzada, vallas rudimentarias de madera para guardar las cabras, campos intercalados de mijo y de maíz, algunos huertos de hortalizas, y gente por el

camino que saludaba. Los niños saludaban efusivos, las mujeres con pañuelos a la cabeza y niños a la espalda hacían leves gestos de sonrisa y saludo. Los mayores se inclinaban juntando sus manos y aplaudiendo una palma con un dorso. Jonay estaba emocionado. Aunque también abrumado por la responsabilidad que se avecinaba.

La misión era un grupo de casas bajas esparcidas en una llanura de tierra lisa y seca. La bordeaban algunas casas, tiendas y almacenes, las pocas que no eran de barro y paja de toda la zona. Una vieja y pequeña Iglesia de ladrillos oscuros estaba en el centro. Otra Iglesia más grande y moderna estaba a la izquierda. A la derecha había una casa con un porche que Patxi explicó era de unas monjas que hacía tiempo habían dejado la misión y la utilizaban como hogar de chicos que estudiaban en la escuela y venían de lejos o eran huérfanos. Al fondo a la izquierda había otra casa de cemento y tejado de uralita, con un amplio porche. Era la casa donde vivían Patxi, Juan Mari, los aspirantes a seminaristas Patrick y James, y el pequeño Joseph, que saludaba efusivamente y corría alrededor del pick-up. Jonay vio a la derecha la larga nave del consultorio y salas de ingresos, y un pequeño edificio enfrente con las letras: "*theatre*" ²¹

Comieron todos juntos, su primera Sadza y Chomolia. Patxi bendijo la mesa y dio la bienvenida a Jonay. Jonay sacó regalos para todos: figuras de la isla de La Gomera, latas de almogrote, chocolate casi derretido, unos llaveros de Tenerife y un avión de juguete para el pequeño Joseph. Después de comer, Juan Mari fue a caminar por los pueblos. Pasaba horas y horas caminando. Patxi fue con Jonay a enseñarle el dispensario. Al llegar les recibió una enfermera a la que le presentó: se llamaba Rose y le saludó muy contenta.

21 Teatro: palabra para denominar también al quirófano en lengua inglesa.

Había algunos enfermos esperando a la consulta. Primero le enseñó la farmacia, con viejos armarios de madera y medicina ordenadas por orden alfabético, un peso, una nevera de queroseno y varias estanterías y cajas de sueros. Le explicó que el gobierno tenía un sistema muy bueno llamado EDLIZ²², con medicamentos genéricos protocolos por cada nivel de asistencia y una guía de información. Le dijo que ahora que había llegado quizás promocionasen la misión de centro de salud a hospital de distrito. Le había traído una de la reunión provincial y se la entregó: sintió palpar su corazón cuando vio escrito “Dr. Jonay Harris”.

Jonay empezó a sentir el peso de las expectativas sobre él, un joven médico que apenas tenía experiencia, aunque una ilusión inmensa. Pasaron a la consulta, con una humilde mesa de madera, dos sillas, una camilla de exploración y dos vitrinas en las que pudo ver fonendoscopios, esfigmomanómetros, colposcopios, oto y oftalmoscopio, un tonómetro ocular, cajas de curas y suturas y vendas blandas y otras para escayola. Todo muy antiguo pero muy bien cuidado y guardado. El suelo, se fijó, era de cemento, muy antiguo y agrietado, pero pulido y brillante. Sintió estar en un lugar venerable que invitaba a hablar susurrando.

Pasaron a la sala de partos, con la camilla obstétrica, una cuna con una lámpara que colgaba encima y un armario donde adivinó las ventosas, los fórceps, tubos de aspiración manual para los recién nacidos, sueros. Poco más. Paso después a la sala de los ingresados. Era una habitación amplia y alargada, con unas quince camas. Había siete enfermos ingresados. Patxi les saludó.

22 EDLIZ : Essential Drug List of Zimbabwe

-i"Salibonani!".

Respondieron igual.

-iLiya Dokotela lapha. Dokotela Jonay!

Les saludó igual y repitió instintivamente el gesto que estaban haciendo con sus manos en taza y aplaudiendo palma a dorso. Era un gesto que estaba lleno de respeto, lo sentía en sus miradas. Jonay sintió que no podía actuar con naturalidad y disimular su emoción ante tanto respeto, en un lugar tan sencillo y hermoso, ante el reto soñado que le esperaba. Pasaron al patio y al pequeño edificio donde rezaba el cartel que vio al llegar "theatre". Había muchas cajas dentro y una camilla de quirófano, una lámpara, varias vitrinas y mesas de acero. Todo lleno de polvo.

-¿Le darás vida? Preguntó Patxi.

-Si sé transmitir un poco de la inmensa ilusión y alegría que tengo de estar aquí, este va a ser el hospital con más ilusión y ternura de Zimbabue. Y espero ir mejorando día a día en todo. Ten paciencia conmigo. Necesito tu guía y tu ayuda en muchas cosas.

-Claro Jonay. Poco a poco. Bienvenido a casa.

XXX. Los buitres de la Humanidad. Matabeleland 1986

Juan Mari llevaba tres meses en San José. Había ido aprendiendo *ndebele* pues el aspirante a seminarista, Patrick le daba clases todas las tardes después de comer. Siempre le gustó mucho andar por el monte vasco y aunque no había en San José ni montes ni montañas, sino una sabana seca con aisladas acacias, le gustaba ir a pasear largas caminatas y a hablar con gentes de los *kraal*, que le fueron tomando cariño. Era para todos *ubudiSindisabantu* (el hermano del que quiere a la gente, por Patxi) pero fue adquiriendo su propia identidad y le empezaron a llamar *hambakatsana* (el que anda lejos) y todos terminaron por llamarle Haka. Paseaba al amanecer y sabía dónde podía ver a las gacelas saltar por la sabana a esa hora. Luego volvía a la misión y desayunaba con Patxi, Patrick, James, Jonay y el pequeño Joseph. Eran como una familia, muy unidos por acoger en la misión a pacientes, familias, a huérfanos, por mantener las escuelas, los talleres, los grupos de mujeres y las redes de jóvenes...

Juan Mari, quien siempre renegó de la religión, se emocionaba en las misas de los domingos. Duraban hasta cuatro horas. Empezaban con grupos de chicos, chicas, madres, los mayores y los jóvenes que aún no se habían ido o ya habían vuelto de Egoli. Todos charlaban, hacían oraciones, elegían un líder del grupo, un secretario, decían sus oraciones, hablaban de sus andanzas de la semana, de sus preocupaciones y de ideas que proponer a la comunidad.

En la Iglesia, redonda y con el tejado de uralita medio caído, todos se reunían en círculo, rezaban, cantaban en sus profundos cantos zulúes. Juan Mari sentía emoción de ver tanta unión desde tanta humildad. Aquellos cantos *ndebeles* le hacían vibrar el corazón. Se emocionaba a menudo, como si hubiese

reprimido durante muchos años las lágrimas de la emoción, el bálsamo de la ansiedad existencial. Esa era una auténtica comunidad, compartían lo que tenían, trabajaban juntos poste a poste por traer la electricidad, por ahuyentar a los elefantes cuando invadían sus cultivos, por acompañarse en la enfermedad o en la muerte o por defenderse de los ataques de la quinta brigada, que ya no les habían vuelto a acosar. Había también disputas, envidias y egoísmos como en todo grupo humano, pero predominaba un espíritu de unión. Patrick le relató a Juan Mari como Patxi les defendió de la quinta brigada y el respeto a *Sindisabantu* en toda la zona. Juan Mari sentía una profunda admiración por su hermano pequeño y reflexionaba qué le hizo haber estado tanto tiempo preso de una banda encadenada a su propio odio.

Por las tardes, Juan Mari iba a recoger a Joseph a la escuela y le llevaba sentado sobre sus hombros a caminar por los "kraals" y hasta un kopje desde donde podían ver a lo lejos siluetas de jirafas y manadas de búfalos. Un día, corriendo entre las acacias, un pincho duro como un puñal, de acacia seca del Kalahari, le hizo una profunda cicatriz debajo del ojo, y Jonay le suturó con todo cuidado. Fue su primer paciente en el recién inaugurado quirófano con ceremonia de misa y bendición de Nyangas, cánticos *ndebeles* y ofrenda a los amakhosis. Joseph le decía al tío Haka donde estaban sus amigos de la escuela y les iban a visitar. Haka, siempre rodeado de niños, de naturaleza, y de tareas en la misión, recuperó la sonrisa que hacía tanto tiempo llevaba ahogada por el odio. Un día fueron a ver a un amigo de Joseph. Le había dicho a Haka que hacía más de una semana que no venía al colegio y le preocupaba si estaría enfermo. Cuando llegaron, comprobaron cómo, al igual que en muchos "kraals" de la zona, dos ancianos débiles y consumidos por el sol y el trabajo, cuidaban de muchos niños, huérfanos de padres a quienes les había matado la enfermedad incurable. Saludaron ceremoniosamente y le sacaron un

taburete *ndebele* a Haka. La anciana, según la tradición, se sentó más baja, en una estera, y el anciano, en otro taburete.

-*Salibonani Gogo, Mkhulu*. (Te vemos, abuela, abuelo).

-*Salibonani Baba* (Te vemos, Padre).

Después de la ceremonia de preguntar por los campos, las lluvias, las plagas y la cosecha, Haka les preguntó por el amigo de Joseph. Notó que sentían algo de vergüenza al decirle que lo habían entregado a unos amigos de su difunto hijo, quien, como tantos, había vuelto de Egoli en una caja de madera. Haka insistió en saber dónde estaba y con quienes se había ido. Los ancianos, con una mirada triste como un océano de lágrimas, le dijeron que cuando trajeron a su hijo de Sudáfrica, el chófer del pick up donde venía el ataúd, les dijo que habían gastado mucho dinero en el transporte. Un mes después volvió el chófer con dos personas más para preguntarles si podían pagar su deuda.

También les dijeron que en recuerdo de su hermano, podían llevarse a algunos de sus hijos para darles buena educación en Sudáfrica. Ambas propuestas estaban relacionadas. Algunas familias en situaciones límite, en la tradición *ndebele*, entregaban a sus hijas para servidumbre, las prometían en matrimonio con sus acreedores o dejaban que se llevasen a sus hijos para trabajar los campos. Pero en este caso eran extraños, clamando una deuda dudosa y ofreciendo una educación de la cual nada sabían aquellos ancianos para los que, tras ver la agonía de sus hijos, la vida había perdido todo sentido. Le describieron a las personas, como decían llamarse, el tipo de coche y poco

más.

En el siguiente mes, Haka supo de cuatro casos iguales. Eran dos niños y dos niñas de entre nueve y once años. Y nadie sabía dónde podían estar. Aquel pickup y esos hombres de gafas oscuras supuestamente samaritanos de niños desvalidos habían desaparecido. Juan Mari se lo relató a Patxi con honda preocupación. Patxi le contó que evitó que se llevaran a Joseph de esa manera dos años antes.

Juan Mari -Haka ya para todos, hasta para su hermano-, se fue con el pick-up de la misión a Bulawayo. Aprovechó que necesitaban harina y cajas de medicamentos y sueros para el dispensario y se ofreció a ir él. Patrick, con quien había ido tramando amistad, le acompañó. Fueron primero a la biblioteca pública. Haka se había aficionado a leer todas las novelas que encontraba del prolífico Wilbur Smith. Pasaron luego por la catedral a por el correo. Vio de lejos a aquel obispo retrogrado que amenazaba a su hermano por tener sensibilidad y compasión con la gente. Se cruzaron miradas desafiantes. Le mandó llamar. Haka le hubiera dado "un corte de manga", pero ya había aprendido cual era el poder de un obispo en África. Se acercó y le saludó fríamente. Acostumbrado el obispo a que le besaran el anillo, esa insolencia de aquel barbudo vasco, le desconcertaba.

-Haka, dígale a su hermano que necesito un informe de sus preparativos para colaborar en el recibimiento a Su Santidad. Llega dentro de un mes a Harare. Espero que haya organizado la peregrinación de feligreses de su parroquia y estén rezando rosarios por él, como le indiqué. Aquí tiene una carta de recordatorio de las instrucciones para todas las misiones. Es quizás el mes más importante para la Iglesia en la historia de este país.

Haka le hubiera dicho que estaban ocupados ayudando a la gente, poniendo los postes eléctricos, cuidando de los campos y de los enfermos, y promoviendo el uso del preservativo, para perder el tiempo en agasajar a un viejo que vivía en el lujo y el poder, la antítesis del mensaje de Jesús. Pero se reprimió. Le podía costar caro a su hermano y a todos en la misión.

-Sí señor, se lo diré y le daré la carta. Aunque está muy ocupado ayudando a los pobres y los enfermos.

No pudo evitar decir eso. Se fue con un sentimiento de náuseas. No entendía el voto de obediencia de su hermano. Bueno, ni el de castidad. Y pensando en ello se dio cuenta de que Haka ya tenía cincuenta y seis años, seguía soltero, y llevaba cuatro años sin un sólo beso o caricias de una mujer.

Fueron luego a por la harina a un almacén. Antes de volver a la misión le dijo a Patrick que quería parar en una oficina de una organización. Había oído hablar de ella en la radio. Se llamaba Amani Trust. Le había preguntado a Patxi y sabía que trabajaba con la comisión católica para la paz y la justicia, que dirigía el Padre Pius, valiente y humano, muy diferente al obispo. Prefería tratar esas extrañas desapariciones de niños fuera de la Iglesia para que no le cayesen a su hermano más críticas e incluso veladas amenazas de no concentrarse en evangelizar a sus fieles. Entró en la casa de Hillcrest donde tenía Amani Trust sus oficinas. Esperó en una pequeña sala de espera leyendo su informe anual: torturas a disidentes *ndebeles*, palizas policiales a supuestos homosexuales, derechos mínimos en las cárceles abusados, enfermos de SIDA marginados y sus hijos expulsados de las escuelas. Vino a recibirle una mujer de unos cuarenta años, pelirroja, bastante delgada, con una mirada tierna y

a la vez decidida que parecían clavar con suavidad pero profundamente y sin temor sus ojos verdes. A Haka le pareció una mujer muy bella y sospechaba mucha valentía en su mirada y en su trabajo.

-Buenos días, me llamo Helen Gray. Soy la directora de Amani Trust, ¿qué puedo hacer por usted?

-Buenos días, me llamo Haka Beloki. Vivo en la misión de San José, cerca de Kezi. Quisiera hablar con usted de unos casos que me preocupan. ¿Podríamos hablar en privado?

Había una recepcionista y la puerta estaba medio abierta, Haka empezaba a sospechar algo grave de las desapariciones de niños. Pasaron al despacho de Helen, un cuarto sencillo con una mesa de madera, dos sillas y varias estanterías. Lucían varios posters de Amnistía Internacional y *Human Rights Watch*, y uno de una organización sobre el SIDA que denunciaba la negación (*denial*) del gobierno.

-Gracias por recibirme sin haberle pedido cita. No tenemos teléfono en San José. Por cierto, ¿de dónde es usted?

-No hay problema. Soy de Manchester. Dígame que le preocupa.

Haka le explicó las desapariciones de los niños. Para entonces había recorrido con Patrick unos ochenta "kraals" preguntando por la ofertas de los sudafricanos de gafas oscuras: habían visitado veinte de ellos y se habían llevado a un total de diez niños de seis "kraals". Eran niños y niñas, de ocho a trece años. Todos eran huérfanos del SIDA y estaban al cuidado de sus ancianos abuelos. Se los habían llevado unos sudafricanos en un pick-up

blanco. Les habían ofrecido dinero en cuatro casos a los ancianos quienes vivían cuidando de sus nietos huérfanos y al límite de sus fuerzas. En otros casos zanjaron con la entrega de los niños deudas familiares, incluidas las relacionadas con el transporte del cadáver de sus hijos desde Egoli. En todos los casos les dijeron que tendrían educación en Egoli y volverían al año siguiente con un futuro por delante.

-¿Y qué le hace a usted sospechar que no es cierto?

-Helen, no hay ningún signo de una organización que haga eso, no piden ninguna autorización firmada, esos niños se van sin documentación, sin pasaporte, nadie sabe a dónde van.

-Es extraño, sí. Y ya tenemos tres denuncias como la suya. Una mujer *Nyanga* nos visitó hace poco tiempo preocupada por algo parecido. Venía de otra parte de Builila-Mangwe. Las otras son del distrito de Bubi y del de Gwanda. Ellos nos han informado de cinco niños en cada caso.

-Posiblemente hay muchos más que no se dicen por vergüenza o ignorancia.

-Quizás.

-¿Qué podemos hacer?

-El gobierno de Zimbabue no nos va ayudar. Estamos enfrentados a él por el abuso de derechos humanos. Y si vienen las denuncias de desapariciones de pueblos *ndebeles*, no las atenderán. Quién sabe si incluso el ejército no está implicado. Voy a hablar con una organización con la que colaboramos en

Johannesburgo y con Amnistía Internacional. Mientras tanto ¿Podría hacer una encuesta más amplia y así podemos identificar más casos y estimar con más precisión que puede estar pasando?

-Lo haré. Por cierto, aunque llevo tiempo sin ejercer, soy abogado, y quisiera colaborar en la defensa de los derechos humanos.

-¡Estupendo! De momento si quiere, como voluntario, podría colaborar en este caso y hablar con los otros distritos de casos parecidos.

-Estaré aquí a esta hora el próximo miércoles. Creo que es mejor que nadie sepa nada de esto, de momento, en especial periodistas. ¿Me puede dar los nombres de las personas y direcciones de contacto en Gwanda y en Bubi? ¿Y de esa mujer *Nyanga* que comenta?

A su vuelta cruzando Matopos pensó en cada uno de esos pequeños, en donde estarían, en la tristeza de haber visto apagarse a sus padres, de haber sido llevados lejos de sus abuelos. ¿Dónde estarían?

Hacía mucho tiempo, quizás nunca, que Juan Mari no había sentido tan fuerte una misión en su vida. Ni unos ojos verdes tan profundos.

XXXI. Un desafío para la valentía, Matabeleland 1986

Después de su encuentro con Ñazema en Bulawayo, NoLwasi fue al Consejo de SIDA de Matabeleland y les preguntó si podía llevar preservativos a su pueblo y promocionar su uso. Una recepcionista le recibió y le preguntó sus datos. Al decirle que era *Nyangwa* se quedó sorprendida y le dijo que esperara. Entró en un cuarto y salió a los pocos minutos con una mujer que llevaba fuego en su mirada pero a la vez transmitía enorme pureza.

-Salinbonani Mama wami.

-Salibonani.

-Me llamo Anwele, soy la directora del Consejo de SIDA de Matabeleland. Mi compañera me dice que usted es *Nyangwa* y que quiere repartir preservativos en su comunidad. ¿ Es así?

-Me llamo NoLwasi. Aún no sé lo suficiente de esta enfermedad pero me han aconsejado que promueva el uso de preservativos, aunque no se como se usan.

-Es usted muy valiente. Llevamos mucho tiempo intentando convencer a ZINATHA de la necesidad de promover el uso del preservativo pero siguen bloqueados en prejuicios de si es una enfermedad introducida por los blancos, o por el agua, o en todo caso por hacer males de ojo para la infidelidad.

-Y mientras tanto mueren muchos jóvenes.

Dijo NoLwasi, mientras se empezaba a sentir en sintonía con Anwele.

-Y muchos más se están infectando silenciosamente, NoLwasi. Es importante ser valiente y empezar a hablar de la enfermedad, del riesgo de tener relaciones sexuales sin saber si alguno en la pareja ha tenido alguna otra relación y puede estar infectado.

-Y como se puede saber eso, Anwele? La gente nunca habla de ello por vergüenza.

-La única forma es hacerse el test. He conseguido que me den mil tests de los que el gobierno está usando para detectar la infección en las transfusiones de sangre. Vamos a empezar a animar a la gente a hacerse el test y a actuar responsablemente.

-¿Y puede ese "test" decir si uno está infectado? ¿Cómo lo hace?

-Sé que en vuestra medicina tradicional las enfermedades se entienden y se estudian de otra manera, pero créeme, aún con algunos errores, este test detecta si el cuerpo está infectado y reaccionando contra el "virus", la causa de la enfermedad.

-Si, ya me han contado. Un compañero de Harare, Ñazema, esta leyendo conocimientos de otros países lejanos donde están luchando contra la enfermedad.

-Ahora te entiendo, Ñazema es un buen amigo. Muy valiente.

-¿Y que puedo hacer yo, Anwele? Te diré que estoy descubriendo algunas

formas de ayudar a las personas con la enfermedad. Pero siempre acaban consumiéndose y muriendo. También he ido a Soweto y he visto el mundo oscuro del cual nuestros jóvenes traen el horrible mal.

En ese momento vio que Anwele fijaba su mirada aún con mayor profundidad, que una fuerza de ternura rodeaba su mirada y que sus ojos se humedecían de emoción.

-NoLwasi. Yo soy una de esas mujeres, el padre de mis hijos me trajo la infección de Egoli. Me he hecho a mi misma el test. Estoy infectada. Aún estoy sana, y voy a hablar de ello de forma valiente. Sueño con un futuro en que las personas se hagan el test, los enfermos desvelen su situación sin vergüenza, con dignidad y con honestidad, y animen a los demás a hacerlo. Y las personas no infectadas les ayuden. Entre todos, unidos, no sólo acabaremos con la infección, sino que conseguiremos sobrevivir a ella. Estoy segura.

-Eres muy valiente. Cuenta conmigo, Anwele. Ya tienes una amiga *Nyanga*. ¿Puedes enseñarme cómo funciona el preservativo? ¿Y como empezar a promover su uso? ¿Podríamos hacer también ese test en el pueblo?, ¿y en otros de la zona?

-Estupendo, NoLwasi. Somos ya hermanas en esta lucha.

Anwele le enseñó cómo se usaba el preservativo. Le dio un modelo de pene de madera para enseñar a usarlo. Le dijo que no se avergonzara por el pudor que suponía hablar de las relaciones íntimas y de forma tan clara con el objeto de madera. Que hiciera bromas también para ganar confianza. Era cuestión de vida o muerte para muchos jóvenes. Le dijo que vendría a su pueblo a

ayudarla y vería si se podían traer los test al pueblo por si hubiera gente que quisiera hacerlo. Le dijo también que sería importante animar a los hospitales de misión de Brunapeg y de San José a hacerlo.

NoLwasi le dijo que lo empezaría a hacer, que visitaría Brunapeg y que volvería al mes siguiente, con Ñazema, para contarle como iba todo.

NoLwasi volvió a Sansukwi con una caja de doscientos preservativos y el modelo de pene de madera. También tenía que avanzar en conocer los remedios para aliviar la enfermedad. Sobre todo la planta que había encontrado y que Ñazema estaba estudiando en Harare. Otras dos mujeres y un hombre vinieron a consultarle mostrando síntomas de la enfermedad.

Empezó por hablar con su padre, Themba, ahora Induna (jefe) del pueblo. Le explicó lo que se sabía de la enfermedad en las relaciones de infidelidad y que la forma de evitar que la enfermedad se siguiera extendiendo era usar aquel plástico que traía de Bulawayo. Le dijo también que pronto tendrían como saber, por una prueba en la sangre, quien estaba infectado, y así ayudarlo y ayudarse unos a otros. Le dijo que era una terrible enfermedad que se aliaba con el miedo y el rencor, pero que se destruiría con la valentía y la ternura. El amor entre unos y otros, sincero, honesto.

Themba era reacio a promover algo tan vergonzoso como un plástico inventado por los blancos, en algo tan íntimo y a la vez tan sagrado como las relaciones que traían la vida. Pero confiaba tanto en su hija, que aceptó llamar no sólo al pueblo sino, a través de otros Indunas, a varios pueblos de la zona, y hacer que la escucharan.

Mientras se acercaba el día de la gran reunión, NoLwasi atendió a los enfermos y les siguió administrando la planta con la forma que había descubierto de prepararla.

También utilizaba aloe vera, ajos, ginseng y otras plantas que conocía con otros nombres y entendía como fuerzas para equilibrar la armonía. Sin embargo, empezó a ver que aunque aliviaba algo los síntomas, no podía para la horrible fuerza destructora de la enfermedad. Incluso los enfermos que habían empezado a mejorar con su tratamiento hacías unos meses, recaían.

Antes de la reunión de los pueblos, decidió ir al hospital de la misión de Brunapeg. Tenía mucho recelo de ir a lugares dominados por blancos. Más al norte, en otra hacienda al norte regida por blancos mucho más racistas y crueles, trataban a los "kalangas" y *ndebeles* con humillación y violencia. Aquella hacienda era conocida como Tchabulaya (donde les mataban), pues se supo de varios casos, antes de la liberación e independencia del país, en que los blancos mataron a latigazos a trabajadores rebeldes. Aún muchos de los ancianos que habían trabajado en esa y en cientos de haciendas racistas del país, saludaban a los blancos mirando al suelo, agachándose, ofreciendo sumisión con un saludo en cuenco de sus manos y diciendo "Baas"²³. NoLwasi sentía rabia profunda cuando veía esa actitud. Y a la vez una profunda ternura por aquellos ancianos que habían sufrido tanto a lo largo de sus vidas.

Pero su padre Themba le dijo que en Brunapeg trataban con respeto a los negros. Le dio una carta para una monja llamada Sister Johanna, a quien había visto una vez en una reunión en Indunas con una prima, también monja en Brunapeg, llamada Mónica. Le dijo que era una buena persona, lo sentía

²³ Jefe en afrikáner, el idioma de los Boers, en su mayoría racistas, en Sudáfrica.

en su mirada, y que seguro podría hablar con sinceridad y confianza con ella. Sabía que la gente del pueblo visitaba algunas veces Brunapeg para tratamientos y que habían ayudado a veces con partos difíciles que terminaban saliendo por un corte en el vientre. Había oído también que tenían una maquina que miraba el interior de los cuerpos, y muchas medicinas de multitud de colores, que ayudaban en muchos síntomas. Sin embargo, los mundos de la medicina de los Nyangas y la medicina de los blancos, vivían de espaldas y con recelo mutuo.

Llegó en un "scotch car" de paisanos de su pueblo que iban hacia Botswana. Ella sabía que hacían contrabando de jabones, ropa, relojes y otras cosas que eran más baratas en Francistown. No decía nada porque no creía en la fronteras. Pero tampoco en la forma de vida basada en comprar y vender. A menudo cosas extrañas de usos absurdos.

Al llegar a Brunapeg comprobó que se trataba de edificios alargados con tejados de placas de zinc, porches con suelos de cemento pulido y pasillos entre los edificios cubiertos para protegerse de las lluvias. Había cientos de personas alrededor de las consultas, esperando en el mostrador de la farmacia, sentados por todos los pasillos esperando a ser vistos o cuidando de familiares. Le pareció un lugar de paz. Preguntó a una enfermera por la hermana Johanna y fue indicada hacia un pequeño edificio a la derecha con un cartel de "administración". Llamó a la puerta, preguntó por ella a una mujer que escribía algo a máquina. A los pocos minutos salió la hermana Johanna a recibirla. Vestía un hábito y cofia bancos, tenía una mirada azul muy limpia y aunque rasgos sobrios en su rostro, una sonrisa plena de ternura.

-Salibonani Sister Johanna

-Salibonani mama.

-Me llamo NoLwasi, soy *Nyanga* de Sanzukwi. Me gustaría hablar un momento con usted. Mi padre, Themba, Induna en Sanzukwi, amigo de Sister Monica, me dijo que si usted tenía un poco de tiempo, me sabría escuchar.

A la hermana Johanna le pareció hermosa la expresión de "saber escuchar", desde luego un saber que a menudo se despreciaba.

-Si me espera media hora, le invito a comer en el convento.

-Muchas gracias. De acuerdo, esperaré.

Al esperar fuera, vio que en frente de un edificio muy sencillo, había varias hogueras con ollas cocinando *sadza*, cuerdas de las que tendían ropas y varias mujeres trabajando y otras sentadas hablando. No le habría llamado tanto la atención si no fuera por el hecho de que todas estaban embarazadas. Al quedarse mirando, notó que una de ellas la saludaba.

-NoLwasi, ¡Mama wami!

Reconoció a una mujer del pueblo, de nombre Bongile (gracias).

-Bongile, ¿Linjani? (¿Como estás?)

Se acercó a aquel edificio. Bongile le explicó que era un lugar donde venían las mujeres poco antes de dar a luz, sobre todo si temían que el parto iba a

ser difícil. Lo hacían porque así serían atendidas en el hospital, y podrían salvar sus vidas mediante el corte en el vientre si fuera necesario. Además estaban así una semana o diez días de reposo, con consultas por las enfermeras, comiendo, descansando y sin trabajar en los campos. Era una forma también de conocer a mujeres de otros lugares de "Mat South" y ayudarse entre ellas. NoLwasi pensó que era una idea buena aunque temía que ello enojara a los espíritus por nacer fuera de la tradición en los "kraals", y con la ayuda de las parteras tradicionales, sabias de otra manera. Le contó a Bongile que estaba intentando saber más de la enfermedad incurable.

Cuando la Hermana Johanna salió de su trabajo fueron caminando juntas a través del hospital. Dieron una vuelta así Johanna pudo enseñarle a NoLwasi toda aquella pequeña ciudad. A la derecha había pabellones alargados de aulas para las enfermeras, más allá había unas diez pequeñas casas de trabajadores del hospital que vivían allí.

Mientras caminaban, Johanna le fue explicando a NoLwasi que el fundador de su orden, llamada Marianhill para los religiosos y "hermanas de la Sangre sagrada" para las religiosas, había sido fundada por el Padre Pfanner, un campesino austriaco del siglo XIX con vocación de misionero y quien se dedicó con mucha compasión a los enfermos, en parte por haber padecido fuertes neumonías y meningitis él mismo. Se inspiró mucho en la vida de los trapenses, que Johanna explicó a NoLwasi, eran religiosos que vivían muy sencillos, en silencio casi siempre, dedicados a la meditación y al trabajo en el campo. Rehabilitó un antiguo monasterio trapense en Francia abandonado por estar rodeado de aires insanos ("malaria") y aguas "palustres" (paludismo), que hacían enfermar a la población. Plantó cientos de eucaliptos y transformó el lugar en un sitio saludable donde renació la actividad trapense.

Luego trabajó en un lugar llamado Bosnia desde donde fue a Sudáfrica y fundó la misión de Marianhill, implicándose más y más en luchar contra el racismo y a favor de los pobres.

NoLwasi escuchaba en silencio y siguiendo las palabras y explicaciones de Johanna con su mirada, en el silencio tan valioso como lo sentían aquellos extraños blancos religiosos venidos de otro mundo.

Siguieron hacia el poniente y otros edificios correspondían a la lavandería, los talleres y las cocinas. Enfrente de la cocina había un enorme cilindro de metal. Johanna le explicó que era la energía con la que cocinaban: de las suciedades de las letrinas y de la granja que luego verían, se hacía un gas que levantaba ese cilindro y utilizaban para los fuegos de la cocina. NoLwasi quedó sorprendida y no sabía si pensar si aquello era tan maravilloso como pensaba en ese momento o peligroso por temores que no entendía.

Siguieron hacia el extremo poniente donde había una granja con unas diez vacas y más allá unos corrales con cerdos y un enorme gallinero. De allí, le explicó Johanna, sacaban el poso de la leche fermentada (*sourmilk*) y algo de proteínas para la dieta de los enfermos. A los lados de la misión había huertos con hortalizas, sobre todo chomolias, brócolis, acelgas, tomates, y plantaciones de maíz. Siguió hacia el sur y atravesaron los pabellones de enfermos, de hombres, de mujeres, de las salas de maternidad, de los niños, y un pabellón especial para una enfermedad que se llamaba tuberculosis y que según Johanna le explicó a NoLwasi, agujereaba los pulmones. Le señaló en el extremo levante, cerca de la entrada a la misión, los edificios de la farmacia, los rayos-X (esa máquina que le habían dicho veía por dentro.), y la casa del médico, rodeada por los tres pinos, los árboles más altos de todo Matabeleland South. Se fijó a lo lejos que en aquellos pinos anidaban cientos de pájaros tejedores. Sintió que aquella colonia de tejedores tenía algo que decirle.

Llegaron al convento, y detrás se adivinaba un enorme edificio en forma de medio huevo, con una gran cruz, indudablemente era la Iglesia.

Johanna le presentó a otras religiosas que trabajaban en el hospital y a dos sacerdotes de origen de la India, que eran los párrocos de la misión. También estaba sentado a la mesa el médico de la misión, el Dr. Ndlovu, un hombre algo obeso, muy sonriente y con una mirada inteligente. Johanna presentó a NoLwasi como Nyanga de Sanzukwi y pudo comprobar en sus reacciones cierta sorpresa y un velado rechazo. En especial en los sacerdotes indios.

Durante la comida, NoLwasi explicó su experiencia con los enfermos de SIDA, su viaje a Soweto, sus experiencias con los tratamientos con plantas, su alianza con Ñazema y con Anwele, la necesidad de promover que se usara el preservativo para evitar que se extendiera el sufrimiento y la posibilidad de que pronto se pudieran hacer los test y luchar mejor contra la plaga, sin miedo y con amor.

Los sacerdotes y algunas monjas reaccionaron con rechazo. El rechazo de las monjas era escandalizado, como si hubiesen oído blasfemias. El de los sacerdotes era aún peor: reaccionaron con desprecio, como disculpando su afrenta por su ignorancia. Se fueron levantando de la mesa al acabar de comer y despidiéndose cortésmente pero claramente indicando que no les agradaría verla otra vez por ese rincón habitado de personas santas e iluminadas por lo divino. Johanna y el Dr. Ndlovu se quedaron pensativos. Johanna sólo dijo que el obispo no permitiría esas actividades. El Dr. Ndlovu le dijo a NoLwasi que tenía toda la razón, que era muy valiente y que tenían que hacer algo.. No podían seguir actuando con miedo y simplemente predicando abstinencia.

-Sister, Doctor. Muchas de las jóvenes que he visto enfermar y morir, no han tenido otra relación con nadie que no sea su marido. ¿ De qué les vale la abstinencia?

Johanna le dijo que lo hablaría en el obispado. Le habló de un sacerdote que estaba luchando contra las normas de la Iglesia y promoviendo el uso del preservativo en su misión. Le dijo que era una persona muy buena y muy querida por todos. Le llamaban Sindisabantu. NoLwasi había oído hablar de él. Recordó que Teya, en su última visita a Sanzukwi antes de morir, le habló de aquel blanco de gran corazón.

El doctor Ndlovu le dijo que habían hablado de ello en el Comité de Salud de Matabeleland y que el mismo le había escrito una carta al obispo y había pedido test al Ministerio para empezar a hacerlos en Brunapeg. Quería comenzar por las mujeres embarazadas del lugar que ella había visto. Le habló de la reunión que iban a tener en el pueblo, pero el Doctor Ndlovu, con miedo de perder su empleo pagado por el obispo, le dijo que no podría acudir. No obstante, quedaron en volver a hablar de los test y los tratamientos cuando ella volviera de su próxima visita a Bulawayo.

NoLwasi volvió a Sanzukwi. Necesitaba meditar y encontrar armonía y fuerzas para luchar contra aquella plaga. Estaba encontrando claros aliados y claras fuerzas negativas que seguían rodeando la plaga de miedo y perpetuando sufrimiento de tantos hermanos y hermanas.

XXXII. Jonay vuela en su sueño, Matabeleland, 1986

Jonay comenzó a trabajar con entusiasmo en San José. Patxi le ofreció trasladarse a la antigua Iglesia de ladrillo, un pequeño edificio de unos seis metros de largo y tres de ancho, con un sencillo porche. Allí podría estar más independiente, estudiar y recibir las llamadas de urgencias. Patxi también lo hizo por si Jonay necesitaba intimidad en sus relaciones, aunque disfrutaba mucho de las tertulias con él. Jonay aceptó pero si podía seguir viniendo a desayunar y almorzar con Patxi –Sindisabantu-, el pequeño Joseph y Juan Mari-Haka-. Los aspirantes a seminaristas ya habían ido a la diócesis en Bulawayo y Patxi sintió que les enviaba a un lugar oscuro. Prefirió no animar a más jóvenes a ese camino.

-No puedes : idebes! Sellaron el pacto con un gran abrazo.

Jonay pasó la primera semana pasando consulta, ordenando la farmacia de medicamentos y repasando protocolos de tratamientos del "EDLIZ" con la enfermera, Rose.

Rose pasaba las consultas más generales, hacía las curas, daba los medicamentos y ponía las inyecciones. En poco tiempo habían ido construyendo una gran confianza profesional y personal entre los dos. Rose tenía dos hijos en Bulawayo, a cargo de su marido, mecánico en la ciudad, y sus padres, en los suburbios de Mkokoba. Antes de la llegada de Jonay, sólo podía irse un fin de semana al mes, cuando una enfermera de Bulawayo o de Brunapeg, la podía sustituir. A veces ni eso. Era la situación de la mayoría de los médicos y enfermeras de Zimbabue que trabajaban en zonas rurales, y

por ello había muchas vacantes sin cubrir. Jonay insistió en que fuese todos los viernes, hasta el lunes, a estar con su familia. Ella estaba emocionada de agradecimiento.

Pasaba la visita a los pocos enfermos ingresados antes de la consulta y un rato más detenido por la tarde. Antes, comía con su "familia" de San José, y hacía tertulia en su incipiente *ndebele* con Haka y uno de los profesores de la escuela. Después ordenaba y limpiaba con esmero cada pieza del instrumental de cirugía y de anestesia que estaban acumulados procedentes de donativos, en el edificio medio caído del "theatre"(quirófano). Haka había traído de Bulawayo planchas de uralita, vigas de madera, clavos y cemento para ir arreglando aquella caseta, de apenas ocho metros de largo por cuatro de ancho, pero donde Jonay estaba seguro que ocurrirían "milagros". Luego iba a correr en el atardecer, algunos días con Haka, por los campos de acacias. Al volver, se daba una ducha en el artilugio que Patxi había diseñado afuera de su casa y estudiaba.

Dedicaba unas dos horas al día al estudio. La primera era de casos que había visto ese día. La segunda era siguiendo un esquema de repaso de enfermedades, temas de salud pública y de técnicas de laboratorio y de ecografía. Estaba escribiendo un proyecto para poner un laboratorio y una sala de ecografía. Se había traído los cincuenta consejos del hermano Ricardo, varios libros de medicina tropical y un manual de un tal John Gray²⁴. Se lo había dado Fernando diciéndole que era un manual apreciado por los médicos internacionalistas cubanos que trabajaban en los hospitales más remotos y con pocos medios. Eran 800 páginas de información y trucos para hacer

²⁴ <http://www.cesm.org.es/index.php/servicios/publicaciones/467-presentado-el-qmanual-del-medico-cooperanteq-editado-por-la-fundacion-cesm>

medicina humana y aprovechar lo mejor posible los recursos limitados. Sentía una extraña conexión con aquel alma gemela que escribió ese manual, que ya siempre llevaba en el bolsillo. También leía los libros de Maurice King sobre cirugía, trauma y anestesia en los distritos rurales, de Monica Cheesbrough sobre laboratorio tropical, el Manson de medicina tropical y los libros de David Morley sobre pediatría tropical.

Tenía unas diez consultas diarias. Veía casos de diarreas severas en niños, algunas precisaban ingresar y sueros intravenosos durante un día o dos. Fue mejorando en poner sueros en niños con venas casi invisibles por la extrema deshidratación y a veces por las noches, con sólo la luz de la lámpara de queroseno.

Aún no habían llegado las lluvias pero veía algún caso de malaria. Veía también muchos problemas respiratorios en niños y mayores: neumonías, asma, tuberculosis en adultos. En muchos de ellos sospechaba SIDA. Detectó también una meningitis en la primera semana e hizo la punción lumbar que a simple vista mostraba el líquido amarillento por el pus de la infección. Observaba también muchos problemas cutáneos: sarna, exantemas diversos, tiñas, quemaduras, úlceras tropicales y de Buruli (un tipo de tuberculosis), impétigo y otras infecciones.

Vio algunos casos con lesiones típicas del SIDA, sarcomas de Kaposi, candidiasis mucosas y exantemas puntiformes. Tal y como se dedicaba en La Laguna, auscultaba con devoción el ritmo de los corazones y sabía detectar e interpretar los tonos y soplos. Fue viendo insuficiencias cardíacas, problemas valvulares, algunas fiebres reumáticas afectando a las válvulas, pericarditis por tuberculosis. Vio varios casos de malnutrición severa en la primera

semana y pensó en crear una sala de rehabilitación nutricional. Detectó también, para su asombro pues pensaba era una enfermedad occidental, mucha hipertensión y otras sus consecuencias vasculares.

También asistió a varias crisis epilépticas de pacientes que no tenían tratamiento. Palpaba el abdomen con toda atención y vio muchos hígados aumentados de tamaño por hepatitis crónicas y cirrosis, y bazos gigantes por malaria crónica y por la enfermedad del sueño, unida a ganglios dolorosos en el cuello. Sospechaba muchos casos de anemia, otra razón urgente para escribir su proyecto del laboratorio.

Atendía también los seguimientos rutinarios de mujeres embarazadas y niños menores de cinco años, para sus controles de salud, de peso y para las vacunaciones. Tenía veneración y gran respeto por la magia delicada del embarazo. Y sentía que necesitaba con urgencia preparar el "theatre" para poder hacer cesáreas y no tener que referirlas tarde y con urgencia a Brunapeg, a dos horas de viaje por caminos de baches o cuatro horas en "scotch car" (carros tirados por burros).

Su primera urgencia en esa primera semana fueron una fractura de brazo de un niño al caerse de un "scotch car". El niño tenía apenas seis años y lloraba de dolor. Su padre, muy severo, le dijo:

-Angikalhela, inoma ndidle uzahamba Egoli!

Comprobó que era un dicho común en esas situaciones y en general a los niños ... : "No llores o nunca podrás ir a Egoli!"

Jonay pensó en la obsesión con buscar futuro en Egoli, a pesar del vínculo tan claro que existía con el SIDA, que devastaba a aquel pueblo. Jonay le animó y tranquilizó al chico en su rudimentario *ndebele* . Lo pudo relajar y dormir con ketamina, reducir con habilidad y poner un yeso en la posición indicada.

Otro día, le avisaron por la noche pues un hombre había venido con una picadura de escorpión negro en una pie. El hombre tenía síntomas de intoxicación grave, con dolor intenso en toda la pierna, debilidad en todo el cuerpo, salivación excesiva, dificultad para respirar y para hablar, y temblores musculares. Por los síntomas, dudó si realmente habría sido un escorpión, muy frecuente en la zona, o una mamba negra la que no pudo ver en la noche. Aplicó un torniquete y fue liberando a espacios regulares de tiempo, le puso un suero, anestésico local, antibióticos para evitar la infección y posible gangrena, y medicación para el dolor. Pasó la noche a su lado comprobando la tensión, el pulso y la respiración. No había mejorado mucho. En el desayuno le preguntó a Patxi por el suero anti-veneno, que venía indicado en el "EDLIZ".

-Ya veras, Jonay, que hay muchos medicamentos que supuestamente nos provee la farmacia del ministerio pero que están agotados. Tenemos que complementar con dinero propio, donaciones o con mucha imaginación. ¿Conoces la "piedra negra"?

-No, aunque he oído algo sobre ella. ¿No es un mito de los Padres Blancos en Congo?

Patxi solía llevar un sombrero de paño, y de ala ancha. De un pequeño bolsillo en el sombrero, Patxi sacó una piedra oscura y alargada:

-Aquí está el mito. Es una madera carbonizada con unos líquidos y hierbas que unos nativos de Zaire compartieron con los Padres Blancos. Antes de venir, me las dio el padre Daniel, un buen hombre al que sustituí cuando vine, y cuya rebeldía cada vez entiendo más.

-¿Y sólo tenemos ésta? ¿Dónde se compran?

-Ahí está el tema, Jonay: hay cosas, muy pocas, que han escapado al afán de compra y venta en el que el mundo vive sumergido. La piedra negra se hace de la naturaleza. Y se transmite el conocimiento una vez se sepa el buen espíritu de la persona que va a recibir ese conocimiento.

-Ojalá vayamos hacia un nuevo mundo de respeto, confianza y amor.

-Eso es, querido Jonay. Como se bien de tu humanidad y compromiso, te voy a decir el secreto pero debes prometer por tu honor y dignidad humana, jamás utilizar este conocimiento para tu privilegio o para enriquecerte.

-Sabes que así es, Patxi. Por eso estoy aquí contigo.

-Primero ve a tratar a ese enfermo. Lava la herida producida por la serpiente, haz cortes pequeños en las huellas de la mordida hasta que salgan gotas de sangre, coloca la Piedra Negra sobre la herida hasta que quede pegada sola, trata de que el paciente se tranquilice y guarde reposo. Después de las consultas y de comer, te enseño a preparar más piedras.

Jonay siguió los consejos de Patxi, pasó consulta, y volvió a la comida, sadza y chomolia, iesta vez con rica salsa de cacahuetes! Antes de la tertulia en

ndebele, Patxi y Jonay se quedaron en un rincón del comedor mientras Haka empezaba su clase de *ndebele* afuera en el porche.

-Patxi, es increíble. La piedra se ha quedado como clavada a la piel en torno a la mordedura. Luego he pasado tres horas de consulta. Al volver, el hombre me ha dicho que los síntomas se habían ido reduciendo y como bajando del cuerpo hacia la piedra.

-Así es. Y caerá cuando haya hecho su trabajo. Absorber el veneno. Si alguien nos escucha, que su bondad sea la guía del uso de este conocimiento ancestral.

Jonay escuchó con atención, y Patxi le susurró el secreto con solemnidad.

-Jonay, una vez usada la piedra, la puedes reutilizar, pero antes debes sumergirla en un vaso con leche, durante toda una noche. Tira la leche pues será toxica.

-Para hacer la piedra, necesitamos un trozo de hueso largo de las piernas traseras de un búfalo. Hay que lavarlo y frotarlo con detergente, secarlo y volver a lavarlo tres veces. Luego hay que limar bien la superficie para abrir los poros del hueso. Después, coloca carbón de leña en una plancha metálica hasta que la plancha este muy caliente y luego pon el hueso entre las tizas durante unos veinte minutos. Cuando los huesos estén negros y brillantes, retíralos con un alicate del taller y mételos en agua fría. Se comprueba si la piedra tiene el poder catártico necesario colocándola en la lengua y viendo que se queda pegada. Ten cuidado, ia mí se me quedó una vez pegada un largo rato al comprobarlo! La despegas con agua fría.

-Gracias Patxi, veré donde puedo conseguir los huesos de búfalo.

-Otra cosa, Patxi, necesitamos hacer un pequeño laboratorio y poner un ecógrafo en la consulta. Estoy haciendo un proyecto para esas dos ideas, explicando la necesidad, como lo usaríamos, el bien que haría y lo que puede costar.

-Muy bien, Jonay. Dámelo cuando lo tengas y vemos de donde sacar dinero. Mira también entre tus contactos de España si alguien puede ayudarnos.

En la semana siguiente, Jonay asistió a su primer parto en San José. Las mujeres solían dar a luz en sus casas, ayudadas por las suegras o por mujeres mayores duchar en ayudar a las parturientas. La mujer, Lalani, había estado dos días de parto en casa y tenía mucho dolor. Vio que el niño venía de nalgas y ya era tarde para cambiarle de posición. Pero que su corazón latía fuerte. Empezó a rellenar con todo detalle en una gráfica a intervalos regulares el pulso, temperatura y tensión de la madre, la frecuencia cardiaca del niño, exploró el grado de dilatación del cuello y los signos de descenso y la frecuencia de contracciones cada diez minutos. Sabía que había una alta probabilidad de que necesitara una cesárea. Debiera preverlo por si se prolongaba el parto tras romper aguas y sin descender el niño, si salía un pie antes que las nalgas o si salía el cordón umbilical y quedaba aprisionado o si la frecuencia del latido empezaba a bajar. El quirófano aún no estaba listo. Si así fuera, tendrían que mandarla a Brunapeg y las dos o tres horas de distancia y baches podrían ser mortales para el niño y quizás para ella. Puso un suero de oxitocina y comprobó que el parto entro en fase activa, dilatándose progresivamente el cuello. Rose la lavo. Jonay prefería no hacer el corte – episiotomía- que casi siempre hacían los médicos para facilitar el paso de la cabeza. Él mismo había nacido en El Cabrito, y su madre ayudaba a mujeres

en el parto natural. Confiaba en la naturaleza y prefería esperar a su sabio discurrir. Tampoco quiso manipular las nalgas y piernas del niño para ayudar a su descenso pues le preocupaba que estimulase su respiración y aspirase meconio. Apoyó suave y constantemente el fondo del vientre de la madre, a la que trataba con toda la dulzura. Había insistido en que el padre, en contra de la tradición *ndebele* y de los médicos, estuviera con ella cogiéndole la mano, dándole amor y fuerzas. Fueron descendiendo las nalgas y al ver su ombligo tiró suavemente de las piernas desencajándolas y tiro del suavemente del asa del cordón.

-*Uya Umfana!* (¡es un niño!)

-El niño mostró hacia fuera un hombro y Jonay le ayudo a sacar el resto del brazo y luego el otro. Llegó el momento clave. Sabía que la naturaleza en estos momentos dirige. Dejó al niño colgar hacia abajo y presionó suavemente sobre el pubis. Tuvo que asistir la salida de la cabeza con una suave tracción del fórceps. Cortó el cordón y asistió al niño, que tardó unos angustiosos segundos en respirar. Mientras tanto, Rose ayudaba al descenso de la placenta. El llanto del niño quebró la noche negra y mágica *ndebele*.

-*Amhlope!* (felicidades)

Fue así su primer parto en África.

Ayudó a Rose a limpiar todo y dejar a Lalani con su marido y el recién nacido plácidamente en la sala.

-*Lilala kuhle.* (Que descanséis bien)

Al volver esa noche a su cuarto, bajo el cielo estrellado, se fijó en la cruz del sur, y algo le dijo desde muy dentro, que su vida tenía sentido.

A la mañana siguiente se enteró por Rose que habían opuesto de nombre al niño, Sibindi (valiente) –Jonay.

Poco a poco fue poniendo el quirófano en marcha y fue reuniéndose cada primer jueves del mes con el Dr. Ndlovu quien venía de la misión de Brunapeg para ayudar a Jonay, supervisar sus tratamientos, ver juntos algún paciente complicado y trasladar, si fuera necesario, alguno hasta Brunapeg, con medios más avanzados y la experiencia del Dr. Ndlovu. Era un buen hombre, apasionado por su trabajo, y que como Rose antes de la llegada de Jonay, sólo podía ver a su familia un fin de semana al mes, cuando mandaban a un sustituto de la ciudad. A Jonay se le hacían cortas esas tertulias entre colegas y de las que aprendía tanto. Pensó en ir con más frecuencia a Brunapeg pero el transporte era largo y complicado.

Le extrañaba que no viniesen tantos enfermos con síntomas de SIDA como el temía, y dados los muchos funerales de gente joven a los que acudía a consolar Patxi.

Al mes de su llegada, era ya mayo de 1986, recibió carta de sus padres. Le produjo una inmensa alegría. Prefirió esperar a la noche para leerla, imereciéndolo!, al final de la jornada.

Querido hijo Jonay

Esperamos que estés muy bien, metido en el sueño que hace tanto

tiempo esperabas. Sabiendo de tu felicidad el echarte de menos duele menos, y sentimos con alegría como luchas por lo que crees noble en la vida. Estamos orgullosos de ti.

Esperamos con ilusión tus cartas en las que nos cuentes como te va.

Nosotros estamos bien. Tu padre lleva ahora a visitantes en "Satia" hasta La Palma. Yo he montado una consulta de medicina natural en la casa de El Cabrito. Los abuelos están bien aunque débiles ya por la edad y paso al menos un día a la semana con ellos en Hermigüa. Preguntan mucho por ti.

Quizás sabrás por la radio o si te llega algún periódico, que el mes pasado una central nuclear en Rusia, en un lugar llamado Chernóbil, sufrió un accidente y liberó al aire materiales radiactivos que estiman fueron quinientas veces mayores que los liberados por la bomba atómica de Hiroshima. El gobierno ruso evacuó a más de cien mil personas en treinta kilómetros a la redonda. Pero la radiación llega a cientos de kilómetros y ha alarmado a toda Europa.

Como consecuencia de esta catástrofe por la avaricia humana, están llegando a la Gomera docenas de familias huidas del centro de Europa, sobre todo de Alemania. Son ecologistas y gente muy sana y buena que desea empezar otra forma de vida, lejos de la industria destructora de Europa. Nosotros hemos acogido a tres familias, dos parejas sin hijos y otros tres adultos, dos mujeres y un hombre, en nuestro hogar en El Cabrito. De momento están en tiendas, pero queremos ir formando una comunidad nueva, en armonía social y con la naturaleza. Fernando ha acogido a dos familias en Arguamul. Otros amigos en Valle Gran Rey, en Alojera y los abuelos en Hermigüa, están ayudando a instalarse a otras familias.

Yo medito cada día al amanecer mirando hacia África y siento tu fuerza y la nobleza de tu entrega a los más necesitados, y te envío todo mi amor.

Tu padre te manda también su abrazo de amor,

Te queremos, cuídate, vuela en tus sueños. Y comparte,

Tu madre

Imaginó a esa comunidad de gentes buenas, sencillas y en naturaleza. Quizás como un símbolo de una nueva humanidad naciente.

XXXIII. Si hay amor hay esperanza, Pretoria 1986

Patxi meditaba en el porche al atardecer. Aún tenía el rostro teñido de la tierra roja del camino. Había ido a dos funerales de jóvenes. Vidas segadas por la epidemia del SIDA. No, por la epidemia del miedo. Tenía la carta del obispo que le había entregado su hermano de todos los preparativos para rendirle pleitesía al Papa. Nada sobre la urgencia de para la epidemia. Sentía náuseas. En los últimos meses se había preguntado varias veces si no debiera dejar los hábitos.

No podía sentir con honestidad el voto de obediencia a un Vaticano y su jerarquía que veía en el extremo opuesto a la doctrina de Jesús. Pero rendirse sería no defender la auténtica palabra y mensaje de Jesús.

Decidió dejar la misión unos días y meditar. Su hermano cuidaría de los detalles de administrarla y cuidaría de Joseph, y Jonay ya estaba sintiéndose seguro en el consultorio.

A la vuelta de su visita a Bulawayo, y siguiendo el consejo del Padre Pius, había escrito a Kevin Dowling, sacerdote de Rustenburg, cerca de Pretoria. Le había contado su preocupación con la epidemia, la evidencia que entendía existía en torno a la protección de la infección con los preservativos, y la negación del Vaticano y su obispo a ni siquiera hablar de ello. Había recibido una carta muy amable de Kevin, coincidiendo en su preocupación, animándole a seguir, con paciencia y perseverancia insistiendo ante la jerarquía, y en su parroquia, actuando con honestidad en lo que el entendía era lo humano en su misión de preservar, bendecir y glorificar la vida. Concluía diciendo que

más grave que faltar al voto de obediencia era faltar a la misión de todo cristiano de la compasión y compromiso con la vida. Le dijo también que él confiaba en que pudiese convencer al Papa en la visita dentro de unos meses a Harare. Le mandaba algunos artículos que había escrito y le invitaba a visitarle a su diócesis para compartir el trabajo que él hacía con personas y familias afectadas por el SIDA.

Viajó en un autobús desde Bulawayo. A las seis horas pararon en la frontera, y más de la mitad tuvo que quedarse en el lado de Zimbabue pues la policía Sudafricana había endurecido sus políticas de migración. Cinco horas después, llegaron a Pretoria.

Kevin estaba en la estación de autobuses esperándole. Era un hombre esbelto, de unos sesenta años bien cuidados, se le veía fuerte y ágil, lleno de vida y también de serena inteligencia.

Fueron a su casa parroquial. En torno a un té y unas pastas, se contaron sus vidas. Patxi le habló acerca de sus orígenes, de la inspiración por su tío, de su experiencia en las parroquias del país vasco, de su lucha por la paz y de su vocación misionera. Le habló luego de cómo llegó a San José y de sus experiencias con la quinta brigada, con los proyectos comunitarios, con la terrible enfermedad, y sus frustraciones con el obispo en Bulawayo.

Kevin le habló algo de su vida, de su vocación, de cómo se consagró sacerdote con la congregación de los redentoristas, de su lucha contra el apartheid desde los valores cristianos y por la paz, y de su dedicación a los pacientes de SIDA, que morían lentamente en las humildes chabolas de aquel suburbio de

Pretoria.

Esa misma noche fueron a visitar a varias familias a uno de los suburbios africanos de Pretoria. Ningún blanco entraba en esos suburbios por las noches, donde se podía respirar el aire de rencor hacia el racismo blanco, y donde el alcohol, la pobreza y la desesperación juntaban los ingredientes para la violencia.

Llegaron a casa de un hombre llamado James Moyo, de unos treinta años que parecía tener sesenta y estaba extremadamente caquéctico. Estaba en una improvisada cama en un desvencijado sofá en la única sala de la casa. Tres niños de entre dos y seis años estaban sentados a su alrededor con caras asustadas. Había más sombras que la tenue luz de queroseno que apenas alumbraba aquella humilde estancia. La mujer, Daisy, estaba también delgada, aunque no tanto, y su mirada vagaba perdida entre el dolor y la búsqueda inútil de la esperanza. Kevin presentó a Patxi. Se sentaron en dos sillas en torno a James. Daisy trajo té rojo. Kevin preguntó cómo se sentía y James le contó las dolencias que más le angustiaban. Le dijo que no podía moverse sin sentir mucho dolor en las costillas, y que tenía la boca tan seca y tan inflamada que apenas la podía abrir y así se iba resecaando más y más y doliéndole hasta el respirar. Patxi observó como Kevin ofrecía una solución para cada una de esas dolencias, aún sin poder curarlas. Aconsejaba una combinación de consejos de dieta, de higiene y en ocasiones algún medicamento.

Ningún médico se acercaba por allí y ellos no podían llevarle hasta el centro de salud. Aunque nadie lo decía, todos sabían que le quedaban pocas semanas, si no días de vida a James. Patxi observó como Kevin intentaba

distraerle a James de sus dolores y de su cruel destino, hablándole de cosas que sabía le gustaban, como el fútbol, la música de Myriam Makeba o la vida de Steve Biko, amigo de su padre. Después de conversar de las dolencias y de las necesidades del hogar y de los chicos, se abrazó fuertemente a él. Luego salió con Daisy a contarle de forma más clara sobre su estado y lo que podían esperar. Daisy pasaría por la parroquia para buscar ayuda en alimentos y ropa, y Kevin hablaría con el director de la escuela y con las enfermeras del centro de salud para conseguirle algunos medicamentos y dárselos en casa. Patxi notó que le dio mucho afecto y también un profundo abrazo a Daisy.

Así visitaron varios hogares en situación similar. Los días siguientes compartieron misas con reuniones comunitarias y visitas a las casas, al centro de salud y a las oficinas municipales. Durante todas las actividades, Kevin llevaba una bolsa de preservativos y los repartía insistiendo en que de esa manera se protegerían de la infección. No tenía pudor en enseñar como usarlos utilizando como muestra en un dedo de cualquiera que lo preguntara o pareciera dubitativo.

En las tertulias al volver a la casa, ya tarde, Kevin le contaba a Patxi que la Iglesia de Jesús venera y bendice la vida y que en aquellas situaciones, sin poder aumentar la cantidad de vida, debían aumentar la calidad, tratando los síntomas, dando afecto, cuidado y mejorando las condiciones de vida de cada una de esas familias. Defendía que en aquella epidemia, que afectaba sobre todo a las mujeres fieles que mantenían el hogar y mantenían relaciones con sus maridos, menos fieles, tenían el deber moral de promover el uso del preservativo. Promoverlo era promover la vida, no prevenirla. Le contó también que había repasado sus estudios de derecho canónico y el uso del preservativo como contraceptivo era perfectamente compatible con la doctrina del Concilio Vaticano II.

Le dijo que aunque el documento "Humanae Vitae" se oponía a métodos químicos y "de barrera" para la contracepción, había que desviar ese concepto, también discutible, al uso del preservativo como método para prevenir una infección, muy parecido al hecho de las relaciones matrimoniales de personas infectadas por los virus de la hepatitis. Tenía el mismo significado que una vacuna y oponerse a ello era inmoral. Tenían que luchar para que la increíble fuerza de la Iglesia se aliase contra la epidemia y despertara de su silencio, que tanto daño hacía. Le aconsejó a seguir promoviendo el uso del preservativo pues con ello ayudaba a evitar sufrimiento y con bondad, humildad y respeto, podría ganar , si no el apoyo, al menos la comprensión de cualquier mente, incluida la de jerarquías agarrotadas por el miedo y ancladas en el poder.

Patxi estuvo una semana inspirándose en la fuerza de aquel valiente sacerdote. Volvió renovado a San José, y decidido a no dejarse vencer por la rabia ni la frustración. Había mucho amor que dar. Y mientras había amor, había esperanza.

Viajó de vuelta durante toda la tarde y toda la noche y llegó pronto por la mañana a la misión. Era el primer jueves del mes de agosto y coincidía con la visita del Dr. Ndlovu, de Brunapeg. Después de la jornada compartida por Jonay y Ndlovu de consultas, visitas a los ingresados, una docena de extracciones de muelas, operar una hernia y poner un clavo de tracción a una fractura de fémur, comieron todos juntos en casa de Patxi. En la sobremesa, comentaron cada uno sus últimas experiencias.

Patxi les relató la experiencia en Pretoria y su firme decisión a promover el

uso del preservativo, aunque no le gustara al obispo. Haka comento con su acento vasco:

-¡Oye! Si al no le gusta, ¡que no lo use! Eso si, ¡que se haga el test antes!

Todos rieron, aunque Patxi tuvo que decir que nada de irreverencias.

-Jonay les contó que ya habían abierto el quirófano y que esa semana hizo su primera cesárea. De momento se apañaban bien Rose y él para anestesiar, operar, asistir al niño y preparar y recoger todo y hervir todo el material. Pero que si empezaban a operar más, tendrían que pedir un técnico anestesista al gobierno, y alguna enfermera más. Les contó que ya había mandado los proyectos de un ecógrafo y de un pequeño laboratorio, a la diócesis. Sabía que Cáritas alemana financiaba ese tipo de proyectos y si no, lo podría intentar por Manos Unidas en España. Patxi le dijo que esas propuestas tenían que pasar todas por la diócesis y tener la aprobación del obispo.

Haka mostró su indignación por el poder de la diócesis. Luego les contó de sus indagaciones sobre las desapariciones de niños, de su encuentro con Helen en Amani Trust, y el estudio que iba empezar a hacer. Empezaría por una zona llamada Sanzukwi donde al parecer una mujer *Nyanga* estaba también preocupada por desapariciones de niños y estaba muy comprometida en la lucha contra el SIDA.

El Dr. Ndlovu preguntó:

-Se trata de una mujer llamada NoLwasi?

-Sí, creo que ése es su nombre.

-Vino hace dos semanas a Brunapeg. Es una mujer muy especial. Yo diría que tiene otro tipo de espíritu, diferente a los demás. Nos habló de formas que ella usa para tratar a los pacientes con SIDA, sin secretismos ni recelos. Mira a los ojos con una profundidad que estremece.

Patxi no entendía por qué empezó a sentir algo inexplicable al oír hablar, otra vez, de esa mujer. Casi sentía temblor con las palabras de Ndlovu, quien prosiguió.

-Es increíble lo que hace esa mujer por los enfermos, cómo los cuida en sus casas, cómo busca remedios, cómo los acompaña en sus temores y angustias existenciales. Algo tan diferente a nuestra medicina de bata blanca. Y lo más increíble es que aún desde su visión mágica y espiritual de la enfermedad, está convencida de la transmisión sexual y está promoviendo el uso del preservativo hablando con las comunidades,. Sentí vergüenza cuando en el hospital, con todos sus medios en comparación con esa mujer, que apenas tiene sólo una choza de barro., reaccionaban con rechazo e incluso desprecio a su llamada a trabajar juntos para evitar que siga extendiéndose esta epidemia. Incluso yo, temeroso de las represalias del obispo, la traté con respeto pero sin el apoyo que merece. Sé que ha convocado a unas cuantas comunidades de su zona, para hablarles de la epidemia .

Haka, dijo:

-Yo tengo que ir a verla, para saber de los casos de niños que se llevan a Sudáfrica.

-Ya hablo yo con ella, Haka, es delicado el trato con los Nyangas. Además, quiero estar en esa reunión.

Dijo Patxi.

XXXIV. Un abrazo sin tiempo ni espacio. Sanzukwi 1987

Al mes de su visita a ZINATHA y su conversación con Ñanzeme, y de haber conocido a Anwele y su lucha valiente desde el Consejo de SIDA de Matabeleland, NoLwasi volvió a Bulawayo. Desde sus viajes a Soweto y los últimos a Bulawayo y a Brunapeg, había ido viendo más el mundo fuera de Sanzukwi, fuera del altar sobre el mundo, su Kopje mirando a Matopos y conectada con los espíritus con el conocimiento ancestral. A pesar de ir asomándose a la ventana del mundo, seguía siendo muy fiel a sus orígenes sencillos y su mundo natural. Vestía una tela de lino de color tierra, casi siempre llevaba un pañuelo anudado cubriendo su cabello, que asomaba por los lados y por detrás, un collar de cuerda y semillas, y unas sencillas sandalias de cáñamo que ella hacía.

Llegó a la cita con Zyaneme, al margen de las oficinas de ZINATHA, en las que parecían más ocupados por sus luchas de poder que por juntar los esfuerzos para luchas contra el SIDA. Había decidido dejar de utilizar todos los nombres kalangas, ndebeles, ingleses y twanas que definían a la enfermedad de mil formas misteriosas. Era importante, como le había dicho Anwele, empezar a hablar claro y directo: una enfermedad, SIDA, que necesitaba de gentes valientes para prevenir su expansión y de compasión para mitigar sus efectos.

Se vio con Ñanzeme en la biblioteca pública, donde pudieron encontrar una mesa en un rincón discreto. Ñanzeme vestía más como una persona de ciudad, con pantalón, camisa y un sombrero de ala ancha, aunque le identificaba como *Nyanga* el collar de semillas.

Se saludaron con afecto. Había confianza y aprecio mutuo.

-Salibonani Mama... Linjani, Abanje banjani... (¿Qué tal estás?, ¿Qué tal la familia?).

Se preguntaron por las cosechas, por el trabajo y por la vida. NoLwasi le habló de su encuentro y diálogo con Anwele y como después de ello fue a ver el hospital de Brunapeg y había convocado a las comunidades de la zona para dentro de dos días. Le animó a venir con ella a esa reunión. Le contó también como los tratamientos con la planta de bulbos huecos rojos seguían ayudando a sus pacientes, pero no les curaba del todo. Le habló de otros tratamientos que utilizaba y de su sentimiento de que los espíritus aún les estaban mandando un mensaje con esta enfermedad, que ella no entendía del todo.

-NoLwasi, te voy a contar lo que he averiguado de tu planta. La llevé a un laboratorio químico con el que hemos llegado a un acuerdo a través de una organización que se llama Organización Mundial de la Salud. Tienen unas oficinas en Harare y hay una persona muy interesada en conocer plantas posiblemente útiles para diferentes enfermedades, ayudar a quienes las hayan identificado a reconocer su aportación a la Humanidad, y a los demás a utilizarlas de forma sabia y generosa.

NoLwasi adoptó el estilo *ndebele* de simplemente seguir con clics de aprobación, o duda, o disgusto la exposición de Ñanzeme, para poner toda su atención en ella y no alterar el guión de lo que el le iba a contar. Hablaban en bajo y con la gravedad y solemnidad de quien siente estar hablando de algo que puede tener trascendencia.

-He anotado las mejoras que comprobaste en los pacientes que trataste: habían mejorado en su apetito, en su sueño, aguantaban mejor los esfuerzos, habían ganado peso, y habían mejorado de su angustia y de su malestar en general. Creo que es muy importante que también veas que están comiendo. Creo que es muy importante que no tomen nada de alcohol.

-Intento animar a ellos y a todos a comer "todos los colores", y a no tomar alcohol, mascar cola ni fumar ninguna hierba.

NoLwasi utilizaba esa expresión para indicar que las comidas crudas o poco cocinadas, de la naturaleza y mostrando los colores del arco iris, hacían a las personas brillar más con la luz del sol.

-La planta que estas utilizando la llaman los blancos "Sutherlandia frutescens". La he enviado a dos sabios blancos, Ben y Carl, en Sudáfrica. Me dicen que contiene sustancias muy especiales de "ñama" (carne, estructura), que los blancos llaman "proteína" y "amandla" (energía, fuerza), que los blancos llaman "carbohidratos". Ello explica la fuerza que da a la gente, y como recuperan peso y espíritu. Me han dicho que puede luchar contra las deformaciones como las manchas azules del SIDA, y contra los animales invisibles de los que hablamos la otra vez, que los blancos llaman "infecciones". También aumenta algo que ellos llaman "defensas", algo así como un ejército de guerreros que dentro del cuerpo se defiende de esas "infecciones".

NoLwasi pensó en esa extraña manera de ver el cuerpo, como un ser sin relación con el universo ni con los espíritus, casi como un árbol desconectado

de la tierra.

-Gracias Ñanzeme, la seguiré usando. Creo que haré infusiones mezclando con equinácea y unas pomadas con tierras rojas y papaya para las lesiones de la piel. Pero creo también que con esto sólo aliviamos algo el dolor y la debilidad, pero no curamos la enfermedad.

-Tienes razón. Si tu lo deseas, podemos preparar el "umuthi" (medicina) en bolsas de hierbas secas y venderlas desde Harare. Podemos ganar dinero y repartirnos los beneficios. Pueden llevar tu nombre. Con el dinero, podríamos hacer programas de educación y de prevención.

-Ñanzeme, todo aquí en la ciudad es comprar y vender. Mira alrededor. Nadie entiende la vida sin esos papeles llamados dinero. Nadie. Es parte de nuestro problema, parte de la angustia de nuestros espíritus, parte de la avaricia. Ese dinero, o poder, no es nuestro Ñanzeme. Es de los espíritus, de la gente, y de la naturaleza. Podemos compartir la idea, de grupo en grupo, con nuestras palabras, con nuestras miradas y con nuestro corazón. ¿Por qué en las ciudades todo tiene que ser con negocio? ¿No podemos pensar en un mundo de compartir y de armonía? Yo comparto contigo esta experiencia, tu conmigo lo que sabes por los amigos de Sudáfrica, ellos pueden saber más cosas. Todos nos beneficiamos, pero nadie tiene porque hacerse rico. Por cada rico, siempre habrá varios pobres.

-Tienes razón, NoLwasi. Pero casi nadie es como tú. Ojalá tu fuerza y pureza prendan como el fuego en la sabana y luchemos todos juntos contra la plaga.

-Así será, *Thembinxosi* (ten confianza en Dios...). Ahora, ven conmigo a ver a Anwele, ¿vale? Tenemos que aliarnos para evitar más "infecciones" : ¿ves? Estoy aprendiendo. Mi pago es mi sonrisa y un abrazo.

Era infrecuente entre los "*kalangas*" o los shonas o los *ndebeles*, y en general en todos los pueblos de Zimbabue, abrazarse. Pero ella pensaba que era esencial para diluir nuestra energía común y hacerla fluir, así tomaba fuerza y luz. Era como ella lo explicaba.

Fueron juntos a las oficinas del Consejo de SIDA de Matabeleland y se encontraron con Anwele. Era increíble la fuerza y valentía de esa mujer. Sin embargo, NoLwasi había notado algunos cambios en ella: estaba más delgada, y habían empezado a crecer las pestañas. NoLwasi sabía que era el inicio de un viaje al dolor y debilidad. Anwele vivía con su madre y su hija de tres años en Mkokoba. Su marido nunca volvió de Egoli. Aunque tenía muchos amigos y gentes que la apreciaban, sufría un gran rechazo por muchas más personas. A veces lo notaba en las miradas, las expresiones. A menudo también se lo decían claramente o incluso recibía anónimos diciéndole que se merecía la muerte por su inmoralidad.

NoLwasi la convenció para que fuera con ella y con Ñanzeme a la reunión de comunidades que había convocado para dos días después, en Sanzukwi. Anwele fue a buscar a su hija Nothando y le dejó un poco de dinero y harina de maíz a su madre, y salieron los tres en los autobuses rurales, hacia el largo camino a Sanzukwi.

Ahí iban, dos Nyangas y una mujer enferma y valiente, a hablar con sus gentes

sobre como intentar frenar el incendio que arrasaba las vidas de tantas personas en sus pueblos.

Llegó el día. NoLwasi había ido viendo empeorar a Anwele y le había empezado a dar infusiones de su planta. Nothando jugaba con Thandiwe y los niños del pueblo en el cauce arenoso del río. Nanzeme tuvo largas y amenas tertulias con Themba.

Themba hizo una gran hoguera entre varios "kraals" y cerca de un cruce de caminos de donde vendrían diferentes comunidades. Las mujeres de los "kraals" cercanos prepararon un guiso con sadza de verduras del "arco iris" que había pedido NoLwasi. Los niños habían estado ensayando con los tambores y las niñas, incluida Nothando, un baile. NoLwasi había estado meditando todo el día, en ayunas, en su Kopje, sintiendo la fuerza de Mandhla y Masora en su espíritu.

Fueron llegando unas trescientas personas al caer el sol. Venían de muchos "kraals" de la zona. Seis indunas, con sus túnicas y bastones de mando, ocupaban ya lugares destacados, sentados en pequeños taburetes de madera frente al fuego. Algunos habían venido en sus "scotch cars", pero la mayoría había venido andando, algunos desde más de treinta kilómetros, durante todo el día. Se fueron sentando en torno al fuego. La noche era oscura con la luna nueva y las estrellas brillantes, con la Cruz del Sur majestuosa coronando el horizonte hacia las rocas de Matopos. Mandhla estaba ocupado recibiendo a los viajeros e intuía la solemnidad del momento, pero no supo de su trascendencia hasta que vio, posada en una roca cercana, la silueta de un águila negra. ¿sería la misma águila de aquella noche en que vio a sus padres desde el otro mundo?

Los chicos empezaron a tocar su ritmo de tambores, mágico, profundo. Las niñas empezaron a bailar de forma suave y armónica y poco a poco afirmando con pisada firmes el ritmo de los tambores. Las mujeres servían la comida en cuencos de calabaza.

Uno de los indunas empezó a entonar un sonido del alma...hmmmmmmmm... profundo...y todos se unieron... Llamaban a si a los espíritus y todos parecían estar absortos en el sonido, la noche y la magia de la vida. No había ni sonrisas, ni llantos, ni palabras ni silencios. Era una unión de todos ante un dolor que necesitaban conjurar con los espíritus, con el universo. Cada cierto tiempo, alguien recordaba el nombre de las personas que se había llevado la terrible enfermedad. Quizás no se dijeron todos, ni todos habían sido victimas del SIDA, pero había un sentimiento de que esas muertes eran arrancadas de forma violenta a los vivos y de forma muy temprana.i con un dolor y agotamiento hasta la nada... que ya todos sabían identificar...

Hmmmmmm....hmmmmmmmm....

-Entre los asistentes estaban algunas personas venidas de cerca de la misión de San José, entre ellas los ancianos padres de Awande. Habían venido con Patxi, el único blanco en esa reunión. Mucha gente ya sabía de Sindisabantu, o habían oído hablar de él. Se sentó discretamente en los círculos de fuera de la reunión. Pasaba relativamente desapercibido.

Apareció NoLwasi. Detrás de ella estaban Anwele y Ñazema, que se sentaron frente al fuego. NoLwasi se quedó de pie. Todos los demás estaban sentados. Los hmmmmms cedieron, sólo se oía el quejido de los leños en el fuego, que

incluso pareció ceder para que la energía de NoLwasi lo llenara todo. El águila negra fijó su mirada en la de NoLwasi.

Patxi volvió a sentir las palpitaciones y temblores que había sentido al oír a Ndlovu hablar de aquel ser humano que ahora tenía delante. Nunca había visto nada igual de bello en su vida. NoLwasi tenía entonces 33 años, la edad de Jesús en la cruz, la imagen que más había iluminado su vida ¿hasta ahora...? No era exactamente "más " bella que nada, porque no era comparable a nada ni a nadie. La belleza existía en su esbelta y figura que la túnica de lino marrón no podía esconder, en unos rasgos suaves y armonios de su rostro, en una expresión de su boca de una serenidad indescriptible, en una mirada que aún no había visto pues sus ojos estaban cerrados mirando en su interior y en un mundo lejano y misterioso y aún así pareció llenarlo todo de luz que abrigaba las almas angustiadas de un pueblo entero.

NoLwasi, ausente de todas las miradas, incluida de la de Patxi, con los ojos cerrados y su rostro hacia las estrellas, comenzó a hablar.

Mkulumkhulu. Aquí esta tu pueblo reunido para hablarte y para escucharte. En nuestro aliento de vivir cada día, sentimos tu fuerza y tu guía para sentirnos parte del inmenso universo . Te agradecemos también las lluvias que nos traen el agua y los alimentos, los vientos con que nos abrigan desde tu mundo de espíritus, que hacen volar a las aves y dan vida a las plantas, a nuestro alimento, por el sol que nos da calor y luz cada día, por la luna que nos vigila el descanso en la noche, por cada estrella, donde viven nuestros amakhosi y nos guían y esperan. Amakhosi. Os recordamos con las lágrimas del vacío de no sentir vuestras miradas, vuestras voces, vuestras risas y genios, cantos y

llantos, vuestros abrazos, vuestras manos de ayuda, de trabajo, de amor. Pero las lágrimas se secan con saberos en paz en el mundo que nos ve y nos guía, en vuestro mundo de paz tras la labor de sobrevivir y amar en esta vida.

Hoy estamos todos reunidos para pedirnos fuerzas ante un gran sufrimiento. Necesitamos fuerzas para entender, para aliviarlo, para desterrarlo y para mejorar.

NoLwasi abrió los ojos y miró a su pueblo. Patxi entendió su vibración del alma. Había visto esa mirada en su profundidad toda su vida, quizás desde otras vidas. Era una mirada del más profundo amor que trascendía palabras, dogmas, ideas, cultos, ciencia. Todo. Trascendía la vida. Llegó hasta lo más profundo de su alma. A ese lugar que habla de lo eterno, en el que no hay duda alguna de nuestra existencia infinita con el resto del universo, en el que no llegan ni las dudas de la fe que a menudo le atormentaban.

Al ir mirando con serenidad a su pueblo, su mirada se cruzó con la de Patxi, no por ser el único *ikiwa* (blanco), sino porque su mirada tenía la fuerza del tiempo, la nobleza de la naturaleza, y la dulzura del amor que busca. Patxi tenía entonces 48 años, era un hombre fuerte, de cabellera blanca, mirada tierna, la nariz aguda, vasca, una expresión de sintonía con la naturaleza y la vida difícil de explicar. NoLwasi había oído alguna vez oír hablar de Sindisabantu, a Teya, a algunas personas del pueblo y en su visita Brunapeg. Sabía que era él, y sabía que cambiaría su vida.

Pensó que hay sentimientos que viajan e invaden a la velocidad intemporal de la luz. No precisan de la mente que los modele, ni que el tiempo los confirme o que el temor los filtre. Son tan fuertes que vienen de nosotros mismos. De

ese rincón del alma que habla de lo eterno.

NoLwasi siguió hablando, con su mirada humedecida, como la de Patxi, por la emoción.

Omkhulu, Ogogo, Obaba, Omama, obudi, Odade Abanje wami... (Abuelos, abuelas, padres, madres, hermanos, todos...). La vida se estremece por el dolor y la debilidad que trae una enfermedad que ha invadido nuestro pueblo. La llamamos de muchas formas pero sabemos que acaba por llevarse a los jóvenes quitándoles todas sus fuerzas, dejándoles en los huesos, llenándoles de manchas y dolores, haciendo que sequen todo su agua de vida y que paren su aire.

Antes los hemos recordado a cada uno, con dolor.

Los Nyangas intentamos darles umtuhi que alivien su dolor, los médicos en los hospitales intentan otras medicinas. Pero al final, vence la enfermedad, agota a nuestros hermanos en su lucha y nos llena de dolor.

Algo ha enojado a Mkhulumkulu y a nuestros amakhosi, algo ha roto la armonía con nuestro mundo mágico y con la naturaleza, que debemos volver a unir en equilibrio. Mientras tanto, los espíritus se lleva a nuestros hermanos y hermanas para seguir gritándonos desde su mundo que estemos unidos y con amor superemos esta prueba.

Algo sabemos con certeza: esta enfermedad pasa de unos a otros al acostarse juntos. La infidelidad hace que este fuego se expanda más y más. Lo sé porque he estado en Egoli y he hablado con muchas personas, muchos enfermos y sus familias. Pero aún con fidelidad, ya está en muchos de vosotros, aunque parezca que no tenéis ninguna

dolencia.

Pausó y miró detenidamente a todos ellos sintiendo como conseguía que les invadiese el temor, la responsabilidad, la gravedad más allá de los que enferman. Estaba en todos, de una forma o de otra. No pudo mirar hacia Patxi, temía que se le quebrase el habla y no pudiera seguir hablando.

Vamos a intentar mejorar como ayudar a curar este terrible mal. Aquí esta Ñanzeme, uno de los Nyangas más sabios de Zimbabue, y vamos a buscar remedios que ayuden. Pero eso no será suficiente. Ttenemos que ser valientes. La persona más valiente frente a este mal está hoy aquí con nosotros: Anwele. Ella sabe que tiene el mal, y no se esconde en un kraal a sufrir en vergüenza. Ella siempre fue una fiel esposa, cuidó de los campos, de sus hijos, de sus padres, de sus vecinos, y ahora sabe bien que tiene que cuidar de todo su pueblo tanto como de ella. Pronto podremos ver la sangre de cada uno de nosotros y saber quien tiene el mal, cómo ayudarle y cómo él o ella evitar que otros lo tengan. Cada vez que se pasa el mal a alguien no sólo afecta a esa persona sino que afecta a quien lo pasó, y así poco a poco a todos.

La única forma de parar esta plaga es no acostándose con otras personas. Eso es imposible cuando el amor llama con la fuerza de un trueno a diluir nuestros cuerpos y almas.

En ese momento no pudo evitar mirar a Patxi. Los dos se miraban con una profundidad jamás antes sentida.

Cuando no podamos evitar acostarnos y compartir el amor más

profundo, es necesario que usemos el preservativo. Es un plástico que deben usar los hombres mientras no se hayan hecho la prueba o cuando la prueba sea positiva. No hacerlo, es como hacer daño, como matar a quien más amamos. Es el gesto más irresponsable y perverso que puede existir.

En los próximos días, Anwele y yo enseñaremos a un hombre y una mujer de cada grupo de "kraals", a enseñar a usarlo, y les daremos suficientes para que repartan en todos los "kraals". Ellos deberán enseñar a los demás.

Juntos podemos cuidar la vida y hacer que el amor venza sobre el dolor y la muerte.

¡Amandhla!

Todos respondieron con fuerza:

¡Amanddhla!

En ese momento, todos empezaron de nuevo a vibrar juntos con sus sonidos hmmmmmmmm.... y las miradas de NoLwasi y Patxi se cruzaron de nuevo. Más bien se clavaron.

El primer trueno que anunciaba la anhelada, tras nueve meses, estación de lluvias, quebró el cielo. Casi todos lo interpretaron como la alianza de los espíritus. Unos pocos lo entendieron como su enfado.

Ante la intensa lluvia que desencadenó, todos se fueron a refugio y el lugar del encuentro quedó desierto. Sólo quedaron como inmóviles y empapados

por la lluvia NoLwasi y Patxi.

Se acercaron lentamente, clavadas sus miradas, humedecidas por la emoción.

-¿NoLwasi?

-¿Sindisabantu?

Se fundieron en un abrazo.

XXXV. El lucro o la vida. De costa a costa, Estados Unidos 1987

Aimsa volvió a Berkeley, a su mesa de trabajo en Barrows hall y a su pequeño barco en la marina. Aún sentía el eco de todo lo vivido en Atlanta. Escribió un artículo sobre los derechos de los pacientes afectados por SIDA para el "*health and human rights*" sobre el abuso de sus derechos por la estigmatización y como el sistema privado de seguros médicos, seguros de vida e hipotecas, se sumaba a su ya dolorosa lenta agonía. Recibió llamadas de aseguradoras increpándola por intentar influir en el abuso de una parte "irresponsable" de la sociedad, sobre los recursos del resto, en su mayoría trabajadores honestos. También escribió sobre el dilema de la confidencialidad y la responsabilidad de los infectados, ahora que el test estaba disponible. Recibió llamadas de activistas del SIDA acusándola de animar a la estigmatización.

Sus artículos fueron citados en varios círculos y a los pocos meses se organizó un debate sobre el SIDA en Berkeley y ella fue invitada a una mesa redonda sobre derechos y responsabilidades. Fue grabado por las televisiones y se llenó el anfiteatro de *Hearst hall* con casi dos mil personas. Una colcha bordada con más tres mil trozos con los nombres de otros tantos afectados por el SIDA, enviados desde todo el país al líder gay Cleve Jones, fue colgada tras las sillas del panel. Había una ola de pánico en el país y empezaban a brotar cientos de grupos de apoyo y de reivindicación. En un punto del debate, aseguradoras privadas y grupos políticos conservadores criticaron los artículos de Aimsa y la acusaron de hacer daño al país, con un velado sentimiento de racismo a extranjeros que venían a alterar las morales de generaciones de esforzados y devotos colonos. Un senador republicano en la mesa redonda, le dijo de forma desafiante:

-Esta enfermedad no es como otras. Esta enfermedad es la consecuencia de una conducta inapropiada e irresponsable con la vida propia y la de los demás. No puede ser tratada como cualquiera, y menos aún con privilegios sobre los demás. Sus posturas de libre acceso a tratamiento y de abolir las cláusulas de riesgo en los seguros e hipotecas, harían que la mayoría de la población, honesta, trabajadora y responsable de sus conductas, pagase, y precios muy altos, por la irresponsabilidad de unos pocos, y animase así a incentivar y perpetuar esas conductas.

Hubo un murmullo en la sala. Algunos activistas y afectados por el SIDA, llamativamente en camillas o en sillas de ruedas frente al estrado, protestaban gritando. Aimsa estaba acorralada por argumentos moralistas y económicos. Era interesante ver como motivaciones egoístas se disfrazaban de ética continuamente en ese país al que odiaba y amaba. En unos pocos segundos registró los rostros de la audiencia, los gritos de los afectados, las expresiones de aceptación de la elocuencia de los conservadores y en una décima de segundo registró que aquel senador tenía en el bolsillo de su chaqueta un paquete de tabaco.

-Senador, ¿usted fuma?

-Sí. No creo que tenga nada que ver con lo que aquí estamos debatiendo, señorita.

-Quizás sí: Si usted, Dios no lo quiera, desarrolla un cáncer de pulmón por el tabaco, o incluso personas que viven o trabajan con usted y se intoxican por el humo: ¿A quién se debería responsabilizar? ¿A usted por su actitud saludablemente irresponsable? ¿O a las compañías de tabaco por haberle inducido a esa conducta?, ¿O quizás a las películas de Hollywood por

promoverlo indirectamente?, ¿O, si no, a las autoridades públicas por permitir que haya comercio legal, e incluso publicidad, de una droga que mata? ¿O al azar que perversamente cae sobre un honesto, devoto y trabajador digno descendiente de colonos de tan insigne moral?

Puso así, en lenguaje sencillo, todos los dilemas de riesgos, información, responsabilidades y derecho a la salud. Sabía que el conocimiento inteligente se concentra en mensajes sencillos y se transmite en momentos claves.

El senador se sonrojó de furia, se levantó, se puso la chaqueta y abandonó el debate gritando:

-¡No permitiré que inmigrantes irrespetuosos hacia nuestros valores y nuestra moral, vengan a arruinar nuestra forma de vida y se aprovechen del sudor de nuestros antepasados y del nuestro!

Unas docenas de personas de la mesa redonda y de la audiencia, se levantaron igual de airados y abandonaron la sala protestando de formas parecidas. Pero la gran parte del resto acalló aquellos gritos con aplausos para Aimsa. Era la primera vez que alguien la aplaudía y no le gustó. Hizo un saludo hindú y abandonó discreta y silenciosamente la sala.

Al salir del edificio notó que alguien la llamaba bajando las escaleras por detrás de ella. Se dio la vuelta y vio a un joven con pelo largo y una cinta en el pelo, camiseta corta, pantalones mayas y mirada alegre y fuerte. Le recordó a sus tiempos de apoyo a El Salvador.

-¿Aimsa? Quisiera darle mi felicitación por su compromiso, inteligencia, y debo

decir belleza. Aunque supongo que usted no tiene la culpa o el mérito de lo último.

-No sé si agradecerle su halago o si reflexionar si lo es realmente.

-Lo es. Me llamo Joseph, me gustaría invitarla a beber o comer algo juntos, o hablar un rato simplemente.

-Voy en mi bici hacia la Marina, si quiere ando el primer kilómetro a su lado mientras hablamos.

-Lo sé. La he visto algunas veces por la Marina. Yo navego por muchos países pero no tengo barco. Ahora estoy pasando unos días en la Marina, en el barco de unos amigos que están dando la vuelta al mundo.

-¿Tiene bici también?

-Sí.

-Entonces le propongo que vayamos hasta allí en bici, y ya allí conversemos.

Al llegar a la Marina fueron al barco de Aimsa y ella le ofreció un té. Joseph le hablo de su trabajo: había co-fundado con un amigo una organización en la que luchaban por el derecho a la alimentación, ligado al derecho a la tierra, al derecho y responsabilidad de cuidarla y mantener su biodiversidad, y al de promover formas solidarias del trabajo y de la alimentación. Le habló de la tragedia del hambre en un mundo en el que había de sobra para todos pero se distribuía mal, la tierra, el alimento y se sustituían cultivos, tradiciones y tierras que durante milenios habían alimentado al hombre en armonía con la Madre Tierra, con monocultivos, maquinarias, pesticidas y fertilizantes que agotaban la Tierra y desplazaban a los más pobres. Le contó cómo se utilizaban más para exportar piensos para dietas grasas insanas y basadas en inmenso sufrimiento animal y transportes contaminantes, o cultivos de lujo como el café o el té. Aimsa le aclaró, con cierta broma pero cierto alivio, que ella cultivaba el té que estaban comiendo en un huerto orgánico de la

universidad.

-Es curioso, Joseph, hay muchas similitudes en las formas intensivas y destructivas de la industria de los alimentos, y cómo funcionan las industria de la enfermedad y su tratamiento: también incentivan formas de alimentación y de vida, inarmónicas con nuestra naturaleza, algunas de ellas consecuencia o causa de las crueles y destructivas industrias ganaderas que tu comentas; también responden con química que agota o daña al cuerpo humano, también lo hacen favoreciendo sólo a algunos y discriminando a otros. Somos víctima de la avaricia de beneficios de unos pocos. Pero también contribuimos ciegamente a ello a través de votos a quienes lo perpetúan o abstenciones, con impuestos que alimentan este inhumano y destructivo sistema, y comprando los productos que nos hipnotizan con publicidad.

Fueron entablando amistad y navegando algunas veces por la Bahía. Los pantalones Maya de Joseph estaban ligados a la relación con una compañera guatemalteca que se unía a las travesías y las tertulias. Aimsa, por primera vez, sintió envidia y anhelo de vivir en compañía con una alma gemela.

En los siguientes meses, Aimsa empezó a sentir un profundo compromiso en entender la enfermedad, en entender a sus víctimas y en entender a los intereses que se movían en torno a la epidemia. Era el primer reto claro de su anhelado deseo de aliviar el sufrimiento humano más allá de su círculo directo. Para entonces, principios de 1987, ya se habían registrado oficialmente casi cincuenta mil casos en casi cien países.

Tales eran los tabúes de la enfermedad, que la princesa Diana del Reino Unido, salió en la prensa al valientemente i“dar la mano a un paciente con SIDA”!

Detestaba la ignorancia y más aún la falsa compasión de los políticos y poderosos que, por el simple hecho de serlo y poseer tantas veces más que los demás, hacían contradictorio y casi hipócrita, sus pretendidos gestos de generosidad. Sabía bien en su vida que la caridad no cambia la miseria y la indignidad de las personas. "sólo se consigue por su participación en las soluciones y por la justicia", se decía a sí misma. Combinaba esos pensamientos sociales y políticos con el camino budista hacia el Nirvana, pero no por ello dejaba un ápice de conformismo adormecer su sensibilidad ante el sufrimiento del mundo.

Aimsa siguió de cerca las primeras pruebas de tratamientos para la terrible enfermedad. Se había informado todo lo que pudo sobre el virus, tenía colgados en la cabina de su pequeño velero y en su oficina de Barrows hall esquemas de su estructura, de su invasión en el núcleo de la célula, de cómo se hacía dueño de todo el aparato de construcción celular para su propio fin. Era una invasión en toda regla, inteligente, dominando al cerebro de la célula, utilizando sus fábricas de proteínas, en lugar de destruirla, para multiplicarse y ampliar así su invasión.

Había leído trabajos de científicos de Berkeley en los que se había descubierto que la mayor parte de los cánceres en gallinas se debían a unos virus con capacidad de infiltrarse en los cromosomas celulares, llamados "retrovirus". Aunque los esfuerzos por buscar virus similares en cánceres en humanos, no fueron exitosos, un sabio científico llamado Jerome de Detroit, sintetizó una molécula que llamo amistosamente "*zidovudina*", diminutivo cariñoso de la combinación de un ácido con la timidina, una de las bases de la molécula de la vida, el DNA. Jerome demostró que su molécula era capaz de impedir el mecanismo invasor de los retrovirus. Aimsa seguía de cerca esa investigación

y hacía de nexo entre los afectados y las esperanzas de tratamientos.

Un amigo de Marc, cada día más débil y ya sin poderse levantar de su cama, trabajaba en una poderosa empresa farmacéutica llamada *Wellcome*. Marc le informó a Aimsa que aquella empresa, sabiendo la naturaleza de retrovirus del SIDA descrita por Robert Gallo cinco años antes, había contactado con un científico llamado Samuel, que en el Instituto Nacional de Cáncer estaba descubriendo efectos prometedores de la molécula de Jerome en el virus del sida. Previendo un gran negocio, Wellcome diseñó como producirla industrialmente y registró la patente sin contar con Jerome, Samuel ni ningún otro científico quienes desde instituciones y universidades públicas, y con presupuestos de los impuestos de los ciudadanos, habían contribuido a los avances hacia un tratamiento de la terrible epidemia.

Aimsa buscó en los orígenes de aquel gigante que irrumpía en el mundo del SIDA y del que temía no buenas intenciones. Henry Wellcome había nacido en una cabaña de Wisconsin durante "la conquista del Oeste". Su padre era un misionero itinerante que daba sermones desde una diligencia y le educó con criterios religiosos estrictos, en contra del alcohol, en la espera adventista de la nueva venida de Jesús a la Tierra y como miembro activo de la masonería. Se interesó por la medicina pero sobre todo por vender, seguramente inspirado en los sermones proselitistas de su padre. Su primera venta, a los dieciséis años, fue de "tinta invisible", tratándose, realmente, de jugo de limón. Hizo amistad con otro vendedor de medicamentos, Silas Burroughs y formaron la primera fábrica dedicada sólo a los medicamentos y los primeros medicamentos en formas de tabletas, al final del siglo XIX. Fueron también los primeros en introducir una práctica que se hizo tan común en la medicina como la bata blanca: la venta directa a médicos, incluyendo muestras

gratuitas. Silas, de origen presbiteriano, se fue aproximando a la filantropía y fundó un hospital en Inglaterra, muriendo poco después, a una edad temprana, de neumonía. Henry, vivió más tiempo y siguió dirigiendo la compañía y creó su Fundación, con ánimo filantrópico y que legó a su muerte para fines de mejorar la salud global. Sus laboratorios de investigación de enfermedades tropicales lideraron la investigación mundial de estas dolencias, con interés humanitario pero también colonial y militar. Se convirtió en la organización sin ánimo de lucro más grande del Reino Unido.

Era importante investigar estos orígenes. La masonería, los fundamentalismos cristianos, las artes de comercialización y el vínculo con la filantropía. El legado de la Fundación y empresas hacia una sociedad: ¿en manos de quién? ¿Con qué objetivos?

Aimsa empezó a ver qué se cocinaba en las tripas de poderes que no había imaginado antes.

Volviendo a la actualidad, Aimsa averiguó en el registro de patentes, que la empresa se apropió de la molécula de Jerome basándose en el razonamiento que el que descubre un nuevo uso para una molécula antigua, es el propietario de su uso. Con esa propiedad y sin compartir esa información, acordó durante 1985 con laboratorios en Estados Unidos y Canadá, aportar el medicamento de forma gratuita en estudios llamados fase uno. Aimsa temía estrategias muy sucias de mercado, pero era la única oportunidad de avanzar hacia un tratamiento.

Estos estudios con voluntarios demostraron que la zidovudina mejoraba la inmunidad en personas infectadas por el SIDA. Al año siguiente, un estudio "fase dos", en el que participaba Michael Gottlieb, comparó los efectos de ese

medicamento, con los de un "placebo", es decir, un comprimido igual pero sin ningún compuesto activo, en más de doscientas personas infectadas en varias partes del país.

Aimsa seguía el estudio a través de la información de Michael, y mantenía informados a los afectados por el SIDA, ya constituidos en fuertes organizaciones que informaban de cualquier ensayo de un medicamento, si se buscaban voluntarios, en qué fase de la enfermedad. Aimsa había convencido a Marc para que pidiese a Michael ser incluido en el estudio. Todos sentían con la angustia de la ruleta rusa el estar destinados a tomar simplemente el placebo o una droga de efectos desconocidos aún en humanos. Marc mejoró levemente y podía sentarse para comer. Pero diecinueve de los doscientos pacientes, murieron en los primeros cuatro meses. Aimsa fue a varios de los funerales y lloró de rabia con los afectados. Llamó varias veces a Michael y por fin quedaron en un café de la Marina de San Francisco, hasta donde llegó en su velero con su amigo Joseph.

-Michael, tienes un dilema ético: o mantienes tu rigor de fases, tiempos, representación estadística en este estudio, o pides que se pare el estudio y se desvelen los resultados por si ya hay, con tantas muertes, una información suficiente. Cada día cuenta en la vida de mucha gente.

-Aimsa, este estudio puede cambiar la historia de esta enfermedad. Unos cientos de enfermos accediendo antes al tratamiento ahora, pueden alterar la fuerza de los resultados y su impacto en el mundo, si esperamos al año, como estaba planificado. De todas formas, la proporción de muertes en el tiempo, es parecida a la que estábamos observando antes, sólo tratando sus infecciones por bajas defensas.

-Unos días, unas semanas. Son vida o muerte para muchos. Nunca vienes a los funerales. Deberías acercarte a ese sufrimiento y valorar mejor tus decisiones.

Michael dijo que lo pensaría, que la tendría informada. Llegó el funeral número veinte. Michael asistió al mismo en un discreto tercer plano. Sintió el dolor, la rabia, y la desesperanza de muchos participantes. Varios pacientes asistieron en sillas de ruedas o ayudados por sus amigos. Al acabar, uno de los amigos, sacó una armónica y entonó las primeras notas de "*that's what friends are for*". Todos se fueron uniendo abrazados. Aimsa vio que Michael estaba detrás, medio oculto. Tenía lágrimas en los ojos. Cuando volvió a mirar, ya no estaba.

Michael luchó con todas sus fuerzas contra la empresa, más pendiente de los beneficios y temerosa, y presionada, por la "*Food and Drug Administration*", de completar la fase dos y seguir la fase tres, antes de que se pudiera registrar con seguridad el medicamento. Michael expuso con tanta fuerza los argumentos éticos e incluso económicos para la empresa por la oportunidad de un posible medicamento eficaz antes que otros "competidores" y por el buen nombre que adquiriría frente a la comunidad de afectados. Ante esta presión y la de los afectados y sus cartas, la empresa aceptó desvelar la documentación antes de acabar el estudio y entrar en la tercera fase de la investigación: diecinueve de los fallecidos estaban en el grupo del placebo, sólo uno estaba bajo tratamiento. La presión de los afectados y la angustia por alimentar cualquier esperanza de curación, hizo que en un tiempo record de menos de dos años desde que empezaran los primeros ensayos con voluntarios se registrara el medicamento para uso público contra el SIDA en marzo de 1987.

La sociedad inglesa Wellcome monopolizó bajo su patente el comercio de AZT, el primer medicamento contra el SIDA. Aimsa estudió a fondo las leyes de patentes y sus efectos comerciales y en el acceso a los medicamentos. No podía entender que una organización inspirada en el legado de una Fundación sin ánimo de lucro, buscara monopolios y beneficios desorbitados. Descubrió poco a poco un mundo de inmenso poder y beneficios, y artes muy sucias. La patente fue denunciada por otros científicos y empresas que habían colaborado en los ensayos. Para entonces, la Sociedad Wellcome, antes conocida por su investigación sin ánimo de lucro, de medicamentos útiles en el Tercer Mundo, puso una cuarta parte de su gigantesco patrimonio como sociedad anónima, –Wellcome PLC- cotizando en la bolsa de Londres. Desde ese momento, defendió con toda agresividad su privilegio, aún con débiles y contradictorios argumentos. Wellcome sabía que sus inversiones de unos cien millones de dólares en los estudios y los medicamentos durante el ensayo, podrían convertirse en miles de millones de dólares de beneficios. Negaba el derecho a Jerome por no dar con su utilidad y a los otros laboratorios por dar con la utilidad cuando la empresa ya controlaba la patente y los financió y demostró en la escala necesaria.

Aimsa se alió con activistas como “*Act-Up*” y los científicos de los institutos y universidades públicas, para denunciar la patente de la poderosa farmacéutica. Pero Wellcome PLC ganó los pleitos con prestigiosos abogados, mucho dinero y campañas de lobby y presión. Comenzó a vender el medicamento a precios altísimos: casi doscientos dólares por un bote de cien capsulas, equivalente a un gasto de más de diez mil dólares por año y pacientes, la mayor parte en beneficios. Las acciones de Wellcome PLC multiplicaron por tres su valor en Wall Street, en Londres y en todo el mundo

y la sociedad Wellcome en su conjunto creció en su patrimonio en más de mil millones de libras al año.

Un día consiguió hablar por teléfono con Ian MacGregor, el director financiero de la sociedad Wellcome. Había investigado su enorme poder y sus intereses contradictorios. Por un lado, era un reconocido "gestor de inversiones". La empresa se fue dedicando más y más a gestionar "valores", los exponentes máximos del capitalismo. La especulación y usura llevada a su máxima diversidad y a la rapidez de decisiones, y acumulaciones de beneficios, a través de las comunicaciones, que se disparaban de forma exponencial. Por otro lado, este mago de hacer dinero del humo de especulación del capitalismo, tenía la reputación, incluida la de miles de "*charities*" (Organizaciones No Gubernamentales –ONGs-) inglesas, de ser un gran filántropo y defensor de la sociedad civil solidaria. Aimsa se preguntaba si el capitalismo especulativo más feroz era compatible racionalmente e incluso éticamente, con la supuesta solidaridad.

Se hizo pasar por una coordinadora de ONGs en los Estados Unidos (de alguna manera actuaba animando redes de activistas por los derechos del SIDA) e insistió a los muchos filtros telefónicos, diciendo que tenía que hablar de algo muy importante, y que Ian sabía de qué se trataba.

-Buenos días, aquí ya es de noche en Berkeley, le agradezco su atención.

-Dígame, ¿con quién hablo?

-Me llamo Aimsa, soy científica de la Universidad de Berkeley. Le llamo con

respecto al tratamiento del SIDA con *zidovudina*.

-Esa es una patente registrada, ¿han visto algún efecto indeseado?, le puedo pasar con el departamento científico.

-No, se trata de la patente en sí. A los precios que la venden, muchos enfermos no pueden pagarla, o se arruinan al hacerlo. Está causando mucho dolor. ¿Podría explicarme la razón de ese precio y qué proporción corresponde a beneficios? Antes o después se sabrá, y creo que puedo ayudarle a preservar la imagen, y realidad humana de su empresa, y la historia solidaria de la Fundación Wellcome, ahora la Sociedad, y su credibilidad en la solidaridad. Con ello puede ayudar a miles de personas que en Estados Unidos morirán por la política actual de precios, y no digamos en países pobres.

Aimsa notó un cambio en el tono de voz, más seco pero quebrado por la presión.

-Esa información es normalmente considerada reservada y no se comparte fuera de la compañía. Es información confidencial que puede tener valor competitivo. No estoy en disposición de discutir los componentes del precio de mercado.

Aimsa notó que esa respuesta era la posición oficial y ese hombre habría repetido cientos de veces el mismo mensaje. Pensó en una forma de intentar tocar el fondo humano de esa persona, a diez mil kilómetros:

-Ian, ¿usted tiene hijos?

-Señorita, no tiene derecho a conocer mi vida privada y está haciendo que pierda el tiempo y la paciencia.

-El tiempo que usted pierde puede que signifique una pérdida ínfima de los beneficios, que entiendo son de más de cincuenta millones de dólares por día. El tiempo que está perdiendo en no tomar una decisión humana y ética, no se mide en beneficios, se mide en miles de vidas humanas. Piense en la oportunidad que tiene de contribuir a la parte noble de la historia de la Humanidad.

Tras un silencio al otro lado de la línea, Ian colgó.

Por los amigos de Marc y de Joseph, Aimsa supo de una empresa canadiense, Apotex, productora de genéricos. Habló con químicos del laboratorio Lawrence de Berkeley en el que una joven muy ingeniosa y comprometida llamada Eva destacaba en sus habilidades de biología molecular. Ayudó a conectar a activistas de Estados Unidos y Canadá, y con las herencias de varias víctimas del SIDA, algunas anónimas de Hollywood, convenció a Apotex para que realizara copias del medicamento como genérico. Conectó con abogados de comercio y de derechos humanos, escribiendo a Jonathan Mann, quien ahora dirigía el Programa Mundial de SIDA bajo Mahler, en la OMS. Les ayudó a argumentar el no reconocimiento el derecho de patente de Welcome, a su juicio usurpado a Jerome.

Pero el argumento real de Aimsa era la vida de mucha gente frente al beneficio de unos pocos, ya muy ricos. Apotex consiguió que la agencia canadiense

aprobara la copia y empezó a vender el medicamento a precios diez veces más bajos y a mandarlos a clínicas y hospitales de Estados Unidos y Canadá. Wellcome denunció a Apotex y mientras la justicia dictaba sentencia, Apotex fue autorizada a seguir vendiendo el medicamento pero las presiones de Wellcome a los proveedores y compradores fueron tan fuertes, que apenas pudo vender nada. Finalmente, y de nuevo, Wellcome volvió a defender su monopolio de enriquecerse a costa de vidas humanas.

Aimsa viajó a Nueva York y se manifestó con Act-Up enfrente de Wall Street. Tras dos años de disputas entre franceses e ingleses, parecidas a las del medicamento, en cuanto al test del virus, el presidente Reagan facilitó un acuerdo por el cual franceses y americanos compartirían los beneficios. Aimsa esperaba afuera de la Casa Blanca con pancartas en contra de la codicia, a favor de la vida. Al día siguiente, Aimsa asistió a una conferencia de Reagan en el colegio de médicos de Filadelfia en la que promovía el mensaje de abstinencia y diluía la prioridad del uso del preservativo. También promovió el que los tests del SIDA se hicieran obligatorios. No se permitieron preguntas. Aimsa siguió manifestándose ante el abuso de las patentes, y ella y otros fueron arrestados y retirados de las vallas de la Casa Blanca por policías que llevaban largos guantes amarillos por miedo al contagio.

Después, conociendo la fuerte influencia de la Iglesia Católica en la sociedad, la economía y la política del país, acudió como observadora, bajo la acreditación de una ONG, a la Conferencia de obispos de Estados Unidos. Intervino varias veces con fuerza y claridad para decir que lo valiente era amar a quienes sufrían y los que sufrirían, si no se promovía el uso del preservativo como se promueven las vacunas, con la misma ética de la vida, el amor a los demás y la bendición de la vida. Había leído un artículo de un sacerdote

sudafricano llamado Kevin y conocía los argumentos del derecho canónico. Influyó en que el documento final de esa conferencia llamase a la promoción, desde la Iglesia, del uso del preservativo como parte del programa para luchar contra el SIDA. No pasó mucho tiempo antes de que en respuesta a ese documento, un poderoso cardenal del Vaticano llamado Ratzinger declarase en nombre del Papa, que el enfoque de la conferencia americana resultaría en, cuando menos, la facilitación del mal, más allá de su tolerancia a ello.

Aimsa pensó: La epidemia era terrible, y aún no se sabía la magnitud, pero es aún peor la epidemia de avaricia del capitalismo y los prejuicios de algunos poderes, tan lejos de la belleza humana. Necesitaba curarse de tanta rabia y de tanto dolor. Volvió a su barco en la marina de Berkeley. Tenía una carta de Jonathan Mann en la que le apoyaba en su lucha, le daba mucha información y compartía sus temores de que la epidemia fuera de dimensiones apocalípticas en África. Le sugirió que mandase su currículum y verían qué tipo de trabajo le podían ofrecer. Necesitaban luchadores como ella.

Le invitó a Rob a su barco para contarle lo vivido. En la conversación se dio cuenta que necesitaba mantener su fuerza en esa lucha contra la avaricia-que-ahoga-la-vida, pero ir a las zonas del mundo donde la epidemia era aún más silenciosa, de magnitudes gigantescas y aún sin conocer y donde la lucha por los precios o la responsabilidad pública ante los tratamientos no entraba ni en la imaginación de los que agonizaban olvidados del mundo. Le comentó la oferta de Mann, pero le confesó que no quisiera estar encadenada a burocracias ni a despachos y reuniones en hoteles o salas de conferencias. Al menos ahora necesitaba volver al mundo real, a abrazarse con la gente que sufría.

Rob le habló de un misionero con quien mantenía una correspondencia entrañable. Estaba en una zona rural remota en Zimbabue y en las últimas cartas le había hablado de la tragedia que estaban sufriendo con esta enfermedad, el estigma que suponía, el silencio del gobierno y la desesperación de la comunidad.

Meditó durante una semana de ayuno buscando la luz.

XXXVI. Los tentáculos del horror y los "prescindibles" Sur de África, 1987

Haka había recorrido en un año más de seiscientos "*kraals*", unos dos al día al día, por todo Bulilia-Mangwe. Seguía ayudando también en la misión con las reparaciones, la administración, de chófer, a la vez que estaba repasando sus estudios de abogado para ayudarle a su hermano en algunos trámites legales. En tres meses había anotado en su cuaderno 148 niños que se habían ido a Sudáfrica en los últimos dos años. Tenía todos los nombres de los niños, la fecha en la que se los llevaron, los nombres de sus padres y cuando habían fallecido, los nombres de sus abuelos o padre o madre si es que aún vivían, de sus hermanos y hermanas, incluso fotos de sesenta y nueve de ellos.

Eran ochenta y nueve niñas y cincuenta y nueve niños. Tenían entre siete y dieciseis años de edad, la media era de trece años. En casi todos los casos había llegado un coche hasta el *kraal* y se habían presentado en dos terceras partes de los casos como una "ONG" que ayudaba a los huérfanos del SIDA, y en una tercera parte como amigos de algún miembro de la familia que vivía en Sudáfrica. En una tercera parte de los casos, los ancianos que cuidaban de los huérfanos, habían sido presionados para pagar los gastos de los funerales de sus hijos, muertos en Egoli y enterrados allí o trasladados hasta el *kraal* en Matabeleland. En el resto de los casos, les habían dado algo de dinero, supuestamente de la ONG, para ayudarles a los ancianos afectados indirectamente por el SIDA. De media les habían dado mil dólares de Zimbabue (unos 250 dólares americanos al cambio entonces). Las personas que habían ido por los "*kraals*" correspondían a cinco descripciones, cinco personas involucradas en los diferentes viajes. Les dio a cada uno un código S (por secuestrador) del 1 hasta el 5. Sabía también de al menos cinco grupos

de hermanos, quienes no tenían ni padres ni abuelos, vivían solos en "kraals" medio arruinados y que habían desaparecido.

De las descripciones fue haciendo dibujos de las caras y del cuerpo. Todos eran negros, uno más mulato. Dos eran más bajos que 1,70, dos entre 1,70 y 1,80 y uno más de 1,90. Eran fuertes pero los de estatura intermedia, un poco obesos. Llevaban gafas oscuras. Uno tenía una cicatriz que deformaba un parpado. Llevaban el pelo corto, vestían de forma elegante, a veces con chaquetas. Llevo revistas, muestrarios, y así identificaron las familias entrevistadas, modelos de gafas o vestimenta. Uno de ellos llevaba un modelo Vuytton y otro Channel, seguramente copias chinas. Uno llevaba un reloj, que por las descripciones de un anciano con gran memoria y curiosidad, parecía corresponder a un rolex de oro, aunque quizás fuera copia. El coche que había ido por los *kraalas* era o blanco o rojo, en los dos casos un Datsun 1200 modelo de 1978 : Haka lo había comprobado enseñando catálogos a las familias. Uno de los ancianos se había fijado en la matrícula del vehículo blanco: BKR 487 L. El abuelo se acordó porque esa eran las iniciales de la niña que se llevaron: *Buhleve Kosi* (belleza de Dios) Rawana, y el número era el mes y el año 4/87 en que se la llevaron. Recordaba la L porque pensaba que su nieta volvería "Lwasi", muy sabia, habiendo estudiado en Egoli.

Llevó su libreta a Bulawayo para encontrarse con Helen. Haka ya tenía 55 años, pero estaba en plena forma. Era un vasco de espalda ancha, el pelo rizado, barba canosa tupida, el rostro curtido por muchos años en el monte, ahora teñido del sol del Kalahari y sus largos paseos, ojos verdes de mirada aguda, casi desafiante, nariz, como su hermano, afilada y curvada, su cicatriz blanca en el ojo derecho y un cuello ancho, de aizcolari²⁵. Se encontró con

²⁵ Cortadores de leña en el País Vasco.

Helen en la oficina de Amani Trust. La había ido viendo cada tres meses y habían ido tejiendo entre ellos una agradable confianza y complicidad. A Haka le encantaba la suavidad de Helen y su mágico pelo rojo, pero sobre todo lo obstinada que era en su lucha, daba igual las amenazas y presiones que recibiera del gobierno. Tenía una lista de más de diez mil disidentes asesinados o desaparecidos durante los últimos cinco años por la represión de Mugabe e los *ndebeles*. , llamada Gukurahundi. Helen había facilitado que los grandes adversarios ambiciosos de poder, Mugabe y Nkomo, firmaran el acuerdo de unidad, juntaran sus partidos políticos, Mugabe declarara una amnistía para los disidentes presos y Nkomo les llamara a los armados a desarmarse. Le recordaba a su camarada Yoyes etarra en su valentía por la libertad.

Haka también había investigado las tramas del tráfico de niños en el mundo, los acuerdos internacionales y las leyes nacionales y de aduanas. Le había pedido libros a su hermana, la pequeña Beatriz, quien también estudió derecho y ahora era funcionaria por oposición de la Unión Europea, en Bruselas.

-Helen, ya tenemos datos de todo el Sur de Matabeleland, tenemos que denunciar estas desapariciones. Las cosas están más calmadas con el gobierno por el acuerdo de unidad.

-Ya lo hice, Haka. He estado insistiendo los últimos meses y no me hacen caso. Son hijos de familias *ndebeles* de la frontera, pobres, huérfanos, "prescindibles". Además, sólo se han entregado 140 disidentes y el gobierno esta convencido que hay muchos más que han guardado las armas en sus "*kraals*".

-¿Y has podido hablar con alguna ONG fuerte internacional para que nos ayuden?

-Hablé con una amiga, Kate, de Inglaterra, trabaja para Amnistía Internacional. Están más pendientes de denunciar al gobierno de Zimbabue que de perseguir a entramados criminales. Me dijo que llevarían a la Junta si mandan una misión de investigación, pero que antes necesitarían el testimonio de alguna víctima, cosa que no tenemos.

-¿Así, que estamos solos?

-Más bien.

-Yo voy a irme a Sudáfrica a investigar. Intentaré volver con alguna víctima, a ver si así nos hacen algún caso. No puedo dormir bien pensando en esos pobres niños. Te tendré informada, Helen.

-Haka, ten cuidado.

Helen se acercó, los dos estaban mirándose fijamente, se dieron un suave beso en los labios. Haka sintió toda la fuerza para emprender esta misión, sin saber hasta dónde le llevaría.

Mientras Haka buscaba un sustituto para sus labores de capataz en la misión, Helen preparó un proyecto para una fundación de derechos humanos en Alemania y les mandaron un poco de dinero. Con ello Haka alquiló un viejo Land Cruiser FJ40 del 1974 y contaba con un poco de dinero durante tres

meses para transporte, comunicaciones, mantenimiento y extras no previstos. No sabía a qué se podía enfrentar pero temía una mafia de tráfico de niños y riesgos aún no conocidos. Sin embargo Haka sentía la fuerza de un titán para luchar por esos niños. Los abuelos de Buhleve Nkosi (belleza de Dios), le dieron una foto de ella en blanco y negro. Se hizo una camiseta con su foto por delante y por la espalda y puso en zulú "Busco a este ángel" . Lo hizo con todo su corazón aunque luego pensó que debería mantenerse lo más anónimo posible y se prometió que sólo usaría la camiseta cuando volviese con Buhleve a su *kraal*. Compró un saco de dormir, una navaja multiuso, mosquiteras impregnadas de insecticidas, una linterna potente, una cámara de fotos con zoom, la grabadora más pequeña que encontró y varios blocs de notas. Adaptó el coche para poder cargar pilas desde la batería. Patxi le dejó para su misión el sombrero de ala ancha, Jonay le preparó varias piedras negras y un pequeño botiquín con instrucciones para tratamientos de urgencia. Beatriz le había mandado una carpeta con la legislación internacional sobre tráfico de seres humanos y contactos de las delegaciones europeas en la región y de la interpol.

Su intuición le hizo buscar algo que años antes se había prometido nunca volver a tocar. Lo hacía por aquellos niños, sabía que podría necesitarla, y por ello si que era capaz de romper su promesa. .En los suburbios de Mkokoba fue preguntando a través de contactos de Helen y acabó, a los tres días, encontrándose en el patio trasero de una casa con un disidente escondido y aún receloso de entregar las armas. Le vendió una pistola Makarov soviética y munición por quinientos dólares de Zimbabue. La escondió en un bajo del Toyota que preparó con sus herramientas de soldar en la misión. Patxi sabía que Haka se estaba metiendo en una aventura peligrosa. Se despidió de su "familia" de San José en una cena a la que también asistió, por primera vez,

NoLwasi. Estaban sentados a la mesa Patxi, Joseph, que ya tenía siete años, Jonay, NoLwasi y Thandiwe, Johanna y Ndlovu de Brunapeg, Anwele y Nothando, Ñazema y Helen, que había venido a la despedida desde Bulawayo.

Patxi y NoLwasi se veían cada vez con más frecuencia. Había algo mágico en la unión de sus almas.

Anwele se había quedado a vivir en Sanzukwi y había animado un grupo de personas comprometidas en la lucha contra el SIDA. Hacían obras de teatro en los pueblos, componían canciones, emitían a veces programas de radio desde Bulawayo, enseñaban a usar el preservativo y lo difundían por todo Bulilamangwe, ayudaban a los enfermos y familias en sus "*kraals*".

Ñazema había convencido a NoLwasi para hacer una pequeña plantación de Sutherlandia en las afueras de Bulawayo y envasar las hojas secas para infusión para el tratamiento de enfermedades debilitantes. Las llamaba "hojas de Nolwasi" (madre del saber), y las repartían por casas y pueblos con un manual de uso, lleno de consejos de amor para los pacientes. Con los modestos ingresos ayudaban a las actividades de Anwele y su grupo. NoLwasi no quiso ni siquiera ver el dinero.

Johanna, Ndlovu, Jonay, NoLwasi y el grupo de Anwele habían formado un grupo de lucha contra el SIDA en el distrito y se reunían una vez al mes, rotando entre Brunapeg, San José y Sanzukwi para acciones de información en escuelas, de prevención en bares, autobuses, tiendas, carteles por los caminos y apoyo a las familias.

Haka se sentía el hombre más afortunado del mundo entre aquella familia de héroes. Había además un sentimiento muy fuerte de unión con Helen aunque no pasaron de aquel beso. Un reto aún desconocido esperaba a Haka y su vuelta abriría una nueva etapa en sus vidas. Tras la cena, esta vez con mijo, brócoli y aceite de palma, Haka se despidió con unas palabras. Llevaba la camiseta de Buhleve:

-Amigos míos. En los dos últimos años he recuperado la alegría de vivir junto a mi hermano y su hermosa obra en la misión. He visto en cada uno de vosotros la luz de vivir con el amor. Yo vivía antes con el odio pero con vuestra luz y vuestra fuerza debo ir a averiguar el paradero de unos ángeles que han dejado a esta tierra sin su sonrisa más tierna.

Haka, diciendo estas palabras, se emocionó. NoLwasi, quien había hablado mucho con Haka de sus preocupaciones por esos niños y de lo que había visto en Soweto unos años hacia ya cuatro años, también estaba emocionada.

¡Amandhla! Gritaron con fuerza todos .

Jonay sacó su violín y entono la lista de Schindler. Luego Patxi entono una dulce versión de Nkosi Sikelele, y NoLwasi siguió con una melodía que a todos les cautivo en un momento de paz profunda, con su rudimentaria Mbira.

Haka partió a principios de diciembre en su FJ40 y con los datos de su investigación, los documentos que le mandó Beatriz, datos de personas de contacto de Helen en Sudáfrica y la del Padre Kevin que le dio Patxi, un salvoconducto de Amani trust que mejor no debiera enseñar salvo en

situaciones extremas, la linterna, una bolsa de ropa, y lo que había comprado en Bulawayo y los regalos de su familia de San José.

Emprendió la marcha a las cinco de la mañana desde San José hacia Beitbridge, y pronto llevaba el coche lleno de gente a la que recogió en el camino. Paró en varias tiendas de cruces de caminos. Preguntaba por los Datsun 1200 y el grupo de niños, y de forma disimulada ofrecía dinero por cualquier información. Nadie decía nada pero notó en un par de casos que el miedo bloqueaba la respuesta.

Al llegar a la frontera dedicó el resto de la tarde a hablar con residentes muy próximos a la frontera. Fue a casa de Takani, de quien NoLwasi le había hablado, y le informó de su tarea. Takani le desaconsejó seguir investigando. Le dijo que seguramente ese grupo estaría armado y sería peligroso. Haka insistió y le dio dinero para que le acompañara a visitar unas veinte casas de la zona, al azar. En ninguna de ellas le dijeron nada. En una de ellas un hombre fue muy claro :

-*Ikiwa* (blanco) : ¿no ves que si decimos algo y les encuentras, primero te torturaran o te mataran y luego vendrán a por nosotros? Tienen armas, beben alcohol y toman drogas, no tienen ningún respeto por la vida, de la suya poco, de las de los demás nada.

-Gracias amigo. Lo voy a intentar. Esos niños lo merecen.

Cuando iban a dejarlo por imposible, Haka le dijo a Takani que pasaría la noche por el pueblo y le preguntó que si podría dejar el coche en su casa.

Tenía una idea.

Esas personas sin escrúpulos, seguro que pararían en la aduana donde tendrían sobornados a varios policías de ambos lados y no resistirían a mezclarse con las prostitutas de la frontera, a quienes quizás también controlasen. Se adentró así en el barrio rojo donde , ya entrada la noche, había unas dos docenas de mujeres sentadas en sillas frente a chabolas de placas de metal. Le animaron a entrar con ellas. Entró en el primer chamizo con una mujer de unos cuarenta años, con pinturas aparatosas en los párpados y los labios, un sujetador muy prieto, un vientre flácido y una tela roja que mal cubría unos glúteos generosos. Al entrar adentro, la mujer, sin ni siquiera hablar, empezó a quitarse el sujetador.

-*Udade wami* (hermana mía) : no te lo quites...

-Te va a costar cincuenta dólares de Zimbabue de todas las formas.

-Te daré el doble, necesito hablar contigo.

-¿Perverso? ¿Deprimido?

-No, preocupado... me llamo Haka, ¿tu?

-Maggy.

-Maggy, ¿tienes hijos?

-Si, dos. Si no tuviera que alimentarlos, no estaba aquí.

Maggy empezó a sincerarse, a mostrar alguna debilidad y sensibilidad, resquebrajándose su rol y disfraz de vendedora de su cuerpo.

-Te voy a contar una historia. Luego te voy a pedir tu ayuda. Puedes quedarte callada o decirme lo que piensas. No te juzgaré. No te presionaré. Sólo te pido que escuches mi historia.

-Adelante, Haka. Es un descanso. Paso horas y horas esperando ahí fuera, y tengo unos cinco clientes al día, la mayor parte agresivos o de trato despreciativo, algunos ni pagan. Todo para malvivir y apenas darle a mi hija uniforme y gastos de la escuela para que no siga mi camino.

Haka notó que Maggy era ahora ella misma y sintió una profunda ternura.

-Antes de contarte mi historia: ¿utilizas preservativos en tus relaciones?

-Aunque quisiera, los clientes no quieren. Una vez uno, al proponérselo, estaba tan borracho y agresivo, que me lo hizo tragar.

-Te ayudaré si quieres salir de esto. Ahora quiero que escuches esto : Durante los últimos dos años han ido desapareciendo muchos niños de Matabeleland. Todos eran huérfanos del SIDA y eran recogidos por unos sudafricanos que engañaban a los ancianos abuelos o les cogían a la fuerza si estaban solos. Lo hacían diciéndoles que les llevarían a escuelas, y además les daban dinero a los abuelos, quienes, en su desesperada supervivencia, aceptaban y se

dejaban convencer de que estarían en mejor situación estudiando en Egoli.

-Es terrible. ¡Dios sabe lo que habrá sido de ellos...!

-Maggy : mira estos dibujos : son los secuestradores. Venían en un Datsun 1200 como el de esta foto. Calculo que han tenido que hacer al menos veinte viajes en estos dos años. Estoy seguro que paraban aquí y algunos buscaban placer con vosotras. Te voy a enseñar las fotos de los niños, que seguramente dejaban encerrados en el coche o en algunas casas.

Maggy se quedó pensativa viendo la foto de Buhleve Nkosi.

-No sé nada. Puedes irte. No necesitas pagarme.

-Te entiendo, Maggy.

Haka dejó cien dólares y le dio un beso en la frente. Sabía que ocurriría lo mismo con las demás. Era ya tarde y se fue a caminar. Necesitaba pensar. La información en la aduana era esencial pero si los policías sobornados se enteraban, quizás no duraría mucho.

Por la mañana cruzó la aduana. Sabía que de cada coche anotaban la matrícula, los ocupantes y hacia donde se dirigía. Habló con los policías mientras registraban el coche. Aunque la Makarov estaba bien escondida en un espacio oculto y soldado por arriba, sólo accesible desde los bajos y aún así difícil de encontrar, sabía que corría riesgo. Se hizo pasar por sacerdote. Patxi le había dejado un alzacuellos y una cadena de cuerda con una cruz de madera. Le había dicho también que lo llevase con respeto y pensara en Jesús.

Hizo como si padeciese de un leve temblor y cojera. Prefirió hablar en inglés pues el *ndebele* levantaría sospechas y animosidad entre los policías, casi todos Shonas.

-Buenos días, hijo. Como estáis. Dios bendiga vuestro trabajo cuidando de la seguridad de vuestros hermanos.

-Gracias Padre. ¿A dónde se dirige?

-Voy a Pretoria a una reunión de sacerdotes.

-¿Va sólo? ¿Donde ha dejado a su chófer? Tenga cuidado Padre. Los criminales no respetan a nadie.

-Mi chófer enfermo de fiebres el día anterior y no pude sustituirle. Descuida hijo, estoy acostumbrado.

-Necesito preguntarte algo: Unos hermanos de un feligrés de nuestra parroquia vinieron a verle hace un mes. Viven en Soweto pero tienen una granja en Thohoyamndou. Necesito darles una carta urgente pues su madre ha enfermado gravemente. Sería un desvío de un día entero el ir hacia el este y no encontrarles.

Aún si este policía era uno de los sobornados, dudaba que se hubiera corrido la voz de sus pesquisas. Calculó una en cien las posibilidades de ser descubierto. Pensó en las otras noventa y nueve.

-Pase conmigo padre, Podemos mirarlo en el registro.

-Dios te bendiga, hijo.

Cuando entraron, el policía sacó unos cuadernos con listas anotadas a mano, buscó los del mes anterior. En ese momento empezaron a pitar fuera, pues había una larga fila de coches esperando.

-Descuida hijo, yo lo busco y te lo digo cuando lo encuentre.

Hizo su cojera y temblor más patente, se sentó en la mesa a revisar el cuaderno exagerando la dificultad en pasar las hojas y en leer las matrículas anotadas, mientras el policía salía a atender a los coches que esperaban. Tenía unos cinco minutos para revisar el máximo de fechas, nombres y destinos.

-Encontró en los tres anteriores meses, cuatro entradas de la matrícula BKR 487 L. Memorizó las fechas (6 de septiembre, 22 de septiembre, 10 de octubre y 3 de noviembre), los destinos (siempre Johannesburgo), las personas: Jason Mathebula, Joseph Mabuza. Bheki Shabangu y Dumisani Sibañoni. Los niños siempre tenían los mismos seis nombres Ayize Nkosi, Dingane Dlamini, Nathi Mhaule, Pilane Kaleni. Sizho Hlanganani y Zamilé Silongo. Hizo rápidamente una regla nemotécnica con los nombres y apellidos de los adultos: "*Jajo Bhedu y Mama Shasi*".

Entró el policía y el Padre se hizo el torpe.

-Nada, hijo, no veo nada... ¿No podíais escribir más claro?

-Déjeme Padre: ¿qué día fue?

-Creo que salieron de Hwangué el tres de noviembre muy pronto.

El policía miró de forma rápida y mostrando su destreza. A ver: ¡Aquí está! La misma matrícula, Padre. ¡Se dirigían a Johannesburgo!

-Gracias hijo. Me has ahorrado un día de desvío. Dios te bendiga.

-Vaya con cuidado, Padre.

Salió cojeando y mostrando su temblor y se metió en el coche sin parar de memorizar los nombres. Ya en tierra Sudafricana, paró en el arcén y anotó los nombres deletreándolos de atrás adelante. De los niños sólo recordaba algunos nombres de pila: Ayize, Dingane Nathi y Sizho. En cualquier caso, no eran sus nombres, sólo los de los pasaportes falsos que utilizaban una y otra vez para pasar a todos. ¿Cómo eran tan ciegas las autoridades que permitían anotar tantas veces los mismos nombres?

Al otro lado de la frontera paró en Messina. Debía planificar bien los siguientes pasos. Miró a la foto de Buhleve, lo hacía cada poco, para recibir fuerzas. En ese momento vio que en la puerta del copiloto asomaba un papel que alguien había metido desde fuera. Era una carta dirigida a "Mr. Haka" y con muchas falta de ortografía:

Pregunte y me dijeron que estabas donde Takani. Ten cuidado, esos ombres son peligrosos. Conozco vien a uno de ellos. Es el de la cicatriz

en el párpado. Cuando cruzan la frontera, viene a vuscar me. Me trata al principio con amabilidad y luego se va volviendo violento. Se llama Jason, no se su apellido. Sé que vive en Johannesburgo. Lleva siempre un reloj como de oro y unas gafas de sol muy raras, de marca chanel... Tiene otra marca en el cuerpo: una mancha de color vino en la parte de detrás del cuello. Toman "cookies" (mezcla de cocaína y crack). No te puedo decir más. Ojala puedas rescatar a esos ángeles, y ojala esos demonios desaparezcan de la Tierra... y reza para que yo encuentre como salir de esto. Debes quemar esta carta si la encuentras. Si alguien la ve, mi vida corre peligro. Y no digas nada a la policía, muchos están sovornados. Que Dios te vendiga. Lihambe kuhle.

XXXVII. Dos visiones de la salud, se entrelazan. San José, Lluvias de 1987

Anwele fue trabajando con NoLwasi en formar a mujeres y hombres en todos los pueblos sobre la promoción del preservativo. Crearon imágenes, canciones, obras de teatro y nombres que despejaron el pudor de hablar de las "palabras sucias ". Como la Sutherlandia se fue conociendo en Matabeleland como "la planta de NoLwasi " (la madre del saber), relacionaron aquella planta cuyas hojas ayudaban a disminuir el sufrimiento por la enfermedad, a la forma de sus bulbos rojos, el mensaje de la naturaleza y los *amakhosi* (espíritus), a usar preservativos mientras no se supiera si uno tenía la enfermedad. No hacerlo, era atentar contra la vida de otras personas, siempre inaceptable, y más perverso aun cuando eran las que supuestamente más se amaban.

Anwele consiguió también traer tests del SIDA a Sanzukwi, a San José y a Brunapeg. Empezaron a animar a las personas a hacerse el test y así podrían sentirse más seguras de relaciones sin preservativo cuando no estuvieran infectados, y con él si lo estaban, además de usar las plantas del medicamento. NoLwasi habló con Ñanzeme de tal manera que sólo vendieran las plantas cuando se enseñaba el resultado del test. Con apenas medios, mucho corazón y nobleza, y la unión a los espíritus, a la naturaleza y a las personas, aquel grupo de héroes estaba luchando contra la peor plaga jamás vista en Matabeleland, y aún sin saberlo, la peor que nunca vio la Humanidad.

NoLwasi confiaba al principio en el sabio consejo de los antepasados que le llevaron a conocer la planta, en la alianza de Ñanzeme con Nyangas del país, con Anwele y la forma de evitar su extensión, y con el sentido de vivir

honestamente y con mucho amor, la forma más real y natural de volver a la vida plena. Pero empezó a desconfiar de la planta. Aunque tenía algún efecto, algunos enfermos terminaban por ir, aunque más lentamente, por el inexorable camino de la emancipación hacia apagar sus vidas. Intentó aumentar las dosis, mezclar con otros compuestos, aplicarla a través de laceraciones en la piel. Nada. Seguían usándola, pues ayudaba, pero no curaba. Insistió a Ñanzeme que eso estuviera muy claro cuando distribuían la planta.

Lo más triste fue comprobar que el cariño, abrazos y amor, que daba a los pacientes, mejoraba su ánimo, e incluso las fuerzas y el dolor, pero tampoco conseguía expulsar la enfermedad del cuerpo. Eso lo vio claro en Anwele: al año de estar en Sanzukwi en un grupo de amor y entusiasmo por la vida que nunca antes había conocido, vio que apareció una mancha blanca en la lengua. NoLwasi sabía que era el primer paso de un largo y triste camino. NoLwasi la había dado mucho amor a Anwele, en el sentido psicológico del afecto y la empatía, y en el sentido físico también, con abrazos, caricias y masajes. Tanto, que Anwele había sentido en la choza de NoLwasi alguna vez el deseo de dormir con ella, algo pensado una aberración en la tradición *kalanga* y *ndebele*. Pero no por eso, pues NoLwasi y Anwele eran valientes y por amor se enfrentaban a todos los tabúes, sino porque NoLwasi no sentía la atracción física hasta el extremo de diluir sus cuerpos en el placer íntimo. Además, sentía que tenía una unión, de momento profundamente espiritual, pero con un horizonte de aún más plena y mágica luz, con Patxi.

Cuando NoLwasi vio el primer signo, decidió ir a hablar con Jonay, a quien apreciaba profundamente y respetaba en su cariño a los pacientes y en su compromiso por hacer lo mejor por ellos. Sabía que tampoco la medicina de

los blancos curaba la enfermedad, pero entre los dos podrían, quizás, alargar la esperanza de Anwele, mientras descubrían otras formas.

Jonay recibió a Anwele en su pequeña Iglesia de ladrillo oscuro. Se abrazaron emocionados. NoLwasi la había acompañado y observaba sentada silenciosamente en una silla de la única sala/dormitorio. Observaba con veneración como Jonay, sanador también, pero de otro mundo de ideas y de inspiración, procedía a investigar como la enfermedad se había infiltrado en Anwele. Había un silencio sagrado en aquel rincón de Matabeleland de dos almas volcadas de formas distintas en la sanación hacia una mujer valiente que lideraba la lucha contra la plaga pero nunca vista.

Jonay se sentó en una silla frente a otra en la que estaba sentada Anwele. Sin mesas ni barreras entre medias, así le gustaba. Le empezó a hablar y a preguntar mirando a los ojos, sintiendo con ella. Empatía.

Jonay preguntó por cada detalle de la historia médica de Anwele: tercera hija de padres *ndebeles* de Tsholotsho. Su padre había muerto de tuberculosis y su madre vivía con una moderada hipertensión y artrosis en las rodillas. Nació en 1958 de un parto normal, en su casa, y al parecer con peso normal y sin complicaciones. Su madre le dio el pecho un año, y fue a los cinco meses cuando empezó a darle también otros alimentos, empezando por *sadza* diluida, salsas de cacahuets, papayas, guayabas, mangos, puré de mijo, y poco a poco verduras, alguna vez pollo. Como tantos niños, creció sana y en su tiempo no recibió otra vacunación que la de la tuberculosis, que ponían en campañas masivas de vacunación, aunque fuera casi inútil para prevenir la enfermedad. A los dos años pasó el sarampión, y hasta los cinco años tuvo frecuentes episodios de diarreas y dos veces fiebre, tos y dificultad para

respirar. Durante las estaciones de lluvias tenía fiebres por malaria una o dos veces. Había padecido también tiñas –hongos- en el pelo y en la piel, sarpullido por la sarna, una infección en un brazo, seguramente un impétigo, y había sufrido una vez una grave picadura de un escorpión. Una vez sufrió quemaduras por el fuego de la cocina, y otra vez se intoxicó con sosa que guardaban para lavar. Pero eso era una vida de niña bien afortunada en Matabeleland y casi le sorprendía a Anwele que Jonay preguntara por esos detalles.

Era privilegiada y había ido creciendo y seguía con vida. “*Ngiyapila*”. Un regalo de los espíritus.

Cuando acabó la escuela primaria en la escuela de la misión de Tsholotsho, se quedó en casa trabajando en los campos, con las cabras, con el agua y la leña y cuidando de sus hermanos más pequeños. Su amiga íntima de la primaria, Sibongile, fue a la escuela secundaria en Hwangué. Nunca más la vio. A los diecisiete años tuvo sus primeras relaciones íntimas. Fueron más bien forzadas por un hombre de unos treinta años que la cortejaba. Tras varias veces sintiendo esa presión fue valiente como para rechazarle. Ahí sí que empezó a ser diferente al resto. Era muy selectiva con los hombres, incluso para dar un paseo. Desconfiaba de ellos. A los veinticuatro años conoció a James, un joven que trabajaba en las minas de Hwangué y tenía amigos en Tsholotsho. Parecía un buen hombre y se enamoraron. Mantuvo relaciones con él y fue hablándoles de él a sus padres hasta que entre las familias aceptaron el casamiento.

Construyeron una choza en el *kraal* de los padres de Anwele y empezaron a vivir juntos. James seguía trabajando en la mina de Hwangué y empezaron a

surgir tensiones pues ella descubrió que él mantenía otras relaciones en la mina y apenas traía dinero a casa. Anwele padeció varias infecciones de transmisión sexual que Jonay identificó como chancroide y gonorrea. Nunca las trató por vergüenza. James empezó a venir menos al *kraal*. Finalmente se fue a Egoli y aún supo menos de él. Anwele estaba entonces embarazada. Tuvo muchos vómitos durante el embarazo y la malaria durante las lluvias fue muy severa, llevándole a un estado de confusión. Recibió tratamiento tradicional.

Dio a luz a la pequeña Nothando en el *kraal*, ayudada por una partera tradicional. Le dio también un año el pecho y todas las vacunaciones aconsejadas por el centro de salud construido poco después de la liberación de Zimbabue. Poco después supo de la enfermedad-que-no-se-cura por una amiga que fue consumiéndose y ella cuidó con todo su cariño. Durante una campaña del Consejo de SIDA de Matabeleland, se sintió atraída por la lucha contra la enfermedad y se unió a las actividades, primero en Thsolotsho y luego trasladándose a Mkokoba con su madre, ya viuda y débil, en las oficinas de Bulawayo. Supo entonces, por amigos comunes que James había muerto en Egoli. Cuando empezaron en su organización a disponer de los test para el SIDA como muestras, los primeros en Zimbabue, se hizo el test y resultó positiva. Tras una semana de enorme angustia queriendo morir pronto y dejar de luchar, un día viendo la mirada de ternura de Nothando, decidió luchar el resto de su vida, la que fuera. Poco después conoció a NoLwasi, y el resto de su historia la habían compartido Jonay y NoLwasi.

Jonay entonces comenzó su exploración de los síntomas, fuerzas, su relación con sensibilidad, y como todo ello influía en el ánimo y la energía de Anwele: había ido sintiendo menos fuerzas, menos apetito y menos serenidad por la

noche para dormir. Aun así, seguía activa en sus actividades normales. Era para Jonay un "grado de Karnofsky" nueve, y como todo lo demás, lo fue anotando en un cuidadoso esquema. No había tenido síntomas en sus sentidos de vista, oído, tacto ni gusto. Tampoco había tenido dolores de cabeza ni sentido pérdida de fuerzas en alguna parte concreta del cuerpo. Anwele le confirmó que no sentía problemas al respirar, ni fuertes o irregulares latidos del corazón. Tampoco sentía dolores en ninguna articulación. Sólo sentía una leve molestia en el abdomen, en la parte izquierda superior, pero apenas lo notaba. También había tenido algunos picores, coincidiendo con unas pequeños granos por el cuerpo, pero habían ido aliviándose tanto los picores como las lesiones de la piel. Sus reglas siempre habían sido normales pero últimamente eran más cortas y menos abundantes. Sus ritmos de diuresis y de tránsito intestinal eran normales, salvo alguna aislada deposición diarreica.

En ese momento, Jonay le pidió a Anwele que se tumbara en la cama sólo con su ropa interior y cubierta por una sabana. Jonay se sentó al borde de la cama y comenzó su exploración como si de una ceremonia sagrada se tratara.

Jonay comprobó y anotó un estado normal de conciencia. Vio que estaba algo delgada, se notaban los espacios entre las costillas y se marcaban sus huesos pélvicos y los pómulos de la cara. Luego la pesaría en el dispensario. Tomó con atención su pulso mientras la miraba con ternura. Siempre lo hacía durante un minuto entero. Con su dedo anular aumentaba la presión de la arteria radia a su paso por la parte anterior de la muñeca, el dedo índice evitaba el reflujo y el corazón, "de corazón a corazón", palpaba el ritmo y fuerza del corazón y la circulación. Acostumbrado ya a muchos enfermos y poco tiempo y recursos, sabía identificar sólo tomando el pulso con tres dedos, como era no sólo la frecuencia sino una indicación de la presión, del flujo del

corazón, de la circulación en el cuerpo, el signo de como fluía la vida en el cuerpo. Veía después como la circulación en el lecho de las uñas de Anwele por su presión, retornaba a llenarlas del tono rosado vital cuando dejaba de presionar. Como cuando las olas bañan la orilla.

NoLwasi lo relacionó con como fluía la conexión con los espíritus en el cuerpo.

Mientras pasaba ese primer minuto de contacto táctil y de mirada con el enfermo, Jonay comprobaba también la frecuencia y forma de la respiración, la temperatura en la frente y el cuello, el color de la piel y el brillo de los ojos y tono de las mucosas de la conjuntiva., descendiendo con suavidad y ternura el parpado inferior.

Sentía auténtica veneración por sus pacientes, y sentía como sagrado su permiso para entrometerse en el cuerpo humano y buscar claves para aliviar el sufrimiento. No podía pensar en ninguna otra profesión tan sagrada y a la vez tan maravillosa y mágica. En esta ocasión, aquella ternura con la que investigaba el cuerpo de sus pacientes y en la que sentía muchas más sensaciones que las puramente físicas se expandía por el profundo respeto a la valentía de Anwele, y a la mágica e inefable grandeza del espíritu de NoLwasi, quien observaba en silencio casi místico, aquella forma de ayudar en la enfermedad, tan diferente a la suya. Pero tan igual.

Jonay acercó levemente su rostro al aliento de Anwele para sentir también los diferentes alientos que indicaban diferentes metabolismos y enfermedades. Había tanto que la simple vista, tacto, oído y olfato ya decían de un enfermo.

Sus primeras conclusiones fueron que Anwele tenía un metabolismo

acelerado: una leve elevación de la temperatura, su piel transpiraba levemente, su circulación estaba acelerada, con un pulso de noventa y tres latidos por minuto, débil y "filiforme": si lo dibujara en una gráfica, subía y bajaba brusca y levemente, como una leve valla, en lugar de un sólido montículo, haciendo que rellenara los capilares de forma débil y lenta. Tenía un cierto aliento a frutas ácidas, que Jonay relacionó con un metabolismo de sus células con bajo oxígeno, notó también un leve, imperceptible para la mayoría, tono amarillento-rojizo en las mucosas que rodeaban los ojos, signo de que se estaban destruyendo de forma más acelerada de lo normal, los glóbulos rojos. Notó un tono vidrioso en sus ojos, de una hidratación tórpida. Frágil. También notó que las uñas tenían unas finas líneas rojas y otros signos de fragilidad típicos de la falta de hierro. El pelo era también menos flexible de lo normal y las pestañas habían crecido en número y longitud, curvándose un poco, dando un aspecto de una belleza especial, frágil, trémula que Jonay observaba en los pacientes que iban desarrollando el SIDA. La especial ternura que sentía en general por sus pacientes, era mayor por los que padecían aquella terrible enfermedad. La belleza especial que en su fragilidad percibía aún aumentaba ese sentimiento de ternura. Nada era grave y casi todo era imperceptible a los ojos de quienes no estaban acostumbrados y concentrar con tanta atención sus sentidos en el cuerpo, y lo que decía el cuerpo, de otra persona.

Anotó en papel los datos que iba observando en la historia y la exploración.

Observó después con mucho más detenimiento el color de la piel distribuido por el cuerpo y volvió a comprobar ese tono amarillo-rojizo, muy leve sobre todo en las zonas no expuestas, como el abdomen. También percibió un tono leve morado en las partes distales como la nariz, los dedos de manos y pies,

y en las orejas. Confirmaba que el oxígeno llegaba con dificultad a las zonas más lejanas del corazón. Como cuando los ríos se secaban después de la estación de las lluvias. Notó como al pinzar la piel del abdomen se retraía lentamente y los pliegues tardaban dos o tres segundos en desaparecer. La piel y sus tejidos estaban mal hidratados. Como las orillas del Sanzukwi cuando se secaba. No decía nada aunque miraba constantemente a Anwele para "animarla". Darle ánimo, insuflarle el alma. Ella, tan frágil y temerosa en estos momentos, miraba de vez en cuando a NoLwasi, quien atendía cada gesto con devoción. En las miradas que cruzaban había una complicidad, un entendimiento tácito de dos formas tan distintas de entender el cuerpo y el espíritu, pero en el fondo, tan iguales.

Siguió con detenimiento buscando lesiones que Anwele pudiera tener por el cuerpo. Notó unas manchas mínimas en la espalda, rojo-vinosas, planas, que secaban aún más la piel. Al pedirle a Anwele que se diera la vuelta, Jonay reconoció las manchas de un incipiente sarcoma de Kaposi. Miró a NoLwasi, quien sabía bien era el signo que auguraba el principio del sufrimiento. Sus miradas se humedecieron levemente de tristeza. Esperaron un momento a recuperar la "entereza" y Jonay le pidió a Anwele que volviera a ponerse cara-arriba. Jonay observó en algunas zonas unas dilataciones de los capilares en formas de "arañas", que indicaban mal funcionamiento del hígado, que no procesaba bien algunas sustancias, como las hormonas sexuales, y se producían zonas aisladas de dilataciones de los finos capilares. Vio también como en algunas partes del cuerpo, la piel mostraba unos granos muy pequeños, del tamaño de la cabeza de un alfiler, esparcidos, y en algunas zonas concluyendo en grupo. NoLwasi había visto también a menudo esas lesiones, que a menudo mejoraban mucho con su planta. Jonay sabía que eran signo de una inmunidad alterada y aún reaccionando de forma torpe, antes

de que se fuera apagando y dejara abierta la puerta a las infecciones que infiltrarían el cuerpo de Anwele si nada lo remediaba.

Comprobó luego las mucosas observando con la linterna del bueno de Tomás, la boca, faringe, paladar y la lengua. Notó una pequeñas vesículas sobre un fondo rojo alrededor de la boca. El virus del herpes estaba aprovechando la debilidad del cuerpo de Anwele. Con mucha atención fue entonces cuando notó lo que NoLwasi le había contado: una zona blanquecina, como si fuera una capa adherida a la lengua, y en algunas zonas de las amígdalas, que estaban aumentadas, así como en la parte posterior de la faringe. Indicaba que los hongos que habitualmente conviven en armonía en el cuerpo, en este caso los llamados "*cándida albicans*"(blanca brillante), colonizaban un cuerpo que se dejaba invadir. Pensó Jonay que como el amor cuando se vuelve pasivo y deja que nos anule la personalidad.

Comenzó a palpar por lesiones debajo de la piel, con mucha suavidad y sin dejar de unir su mirada con la de Anwele. Notó unos ganglios, del tamaño de garbanzos, blandos, no adheridos, algo dolorosos debajo de la piel del cuello, detrás de las orejas, en las axilas y en las ingles. Algo estaba estimulando la inmunidad, entorpecida por el virus. Mientras siguió explorando, fue pensando en las posibles causas.

Comenzó a adentrarse en el funcionamiento del sistema nervioso de Anwele: conociendo ya su estado de conciencia y de orientación le pidió que mirase fijamente al dedo índice de Jonay, que fue llevando de derecha a izquierda. Notó que su ojo derecho no seguía completamente ese movimiento y se paraba cuando se aproximaba la pupila hacia su nariz. Algo estaba afectando al nervio que movía el ojo izquierdo hacia el interior. Sabía su recorrido por el

cerebro y algo estaba presionando o inflamado la base para que eso ocurriera. Notó después que cuando Jonay flexionaba poco a poco el cuello de Anwele, el sentía una cierta rigidez, y Anwele cierto dolor. Comprobó con cierto alivio que la fuerza y la sensibilidad de sus brazos, de sus piernas, de los músculos faciales, parecía simétrica y conservada. Pero al hacerle los reflejos, vio que sus músculos reaccionaban de forma más intensa que lo habitual.

Aunque normalmente esperaba a hacerlo al final, quiso en aquel momento mirar la retina a través del "fondoscopio" que había traído a Zimbabue, regalo de Fernando. Observó en el fondo de la retina unas zonas rojo-amarillentas, de un aspecto granulado como la piel de una fresa. Eran signos que aún le confirmaban más su sospecha. Una tuberculosis diseminada por el cuerpo. Anwele estaba mucho más grave de lo que aparentaba. Intentó disimular su preocupación.

Siguió con detenimiento auscultando la respiración y notó que el murmullo del paso del aire por la esponja pulmonar, estaba disminuido, débil, y era algo irregular. Como el pulso, como la circulación y como la hidratación de la piel. Notó también que en una zona del pulmón podía escuchar un ruido que Jonay ya había escuchado algunas veces: era como el ruido de la pisada en la nieve, según decían los libros. Algo que él no había visto ni oído aún en la naturaleza pero que podía imaginar. Las membranas que rodeaban al pulmón, inflamadas, "pegajosas", se unían en la respiración y se despegaban en la espiración rozándose. En esa zona, Anwele sentía algo de dolor al respirar profundo.

Pasó a escuchar con devoción la locomotora del cuerpo, el corazón. Primero observó que la punta del corazón se movía de forma visible y más fuerte que

lo normal en el espacio entre la quinta y sexta costillas, debajo de su pecho izquierdo. Confirmaba el pulso acelerado, luchando con debilidad y torpeza contra la invasión. Al auscultar en aquella zona del vértice del corazón, notó que el primer ruido del corazón estaba aumentado. Las válvulas mitral y pulmonar se cerraban con fuerza pues el ritmo acelerado y su baja hidratación y volumen de la sangre bajaban la presión de las aurículas y se cerraban de forma más fuerte, casi violentas, como disgustadas por la situación, sus válvulas. Además, después de un segundo ruido algo más leve, había un tercero, el llamado "galope auricular". Algo que sonaba como "ken-ta-qui, ken-ta-qui." También pudo oír, aunque mejor cerca del lado derecho del esternón, por donde fluía la aorta, un soplo "pffffff" que aumentaba y disminuía en intensidad de forma simétrica. Jonay lo dibujaba en sus notas, como un rombo. Todo ello apuntaba a la respuesta del corazón a una debilidad generalizada.

Siguió con el abdomen, mientras hablaba de otras cosas con Anwele para distraer su atención y que se relajara. Le preguntó por Nothando, por la vida en Sanzukwi, por los resultados de los primeros test, por como los hombres y mujeres se interesaban por el uso del preservativo. Mientras tanto, fue notando que bajo el borde costal izquierdo, el bazo estaba aumentado de tamaño y le dolía un poco a Anwele si el palpaba con profundidad. El resto estaba normal, incluidos el hígado, los riñones, la exploración ginecológica y las articulaciones.

Cuando había concluido su delicada exploración, le pidió a Anwele que se vistiese y los tres se sentaron en torno a una pequeña mesa de madera que Jonay tenía en su habitación.

-Jonay, ¿qué tengo? No sientas miedo en decírmelo. He visto ya a muchas personas ir padeciendo la enfermedad y sé que me va a tocar antes o después.

NoLwasi observaba y cogía con fuerza la mano de Anwele.

-Lo siento, Anwele. Es cierto que la enfermedad está progresando en ti. Tienes los criterios que la Organización Mundial de la Salud considera como SIDA, y estás en el segundo estado de la evolución. Aún tienes fuerzas, no tienes diarreas, tu cuerpo no está muy afectado. Pero estas débil y tienes algunas infecciones que tenemos que tratar.

-Gracias Jonay, sé que en tus manos y las de NoLwasi -se la apretó mientras lo decía- estoy rodeada de la mayor ternura y del mejor cuidado.

-Tenemos algunos medicamentos para tratarte esas manchas blancas, esas vesículas en los labios, o esos granos por la espalda. Aunque creo que NoLwasi las trata mucho mejor que nosotros, los de las pastillas de colores.

-No creas, Jonay, juntos podemos darle lo mejor. Anwele lleva un tiempo tomado mis hierbas y aunque mejoró al principio, sobre todo de los granos que tanto le picaban. Ha ido perdiendo fuerzas. Dijo NoLwasi.

-Además de esas infecciones no graves y la pérdida de las fuerzas, creo que tienes una infección importante en todo el cuerpo que tenemos que confirmar. Esa es la mala noticia. Pero lo bueno es que si la confirmamos, podemos tratarla y mejorarlas mucho.

-Gracias Jonay. Dime que es lo que debo hacer. Quiero vivir. Quiero ver crecer

a Nothando. Quiero ayudar a mi pueblo a protegerse de este horror.

-Tengo que sacar un poco de líquido de tu espalda, y estudiarlo. Lo saco con una aguja fina, es algo doloroso pero importante que lo hagamos.

-Pues adelante, Jonay.

-Tendrás que quedarte algunos días aquí en San José. Y quizás tengamos que ir a Brunapeg para verte en radiografías, o al menos llevar algunas muestras de sangre o del líquido que te decía. Lo hablare con Ndlovu por radio.

-De acuerdo.

-Yo me quedaré con ella cuidarla, y quiero aprender de ti Jonay. He sentido una veneración espiritual en cómo buscabas formas de ayudar a nuestra hermana.

-Yo deseo aprender de ti, NoLwasi, aun sabiendo que nunca tendré tu fuerza mágica. Pero quiero saber tantas formas que tiene la naturaleza para ayudarnos en nuestra debilidad. Y no depender de pastillas y toda la industria y negocio que las rodea.

Fueron a la sala del dispensario donde Rose les ayudó para hacer una punción lumbar. Jonay extrajo unas veinte gotas de un líquido opalino que confirmaba sus sospechas. La tuberculosis, que en personas con defensas normales afectaba al pulmón, se había diseminado por todo el cuerpo de Anwele, incluidas las meninges, y por eso afectaba al movimiento de su ojo, por eso tenía dolor en el cuello, por eso la fiebre, la debilidad, los ganglios, la forma de latir y respirar.

Guardó aquel líquido para analizarlo con una tinción y su microscopio de MacArthur al final de la jornada, pero Jonay no tenía ninguna duda. Empezaron el tratamiento. Se trataba de unas pastillas de los mismos medicamentos que le contaba Fernando de Sierra Leona, ya obsoletos en los países ricos, pero eran los únicos asequibles para el gobierno de Zimbabue. A los medicamentos orales, se unía una inyección diaria de estreptomicina, que Rose empezó a administrar. En los siguientes días NoLwasi aprendió y lo iba haciendo ella, mientras le trataba las otras molestias e infecciones menores con sus sabios remedios, que Jonay comprobó eran mucho más eficaces que los que él podría dar.

XXXVIII. El agua que limpia el miedo. San José. Lluvias de 1987

NoLwasi pasó una semana en San José. Cuidaba de Anwele con toda ternura. Habían desarrollado una profunda amistad. Aún débil, Anwele dio algunas charlas sobre la importancia del preservativo en el dispensario a grupos de mujeres y de jóvenes. NoLwasi tenía tertulias entrañables con Jonay. Aprendían el uno del otro en sus formas de entender el cuerpo. La relación con lo físico que conocía Jonay, la relación con lo espiritual que sentía NoLwasi. Le ayudó a cultivar un huerto en la misión con Sutherlandia y otras plantas medicinales. Jonay le enseñaba a mirar por el microscopio algunas muestras de sangre. Era ya la estación de lluvias y vieron algunos casos de malaria que Jonay le explicaba con símbolos:

-Estas fiebres las provocan unas pequeñas criaturas con forma de anillo, mira aquí. Ven conmigo.

Fueron a la sala donde un niño tenía fiebres altas y escalofríos. Jonay le explicó

que tenía que hacerle un pequeño pinchazo, como un pequeño arañazo de una espina de acacia, y ver en su sangre la razón de la fiebre para darle el mejor tratamiento. Una vez que el niño y su madre aceptaron, Jonay le pinchó suave pero rápidamente la pulpa de un dedo y dejó que cayesen dos gotas de sangre sobre un pequeño cristal. Lo llevó con NoLwasi a su casa donde revolvió con la misma aguja con la que le había pinchado al niño, haciendo una "papilla" de aquellas gotas de sangre. Hablaron de la vida y las estrellas mientras se secaba la sangre. Luego añadió unas gotas de un líquido morado (tintura de Piensa) con el que, Jonay le explicaba a NoLwasi, podrían ver a aquellos "anillos invasores". Mientras se secaba de nuevo ese líquido que teñía la sangre, Jonay le explicó a NoLwasi:

-Cuando vienen las lluvias, hay unos pequeños huevos que se convierten en larvas. Esos huevos (le enseñó unos que tenía guardados), pueden esperar incluso años a que haya las condiciones necesarias para evolucionar a otra forma de vida.

NoLwasi pensó que esa idea era como las transformaciones a espíritus, y en diferentes dimensiones de la vida de los espíritus. Jonay había recogido algunas larvas de un agua estancada en la misión y varios mosquitos que había guardado en un vaso tapado con tela por la que transpiraba el aire.

-Es así cuando son larvas que crecen en el agua estancada, y después de una semana, se convierten en mosquitos como éstos que ves en el vaso, que también sólo viven una semana.

NoLwasi los miró con suma curiosidad. Tenía nombres y significados para cada una de las plagas de insectos que cada varios días cambiaban durante la

estación de lluvias. Para ella, cada especie tenía una función en la vida. Unos limpiaban los campos, otros las hojas de los árboles, otras se enterraban y mantenían limpia y rica la tierra, otras entraban en los espíritus de las aves para ligarles a la tierra y evitar que volaran por encima de las nubes y se fueran a otros mundos. Aquellos mosquitos eran difíciles de ver, más bien se oían su "zzzzzz". Para NoLwasi y los suyos era la preocupación de un espíritu que les levantaba por la noche para que, al mirar las estrellas, háyasenos soluciones a nuestra falta de armonía.

Puedes ver aquí en uno de ellos que tienen unos palpos, al lado de esas antenas peludas, que sirven para dirigir esa aguja firme y recta en el centro. Los machos sólo toman néctar, una especie de azúcar líquido, de las flores, pero las hembras necesitan hierro. Por eso nos pican, para obtener su sangre. Sin ella, no podrían poner huevos.

-Es curioso, las mujeres también precisan de más fuerza en épocas de embarazo, yo les doy a chupar unas piedras que dan mucha fuerza a su sangre.

Jonay pensó que seguro que esas piedras tenían hierro, costumbre de muchos mamíferos, y pensó en las similitudes en todas las especies animales, incluida la humana.

-Así es que el mosquito hembra, mientras chupa sangre humana para poner sus huevos ingiere parásitos de las personas que tienen los parásitos en la sangre. Ahí se mezclan machos y hembras del parásito, esa mezcla de genes mágica que adapta a las especies a la naturaleza cambiante. Es como el "viaje de novios" del parásito en las "líneas aéreas anofeles", su mosquito aliado. Y

después ponen a sus hijos en una nueva persona donde crecen y se multiplican. Hasta que llega el momento de volver a mezclar sus genes.

-Jonay, me tienes que explicar que son los genes, los viajes de novios. No entiendo bien. Sí que es verdad que mezclarnos durante nuestra vida es parte de nuestro destino, de nuestro camino por la naturaleza de la que venimos y a dónde vamos.

Jonay se dio cuenta que se había dejado llevar hablando en su propia clave de símbolos y conceptos, sin respeto o acercamiento al mundo mágico de NoLwasi. Pensaba que realmente todos los pensamientos ajenos que no entendemos pero en los que intuimos poder son "mágicos". Seguramente lo que pensaba él era mágico para NoLwasi.

-Jonay, no piensas que si los mosquitos realmente necesitan sangre para vivir y reproducirse, y sólo nos quitan una poca y podemos vivir, ¿es bueno darles un poco? Si están en el mundo es porque *Mkhulumkhulu* los quiere en el universo.

-Pensamos que los hombres han vivido desde hace 2 millones de años, unas 25,000 generaciones. Los mosquitos varios cientos de millones de años y el parásito de la malaria varios miles de millones de años, ambos casi perfectos mecanismos de supervivencia de especie, mejorada generación tras generación, millones de veces.

Pensó Jonay que incluso esos conceptos de números tan inmensos serían extraños para NoLwasi.

-Lo que quiero decir, NoLwasi, es que hace mucho antes de que los hombres empezaran su vida en esta Tierra, existían los mosquitos, y aún mucho antes, los "anillos" de la fiebre. En cada mezcla genética aumentamos nuestra capacidad de adaptarnos a la naturaleza y sus cambios. Por eso el hombre sufre más en esta relación con el parásito: aún no nos hemos adaptado bien a convivir con ellos. Nos cuesta unos cinco años de constante convivencia el aprender a convivir con ellos y no sufrir fiebres, dolores, incluso morir en el intento, con nuestras arterias por donde circula nuestra sangre bloqueadas por el parásito. Durante esos cinco años necesitamos ayuda para que la adaptación no nos haga tanto daño.

-Entonces, si evitamos que nos infecten los mosquitos, ¿nunca aprenderemos?

-Sí, pero además, si sólo nos pican cuando hay lluvias porque el resto del año todo está demasiado seco para los mosquitos, entonces nunca aprendemos del todo y siempre sufrimos.

-Es curioso, es como el temor, el miedo.

-¿Qué quieres decir, NoLwasi?

-Por miedo nunca conocemos del todo a los extraños y así nunca acabamos de entenderles y quitarnos ese miedo.

-Si pero imagínate que esos extraños sólo viniesen una vez al año, no entendiésemos su lenguaje, y ellos, sin saber que nos hacen daño, quemasen nuestras casas y nuestros cultivos ¿qué harías?

-Invitarles a que se queden más tiempo.

-Pero eso no es posible, NoLwasi. Nuestros ríos y campos se secan cuando se van las lluvias y nuestro cuerpo, que apenas había empezado a conocer al visitante de la malaria, se olvida en seguida.

-Es difícil, sí. Me pregunto por qué Mkulumkulu nos ha puesto a vivir juntos, si no nos da tiempo para conocernos y "adaptarnos", como tú dices. Nosotros pensamos que las fiebres nos recuerdan, durante la estación de las lluvias, el calor que ha habido y habrá. De debajo de la tierra, con el calor de tantos meses de sequía, sale el mensaje para que no olvidemos el ciclo de la vida, y que tenemos que plantar en las lluvias para recoger después y vivir. ¿Será posible que tengamos ese recuerdo a menudo y de forma suave y así mantengamos a nuestros cuerpos en armonía con la naturaleza?

-Creo que tus pensamientos, NoLwasi, llegan a un plano espiritual y universal que no puedo entender. ¡Pero te respeto tanto! ¡Cuánto deseo aprender de ti! ¡Inspirarme en tu "armonía"!

-Es curioso. Los huevos se esconden en la tierra, aliados con un poco de humedad que se va ocultando debajo de la tierra seca. Mira, ya está seca la tinción: mira por este agujero esos "anillos" de las fiebres.

NoLwasi miró asombrada. Ahora veía que el mensaje de la tierra hacia las fiebres de las lluvias tenía la forma del sol al atardecer.

Había pasado una semana y Anwele, con sus inyecciones diarias, había ido mejorando. Jonay mandó, con unos viajeros, el tubo del líquido que rodeaba

la medula de Anwele, a Ndlovu en Brunapeg para que buscaran allí con técnicas que él no tenía todavía en San José, la bacteria de la tuberculosis. No la encontraron, pero era difícil que se viera así. Anwele había mejorado con el tratamiento y eso era lo importante.

Sin embargo, esa tarde, Anwele notó que las manchas de color rojo habían aumentado, y que empezó a tener la diarrea que tantas veces había visto en los enfermos de SIDA en su última etapa. NoLwasi fue a buscar a Nothando, tal y como le pidió Anwele.

Volvió al día siguiente con la pequeña, pues Jonay dijo que con el tratamiento, Nothando estaba a salvo y no recibiría la infección. Se pasaron gran parte del día abrazadas y acariciándose, haciendo bromas, hablando de la vida. Por la tarde, Nothando fue a jugar con Joseph, construían con alambres y trozos de madera ingeniosos aros y carretas de miniatura.

NoLwasi fue a ver a su amiga. Se sentó en el lado de la cama.

-NoLwasi. Eres la persona más buena que he conocido.

-No digas eso. Todos somos la misma energía. La bondad está en todos nosotros. Unos la expresan con menos miedo que otros. Y otros la perciben más claramente de unos que de otros. Tú eres la persona más valiente que yo he conocido. Y la valentía, es la expresión del amor.

-NoLwasi, tú y yo sabemos que moriré pronto.

-No lo sabemos, Anwele. Puede ser que sí. Tú lo sabes muy bien. Pero entre

Jonay y yo vamos a hacer todo lo posible para que venzas a esta enfermedad. Si alguien merece sobrevivirla eres tú. No sólo tu vida es preciosa, sino que lo es para Nothando pero para mucha gente de Matabeleland también. Todos necesitamos de tu valentía.

Se miraron profundamente. Cogidas de las manos. Sobraban las palabras. La mezcla de amor con temor, de tristeza con esperanza, de aferrarse a la vida o dejarse ir agotada por el dolor y el cansancio.

En ese momento, las lágrimas empezaron a surcar el rostro trémulo de la persona más valiente de Matabeleland.

Instintivamente, sin saber por qué, NoLwasi arrancó una de las cascaras huecas de cacahuete que llevaba en su collar y recogió suavemente las lágrimas de su amiga. Le pidió a Rose un tubo como en el que Jonay había guardado una semana antes el líquido de la espalda de Anwele. Puso las lágrimas en el tubo y lo guardó.

Necesitaba ir a un kopje cercano a hablar con los espíritus. Estaba lejos de su "altar ante el mundo" pero necesitaba otro lugar parecido. Anduvo hacia el oeste durante veinte minutos y encontró una leve elevación de rocas donde también crecían algunas acacias y mopanes. Se subió a ellas y miró al atardecer y las inmensas llanuras hacia el infinito. Necesitaba sentir la voz de los espíritus. Sentir a Masora y Mandla. Les llamó:

-iMandla, Masora, Amakhosi, Obaba, Omama, Umkhulumkhulu.! iNo me dejéis sola! ¿Qué hago para parar tanto sufrimiento?

En ese momento cayeron varias hojas de Mopane. Era la estación en la que, además de las larvas de los mosquitos que le había contado Jonay, crecían otras larvas en formas de gusanos que trepaban por los troncos de mopane y se alimentaban de sus hojas. En unas semanas, los gusanos que sobrevivieran la agresiva caza de los colectores de *amacimbis*, se convertirían en mariposas.

NoLwasi vio una de esas mariposas. La primera de este nuevo ciclo de la vida en Matabeleland. Era majestuosa, y las manchas en sus alas, con dos figuras redondas de un color granate profundo rodeado de blanco, como ojos atentos en la incipiente noche estrellada. Eran el signo que esperaba NoLwasi. Estaban allí con ella. Los espíritus. Con la voz de la sabiduría. Pudo sentir la fuerza de Mandla. Casi olía su aliento y su piel, sentía su calor. Oía sus sabias palabras. Mirando a aquellos dos ojos mágicos en la noche oscura de Matabeleland, dijo :

-Mandla, Umkhulu wami. Dime ¿qué debo hacer?

La mariposa empezó a volar lentamente y NoLwasi la siguió con veneración. Así llegó a una pequeña caída de agua que de la roca fluía hacia un pequeño arroyo nacido de las lluvias. La mariposa se posó encima de la roca, al lado de la caída del agua. En ese momento NoLwasi se fijó que había una cascara de cacahuete al lado de la mariposa. NoLwasi entendió el mensaje: debía lavar con agua limpia el líquido de Anwele. Y esa sería la medicina que la salvaría. No entendía por qué ese era el mensaje. Pero supo que era cierto porque al sonreír a la mariposa de los ojos mágicos, levantó el vuelo y desapareció en el horizonte.

NoLwasi mezcló las lágrimas de Anwele contenidas en el tubo donde las había

guardado, con el agua fresca de ese pequeño arroyo. Hizo un baile de ofrenda a los antepasados mientras agitaba aquella mezcla. De forma intuitiva, vació la mayor parte del frasco, volvió a llenarlo y a agitarlo con fuerza, con rabia, con esperanza, con temor, con amor. Repitió ese proceso hasta diez veces.

Volvió a San José y entró en la sala donde intentaba dormir Anwele.

-Anwele, Udade wami. Confía en mí.

-Confiaré siempre.

NoLwasi cogió una aguja como la que había usado Jonay para ver la sangre del niño con fiebre. Le hizo un pequeño corte a Anwele en la pulpa de un dedo. Esperó a que saliese un poco de sangre. Miró a Anwele por si veía en ella una expresión de temor o desconfianza. Estaba sonriendo, como si hubiera esperado ese acto siempre. NoLwasi sacó el tubo con las "lágrimas limpias", y bañó la sangre y la herida con aquel líquido. Con la "infección" limpia y renovada bajo la guía de los antepasados, de los ojos de Mandla y con las estrellas por testigo.

NoLwasi le dio un abrazo profundo a Anwele.

-*Mandiro. Udade wami* (buenas noches, hermana mía.)

Salió sola a la noche de San José, de aquel mágico lugar de amor y valentía. Al mirar hacia el oeste donde se había puesto el sol, donde le había hablado Mandla, donde había encontrado una nueva esperanza, vio una silueta. Su corazón dio un vuelco y sus ojos se humedecieron. La fuerza era tan

incontrolable que no pudo pensar. Se aproximó hacia aquella silueta que era como su sombra, su propio ser.

El abrazo ya nunca acabaría.

NoLwasi y Patxi, estaban unidos para siempre.

XXXIX. Sería una buena idea... Londres, 1988

Aimsa seguía en su barco en la Marina de Berkeley escribiendo y dando alguna clase sobre el derecho a la salud. Pero su vista estaba en el horizonte. Empezó a escribirse con el amigo de Rob, el misionero de Zimbabue. No tenía mucho que ofrecer con sus manos, pero quería luchar contra la injusticia que dividía al mundo en el SIDA de los ricos y el de los pobres. Y para ello, necesitaba la empatía en el lugar más afectado por la epidemia. Según sus análisis, el epicentro estaba en un triángulo entre Botsuana, Zimbabue y Sudáfrica.

Mientras su ilusión estaba en volver a la vida que toca, abraza y siente; la que no se disfraza de palabras ni se protege con botones, Aimsa ya era un referente tanto para científicos como activistas del SIDA. Se mantenía también en contacto con Marc, quien había mejorado con zidovudina y quien con sus contactos en la industria farmacéutica, le informaba de todos los posibles avances, lucro de las compañías y la perversión de luchas para blindar patentes y seguir viviendo en la insaciable avaricia del capitalismo. Había también escrito artículos que demostraban la perversión de la doctrina católica de condenar el uso del preservativo, la única "vacuna" eficaz para el SIDA, pero que tocaba una parte del cuerpo tabú para esa y otras religiones.

Un grupo de organizaciones en defensa de los derechos del SIDA, le propuso pagar los gastos para ir a una conferencia en Londres, donde se reunían representantes, entre ellos muchos ministros de salud, de casi ciento cincuenta países. Pero Aimsa no aceptó. Ella se pagaría el viaje : necesitaba hablar con libertad, no coartada por quienes tenían el dinero..

Aimsa tomó el avión desde San Francisco hasta Nueva York donde tuvo unas diez horas de tránsito que le permitieron ir a la ciudad y visitar aquel centro de poder del mundo. Visitó la estatua de la Libertad donde sintió la grandeza de la libertad pero como la avaricia, dueña del mercado, la corrompía. Fue luego al *Empire State* donde subió al último piso y vio la ciudad que crecía hacia el cielo. Aunque sentía su grandiosidad no entendía ese afán de vivir unos encima de otros. Pensó en los hacinamientos de las ciudades de India donde pasó su infancia reflejando el mismo extraño fenómeno humano de vivir concentrados, lejos de la naturaleza. Pasó por el edificio de las Naciones Unidas y pensó en el valor de aquella idea que surgió al otro lado de donde su barco reposaba en la Marina de Berkeley, cuando en 1945, con el dolor de la guerra todavía en las entrañas, cuajó la idea de un mundo unido. "Pero que lejos estaban de ello". Pensó que ella tenía cosas que decir allí dentro y quizás llegara un día su momento. Pasó las últimas horas en el Central Park donde había una gran cantidad de gente atendiendo a un concierto de dos músicos quien en ese momento cantaban "*the sounds of silence*". Pensó como el SIDA estaba encadenado al silencio y el temor. Pero a la vez ella sentía una gran veneración por el silencio.

Siguió su viaje a Londres. Viajaba de la capital del poder imperial del mundo actual, a la que lo fuera cuando su madre crecía en su India natal. Había leído los libros y biografía de Gandhi en que mencionaba a aquella ciudad, centro del dominio de medio mundo en los dos siglos anteriores. Aquellas descripciones se mezclaban en su diario de experimentos con la verdad, su principio de "Aimsa", la no violencia, y las historias que le contaba Sri de su tiempo con aquel gran hombre en el Ashram. Llegó a Londres por la mañana de un domingo de marzo. Dejó la maleta en el hotel, cercano a Russel Square, se lavó la cara y fue a pasear. Dio una vuelta a la plaza en nombre de aquel

filósofo al que tanto había leído y admirado, Bertrand Russel, y su conquista de la felicidad. Fue luego hacia el Museo Británico. Le impresionó el arte milenario faraónico, aunque sintió tristeza del expolio imperial que reflejaba aquel museo. Pasó por delante de la mítica Escuela de Medicina Tropical, donde estudiaban los científicos líderes en el conocimiento de la salud en África y otras regiones tropicales. Siguió hacia *Tottenham Court road* y bajo la bulliciosa calle hasta que llegó a *Trafalgar Square* y la gran columna de Nelson. En frente de la Embajada de Sudáfrica había un grupo que llevaba ya diez años, día y noche, manifestándose contra el apartheid y pidiendo la liberación de Nelson Mandela, otro gran hombre a quien admiraba. Entró en la cripta de *Saint Martin in the Fields* y se concentró en meditar, viendo a su alrededor un caleidoscopio de culturas e idiomas, visitando o transitando en aquella mítica ciudad. Bajó hacia el parque de Saint James donde paseó y fue viendo a lo lejos el gran palacio de Buckingham. Como con las catedrales y palacios megalómanos, sintió pena más que admiración, y le dio lástima ver a aquellos soldados inmóviles haciendo guardia. Inmóviles y protegiendo al poder. Cuerpo y alma paralizados por el absurdo. Siguió caminando hacia Green Park y acabó llegando a *Hyde Park corner*, entrando en aquel magnifico parque, parecido al que había visto el día anterior en Nueva York. Grandes praderas, árboles plátanos, robles, laureles de su tierra, la India, de hasta cincuenta metros, eso sí que era a sus ojos monumental, venerable.

Fue llegando hacia una esquina del parque en la que notó un bullicio de gentes. Según se fue acercando fue notando que la gente se arremolinaba en torno a algunas personas quienes, subidas en cajas de madera o de plástico, estaban hablando de diferentes temas. Preguntó a qué se debía aquello y unos paseantes le explicaron que aquel rincón se llamaba "Speakers' Corner" y tradicionalmente los domingos por la mañana se llenaban de personas que

hablaban de diferentes temas y muchos más curiosos que les escuchaban. Una ley británica estipulaba que si uno no tocaba suelo inglés (y en este caso las cajas les aislaban), podrían hablar de cualquier cosa, incluso criticando a la Monarquía. Se acercó al primero y vio que hablaba con vehemencia de la salvación a través de la fe en Jesús. ¿Quién podía, en su sano juicio, pensar en un Dios, Creador del inmenso y maravilloso universo, y que hubiese sido tan imperfecto e injusto para mostrar una palabra de verdad sólo a una parte de la Humanidad y durante un corto periodo de tiempo? Quien creyese eso, no podía tener un corazón justo, no podía sentir el amor a toda la Humanidad y a la vez aceptar ese "privilegio" de verdad "selectiva". Además, ella había intentado leer el antiguo testamento y a las cien páginas pensó que el autor de aquello debería estar cuestionado por falsedad. Tantas historias imposibles. Intentó debatir esas incongruencias con aquel hombre, ante el asombro de los viandantes, pero era imposible seguir un mínimo razonamiento lógico.

Después se acercó a otro que, en el extremo opuesto del pensamiento, decía que no había ningún Ser supremo y que seríamos pronto sustituidos por otra especie, y que parecía que la especie que nos haría desaparecer y tendría supremacía en nuestro diminuto planeta dentro del gran universo, sería el virus del SIDA. Aimsa, sin miedo a decir su opinión, le contestó que el virus del SIDA no podía vivir sin nuestras células y genes, y que lo natural sería una adaptación mutua, pero que esa simbiosis, podría tardar cien años y cobrarse, durante el periodo actual de relación de daño, otros cien millones de vidas. La gente empezó a preguntarle cuestiones a Aimsa, al ver que sabía con tanto detalle la historia del SIDA, y también comprobar su gran inteligencia en tantos temas.

El hombre aquel también lo pensó y le cedió la caja de madera. Aimsa

comenzó a hablar del SIDA a la gente que se fue acorralando a su alrededor, incluyendo los que más por curiosidad que por interés, rodeaban al fanático cristiano. Explicó los posibles orígenes de la epidemia, el estrago que causaba ya en docenas de miles de personas enfermas, pero la gran epidemia silenciosa de millones de personas infectadas e infectantes, sin saberlo. Habló de la responsabilidad ética de usar el preservativo, de hacerse el test y de acceder pronto al tratamiento. Habló del negocio inhumano de las compañías farmacéuticas, con beneficios de cientos de millones de dólares, mientras había miles de personas muriendo sin acceso al tratamiento.

Cuando le preguntaron sobre la existencia de Dios, habló del universo, de la materia y la energía, el tiempo y el espacio, las ideas que hacía tiempo había dicho en aquel Ashram al borde del Himalaya. Explicó las teorías de Einstein y la incertidumbre cuántica. Acabó diciendo que somos una energía compartida, y en esa naturaleza amamos, soñamos, nos sentimos infinitos y eternos, de alguna manera, porque así lo somos. Y la materia y el límite temporal y espacial de nuestra consciencia es un estado pasajero de atrapamiento, de descanso, de la energía que fluye y de la que somos parte. Hablaba con tanta delicadeza, sencillez y humildad, y a la vez con tanta sabiduría, que se fueron juntando unas doscientas personas que la escuchaban en un silencio de veneración.

Después siguió andando por estrechas calles paralelas a Oxford, y llegó a Piccadilly viendo a Cupido apuntar con su flecha y sintiendo deseos de pronto ser atravesada por ese sentimiento, que aún no había tenido en su vida. Cruzó el Soho y llegó a Covent Garden, donde músicos callejeros, actores, cómicos daban color y vida a una ciudad que, por lo general estaba plagada de gentes "que-no-cruzaban-miradas". Gentes que sentía, eran huérfanos de abrazos,

náufragos de caricias. Ella de alguna manera también lo era, y su deseo de compartir latía a flor de piel.

Siguió paseando por calles y plazas con enormes robles y los blancos edificios de estilo Victoriano, aún con el sabor y majestuosidad de una ciudad que se supo durante dos siglos el centro del mundo. Le asombraba, como le ocurrió también en Nueva York y en San Francisco, el paso rápido de la gente, las miradas perdidas y las expresiones frías, como el clima. Pensó en la magia y el regalo de mirar las estrellas: aquellos fotones viajando millones de años para que los acogiéramos en nuestro cuerpo y alma. Esa energía de la que somos parte. Y pensó también en la energía de dos miradas que se cruzan aún en segundos de afecto y ternura. ¡Cuántas oportunidades perdidas por ir mirando a la acera o al infinito! ¡Cuántas sonrisas perdidas en el saco oscuro del tiempo ausente del amor!

Mientras iba caminando con esos pensamientos, cuál fue su sorpresa que se encontró en el centro de la plaza de Tavistock con una estatua de su mayor inspiración, Mahatma Gandhi. Fue tal la impresión, que al verlo, en el medio de aquella solitaria plaza de un lunes por la noche de marzo, no pudo dar un paso más. Se quedó mirando su sereno y casi sonriente-sin-sonreír rostro, del cual sintió una gran vibración de paz. Luego se sentó frente a él, en un banco, y le estuvo mirando un buen rato para después simplemente cerrar los ojos y "sentir con él".

Pensaba con dulce serenidad como aquel indio mítico y aquella intocable medida en el mundo ahora de las palabras entre los países se vean por fin "frente a frente" en el medio de una plaza solitaria de Londres. Y pensó con una sonrisa su respuesta cuando un periodista le preguntó al volver a aquel

país:

-¿Qué piensa de la civilización occidental?

Y él respondió:

-Pienso que sería una buena idea.

Aimsa pensaba en sus meditaciones que tenía que tratar con más amor y con humor, a sus oponentes, en los debates sobre los derechos del SIDA. Pero a menudo le podía la rabia cuando comparaba las relaciones de opulencia con el dolor, la avaricia con la destitución.

Había conocido por Rob una red llamada "couch-surfing" por la que se compartían cuartos, camas, sofás o incluso un rincón donde acostarse. Así ofrecería su barco y viajaría siempre compartiendo, no consumiendo. En Londres se quedó en casa de un enmarcador de cuadros llamado David.

Comenzó la gigantesca reunión, con unos ochocientos participantes de todo el mundo. Aimsa pensó en cuantos tratamientos podrían comprarse con el gasto de la conferencia. Se recuperó pensando que intentaría contribuir sin miedo en aquella reunión, quizás influyendo en algunos ministros, para bien de tanta gente que sabía estaba sufriendo la terrible plaga. Estaba sobre todo interesada en conocer la situación en África y entender cómo podría ella, desde su pasión, ayudar a aliviar tan enorme sufrimiento.

La reunión duro cuatro días y hablaron docenas de conferenciantes de todo el mundo.

La inauguración por la princesa Diana fue muy controvertida. Aimsa detestaba

esas realidades rodeadas de lujo y pretendiendo ser almas generosas, cuando vivían en la opulencia que se basaba en la injusticia. ¿Cómo tanta hipocresía podía ser tolerada y hasta aplaudida y venerada por millones de personas inteligentes e informadas? En su discurso, alguien le escribió en el texto que leyó, la tragedia de las “víctimas inocentes”, implicando que podría pensarse también en víctimas “culpables”. Recordó su polémica con el senador republicano en Berkeley, al principio de la epidemia.

“El cirujano general”, equivalente a ministro de la salud americano, habló de la cuestión controvertida sobre la que Aimsa había escrito varios artículos: la responsabilidad de hacerse el test y actuar en consecuencia. El debate entre la confidencialidad individual y la salud pública. Defendió la libertad individual, informada y responsable. Aimsa conocía bien la campaña que había dirigido de información a cada hogar americano y aunque estaba de acuerdo en que se hablase sin tapujos del sexo y los riesgos, desde las escuelas a la televisión y los hogares, pensaba que lo había hecho de una forma no respetuosa con los gays, y estigmatizándoles aún más. Por otro lado, sentía que debía hacerle una pregunta en público, y cuando tuvo ocasión así lo hizo, frente a unos quinientos asistentes a la conferencia.

-Dr. Koop, me llamo Aimsa y soy investigadora de ciencias políticas y derecho internacional en la Universidad de Berkeley. Quisiera preguntarle ¿por qué usted ha permitido que unas compañías se enriquezcan escandalosamente manteniendo los precios del tratamiento del SIDA, priorizando los beneficios a la vida de millones de personas en el mundo?

El Dr. Koop, detrás de su barba tipo colonial, se irguió en desagrado y frunció el ceño hacia aquella joven india que le hablaba desde las últimas filas. Sus

asistentes le habían preparado para ese tipo de pregunta, y siguió el guion defensivo:

-Señorita, el gobierno americano reconoce y respeta el derecho de los investigadores y de las empresas para invertir en adelantos de la medicina, y recuperar sus inversiones bajo la protección de patentes. Si desmontásemos ese derecho, ese reconocimiento al esfuerzo, la inversión, el ingenio, destruiríamos la chispa del progreso. Al mismo tiempo, el gobierno americano ayuda a aquellas personas que no pueden pagar esos precios, justos para los esfuerzos de la investigación.

Aimsa ya esperaba ese argumento.

-Entonces, Dr. Koop, ¿usted considera lícito que alguien multiplique por más de cincuenta veces sus inversiones y en ese beneficio mueran millones de personas? ¿Ha pensado en el efecto en África?

Un murmullo llenó la sala y el Dr. Koop cambió su tono y se mostró agresivo:

-Nuestro sistema de libertades no puede permitir que la ciencia sea ahogada por argumentos socialistas que acabarían con nuestro sistema de valores ¿Siguiente pregunta?

Aimsa le hubiese dicho muchas cosas, pero le quitaron bruscamente el micrófono. Al salir de la sala, un hombre alto, con una cabellera larga y blanca y una mirada perspicaz, se acercó a Aimsa y le dijo:

-Soy Timothy Stamps, ministro de salud en Zimbabue. Tiene usted toda la

razón, mientras unas compañías europeas y americanas se enriquecen, miles de personas mueren cada día en África. Le felicito por su valentía.

-Doctor Stamps, gracias por su aprecio. De hecho, estoy en contacto con una misión en su país, y tengo intención de visitarla y ofrecerme para aliviar el sufrimiento. Creo que no se puede permitir este abuso del poder de las empresas mientras la gente muere.

-Si viene, no deje de visitarme, le dejo aquí mi tarjeta.

Aimsa se había informado que este médico galés, el único blanco en el gobierno del dictador Mugabe, había luchado por la liberación de Zimbabue y contra la minoría racista de Rhodesia del Sur, había formado parte del partidos de Mugabe desde cuyas consignas socialistas había ligado la salud a los derechos sociales, incluidos los derechos a la tierra. Tenía cuatro hijos adoptados y alternaba su trabajo de ministro en la capital, con guardias esporádicamente, en hospitales rurales.

Aimsa no confiaba en los políticos, pero necesitaría alianzas.

-Sería bueno poder hablar desde la realidad de un hospital de misión remoto en Matabeleland. Sé que le gusta sentir la realidad de la gente.

El Dr. Stamps sonrió entre adulado y sorprendido, e insistió en que le llamara al llegar a Zimbabue.

Participó en varios coloquios con movimientos de activistas por los derechos del SIDA y buscó al Dr. Mann, quien seguía dirigiendo el Programa Mundial de

SIDA. Le encontró en un descanso entre conferencias conversando con un médico belga que investigaba la enfermedad en África, llamado Peter.

-¿Dr. Mann, se acuerda de mí? Nos vimos en Atlanta hace unos años, y nos hemos escrito algunas cartas. Soy Aimsa, de la universidad de Berkeley, y me dedico al derecho de los afectados por el SIDA.

-Sí que la recuerdo, señorita Aimsa. Y en mi respuesta le pregunté si le interesaría trabajar en la Organización Mundial de la Salud. ¿Le llegaron nuestras estadísticas preliminares del SIDA en África?

-Gracias, Dr. Mann. Me honra su sugerencia. Pero quiero estar cerca de la realidad. Y quiero vivirla donde el sufrimiento es mayor, donde la epidemia es más grave y los recursos menores: en África. Quisiera colaborar a que el acceso a la información, al diagnóstico, a la prevención y al tratamiento sea igual para todas las personas en el mundo.

-Es lo que intentamos, Aimsa. Si va a África, por favor téngame informado de lo que piensa y observa. Estoy en contacto con casi todos los países, intentando facilitar que se creen comités nacionales de SIDA. Es usted una luchadora. La necesitamos en la lucha contra la epidemia.

El Dr. Mann le dio un informe aún no publicado de la epidemia. Ya había casos declarados en 130 países, y sumaban más de ochenta mil, aunque el Dr. Mann le dijo que había muchos casos que morían anónimamente o que los médicos o las instituciones preferían diagnosticar con otras palabras o etiquetas, para evitar enfrentarse al problema de la epidemia. Le dijo que según sus estimaciones había entre cinco y diez millones de personas infectadas ya en

el mundo, la gran mayoría sin saber que lo podrían estar o que lo estaban. Y que de esa forma y con los pocos test y el bajo uso del preservativo, la epidemia estaba explotando en el mundo y la próxima década el mundo vería la plaga más mortal de su historia. El médico belga añadió que en África, esas cifras podían ser muy altas y que la infección se transmitía sobre todo entre hombres y mujeres, y pasaba a los niños.

Aimsa salió triste de la conferencia. Declaraciones, discursos, horas de palabras, de focos, de aplausos, de papeles. Mientras miles de personas sufrían anónimamente en sus casas, los verdaderos héroes del SIDA, los que nunca cogerían un avión, escribirían una palabra, recibirían un aplauso ni se acercaría a un tratamiento. Sintió la imagen de miles de hombres, mujeres y niños sufriendo, y sintió, con rabia y dolor, el profundo deseo de estar cerca de ellos. Al volver a Berkeley, escribiría al Padre Patxi para al menos pasar unos meses acompañando a esas personas y entendiendo mejor su tragedia, sus necesidades y la injusticia.

Esa noche decidió ir con unos conocidos, activistas del SIDA en Nueva York, a un pub irlandés con música celta en vivo e intentar olvidarse sonriendo a la vida y mirando a los ojos de otras personas en la misma vibración de su alma. Incluso probó una cerveza lager, pero le pareció de una amargura nada agradable. No acababa de sentir esa anhelada vibración en dos miradas que se cruzan y entran en mágica armonía. Le empezaba a doler su soledad.

XL. Aliados contra el terror, Sudáfrica, 1988

Haka siguió en su FJ40 hacia Johannesburgo. Pensaba que cuanto más desapercibido pasara, mejor. Cambió su identidad ahora por la de un turista francés. Falsificó un carnet de conducir internacional y puso el nombre de Yves Gotier. Mientras conducía, hizo un esquema mental de la situación:

Ochenta y nueve niñas y cincuenta y nueve niños, entre siete y dieciséis años de edad, en su mayoría huérfanos del SIDA, habían sido abducidos de sus familias, engañados con planes de educación y con cantidades variables de dinero. Cinco secuestradores (S1- S5), de entre 1,70 y 1,90, vestidos con ropa y relojes o gafas de lujo, y conduciendo dos Datsun 1200 modelo de 1978, uno de ellos matrícula BKR 487 L, habían pagado un total de unos 30,000 dólares americanos por todos esos niños y los habían ido llevando a Sudáfrica a lo largo de los dos últimos años, las últimas fechas el 6 de septiembre, 22 de septiembre, 10 de octubre y 3 de noviembre de 1988, al parecer con destino a Johannesburgo. Usaban documentos, posiblemente falsos, bajo los nombres de Jason Mathebula, Joseph Mabuza. Bheki Shabangu y Dumisani Sibañoni. Los pasaportes de los niños eran falsos y los usaban repetidamente para todos ellos. Jason podría ser el jefe de este grupo, usaba un reloj dorado, posiblemente imitación a rolex, tenía una cicatriz en un parpado, se drogaba con cocaína y crack, y parecía tener ya signos de SIDA.

Su hermana Beatriz le había informado de los acuerdos internacionales y las leyes en los países del Sur de África sobre tráfico de niños, sobre trabajo infantil y sobre violencia contra los niños. Aunque los acuerdos internacionales eran claros, en especial en el Pacto Internacional sobre los derechos económicos, sociales y culturales; la legislación nacional era débil y vaga, y su implementación aún más pobre. Beatriz estaba en dialogo con una mujer portuguesa, defensora de los derechos de la infancia en el instituto Inocenti de UNICEF, en Florencia, llamada Marta; que trabajaba

incansablemente preparando una convención internacional sobre los derechos de la infancia unida a protocolos contra el tráfico, la violencia y el abuso de los niños en las guerras. Beatriz y Marta le habían dado a Haka datos sobre organizaciones en defensa de los niños, contactos en ministerios y en la Interpol.

Por otro lado, tenía los contactos del amigo de Patxi en Pretoria, el Padre Kevin, y de la amiga de Helen en Johannesburgo, Kate. Aún necesitaba más datos, y sobre todo alguna manera de no llamar mucho la atención en Soweto, donde NoLwasi había visto hacía ya varios años indicios de un lugar donde retenían a niños *ndebeles*.

Paró en la dirección del Padre Kevin en Pretoria. Patxi le había escrito y Kevin estaba al tanto. Le explicó que se sabía que había prostitución infantil en Sudáfrica y una gran permisividad de la policía. El sexo con niñas menores se unía con horror a la creencia xhosa y zulú de que las relaciones con niñas vírgenes curaban las enfermedades venéreas. Desde que el SIDA había empezado a asolar la zona, esa práctica había aumentado. Kevin conocía ya tres niñas de menos de doce años con SIDA en el barrio que atendía. A esa edad sólo podían tenerlo por abusos sexuales. Había intentado preguntar y denunciar, pero las niñas no decían nada, por miedo y nadie le había apoyado, ni siquiera las familias de esas pobres niñas. Le aconsejó que para pasar desapercibido en Soweto, debería ir acompañado por una persona local e ir con otro tipo de coche y de ropa. Por Soweto no iban los turistas. Le sugirió pasar por misionero.

Kevin valoraba mucho la valentía de Haka. Había hablado de ello con uno de los seminaristas que él apoyaba. Se llamaba John y era originalmente de Soweto. John sospechaba esos horrores y no dudó en ofrecerse para ayudar a Haka. Estaría dos semanas con él acompañándole en su investigación en Soweto. Había hablado también con un párroco local en Soweto llamado Cornelius, quien sabía que sería por una buena causa

viniendo de su amigo Kevin, y no hizo muchas preguntas. Dejarían el FJ40 en Pretoria y llevarían un viejo y pequeño *Morris minor* de un familiar de John.

Haka estaba seguro de que no aprobarían que el llevase su Makarov, pero debía hacerlo. Conocía algo sobre las redes criminales y no podía entrar en su mundo desarmado. Les dijo que debía sacar su equipaje del coche y preparó una mochila con lo esencial, incluida la Makarov en un falso forro de su mochila que frunció por la noche.

John era un hombre de unos 25 años, con una mirada limpia y una expresión de serena determinación. Se podía decir que ese hombre "sabía dónde iba". Había crecido en Soweto. Su madre limpiaba casas en los barrios blancos de Johannesburgo, y su padre era guardia de seguridad de una empresa de bebidas llamada *Appletiser*. El creció callejeando por Soweto, yendo a una escuela en afrikáner, impuesta por el régimen fascista, y en la que apenas consiguió entender la lengua, aprender la historia de Sudáfrica según los blancos, la Biblia y algunas operaciones matemáticas. A los doce años empezó a trabajar cargando cajas en la empresa donde su padre era guardia y en una ocasión uno de los capataces blancos le dio una paliza por robar, sediento, una botella de aquel refresco. Su padre tuvo que reprimirse y no defender a su propio hijo, por no perder el trabajo. Corroído por el odio, la rabia y la vergüenza, su padre se dio a la bebida de cervezas locales en las tabernas de Soweto y empezó a ser violento con la madre de John. Acabó muriendo en una reyerta nocturna. John empezó a vagar por las calles de Soweto hundido en la tristeza. Su madre sólo podía venir un domingo cada dos semanas pues debía cuidar de los niños blancos de la casa donde era criada. John y sus tres hermanos estaban al cuidado de su tía, que alternaba un trabajo vendiendo tabaco de contrabando, con vender su cuerpo por las noches.

Un día John conoció a un sacerdote llamado Padre Cornelius. Era de origen

holandés y era conocido en Soweto por su bondad y ayuda a los más pobres. Anexo a un humilde barracón que hacía las veces de Iglesia los domingos y escuela de adultos durante los días y las noches de la semana, había montado un taller de artesanía para las mujeres y un centro de hacer jersey a punto que mandaban a la fría Holanda. Con ello conseguían ingresos para un comedor para los más pobres, un dispensario y los libros y material de la escuela. También habían comprado un televisor y un video, y ponían películas los viernes, después de misa y charla comunitaria, llenándose el local. La policía apartheid había entrado ya tres veces en el local, golpeando a todos y destrozando todo lo que encontraban, acusándoles de "nido de terroristas del Congreso Nacional Africano".

Inspirado por el Padre Cornelius, John había ido colaborando en la parroquia, desde monaguillo hasta maestro de adultos hasta que pasados dos años desveló su vocación sacerdotal. Cornelius habló con su amigo Kevin, en Pretoria, quien se convirtió en su mentor dentro de la orden redentorista.

Llegaron a la parroquia de Cornelius. Era viernes y comenzaba la misa, la charla comunitaria y la película. A Haka le emocionaron, como en San José, los cantos zulúes en la misa. Comprobó luego que la charla comunitaria comenzaba con el himno Nkosi Sikelele, y casi todos con el puño en alto. Al gritar al final "*Amandla*", Haka sintió una profunda emoción. De joven había luchado contra el franquismo pero poco después la lucha nacionalista se desvirtuó de tal manera que nunca había sentido realmente ser parte de una revolución enteramente justa y noble. La lucha contra el apartheid emocionaba todos los poros de su cuerpo. Pero ahora tenía otra misión. Siguió la reunión comunitaria con la proyección de una película grabada en Matabeleland, "El poder de uno" y en la que reconoció Matopos y lugares de Bulawayo.

Después de la reunión comunitaria, Haka explicó con detalle, la situación a

Cornelius. No quería implicarle, pero necesitaba su consejo, y debía ser honesto en sus intenciones. Tenía que buscar a los secuestradores, el más identificable era el tal Jason Mathebula, su cicatriz en el parpado, el Datsun 1200 de matrícula BKR 487 L y su vínculo con las drogas. Pretendía investigar que había sido de aquella "cárcel de niños *ndebeles*" que NoLwasi le había descrito. El consejo de Cornelius fue que se hiciese pasar por un sacerdote ligado a una organización que ayudaba contra la droga. Él tenía a varios chicos en su grupo de jóvenes, a los que intentaba deshabituarse. John propuso que hablaría con ellos y preguntaría por el tal Ron que NoLwasi había mencionado y el Jason y los otros. Lo debía hacer sin levantar sospechas.

Durante la semana siguiente, Haka se estudió varios libros sobre drogadicción y también el catecismo y unas treinta citas de la Biblia relacionadas con la tentación, con el amor y con el perdón. Kevin introdujo al "padre Jesús" al grupo de jóvenes entre los cuales había varios adictos. Después de la charla de Haka, convincente, John, preguntó a algunos de los chicos si conocían a un tal Jason Mathebula pues una hermana suya -en el amplio sentido africano de "hermana"- le había estado buscando, con noticias de su madre. Era un farol, pero siempre podrían decir que eran simplemente transmisores de otra persona, sin ellos saber que era farsante.

Nadie dijo nada en el grupo. Pero a la hora se acercó uno de los chicos a John y le dijo que él sabía quién era Jason pero que era mejor no acercarse a él. Si averiguaba que estaban intentando desengancharse de la droga, les daría una paliza y les inyectaría una dosis para que volviesen a su "clientela". John le dijo que lo entendía, pero que él podría ir a verle y darle el mensaje de su familia. Incluso quizás podría convencerle de dejar el tráfico de drogas, que tanto daño estaba causando entre los jóvenes de Soweto. El chico le dijo en qué casa estaban y donde vendían la droga, pero le advirtió que si se enteraba que él lo había dicho, no viviría mucho tiempo. John le aseguró que diría que aquella supuesta hermana de Jason, les indico

la dirección.

Haka le dijo a John que era mejor que él fuera sólo. Le costó convencerle. Haka sabía esconderse, espiar y tomar decisiones rápidas. Esperó a la tercera noche, en la que había luna nueva. Se pintó la cara de betún negro, y se puso un jersey con capucha y gafas oscuras. El resto de la indumentaria imitaba un rapero inadaptado. Llevaba su mochila con la linterna, la cámara, la grabadora y, en el fondo oculto y acolchado, la Makarov.

Llegó al lugar donde se suponía que vivía o traficaba Jason. Vio el Datsun de matrícula BKM 487 L aparcado en una entrada de la casa. Comprobó que había luces encendidas. Hizo una foto del coche, con película de alta sensibilidad, para no usar el flash. Necesitaba acercarse sin ser descubierto a la casa. Dio una vuelta a todo el amplio bloque de casas y decidió aproximarse desde un lateral que daba a un descampado. Llegó a la ventana de detrás. Entrevió con sumo cuidado que el Jason de la cicatriz y las gafas *Channel*, vestía sólo un pantalón largo y tenía el torso desnudo, estaba tumbado en un sillón delante de una mesa con botellas de cerveza y papelines con polvo blanco. Notaba que Jason estaba enfermo, delgado, con la piel áspera y clara. Había otros dos hombres en la sala, con gafas oscuras y sentados en otros sillones. Jason les hablaba con actitud demandante. Haka pensó que el ruido de la cámara podía desvelarle. En su lugar, decidió dejar la grabadora en el quicio de la ventana. Las pilas y la cinta durarían una hora. Mientras tanto tenía que hacer guardia en otro lugar más seguro. Salió por el descampado y avanzó a una esquina desde donde podía ver la entrada de la casa.

En ese momento vio que se aproximaba por el otro lado de la calle John. Cuando se acercó, le dijo que no debía haber venido, que se arriesgaba mucho. John le dijo que estaba tan comprometido como Haka a descubrir esa barbarie. Haka le contó el plan de la grabadora y unos pocos minutos después vieron como de la casa salía un hombre con tres niñas de unos

doce a quince años. Haka creyó que una de ellas era Buhleve Nkosi. Se metieron en el Datsun y avanzaron por la calle. John le dijo a Haka que tenía su coche a una cuadra, correría a por el coche e intentaría seguir al Datsun. Haka le dio la cámara y le dijo que él esperaría a recuperar la grabadora y a ver si había algún otro movimiento en la casa. En los restantes cuarenta y cinco minutos sólo vio a dos hombres llamar a la puerta y hablar unos minutos fuera e irse. Seguramente estaban comprando droga. Cuando había pasado una hora, se acercó con mucho sigilo. Esta vez llevaba la Makarov empuñada por si acaso. Pudo coger la grabadora antes de que hiciera el clic del final de la cinta. Salió sigilosamente y dio un gran rodeo para volver caminando una hora en la noche de Soweto, hacia la parroquia de Cornelius.

Cuando llegó, vio que el coche de John estaba allí. Era pasada medianoche. Cornelius y John estaban esperándole con una tenue vela. Llamó a la puerta y Cornelius le abrió:

-Gracias a Dios que estás a salvo.

-Esto sólo ha hecho que empezar, Cornelius. Cuenta John, ¿qué viste?

-Otro coche, un Toyota *Corolla*, llevó a esas niñas a una casa a las afueras de Soweto. Me temo, Haka, que es un prostíbulo, tal y como temíamos. Hice algunas fotos de cuando salieron y entraron en la casa. Siguió de nuevo con cuidado al Datsun, que fue a otra dirección en Soweto donde salieron los hombres y parece que se han quedado allí. Y tú, ¿viste algo más? ¿Recuperaste la grabadora?

-Sólo algunos drogadictos que compraron droga en la puerta. Aquí está la grabadora.

Los tres se dispusieron a escuchar aquella grabación. Durante la hora de

grabación había momentos de silencio, partes de la conversación en inglés y la mayoría en zulú. John y Cornelius le fueron traduciendo, aunque Haka ya entendía bastante por su similitud con el ndebele.

En un lenguaje soez y agresivo, hablaban de sexo, droga y de luchas entre bandas, ajustes de cuentas y dinero que sacaban de la droga. Llegó el momento en que parecía que hablaban de los niños; "*bafana*" y las niñas "*bakasana*". Hablaban de diferentes cosas. De las niñas, estaba claro que las llevaban con una tal Dasy. Jason dijo que las dieran droga para que estuvieran tranquilas y dóciles, así las controlarían mejor. Les dijo a los otros dos hombres que le pidiera a la Dasy quinientos rands por niña cada mes o le reventaría el local. De los niños, el lenguaje era más críptico. Entendieron que Ron lo tenía todo organizado y que iban a recibir mucho dinero de la "Clínica Nuevo Amanecer". Además, allí le darían tratamiento a Jason. No pudo entender cuál podía ser el negocio. No había más información de interés en la cinta. La guardó etiquetándola Soweto-1 y sacó el carrito de la cámara: necesitaban revelarlo cuanto antes.

Haka tenía los puños cerrados de rabia, la mirada roja de terror. A punto de saltársele las lágrimas de espanto dijo:

-Yo no puedo dormir pensando que esas niñas están siendo prostitutas. Tengo que hacer algo. No me importa arriesgar mi vida.

John respondió:

-Tenemos que pensar con cuidado. Ese burdel es sólo uno de los muchos que controla esta mafia. Y quizás esta mafia es sólo un grupo de una red más amplia. Creo que debemos dar el golpe de la forma más inteligente y precisa, y en el momento mejor, aliados con la policía.

-No sé. Si avisamos a la policía, si está untada, quizás den el chivatazo,

desmonten ese lugar y además vengan a por nosotros.

-Hablaemos esta misma noche con Kate, la amiga de Helen, en Johannesburgo. Necesitamos contactos seguros en la prensa y en la policía. ¿John, me acompañas? Cornelius, mejor que tú te mantengas al margen. Haces una labor importante aquí.

-De acuerdo. Mide tuis pasos con inteligencia Haka. Intenta evitar la violencia. Tú también te juegas mucho y tienes una misión importante.

John y Haka salieron hacia Johannesburgo, a la dirección que le había dado Helen de Kate. Eran las dos de la madrugada, la policía apartheid les podía parar en cualquier momento. Era ilegal en la Sudáfrica del apartheid moverse a esa hora. Se vistieron de Padres y dirían que asistían a un feligrés en su extremaunción.

Llegaron a la casa de Kate y la levantaron de la cama, diciéndole a través de la puerta que venían de parte de Helen, en Bulawayo, y era urgente. Kate era una mujer blanca de Sudáfrica, tendría unos cincuenta años, algo de sobrepeso y una mirada de gran ternura.

Haka le explicó lo ocurrido, y le transmitió la urgencia de hacer algo esa noche. Sobre los niños, seguiría la pista de esa clínica.

-Pero Haka, la prostitución infantil y la violencia contra los niños y niñas en este país pasa todos los días, todas las noches. ¿Sabes cuantas violaciones a niñas hay cada noche en este país? Al menos cien. Y nunca se denuncian.

-Lo sé. Pero éstas las conocemos. Hay que hacer algo.

-Te lo aseguro, si se denuncia a la policía, no harán nada mientras se trate de bantúes, como ellos dicen, y menos si son inmigrantes ilegales. Y es más, si das con policía sobornada, darán el soplo y acabarás en un arcén.

Conozco ya varios casos.

Haka se quedó pensativo unos minutos.

-Kate necesito que hagamos un artículo del escándalo del tráfico de niñas, con las fotos y la dirección de uno de los prostíbulos donde acaban. Ese artículo debe llegar a la prensa y a la policía de Sudáfrica. Tenemos que saber contactos claves que no ignorarían el informe. También lo mandaremos a la Interpol, agencias de prensa internacionales, al Instituto Innocenti en Florencia, a la Unión Africana, la Comisión Europea y a las Naciones Unidas. Tenemos contactos en cada lugar. Pero no tenemos ni tiempo ni plena confianza de que se movieran o que lo hicieran sin levantar sospechas o soplos en la red criminal y les perdamos la pista.

Haka, había desarrollado una estrategia y la fue dibujando en un papel. Necesitaban roles para cada uno y un claro calendario:

-Mientras Kate prepara el documento y los contactos que deberían ser alertados si nuestra acción no llega a éxito o nos pasa algo. Debéis saber John, Kate, que corremos un riesgo: estáis a tiempo para manteneros al margen.

-Haka, estamos tan comprometidos como tú y agradecidos por tu fuerza y liderazgo. Dijo Kate.

-Contigo hasta el final. Esto es religión en acción. Valiente e inteligente. Dijo John.

-Bien, amigos. De momento sabemos esto nosotros tres y Cornelius. Además de NoLwasi y Patxi en San José, y Helen en Bulawayo. Ellos deben recibir el informe también, y una carta diaria de nuestra actividad. Esta será tu función, Kate. Guardarás la información con códigos para cada uno de

nuestros nombres. Debes mantener todo confidencial -y asegurarte que nuestro equipo en Matabeleland lo hace- hasta el Plan B o el fin del Plan A.

-Haka, ¿nos explicas los siguientes pasos del Plan A?

-El Plan A depende del apoyo del Congreso Nacional Africano. Tienen ya una información preliminar y de aquí vamos tú, John, y yo al punto de contacto en Soweto. Si así lo aceptan, iremos con ellos a detener a Jason y llevarle a uno de sus refugios. Necesitamos desvelar la trama y dónde están las niñas. Cuando lo sepamos, esperamos contar con la logística del Congreso Nacional para ir simultáneamente a cada lugar y liberar a las niñas. Ir a una antes que a las demás nos desenmascarará y podemos perder la pista.

-¿Y el Plan B?

-Mandamos los informes a la prensa, la policía y los contactos exteriores. Espero que no debamos hacerlo porque creo que eso será más lento que lo que necesitamos.

-Intentemos cuanto antes el Plan A, hay niñas en riesgo cada minuto que pasa. Y no sabemos qué está pasando con los niños.

-John, vamos a Soweto. Ojalá que el contacto del Congreso Nacional nos apoye. Kate, te informaremos a las 12 de la noche por una llamada en la que simplemente diremos, "buenas noches, llegue bien a casa". Si a las tres de la mañana no has recibido noticias, inicias el Plan B.

-Amandla.

John le acompañó a la dirección de contacto del Congreso Nacional Africano. Preguntó por la "cebra roja" y al rato abrieron la puerta y pasaron a un garaje en la parte trasera de una casa. Allí había un hombre de estatura

media, de unos 40 años; pelo y barbas canosos, vestido con un mono azul de mecánico. Haka le dijo que tenían poco tiempo. Durante esa noche se iba a despertar una horrible red de tráfico de niños, y no se fiaban de la policía apartheid. Aquel hombre atendió atónito a la historia de Haka.

-Haka. Llámame Jack. Esto es una horrible historia. Necesitamos hacer algo. Cuenta con la ayuda del Congreso Nacional Africano. Dame cinco minutos, debo activar unas líneas de contactos para ayudarnos, y salir contigo. ¿Tenéis coche?

-Sí. Necesitamos apresar a uno de los líderes, si esta sólo en su casa, y sacarle la información de los centros de secuestro, prostitución y Dios sabe que más. Necesito un refugio donde llevarle mientras desenmascaramos la red.

John les dejó a Haka y a Jack a una cuadra de la casa de Jason y se quedaría a unos cien metros con las luces apagadas, preparado a pasar rápidamente por delante de la casa cuando se abriera la puerta de la casa de Jason. Si en 10 minutos no salía, debería activar el plan B de forma urgente, añadiendo una llamada a la policía.

Jack sugirió y trajo pasamontañas y sudaderas negras con capucha para todos. Vio el Datsun amarillo fuera, se aproximó a la casa y comprobaron por la ventana de atrás que Jason estaba sólo. Llamaron a la puerta con la mano izquierda, y a sugerencia de Haka, Jack dijo en zulú " *Baba, ngiyafuna cookies*" (padre, quiero cookies). Jack le mostró a Haka que iba armado y Haka también había sacado su Makarov cargada del falso forro de la mochila. Al abrir Jason, Haka le empujó dentro de la casa y le apuntó con la pistola. Estaba débil y cayó al suelo. Haka se había preparado muchos años para actos así sin llegar a hacerlo, por pensar que la lucha contra la dictadura franquista había perdido su sentido tras la transición democrática. Ahora tenía los rostros de esas niñas y niños en su mente y sentía toda la fuerza del mundo. Mientras Jack revisaba la casa, Haka le dijo:

-Jason. Sabemos quién eres. Sabemos todos los niños y niñas que has secuestrado en Matabeleland. No muevas un dedo o acabaremos con tu vida, no lo dudes.

Dijo Haka. Jack añadió, en zulú:

-Eres la vergüenza de nuestro pueblo. Mientras muchos arriesgamos la vida por un futuro libre y justo, vosotros os dedicáis, con sobornos a la policía blanca, a quitarles el futuro y la vida a muchos niños.

Jason miraba al suelo y esperaba que sus compinches llegaran y le sacaran de aquella situación. Sólo pensaba en una venganza terrible.

Jack le ató las manos, y le amordazó con cinta americana adhesiva a Jason. Le sentó a la mesa. Sabían que podían venir drogadictos o los otros mafiosos en cualquier momento. Haka entreabrió la puerta y vio que no había nadie fuera, salvo a cien metros a la derecha el Morris minor de John. Le hizo un signo con la linterna. Vio las llaves del Datsun, una libreta, una cartera y una bolsa con cookies, la mezcla de cocaína y crack a la que estaba adicto Jason. Cogió todo y lo metió en su mochila, donde llevaba también su grabadora.

Jack le dijo a Jason:

-Vamos a salir y vas a entrar en un coche. No se te ocurra resistirte o hacer otra cosa porque será lo último que hagas.

Era el momento clave. Habían calculado diez pasos y quince segundos. Mientras se aproximó John con el coche, salieron con Jason cogido del brazo y con Jack apuntándole, debajo de su sudadera, mientras Haka abrió la puerta trasera del coche. Le empujaron adentro con el coche y se sentaron

a cada lado de Jason.

John, quien apenas había enlentecido el paso del coche, aceleró. Condujo fuera de Soweto, unos diez kilómetros. Jack le había dicho la dirección inicial.

Haka fue ganando tiempo y le dijo a Jason:

-Escúchame Jason: tengo toda la información de los niños que habéis secuestrado engañándoles a ellos y a sus familias, aprovechándoos de la tragedia del SIDA. Me vas a decir dónde están esos niños y niñas. Y lo comprobaremos.

Se dirigieron hacia el refugio del Congreso Nacional Africano. A las 12 de la noche, llamaron a Kate:

-Buenas noches. Llegue bien a casa.

El Plan A seguía en marcha.

XLI. La pasión por la salud. Matabeleland 1989

Jonay se sentía muy feliz en San José. Su vocación de cuidar de los enfermos y de prevenir la enfermedad encontraba en las gentes de aquella zona un gran reto. Había ido aprendiendo *ndebele* y se comunicaba todo el tiempo en esa lengua, aumentando su empatía con los pacientes y familias. Había ido organizando la consulta, aprendiendo los protocolos de tratamiento del Ministerio y desarrollando una farmacia bastante completa. Había conseguido fondos de Cáritas Alemania y pudo montar la ecografía abdominal y obstetra, alimentada por una batería de coche. Con otro proyecto fue haciendo un pequeño laboratorio con microscopios de espejo, centrifuga manual, tinciones, algunos tests de serología, incluido el del SIDA, y las técnicas básicas de hematología, parásitos y urea y glucosa. Tenía muchos más planes, en cuanto pudiera llegar la electricidad a San José. Ya sólo quedaban cinco kilómetros, unos cien postes. Había también ido reconstruyendo el quirófano y ya hacía regularmente y con seguridad cirugía menor como quistes, tracciones de huesos, drenar abscesos, biopsias de diferentes tejidos que mandaba a Bulawayo, injertos cutáneos con un dermatomo y curas varias.

Pero sobre todo, se sentía seguro pues podía, aún con tan limitados medios, hacer cesáreas y otras cirugías de urgencias como trépanos para hematomas craneales, tubos de tórax para neumotórax, drenajes pleurales y pericardios en los derrames que ahogaban el corazón o los pulmones, paracentesis para la ascitis, hernias inguinales complicadas, alguna amputación por gangrenas por mordeduras de mambas o accidentes severos. Incluso había hecho alguna vez resecciones de intestino o había quitado el útero, por tumores, perforaciones o infecciones severas. En las salas de ingresados a menudo tenía que montar un pequeño rincón de cuidados intensivos con métodos sencillos como sueros en las venas centrales midiendo la presión venosa del corazón que había aprendido en

Tenerife, oxígeno (tenían una bombona de oxígeno para caos muy graves) y una caja ("*the black box*" –la caja negra-, comenzaron a llamarla los del lugar) con material para intubar y reanimar la respiración y drogas para reanimar el corazón, junto al masaje cardiaco que Jonay había hecho ya media docena de veces, sin éxito. Sentía a veces una gran frustración por no tener los medios que había conocido en la carrera y sabía que podrían salvar vidas que se iban, como la arena fina entre los dedos; entre las gigantescas grietas de un mundo tan desigual. Pero seguía esforzándose a intentar hacer lo mejor, con los medios limitados que tenía. El "manual del cooperante" le guiaba en los pasos de las operaciones, en preparar y administrar anestesias, en hacer tracciones con sacos de arena para las fracturas, en diagnosticar con los pocos medios.

Fue haciendo también algo que aquel manual, guía de médicos internacionalistas como Fernando, aconsejaba: un estudio de la salud de la comunidad: durante un mes, utilizó las mañanas en la consulta para analizar todos los registros de los últimos dos años: de dónde venían los pacientes, con qué tipo de dolencias, que edades, sexo y condiciones. Los partos, unos diez al mes, los pesos de los recién nacidos (que casi ya predecía con su ecógrafo), los tipos de operaciones, etc. Pero lo más importante del estudio del estado de salud era la encuesta de la población.

Quería conocer mejor el censo de la población, pues el último oficial se había hecho hacia cinco años. También quería saber las tasas de natalidad y de mortalidad, pues sospechaba que muchos niños nacían en casa y muchas personas morían en casa sin asistir a su hospital. Quería saber también cómo eran sus formas de vida, sus costumbres, cuanta gente vivía en cada *kraal*, como tenían su acceso al agua y de que se alimentaban y como conservaban y cocinaban sus alimentos. Era importante saber también cómo era el saneamiento, si había letrinas y como eran, que higiene rodeaba a los *kraals*, si había aguas estancadas, mosquitos u otros vectores de enfermedades. Si iban los niños a la escuela, que tipo de trabajo hacían

los hombres y las mujeres. Era esencial saber qué tipo de enfermedades habían tenido y si las habían consultado y tratado y como lo habían hecho. Para ello era imprescindible conocer también como consultaban y utilizaban la medicina tradicional. Debía buscar también que proporción de los niños y mujeres estaban vacunados, cuantos usaban mosquiteras para prevenirse de la malaria y como era su estado de nutrición en general y de algunas vitaminas en particular. Quería también saber cómo era el estado de algunas condiciones asintomáticas como la anemia, los parásitos intestinales o la presencia de malaria o del virus del SIDA en la sangre. Le intrigaba conocer los enfermos que estaban en sus casas, por desconfianza del tratamiento en la misión o por extrema debilidad para moverse, y que podía hacer por ellos. Sospechaba que muchos enfermos, sobre todo aquellos con SIDA, se quedaban en sus casas.

Antes de empezar, pasó dos jornadas enteras conviviendo con una familia y haciendo como de "sombra invisible" a una madre. Quería sentir cómo vivían. Necesitaba esa mínima empatía antes de pensar cómo podría hacer el estudio. Una hermana que visitaba a una paciente en la misión, aceptó tenerle como "distinguido huésped invisible". Se llamaba Thabani ("alegrémonos") y vivía sola con tres niños, su marido venía sólo en navidad desde Egoli. Comprobó que la jornada empezaba hacia las cinco, bien antes del amanecer. Limpiaba la zona alrededor de la casa, sacaba a las cabras y a las gallinas, les daba de comer, ponía agua a hervir, levantaba a los niños, empezaba a moler el maíz en el gran mortero africano, preparaba la sadza con alguna verdura, y ayudaba a los niños a ponerse el uniforme y tener listos sus cuadernos para ir, en ese caso cinco kilómetros sólo, andando y corriendo, descalzos, a la escuela. Luego iba Thabani, con un niño pequeño a la espalda, y embarazada, a los cultivos. Tocaba proteger la siembra tras las lluvias con una onda y una piedra ahuyentando a los pájaros, completar algunas siembras, quitar malas hierbas, y recoger algunas hortalizas. Iba después a por agua, a tres kilómetros, y la traía en una gran calabaza seca sobre la cabeza. Tenía suerte, pues en ese mismo

viaje podía también recoger alguna leña de ramas secas de acacias. Cada poco daba el pecho al bebé. A la vuelta preparaba más comida, otra vez sadza, lavaba la ropa sucia de los niños ahorrando agua al máximo y, ya con sus niños de vuelta, intentaba entender y ayudarles, con, poco éxito, en sus deberes. A la puesta del sol, con la ayuda de su hijo de siete años, traían las cabras al corral, y con su hija de cinco años, volvían a barrer el terreno del *kraal*. Cenaban y la madre contaba algunas historias frente al fuego, de otros tiempos y de sus antepasados, y cantaban juntos alguna canción. Jonay acabó totalmente reventado de cansancio de la jornada. Nunca hubiera sentido el mismo tipo de empatía y de respeto a las mujeres que siempre guardaría, sin aquella intensa jornada.

Le pidió a NoLwasi y a Anwele que le ayudaran a hacer aquel estudio. Anwele había mejorado increíblemente y se había quedado en San José donde organizaba charlas sobre el SIDA, promovía que las parejas se hicieran el test y les daba los mejores consejos. También hacía campañas de promoción del uso del preservativo, con posters, canciones, obras de teatro y charlas, bajo un lema con el que Patxi, para desesperación del obispo, había colaborado: "demuestra tu amor verdadero a tu pareja: usa el preservativo si aún no te has hecho el test".

Hicieron primero un mapa de la zona que cubría la misión de San José: era de unos 80 kilómetros de este a oeste y de unos sesenta kilómetros de norte a sur. Dibujaron los pueblos, las carreteras y caminos, los ríos, los cultivos, los pozos, los postes de la proyectada línea eléctrica. Tendrían que ir completando el mapa cada día.

Sabían que no podían recorrer toda la zona pues calcularon unos cinco mil *kraals* dispersos por la zona, a veces concentrados en torno a cruces de caminos. Jonay calculó, con la ayuda del manual, que para estimar bien la información que precisaba obtener, necesitarían visitar al menos quinientos *kraals*. Eso significaba, si se dividían el trabajo, unos ciento setenta cada

uno, y si conseguían hacer tres cada uno cada tarde, tardarían tres meses si descansaban sábados y domingos. Dividieron los *kraals* en grupos de diez y les dieron números, eligiendo uno al azar de cada grupo. Estudiarían el *kraal* elegido con más detalle y les pedirían que les trajeran la información, al menos demográfica, de los *kraals* vecinos. Era un trabajo intenso, además de seguir cuidando de los enfermos del hospital, de las urgencias. Pero Jonay sabía que era muy importante para diseñar un buen plan de promoción de la salud en las gentes de las zonas, que poco cambiaría por quedarse en el hospital esperando a poner tratamientos.

Anwele y NoLwasi aceptaron ayudarlo con todo el entusiasmo. Jonay les enseñó a palpar el bazo, a tomar la tensión, a medir la nutrición por la circunferencia en el brazo, a guardar muestras de heces y orina, o hacer una gota gruesa para la malaria, además del test del SIDA que les enseñó Anwele. Cada mañana al desayunar planificaban las cuatro horas de la tarde. Luego Jonay pasaba consulta y las salas, Anwele hacía sus actividades del SIDA y NoLwasi atendía a algunas personas ingresadas o en su cuarto, en la casa de Patxi, a su manera tradicional. Patxi y NoLwasi iban desarrollando una unión tan profunda que irradiaba luz a su alrededor.

Por las tardes, iniciaban su gira a los *kraals* en el pick-up de la misión. Alguna vez les acompañaba Patxi. De Haka sabían alguna cosa por las cartas de Helen y su plan contra las mafias del tráfico de niños.

Prepararon encuestas que copiaron por un ciclostil de la misión que utilizaban también para la campaña del SIDA. La encuesta contenía información sobre las personas en el *kraal*, sus relaciones, edades, sexo. También anotaban las defunciones y nacimientos en el último año. Anotaban los cultivos, ganado, las letrinas, las fuentes de agua y las formas de cocinar. Seguían preguntando por el nivel de educación y alfabetización de los mayores y la escolarización de los menores, por los ingresos en dólares de Zimbabue, sus compras, y las necesidades sentidas más

importantes. En cuanto a la enfermedad la encuesta incluía preguntas de que dolencias habían sufrido, a que las atribuían y que hicieron para buscar alivio y cuánto tiempo y dinero les había costado ese cuidado. Exploraban luego el peso y altura de los niños, el grado de nutrición por la circunferencia en el brazo, si tenían signos de bocio o de déficits de vitaminas, exploraban el bazo en los niños y la tensión arterial en los mayores y sacaban muestras en tubos para el laboratorio de orina y heces, en placas de cristal de gotas de sangre y en los kits del diagnóstico del SIDA. Todo era anónimo, por números, a no ser que las personas quisieran saber el resultado, hablar de ello con calma en San José y buscar tratamiento.

Después de cada cuestionario en los *kraals* elegidos al azar, les dejaban una hoja para los datos, sólo de las personas, edades, nacimientos y defunciones, de los *kraals* vecinos. Y entonces, se sentaban a charlar sin preguntas, sólo escuchando como las personas, las familias.; explicaban sus vidas, sus anhelos, sus tristezas o temores, sus ilusiones, sus alegrías. Ante sus tristezas y sus temores, les preguntaban qué es lo que más desearían. Anwele sugirió que en los *kraals* donde hubiese personas enfermas de SIDA, preguntasen por separado a los familiares y al enfermo, pues el temor a la enfermedad podía sesgar las preguntas compartidas.

Jonay había sentido la fuerza de atender a la salud de los más necesitados y con pocos recursos. Ello suponía a veces rabia por injusticia, frustración por necesidad, dudas por soledad, pero sobre todo, una profunda satisfacción por las sonrisas y agradecimiento de aquellas personas humildes, solía decir: "el mejor sueldo del mundo". Pero ahora, con aquellas dos mujeres tan maravillosas en valentía como en conocimiento, sensibilidad, tolerancia a mezclar culturas y conceptos por tener los poros del amor abiertos de par en par por su inefable valentía. Estaba descubriendo la salud primaria, participativa, sensible a las causas, los sentimientos y los anhelos de aquellos con los que Jonay deseaba tanto compartir. No ayudar. Compartir. Pensaba que el que piensa que "ayuda"

establece una jerarquía de capacidades, o del tener o del saber, o de ambas pues el que tiene a menudo impone su saber. y eso minaba no sólo la dignidad de los "ayudados", sino la verdad de un "saber distinto" que sólo se podía enriquecerse compartiendo con humildad para aprender, y de un "tener distinto" que sólo podía enriquecerse compartiendo con responsabilidad para la justicia. Entendió entonces el espíritu de Alma-Ata que Fernando le contó hace años y que le inspiró, aún sin saber la profundidad de su ética y belleza que ahora sentía, a volcar su corazón en aquella profesión que empezó a comprobar iba mucho más allá del Dr. Delgado, pero también de la bata blanca, del fonendo o bisturí, y más allá, mucho más allá del hospital o centro de salud. El "fuerte" del feudalismo médico que Alma-Ata y la justicia y democracia y ,sobre todo, el amor, cuestionaban, y desafiaban a diluirse en la verdadera vocación por la salud. Sin barreras ni jerarquías. Con valentía y ternura.

Después de aquellas fascinantes tardes investigando, volvían a San José donde Rose le esperaba a veces a Jonay con algún caso complicado. Para compensar, empezó a operar y sacar las muelas los fines de semana. Enseñó a Anwele, quien estaba sacando sus exámenes de la escuela de enfermería de Brunapeg con la ayuda de Ndlovu, a ayudarle en las consultas, tratamientos, ecografías, partos y operaciones. Así Rose podía ir con su familia a Bulawayo.

Cuando pasaron aquellos intensos, extenuantes, pero fascinantes tres meses, convocaron a toda la comunidad en la Iglesia de San José. Antes de su marcha tras los secuestradores de niños, Haka había reconstruido el tejado de zinc, con un gran tejado zulú de paja dura seca, y lo había ampliado hacia su exterior con porches apoyados en los troncos que sobraron de la línea eléctrica, ya a sólo treinta troncos.

Vinieron unas mil personas, ancianos, hombres, mujeres, niños, agricultores y mercaderes, maestros, policías y otros oficiales del distrito,

se habilitaron las filas de delante para los enfermos, algunos en sillas de ruedas, otros en hamacas improvisadas, otros en las camas por no poder incorporarse. Ndlovu vino de Brunapeg con Johanna, con diez pacientes que representaban a los demás y con tres mujeres del hogar de mujeres en espera del parto. Se eligieron representantes de jóvenes, de mujeres, de niños, de ancianos, de agricultores, de otros oficios, de personas con SIDA que Anwele ya había animado a que lucharan valientes la lucha. Vino el delegado regional de salud de Bulawayo, el miembro de parlamento del distrito, desde Harare, los *indunas*, jefes locales, y muchos de los Nyangas, que NoLwasi había animado a venir. Vino el Padre Pius, pero el obispo "estaba muy ocupado" preparando la visita del Papa, quien en unos meses vendría a Zimbabue.

Por entonces eran obvias las actividades de Patxi promoviendo el preservativo, hablando de política social, compartiendo con otras religiones, con un registro nulo de bautismos, comuniones o extremaunciones, y de su amor y convivencia con aquella curandera local. El obispo había intentado excomulgarle varias veces, con cartas a Roma, pero el Padre Pius había animado, sin que Patxi lo supiera, cartas de apoyo de todo el distrito a "*Sindisabantu*". El Papa, para asombro del obispo, le había contestado que hablaría personalmente con aquel díscolo sacerdote durante su visita al país.

Comenzó aquel maravilloso foro comunitario con el himno africano Nkosi Sikelele. Aquel canto bajo aquel lugar tan bello en su sencillez natural, y entonado por esas mil almas y sus voces profundas zulúes mmmm mmmm le hizo vibrar de emoción a Jonay. Patxi también estaba emocionado, cogido de la mano de NoLwasi mientras con los ojos cerrados cantaba aquel himno de unidad africana y gratitud al creador. Anwele, con su pequeña Nothando, jugando con Joseph y con Thandiwe, cantaba con fuerza. Después, un gran grupo de niños y niñas de las escuelas a quienes Anwele había animado, cantaron la canción de Philip Latuya, el cantante con SIDA que

valientemente había puesto a Uganda en pie contra el SIDA incluso cuando sus piernas, ya consumidas por la enfermedad, hacían de cada paso una heroicidad. "*Today is me. Tomorrow someone else.*" Los doce *nyangas* venidos del distrito y de otros distritos vecinos, hicieron una danza tan intensa que les llevaba al borde del trance, para invocar el saber y el apoyo de los espíritus, los *amakhozi*.

Patxi sólo hablo unas palabras para decirles que *Mkhulumkhulu* estaba entre ellos, más cerca que nunca, y emocionado de ver a sus hijos unidos ayudándose unos a otros a disfrutar con la mayor alegría posible, con salud, el regalo de la vida. Le pidió a Jonay que les contara a todos que habían encontrado tras hablar con tantas personas durante los últimos meses.

Jonay había ensayado, con la ayuda de Anwele y de NoLwasi, la presentación de aquel estudio, en *ndebele*. Sabía que no podía utilizar números ni porcentajes pues muchos no le entenderían, así que preparó sacos de arroz con diferentes proporciones de llenado, para indicar la magnitud de los problemas. También sabía que no podía utilizar nombres raros de enfermedades sino los síntomas que ocasionaban, incluso con sus significados locales, que Anwele explicaría. Sobre la forma de prevenir aquellos problemas, NoLwasi y Anwele explicarían formas de hacerlo, desde la armonía de las familias y comunidades, hasta las formas de protegerse de daños para la salud y los síntomas que debieran hacerles pensar que era bueno ir a San José o Brunapeg. Anwele explicaría después los resultados más concretos sobre el SIDA. Algunos de los ancianos encuestados también participarían explicando condiciones como los cultivos, el ganado, el agua, la leña, las letrinas, lo que les costaban los uniformes del colegio, los medicamentos, las semillas, útiles de labranza, ropa y el transporte.

-*Omkhulu, Ogogo, Obaba, Omama, Odade, Obudi, Abantwana*. (Abuelos, abuelas, padres, madres, hermanas, hermanos, niños.).

Jonay explicó, de aquellas formas simbólicas, que en aquella parte sureste del distrito de *Bulililamangwe*, "donde lloran los leopardos", vivían unas setenta y dos mil personas : lo explicó repitiendo siete veces el signo de sus dos manos abiertas, como veces de personas como había en la Iglesia en aquel primer foro de salud. De ellas, siguió con sacos, una tercera parte eran niños en edad de escuela o más pequeños, y sólo una décima parte eran ancianos (*mkhlulu, ugogo*). De los adultos, tres de cada cuatro eran mujeres, pues había unos diez mil jóvenes en Egoli. Habían nacido en el último año unos dos mil niños, y habían muerto dos mil cien personas, más de la mitad, personas con la "enfermedad-que-no-se cura", que no debían tener miedo a llamar SIDA, más de tres muertes cada día. La otra mitad de las muertes habían sido niños o ancianos y también habían muerto veinte mujeres durante el embarazo o el parto. Sólo uno de cada siete difuntos había muerto en el hospital de San José o el de Brunapeg, y esa proporción era aún mucho menor para los enfermos de SIDA, y sólo uno de cada cinco partos había sido atendido en San José o en Brunapeg.

Explicó después que uno de cada cinco niños, aún en la estación seca, tenía malaria en la sangre : NoLwasi lo aclaró con el concepto local del "calor de la tierra". Explicó también que tres de cada cuatro niños tenía algún parásito en el intestino que comía parte de la comida, y que la mitad de los niños no estaban bien nutridos o no tenían suficiente "sangre" para poder estar fuerte y activo. NoLwasi también explicó ese concepto en la lógica *ndebele* y *kalanga*. Continuó Jonay explicando que una cuarta parte de los mayores tenían la tensión alta. También lo explicó NoLwasi como la enfermedad de los truenos, pues el dolor de cabeza que en su mayoría en ausencia de tratamiento, semejaba un trueno en sus sienes. Habían averiguado que uno de cada veinte adultos sufría de diabetes, algunos de ellos con síntomas de extrema debilidad parecidos al SIDA. Explicó también otras proporciones como la falta de algunas vitaminas, la proporción de algunas infecciones de la piel, la frecuencia con la que los niños enfermaban del pulmón o tenían diarreas, o la falta de fuerzas en los adultos por "corazones cansados".

NoLwasi explicó lo que habían visto de personas que se sentían tristes, temerosas de la vida o de la opinión de los antepasados, los que dormían mal,, los que se sentían solos, los que necesitaban dar o recibir más amor y los que lloraban sin saber por qué. Explicó también cuántas personas vivían sin armonía con sus padres, con sus parejas, con sus hijos y cuantos miraban las estrellas habitualmente, admiraban el amanecer o el atardecer, cantaban o bailaban en grupo, o contaban o escuchaban historias al caer la noche. Todos esos signos de armonía social, no tan apreciados por la medicina de los blancos, eran esenciales para entender la "magia" de la enfermedad. Jonay sentía que ellos estaban mucho más cerca de entender las verdaderas causas de la enfermedad.

Algunos ancianos explicaron luego cuantos *kraals* cultivaban maíz, mijo, sorgo, chomolia, otras verduras, cuantos *kraals* tenían arboles mangos, papayas o guayabas y cuantos tenían pollos o cabras. Explicaron también cuántos cocinaban con leña dentro del *kraal*, cuantos fuera, no había otros modos. Explicaron a la distancia a la que tenían el agua muchas de las casas, y cuantas tenían letrinas bien cuidadas.

Al final, Anwele explicó que ocurría con el SIDA. Aprovechó para recordar cómo se transmitía y como se prevenía. Después compartió las graves noticias sobre la enfermedad entre ellos: Por los tests que habían hecho, estimaban que una tercera parte de los adultos y uno de cada diez niños, tenía la infección. Esto eran, más de diez mil personas. Diez veces los que estaban en aquella masiva reunión. Hubo un profundo y grave silencio entre todos los que escuchaban, una especie de frío helado recorrió el cuerpo de muchos de ellos.

Fue entonces cuando hizo el siguiente juego: les pidió a todos que cerraran los ojos. Anwele y los jóvenes que le ayudaban en las charlas del SIDA, dieron por detrás una leve palmada en la espalda a uno de cada tres

adultos. Cuando hubieron terminado, les pidió a todos que abrieran los ojos. Les dijo que aquellos que habían recibido la palmada en la espalda, iban a actuar como si estuvieran infectados en el siguiente juego: Los ancianos y los niños se sentarían alrededor, mientras los adultos iban a estar de pie en el centro de aquel gran foro. Pasearían dando círculos y elegirían uno o dos adultos, por atracción mutua, para darse la mano, como si fuera una relación sexual imaginada. Los que estaban supuestamente infectados, darían la mano con el dedo corazón doblado, de tal manera que el que recibiera el saludo notaría aquella relación "infectada".

Entre risas, siguieron el juego. Cuando hubieron terminado, todos se sentaron. Había muchas más mujeres que hombres, por lo que los hombres tuvieron más relaciones diversas. Anwele pidió que levantaran la mano los que, en el juego, empezaron, por la palmada en la espalda, infectados. Unas doscientas personas levantaron la mano. Ya no había tantas risas. Después preguntó cuántos de aquellos se habían infectado otra vez durante el juego: unas sesenta personas lo indicaron así. Luego preguntó cuántos se habían infectado durante el juego, no antes: ciento veinte personas levantaron la mano. Preguntó finalmente, cuantos antes o durante el juego, estaban, imaginariamente infectados: más de trescientas personas levantaron la mano. Las caras ya no eran risueñas. Anwele dijo:

-Esto es sólo un juego. Pero la realidad de nuestro pueblo es así. Sin saberlo, estamos permitiendo que este horrible mal nos quite la vida. Sin saber cómo es nuestro test, que debéis venir a haceros a la misión si realmente amáis a vuestras parejas, sois posibles infectados poniendo en riesgo vuestra vida y la de los demás.

Siguió su descripción de lo que habían encontrado. Unas mil personas tenían ya síntomas de la enfermedad del SIDA. Y de ellos trescientas no se podían levantar de la cama por su extrema debilidad. Sólo uno de cada cinco estaba en los hospitales de Brunapeg o de San José. El resto, agonizaba en sus

casas. A casi todos, les habían puesto en una choza aparte. Y dos de cada tres enfermos graves, tenían continuas diarreas. Anwele dijo que encontró a muchas personas en el mayor sufrimiento imaginable: solas estando sus familiares a varios pasos, sucios y malolientes por las diarreas que ellos no tenían fuerzas para limpiar, ni sus familiares, atenazados por el miedo, voluntad para cuidar. Y con dolores por todos los músculos, la boca seca y dolorosa por las de llagas, tos y falta de fuerza para respirar, dolores en ganglios o lesiones repartidas por el cuerpo y ,sobre todo ,nadie a quien dar la mano en aquellos, terribles y dolorosos últimos pasos por la vida.

Jonay quedó pensativo. Por un lado veía a Anwele, infectada y hacia unos meses casi desahuciada por una tuberculosis diseminada, recuperada y llena de fuerza hablando con tanta claridad y valentía. Por otro lado pensaba en aquellos enfermos que no podía ayudar desde la misión pues en su mayoría o no podían, o preferían no ir. Y sentía casi como propio el dolor de la soledad el "síndrome de la soledad". Se acordó de aquel diagnóstico con Fernando, entre los ancianos de Vallehermoso, en su querida Gomera. Tenía que hacer algo.

Terminaron todos diciendo que con todo lo que sabían, harían un plan para mejorar la salud de todos, y necesitaban ideas de todas las personas, por escrito o hablado a los delegados de cada diez *kraals*, por los maestros de las escuelas o directamente en una caja de cartas de salud que pusieron frente al centro de salud.

Prepararon un plan para mejorar la alimentación, el agua, disminuir los humos en el hogar, mejorar la higiene, detectar a los hipertensos y diabéticos, tratar las malaria y los parásitos, animar a que las embarazadas fueran a los hospitales unos días antes de la fecha de parto, a que los pacientes graves llegaran a tiempo, a que los niños recibieran las vacunas, a que los adultos se hicieran el test del SIDA, mejor por parejas, a que los enfermos recibieran cuidados, en casa o en el hospital. Crearon un comité

de salud con Rose, NoLwasi y varios Nyangas, Anwele y varios valientes seropositivos, con algunos maestros y ancianos, mujeres y hombre, jóvenes, incluso niños de la escuela. Jonay no podía esperar para aliviar el terrible sufrimiento de aquellas personas en soledad, suciedad, dolor y desesperanza. De alguna manera que no entendía, pensaba que tolerar ese sufrimiento perpetuaba la plaga entre el pueblo.

Por la noche ideó que si enseñaban a las familias a limpiar a los enfermos tan débiles de SIDA con agua y jabón y sobre un plástico duro para poder lavarles sin levantarles, eso les mantendrá limpios y sin olor, sin moscas, sin esa profunda indignidad y extremo dolor del abandono en suciedad. Así podrían animar a las familias a cuidar mejor de ellos, a arroparles, a estar a su lado. Seguían los cuidados paliativos que Jonay animaba para la boca seca con sueros y gasas humedecida, analgésicos para el dolor, sedantes para el insomnio o antihistamínicos para los picores, entre otros. Conseguir un kit con el plástico, jabón, y unas instrucciones para mantenerle limpio y seco asegurando que ello no conllevaba ningún riesgo, aliviaría mucho sufrimiento. Hizo un proyecto, para los mil enfermos del distrito con SIDA, y que de nada remediarlo, acabarían sin fuerzas en sus chozas. El proyecto costaba unos diez mil dólares, y los plásticos, una vez limpios y desinfectados en lejía, se podrían reutilizar. Se daba la casualidad de que , un compañero de carrera le había escrito a Jonay diciéndole si podía venir con otro compañero, para sacar muestras de sangre y ver qué tipo de virus afectaba a esas gentes en Matabeleland. Jonay calculó que el billete de los dos y sus gastos, sin contar con las técnicas sofisticadas para diferenciar familias de virus, costaban más de lo que necesitan para su proyecto de cuidados paliativos. Le respondió a aquel médico diciéndole:

Estimado Andrés,

Celebro tu interés por contribuir a luchar contra el dolor que causa esta terrible epidemia aquí en Zimbabue.

Hemos estudiado la situación de necesidades en la zona, que te adjunto en un resumen anexo. Como veras, la agonía de cientos de enfermos es terrible. Necesitamos lo más básico: unos cinco dólares por paciente con síntomas de SIDA en la zona. Con ello conseguiremos mantenerles limpios y acompañados, aumentando su dignidad y su alivio en estos últimos momentos de sus vidas, muy lejos del acceso a ningún tipo de tratamientos en estas tierras de pobreza, olvidadas del mundo.

Por eso te ruego que consideres enviar el dinero que ibais a gastar en vuestros viajes y en estudiar el tipo de virus, pues créeme, ahora esa no es la prioridad. Hay un inmenso sufrimiento y podéis ayudarnos a aliviarlo, aunque no sea alargando las vidas. Ojala eso llegue algún día.

Espero tus noticias,

Jonay

Jonay nunca tuvo respuesta.

XLII. Amores sin prejuicios, Bulawayo, 1989

En aquella noche del agua mágica, Patxi y NoLwasi permanecieron abrazados mucho tiempo bajo la cruz del sur del cielo de Matabaeleland. Se habían abrazado hacía un año en Sanzukwi, y había algo mágico entre ellos. Buscaban las ocasiones para sentir la presencia mutua. NoLwasi se había quedado temporadas en San José, por la enfermedad de Anwele primero y para el estudio de salud y el gran foro de salud de San José después. Joseph y Thandiwe tenían ya seis años, tres más que Nothando, la hija de Anwele. Los tres eran inseparables.

NoLwasi veía en Patxi, Sindisabantu, a un espíritu bondadoso, valiente y sereno. Patxi tenía ya el pelo blanco y lo dejaba caer en media melena, que a veces sujetaba con una cinta en la frente o una coleta. Se había ido dejando barba que salía menos canosa que su cabello plateado. Tenía unos rasgos rectos, sobrios, una mandíbula y dentaduras fuertes, una nariz espigada y curvada de entre vasco y judío, le había dicho un amigo antropólogo. Sus ojos eran, como muchos Beloki, entre marrones claros y verdes, alargados, casi achinados, con una mirada profunda y casi siempre tierna. Los enmarcaban cejas pobladas y un incipiente entrecejo que nunca le molesto. Su frente ya mostraba algunos surcos del tiempo. Tenía cincuenta y ocho años, medía alrededor de uno ochenta, se mantenía fuerte con sus caminatas diarias y saliendo a correr casi todos los atardeceres, con su dieta sencilla de sadza, verduras, fruta y cereales, pero sobre todo con una devoción por la belleza del universo y de las almas humanas que hacían que en su mirada brillase una luz. Como vibraba en el alma de NoLwasi. Ella sentía que estaban unidos más allá del tiempo y el espacio. Patxi no había tenido relaciones íntimas desde su tiempo en el caserío y alguna esporádica y clandestina mientras estaba en el seminario. Muchas veces había sentido atracción por mujeres, pero nunca iban unidas a una atracción del alma, y no llegaron a nada. Su necesidad sexual era imposible de apagar

y en su intimidad a menudo tenía que amarse a sí mismo, encerrado en la absurda celda de su impuesto celibato. Lo había hablado a menudo con compañeros sacerdotes y religiosos, y en su mayoría sentían lo mismo, pero nadie era capaz de confrontar a la jerarquía. Sentía, como en muchas otras dimensiones de la vida sacerdotal, que la castidad era la amputación de una parte esencial del hombre de un canal esencial para amar y vivir, de una energía en caricias y dilución de existencias, cuya condena sentía incompatible con el mensaje de amor de Jesús.

Patxi veía en Siphon, NoLwasi, a la luz más brillante de belleza y valentía que nunca sintió en su vida. NoLwasi tenía 33 años, diecisiete menos que Patxi. Era una mujer preciosa a los ojos de Patxi, pero también para muchas gentes de Matabeleland, donde ya era casi leyenda tanto por sus poderes y su valentía, como por su belleza. NoLwasi tenía un rostro entre místico y dulce, una mirada suave y profunda, una casi imperceptible y constante sonrisa que acariciaba las almas a su alrededor. Su piel era muy oscura y brillante, sus rasgos delicados, su boca era alargada y los labios finos, más zulú que bantú, la nariz no muy achatada, suave, y sus ojos coronaban aquellas finas facciones con la luz de una eternidad. Eran alargados como los de Patxi, como si además de la unión mágica hubieran sido hermanos en otra vida. Sus pestañas eran rizadas y pobladas, enmarcando una mirada profunda de sus iris oscuros como la noche, rodeados de un blanco brillante, como el de su tímida sonrisa. NoLwasi tenía un pelo denso *kalanga*, que solía dejar un poco largo y adivinar bajo el pañuelo, casi siempre blanco, que llevaba anudado en la cabeza. Medía alrededor de uno setenta y tenía una figura esbelta, suave, delicada, y un andar que Patxi espiaba y admiraba en secreto. Se diría que flotaba sobre la tierra, como la sensación que tenía de un alma más en el universo que anclada en la tierra, en la materia, en el espacio o el tiempo. NoLwasi nunca tuvo relaciones con ningún hombre. Tampoco había sentido atracción por ninguno, lo suficientemente fuerte para querer explorar su sexualidad, que, a pesar de ello, latía deseosa de diluirse en el amor.

Aquel abrazo duró una eternidad. Entre los dos habían acumulado noventa años, más de mil lunas, anhelando ese momento. Sus cuerpos se unieron en uno. Sentían cada poro de su cuerpo latir y brillar, derretirse en el calor del alma gemela tanto tiempo anhelada, sus brazos se rodearon con una fuerza y ternura jamás imaginada en sus vidas. Se rodeaban con el calor del amor más valiente y generoso. Y se acariciaban con veneración, explorando los cuerpos tanto tiempo deseados. Notaron que sus latidos eran fuertes y acelerados, y que se fueron acompasando, al igual que su respiración, que sus movimientos, que el tacto de sus mejillas acariciándose en ese mágico momento que resumía toda una vida de amor. Sin hablar, fueron buscando sus miradas, que nubladas de emoción, brillantes de felicidad, se clavaron en lo más profundo de cada alma. En ese lugar tanto tiempo reservado para ese sentimiento, que hablaba de lo eterno. La unión de miradas les arrastró a la unión de sus labios en un beso profundo, cálido, sin temor y sin final.

NoLwasi le llevó de la mano y sin hablar a la fuente de luz y de curación que había conocido ese día con las lágrimas de Anwele. Allí hicieron el amor bajo la luna y las estrellas como testigos, escuchando el brotar del agua de la vida, sintiendo el sonido del viento en las hojas de las acacias y mopanes, embriagados por el olor de sus cuerpos transpirando las emociones más profundas, sintiendo el sabor de sus besos, el latir de sus cuerpos, la dilución de sus existencias en una unión que venía de una eternidad y estaba destinada a unirles en otra.

Patxi y NoLwasi vivían juntos en San José, y no escondían su amor puro. Se volcaban en su generosidad con los demás. Patxi seguía en las tareas de compartir en amor inspirado en Jesús con todos, en ayudar a los más necesitados, en celebrar los nacimientos, recordar a los difuntos, en compartir el tributo a la vida y al amor en las misas comunitarias bajo el gran tejado de paja de Haka, perdido en su aventura de rescatar a los niños

secuestrados. NoLwasi veía a personas del área de San José y también venidas de Sanzukwi y de otros lugares más lejanos, para su sabio consejo. En el kopje del arroyo seguía sintiendo a sus antepasados, a Mandla y Masora, y a la sabiduría de los tiempos. Tenía sus pergaminos con sus símbolos de vida y ayudaba en muchas tareas de la misión. Con Anwele trabajaban juntas en la prevención del SIDA, hablando con jóvenes con grupos de mujeres, con hombres, con los niños en la escuela. Hacían consultas cada mañana en un cuarto que habían preparado en el dispensario, donde animaban a hacerse el test del SIDA, mejor en pareja, lo desvelaban con suma ternura y apoyo, aconsejaban y acompañaban a todos.

NoLwasi notó que Anwele había mejorado con su agua sanadora. Le siguió aplicando el agua a unos pequeños cortes en los brazos. Anwele ganó peso, su respiración mejoró, su piel recuperó el brillo, las manchas de la piel fueron desapareciendo, su rostro recuperó fuerza y forma, el pelo se fortaleció, los músculos recuperaron tono, su mirada tenía vida y su espíritu volvió a sonreír.

Nothando también estaba feliz con la sonrisa y la alegría de su madre. NoLwasi sabía que el agua sanadora había aliviado el dolor, había ahuyentado la debilidad, había derrotado a la fuerza maligna de la plaga.

Intentaba pensar en cómo las lágrimas de deseo de vivir, el agua sanadora indicada por la mariposa precoz de los *amacimbi* y el baile mágico repetido las veces de los dedos de las dos manos, convertía ese líquido en mágico. Lo siguió utilizando con otros pacientes de SIDA que venían a verla, que detectaban en la consulta del test con Anwele, o que Jonay ingresaba en el dispensario. También, después de conocer a muchos más en el estudio de salud, empezaron a visitar dos veces por semana a los más débiles, a enseñar el uso del plástico para limpiarles, abriganles, acompañarles, y de medicamentos de Jonay y hierbas de NoLwasi, para aliviarles los síntomas.

Un día, NoLwasi le explicó a Jonay el tratamiento que estaba dando. No se lo había dicho antes por temor al rechazo de Jonay.

-Jonay, necesito hablar contigo.

-Claro, NoLwasi, cuéntame.

-¿Qué opinas de cómo ha ido mejorando Anwele?

-Es como un milagro. Cuando el SIDA esta tan avanzado que la tuberculosis invade cada rincón del cuerpo, es casi imposible ver la recuperación que hemos visto en Anwele. El tratamiento de la tuberculosis puede haber ayudado, pero tiene que haber algo más. Quizás sus inmensas ganas de vivir. Creo que en este, como en muchos otros casos, tú entiendes más que yo.

-Te tengo que decir que a ella, y a otras doce personas que han ido consultándome o hemos visto en la consulta del test, les he ido dando un tratamiento.

-Claro, NoLwasi, tu planta, la Sutherlandia, es útil, ayuda mucho, todos lo sabemos. Y seguro que tú fuerza espiritual, en formas que no conozco, también.

-No. Las plantas alivian por un tiempo pero no curan. Lo de Anwele es distinto.

-Cuéntamelo si lo deseas, NoLwasi. Entiendo también que puedes guardarlo como tu secreto.

-Te lo cuento por el gran respeto que siento hacia ti, por nuestro trabajo

junto por la salud de las gentes. Pero te pido que lo guardes para ti.

-Tienes mi palabra, NoLwasi.

-No te puedo explicar por qué, pero hace seis lunas, cuando la examinaste y pensábamos que Anwele se iba despidiendo de la vida, fui a verla una de tantas noches. Me dijo lo mucho que deseaba vivir para ayudar a los demás a luchar contra esta plaga. En ese momento surcaron unas lágrimas su rostro. Mi espíritu me pidió que recogiese esas lágrimas de dolor y de profundo deseo de vivir en cáscaras vacías de semilla como estas de mi collar. Le pedí luego a Rose un tubo como los que utilizaste para guardar su líquido de la espalda o para los análisis de sangre. No entiendo por qué, esa agua me llevó hacia los campos y a un kopje con acacias, mopanes y donde había un pequeño arroyo. Estaba atardeciendo y permanecí en silencio sintiendo la fuerza de la vida y el consejo de nuestros antepasados. En ese momento, cuando sentí a mi abuelo Mandla hablarme, susurrarme al oído, me miraron los ojos de las alas de una mariposa de un amacimbi que había escapado a la caza. Era la primera mariposa de las lluvias. Me miró fijamente y me llevó al arroyo, al lado de una cascara de semilla igual a la que recogió las lágrimas de Anwele. Sentí el mensaje de limpiar las lágrimas. Las mezclé con agua y salieron de mí bailes de unión a la vida, de agradecimiento por el consejo sabio de los espíritus. Repetí esa forma de mezclar el líquido del dolor con el agua purificadora, tantas veces como los dedos de las dos manos. Apliqué esa agua sanadora a unos pequeños cortes en la piel, para que bañara la sangre infectada. Lo hice durante una semana, comprobando que ayudaba a Anwele. Quizás sean otras las causas de por qué Anwele ha recuperado la vida, pero yo pienso que este mensaje de los antepasados es sabio y lo he ido haciendo con otros enfermos.

-Muchas gracias por confiarme tu secreto, NoLwasi. Lo guardaré para mí. No puedo entender de qué manera ayuda, pero si tú crees que lo hace, sigue haciéndolo. Los dos intentamos, desde nuestras maneras de entender la enfermedad, la salud, la vida, aliviar el sufrimiento y alimentar la ilusión

de vivir, de amar.

Cuando acabó aquella jornada, Jonay volvió a su posada, la antigua parroquia. No podía dejar de pensar en el tratamiento mágico de NoLwasi. Buscó ideas en libros de farmacología, de virología, de inmunología y en el manual del cooperante. Nada. Sería magia, brujería, ¿estarían viendo efectos al azar, placebos? ¿Cómo podía un agua, tan diluida, con posibles, incluso anticuerpos o incluso virus presentes o altamente diluidos, tener ese efecto? ¿No estaría promoviendo infecciones por ser complaciente con NoLwasi? Concluyó que al fin y al cabo, las personas ya estaban infectadas y mal no les haría. Y él no podía ofrecer nada mejor.

Unos meses más tarde, Patxi acudió al recibimiento del Papa Juan Pablo II, quien llegaba a Zimbabue. El obispo sabía ya de la "rebelión de San José", como él la llamaba. A menudo comentaba a sus acólitos, según le decía el padre Pius:

-Ese cura vasco que ni dice misa de verdad, ni bautiza, ni da la extremaunción, ni mantiene su castidad y expone la vergüenza de una unión con una "bruja" local, y que además reparten preservativos.

Estaba escandalizado de que el Papa hubiese pedido hablar con aquel sacerdote antes de excomulgarle por violentar los votos de castidad y de obediencia. No le permitieron, para alivio de Patxi, ir a recibir al Papa a Harare, pero el obispo no tuvo más remedio que aceptar que fuera a la reunión con los religiosos en la catedral de Bulawayo. Era el 12 de septiembre de 1988. Estaban todos reunidos y el Papa, dijo unas palabras:

Les habló de su alegría y orgullo por su dedicación religiosa, citando a San Pedro y al Levítico, en las que Patxi no se sentía identificado. Notaba, además, que el discurso lo habían preparado unos seminaristas y había sido filtrado y modificado por el obispo y luego por los asistentes del Papa en el

Vaticano. ¿Qué había de auténtico en aquel encuentro? Además se sentía molesto con el gasto de la visita, el atuendo, los coches lujosos y el anillo de oro. Sin embargo, Patxi veía en el Papa una mirada tierna, penetrable, vulnerable al amor sin miedos. Quizás su grave atentado siete años atrás, que le tuvo cerca de la muerte, había humanizado a aquel hombre, rodeado de una pesada estructura tan rígida y dominante y aduladora que ahogaba la humanidad de su alma.

El Papa siguió hablando de la misión de las parroquias, y habló de reconciliación bajo la unión en Jesús. Se sintió mal cuando el Papa dijo que no podía haber reconciliación real sin conversión en Jesús. Luego habló del sentido de la familia, haciendo continuas citas de la Biblia. También habló de la guía del obispo hacia los sacerdotes y religiosos. Patxi comprobó el gesto de satisfacción del obispo y una mirada recriminadora hacia Patxi. El Papa siguió hablando de las maravillas y bendiciones de la vida religiosa, con casi todos los religiosos asintiendo. ¿No había cierta vanidad en aquella complacencia o confabulación? Pareciera que hablara de seres superiores, para guiar al pueblo perdido. Se empezó a sentir mal, culpable, sucio de no interrumpir aquel discurso. Luego fue más explícito en los votos de castidad, pobreza y obediencia, y en contra del egoísmo y el individualismo. El obispo volvió a mirar a Patxi con gesto de suficiencia, casi desprecio. Después habló de ideas que le reconfortaron a Patxi, como el servicio, la lucha contra la pobreza, la dignidad de las personas y el promover el amor. Patxi cerraba los ojos e intentaba sentir la palabra de Jesús. Detestaba el perverso juego de miradas del obispo, el culto al papa, infalible para aquellas personas que le entregaban su vida en nombre de Jesús, y la jerarquía mezclada con poder y con privilegios injustos ante tanta pobreza a un paso de esa suntuosa catedral. Le sorprendió al final de sus palabras, el recuerdo a la determinación de la Iglesia durante la guerra y la posterior opresión del gobierno en Matabeleland, en defensa de la verdad y la vida.

Fue luego saludando a uno por uno, presentados por el obispo. No tuvo más remedio que presentarle a Patxi.

-Este es el Padre Patxi, de la misión de San José, de quien ya le he hablado.

-Sí, Padre Patxi, creo que tenemos que hablar un momento, espéreme al acabar.

-Como usted desee, Su Santidad.

Se sintió mal al decir esa palabra.

Una media hora después, mientras Patxi esperaba en la entrada de la catedral, el obispo mandó llamarle. Le esperaba el Papa en el despacho del obispo. Cuando entró, estaba el Papa y el obispo, quien le miraba con severidad. Patxi se sintió absurdamente como un niño al que el maestro llama para reprender por no haber hecho los deberes como debiera. Le agradó que el Papa pidiera, contra su voluntad, al obispo, que le dejara a solas con Patxi.

-Padre Patxi, tenía ganas de conocerle.

-Le agradezco su tiempo, Su Santidad. Habrá millones de personas deseando tener este momento a solas con usted. Me honra su interés.

-Bueno, le seré sincero: más que interés, es preocupación. He recibido un informe del obispo y otro de la comisión de la Fe en el Vaticano que me recomiendan excomulgarle y pedirle que deje la misión de San José. Creo

que usted conoce las razones.

-Creo que conozco los argumentos del señor obispo, quien no ha visitado San José en los últimos cuatro años y no sabe realmente de mi vida, mis ideas ni mi dedicación a los demás. De las personas del Vaticano no puedo opinar, nunca las he visto y no creo que puedan conocerme ni opinar sobre mi persona y mi servicio a los demás en nombre de Jesús.

-Me gusta cómo me habla. Todos me hablan con temor y con devoción. No estoy acostumbrado a oír lo que las personas de verdad piensan, en especial si es crítica o desacuerdo. Pero dígame, Padre Patxi: ¿es cierto que ha roto el voto de castidad?

-Sí, es cierto. Pero no me arrepiento. Soy mucho mejor persona y recibo y doy mucho más amor unido a una maravillosa mujer que me inspira cada día gratitud por la vida y amor a Dios, nuestro Creador.

-Me han dicho que además ni es cristiana, y es una hechicera. ¿Se da cuenta de la imagen de Iglesia que está dando?

-Una imagen humana, Su Santidad. Unida en el amor. Unida al pueblo al que servimos, sin distancias ni racismos velados como el que encierra la palabra "hechicera".

-Eso es inaceptable, Padre Patxi. ¿Pretende usted saber mejor que el Concilio Vaticano?

-Ni mejor ni peor, Su santidad. Distinto.

-Esto demuestra su rebeldía ante el voto de obediencia también. Y dígame otra cosa: ¿usted está promoviendo el uso del preservativo entre su gente? ¿Sabe que con ello trivializa la santidad de las relaciones entre hombre y mujer, destinadas a crear vida? ¿Sabe que con ello da pie a la promiscuidad, a la destrucción de la familia, a la degeneración moral de su pueblo?

-Su Santidad, déjeme que le explique en cinco minutos: El SIDA está arrasando este pueblo. Asisto continuamente a enfermos moribundos y familias hundidas en el dolor. Hemos estimado que una de cada tres personas adultas está ya infectada y una de cada treinta está enferma y condenada a morir lentamente en una debilidad extrema, en el dolor, en la vergüenza y el estigma. Yo amo a cada persona que está en mi vida. Le amo también a usted ahora. Pero sobre todo amo a esas personas en su dolor. Héroe del amor. No apruebo la falta de fidelidad pero la disculpo en un mundo en que pasan, por trabajo, meses y meses en soledad en su intimidad. Y en su infección, me entrego a aliviarles, a hacer todo lo posible para que no sufran más y para que esta terrible plaga no se extienda más. Ojalá el tiempo le permitiese venir conmigo a ver lo que ocurre, a entrar en sus *kraals*, en sus chozas y ver a personas esqueléticas, con las miradas perdidas, envueltas en suciedad, abandono, hundidas en su dolor y, en sus desesperanza, en su soledad, en la angustia de pensar que pasara con sus hijos cuando ya no estén en este mundo. ¿Cree que es humano además mirarles cómo pecadores?

-Dios perdona, Padre Patxi. Y su compasión me conmueve. Pero sin promover el pecado.

-No promuevo el pecado, Su Santidad. Promover el uso del preservativo en esta situación, es igual que promover las vacunas y prevenir el dolor y la muerte. Igual. ¿Sabía usted que la mayoría de las mujeres que están

infectadas y mueren lentamente por el SIDA, nunca han tenido ninguna otra relación que con sus maridos? Muchos viven en Sudáfrica y tienen otras relaciones, se infectan y lo transmiten a sus mujeres, a sus hijos. En San José promovemos que las parejas se hagan el test, las casadas, las no casadas, todas. Y encontramos a muchas en las que uno está infectado y otro no. Y hay amor. Y están sanos. No hay quien pueda entender que en las conferencias episcopales se repita una y otra vez que el único mensaje para ellas es la abstinencia. Eso sí que rompe el amor y la familia. Necesitamos caricias, Su santidad, amor, unión a los demás. Promover el uso del preservativo aquí es promover la vida, no prevenirla. Y el Concilio Vaticano ha aprobado el uso de contraceptivos por indicación médica, esto es lo mismo.

-Veo que ha estado en contacto con el Padre Kevin, en Pretoria.

-Sí, y muchos más. Piense en ello, Su santidad. La vida de millones de personas está en sus manos. La Iglesia influye en el pensamiento, en el comportamiento, en la educación, en los hospitales de misión por toda África. Se lo ruego, reflexione. Promover el hacerse el test y el usar el preservativo cuando hay riesgo, es un gesto de amor verdadero en esta tierra, que agoniza por el SIDA.

El Papa se quedó mirándole fijamente. Patxi notó que estaba cerca de emocionarse. Había ternura y humanidad en esa mirada azul.

-Padre Patxi. Le voy a pedir que venga con el Padre Kevin a Roma para hablar de ello con la Sagrada Congregación del Santo Oficio. Decidiré si su pasión por ayudar a los demás olvida formas y principios que son esenciales a nuestra Iglesia. Cuando venga a Roma decidiré si puede seguir siendo sacerdote bajo la Iglesia. Rezaré por usted.

-Gracias Su Santidad. Seguiré intentando amar a los demás como a mí mismo, cada día de mi vida. Entregarme a mis semejantes.

Al decir esa palabra, algo se estremeció en sus entrañas.

XLIII. Brotes de una nueva Humanidad. Gomera 1990

Era junio de 1990 Umbela y John vivían ya con unas doscientas personas en El Cabrito. Habían ido llegando durante el último año. Al principio llegaron por el miedo de la radiación de Chernóbil, o por la frustración de no poder luchar contra gobiernos y sociedades que, sedientas de consumo, exponían a la sociedad y a muchas generaciones por venir, a radiaciones que alteraban la base genética de la vida. Empezaron por vivir en tiendas de campaña. Bebían de una fuente natural que salía de la ladera norte del barranco. Construyeron letrinas, una por cada diez personas. Empezaron a preparar más terrazas en la ladera con maíz, tomates y otras hortalizas. Cuando ya eran cien, decidieron empezar a construir una casa comunitaria donde enseñar a los niños, donde reunirse para planear la comunidad, donde resolver conflictos o celebrar acontecimientos, y donde guardar lo que decidieron que debía ser común a todos. Empezaron a hablar de sus formas de vida, pero John, el líder natural de la comunidad que estaba naciendo, prefirió primero probar como todos compartían el trabajo para construir la casa común. Aún creía en la bondad del ser humano cuando no es agredido por la jerarquía, por la competitividad, por la soledad y por el miedo. Creía en el anarquismo en naturaleza, pero nunca lo había experimentado.

Mientras construían la casa comunitaria, recibieron visitas del presidente del cabildo de la isla, del alcalde de San Sebastián, y hasta del gobernador civil en la Gomera. Todos les pedían todo tipo de trámites: permisos de residencia para los inmigrantes de la comunidad, permiso de obras, permiso de uso colectivo del local, permiso de letrinas, cédulas de vivienda y calificación como camping público, entre otros. Así hasta doscientos tipos de papeles. Un francés, Yves, ex-funcionario del Ministerio del Trabajo en Francia, se prestó voluntario a responder a toda aquella presión de las autoridades, molestas con aquella "colonia de hippies". Pensaban que podía ahuyentar el turismo de golf y bungalows de lujo que esperaban en los

complejos de lujo contruidos por los potentados de la isla. Tomás, cuya humilde familia había ocupado esos terrenos varias generaciones, se alió con Yves para defender la propiedad y hacerla común al grupo, que comenzaba a sentir gran afecto compartido e ilusión en una vida en comunidad de amor y armonía con la naturaleza.

Un mes después, habían terminado la casa comunitaria, a unos cincuenta metros de la orilla, en el centro del barranco. Era redondeada, de piedra de lava y tenía ventanas sólo cubiertas por cortinas de lino. John se había inspirado en la arquitectura antroposófica, buscando la energía, la espiritualidad y la belleza. El tejado lo construyeron de cantos finos de piedra caliza que traía el mar. Por dentro tenía el suelo de losetas de piedra basáltica que habían pulido con paciencia y tesón. Construyeron bancos con sabinas secas y ramas de brezo. En el centro construyeron una enorme chimenea circular que en los días fríos servía como fuego comunitario, en los lluviosos como depósito de agua y en los calurosos como fuente de luz y de circulación del aire. La casa comunitaria podía acoger a doscientas personas para reunirse, convivir, compartir, resolver conflictos, soñar, aprender, contar historias, escuchar música y ayudarse. Ser comunidad.

John comprobó que los por entonces ciento veinte habitantes, eran buenas personas, cada uno con sus manías, como todos, pero compartían el deseo de vivir en común y en gran respeto a la naturaleza. Ninguno quería matar animales y las cabras que tenían no corrían peligro. Sólo les sacarían algo de leche para hacer quesos. Algunos sí que aceptaban la pesca que traía Tomás. Sin embargo, él mismo, recordando a Jonay, empezó a sentir pena por los peces agonizando fuera del agua, y cada vez devolvía más pesca al mar. Un día pescó una hembra de cazón, una especie de pequeño tiburón, y al comprobar que había matado a varias crías en su vientre, tan parecido al ciclo humano, dejó de matar peces para comer.

Se convirtió en el marinero que llevaba en su barco a los miembros de la

comunidad, al puerto de San Sebastián, o a paseos alrededor de la isla.

En los meses siguientes llegaron otras doscientas personas. Llegaban al oír de las cartas de los miembros de la comunidad o de otras personas, de las comunidades de armonía que estaban surgiendo en La Gomera. John tenía ya sesenta y cuatro años, estaba fuerte y tenía una gran serenidad. Fue elegido en una reunión de todas las personas en busca de una nueva forma de vivir, como su líder natural. Establecieron comunidades en otros ocho lugares de la isla donde había barrancos o pueblos abandonados. En El Cabrito quedaron casi unas doscientas personas. En Arguamul Fernando organizó a unas sesenta. En total en la isla había quinientas personas buscando otra forma de vivir que no dañara a la naturaleza y recuperara relaciones más humanas.

Por un lado, John pensaba que era suficiente acoger a personas con deseos de compartir. Pensaba que las necesidades, los conflictos o los contratiempos se irían resolviendo con buena voluntad. Sin embargo, comprobó que empezaron a ocurrir cosas que podían perturbar con frecuencia la paz de todos. La primera observación fue el deseo de algunos de acotar su propiedad, su casa, normalmente escogiendo lugares o viviendas mayores. Eso era un motivo de conflicto o de tensiones que afloraban a cada momento. Pronto también observó que había quienes sembraban mucho más de lo necesario, almacenaban más y luego intentaban vender, cambiar por más terreno o por otras cosas que John pensaba debían ser comunes. Paso lo mismo con propiedades como libros, papel y colores, utensilios para labranza, pesca, música o un telescopio, con las semillas, los medicamentos y las hierbas medicinales, con las cerillas y leña para el fuego y con la sosa para detergentes.

Pensó por todo ello que sería bueno escribir un corto ideario y unas mínimas normas que todos debían aceptar para vivir en comunidad.

Empezó a escribir algunos esquemas. Le inspiraban sus ideas de anarquismo, en contra del concepto de Estado y de fronteras, y de las formas aceptadas por las sociedades modernas de gobierno, autoridad y jerarquía. Había leído a Godwin, Faure y a Proudhon y su frase, que tenía John anotada en su cartera: "*la propiedad es un robo*". También leía con frecuencia a Weitling y su inspiración en los primeros cristianos y su conclusión de que "*la sociedad perfecta no requiere gobierno, sino sólo una sencilla administración con unas simples obligaciones.*"

Mientras llegaban nuevos miembros de la comunidad, aún sin forma alguna, fue leyendo como los pensamientos anarquistas europeos se habían entendido de otra forma en América, donde el culto por la vida, la libertad y la propiedad, eran esenciales y se entendía que el estado era destructivo ante ellos. Con esas ideas se habían opuesto al estado.

Owen en su colonia "*nueva armonía*" y más tarde Warren con la colonia "*utopía*" en Ohiole inspiraban reflexiones sobre lo que podría desarrollarse en El Cabrito. Esas colonias del siglo XIX se habían formado para respetar la libertad individual y la justicia social y donde sólo se intercambiaban "bonos de trabajo" y de esa manera no podían desarrollarse desigualdades, acumulaciones de bienes ni injusticias. Pero partían de la propiedad privada de los lotes de terreno, lo que, a juicio de John, fue la causa de su disolución. Ese afán americano por la propiedad era, pensaba John, el propio fin de ese Imperio, pues no era posible mantener las propiedades, las herencias, las compras y ventas, la especulación y en definitiva, la injusticia y sus consecuencias de tensión y sufrimiento social en general e individual de los perdedores en ese casino en que se había convertido la sociedad. Pero en Europa las ideas de Proudhon sin embargo habían degenerado en los socialismos no autoritario de Bakunin y los autoritarios de Marx y Engels, que llevaron a las Internacionales y al comunismo, repleto de normas e imposiciones.

Le preocupaban también como muchas de esas corrientes habían degenerando en violencia, en revoluciones que, casi por norma, habían instalado a tiranos en el poder, en nombre del bien colectivo. Él era profundamente pacifista, y además, la necesidad de la armonía con la naturaleza era fundamental. Por eso había ido leyendo en los últimos años las ideas del "anarquismo verde" y había leído "Walden" del americano Thoreau, donde proponía "una vida simple y autosuficiente, integrada con el entorno natural, resistiéndose al avance de la civilización industrial". En el fondo era similar al movimiento religioso de los Amish, a los que John admiraba, pero sin doctrina religiosa, en libertad. Ese anarquismo ecológico había degenerando en muchas ideas radicales anti-progreso e incluso anti-agricultura, de tal forma que se basaba en recolección y en caza, rechazando todo progreso. ¿Cómo entonces podrían curarse los niños o mayores de las enfermedades, entre otras muchas bondades del progreso? Absurdo.

Empezó a leer a Ivan Illich y sus teorías del decrecimiento y la sociedad desescolarizada y el autoaprendizaje, e incluso intercambio algunas cartas con su centro en Cuernavaca, Mexico. Fue entonces cuando un alemán, Martin, le dijo que conocía a Robert Gilman. John había leído algunos artículos de Robert, quien dirigía los cuadernos de "Contexto" y era reconocido como un líder en el movimiento mundial de eco aldeas. Martin y Robert habían compartido un tiempo juntos en una comunidad en Escocia, llamada Findhorn, donde Robert había inspirado unos principios de convivencia. Le había escrito diciendo que un amigo iría hacia el sur navegando y que su mujer Diana, su hija Celeste y el, querían parar en La Gomera para conocer el movimiento de nuevas comunidades del que le había leído en algunas cartas de Martin y otros amigos. Era parte de un estudio que hacía para un grupo que se empezaba a formar en Dinamarca, llamado Gaia, de la mano de una pareja danesa, Hildur y Ross. Quería saber la fuerza que en su conjunto podrían tener muchas eco aldeas conectadas entre sí por todo el mundo.

John pensó que sería una buena idea conversar con Robert y buscar inspiración en su propuesta de unos principios de convivencia en la Comunidad de El Cabrito y las otras comunidades nacientes en diversos puntos de la isla. Para ello pensó que una manera buena de ver a las otras comunidades y estar también algunos momentos de tranquilidad, sería dar la vuelta a la isla a bordo de Satia, con la familia de Robert y con Umbela.

Llegó Robert con su familia a bordo del bote de Tomás. Sintieron una intuición de gran empatía mutua. Robert fue hablando con las personas de la colonia, visitó la casa comunitaria y las otras cabañas que habían ido surgiendo en la ladera. Mientras tanto, John empezó a preparar a Satia, que no había vuelto a salir desde que volvieron de su vuelta al mundo. Acordaron el plan de pasar una semana navegando alrededor de la isla, visitando las comunidades y luego yendo a una comunidad aún mayor que estaba asentándose en el norte de la preciosa isla de La Palma.

Por la noche, solían encender una hoguera fuera si no hacía mucho frío o lluvia o dentro de la casa comunitaria. John tocaba la harmónica. Había varios músicos en la comunidad: dos eran buenos violinistas cletas de Normandía, uno tocaba la flauta irlandesa, dos la guitarra, uno los tambores *djembes*, e incluso una mujer de Suecia había traído un viejo arpa. Esperaban un piano de Austria, y ya había una persona que sabía afinarlo. Esa noche se sentaron fuera. Había unas cuarenta personas sentadas compartiendo la cena a base de potaje de berros y gofio, y unos veinte chiquillos jugando en la orilla. Presentaron a Robert, y fueron contando historias varias.

Aquellas personas, amantes de la naturaleza y sin miedo a buscar destinos lejos de sus raíces, tenían siempre historias épicas que contar. Robert les puso algo al día de lo que pasaba en Europa y en el mundo pues aunque alguno tenía radios que se cargaban con una manivela, no habían

conseguido escuchar bien las noticias en los últimos meses. Robert les dijo que había signos de cambio en el mundo, de ilusión. A pesar de que el poder seguía siendo acaparado por los banqueros y especuladores, y que seguía habiendo guerras cruentas y acumulación de dinero, de armamento y de miedo. Se veían signos de esperanza: en los últimos meses había caído el muro de Berlín, habían liberado a Mandela y el pueblo chino se enfrentaba a los tanques en Tianamen. Terminaron siguiendo a John entonar la armonía de "*the times are really changing*" y cantando en coro, bajo las estrellas y con miradas brillantes de ilusión hacia una nueva forma de vivir.

Habían ido estableciendo y una forma bella de saludarse: se abrazaban poniendo con suavidad las manos detrás de la cabeza del otro, y mirándose profundamente a los ojos durante un momento, concentrando su ternura en la otra persona, bebiendo de la belleza de la otra alma, disfrutando del regalo de cruzar existencias en un mínimo tiempo y espacio en medio de la eternidad y el infinito.

Fueron retirándose todos y John fue a su casa para ir sacando algunos aparejos que quería dejar medio preparados en Satia. Cuando salió del barco y se disponía a ir a descansar, vio que Robert estaba sentado frente a la orilla, sobre una rama de sabina, mirando al negro horizonte del océano nocturno, sembrado del espejo de las estrellas.

-¿Desvelado, Robert? Ahí se solía sentar mi hijo Jonay.

-¿Dónde está?

-En Zimbabue, trabajando en un hospital rural, en comunidad también en muchos sentidos.

-Mi hijo mayor quiere también ser médico, pero alternativo. Ha empezado sus estudios en San Francisco.

-Dime, Robert, leí que eras un conocido científico astrofísico. Eso debe ser apasionante, ¿qué pasó?

-Suelo decir que las estrellas podían esperar, la tierra no. Había estudiado astronomía en la universidad de Berkeley. Aproveché el telescopio más potente de Estados Unidos, y el ciclotrón de Lawrence, para adentrarme también en la materia más íntima. Mis compañeros siguen allí y se aproximan a la teoría del origen del universo. Yo estudié las energías de las estrellas que se enfriaban. Fascinantes. La energía que nos envuelve y de la que somos parte. Seguí trabajando en otras universidades y en la NASA . Pero necesitaba trabajar en lo real, en lo urgente, en lo que el mundo necesita hoy. Un cambio, una vuelta a la Tierra, a la armonía, a la sencillez, a la solidaridad, al amor. Sencillamente a quitarnos las cadenas de las propiedades, de las religiones y dogmas, de las jerarquías de poder.

-Y entonces ¿qué hicisteis?

-Pues hace unos quince años Diane y yo construimos nuestra propia casa, con paneles solares de sílice, molinos de viento, con tuberías geotérmicas, con una huerta orgánica y biogás. Un lugar auto sostenible. Allí empezamos a recibir visitas, a inspirar a otras personas a cambiar de forma de vida. Y así empezamos a escribir "contexto".

-Sí, la conozco, me gusta mucho lo que escribís. ¿Recuérdame lo que propusiste del reto de las eco aldeas?

-Sí, no quiero ser dogmático ni profético, sólo compartir algunas ideas que pienso tienen lógica y pueden ser útiles: primero, las eco aldeas deben ser de un tamaño humano. Un número de personas que podamos llegar a conocer con interés y con tiempo. No con saludos vacíos al cruzarnos con ellas sin poder evitarlo. Como hacemos en muchas ciudades modernas. El "saludo vacío" es destructor de sensibilidades, empatía y auténtica

solidaridad. Cada día en las ciudades permitimos miles de esos golpes destructores.

-¿Y cuál es el "tamaño humano"?, y ¿cómo lo estimaste?

-Dije que no más de quinientas. Lo estuve intentando averiguar por muchas entrevistas que hice. Mira, de media tenemos unos quince a veinte familiares en las tres generaciones con las que convivimos. Algunos tendrán cincuenta y otros sólo cinco o diez. En nuestra vida podemos tener entre uno y diez amigos íntimos, con los que no hay prácticamente secretos, con los que podemos confiar siempre y en todo. Da igual que seas un rey o un mendigo. El corazón tiene un límite para darse sin reservas. Son quienes no pueden faltar a una ceremonia importante en nuestras vidas. Luego conocemos a unas cincuenta personas con bastante profundidad: conocemos algo de sus familias, sus casas, sus profesiones, sus aficiones, y compartimos algunas de ellas. Después hay un círculo un poco más lejano de unas doscientas, amigos o familiares de nuestros círculos más próximos, o compañeros de trabajo o vecinos o personas a las que vemos al menos una vez en semana por nuestras actividades. Y por último hay un círculo que vemos un par de veces al mes y de los cuales, aunque nos cueste, sabemos su nombre, origen y algo de ellos. Más allá de ese círculo, la relación se diluye. No entra en el disco duro de nuestro cerebro, no interesa tampoco y no fijamos la atención. Son personas a las que saludamos cortésmente sin saber sus nombres o casi nada de sus vidas. Es lo que solemos decir "conocido de vista". O en inglés "*on nodding terms*" (saludo bajando la cabeza). Esas relaciones vacías son dolorosas. No lo notamos, pero es una constante agresión a nuestra capacidad y anhelo de vivir amando y siendo amados. Esos saludos vacíos van contra nuestra naturaleza, construyen una costra alrededor de nuestro corazón, que acaba afectando a las otras relaciones más cercanas. Y aún más fuera de ese círculo hay miles de personas cada día con las que ni siquiera cruzamos miradas, con el acuerdo tácito de no cruzarse en el camino y de suponer

que ese será el único cruce en nuestras vidas. Imagínate, estar juntos en un milagro de tiempo fugaz y espacio diminuto en la inmensidad del universo, en la eternidad del tiempo, y actuar como si fuera normal, banal, circunstancial, prescindible. Yo creo, John, que esa agresión a nuestro sentido profundo del amor, va haciendo mella. Como una gota de agua constantemente sobre la piedra caliza. Imagínate el dolor de ver cientos, o miles de rostros anónimos e inanimados a diario en el metro, en las calles, e incluso en las noticias. Rostros con los que no nos implicamos ni nos implicaremos.

-¿Quieres decir que el vivir en masa nos deshumaniza?

-Sí. O sufrimos cada día en ese anonimato frío y hasta cruel hacia nuestra ternura. O construimos una capa gruesa de armadura.

-Sí, el caballero de la armadura oxidada de Fischer. Sí, nos vamos creyendo incapaces de amar, y lo limitamos a un pequeño espacio. Tan pequeño que a veces lo llenamos de tensión.

-O "Sólo el amor nos permite escapar y transformar la esclavitud en libertad". De Paulo Coelho.

-¿Dime otro principio, además de la escala humana?

-No aislarse nunca del resto del mundo, ser solidario, atento, interesado en aprender, respetuoso. Hay que seguir pagando los impuestos del territorio mayor al que se pertenece, cuestionar los locales, que pueden ser auto-gestionados, pero armonizar con lo próximo y con un pensamiento global de transformación. Eso es lo que quiero estudiar ahora y aportar al movimiento Gaia, de los amigos daneses.

-¿Y qué hacer cuando desde fuera quieren destruirnos, despreciarnos,

humillarnos?

-Sabes bien, John, tú que lees a Gandhi, que nadie puede despreciar a nadie, nadie puede humillar a nadie. Tu maestro dijo " no dejare que nadie me haga daño, sin mi permiso." Y la destrucción, fíjate, creo que si respondemos con amor, nos terminarían tolerando, aceptando. Podemos explicarles que todos somos buenos para los demás. Y podemos mostrarles con el tiempo la armonía de la naturaleza, las huertas cubiertas de mariposas, la alimentación y el cuerpo sano, la felicidad y placer de no poseer, de abrazarse, de no competir. Si no compartir.

-Tienes razón. Con sonrisa, con afecto en lugar de violencia. Con "ahimsa".

-¿ Y qué otros principios sugieres?

-Tenéis que sentirlos vosotros, y sin dogmas, sin leyes, sino dialogando. Veo que no queréis sufrimiento animal, que queréis crear un idioma común entre vuestras lenguas y los silbos, que queréis compartir en la casa común libros, música, semillas, utensilios, sosa o aceite. Esas pueden ser "formas acordadas de convivencia", no leyes, dispuestas a comentarse, a adaptarse. Siempre con el principio de evitar que haya personas superiores a otras en la comunidad. Ni nadie necesitado de lo básico.

-¿Y permitirías la propiedad privada? Hay quienes son muy emprendedores y venden el excedente de la cosecha o venden artesanía, o traen cosas de la ciudad y las revenden.

-Espero que no introduzcáis el dinero. Ha sido el cáncer de la sociedad moderna. Es algo que fácilmente se acumula y entonces se usa para acumular más, no tiene límite. Pero eso también lo tendréis que decidir vosotros. Quizás poniéndole coto, con salarios o propiedades mínimas y máximas. Pero entonces hay que estar preparado a más y más normas y control. Yo he visto más armonía cuando lo necesario es colectivo, lo

superfluo se puede guardar, lo personal, los recuerdos, el arte puede ser propio. En donde intercambiamos habilidades y entre todos nos ayudamos y prosperamos. Entre trescientas o quinientas personas se cubren casi siempre todos los oficios o profesiones más importantes para la sociedad.

-Gracias Robert, todo esto me ayuda mucho.

-Nos ayudamos unos a otros. En cada uno de nosotros encontramos inspiración. ¿Sabes que creo? que realmente somos nosotros mismos viéndonos en espejos mágicos. La huella del otro queda en nuestro cuerpo y nuestra alma.

Se dieron las buenas noches con su abrazo de ternura.

XLIV. Los dogmas, la vida y la libertad. Bruselas 1991

Beatriz Beloki observaba aquella mañana de domingo desde su casa en Tervuren como las hayas del *Foret de Soignes* empezaban a teñirse de ocre. Le maravillaban esos gigantes de hasta sesenta metros de altura y cuatrocientos años de edad. Su piel suave, sus troncos firmes, la armonía entre la gran familia de hayas, testigos de la historia del centro de Europa durante el último medio milenio. Beatriz sentía a través de ese bosque la historia de este pequeño país donde ahora latía el corazón de Europa. Imaginaba sus primeros moradores conocidos, las tribus celtas del norte, los belgas, y como fueron sometidos por los romanos en lo que estos llamaron la provincia Bélgica.

Tras la caída de aquel primer Imperio invasor, las tribus germánicas establecieron lo que sería el Imperio Carolingio en el siglo VIII que fue dando paso a una Edad Media plena de pequeños estados feudales. Fue su unión en los florecientes siglos europeos XIV y XV con la casa de Borgoña, del centro de Francia, la que creó los países bajos Borgoñeses y posteriormente ganaron la autonomía y se organizaron en "las diecisiete provincias". Fue en la Guerra de los Ochenta años de 1568 hasta 1648 cuando quedaron divididos los Países Bajos en los del Norte y los del Sur. Siguieron siglos de guerras entre franceses contra los reinados de la dinastía de los Habsburgo españoles y austriacos con ánimos de expandir sus Imperios y dominar los comercios y el puerto más importante de Europa, por entonces en Brujas. Aquellas gigantes hayas fueron plantadas por aquellos soberanos invasores, para la caza del ciervo. Esos bosques vieron como los franceses terminaron con el dominio español y austriaco pero su dominio duró poco y fue extinguiéndose cuando Nelson derrotó a Napoleón en Waterloo, al sur de ese magnífico hayedo. La revolución belga de 1830 estableció finalmente una Bélgica independiente, interesante para Austria y Prusia, como barrera con Francia y con los ingleses.

Beatriz salió a pasear a su perrita Jenny, una preciosa retriever blanca, por el parque de Tervuren, según los entendidos, el más bello de toda Europa. Paró a tomar su té de menta y galletas de jengibre en la "Casa Española" y leyó un capítulo de la novela de Eleanor Smith con el mismo nombre y basada en ese mágico rincón del bosque. Pensando en la valentía del joven gitano enamorado siguió, hasta los jardines del Museo de África, tan ligado a la breve historia de ese pequeño país donde Beatriz llevaba viviendo desde hacía cuatro años. ¿Cómo un pequeño país de tan sólo cincuenta años de historia consiguió a finales del siglo XIX dominar toda la zona central de África?

Tras proclamarse la independencia, Bélgica buscó rey entre las dinastías europeas. Beatriz sonreía pensando que esa fue "la primera de las oposiciones europeas" para ocupar aquel centro de Europa. Tras varios rechazos de algunos aspirantes a monarcas, el gobierno provisional belga convenció al príncipe alemán Leopoldo de Sajonia que había perdido sus aspiraciones al reino inglés al morir su esposa Charlotte, heredera de la corona inglesa. Fue su hijo, Leopoldo II, nacido al poco de ser proclamado su padre rey, el que invadió de las formas más horribles a los pueblos del centro de África. Mandó a diferentes expediciones a la zona más desconocida de África, la cuenca del río Congo, surcando el centro selvático del centro del continente. Contrató al explorador galés Stanley bajo la Asociación Internacional del Congo para "promocionar la paz, la civilización, la educación y el progreso científico y erradicar la trata de esclavos". En realidad el objetivo era administrar lo que impuso como propiedad particular, una inmensa zona equivalente a cuarenta veces Bélgica en una de las zonas del mundo de mayor riqueza natural y mineral. La estrategia era hacer contratos con los jefes indígenas y explotar el caucho, el marfil y las demás riquezas que fueron descubriendo. A las zonas contratadas las llamó "zonas liberadas" y fue ganando fama como benefactor filantrópico.

Fue por ello que en la Conferencia de Berlín de 1884, para repartirse África entre los países europeos, le fuera reconocida la creación del "Estado Libre del Congo", perteneciendo a Leopoldo a título personal. Nunca existió un ser humano propietario de un territorio tan vasto. Por supuesto, ningún representante indígena fue invitado. Para la explotación de los recursos del Congo, se estableció un monopolio "estatal" que disfrutó de préstamos del estado Belga, y su dueño, el rey Leopoldo, envió un ejército de diez y seis mil hombres para convertir la región en un inmenso campo de trabajos forzados. Beatriz pensaba en la horrible historia de conquista y opresión de los países europeos y las políticas de "cooperación" con aquellas antiguas colonias expoliadas, en las que ahora ella trabajaba desde la capital administrativa de la Unión Europea.

Por entonces, un veterinario escocés llamado John Dunlop, había inventado la rueda de caucho con cámara de aire y la demanda mundial de látex se disparó. Leopoldo impuso un ritmo de trabajo infernal para dominar la producción mundial de látex, con castigos de amputación de manos y brazos por desobediencia. Beatriz estaba leyendo un libro "El fantasma del rey Leopoldo", que describía aquella época de terror y estimaba en unos diez millones de nativos muertos, cuya sangre sirvió para que Bélgica se enriqueciera y el Norte colonialista viajara veloz sobre los cauchos huecos de Dunlop. Beatriz sentía vergüenza, a menudo náuseas, de las historias coloniales que enriquecieron a Europa. Reflexionaba sobre la supuesta "cooperación", que mostraba Europa al mundo como generosidad solidaria. El conocimiento de aquellas atrocidades consiguió presionar al sanguinario rey a que "donara" el territorio al estado belga a cambio de mantener las inmensas riquezas y posesiones que obtuvo con la sangre y dolor africano. Sin embargo, las mismas compañías sanguinarias siguieron administrando el "Congo Belga" y fueron dirigiendo su interés a los ricos minerales de Katanga y de Goma.

Beatriz paseaba por aquel museo de inmensa suntuosidad y sentía encogerse el corazón pensando en el inmenso sufrimiento de la historia de África. Había recibido alguna carta de su hermano Patxi explicándole la tragedia del SIDA, y últimamente de su hermano Juan Mari, quien estaba desentramando, peligrosamente, una trama de tráfico de niños.

Beatriz tenía por entonces 53 años. Tras acabar el instituto, pasó un tiempo ayudando en el caserío. A los 20 años se enroló en la "sección femenina" del régimen franquista y tras participar en cursos de costura, taquigrafía y "virtudes y moral católica", daba clases a chicas en los institutos o en cursos de alfabetización de mujeres en Pamplona. Fue así como conoció a unas mujeres que le fueron invitando a reuniones sobre "el papel de la mujer católica en España". Pertenecían a un grupo llamado "Opus Dei", y le entregaron el libro guía llamado "Camino". Poco después su fundador, Escriba de Balaguer, dio una conferencia en Pamplona a la que asistió Beatriz.

Aquel aragonés había visto las huellas de pasos de un carmelita descalzo en la nieve y había decidido hacerse sacerdote con tan sólo dieciséis años. Poco después ya era párroco en Aragón. Combinó su sacerdocio con el estudio de derecho en Madrid donde fundó el "Opus Dei" cuando tenía veintisiete años. Lo "vio" por iluminación divina y estaba destinado a "la santificación de los hombres a través del trabajo". Así fue ganando adeptos y escribiendo, durante la guerra civil española, el "Camino". Poco después propuso el "plan de vida" que debían seguir los miembros del grupo y que incluían misa diaria, comunión, el rezo del ángelus, la visita al sagrario, la lectura espiritual, el rezo del rosario y las mortificaciones mediante uso del silicio dos horas al día y de las disciplinas (unos latiguillos de cuerda) semanalmente. Entre otras se disponía que:

-"Si sienten en su interior la necesidad de soñar, corten de raíz ese empuje, sin piedad".

Beatriz se sintió deslumbrada por la personalidad de aquel hombre quien, a pesar de su estoicismo casi masoquista, desprendía felicidad, casi campechana. Fue entonces que la "Obra" le ofreció residir en una de sus residencias en Pamplona y ante su deseo de estudiar Derecho, le pagó sus estudios, además de animarla a estudiar teología y filosofía. La consideraban "numeraria" de la sección femenina, con votos de castidad y de obediencia a la Orden. Además de seguir el "plan de vida" de la Orden, el Opus empezó a utilizar "fichas personales" donde se apuntaban los asuntos sobre la vida espiritual, personal, familiar y profesional de cada miembro, y el derecho de los directores de los centros a leer las cartas y correspondencia que recibían de su familia.

Así pasó la carrera de Derecho en Pamplona. Sentía la obligación de estudiar continuamente, de no dar ningún espacio a la pereza ni al ocio, de ser de las mejores de la promoción y así aportar a "la Obra". Como temía que Juan Mari estuviera en actividades separatistas y que algo también se supiera por las cartas de sus padres o de Patxi, su hermano del alma, se fue alejando de la familia pues sabía de la conexión de la Obra con el régimen de Franco. Volvía en algunas celebraciones al caserío de los Beloki, pero apenas compartía nada de su vida personal. Les decía que tenía una beca de la universidad de Navarra, pero nada más. Se rodeó de chicas de la sección femenina, y de la residencia de numerarias. Estudiaban derecho, medicina, economía, administración de empresas, filosofía, comunicación y farmacia. A menudo eran de las más avanzadas de cada promoción. La orden les pagaba los estudios, la residencia y algo de gastos de bolsillo, pero todo era controlado al detalle : donde iban, a quien veían, que leían y, sobre todo, que pensaban.

Pasaron así los años y Beatriz acabó la carrera y su vida se había limitado al estudio, los rezos, conferencias, ejercicios espirituales, alguna excursión en los círculos de la obra, y mortificaciones. Se dedicó al derecho civil-administrativo y a trabajar para empresas ligadas a la obra, que eran cientos en España y más de mil en todo el mundo. Como todos los miembros de la obra, entregaba todo su salario a la Obra, y ésta se cuidaba de atender sus necesidades. Además, la Obra contaba con más de quinientos colegios y universidades, medio centenar de emisoras de radio, doce productoras de cine y televisión, doce editoriales, más de seis cientos periódicos y revistas y treinta y ocho agencias de información. La profesionalidad de Beatriz le fue llevando a tareas de responsabilidad en diferentes empresas de la Obra y en el Banco Popular. Todo era secreto y la información se limitaba a los círculos de la Obra. Bueno, realmente la información, el trabajo y la vida. El código entre ellos de "pax" y respuesta "in aeternum", pasó a sustituir en el mundo de Beatriz al "Epa" de los saludos en los montes del caserío.

Escribá murió de las complicaciones de la diabetes en 1975, casi a la vez que su aliado el dictador Francisco Franco, y fue sucedido por su discípulo Álvaro del Portillo. Cuando a principios de la década de los ochenta la Obra fue viendo que España entraría en la Unión Europea, empezó a identificar a personas claves para infiltrar la Comisión Europea, centro del poder político en Europa. Preparaban también a políticos y a miembros del parlamento. Durante la dictadura de Franco, a pesar de choques de personalidades entre el dictador y Escriba, la Obra había crecido junto al régimen, Franco nombró marqués a Escriba y la Obra había colaborado con el franquismo de forma acrítica y ocupando sus miembros destacados puestos en la política, las leyes y la economía del país. No le costó nada a la Obra adaptarse a la transición e ir infiltrando los partidos democráticos y las capas del poder político, económico y social del país.

Beatriz fue elegida para intentar influir en las políticas europeas de derechos

humanos, pues se temía que la Europa no católica influyera minando los cimientos de la moral católica. Por ello, aún antes de haber oposiciones para la primera ola de funcionarios españoles tras la adhesión en 1986, Beatriz ya estudió el derecho comunitario, los tratados europeos y todos los temas relacionados con las oposiciones para la entrada como funcionaria europea. Así, cuando en 1986 pudo presentarse para administradora en la comisión, fue una de las primeras españolas en convertirse en funcionaria europea. Aún sacada la oposición, había que buscar posibilidades de entrar conociendo a personas o estando al tanto de vacantes y procesos de selección, algo a menudo contaminado por influencias, contactos, favores y connivencias entre nacionalidades. Nada limpio ni transparente.

Beatriz consiguió entrar por las redes que el Opus ya tenía dentro de Europa. Para entonces el Opus ya estaba presente en sesenta países y pertenecían a la Obra casi ochenta mil numerarios como Beatriz. Entró en una dirección dedicada a los derechos humanos y la justicia. Incluía asuntos de lucha contra el terrorismo y de control de la inmigración. Antes de entrar en Bruselas, los opositores de la Obra que habían aprobado las oposiciones tuvieron un retiro en un convento de monjes agustinos en El Escorial, cerca de Madrid. El prelado Portillo tuvo unas palabras con cada uno de ellos, treinta y seis ese año. Cuando habló con Beatriz le confió el temor de que Europa estuviese cayendo en un laicismo y en actitudes permisivas del protestantismo, como las referentes a la salud reproductiva. Debía estar muy vigilante a esos asuntos y conocería a muchas personas de la Obra entre funcionarios, puestos de dirección, comisarios y miembros del parlamento, que se pondrían en contacto con ella mediante su código "pax".

Beatriz llegó a Bruselas en 1987. Vivía en una casa compartida en las afueras, en el primer pueblo flamenco, Tervuren, enfrente del maravilloso bosque de los cuidados, Foret de Soignes. Convivía con otras numerarias, dos españolas, en la dirección de empleo y la de agricultura, dos italianas,

una alemana y una francesa. Su rutina era, como lo fue siempre en Pamplona, era rígida: se levantaban a las cinco, rezaban las laudes y, por turnos, leían algunos pasajes de El Camino mientras tomaban un ligero desayuno. Luego iban por el parque, frente al majestuoso museo de África central del sanguinario Leopoldo, y llegaban a la estación del tranvía 44. Completaban uno de los más antiguos y bellos recorridos de tranvía del mundo, a través del bosque y de la señorial avenida de Tervuren. Cuando llegaban a la plaza de Montgomery caminaban hasta la Iglesia de Saint Michel donde oían misa de siete y media a ocho y cuarto. Iban luego paseando a través del Cincuentenario, otro legado de sangre del megalómano Leopoldo. Allí, en el corazón de Europa, estas personas de suma inteligencia, políglotas y compromiso con la Obra, trabajaban en puestos clave.

El trabajo de Beatriz consistía en preparar documentos de programación para ayuda a actividades en relación con los derechos humanos. Tenía el encargo tácito de buscar financiación para la revista semanal "*Europe Today*", con amplia difusión por todo el mundo, de ideas conservadoras en relación a la salud, la educación y la sociedad. También participaba regularmente en los debates y encuentros del Instituto Robert-Schumann y de la Universidad Católica de Lovaina. Comenzó a tener una actividad decidida y organizada en intentar impedir cualquier paso de Europa hacia el aborto. En los últimos años había colaborado en impedir que la ley del aborto ya aprobada en España, tuviera efecto en la comunidad de Navarra. A través de redes de médicos ginecólogos en Navarra, en su mayoría relacionados con la Obra, consiguieron, por objeción de conciencia, que se practicasen abortos en la comunidad. Las personas próximas a la Obra en el gobierno de Navarra, también lo obstaculizaban. Beatriz estaba convencida de la inmoralidad asesina de los abortos, llamados eufemísticamente "interrupciones del embarazo" por quienes los permitían e incluso promovían. Asistía en una clínica a aconsejar a mujeres que

querían abortar, donde los ginecólogos próximos a la Obra, las referían a psicólogos, también próximos a la Obra, y a grupos de apoyo como en los que participaba Beatriz.

Beatriz pensaba en esos niños que aún no habían nacido. No paraba de leer sobre el desarrollo embrionario, ver fotos de su maravilloso crecimiento, leía incluso formas de comunicarse con ellos y estudios que parecían concluir que sentían, se comunicaban y hasta tenían actividad cerebral. En el fondo, el voto de castidad y la vida de numeraria le habían aislado a Beatriz de la vida sexual y de cualquier oportunidad de ser madre. Se había enamorado unas cuantas veces de compañeros de estudio, trabajo o de hombres ligados a la Obra, pero siempre sintió pudor en demostrarlo y se reprimió. En una ocasión uno de ellos intento abusar de ella, y ello le produjo aún más rechazo de los hombres. Pero su instinto maternal era muy profundo y consideraba inhumano el que hubiera mujeres que desearan matar. Eso pensaba, matar, a esas vidas tan necesitadas de calor, de futuro y de amor. Hubiera adoptado a todos esos niños cuyas madres acababan por ir a Madrid, a Zaragoza o a Londres a abortar. Incluso lo solicitó a sus directores espirituales que rápidamente la reprendieron y pusieron penitencias por la blasfemia de pensar en ser madre soltera.

Pero la historia de una mujer le cambió la vida.

Se trataba de Meimuna, una mujer del Senegal. Había venido a España siguiendo a su hermana Rosaline, escapando de la pobreza y la falta de oportunidades en su país. Haciéndose pasar por oriundas y huidas en Sudáfrica perseguidas por el apartheid, consiguieron el estatuto de refugiadas. Rosaline consiguió un trabajo limpiando en un hotel de Burlada, cerca de Pamplona. Cuando Meimuna llegó a España, fue a vivir con su hermana y mientras aprendía castellano, empezó a trabajar como camarera

en un bar local. Era una mujer *wolof* alta, con una figura escultural y unos rasgos delicados y muy bellos en su rostro. Además, siempre estaba sonriente y animada ante la vida a pesar de la vida difícil que había dejado en Senegal, la nostalgia de su familia y sus costumbres, y las limitaciones de la vida de inmigrante en un país que, por ignorancia aún tenía prejuicios frecuentes frente a otras razas. Una noche, al salir, se le acercó un camionero que había bebido de más en el bar. Comenzó a provocarla y ella le apartó empujándole. El camionero, fuera de sí, la sujetó con fuerza, la tiró en un andén del camino y la violó con mucha agresividad, sin parar de decir "negra, puta, si no te gusta, vuélvete a tu país." La dejó malherida y siguió su ruta hacia Francia. Rosaline, preocupada por las altas horas de la noche sin saber de su hermana, salió a buscarla hacia el bar, encontrándola en el arcén de la carretera semi-inconsciente, ensangrentada y medio desnuda.

Meimuna fue atendida en la Clínica Universitaria de Navarra. Cuando se fue recuperando de los golpes y heridas, e incluso de una cirugía de sus genitales, desgarrados por la brutal agresividad del acto, le informaron que había quedado embarazada. Meimuna sintió una mezcla de tristeza, vergüenza, rabia y desesperación. Era de creencias musulmanas y se debatía entre ser madre o acabar con ese producto en sus entrañas del odio y la violencia, que además la estigmatizaría de por vida, dificultándole tantos sueños como tenía de estudios, de familia "normal", de tantas dimensiones como mujer. De hecho, ciertos líderes musulmanes aceptaban el aborto en circunstancias de violación. Incluso el no hacerlo ponía a las víctimas bajo sospecha de realmente haber consentido a relaciones adúlteras, algo mucho más grave para muchos musulmanes que el aborto en ese caso extremo. Pero más que la creencia musulmana le atormentaba la sensación de estar mancillada, invadida, ahogada su vida por la violencia y sus consecuencias. Preguntó al ginecólogo del hospital si podían terminar ese embarazo, y le contestaron que en ese centro no practicaban abortos

pero que le aconsejaban asistir a sesiones con los servicios sociales, un psicólogo y un grupo de apoyo, mientras decidía qué quería hacer.

Fue así como Meimuna conoció en una reunión con otras tres mujeres en situación similar, a Beatriz. Tenía entonces 50 años y sus ciclos irregulares ya indicaban que acabó su tiempo de concebir biológicamente. Meimuna tenía veinte años. Sintió por ella un afecto maternal. Desde la violación, Meimuna había dejado de arreglarse, vestía sencillos vestidos, sin apenas colores. Había dejado de peinarse, con trenzas senegalesas tan artesanas que solían hacerse mutuamente su hermana Rosaline y ella. Había dejado de ilusionarse con el futuro. Tenía terror a ir al bar y a pasear sola por la calle. Tenía realmente terror a la vida. A la suya y a la que llevaba dentro. Beatriz notó en su mirada perdida una tristeza profunda como un pozo oscuro sin fondo. Al acabar la sesión, en la que apenas participó Meimuna, Beatriz le dijo que le gustaría ir a visitarla a su casa y hablar a solas, con más calma. Meimuna apenas murmuró un "vale". Tres días después, Beatriz la visitó en el pequeño piso de Burlada. Rosaline estaba trabajando en el hotel.

-Hola Meimuna, he venido a verte, te he traído estas pastas.

-Gracias, pasa Beatriz

Por entonces Meimuna ya hablaba bastante bien el castellano, a pesar de nunca haber tenido la oportunidad de seguir clases.

-He venido a escucharte, Meimuna. Quiero ayudarte.

-Gracias. La verdad es que no siento ganas de vivir.

-Te entiendo. Todas las personas que han sufrido la violencia, sienten un miedo, una decepción del ser humano y una profunda tristeza de comprobar ese lado tan oscuro de la naturaleza humana.

-Pero además de eso, estoy en un país extraño en el que a menudo sufro racismo. Creo que influyó en cómo me trato aquel hombre, y me enfrento sin fuerzas, sin medios y sin ilusión a la vida de un ser que nacería con todo en su contra. Destinado al dolor. Incluso mayor que el mío.

-Comprendo tu desesperación hacia el futuro, pero quiero que vayamos hablando juntas de cada una de esas tristezas de cada uno de esos temores. De todos. Todos los detalles de esa vida que ahora late dentro de ti.

Meimuna rompió a llorar. Beatriz simplemente la rodeó con sus brazos y la acarició sus cabellos con ternura durante largo tiempo.

-Hacía mucho que nadie me daba calor. Entre hermanas no tenemos costumbre. Ni mi madre ni nadie me abrazaban. Gracias Beatriz.

-Te doy todo mi amor, Meimuna. Puedes contar conmigo para lo que quieras, a cualquier hora, para lo que sea.

-Gracias. Pero no entiendo ¿por qué te interesa tanto ayudarme?

-Te aseguro que no tengo ningún interés. Sólo deseo tu felicidad y la de la vida que está creciendo dentro de ti.

-Eso ya es un interés, Beatriz: que actúe como tú piensas que debo hacerlo. Por tus creencias. Que no vaya a Madrid o a Zaragoza, y vuelva a ser la mujer de antes, con un futuro por delante, olvidando esta terrible mancha en mi vida. Como podré olvidarlo cuando cada día vea en mi hijo el rostro de ese monstruo? ¿Cuándo ni pueda ni sepa darle de educación, u ofrecerle un espacio seguro, un futuro de ilusión? ¿Cómo puedo desde mi dolor, transmitirle confianza, esperanza?

-Te entiendo, Meimuna. Sobre mis ideas, tienes razón. Todos tenemos unas ideas, unas creencias. Yo venero la vida y creo que ir contra ella trae al final más dolor y más deshumanización, que el cuidarla. Pero tienes razón, no quiero por ello no respetar tus ideas. Si a pesar de ver todos los detalles de cómo sería tu vida, la del bebé, la de los dos y la belleza que tendría esa fuerza heroica de preservar, a pesar de todo, la vida; desees abortar, no te juzgaré y te respetaré igualmente. Pero es algo que no puedo ayudarte a hacer. Venero la vida, Meimuna.

-Es fácil decirlo desde tu situación, no implica nada para ti.

-Lo sé. Por eso vengo sobre todo a escucharte. Y si quieres ver cómo podría ser esa vida a tu lado, pregúntame lo que quieras, pídemelo lo que quieras.

Beatriz se quedó pensando. En el fondo esa "bondad" cristiana venía con un "precio", el de aceptar las ideas del que "ayudaba". Sintió tanta ternura hacia aquella mujer, que sin pensar en su obra, sus normas, en nada. Le dijo:

-Rectifico: si cuando hayamos hablado de ello, quieres seguir adelante con el aborto, también te ayudaré. Te acompañaré, si quieres, a Madrid o a Barcelona, y veré como ayudarte en el tratamiento.

-¿Pero si eso es pecado para vosotras?

-Es mayor el pecado de no amar, y mi prioridad ahora es darte todo mi amor, de la forma que elija la vida.

La expresión de Meimuna cambió.

Durante el mes siguiente, Meimuna y Beatriz se reunieron cada día a charlar, a pasear, fueron a las montañas a ver atardeceres y a los bosques a andar descalzas sobre la tierra húmeda. Cuando hubo recuperado un poco de sintonía con la vida, empezaron a hablar de la vida del niño. Beatriz le daba masajes en la barriga, ya de tres meses. Aproximándose al límite de edad para poder acabar con aquello. Quiso ser respetuosa y Meimuna fue pidiéndole a ella información sobre el embarazo, que pasaba dentro y como era entonces ese proyecto de vida.

-No es "proyecto", Meimuna. Es vida, de otra forma, pero vida.

Al día siguiente le trajo los libros con fotos de embriones.

-Mira que fotos Meimuna. Mira sus formas, los detalles de los dedos, de la cara, de los pies, sus gestos, las curvas de sus labios o de sus ojos, pareciendo indicar expresiones, sentimientos. ¿Sabes? hay estudios que han indicado la actividad cerebral e incluso sonidos dentro del saco amniótico. Como si fueran formas de comunicarse.

Siguió Beatriz:

-Meimuna, no son proyectos. Si, son vulnerables. Pero con vida. Una vida

simplemente unida a sus madres. ¿Pero no somos iguales o más dependientes cuando nacemos? ¿Cuándo envejecemos?

Meimuna fue cogiendo confianza, fue sintiendo los cambios en su cuerpo, y fue pensando en la vida del niño. Veía niños por la calle, en el parque, y empezó a disiparse su temor de un niño con malos sentimientos. Aquel padre violento no tenía por qué estar dentro de ella. Pensó que traer al mundo a esa vida sería una apuesta por la vida, una apuesta tan fuerte, en contra de lo que la mayoría hubiera hecho por no permitir ese nacimiento, que esa vida sería sagrada, sería predilecta de su Alá y del Jesús del que hablaba Beatriz.

Así fueron a ver niños en los nidos del hospital y en las guarderías. Fueron pensando en cada detalle, en su alimentación, en la música que oiría desde el vientre, en su cuna, su rincón, su ropa, en su futuro en la guardería, la escuela y en cómo sería. Seguro que sería valiente por haber vencido a la muerte aún antes de nacer. Beatriz consiguió tantas posibilidades de ayuda, de los servicios sociales, de caritas y de la misma Obra, que Meimuna fue ganando confianza. Beatriz le dijo que a pesar de la maternidad, lo importante era que Meimuna estudiara y fuera luchando por un sueño.

Meimuna le confesó que quería ser cantante. Estudiar canto y música, y cantar canciones de paz y amor para un mundo mejor. Beatriz habló con personas de la Obra y consiguieron que una numeraria, virtuosa del piano y del canto lírico, la empezara a dar clases. Poco a poco fueron consiguiendo otros contactos a medida que fue mejorando su técnica. A través de conocidos, Beatriz consiguió la dirección de Amaya, la cantante solista del grupo Mocedades. Le escribió una carta sobre la heroicidad de Meimuna y su deseo de cantar al mundo paz y amor. La carta debió conmover a Amaya, quien tenía una academia de canto en Bilbao, además de seguir grabando

discos. Beatriz le dijo que podía quedarse en casa de amigos y asistir durante un mes a clases con aquella mujer de una voz tan hermosa y un corazón tan grande. La expresión de Meimuna empezó a brillar con tanta fuerza. Beatriz le trajo un día una guitarra y un manual para aprender acordes y ritmos, aprendieron juntas "sólo era un niño" de Mocedades y "si te conozco bien" de Víctor Manuel.

Un día, ya cerca del término del embarazo, Beatriz le dijo a Meimuna:

-Meimuna, creo que eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida. Has decidido traer una vida a este mundo en contra de todas las dificultades. Y no lo has hecho por creencias, dogmas, miedo al pecado o al qué dirán. Lo has hecho por puro amor. He soñado contigo varias veces y te he visto preciosa como eres, con un niño maravilloso, mezcla de razas y colores, que te querrá mucho, y con una guitarra, un compañero bueno que te cuidará, y un mensaje de amor al mundo que vibrará en millones de almas.

Meimuna la abrazó emocionada.

A finales de 1985, nació "Mohamed-Jesús".

XLV. Al rescate del dolor. Johannesburgo 1992

Jack le dirigió a John hasta una granja a unos veinte kilómetros al norte de Soweto. Haka y Jack vigilaban a Jason, a quien le habían puesto un pasamontañas para que no pudiese identificar el camino. Estaba bien sujeto con la cinta americana en los pies, en las manos y en la boca. Comprobaron que nadie les seguía.

Kate, mientras tanto, había terminado un artículo sobre el secuestro de niños en Matabeleland por una mafia desde Sudáfrica y cómo se habían desvelado alguno de los burdeles donde las niñas era prostitutas desde los doce años. Había mandado el artículo a Patxi en San José, a Helen en Bulawayo y a Beatriz en Bruselas, así como el informe del "día cero". Tenía sobres preparados con el artículo para el ministro del interior, para el jefe de policía, para algunos periódicos locales, para otros de Zimbabue, para agencias de noticias internacionales, parlamentarios europeos, senadores americanos y los directores de UNICEF en Nueva York y su Instituto Innocenti en Florencia e incluso para el secretario general de las Naciones Unidas. También, sin estar en el plan, había contactado con una mujer de origen indio, Nadine, a quien había visto en televisión y luchaba con una fuerza y claridad que abrumaban, contra la violencia sexual contra los niños en Sudáfrica. Aún lo tenía todo preparado y sin mandar. Esperaba al final del Plan A, o que pasasen a los otros planes.

A unos cuarenta kilómetros al noroeste, Haka, John y Jack llegaron con Jason a la casa secreta del Congreso Nacional Africano, una pequeña finca en las montañas. Les recibió un hombre de unos sesenta años al que Haka y John fueron introducidos como "gato gris". Ya estaba informado de la situación por las redes de contacto del partido. Pusieron a Jason en la cama de un cuarto. Le quitaron la cinta americana de la boca. Haka le dijo:

-Nadie te va a oír. Aquí tienes agua que puedes beber con esta paja. Eres

inteligente y sabrás que estas aquí para contarnos todo lo que vuestra banda ha hecho y está haciendo con las niñas de Matabeleland, con los niños, las redes que tenéis con otras bandas, todo. Cada minuto cuenta en rescatar a esos pobres niños del terror. No nos gusta la violencia. Dinos todo y buscaremos como tratar tu enfermedad, tu adicción y cómo puedes pagar por los crímenes que has cometido, con justicia, sin violencia. Si no lo haces, simplemente tu adicción te hará corroerte por dentro, tu enfermedad irá avanzando y la policía blanca, a la que alertaremos, junto a gentes de muchos países, harán el resto. Aunque seguramente no lleguen a tiempo para impedir que la mafia de este horrible negocio, te corte la lengua y el cuello. Piensa en ello.

Dejaron a Jason una hora en aquella habitación. Sabían que su propia adicción era su tortura y haría lo que fuese, diría lo que fuera, para conseguir una dosis. Habían cogido "cookies" de su guarida en Soweto, suficientes para una semana. Alargando los periodos entre las dosis para que su abstinencia le llevara al borde de la locura pensaban que conseguirían la información que necesitaban.

Mientras estaban hablando, oían las noticias en la radio. Todos sintieron una gran emoción al oír como Nelson Mandela era liberado, tras casi treinta años. Le oyeron decir sus primeras palabras. A Haka le pareció increíble que un hombre al que habían arrancado la mitad de su vida para tirarla en una prisión por luchar contra el racismo en el último país del mundo donde se mantenía ese horrible concepto de supremacía de una raza sobre otra, no destilara ni una sola expresión o sentimiento de odio, de venganza, ni siquiera un humano grado de rencor hacia sus carceleros. Fue firme, sin embargo, y valiente, no renunciando a la lucha armada mientras su pueblo siguiese sometido. Encontraba tremendas similitudes entre aquel hombre, incluso risueño y amable con todos, y las historias que Patxi le contaba sobre Gandhi y sus anécdotas en su diario en búsqueda de la verdad.

-Hoy es un día que cambiara la historia de Sudáfrica y del mundo. Pero debemos permanecer alerta. Hay quienes dicen que le han soltado para asesinarle, pues su mito en *Rhoden island* tenía más fuerza que alguien libre al que pueden acusar falsamente de algo, enturbiar su nombre y asesinarle, como hicieron con Biko.

En ese momento, la radio clandestina que oían transmitió los cantos que rodeaban a Nelson Mandela cuando desde Ciudad del Cabo fue a los suburbios negros de *Mitchel's plain* y *Kaleyitsa: Nkosi sikelele África*. Se levantaron y con el puño izquierdo en alto y cantaron emocionados aquel canto de lucha noble.

Que distinto, pensó Haka, a la lucha cruel, cobarde y sin apenas sentido de la independencia vasca, al himno del soldado vasco, a las tenebrosas cárceles del pueblo, a los sobornos, secuestros, bombas y tiros en la nuca. Nunca participó en ningún atentado homicida, pero había contribuido de alguna manera a ese horror, aunque también, desde dentro, a cambiarlo, a humanizarlo y convertirlo en un partido político no violento. Pero sintió en esta alianza noble con un pueblo que luchaba por una libertad que su pueblo vasco gozaba, tras la muerte de Franco, sin apreciar, contra una dictadura racista que en nada se parecía al estado español tras la transición democrática.

"Gato gris" les ofreció un té, mientras decidían un plan:

-Tenemos algo de información de nuestros contactos en Soweto: este Jason tiene cinco acólitos, sus lugartenientes. Hemos informado a nuestros hermanos del ZAPU, en Zimbabue, para que estén preparados cuando podamos desvelar toda la trama. Ellos están investigando quienes pueden haber estado aliados en la policía de la aduana e incluso en el ministerio. Les preocupa que esto se quiera relacionar con las demandas de crimen del gobierno contra los disidentes. Sólo piden que *Amani Trust*, y esa tal Helen,

permanezcan callados ante la opinión pública hasta que se liberen a los niños y vuelvan con sus familias. El asunto está en manos ya del Ministro Stamps, que seguirá cada día como desentramamos este horror y asegura que limpiara cualquier trazo o sombra aliada en Zimbabue.

Haka se sintió abrumado por el grado de información y el alto nivel al que habían llegado las noticias. Temió que todo ello pudiera afectar a Helen.

-Gato gris, en este momento no podemos confiar en nadie. Sólo lo hacemos en vosotros. Te pido que la información no salga más allá de quien ya está informado y mandes un mensaje de que es alto secreto. Estoy convencido de que esta mafia es sólo una de las muchas ramificaciones de una red de criminales ligada a tráfico de personas, de drogas y de armas. Cualquier información fuera de nuestro control pondrá en peligro nuestras vidas y el que podamos desmontar este tejido del horror.

-Pasaré el mensaje.

Dijo "gato gris".

Fueron al cuarto donde estaba Jason, quien miraba fijamente al techo y ya empezaba a tener temblor fino en sus dedos y las pupilas dilatadas. Le pusieron la cinta americana en la boca y le ataron a la cama.

-Jason. Piensa en los nombres, lugares, fechas y actividades. Mañana nos contarás todo. Hasta como te lavas los dientes. Todo. Si no, acabaran poco a poco tus días hundiéndote en tu propia adicción y sin aprovechar por una vez en tu vida, la oportunidad de salvar a cientos de niños del horror.

A la mañana siguiente empezaron a interrogarle. John tomaba notas. Jack le iba preguntando. *Gato gris* estaba ocupado mandando mensajes en clave a través de un joven que se acercó hasta la finca en una bici.

En dos días, Jason, cada vez con más temblor, sudores, dolores, fue contándoles una historia de diez años de crimen organizado pleno de los horrores más inhumanos.

Jason estaba a las órdenes de un tal "Godfrey el gordo", quien vivía en Johannesburgo. Era confidente de la policía blanca y a cambio le dejaban en paz con sus negocios sucios. Se había infiltrado en el Congreso Nacional Africano y en otros grupos anti-apartheid, y había delatado a muchos luchadores por la libertad. Se empezaba a demostrar la utilidad de luchar juntos contra esta mafia. Jason recibía protección de Godfrey, pasaportes falsos, armas y contactos seguros para el tráfico de droga. A cambio, le entregaban la mitad de lo que sacaban de sus sucios negocios. Jason sabía que Godfrey y sus lugartenientes tenían contactos en el ejército sudafricano y en su apoyo a RENAMO en Mozambique y a UNITA en Angola. Había visto a algunos, que eran claramente blancos de la ex-Rhodesia. También habló de contactos para las armas y para las redes que se extendían a otros países con un grupo llamado "*Executive Outcomes*", llamada también "EO", con oficinas en Johannesburgo. Jason sólo menciona ese nombre, que había oído varias veces pero no sabía ni nombres, ni actividades ni conexiones.

El plan de secuestrar a niñas y niños en Matabeleland surgió a través de otro negocio que había ido desarrollándose en los últimos cinco años. Se trataba de llevar a los jóvenes muertos por el SIDA hasta Matabeleland. Comenzaron por algunos que estaban adictos a la droga. Unos dejaban dinero para que les llevaran a descansar con sus espíritus. Jason, por entonces traficante de droga bajo la protección de Godfrey, consiguió comprar dos viejos pick-ups y empezó a cobrar a esos moribundos y sus familias por devolver sus cuerpos roídos por la enfermedad y la droga, a las tierras de sus antepasados. Para ello contaba con aliados en la aduana de Beitbridge y en la policía de Sudáfrica. Les despojaba de todo lo que tenían y al llegar a sus *kraals* en Matabeleland o en otras regiones de Zimbabue, les chantajeaban a sus familias para que les dieran más aún, de lo poco que

les quedaba.

También empezaron a controlar el negocio de los *amacimbis*, y a la caza furtiva en los parques de Matopos y de Hwangué, de donde traían marfil de elefante para la venta ilegal en todo el mundo, y cuernos de rinoceronte, para el negocio de la superstición en China. Todo lo controlaba Godfrey y les daba protección por sobornos policiales, armas y contactos con la logística de un grupo dentro del ejército sudafricano que unía al batallón 32 y al SWAPOL, y que conocían como "EO".

Gato gris sospechaba que parte del dinero iba a "EO" protectora a su vez de Godfrey y de muchos otros clanes criminales, y aliada con el ejército blanco sudafricano y sus actividades guerrilleras en Mozambique y Angola. También sospechaban conexiones entre EO y la compañía que monopolizaba el negocio de diamantes en el mundo, "De Beers". Habían oído que De Beers controlaba la extracción de diamantes en el Sur de África y , a cambio de protección de EO, los exportaba en gran medida clandestinamente hasta redes de comerciantes judíos en Amberes, en Bélgica, el centro de ese negocio billonario en el mundo. EO y sus redes obtenían parte del pago en diamantes con los que intercambiaban armas del mercado negro y las vendían a su vez a regímenes sanguinarios o a guerrillas no menos violentas, o a ambos bandos. Había también conexiones con Gadafi en Libia, verdadero suministrador de armas a cambio de diamantes clandestinos o tráfico de influencias, a menudo en connivencia con agentes de inteligencia de los dos bloques, americano y ruso. Era un complicado entramado de crimen, negocios clandestinos, favores e intrigas, en el que se alimentaban las guerras, gran negocio para el tráfico de armas y tapadera para el tráfico ilegal de diamantes y otros minerales estratégicos como el Coltan en Goma o las "tierras raras" en Katanga. El lujo, las tecnologías más sofisticadas de la comunicación, el poder de los tiranos, los negocios de prostitución y drogas, mantenían una gran industria, enormes beneficios, y un sufrimiento terrible de pueblos arrasados por violencia,

cuerpos corroídos por la droga, vidas destruidas desde la tierna infancia por la prostitución, gobernantes y empresarios corrompidos por el dinero y el chantaje, y miles de criminales como Jason por todo el mundo, verdugos y a la vez víctimas. Toda una profunda y compleja red horrible que había infiltrado el mundo.

Al tercer día tenían ya una lista con treinta y tres nombres y direcciones, además de una libreta de teléfonos que llevaba en su pantalón cuando le sacaron de Soweto. Confiaban en que en esas casas y prostíbulos estaba las niñas secuestradas de Zimbabue que Haka tenía anotadas en su cuaderno. Jason había confesado que algunos niños también iban a destinos de clubs de lujo en Johannesburgo donde turistas homosexuales o extranjeras, abusaban de ellos.

Haka se sentía angustiado por no poder alertar cuanto antes a la policía de toda la trama y acabar con tanto sufrimiento. Sabía que con la ayuda de Kate podían evitar la complacencia de la policía por la alerta que estaba dispuesto a sembrar en medios e instituciones de todo el mundo. También querían cuanto antes preparar la vuelta a Zimbabue con el apoyo del Ministro Stamps.

Sin embargo, casi todos los niños y algunas niñas pequeñas habían sido llevadas fuera de Soweto a través de un contacto de Godfrey al que llamaban Rambo. Había otra trama que desvelar. Si no ataban ese cabo, podría esfumarse al alertar a la policía de la trama de prostitución.

-Necesitamos averiguar quién es ese Rambo. Cualquier palabra, fecha, dirección, es importante.

Dijo Haka.

Pensativo, el gato gris reflexionó:

-No podemos atacar nosotros a Godfrey el gordo. Está protegido por la policía blanca y por grupos de los que no sabemos mucho, como EO y posiblemente entramados de tráfico de armas, diamantes y grupos guerrilleros. Debe estar muy blindado y no será tan fácil como fue atrapar a Jason en su guarida. Sólo habría una forma: aprovechar su condición de confidente del Congreso Nacional Africano. Le podríamos convocar a una reunión fantasma en la que supuestamente se reorganizaría la lucha armada con la salida de Mandela. Tenemos que lanzar un anzuelo infalible. Pero aún si le atrapamos, en seguida su red reaccionara. Nos jugamos el cuello, o que se esfume el entramado, o las dos cosas.

-No podemos esperar mucho, debemos decir pronto lo que sabemos y dar un golpe. Cuanto más tiempo esperemos, más estarán sobre nuestros talones, o más estarán preparados para evadirse, transformarse, e incluso llevarse o hacer más daño aún a los niños.

Mandaron a los mensajeros para seguir constantemente a Godfrey, y activaron a todos sus informadores en Soweto para averiguar quién era ese tal Rambo. Mientras tanto, intentaron sacar a Jason cualquier información relativa al tal Rambo. Entrando en su segundo síndrome de abstinencia, Jason dijo que una vez que trajeron seis niños de entre siete y doce años, Godfrey se presentó en la guarida de Jason. Su coche había sufrido un pinchazo. Y parecía tener prisa. Por eso, en lugar de llevarse a los niños en su Mercedes negro, mencionando, como otras veces, que Rambo se alegraría, le pidió a Jason que los llevara a un descampado cerca de Soweto, donde alguien recogería a los niños. Recordó, bajo la presión angustiada de Haka, que era una pequeña furgoneta blanca en la que figuraba un nombre: " Nuevo Amanecer ", Johannesburgo.

-¡Bingo!: como lo grabado en la casa de Jason.

Pensó Patxi.

Haka decidió ir a Johannesburgo a averiguar todo lo que pudiera, sobre ese lugar. En 24 horas, alertarían a la policía, en coordinación con la prensa y los contactos internacionales, de todo lo que tuvieran. Si había cabos sueltos de otros contactos, los seguirían después. No podían limpiar el mundo de indeseables en dos días. Pero si podían salvar a muchas de aquellas niñas y poner a la opinión pública a través de los medios, y a responsables nacionales e internacionales, en alerta de esta mafia.

Haka se iría con Jack, mientras *gato gris* y John seguirían custodiando a Jason. John había preparado el informe del día 2, con todo lujo de detalles del interrogatorio a Jason, en un informe aparte. Describía a Jason y sus cinco aliados, sus detalles, direcciones y fechas de encuentros, viajes a Zimbabue, rutina de reuniones, tenencia de armas y drogas. También describían los seis prostíbulos que acogían al menos a sesenta de las niñas, de entre once y diez y seis años. Detallaban las direcciones, las fechas en las que fueron llevadas, las personas que dirigían esos antros, y el dinero que recibían Jason y sus compinches de ellas. También describían las jerarquías superiores de la mafia: como recibía protección de Godfrey, incluidas armas, drogas y complacencia de la policía y la aduana, a cambio de dinero de la prostitución, de la venta de droga. Y como en ese acceso a armas y a protección, parecía estar involucrado EO. No iban más allá en desentrañar la red de contactos, influencias y actividades de EO en el resto de África, quizás en el mundo. Y el vínculo con el tráfico clandestino de minerales preciosos, ligados a compañías muy poderosas como De Beers, y a negocios billonarios.

Antes de irse Haka, John le dio el informe para que lo llevara a Kate, y así actualizara el informe que llegaría a la policía y los demás.

Haka temía algo incluso más tenebroso en el "Nuevo Amanecer" y tenía tan sólo veinte horas para añadir la información que pudiera salvar a los niños, o a los que estuvieran con vida.

Llegaron a casa de Kate. Jack era experto en comprobar si eran vigilados. Parecía todo tranquilo. Subieron al apartamento de Kate, quien le recibió con sorpresa, preocupada. :

-¡Haka! ¿Y John?! ¿Ha fallado el Plan A?

-No, tranquila. Déjame que te presente a Jack, de quien ya te hable en mi informe del día 0. Sin él y como ha movilizado al Congreso Nacional Africano, no podríamos haber hecho nada.

-Encantado Kate.

-Gracias, Jack. Vuestra lucha por la justicia no podía ignorar este horror, sabía que os volcaríais. Enhorabuena por la liberación de Mandela. El mundo observa muy de cerca a Sudáfrica. Hay muchas esperanzas.

Haka le puso al día a Kate de todo lo averiguado, le entregó el informe que había preparado John y le dijo que necesitaban fotos de cada uno de esos lugares. Kate llamó a varias personas para pedirles que hicieran ese trabajo de forma muy discreta. Haka le contó la urgencia de tirar del hilo de Rambo y el "Nuevo Amanecer". Le dijo que necesitaban investigar las siguientes veinte horas para añadir al informe actual, la información que pudieran obtener del paradero o destino de los niños y algunas de las niñas. Sugirió que desvelasen la historia a la periodista y activista Nadine. Kate la conocía y la llamó. Vendría por la tarde.

Pasarían la mañana investigando "Nuevo Amanecer". Haka hizo una llamada a Beatriz, en Bruselas, otra a Kate, en Bulawayo; y la tercera a Nadine.

La cuarta la hizo al operador de teléfonos de Johannesburgo, quien le

informo del número de teléfono de " Nuevo Amanecer".

-Buenos días. ¿Es "Nuevo Amanecer"?

-Sí, buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

-Un familiar mío tiene un grave problema de salud, y necesito encontrar el mejor tratamiento posible en Sudáfrica.

-No atendemos directamente a pacientes. Somos un centro de referencia de médicos prestigiosos de todo el país y del extranjero.

-Entiendo. ¿Qué tipo de tratamientos proporcionan?

-Lo siento señor. No me está permitido darle esa información.

-Disculpe. Comprendo la confidencialidad. Hablaré con mi médico.

Extraño. ¿A qué se dedicaba esa clínica, que no podía desvelar abiertamente sus tratamientos?

Kate se quedó en el apartamento haciendo llamadas para averiguar todo lo que pudiera de ese centro y que posible relación podría tener con los niños.

El operador también les había dado la dirección. Haka y Jack se dirigieron allí. Deberían actuar con cautela. Estaba claro que no atendían al público directamente.

Se trataba de un edificio moderno de tres pisos del centro de Johannesburgo. No figuraba ningún cartel en el exterior. Los cristales eran ahumados. Había un telefonillo de seguridad, con una cámara. Al lado de la entrada, una rampa bajaba hacia un garaje.

Jack fue a un edificio colindante, para investigar la parte trasera del edificio. Se trataba de una compañía de seguros. Preguntó en recepción por el departamento de seguros de vida y pudo perderse por las escaleras de incendio, intentando llegar al patio posterior.

Mientras tanto, Haka se escondió tras un contenedor de basura que había al fondo de la rampa del garaje. Llevaba su mochila con su Makarov, la cámara y la grabadora. Su plan era esperar a que alguien entrara en el garaje, y deslizarse al interior del edificio sin ser visto.

Mientras tanto, Jack había subido hasta la azotea de la compañía de seguros y había podido saltar hasta la azotea de "Nuevo Amanecer", aunque la puerta de salida al tejado, estaba cerrada. Vio una escalera metálica y comenzó a bajar los tres pisos hasta el patio trasero, con sumo cuidado de no ser visto.

Mientras esperaba su oportunidad, Haka abrió discretamente el contenedor y vio bolsas negras. Abrió una de ellas y vio que había gasas con sangre, restos de suturas, vendas, botellas vacías de antisépticos, viales vacíos de un anestésico: *ketamina*, y también viales de un medicamento del cual no había oído hablar antes: ciclosporina. También vio que había botellas vacías de sueros, papel usado de electrocardiogramas, y papeles diversos. En un trozo de uno de ellos vio una especie de formulario, y pudo identificar las palabras entrecortadas: *...patibilidad HLA*.

Todo encajó en los peores augurios de Haka: en esa clínica se hacían trasplantes de órganos. Los viales eran de anestésicos y de inmunosupresores para prevenir el rechazo. Los niños eran la fuente de órganos para clientes seleccionados por "médicos prestigiosos", seguramente pagando altas cantidades. Haka sintió un vuelco en el corazón al sospechar que el tráfico de niños estaba ligado al tráfico de órganos. No

sabía si seguir investigando en las pocas horas que tenía o simplemente difundir la información que ya tenían, aunque ningún dato era definitivo de nada. Haka decidió que necesitaba más evidencia, algún documento, foto o conversación. Algún rastro de los niños. Comprobó que había una cámara que controlaba la entrada del garaje. Pudo acceder al cable de conexión y lo corto con su navaja suiza multi-uso. Posiblemente ello alertaría la seguridad, pero debía intentarlo.

Unos minutos después oyó un coche aproximarse a la entrada del garaje. Se escondió detrás del contenedor. La puerta se abrió con un control remoto. El coche, un BMW 625 plateado, entró al garaje. Haka tuvo un par de segundos para comprobar que el coche giraba una bajada a la derecha y él tendría unos segundos entre salir del campo visual del conductor y que la puerta se cerrara automáticamente. Eran las diez y media de la mañana. Bajó la rampa cuando escuchó que el motor había parado y la puerta del coche se había abierto y cerrado. Hizo una foto al coche y la matrícula. Encontró una escalera al lado del ascensor, que indicaba que estaba subiendo: bajo, primero, segundo. Subió las escaleras. No podía salir en cualquier piso sin pasar desapercibido. Era demasiado peligroso. Además, intuía los movimientos de Jack. Subió hasta la azotea. Tuvo suerte. El pestillo interior era manual. Abrió. Escuchó un movimiento. Al rato salió Jack, escondido tras una chimenea. Con gestos, Jack le indicó la escalera metálica y vieron que en el patio trasero había otro contenedor.

Bajaron poco a poco por la escalera metálica interior. Haka le indicó a Jack que bajara hasta el patio e investigara el contenedor. Haka fue bajando poco a poco intentando averiguar algo de lo que pasaba en su interior. En el segundo piso, donde había llegado el conductor del BMW, pudo ver a través de la ventana, con cortinas entreabiertas, un quirófano, y a una enfermera vestida para operar. Pudo hacer una foto, aunque no se podían percibir detalles. Permaneció unos minutos al oír una conversación. No entendía el idioma que hablaban. Lo registró durante unos eternos cinco

minutos, con su grabadora. Siguieron bajando y vieron en el primer piso a un niño en una cama. Parecía dormido. Una mujer obesa estaba a su lado leyendo lo que parecía unas notas en un papel. Hizo otra foto. En la planta baja vio una oficina, recepción y una sala que parecía un laboratorio. Hizo otra foto. Llegó hasta donde estaba Jack. Comprobó que estaba como paralizado. Le temblaban los labios. No podía hablar. Con una seña le indicó que mirara dentro de la bolsa del contenedor, que había entreabierto.

Al hacerlo, vio el cuerpo de un niño, con una incisión en el abdomen y los párpados cosidos. Sintió la más profunda tristeza y rabia que nunca había sentido en su vida. Iban a hacer lo mismo con el niño que esperaba dormido. De nuevo el dilema, destaparlo ahora y alertar al resto de la banda y posiblemente perder el rastro de los otros niños, o esperar a que la policía los rodease, con la prensa como testigos.

-Jack, no podemos dejar que asesinen a ese niño. Vamos a detener esto, a bloquear las cámaras, y a detener a estos asesinos atándoles. Tengo un arma y la cinta americana. Cuando lo hayamos parado, llamamos a Kate. Plan B ya. Y nosotros desaparecemos. Si no hacen lo que deben, pondremos de testigo al mundo.

-A por ellos, Haka. ¡Amandla!

Forzaron la ventana del patio hacia la planta baja. Se pusieron pasamontañas y Haka apuntó con la Makarov a la mujer en la recepción. Le dijeron que desconectara las cámaras y luego la ataron con cinta americana y amordazaron. Hicieron lo mismo con dos personas en el laboratorio, dos enfermeras en la primera planta donde estaba sedado el niño, y otras dos enfermeras y dos médicos en el quirófano y una persona más en la sala de cuidados intensivos. Antes de irse, Haka copió en varios discos "floppys" toda la información del disco duro e hizo un carrito entero de fotos de cada rincón de la clínica.

Luego llamaron a Kate:

-Plan B en cinco minutos, lo más urgente posible. Y anónimo secreto total.

Salió primero Jack y trajo el coche a la entrada. Haka salió con el niño sedado en sus brazos y lo metió discretamente en el asiento de detrás. Cerró la puerta por fuera, para evitar que nadie, aún atado, pudiera salir antes de que llegara la policía. Salieron hacia el apartamento de Kate.

Kate había adaptado la carta, la había dejado en el buzón de la policía y del ministerio de interior, el de justicia y el de sanidad, avisando después a cada institución por una llamada anónima y filtrada con un trapo húmedo, en la que avisaban de la carta, muy urgente. Tardó exactamente doce minutos en hacerlo. Había citado a la periodista Nadine urgentemente, ante el cambio de planes. Por entonces llegaron Haka y Jack con el niño, al apartamento. Le dejaron ir saliendo del sueño acostándole en la cama de Kate.

Necesitaban revelar cuanto antes las fotos. Kate las reveló en blanco y negro en su pequeño laboratorio doméstico. Eran importantes para la prensa. Tenían conectadas la televisión y la radio. La nota a la policía decía que si no llevaban a cabo y avisaban de la redada en dos horas, los medios de comunicación serían activados. Faltaba una hora y media.

Prepararon la carta con todo detalle, fotos, direcciones, datos para la prensa. Llamaron a *gato gris* y a John, y les contaron en código :

- "Plan B por niños en peligro". Mantener anonimato ante Jason. Hay que dejarle atado y amordazado en el punto acordado del que se informará a la policía.

Se pusieron a escuchar la cinta de la grabadora. Kate identifico el idioma como hebreo, pero no pudieron entender que decían. Pasaron a leer los discos *floppys* : había correspondencia, contabilidad, una agenda de teléfonos y direcciones, bases de datos de materiales y compras de materiales médicos, del personal del centro, de médicos en hospitales de Sudáfrica y las más importantes : trasplantes realizados, y otras dos listas terribles : una con niños con códigos de números, y su sistema genético HLA, identificado en aquel laboratorio de la muerte, y otra con unos cuatrocientos nombres, edades, direcciones, órgano pendiente de trasplante y HLA. Vio que casi todos los nombres correspondían a personas en Israel.

Para entonces, vieron la noticia en la televisión:

-La policía de Sudáfrica ha descubierto una trama de prostitución que llevaba unos meses investigando. Se han detenido a trece personas responsables de estos negocios y a unas sesenta jóvenes, muchas de ellas inmigrantes ilegales de Zimbabue. También han clausurado una clínica privada por problemas de registro oficial, hasta que se esclarezcan los problemas administrativos.

Sacaban un corto video en el que se veían el arresto de Jason, de algunos de sus lugartenientes y de las jefas de tres prostíbulos, además de meter en camionetas de la policía a las niñas, pintadas y con ropas provocativas. Entre ellas reconoció a Buhleve Nkosi. El ángel estaba libre.

Se lo temían. La policía se atribuía el éxito, y se limitaban a detener a Jason y su trama, sin ir más arriba. Además, idetenían a las victimas! De eso hablaría Helen con el Ministro Stamps para que pidiese la repatriación de las niñas y una explicación a la policía racista por el trato a esas menores secuestradas, como criminales.

Pero lo terrible es que apenas tocaban el caso de la clínica. Estaba seguro que se debía a que había peces muy gordos ligados a esa clínica. Posiblemente habían amenazado ya a los medios de comunicación.

Mientras Kate fue a repartir las cartas internacionales con mucho cuidado, pues los buzones podrían estar vigilados por la policía, el niño sedado empezó a despertar.

-Umama. Ubaba. Ngiyalapa. (Madre, Padre. Tengo miedo.)

XLVI. Un brindis por el amor sin temores, Roma 1992

Después de hablar con el Papa en la catedral de Santa María en Bulawayo, y muy a pesar del obispo, Patxi contactó con Kevin y juntos prepararon un viaje, pagado por el Vaticano, para ir a hablar con el cardenal Ratzinger, defensor de los principios de la Fe cristiana interpretada por la jerarquía católica. Esperaban poder hablar con algún grupo de cardenales, con un grupo representativo de los jesuitas en torno al Padre Arrupe, "el Papa negro", e incluso con algunos representantes de congregaciones de frailes y monjas misioneras, dispersas por el mundo.

Patxi se despidió de NoLwasi, con quien vivía en la más hermosa sintonía, de Anwele, recuperada y fuerte en su cruzada contra la epidemia y Jonay, ya tan integrado, tan querido, tan dedicado a sus pacientes y a la comunidad.

Voló a Johannesburgo donde hacía escala y se unía a él Kevin. En el aeropuerto y en el largo viaje hasta Roma, Patxi y Kevin fueron preparando un informe sobre "El SIDA, la prevención y la responsabilidad de la Iglesia católica". Patxi había preparado una información contundente sobre la epidemia a través de los datos que Mann mandó a Aimsa y ella, quien ya mantenía frecuente correspondencia con la misión, a Jonay. Él les preparó un resumen estremecedor del número estimado de infectados, de enfermos y de muertes; del acceso a un tratamiento que mitigaba la progresión en los países ricos pero denegado a los pobres y del conocimiento del virus, sus formas de transmisión y de infección. Estratégicamente comparaban la epidemia y los mecanismos de transmisión con otras infecciones. Astutamente se centró en compararla con la infección por hepatitis, sin el estigma moralista del SIDA, y con las mismas consecuencias de atentar a la salud y a la vida en ausencia del uso de preservativos. Kevin había preparado minuciosamente las referencias del derecho canónico a la reproducción humana y a las relaciones sexuales, incluyendo sus

adaptaciones tras el concilio Vaticano y las últimas encíclicas. Analizaron también el compromiso de dos mil años de Iglesia por la defensa de la vida y el "grave error histórico" de no responder con la misma defensa de la vida, en esta, la peor epidemia de la historia. Concluían estimando la población que en África se declaraba católica y la que atendía escuelas y hospitales de misión. Con ello podían estimar el efecto que tendría en prevenir infecciones y muertes si en esa población de influencia y en la que la Iglesia tenía efecto directo por educación y servicios de salud. Concluían que si la Iglesia aceptase que el uso del preservativo por razones médicas como era el SIDA y lo promoviese activamente, podría prevenir unas dos millones de nuevas infecciones al año, que, en las circunstancias actuales equivalían a lentas agonías. Cada día que se retrasaba esa decisión humana, cristiana y ética, la Iglesia permitía que se infectasen en ignorancia o por prevenir el acceso a los preservativos, seis mil personas.

Si la ocasión se presentaba, también hablarían de la responsabilidad moral de la Iglesia de enfrentarse a los monopolios enajenados por la avaricia, que anteponían negocios billonarios a la vida de las personas. Habían escrito a la revista ecuménica "*Contact*" para publicar un artículo con toda esta información.

Además del reto de intentar dar un golpe de timón al mando de la Iglesia, que sabían estaba más con Ratzinger que con el Papa mismo, Patxi se enfrentaba a una emoción muy especial. Ya debían estar sobrevolando los Grandes Lagos, cuando saco un sobre con ellos de Bruselas:

Kaiko Anaya Patxi

Ya tenemos los dos más de medio siglo, y la mitad de ese tiempo lo hemos pasado distanciados. Apenas nos hemos visto durante los cumpleaños de padre, y desde que murió, DEP, menos aún.

Debo confesar que la culpa ha sido en buena parte mía. Me escribiste algunas cartas desde el seminario, desde África, y preferí no

contestarte. Te quiero decir por qué, querido hermano:

Como sabes o quizás has sospechado, a través de mis estudios y mi vida en Pamplona, fui metiéndome en el Opus Dei. Fui encontrando en la Obra los valores humanos con los que quería vivir, el apoyo para mis estudios y el rol que quería dar a mi trabajo en la sociedad. Sin embargo, la Obra era muy recelosa de la comunicación con la familia, revisan las cartas y controlan nuestras relaciones. Temí por la vida de Juan Mari: en la Obra había gente muy poderosa y próxima al régimen de Franco. Cualquier carta que hubiese venido con algún comentario a Juan Mari y sus actividades, podría haberle comprometido a él y a toda la familia. Decidí, por ello, mantener distancia, sólo vernos en las celebraciones o reuniones familiares y esperar que en el futuro las cosas fueran más fáciles y rezar cada día por todos vosotros.

Llegó después la muerte de Franco, la transición democrática y la nueva vida de Juan Mari. Pero ya la hiedra del silencio había crecido entre nuestras vidas y nos había convertido en extraños. Sentí culpa y a la vez vacío al pensar en cómo buscar un reencuentro. Ha llegado el momento. Ya no tengo miedo.

Cuando recibí las cartas de Juan Mari y su lucha contra el tráfico de niños, y tus cartas en que me contabas como os había ido yendo la vida en la misión, y lo que sabías de Josu y de Jon, sentí una mezcla de orgullo hacia mis hermanos y una nostalgia enorme de no estar más cerca. Además, me doy cuenta de que he vivido con un miedo enorme del qué dirán en la Obra. En este último tiempo, e inspirada en tu lucha contra el SIDA, he planteado a la Obra cuestiones de mi trabajo en la Comisión Europea y las consignas que debo seguir. Me siento confusa ante la presión de la Obra y de otros círculos cristianos por favorecer a empresas de su entorno, por apoyar a partidos conservadores que en el fondo favorecen a los ricos y, a través de tus ideas y temores, que comparto, hermano, las posturas frente al preservativo. Ante mi supuesta rebeldía, me han estado citando para

hablar con maestros espirituales y hasta me han presionado para que vea a un psicólogo que está vinculado a la Orden. Esta carta no la verán. Anaya, quiero ir dejando la Obra. Me siento como presa.

Además, hay otra cosa muy difícil de explicar y ante la que nuestros valores desde niños y la referencia de la Iglesia, me hace sentir sucia, pecadora e incluso "enferma. "Te la cuento porque creo que me entenderás. Ya he ido sabiendo de NoLwasi y sé que a pesar de la Iglesia o precisamente por ello, apuestas valiente por el amor.

Antes de llegar a Bruselas, conocí a una mujer de Senegal. Fue violada cerca de Pamplona y le ayudé a seguir con su embarazo y a ver futuro con su hijo. Desde entonces, la estoy ayudando. Es otro punto de conflicto, pues doy a la orden todo mi salario y tengo que andar a escondidas para tener otra cuenta, desviar algunas partes del salario y ayudar a mi amiga y a su hijo. Ella ha ido viniendo alguna vez a verme a Bruselas y yo a verles a Pamplona. Y ha ido surgiendo entre nosotras algo más que amistad.

Por eso te escribo ahora, Anaya. Según quiero ir rompiendo cadenas, necesito tu guía y consejo, tu amor fraternal. Tu vida y dedicación a los demás es un ejemplo para mí. Ha influido en mi vida, en mi Fe, en mi vocación. Pero ahora, al igual que tú te rebelas contra la doctrina de la Iglesia en cuanto al SIDA, yo siento dudas sobre la forma de actuar de la Obra, y me siento atrapada. Necesito verte.

Como decías en tu carta que iras a Roma, he sacado un billete para coincidir esos días contigo y hablar de tantas cosas. Espero que tengas tiempo para tu hermana, que te necesita y mucho.

¡Ah! ¡Y en cuanto vayamos juntos al caserío, te apuesto que ya te gano en bajar la escalera desde el desván y coger el primer sapaburu en la poza!

Con todo mi cariño, tu hermana,

Beatriz

Patxi dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre. Estaba emocionado.

Como cuando le escribí Juan Mari. De alguna manera los tres se habían volcado en sus ideas con compromiso a través de obediencia a estructuras diferentes. Y los tres habíamos ido entrando en crisis con los dogmas, con las jerarquías y con la falta de libertad. Libertad para pensar, para luchar sin miedo.

Y, en el caso de Beatriz y el suyo, para amar.

Le costaba entender la homosexualidad. Por un lado era extraño en su vida, aunque sabía de varios frailes y sacerdotes que tenían relaciones homosexuales. Como hombre, y con una liberada atracción por las mujeres, no concebía la imagen de dos hombres o dos mujeres físicamente unidas, amándose físicamente. Reconocía que sentía una especie de rechazo a esa imagen. Además la Iglesia lo consideraba enfermedad. Pero por otro lado había visto en esos compañeros frailes homosexuales, a grandes personas, llenas de sensibilidad y amor hacia los demás. Y además ¿a quién hacían daño? era igual que su amor por NoLwasi y el tabú ante ese amor era igual de absurdo, injusto y hasta cruel, que el prejuicio hacia el amor incipiente homosexual de su hermana, también llena de amor. Y de valentía.

Llegaron a Roma y se instalaron en una residencia de jesuitas. Poco después llegó Beatriz. Llamó desde la recepción. Al bajar, vio a su hermana, veinte años después del último encuentro en el que coincidieron en el caserío. Había pasado los cincuenta. Tenía el pelo canoso y recogido en una coleta. Sus rizos de niña aún se reflejaban en una pequeña rebeldía rizada en sus sienes. Su rostro era dulce, sereno, con una sonrisa amable, cálida, casi tímida. El tiempo había sembrado de surcos su frente, más que sus mejillas o sus ojos. Imaginó que había tenido más preocupaciones que alegrías, más frentes fruncidas que risas en su mirada o sus labios, quizás más temor que amor. Estaba delgada y vestía de forma que escondía su figura y su feminidad. Curiosamente le dieron ganas a Patxi de salir de paseo con ella,

comprarla ropa y hacerla sentirse más mujer, más bonita, más atractiva a los hombres. Bueno, o a las mujeres.

-Mi querida hermana. ¡Que día tan feliz!

Beatriz le estaba mirando. Veía a su apuesto hermano, fuerte, con un rostro lleno de fuerza y una mirada que brillaba ilusión y vida, como casi nunca veía en su trabajo en Bruselas. Estaba conmovida. Su mirada se humedeció de emoción. No pudo decir palabra. Sólo pudo acercarse y darle el abrazo tanto tiempo anhelado.

Beatriz se instaló en un cuarto de la residencia jesuita. Quería evitar estar bajo el control de la Obra en Roma, lo cual sabía que le traería consecuencias, aunque ya no las temía.

Hablaron de todo, paseando por Roma. Patxi le habló de la familia, de su vida en San José, de su unión a los *ndebeles*, de su lucha contra el gobierno en un tiempo y la diócesis más recientemente. Y le habló de NoLwasi. Al oírlo, Beatriz se sintió liberada y le contó de su vida, su tiempo en Pamplona, de su trabajo en la Comisión, de las dificultades con la Obra y sobre todo, de Meimuna y del pequeño Mohamed-Jesús, "*Moyes*".

-¡Vaya dos religiosos pecadores!

Bromeó Patxi. La animó a entrar a un bar en Roma, pidieron un lambrusco y Patxi ofreció un brindis:

-¡Por el amor! ¡Sin miedos, sin barreras!

Kevin había ido a ver a compañeros de su orden y al cardenal de Sudáfrica, con el que, a pesar de su rebeldía, tenía una buena relación y creía que apoyo en su causa. Se encontraron por la noche en el Trastébere, en la Iglesia romana de San Egidio, en la cual Kevin tenía algunos amigos muy

comprometidos con la liberación de Mozambique y con la lucha contra el SIDA. En la Iglesia y en todo el barrio, la comunidad de San Egidio acogía inmigrantes indocumentados y hasta les ayudaba en sus reivindicaciones y sus movimientos okupas. En sus proyectos en Mozambique habían colaborado en el proceso de liberación del pueblo y en la paz con la RENAMO, financiada durante quince años por el apartheid de Sudáfrica para derrocar al gobierno africano tras la independencia de Mozambique de los portugueses. En esos días se estaba firmando en acuerdo de Paz entre el RENAMO y la FRELIMO, gracias a la mediación de la comunidad de San Egidio. Comieron con miembros laicos de la comunidad, inmigrantes indocumentados y personas sin techo. Cantaron al acabar de comer con guitarras: *Oh bella ciao, bella ciao*.

La Congregación para la doctrina de la fieles había dejado una carta con la agenda del día, muy minuciosamente detallada. Les citaban para rezar las laudes en la capilla del palacio de la Santa Oficina y luego desayunar mientras intercambiaba las primeras ideas con el cardenal y su equipo. Después tendrían reuniones con los cardenales al cargo de las secciones doctrinal, matrimonial y disciplinaria. Patxi y Kevin habían sospechado esas reuniones y se habían preparado argumentos adaptados a cada una de las funciones de esas comisiones. Tras esas entrevistas tendrían una entrevista en el despacho del Cardenal Ratzinger. La nota dejaba claro que no debían hablar con otros grupos ni personas antes de la discusión, y que tras las reuniones de la mañana, las instrucciones quedarían claras. La carta también decía lacónicamente que el Papa lamentaba no poder disponer del tiempo que hubiera deseado para poder recibirles en audiencia.

Del tono y la agenda, sabían que no iba a ser fácil. Seguro que Ratzinger impondría su rol de que eran ellos los que alertaban y corregían desviaciones de la doctrina de la Iglesia, y no recibían argumentos de nadie. No ver a nadie más: miedo al pensamiento y debate en libertad. Ni siquiera

a los diez y ocho cardenales miembros de Congregación, lo cual habían solicitado explícitamente. Y distancia con el Papa para evitar cualquier idea nociva más allá del control del Cardenal.

Beatriz se quedaría en la residencia. A la hora de comer se verían también con Aimsa, la amiga de Rob, quien volaría con ellos de vuelta a Bulawayo al siguiente día.

A la mañana siguiente, se unieron a los rezos de las laudes en la el palacio del Santo Oficio, en el Vaticano. Durante el desayuno ya notaron un ambiente de fuerte sumisión al Cardenal, sin espacio para plantear alternativas a la doctrina, que fue claramente expuesta por Ratzinger, con citas en latín a múltiples encíclicas y a referencias bíblicas. Las reuniones con los cardenales de las comisiones que habían decidido en la agenda fueron también aplastantes, sin espacio para el diálogo. Parecían monólogos de llamada de atención y alerta a la tentación. Pero lo peor de la mañana fue la entrevista final con el cardenal responsable de la comisión disciplinaria: Patxi expuso la situación de la epidemia, de la biología del virus, del paralelismo con otras infecciones y del equivalente del preservativo a las vacunas. Kevin habló de la interpretación del derecho canónico y del concilio. Se atrevieron a decir lo de la responsabilidad de seis mil infecciones y muertes diarias. El Cardenal respondió tajante. Les dijo que sus mentes estaban ofuscadas en la ciencia sin entender la trascendencia de banalizar las relaciones íntimas, reproductivas, bendecidas para dar vida. Que sus ideas podrían llevar a la Iglesia a una quiebra de sus principios de fe y vida. Les dijo que reflexionaran, que no divulgaran aquellas ideas pecadoras y que, de contrario, deberían pensar en dejar los hábitos. También les dijo que el Cardenal Ratzinger tenía "cosas más importantes que hacer" y no les podría ver de nuevo.

Al salir de aquel palacio de opresión, Kevin y Patxi tenían los puños cerrados de rabia. Kevin dijo que debían organizar una revolución dentro de la

Iglesia, que no podían tolerar tal dictadura, tal "genocidio pasivo". Patxi le tranquilizó. Lo harían poco a poco, actuando en conciencia, hablando abiertamente desde sus misiones y no en esa Roma del lujo, poder y anquilosis en el pasado. Al fin y al cabo, acababan de salir de la heredera de la Santa Inquisición, la misma que había torturado, quemado y asesinado a decenas de miles de personas por pensar diferente a la Iglesia.

-Patxi. No podemos desanimarnos. La vida de cientos de miles, o millones de personas está en juego. Recuerda como esta misma congregación excomulgó a Galileo, por pensar que el sol era el centro del universo, y no la Tierra.

-¿Has leído que Ratzinger ha dicho hace poco, tras cinco años de trabajo de una comisión, que en la época de Galileo la Iglesia fue mucho más fiel a la razón que el propio Galileo y que el proceso contra Galileo fue razonable y justo? Era la época donde personas no creyentes o que cuestionaban los dogmas, eran torturadas, quemadas y asesinadas por toda Europa.

-No hay que ir siglos atrás, Patxi. Hace poco que Ratzinger habló de la homosexualidad como un pecado, amoral y de alguna manera justificó la violencia contra personas con esas tendencias.

Patxi pensó en Beatriz. Y también en la condena de la Iglesia a quienes no respetaban el voto de castidad, como él mismo con NoLwasi. ¿Qué hacían bajo esas inhumanas jerarquías, tan lejanas del auténtico mensaje del amor de Jesús?

-Sí. Es terrible. El Papa parece más sensible. De hecho hace poco pidió perdón por los errores que hubieran cometido los hombres de la Iglesia a lo largo de la historia, así como por haber dejado de hacer el bien necesario

en favor de judíos y otras minorías perseguidas. ¿Has leído la carta que el Papa envió a los cardenales en la que el Papa exhorta a la Iglesia a reconocer los errores cometidos y arrepentirse humildemente?

-No, hace tiempo que no leo el boletín de la diócesis, me produce tristeza.

-Estoy seguro, Patxi, que lo que ahora ocurre, será reconocido en su tiempo.

-Pero Kevin: han tardado cuatrocientos años en reconocer el error en excomulgar y acusar a Galileo. ¿Cuánta gente puede morir en ese tiempo por esta cerrazón con el SIDA? Si es que sobrevive la Humanidad a esta epidemia a la que el poder económico y religioso da la espalda.

Al salir, vieron la Basílica de San Pedro desde fuera. Prefirieron no entrar. Habían quedado con Beatriz y con Aimsa en la Iglesia Romana de San Egidio.

XLVII. Alianzas sin focos ni gloria. Florencia 1992

Era junio de 1992. Por aquel entonces, Aimsa era ya bien conocida en el activismo contra el SIDA, en favor de los derechos de los seropositivos, y en contra de los monopolios de las farmacéuticas.

La princesa Diana del Reino Unido, participaría en una conferencia en Londres llamando a la compasión y prevenir la discriminación de personas infectadas por SIDA. Los organizadores le habían invitado a Aimsa a participar. Tenía dudas pero aceptó, en su primera escala, camino de su anhelado Zimbabue.

Había muerto Freddy Mercury muy posiblemente de SIDA, poco después de grabar el himno de los Juegos Olímpicos de Barcelona donde participaba la gran estrella americana del baloncesto, Magic Johnson, quien se acababa de declarar infectado por el SIDA. La organización "Act-Up" le había invitado a dar una conferencia en Barcelona, junto a Magic Johnson, en defensa de los derechos de personas infectadas y las barreras en acceder a tratamientos. También le producía pudor y recelo, el espectáculo que se estaba convirtiendo la lucha contra el SIDA, pero aceptó. Intuía que eran oportunidades para decir con fuerza lo que pensaba.

Jonathan Mann, desde la Ginebra, le había animado a ir al Congreso Internacional de SIDA en Florencia y a trabajar con él en el Programa Mundial de SIDA. Había leído del trabajo y contactado con Marta Santos, líder del proceso que concluyó en la Convención de los Derechos de la Infancia, de paso en Florencia también.

Llevaba más de dos años intercambiando correspondencia con el Padre Patxi y últimamente con el Doctor Jonay, con quien había ido profundizando

en lo que más le preocupaba y motivaba en ese tiempo, en su incansable lucha por un mundo mejor : la situación de los huérfanos del SIDA en África. Patxi estaría en Roma hablando ante la Comisión de la Fe de los trágicos efectos de la objeción de la Iglesia católica al uso del preservativo para prevenir la infección y vencer a la terrible plaga. Sabía también de la lucha del hermano de Patxi contra el tráfico de niños. Había leído un artículo de Donald Woods en Newsweek sobre los horrores del tráfico de niños, donde dejaba en anónimo la figura de un héroe que se enfrentaba a las mafias y que ella sospechaba que se trataba del hermano de Patxi. También había quedado fascinada con la historia del tráfico de órganos y las ramificaciones abiertas de ese horror, que también estaba siendo desenmascarada por valientes anónimos, por una periodista y activista sudafricana con la que sentía una extraña sintonía, Nadine.

Patxi y Jonay le habían invitado a conocer la situación pasando el tiempo que ella quisiera en la misión.

Había tenido sugerencias de muchas de las organizaciones con las que colaboraba en Estados Unidos, para trabajar con sus grupos en África. Sin embargo, prefirió desestimar contratos en proyectos con esta organización u otras. Necesitaba estar desprovista de ningún filtro, incluso de ninguna seguridad, para sumergirse sin protocolos ni normas, en el mundo de los huérfanos del SIDA en África. Sentía que era el grito más desgarrado de la Humanidad, y tenía que estar allí. En el "epicentro de la pandemia", en ese rincón del mundo entre Bulawayo, Soweto y Francistown, donde una de cada tres personas adultas estaban condenadas a muerte por la alianza de un virus y el capitalismo destructor de derechos humanos.

Utilizó casi todos sus ahorros en un viaje de camino a África, de sólo ida, pero con escala en Londres, Barcelona, Florencia y Roma para saber de las

últimas esperanzas y luchas contra la pandemia.

Dejó su velero, que acabó heredando de los antiguos propietarios, a unos compañeros de "*food first*", se despidió del departamento de política y derechos humanos de Berkeley y emprendió su largo viaje. Tomó el Bart que atravesaba bajo el mar que solía navegar en la bahía de San Francisco, hasta el aeropuerto internacional.

El mundo estaba convulso tras la caída del muro de Berlín. Gorbachov dimitió de la Unión Soviética, declaró su disolución mientras Yelstin presidía Rusia. En pocos meses se estaban formando repúblicas ex soviéticas en el este de Europa y en centro Asia. El comunismo se desmoronaba y sólo quedaba una forma política alternativa trenzada con capitalismo galopante en China, y pequeños reductos como Corea del norte, Albania o Cuba, que resistían, comprometiendo la democracia y algunas libertades, a un mundo que ya avanzaba cabalgando en el "consenso de Washington", hacia un capitalismo sin límites.

Mientras volaba hacia Nueva York leyó con interés los acuerdos de paz entre el gobierno de El Salvador y la guerrilla. Recordó la alianza en la que colaboró, al principio de su etapa en Berkeley, con la lucha por la libertad de aquel pueblo. Sintió una breve ráfaga de ilusión al ver como un pequeño grupo de hombres en un pequeño país, había conseguido doblegar a la dictadura y resistido a la gran potencia americana. Leyó también con interés como un Tratado convertía a una unión económica y comercial en Europa en una Unión Europea con dimensiones también políticas y sociales. Sin embargo sintió cierta inquietud al presentir los gigantes de los Estados Unidos, aliados en bloques capitalistas dominantes y sin oposición de las ideologías colectivas; traicionadas por comunismos dictatoriales y ahora rendidas al capitalismo. Rob le había proporcionado una copia del último

número del diario "*Pravda*", voz de la revolución comunista soviética durante 80 años. Se certificaba así el fin de una era en la Humanidad.

Aimsa siempre viajaba a las reuniones del SIDA con sus propios ahorros. Sentía que no era honesto utilizar dineros públicos o privados para esos viajes, mientras había tantos pacientes muriendo por falta de acceso a medicamentos. Había seguido utilizando la red de "couch-surfing" por la cual había alojado en su velero en la marina de Berkeley a varias personas de diferentes partes del mundo.

Ahora había podido conseguir, a través del incipiente sistema de internet, direcciones en sus escalas europeas para evitar ir a hoteles y compartir con personas dispuestas a ello, lo más hermoso del caminar humano.

Cuando llegó a Londres, volvió a alojarse en el barrio de Islington, en una casa antigua de tres pisos donde John, un maestro artesano que a Aimsa le recordaba a la imagen figurada de Gepetto, el noble artesano de Pincoho. Vivía con su mujer, Helen, y ofrecía un cuarto a cambio de tertulias amenas de sentimientos venidos de diferentes partes del mundo.

Asistió a la conferencia en que la prensa y las cámaras de televisión se arremolinaban para grabar a la princesa Diana, quien relataba como venía de visitar a la madre Teresa en Calcuta y se vanagloriaba de "atreverse a dar la mano, de nuevo, " a pacientes con SIDA. Ello se había considerado "heroico" por la prensa; que alimentaba la leyenda de una mujer, a la que también perseguían en las ya abiertas infidelidades mutuas de los herederos de aquella anacrónica "corona".

Le resultó repugnante el espectáculo en torno a esa conferencia, en el lujoso hotel Astoria de Londres. Había considerado que el poder de los medios en

torno a gestos y personalidades como aquella "princesa", podían ayudar a desestigmatizar la plaga. Pero se preguntaba: ¿el fin justifica los medios? Y en este caso, los medios ensalzaban a una anacrónica estirpe de poder y lujo.

Aun sabiendo que no la volverían a invitar, cuando le pidieron que dijera unas palabras, explicó la lucha en América por los derechos de las personas infectadas en los últimos diez años. Empezó a ver "cejas elevándose" cuando explicó cómo el poder económico de las empresas farmacéuticas, incluido en los cercanos edificios de Wellcome, ignoraba el sufrimiento humano por la avaricia sin límites. Cuando ya parecía acabar y los asesores de la Corona, representantes del gobierno británico y la aristocracia invitada, sintieron alivio porque dejase de alertarles esa activista rebelde, dijo:

Déjeme también decirle algo, Señora Diana

Se sintió un rumor en la sala y las cámaras, en ese momento buscando rostros famosos y cotilleando los sastres que habían diseñado los modelos para la ocasión, enfocaron a Aimsa y a Diana:

El SIDA, como otras enfermedades que matan cada día a miles de personas en el mundo, se debe a las horribles injusticias sociales en el mundo. Hace unos treinta años, un paisano de mi país que había estudiado derecho a una milla de aquí, dijo: "cuando tengo más de lo que necesito y mi hermano no tiene lo suficiente para vivir, le estoy robando."

En ese momento pausó y miró a la princesa y siguió mirando a la aristocracia presente en ese espectáculo.

Señora Diana: hay pobreza indigna porque hay riqueza obscena. El patrimonio de su familia política podría pagar todos los tratamientos de SIDA en África. Pero se protege para seguir una vida de lujo y poder, antes que, como debieran hacer también tantas otras fortunas, repartirse para evitar tanto sufrimiento. No puedo entender que desde el lujo se pretenda liderar el alivio caritativo del sufrimiento, ignorando las causas de la injusticia de la pobreza. Como dice el obispo brasileño Helder Cámara: "cuando doy pan a un pobre me llaman santo, pero si pregunto por qué el pobre no tiene pan, me llaman comunista."

Sé que este mensaje es "políticamente incorrecto" y le agradezco que me hayan permitido hablar sin leer antes mi discurso. Supongo que no volverá a suceder.

Hubo un rumor. Aimsa clavaba su mirada con una sonrisa de ternura que intentaba atravesar la coraza de protocolo de aquella princesa. Diana, a quien susurraba algo al oído su jefe de gabinete, miraba sonrojada y sonrió levemente a Aimsa. Ella le guiñó un ojo. Sabía que en el fondo, aquella mujer era víctima de esa "jaula de oro". Algunas personas empezaron un tímido aplauso, pero pronto el hábil jefe de ceremonias llamó al estrado al director de la Fundación Wellcome. Al salir del estrado, dos personas pidieron a Aimsa que les siguiese. Se identificaron como agentes de Scotland Yard y le dijeron que necesitaban comprobar su documentación. Le llevaron en un coche a unas oficinas frente a Westminster donde le dijeron que podían procesarla por difamación de la Corona, pero que si se iba pronto del país y no removía más a la prensa, archivarían el caso. Aimsa les dijo que volaba a la mañana siguiente hacia Barcelona pues tenía cosas más importantes que hacer que ahondar en el anacronismo de un lujo hereditario, aunque le hubiera encantado escuchar esa fantasía de "difamación".

En su siguiente escala, Aimsa llegó a Barcelona para participar en otro

espectáculo, esta vez en torno a la declaración de estar infectado, del famoso líder del "*dream team*" americano de baloncesto, Magic Johnson. Tenía más interés en esta reunión pues pensaba que la valentía de declararse públicamente infectado, sin temor a la crítica moralista de algunas partes de la sociedad, merecía reconocimiento y quería animar a muchas personas a seguir ese ejemplo de valentía. Sin embargo, al llegar a Barcelona le recibió una persona del comité organizador y le informaron que "por motivos de agenda", se había cancelado su participación en la reunión. Lo entendió mejor cuando vio que la monarquía española auspiciaba aquella conferencia. Respondió con una sonrisa:

-Ya veo que la comunicación entre la realeza europea es rápida y eficaz. ¿O quizás tiene apoyo de la CIA?

Dedicó su escala frustrada en Barcelona en observar atónita como aquella bella ciudad era el centro de la atención mediática del mundo celebrando los Juegos Olímpicos. Por un lado quedó fascinada con los fastos de tal evento, indudablemente bellos y reflejo de lo que la creatividad y el trabajo humano eran capaces de hacer. Sin embargo, tal gasto al lado de la pobreza de su India natal o la que le esperaba en África, le encogía el corazón.

Se alojó en la casa de un estudiante de violín, Josep, cerca de la Rambla y en lugar de asistir al espectáculo donde fue vetada, paseó por el barrio gótico de Barcelona, deslumbrada por su belleza y los ríos multicolores de razas que fluían por sus estrechas calles. Compró un periódico en el que pudo entender en español las palabras de un escritor, llamado Gala, en su discurso ante un congreso de SIDA: "*pronto habrá más personas que viven del SIDA, que las que mueren del SIDA*". Aimsa pensó que era una exageración si se ponía África en la ecuación, pero verdaderamente reflejaba el espectáculo y el nido de intereses en el que se estaba

convirtiendo aquella enfermedad en los países ricos. Sabía que en España la tragedia del SIDA estaba trenzada con la pobreza y marginación causa y consecuencia de la droga y mientras pensaba en ello, escucho la canción "que te puedo dar", de Víctor Manuel. Aún sin entenderla bien, se sintió estremecida por el dolor que transmitía. Por la noche le preguntó por el significado de aquella canción a Josep, y al conocerlo, sintió el profundo dolor de las madres de la droga y del SIDA. Acabaron la noche con una tertulia sobre la belleza y Josep tocó la melodía de la lista de Schindler.

Voló al día siguiente hasta Florencia. Se quedó maravillada al pasear por la ciudad, cruzar el Ponte Viecho y admirar aún con su sensibilidad anti-megalómana, la Bella Signora, aquella catedral majestuosa y de blancas piedras, y las esculturas esparcidas por la ciudad. En la casa de los Medici (princesas Dianas de hacía cuatro siglos), pudo admirar las esculturas de Miguel Ángel. Quedó asombrada por la perfección de El David, pero sintió algo mucho más profundo al acercarse a La Piedad, en ese momento expuesta en Florencia: al ver la imagen de dolor de esa madre pensó en "que te puedo dar" y, de nuevo, en el dolor de las madres al ver agonizar a sus hijos. Pensó en los millones de madres que estaban destinadas a ese dolor, a encarnar esa imagen. El rostro de María reflejaba el desgarró más profundo del alma.

Cuando pensaba en ello, casi absorta y paralizada más de diez minutos por tanta belleza y por tal tragedia, pensó en el absurdo moralista de estigmatizar y culpabilizar a tantas personas agonizando por la enfermedad y reflejando tan fielmente la pasión de Jesús. El dolor de su madre.

De allí partió al congreso internacional de SIDA al que Jonathan Mann le había invitado a participar en una mesa redonda de derechos del SIDA. Había sido ya testigo de tal conferencia en Atlanta y en Londres, pagándose

sus gastos y diciendo lo que sentía, sin claves ni políticas ni académicas, sino su testimonio de la injusticia. Cada año la conferencia reunía a más personas y empezó a sentir que se estaba perdiendo el sentido. Quiso hablar con Jonathan, pero estaba siempre rodeado de ministros y gentes de poder, inaccesible. Cuando le tocó el turno en su mesa, con otros representantes de asociaciones civiles, de pacientes con SIDA, de gobiernos y de Naciones Unidas, explicó los abusos del derecho de las personas con SIDA por su discriminación. Todo estaba en sintonía con las demás ponencias hasta que siguió con dos argumentos inspirados en su correspondencia con Jonay, que causaron revuelo en el congreso:

-Al igual que defendemos el derecho al acceso a la información, la prevención, el tratamiento y el cuidado y apoyo social de las personas infectadas por el virus del SIDA, debemos hacer lo mismo, con la misma energía, con la misma determinación, en defender el derecho a la salud de todas las enfermedades. Debemos evitar crear un reino de privilegio en torno al SIDA. El derecho a la salud, refrendado por casi todos los países del mundo en el pacto por los derechos económicos, sociales y culturales, excepto por países como del que vengo que vergonzosamente evitan firmarlo, es universal. No podemos preocuparnos por un hombre con SIDA en un pueblo de Malawi, e ignorar en la casa de al lado la misma agonía de una mujer con diabetes.

Murmullo en la sala.

Y déjenme decir algo incluso más políticamente incorrecto:

Silencio expectante.

Este congreso ya reúne a casi diez mil personas cada año. Y cada vez más.

Si ustedes calculan conmigo los precios de billetes, de la inscripción en el congreso, de los lujosos hoteles o restaurantes donde muchos de ustedes se alojan o comen estos días, podrían acercarse a unos treinta millones de dólares. Ese dinero podría pagar el tratamiento del millón de personas que hoy necesita tratamiento si las empresas del medicamento del SIDA, que ya ha ganado unas cien veces la cantidad que invirtió en su investigación, lo vendieran con un margen sólo del diez por ciento de su coste de producción o permitir que lo hicieran las fábricas de medicamentos genéricos. Yo no quiero participar más de este despilfarro mientras exista tan inmenso dolor.

Salió de la sala, del pabellón y del congreso. Se sentía mal. Ella no era beligerante y al exponer sus diferencias sentía un dolor de desgarró en la armonía que verdaderamente buscaba con sus hermanos, con toda la Humanidad. Pero tenía que decir lo que sentía cuando peor otras vías siempre era ignorada. Además, su destino estaba en el Sur, con la gente, con su sufrimiento, lejos de esos focos, del lujo obscuro disfrazado de solidaridad.

Siguió caminando por la bella Florencia hasta llegar al que fuera el primer orfanato conocido de la Humanidad en la *Piazza della Santissima Annunziata*, el *Instituto negli Innocenti*. Sentía un profundo compromiso con el reto de los millones de huérfanos que empezaba a causar la epidemia. Había quedado allí con una persona que había influido con fuerza en la redacción y aprobación de la Convención sobre los Derechos de la Infancia. Al encontrarse en los porches de aquel edificio lleno de historia, vio a una persona menuda, casi se diría que frágil, pero con una bondad infinita a través de su mirada. Le propuso hablar mientras recorrían ese hermoso edificio, con tanta sabiduría del tiempo.

-Marta, he leído sobre tu trabajo durante los últimos diez años hasta que se aprobó la Convención de los Derechos de la Infancia. Te felicito por tu lucha.

-Aimsa, te ruego que no lo veas así. No hago más que miles de personas anónimas en su lucha diaria, sin focos ni gloria. Ellos son los verdaderos protagonistas y los niños que sufren la pobreza, los abusos, el olvido del mundo, son los verdaderos héroes.

-Yo crecí recogiendo basura con mi madre en Bombay y luego sola, al desaparecer mi madre seguramente por violencia en un tren, sobreviviendo con grupos de niños en las calles de Calcuta. Me quiero volcar en luchar contra el SIDA y sobre todo en su impacto en los niños. Quiero que me aconsejes, Marta, que me guíes.

Marta miró a Aimsa, las dos miradas de aquellas mujeres valientes ante un mundo cruel, se fundieron en una conexión profunda y se abrazaron. Sobraban las palabras. La alianza estaba sellada.

XLVIII. La madeja del mal, Qunu, Sudáfrica 1992

Thulani, ufana wami. (Tranquilo hijo mío)

Haka se había acercado al niño que rescataron de la clínica de trasplantes. Le tranquilizó y le dio agua. Su mirada estaba perdida en el infinito. Siguió durmiendo. Las noticias hablaban de la redada policial a los burdeles de menores y salían imágenes de Jason y sus compinches, y de las niñas liberadas. De la clínica sólo, y de forma desconectada, se informaba de "cierres transitorios por irregularidades".

En ese momento llegó la periodista y activista Nadine. Haka quedó impresionado por su belleza y la fuerza de su mirada. Haka y Kate la pusieron al día, le enseñaron el dossier preparado para la prensa y lo que la policía había hecho con la información.

-Está claro que la policía tenía miedo de que la prensa independiente hable y ponga en entredicho la corrupción o la complacencia con el crimen que afecta a inmigrantes o a círculos revolucionarios. Con Mandela negociando la apertura con De Klerk y el Inkhata atacando al Congreso Nacional Africano en connivencia con la policía, tienen mucho cuidado. Pero el ostracismo sobre la clínica habla de que ahí se tocan intereses o intervenciones directas de altos cargos de la policía o del gobierno. Seguramente han matado ya a algunos niños y tirar del hilo comprometería a altos cargos, incluso fuera del país. Tenemos que transcribir la conversación en hebreo que grabé en la clínica.

-Haka, has hecho un trabajo increíble. Esas niñas volverán a sus casas. Esto ayudara al proceso de liberación de nuestro pueblo. El gobierno no puede seguir sembrando su propaganda de la política "sucia" de Zimbabue o

tildando de "terroristas" al Congreso Nacional Africano. Esta noticia ayudará a poner las cosas en su sitio: negligencia policial, explotación de inmigrantes menores, pobreza y exclusión de mucha gente. Yo seguiré la noticia y complementaré lo que la policía no quiere decir. Pero es esencial vuestro anonimato. A mí me pueden amenazar pero me conocen en todo el país. No se atreverán a atacarme.

-Gracias Nadine. Quiero que te asegures de que aparecen todas las niñas de mi lista. Posiblemente haya más niñas de Sudáfrica, Mozambique o de otros lugares. Kate, quiero que vayas con el pequeño a Zimbabue una vez que hablemos con él mañana y tengamos más información sobre la trama de los trasplantes. Allí quiero que trabajes con Helen desde Bulawayo y en conexión con el Ministro Stamps para que se vayan repatriando todas las niñas, vuelvan a sus casas y se ayude a sus familias. Ayuda al gobierno de Zimbabue para que pida una indemnización fuerte a Sudáfrica y se puedan ayudar a las familias afectadas y a todas las que en el país sufren afectadas por el SIDA. Sugiero que montéis con ese dinero una Fundación para "Niños huérfanos y vulnerables afectados por el SIDA" y expandáis el apoyo a tantos niños, padres y abuelos afectados por la epidemia, pero también otros que sin enfermos en la familia padecen parecidas condiciones de pobreza extrema. Nadine, ¿podrías con el tiempo ayudar a Kate y a Helen a desmontar, quizás por una película, el mito del paraíso de Soweto, que sigue drenando la sangre de Matabeleland? Se me ocurre también un libro con las historias de horror de estas niñas, sin nombres ni fotos, que estremezca al mundo.

-Lo haré con toda mi fuerza. ¿Pero tú que harás, Haka? ¿No puedes tirar del hilo de la trama del tráfico de órganos a solas?

Dijo Kate.

Jack añadió:

-Yo te ayudaré, Haka. Necesitas al Congreso Nacional.

-Jack, yo creo que debes volver a tu lucha contra el apartheid, tu pueblo te necesita. No quiero que nadie sufra riesgos. Esto puede ser una lucha armada y muy peligrosa. Por mi experiencia, sospecho ramificaciones mafiosas amplias y profundas. Y aquí ya no pueden esconder el crimen.

-Haka, estamos en esto juntos. Sigo contigo. Y sé lo que son las armas.

-Gracias Jack. Pero ya nos deben estar siguiendo el rastro. Dejamos huellas en la clínica y tú debes estar fichado. Lo mejor es que te refugies en la clandestinidad con la que te puede proteger el Congreso Nacional. No creo que la policía sea tan tonta de colgarte el mochuelo informando de tus huellas. Hay demasiado que esconder por su parte.

-No sé si es bueno que saquemos algo de ello a la opinión pública. Aún con tu fama, Nadine, te torturarían para ir a por nosotros. Espero que nadie te haya seguido.

-Conozco mi país. Me he asegurado que no, tranquilo. He seguido una crónica de Nelson Mandela y quiero que él conozca esta historia. Quiero que vengas conmigo, Haka. Antes de tirar del hilo, necesitamos un apoyo muy alto.

-Haka, Nadine tiene razón. Necesitamos informar a lo más alto. Déjame coordinarlo a través de gato gris.

-De acuerdo, pero empezaré a investigar desde ahora. Necesito alguien que hable hebreo e información sobre tráfico de órganos, sobre la clínica, el coche y el médico que detuvimos. Investigaré la información que hemos

sacado del disco duro.

Kate habló con Sibindi el día siguiente: Tenía once años, era de un *kraal* a medio camino entre Brunapeg y Plumtree, cerca de la misión de Empandeni. Era impensable que pudiera llegar a estudiar en aquella misión de donde salían los chicos educados, los que podían ir a Bulawayo, tener oficios o negocios. Así que cuando le ofrecieron dinero a sus abuelos y una escuela a él, todos estaban muy contentos.

En el pick up fueron recogiendo a otros niños hasta un total de seis, de otros *kraals* de Matabeleland. Sólo conocía a uno, con quien había ido a la escuela primaria. Al principio les trataban de forma fría, pero sin violencia. En cuanto pasaron la frontera en Beitbridge. Todo cambió. Les empezaron a tratar violentamente ante cualquier excusa.

El vio que pasaban Soweto y entraban en una finca en una zona llamada Lawley. Allí sólo vieron a una mujer bastante obesa y muy ruda con ellos. Les dijeron que tenían que hacerse unos análisis de sangre antes de ir a sus escuelas, y vino un hombre muy delgado y con la cara llena de granos, a sacarles sangre. Después les metieron en un cuarto con colchonetas donde les daban de comer dos veces al día. Tenían un cuarto al lado donde había letrinas y donde cada dos días un hombre que nunca hablaba les lavaba con una manguera. Él llevaba unos cuatro meses allí.

Al principio pensó que esperaban a ir a la escuela prometida. Cuando empezaron a preguntarle eso a la señora, les dijo que ella no sabía nada. Y cuando le decían que querían volver a casa, les contestó que si daban problemas les llevarían a un cuarto aparte, sin comida ni luz. Él insistió un día y se intentó escapar cuando la señora abrió la puerta. Unos perros fuera le atacaron y la señora llamó al hombre que nunca hablaba. Le llevó a un

cuarto sin ventanas, le empujó violentamente adentro donde sólo había una botella de agua, y allí paso a oscuras un tiempo que no sabía medir. Al salir nunca volvió a decir nada. Comía, dormía, a veces hablaba con los otros chicos, pero poco a poco se fue instalando en aquel cuarto un ambiente de profunda tristeza que les impedía comunicarse ni pensar. Empezaron a llevarse a algunos chicos, más o menos uno a la semana. Les dio esperanza. Estaban seguros que así empezaba su vida soñada de estudio en una escuela donde empezarían a aprender y con el tiempo volverían a su *kraal* con un oficio y ayudarían a sus abuelos y a sus hermanos.

Al volver a ellos esta ilusión empezaron a pasar las horas imaginando un mundo en que cada uno de ellos era una persona educada: uno era un médico, otro un maestro, otro un ministro, otro tenía una tienda de coches, otro escribía libros, otro un cantante famoso, otro sería un obispo, otro un capitán del ejército y hasta uno dijo que sería un piloto de avión. En un rincón de la pared empezaron a apuntar con rallas los días, y los chicos que iban yéndose. A las tres semanas trajeron otros siete chicos. Hablaban otro idioma y decían que venían de un lugar que se llamaba Mozambique. Así paso unos tres meses.

Finalmente, cuando ya se habían llevado a casi todos los que vinieron con él, le llegó el turno. Se despidió de los chicos de aquel cuarto y le metieron en un coche pequeño. Le llevaron a la clínica de donde le rescató Haka. Le dijeron que tenían que darle unas medicinas para que estuviera fuerte en sus estudios. Ya no recordaba más, entró en un sueño del cual se había despertado en ese cuarto.

Al segundo día, Kate marchó con Sibindi y un pasaporte falso hacia Bulawayo. Allí se reunió primero con Helen y fueron hasta San José para informar a Jonay y NoLwasi. Patxi estaba en Roma. John llegó al siguiente

día al apartamento de Kate. Haka no tuvo forma de desanimarle a seguir a su lado hasta que supieran del resto de los niños. En los siguientes días, Haka leyó durante dieciséis horas al día los cientos de documentos y bases de datos de los floppys en que grabaron el contenido del disco duro del ordenador de la clínica. Nadine escribió un artículo aplastante sobre la trama del tráfico de niñas, que se publicó íntegro en el Daily Dispatch, incluyendo un resumen en portada. Ponía en entredicho la pasividad de la policía, la aduana y el gobierno. No desvelaba la acción de Haka, John, Jack, gato gris, Helen o el gato gris.

Mientras tanto, este fue el resumen que pudo hacer Haka de lo encontrado en la clínica de los trasplantes:

La clínica empezó a funcionar hacía dos años. Se había comprado el local por un precio de dos millones de rands, a nombre de la red de clínicas privadas llamada *Netcare*. Los documentos de constitución de ese centro lo describían como clínica especializada en geriatría. No constaba ningún consejo de administración sino sólo un director de la clínica llamado Larry Gordon. Tenía una cuenta en el Chase Bank de Sudáfrica. Los ingresos los hacía un grupo de Israel llamado "*Israeli Transplant Programme*". Los pacientes eran todos de Israel y pagaban una media de doscientos mil dólares a un bróker internacional llamado Ilan Perry. En una base de datos de "donantes", aparecían diferentes casos con iniciales y pago por cada una de entre cinco y seis mil dólares, excepto una lista especial en la que figuraban las letras "GM" seguidas de números, desde GM1 hasta GM12. El GM total era de veinte mil dólares. En total había noventa y ocho donantes e igual número de receptores.

Había también una lista de catorce médicos que habían practicado las operaciones y los honorarios de cada uno de ellos: diez mil dólares por

intervención. Había también listas de medicamentos, reactivos del laboratorio, de salarios del personal de la clínica y de una empresa de seguridad. Otra base de datos llamada Tel Aviv-lista de espera, listaba trescientos ochenta y nueve pacientes, doscientos treinta y cinco pendientes de trasplante renal, sesenta y siete de córnea, treinta y dos de hígado, cuarenta y tres de médula ósea y doce de corazón. El negocio suponía unos cinco millones de dólares en ganancias limpias cada año, y Haka suponía que bajo *Netcare* había varias clínicas en el país, quizás también en otros países. La lista de pacientes en espera mantenía la demanda, la avaricia, y la falta de escrúpulo alguno en sacrificar a esos niños.

-Jack, esto es horrible. Que habrá pasado con esos niños, que va a pasar con los demás.

-Supongo que con la alarma de las niñas, ya no se arriesgaran más a ir a Zimbabue. Seguramente empiecen a traer niños de Mozambique o de otras zonas de Sudáfrica. ¿No te parece que debíamos agarrar a Godfrey y hacer que desvele toda la trama? ¿O quizás ir a por ese tal Perry? No podemos esperar más, esto es horrible.

-Sí. Pero, si le detenemos, los verdaderos jefes de este negocio se ocultarán. Aunque tienes razón, al menos podremos parar esta barbarie y a esos mafiosos que seguramente desaparezcan del mapa un buen tiempo.

-Quédate aquí. Tengo que hablarlo con gato gris y con el contacto del Congreso Nacional Africano de Johannesburgo. Esto es muy serio. Lo atraparemos y lo llevaremos a la finca con gato gris. De la información que saquemos podremos intentar saber qué ha pasado con los niños que ya han pasado por la clínica, liberar a los niños de Lawley y alarmar por Nadine en

los medios, para que se tire del hilo.

-No. Creo que ya saben que estamos aquí. Estoy seguro que seguirán a Nadine tras la publicación de su artículo. Tenemos que contactar con ella de forma más segura. Aunque quizás ya le hayan pinchado su teléfono. Llámale y dile que eres un primo, no sé algo, sin relación con su trabajo, y que quieres verla en algún sitio. La recogeremos e iremos con gato gris, tenemos que pensar en los siguientes pasos.

Fueron primero a por Nadine. Parecía que nadie les seguía. Siguieron los tres hacia la finca de gato gris. Al llegar, les dijo que ya habían intentado ir a agarrar a Godfrey: le habían encontrado en su casa asesinado.

Haka sintió que entraba en un mundo tan profundo y oscuro que pensó en salir de allí, volver a San José, trabajar con Helen, pasear por los *kraals* y atender a lo directo, lo inmediato. Aquel mundo tan complejo y perverso superaba su entendimiento y su concepto de la raza humana, aunque pensaba que ya había visto de todo. Pero la imagen de los niños volvió a él. No podía olvidar ese horror.

-¿Y podemos ir a por Gordon o a por Perry? Es lo único que nos queda.

Dijo, Haka.

-Ya lo hemos intentado -contestó gato gris- Pero están en Israel, y no creemos que salgan de allí.

-¿No se puede pedir la extradición por sospecha de crimen en Sudáfrica?

-Israel no tiene ese tipo de acuerdos con ningún país, y no le extraditarán.

-Sólo queda ir a Israel, entonces.

-Te enfrentarás al *Mossad* seguramente, y a un mundo que no puedes ni imaginar. Dijo gato gris.

En ese momento hablo Nadine:

-He estado investigando. Tengo una amiga, Nancy Schepper, en un lugar de Estados Unidos llamado Berkeley. Hace tiempo que investiga los lados oscuros del tráfico de seres humanos. Me ha informado de lo que se va conociendo de las redes internacionales. Me ha dicho que la mafia es muy poderosa y que estarán en este momento ya dirigiendo su negocio a otros lugares, muy posiblemente China, donde las leyes de trasplantes de donantes vivos y pagados, son muy permisivas.

-Necesitamos encontrar el contacto de Perry en la policía, en el gobierno. Jason habló de protección por el ejército y mencionó al grupo "EO". Y tú, gato gris, hablaste de las conexiones con el tráfico ilícito de diamantes.

-Haka, hemos estado investigando eso. Durante mucho tiempo el ejército sudafricano ha estado apoyando a RENAMO y a UNITA para acabar con los regímenes comunistas de Mozambique y de Angola. Es la política que empezó Reagan hace tiempo, de apoyo a lo que llaman "Freedom Fighters", aunque se han concentrado más en ayudar a los rebeldes talibanes de Afganistán y a la contra en Nicaragua. Son los mismos grupos que nos han acosado durante toda nuestra lucha por la liberación de Sudáfrica. Son oficiales fanáticos del apartheid y cristianos radicales anticomunistas que

ven en el Congreso Nacional Africano, los gobiernos de Angola, Zimbabue y Mozambique al demonio comunista. Se han organizado con tanta fuerza dentro del ejército e infiltrado en el gobierno, que ni el presidente De Klerk puede ni se atreve a tocarlos.

-¿Y qué relación tiene este entramado con los diamantes?

-El poder del dinero es mayor que ningún otro en este mundo. UNITA se ha ido financiando por el tráfico ilegal de los diamantes de las minas que controla. Al principio los vendía a De Beers, monopolio mundial del negocio de los diamantes y dueña de media Sudáfrica. Pero UNITA ha ido vendiendo diamantes a otros precios mejores al gobierno de Zambia y De Beers estaba perdiendo el monopolio. De Beers ahora quiere controlar las minas en Angola, como ya hace con las de Sudáfrica, Namibia y Botsuana. Como el gobierno de Angola está ganando fuerza, ha encontrado petróleo y ha atraído el interés de los países ricos, incluido su antiguo enemigo, Estados Unidos, De Beers, y el gobierno Sudafricano detrás, como en tantos otros asuntos, ha ido restando la ayuda a UNITA y su compra de diamantes. Quieren que desaparezca.

-¿Y qué nexos hay entre todo esto y el tráfico criminal de órganos?

-Sospecho que los mismos grupos del ejército que apoyaban a UNITA, vinculados al apoyo económico que proporcionaba De Beers y su lucro por el tráfico de diamantes, eran los que protegían a Godfrey, Gordon y Perry, y las tramas de prostitución y de tráfico de órganos. Pero no lo podemos confirmar.

-Habría que conocer a ese grupo "EO" dentro del ejército. Ahí está la clave.

-Han sido los principales enemigos del Congreso Nacional. Nelson Mandela lo sabe bien. Y sabe a qué se refería cuando al ser liberado dijo que aún no podía dejar la lucha armada.

En ese momento volvió a intervenir Nadine:

-Creo que necesitamos hacer dos cosas: una, liberar a esos niños. Sólo alguien como Mandela puede hablar al más alto nivel con De Klerk y dar las órdenes al ejército de Sudáfrica y sus células más reaccionarias para que se desmonte esa mafia. La otra, seguir la pista de Israel y su red en todo el mundo. Nancy en Estados Unidos y otras personas por el mundo están pensando en crear una organización que desenmascare a esa red del horror. Me he permitido hablar personalmente con Mandela, a quien entrevisté a su salida de la prisión y con el que he mantenido una relación muy entrañable.

Unos días después, Haka fue contactado por Nadine, para la reunión con Mandela. Aunque Mandela estaba libre e incluso venía de una gira en Europa donde había recibido premios e incluso animado al equipo de Sudáfrica en los Juegos Olímpicos de Barcelona, sus movimientos eran controlados y Haka y Nadine pasaron varios controles y códigos hasta reunirse con él en su casa de Qunu. Entraron a una sala sencilla, con una mesa y varias sillas alrededor. Esperaron sentados y al rato entró Nelson Mandela acompañado de uno de sus personas de confianza, Oliver Tambo, a quien había sustituido al frente del Congreso Nacional tras su liberación. Haka quedó impresionado por la serena determinación a la vez que una casi perpetua y tierna sonrisa en su mirada.

-Buenos días Nadine, ¿cómo está?

-Muy bien Sr Mandela. ¡Veo que le ha sentado bien su viaje por Europa!

¿Cómo vio a nuestro equipo olímpico en Barcelona?

-Ha sido un año duro, Nadine. Mi separación de Winnie, las tensas negociaciones con De Klerk, la masacre del Inkhata en Boipatong. Pero vamos avanzando hacia la paz, la libertad. No hay vuelta atrás.

-El mundo entero le observa, Sr. Mandela. Tiene detrás a todo un pueblo. Quería presentarle a Haka Beloki. Es quien, desde el anonimato, por humildad y por seguridad, ha desentramado la red de prostitución de niñas de Zimbabue, en Soweto. Y tiene algo aún más grave que contarle.

-Haka, gracias por su valentía. He leído lo que la policía ha dicho sobre el arresto de los traficantes de niñas, y sabía que alguien les habría empujado a hacerlo. He hablado ya con De Klerk y con Mugabe para insistir que esas niñas tengan el mejor futuro, y que se controle en los países y en las fronteras este horrible crimen.

-Gracias Señor Mandela. Creo que sólo hemos desatapado la punta del iceberg. Confío en que cuando el pueblo de Sudáfrica se libere, el gobierno democrático persiga ese horror.

-Se lo aseguro. Pero dígame, ¿puede haber algo más horrible que eso?

-Creo que sí. Se lo contaré en un breve resumen, sé que no tiene mucho tiempo.

-Le escucho.

Haka sabía que esos podrían ser los cinco minutos más trascendentes en su lucha por aquellos niños. Se hizo un esquema mental del hilo argumental y los principales mensajes que quería comunicar a Mandela, quien por su negociación con la transición Sudafricana, y quizás su prestigio y liderazgo mundial, podría ser esencial en acabar con ese horror.

-A la vez que las niñas de Matabeleland, fueron también secuestrados muchos niños. Con ayuda de su partido interrogamos a uno de los mafiosos que había secuestrado a los niños y los había traído hasta Soweto. Así supimos que la persona de contacto, el confidente de la policía y traidor al Congreso Nacional, Godfrey, estaba en contacto con una clínica llamada Nuevo Amanecer.

-Sí, la que acaban de cerrar en Johannesburgo.

-Sí. Y le diré por qué. Godfrey entregaba niños a unas personas que dirigían esa clínica: Tenemos una información muy detallada de cómo les extraían órganos y no sabemos si se les sacrificaba o qué es de esos niños. Los órganos se trasplantaban a adinerados pacientes de Israel. Era un negocio millonario. Sabemos que la clínica es parte de la poderosa red de centros privados llamada *NetCare*. Decidimos destapar esa trama denunciándolo anónimamente a la policía y amenazando con informar a la prensa si ellos no reaccionaban, al igual que hicimos con la trama de prostitución. La policía reaccionó deteniendo a la red de prostitución, aunque pensamos que hay muchos otros núcleos que toleran. Pero en el caso de la clínica, se limitaron a cerrarla, y no ha habido detenciones. El director de la clínica y el bróker que negociaba entre un grupo de Israel y *NetCare*, están huidos a Israel. Y a Godfrey, lo han asesinado. Sabemos que el grupo "EO", dentro del ejército Sudafricano, que creo que usted conoce bien, , está detrás de esto y están limpiando toda traza para que se archive el caso.

Mandela se quedó mirándole con una expresión de profunda tristeza.

-Cómo puede el ser humano llegar a tanta maldad. Niñas prostituidas, niños sacrificados. Todo por dinero.

Hubo un silencio. Haka sintió que realmente Mandela sufría el dolor de los niños, y a la vez estaba pensando rápidamente, relacionando mentalmente sus cientos de contactos claves en el mundo y en Sudáfrica para encontrar una estrategia.

-Conozco bien al grupo EO. Desde que me han liberado, la policía y el ejército, bajo De Klerk, están disminuyendo sus efectivos y hemos hablado en especial de las células "anti-terroristas" de SWAPOL, el batallón 32 y los asesinos que nos han ido acosando y persiguiendo durante tres décadas. Le aseguro que no son más de trescientas personas las que mantienen a este país en su odio apartheid. Asesinos en la policía y el ejército, medios de comunicación envenenados con odio, y dinero. Dinero, Haka, intereses de dinero que no miran a nada más. Es ahí donde entra De Beers, auténtico cártel de diamantes en el mundo pero que también controla media economía Sudafricana. Curiosamente el rastro de Rhodes aún provoca el dolor y la opresión en esta zona del mundo. De Beers ha trabajado con el ejército apartheid y a cambio ha obtenido el control de la explotación de diamantes por las guerrillas de UNITA y RENAMO, que masacran a nuestros hermanos de Angola y Mozambique. Ahora que UNITA pierde el apoyo americano y a la que Sudáfrica se ha visto presionada a dar la espalda, quieren desmantelarla: no interesa ya políticamente al gobierno ni económicamente a De Beers, quien prefiere mantener su monopolio en acuerdos directos con los gobiernos a los que antes atacaba pagando a las guerrillas. El dinero es lo único que cuenta. *Chevron*, que domina el petróleo y las refinerías entre otros cientos de aspectos de nuestra economía,

también ha decidido esa estrategia. Y esos dos gigantes, han creado una empresa militar privada, recuperando el código de los asesinos del apartheid, "EO": *Executive Outcomes*. Dinero y apartheid unidos ahora en desmontar las guerrillas que antes apoyaban. Si alguien de ese grupo está detrás de las tramas que has desenmascarado, Haka, lo limpiaran. El gobierno no puede con esos dos poderes.

-Entonces "EO" ¿se ha convertido en una empresa "limpia" y liberadora de gobiernos acosados por terroristas y guerrillas? ¿El mundo al revés? ¿Sin ningún escrúpulo?

-Así es, Haka. Y esa misma transformación para seguir manteniendo el poder, es la serpiente que corroe la política y también las revoluciones.

-¿Qué cree que se puede hacer? Sólo pienso en esos niños.

-Esta semana tengo una reunión con De Klerk. El me prometió que iba a limpiar la policía y el ejército de esos grupos, que ahora gozan de legalidad, prestigio y hasta supuesto humanitarismo, bajo "Executive Outcomes". Le diré que hasta que no estén liberados los niños de la trama de "Nuevo Amanecer", no contará conmigo para nada, y que si no reacciona en un mes, llevaré el caso a las Naciones Unidas y con tu ayuda, Nadine, pondremos nombres y apellidos a este horror.

-Gracias, Sr Mandela. Yo también seguiré mi lucha: voy a ir a Israel. Esta trama infiltra todo el mundo.

Amandla.

Se despidió de Mandela mirándose profundamente y con una complicidad

de quien sabe lo que es luchar por un ideal.

John volvió con Kevin, quien había regresado de Roma y había sido, para asombro de muchos, nombrado obispo de Rustenberg. Tenían una lucha para ir promoviendo el cambio de la poderosa Iglesia hacia el amor en el SIDA,. Jack y gato gris fueron saliendo de la clandestinidad. Gato gris ya pudo usar su nombre, Thabo. Haka paso unos días en Ciudad del Cabo, mirando al mar desde *Table Mountain* y escribiendo la historia que acababa de vivir en un hostel de montañeros.

A las tres semanas, la televisión dio la noticia de que la clínica 'Nuevo Amanecer' se cerraba definitivamente por haber estado practicando trasplantes ilegales de órganos. Su responsable, Godfrey Johnson, se había suicidado, y los intermediarios de los trasplantes estaban huidos en Israel. Se habían liberado a setenta y seis niños en diferentes fincas clandestinas del país, cuarenta y cinco de ellos de Zimbabue. Otros veinte y seis habían sido encontrados en trabajos forzados en aquellas fincas o en plantaciones del país en las que trabajaban como esclavos y con una enorme cicatriz en el costado. De siete no se sabía el paradero. Todos los niños serían entregados a Zimbabue con una importante indemnización y disculpa formal del gobierno. Los fondos serian administrados por una organización llamada "Apoyo a huérfanos y niños vulnerables por el SIDA", basada en Bulawayo.

Haka sonrió emocionado al ver las imágenes de los niños entrando en un autobús rumbo a Matabeleland.

Misión cumplida. Casi.

Necesitaba volver a San José, y anhelaba el abrazo de Helen.

XLIX. Sobrevolando el amanecer de un nuevo mundo. Gomera 1992

Jonay había pasado seis años en San José. Ya hablaba fluido *ndebele* y tenía su nombre local: *ulibona* -él nos mira-, por su forma de observar, profunda y lenta, cuidadosa, cuando les atendía como médico. Era muy feliz en la convivencia con Patxi, convertido como en su segundo padre, en la mágica alianza médica y espiritual con NoLwasi, en la colaboración valiente de Anwele y en el compañerismo de Ndlovu. Gozaba también de sesiones de música con Johanna a la flauta travesera, NoLwasi con su *mbira* y Jonay con un violín que consiguió en Bulawayo. Disfrutaba sus paseos por las praderas, visitando *kraals* y compartiendo en aquellas misas ecuménicas de cantos zulúes. Leía las novelas de Wilbur Smith, Noah Gordon, Stephen King, León Uris y otros que le traían una vez al mes de la biblioteca pública de Bulawayo, y los libros de Coelho y Tagore que le mandaba su madre desde la Gomera. Se mantenía al día en medicina por artículos que le mandaba Fernando y por su suscripción al "*Tropical Doctor*", una revista dedicada al trabajo en los sitios más remotos y donde todo lo que se publicaba era práctico, aplicable. Había publicado algunas ideas sobre el test del SIDA y sobre una técnica que inventó para concentrar mejor las muestras y detectar mejor la tuberculosis en el laboratorio tropical. También investigó formas de disminuir la transmisión del SIDA de madres a hijos utilizando clorhexidina en el parto o vitamina A, pero no pudo ver resultados claros. En todo ello, el afán de control del gobierno y las envidias de la jerarquía intentaban bloquearle el trabajo. De alguna manera, su valentía en la medicina tenía las mismas cortapisas que tenía Patxi en la religión.

Estaba en contacto por cartas con sus grandes referencias en la medicina sencilla pero de calidad en el distrito: Monica Cheesbrough en las técnicas de laboratorio, David Morley y sus conocimientos y visiones de la Pediatría tropical, e incluso se había escrito con Michael Gottlieb, de quien la mujer de Berkeley con quien estaba en contacto, Aimsa, le había dado su dirección. Pero su correspondencia más desafiante era con Maurice King.

King era un afamado médico inglés que había nacido en Sri Lanka y estudiado entre la elite británica en el Trinity Hall de Cambridge y luego en St. Thomas's Hospital de Londres donde se convirtió en un prestigioso patólogo. Empezó a trabajar en 1956 en la antigua Rhodesia donde ya se hizo conocer por no callarse ante la injusticia: se enfrentó al hecho racista de no poder formar a médicos negros, no le renovaron el contrato y se fue. En 1962 fundó la Facultad de Medicina de Makerere en Kampala, Uganda, y solía decir que "saltó de la placa de Petri a la comunidad." Se prestó voluntario a sustituir a un médico de un hospital rural, se vio en el dilema de la falta de libros para apoyar y guiar ese tipo de trabajo. Así que convocó a todo tipo de personas relacionadas con el trabajo en esos hospitales remotos, aunó todos los documentos y comentarios y se puso a integrarlos en un libro que al año y medio tomó la forma de "*Medical Care in Developing Countries*", que se convirtió como en la "biblia" del movimiento incipiente entonces de Atención Primaria, que inspiró la Conferencia de Alma-Ata de la que tanto le habló Fernando a Jonay. Desde Uganda, King siguió escribiendo los libros clave para el médico de un distrito rural: laboratorio en el hospital de distrito, pediatría en el hospital de distrito, gestión en el distrito de salud y su serie con la cooperación alemana de cirugía, trauma, ginecología y anestesia en el hospital de distrito. También le dio tiempo a este médico humanista del siglo XX a escribir sobre los peligros del armamento nuclear. De alguna manera todo ese saber se había concentrado, unido a la medicina interna adaptada a bajos recursos y la medicina tropical en el manual del cooperante de John Gray, con quien ahora, también en Berkeley, también mantenía una entrañable correspondencia sobre los desafíos de la equidad, la desigualdad justa.

Durante los últimos años, sin embargo, Maurice le fue contando a Jonay una visión del mundo catastrofista. En 1988 preparó una conferencia en la Real Sociedad de Medicina, en Londres, sobre la salud en África. Le mandó

una copia de su discurso a Jonay. Se había encendido en King una llama de interés y alarma sobre la evolución demográfica en el mundo. Dos años más tarde, le mandó a Jonay el borrador de un artículo que envió a la prestigiosa revista del *Lancet* donde expuso su teoría del atrapamiento demográfico en que la población mundial agotaba los recursos naturales. Llegó a plantear que las medidas de salud pública que él había promovido con tan fuerte liderazgo, podrían, si no se controlaba el crecimiento demográfico, llevar a un mayor sufrimiento humano. King recibió una ola de críticas duras por sus aseveraciones y fue acusado de "infanticidio". Fue escribiendo más, incluso en clave de alegorías de visitas desde Marte y el asombro de alienígenas ante la locura humana del crecimiento demográfico sin límite. Estaba preparando su participación en la gran conferencia sobre la Población y el Desarrollo que se celebraría al año siguiente en el Cairo y compartía con Jonay sus ideas. De forma alarmante le hacía confidencias de cómo sus ideas de un mundo ético de un-niño-por familia eran perseguidas, y había recibido presiones y amenazas de la CIA. King mostraba una profunda preocupación de lo que la presión demográfica sobre los recursos podría suponer en la zona de los Grandes Lagos, donde preveía guerras de magnitudes aún no conocidas. Jonay le respondía que el verdadero agotamiento de recursos naturales provenía de la enajenación consumista del Norte, más que del crecimiento demográfico en el Sur, pero King insistía en la hecatombe a la que el crecimiento de la población llevaría a la Humanidad.

Su vida profesional, social, intelectual e incluso espiritual, era intensa. Sentía esa mezcla mágica de épica y serenidad que ajusta el alma a la frecuencia de onda de la aventura de la vida. Sin embargo, sentía el anhelo de diluirse en el amor con una compañera. Por las noches sentía ese vacío, esa necesidad de abrazarse en el frío, de sonreír ante la belleza, de reírse ante los absurdos, de ir de la mano antes los retos, de reclinarsse en el hombro compañero en el cansancio, de llorar juntos ante la rabia, y de

sentir el calor ante la tristeza y los temores. La vida era medio vacía sin esa complicidad de alma gemela. Se sentía, como solía decirse en su intimidad, "naufrago de abrazos, huérfano de caricias".

Además, sentía nostalgia de su familia, de la guía de su padre, fuerte y valiente; de la inspiración de su madre, bella y serena, de la referencia de la vocación profesional de Fernando, de la sencilla nobleza de Tomás, de los barrancos de su querida isla, de la frondosidad mágica del Garajonay y de la sombra vigilante del Teide. Había ido sintiéndose en profunda empatía con el movimiento de eco-aldeas que sus padres lideraban en la isla y conectaban con fuerzas de todo el mundo. Necesitaba estar con ellos, abrazarse, reírse, llorar, acariciarse, soñar. Su ausencia dolía en la piel.

Consiguió que un compañero de Ndlovu le sustituyese un mes en San José y partió hacia La Gomera, pasando por Bulawayo, Johannesburgo, Madrid y Tenerife Sur. Al llegar al aeropuerto canario allí estaban sus padres, John y Umbela, con quienes se fundió en un abrazo emocionado. Aunque las nieves del tiempo iban tiñendo sus cabellos, les vio plenos de belleza y fuerza. Se preguntó cómo podía vivir tanto tiempo sin su abrazo. Fueron hasta el puerto de Los Cristianos donde esperaba Satia. Navegaron hacia La Gomera y según se aproximaron al barranco de El Cabrito, Jonay quedó impresionado y emocionado, como si viese las imágenes de una nueva humanidad incipiente, reencontrándose con la Naturaleza.

Según se aproximaban a aquel mágico y mítico barranco, vio como sus laderas habían reverdecido con terrazas artesanas de piedra volcánica y adivinaba el maíz, los tomates y otras hortalizas, árboles frutales variados y panales de miel dispersos por las pendientes. Notó que aquellos pequeños huertos en armonía con la naturaleza, estaban cubiertos por mariposas blancas, visibles aún desde lejos. Pequeños caminos serpenteaban las

laderas uniendo pequeñas casas de piedra, sencillas, abrigadas por las montañas, los árboles, mirando al mar. Había molinos de viento artesanos, depósitos de agua, veía también algunos perros, cabras y burros entre aquella postal de armonía. En el valle había un edificio redondo de piedra y madera con un gran porche, y otros edificios alrededor, el puerto de Tomás se había remozado y además de la barca de Tomás había otras dos y otro velero de madera. Aún antes de atracar pudo ver gente activa en todo el barranco, trabajando el campo, llevando carretillas de un lugar a otro, vio a un grupo de niños reunidos en círculo bajo una sabina y a otro grupo de adultos reunidos en el porche. Según se fue acercando observó telares al aire libre, una zona donde unas personas se daban masajes mutuamente, otros se bañaban en el mar, desnudos y sin mostrar vergüenza, otros estaban dibujando juntos un gran mural y de una de las terrazas venía una música y pudo ver una mujer vestida de lino blanco tocando un arpa. Sintió que en ese lugar estaba naciendo una nueva forma de vivir sin competir, sin poseer, sin imponer. Una comunidad sin vencedores ni vencidos, sin sabios ni aprendices, sin guías ni guiados en la espiritualidad, sin temor de ser uno mismo, sin miedo a expresar el deseo de amar y ser amado. Jonay estaba emocionado de volver al hogar. Su familia, en su ausencia, se había multiplicado por cien.

Cuando atracaron, encontró a Tomás, que traía en su barca a unas personas de San Sebastián. Se abrazó a él y notó como el mar había curtido aquella piel noble de una forma por la que sentía, sin entender bien, una profunda veneración. Fueron a casa, que aún estaba en la ladera este. Su cuarto estaba como lo dejó. Su violín, sus libros, sus diarios y sus recuerdos. A las fotos de su infancia, sus padres habían ido añadiendo otras de la vuelta al mundo en Satia de sus padres, y otras que Jonay les había mandado desde San José, y una de Yolanda, quien se había casado y tenía una niña. Se contaron las historias más recientes con enorme cariño y fueron a pasear por la comunidad, que llamaban "Ternura".

Eran unas trescientas cincuenta personas, incluyendo unos cien niños, de más de veinte países. Hablaban sus lenguas y una común que iba surgiendo de forma natural entre todos. Se conocían sólo por el nombre, que si era repetido, se adaptaba. Fue comprobando cómo los saludos entre ellos eran pausados, serenos, mirando a los ojos y abrazándose la cabeza de una forma que inspiraba respeto y afecto. No existían relojes en el barranco. Era esencial cuidar de la naturaleza sembrando con los ciclos de la luna, alimentándola con los restos que ella regalaba y moviendo el agua que ofrecía el Garajonay con molinos de viento y acequias que regaban las terrazas. Estaba prohibido matar animales y talar árboles. Y estaba también prohibido poseer para uno sólo la tierra, el agua, el alimento y el conocimiento escrito. Al poco tiempo no fue necesaria ninguna prohibición pues era tan obvio que esos regalos de la vida eran comunes y libres, como lo es el aire, la música o la luz del sol. Cuando había dolor en las personas, por hambre, frío, debilidad o soledad, simplemente cruzaban las manos sobre el pecho, y todos intentaban aliviar el dolor y ayudarse. Sabían de la importancia de abrazarse, mirarse, acariciarse, y lo hacían sin tabúes, sin temores, sin prejuicios, sin barreras de sangre o cadenas en las relaciones. Bajo la sabina, los niños estaban leyendo, pintando y cantando, de forma espontánea. En la casa común había dibujos hermosos, una gran mesa redonda de madera, una chimenea, estanterías con libros de todo tipo, mapas, papel reciclado y pinturas naturales. Vio como las maderas, trenzadas de ramas caídas o podadas a los brezos, sabinas y pinos canarios, brillaban por la cera natural de los panales. Grupos de personas sentados en el porche o en torno a la mesa compartían sueños, ideas y planes para la colonia Ternura. Otros estaban pedaleando en una bicicletas estáticas que juntas cargaban un dinamo. Hacían turnos entre toda la comunidad, la llamaban la energía humana", y les mantenía, además, en buena forma. Alimentaban así una nevera que utilizaban para alimentos y medicamentos muy seleccionados y el único ordenador de la colonia, utilizado en comunidad para repasar información y comunicarse con otras eco aldeas de

todo el mundo.

Cada semana cambiaba la persona que investigaba internet y compartía sus hallazgos en las sesiones de comunidad. Un edificio al lado hacía las veces de hostel de visitantes. Más allá, había un grupo de letrinas y al lado un depósito que Jonay supo identificar, como en Brunapeg, de biogás, que alimentaba la cocina en otra pequeña casa, todas de roca volcánica. Otro edificio hacía las veces de granero y despensa de alimentos, en otro había utensilios de labranza, construcción y carpintería. Había también una casa de cuidados con el nombre de "Jonay", donde los dos médicos que se habían unido a la colonia, practicaban cuidados naturales y mantenían una huerta de plantas medicinales, además de la gran variedad que crecía por todo el barranco. Había dos camas donde descansaban personas que necesitaban más cuidados.

En los techos de las casas había terrazas, observatorios con telescopios y jardines, donde vio a varias personas meditando. Había hamacas artesanas por todos lados y lugares de juegos y ejercicios. Un grupo hacía Taichi frente al mar, desde donde ya se adivinaba el atardecer. Jonay sintió que sus padres estaban engendrando una nueva forma de vivir. Superando sin temor las barreras impuestas de fronteras, posesiones, temores y distancias entre personas y entre ellas y la naturaleza.

-Esto es maravilloso, Padres. Me siento tan orgulloso de cómo animáis este nuevo amanecer de la Humanidad.

-Gracias hijo. Siempre soñamos una vida así. Es un regalo que las olas hayan traído a tantas gentes maravillosas. Fernando ha ido animando una comunidad parecida en Arguamul. Se llama "Valentía". Iremos a verle mañana en Satia. Tiene unas ganas enormes de abrazarte y te pedirá que

pases unos días con él.

-Claro que sí. Es muy importante para mí. No creo que estuviese en África si no hubiera entrado en nuestras vidas. ¿Cómo está? ¿Y qué tal *Kadiatu* y Lisy?

-Te quiere como a un hijo. *Kadiatu* está bien. Trabaja en la asociación de mujeres Gara, en San Sebastián. Fernando la sigue amando pero ella no desea esta forma de vida. Es muy guapa y muy inteligente, y desea ir superándose, según ella dice, estudiar, tener títulos, propiedades, seguridades que nunca tuvo. Creemos que su origen de la necesidad, alimenta temores y se protege con la quimera de las posesiones. Así vive la mayoría de la sociedad, la presión es muy fuerte. Lisy estudia ya derecho en Tenerife.

-Pero vosotros no necesitáis esos temores, esas dependencias. Tenéis de todo aquí.

-No hijo- dijo Umbela-. El aislamiento sería nuestro fin. Estamos abiertos a dar y recibir, a que entren y salgan de "Ternura" personas, ideas, conocimientos, propuestas, formas de vivir, de alimentarse, de integrarse en la naturaleza, de sanarse. Pero intentamos estar alerta a las presiones para poseer, para dividirnos en injustas y absurdas jerarquías, y para abusar unos de otros y de la naturaleza. Por eso tenemos un acuerdo con el cabildo, pagamos impuestos con dinero de la artesanía que vendemos o de lo que nos dan voluntariamente en el hostel de visitantes. También utilizamos algo de ese dinero para comprar algunas herramientas pues aquí no tenemos minerales ni herrero. Con ello sabemos que podemos utilizar el hospital cuando es necesario si nuestros remedios naturales no son suficientes, recibir a una maestra que guía para los exámenes de fin de

curso a los chicos y conocer y disfrutar de la rica cultura de la isla, de las reuniones con sus gentes. Somos parte de la isla y de la Humanidad. Aspiramos a construir una red de comunidades de una nueva Humanidad. El año que viene tenemos una reunión de eco aldeas de todo el mundo, en Escocia. Esperamos durante este año ir entrando más y más en contacto con quienes son nuestra mayor inspiración: las comunidades indígenas, adaptadas a la Madre Tierra durante miles de años. Estamos muy en contacto con un grupo de Ecuador, y quizás podamos estar con ellos y ellos con nosotros un tiempo.

-Me da pena no compartir con vosotros día a día tanta ternura.

-Nosotros la sentimos hijo. Cada día. En nuestra meditación, en cada abrazo a cada persona, en la belleza de la naturaleza. Tu vida en San José es también bella. La vida fluye, nos reinventa. Mientras nuestros corazones estén abiertos a amar y ser amados, vivimos con nuestra energía más auténtica, trascendemos a lo físico, al tiempo y al espacio. Estamos unidos.

-"Todos somos la misma energía".

Pasó una semana con Fernando en su colonia "Valentía". Le abrazó durante un tiempo eterno, emocionado. Pasaron horas y horas hablando de sus experiencias, de sus pacientes, ideas, dudas, restos, estudios.

Jonay le contó a Fernando sus ideas sobre la transmisión del virus, sus técnicas de mejorar diagnósticos en el laboratorio, y su fascinación con el tratamiento "invisible" de NoLwasi. Estaba convencido que la "no-presencia" del virus en las "Lagrimas diluidas" tenía un efecto como de "huella" en el agua, y estimulaba al sistema inmune de una forma más allá de nuestra comprensión científica.

Fernando le habló de una investigación que había empezado y que le alarmaba. Había habido dos casos de cáncer de pecho en mujeres jóvenes en Valle Hermoso. Investigó y el cáncer de pecho era casi desconocido dos generaciones antes en la isla. Comparó modos de vida y riesgos que podrían explicar esa nueva enfermedad. Su hipótesis estaba en la carne y, sobre todo, la leche de vaca. Antes no tomaban leche. En todo caso, algunas familias tomaban queso de cabra. Investigó que podía haber en la leche de vaca. Fue a Tenerife, se metió en las granjas vacunas, investigó en los mataderos, de los cuales salió con una profunda tristeza al ver tanto sufrimiento. Pensó, de forma similar a la mágica "huella-en-el-agua" de la que hablaba Jonay, que había algo del sufrimiento animal que se transmitía en la carne. Pero también descubrió algo más concreto, que un 5% de las vacas morían por un tipo de leucemia, causada por un virus. Empezó a investigar y supo de un grupo en California que había demostrado como ese virus, en los humanos, podía causar cáncer de mama. Pero la industria era poderosa y estaba coartando todas las vías para que esa información se difundiese por la ciencia, la sociedad o la política.

Fernando ya tenía su barco, que había terminado de construir con la ayuda de John. Se llamaba Aimsa. Pensó Jonay en la casualidad de la mujer a la que encontraría a su vuelta en San José. Sintió una extraña sensación en aquel barco, un calor, protección, sintonía muy especial.

Cuando llegaron a "Ternura", le habían preparado una fiesta a Jonay. Un coro de los niños canto una melodía nueva de Michael Jackson, "*Heal the world*". Luego Johan contó una historia de la vida de Jonay, Umbela le regaló un gorro que ella tejió, y todos en la comunidad habían hecho un dibujo del barranco, por detrás estaba firmado en todos los idiomas con mensajes de paz y de amor. Fue entonces cuando descubrieron algo: bajo una gran tela, había una forma que escondía una sorpresa. Cuando la levantaron apareció una maquina extraña, como una especie de moto-triciclo biplaza. A su lado

había una estructura de metal y tela. John, Tomás y Fernando la habían ido construyendo con materiales de San Sebastián, Tenerife y un manual que habían conseguido. Era un "ultraligero". ¡Algo tan extraño en una colonia naturista! Pero demostrando que no estaban aislados del mundo. En el fondo del barranco habían adaptado una pista de unos cincuenta metros, suficiente para elevar aquel pequeño "triciclo-volante".

Durante la semana siguiente, Fernando, quien había seguido cursos en Tenerife, le enseñó a Jonay a volar con el ultraligero. Aprendieron a planear y apenas gastar gasolina. Ver su isla desde el cielo, el inmenso océano, sentir el viento al planear, como a bordo de Satia. Pensó que algo así le ayudaría a ir más a menudo a los *kraals*.

Recibió en ese mes una fuerza enorme de "Valentía y Ternura", y volvió a San José con renovada ilusión.

L. La trenza de los destinos del amor. Sobrevolando África, 1992

Era el invierno austral de 1992. Patxi volvía de enfrentarse a un muro de prejuicios en el Vaticano. Kevin volvía hacia Johannesburgo en el mismo vuelo, vía Harare. Volvían con ellos Beatriz y Aimsa. Beatriz había tomado un mes de vacaciones en su trabajo de la Comisión Europea para ir con su hermano y conocer otra forma de vivir la religión, en la misión de San José. Aimsa, tras once años en los Estados Unidos luchando por los derechos del SIDA en aquel país y por conferencias internacionales, por fin llegaba al anhelado destino donde tantas veces había soñado en dedicarse a compartir y ayudar a enfrentarse a los retos más dramáticos de supervivencia: en el epicentro mundial de la pandemia, y donde los medios para combatirla eran más limitados.

Cuando se encontraron en Roma, Patxi reservó dos horas a solas con Aimsa para conocerse mejor. Beatriz fue a dar un paseo por el Trastébere, con los amigos que habían conocido de San Egidio, y con Kevin. Pensó "que forma tan diferente, tan alegre, tan libre, tan autentica de vivir el mensaje de amor de Jesús.

Patxi había sentido a través de la correspondencia de casi dos años con Aimsa, a una mujer extremadamente inteligente, y a la vez sensible y respetuosa. Casi tanto que pareciera distante. Su interés por los enfermos, las familias, y en especial los niños afectados por el SIDA, eran genuinos. Nunca preguntaba por nada: ni lugar donde estar, ni fechas para llegar, ni actividades que hacer. Patxi intuía que Aimsa, por su información y relevancia -lo sabía por Rob- en el campo de la lucha por los derechos del SIDA, tendría muchas opciones de trabajo. Se preguntaba que por qué tal interés en saber de San José, y, aunque no lo pidiera explícitamente, por venir a ese rincón recóndito del mundo. Con el intercambio de cartas y de

ideas sobre la epidémica, sus efectos, Patxi le había insistido en que viniese a pasar un tiempo con ellos. Y ante su insistencia, ella admitió que estaría encantada. Aquí estaban los dos. En las fauces del poder jerárquico y sordo de los supuestos herederos de la filosofía y creencia en el amor, un vasco de caserío enamorado del mundo zulú, y de hecho de una zulú, y una india de las calles de Bombay y Calcuta formada en la vanguardia del conocimiento del mundo. Los dos conociéndose con miradas limpias, y con fuerza y compromiso para aliarse en contra del sufrimiento de los más orillados del mundo.

Aimsa era una mujer que llamaba la atención. Vestía un sari naranja, sedoso, que caía por un cuerpo esbelto y en actitud abierta, segura de sí misma, se diría que casi altiva, si no fuera por la dulce y leve pero penetrante sonrisa de sus ojos y de sus labios. Andaba con tal suavidad que se diría que flotaba ese sari sobre la tierra. Sus ojos eran negros como la noche, y levemente resaltados por la quena, tenía una nariz recta, suave y fina, y un rostro se diría que gentil e iluminado. Algo inefable en ella inspiraba divinidad, fuerza espiritual y alianza con lo eterno.

-Aimsa, estoy muy feliz de conocerte en persona. En San José hablamos mucho de ti. Tu lucha ha inspirado a Anwele, y de tus informaciones sobre los medicamentos, Jonay y NoLwasi han hablado a menudo. Me atrae mucho tu conocimiento de la espiritualidad oriental, también. Pero sobre todo, tus ganas de compartir y conocer el mundo de la misión de San José. Estamos muy felices, pero quiero preguntarte algo.

-Yo soy muy feliz, Patxi. *Ngiyalibona, Baba.*

Patxi, comprobó una vez más la inteligencia mental y emocional de ese ser excepcional que entraba en sus vidas. Y había ido aprendiendo ndebele. Al igual que NoLwasi, parecía trascender las dimensiones materiales en las que la mayoría nos sentíamos continuamente atrapados.

-Aimsa. Se por Rob que tus estudios, tus artículos y tu compromiso, te han hecho conocida en Estados Unidos y que por tus contactos podrías trabajar en la lucha a favor del SIDA en organizaciones poderosas, y bien pagada. Nuestra misión es remota, aislada, marginada hasta por la diócesis, aún no tenemos ni luz, el paisaje es una sabana seca y arenosa, las gentes apenas tienen fuerzas y oportunidades más que para sobrevivir a duras penas, y contamos con pocos medios para luchar contra esta plaga.

-Patxi: precisamente por todo eso. Y porque sé que a todo ello le envuelve una belleza inmensa de almas que anhelan superar el sufrimiento, ¿pero sobre todo sabes por qué?

-¿Por qué?

-Por vosotros. Nunca he leído de Jonay ni de ti una palabra de desaliento. Siempre de ilusión, de compromiso y de amor a esas gentes. Contagiarme de ello será el mayor salario del mundo. Acabo de hablar en una reunión con políticos y realeza en Londres donde he expresado mi crítica a la hipocresía de la falsa generosidad instalada en la riqueza y el poder. Por ello fui apartada de otra conferencia en Barcelona por la política y los medios, y ayer expresé en Florencia mi tristeza por ver cómo, "en nombre de los pobres afectados por el SIDA", miles de personas se bañan en viajes de, hoteles y comidas de lujo. Vengo de los basureros de Bombay, de las calles de Calcuta, sé muy bien que la pobreza indigna es consecuencia de la riqueza obscena. Y hay ya mucho negocio en torno al SIDA. Deseo con todo mi corazón compartir vuestras vidas un tiempo. Ya veremos donde la vida nos guía a cada uno. Tendréis mi corazón dispuesto a compartir todo.

Patxi se quedó sin habla. Estaba realmente ante una alma gemela de NoLwasi. ¿Que podrían hacer esas dos mujeres juntas por el mundo? Dios debía de existir cuando había hecho que esos dos seres tan maravillosos, y

además reflejados en una belleza mágica, se entregasen a aliviar el sufrimiento de quienes más olvidados estaban del mundo.

Beatriz estaba preparada para volver a Bruselas. Sin embargo, tras cantar juntos en el Trastébere y oír la lucha de su hermano, necesitaba ir a San José. Necesitaba inspiración. Sabía que entraba en una nueva etapa de su vida. Se decidió aún más cuando llamó por teléfono al trabajo e informó que debía tomar unas semanas de sus vacaciones por "asunto familiar grave". No mentía: grave era que no se hubieran visto y compartido en tanto tiempo, y necesitaba como el aire sentir ese otro mundo en el que su hermano, que desprendía una luz tan pura, había encontrado la paz. Murmuraron pero aceptaron. Pero la llamada más tensa fue con su grupo de la Obra. Su supuesta supervisora le preguntó inquisitoriamente por cada detalle de Roma, por su hermano, por las actividades, las compañías y los planes. Beatriz estaba segura que habían hablado con la Obra en Roma y estaban investigando a ese díscolo Beloki, y su influencia "contaminante" en un miembro de la Obra. Deberían sacarla de esas influencias insanas, y de las dudas que parecían empezar a manifestar, con buenas sesiones psicológicas y "apoyo" (presión) del grupo. Fue tal la inquisitoria presión que terminó la última conversación diciendo:

-Dejadme en Paz.

-Me voy con mi hermano y no necesito decir más. Adiós.

Durante el largo viaje, Kevin fue hablando con Aimsa sobre la realidad del SIDA en Sudáfrica, las raíces culturales, la pobreza, el racismo, la situación de la mujer, la falta de acceso a servicios de salud, los tabúes de la prevención, la falta de tratamiento alguno, el sufrimiento de la enfermedad terminal y estigmatizada. Le contó también su lucha con Patxi por la promoción del uso del preservativo desde la convicción de su valor en "promover la vida", más que "prevenirla", como pensaba la jerarquía desde

sus palacios en el Vaticano. Aimsa le habló de su infancia, de la espiritualidad budista, de la sinergia con la física cuántica, de su compromiso con los derechos de las personas con SIDA en Estados Unidos, de la mafia del beneficio de los medicamentos, de la hipocresía de los ricos y aristócratas mostrando con publicidad, sus supuesta generosidad, de la industria creada en torno al SIDA y los congresos millonarios. Le confesó su profunda ilusión en llegar a San José. Kevin le invitó también en pasar un tiempo con él en Sudáfrica.

Hablaron luego de la lucha de Haka y John desentramando la mafia del tráfico de niños hacia el comercio sexual y hacia el espantoso tráfico de órganos. Kevin estaba preocupado por los riesgos que corrían, a la vez que orgulloso y admirado del compromiso y valentía que demostraban.

Por su parte, Patxi pasó doce horas de vuelo hablando con su hermana Beatriz. Nunca habían pasado tanto tiempo al lado uno del otro con calma para compartir sus vidas, sus ideas y sus anhelos. Patxi le habló de su vida desde que salió del caserío y fue con su tío a la parroquia de Garai. De su tiempo en el seminario. De su lucha por la paz y sus discusiones con abertzales radicales. Le contó, sin los detalles secretos, de su encuentro con Juan Mari y como se fue desvinculando de ETA y llegó a San José. Le habló de su tiempo en Empandeni y de cómo llegó a San José, hacía ya trece años. Le contó cómo era la vida de las gentes de esa parte de Matabeleland, sus creencias y costumbres, sus condiciones de vida y sus actitudes sociales. Le habló también de la época de los disidentes y la quinta brigada, de las misas y actividades comunitarias, del trabajo de Jonay en el dispensario, ya convertido en un hospital, de las escuelas, los talleres, el cine, la línea eléctrica a punto de terminarse, y , sobre todo, del SIDA. Le dijo que había tenido que ir atendiendo a más y más funerales, muchos de ellos de padres y madres jóvenes, también más y más de niños. Le habló de la emigración de jóvenes a Soweto y su vuelta enfermos o muertos, dinamitando el ánimo, la alegría e incluso los medios para vivir, de sus

familias. Y le hablo de NoLwasi...

Cuando le compartió su sentir por NoLwasi, Beatriz sintió que algo se iluminó en la mirada de su hermano.

-Sabía de NoLwasi desde hacía unos cuatro años. Se hablaba de ella como una *Nyanga*-médico tradicional- con poderes especiales, y con una generosidad mítica. Pero sólo la conocí cuando alguien me animó a que fuera a oírla a un foro comunitario en el que NoLwasi decidió hablar del SIDA a varias comunidades de la zona. Desde que la vi sentí una profunda unión a ella. No hay nada en esta vida que me haya llegado tan hondo, hermana. Era como si una parte de mi alma latiese en ella. Mi atracción por su espíritu era tan fuerte que trascendía la realidad, el tiempo o el espacio. No era necesidad de verla ni de estar con ella. Sentí desde que la vi por primera vez que era una fusión espiritual que no sólo no necesitaba de dimensiones físicas, bellas pero al fin y al cabo espúreas, transitorias, sino que ya estábamos unidos en una eternidad previa y en la por venir. Realmente, en la única eternidad. Te lo confieso Neba ²⁶, suena místico, esotérico, pero fue, y es, tan profundo...

-Lo que dices es hermoso, Anaya. Es la vibración y la energía del amor, la que todos llevamos dentro, a la que todos pertenecemos.

-Sí. Después pasó un tiempo sin vernos. Vino finalmente a San José, a cuidar de una amiga común que lucha por los derechos del SIDA, por romper estigmas y prejuicios. Se fue quedando, y una noche, nuestras sombras bajo las estrellas se fundieron. Desde entonces vivimos juntos. El obispo, me consta, ha querido retirarme varias veces de mi cargo en San José, pero todo estaba pendiente de esta visita al Vaticano.

²⁶ Hermana en vasco.

-¿Y qué crees que pasará ahora?

-La visita a Ratzinger no podía haber ido peor. Buscaran cualquier excusa para retirarme a un lugar de mayor control, y "meterme en vereda".

-Eso es horrible. Tu mundo es San José.

-Sí. Veo que mi pertenencia a esta jerarquía de Roma tiene los días contados. Aunque, por otro lado, tenemos que luchar más que nunca por la verdad de Jesús: el amor con valentía, sin miedo. Fíjate en Kevin, a pesar de sus ideas, va a ser nombrado obispo, pues el cardenal de Sudáfrica es abierto, y reconoce su carisma, su compromiso y su tremenda humanidad. Hay luces de esperanza. Pero, háblame de ti. ¡Tengo tantas ganas de saber de tu vida después de tantos años sin apenas saber nada!

-Me doy cuenta, hermano, que he vivido en una burbuja. La vida se ha filtrado hacia mi burbuja donde he ido gozando de seguridad, pero sin conocer realmente el mundo, sin ser libre de sentirlo, equivocarme o no, buscar mi propio camino y mi libertad. Bajo el dogma de la Obra, todo se me ha dado : la razón de ser , de vivir, la Creación, el "camino "a seguir, los contactos, los medios, la carrera, como usarla para un fin noble... todo... me han dado todo. Y me han quitado también la esencia de la vida : la libertad : el romper la burbuja y buscar yo, con mi espíritu la razón de mi ser, mi vibración con el universo, mi conexión con la vida, la Humanidad, la Naturaleza, mi propio análisis de la vida, del amor, mis decisiones, mis amigos, mi familia y mi vida!

En ese momento Beatriz tenía los puños cerrados. Un llanto contenido, quizás de muchos años, afloró con la fuerza de un volcán por sus ojos a través de lágrimas sinceras y valientes que también sentía fluir por los poros de su piel, por todos sus sentidos. Patxi sintió como si la necesidad de amar sin barreras, tanto tiempo contenida por una presa de seguridad,

prejuicios, dogmas, jerarquías, disciplinas, en una palabra, miedos, se derrumbaba y el amor salía con fuerza, aunque precedido por una vanguardia del lodo de la rabia y dolor por la libertad tanto tiempos robada. Patxi la abrazó con fuerza y le tomó su mano con la mayor ternura.

-No estás sola, Neba , ya estamos juntos. Padre estará viéndonos desde su mundo. Feliz de vernos unidos.

-Tengo que contarte algo más, Patxi.

Dijo Beatriz, superando el temblor del llanto y rabia.

-Sé que me quieres hablar de Meimuna, Neba.

Beatriz le miró con cierta timidez, sin atreverse a adentrarse en las pupilas de su hermano, temerosa del severo juicio contra el mayor de los tabúes.

-Y estoy deseando que me hables de vuestro bello amor.

Beatriz sintió un profundo alivio y sus ojos se llenaron de lágrimas. Éstas ya eran de felicidad.

-Gracias Anaya. Siento algo muy parecido a lo que cuentas de NoLwasi. Conocí a Meimuna en un grupo de apoyo. La Obra, a través de los ginecólogos en la clínica universitaria del Opus, refería a mujeres con intención de abortar a grupos de apoyo. Así conocí a Meimuna. Es de Senegal, había venido como refugiada a España con su hermana y trabajaba como camarera cuando un camionero abusó de ella con violencia y crueldad. Cuando la vi, sentí una gran ternura y una atracción física que nunca antes había sentido. No lo identifiqué con nada sexual. Mi mente estaba bloqueada para ni siquiera considerar esa pecaminosa posibilidad. La acompañé durante su embarazo. Al principio desde mis prejuicios católicos, desde mi responsabilidad pastoril, o más bien fiscal, de la Obra.

Luego fui haciéndolo desde mi misma. El amor, del cual no era consciente, diluyó cualquier otro filtro en la relación con aquel maravilloso ser humano. Mi amor por ella me llevaba a cuidarla, entenderla, estar abierta a cualquier decisión que ella quisiera tomar, acompañarla, ser su apoyo, su calor, su refugio, su hogar y encontrar en ella el mío.

-Me emociona sentir tu alegría, Neba.

Patxi dijo mientras seguía cogiéndola de su mano.

-Yo era bastante mayor que ella y me debía a mis votos en la orden. Desde mis prejuicios sólo podía pensar en un afecto maternal, guía y protector. Filtros absurdos del amor, que sólo puede ser de igual a igual en lo esencial. Las diferencias no son ni importantes ni de superiores e inferiores. La abrazaba, acariciaba y ayudaba en todo. Así nació Mohamed Jesús.

Beatriz le miró a Patxi con solemnidad. Le iba a contar la gran confidencia de su vida, guardada en secreto, culpa y temor ante el resto del mundo.

-Unos días después, estaba en el pequeño piso de Meimuna y su hermana, que estaba trabajando. Meimuna tenía molestias pues le habían hecho la episiotomía y le costaba andar. La acompañé al baño. En lugar de dejarla dentro y cerrar la puerta por fuera, como otras veces, algo tácito entre nuestras miradas hizo que me quedara dentro. Cuando se estaba lavando, la ayudé. La acaricié con ternura. La ternura se transformó en un tímido placer y sin saber cómo ni cómo controlarlo, en pasión. Nuestros cuerpos se unieron en caricias y nuestros labios se buscaron. Desde entonces, sentimos la vida bajo el mismo latido. He ido varias veces a verla, a escondidas de la Orden. Estoy deseando que venga con su hijito a Bruselas. Pero puedes imaginarte lo que dirá la Orden.

-Pues parecido a lo que dirá el obispo de mi unión a NoLwasi. Neba,

estamos, tras tantos años, en un camino parecido en la vida: el reto del amor verdadero ante las cadenas de los prejuicios. Juntos romperemos esas cadenas, fruto de generaciones de miedo, de entender la vida en el estrecho camino de la jerarquía y el control. Es como si el ser humano tuviese miedo a soltar definitivamente el ancla de lo material, encadenado al tiempo y al espacio, a la angustia de no entender esas dimensiones, pues, realmente, no pertenecemos a ella. Pero ante el vértigo de trascender a ellas y entregarnos sin miedo al amor, nos angustiamos e imponemos normas, límites y controles. En el fondo, por temor al amor.

-Sí. Y cuando tenemos temor, transmitimos temor, la forma más fuerte de hacerlo es imponiendo normas, ejerciendo poder. El más claro signo de debilidad.

-Sabes, hay un amigo de Rob, del mismo lugar de donde viene Aimsa –la miraron al otro lado de la fila, en animada conversación con Kevin-, donde un físico llamado Perlmutter, está descubriendo que el universo se está acelerando en su dispersión y según los planetas, astros, materia, se alejan unos de otros, más se acelera la dispersión. Es como una aceleración del *big bang* hacia la dispersión final de la materia. Yo creo que estamos entrando en una desunión de lo material y avanzamos hacia una nueva espiritualidad, una vuelta a la energía, trascendiendo la materia. Y claro, sentimos miedo y vértigo.

Hablando de ello, fueron sobrevolando, ya amaneciendo, el maravilloso valle del Rift, el lago Tanganika, el lago Kariba y aproximándose a Harare. El piloto del vuelo de British Airways, dijo:

-Vamos aterrizar en Harare, abróchense los cinturones y atrasen el reloj...¡Cincuenta años!

Nadie lo tomó mal. Era un piropo a una ciudad y un país que por medios y

por el aislamiento durante el apartheid de Rhodesia había anclado sus valores, sistema de educación, costumbres inglesas, juzgados, edificios y hasta los coches en los años 50 o 60. Un tiempo tras las grandes guerras que en Inglaterra, sin tener en cuenta el absurdo de la colonización, se sentía con nostalgia de más serena belleza y dignidad humanas.

Al llegar los cuatro a Harare, se despidieron de Kevin, quien seguía hacia Johannesburgo. Quedaron en intentar pasar todos juntos la Navidad, de alguna manera. Tras pasar la aduana, se esperaron en la pequeña sala de vuelos domésticos al avión que les llevaría a Bulawayo. Aimsa sentía la emoción de haber llegado a un destino que cambiaría su vida. El olor del aire, sin saber explicar cómo, como todo lo importante inefable es, se lo hacía presentir. Beatriz también sintió una sensación mágica, un deseo de romper esquemas que afectaban cómo se movía, cómo hablaba, cómo pensaba y cómo vestía. Como vivía. Romper moldes impuestos y redescubrirse a sí misma.

Al llegar al pequeño aeropuerto de Bulawayo salieron a la sala de llegadas donde aún crujían las enceradas maderas de un edificio pequeño y entrañable de los años cincuenta donde anunciaban las pocas y salidas y llegadas de cada día a través de carteles de madera con letras labradas artesanalmente. Allí estaban Haka y NoLwasi. Los cinco se fundieron en un profundo abrazo. Cinco orígenes y caminos tan diversos de la vida, entrelazados en un destino común, el del amor sin miedo. Faltaba Jonay.

El abrazo, espontáneo y sin palabras dio paso a expresiones de júbilo entre los tres hermanos Beloki, quienes no habían compartido fraternidad desde hacía treinta años.

LI. Volando con las águilas negras. Matopos 1992

Entre NoLwasi y Aimsa vibraba una energía inefable. Era como si se reconocieran una en el alma de la otra. Al mirarse supieron que estaban pensando lo mismo. Simplemente se sonrieron y se abrazaron. Patxi, en medio de su reencuentro vasco, miró de reojo a aquellas dos mujeres fascinantes. La energía de cada una de ellas no pertenecía a este mundo. Quizás todos lleváramos dentro su energía, pero en ella, latía con una luz que deslumbraba todo lo superficial.

Los hermanos Beloki terminaron, de momento, su abrazo emocionado. Haka saludó a Aimsa.

-Sé de tu lucha contra las mafias en Sudáfrica, Haka. Me honra poder conocerte.

-¡He oído hablar tanto de ti, Aimsa! Creo que tenemos mucho que compartir.

Fueron los cinco en el pick up de San José. Haka le dijo a Patxi que Helen y Kate se habían ido a Matopos ido en el BJ40, al que Haka llamaba cariñosamente "Rufo", de vuelta de sus épicas aventuras.

Haka conducía. Patxi quiso ir atrás para dejar a su hermana y a Aimsa ir delante, en el asiento corrido donde cabían tres. Aimsa insistió que fueran los tres hermanos juntos. Quería sentir el aire de Matabeleland y seguir hermanándose con NoLwasi.

-¿Que va a decir la gente cuando vea el coche de San José con los blancos delante y las mujeres negra y "de color" en la parte de atrás, como en los tiempos de Rhodesia? Dijo Paxti.

-Patxi: ¿desde cuándo te importa el qué dirán? ¿Qué te han hecho en el

Vaticano? Respondió Haka.

Se rieron, y emprendieron el camino.

Mientras Beatriz, rodeada por sus dos hermanos queridos, escuchaba sus explicaciones del trayecto por Bulawayo y hacia las mágicas rocas de Matopos, Aimsa y NoLwasi iban en la "bañera" del pick-up, melena al viento y respirando el aire africano. Aimsa siempre llevaba un pañuelo naranja y NoLwasi un pañuelo blanco. No hablaron en todo el viaje, aunque sus miradas lo decían todo. Era como si dos hermanas de tiempos eternos, se hubieran encontrado en la transitoria e ilusoria existencia material. Se miraban. Sonreían con profunda felicidad.

Cuando llegaron a la altura de Matopos, Haka giró hacia la izquierda, desviándose del camino hacia San José.

-¿Dónde vas, Anaya? ¡No estamos para excursiones! Me muero de ganas de volver "ekhaya" (a casa).

-Sigues siendo el mandón de siempre, padre Patxi. Calla un poco y confía en tu hermano.

NoLwasi, en la bañera, sonreía.

Atravesaron frondosas praderas y vieron búfalos y cebras, manadas de antílopes cruzarse por delante y detrás del pick-up, facocheros, babunes y, a lo lejos, una pareja de rinocerontes. Al ver a una pareja de jirafas en el camino, Haka aminoró la velocidad y quedaron parados observando su marcha grácil y altiva. Patxi pensó en las dos diosas que llevaban atrás y la similitud de esa imagen de poder y belleza.

Patxi empezó a sospechar algo. Llevaban años prometiéndose algo así y el trabajo nunca se lo había permitido. Entraron en el barrio de seis casas del

parque nacional de Matopos y aparcaron el coche.

-Ahora dejad el equipaje en el coche y dejáros guiar. Les dijo Haka a Patxi, Beatriz y Aimsa mientras les ponía una venda suavemente en los ojos.

Les guiaron a través de unas gigantes rocas repletas de monos, hasta una casa. Ellos no podían ver el cartel: "El Águila negra". Entraron en ella y pasaron a un salón donde estaban Anwele, Helen, Kate, Johanna, Ndlovu, Themba y los pequeños Joseph, Thandiwe y Nothando, que ya tenían entre siete y diez años y eran inseparables. Una niña de doce años les acompañaba: Buhleve, fue dada en adopción a Haka, quien finalmente había encontrado a su ángel, como decía la camiseta que llevaba puesta. Les guiaron a la terraza enfrente. La terraza colgaba sobre un barranco que se abría a un increíble valle, surcado por un río. Al valle lo flanqueaban dos laderas de enormes macizos de granito. En el cielo sobrevolaban una docena de majestuosas águilas negras. En el fondo del valle, el lento y dorado atardecer africano tras las majestuosas acacias planas, empezaba a bañar todo de rojo.

NoLwasi era cómplice del plan, de la sorpresa. Y protagonista principal. Pero al ver las águilas negras sintió todo su cuerpo estremecer.

Haka les quitó la venda. Aimsa, Beatriz y Patxi quedaron inundados, sin palabras, por tanta belleza. Los niños les saludaron con cariño y les dieron unos regalos: un bastón de ébano de Induna (jefe) pulido por Haka para Patxi, una cesta de paja y colores artesanos pe-reparado por Anwele para Beatriz y un cuaderno hecho de cortezas de árbol, para Aimsa. Se presentaron emocionados unos a otros y cuando la belleza del lugar hizo que espontáneamente se cogiesen de las manos y asistieran al espectáculo diario majestuoso de la despedida del sol, oyeron un leve sonido de un motor a los lejos. El sonido fue creciendo y se adivinaron entre las lejanas acacias unas dobles alas de maderas y tela. Se fue aproximando hacia

aquella terraza, mirador de una belleza única. Las águilas ampliaron su vuelo en círculo, como abriendo paso a aquel pájaro extraño. Patxi pudo reconocer a Jonay, saludándoles a unos cincuenta metros de altura, a bordo de una especie de triciclo de motor que dirigía aquel híbrido entre motocicleta y planeador. Detrás del ultraligero, colgaba una tela que Patxi reconoció como dos sabanas cosidas. Rezaba un saludo:

"Amhlope, Baba Patxi, Mama NoLwasi."

Aimsa quedó fascinada por la imagen, la belleza natural, la alianza entre aquellos luchadores contra el dolor y la injusticia, y la imagen de Jonay apareciendo el rojo cielo del atardecer.

Todos miraron a Patxi.

Patxi, más allá del asombro en ver a Jonay volando, empezó a encajar las piezas: ese recibimiento, las personas más queridas reunidas en aquel magino lugar, pero el cartel en los aires dedicado a él y a NoLwasi. Amhlope sólo se usaba en *ndebele* para una ocasión: la llegada de una nueva vida.

Patxi giró su mirada a NoLwasi, quien estaba a su lado, de su mano. Su mirada denotaba asombro e intriga. Intentaba entender. O confirmar. NoLwasi, con una sonrisa leve y dulce, asintió. Acarició el vientre donde crecía el fruto de un amor eterno.

Patxi, emocionado, la abrazó y le dio un beso que aquella familia de héroes de tantas historias y orígenes, selló con el canto grave y profundo: *Nkosi Sikelele*.

El amor de Patxi y NoLwasi había alumbrado una vida. Una vida que desafiaba prejuicios y cadenas del poder y las jerarquías y que crecía para unirse a un destino de una tierra desgarrada por la sequía, la marginación

y una terrible epidemia. Pero era una vida, con toda la belleza y fuerza, y, por lo tanto, toda la esperanza de la eternidad y la inmensidad del universo.

Jonay, Ulibona para los ndebeles y kalangas, aterrizó en una explanada cercana, a unos doscientos metros. Todos fueron a verle.

Al volver de La Gomera y de aprender a pilotar el ultraligero y sobrevolar los barrancos de la nueva humanidad con Fernando, Jonay se había encontrado una nota en la misión: debía recoger en un almacén una gran caja, que requería transporte en el pick-up. Pensaba que podrían ser sueros o medicamentos; o quizás una nueva luz para el quirófano, que mandaban de alguna organización en Europa. Cuál fue su sorpresa al leer la nota que lo acompañaba:

Querido hijo, No podíamos soportar la idea de tener nosotros este invento para recorrer los barrancos y conectar a las comunidades de la Nueva Humanidad y que tú no disfrutases de otro para recorrer esas largas travesías para ver a tus pacientes en sus casas o en los remotos centros de salud que atiendes. Deseamos que lo disfrutes y sientas a tu amada África también como el vuelo de un gavilán. Tus padres y "tu tío" Fernando.

No lo podía creer. Ni lo habría imaginado en el más atrevido de sus sueños. Practicó unos cuantos días, mientras volvían Patxi y Aimsa, ahora acompañados de Beatriz. Fue preparando zonas de aterrizaje en torno a los centros de salud que visitaba. Era fantástico. Tenía dos plazas y había ido enseñando a Haka. Cuando iba sólo, llevó alguna vez de pasajero a niños y a mayores, fascinados por volar con Ulibona como las águilas, frecuentes en Matopos, como los gavilanes en Gomera y El Hierro.

Cuando todos se hubieron saludado y de nuevo estaban en la casa de "El Águila Negra". Aimsa y Jonay quedaron algo retrasados.

Jonay quedó hipnotizado por Aimsa. Su serena belleza, su aplomo suave, dulce, pero firme, aquellos profundos ojos negros que parecieron atravesarle, ese suave sari naranja, que como su ánimo, parecía flotar sobre la tierra.

Aimsa vio algo especial en Jonay. Jonay tenía 32 años y había pasado los últimos seis en San José. Sus rasgos reflejaban las raíces vikingas de su padre Gales, y la mágica mezcla de África, guanches y godos de su madre. De África guardaba un pelo rizado, de los vikingos galeses y quizás náufragos guanches, el pelo entre castaño y rubio y los ojos marrones casi verdes, de los godos, los rasgos firmes de sus pómulos y sus rectos labios. Su infancia sana cuidada por su madre con cariño y naturaleza en el barranco de El Cabrito, ahora de la Ternura, le habían otorgado un tono vital sereno y sano. Su vida vegana hacía brillar su piel y su mirada. Sus travesías nadando en el Atlántico y navegando a bordo de Satia curtieron su piel y forjaron un cuerpo atlético pero no musculoso. El tiempo en San José había sido de intenso trabajo, pero se había esmerado con disciplina en hacer gimnasia en su pequeña casa-parroquia, y en andar o correr por la sabana seca del Kalahari, cada atardecer. Su mirada, la que desde niño miraba lejos en el horizonte del mar, seguía reflejando la profundidad de quien desea amar y ser amado navegando en la sensación épica de vivir.

-Welcome Aimsa.

-*Siyakuthanda; Baba*. Me alegra el corazón verte.

Primera sorpresa. Había aprendido *ndebele* antes de llegar. Tan importante. Y había traducido el espíritu de saludo en *ndebele* al español.

-Veo que hablas en plural, como los *ndebeles*. ¿Quiénes me estáis saludando?

-Te saludamos mi presente y las Aimsas que desde hace años han ido

subiendo los peldaños de la vida hasta esta etapa. Tan anhelada. Quizás para encontrarte a ti.

-Lisale kuhle. (Quedaros en paz)

Dentro, en "el águila negra", Jonay sacó el violín que trajo de Ternura, NoLwasi la mbira, Johanna su flauta travesera, Helen trajo su guitarra y repartieron varios *njembes*. Cantaron juntos a la noche mágica, a la estrella del Sur, a la amistad, al valor de perseguir los sueños y aplacar a quienes los ahogan. Cantó a la vida.

Unas semanas después, Haka partió hacia Botswana siguiendo el rastro del horror, que debía terminar de desenmascarar. Helen, muy a su pesar, y Kate se quedaron para seguir desarrollando el proyecto de vuelta a sus casas de las niñas y niños secuestrados por las mafias.

Estaban expandiendo las actividades a otros niños huérfanos, y, en general, a todos los niños de Matabeleland, tan vulnerables ante la pobreza, la sequía y la enfermedad. El Ministro Stamps había ido a Bulawayo y luego a San José para inaugurar las oficinas de la organización en defensa de los niños huérfanos y vulnerables por el SIDA, que llamaron "Jabulani" (nos alegramos). Se había quedado dos días con Jonay pasando consulta, visitas a los enfermos, a las casas de enfermos terminales e hicieron algunas operaciones juntos. Stamps dijo que habían sido los días más humanos de su vida, y desde entonces, pasaba un fin de semana cada mes, haciendo guardia o ayudando en un centro de salud rural.

Beatriz acompañó a Jonay en sus tareas, a Helen y Kate en la organización de "Jabulani", investigando todos los marcos legales nacionales, regionales e internacionales y proponiendo acciones para influir en las políticas y las leyes. Descubrió así el mundo auténtico, sin cáscaras protectoras ni prejuicios, miedos, poder. Fue incluso cambiando su forma de vestir, dejando aquellas ropas grises y rígidas casi impuestas por la Obra, y compartiendo ropa colorida y suelta con Helen y Kate. Escribió un diario de

sus experiencias, incluido un paseo en ultraligero con Jonay, desde donde vio búfalos y jirafas galopar en las praderas. Se abrazaba a aquellos niños, esa generación de valientes que estaban destinados a alumbrar una nueva humanidad, y a aquellos ancianos curtidos en el dolor y la pobreza y que a pesar de ello, o por ello quizás, sonreían con la inocencia y felicidad profunda, sin filtros ni temores, de los niños. Compartía las veladas en el porche de la casa de Patxi, con aquellas maravillosas personas siguiendo el ritmo natural de la luz, sin artificios que alargasen innecesariamente el día, uniéndose a la vida sencilla de sadza diaria, asearse con una palangana, usar las sencillas letrinas, lavar su propia ropa, a veces sin otra cosa de agua y arena, andar por las sabanas, compartir en los humildes *kraals*, y cantar con los graves tonos zulúes, en las misas comunitarias de los domingos.

Patxi siguió trabajando en la misión con ilusión. Cuidaba de NoLwasi cuyo embarazo fue avanzando sin impedir que ella siguiese atendiendo a cientos de personas. Continuaba diluyendo y administrando su agua sanadora, con increíbles resultados, aunque en muchos casos, los pacientes terminaban debilitándose. Pudieron terminar el tendido eléctrico y lo inauguraron con una visita del padre Pius.

Después de la ceremonia, el Padre Pius se reunió con Patxi:

-Patxi, sabes que aprecio tu trabajo, tu entrega a estas gentes, mis hermanos. Creo que eres un ejemplo de testimonio del amor de Jesús. Pero tengo malas noticias que darte: le entregó una carta del obispo.

El obispo había decidido retirarle de tu trabajo en San José. Consideraba que tu desobediencia con la promoción del preservativo, con como alteraba las liturgias de las misas, con su registro nulo de bautizos, bodas, extremaunciones, con su insolente mensaje al Papa y a Ratzinger, y ahora con su relación a plena luz con NoLwasi, embarazada, habían llegado a un

límite y consideraba que "era una vergüenza para la diócesis". Decía que estaban buscando un sustituto y que en unos meses le dirían cuál sería su destino. Pius sospechaba que le pondrían a hacer aburridas tareas administrativas en la catedral, a condición de que abandonase aquella relación con aquella "bruja" nativa.

Poco después, en plena Navidad, Jonay, NoLwasi, Aimsa, Helen y Kate, difundieron la voz de que el obispo echaba a Patxi, Sindisabantu, de San José. Cientos de personas se presentaron ante la catedral de Bulawayo y ante la residencia del obispo. No pararon de entonar cantos zulúes de lucha. El "Bulawayo Sun" publicó un artículo de Helen titulado "El obispo quiere expulsar a Sindisabantu, el símbolo del amor en Matabeleland". El obispo se vio obligado a recibir a un comité de aquellas gentes, acampadas frente a la diócesis. Ante tal presión dijo que el Padre Patxi seguía otra forma de ser testigo de Jesús que la Iglesia no podía reconocer, pero que estaban intentando ver una forma para que siguiese trabajando en San José.

Unos días después Patxi recibió otra carta del obispo en la que le decía que le daba, con extrema misericordia, una última oportunidad para seguir en San José dos años más son una lista de condiciones de orden, sacramentos, celibato, perdón público y promover la prohibición del uso pecaminoso del preservativo.

Dichas noticias llegaron a oídos de un sacerdote de la comunidad de San Egidio en el Trastébere, que conoció a Patxi en su reciente viaje a Roma. Se movilizó aquella comunidad y tomaron una decisión. Escribieron al obispo de Bulawayo y reclamaron los terrenos de San José que mucho tiempo atrás habían cedido por el simbólico precio de un dólar la diócesis a la vez que se los cedían a Patxi.

Patxi respondió al obispo:

Señor Kahlen,

Me entristece que pueda pensar que tiene derecho a obligar a otras personas a vivir como usted piense. Me estremece la visión de su triste figura en la soledad del poder, lejos de los abrazos, de promover la vida, aliviar el sufrimiento, y de no sentir las caricias del amor, la libertad de sentir con los demás y la felicidad de sentirse unió en el universo y a la vez conectado, sin jerarquías ni normas, a toda la creación mediante el amor.

Usted ha hecho daño a mucha gente con sus cadenas y prejuicios, pero sobre todo se ha hecho daño a usted mismo.

Mi humilde consejo es que deje ese ropaje pesado e incómodo, venda el anillo de oro y todas las joyas de la Iglesia, abra la catedral a todas personas sin techo para que allí vivan, recupere su sonrisa de niño, salga a abrazarse con las gentes y déjese enamorar.

Entre nosotros, despojado de su supuesta superioridad, como un hermano más, siempre tendrá abierta la comunidad de San José y nuestros corazones,

Sindisabantu.

Los terrenos y edificios fueron devueltos a la comunidad del San Egidio quien se los cedió a su vez a Patxi por el precio simbólico de un dólar. Patxi presentó su renuncia a la Iglesia Católica y piconvocó a la comunidad para decidir un nuevo nombre para la misión. Seguía sintiendo una profunda inspiración por la vida valiente de Jesús contra el poder, y por eso mismo rompía el yugo. Y también por la humildad de san José. Pero ya no creía en un mundo de reyes y súbditos, de obispos y feligreses, de maestros y alumnos, ni de santos y pecadores. Decidieron darle el nombre de "ukuzwana", lugar de armonía.

Aimsa fue encontrando en Ukuzwana un lugar de paz, de entrega, de armonía con la naturaleza, tan cruel a veces como bella, de sintonía con personas dedicadas a los demás sin pretender glorias ni aplausos, y con

una entrega a aquellos niños huérfanos, para los que fue desarrollando proyectos de todo tipo, junto a "Jabulani" : educación, agua, nutrición, huertos, artesanía, librerías comunitarias, talleres y hasta un coro de música que fue reuniendo a más de cien niños, cantando esperanza, amor e ilusión. Pero lo que más llenaba su alma eran los paseos al atardecer con Jonay. Entre los dos fue surgiendo una complicidad más allá de las palabras, de nada que se pudiera explicar.

En el inicio de 1993, Patxi supo que su tío, tocayo e inspirador en la vocación religiosa, el Aita Patxi, había fallecido en sus casa parroquial de Garai tras treinta años dedicado a predicar el amor de Jesús en aquel valle. Fue enterrado en el cementerio de Garai y le recordaba una placa en la Iglesia como el *Aita Pozik* (Padre Feliz). Patxi sintió vértigo por estar tan lejos de sus raíces, de su caserío, de su familia. Tenía una foto con su tío frente al monte Anboto, y rezaba por él cada noche. Habían mantenido una entrañable correspondencia hasta que la vista la fue fallando a su tío dos años atrás. Él si seguía escribiéndole, un ama de llaves llamada Amparo que le tomó mucho afecto le leía sus cartas y le cuidó sus dos últimos años. Al informarle de su fallecimiento, Amparo le dijo que no había nada que le hiciera más feliz que recibir las cartas de su sobrino en África. Había guardado cincuenta y tres cartas y se las hacía leer continuamente. Amparo le confesó que ella también se emocionaba al leerlas. Un sobrino suyo era editor, le había hablado de aquella entrañable correspondencia y le dijo que podrían muy bien ser editadas en un libro como "cartas desde una misión en África". Patxi prefirió que quedaran de momento como algo confidencial entre su tío y el.

Patxi sintió como con la muerte de su querido tío, maestro e inspiración, algo de su alma se iba con él, algo de su tío quedaba en él, su seguidor, y también en la nueva vida que llamaba a la puerta de la familia Beloki-Dube.

Atardecía el 22 de enero y el coro de Aimsa acababa de ensayar en la

Iglesia, ahora convertida en la "casa de la comunidad". Justo entonces NoLwasi sintió la llamada de la vida que iba a alumbrar. Aunque valoró estar a solas con Patxi, tenía tal unión y respeto a Jonay, que pidió su ayuda y compañía. En el humilde cuarto de Patxi en la misión, habían puesto recuerdos, dibujos, velas de cera natural, inciensos, flores. Patxi había escrito en vasco, castellano, inglés y *ndebele* unas palabras de bienvenida. NoLwasi había dejado dos sillas vacías sin nada encima en ningún momento, durante una luna. Sabía que Mandhla y Masora estaban con ella.

Jonay ayudó a ver la luz al pequeño Adam, "primer hombre", del amor de NoLwasi y Patxi, cogidos de la mano, y unidos en el amor y la valentía y ternura hacia sus gentes, hacia la naturaleza y hacia el universo. Tan intenso era su fluir con el universo que no se les podía diferenciar de él. Eran energía unida, y diluida en la grandeza de lo que veían y lo que estaba más allá de su comprensión.

Era la madrugada del 23 de enero de 1993. Adam nacía ante una Humanidad de cambios vertiginosos, de retos olvidados, de multitud de héroes de sus propias historias. Las del amor.

LII. Piezas de repuesto para una religión, Tel Aviv 1994

Después de su etapa en Sudáfrica desentramando anónimamente la red de tráfico y prostitución infantil, Haka decidió dejar pasar unos meses antes de seguir tirando del hilo del horror del tráfico de órganos. Quedaban cabos sueltos, a pesar de que, bajo presión de Mandela, muchos de los niños víctimas de la red de trasplantes, fueron liberados.

John se fue con Kevin, quien volvía de su viaje a Roma para iniciar un obispado en Rustenberg, quizás el primero en África comprometido a acabar con los prejuicios del SIDA, a pesar de la cerrazón de Ratzinger.

Kate había viajado con Sibindi a Bulawayo, quien fue el primero de los chicos secuestrados en reencontrarse con su familia al sur de Plumtree.

Nadine y Woods, desde Sudáfrica, habían causado tanto revuelo con sus artículos, que el gobierno de De Klerk, bajo presión también de Mandela, preparó tres autobuses llamados "*Sihamba kulhle ekhaya*" (volvemos en paz a casa) con escolta policial, psicólogos infantiles y enfermeras.

Acordaron con Mugabe y Stamps el dar a cada familia afectada diez mil rands y un total de un millón de rands para el programa de apoyo a huérfanos de SIDA en el país, que el gobierno, muy a pesar del informe "negativo" del ministro del interior, se los dio a Amani trust y su programa "Jabulani". Stamps anunció ir, en persona, con Helen, Kate y simbólicamente Sibindi, a recibir a los chicos en Beitbridge. Los gobiernos de Sudáfrica y de Zimbabue quisieron rodear al evento de medios y publicidad pero Helen y Kate se opusieron por defender el anonimato de los niños y la posible estigmatización. Stamps dijo unos días antes que no podría ir por "problemas de agenda".

Haka se reencontró con Helen en Bulawayo. Ella le citó en su casa, en el barrio de Barnice. A Haka le había crecido la barba y su mirada reflejaba la gravedad de lo que había sido testigo, y del tiempo que supo estaba arriesgando su vida. Helen se puso un vestido de lino blanco. Su mirada limpia, su cabello de rizos pelirrojos, su rostro pecoso y brillante, como un cielo estrellado, habían acompañado muchos sueños de Haka desde incluso antes de conocerla. No necesitaron explicar el imán de sus miradas. Se fundieron en una alianza, una complicidad antes desconocida para ellos. No necesitaban adornar con palabras ese mágico momento. Se abrazaron y fundieron sus cuerpos con una pasión retenida durante tantos años. La mesa preparada para la cena fue testigo silencioso del amor de dos almas valientes. Los guisos se enfriaron y las velas se fueron consumiendo. Desde entonces, Haka vivía entre Bulawayo y Ukuzwana. Buhleve empezó a vivir con ellos en Bulawayo pero no se acostumbraba a la ciudad, así que se quedó en Ukuzwana, con Joseph, Thandiwe y Nothando. Formaban con Patxi, ya liberado de la jerarquía católica, NoLwasi, Jonay, Aimsa y Anhele, una gran familia.

Kate se trasladó a Bulawayo para trabajar en "Jabulani". Además, se sabía acosada en Johannesburgo y era bueno estar un tiempo fuera. Combinaba el trabajo en Amani Trust con Helen, con un taller en el museo de arte de Bulawayo, donde retomó su gran pasión: la pintura. Pintaba imágenes de niños y niñas. Unas oscuras y de dolor, otras llenas de luz y de armonía feliz con la vida.

Uno de esos cuadros formó la portada de un libro llamado "el secuestro de la inocencia", en el que Helen, Kate y Nadine recogieron cada una de las historias de las 89 niñas. Tres de ellas habían muerto, dos por palizas de clientes violentos y borrachos, una por los golpes de uno de los secuestradores. Anwele les hizo los test y diez estaban infectadas por el SIDA. Cada una de ellas contó historias terribles de su secuestro bajo el terror. Todo se relató de forma anónima y de tal manera que sacar esas

historias unidas a la transformación de su presente y la esperanza en su futuro, les liberaba de una parte de su angustia. La contraportada era uno de los cuadros de luz y alegría.

Haka usó otro de los cuadros lúgubres en un libro que título: "Los rincones más oscuros del alma humana", en los que relataba con nombres y apellidos de los criminales aún en libertad, los horrores de los que había sido testigo sobre el tráfico de órganos. Lo publicó con un anónimo: "*la luita continua*". Cuarenta y cinco niños habían vuelto a sus casas. Diez de ellos con enormes cicatrices. Otros catorce, fueron sacrificados sin compasión. Posiblemente la operación o el post-operatorio fue complicado y los médicos de la muerte decidieron no mantenerles vivos. O quizás los utilizaron para una demanda más intensa de hígados, corneas, corazón. Aunque iba contra toda lógica de supervivencia, su rabia le pudo, y así alertaba a los mafiosos: sólo había destapado la punta del iceberg.

Haka concluía el libro de esta manera:

Catorce niños viven ahora en órganos implantados en personas que compraron sus vidas, como depósitos de piezas de repuesto. No significaron más para los secuestradores, para los cerebros de la mafia, para los ricos receptores de los órganos, para los médicos que sacrificaron a unos "desechables" para salvar a sus clientes, para que todos ellos perpetuaran su vida de poder y lujo.

Haka recorrió todos los *kraals* que había visitado antes de su cruzada. En cada uno de los catorce que aún esperaban a sus nietos, reafirmó su rabia y fuerza para desvelar las profundidades de la trama. A pesar de la presión de Mandela, los jefes de la mafia, los protectores de EO y los financieros de diamantes, seguían no sólo libres sino expandiendo sus negocios basados en el dolor de los "desechables". Había hilos sueltos: De Beers, Executive Outcomes y los niños de Mozambique.

Haka estaba convencido de que De Beers y Chevron habían financiado silenciosamente al ejército apartheid en los años 70 y 80, para apoyar a las guerrillas del RENAMO en Mozambique y UNITA en Angola, a cambio de obtener los diamantes en sus zonas de control. De esa manera mantenían el casi-monopolio de la comercialización de los diamantes y uno de los negocios más lucrativos del mundo.

En las cartas que Jonay solía escribir a Fernando en La Gomera, le había contado la lucha de Haka y sus sospechas sobre el nexo con el monopolio de diamantes. Fernando por entonces, además de liderar la eco aldea "Valentía" en Arguamul, iba cada año tres meses a ayudar en el hospital de Lunsar. Un "*big man*" (hombre poderoso), le había ofrecido diamantes por dólares. Era de la zona de Kono, ocupada por la guerrilla del Frente Revolucionario Unido, ligada al sanguinario Charles Taylor, dictador en la vecina Liberia. Fernando había conocido a un joven de Amnistía Internacional que había denunciado como la venta de diamantes dominada por la guerrilla en Sierra Leona se traducía en compra de armas, muchas de ellas venidas desde Rusia, compradas por Gadafi en Libia y vendidas a intermediarios que suministraban a las guerrillas en África y a menudo también a los ejércitos oponentes.

Jonay le contó estos argumentos a Haka y éste se empezó, aún sin conocerle en persona, a escribirse con Fernando. Haka hizo un esquema: unos mil buscadores de diamantes en la zona de Kono pasaban las doce horas de sol tropical y unas seis con linternas, buscando posibles diamantes en las minas de diamantes. Otras mil personas buscaban alrededor de las minas, en los caminos que recorrían los camiones que removían la tierra, en cualquier sitio. Sólo unos doscientos eran pagados cada mes por haber encontrado algo de valor. Los sueldos apenas les daban para un saco de arroz. Si encontraban a alguno irse con un diamante o intentar venderlo, le ejecutaban sin piedad frente a todos los trabajadores. Los diamantes eran

entregados a los líderes de la guerrilla. Estos los vendían a intermediarios por un valor de unos cien millones de dólares al año. Ese dinero se usaba para comprar armas y droga a mafias internacionales, y para inflar unas cien cuentas secretas en Suiza y otros paraísos fiscales. La avaricia, droga, armas y las más crueles técnicas de alienación de la población, incluidos miles de niños soldados, mantenía el horror. Los intermediarios trabajaban informalmente para De Beers, que multiplicaba por diez el valor al venderlos a la red de joyeros judíos de Amberes. El valor se doblaba en las joyerías de lujo de todo el mundo. Aquellos diamantes de sangre adornaban a unas veinte mil mujeres cada año. Haka calculó que cada diamante causaba, de forma tan compleja como perversamente directa, unas tres muertes de inocentes. Haka escribió un artículo y se lo mandó a Nadine. Acababa con el lema que había popularizado De Beers: no sé si "un diamante es para siempre", lo que sí lo son, son sus efectos de muerte, mutilaciones y depravación y destrucción humana. Discutió estas cuestiones con Aimsa, quien recordó los diamantes que lucían la princesa inglesa y gran parte de la aristocracia en aquella hipócrita reunión del SIDA en Londres.

Intentó apartar esta angustia de su mente cuando llegó el reencuentro de los hermanos Beloki y el anuncio de la venida de su sobrino Adam. Todo ello le dio fuerzas para su nueva lucha.

Aimsa había investigado también sobre el tráfico de órganos. Por una amiga de Nadine llamada Nancy, una valiente antropóloga de Berkeley, Aimsa le había contado a Haka que el tráfico de órganos estaba extendido en todo el mundo, y que el golpe de Haka a la red de Sudáfrica había sido eficaz pero la demanda órganos ilegales basada entre ricos sin escrúpulos y pobres sin alternativas, seguiría en otros lugares.

Durante los siguientes seis meses, Haka intento seguir los pasos a Ilan Perry. Aún tenía algunos fondos de Amani Trust para el proyecto, y viajó hasta Israel. De los datos que guardó del disco duro de la clínica " Nuevo

Amanecer", había una base de datos en un programa D-base, que tenía códigos de números, fechas y entradas y salidas de dinero. En total había cuatrocientos sesenta y cinco archivos. Comprobó que para "SA" tenía 24 entradas: los diez que sobrevivieron a la extracción renal y luego fueron esclavizados, y los catorce que no pudieron contarlos. Estaba claro que "SA" era Sudáfrica. De las cartas que le había mandado Nancy, dedujo que las siglas de TU, RU, GR, GE, PH, CH, KO, AZ, CO y US correspondían a Turquía, Rusia, Georgia, Alemania, Filipinas, China, Kosovo, Azerbaiyán, Colombia y Estados Unidos. En todos esos lugares había indicios o evidencia de que se hacían operaciones clandestinas de trasplantes de órganos extraídos a personas pobres de otros países. Tras varias veces escuchando la cinta que grabó cuando estaba encaramado a la escalera de incendios de la clínica del terror en Johannesburgo, pudo traducir del hebreo la siguiente conversación:

-No se preocupe Señor Goldsmith. Aquí le curaremos su enfermedad. Mientras la ley no cambie en Israel y se interprete de una manera adecuada el Torá, nosotros seguiremos salvando las vidas mediante trasplantes fuera de Israel. Nuestro principio de "pikuach nefesh" - salvar una vida- es la razón de todo lo que hacemos, y aplicamos el Torá a nuestra vida. Amén. No violentamos la integridad de cadáveres ni formamos bancos de órganos anónimos. Y el riesgo de los donantes, voluntario, retribuido y minimizando riesgos por los mejores especialistas, se justifica por vidas singulares, que como la suya, se salvarán. Pero mantenemos el anonimato del donante para respetar sus intimidades.

Lo que mantenía, pues, este horrible negocio, era una prohibición religiosa judía, con una interpretación que permitía que fuera de Israel sí que se pusiesen a riesgo otras vidas de forma anónima para salvar la del paciente. Una interpretación tremendamente hipócrita y basada en la sutil presunción de que la vida de un judío era más valiosa que la de otra persona.

Realmente lo que se justificaba era que el poder del dinero, el capitalismo en su expresión más extrema e inhumana, servía para interpretar y retorcer caprichosamente a beneficio del comprador, cualquier principio moral. Haka también comprobó que todos los receptores de la lista tenían nombres masculinos, y que los donantes que habían podido identificar, eran todos niños, ninguna niña.

Las imágenes de los niños sacrificados, y la tibia reacción de la policía y la justicia Sudafricana, a pesar de la presión de Mandela, le quitaban el sueño a Haka. Varias veces tuvo que tranquilizarle Helen durante pesadillas por las noches, en que veía a niños correr con sus abdomenes abiertos y vacíos y llorar repitiendo las palabras con las que se despertó Sibindi aquel día: *Omama, Obaba, ngiyalapa*.

Habiendo estudiado la situación, escribió a Nancy diciendo que la única manera de parar este horror, era ilegalizando el "turismo de trasplantes", desde Israel. Necesitaban convencer a rabinos y políticos, hacerles ver el horror que estaban causando las mafias del tráfico de órganos, como la que coordinaba Ilan Perri, ciudadano libre en aquellos momentos en Israel. La prensa internacional y la difusión de aquel horror, mancharía el nombre de la ortodoxia judía y del sionismo, ya ensombrecido por las tensiones con el pueblo palestino. Tenía que intentarlo.

Equivocado, como con el tiempo pensaba que había sido su lucha abertzale tras el franquismo, o no, Haka no podía dejar de luchar contra aquello que consideraba injusto. No podía vivir con la vergüenza de tolerar pasivamente tan horrible perversión y sufrimiento humano.

Sabía que entraba en un estado militarizado y que debía dejar la Makarov bien oculta en Bulawayo, y que ante cualquier despiste o intromisión indiscreta, tendría a la Mossad, el temible servicio secreto israelí, siguiendo sus pasos. Tenía tan sólo el contacto de un hombre, Aarón, amigo de Nancy.

Era un profesor de antropología, residente en Tel Aviv, que había estudiado en Berkeley y había conocido y congeniado con Nancy. Aarón detestaba las interpretaciones sionistas de superioridad frente a otras razas o religiones. Le había invitado a Haka a pasar unos días en su casa. Le fue otorgado un visado de turista.

Los primeros dos días, Haka conversó con Aarón, un hombre de unos cuarenta años, soltero, simpático, locuaz y profundamente avergonzado de la política exterior israelí. Escribía en la prensa sus pensamientos críticos y también exponía los dilemas del sionismo frente a los derechos humanos universales en la universidad. Se le toleraba, pero también se le hacía el vacío en su familia, su vecindario, su trabajo y en la sociedad.

A menudo pensaba en irse del país, volver a Berkeley o a otros lugares del mundo donde podría hablar más libremente. Pero sentía que entonces sería como aceptar ya media derrota. Su "lógica ética" era su arma más poderosa y tenía que seguir intentando doblegar la prepotencia y arrogancia de la terrible combinación de una religión fundamentalista en algunas dimensiones y un estado militarizado, transgresor de resoluciones internacionales y consentido por el mayor imperio militar en el mundo.

Aarón le contó que además de lo que Nancy había averiguado de los judíos que usurpaban con su dinero órganos y vidas de personas pobres en diferentes países del mundo, había en Israel varios grupos religiosos, grupos en defensa de "derechos de los pacientes" y "organizaciones humanitarias" en apoyo de tan horrible tráfico. Aarón y Haka hablaron de leyes internacionales y en Israel, de interpretaciones del Torá, de la historia y de la vida en Israel, del conflicto con Palestina, de los vínculos políticos y económicos con Estados Unidos. Fueron a Jerusalén, y a pesar de su agnosticismo casi militante, Haka sintió una profunda sensación de espiritualidad al visitar aquellos lugares sagrados para las tres grandes religiones monoteístas que, aunque a menudo manipuladas por el poder y

el egoísmo humano, habían marcado la historia de la Humanidad posiblemente más que ninguna otra influencia.

Se presentó más adelante como el hijo de un paciente en España cuya vida corría peligro ante la larga lista de espera para un trasplante que le era vital, ante la organización "*Kav LaChayim*". Sabía por Nancy que esta organización estaba ligada a buscar financiación para ayudar a los trasplantes de órganos en el extranjero. Fue informado, sin ninguna prueba escrita, que el precio era de doscientos mil dólares, pero que había una lista de espera. Le dijeron que por algo más de dinero "se podía acortar esa lista de espera".

Supo luego por Aarón, que parte de esos gastos, eran reembolsados a los pacientes por el gobierno israelí: la perversión rozaba casi la perfección: los tabús religiosos evitaban "tocar" a los israelíes sanos o a sus sagrados cadáveres, se buscaban pues redes oscuras de hacer lo mismo con "infieles", además de pobres y desesperados, o aún peor, niños secuestrados y sacrificados de Matabeleland, y se retribuía esa pequeña digresión bendecida por el fanatismo religioso, con dinero público. Como podía la perversión humana llegar a esos extremos. En el fondo, Haka sentía que el alma humana tenía siempre la capacidad del bien. Ese sentimiento lo había ido acrecentando en su vida en Ukuzwana al lado de su Anaya Patxi. Pero difería con Patxi, en que a veces había que usar métodos de chantaje e incluso amenaza violenta, para salvar a la perversión humana de su espiral de poder y abuso.

Haka fue dibujando en el anverso de un poster turístico del muro de las lamentaciones, nombre muy apropiado, un minucioso esquema de la red internacional de "*brokers*", intermediarios en la compra y venta de órganos, gerentes de hospitales, técnicos de laboratorio, oficiales de aduanas, policía, ministerios, e incluso "ONGs". El mapa tenía unos trescientos nombres, con fechas, lugares, cantidades de dinero, detalles, y flechas que

relacionaban esa compleja y perversa trama. Confirmó que el centro del problema era la permisividad legal, e incluso apoyo oficial, a la "demanda" de aquel terrible mercado. Necesitaba sensibilizar a la sociedad civil, al gobierno y a la ortodoxia religiosa judía, de las consecuencias de dolor de aquel terrible negocio.

También había, como Helen, Nadine, Kate, John, Nancy y Aarón, unas cien personas que luchaban, y arriesgaban sus vidas en desenmascarar este horror. Y seguro que muchas más que aún no conocía. Nancy le mandó un recorte de un periódico de Sao Paulo donde una valiente monja afrobrasileña llamada Elida había denunciado tráfico de órganos de niños de la calle en Sao Paulo. Como ella, tantas otras personas habían visto las consecuencias del horror. Parar el centro de gravedad de aquel horror, en Israel, era esencial.

Por entonces, supo de otra terrible historia.: se trataba de las acusaciones de una madre Palestina, que al recibir el cadáver de su hijo, prisionero en una cárcel israelí por tirar piedras en la intifada, comprobaron que al cadáver le había extraído los ojos. Su hermano había visto una enorme cicatriz en el abdomen y había comprobado con un médico amigo de la familia, horrorizado, que le faltaban el hígado y los riñones. Un periodista sueco llamado Donald, publicaba la noticia. Localizo a Donald a través de amigos comunes en Tel Aviv, y quedaron en una cafetería. Donald le contó que tenía datos de un médico forense que traficaba con órganos de cadáveres palestinos que se apilaban en sus salas de autopsias. Donald le dijo a Haka que estaba siendo amenazado por ultra-ortodoxos judíos, acusado de anti-semita y nazi, y que sospechaba que le estaba vigilando la Mossad.

Lo peor era que la gente de la calle en Israel, víctimas de su historia y obsesionados con el acoso que siempre habían sufrido como pueblo elegido y pueblo perseguido, interpretaban esas acusaciones de Donald y otros,

como campañas anti-semitas de difamación. En el mismo café donde estaban había un cartel que llamaba al boicot de productos suecos. Donald abandonaba Israel al siguiente día, pleno de rabia y frustración, , , por orden policial. Haka se dio cuenta que no era el momento para veladamente amenazar a ningún eslabón de la red del tráfico, con prensa internacional.

Por otro lado, Haka intentó unir aquel complejo entramado del tráfico de órganos con sus diagramas del mercado negro de diamantes y su conexión con las guerras en África.

Una red del mal casi imposible de entender : Judíos en Amberes y los diamantes, judíos en Sudáfrica y los órganos, judíos en Estados Unidos dominando el mercado desatado de especulación e inversiones y "derivados" 'el incipiente nombre para la especulación financiera', De Beers comprando diamantes a guerrillas o gobiernos en guerra, o ambos a la vez, poderes económicos encubriendo ambas tramas y en connivencia con el apartheid primero y sus transformaciones posteriores como los mercenarios de "*executive outcomes*" al servicio de las mismas guerras que alimentaban protegiendo el mercado negro de los diamantes de sus patronos económicos.

¿Estaría Ilan Perry implicado también en las redes de tráfico de diamantes, de armas, de droga? Fue comprobando que los mecanismos de todas esas mafias eran tan similares que sus perversas sinergias los diluían en una gran mafia interconectada del horror.

Avaricia y dolor conectados por perversas y complejas mafias internacionales.

Haka tenía que entender mejor aquella sociedad, aquel ciego fanatismo religioso y aquel gobierno sordo al grito del dolor. Quiso entender el mal desde donde fallaba el bien. Haka desde joven había idealizado el sistema

de comunas en Israel. Aarón le puso en contacto con un amigo en un kibutz.

Antes de pasar un mes aislado de la sociedad, mandó una carta a su hermana Beatriz, ya de vuelta en Bruselas.

LIII. El amor, la llave de la libertad. Bruselas 1994

Meimuna llegó con "Moyes", como llamaba a su hijo Mohammed Jesús, quien ya tenía 5 años, al aeropuerto de Bruselas. Habían ido en autobús hasta Bilbao y de allí a Bruselas en avión. Beatriz la recibió con un abrazo anhelado desde que nació Moyes. Era la primera vez que Moyes cogía un avión y miraba a todos los detalles con atención y asombro. Meimuna había venido dos veces durante los últimos cinco años en que Beatriz residía y trabajaba en Bruselas. Una vez habían ido de viaje juntas desde Bruselas a Brujas, y la segunda vez a un precioso pueblo en las Ardenas. Aquellos viajes habían sido tan clandestinos como los que Beatriz había hecho hasta Pamplona, para encontrarse con Meimuna, unas dos o tres veces al año.

Desde aquel día que sus cuerpos se fundieron cuando Beatriz cuidaba de Meimuna tras el nacimiento de Moyes, su amor no había dejado de crecer, superando poco a poco a todos los prejuicios y miedos de cientos de generaciones grabadas a fuego en sus genes, su conciencia, su infinidad de instintos y reflejos trenzados en una forma esperada, aceptable, de ser, de vestir, de hablar, de comer y beber, de mirar, de tocar, de amar. De vivir.

Inicialmente, las dos preferían vivir su amor en secreto, y no sin cierto sentimiento de culpa, de sensación, casi convicción, de estar "pecando". Por eso intentaban evitar el verse, el estar cerca, el hablar o escribir sobre ello. Incluso ambas, en momentos diferentes intentaron distanciarse pensando, o diciendo "esto está mal".

Pero el recuerdo de la ternura que se profesaban aún si verse, la invasión, inigualable a nada más en la vida, de sensaciones que abrumaban sus sentidos y los llevaban a otra dimensión, a otra realidad donde la eternidad y el infinito parecían cobrar sentido, todo ello hacía que no pudieran dejar de pensar en su amor y en anhelar su expresión física.

Además, su amor se fue jalonando de apoyo mutuo, de ir conociendo sus historias y, recuerdos, frustraciones, sueños, sensibilidades, y temores. Lo que les hacía reír y llorar, temblar y vibrar.

Después de un año y medio de vergüenza y temor a compartir su amor sin miedo o pudor ante la familia y la sociedad, lo que desencadenó su valentía a amar sin miedo, valentía y ternura, fue el viaje de Beatriz a Roma y luego a Zimbabue con su hermano Patxi. Vio otra manera de entender la religión, la moral, y el amor. Su hermano había luchado contra parecidos prejuicios sociales, racistas, jerárquicos y proselitistas. En una palabra alienantes. Patxi le enseñó a disfrutar de ella misma, tal y como Dios, si en verdad existiera, le había creado. Recordaba las palabras de Patxi al despedirse en el aeropuerto de Bulawayo:

-Nada más bello que brillar con nuestra existencia única e irrepetible y en armonía con el universo del que venimos, al que vamos, del que somos. Tan inmenso y eterno como la expresión de su belleza en nuestro ser.

Al volver a Bruselas pidió una reunión con su supervisora de la Obra. Expuso su situación personal y su decisión de vivir en pareja con Meimuna. Inicialmente le refirieron a sacerdotes que pudieran sacarla de su "desviación pecaminosa". Fue a las primeras citas con sacerdotes de la Obra pero pronto comprobaron su tozudez y la refirieron a psicólogos y teólogos especializados en "exorcismos". Intentaron de todo, lecturas bíblicas, citas referidas a la perversión homosexual, hasta amenazas con el fuego eterno. Nada. Aunque Beatriz lo tomaba casi como una cruzada para intentar "humanizar la Obra", se empezó a cansar de tanta cerrazón, proselitismo y arrogancia de quien se arrogaba el privilegio de poseer-la-verdad. Empezó a reflexionar sobre los derechos humanos y a investigar sobre el abuso de las sectas, las religiones y en general cualquier dogma, en robar la libertad de las personas de las formas más sutiles hasta las amenazas más crueles.

En el trabajo fue implicándose en las posiciones europeas en cuanto a la salud reproductiva. El ejemplo de Moyes le inspiraba el respeto a la vida humana, que hasta en las circunstancias más adversas, florecía con amor. En sus reflexiones durante sus paseos por el Foret de Soignes pensaba que todos los problemas se debían a "falta-de-amor", y el aborto era uno en que lo veía claro.

Sin embargo también podía entender las tragedias de tantas otras mujeres quienes, ausentes de amor en sus vidas, no podían apreciar ni esforzarse en transmitir el amor a la vida que engendraban. Sabía de las miles de muertes cada año por abortos clandestinos. Había visto dos de ellas es Ukuzwana, por las que Jonay nada pudo hacer. Las historias fueron trágicas, llenas de dolor y desesperación. El hecho también era que si esas mujeres pudieran haber ido a que Jonay les hiciera un legrado de forma segura, estarían vivas aún. Esa muerte clandestina, estigmatizada y maldita por los moralistas desde sus seguras burbujas de "moralidad perfecta", le ocurría a cientos de mujeres cada día en el mundo.

Empezó a defender políticas más flexibles en cuanto a abortos terapéuticos en situaciones extremas, a la vez que planes de apoyo humano, familiar, social, espiritual sin códigos ni normas. Como el que hizo que Moyes creciera sano y con intensa felicidad y pasión por la vida. La Comisión Europea discutía con sus países miembros las posturas ante la Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo y Beatriz empezó, desobedeciendo a consignas de la Obra y de las llamadas de los círculos de influencia de la Obra en el Parlamento Europeo. Recibía también presiones de los lobbies conservadores y poderosos en Bruselas. En aras de la neutralidad europea y las posturas tanto "*pro-life*" de grupos y de países como Irlanda, y de las llamadas "*pro-choice*" de otros grupos más feministas y de países como Holanda y Dinamarca, defendió la postura del consenso de apoyar políticas y programas de salud reproductiva incluyendo el aborto seguro según los

marcos soberanos legales de cada país. Ello supuso trabajo intenso en preparar una "comunicación" de la comisión al Parlamento Europeo y sus comités de derechos y libertades, y al consejo de los ministros del interior de los países europeos. En torno a ello hubo docenas de reuniones, debates, miles de documentos de análisis, y "*briefings*", la palabra utilizada para definir el dossier de información para el dialogo entre dos políticos de alto nivel, como su director general o el comisario europeo para los derechos y las libertades. A veces esos dossiers tenían que ser tan detallados que hasta ponían literalmente cada palabra en la boca de políticos, sus discursos o sus mensajes a otros políticos, sus "puntos defensivos" para responder a preguntas críticas, especialmente si tocaban los puntos débiles de las políticas y realidades europeas.

Empezó a recibir un aluvión de preguntas del parlamento y de ciudadanos, quienes, por ley, podían preguntar a la Comisión sobre cualquier aspecto y la Comisión debía responder y en el idioma europeo en el que estaba planteada la pregunta. Unas veces era una simple pregunta o preocupación de un ciudadano. Otras veces era una pregunta en la sesión en la que comisión debía defender ciertas políticas o presupuestos ante el parlamento.

Comenzó a ser el blanco de una campaña de difamación en la que algunos medios de comunicación de algunos países europeos acusaban a la comisión de preparar "posturas genocidas ante la declaración de Cairo". En total llegaron a su despacho setecientas sesenta y cinco cartas de toda Europa, venían de ciudadanos y de asociaciones dirigidas al Comisario directamente o desde miembros de parlamento del círculo conservador y próximo a la Obra. Preparó una respuesta centrada en los argumentos de los derechos humanos, de los derechos de la infancia y de la ética de la salud pública.

En los siguientes meses fue desligándose definitivamente de la Orden. Quería seguir viviendo el mensaje de Jesús desde una organización a la que

pertenecían miles de buenas personas y que podía hacer tanto por la justicia y por aliviar el sufrimiento. Cuando los intentos de la Obra de "rectificar sus desviaciones pecaminosas" fallaron, su supervisora, otra española llamada Isabel, le convocó a una reunión:

-Beatriz, veo que los teólogos y psicólogos que te han visto están encontrando dificultades en ayudarte y solucionar tu "problema".

-Isabel. Yo no tengo un problema. Lo tenéis vosotros al intentar imponerme unas ideas contrarias al amor.

-Bueno, ponlo así. Pero al menos aceptarás que tienes un problema con la doctrina de la Iglesia en cuanto a la homosexualidad y las consignas de nuestra Obra y nuestro fundador.

-Sí, lo acepto. Y si estoy aún aquí es porque creo que debierais cambiar si de verdad queréis vivir el sentido del amor que nos inspiró Jesús.

-¿No crees, Beatriz, que pecas de vanidad al pensar que tú tienes razón y que miles de sacerdotes, guías espirituales, cardenales y toda la estructura de nuestra Obra, está equivocada? Piensa con humildad en ello, Beatriz. ¿No estarás cayendo en los pozos de la soberbia? ¿Has estado practicando últimamente las indulgencias para recobrar tu humildad?

-No creo en ello, Isabel. No creo que hacer sufrir a nuestro cuerpo, el maravilloso regalo de la Creación que se nos ha dado a nuestro paso por este mundo, sea bien visto por Dios. ¿Acaso le gustaría a un Padre ver a sus hijos hacerse daño? Incluso si se dirige a ser más honestos, más bondadosos, ¿sería ético insinuar a nuestros hijos a causarse dolor?

-Beatriz. Sabes bien que nuestros cuerpos son templos pero también sujetos a las tentaciones carnales, que dejadas de la mano del hedonismo

nos llevan a la lujuria, concupiscencia, depravación, ofuscación del amor puro y de la veneración a la vida.

-Isabel, ¿puedo preguntarte algo?

-Claro, Beatriz, estoy aquí para ayudarte.

-Cuando fue la última vez que diste y recibiste caricias, besos apasionados o el calor de un abrazo toda la noche.

-¡Ave María purísima! Yo nunca me deje llevar por ese camino. Y si hubiera querido ser "súper-numeraria" y servir a la Obra desde un matrimonio entregado a nuestra misión, esas expresiones carnales no hubieran llegado antes del matrimonio.

-Pero dime: nunca las has deseado.

Isabel se sonrojó. Unos segundos después su mirada se hizo severa, sus ademanes más defensivos e incluso agresivos y su tono de voz se hizo más grave.

-Beatriz, si estás perdida, al menos no intentes hacernos a las demás perder nuestra paz y nuestra rectitud moral.

-Nada más lejos de mi deseo, Isabel. Sólo te he hecho una pregunta. Vosotras lleváis meses acusándome, tratándome como una pecadora, incluso como una enferma. En el trabajo recibo continuas presiones para que dirija políticas europeas hacia vuestras ideas. Yo sólo os intento explicar que hay otra forma de entender el amor de Jesús y ante una pregunta, me acusas de proselitismo. Creo que estas poniendo la realidad a la inversa.

-Bueno, Beatriz. Veo que no cedes en tus posiciones. Pero por el afecto que

te tengo, estoy dispuesta a sugerirte algo. Lo he hablado con los círculos más altos de la Obra, en Roma. Porque no reflexionas durante un año y entonces nos dices si persiste en ti esta tendencia. Lo único que te pedimos es que no hagas pública tu relación con "esa mujer". Si quieres, puedes pensar en conocer a hombres de la Obra que deseen ser supernumerarios y encaminar, si son irreprimibles, tus necesidades carnales, por el camino de la moralidad.

-¡Lo que me propones me da náuseas! "Esa mujer" se llama Meimuna y merece un respeto. ¿Me estas pidiendo que viva, como vosotros interpretáis, "pecando" y que lo haga a escondidas y "mintiendo"? ¿Crees que eso es realmente cristiano? Y como alternativa, me sugerís otras relaciones, como si fuerais una agencia de contactos y me aconsejáis un producto "más aceptable". Los enfermos sois vosotros.

-No quisiéramos que fuera así. Es tu elección, y toma nuestra oferta como generosa tolerancia durante un tiempo, con la esperanza de que vuelvas a la armonía que todos deseamos.

-Isabel, esto es absurdo. Llevó mucho tiempo sufriendo. No voy a seguir ni disimulando, ni reprimiendo mi amor más puro y profundo, ni tolerando toda vuestra presión. Escribiré una carta esta tarde diciendo que dejo la Orden.

-Pero eso no es tan fácil.

-Ah, ¿no?

-Ten en cuenta que si estás aquí en esta posición de alta responsabilidad en las políticas europeas, es porque la Obra te ayudó en tus estudios desde que saliste del caserío y luego en tu oposición y en tu guía en Bruselas.

-Isabel. He dado mil veces más a la Obra de lo que he recibido. Os he dado media vida, mi salario, mi dolorosa distancia con mi familia, mi vida. Te aseguro que si queréis hacer algún tipo de chantaje, emocional o legal, para que os siga dando mi salario, llevaré el caso al Defensor del Pueblo y al Tribunal de Justicia Europeo, además de hacerlo público por los medios de comunicación. Esta misma tarde me voy. Mañana informo a la comisión de que pongan mi salario en otra cuenta. Da gracias de que no salgáis mañana en los periódicos.

-Como quieras. Pero como amiga te digo que tengas cuidado. Con esa actitud quizás no puedas "llegar lejos".

-En cuanto de un paso fuera de esta casa, habré ido más lejos de lo que tú nunca podrías imaginar. O espero que sí. Que algún día puedas imaginar el mundo de la libertad y del amor sin miedo. Si lo haces, estaré siempre con los brazos abiertos para ayudarte y para compartir sin temor.

Beatriz salió esa tarde con sus dos maletas de la casa de la Obra en el pueblo de Tervuren. La perrita Jenny se escapó detrás de ella, como huyendo también de una prisión. Se fue a dormir a casa de una compañera del trabajo a quien ya había contado sus ansiedades. En las semanas siguientes fue recuperando sus libertades. Abrió, por primera vez en su vida y ya pasados los cincuenta años, una cuenta bancaria a su nombre. Domicilió su salario europeo en su cuenta. Firmó, también por primera vez, un contrato de alquiler de una preciosa casa de estilo granja flamenca, que lindaba con el parque de Tervuren. Compró una bici. Siempre sentía envidia de los ciclistas que veía desde el tranvía 44, y que se esforzaban por ir por su propia energía hasta el trabajo, sin contaminar, hermanados en honesta relación, con la naturaleza. Ello también supuso que cambiara de forma de vestir. Las faldas entablilladas por debajo de las rodillas dieron paso a pantalones o faldas con formas o con caída libre y materiales sueltos, libres. Como si reflejaran su propia conquista de la libertad. Le empezaron a gustar

las faldas y vestidos de lino. Se dejó el pelo más largo, más suelto, más suyo. Su bici diaria hizo que su cuerpo retomase brío y agilidad. Influida por su "familia en Ukuzwana", y en especial por la inspiración de Aimsa, fue incorporando en su vida la dieta vegana, la meditación y hasta otra forma de respirar en armonía con la naturaleza. Beatriz se fue recuperando a sí misma y fue sintiendo una inmensa alegría de revivir.

En las dos visitas previas de Meimuna, habían decidido la casa y habían comprado algunos muebles en el barrio del Sablón. Otros los fueron consiguiendo por medio de compañeros de la comisión que se iban a otros destinos lejos de Bruselas y vendían o regalaban algunos de sus enseres. Prepararon también la inscripción del Moyes en la escuela europea, en la que, así pensaban podría aprender diferentes lenguas y abrir puertas en su futuro. Adoptaron un perrito abandonado al que llamaron "Haki" que fue el compañero de Jenny, y con quienes Beatriz daba largos paseos por el Foret de Soignes.

Meimuna fue adaptándose a la vida de Tervuren y Bruselas. Fue aprendiendo inglés y junto a su francés de Senegal y su español de su tiempo en Navarra, fue consiguiendo algunos trabajos de asistente en lobbies en torno al parlamento europeo. Avanzó también en sus estudios y al bachiller de adultos que había sacado en Navarra, añadió su pase a la universidad libre de Bruselas, donde fue estudiando derecho. Se fue interesando por los abusos de los derechos humanos en el mundo y contribuyendo con estudios para *Human Rights Watch*, además de colaborar esporádicamente con muchas otras organizaciones.

Unos meses más tarde, Beatriz preparó un documento para proponer a su jerarquía. Se trataba de un análisis sobre la situación del SIDA en el mundo, la necesidad de solidaridad europea con los países más pobres y afectados por la pandemia en África y la promoción del uso del preservativo. Proponía una iniciativa -"comunicación"- al consejo y al parlamento, un programa de

ayuda a gobiernos y organizaciones comunitarias y un diálogo con gobiernos, Naciones Unidas, sector privado y las organizaciones religiosas, para promocionar el uso del preservativo, clave para la supervivencia de millones de personas. Jonay y Aimsa le ayudaron con argumentos sobre la enfermedad, y Patxi y Kevin, ya obispo en Rustenberg, cerca de Pretoria, le mandaron ideas para el diálogo religioso. Su jefe en la dirección de derechos y libertades, no le respondió en el siguiente mes. Insistió, y siguió sin recibir respuesta. Un día le vio comer con Isabel y otros funcionarios y parlamentarios próximos a la Obra, y entendió el por qué. Le mandó un mensaje diciendo que si no recibía respuesta tendría que sugerir la propuesta directamente al comisario. El director reaccionó enfurecido y le amenazó con bajarle los "puntos" en su asesoramiento anual. Le dio igual: le escribió al Comisario. Pero tampoco obtuvo nunca respuesta. Aquella valoración de la jerarquía era la mayor obsesión de los funcionarios: subir en los puntos, en el escalafón, en el salario, en la pensión y para ello, a menudo, agradar a jefes que iban alimentando su ego y narcisismo. Un perfecto círculo vicioso de vasallos y reyezuelos que perpetuaba e incentivaba la mediocridad, la cobardía y la inmovilidad de una comisión que a menudo era tan "políticamente correcta" como "tristemente cobarde", pensaba Beatriz.

Pero a la vez había personas valientes y de gran honestidad, para los que subir en aquel perverso juego de puntos, a menudo ligados a influencias y favores, no era la prioridad. Para Beatriz, y conocía a mucha gente maravillosa, inteligente y comprometida en la comisión que compartía esa actitud, el pensamiento de puntos, grados, salarios y pensiones, no ocupaba ni un segundo en su mente. Sus condiciones ya eran muy privilegiadas y le permitían mandar la mitad del sueldo a "Jabulani" y a "Ukuzwana".

Optó por buscar otros lugares donde su trabajo fuera menos bloqueado. Encontró una vacante en el servicio exterior, en la dirección de derechos humanos. A pesar de los "informes negativos" de su jefe, Beatriz atendió a

una entrevista en la cual se expresó con fluidez, agudeza y una sólida lógica, ética y conocimiento, a las preguntas del tribunal. El director sabía de las redes conservadoras y los vínculos con las campañas de cartas y acusaciones que también les llovían en su dirección. Antes de ser seleccionada, le citó a Beatriz en su despacho y le preguntó sobre sus ideas y sus aspiraciones. Beatriz le transmitió sus orígenes en los valores cristianos, su aversión a las jerarquías alienantes, su sensibilidad a los derechos de la infancia y al derecho a la salud, con el inmediato reto de la epidemia de SIDA y sus ideas sobre políticas, reglamentos, diálogos y programas. Compartió con él la iniciativa del dialogo sobre la promoción del uso del preservativo. Al día siguiente, el director de derechos humanos en la acción externa le llamó para ofrecerle el trabajo. Su primera tarea sería poner en marcha aquel dialogo y programas sobre la prevención del SIDA.

Unos meses después tuvo lugar el dialogo político sobre la prevención del SIDA. Incluyó una conferencia en el parlamento europeo con dirigentes de denominaciones religiosas. Beatriz intentó que viniera Kevin, representando a los retos del SIDA en el Sur de África. La representación de la conferencia episcopal en Bruselas, "COMECE", intentó evitarlo. Al final vino, a la vez que un cardenal del Vaticano, de la oficina de Ratzinger. Hubo también almuédanos musulmanes, rabinos judíos, gurús hindúes, lamas budistas, pastores luteranos y calvinistas, sacerdotes ortodoxos y representantes de creencias indígenas propias. La Iglesia Católica fue la más estricta en defender otras vías de prevención, y en atacar al preservativo como inseguro en la prevención y como estímulo a la promiscuidad y a la destrucción de la familia. Como respuesta, Kevin hizo un discurso aleccionador, ante el cual el representante del Vaticano no pudo contestar, quedando la imagen católica dividida y en entredicho. Kevin dio como nadie una imagen del impacto de la epidemia en las comunidades, en las mujeres, hombres, niños y ancianos. Recordó que el derecho canónico era relevante pues su aspiración era promover la vida. Citó al Concilio Vaticano II y su aprobación de "métodos anticonceptivos para fines médicos", exactamente

la argumentación del uso del preservativo para prevenir el SIDA. Acabo diciendo estas palabras:

Piensen ustedes en esta realidad: mientras estamos hablando en esta sesión de dos horas, han muerto quinientas personas de sida. Déjenme elegir a la que puede estar muriendo mientras digo estas palabras: es una mujer con tres hijos, trabaja duro en los campos y en la casa, sólo tuvo una pareja en su vida, su marido, acudió a una escuela de una misión católica donde no supo del preservativo, donde no supo de los riesgos para su salud si su marido había tenido otras relaciones. Aunque oyera en la radio algún programa hablando del preservativo, ni lo tenía accesible en el centro de salud ni en el hospital de distrito local, pertenecientes también a la misión, ni si lo hubiera pedido, se habría atrevido a hablarlo con su marido, temerosa de ser expulsada violentamente, de la casa. Fue infectada. No pudo protegerse de ello. Ni siquiera supo cómo podría haberlo hecho. Posiblemente pasaría la infección a alguno de los dos o tres hijos que aún tendría, antes de caer en una enfermedad y debilidad progresiva hasta la muerte en la más extrema caquexia, escondida por vergüenza, temerosa del estigma, en soledad por el miedo de familia y amigos, angustiada ante el futuro aún más incierto de sus hijos, . Uno de los cuales, ya mostraba signos de destino maldito.

Podemos parar esto. Debemos hacerlo. No nos escondamos en nuestros prejuicios morales, desde nuestros despachos de papeles, incluso desde nuestras liturgias y jerarquías. Prevenir el SIDA es una obligación moral y ética, más allá de nuestras creencias o diferentes inspiraciones históricas en la vida del amor, lo que une a todas las religiones, a toda la Humanidad. Promover el hacerse el test y actuar de forma responsable usando el preservativo antes de sábelo o si se sabe positivo, es una obligación moral, es promover la vida, y no prevenirla, como algunos sugieren.

Miró al cardenal acólito de Ratzinger, quien le devolvió una mirada severa,

a la vez que avergonzada. Al salir de la reunión, fue llamado a COMECE. Le dijeron que no podía hablar así en público, mostrando la división de la Iglesia, hablando sin la aprobación de Roma. Contestó que esconder la realidad de la división de la Iglesia era un acto de hipocresía y que estaba seguro de que ni ellos, COMECE, los nuncios, la oficina de Ratzinger ni el Vaticano, eran partidarios de la vida hipócrita. Algo más allá de la jerarquía de Ratzinger le había ascendido a obispo y le permitía hablar con esa libertad.

Beatriz siguió trabajando en iniciativas de derechos humanos en las relaciones exteriores, formando un entrañable hogar y familia con Meimuna y Moyes, y disfrutando de la naturaleza en largos paseos con Haki. Mantenía intensa correspondencia con Ukuzwana y Jabulani y también con sus tíos Josu en Madeira y Jon en Idaho, con su hermano mayor Agustín, en el caserío y sobre todo con su querida "familia del alma" en Ukuzwana. Tenía la foto de todos en el balcón del refugio del Águila negra con el fondo de las águilas y Jonay aproximándose desde las nubes de aquel valle mágico donde empezó a cambiar su vida.

Durante el último año, había investigado el genocidio de Rwanda y las responsabilidades de quienes lo instigaron o permitieron, incluyendo posiciones tibias de belgas, franceses y Naciones Unidas. En aquellos informes para debate entre los servicios, las delegaciones, el parlamento o el consejo de países europeos, su jefe le daba todo el apoyo. Dentro de la comisión, a pesar de lentas burocracias y luchas de intereses y afanes de egos y visibilidad de los cargos más altos y políticos, se podía luchar por ideas nobles, se podía contribuir a enfrentarse a los retos más dramáticos de la Humanidad.

A finales de 1994 recibió la carta de su Anaya Juan Mari, Haka, en la que le contaba sus pesquisas de la trama de tráfico de órganos y los indicios de la trama del tráfico de diamantes. Beatriz ya había estado investigando las

redes de tráfico de niños y el derecho internacional. Aimsa le había puesto en contacto con Marta Santos, quien ya dirigía el instituto Inocenti en Florencia, y habían hecho juntas un análisis de la situación incluyendo números, condiciones, finanzas, redes, lugares del mundo donde los criminales vivían casi impunes a la ley, e ideas de cómo combatirlo. Beatriz preparó una conferencia en Libreville, Gabón, con los gobiernos de África occidental, y animó una declaración en la que los gobiernos se comprometían a una serie de medidas de control aduanero, de prosecución de mafias, de prevención de niños más vulnerables y de rehabilitación de las víctimas. Preparó otra reunión parecida en Maputo, Mozambique, en la que, además, intervino Interpol y hubo participación de representantes de niños de la región, y de los grupos más vulnerables, especialmente huérfanos del SIDA y de algunos niños liberados como Buhleve, quien acudió acompañada de Helen.

Pero Haka tenía razón : mientras existiese la demanda en lugares como Israel, las mafias seguirían atraídas por ese mercado y encontrarían vías de evitar los programas contra el tráfico, o sobornarlos, o cambiar temporalmente de países. De hecho, ya había cierta evidencia, según Nancy desde Berkeley, que las mafias se habían ido yendo de Sudáfrica tras el golpe de Haka, y se habían ido trasladando los reclutamientos de donantes a Brasil, Moldavia y Rusia, y los trasplantes a China y otros países asiáticos, aunque también estaban aumentando en Estados Unidos.

Beatriz habló con los responsables en la comisión de las relaciones con Israel. Demostró que las leyes permisivas de Israel para el trasplante de órganos de donantes vivos -Beatriz pensó para sí: vivos en el momento de extracción- en el extranjero e incluso su subvención por aseguradoras médicas y en ocasiones dinero público, contravenía al menos cinco convenios y acuerdos internacionales. Citó sobre todo a la Convención de los Derechos de la Infancia. También citó los datos que apuntaban a la posibilidad del uso de cadáveres palestinos para el tráfico de órganos. Otra

pared construida con ladrillos de intereses. A sus múltiples sugerencias y análisis, Beatriz no obtuvo respuesta alguna. Pero su jefe la defendió, y consiguió, muy a pesar de los responsables de las relaciones políticas con Israel, incluir un punto en la agenda de discusión del consejo.

Beatriz preparó el análisis y argumentos y los expuso en una de las imponentes salas del edificio Justus Lipsus en la plaza Schuman, el corazón de Europa. Unas cincuenta personas representando a los entonces 15 estados miembros de la Unión Europea, a través de los intérpretes en sus cabinas, escuchaban atentos a Beatriz. Algunos países, en especial Suecia, apreciaron la intervención e iniciativa de la comisión. Un periodista sueco había destapado el escándalo de los cadáveres palestinos, y Suecia había permitido la libertad de expresión en los medios suecos, siendo acusada por Israel de promover el anti-semitismo. Otros países permanecieron en silencio. Fue entonces cuando Inglaterra se opuso a cualquier dialogo sobre este tema con Israel, aduciendo "inoportunidad estratégica y política". Beatriz pensó para sí que las llamadas entre Washington y Londres gozaban de buena comunicación.

Pero no tiró la toalla, buscó otras estrategias. Mientras tanto, investigó con profundidad la trama de diamantes. Meimuna, desde *Human Rights Watch*, ayudó en la investigación. Así como la mezcla de fanatismo religioso y pacientes ricos, eran la base del tráfico de órganos, la base de las guerras en varios países de África, era la demanda incontrolada de diamantes por el lujo de occidente, que alimentaba el monopolio de joyeros en Amberes y de comercio de De Beers. Beatriz pensó que un proceso como el que un compañero suyo, Simón, había conseguido poner en marcha para el control de la tala de bosques tropicales **-lo llamaban FLEGT** (*Forest Law Enforcement, Governance and Trade*), podría colaborar a evitar el mercado negro y uso sin escrúpulos para enriquecer a los mafiosos y perpetuar las guerras de las cuales traficantes de diamantes, de armas y de droga, sacaban beneficios. Empezó a escribir un análisis y una propuesta que

incluía una reunión internacional en Kimberley, Sudáfrica. Sentía ya, como sus hermanos Haka y Patxi, la fuerza y valentía para luchar contra la injusticia.

LIV. Un decálogo para una nueva Humanidad, Findhorn, Escocia 1995

Las eco aldeas de La Gomera ya contaban con mil trescientas personas originarias de cuarenta y dos países, y asentadas en cinco zonas de La Gomera: Ternura en El Cabrito, Valentía en Arguamul, Paz en Alajeró, Armonía en Chejelipes y belleza en Hermigua. John y Umbela fueron elegidos para ir a representarlas en la reunión de Findhorn, Escocia, donde otras comunidades se reunirían con la misma ilusión de armonía con la Tierra y entre los hombres. Les acompañaría Lisy, que había terminado de estudiar derecho en La Laguna y quería aportar ideas para la red internacional.

Fue Robert Gilman quien había seguido el contacto con John durante aquellos años y había ido visitando eco-aldeas por todo el mundo y animando a las comunidades de La Gomera a acudir a esta cita.

John y Umbela habían preparado a Satia para una singladura simbólica: cuarenta años después, Satia navegaría a la inversa la misma singladura que le llevó a John a naufragar en La Gomera. John tenía 69 años y Umbela 59. Ya no tenían las mismas fuerzas que cuando desafiaron a la nobleza y las tradiciones de una isla uniéndose por el amor y fueron levantando su hogar en el barranco de El Cabrito. Tampoco tenían la energía de cuando dieron la vuelta al mundo. Pero se mantenían sanos, ágiles e incluso con mayor serena confianza en la vida. Lisy, además, quien había acabado Derecho en La Laguna y les quería como si fueran sus padres, había pedido acompañarles. Llevaban un mensaje de aquella maravillosa red de comunidades que desde cinco años atrás vivían en armonía de sencillez y veneración a la belleza y pureza de la Tierra. Pagaban sus impuestos con la artesanía o excedente de hortalizas que vendían en los mercados de la isla, pero apenas usaban los servicios públicos pues habían ido viendo, con

tristeza, como la sociedad consumista iba destruyendo la Tierra y la armonía entre las personas.

Las carreteras estaban plagando la isla, los coches invadiéndola, la escuela enseñaba el camino de la producción y el consumo, y los centros de salud perpetuaban vidas insanas y abusaban de la medicación química.

En cinco años no había muerto nadie con menos de sesenta años en las eco aldeas. Los médicos y enfermeras que las habitaban, habían utilizado remedios naturales, acupuntura, osteopatía y una nueva forma de tratamiento que consistía en intensificar el contacto humano, los abrazos, las caricias, las miradas de ternura, ante las personas cuya energía, física y anímica, siempre conectadas, decaía. Lo llamaban calor humano. Su forma de vida era de constantes saludos con "abrazos de cabeza" y miradas profundas, contactos sin prejuicios y dormían a menudo abrazados entre grupos, sin prejuicios ni monopolios de normas entre sexos, o dentro de edades. Cuando alguien caía enfermo, el calor colectivo hacia aquella persona era aún mayor. El Servicio Canario de Salud había mandado un inspector para hacer una inspección de salud y comprobar el estado de higiene doméstica, de vacunación de los niños, de infecciones por parásitos, de malnutrición y los niveles de tensión arterial, colesterol y de marcadores de tumores. El resultado fue de unos niveles de salud muy superiores al del resto de la población. Insistió, sin embargo, en que deberían vacunar a los niños menores de cinco años y no hacer sus "terapias de abrazos" cuando hubiera síntomas de tos.

Algunos eco aldeanos se opusieron a cualquier tipo de vacuna. Se reunieron en asamblea y expusieron sus opiniones. Concluyeron que mientras no hubiese casos de sarampión, la vacuna sería voluntaria. Las autoridades de la isla quisieron imponerlas pero no pudieron justificar su imposición por problema de salud pública, pues no tenían problemas de epidemias y su salud era mejor que la del resto de la sociedad. Dos casos fueron

diagnosticados de apendicitis y operados en el hospital, cuatro niños tenían asma severa y necesitaban nebulizadores que adaptaron con cortezas de calabaza pero no mejoraron con flores moradas de buganvilla, tres adultos diabetes que no respondieron a alimentación sana y precisaban insulina y diez hipertensiones que no mejoraban las hierbas diuréticas. A cambio de estas atenciones del hospital, las eco aldeas de la isla, además de pagar sus impuestos, ofrecían hierbas medicinales y terapias de abrazos en el hospital.

Habían muerto treinta y dos personas en esos quince años, casi todos con más de ochenta años, en sus camas, rodeados de abrazos, caricias, música, historias sobre sus vidas y sobre el mundo, poesías del gran universo infinito y tiempo infinito, en el que se diluían y como toda la comunidad se iba un poco con ellos, y ellos dejaban su huella para siempre en el corazón de los demás. De cada uno había un dibujo, un recuerdo, una escultura, una música, una historia que añadir al libro común. Un diario de la comunidad a cargo rotatorio de sus miembros. También cada uno que partió era recordado por un árbol que se alimentaba de sus cuerpos, en vez de cementerios de piedras muertas, y por el siguiente recién nacido, que llevaba como segundo nombre aquel que partió.

En esos años habían nacido cuarenta y siete niños, para ser exactos veinte y dos niñas y veinticinco niños. De ellos sólo hubo dos cesáreas que fueron programadas y asistidas en el hospital. El resto nació en sus hogares con sus familias y con los médicos y enfermeras naturistas. Incluso cinco de ellos habían nacido en el mar, bañados por las olas en la orilla. En la comunidad de la Ternura tenían la tradición de cantar un himno a la vida durante el nacimiento. Con el tiempo habían ido mezclando el castellano con diferentes idiomas que se mezclaban en sus conversaciones, escritos y canciones. John y Umbela sentían una inmensa armonía y felicidad.

Claro, había también disputas y problemas. Al no existir la propiedad

material, no había conflictos de ese tipo. Los turnos en los libros, los aperos, los materiales de escritura y dibujo, los instrumentos de música y los, ya por entonces, cuatro ordenadores, evitaban conflictos. Algunos sí disputaban el uso de una u otra vivienda y fueron necesarios juicios con un jurado popular al azar que decidiera lo que pensaban era más justo en el uso de tierras o viviendas, siempre pensando en el bien común y la igualdad de todos. La mayor parte de las disputas, se daban por celos o engaños en las relaciones de pareja. Coexistían parejas heterosexuales, homosexuales y varios casos de poligamia y poliandria, casi todos en serena armonía. Pero algunos casos de "desequilibrios de afectos", habían desencadenado en tristezas incluso en violencia. John lo atribuía también al concepto de propiedad, que en las mentes o en los genes, también aspiraba a poseer a las personas deseadas.

Durante esos años, se fueron de la comunidad dieciocho personas, diez a otras eco aldeas y ocho a la sociedad moderna. Y habían llegado veintitrés de fuera.

La vida transcurría como las estaciones en el campo y los ciclos de la luna. Celebraban las lunas llenas con cantos y música, y más intensidad de abrazos y caricias en comunidad.

Unas noventa personas seguían religiones históricas, treinta y nueve eran cristianas, dieciséis budistas, catorce hindúes, doce musulmanas y nueve judías. El resto no creían en historias concretas del origen de la vida o los códigos de la misma. Pero todos compartían la ceremonia común cada mes y se sentían parte de un universo tan misterioso como bello.

John y Umbela partieron hacia Madeira en el mes de abril de 1995. Robert y otros insistieron que fueran en avión pero ellos insistieron en guardar respeto a la naturaleza y coherencia con la reunión de armonía eco social. Habían calculado que tardarían unos 40 días incluidas las paradas en

Madeira, en Lisboa, en Vigo en Galicia, en Audierne en la Bretaña francesa, en la isla de Wight, en Ipswich, Newcastle y finalmente la bahía de Findhorn.

Se encontraron con Josu y su familia. Hacía un año que ya no navegaba pues durante una fuerte galerna frente a Conakry, había sufrido un fuerte golpe y se había fracturado el fémur por tres lugares, sin haber recuperado la movilidad necesaria para navegar. Ya tenía cerca de ochenta años. Había fundado una ONG con su mujer Fátima, recaudaban fondos para mandar medicamentos a hospitales de misión por la misma naviera con la que trabajo tantos años. Tenía tres hijos y cinco nietos, pero salvo una hija soltera con una hija de tres años, la reina de la casa, el resto estaban en Lisboa o en Sao Paulo. Josu sintió una emoción profunda al ver a Lisy tan preciosa y fuerte hacia su futuro. Hacía diecisiete años que la había llevado en su barco escapando hacia la libertad, frágil y llena de temores ante lo desconocido. Le contaron las historias de Jonay en Zimbabue, de Fernando entre su colonia "Valentía" y Sierra Leona y de Kadiatu en su asociación Gara. Ya sabían por Jonay el encuentro de sus hermanos en Zimbabue. Le explicaron también el movimiento de eco aldeas que había indo animando en la Gomera y su misión a Findhorn, en Escocia.

Fátima y una hermana de ella se interesaron mucho y en el segundo día tenían ideas concretas de dónde y cómo empezar aquella idea en Madeira. Robert había contactado con ecologistas de todos los puertos que tocarían John, Umbela y Lisy, y les esperaban en cada uno para que explicaran el movimiento ecológico de La Gomera y luego cenaran caliente con los grupos locales con compromiso eco social.

Así llegaron, cuarenta y tres días después de zarpar de El Cabrito, a la bahía de Findhorn. El estudio de Robert para Gaia, había concluido en convocar a representantes de comunidades que representaban diferentes regiones y culturas, diferentes estados de evolución y diversas ideas de organización ya relación con sus entornos sociales. Todas ellas, según Robert,

compartían una aspiración de armonía natural, de espiritualidad sin dogmas y de unión de la humanidad, sin fronteras ni propiedades. John y Umbela no sabían más detalles. Umbela animó a que las comunidades de la Gomera escribieran en común un manifiesto de diez puntos, sobre "una nueva humanidad". El manifiesto estaba escrito en una corteza de melaleuca de Zimbabue que trajo Jonay y con tinta de cálamo. Tras una introducción de bendición a la vida, decía lo siguiente:

(No utilizaban mayúsculas, en símbolo del sentimiento de ser todos iguales)

primero, la tierra, gaia, pachamama, es nuestra madre y genera y regenera nuestras vidas, todas unidas en una eternidad y en un infinito universo. nuestro más profundo sentimiento es el de amor por nuestra madre tierra, y nuestro primer compromiso es el de escucharla, comprenderla, sentir con ella, cuidarla y amarla. nacemos de ella.

segundo, cada vida, humana, animal y vegetal, es única y sagrada, concentra toda la magia y belleza del universo, y en cada una de ellas vivimos todos. nacemos, crecemos, sentimos, sufrimos, gozamos, morimos, todos en cada uno de nosotros. profesamos, pues, veneración por la vida que engendra y alimenta la madre tierra, y nos entregamos a la armonía entre todos los seres vivos, respetando todas las vidas por igual, que llamamos armonía.

tercero, cada ser humano es una creación única y transmite un mensaje único e irrepetible de la madre tierra. como seres humanos nos sentimos una familia más en la naturaleza, sin más derechos que otras y llamados a la armonía con todas las demás. entre nosotros sentimos una vibración especial a través del sentimiento y el pensamiento, y sentimos la profunda paz a través de nuestra unión física y espiritual que llamamos amor.

cuarto, como unión humana en el amor, nacidos de la madre tierra y armonía con todos los seres vivos, renunciamos al miedo a la soledad existencial compartiendo nuestro calor físico y nuestra luz espiritual, renunciamos al miedo a no sobrevivir compartiendo nuestro trabajo en armonía con la naturaleza para nuestro abrigo, alimento y bebida, que llamamos compartir.

quinto, nacidos de la tierra, armonía con la vida, dilución en el amor y convivencia compartiendo, renunciamos a toda propiedad individual: de personas entre sí, de la naturaleza en su tierra, su agua y su expresión de vida y de alimento, y de lo que transformamos de la naturaleza sin dañarla, en arte, y de nuestro pensamiento en ideas, saberes ya expresiones del sentimiento en arte, escritos o música. a este sentimiento de renunciar a poseer, lo llamamos libertad.

sexto, con devoción a la madre tierra, armonía con la vida, dilución en el amor, compartiendo y uniendo nuestras vidas, aspiramos a recibir y sentir la energía del universo del que somos parte, y en especial la de la humanidad, nuestra gran familia. para ello, aspiramos a abrirnos a todos los seres humanos y sus sentimientos, a sentir con ellos y así poder vivir en amor, solidaridad y libertad. a esta actitud la llamamos empatía.

séptimo, es por la devoción a nuestra madre, en armonía con nuestros hermanos de vida, en amor, compartiendo, en libertad y a través de la empatía, como reconocemos que no hay ningún ser superior o inferior, con más o menos derecho sobre la naturaleza o sobre sus hermanos. es por ello que nuestras decisiones como comunidad surgen de la aprobación de todos, y nuestra representación y responsabilidades en la comunidad son rotatorias. a esta forma de organizarnos y prosperar la llamamos servicio al bien común.

octavo, es en devoción a la madre, armonía con la vida,

convivencia en amor, compartiendo en libertad y en empatía y servicio al bien común, como atendemos a las diferencias de opinión y tristezas por incomprensión. renunciamos a cualquier expresión de violencia. resolvemos las diferencias a través del dialogo, la empatía y reflexionando las quiebras de nuestros compromisos. nadie es culpable o inocente, sino todos caemos en debilidades cuando olvidamos nuestra naturaleza y fin común. es entonces cuando más amor necesitamos. a esta forma de resolver conflictos y tristezas la llamamos compasión.

noveno, nacer, armonía, amor, compartir, libertad, servicio y compasión, nos dirigen a buscar nuevas formas de armonía en naturaleza que eviten mejor el dolor, el hambre, la sed, la enfermedad y que aumenten nuestro gozo de sentir, pensar y meditar sobre nuestra existencia. conscientes de que no hay una verdad inamovible, una religión única, así como una medida de belleza ni de bondad, sentimos el gozo de compartir la aventura en conocer y el empeño en soñar y crear, sin por ello creer que superamos el pasado, sino simplemente fluimos hacia nuevas formas de entender y crear en armonía. a esta forma de desafiar la mente la llamamos descubrir.

décimo, conscientes de la inmensa magia de vivir en devoción a la tierra, en armonía con la vida, en amor, compartiendo en libertad y en empatía, servicio, compasión y descubriendo, vivimos en un grupo humano que nos permite conocernos, rotar responsabilidades y vivir en armonía, pero nos sabemos parte de la gran familia humana con la que deseamos tener intercambios y unión en la felicidad de la armonía con el universo. a esa comunidad de comunidades la llamamos una nueva humanidad.

Umbela había estado pensando en las palabras del decálogo y las había ordenado de la siguiente forma: Compartir-Armonía-Servicio-Amor, Descubrir-Empatía, Compasión-Humanidad-Unión-Nacer. "*Casa de Chun*". Durante la navegación la palabra Chun venía a su mente una y otra vez en formas de melodías que nunca había sentido antes.

Llegaron así a Findhorn y atracaron el barco en el puerto. Desarbolaron el barco, repartieron la comida que les había sobrado con otros marineros en el puerto y fueron caminando con sus mochilas. Siempre viajaban, y vivían, ligeros de equipaje. Llevaban mes y medio de navegación y estarían un mes en Findhorn para luego volver parando en otros puertos, quizás en Holanda y Bélgica. En total estarían fuera unas cuatro lunas y toda la ropa que llevaban cabía en una sencilla mochila donde además llevaban algún libro, que intercambiaban en los puertos, un pequeño botiquín, la harmónica de John y una flauta travesera que tocaba Lisy. Pero sus mochilas tenían exceso de peso en ilusión, pasión por la vida y esperanza en la nueva humanidad que estaba seguro nacería de las cenizas del capitalismo y el consumismo enajenante y destructor. Llegaron al parque de La fundación Findhorn, a apenas una milla de distancia. El parque estaba transformándose de un parque de caravanas a una eco aldea de unas 300 personas, un tamaño similar a la colonia Ternura.

El entorno, de gran frondosidad y colorido en aquella primavera de 1995, estaba sembrado por unas cien casas, talleres y centros de reunión, un centro de arte y dispersos molinos de viento y depósitos de biogás. Se veía la hermosa península de Findhorn por un lado y la costa y dunas de Moray Firth por el otro, coronadas por el pueblo de Findhorn.

Fueron recibidos por una mujer llamada Eileen, de unos sesenta años, como ellos, con un semblante de dulzura y paz. Dejaron sus mochilas en una

sencilla cabaña de madera y se unieron a Eileen y a otra mujer llamada Dorothy para tomar un té de hierbabuena de la huerta. Eileen les explicó que en 1962, tras quedarse sin empleo, su marido Peter, ella, sus tres hijos y Dorothy a vivir en una caravana en Findhorn.

Umbela reflexionó que aquella aventura había empezado en torno al nacimiento de Jonay y como es de los momentos difíciles de donde nace la valentía, el ingenio y la fuerza de transformar.

Eileen siguió explicando la historia de aquella comunidad: por pura necesidad empezaron a sembrar hortalizas, en alianza con la meditación espiritual y la armonía con la naturaleza. En el pueblo empezaron a asombrarse de la frondosidad de la huerta sobre las tierras arenosas de la costa. La comunidad fue creciendo en torno a la paz espiritual y empezaron un programa llamado "universidad de la luz" que empezó a atraer a visitantes y a personas interesadas en unirse a la comunidad. Comenzaron su propia imprenta donde fueron publicando sus experiencias y sus visiones de la armonía con la naturaleza. La comunidad fue creciendo y adquirieron el hotel Cluny para convertirlo en residencia de la comunidad. Construyeron la Sala Universal, un centro de arte, un teatro, un café holístico, estudios de danza y grabación, y unas oficinas. En los últimos cinco años, como la colonia Ternura, Findhorn había apostado por el eco sostenibilidad, en armonía con la sostenibilidad económica, cultural y espiritual. Peter había muerto el año anterior. John y Umbela les contaron la historia de las comunidades de La Gomera y su travesía hasta Findhorn.

Pasaron luego a la Sala Universal donde había un grupo que empezaba a acomodarse sentados en el suelo y en torno a una chimenea circular, rodeados por ventanas, a su vez rodeadas por robles, abedules y frondosos rododendros de múltiples colores. Una mujer de cabello rizado pelirrojo tocaba el harpa en una esquina. Lisy la acompañó con su flauta. John y Umbela se sentaron y entre todos formaron un círculo. La sensación de

serenidad y paz era tal que no fueron necesarios ningún tipo de saludo convencional. La luz, el fuego, la música del arpa, la sencilla armonía con la naturaleza, invitaban a simplemente meditar. Espontáneamente todos cerraron los ojos y permanecieron así unos diez minutos. De forma mágicamente sincronizada, fueron conectando con sus miradas y creando una complicidad aún antes de hablar. Fueron poco a poco presentándose. Empezaron Elileen y Dorothy presentando a la comunidad anfitriona de Findhorn y dando la bienvenida a todos, siguieron la comunidad de la granja, de Tennessee, fundada por Robert, las de Lebensgarten y Steyerberg de Alemania; la de Crystal Waters de Australia; las Ecoaldeas Rysovo y Nevo, de Rusia; la de Gyürüfü de Hungría; el Proyecto Ladakh de la India; el instituto Manitou de Colorado, la Asociación Danesa de Comunidades Sostenibles y la red de comunidades de armonía de La Gomera, que representaban John y Umbela. En total eran treinta y dos adultos y catorce niños. Durante tres días compartieron sus experiencias e ideas.

Todos sentían la necesidad de crear redes entre comunidades que aspiraban a la armonía humana y natural sin dogmas ni jerarquías. Los resultados del debate fueron presentados a una reunión abierta a la que acudieron una cuatrocientas personas de más de cuarenta países.

Una de las cuestiones que más preocupaban era el equilibrio entre la iniciativa eco espiritual que todos abrazaban, y el vínculo con la sociedad moderna y las naciones. Si actuaban como una comunidad más, pagando impuestos, sentían una contradicción al proteger la naturaleza con su forma de vida, pero atender contra ella por contribuir a estados con políticas capitalistas y destructivas. Por otro lado, si se aislaban completamente, dejarían de conectarse con el resto del mundo y el progreso del conocimiento. Decidieron crear una red mundial de comunidades, con una base legal que pudiera mantener ese equilibrio. Lisy se comprometió a trabajar en ello.

A la reunión abierta acudieron representantes de muchos lugares. Un grupo que les causó especial impacto a John, Umbela y Lisy, fue el movimiento de los campesinos sin tierra, en Brasil. Un campesino brasileño llamado Joao, explicó los orígenes de aquel movimiento: dijo que el concepto de la propiedad de la tierra y su explotación capitalista era el origen de tanto daño a la Tierra y a la Humanidad. Díez años antes, Joao, con apenas diecisiete años ya era un líder en la denuncia de los abusos de los terratenientes en Curitiba, en el estado de Paraná, donde participó en una reunión, animada por la Iglesia de la liberación. De aquella reunión surgió el movimiento de los campesinos sin tierra y Joao comenzó a liderar la comisión de base de Paraná. Explicó que en el movimiento no había funciones de presidente ni otros cargos. No creían en la jerarquía, tan ligada al concepto de poder y de propiedad. Consiguieron que en la constitución de 1988 se declarara que las tierras no productivas pudieran redistribuirse, pero como ello carecía de definición, los poderosos siempre guardaban todas sus tierras, bien explotándolas y a sus trabajadores, dejándolas yermas o destruyendo su naturaleza talando la selva. El último congreso nacional, celebrado cada cinco años, le había designado para buscar lazos con la idea de comunidades de eco aldeas.

Un belga llamado Martín, habló en representación de una red llamada "vía campesina", de la que era miembro el movimiento brasileño. Representaban a más de cien organizaciones de cincuenta países, defendiendo una agricultura familiar y sustentable. Martín habló del concepto de soberanía alimentaria como el derecho de los pueblos a definir sus políticas agrícolas y de producir alimentos a nivel local y de forma sostenible, manteniendo la biodiversidad de la Tierra y a través de trabajo y gestión en comunidad, antes de ser explotados por los monopolios del mercado y la distribución de alimentos lejanos y manipulados con química, que constituían ya más de tres cuartas partes de la alimentación mundial.

Killari era una mujer quechua de las montañas de Ecuador a quien Robert conoció en su vuelta al mundo y a quien animó a venir a la reunión de Findhorn. A todos impresionó cuando habló de la lucha de su comunidad, junto a "Ecuarrunari", red de comunidades indígenas de la Sierra. Contó que llevaban cinco años pidiendo el carácter plurinacional del estado en la Constitución, la educación bilingüe, la legalización de territorios indígenas y una reforma agraria. Explicó también como se habían movilizó en 1992 en contra de la "celebración" del quinto centenario y el llamado "descubrimiento de América" y habían conseguido agrupar una marcha de miles de indígenas para parar las explotaciones petroleras en el Amazonas que estaban destruyendo la naturaleza y la salud de los pueblos indígenas milenarios.

John tomó la palabra:

-Estamos aquí personas de culturas distintas. Nuestros padres y antepasados de muchas generaciones han hablado idiomas diferentes, han pensado en la Tierra y nuestra vida en ella de formas diversas, y hemos sentido como las naciones que han ido formándose en la tierra y sus gobiernos, han ido haciendo daño a la Tierra y a nuestra relación con ella y entre nosotros, de formas diferentes. João nos cuenta como millones de brasileños viven explotados o sin acceso a cuidar y vivir de la Tierra como quisieran, en un país en el que a cada brasileño le corresponderían de media cuatro hectáreas de terreno. Marín nos cuenta historias de todo el mundo en las que luchan por proteger o recuperar formas tradicionales de vivir en grupos sociales solidarios, compartiendo la tierra y cuidando su riqueza, y así vivir de lo que da la Tierra que cuidamos y no venderla, y con ello vendernos, al comercio internacional, anónimo y centrado en la producción y el beneficio, destructor de costumbres, lazos sociales solidarios y armonía con la tierra. Killari nos ha hecho ver como el conocimiento ancestral indígena está cuidando de esa armonía y se ha puesto en pie en defensa de su identidad y de la Tierra oponiéndose al sacrificio al que se somete a la

Tierra y a sus entrañas. Elileen nos ha contado como en la vuelta a la tierra cientos de personas han encontrado aquí en estas dunas de Findhorn, la espiritualidad, la armonía con la tierra y una alternativa a un mundo feroz obsesionado en competir, producir y consumir, que late a sólo unas millas de aquí. Y Robert nos ha contado como en su gira por eco aldeas de todo el mundo ha visto miles de personas que buscan la vuelta a la Tierra y con ello a nuestra naturaleza de compartir y de respetar la vida. De amar. Tenemos razones diferentes pero todos luchamos para proteger a nuestra madre Tierra, dañada de tantas formas y en tantas partes del mundo. Somos todos hermanos porque todos tenemos la misma madre, y somos todos camaradas porque nos une un dolor común: el daño que hacen a nuestra madre. Todos juntos podremos ayudarnos y cuidar de la naturaleza animado una nueva Humanidad. Propongo una Alianza de comunidades por una Nueva Humanidad.

Umbela descubrió, hablando con unas comunidades budistas del Nepal, que Chun significaba primavera, renovación. Umbela escribió un relato sobre "la casa de Chun" y lo contó en una noche de fraternidad en que aquellas personas ilusionadas en una nueva humanidad, unían sus manos y sus corazones en torno a una gran hoguera en las dunas frente al mar del norte. John entonó con su harmónica, los tiempos están cambiando, de Bob Dylan. Lisy daba un paseo por la orilla con Joao.

LV. Sobrevolando la inmensa belleza del mundo, Cataratas Victoria, junio 1996

Tras el nacimiento de Adam, Aimsa había decidido pasar tres días por semana en Bulawayo donde empezó a colaborar con Karen y Helen en un proyecto de recuperación de tierras fértiles para pueblos de Matabeleland cada vez más frágiles en su supervivencia por la sequía, reflejo del calentamiento global del que aún el mundo no era muy consciente. La mayoría de las tierras fértiles en la meseta que unía Harare y Bulawayo eran propiedad de blancos "rhodesianos" quienes, a pesar de la derrota del apartheid, mantenían su poder e incluso su racismo dentro de sus haciendas y sus clubs privados. Aimsa hizo un mapa detallado de tierras, producción, poblaciones, grados de pobreza y malnutrición.

También estaba empeñada en que el tratamiento con zidovudina, por el que tanto había luchado en Estados Unidos, llegase a África, a Zimbabue. De todo ello quería hablar con Stamps.

Viajó hasta Harare donde el ministro Stamps, quien la recordaba bien de aquella reunión en Londres, le había dado audiencia. Después de verla en el Ministerio de salud y bienestar infantil, la invitó a su casa donde cenó con su mujer Lucy, de la etnia Shona, y con cinco niños adoptados de Zimbabue y diferentes lugares del mundo.

Hablaron de la reforma de la tierra. Los blancos de Zimbabue, el uno por ciento de la población, poseían el sesenta por ciento de la superficie cultivable. Según los acuerdos de Lancaster, la redistribución de la tierra durante los primeros diez años de independencia se intentó por un sistema de ventas voluntarias de los colonos blancos, con ayuda financiera al gobierno de Zimbabue, de la ex-metrópoli británica. Esa fase dio lugar a poca transferencia de tierras, menos de la mitad de lo esperado. Hacía tres años que habían introducido una ley de ventas forzosas de fincas en manos

de los blancos, con precio dictado por los juzgados, pero en tres años no había avanzado apenas el proceso y las desigualdades en el país seguían siendo sangrantes, y el hambre en Matabaeleland, crónica, además de la sangría terrible por la pandemia del SIDA. Los ingleses se negaban a contribuir en la compra de los terrenos de sus súbditos, y el gobierno de Mugabe tampoco lo aceleraba pues la mayoría de sus ingresos procedían de los impuestos de la exportación del tabaco, de las fincas de los blancos rhodesianos. Aimsa cuestionó aquella actitud que mantenía a la gente en situaciones de miseria en las tierras arenosas cada vez más secas de Matabeleland en aras de exportar tabaco, un mal para la salud que mataba cada año a más personas aún que el SIDA. Stamps defendió a su gobierno diciendo que se estaba haciendo poco a poco y que necesitaban los ingresos para ir re-comprando las tierras y ofreciendo servicios de salud y educación a la población. Que el cambio tardaría pero que llegaría.

Aimsa le habló a Stamps del modelo de eco aldeas de La Gomera, de la armonía con la tierra, de como la agricultura tradicional de subsistencia y en armonía de propiedad colectiva, podría sacar del hambre en que vivía la mitad de la población de Zimbabue. Que la exportación podría dedicarse a otros bienes como la minería sostenible, y mientras tanto incrementar los ingresos de un turismo ecológico. Stamps dijo que era difícil avanzar en la expropiación, que las presiones del Banco Mundial y de los gobiernos americano e inglés con los que Zimbabue estaba endeudado, era demasiado alta.

Pasaron luego a hablar del SIDA. Para entonces ya el gobierno se había implicado activamente en alertar de la epidemia, de las formas de transmisión sexual y de distribuir gratuitamente preservativos. Brunapeg era uno de los diez "centros centinela" en el país, en los que hacían tests anónimos a mujer embarazadas y calculaban la proporción de adultos infectados. La media en el país era del quince por ciento y en el sur de Matabeleland llegaba al veinte por ciento.

-Ministro, le quiero agradecer que haya otorgado a Amani Trust y su proyecto Jabulani los fondos que entrego Sudáfrica como compensación del tráfico de los niños de Matabeleland.

-Fue por esa organización y ese español, el hermano del misionero, que se pudo desenmascarar. Quiero hacer una ceremonia para entregarle la medalla de honor del gobierno.

-Dudo que la acepte. Haka no hizo nada de esto para su gloria. Y aún sigue el rastro de niños que no fueron rescatados. Hay una parte del tráfico que sigue escondido y protegido, el de tráfico de órganos de niños, la peor de las perversiones humanas.

-Lo sé, y necesito saber dónde está ese indómito vasco. Quiero ayudarlo.

Aimsa sabía que si le decía de su paradero en Israel podría ponerle en peligro. Zimbabue dependía demasiado de la Sudáfrica de Mandela, y esta dependía mucho de De Beers y Chevron, y protegían las mafias que protegían sus monopolios del diamante además de traficar con todos los negocios posibles y sin escrúpulos. Quizás Haka estuviese obsesionado, paranoico con esas tramas pero sólo escribía a Ukuzwana a través de Beatriz y en código.

-No sé dónde puede estar. Hace tiempo que no sabemos nada de él en Ukuzwana.

-Ministro, le quería hablar del tratamiento del SIDA. Por ahora sólo hay un medicamento eficaz en enlentecer su progresión, ya lo sabe bien, zidovudina. Además, se ha demostrado en varios estudios que un tratamiento corto puede prevenir la infección, y muerte segura, de la mitad de los niños que son infectados por sus madres. En Zimbabue he calculado

que ello corresponde a unos diez mil niños al año. Brasil ya da tratamiento gratuito a toda su población y han forzado a que bajen los precios del monopolio de Wellcome, además de ofrecer exportar a África el medicamento. ¿No puede Zimbabue importar ese medicamento, o incluso fabricarlo en los laboratorios del gobierno?

-Gracias Aimsa, he pensado en ello. Pero tenemos una presión enorme del gobierno inglés y americano. Si importamos la zidovudina brasileña o la intentamos fabricar, puede que nos pongan sanciones en la recién creada Organización Mundial del Comercio que ya sabes presiona para la imposición de patentes.

-¡Pero eso es criminal! Están muriendo miles de jóvenes, infectando se miles de niños. ¿Son más importantes los beneficios, ya inmensos, de unos pocos llenos de insaciable avaricia? ¿De qué puede tener miedo Zimbabue? ¿De no colocar su nocivo tabaco? ¿Qué mundo es este? ¿Con esos negocios de muerte y esos miedos de a priorizar los beneficios por delante de nada, la vida humana, se puede dormir con la conciencia tranquila?

Aimsa había perdido el control, pensaba en tantas personas que en tan poco tiempo había visto ya morir de SIDA en Matabeleland.

-No es tan fácil, Aimsa, pero te prometo que escribiré a Brasil y lo hablaré con el presidente.

-Sólo le pido que piense en algo: cada día que pasa, mueren en su país casi tres mil personas, en dolor, en silencio y estigma, en debilidad más extrema, a menudo sin ni siquiera una mano amiga.

-Lo sé. Lo pienso cada día.

Algo le hizo sentir a Aimsa que sí que aquel hombre sentía aquel dolor. Pero

que estaba maniatado, avergonzado.

-Otra cosa, Ministro, ¿ha oído hablar de David Ho?

-No, ¿quién es?

-Un amigo mío en San Francisco, el Dr. Gottlieb, le conoce, y me dice que está consiguiendo casi curaciones combinando varios medicamentos contra el SIDA. Le tendré informado. Tenemos que conseguir medicamentos para la gente, Ministro. Es cuestión de vida o muerte.

-Cuenta conmigo. Iré a veros a Ukuzwana a final de este año.

Era el invierno austral de 1995.

Aimsa volvió a Ukuzwana. Llevaba ya tres años en aquella mágica misión Ukuzwana. Desde que vio la primera vez a Jonay en el aeropuerto de Bulawayo, había sentido una atracción muy fuerte. Aimsa tenía treinta y tres años. Sólo había tenido dos relaciones cortas con compañeros de Berkeley que no habían durado mucho, y en las que no llegó a sentir la profunda complicidad que anhelaba. Sentía que tenía que darse por entera a luchar por un mundo diferente, más justo. Y tenía miedo. Había visto mucho sufrimiento desde niña, y se había protegido en su concha. De eso había hablado con Jonay.

Jonay no había dejado de sentir fascinación por Aimsa desde el primer día en que la vio. Ya antes había sentido su inteligencia y valentía por sus cartas desde Berkeley. Luego fue conociendo los detalles de su vida sobreviviendo en los basureros de Bombay y en las calles de Calcuta. Cuando Aimsa le hablaba de su tiempo en el Ashram, de sus estudios budistas, de física cuántica, de filosofía y pensamiento, y de ciencia. Se sentía abrumado. Pensaba que él tenía una cierta idea del conocimiento humano pero al lado

de Aimsa se sentía diminuto. Su lucha en Estados Unidos le recordaba al coraje de Haka, la espiritualidad de NoLwasi y la generosidad de Patxi. Y todo ello con una belleza de la que Jonay no dejaba de estar pendiente y deslumbrado.

Después de su ruptura con Yolanda en aquel cruce de caminos que sentenció el Padre Teide. Jonay no había tenido ninguna relación duradera. Había conocido a algunas mujeres *ndebeles*, entre ellas la hermana de Anwele, con quien había llegado a tener una corta relación durante unos meses, pero a quien sólo veía en algunos viajes a Bulawayo y con quien no llegó a compartir profundamente sus ideas y sueños. Desde que había conocido a Aimsa, no podía pensar en nadie más. Pero la respetaba hasta tal grado, que no se atrevía a seducirla. A menudo lo pensaba por la noche, pero cuando estaba cerca de ella, se quedaba sin palabras.

Aimsa había vuelto de Harare hasta Bulawayo y luego hasta Ukuzwana en uno de esas interminables rutas de autobuses por los pueblos de Matabeleland. Su salud era pura como lo era su vida vegana, su disciplina de yoga y sus largos paseos al atardecer, pero este largo viaje le había producido un dolor en la espalda. Al llegar a Ukuzwana, al atardecer, vio como Jonay salía de la casita que hacía las veces de quirófano. Joseph, Thandiwe, Nothando y Buhleve jugaban con el pequeño Adam, quien con apenas dos años ya correteaba por la misión ya sus alrededores.

Jonay se acercó a ella y notó su caminar dolorido:

-¿Qué tal te fue, Aimsa? ¿Te duele algo?

-Me fue bien, Jonay, ¿y a ti? Tengo un leve dolor de espalda. Nada importante. Muchas horas de trayecto del autobús con baches.

Algo hizo que se derrumbaran los muros que inconscientemente habían

construido cada uno ante el otro, a pesar de su profunda atracción, casi veneración. Sus miradas se cruzaron de una forma más profunda que nunca. En esa sensación que enmarcó el silencio, Jonay se atrevió a decir:

-Vente a mi casa, Aimsa, te preparo una cena y te doy un masaje. Y me cuentas como te fue. ¿Aceptas?

Aimsa se sintió turbada por la invitación, aunque no había nada que desease con más fuerza. En ese momento se acercó corriendo torpemente el pequeño Adam y se abrazó a las piernas de Aimsa. Entre el alivio de ser rescatada de una situación tan deseada como delicada, y la pena por verse diluirse ese momento de magia, Aimsa cogió al pequeño Adam en brazos y se fue hacia la casa de Patxi donde ella tenía su cuarto. Miró varias veces hacia atrás sonriéndole a Jonay.

Una hora más tarde, cuando Jonay estaba descansando en su cama y pensando en ella, llamaron a la puerta. La llamada no se siguió de la habitual llamada de Rose por una urgencia en el dispensario. Jonay sintió un vuelco en el corazón cuando, a través del cristal esmerilado, vio una figura que llevaba tiempo iluminando su corazón.

Abrió la puerta y allí estaba Aimsa con un sari morado y la misma mirada que había atravesado su alma.

-¿Aún está en pie esa invitación?

-Lleva en pie tres años.

Se abrazaron con una fuerza tanto tiempo reprimida. Los dos temblaban. Sus brazos acariciaban sus espaldas y sus cabellos. Sus rostros fueron rozándose tímidamente. Y sus labios fueron buscándose. Se besaron dulcemente, los dos transportados a otro mundo de placer, de paz, nunca

conocido. Abrieron de nuevo los ojos, que ahora se miraban a apenas unos centímetros y su fuerza y profundidad les hizo humedecerse de emoción. Hicieron el amor con devoción. Que dio paso a la pasión. Estuvieron abrazados toda la noche, sin hablar. Los dos profundamente emocionados. Las palabras sobraban.

Ya nunca se separarían.

Al mes siguiente, Jonay consiguió una sustitución de dos semanas. Ndlovu había sido designado director de la salud para el sur de Matabeleland y en Brunapeg habían conseguido la asignación de dos médicos internacionalistas cubanos, como lo fue Fernando en Sierra Leona. Aceptaron que uno viniese durante dos semanas a Ukuzwana. Jonay convenció a Aimsa para hacer un viaje que siempre había soñado. Le dijo que preparar sólo una mochila y que vistiera pantalones.

Jonay había estado planeando el viaje en su mente desde hacía meses. Ahora lo había puesto en papel con días, horas, rutas. Y un diario que intuía empezaba un nuevo horizonte en sus días.

Jonay se levantó antes del amanecer y preparó el ultra ligero en la pista, al sur de la misión. Jonay llamo a la casa de Patxi, quien le recibió con una sonrisa entre alegre y pícara y le dio un gran abrazo. Desayunaron juntos todos, eran realmente como una gran familia de ilusiones. Patxi contó las últimas noticias de Beatriz, luchando por causas justas en Bruselas y formando una hermosa familia con Meimuna y Moyes, y de Haka, quien estaba en un kibutz desde donde seguía investigando la ruta del tráfico de niños. Algo que nadie debería saber.

-Bueno Jonay, ¿a dónde os vais?

-Lo siento, Patxi, es una sorpresa para mi princesa India.

-¿Me puedo fiar de este canario, Patxi?

Le dijo Aimsa,

-Te puedes fiar de él, te lo aseguro. Me hace muy feliz veros juntos.

-Ten cuidado con estos españoles, Aimsa. ¡Y llámame si necesitas un rescate!

Dijo NoLwasi a Aimsa.

Ya habían instalado la electricidad en Ukuzwana, aunque sólo funcionaba unas pocas horas al día. También habían instalado una línea de teléfono, que funcionaba con manivela y les mantenía conectados con Bulawayo.

Fueron caminando hacia la explanada al sur de la misión. Allí estaba el ultraligero de dos plazas. Subieron a él y Jonay lo puso en marcha.

Se despidieron de Anwele, Rose, Patxi, NoLwasi, y los pequeños.

Aceleró en la pista y levantaron el vuelo. Jonay había utilizado el ultra ligero un par de veces al mes para ir a Brunapeg y a Mayobodo, una clínica donde hacía un año que pasaba consultas cada mes. Pero esta vez la ruta sería más larga y el objetivo del viaje el más importante de su vida: Ver, desde el cielo, el futuro de dos almas que ya se sentían unidas para siempre.

Se trataba de un ultra ligero pendular con dos plazas. Podían volar a unos noventa kilómetros por hora a unos trescientos metros de altura, y tenía una autonomía de unas tres horas. Jonay había hablado con personas, todos ex-pacientes suyos o colegas o misioneros de otros hospitales en Matabeleland, en los cinco puntos donde había planificado las escalas de la ruta: el parque de Matopos, donde dormirían en el Águila Negra, de tan emocionantes recuerdos. La siguiente escala, una llanura dentro del parque de los pantanos de Hillside, en Bulawayo, la pista al lado de la misión de Saint Lukes, en el norte de Matabeleland, una pista enfrente del

campamento central de Nantwich, al norte de Hwangué, y otra cerca de las Cataratas Victoria.

Durante dos semanas, Jonay y Aimsa volaron por aquellos lugares de tan inmensa belleza.

Al sobrevolar Matopos vieron manadas de ñus, de búfalos, cebras, grupos de jirafas, dos rinocerontes y pudieron ver también un leopardo en una acacia. Sobrevolaron después sobre los *kraals* del sur de Matabeleland hasta llegar al frondoso parque de los pantanos de Hillside. Allí divisaron docenas de especies de aves migratorias, y colonias de miles de pájaros tejedores. En los dos pinos de la misión de Brunapeg, los árboles más altos de toda la región, anidaban dos veces al año miles de tejedores y Jonay, siempre que iba a Brunapeg, los miraba con curiosidad y asombro.

-¿Sabes que normas sigue esta frenética actividad de los pájaros tejedores construyendo los nidos? : Los machos construyen el nido y la hembra lo supervisa: si no lo ve muy seguro, lo rompe y lo tira al suelo. Lo mejor que le puede pasar al macho es que sea aprobado por la "jefa", en cuyo caso... sino le será permitida la entrada!

-¡No es un mal sistema!

Bromeó Aimsa.

Durmieron en casa de unos conocidos de Helen en Bulawayo, que tenían una granja de mariposas y un inmenso jardín de cactus y plantas suculentas.

Siguieron viaje unos días después hacia Saint Lukes en el norte de Bulawayo, cerca de un pueblo llamado Lupane. Se quedaron allí dos días visitando el hospital de misión, aunque sintieron la moralidad católica por la que tanto había sufrido Patxi y pronto reanudaron el vuelo. Llegaron a Nantwich. Les fue permitido aterrizar dentro del parque nacional de

Hwangue de manera excepcional y gracias a un paciente, trabajador en el Parque, a quien Jonay había operado de una obstrucción intestinal. Nantwich era un lugar realmente mágico:

Llegaron después de atravesar unos cien kilómetros de la parte norte de Hwangue, un inmenso parque nacional frontera con Botsuana donde, entre todas las demás especies mamíferas africanas, vivían unos cuarenta mil elefantes.

Vieron también manadas de antílopes, cebras, miles de búfalos, guepardos cazando, leones vigilando el horizonte, hienas y buitres disputando carroña. ¡Tanta belleza!

Al llegar a Nantwich, ocuparon la casa del centro. Sólo había tres, una en cada colina. Cada una divisaba un horizonte de unos cincuenta kilómetros hacia el este, el atardecer posiblemente más bello del mundo. Allí se quedaron una semana sintiendo toda esa belleza. Abrazados y diluyendo todos sus sentidos.

Habían traído algunos víveres de Lupane y con la nevera de queroseno y la cocina de leña disfrutaron de una semana en casi silencio y levitación en el medio de aquella inefable belleza. Siguieron hacia las cataratas Victoria. Desde cincuenta kilómetros antes pudieron ver el vapor de agua que subía hasta cuatrocientos metros por encima de la abismal grieta de cien metros de profundidad a la que caía el inmenso caudal del río Zambezi.

Al llegar, se quedaron maravillados de tanta belleza y tan majestuosa fuerza de la naturaleza. Sobrevolaron los casi dos kilómetros hasta el puente con Zambia y luego se adentraron unos diez kilómetros en el Zambezi, hacia el frondoso Capribi, en Namibia.

Vieron cocodrilos e hipopótamos. Se alojaron en una de las casas del parque

nacional. Por la noche, bajo la luna llena, Aimsa preparó un arroz con salsa de cacahuete, y encendió unas velas en el porche, frente a la orilla del Zambezi.

-Jonay, gracias por este viaje, viendo, como los pájaros, la inmensa belleza de la Tierra. Nunca estuve tanto tiempo simplemente disfrutando de la belleza. Siempre he vivido sobreviviendo o luchando por que otros sobrevivan. No sabía lo que era el descanso salvo fugaces momentos de meditación.

-Yo no he luchado tanto como tú, Aimsa, aunque también siento haber vivido la vida como una carrera, y también angustiado por el dolor, la enfermedad y la injusticia hacia los más pobres. Me siento algo incómodo con el privilegio de este viaje volando sobre lugares tan maravillosos, y durmiendo en estas casas de los parques mientras tanta gente nunca verá esto. Pero creo que los dos, sobre todo tú, lo merecíamos.

-A los dos nos cuesta disfrutar de la vida sin que la mente nos cuestione el privilegio. Tendremos que aprender juntos. La armonía con la belleza es parte de la vida.

-En ti, en tu mirada, veo la nobleza y valentía más profundas. Quiero diluir mi cuerpo y mi alma en ti.

-Yo también lo deseo, Jonay. Aunque no permitamos que el amor nos haga un núcleo cerrado que no fluye hacia el universo, hacia los demás.

-Sé a lo que te refieres. La cadena del amor. La dilución de la angustia existencial de Erich Fromm, la que encadena y no libera. Te amo en libertad y en cualquier forma que la vida nos muestre.

-Ya nos ha mostrado una forma, Jonay.

-Estoy engendrando una vida de nuestro amor.

El siguiente 22 de mayo de 1996 nació en Ukuzwana una niña a la que llamaron NoLwasi, como su madrina. Madre del saber. Era una noche mágica, en la que las estrellas y los planetas se conjuraron para recibir a una niña que se convertiría en unas mujeres más bellas que viera el planeta Tierra.

LVI. Los refugios de la avaricia, Zúrich 1997

Las primeras investigaciones de Haka indicaban que una o varias redes en Israel organizaban los trasplantes de órganos en varios países, para pacientes israelitas, dada la limitación que imponía la religión al trasplante anónimo o a la extracción de órganos tras la muerte. Además, un médico forense extraía órganos a presos palestinos, para trasplantes ilegales. Lo hacían contradiciendo los principios del Torá -poniendo en riesgo la vida de otras personas y extrayendo órganos a los no judíos- y con la hipocresía de subvencionar dichos trasplantes -cerrando los ojos sobre sus mafiosas y criminales condiciones- por aseguradoras o incluso con dinero público. La Mossad había echado del país al periodista sueco que desveló la trama del forense y le seguía los pasos a Haka, por lo que prefirió tomar refugio en un kibutz. Mientras tanto, Beatriz en Bruselas se había enfrentado a un muro inquebrantable al intentar que la débil diplomacia europea cuestionase la política israelita al respecto. "Es políticamente inoportuno", le reiteraban.

Había conseguido plaza de voluntario en un kibutz cerca de la franja de Gaza. Necesitaba tiempo para entender la psicología y sociología judía que aparentemente permitía estos crímenes basados en una supuesta superioridad del pueblo judío, necesitaba poner todos sus datos de personas, fechas, relaciones, sobre las mafias del tráfico de niños en un esquema, y necesitaba sentir, desde joven, la vida en comunidad. Le llamó a Helen para explicarle los planes y al sentir mutuamente un gran deseo de estar juntos. Helen se unió a Haka durante un mes en el kibutz. Buhleve se quedaría con Kate, quien junto a Aimsa mantendrían Amani Trust y el proyecto Jabulani en marcha.

Antes, pasaron diez días en Jerusalén. Haka reflexionó sobre la ironía del nombre -"Princesa de la Paz"- a la ciudad que en los últimos dos mil años no había conocido la paz. Campo de batalla entre las tres religiones

mediterráneas que habían marcado la historia occidental. Conquistada once veces y destruida cinco veces en su totalidad, la Jerusalén bíblica yacía en cascotes veinte metros bajo tierra. Haka y Helen eran agnósticos y profundamente escépticos de las creencias religiosas occidentales monoteístas. Pensaban que se basaban en leyendas llenas de fantasía, como el antiguo testamento, que se contradecían en sus mensajes de amor de Dios y entre los hombres y sus premisas de superioridad de unos sobre otros (el pueblo elegido judío sobre los demás, los cristianos y los gentiles, los musulmanes y los infieles) y que se habían aliado con el poder, las jerarquías, las guerras crueles y el capitalismo industrial de los cristianos, especulativo de los judíos y petrolero de los musulmanes, ya todos ellos mezclados en un magma de poder y avaricia, en una madeja con creencias y miedos, que había, y seguía ahogando la vida de más de cien generaciones en la historia de la Humanidad. Helen había optado por la espiritualidad oriental, sin dioses ni jerarquías, que compartía en meditación con Aimsa, como una hermana para ella. Pero Haka no podía sentir esa divinidad difusa y rozaba el ateísmo, escéptico de todo lo que no podía tocar con sus manos, y convencido de que la vida acababa con la respiración y como nos reciclaba la naturaleza era algo que nadie podía pretender saber y aún menos imponer.

Pero algo en los dos les hizo querer pasear en silencio por los lugares cuna de las religiones que habían esculpido la historia y la cultura que marcaron las vidas de sus antepasados y de alguna manera seguían marcando sus vidas.

Empezaron por acercarse al muro de las lamentaciones, restos del templo que sustituyera al de Salomón y donde se colocó el arca con los diez mandamientos hacia dos mil quinientos años, destruido después por los romanos. Era viernes y vieron a cientos de judíos ortodoxos con sus gorros "*kipas*" y sus mantos "*talits*", con sus largas barbas grises y rizos en las patillas, llorar ante el muro por su destrucción hacia dos mil años. Los

abuelos maternos de Helen habían sido judíos, pero su madre se casó con un anarquista inglés, miembro de las brigadas internacionales en la guerra civil española, y por amor se alejó de la religión y sus padres de ella. Viendo ese fervoroso llanto, no podía entender aquel dolor por unas piedras construidas por el infanticida Herodes, cuando había tantos niños muriendo por injusticia cada día.

Pasearon luego por la vía dolorosa donde se suponía que Jesús había recorrido el camino entre su condena y su crucifixión, donde el santo sepulcro recordaba el lugar donde fue enterrado. Vieron a cientos de peregrinos rezar en las catorce estaciones que recordaban la pasión de Cristo. Aquí Haka sintió un escalofrío que no pudo ni controlar ni explicar. La historia de Jesús siempre le había fascinado. El mensaje de amor y de humildad le había cautivado siempre, y las vocaciones de Patxi y Beatriz, aunque nunca se lo hubiera dicho, le habían tocado el corazón. Pero había ido acumulando rabia ante los crímenes de la historia de la jerarquía católica y las historias de opresión de las que habían sido víctimas sus hermanos, le hacían sentir profunda rabia, parecida a la que sintió Jesús cuando echó violentamente a los mercaderes del templo. Lo que le diferenciaba de sus hermanos es que él sí que pensaba que la violencia era a veces necesaria.

Fueron luego hasta la explanada al sureste de la Ciudad Antigua de Jerusalén donde se encontraba la Cúpula de la Roca, lugar sagrado para los musulmanes, que oraban en su mezquita El-Aqsa recordando cómo, según su leyenda o creencia, Mahoma fue traído en un mágico viaje nocturno desde La Meca hasta Jerusalén, desde donde ascendió a los cielos hasta la presencia de Dios, para volver de nuevo a La Meca.

Haka no podía entender como historias tan inverosímiles habían dominado la vida de gran parte de la historia de la Humanidad y seguían siendo, en la era del conocimiento, causas de crueles guerras entre quienes, en el sentido más profundo y auténtico de las religiones eran hijos de Dios y hermanos

entre sí, unidos por el amor. Haka recordaba sus tertulias con Aimsa en los pocos días que compartió con ella a su llegada a Ukuzwana, sobre el budismo y la física cuántica, la energía común del amor, y la ilusión de la materia, una percepción muy limitada de las muchas dimensiones y multiversos de nuestra existencia. Pensar en ello le producía un profundo sentimiento de paz.

Helen y Haka viajaron después hacia un Kibbutz en el sur, cercano a la franja de Gaza. Era uno de los pocos que seguían la tradición igualitaria y donde se compartía el trabajo, el tiempo y la propiedad. Convivían en él unas trescientas personas, casi todas de ascendencia Yidish, de Rusia. Habían bebido de la revolución bolchevique pero habían huido de presiones antisemitas, llegando a Israel en su constitución tras la Segunda Guerra Mundial y asentándose en una árida tierra a la que fueron, gota a gota, convirtiendo en un oasis donde cultivaban y vivían de forma casi autosuficiente. Fabricaban excedente de humus, que vendían en Tel Aviv y con ello pagaban el queroseno del generador y de los tres tractores, los medicamentos y libros, y algunas herramientas. Vivían de forma muy sencilla y todas las decisiones se tomaban de forma colectiva.

No existía la propiedad privada y tenían acceso a la educación y cuidado colectivo de los niños, a los cuidados de salud, al agua y al alimento sanos de sus huertas e incluso a algo de tabaco, alcohol, café o chocolate, según elección. Había unos treinta voluntarios, la mitad de Estados Unidos, la otra mitad de Europa. Algunos practicaban sus ritos religiosos pero otros eran agnósticos y no seguían ningún rito, y algunos se sentían ecuménicos o espirituales y practicaban ceremonias conjuntas, en torno a la meditación. Uno de los americanos era cuáquero y le explicó durante una entrañable tertulia a Haka, el movimiento de inspiración cristiana, pacifista, ecológico y vinculado a acciones comunitarias de solidaridad y a movimientos internacionales como Amnistía Internacional y Greenpeace. Muchas noches se reunían a cantar juntos melodías de paz y al amor, y a discutir formas

de organizar mejor el trabajo.

Haka y Helen pasaron un mes muy unidos. Haka trabajó en el campo y Helen en el cuidado de niños en la escuela-guardería. Durante su estancia, Haka entabló amistad con un Yiddish que vivía en Nueva York. Se llamaba Aaron y trabajaba en la banca, pero había ido sintiendo hastío de la vida competitiva y consumista, y cargo de conciencia de los negocios de la banca.

Después de varios días de compartir confidencias y ganar confianza mútua, empezaron a compartir sus experiencias e ideas. Era el mes de diciembre y Aarón y Haka compartían una jornada en la recogida de la aceituna.

-Aarón, te conozco hace apenas dos semanas, pero siento una sincera confianza en ti.

-Yo también, Haka.

-Siento un profundo respeto por tu pueblo, que ha sobrevivido cientos de años a la persecución en tantos países, y entiendo en esta comunidad como vuestro sentido de unión y esfuerzo os ha hecho fuertes ante la adversidad, la sequía, la persecución.

-Tienes razón, Haka, pero esa unión es también nuestra destrucción. Nos hemos cerrado al resto del mundo, nuestros muros han engendrado miedos y complejos. Reflejados en esa creencia absurda de "pueblo elegido" y la mezcla de miedo del desconocido y el orgullo de lo propio, nos ha hecho cerrados, fanáticos y me avergüenzo de la violencia ante el pueblo palestino al que usurpamos, con connivencia de poderes europeos y americanos, sus tierras.

-Te entiendo bien, Aarón. Yo he tardado tiempo en entender el fanatismo

nacionalista de algunos grupos en mi pueblo, el vasco. Al que también amo por su nobleza y su valentía. Pero viajar abre la mente, hace que veamos que no hay ni personas superiores a otras sino distintas y únicas en su transitar por la vida, ni religiones superiores a otras sino diferentes formas de intentar entender nuestra existencia en el universo, más honestas cuanto más reconocen la búsqueda y menos la verdad, ni incluso ideas políticas únicas y dueñas de la ética. En lo único que creo es en el respeto entre todas las personas y sus vidas, y en mi caso, en la felicidad de compartir.

-Tienes razón, Haka. ¿Sabes lo que ha propuesto el defensor de los mares, el francés Jacques Cousteau?

-No, dime. Creo que la mayor sabiduría viene de quienes están en armonía con la naturaleza.

-Dice que una mínima parte de gastos en joyas o en armas, podría servir para que todos los jóvenes del mundo pasasen un año de sus vidas en culturas y sociedades distintas a las de su origen. Ello ablandaría los orgullos, diluiría los fanatismos, aumentaría la empatía, haría más fuerte la solidaridad, acabaría poco a poco con las absurdas fronteras y evitaría las guerras.

-Es una idea maravillosa.

-Aunque disfruto de esta vida compartida, no puedo ahora sólo pensar en compartir en este oasis de solidaridad. Me siento culpable de este privilegio mientras ahí fuera hay tan inmenso sufrimiento.

-Te entiendo, Haka. Después de estos meses, me iré a vivir con una familia palestina en Gaza. Quiero entender su sufrimiento, y luchar contra la opresión del ejército israelí, armado por el dinero americano y aplastando

con tanques los gritos de libertad y de angustia de la intifada.

-Mi reto empezó con unos niños en Zimbabue, donde vivía en la misión que lidera mi hermano, en el Kalahari.

Haka le contó sus hallazgos sobre la trama del tráfico de niños de Zimbabue a Sudáfrica, su vínculo con la protección de los grupos más crueles apartheid reconvertidos en mercenarios de guerras africanas y financiadas por De Beers y Chevron para proteger sus monopolios, y con el tráfico de órganos y trasplantes ante la complacencia del gobierno de Israel.

Haka pensaba que aquella trama, que fluctuaba entre los lucros de la prostitución, el tráfico de armas y drogas, y los vínculos con el negocio de los diamantes y otras materias primas estratégicas para las armas, la ciencia y la comunicación, tenían que tener amparo financiero y político.

-Haka, admiro tu nobleza ya tu valentía. Pero te enfrentas a un poder inmenso y que urde toda la entraña política y económica de nuestro sistema. Te diré que el banco donde dejé de trabajar por conciencia, tiene inversiones en países con dictaduras, en empresas de armamento, incluidas minas antipersonales, que exportan sin escrúpulos a esos países, en el negocio de los diamantes que extraen guerrillas sanguinarias en África y más aún en la extracción de coltán y las "tierras raras", base de nuestras comunicaciones, en la zona de los grandes lagos, donde empresas como las que me has contado y como el banco donde trabajaba, mantienen las guerras más crueles por su avaricia insaciable. Esas mismas compañías todopoderosas tienen sobornados a jueces y a políticos en todo el mundo. Los gobiernos les pagan sus deudas y nadie les puede atacar. ¿Qué podemos hacer?

-De momento no dormir tranquilos. Hemos podido salvar a unos cuantos niños de las mafias de la prostitución y del tráfico de órganos pero sé que

es sólo la punta del iceberg. Necesito luchar contra ello, aunque me vaya en ello la vida. Mi hermana está luchando para que al menos el comercio de los diamantes se regule, como ya se ha conseguido con el de la madera tropical, y al menos se evite parte del mercado negro. Mi hermano está luchando contra la intolerancia arrogante de la Iglesia para que se evite el inmenso sufrimiento por el SIDA del que somos testigos en el Sur de África. Y amigos de Canarias, en unión con comunidades de todo el mundo, incluidos algunos Kibbutz como éste, están aliándose para proponer nuevas formas de vida en armonía social y con la naturaleza. Hay rayos de luz, pero el gran comercio oscuro y sucio persiste, el tráfico de armas, drogas y minerales estratégicos continúa, y las víctimas de guerras, esclavitud, prostitución e injusticia, siguen aumentando.

-No sólo esos extremos, Haka. En el día a día, los bancos con sus negocios oscuros y su avaricia sin fin, están creando una inmensa trama de especulación que llaman "seguridades" y "derivados", por las cuales apuestan, a través del internet que se acaba de crear, con dinero virtual y ganan miles de millones en un "gran casino mundial". Esos inmensos beneficios los consiguen hipotecando la vida de los trabajadores de todo el mundo a quienes mantienen esclavizados pagando hipotecas de precios inflados virtualmente por los mismos bancos, también propietarios de constructoras, intoxicados por comida basura proveniente de campos que agotan y campesinos que explotan, y repleta de sustancias químicas que nos están destruyendo nuestra salud, y manipulados por medios de comunicación que ellos mismos poseen y previenen del peligro comunista ante cualquier duda sobre este cruel e insaciable capitalismo.

-Aarón, el mundo necesita una revolución.

-Cuando sepas cómo, cuenta conmigo.

Pocos días después, Helen y Haka celebraron juntos la Navidad. A pesar de

sus dudas en la religión, muchas generaciones de sus antepasados lo habían celebrado con devoción, y en su recuerdo estaban las celebraciones familiares. Pero además, la imagen de Jesús, de su valentía contra la injusticia, de su lucha por el amor, de alguna manera, iluminaba sus vidas. Tomaron unos falafel y tortas de maíz con humus. Y brindaron con un vino de la Tierra.

-Feliz navidad, Helen.

-Feliz navidad, Haka.

-Te quería decir algo.

-Dime.

-Desde que te vi, no he dejado de pensar en ti ningún día. Hay algo en mí que me llama a esta lucha contra el terror, pero a la vez hay algo muy profundo que me pide estar a tu lado, tener el hogar que nunca tuve, y amarte y cuidarte con toda mi ternura.

Haka no solía expresar sentimientos, menos aún tan íntimos. En los últimos días, en sus conversaciones sobre la vida, las religiones, la Humanidad, en aquel remoto Kibbutz, Helen había sentido una humanidad maravillosa en la persona a la que llevaba amando nueve años, desde que la vio aparecer en su oficina de Bulawayo. La mayor parte de ese tiempo lo había pasado en la distancia, mientras Haka trabajaba en Ukuzwana o perseguía mafias en Sudáfrica o por el mundo. Con Kate y con la joven Buhleve, y con las almas gemelas de Ukuzwana, formaban una gran familia, pero Helen anhelaba cuidar y ser cuidada, amar y ser amada por Haka, cada día. Los dos, ella con cuarenta y seis y él con sesenta y cinco años, se habían pasado la vida luchando contra la injusticia, pero anhelando el abrazo y calor cada noche, de la persona con quien derramar lo más íntimo y profundo del alma.

Además temía por su vida, aunque estaba fuerte y tenía una alerta e intuición única, ya tenía edad para descansar y ser cuidado.

-Lo último que haría con la persona que más amo, es enjaularla. Pero sabes que te espero con anhelo, para cuidarnos y amarnos cada día.

-He estado pensando Helen. Has visto todos mis esquemas. Tengo que ligar un cabo suelto, en Suiza.

-¿Quieres que vaya contigo?

-Prefiero que estés con Buhleve, Kate querrá volver a Johannesburgo.

-De acuerdo. Marcharé mañana a Bulawayo. ¿Podré saber de ti?

-Sabréis por Ukuzwana, por los sobres que os enviará Beatriz desde Bruselas. Cada dos semanas.

Helen volvió al hogar en Hillcrest, Buhleve ya tenía diez y ocho años y había sido admitida para estudiar medicina en Pretoria a donde iría en junio y donde pasaría temporadas con John y con Kevin, estudiando los desafíos del SIDA. Helen siguió trabajando con Aimsa y Anwele en los retos del SIDA, el apoyo a las familias, los abuelos, los huérfanos, y el derecho al acceso tanto a la prevención como al tratamiento. Kate volvió a Johannesburgo y empezó a trabajar con Sun City en una serie de televisión que intentaba tratar el SIDA con naturalidad, ternura y responsabilidad como había visto en Ukuzwana. Allí seguían Patxi con NoLwasi y el pequeño Adam. Crecían ya Joseph, Nothando y Thandiwe, adolescentes. Jonay seguía su trabajo apasionado y cuidaba en amor con Aimsa, de la pequeña Nour. Beatriz seguía con Meimuna y Moyes, que con ocho años avanzaba en sus estudios en la escuela europea en Bruselas y ya dominaba el español, el inglés y el

francés.

Haka se sentía feliz de la familia que habían formado esas energías de valentía, de ternura. Pero tenía una misión.

Había hecho un complejo diagrama de nombres, fechas, lugares y relaciones, en las que podía conectar la red del tráfico de niños hacia la prostitución y hacia los trasplantes con *executive outcomes*-EO- y estos con De Beers y Chevron y con dos redes de compañías en Sudáfrica y en el Reino Unido, muchas de ellas cotizando en bolsa. A su vez, EO y su grupo de empresas negociaban con las guerrillas o gobiernos en guerra, a veces con ambos, y estos con el tráfico de armas, amparado por Gadaffi desde Libia, y con tráfico de drogas, vinculado a los cárteles nigerianos y colombianos. Otro vínculo de la red les ligaba a las clínicas privadas de Sudáfrica y a sus inversores, con la red del negocio del trasplante en Israel coordinada por Ilan Perry. Tanto EO como De Beers tenían inversiones en todo tipo de empresas con capital privado o cotizando en bolsa, y había evidencia de importantes evasiones de dinero a paraísos fiscales y a cuentas secretas en Suiza. Varios grupos de explotación minera eran totalmente controlados con el capital de estos gigantescos monopolios, y eran también parte del entramado de EO. A su vez, pudo descubrir en el complejo mundo de inversiones que mantenían los tráficos del terror, que tanto los miembros de muchos comités de dirección como los capitales de las empresas pertenecían a bancos y a la nueva generación de agencias del "mercado de derivados", operaciones virtuales en las que literalmente los bancos de inversión y especulación apostaban a favor y en contra de operaciones arriesgadas y sus seguros. Todo un entramado imposible de entender.

Para simplificarlo, Haka creó cinco grupos; víctimas, traficantes, guerrilleros, inversores y especuladores. Las víctimas eran explotadas o sacrificadas por los traficantes de prostitución, armas, drogas, diamantes, minerales estratégicos o derechos de explotación del petróleo. Estos

traficantes y sus ejércitos o grupos de terror, a veces ligados a guerrillas que suponían una trama de más de cinco mil grupos en el mundo y cada uno con una media de cincuenta conexiones, protegían a los monopolios de los diamantes, minerales estratégicos, incluido uranio en el mercado negro, o explotaciones petroleras o madereras sin escrúpulos ni humanos ni ecológicos. Por último, estos monopolios que vivían del terror, invertían sus ganancias en otras empresas que a menudo les servían de logística, de tapadera o de influencia en sus negocios o chantajes a gobiernos, y en bancos y agencias de derivados, que especulaban con los billones del terror. Lo más grave es que había un sexto grupo: los ciudadanos de a pie, quienes ignorantes de todo aquello consumían productos de aquellas empresas o invertían sus ahorros en los bancos que especulaban y vivían de estos monopolios con tentáculos en las situaciones más crueles de la Humanidad.

¿Qué podía hacer Haka frente a ese horror? Buscar aliados. Pero las supuestas organizaciones solidarias estaban infiltradas por estas mismas redes, era algo que Nadine había averiguado. Sólo podía hacer dos cosas : mandar información anónima a la prensa libre en lugares estratégicos como Israel, Suiza, Bélgica y Nueva York, e informar a los ciudadanos de empresas y productos que estaban basados en el dolor y el terror. Lo mismo podría hacer con la ecología y con otros tipos de abusos de los derechos humanos. De ello hablaría con Amnistía Internacional, tenía un buen contacto en Londres.

Escribió un artículo sobre la trama de los trasplantes a pacientes adinerados israelitas de cadáveres palestinos y de donantes vivos a sueldo o esclavizados en varios países del mundo. Lo envió anónimo a Arutz Sheva con una nota explicando el riesgo de hacerlo nominal, pero que podrían confirmar todas las fuentes que citaba.

Viajó después a Zurich. Por la base de datos de la clínica de Johannesburgo y la investigación que hicieron Kate y Nadine, sabía dónde se acumulaba el

dinero del negocio de tráfico de niños, trasplantes, diamantes de guerrillas sanguinarias, y las ramificaciones en armas, droga, especulación y tantos otros horrores. Sabía que parte de los fondos de Perry, de EO, de *Netcare* y de De Beers, y de muchas de sus ramificaciones, estaban a bien seguro en UBS y en *Credit Suisse*. Necesitaba tener más datos de esas inversiones y aportar datos para un artículo que tocara las conciencias de los ciudadanos suizos, que se beneficiaban de los impuestos y los beneficios especulativos de esas fortunas extraídas con sangre.

Se alojó en casa de una periodista llamada Sabine, con quien Nadine desde Johannesburgo, le puso en contacto. Su novio, un joven informático de Mónaco llamado Hervé Falciani, trabajaba en el gigante bancario HBSC. Falciani extraía los datos y Sabine había ido elaborando una lista inmensa de nombres de dictadores y criminales que tenían sus fortunas en bancos suizos. Con la colaboración de contactos en todo el mundo, infiltrados en los círculos financieros en torno a un grupo conocido como "banqueros con alma", habían cuantificado cerca de tres millones de millones de dólares provenientes del exterior y blindando el dinero de la fiscalidad o la justicia de sus países de origen. Sabine calculaba que la mitad provenía de África. Ese dinero podría pagar la deuda externa de toda África y sólo sus intereses proveer de medicamentos a todo el continente. Haka compartió su información sobre las tramas mafiosas y Sabine, asombrada por el horror de las historias, preparó una cita al día siguiente en Paradeplatz.

Allí se encontraron con un hombre llamado Marc, quien les guio a su casa, un ático en el centro de Zúrich. Marc conocía bien el estudio de Sabine y preparaba un libro que dibujara el mapa y las rutas de la sangría de dinero, y vidas, de África. Tomó notas de la trama descubierta por Haka, y le aseguró que en un mes ese libro estaría en todas las librerías de Europa, cuestionando la política bancaria Suiza, acusando al gobierno y pueblo Suizos de vivir en el lujo basados en los intereses del robo y del dinero de crímenes en otros países. Incluso hizo un cálculo que cada suizo se

beneficiaba de unos tres mil dólares al año por ese dinero negro, además de los servicios sociales pagados con impuestos sobre el dinero que no les pertenecía. Por el contrario, hizo un análisis del coste en vidas humanas de esa sangría de los escasos recursos de África, calculando lo que el dinero podría prevenir en enfermedad y muertes. Concluía que unas diez mil personas morían cada día por acoger Suiza esa corrupción. El libro se titularía: "¿puede usted dormir tranquilo?".

LVII. Dos mundos, dos epidemias, Madrid 1996

Jonay miraba en la noche a la pequeña NoLwasi. La llamaban Nour Lwasi para diferenciarla de su madrina y por su significado. Nour significaba en arameo, luz, y de esa lengua nacieron el judío, Nurit, el árabe, Nour, y su influencia en el español, Nuria. Y luz era lo que rodeaba siempre a ese precioso ser que la vida había traído a las vidas de Jonay y Aimsa.

El primer dilema fue decidir, al ir a registrar su nacimiento a Harare, en qué consulado inscribirla, en el de la nacionalidad de su padre, español, o de su madre, indio. Aimsa, tras tantos años trabajando en Estados Unidos, sólo había conseguido su "*green card*" tras muchos papeleos en los que Rob ayudó a demostrar la aportación académica y social de Aimsa al país. Muchas veces fue bloqueada y estuvo "invitada" a dejar el país y sólo la salvaron repetidos visados como profesora de Berkeley. Su ya repulsa al concepto de nación, imposición de líneas y fronteras con orígenes a menudo de poder, opresión y violencia, aumentó con aquellos trámites constantes para justificar el estar en un lugar u otro del mundo. Soñaba con un mundo sin fronteras. Valoraron qué hacer, y decidieron darle a Nour, como siempre la llamaba Jonay, la nacionalidad española, por el simple hecho que le facilitaría más la movilidad en el mundo. Pero se prometieron luchar para que Nour pudiera ver en su vida un mundo sin fronteras.

Jonay habló de nuevo con los médicos cubanos de Brunapeg para dos meses de sustitución en Ukuzwana. Ndlovu, director de salud para Matabeleland, le había pedido a Jonay y a Aimsa, que representaran al sur de Matabeleland en la conferencia internacional de SIDA que se celebraría en Vancouver ese julio de 1996. Desde su experiencia en Florencia, Aimsa se había prometido no contribuir a esos enormes gastos que había calculado dejaban de salvar tantas vidas, y menos aún con dinero de laboratorios farmacéuticos que vinculaban, con una aceptada "corrupción de salón", a médicos y

profesionales a utilizar patentes, devolver con creces -por eso lo hacían aquellas poderosas industrias- en beneficios por el uso de aquellos medicamentos blindados por la avaricia en monopolios que Aimsa había traducido en coste de vidas humanas, lo cual era connivencia ante la avaricia frente a la ética de luchar por la vida humana. De nuevo, el juramento hipocrático. Y a menudo hacerlo con dinero público, de contribuyentes que nunca podrían ni imaginar esos viajes y hoteles de lujo de una clase de profesionales y de empresas billonarias instaladas en una corrupción generalizada. Claro caso de cohecho generalizado en cientos de congresos nacionales e internacionales que movilizaban a unos diez millones de congresistas al año en las diferentes especialidades y motivos, y unos veinte mil millones en gastos pagados alimentando esos tratos de favor y el gran negocio de la salud y el medicamento. El de más margen, abuso en precios, de todas las industrias.

Ndlovu había insistido en que fueran. Aimsa podía presentar los estudios que había hecho de los datos del tratamiento de NoLwasi, quien prefería quedarse en Ukuzwana cuidando de Adam y de los muchos enfermos que seguía tratando. Aimsa había trabajado con NoLwasi siguiendo las historias de doscientas treinta y siete personas en las que Anwele había demostrado test positivos, y a las que les había administrado el tratamiento de "agua sanadora", diluida de aquellas lágrimas de Anwele en la noche mágica del amacimbi, unida a las ya conocidas en el país, "hierbas de NoLwasi". Aimsa había conseguido que el ministerio permitiera mandar muestras de sangre a Michael, en San Francisco, quien había conseguido una ayuda de la asociación de pacientes seropositivos, para hacer test del nivel de linfocitos CD4, índice del grado de infección. En los últimos meses habían desarrollado una técnica para medir la concentración del virus en la sangre, llamada "carga viral". A pesar de la insistencia de Michael, Aimsa se había negado repetidas veces a que esos gastos, en total unís diez mil dólares, fueran pagados por empresas farmacéuticas preparadas para, sin escrúpulos, apropiarse del conocimiento y hacer negocio de ello. Los

estudios demostraban que el tratamiento aumentaba la inmunidad y disminuía otros signos de su progresión en sangre. En Ukuzwana habían visto que dos terceras partes de las pacientes, en su mayoría mujeres, no habían desarrollado síntomas de la enfermedad, y que en las ciento veinte en que empezaron el tratamiento con síntomas clasificados por la OMS como SIDA, en ochenta y tres los síntomas habían desaparecido o mejorado. Michael había comprobado también que en muestras del "agua sanadora" no había rastros del virus ni de sus proteínas. También había podido estudiar cierto efecto contra el virus cuando lo exponía en el laboratorio a las plantas de NoLwasi.

Aimsa tenía miedo que la evidencia llevara a la comunidad internacional a manipular o aprovecharse de los resultados, y a utilizarlos de forma inadecuada o por beneficios. Además, había ido comprobando y sintiendo de una forma más inequívoca que la ciencia, que NoLwasi transmitía con aquel tratamiento una fuerza y sabiduría de los espíritus que no podía ni explicarse ni demostrarse. Ni quizás debiera. Lo habían hablado muchas veces las dos. Aquellas dos mujeres de inmensa belleza y valentía, que se habían convertido como en hermanas. Al final venció el deseo de contribuir al alivio de la enfermedad en todo el mundo, ser solidarias en su conocimiento, y no temer la perversión de quienes guiaban sus actuaciones por el miedo convertido en ansia de poder y dinero. Además, había escrito a varias personas vinculadas al mundo de la homeopatía que asistirían al congreso y tenían mucho interés en dialogar sobre los mecanismos de esa dilución y el uso que podría ayudar a millones de personas. Ndlovu insistió, quien siempre fue algo escéptico de los tratamientos nyangas de NoLwasi, que también era importante que demostrara los efectos del monopolio de la zidovudina en la vida de miles de pacientes. Aimsa había presentado su análisis escalofriante en las reuniones de salud de Matabeleland Sur, donde había causado una gran conmoción.

Jonay, por su lado, seguía con interés docenas de estudios en África que

demostraban que, en ausencia de ninguna intervención, uno de cada tres niños de madres infectadas, adquiría la infección. Eso suponía miles de sentencias de muertes a niños de Zimbabue cada año. Y él había visto morir a varios en Ukuzwana, lentamente, perdiendo toda la energía, llevándose su cuerpo de llagas, sus pulmones de pus, deshidratándose en incontrollables diarreas. Más de una vez había pasado la noche con algún niño cogiendo de la mano, abrazándoles y viendo como una crueldad inexplicable arrancaba a esas inocentes vidas y miradas de la vida. Había llorado muchas veces de rabia en su cuarto. Había leído estudios que en San Francisco habían demostrado que la clorhexidina, un antiséptico no muy caro que utilizaban para desinfectar material en el quirófano, mataba al virus en cultivos celulares que usaban en la investigación, y que su uso era seguro la madre y para el hijo. Había leído también como en el vecino Malawi unos médicos habían bajado algo la transmisión de madre a hijo con dosis seguras de vitamina A la madre. Jonay pensaba que por el gran número de madres infectadas a las que asistía en sus partos, podría aportar más datos sobre si combinado esas dos intervenciones podían salvar vidas. Con la aprobación del ministerio y su consejo de investigación en Harare, combinó vitamina A en la madre durante el embarazo, a una limpieza en profundidad con clorhexidina en las mujeres infectadas. En cien casos había demostrado que la proporción de transmisión de la infección a los hijos era menor, uno de cada cinco, pero aún muy alta. Además, en casi todos utilizaban el tratamiento de NoLwasi, que tenía un efecto en la madre, y seguramente en el hijo.

También representarían a la región en otros estudios sobre la prevención que Anwele había escrito, y sobre el uso de algunos medicamentos en la prevención de infecciones respiratorias o diarreas. Aimsa pensó que sí que era importante, aislándose de los negocios que antepusieron el lucro a la vida, participar y hacer alianzas y podían ver cómo mejorar así la vida de miles de personas.

Insistieron en pagarse ellos el viaje, y Beatriz desde su sueldo europeo, y Nadine, cuyo libro sobre las mafias del tráfico de niños había sido un éxito en Sudáfrica, insistieron en contribuir al viaje. Además, Aimsa y la pequeña Nour, pasarían por Gomera para estar en la comunidad de la Ternura y que Nour conociese a sus abuelos. A la vuelta, volverían de Vancouver a San Francisco sin mucho coste adicional, pues hablarían con Michael de los resultados, Aimsa daría una conferencia en Berkeley y le enseñaría a Jonay esa otra parte del mundo. Volarían unas sesenta horas en dos meses y unos treinta mil kilómetros, pero tras pensarlo bien, decidieron que no sería malo para la pequeña Nour, que parecía destinada a recorrer mundos y culturas.

Jonay sentía desde hacía mucho tiempo mucha ilusión en acompañar a Aimsa en su vuelta a la India. había escuchado sus historias de su infancia en Bombay, del viaje en que perdona su madre yendo a Calcuta, de la vida en las calles de Calcuta y los tigres blancos, ahora convertidos en asociación de ayuda a niños de la calle, y de su tiempo inspirador el Ashram con Sri. Aimsa nunca podía terminar de contar la historia del tren a Calcuta pues el dolor le rompía por dentro. Jonay le hizo prometer que su próximo viaje sería a la India.

Llegaron así en el mes de junio a La Gomera. Les llevaron y despidieron en el aeropuerto de Bulawayo NoLwasi, Patxi, y los pequeños Adam y Nour. Se apuntaron Joseph, Nothando y Thandiwe, ya adolescentes de secundaria del colegio de Ukuzwana. Patxi conducía y llevaba delante a las dos mamás con Adam y Nour. Jonay se unió en la bañera con los adolescentes. Thandiwe no paraba de preguntarle cosas de medicina. Joseph y Nothando no disimulaban su afecto mutuo. Jonay no paraba de saludar a todos los caminantes que se cruzaban. ¡"Ulibona"! Gritaban todos los niños, persiguiendo unos metros al coche en veloz carrera, descalzo, ligero como el viento. Mientras recorrían las formaciones mágicas rocosas de Matopos y la imagen que tanto había inspirado a Patxi, de la maternidad, Jonay miró hacia delante y vio a su bella compañera y su preciosa hija, vio a aquel

hombre valiente al volante y aquella mujer a su lado, con la mayor fuerza espiritual que había conocido, y con el pequeño Adam, lleno de curiosidad en su mirada por el maravilloso mundo que le rodeaba, pensó en el trabajo que llevaba haciendo diez años en aquel rincón del mundo lleno de compromiso y ternura. Pensó en la rabia de cientos de noches cuando volvía a su cuarto en la vieja capilla, impotente por el dolor que permitía la injusticia global. Pero pensó también en los miles de pacientes que habían podido ayudar, las consultas, ingresos, operaciones, el agua de NoLwasi, la verdad de Anwele, la conexión con el perverso negocio de medicamentos que Aimsa descifraba, la valentía de Haka en descifrar las mafias que secuestraban a, quizás, los seres más vulnerables y vulnerados del mundo, los huérfanos del SIDA, la conexión con la gente. Su título más querido, Ulibona, la unión a esos padres y su orgullo y esperanza del proyecto de las eco aldeas, la inspiración de Fernando y su compromiso humano con la medicina. La valentía humana y social desde la política europea de Beatriz, desde el activismo social de los derechos de Helen y Kate, desde la lucha dentro de la Iglesia de Kevin, desde su carisma en los medios y en la escritura de Nadine. Y como esa generación de valientes que habían ido rodeando su vida, alumbraba una nueva generación de, como decía Patxi, "luñadores", mezcla mágica de soñadores y luchadores. Lisy ahora vinculada a Joao en el movimiento de los campesinos sin tierra de Brasil, Buhleve empezando sus estudios de medicina en Sudáfrica, Thandiwe pensando en leyes, Joseph apasionado de la biología y la química, y Nothando, la poesía y la música. ¿Qué sería de la vida de Adam, de Nour en los brazos de aquellas increíbles mujeres al lado de Patxi?

Pensaba en todo ello y se sintió en profunda comunión con la belleza y la épica de la vida. Humedeciendo su mirada y nublándose la vista según atravesaban Bulawayo. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no atendió a las últimas preguntas de Thandiwe, quien insistiendo, le sacó de su estado de ensoñación. .

-¡Tío Jonay! ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

-No. Perdona, simplemente soy muy feliz y pensaba en ello. ¿Qué me estabas preguntando?

-¿Si puedo venir contigo por las tardes a la consulta, o entrar algún día en el quirófano?

-Claro, Thandiwe. Y si te gusta, te ayudaré en todo hacia este camino tan bello de dedicarte a proteger, como un tesoro sagrado, la vida humana.

Se despidieron de aquella parte de su querida familia y tomaron el vuelo a Johannesburgo para seguir después hacia Madrid. Aimsa le daba el pecho a Nour al despegar y aterrizar, quien pasó la mayor parte del viaje durmiendo en los brazos de Jonay, también entrando y saliendo de sueños que no podían acercarse a la belleza de la dulce mirada de Aimsa y al aura de paz del sueño de Nour.

Aimsa leía con avidez los números que pudo comprar en Johannesburgo de *Science* y *Nature*. Leyó con gran interés el descubrimiento de un átomo de anti-hidrogeno, el primer paso a entenderse identificar la antimateria. Leyó también ávida *Le Monde Diplomatique*, y durante el viaje leyó "en diagonal" tres libros que había comprado en Johannesburgo sobre la economía mundial de Noam Chomski ("como nos venden la moto" y "como se reparten la tarta"), de Joseph Stiglitz (*the whither socialism*) y de Amartya Sen (economía del bienestar y análisis de desigualdad).

Rob le había mandado un CD con cientos de artículos distribuidos en carpetas de los temas que sabía le interesaban: física cuántica, astronomía, biología molecular, nanotecnología, ciencias políticas y sociología. Jonay no dejaba de asombrarse de la inteligencia de Aimsa: tenía memoria fotográfica, una agilidad analítica increíble, una capacidad para abstraer

relaciones complejas superior a nadie que hubiese conocido Jonay.

En una pared del cuarto donde vivían había hecho abstracciones moleculares, genéticas y virológicas intentando entender las estrategias del virus del SIDA en el cuerpo humano. Tenía interrogantes en lugares críticos. Uno de ellos se relacionaba con "el agua sanadora". Pero todo aquello, aunque de una complejidad fascinante, era, según Aimsa, demasiado sencillo, "Newtoniano" decía ella, había relaciones con la física cuántica que debía descifrar. Había energías en torno a claves moleculares de la unión del virus a las células humanas, que trascendían lo material. En otro gráfico había ido descifrando las complejas relaciones que mantenían un SIDA de ricos con acceso a tratamiento y un SIDA de pobres condenados a muerte. Había seguido el acontecer del monopolio de la zidovudina, las conexiones de la forma con las presiones para que la ronda Uruguay pusiera en la agenda la protección de patentes y que se fundara la Organización Mundial del Comercio, nuevo tribunal mundial "allanador" del camino a la avaricia sin límite.

Sabía por Rob de las conexiones entre la industria farmacéutica y la política americana, entre ambas y la banca especuladora, entre las tres y las industrias del petróleo, los minerales estratégicos y los diamantes. Entre todos ellos había vínculos secretos con la industria armamentista y los grupos como " *executive outcomes* " y las guerras crueles en África. Por Haka estaban desvelándose nexos indirectos con el tráfico de armas, el tráfico de drogas, el de órganos, niños y prostitución. Aunque más que nexos se trataba de beneficios comunes y sinérgicos.

También tenía muchos interrogantes en su gráfico, que había ido actualizando con Haka cada vez que volvía de investigar las tramas del terror. Pero además Aimsa tenía una profundidad espiritual inefable. Jonay se había ido uniendo a sus análisis hasta que fue tan superado por su agilidad y rapidez mental que simplemente se maravillaba y alguna vez

aportaba alguna idea. Hacía yoga con ella y empezó alguna sesión de meditación, pero no podía sentir esa paz "en la nada" que, decía Aimsa, era nuestro origen y destino, muestra naturaleza más profunda. Le explicaba a Jonay que era en esa paz sin tiempo, espacio ni materia como mejor sentía la belleza, el infinito y la eternidad. Y relativizaba todas las ilusiones mentales y materiales en las que volcábamos, absortos, nuestra vida. Jonay sentía a menudo miedo de ese nivel superior espiritual e intelectual de la persona a la que amaba más y más. Y así se lo expresaba. Pero Aimsa le aseguraba que su compromiso, su conocimiento de la biología humana, su empatía con los demás, su intuición natural en decisiones sobre la vida o la comunidad, eran fuentes constantes de inspiración para ella. Pero que sobre todo, el amor no se medía ni calculaba ni controlaba. Y ella le amaba, cada día más.

Jonay, por su parte, leía todo lo que podía de medicina, Fernando le mandaba artículos sobre nuevos conocimientos y protocolos de tratamiento, devoraba los resúmenes de los tres cientos artículos mensuales del boletín mensual de enfermedades tropicales, seguía con especial interés las guías de la OMS y de ONUSIDA, y no dejaba de leer y de hacer anotaciones en el manual del cooperante de Gray. De la biblioteca de Bulawayo había leído todos las novelas de Wibur Smith, de Noah Gordon, de Le Carre y de Dominique Lapierre. Era de éste último del que había traído dos libros para lectura: "Más grandes que el amor", sobre la historia del SIDA, y " la ciudad de la alegría": no dejaba de imaginar a Aimsa en cada una de aquellas historias que entrelazaban aventuras épicas en zonas distintas del mundo. Se dijo que él también tendría cosas que decir, en especial de esos seres maravillosos que rodeaban su vida y quienes, desde su humildad, seguramente nunca escribiría sobre sus vidas.

Llegaron a Madrid donde tenían una escala de seis horas antes de seguir hacia Tenerife. Jonay sintió mucha rabia al llevarse él a Nour a la cola de los pasaportes españoles y dejarla a Aimsa en la fila de los extranjeros y

ser cuestionada con escepticismo y sospecha velada por policías que no sabían ningún otro idioma que el español ni otra actitud que la superioridad.

Jonay había estado en contacto en los últimos años con un buen amigo de Tenerife con quien había compartido los estudios en La Laguna. Juan se había especializado en medicina interna y en enfermedades infecciosas, convirtiéndose en uno de los especialistas más reconocidos del SIDA en Madrid. Había sabido del trabajo de Jonay por la reunión del décimo aniversario de su promoción y había conseguido su dirección por el colegio de médicos de Tenerife, donde guardaban los datos del Dr. Harris, tras causar baja por dejar las islas. Jonay sentía rabia ante esa obligación gremial y cotizaciones obligatorias hacia un grupo con el que no se sentía muy identificado.

Al llegar a Madrid, Juan les esperaba. Era junio y ya hacía mucho calor. Les llevó a un hotel cercano donde había reservado una mesa para comer algo, al lado de una piscina donde refrescarse. También había pedido un cuarto donde podrían descansar. Aimsa se fue a dormir un rato con Nour, mientras Juan y Jonay les esperaban junto a la piscina.

-Gracias por preparar todo esto, Juan. Nos sienta de maravilla este descanso. Pero no sé si podré pagarlo.

-No te preocupes, Jonay. Sé bien que mi sueldo aquí es unas diez veces el tuyo en Zimbabue, y aunque la vida es más cara, somos unos afortunados.

-Sólo son afortunados los que se sienten felices de vivir y de descubrir toda la épica de esta aventura.

-Siempre fuiste romántico con la vida. ¡Me alegra que sigas así!

- Y yo te recuerdo como el más listo del curso, y con mucha vocación por nuestra profesión. Cuéntame, que ha sido de tu vida.

- Pues cuando acabamos, me presenté al MIR²⁷, y saqué buen número. Me vine a hacer medicina interna aquí a Madrid, a la Fundación Jiménez Díaz.

-¿Si? La "Meca" de la medicina interna.

-Sí. Fue un tiempo apasionante la residencia. Se hacían sesiones como de detectives, con historias detalladas de síntomas, exploraciones minuciosas y luego los datos del laboratorio, más biopsias. Creo que aprendí mucho. Aunque también nos hacían trabajar mucho, sobre todo en las guardias. Y me fui metiendo en la sección de infecciosas, que poco a poco se fue llenando de pacientes de SIDA. ¿Qué hiciste tu ese tiempo?

-Pues como estaba decidido a ir a África, me uní a un amigo médico para aprender, hice algunas sustituciones en centros de salud y en urgencias, y me fui a Zimbabue, a un hospital rural en el sudoeste, cerca de Botsuana. Y cuéntame, ¿qué hiciste después de la residencia?

-Bueno, para entonces ya me había casado con Cristina, que era residente también, pero de microbiología, y ya nos habíamos metido en una hipoteca de una casa. Estaba a punto de nacer nuestro primer hijo. Así que buscamos estabilidad en el trabajo. Me ofrecieron una plaza interina en el hospital, a Cristina también, y aquí nos hemos ido quedando. Y tú, ¿cómo fuiste aprendiendo, no tienes especialidad?

-Pues no, no creo que la necesite. Mi trabajo es en un hospital rural, donde mis responsabilidades clínicas, quirúrgicas y de salud pública, hubieran necesitado de residencias en medicina interna, pediatría, cirugía general, anestesia, traumatología y salud pública al menos. Hasta detalles de análisis y rayos.

²⁷ MIR : Medico Interno y Residente, Programa de especialización médica en España.

-¡Pues para hacerlas todas y luego jubilarte!

-Sí. Pero no sólo el tiempo. Sino que todo ello con medios muy limitados, y creo que más de mitad de lo que hubiera aprendido aquí sería con una sofisticación y coste de medios que no hubiera sido útil para mí. Además, también hay diferencias en el tipo de enfermedades, la forma de usar los medicamentos, las relaciones con los pacientes, y sobre todo la dimensión de salud comunitaria. Ya sabes, los principios de Alma-ata.

-Discúlpame. ¿Cuáles son esos principios?

-Para mí son como el ideario de salud. El trabajar con las comunidades, animando su participación en la promoción de la salud, que es lo más importante. Paso mucha parte del tiempo en las casas de la gente, en las reuniones comunitarias. ¿Cómo hacéis eso vosotros?

-Bueno, de eso se encargan los centros de salud, y si te soy sincero, por los amigos que tengo médicos de familia, no mucho. Pero dime, ¿cómo está el SIDA allí? parece que la vida nos ha llevado tratar el SIDA, yo con más o menos medios, y tú, seguro que con menos medios.

-Me alegra mucho tu sensibilidad, Juan. El mundo está muy dividido, y todos nos necesitamos, y debemos construir un mundo más justo.

-Pienso mucho en ello, te lo aseguro. Entre tanta tecnología y tanta seguridad basada en salarios y horarios, facturas e impuestos, normas y leyes, tengo a veces la sensación que vivimos la vida como conduciendo por una autopista de peaje, con largas rectas y el piloto automático. Todos estamos tan centrados en ese camino, que ni miramos a los lados, se pierde la comunicación y la solidaridad. Es una vida sin apenas riesgo, sin apenas aventura. Creo que estamos perdiendo la pasión de vivir.

-No digas eso, Juan. Cada uno de tus pacientes es un universo, una historia, una oportunidad para la empatía, para compartir, para aprender de su historia, para aliviar el dolor, los miedos. La épica de la vida no se mide en latitudes, ni en pobreza, está en todos los rincones, aunque parezcamos llenos de rutina, protocolos y rutas fijas. El médico que me inspiró en mi vocación, un médico cubano, trabaja en un centro de salud pero se entrega entero a cada caso, a la comunidad, va y viene a Sierra Leona y se implica en todo tipo de compromisos, anima una eco aldea, navega, escribe y vive muy intensamente. Está en nuestra mano.

-Gracias, Jonay. Será que la abundancia nos abotarga. Pero dime, ¿cómo está el sistema de salud allí?

-Pues te lo resumiría así: cuidamos de una población de unos sesenta mil habitantes en unas cinco mil pequeñas fincas zulúes que llaman "*kraals*". El setenta por ciento de los adultos son mujeres pues hay mucha migración de los hombres a las minas de Sudáfrica. Soy el único médico, trabajo con una enfermera, y hemos ido formando a cuatro asistentes de enfermería con cuarenta camas, un quirófano, sala de partos, un ecógrafo, radiografía y un laboratorio sencillo de hematología y bacteriología de microscópica directa. El presupuesto medio en el país es de unos quince dólares por persona y año, es decir menos de un millón de dólares al año para nosotros, con todo, salarios -el mío es de cien dólares al mes-, medicamentos genéricos - muchos fabricados en el país aunque con sustancias que vienen de la India-, antisépticos, la energía para el generador, la comida para los pacientes, la limpieza de sábanas y demás, las vacunas, mosquiteros y campañas de salud pública, el transporte para traer los medicamentos o llevar casos graves que no podemos tratar a la ciudad. Todo. Tenemos que apurar mucho los gastos.

-No entiendo como podéis. Nosotros en España gastamos unos mil

quinientos dólares por persona y año, es decir cien veces más, la mitad en el hospital. Y seguramente las necesidades sean menos. Los sueldos son veinte veces más y los medicamentos y protocolos son inducidos por la industria farmacéutica, que como recordaras en La Laguna, está infiltrada en todo el hospital y en los centros de salud. La salud comunitaria está lejos de nuestra actividad. Es parte de los programas de atención primaria, creo que muy diferente. Cuando vuelvas a pasar por aquí organizamos una charla con médicos de primaria para que sepan de otras realidades.

-Yo necesito aprender mucho de ellos, llevo mucho tiempo sin compartir y debatir con colegas. Cada mes sí que compartimos trabajo con los médicos, ahora cubanos, de un hospital cercano, y cada tres meses nos reunimos de toda la provincia, pero la mayor parte del tiempo estoy sólo. Y cuéntame, ¿cómo está el SIDA aquí?

- Pues está aumentando. Te cuento: por el banco de sangre, en el que hacemos *screening* a todas las transfusiones de donantes sanos, estimamos que uno de cada trescientos adultos está infectado. El ochenta por ciento son drogadictos por vía intravenosa, el resto son homosexuales o mujeres infectadas por sus parejas drogadictas. Empezamos a ver casos de transmisión heterosexual sin otras fuentes de infección de uno de la pareja, pero aún son la minoría. Casi ya no hay infecciones en niños pues se trata con zidovudina alrededor del parto y además se suele hacer cesárea. Tratamos a muchos de ellos con zidovudina al poco de diagnosticarles su infección, pues el ONUSIDA ha ido bajando los criterios para empezar el tratamiento. También les damos profilaxis para prevenir neumonías y tuberculosis y a menudo tratamientos prologados para las candidas, los herpes. En total hemos calculado que por cada paciente gastamos unos tres millones de pesetas²⁸ y por lo que vamos viendo, calculamos que la mortalidad a los diez años de la infección, la hemos bajado a sólo el diez

²⁸ Por entonces unos veinte mil dólares.

por ciento.

-Gracias por compartir todo esto, Juan. Mira que diferente es nuestra realidad. : El banco de sangre sólo funciona en la ciudad y ni es muy representativo pues descartan cualquier historia de riesgo. Aun así están infectados el veinte por ciento. Pero la muestra más representativa es la de mujeres embarazadas, a las cuales hacemos test anónimos y estimamos que el treinta por ciento están infectadas. Es decir, unas cien veces más que en España. En nuestro caso casi todos lo son por transmisión entre hombre y mujer, pero más de mala mitad de las mujeres sólo ha tenido un compañero sexual y socialmente sienten mucha presión a no usar el preservativo, ni siquiera a hablar de ello. En cuanto a los niños, es muy triste, pues a pesar de usar un protocolo que explicaré en Vancouver, uno de cada cinco niños de madre infectada, contrae el SIDA. Estimamos que en nuestra comunidad hay diez mil infectados, y unos cien niños infectados cada año. Tenemos mucha rabia, Juan, nos tienes que ayudar.

Jonay prosiguió:

-El monopolio de zidovudina supone que no podemos dar ningún tratamiento ni prevenir las transmisiones de madre a hijo. Aimsa sabe mucho de la política de esos precios altísimos. Nuestros gastos por paciente no pueden ser mucho más que los generales en salud. Les trato de tuberculosis con tratamientos que se dejaron de usar aquí hace cuarenta años como *tioacetazona*, de neumonías con *cotrimixazol*, de candidas con *tintura de genziana* pues no podemos pagar el *miconazol*, de herpes con lo mismo, pues imposible pagar *aciclovir*. Hay menos neumonías por *pneumocistis carinee* que aquí, pero hay unos espantosos cuadros de granos generalizados y de un horrible picor que sólo puedo tratar con esteroides, empeorando sus defensas más aún pero aliviándoles una agonía terrible. Porque de eso se trata, Juan, no podemos aumentarles mucho su esperanza de vida. Más del ochenta por ciento, hemos calculado, mueren

antes de los diez años de su primera infección. Nos debemos a aliviar su dolor, sus diarreas, suciedad, dolores, picores, sequedad de boca. Y sobre todo, su soledad y angustia. Fíjate, hemos concluido que lo que más necesitaban es limpieza y compañía de los demás. No sabes cuantas veces lloro de rabia.

En ese momento Juan le miraba fijamente, imaginando la situación, sintiendo vergüenza del privilegio, injusticia de esos laboratorios que le pagaban los congresos, como ahora en Vancouver, y con una enorme tristeza por el dolor que transmitían las palabras de Jonay.

-Jonay. Te parecerá absurdo lo que te voy a pedir: quiero que me ayudes.

-No es absurdo. Y cuenta con ello. Dime cómo.

-Aún no sé los detalles, pero quiero que compartamos tu situación frente al SIDA y la mía. Que humanicemos la nuestra aquí con vuestro ejemplo, y que aliviemos la vuestra allá con nuestra abundancia. No, miento. Con justicia. Déjame pensar en qué forma. Te llevaré un plan a Vancouver cuando nos veamos allí en un mes.

Juan y Jonay se levantaron, se miraron fijamente a los ojos, y se dieron las manos sellando un pacto para aliviar esa profunda, injusta y dolorosa brecha entre el SIDA de los países ricos y el SIDA de los países pobres.

En ese momento apareció Aimsa con la pequeña Nour, descansadas, duchadas, sonrientes y con hambre. Tomaron fruta y horchata, y Juan les llevó al aeropuerto a seguir su ruta.

Llegaron a las seis al aeropuerto de Tenerife Sur. Allí estaban John y Umbela con un cartel en *ndebele*: "*Amhlope, Ulibona, Aimsa, Nour.*".

LVIII. Aimsa encuentra a su familia, Comunidad de La Ternura, Gomera 1996

Aimsa miró emocionada a su nueva familia, de la que tanto había oído hablar por Jonay. John ya tenía setenta años muy curtidos en la mar y en la naturaleza. Aunque su larga cabellera, su tez curtida, su cuerpo atlético y ágil, pero sobre todo su mirada llena de brillo, entre inocente y apasionado, le hacían rebosar de vida. Umbela tenía ya sesenta años, un cabello gris que recogía en una coleta y lo cubría en parte con un pañuelo, como Aimsa, un rostro que ya mostraba la huella del tiempo, una mirada que se derretía en ternura, tímida sonrisa que inspiraba libertad en su linda tez trigueña, y un cuerpo esbelto y erguido, dentro de un sencillo vestido de lino blanco. A sus brazos abiertos Aimsa acudió como si hubiese encontrado a su madre.

Algo entre las dos hizo que, sin palabras, se supieran unidas para siempre. El silencio pasó a una larga mirada. Y luego Umbela le dio el "abrazo de cabeza" de la comunidad de la Ternura cuya costumbre ya se había ido extendiendo a otras eco aldeas en la isla, en otras islas y en otros lugares lejanos.

Mientras tanto, Jonay se había abrazado a su padre con fuerza, y John había cogido en sus brazos a la pequeña Nour, que miraba todo con asombro.

-Aimsa. ¿Me vas a dejar un poquito de mi madre?

Pregunto bromeando Jonay.

Cuando Umbela abrazó a Jonay y cogió luego a la pequeña Nour en sus brazos, ya su mirada estaba totalmente nublada por la emoción.

-Tenían a Satia varada en la bahía del puerto de los Cristianos. Un marinero les acercó a remo y después de enarbolarla rápidamente, partieron hacia la Gomera cuando ya el sol se ponía al horizonte, tras el Garajonay y la más lejana caldera del Taburiente. Llegaron tarde en la noche al embarcadero de El Cabrito: En el cuarto donde creció Jonay, con sus cosas de niño y de joven, Umbela había preparado un lugar precioso para los tres.

A la mañana siguiente tomaron gofio y miel con Tomás y Fernando, y hablaron horas de las historias del pasado y de la ilusión de trenzar sus vidas. Aimsa llevaba en una tela a la espalda a Nour, aunque Umbela constantemente le pedía que se la dejara para cuidarla entre toma y toma de pecho. Visitaron primero la tumba de los padres de Umbela, en Hermigua, a donde fueron andando y cruzando el mágico Garajonay donde Jonay sentía la presencia de María y Ramón. Luego visitaron cada detalle de la comunidad de La Ternura. Las casas, la casa comunitaria, la biblioteca y la sala del ordenador por turno, los talleres, la sala de energía común con el invento de las bicis estáticas aplicadas a un generador, los molinos y placas solares, el comedor, las despensas, el horno de pan, el telar, el horno de cerámica, la escuela, las salas de arte, de música, los cultivos orgánicos y antropomórficos siguiendo ciclos lunares y la riqueza de la tierra, el telescopio en la noche, las tertulias comunitarias frente al fuego y los árboles que recordaban a quienes había dejado la vida desde Ternura.

Aimsa y Nour fueron recibidas la noche siguiente con una ceremonia de música y poesías, y obsequiadas con unos dibujos de los niños, una cerámica, un tronco de sabina brillante de cera natural y con forma de una madre con su hija, y una manta hecha en el telar. Aimsa sintió en aquella comunidad una alegría de vivir y de compartir, que nunca antes había sentido. No sólo se sentía a gusto, y no sólo veía esa alternativa como una opción hermosa de vida. Pensaba, en su agilidad mental, en algo mucho más trascendente. Al día siguiente, le pidió a Jonay que le dejara un tiempo a solas con su padre. Jonay se fue con Nour y con Umbela a pasear hacia

el Roque Nublo.

-John. Sabes que yo nunca tuve un padre. Y en sólo unas horas ya te siento como uno. Jonay siempre habla de ti y dice que es de tu ejemplo de valentía y de la ternura de Umbela, de dónde saca quien es él. Y yo le amo con todo mi corazón. Me gustaría contarte como es él en Ukuzwana, a donde tenéis que venir.

- Gracias Aimsa. Desde hace tres años, en cada carta Jonay nos contaba algo de ti. Sabíamos que su corazón estaba latiendo con el tuyo. Hablaba de tu belleza, de tu inteligencia, de tu profundidad espiritual. Y ¿sabes lo que me dijo en una carta?

-No. ¿Qué dijo?

-Que nunca había conocido a nadie así y que deseaba compartir su vida contigo, pero que tu belleza, tu historia épica, y tu inteligencia y fuerza para luchar por un mundo mejor, le hacían sentirse menor, distante, como no merecedor de tenerse sólo para él, en el sentido íntimo. ¿Y sabes lo que le dije?

-No.

Aimsa se sentía un poco vergonzosa pero a la vez con una extraña y rápida complicidad con John.

-Le dije que mi hijo era un valiente. Y que si sentía por primera vez esa unión tan profunda por alguien y no era capaz de ser valiente y expresar sus sentimientos por miedos absurdos, pues todos tenemos nuestro valor único en el universo, que fuera cambiando de apellido. Claro se lo dije en broma, pero creo que le ayudé a quitarse miedos.

-Quiero que me cuentes de la red de eco aldeas, de la reunión de Findhorn.

Tengo una idea que está hirviendo en mi cabeza.

-Ya te habrá dicho Jonay. En Findhorn creamos una red global, la coordina ahora la comunidad de Gaia. Pero es sobre todo para intercambio de experiencias. A mí me preocupa la relación con los estados de los que somos parte legal, cada vez nos ponen más dificultades. Es difícil ser autosuficientes y a la vez contribuir con impuestos, que además nos los aumentan, porque molestamos. Pero además es contradictorio cuando con nuestros impuestos se financian actividades que degradan la naturaleza o que van contra nuestros principios como las guerras, la industria de armamentos, los derivados financieros o las manipulaciones genéticas de alimentos o procesos químicos tóxicos. Fíjate al extremo tan perverso al que hemos llegado que hemos creado una nueva enfermedad, la de las vacas locas, por hacerlas tener una alimentación caníbal. También hay una industria tóxica en el negocio de lácteos. Intentamos hablar de ello, por reuniones, movimientos ciudadanos, acudiendo a los plenos municipales o del cabildo. Pero nos bloquean todo.

- ¿Y no habéis pensado en crear una red independiente que tenga identidad legal ante Naciones Unidas? Una nueva red de eco aldeas solidarias que vaya aumentando, atrayendo y facilitando iniciativas de todo el mundo. Me encantaría colaborar en ello. Y creo que sé cómo podría ayudar. Te puedo preparar una propuesta mientras viajo ahora a Vancouver, lo revisaré con expertos de derecho internacional en Berkeley y te lo mando.

-Es una idea maravillosa, y más aun contando contigo.

Jonay también le pidió a Aimsa un día para compartir a solas con su inspiración profesional, Fernando. Mientras Aimsa y Nour se quedaron en la comunidad, compartiendo con otras dos mamás con bebés en la playa, la casa de la música, y recibiendo masajes mutuos, Jonay fue hasta Arguamul, donde había empezado, en su acompañar a Fernando, la vocación que le

había ido llenando de tanta felicidad. Se fue en una guagua, quería darle una sorpresa.

LIX. Reencuentro con el maestro, Arguamul 1996

Jonay fue en guagua dando la vuelta por el sur, para ver el Occidente de su isla. Atravesó Valle Gran Rey y siguió en dirección a Vallehermoso, viendo la desviación hacia Alojera, Tazo ya otros barrancos. Por toda la isla había carteles indicando caminos con siglas EAE (eco aldea espiritual) y diferentes nombres: libertad, armonía, brisa, eternidad, bondad, amor, unión, alma. Dejó la guagua en la desviación a Arguamul/ EAE Valentía. Al cabo un kilómetro dejó el camino asfaltado para tomar la pista de tierra en descenso. A dos kilómetros de distancia dejó a la derecha el desvío hacia la ermita de Santa Clara y siguió otros dos kilómetros tomando la desviación hacia Tazo / EAE Luna. El camino dejó la desviación a Tazo y siguió colgado en la ladera de la montaña con unas vistas maravillosas hacia el Teide al sudeste y al inmenso océano hacia el norte. Llegó unos dos kilómetros después a una bifurcación que dividía el barrio alto, donde el cartel anunciaba la EAE Valentía, que se divisaba diseminado por el barranco de San Juan. Numerosas palmeras y huertas adornaban el paisaje de Valentía. Con estructuras comunitarias, molinos de viento y una actividad parecida a la que había liderado Ternura. Se cruzó con varias personas y se dieron el saludo de cabeza, respetando el silencio con que Jonay quería rodear ese momento mágico de reencuentro con su maestro. Siguió otro kilómetro hacia abajo donde estaba la casa reconstruida por Fernando viga a viga orillada por el mar.

Cuando llegó, eran las tres de la tarde. La casa estaba vacía. Jonay vio desde fuera que el porche estaba finalmente terminado, con seis majestuosos mástiles de naufragios, traídos por la mar. Jonay sabía muy bien el esfuerzo de subir cada uno de esos troncos macizos de unos trescientos kilos de peso, desde la playa de "su acantilado". El techo también estaba reforzado con la teja árabe que seguramente había ido

recogiendo de casas en ruinas. Estaba encalada y Jonay notó el tono añil. Las contraventanas estaban pintadas en azul. La huerta que rodeaba la casa lucía frondosa de espinacas, acelgas, bronco los, tomates, vainas verdes, lechugas, y plantas de zanahorias, patatas, cebollas y ajos. Había gallinas sueltas y dos perros muy cariñosos que se acercaron a saludarle. Desde una casa de al lado se asomó una mujer rubia, de unos cuarenta años, quien le saludó con acento extranjero. Se llamaba Linda y al rato salieron dos chicos de unos siete u ocho años y empezaron a jugar con un balón.

Jonay le explicó su amistad con Fernando y que venía desde Zimbabue. Linda le dijo que Fernando hablaba mucho de él y se sentía muy orgulloso de Jonay. A los pocos minutos se notó llamar, Fernando venía por el camino, con una mochila:

-¡Jonay!

De la pura emoción soltó la mochila y fue corriendo hacia Jonay, quien también fue corriendo hacia su amigo y maestro. Se fundieron en un abrazo emocionado.

-¡Vaya sorpresa! ¡Me hace tan feliz verte!

-A mí también, Fernando, te recuerdo tantas veces. Las cartas nos tienen en contacto. Pero no es lo mismo. Soy la mitad de lo que soy por tu inspiración.

-No digas eso. Yo sólo te conté historias de África. Tu vocación, tu pasión y tu valentía, ya estaban dentro de ti hace mucho tiempo. ¿Por qué crees que propuse este nombre a esta comunidad?

-Por ti, Fernando. Tú sí que has sido valiente. Me tienes que contar muchas cosas de tu tiempo en Sierra Leona, de la vida aquí, de *Kadiatu* y *Lisy*, de

la comunidad Valentía.

-Sí. Y tú a mí. Estoy impresionado por Aimsa, y por la pequeña Nour. Me hace muy feliz veros unidos a los tres. Verte tan feliz como padre.

En ese momento, notó una sombra en la expresión de Fernando.

-Pero déjame empezar por presentarte a Linda, mi vecina y amiga de alma.

Jonay notó que entre ellos había algo más que amistad, y se alegró por ello, pero no sentía amor profundo. A menudo pensaba en la soledad de su gran amigo, después del dolor del desgarró de su ruptura con *Kadiatu*. Fernando le dijo a Linda que estarían poniéndose al día en casa. Entendió que necesitaban su espacio, su tiempo. Dentro, Fernando también había ido acabando las paredes encaladas, el suelo de cemento pulido, los pocos muebles tratados con Linaza, y algunas fotos que él enmarcaba con ramas de sabello, de Cuba y su familia, de Sierra Leona y el hospital en Lunsar, de Vallehermoso y la de *Kadiatu*, de cuando la conoció por primera vez. Jonay notó que seguía mirando aquella foto con la misma expresión que hacía tantos años, cuando le habló por primera vez de ella y tramaron el rescate desde el barco de Josu en el que Jonay casi perdió la vida.

-¿Sigues pensando en ella, Fernando?

-Todos los días.

-Nunca entendí que le pudo pasar. Siempre quisiste compartir toda tu vida con ella, todo tu esfuerzo.

-Precisamente por eso, Jonay. Con el tiempo me he dado cuenta que le ofrecía toda "mi " vida. No era la suya. Vino sin nada y le ahogó mi entrega. Le ofrecía todo, sí, pero era mi casa, mi profesión, mi forma de vivir.

-¿Hubieses cambiando de vida por ella? Fernando, tu amas Arguamul, tu playa, tu barranco, tu valle, tus pacientes en el pueblo.

-¿De qué me vale, Jonay, estar en el paraíso, si estoy sólo?

-Te entiendo.

-¿Aún la quieres?

-Mucho. Pero ya hace mucho que no nos vemos ni hablamos. Lisy se ha ido a Brasil, y ella tiene una pareja, un hombre que le proporciona un piso en la ciudad, un coche, una tarjeta de crédito, vacaciones en Tenerife o incluso en la Península y ropa de marca. Sé que necesita esas seguridades desde la vida frágil y precaria que tuvo antes. Y yo no sé las supe dar, estaba demasiado convencido que lo que yo le ofrecía era lo mejor.

-Pero tú no podrías vivir una vida de burgués, acomodada, Fernando. ¿No le gusta la vida en la colonia?

-Ella vivía así, antes. Yo buscaba el compromiso solidario y la vida sencilla. Ella ni tuvo otra opción en su vida y buscaba la seguridad, el poder. Nos encontramos en un mismo lugar, pero nuestras direcciones eran diferentes. Lo tardé en entender.

-¿Y si lo hablas con ella ahora, Fernando?

- Ya es demasiado tarde. Ella es feliz con su pareja, está segura, a gusto, protegida. Yo, mírame, pasados los sesenta, medio salvaje. ¿Qué puedo ofrecer?

-Lo más bello y valioso, Fernando: amor.

Fernando se quedó pensativo durante medio minuto. Los dos miraban fijos a la vela, como queriendo encontrar las respuestas en el fuego.

-Aún desde mi torpeza. Te doy un consejo. Sabes que te quiero como a un hijo.

-Y yo te quiero como a un segundo padre. Dime.

-He visto en la unión entre Aimsa y tu algo precioso. Cuídala, Jonay, que no te pase como a mí. Ella es, como dices en las cartas, un ser excepcional. Está claro que está destinada a revolucionar el mundo. Por su inteligencia, por su valentía, por su espiritualidad. La vida en Ukuzwana debe ser preciosa, pero ella pertenece al mundo. Dale su espacio. Que no se marchite su flor de guía hacia una nueva Humanidad. Lo puedo presentir.

-Gracias, Fernando. Pensaré en ello. Realmente el centro de mi vida son Aimsa y Nour.

-¿Y tú? ¿Tienes algún calor de ternura en tu intimidad?

-Linda me hace buena compañía.

-Me alegro mucho, Fernando. Aunque no la miras como a la foto de *Kadiatu*.

-Así es la vida, Jonay, no se puede tener siempre todo lo que uno desea.

-Yo estoy feliz de que Lisy esté abriéndose camino como abogada y en la red de eco aldeas y el movimiento sin tierra en Brasil, y *Kadiatu* está dirigiendo ya la organización Gara en defensa de los derechos de la mujer. Ha conseguido fondos del gobierno canario para luchar contra la mutilación genital femenina en Sierra Leona, aunque ahora la guerra está devastando al país y no puede empezar ningún proyecto.

-¿Si? ¿Cómo está la situación?

-Se está poniendo muy tensa. Pero siento que tengo que ir allí a trabajar y a ayudar. Después de ayudar a *Kadiatu* y *Lisy* a escapar, es posible que su familia me acuse, pero necesito volver con los hermanos al hospital de Lunsar. Después de la muerte de Ricardo, otro hermano, Fernando, trabaja día y noche y quisiera ayudarles, las tensiones del país están aumentando, y sigue siendo uno de los lugares más necesitados del mundo. Aquí en Vallehermoso hay muchos médicos jóvenes con ganas de cubrir mi plaza. Yo ya tengo sesenta años, comparto todo en esta hermosa comunidad de Valentía, Nancy es una mujer muy dulce y compartimos las ideas de una vida natural. Pero necesito ir temporadas a Sierra Leona para comprometerme con quienes no tienen nuestros privilegios.

Jonay pensó en esa palabra. "Privilegios". Fernando vivía en extrema sencillez, en armonía con la naturaleza, y sin embargo, se sentía privilegiado ante aquellas gentes que sufrían la enfermedad y no accedían a tratamientos vitales. En comparación con el complejo de soledad-obesidad-depresión o desidia que infiltraba una sociedad moderna abotargada por la abundancia. Entendía muy bien su necesidad de sentir la épica en su vida. De volver a ser médico sumergido en la lucha por la vida y la lucha por la justicia, sin las cuales. Fernando vivía a "medio gas."

-Te entiendo, Fernando. Y entiendo tu consejo sobre Aimsa. Has sido guía en mi vida y lo seguirás siendo. Pero, te pido que tengas cuidado. Escríbete con Haka. Conoce las tramas del tráfico de diamantes, que condiciona tanto la lucha en Sierra Leona.

Se dieron un profundo abrazo, y Jonay volvió a La Ternura, donde le esperaban sus dos princesas para atravesar el mundo.

LX. Un mensaje en la Meca de la medicina tropical, Londres, 1996

El Boeing 747 cruzaba ya el Atlántico norte, acercándose a Groenlandia. Jonay, Aimsa y la pequeña habían vuelto a Los Cristianos navegando en la fiel Satia, y habían tomado un vuelo hasta Londres. Durante un tránsito de unas seis horas, Aimsa le mostró a Jonay y a Nour sus sitios entrañables de Londres : Gandhi en la plaza Tavistock, el hotel Russel frente a la plaza del mismo nombre, los "buskers"²⁹ de Covent Garden, los discursos de "speakers corner", la casa de los amigos de los cuáqueros, la inmensas librerías Foyles y Dillon's y la Escuela de Medicina Tropical, que Jonay contempló con veneración. Aquel lugar área la Meca de la medicina tropical que había sido su vocación desde que comenzó a aventurarse en la aventura de ser médico.

Sabiendo de su veneración, Aimsa le animó a entrar sólo en aquel templo durante una hora, mientras ella se fue con Nour a la espalda a ver un ensayo en la escuela de danza "The Place".

Jonay entró a aquel edificio mítico en su estudiar y trabajar desde hacía veinte años. Fue a la biblioteca, tomó un original de hacia cien años de la revista de la escuela y se sentó unos minutos en uno de los desgastados sillones Chester al lado de las grandes ventanas por donde se filtraba el escaso y preciado tesoro de unos rayos de sol londinense. Sintió con admiración aquella medicina épica que lucho con escasos medios durante un siglo contra parásitos de una inteligencia para sobrevivir, fascinante, aliados con insectos, verdaderos dueños del planeta tierra. Sintió también pena al comprobar como muchos de aquellos médicos estuvieron al servicio del ejército colonizador inglés. Por otro lado, la mayoría de las enfermedades que mataban a la gente en países pobres, mejor dicho, empobrecidos, no eran tropicales sino pandemias, que en contextos sin

29 Cantantes callejeros.

recursos económicos, resultaban ser letales. Sentía como las jerarquías de la medicina, también la medicina tropical, a menudo permanecían en sus altares del poder y del saber, ajenos a la realidad, al derecho a la salud, a su vínculo con la justicia social. Había empezado a sentir, incluso por su buena amiga Anwele, que todo el empeño se limitaba a luchar contra el SIDA, y a los activistas del SIDA parecían importarles poco las muertes de niños por diarrea, de mujeres durante el parto, o de campesinos por neumonías. Desde que Fernando le habló de Alma Ata y luego asistió a las discusiones con Aleida Guevara, o supo de la lucha de Maurice King, su ilusión por la medicina, por la salud, estaba ligada a esos principios, inspirados en el derecho a la salud y vinculados al compromiso que todos repetían desde los años 80 y 90: Salud para Todos en el año 2000.

Durante los años 60 y 70 los países de África, recién independizados, habían ido tomando préstamos del Banco Mundial, creado para la reconstrucción europea tras la guerra y después había ido buscando nuevos clientes para sus inmensos préstamos, bien ligados a la filosofía del mercado global como "motor del desarrollo". Aquellos jóvenes países, condicionados por sus relaciones con las metrópolis coloniales y el imperio económico y militar americano, seguían siendo proveedores de materias primas cuyos precios eran bien controlados por las bolsas y especulaciones de Londres, Nueva York, París, Frankfurt y Chicago, sus economías siguieron siendo periféricas, incapaces de acumular el capital que se iba concentrando en los especuladores capitalistas del Norte, y endeudándose más y más para pagar las deudas de ese "modelo de desarrollo". Los préstamos fueron llegando en los 80 y 90 con la filosofía del "*Structural Adjustmnet Program*", "SAP", (programas ajuste estructural). El Banco Mundial, con otro árbitro aún más feroz creado después, el Fondo Monetario Internacional, prestaban más dinero a cambio de imponer normas para que los gobiernos limitaran sus gastos, sobre todo los gastos sociales como la salud. Así reducían la necesidad de impuestos, y de esa forma facilitaban las inversiones de las

multinacionales del Norte, ávidas de más y más negocios y beneficios, y convencidas de que el desarrollo y la felicidad venía con la producción y el consumo sin límites. Los países pasaron a ser ejecutores de las recetas "SAP". El tradicional saludo a la nueva vida en las zonas remotas de Matabeleland, "Amhlope", paso a ser "bienvenido al mundo SAP". Los gastos en salud, incluso de gobiernos socialistas africanos como los de Nyerere, Kaunda, Mugabe o Rollings, comprometidos con la lucha por los derechos sociales universales como salud y educación de sus poblaciones, oprimidas tanto tiempo por jerarquías y sistemas racistas, fueron encogiéndose. Además, con pocas excepciones como Nyerere, el poder fue corrompiendo aquellas ilusiones libertarias iniciales y fueron germinando nuevas jerarquías opresoras.

Todo ello fue creciendo a la vez que el timón económico del mundo en Estados Unidos, fue tomado por Reagan, acérrimo anti-socialista, quien resumió su visión del gobierno en una frase : "lo que el gobierno haga por la gente, la gente no lo hará por ella misma". Su alianza con otra líder anti-socialista liderando el gobierno británico, la dama de hierro Margaret Thatcher; y la caída del muro de Berlín en 1990, habían extendido por todo el mundo el "sistema neoliberal". Primaba así la "libertad" del movimiento del adorado "capital", como si de un espíritu de "desarrollo y dignidad humana" se tratara. En realidad era el caballo galopante del enriquecimiento de los que mejor sabían especular con esos movimientos cada vez más rápidos y más grandes, en lo que fue convirtiéndose el mundo: un gran casino de especulación por el poder económico insensible a las libertades, derechos y dignidad reales de las personas. Jonay iba conociendo por Haka y Aimsa, el entramado de jugadores importantes en esa gran mesa de poder.

Reflexionando sobre aquellas cuestiones, escribió una nota y la puso en el tablón de anuncios de aquella "meca" de estudios de la salud, supuestamente, de los más pobres :

A quien pueda interesar:

Me llamo Jonay Harris. Soy médico rural en Zimbabue. He seguido con admiración los trabajos de este templo del saber de la medicina tropical, durante mis estudios y mi trabajo. Quiero ante nada expresar mi admiración por su trabajo liderando el conocimiento de las enfermedades exóticas para los climas meridionales. Pero también quiero compartir una reflexión: en la seguridad de que todos los esfuerzos de este lugar y tantas miles de personas relacionadas con la investigación y el conocimiento en salud, desean ir encaminados a una mejor salud para todos, quiero recordar que sólo el diez por ciento de la carga de enfermedad en los países de ingresos bajos, está relacionada con enfermedades tropicales. La mayor parte del sufrimiento y pérdidas de vida no es por la latitud, sino por la actitud de políticos y sociedades que mantienen un mundo de ricos en abundancia obscena y pobres en necesidad indigna. Debemos luchar todos por vidas saludables y en armonía entre las personas y con la naturaleza, por el derecho a la salud concreto y reclamable por las personas y no a expensas de la benevolencia de políticos, académicos, fundaciones de fortunas o grupos sociales movilizados por lo general por causas y poblaciones muy focales. La salud hoy depende de la justicia social, de la armonía natural y de las relaciones solidarias entre los pueblos.

Por una alianza de personas para un mundo más justo, saludable y ecológico.

jonay.harris@hotmail.com

www.Ecolovingcommunitiesnetwork.com

Llegó a The Place. Allí estaban sus dos princesas viendo aquel ensayo maravilloso de los estudiantes de danza. Era el momento de seguir viaje.

LXI. Jonay siente el destino de Aimsa, San Francisco 1996

Siguieron en un vuelo a Vancouver vía San Francisco, donde, de nuevo, consiguieron una escala de seis horas, suficientes para ir a visitar la mítica plaza de las Naciones Unidas. De nuevo Aimsa hizo de guía para Jonay, quien sólo había vivido en Canarias y Zimbabue. Nour había dormido bien y habían podido usar, tras pasar la aduana, unos baños donde refrescare los tres. Dejaron el equipaje facturado para Vancouver y salieron con una mochila. Cogieron el metro "BART" y llegaron a la estación de *United Nations Plaza*. Jonay notaba que Aimsa estaba emocionada. Empezó a relatarle la historia de aquel lugar y de una idea que parecía latir en ella desde que nació, quizás antes. :

Hace exactamente doscientos años que Kant propuso una idea de paz perpetua y una liga de naciones que controlara los conflictos y promoviera la paz entre los pueblos auto declarados estados libres de respeto a sus ciudadanos y a visitantes. Más de un siglo después se firmaron las primeras "reglas del juego", leyes internacionales, como la convención de Ginebra para proteger la ayuda humanitaria durante las guerras, y las convenciones de La Haya, a principios del este siglo, que pretendían poner límites a las crueldades durante las guerras y establecer formas de resolución de conflictos internacionales.

Por entonces surgieron dos pacifistas, un parlamentario inglés , Cremer y un ex ministro de Napoleón, Passy, fundaron la Unión Interparlamentaria, que incluía a parlamentarios de veinte y cuatro países, destinada también a evitar guerras. Sin embargo, poco después dos alianzas en Europa entraron en una guerra en que por primera vez los avances de la revolución industrial se utilizaron para la acción bélica, causando más de veinte millones de muertos.

-Recuerdo eso bien, Aimsa. Mi abuelo paterno fue soldado en la guerra. Mi

padre solía hablarme de ello y de la postguerra. Tuvo un profundo impacto en Europa y un sentimiento pacifista. Se llamó "la guerra para acabar todas las guerras". Investigaron las causas de la guerra: carrera armamentista, alianzas entre bandos, diplomacia secreta y la libertad de los estados soberanos de entrar en guerra para su propio beneficio.

-Sí, fue entonces cuando el presidente americano entonces, Wilson, propuso sus catorce puntos para la paz, de los cuales el último proponía una asociación general de naciones de garantías mutuas para la independencia política y la integridad territorial.

-Sí, ¿pero sabes quién fue el principal aliado de Wilson?

-Sí, lo sé, Smuts, el bóer racista que presidía entonces Sudáfrica y mantenía la esclavitud de los africanos. Pero curiosamente tuvo mucha oposición de los republicanos. Poco después del Tratado de Versalles, que sellaba la paz tras aquella horrible Primera Guerra Mundial, se celebró el primer consejo de la Liga de Naciones y ese mismo año se trasladó al Palacio de las Naciones, en Ginebra.

-Sí, Aimsa, pero en menos de una década de La liga de naciones no pudo prevenir la Segunda Guerra Mundial.

-Es cierto. Por ello precisamente y por la crueldad de la Segunda Guerra Mundial con más de cincuenta millones de muertos, fue entonces Roosevelt el que habló por primera vez de las "Naciones Unidas" para describir a los aliados que habían ganado la guerra. Los veintiséis países que habían vencido en la guerra, firmaron la Carta Atlántica y convocaron en 1945 a la conferencia constituyente de las Naciones Unidas, con cincuenta países miembros entonces. Precisamente aquí, Jonay, donde estas pisando. Aquí se ven las placas de todos los países de aquel inicio de un gobierno mundial por la paz.

-Sí, Aimsa. Pero era una organización dominada entonces y ahora por unos pocos países poderosos que habían ganado la guerra. Aún sólo son miembros del consejo de seguridad los Estados Unidos, Rusia, China, Francia e Inglaterra. Es anacrónica. ¿Qué democracia es esa?

-Lo sé, Jonay. Por eso tenemos que mejorarla, para la nueva Humanidad que está naciendo.

Jonay sintió un escalofrío. Sabía que esa intuición, pensamiento, casi certeza, de Aimsa, era lo que en verdad esperaba al mundo. Y sabía, aún sin saber cómo, que Aimsa sería clave en esa nueva humanidad naciente. Pensó, con orgullo y a la vez cierta pena, en el consejo de Fernando, que no podía seguir limitando a Aimsa, a un rincón del Kalahari. Ella pertenecía al mundo, y el mundo la necesitaba. Y por el amor que tenía en ella, haría lo que fuera y donde fuera.

Pero aún ni se lo diría, les esperaba un hermoso reto compartido en Vancouver.

LXII. Llega la esperanza. ¿Pero sólo para algunos? Vancouver 1996

Jonay, Aimsa y Nour viajaron de San Francisco a Vancouver. Se alojaron en una casa de un pintor a través de la red "couch-surfing". Llevaban un mes viajando por Madrid, Tenerife, Gomera, Londres, San Francisco y Nour parecía ir acostumbrándose. Casi todo el tiempo la llevaba Jonay en una mochila en su pecho, o a caballo sobre sus hombros. Nour se mostraba casi siempre sonriente y tranquila aunque a veces tenía genio y se calmaba al rato tomando el pecho. Jonay, en conciencia por compensar el esfuerzo de Aimsa en darle el pecho día y noche, era el encargado de pañales y baños. Cada vez sentía con más fuerza la imagen de Aimsa como una líder destinada a contribuir a una nueva Humanidad, y le dejaba más espacio para sus lecturas, pensamientos, meditación. Aimsa fue notando ese empeño de Jonay. Entre ellos no hacían falta las palabras. Jonay esperaba a que terminasen sus tareas en el congreso para hablar con ella de su futuro. Él sentía un amor de veneración. Ella sentía un amor de complicidad. Nour les miraba y sembraba en su corazón una convicción de que la vida, en ojos de sus padres y en las miradas entre ellos y para ella. Era una aventura épica.

La ciudad de Vancouver era una de las más "desarrolladas" del mundo, según los índices de desarrollo humano. Combinaba una poderosa industria limpia, una naturaleza fascinante hacia el Pacífico y hacia los inmensos bosques del Norte, un modelo social que garantizaba salud y educación libres, muy diferente al vecino del Sur, y una mezcla racial por su acogida a refugiados e inmigrantes de todo el mundo, que denotaba su tolerancia.

La ciudad estaba empapelada de posters del congreso que rezaban "*One World, One Hope*," (Un mundo, una esperanza).

Sin embargo, la familia Harris fue descubriendo que en los grupos

participantes, las comunicaciones científicas, incluso en las reivindicaciones sociales, había dos mundos bien diferenciados. Quizás nunca antes fue tan patente la brecha entre los ricos y los pobres del mundo. El SIDA de los pobres mataba, la mitad de los estudios en África simplemente describía fríamente el drama: cuanta gente moría en el tiempo, de que morían, cuántos niños se infectaban. El SIDA de los ricos iba dejando de matar, la mayoría de los artículos demostraban supervivencias con los tratamientos similares al de otras enfermedades crónicas bien tratadas como la hipertensión o la diabetes.

Jonay se dio aún más cuenta de la fuerza del destino de Aimsa cuando la saludaban gentes de todo el mundo por los pasillos del congreso.

Al rato de llegar, se encontraron con Michael, el amigo de Aimsa que describió los primeros casos en San Francisco y que les había ayudado a seguir la efectividad de los tratamientos de NoLwasi y las combinaciones de prevención de transmisión de madre a bebe, que intentaba Jonay en ausencia de acceso a tratamientos. Estaba conversando con un hombre de rasgos orientales. Algunos fotógrafos les rodeaban aunque ellos parecían ausentes a ese interés de los medios.

-Hola, Michael, me alegra mucho encontrarte. Gracias por tu apoyo a nuestros esfuerzos en Zimbabue.

-Hola Aimsa. Es lo menos que puedo hacer. A menudo siento vergüenza y rabia de vivir en el privilegio y saber de la injusticia que mantiene a la mayor parte de los pacientes en un destino letal.

-Te presento al Dr. Harris, mi compañero. Ha dedicado los últimos diez años a intentar, sin los tratamientos antiretrovirales, aliviar el sufrimiento en el epicentro del SIDA, el triángulo de la muerte entre Zimbabue, Botsuana y Sudáfrica.

-Encantado Dr. Gottlieb. Es un honor conocerle, y muchas gracias por su ayuda.

-Dejad que os presente a mi colega y amigo David Ho. Os aseguro que sus estudios revolucionaran este congreso y la historia del SIDA a partir de ahora.

-Exageras, Michael. Tú descubriste la enfermedad, los demás seguimos tu estela. Ahora debo ir a una entrevista con la revista Time, pero sería un placer volver a encontrarles un rato durante el congreso. Me preocupan mucho las condiciones en África y quisiera saber de su experiencia, Dr. Harris.

-El placer será mío.

Cuando David se fue, Michael les invitó a Jonay, quien llevaba plácida y curiosa a Nour en su pecho, y Aimsa, en su sari azul, a un jugo de frutas en un rincón de aquel congreso donde casi diez mil personas de todo el mundo revoloteaban en reuniones, conferencias en más de diez salas a la vez, encuentros, cientos de stands de la industria, organismos internacionales y asociaciones civiles, en un murmullo y deambular intensos. Aimsa, combinando su intensa percepción de los sentidos y su capacidad de abstracción, imaginaba la visión desde unos cien metros de altura e incluso percibía los movimientos de las personas a cámara rápida e intuía los nudos estratégicos de contactos y las salas donde se estaban concentrando las atenciones y los movimientos.

Michael les habló acerca de aquel pequeño oriental que estaba entrevistando la revista Time:

-David nació en Taiwán al huir sus padres de la China de Mao al final de los

cuarenta. Taiwán era uno de los pocos países que no son miembros de las Naciones Unidas, por oposición de China en el Consejo de Seguridad.

Jonay miro a Aimsa. De nuevo, sintió una fuerza inenarrable en su mirada. Nour estaba molesta y necesitaba cambio de pañales. Jonay insistió en que Aimsa se quedase charlando con Michael y él se encargaría un rato de Nour.

-A los doce años, su madre emigró con él a Estados Unidos, para reunirse con su padre, quien les había estado esperando durante una década. David creció en Los Ángeles, donde estudió y destacó en ciencia y física. Se trasladó luego al "San Francisco" del Este, Boston, donde estudió medicina. Volvió después a Los Ángeles y compartimos la especialidad de medicina interna y compartimos los retos de describir los primeros casos de la epidemia, hace ahora quince años, como bien sabes tú, Aimsa. Se ha ido dedicando más a la investigación del comportamiento del virus y conoce como nadie sus mecanismos de reproducción. Lo que realmente va a cambiar el panorama de la epidemia, es la evidencia que está logrando de que atacando al virus en varios mecanismos de su reproducción, de forma simultánea, se consigue no sólo mejorar rápidamente las defensas del paciente, sino hacer desaparecer todo rastro del virus en la sangre.

-¿Te refieres a una curación?

-No lo sabemos pues hay zonas donde sabemos que el virus se protege, y es prematuro para el tratamiento aún. Pero seguro que es un paso a la curación.

-¿Quién tiene las patentes de esas moléculas y sus combinaciones, Michael?

-Me temo que ahora es aún más grave que en la década de los ochenta. Ya no sólo es Wellcome y su zidovudina sino otros también. Abbot, Hoffman, Roche y otros van blindando sus moléculas, a menudo usurpadas a precios

de ganga a la investigación pública, invierten en los ensayos clínicos y protegen sus monopolios con precios astronómicos. Veras los stands de tus amigos de Act-Up con información sobre este negocio. Yo sólo puedo seguir dando el tratamiento que mejor puedo en el sistema que protege a una parte de la sociedad y mirar por ese grupo. Pero cuando viene a mí con más fuerza la conciencia del mundo que queda afuera de esta esperanza, siento mucho dolor. El mundo te necesita aún más, Aimsa.

-Nos necesita a todos.

-Mira esto, Aimsa. Lo siento en el alma.

Michael le entregó un sobre a Aimsa que rezaba "Anwele Moyo, carga viral y CD 4".

En ese momento llegó una pareja a saludar a Michael. Aimsa reconoció rápidamente a Bill y Melinda, dueños de una de las fortunas más grandes del mundo. Aimsa le había visto en fotos de artículos y en entrevistas y reportajes en la televisión. Había leído artículos sobre su rivalidad con Steve, y su "cuchara-mando", ahora conocida mundialmente como ratón, y sus proyectos de ordenador, con el símbolo de una fruta. Aimsa detectaba algo confuso en su forma de enriquecerse tan rápido y tanto por el monopolio de combinar sistemas operativos y accesos a internet, y a través de comprar y vender ideas, patentes y negocios, acaparando gran parte del poder mundial de la información, que cabalgaba ya hacia el nuevo siglo en internet.

-Hola Bill, Melinda, sentaros con nosotros un momentos. Quisiera presentaros a una buena amiga, Aimsa. Es una de las luchadoras más tenaces por los derechos de las personas afectadas por la epidemia, tanto en América como ahora en África.

-Gracias, Michael. Y encantado, Aimsa. No somos científicos, venimos a aprender y a apoyar la lucha en el reto global de la epidemia.

-Es muy generoso por su parte. ¿Cómo quieren ayudar?

-La vida me ha sonreído y mis esfuerzos e ideas en la informática y la comunicación, nos han llevado a una vida privilegiada. Mi madre murió hace poco y sus últimas palabras me han inspirado en "*give back*" (devolver) a la sociedad.

-En nombre de tantas personas en extrema pobreza y sufrimiento, le agradezco su solidaridad, aunque si pudiera serle sincera.

Michael temió una de las provocaciones elocuentes, sinceras, inteligentes de Aimsa. Él, como David y muchos otros, empezaban a vivir del apoyo de la incipiente Fundación Gates.

-Desearía que un mundo más justo no permitiese riquezas tan extremas como la suya ni pobrezas tan extremas como las de cientos de millones de personas. Me cuesta creer que su inteligencia o su esfuerzo, medido por su dinero, al de más de cincuenta millones de pobres, esforzados en sus día a día en campos, minas, talleres, mares y plazas por todo el mundo.

-Agradezco su sinceridad, Aimsa. En mi país creemos en las oportunidades, en luchar por ellas con ingenio y riesgo, y en retribuir las por las reglas del mercado, iguales para todos.

-¿Cree, de veras, que las reglas del mercado son respetadas por sus operaciones de "trust" y de monopolio de las comunicaciones? Soy la primera que admiro su ingenio y que aprecia su solidaridad. Pero le repito, me duele que dependa de su buena voluntad, y no de un mundo más justo, la vida de millones de personas.

-No soy yo quien ha dictado o mantiene estas reglas del juego, pero confié en ellas, e intento compensar sus efectos de injusticia, compartiendo buena parte de nuestro privilegio.

-¿Entiendo que ha puesto miles de millones en inversiones y que su Fundación trabajara con sus intereses?

-Así es.. Incluso ello supone que no dejaremos herencia de esta fortuna a nuestros hijos, sino una buena educación y condiciones de vida. Ellos deberán luchar por su destino. Mantenerlo invertido es la forma de no agotar en poco tiempo el patrimonio que genera estos fondos de solidaridad.

-¿Y está usted seguro que las inversiones no harán más daño a la salud que la bondad que pretende con sus intereses? Por ejemplo, sus vínculos económicos con las industrias farmacéuticas que blindan precios inasequibles para los pobres, les condenan a muerte y gozan a la vez de beneficios de miles de millones anuales, puede que causen más dolor que todo su esfuerzo solidario.

-No entiendo, Aimsa, su agresiva actitud, estamos aquí para ayudar, podríamos estar protegiendo nuestros ahorros ajenos al mundo.

-Le reitero mi reconocimiento por ello. Otra pregunta: ¿sabe usted el precio que tienen los monopolios de las patentes en vidas humanas? Mañana presentare un análisis sobre ello y estaría muy honrada de su presencia para el debate.

Aimsa notó una cierta preocupación y enojo en la mirada de aquel ser humano tan poderoso por los azares del mercado. Pero captó también una mirada humana, genuinamente sensible, vulnerable a la verdad. La pareja Gates se fue, reclamada por sus ayudantes, y vio que se acercaban al Dr.

Mann, quien reconoció a Aimsa y le saludo en la distancia.

-Aimsa, no sé si presentarte a más gente. Les pones contra la pared, demasiado directo, demasiado rápido. Espero que no me retiren la subvención para mi investigación. Y pensaba en pedirle apoyos a vuestros estudios y esfuerzos, pero me temo que has esfumado esa posibilidad con tu actitud desafiante. En América dependemos de este "*give back*" de los que tienen éxito económico en la sociedad, para generar conocimiento.

-Sí. Que vuelve a ser usurpado por las inversiones billonarias para evadir impuestos públicos y acumular más y más y daros las migajas. Este sistema, Michael, se acabara en poco más de una década.

-En cualquier caso, Aimsa, me encanta seguir sintiendo tu fuerza.

En ese momento volvía Jonay con Nour, fresquita y sonriente. Se despidieron de Michael y fueron a comer a un restaurante vegana cerca del congreso. Aimsa le contó las conversaciones con Michael sobre David y con Gates.

-¡Caramba! Si te dejo un poco más idespachas con Clinton y con el Papa!

-Ni quiero saber de nada ni de nadie si no estoy con los dos seres con los que mi alma esta trenzada para siempre.

Se abrazaron con emoción. Nour quedo mágicamente en el medio de aquel abrazo de profundo amor y respeto.

En los días siguientes presentaron sus trabajos y estudios. Jonay presentó su estudio sobre la prevención de transmisión de madre a hijo con clorhexidina y vitamina A en una sala con apenas unos cuarenta participantes. Al lado de las salas donde David Ho y otros presentaban los

avances científicos a dos mil personas llenando la sala principal y a otros tantos en salas satélite con pantallas en directo. Justo al acabar su presentación, Jonay pudo asistir a otras conferencias de David y Michael sobre la esperanza de las terapias combinadas.

Al concluir, no encontró a Aimsa y Nour, y entró en una sala en la que un panel exponía varios estudios en Europa, América y en Tailandia, que demostraban la enorme reducción de la transmisión de madre a hijo con determinados protocolos de zidovudina.

Jonay había perdido de vista a Aimsa, con Nour. Sentía una rabia contenida al oír esas noticias de esperanza, vetadas para los pobres del mundo. Entonces, en el turno de preguntas en aquella inmensa sala, vio en la distancia como a una mujer con una fuerza que brillaba con intensidad, con un vaporoso sari azul celeste y un pañuelo del mismo tejido cubriendo su melena negra y con una niña durmiendo unida a su espalda por otra tela blanca. Se levantaba al entregarle una de las azafatas del congreso, un micrófono. Todo el mundo centró su atención en aquella mujer, que Jonay observaba con profunda admiración, con profundo orgullo y responsabilidad.

-Me llamo Aimsa Harris.

Era la primera vez que Jonay la escuchaba decir así su nombre. Sintió un vuelco en el corazón. Se reprimió las ganas de decirle al de al lado con orgullo: "¡es mi compañera!"

-Les agradezco su brillante trabajo y su elocuente exposición. Es evidente que ya ha habido docenas de estudios que demuestran que la zidovudina salva vidas, retrasa la muerte en los infectados, y disminuye las infecciones en los niños de madres infectadas. Y es evidente que en ausencia de zidovudina y de otros tratamientos aún más esperanzadores que estamos

conociendo en este histórico congreso, la infección del SIDA conlleva una condena de muerte y uno de cada tres recién nacidos de madres infectadas, compartirán la misma condena. No es la condena de un virus, es la condena de un mundo que mira a otro lado y lo permite. Wellcome ha ganado desde el inicio de su patente más de diez mil millones de dólares, más de cincuenta veces el dinero que invirtió en usurpar la molécula y aplicarla en ensayos clínicos. Ese beneficio proviene de precios hasta cien veces el coste de producción. Si la avaricia de este monopolio de sangre, se hubiese agotado al recuperar "sólo" cinco veces su inversión y se hubiese limitado a mantener beneficios pero "sólo" de unos cien millones de dólares al año o a permitir que otros laboratorios la fabricasen a ese justo margen, el tratamiento hubiera llegado a los países de economías marginales y dependientes de las que, con un casino mundial, controlan precios, intercambios, valor de las monedas e intereses. Ello hubiese salvado en los últimos diez años la mayoría de las diez millones de muertes en extrema debilidad, tristeza y dolor que el mundo "ha permitido" en este tiempo. Cada mil dólares de beneficio anual, señores de Wellcome y sus miles de accionistas, tiene el precio de una vida humana, de un hombre, mujer o niño agonizando. Pero sus oídos no oyen ese grito de angustia, sus ojos no ven esos cuerpos esqueléticos. Yo vengo aquí a gritar por ellos. ¿Cuántos de ustedes han tenido a una de esas personas víctimas de la avaricia sin límites, muriendo en sus brazos?

Unas pocas manos se levantaron en las filas de atrás y en un hombre, ya canoso, y con camisa blanca que la miraba emocionado desde el otro lado de la sala. Un murmullo se oyó en la sala, los ponentes miraban, incómodos, al suelo o a sus papeles.

-¿Y cuántos de ustedes tienen acciones en esta compañía? ¿O en las otras que ya están blindando sus monopolios billonarios hacia los nuevos tratamientos de aún mayor esperanza? ¿O en las compañías donde a su vez esos centros de avaricia tienen inversiones? ¿O a través de sus ahorros en

bancos que invierten en ellas? Les aseguro que pocos en esta sala podrían dejar de levantar la mano si supieran las raíces profundas que nutren la abundancia y el privilegio de los países dominantes. Piensen en ello. Mientras he querido transmitir esa voz de los ausentes que sufren la avaricia del sistema, han muerto tres personas. Ustedes laten la bondad de la humanidad bajo sus piel, todos la sentimos, dejen la fluir y romper las crueles barreras de la avaricia.

La sala quedo enmudecida, Aimsa estaba mirando fijamente al panel, sin severidad pero sin humillación, no mendigaba. Clamaba justicia. No demandaba. Apelaba a la humanidad que a todos unía. El silencio se fue transformando en un rumor y en algunos aplausos aislados con gritos de "¡tratamiento para todos!".

El moderador del panel tomó la palabra:

-Este es un congreso científico. A todos nos duele la pobreza en el mundo. Pero no es nuestra función aquí solucionarla. Ni podríamos hacerlo. Les ruego que limiten sus preguntas a los aspectos científicos que estamos tratando y respeten la honestidad de estos científicos que se esfuerzan en descubrir formas de luchar contra esta epidemia.

Aimsa salió lentamente de la sala. Jonay salió por otro pasillo. Se encontraron en la salida y se dieron un abrazo emocionado.

-Ni en mil vidas habría encontrado a nadie con tu luz para el mundo, Aimsa. Debes estar en el centro del cambio hacia una nueva Humanidad, y yo estaré siempre a tu lado. Mientras lo desees.

-Lo haremos juntos, Jonay. Los tres. Sin vosotros nada tendría sentido.

Un grupo de unas veinte personas le rodeaban a Aimsa. Jonay se fue

retirando del abrazo y llevándose a Nour, mientras representantes de diversas organizaciones rodeaban a Aimsa y le hacían preguntas.

Las palabras de Fernando volvieron a hacer eco. Jonay sabía que adaptaría su vocación profesional, su vida entera, a esa mujer que llevaba la fuerza de la humanidad en su alma.

Se mantuvo discreto a unos cincuenta metros, sentado en el suelo y mirando por las ventanas del centro de conferencias al inmenso Océano Pacífico. Nour se había despertado asombrada y curiosa ante ese sonido parecido a la lluvia que salía del golpear de manos de todas aquellas personas. Aimsa se reunió con ellos unos diez minutos después.

-Es maravilloso lo que has dicho Aimsa. Has traído la voz de los olvidados a este gran circo de vanidades e intereses, que en nombre del SIDA, mantiene un gran negocio.

-Hablo con tu fuerza en mi alma, Jonay.

-Pero dime, Aimsa: ¿nos queda el agua de NoLwasi, no? ¿Cómo vamos a presentar los resultados en este templo del dinero, las moléculas y los "dobles ciegos"³⁰?

-Jonay. He estado leyendo sobre las posibles bases moleculares que explican el efecto del agua de NoLwasi. Creo que se debe a un efecto de las primeras moléculas de las lágrimas de Anwele, infectadas por un virus galopante entonces en su cuerpo. Esas moléculas han sido diluidas hasta tal extremo que sólo han quedado en ese agua mágica la "huella" y su influencia en la distribución espacial y energética del agua. Cuando entra en la sangre, esas estructuras geométricas y energéticas paralizan al virus

³⁰ Método de investigación por el que se dividen a los sujetos de un experimento en dos grupos, con el tratamiento y sin él, y sin que el que divide y administra el trata lento ni el que observa los resultados, sabe el grupo en el que esta cada sujeto, para no influir los resultados.

por simetrías magnéticas. Tiene relación con la expresión material de las dimensiones cuánticas. Pero aún la ciencia no ha avanzado para entenderlo y simplemente lo rechaza. Hay algo mágico e inexplicable en lo que rodea al tratamiento de NoLwasi. Nadie lo entendería aquí. Ni lo respetaría.

-Bueno, al menos tenemos esa esperanza y la del maravilloso mundo mágico de NoLwasi. Aunque aquí no lo puedan entender. Podemos aliarnos con los movimientos de homeopatía.

Aimsa se quedó mirando al suelo, con expresión grave. No pudo disimular su dolor. Desde que había leído el sobre que le había entregado Michael con los resultados de Anwele, no sabía cómo decírselo a Jonay.

-Jonay. Tengo algo que decirte. No son buenas noticias

-¿Qué ocurre?

-Michael me ha entregado los últimos resultados de los análisis de sangre de Anwele. El virus está invadiendo de nuevo su sangre, su inmunidad está debilitándose rápidamente, el agua y las hierbas de NoLwasi, han dejado de funcionar. No sé por qué. Por eso también hable aún con más fuerza en esa sala.

Jonay no dijo nada. Le pidió a Aimsa dar un paseo él a solas. Tras abrazarla a ella y a Nour, salió en dirección al océano. Desde niño Tenía la costumbre de llevar un bañador como ropa interior, con el que en cualquier momento o lugar podía correr o nadar. Corrió por la costa hacia el sur buscando una entrada al mar. Encontró una pequeña cala. Dejo su ropa oculta en una roca y entro en el frío océano. Sus lágrimas de rabia se diluyeron en el inmenso océano. Como las de Anwele en la mágica dilución de NoLwasi. Mientras nadaba, pensaba en Anwele y su lucha, en Nothando abrazada a ella en la cama del dispensario, en los cientos de pacientes que tenían en tratamiento,

en el espíritu de NoLwasi uniendo la sabiduría y magia de los antepasados con la esperanza de su pueblo para sobrevivir a la plaga. ¿Qué sería de ellos? Lloró con rabia mientras nadaba hacia alta mar. Agotado por el esfuerzo y entumecido por el frío océano, paró y gritó con todas sus fuerzas rodeado por la fuerza del mar.

-¿Por qué? ¿Y ahora qué? ¿No tienes suficiente.?

Se dio cuenta de que increpaba a Mkulumkhulu como sus hermanos *ndebeles* y *kalangas*.

Volvió a la cala donde había dejado la ropa, dejó que la brisa del mar le secase, y volvió con una extraña sensación de fuerza y paz, hacia el congreso. Encontró a sus dos princesas sentadas a la entrada.

-Discúlpame Aimsa, necesitaba llorar de rabia, sólo, lejos.

-Te entiendo, Jonay. Ahora llora conmigo y apóyate en mi fuerza, recibe mi calor, funde tu alma dolorida en la mía.

Se abrazaron y salieron del congreso para dirigirse a la casa del pintor.

Al día siguiente, se acercaron con pocas ganas al congreso. Si no había justicia, la ciencia sólo aumentaba la injusticia. No querían ser cómplices de un mundo cruel. Al entrar vieron a Juan.

-iAimsa, Jonay! ¿Cómo estáis?

- Algo decepcionados, para serte sinceros.

-No pude ir a la conferencia de transmisión de madre a hijo pues exponía sobre los efectos tóxicos de los antiretrovirales. Pero he oído ya a tres

personas hablar sobre el mensaje de "la mujer del sari". Has causado más impacto del que crees, Aimsa. Aunque no hayan reaccionado y este y todos los congresos sigan vinculados y pagados por la industria del monopolio, has sembrado una semilla fuerte en las conciencias de miles de personas. A mí me habéis hecho pensar mucho. Quiero proponemos algo.

-Gracias Juan, dinos.

-Yo trato enfermos de SIDA en el rico norte. Vosotros intentáis aliviar enfermos de SIDA en el sur empobrecido. Quiero que unamos esos dos mundos. El acceso a tratamientos que preservan la vida en mi mundo, y el sentido de la vida que preserva la solidaridad, la unión, en vuestro mundo. Nos necesitamos mutuamente, y el puente debe prender o aliarse a movimientos de justicia.

-Todos estamos unidos, todos somos la misma energía. Atrapada y disgregada en trampas del tiempo y lo que nuestra mente crea como realidades.

Dijo Aimsa.

-Eso es. No llego a tu profundidad espiritual. Pero creo entenderte, Aimsa. Lo que planteo es quizás banal, menor, pero la semilla que sois capaces de plantar en las conciencias de las gentes, debe llegar a muchos más. Querría organizar médicos y otros profesionales para que pasen temporadas en vuestro hospital, aprendiendo y a vuestras ordenes, y traer medicamentos y cualquier cosa que sea útil. Estoy convencido de que cada uno de ellos, al conocer aquella realidad, sería una fuente de solidaridad ya de movimiento por la justicia. Y mientras tanto, traeremos medicamentos aunque haya que saltarse muchas barreras. La lucha por la vida lo justifica todo. Está en nuestro juramento hipocrático.

-Gracias Juan. Es una idea preciosa. Tendremos que ver buen la logística,

viajes, donde acogerles, los registros como médicos en el país, la importación de medicamentos. Pero intentemos lo. Te lo agradezco con el corazón.

-Soy yo quien agradece vuestra entrega a los más necesitados.

Fueron a varias sesiones menos científicas, más sociales. Cuanto más se hablaba de justicia, más oscuro era el color medio de la piel de los asistentes.

Asistieron a conferencias demoledoras: si seguía en la tendencia actual la epidemia, modelos demográficos hacían predecir un descenso de la esperanza de vida setenta a cuarenta años en Zimbabue. De ser el sistema modélico de salud en África, al país de menor esperanza de vida saludable en el mundo. Ante cierto conformismo doloroso de la ausencia de acceso a los nuevos tratamientos combinados, tampoco a la simple zidovudina y a menudo ni siquiera a antibióticos con los que prevenir o paliar infecciones oportunistas, muchos estudios en África se centraban en la prevención. En Tailandia habían disminuido de forma muy clara la transmisión del virus mediante la intensa distribución de preservativos. Algo parecido parecía empezar a verse en Uganda. Pero la sangría humana aumentaba año a año en África y era difícil no sentir más y más rabia al ver la brecha entre los dos mundos, entre la vida, y la muerte.

Al salir ese día, Aimsa se encontró con James , un activista conocido de Act-Up. Les animo a ir a un acto en el que Erik pronunciaba un discurso y luego se entregaban, simbólicamente, urnas de oro, a actores que causaban o perpetuaban la injusticia del SIDA. Entregaron esas vergonzantes urnas a la las compañías de Abbott beneficiándose de precios altísimos del *ritonavir*, *serono* y *BTC* por los mismos abusos económicos con la hormona del crecimiento y la *oxandrolona* respectivamente, que paliaba el efecto de diarrea crónica y caquexia, debilidad extremas, a Hoffman La Roche por lo

mismo con el *saquinavir* y a Merck con su *criziban*. También criticaron a Francia, Canadá, Estados Unidos y Rusia, por exigir el test del SIDA a los inmigrantes y negar la entrada a los infectados. Claro, ninguno de los agraciados acudió al acto.

Al salir de la reunión, se acercó a Aimsa un abogado llamado Zachie con una camiseta de la campaña de acceso al tratamiento, "*Treatment Access Campaign*" (TAC), de Sudáfrica. Le acompañaba un hombre de unos cuarenta años llamado Eric y que llevaba una camiseta de la organización Médicos Sin Fronteras.

-Enhorabuena por su intervención de ayer. Ha emocionado a unos cuantos y sembrado cuestiones de conciencia en muchos más.

-Yo sólo digo algunas conclusiones sobre la injusticia y la salud. Y no sólo en SIDA, sino en todas las enfermedades. Quien realmente trabaja día a día por aquellos que el mundo ignora es mi compañero e inspiración, aquí a mi lado, el Dr. Harris.

-¿Dónde trabajan?

-En el sur de Matabeleland, en Zimbabue. ¿Y ustedes?

-En los arrabales de la Ciudad del Cabo. Sobre todo en uno llamado Kaleyitsha. ¿Cómo están luchando en Zimbabue para el acceso al tratamiento?

-Intentamos hablar con el ministro Stamps y animar a la importación desde la India o a la fabricación en parte por los laboratorios públicos llamados PLABS, pero aún no tenemos respuesta. Parece que aún hay una cierta negación de la epidemia, unida a una tensión creciente por expropiaciones de tierras a los blancos,, extrañas intrigas de Mugabe apoyando a Kalinda en la guerra de Congo y casos de violencia contra miembros de la oposición.

Son momentos estos de mucha turbulencia, y al SIDA no se presta la importancia que merece. Incluso lo han llegado a asociar con la homosexualidad y a esta con una desviación perversa y castigada con cárcel.

-¿Vosotros que hacéis?

Dijo Aimsa.

-También vivimos una etapa confusa, con ideas desde líderes del Congreso Nacional Africano de que el SIDA es un invento occidental y se cura con dietas, hierbas, ajos. Pero creemos que tenemos a Mandela como aliado. Además, hemos conseguido que en cuatro años se celebre el congreso internacional en Durban, y los políticos querrán dar una buena imagen.

Dijo Zachie.

-¿Pero cómo estáis intentando conseguir accesos medicamentos?

-Ahora de dos maneras, a ver si aliamos fuerzas: presionamos al gobierno de Sudáfrica para que importe medicamentos de India y de Brasil, que fabrican genéricos de las nuevas patentes a cuyos propietarios ha entregado Act-Up la "urna de oro". Podemos conseguir medicamentos de Brasil, hasta cinco veces más baratos que los protegidos por patentes y de India, incluso diez veces más baratos algunos de ellos. De entrada el gobierno parece estar decidido a importar zidovudina de Brasil, y otros de la India.

Dijo Zachie. Siguió Eric.

-Nosotros vamos a dar tratamientos mediante la importación directa de zidovudina de los laboratorios públicos de Brasil, Farmamanguinhos.

-¿Y cómo han reaccionado los laboratorios?

Preguntó Jonay.

-Pues han amenazado de llevar al gobierno de Sudáfrica a juicio. Pero mientras tanto, debemos conseguir medicamentos para la gente, importándolos o incluso pidiendo a Aspen, una gran empresa de fabricación de genéricos, que lo fabrique a bajo coste.

Aimsa recordó con su memoria fotográfica que Aspen era una empresa billonaria, estaba ligada de forma indirecta a De Beers, a Netcare, y además parecía que evadía impuestos y blanqueaban dinero en cuentas ocultas suizas.

-Vigilar de cerca los acuerdos de Aspen con las patentes,
Dijo Aimsa.

- Os mantendremos informados, debemos unir nuestras fuerzas. Podríamos importar zidovudina para Zimbabue también, y toda la región.

-Lo hablaremos con el Ministro Stamps en cuanto volvamos.

Se despidieron como compañeros en lucha, y se fueron del congreso. Sentían que ya no tenían más que decir en un lugar donde la ciencia y el dinero parecían ignorar a la justicia y las personas.

Aprovecharon dos días para visitar las islas de la costa oeste frente a Vancouver. Se encontraron con un escritor canadiense al que habían acogido un año atrás en su excursión por Matabeleland. Se llamaba Tony. Aimsa le había ayudado a pensar en una iniciativa para su "*give back*". Habían comprobado dos cosas en Matabeleland: que las mujeres andaban unas tres horas de media al día, yendo a por agua, leña, al mercado, a los campos, a la escuela, al mercado y a otras tareas y lugares. Y en segundo lugar, que tenían excelentes habilidades haciendo jerséis de punto. Idearon pues un sistema por el cual daban en Ukuzwana agujas de punto, ovillos de lana, clases de hacer punto, prácticas de hacerlo mientras caminaban, y un

sistema de precios para venderlos en Canadá para darles la mitad a quien lo hacía y la mitad para la cooperativa en su compra de materiales y en programas de desarrollo local. Había ido estableciendo en Canadá una red de tiendas interesadas que compraban por veinte dólares canadienses cada jersey de lana, informando del origen de dichos jerséis y el apoyo a las mujeres y sus proyectos de desarrollo.

Fueron a su casa, una pequeña cabaña de madera, pero con una avioneta y una pista de tierra para despegar y aterrizar. Tony tenía depresiones desde que se separó de su mujer y un hijo adoptado de tribus indias originales de Canadá, se había ido hundiendo en el mundo de las drogas. El médico le había prohibido volar sólo hacia el Norte, hacia los inmensos bosques nórdicos. Temía que la inmensidad y la belleza le absorbieran y nunca volviese. Pero con Jonay, Aimsa y Nour, viajaron durante tres horas hacia el norte en la pequeña Vissner roja. Jonay y Aimsa aún recordaban su viaje de unión en el ultraligero por encima de las cataratas Victoria.

Sobrevolaron inmensos bosques, ríos y lagos plenos de pureza glacial, praderas donde pudieron aterrizar, montañas majestuosas. Durmieron dos noches en una tienda de campaña en medio de aquella inmensa y virgen naturaleza. Hablaron de la vida, de la naturaleza, del amor como la única auténtica armonía con la belleza.

De alguna manera, la rabia que sintieron en el "congreso de la injusticia", se tamizó con la belleza e inmensidad de la naturaleza. En sus almas sabían que aquella alianza con el amor y la belleza trascendería a las miserias y perversiones de quienes vivían con el miedo y sus espirales de avaricia, propiedad e injusticia. Tenían que derretir la armadura de miedos que ahogaba la auténtica naturaleza de amor y compartir.

Plenos de esperanza en la vida se despidieron de Tony y emprendieron viaje hacia Berkeley.

LXIII. ¿Conocimiento sordo al grito de la pobreza? Berkeley, 1996

Apenas habían llegado Jonay y Aimsa a casa de Rob cuando recibieron una llamada de Patxi informando les que Anwele, estaba grave. Decidieron reducir su estancia a dos días en los que Aimsa le mostró a Jonay los lugares clave de su vida en aquel centro del pensar. Pasearon por *Shatuck* y *Telegraph*, subieron al *Rose Garden* para ver la vista de la bahía y el *Golden Gate*, comieron en el café de la gratitud, vieron su viejo barco en la marina y, sobre todo, pasearon por el campus de la universidad bajo la atenta mirada del *Campanile*. Fueron a una charla sobre los daños del cambio climático y asistieron a un concierto de *Handel*.

Sally, su amiga de la calle, había muerto el invierno pasado. Falleció en el "parque de la gente" abrazada a una foto del hijo que consumió la droga. Con él de fue el alma de Sally mucho antes que quedase dormida en el parque para siempre. Como llevaba consigo el primer teléfono y dirección de Aimsa en Berkeley, la casa de Rob, le llamaron a él, quien fue el único asistente a su funeral. Aimsa mandó a Rob desde Zimbabwe un dinero para un gran ramo de violetas y para los gastos de una sepultura. Al menos muerta, Sally tenía su lugar entre la sociedad y una frase que decía "ya estamos juntos, James".

Se reunieron el segundo día a cenar en casa de Rob y Kathy, con algunos amigos entrañables comunes, como Richard y Marc, quien tenía carga indetectable de virus en sangre al estar en tratamiento combinado y estaban sanos y más enamorados de la vida y entre ellos que nunca; Michael quien había vuelto también de Vancouver, Frank, uno de sus amigos ecologistas y quien ahora vivía en el antiguo barco de Aimsa y Henry, del grupo de apoyo al Salvador, ahora vinculado a otros procesos de liberación

en Latinoamérica, en especial en Guatemala. Vinieron también dos amigos del departamento de ciencias políticas; Steve, el genio de los ordenadores que ahora poseía una gran empresa con el símbolo de una fruta; Carol, con quien Aimsa había compartido debates a su llegada a Berkeley en el café "free speech" sobre la evolución de la vida, Gordon, un amigo de Rob y de Steve, y otro amigo común llamado Raymond.

Gordon, un hombre de unos setenta años, había contribuido en los años cincuenta a descubrir el papel semiconductor de la arena y fundar Fairchild, en el origen del incipiente "*silicon valley*" al sur de Berkeley. Silicon Valle se había convertido en la fuente del conocimiento que había revolucionado la comunicación multiplicando la velocidad con que el mundo generaba y transmitía su información y conocimiento. Explicó su famosa ley de Moore que llevaba casi medio siglo confirmándose: cada dos años se duplicaba el número de transistores por circuito, llevando a un crecimiento exponencial de la capacidad de comunicación.

Raymond intervino para decir que según dinámicas de quantum de un inglés llamado Penrose, la capacidad de proceso de los ordenadores aumentaría de forma mucho más rápida hasta superar a la capacidad del cerebro humano.

Jonay, incómodo por esa aseveración, dijo:

-Ray. Creo que cualquier máquina que podamos desarrollar, no podrá acercarse a la maravilla del cerebro humano. Tenemos cada uno unas veinte mil millones de neuronas, y cada una unas diez mil conexiones que registran, de forma única, toda experiencia sensorial, consciente o inconsciente, pudiendo registrar la información correspondiente a veinte millones de libros. El registro más dinámico, que además da forma a como nuestro cerebro funciona e interpreta el mundo, ocurre en el primer año de vida, durante el cual se triplica de tamaño. Por eso le estamos escribiendo

un libro a Nour, en el que le describimos lo que ocurrió a su alrededor en este tiempo tan intenso en su crecimiento que no puede guardar ninguna memoria consciente, sino en formas mucho más profundas de su pensar, que condicionaran su existir.

Aimsa, con Nour en sus brazos, recordando su discurso hace ya tantos años en el Ashram, añadió:

-No sólo nuestra mente es profundamente compleja y maravillosa. Apenas desarrollamos una mínima parte de su potencial, ni de nuestra capacidad de sentir, de amar y de conectáramos con la espiritualidad. Somos más energía que materia, energía sin dimensiones de tiempo ni espacio. Una energía que une todo el universo ya todos los multiversos que crea la razón. Transcendiendo al atrapamiento en materia conectamos con nuestra autentica naturaleza, más allá de la limitada realidad y limitada razón. Pero más que nada, ¿de qué nos vale nuestra razón si nos lleva a destruir la naturaleza y a crear enormes diferencias y sufrimiento entre seres humanos? Mientras estamos hablando en este privilegiado rincón de recursos y conocimiento, están muriendo personas en donde vivimos en África, por falta de la más mínima solidaridad.

-Por eso, Aimsa, tenemos que seguir explorando los límites del conocimiento para permitir vidas más saludables y felices para toda la Humanidad. En su estado material, esos quantum que transitan entre la dualidad de la materia del pensamiento y la energía espiritual nos permiten desarrollar la inteligencia artificial a extremos de la complejidad del pensamiento, la creatividad y hasta el sentimiento humanos. Yo he estimado que tal capacidad en su conjunto planetario, se alcanzará en unos treinta años.

Rob, el anfitrión y nexo común entre aquellas mentes privilegiadas de aquel momento histórico de la Humanidad, se dirigió a Ray:

-Pero, Ray, como dice Aimsa, ¿para qué? El progreso también ha causado inmenso dolor, injusticia y destrucción del planeta.

-Cada vez menos. Esta nueva Humanidad basada en el conocimiento inteligente. Por ejemplo, estamos desarrollando aplicaciones en la lectura de textos y otros adelantos para los invidentes.

Contó su reciente encuentro con Stevie Wonder y las ideas que le había inspirado. Le dijo a Jonay que estaba desarrollando muchas técnicas de ayuda en la distancia a la práctica médica y que estaba convencido del futuro de la nanotecnología medica que repararía los miles de continuos defectos del DNA, el origen de muchas enfermedades y del envejecimiento.

Carol recordó sus discusiones con Aimsa diez años antes sobre la base de la vida y las proteínas que descubrió en el laboratorio por entonces, con apenas veinte y tres años, llamadas telomerasas, y de su función en añadir trozos de DNA a los extremos de los genes, evitando el envejecimiento del que hablaba Ray.

Steve explicó como su empresa intentaba llevar esa capacidad de facilitar nuestra vida por la computación, a cada hogar, cada persona, pero el mundo comercial estaba lleno de intereses y egoísmos. Desde que vio a Aimsa la última vez había desarrollado los ordenadores son aquella cuchara convertida en el ya famoso "ratón" y una forma gráfica de interactuar con el ordenador de forma intuitiva, hasta divertida. Pero había tenido que vender sus acciones, menos una, y cambiar de trabajo. Había desarrollado esta vez un programa de animación y estaba preparando películas animadas que revolucionarían la historia del cine y la diversión. También contó que estaba considerando volver a levantar la empresa del nombre de la fruta y llegar a un acuerdo con Bill para hacer compatibles los dos mundos que dominaban el mundo de los ordenadores.

Aimsa volvió a decir lo peligroso de crear mundos virtuales ignorando la maravilla de la naturaleza, y los retos humanos auténticos. Frank recordó la barbarie que la industria agroalimentaria hacía con la salud de las personas y del planeta, y Henry habló del genocidio del gobierno americano a pueblos que luchaban por su libertad en Latinoamérica. Relató la actividad, a su juicio criminal, de la llamada "Escuela de las Américas" y la hipocresía de mantener dictaduras sanguinarias y pregonar a la vez democracia y declaraciones internacionales de derechos humanos que continuamente evitaba firmar.

Todo ello creó un clima algo incómodo entre aquellos líderes del conocimiento humano y sus horizontes de llegar a controlar el cerebro y la biología humanas, pero ajenos, desde sus Palacios del saber a la cruel realidad de la pobreza, los intereses del poder y la violencia en el mundo

Para suavizar el debate, Gordon habló de su actividad reciente en una compañía llamada Gilead, dedicada al descubrimiento de nuevos medicamentos, y de las esperanzas en nuevos fármacos contra el SIDA.

Jonay había aprendido en Arguamul algunos acordes de guitarra con Fernando, y animado por Rob canto a la guitarra la canción de *Imagine*, intentando transmitir a esas personas, que aceleraban en el mundo el potencial tanto de seguridad como de autodestrucción, las claves de la unión de la humanidad, sin fronteras de religiones, países y sobre todo, en la génesis de toda esa frenética actividad innovadora, de propiedades e inmensos beneficios. Mientras cantaba, sentía como algunas de las personas presentes en aquella discusión, estaban amasando inmensas fortunas personales que se invertían más y más en un conocimiento y acumulo de poder saciable, mientras otra parte del mundo, como su querido Ukuzwana, seguía ignorado y hundiéndose en el dolor.

Al día siguiente Jonay se levantó con unas molestias de espalda, posiblemente de tan largos viajes. Aimsa mantenía con el yoga más ágil y flexible su cuerpo. Rob le convenció y, mientras Aimsa acudía con Nour a un templo budista, le llevó a una sesión de acupuntura en una clínica comunitaria de Oakland, de camino a una reunión en la universidad de Ukuzwana. Allí conoció a una mujer de mirada gris y dulce, llamada Lisa, que le trató con gran dulzura y por la voluntad. Jonay sentía, como le había dicho tantas veces Aimsa, las contradicciones de aquel mundo tan injusto como solidario, tan innovador como destructor. Lisa le preguntó sobre su salud y sus molestias, le tomó el pulso y exploró la lengua, poniéndole después unas agujas en los tobillos y en las muñecas. Después de la sesión, y mientras Rob volvía, Jonay le invitó a Lisa, interesada en saber de la situación en África, a un café. Sentía gran curiosidad por ese saber ancestral ausente de su formación como médico. Aunque no sabía su futuro en Ukuzwana, y se sentía "en transición", intuía que la acupuntura podría hacer mucho bien en África

-Dime Lisa, ¿hay un sólo tipo de acupuntura?

-No, aunque tienen fundamentos comunes, hay Japonesa, coreana, y la acupuntura China clásica

-¿Y tiene conexiones religiosas o filosóficas?

-Sí. Está relacionada con el confucianismo, centrado en el hombre en la sociedad; el taoísmo, que gravita en torno a la armonía con la naturaleza y el budismo, basado en la tolerancia y la confianza en nosotros mismos. Todos estos pensamientos filosóficos tienen en común que conciben el mundo como un todo que se relaciona entre sí. Y así aplican la medicina tradicional china, basada en los *zang-fu*, órganos del cuerpo, y los cinco elementos: madera, fuego, tierra, metal y agua.

-¿Y cómo funcionan los canales de energía y las agujas que me has puesto?

-La energía de la vida, llamadas *ch'í*, o *qi*, fluye por el cuerpo a lo largo de unos catorce canales llamados en chino *king* y que relacionan a los doce órganos además de reflejar el canal de la concepción, en la línea media de nuestro frente, y el gobernador, en la línea media de nuestro dorso.

-¿Y cómo identificáis los puntos donde ponéis las agujas?

-Hay más de trescientos cincuenta puntos en los canales llamados *Jing Xue*; otros fuera de los meridianos llamados *Qi Xue*; y los puntos dolorosos o *Ashi Xue*.

-Y dime, Lisa, ¿cómo funcionan las agujas en esos puntos?

-La medicina china considera que la enfermedad es un desequilibrio entre las dos formas de energía -*qi*, el yin y el yang. Cuando te he aplicado las agujas intentando reequilibrar la energía.

-Supongo que, como la medicina tradicional en África, ¿es una práctica privada de curación?

-Pues te diré que tenían un buen sistema de control: en la antigüedad, los médicos chinos cobraban por mantener sanos a los pacientes y si enfermaban, dejaban de cobrar, además de caer en desprestigio. Por ello, se esforzaban en promover formas de vida saludable. Ahora, como tantas cosas, se ha ido mercantilizando aunque aún quedan lugares donde se mantienen las viejas y nobles tradiciones. Pero dime, Jonay, ¿crees que yo podría ser de utilidad en algún lugar necesitado en África rural?

-Claro que sí. Si lo deseas, podrías venir a Ukuzwana y podemos seleccionar algunas enfermedades que tratemos a la vez. ¿No sé si habéis ido tratando

a pacientes con SIDA aquí con acupuntura?

-Pues si tratamos muchos de sus síntomas como el cansancio, la diarrea, los picores, e incluso hay gente que dice que aumenta las defensas y que en algunos casos ha curado las infecciones de hongos o tumores como el Kaposi.

Se despidieron y quedaron en escribirse para ver cómo podría Lisa ir a Ukuzwana y ayudar con esas técnicas milenarias. Jonay hablaría con el ministro Stamps para considerar si se podía introducir la acupuntura como forma de tratamiento en el sistema de salud en Zimbabue, y si Lisa podría dar una charla sobre ello.

Al día siguiente, Jonay, Aimsa y Nour tomaron el avión de nuevo. Esta vez iban directos, sin largas escalas, a Londres y de allí a Johannesburgo. Algo les hacía sentirse tristes de haber visto el contraste entre dos mundos, la injusticia de como uno anclado en la abundancia desoía al otro, hundido en la pobreza. Sentían que aquel dinamismo del norte de California, la región del mundo con más patentes, iniciativas, innovaciones y nuevas propuestas para el conocimiento y la vida más segura y materialmente cómoda de los hombres, parecía desconectado de las necesidades de sobrevivir de la gran parte del mundo, ajeno a esa vorágine del saber y del consumir. Y todo ello se reflejaba en el sombrío destino que esperaba a su buena y valiente amiga, Anwele.

En el aeropuerto de San Francisco, Jonay pudo conseguir un diario español y leyó con asombro las cifras millonarias de los traspasos de futbolistas entre equipos. Tomó papel y lápiz, hizo unos cálculos siguiendo el ejemplo de Aimsa, y escribió una carta en que contrastaba esas cifras millonarias para que una persona cambiara el color de su camiseta mientras daba

patadas a un balón, mientras otras morían sin acceso a tratamientos³¹. Calculó que un traspaso de un famoso jugador de La Coruña al Barcelona, costó tanto como hubiera costado el medio millón de tratamientos a las madres embarazadas e infectadas durante tres años para prevenir una buena parte de los casos de transmisión de madre a hijo, y así prevenir unas ochenta mil infecciones en niños y sus trágicas sentencias de lentas y angustiosas muertes.

¿Valía más que un hombre cambiara el color de su camiseta al dar patadas a un balón, que la vida de ochenta mil niños? Parecía que en la sociedad enloquecida que dominaba el mundo... así era...

31 http://elpais.com/diario/1997/09/01/opinion/873064806_850215.html

LXIV. La huella de la valentía de Anwele, Ukuzwana 1996

Los Harris volaban entre San Francisco y Londres. Mientras Jonay se dedicaba a cuidar de Nour y a escribir la carta al periódico español sobre el contraste entre los traspasos millonarios del fútbol y la pobreza y la muerte por SIDA en África, Aimsa leía un informe que Rob le había dicho debiera conocer.

Se trataba del segundo informe del panel inter-gubernamental sobre cambio climático, que llevaba trabajando durante la década de los noventa en analizar la evidencia científica del efecto del hombre en el clima y la tierra. Ya el primera informe en 1990 fue revelador, pero Rob le recomendaba a Aimsa que leyese el segundo informe recién publicado y que viese como podría contribuir. Los informes se preparaban mediante la aportación voluntaria de miles de científicos, para las Naciones Unidas. En principio Aimsa se sintió incomoda al sentir que entrar con pasión y profundidad en otro reto humano le podría alejar de su compromiso con la lucha contra el SIDA y la trama de avaricia mundial causando tanta injusticia e inmoralidad. En nada parecía el SIDA relacionarse con el clima y la ecología.

Pero Aimsa tuvo una intuición.

Era agosto y sobre volaban el norte de Canadá, Terranova y cruzaban Groenlandia. Por su memoria fotográfica pudo intuir que en su vuelo de ida un mes antes, la superficie glaciaria era mayor. A pesar de la altura del vuelo, vio una imagen que parecía la de un oso polar aislado en un islote aislado de hielo en el océano. Abrió el informe y comenzó a leer los tres volúmenes del informe, empezando por el de la "evidencia científica". Mientras lo leía, su atención fue creciendo e invadiendo sus sentidos. La evidencia parecía muy sólida demostrando que los crecientes niveles de dióxido de carbono a

consecuencia de la forma de vida humana, era el factor que más contribuía al aumento de la temperatura de la Tierra.

Imaginó entonces a la Tierra como a la pobre Anwele, hacia quien volvían con temor de enfrentarse a su sufrimiento y destino.

El cuerpo de Anwele había sido invadido por el virus transmitido desde fuera, por el semen infectado de otra persona y por un acto mágico de unión, pero mancillado por la falsedad. La Tierra había sido invadida por la Humanidad, producto de la evolución de miles de millones de años de vida, esa firma de existir basada en la diversidad genéticas of la reproducción, mezcla de genes y de su adaptación para perpetuarse. Esa génesis de vida parecía proceder de materiales transmitidos a la tierra por un meteorito procedentes de otros sistemas solares.

A juzgar por los estudios que Michael había hecho, Anwele tendría unos cinco mil virus por cada mililitro en sangre, es decir unos veinticinco millones en la sangre pero muchos más ocultos en las células por todo el cuerpo, y blindados a todo ataque en el sistema nervioso central. La población de virus de Anwele se había multiplicado por diez en el último año. La Tierra estaba invadida por la Humanidad, por unos seis mil millones de personas y había doblado su población durante el tiempo de la vida de Anwele.

Los virus del SIDA invadían las células del cuerpo de Anwele. Utilizaban a las partes del cuerpo humano, sus células y sus recursos genéticos y metabólicos, para reproducirse de forma exponencial, enloquecida. De esa manera, destruían más y más células e iban acabando con la vida de Anwele, buscando a su vez una forma de invadir otros cuerpos y continuar su proceso de reproducción y destrucción. De manera similar, la Tierra era invadida por los seres humanos. Utilizaban sus recursos de los campos y del mar, minerales y biológicos, a un ritmo exponencial y destruyendo a su

generoso huésped, en el que se agotaba la vida poco a poco. También la especie humana buscaba otros planetas, quizás conscientes de su efecto destructor y la agonía de su generosa madre Tierra.

El virus del SIDA en Anwele tenía una actividad especialmente dañina: atacaba a una parte del cuerpo, el sistema inmunológico, que había ido almacenando la memoria de la vida de Anwele en relación con lo que le rodeaba, con la vida exterior. En la Tierra, los hombres habían ido descubriendo el tesoro de los fósiles de la vida en la Tierra, almacenados cuidadosamente durante miles de millones de años. La avaricia humana estaba quemando, destruyendo sin escrúpulos, ese tesoro de la Tierra, el cementerio de su vida, venerado en sus entrañas, en un tiempo equivalente a una millonésima parte del tiempo en ser creado.

El cuerpo de Anwele, destruyéndose por el efecto de reproducción y consumo enloquecido de miles de millones de virus, reaccionaba con sustancias acopladas al virus, que producían fiebre, un calentamiento de su cuerpo para intentar detener la invasión destructora de su cuerpo. La Tierra, destruyéndose por el efecto de reproducción y consumo enajenado de miles de millones de seres humanos, reaccionaba a una sustancia producida en exceso por la destrucción del tesoro fósil, el dióxido de carbono, que acoplada a la atmósfera de la Tierra producía un efecto invernadero y un proceso de calentamiento. La Tierra tenía fiebre.

NoLwasi y Jonay habían intentado diferentes tratamientos para paliar ese efecto destructor del virus. Desde la química de sustancias de hierbas o medicamentos derivados, para parar sus efectos o los de sus aliados, infecciones oportunistas, a la mágica acción del agua de NoLwasi, que llevaba grabada la marca del virus y actuaba por un efecto geométrico y energético aún desconocido para la especie humana. Muchas comunidades indígenas en armonía con el medio ambiente, y otras más recientes como las eco aldeas espirituales de Valentía y Ternura, habían ido proponiendo

formas de vida en armonía, pero sus voces eran ahogadas por la avaricia de poseer y destruir de una parte de la Humanidad que dominaba al resto y dañaba irreversiblemente al planeta.

¿Cuál era la esperanza de Anwele? Aimsa sabía que dependía de la conciencia humana de sensibilidad ante el sufrimiento de otras personas y de la justicia de evitar el daño de quienes lo perpetuaban. Precisaba de hacer llegar los avances del conocimiento, los nuevos tratamientos combinados, de momento blindados por los que preferían el beneficio y el poder, a la vida y la solidaridad. Lucharía por ello con todas sus fuerzas.

¿Cuál era la esperanza de la Tierra? dependía también de la conciencia humana, de la sensibilidad al sufrimiento de la Tierra, y de la justicia de evitar el daño de quienes no la respetaban. Precisaba de un sistema que volviese a la armonía de los seres humanos entre ellos y con la Tierra, volviendo a equilibrios anteriores o utilizando con inteligencia, respeto y equilibrio, los recursos de la madre Tierra. Lucharía por ello con todas sus fuerzas.

Antes aún de leer el informe, Aimsa había estructurado la lógica de las relaciones eco humanas, y las había vinculado mentalmente a la física cuántica, la biología, la antropología, la filosofía, la socio política, la economía, las ciencias de la información, la biotecnología y las relaciones internacionales.

El informe estimaba proyecciones de futuro sobre el aumento de temperatura media mundial y la subida del nivel del mar. Estimaba también las consecuencias de estos y otros procesos relacionados con la producción enfermiza de dióxido de carbono, en la vida del planeta, incluida la vida humana.

Llegaron así, tras escalas en Londres y en Johannesburgo, a Bulawayo,

donde les esperaban en el aeropuerto Haka y Helen. NoLwasi y Patxi se habían quedado en Ukuzwana, algo que extraño a Jonay.

-Dime Haka, ¿es por Anwele que no han podido venir, verdad?

-Sí, Jonay, está muy débil, estamos temiendo lo peor.

La tristeza les invadió a todos y apenas sin hablar avanzaron hacia Ukuzwana con sus miradas nubladas por el dolor.

Para intentar distraer a la mente, Haka les puso al día de su trabajo desde que había vuelto de Israel y Suiza. Había sembrado aquellos países y también muchos otros a través de los artículos de Nadine, de artículos anónimos y libros sobre las tramas de tráfico de niños y de órganos para ricos sin escrúpulos, de recursos naturales en monopolio, de especulaciones bancarias parásitas del esfuerzo humano noble. Pero había preferido estar junto a Helen y a la familia de Ukuzwana.

El número de niños huérfanos había ido aumentando en todo Zimbabue y ya rozaba el millón. A pesar de haber conseguido presionar al gobierno para legislar en favor de su protección, su escolaridad libre y en perseguir a quienes traficaban con ellos o incluso les despojaban de las tierras de sus difuntos padres o de sus pocos recursos, el sufrimiento iba en aumento. Aunque las familias extendidas a menudo acogían a los niños, el proceso de relacionar a los niños con familiares que a menudo vivían lejos o ni habían tenido contacto por un tiempo, dejaba a la mayoría de los niños en situaciones muy precarias durante muchos años. Además, al menos un tercio de los huérfanos no tenían ni padre, ni madre, ni abuelos ni otros familiares cercanos que se pudiesen identificar.

Por ello, y con los fondos de los libros, que iban destinados a la cuenta de Amani Trust habían ido construyendo hogares para acogida de niños

huérfanos, mientras, en la mayoría de los casos, eran integrados en familias. Los hogares funcionaban como las eco aldeas espirituales, en armonía entre las personas y con la madre Tierra. Los primeros se habían llamado Sibindi (valentía) y Ukuthanda (ternura). Haka les contó cómo habían ido siguiendo los consejos de John desde Gomera y de la red de eco aldeas espirituales. En total tenían ya había veintitrés comunidades de huérfanos y sus cuidadores, por toda Matabeleland, acogiendo a más de cinco mil niños y animados por seiscientos adultos que habían abrazado esa forma de vida natural y en armonía, sin propiedades ni agresividad destructiva entre personas ni con la Tierra, además de compartiendo su vida con aquellos niños, quizás el grupo humano más marginado del mundo.

Jonay sintió una profunda emoción al oír la historia de Haka. La maravillosa historia de Haka, había ido forjando a un auténtico héroe de la Humanidad, ya con casi setenta años, una cabellera y barba blancas, y una mirada que había ido llenándose de ternura con el tiempo, sin minar un gramo de su asombrosa valentía. De nuevo, valentía y ternura, Sibindi y Ukuthanda, las expresiones de la misma energía del amor, que a todos los seres humanos unía, aún que algunos no la supieran sentir aún.

Aimsa notó que Jonay tenía un nudo en la garganta pensando en Anwele, y fue ella quien hizo el relato de sus viajes, encuentros en Madrid con Juan, en Gomera con los Harris, su paso por San Francisco, su lucha en Vancouver y la tertulia en Berkeley.

Así llegaron a Ukuzwana. Varios chiquillos corrieron al lado del viejo BJ-40 de Haka gritando ¡"Haka"! ¡"Ulibona"!

Entraron en la casa de Patxi y NoLwasi, quienes les recibieron con profundos abrazos emocionados. Sin palabras. Adam ya tenía tres años y les empezó a hablar en una mezcla de *ndebele*, vasco e inglés. Joseph, Thandiwe y Nothando estaban en la escuela secundaria, ya preparando sus "A levels"

para irse al mundo, como había hecho ya Buhleve. Rose, quien llevaba unís años ya en Bulawayo con su familia, había vuelto a Ukuzwana al enterarse del estado de Anwele. Ndlovu también había dejado la dirección provincial de salud de Matabeleland unos días, para estar al lado de Anwele, en lo quien, todos sabían, serían sus últimos días. Saludaron a todos. Nour se quedó jugando con Adam, eran como hermanos. Entraron en el cuarto donde Anwele estaba acostada.

Jonay se acercó con NoLwasi. Había entre ellos como un pacto de fuerza. Anwele con su prevención valiente, NoLwasi con su espiritualidad mágica y Jonay con su atento -de ahí Ulibona- cuidar de los enfermos, formaban una unión mágica contra la epidemia, a pesar del dolor y el desánimo que a menudo causaban en ellos los inevitables estragos de la enfermedad. Pero este golpe era demasiado fuerte.

Jonay tomó la mano de Anwele y la observó con ternura, dolor y detalle. Estaba dormida. Notó su olor a acetona, por el prolongado ayuno, que posiblemente se debía a voltios que dejaban olor ácido también. Su piel estaba brillante, sudorosa, pálida y a la vez levemente amarillenta y daba aspecto de fragilidad. Sus pestañas habían crecido. Miró a NoLwasi por ese signo que hacia tanto tiempo habían observado con la epidemia. No necesitó descubrir más allá de sus hombros para comprobar una extrema delgadez, casi esquelética y una dificultad para respirar mezclada con leves ruidos estertores. Sólo precisó tomar el pulso y sentir su frente para adivinar que estaba infectada por neumonía o tuberculosis, que tenía diarreas crónicas, acidosis por los efectos de la infección generalizada y que su cuerpo reaccionaba con fiebre y pulso y respiración débiles y aceleradas.

Mientras se sentaba, como tantas miles de veces con sus pacientes, en el borde de la cama y tomaba su mano, Ndlovu le contó los tratamientos que habían iniciado, todos los posibles, sin respuesta alguna. NoLwasi le dijo que habían seguido dándole el agua sanadora y su receta de hierbas, y que

había implorado a los amakhosi con toda su fuerza y a menudo con gran enojo, durante las últimas semanas.

Aún sin despertar del todo ni abrir los ojos, Anwele apretó la mano de Jonay y dijo aún sin haberle oído ni visto:

-*Umulaphi wami, ungame wami, ubudi wami.* (mi médico, mi amigo, mi hermano.)

Jonay siguió en *ndebele*, con la mirada nublada de lágrimas e intentando superar la tristeza que bloqueaba su garganta.

-Estoy aquí, hermana mía. Estamos juntos. Toda tu familia te acompaña.

Anwele abrió levemente los ojos y puso toda su poca energía en una leve sonrisa y en apretar la mano de Jonay.

Aimsa miraba discreta y respetuosamente desde una esquina de la habitación, también con profunda emoción y tristeza. Cuando los demás se fueron yendo y sólo quedaban Jonay y ella en el cuarto con Anwele, se acercó y se sentó en el otro lado de la cama, tomándole la otra mano. Jonay y Aimsa se unieron con las otras manos, como intentando crear un triángulo de amor y energía con aquella vida que parecía irremediabilmente irse a otro mundo.

Aimsa sintió el dolor de Jonay y cuando Anwele volvió a cerrar los ojos y NoLwasi volvió a su lado, fueron a dar un paseo. Mientras andaban de la mano por las áridas llanuras que rodeaban Ukuzwana, Aimsa le desvelo un secreto:

-Jonay, no te lo había dicho, pero ciega por la rabia de la injusticia, cuando fuiste a nadar en el Pacífico en Vancouver para diluir tus lágrimas por

Anwele en el océano, me colé en varios stands del congreso y tomé muestras de los nuevos tratamientos combinados. Tenemos suficientes pastillas para intentar tratar a Anwele durante un mes. Espero que me entiendas. También siento inmensa rabia y dolor.

-Gracias Aimsa. Te entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo. Es un lógico y honesto signo de afrenta a quienes anteponen la avaricia a la vida.

-Tenemos que intentarlo. Si mejora, podemos ver la forma de seguir consiguiendo tratamientos. Michael me ha dicho que en una muestra de enfermos, han conseguido dejar indefectible la carga viral en sangre. Estoy seguro que él nos ayudaría.

-Gracias, Aimsa, hablaré con Anwele.

Esa noche, ya en su cama, en la humilde ermita donde habitaban en Ukuzwana, Jonay y Aimsa se abrazaron con una nueva sensación de vulnerabilidad ante el mundo, unidos por la tristeza y la rabia. Nour dormía plácida entre ellos, con un juguete de trapo que le había regalado Adam. Tenía la forma del frágil cuerpo de Anwele. Lo apretaba con fuerza, como no dejando que se deslizase entre sus dedos.

Al día siguiente, Anwele tenía un poco más alerta su conciencia y Jonay pudo hablar con ella a solas.

-Hermana querida. Estoy aquí, contigo.

-Gracias hermano. Te quiero con toda mi alma.

-¿Cómo te encuentras hoy?

-Ndlovu, Rose, NoLwasi, me dan lo mejor. Para el dolor, el picor, la

sequedad, las náuseas. Sois las mejores personas y cuidadores del mundo.

-Lo que tenemos es profundo amor por ti. Poco a poco, hermana. Ten fuerza... Amandla. Tú eres la mujer más valiente de Matabeleland.

-Jonay. Sé bien mi situación. Sé que es el final. Quiero hablar de Nothando y su futuro. Y quiero partir en paz, rodeada de vuestro amor, dejando parte de mi alma en vosotros, llevándose parte de vuestra alma al otro mundo donde os esperaré.

-No tiene que ser así, Anwele. Quiero decirte algo: en Vancouver, hemos aprendido que hay nuevos tratamientos que pueden detener al virus. Hemos traído muestras para unas semanas. Si mejoras, intentaremos buscar más. Tienes que luchar.

Anwele se quedó mirando fijamente a Jonay. En unos minutos resumió las imágenes de su vida y las mezcló con sus valores e ideas, con su unión a aquellos maravillosos seres humanos. Esos minutos intensos con las pocas fuerzas que le quedaban, le hicieron sentir profundamente su destino, decidir su final, y, de una extraña manera, sentir una profunda paz.

-Jonay. Hemos luchado juntos contra esta epidemia, con todas nuestras fuerzas y con dos principios nobles. ¿Recuerdas?

-Sí. La verdad y la justicia.

-Exacto. Y quiero morir con esos principios también. No podría mirar a los ojos de mis hermanos *ndebeles* recibiendo un tratamiento que gracias a vuestro amor, yo puedo recibir y mantener mi vida un tiempo más, otros no.

Jonay no supo que decir. Sólo pudo sentir sus lágrimas ya irreprimibles,

bendecidas por la valentía y nobleza de aquella persona a quien tanto amaba.

-Llama a NoLwasi y a Aimsa, hermano mío.

Jonay explicó a Aimsa la decisión noble de Anwele.

Cuando estaban los tres a su alrededor, Anwele les hablo sus últimas palabras:

-NoLwasi, has sido mi hermana y dejo mi alma de armonía con el universo contigo.

Intentando alegrar aquellos rostros plenos de tristeza, bromeó.

-Aimsa, me robaste al hombre más increíble que he conocido, pero le diste el amor que él siempre anheló. Eres una guía para una nueva humanidad y te confió el valor de mi alma para que siempre te acompañe.

-La llevare siempre conmigo. Guíanos desde tu nueva vida. Te escucharemos cada día.

Anwele sonrió asintiendo.

-Jonay, has sido mi aliado, mi inspiración en nuestra dedicación a aliviar el sufrimiento de los demás. Dejo contigo mi alma en armonía con el amor.

-A los tres os pido algo: cuidado de Nothando como vuestra hija, ella os siente como su familia. Y seguid luchando con la verdad y por la justicia. Haced que esos tratamientos lleguen a quienes lo necesiten, a todos nuestros hermanos *ndebels* en recuerdo de los que ahora nos despedimos de vosotros. No nos olvidéis. Os llevo conmigo.

Los tres le prometieron cuidar de Nothando con todo su amor y el recuerdo y ejemplo de la vida valiente y noble de su madre. También le prometieron que seguirían luchando con todas sus fuerzas por ello, en su recuerdo y honor.

-Ahora llamad a toda mi familia, quiero que nos despedamos con una música de nuestras almas, sin palabras, y sintiendo nuestras manos unidas. Luego quiero estar a solas con Nothando.

Así se apagó la vida en la Tierra de aquel maravilloso espíritu de valentía. Anwele. Era septiembre de 1996.

Miles de personas acudieron a la celebración por la vida de Anwele. En la iglesia de Ukuzwana, convertida en encuentro de amor entre los pueblos, Patxi guio una ceremonia de veneración a la vida de Anwele. Entonaron cantos zulúes y graves sonidos del alma .mmmmmmm. , que transmitían dolor, admiración, gratitud y de una firma incomprensible esperanza. Alternaban relatos sobre la vida de Anwele, anécdotas épicas, tiernas y también graciosas de su vida, de su lucha por la verdad y la justicia.

En todos ellos quedó el recuerdo de una mujer valiente. En todos ellos prendió una nueva luz valiente hacia un nuevo mundo.

LXV. El abrazo al árbol, Kioto, diciembre 1997

Tras la triste muerte de Anwele, Aimsa puso todo su empeño en el acceso a tratamiento en África. Escribió artículos a muchos periódicos de Estados Unidos, Europa y África, trabajo a distancia con Nadine en un libro titulado "la mayor vergüenza del mundo", y coordinó acciones con el grupo que estaba creando la campaña de acceso al tratamiento, (TAC), en Sudáfrica.

Siguió en contacto con el abogado, Zachie, quien, como Anwele, se negaba a conseguir tratamiento por el sistema privado hasta que todos los sudafricanos que lo necesitaran, pudieran tenerla. Un tiempo después, Médicos Sin Fronteras, aliados con el TAC, consiguieron importar del gobierno de Brasil zidovudina a precios diez veces menores que los de Wellcome, por entonces ya fusionado en *Glaxo-Wellcome*. Ello animó al nuevo gobierno de Mandela a pasar una ley que permitía licencias para fabricar en Sudáfrica medicamentos genéricos copias de las inasequibles patentes, o importarlos de otros países. Las poderosas empresas dueñas de patentes de medicamentos contra el SIDA y otros, pusieron, a través de la asociación de empresas farmacéuticas de Sudáfrica, un pleito contra el gobierno de Sudáfrica.

Aimsa sabía, por contactos de Nadine en Pretoria, que el gobierno americano y la CIA presionaban para que Sudáfrica respetara las patentes, temerosos que las mismas justificaciones podrían aplicarse a tres mil millones de personas viviendo en países de ingresos medianos. A pesar de todos esos empeños, pasaban ya diez años desde que los enfermos de SIDA y las madres infectadas en los países ricos, tenían acceso a zidovudina, y los millones de personas que lo necesitaban para sobrevivir en África, eran privados de ello.

Aimsa, que seguía manteniendo el hogar de huérfanos, los tigres blancos,

en Calcuta, compartió su preocupación con sus antiguos compañeros de calle en Calcuta y les preguntó sobre la situación del SIDA en India. A las tres semanas recibió una carta que podría cambiar la historia del SIDA en África, en el mundo:

Mi querida hermana Aimsa,

Tus cartas siempre nos alegran. Estamos orgullosos que desde nuestro pobre grupo sobreviviendo en las calles de Rambagan. Tu dinero nos ayudó a tener el orfanato y a tener educación y trabajo. Anhelamos el día en que vuelvas a Rambagan y veas todo lo que se ha podido hacer gracias a ti.

En mi caso, yo pude estudiar en una escuela de adultos, administración. Después conseguí un humilde trabajo en una tienda de herramientas. Cogí experiencia y el jefe me tomó afecto, animando me a estudiar más y a aspirar a puestos de mayor responsabilidad. Así lo hice y fui contratado por una empresa de distribución de ruedas por toda la India. Unos americanos compraron parte de la empresa y nos ofrecieron cursos intensivos de dirección de empresas a unos pocos.

Hace unos meses que he cambiado de trabajo. Ocupo ahora un puesto de dirección de producción y exportaciones en la empresa de medicamentos llamada CIPLA. Mientras no tengamos que aplicar las obligaciones de la Organización Mundial del Comercio de dar el monopolio de la producción y venta de medicamentos bajo patentes, podemos fabricar estos medicamentos, como los caros medicamentos contra el SIDA que cuentas en tu última carta, y exportarlos a gobiernos de África. Ya hemos copiado zidovudina y la vendemos diez veces más barata que Glaxo-Wellcome. Como tú dices, no hay que preocuparse por ellos, ya han ganado mil veces lo que invirtieron. Alguna ley debiera poner coto a su codicia, y si no, nosotros lo haremos demostrando a precios mucho más bajos, el abuso de estos monopolios de poder. He leído muchos de tus artículos, algunos han sido

publicados aquí en la India, y me hace sentir un buen orgullo. El año que viene tendremos preparados los genéricos de y los diferentes medicamentos para la terapia combinada.

Cuenta conmigo para agilizar que lleguen a África estos medicamentos que pueden salvar la vida de tantas personas, ahora marginadas por la codicia de las patentes.

En nombre también de mi mujer y mis tres hijos, y todos los amigos de los tigres blancos, te mando un saludo con todo nuestro afecto,

Alin

Aimsa releyó la carta varias veces. Aquel delgaducho jefe de los tigres blancos, se había convertido en directivo de CIPLA y amenazaba al negocio inhumano de las patentes. Tenía que conseguir convencer a los gobiernos de Sudáfrica, Zimbabue y otros para importar estos medicamentos y legalizar su uso en el país. ¡La vida por encima de los negocios! por la memoria de Anwele. Calculó que la compra anual de la cantidad de zidovudina necesaria en Zimbabue costaría unos treinta millones de dólares para el tratamiento de unos trescientos mil enfermos en la fase más avanzada de la enfermedad, y ocho millones para la prevención en unas ciento cincuenta mil madres infectadas por el virus. Pero el gobierno no podía pagar esos casi cuarenta millones de dólares.

Necesitaban movilizar más fondos. Era importante hablar con Médicos Sin Fronteras y otras organizaciones para convencer seres de la emergencia humanitaria que suponía el SIDA. Preparó un folleto explicativo tan agudo y a la vez humano, que, a través de Rob, consiguió unos diez millones de dólares en donaciones en Estados Unidos, la mitad de grandes fortunas de Hollywood. Lo hacía a través de una fundación que creó Rob en Berkeley llamada *Life First*, a imagen de *Food first*.

Pasó aún más de un año, en el que Aimsa se reunió a menudo con el ministro Stamps, antes de empezasen los tratamientos, primero con el programa con zidovudina para embarazadas infectadas.

Jonay comprobó que a pesar de ofrecer un medicamento que podía salvarla vida de sus niños, la mayor parte de las mujeres embarazadas no querían hacerse el test del SIDA. La muerte de Anwele les había afectado mucho y no veían ninguna razón en saber su estado de infección si la condena a muerte era certera. NoLwasi había dejado de diluir las lágrimas de Anwele y sólo daban sus hierbas, pero con poca esperanza. Los funerales seguían multiplicándose por todo el distrito. Hizo varios grupos de discusión y entendió bien que apenas tenían incentivos para saber su estado de infección, y sobre todo temían las reacciones de sus maridos, quienes las podían culpar y echar del hogar. Sabía de algunos casos de violencia en el hogar a raíz del test. Jonay comprendía muy bien ese temor y desesperanza, y escribió una carta a la prestigiosa revista The Lancet, que tituló " el derecho a no saber"

Jonay compartió estas preocupaciones con Aimsa y NoLwasi. De momento la vida de miles de niños dependía de que las madres se hiciesen el test y tomaran el medicamento. Incluso una dosis ya tenía efecto, y un estudio reciente en Tailandia demostraba que tomándolo desde unas semanas antes del parto hasta una semana después, se evitaban la mayor parte de las infecciones.

Jonay propuso lo siguiente a Aimsa y NoLwasi:

-Entendemos que las mujeres necesitan tiempo y apoyo, idealmente con consejo a la pareja a la vez, consejos de cómo prevenir más infecciones y esperanza en el futuro con los nuevos medicamentos. Pero a la vez, cuando las vemos en la consulta ante natal, necesitamos saber su estado y preparar

el tratamiento adecuado. ¿Por qué no preparamos un artilugio que haga el test, no sean informadas de su estado de infección hasta que estén confiadas y preparadas, y , mientras tanto, reciban el tratamiento que necesitan o , si no lo necesitan, un "placebo" o simplemente vitaminas? Se hace este doble ciego en investigaciones médicas con mucha menor justificación o necesidad. Podemos llamar al artilugio "*take your time*".

Aimsa y NoLwasi estaban de acuerdo que era una buena idea mientras promovían que todas las personas se hicieran el test actuaran con responsabilidad y amor hacia los demás, respetaran y apoyaran a los que se sabían infectados y todos juntos lucharan por el acceso al tratamiento. Tenían que organizar marchas de miles de personas en Harare, pedir el medicamento que salvara sus vidas antes que carreteras, coches oficiales, gastos militares y tantas otras cosas.

Joseph ya estudiaba en un taller de electrónica en Bulawayo, y diseñó la máquina. Era una caja de madera, del tamaño de una caja de zapatos, donde se introducía la mano y el dedo índice en una zona especial. Un botón activaba un pinchazo de la pulpa del dedo índice. La sangre caía en un cartón de test rápido del sida. A los tres minutos, se activaba un sensor lumínico sobre el test y reconocía si era positivo o negativo activando la liberación de tratamiento o de placebo con sólo vitaminas. La persona podía ver el resultado si así lo deseaba y en privado. . La máquina se hizo conocida en muchos centros de salud y hospitales de Zimbabue. Joseph fue desarrollando un taller para su producción y fue empleando a varios chicos de Ukuzwana. La máquina permitía además saber, al rellenar las pastillas, cuál era la proporción de mujeres embarazadas infectadas por el virus. Repartieron máquinas en más de doscientos centros de salud y hospitales de Zimbabue y se corrió la voz en Sudáfrica y otros países vecinos recibiendo cientos de pedidos. Joseph montó varios talleres en las comunidades eco espirituales de huérfanos y formó a unos cien jóvenes de entre catorce y dieciocho años para su producción.

Ante el éxito de aquel método y el bien que estaba haciendo en prevenir infecciones y muertes en niños, Jonay llamó a una reunión de la gran familia de Ukuzwana. Propuso crear una asociación que promoviera la prevención del SIDA con valores humanos, como lo hizo siempre Anwele. Haka y Helen propusieron unir la fundación Amani en la nueva asociación. Los beneficios de las maquinas se invertirían en las comunidades de huérfanos y en campañas de prevención.

Mientras tanto, Aimsa no dejaba de pensar en la dualidad del SIDA y el daño a la Tierra que había pensado sobre volando el Ártico. Lo habló con John y le escribió proponiendo una acción de la red de eco aldeas en la conferencia que sobre el cambio climático había de realizarse en Kioto ese mismo año. Tras hablarlo con Haka y Helen y en la junta de la asociación Anwele, decidieron también pedir la incorporación de la red de eco aldeas de huérfanos, llamadas ahora red Sibithanda, a la red mundial de eco aldeas espirituales.

Un mes después, recibió la siguiente respuesta en un sobre con remite de "comunidad de la Ternura, La Gomera, Canarias":

Mi querida hija Aimsa,

Gracias por tu carta llena de cariño hacia nosotros y también de fuerza y esperanza hacia el mundo.

Espero que estéis bien y que Nour haya celebrado en vuestra hermosa familia de Ukuzwana, su primer cumpleaños con felicidad y amor. Nosotros estamos bien, aunque ya se notan los años. os echamos de menos y esperamos veros pronto por aquí de nuevo. Ya sabes que a nosotros nos es difícil viajar, tanto por nuestra no-economía, como por el recelo de contaminar a nuestro planeta. Preferimos que el viento nos lleve con Satia, pero ya tenemos que planear con cuidado

nuestros viajes por los océanos. Fue maravilloso que nos acompañase Lisy la última vez. Ella está feliz con su pareja, Joao, en Porto Alegre, colaborando con el movimiento de los campesinos sin tierra y promoviendo la red de ecos las por Latinoamérica. Fernando ha partido a Sierra Leona, donde la guerra está estallando y dejando a los más pobres sin acceso a ningún tratamiento. Nos preocupa que a su edad se meta en situaciones tan difíciles, pero no hubo manera de pararle. Es muy cabezón, pero sigue a su gran corazón y sólo podemos admirarle y esperar que vuelva sano.

Respecto a tu idea de que la red empiece a tener una voz fuerte en reuniones internacionales y en defensa de la Tierra, te diré lo siguiente. Tiene que ver con nuestra conversación del año pasado aquí en Ternura:

Después de nuestra conversación, mande una carta a la junta directiva de la red. Les expuse tu idea, que la comparto. Te diré que ya somos seiscientas eco aldeas en ochenta y tres países. No sabes cuánto me ilusiona la inclusión de la red Sibithanda. Si alguien merece liderar la Humanidad hacia un nuevo mundo son esos niños llenos de coraje y de esperanza.

Aunque al principio había quien opinaba que era preferible mantenerse al margen de cualquier discusión política, otros pensábamos que ni es ético limitarnos a nuestras pequeñas islas de armonía e ignorar el sufrimiento de la Humanidad y de la Tierra. Hay quienes crean que nuestro ejemplo es nuestro dialogo, pero otros pensamos que hay que involucrarse también en las propuestas hacia una nueva Humanidad. El poder de la avaricia y del poder, aliados con las estrategias de alienación de la educación y de los medios de comunicación, es demasiado grande para ignorarlo. Les dije que debemos ser valientes y consecuentes, y actuar localmente pero

también pensar globalmente.

Fue entonces cuando empezamos a pensar quien nos podría representar. ¿Quién conoce nuestra realidad y la siente, quien conoce el mundo de las relaciones internacionales, quien puede hablar en varios idiomas, con pasión e inteligencia, con honestidad y también con asertividad? Con valentía y ternura. Les propuse que tú serías la persona indicada, la voz de un nuevo mundo. Les hablé de tu historia, de tu compromiso contra el sufrimiento y por el amor, de tus estudios y las luchas que has emprendido. Les mandé unos cuantos artículos tuyos. Queremos que tú nos representes en Kioto y que consideres proponer formas de alzar nuestra voz en la comunidad internacional.

Hija mía. No te diría nada de esto si no hubiera recibido una carta de Jonay casi a la vez que la tuya. Proponerte viajes y trabajos lejos de Ukuzwana podría suponer poner distancia con tu familia o de Jonay con su profesión y su pasión por Ukuzwana. Pero te diré que Jonay te admira y siente, como yo, que tienes un destino de guiar a este loco mundo a un destino humano y de armonía con la naturaleza y el universo. Tu veras como hacerle saber que te lo he contado, espero que no se enoje, me decía que tú serías la mejor embajadora de la red de eco aldeas espirituales. Me decía que se sentía culpable de robarle al mundo, por su egoísmo de tener tu belleza, tu calor, tu constante inspiración, a alguien que puede hacer tanto bien a otros niveles. Y que él te seguiría donde fueras, ya buscaría que hacer y como compartir retos.

Por todo ello, mi querida hija, piensa si quieres representar a una nuestra manera de sentir y pensar la vida y el mundo en Kioto, y luego piensas si puedes llevar nuestra voz más allá. Todas nuestras comunidades y tu familia, te apoyaremos en lo que tú decidas.

Toda la comunidad, con la que hablo hace unos días de esta idea, te manda su cariño y afecto. Verás en este sobre los dibujos que te mandan los niños.

Umbela y yo, plenos de amor por vosotros, os enviamos nuestro más profundo abrazo del alma.

John

Tras leer la carta, Umbela se quedó mirando al infinito, emocionada de tanto amor y tanto respeto. Pensaba también en el noble encargo de alzar la voz de quienes aman a la madre Tierra y de quienes viven en la armonía liberada de la propiedad y la avaricia.

Se ponía el sol y teñía todo de rojo. Vio acercarse a Jonay, quien venía del dispensario y traía de la mano a Nour y a Adam, que ya correteaban por toda la misión.

-¿Te has vengado de mi audacia de los medicamentos, eh?

-¿A qué te refieres?

-Tu padre ya es mi padre. No tiene secretos para mí.

-Vaya. Nunca te fíes de un Harris.

-Te amo. No podía imaginar un acto de amor tan grande. Pero no permitiré que dejes tu pasión, ni alejarme de vosotros.

-¿De lo segundo ni te preocupes, no te libraras de nosotros, a que no Nour? de lo primero, ya me encargo yo. A tu lado, donde nos diga la vida, tengo mucho que hacer y siento contigo toda la fuerza del mundo.

Al final de aquel año de 1997, Aimsa partió hacia Kioto. Nour ya tenía año y medio y estaba feliz en su gran familia de Ukuzwana, donde se había convertido en la reina. El día de su nacimiento, Jonay había plantado una jacaranda que ella misma aprendió a cuidar. Aimsa pasaría antes una semana en Copenhague, reunida con representantes de la red de eco aldeas y recibiendo su título oficial de representante en Kioto. También le pidieron que tras Kioto les propusiera, si lo deseaba, un plan de alzar su voz en otros foros internacionales. El decálogo de Umbela en Findhorn era ahora la constitución común y esos valores deberían representar y promover.

Aimsa llegó a mediados de noviembre de 1997 a Kioto. Había volado desde Frankfurt a Tokio, con escala en Bangkok. Desde Tokio había viajado en un moderno y veloz tren hasta Kioto. Se alojaba por " couch-surfing" en casa de una pianista llamada Yoko. Dedicó dos días a recorrer la ciudad e inspirarse en su historia y cultura. Kioto fue la capital de Japón durante más de mil años. Camino hacia el centro de la ciudad y visito el Palacio Imperial. A pesar de su relativa simplicidad, Aimsa sintió, como siempre que visitaba monumentos del poder, un sentimiento mixto de admiración de la belleza y de rechazo a la jerarquía ya el poder. Llegó luego al barrio Higashiyama y visitó un templo con mil una estatuas de madera dorada de Kannon, la diosa de la misericordia. Meditó unos minutos pensando en el concepto de misericordia. Pero desistió de encontrar armonía en aquel concepto. No es misericordia, ni de los Dioses, ni de los poderosos, lo que necesitaba la Humanidad, sino justicia y responsabilidad. Quedó luego absorta de la belleza de las vistas desde el Templo Kiyomizu. En autobuses locales visitó después los templos de Kinkakuji y Ryoanji. Sintió una especial paz en el jardín de Ryoanji. En su bella simplicidad de rocas y arena blanca, meditó sobre el destino que la esperaba, sobre al amor a su familia, sobre el recuerdo de su madre.

La red de eco aldeas le había proporcionado un ordenador portátil. Era su primer ordenador. Le habían grabado en un CD todos los documentos de la

cumbre de la Tierra de Río en 1992, donde se originó la convención marco de las Naciones Unidas para el cambio climático. Leyó también cientos de documentos y estudios científicos relacionados con el cambio climático y otros efectos nocivos de la actividad depredadora humana. Fue escribiendo una propuesta de promoción de las eco aldeas, y un sistema de desgravación de los impuestos en relación a los gastos no ecológicos, además de un estatuto de autonomía en muchos países que atentaban contra la Naturaleza. Planteó una estrategia de cómo conseguir recursos para intercambio y formación de redes de eco aldeas.

En los primeros días fue conociendo a representantes de la sociedad civil, funcionarios de Naciones Unidas y a delegados de muchos países. Rob le había dado algunos contactos y a través de ellos fue conociendo a más y más. Su singular belleza, su sari azul y su capacidad de abstraer ideas, concretar planes innovadores y debatir con argumentos de una lógica tan aplastante como dulce y respetuosa en su dicción, cautivaban cada día a más y más representantes y delegados a la conferencia.

Había estudiado con profundidad la química, dinámica, situación y proyecciones del dióxido de carbono, el gas metano y el óxido nitroso, todos ellos con efecto invernadero. También había analizado la situación de los gases hidrofluorocarbonos, perfluorocarbonos y el hexafluoruro de azufre. Había hecho gráficas de sus efectos sobre los rayos solares, sobre la temperatura, humedad, ciclos del agua, vientos, océanos, la biodiversidad, y las energías electromagnéticas, estimando efectos en la armonía cuántica, más allá de la física newtoniana en la que se centraban los informes oficiales. En sus esquemas, Aimsa sospechaba un efecto a través de la destrucción biológica, de una alteración de la dualidad materia-energía que debía investigar en profundidad. No sólo la física del planeta y su vida estaban siendo dañadas, sino su misma alma, la que conectaba la ilusión material con su profunda identidad de energía, en sintonía con la energía universal.

Durante las discusiones, Aimsa presentó la propuesta de las eco aldeas espirituales y la forma de vida sencilla en armonía con la naturaleza, intercambiando en su creatividad ideas hacia limitados bienes globales para la vida y su sustento, la madre Tierra. Al presentar estas ideas, notó actitudes de asombro en muchos, de indiferencia en otros e incluso de mofa y desprecio en algunos. No importaba, ella sabía que representaba al único futuro digno y posible de la Humanidad y lucharía por ello.

El acuerdo final fue de reducir tan sólo en un 5% las emisiones basales de 1990, para el año 2012. Aimsa insistió en que la reducción necesaria para preservar la vida en el planeta era de al menos cuarenta por ciento pero no consiguió doblegar la inercia depredadora de las sociedades industriales. Aun así, tras la firma, se requeriría que los países lo ratificaran y que fueran más de cincuenta y cinco países los que lo hicieran y fueran causantes de más del cincuenta y cinco por ciento de las emisiones de carbono. Era como una partida de poder en que nadie movía ficha si nos demás no lo hacían.

Aimsa se sentía tan profundamente triste. La especie humana a la que pertenecía destruía el planeta y a sí misma. Cuando la evidencia era tan obvia, los poderosos se reunían viajando en caros y contaminantes viajes y hospedándose en hoteles lujosos, para firmar papel mojado. Los países más contaminantes, como Estados Unidos decían que incluso bajar, a lo largo de los siguientes doce años, tan sólo un cinco por ciento de las emisiones "no era realista".

Aimsa necesitaba salir de aquella sala dominada por la hipocresía, la insensibilidad, la avaricia de crecer, depredar a la madre Tierra, destruir. Sólo se sabía crecer, más y más, seguir destruyendo. Como las infecciones, como los tumores.

Salió a la calle y corrió hasta que encontró un parque. Se abrazó a un árbol

pidiéndole perdón por pertenecer a una especie tan cruel.

LXVI. La mentira más bella. Ukuzwana, Matabeleland, marzo de 1998

Era diciembre de 1997. Acababan de recibir noticias de Aimsa desde Japón y su rabia por la hipocresía ante el daño de la naturaleza. NoLwasi estaba esperando un segundo hijo. El fracaso del agua sanadora y la pérdida de su amiga y compañera del alma, la valiente Anwele, habían dejado en ella una huella de tristeza. Patxi había sentido por primera vez en NoLwasi, quien ya tenía cuarenta y tres años, momentos de fragilidad y de angustia existencial. Aquella luz de espiritualidad y de nobleza, se mostraba por primera vez vulnerable ante los golpes de la vida.

Patxi ya tenía sesenta y cuatro años pero seguía brillando con fuerza en su pasión por la vida, por el amor a NoLwasi y a Adam, por la dedicación a aquella misión sin religión, un centro simplemente de amor, en el que se había convertido Ukuzwana desde que llegara de sus valles vascos, hace ya quince años. Jonay esperaba a Aimsa con devoción, sabiendo bien su destino a seguir los pasos de aquella fuerza de la Nueva Humanidad, y cuidaba de la pequeña Nour quien ya recorría la misión. Jonay pasó a ser ZakaNuri, y el pueblo *ndebele* aún respetaba más a Ulibona, quien además de su alivio del dolor, había traído al pueblo *ndebele* una princesa del saber y la belleza, de la que ya se hablaba en muchos pueblos de aquella árida orilla del Kalahari.

Jonay había recibido cartas de Juan, desde Madrid, y de Lisa desde Oakland. También estaba en continuo contacto con Buhleve, a quien cada semana escribía contándole casos clínicos e ideas de tratamientos y de planes de mejorar la salud en la comunidad. La carta de Juan le sorprendió:

Estimado amigo y colega Jonay,

Fue un placer reencontrarte en Madrid y conocer a tus dos princesas, Aimsa

y NurLwasi y volver a veros en Vancouver. Espero que vuestra vuelta a Ukuzwana fuera bien.

Nosotros estamos bien. Cristina sigue en el laboratorio y yo en las consultas, las salas, las urgencias, ya sabes... Vamos pasando a todos los enfermos que teníamos en zidovudina a la terapia combinada y la verdad es que de dos a tres muertes que teníamos al mes para toda nuestra zona de cobertura, ahora llevamos seis meses sin nadie fallecido.

En verdad, desde que os conocí en Madrid y luego sentí la fuerza de vuestro mensaje en Vancouver, casi un grito de justicia, no me lo puedo quitar de la mente. Como te dije, tenemos dos niños aún pequeños, de cinco y tres años, y queremos dedicar unos años a mostrarles, y a nosotros mismos, otra forma de vida. Por lo que me contaste de Ukuzwana, desearía profundamente conocerlo y ver las posibilidades de ir colaborando y, si lo crees útil, trasladarnos como familia un tiempo allí. En comparación contigo yo soy muy limitado, como lo somos todos los especialistas aquí en Europa. Bueno, y los no especialistas: no sé hacer una cesárea, casi me dan miedo los partos, no reduzco fracturas, no pongo anestesia, no sé hacer una placa de rayos, ni mirar muestras en el laboratorio, no he tratado a niños y estoy acostumbrado a que cada enfermo tenga unos veinte análisis bioquímicos y varias pruebas sofisticadas antes de tomar una decisión. Sé humildemente que cualquier enfermera en Matabeleland puede hacer un trabajo diez veces más útil que yo, además de conocer el idioma y la cultura. Pero lo que si te dio que tengo, Jonay, es una ilusión enorme en ser útil. Por mi puesto en excedencia aquí se pelearán diez médicos por reemplazarme, y allí tenéis un trabajo inmenso y con tan pocos medios...

Te diré que también he estado hablando con el colegio de médicos, con laboratorios farmacéuticos y con cátedras de la universidad sobre cómo podemos ayudar para que te lleguen tratamientos para el SIDA. Pero no tengo una idea clara. Los laboratorios quieren hacer algunas donaciones,

claro, unidas a estudios. Desconfío... Dime que se te ocurre. Puedo hablar, si te parece, con alguna ONG...

Lo he hablado con Cristina y es ella ahora la que no para de presionarme para que te escriba y para que vayamos preparando cómo ir a estar contigo. No para de leer cosas de Zimbabue y de África.

Jonay, te quería decir lo siguiente: podríamos ir preparándonos para ir a verte dos semanas de febrero. Si podemos ver un plan de estar más tiempo, podríamos prepararnos para venir en verano y quedarnos unos años, si crees que es posible y bueno. Sé que los trámites son lentos y por eso quisiéramos empezar cuanto antes.

Si esto no fuera posible o si "reformarme" profesionalmente sería demasiado difícil o largo, lo entenderé, y podrás contar conmigo de cualquier otra forma en que creas que pueda seros de utilidad.

Espero tus noticias.

Un fuerte abrazo y todo el ánimo del mundo para vuestra noble labor,

Juan

Jonay se quedó pensando. La carta de Juan venía en el mejor momento. Estaba seguro de que a pesar de la frustración de Kioto, Aimsa podría llevar la voz de la red de eco aldeas espirituales a los foros internacionales y empezar a liderar un movimiento mundial de valores humanos. Si Juan le sustituyese unos años, daría tiempo a Buhleve a que terminara los estudios. Y después vendría Thandiwe. Había hospital de Ukuzwana para varias generaciones. Y estaban por venir los tiempos mejores: conseguirían tratamientos para recuperar de la agonía a los miles de jóvenes que seguían cayendo por la terrible plaga. Estaba seguro que lo conseguirían. Ya estaba

esperando otro vendaval de ideas de Aimsa a su vuelta.

Fue a hablar con Patxi esa misma noche, en el porche de su casa.

-Hola Aita.

Lo llamaba así, cariñosamente Padre, en vasco. Pero en verdad lo sentía como un segundo padre, como a Fernando.

-Dime Jonay, ¿cómo va todo?

-Muy bien. ¿Cómo va NoLwasi? La última ecografía decía que vais a tener un segundo chico iy ya muy pronto!

-Sí, me preocupa que ya me pilla mayor, e incluso es un poco tarde para NoLwasi, pero tenemos una profunda ilusión. El que no está tan convencido de compartir su trono es Adam. Ya tiene bastante con aguantar como toda la atención de veinte kilómetros a la redonda se la lleva tu princesa.

-No te preocupes. Todo va a ir bien. Lo haremos con la ternura y cuidado con que nacieron Adam y Nour, aquí, en este bello hogar que has ido forjando todo este tiempo y que nunca olvidaré.

Patxi sintió en esas últimas palabras el sentido de marcha inminente. Muchas veces había pensado que la profesionalidad de Jonay aspiraría a otros lugares con más medios, e incluso lo habían discutido, pero Jonay siempre le decía que no podía imaginar un lugar más humano para ejercer su pasión de médico. Pero desde que llegó Aimsa, algo le hacía sentir a Patxi que llegaría el momento que aquel médico y amigo, como un hijo, con quien tanto había compartido, acabaría yéndose a otros destinos más altos.

-Sabes, Jonay, que tampoco yo olvidaré nunca nuestra amistad, nuestra unión por la entrega a los demás. Hemos luchado juntos contra la epidemia,

contra la malnutrición, por traer los palos del alumbrado y el teléfono, ¿recuerdas? Por romper los tabúes del obispo, hemos llorado juntos de rabia y tristeza a veces, y hemos cantado, rezado, celebrado. Jonay, hemos vivido intensamente una parte de nuestras vidas, codo a codo. Y le daré siempre gracias a Dios por haber cruzado nuestros caminos.

-Gracias Aita. Y por eso te quería decir algo. Sabes bien lo que amo a Aimsa, ¿verdad?

-Si... Y lo mucho que te costó decírselo, ¡bribón!

Recordaron aquellos años en que tan deslumbrado se sentía ique no le salían las palabras al estar cerca!

-Siento, Aita, que Aimsa está destinada a algo grande. Su inteligencia y su valentía son increíbles. Me hacían antes sentirme abrumado, diminuto a su lado. Más aún si dejo mi vocación de médico en zonas remotas y con pocos recursos como en este, el rincón más hermoso del mundo. Pero sé que debo animarle a ser la líder que sé que el mundo necesita. Sabes que ha ido a Kioto representando a la red de eco aldeas espirituales y si pasa como en el SIDA, habrá dejado huella. Si le ofrecen seguir representándolas, no podre ni debo pararla y tampoco quiero vivir lejos de ella. Estamos unidos en lo más profundo del alma. Somos el núcleo, el protón y el neutrón, ime temo que yo el neutrón!, y el resto orbita en nuestras vidas. ¡La quiero tanto!

-Te entiendo Semea (hijo en vasco). Te diré otra cosa: la comunidad de San Egidio ha ido comprobando cómo hemos ido desarrollando nuestra comunidad de Ukuzwana, el sentido espiritual sin religión, el compartir la tierra y el trabajo, la energía que usamos del viento, el sol, el biogás y la armonía de las gentes, nuestras formas de organizarnos en comités, de decidir. Quieren seguir un modelo así en muchos centros del mundo y hay

más y más comunidades religiosas de otras órdenes que han respondido a un artículo que escribieron sobre Ukuzwana en una revista italiana. Creo que como *SibiThanda*, podemos ir creando comunidades eco espirituales de esperanza. Quiero decírselo a tu padre. Deben venir a vernos, conocer SibiThanda y animar esta transformación de las misiones. A ver si le convencemos que tomar ese avión, conseguiremos fondos, es un mal menor por lo que contamina, pues será por un noble fin. Poco a poco vamos a ir infectando el mundo de pequeñas comunidades de amor. Una epidemia de amor en contra de las del dolor, el poder y la avaricia. Y tienes razón: necesitamos a Aimsa liderando nuestra voz en los foros internacionales, animando a una nueva forma de existencia humana, un nuevo amanecer. No habrá nada que me duela más que verte ir lejos de aquí, pero tu espíritu seguirá aquí con nosotros, en el dispensario, en todo lo que hemos hecho juntos desde que el quirófano era un viejo almacén, ¿recuerdas? Pero entiendo bien vuestro destino y si Dios lo quiere, seguiremos cruzando nuestros caminos.

-Parece que todo podría encajar bien: tengo un compañero de carrera, Juan, que quisiera venir a pasar unos años a Ukuzwana. Tendré que acompañarle unos meses para que se haga a los recursos y necesidades de aquí y pierda el miedo en las operaciones de urgencia y todo eso. Pero estoy seguro que pondrá todo su corazón. Su mujer es microbiólogo y puede ayudar también en el dispensario, las salas, el quirófano y mejorar el laboratorio. Y después de ellos tenemos ilusionadas en venir a Buhleve y a Thandiwe.

-Como no vengas de vez en cuando a sustituirles y ayudarles, te retirare la palabra.

-Estaré deseando venir, al menos cada año. ¡Tengo que ver que crece la jacaranda de Nour!

-Te echaré de menos, Semea.

Patxi no pudo reprimir su emoción. Jonay tampoco. Aquellos dos hombres que habían cruzado caminos, ilusiones, esfuerzos, rabias, amor por los demás, se abrazaron bajo la cruz del sur.

Estaba llegando la navidad y las vacaciones escolares. Joseph ya tenía dieciséis años. Había ayudado a diseñar la maquina "*take your time*" y colaboraba en la asociación Anwele desde la oficina que habían adaptado de la antigua sede de Amani. Helen dirigía la organización y Haka la red de centros de huérfanos Sibithanda. Había aprendido de NoLwasi a tocar el Mbira y cantaba con los sonidos graves guturales zulúes, canciones *ndebeles* y zulúes. Nothando tenía catorce años y atendía el instituto de Ukuzwana. Desde la muerte de su madre se había vuelto muy introvertida, tímida, temerosa. Pasaba muchas tardes en las rocas donde NoLwasi sentía a los espíritus. Pensaba que allí podía hablar mejor con su madre. Fue la última de la familia Ukuzwana en estar con Anwele, y permaneció abrazada a ella la última hora de su vida. Aún recordaba cada respiración, cada movimiento, el calor en su piel, el débil aliento de su madre en su frente. Era más que tristeza lo que sentía. Era un vacío frío y doloroso que parecía llamarla a otro lugar lejos de aquella vida. Su pasión por la poesía y la música la llevaban a un mundo ajeno a lo material, donde su vértigo era a menudo insufrible. Jonay le había enseñado a tocar su violín y pasaba tardes enteras tocando mirando al horizonte e imaginando la sonrisa de su madre. Joseph, que no ocultaba su especial afecto por Nothando, apenas podía animarla cuando venía los fines de semana de la ciudad para verla y pasear por las llanuras. Thandiwe era algo mayor, tenía la misma edad que Joseph y deseaba con fervor emular a Jonay y ser algún día médico en Ukuzwana. Se escribía con Buhleve, que ya estaba estudiando el tercer año de medicina en Johannesburgo, viviendo en cada de Nadine. Ella tocaba los tambores zulúes con un ritmo mágico y profundo. Aquellos adolescentes habían vivido la crudeza de la pobreza, la epidemia, la pérdida de sus padres y el futuro

incierto. Pero habían encontrado en la familia Ukuzwana un hogar cálido, lleno de amor y de esperanza. Esperanza labrada en el esfuerzo y en la entrega a los demás. Decía Patxi, que esa entrega era la verdadera fuente de felicidad.

En los siguientes días fueron llegando Buhleve y Nadine de Johannesburgo, Haka y Helen de Bulawayo y vinieron a pasar la Navidad Beatriz, Meimuna y Moyes, quien ya tenía casi nueve años, desde Bruselas. Y llegó, justo el día de Navidad, Aimsa, desde Kioto.

Celebraron la vida junta. Sin ritos ni verdades. Sólo con la indescifrable fuerza, indescriptible belleza e inefable fuerza del amor.

En recuerdo de su madre, Nothando había compuesto una bella canción. Los tambores de Thandiwe, los *mbiras* de NoLwasi y Joseph, el violín de Jonay, el chistu de Patxi, Helen con su guitarra y Aimsa con su flauta travesera, la acompañaron...

*Madre, siempre conmigo,
Madre así ha de ser...*

*Nuestro amor baña todo de color
Como el sol del atardecer*

*Madre, tu valentía
Me da fuerzas para seguir...*

*Nuestra unión será eterna
Y ya no tengo miedo a morir*

*Madre, tu esperanza
Hasta en tu último aliento*

Me hace sentirte

En cada momento...

Esa noche, Jonay buscó a Aimsa bajo las estrellas. Aimsa le había contado con rabia, pero con mil ideas, su frustración en Kioto. Tenía una carta preparada para John, sobre una forma de solicitar el reconocimiento de la red de eco aldeas espirituales (REAE) como una asociación reconocida por las Naciones Unidas.

-Aimsa, necesito hablarte.

-Que ocurre, Jonay.

-Estoy cansado de estar aquí. Todo es maravilloso en esta gran familia y en este reto humano, pero necesito ir a un lugar como Nueva York, a estudiar, a conocer que está pasando en el mundo.

Aimsa le miró a los ojos. Notó inmediatamente la belleza de aquella mentira. Ocultaba su amor para que ella no sintiese carga por ello. No podía imaginar una actitud más noble. ¡Y a través de una mentira! Una mentira tan claramente cierta que rezumaba belleza. No sabía si desvelarle su contradicción o si seguirle el juego, pero no podía, por otro lado, no dejar de apreciar su maravillosa ofrenda. No merecía no ser reconocida. Además, con su aguda intuición, sentía que algo maravilloso también esperaba a Jonay en la siguiente etapa a la que se acercaban.

-Jonay. Te conozco como a mí misma. Latimos a la vez. Estando lejos o cerca. Sé que amas tu profesión y a este rincón del mundo, con todo tu corazón. Y sé lo que me estas ofreciendo. Sólo te pido una cosa:

Jonay se dio cuenta, una vez más, de la profundidad de pensamiento de la

persona a la que más amaba.

-¿Qué es?

-¿Qué si en nuestra nueva vida, luchando por que la REAE lidere una nueva Humanidad, sientes soledad, tristeza, nostalgia de tu día a día con los pacientes, o hastió del mundo de las palabras o las trampas de la abundancia, me lo hagas saber. Con la misma generosidad que hoy me tomas la mano para una nueva etapa en nuestras vidas, volveremos a este, el que será siempre nuestro primer y más bello hogar.

-Te lo prometo.

El amor que sintieron en aquel momento era tan intenso, que, extrañamente, no podían abrazarse, sólo hipnotizarse el uno en el otro con sus miradas de ternura que poco a poco se fueron nublando de la emoción más profunda.

Dos meses después, llegaron Juan, Cristina y sus dos niñas, Ángeles y Daniela. Jonay les enseñó cada detalle de la vida y del trabajo. Se sintieron muy felices y decididos a registrarse y aplicar a sustituir a Jonay en su trabajo, a pesar del sueldo local: unos cien dólares al mes. Sólo le pidió a Jonay que compartiesen al menos un mes, veinte partos, diez cesáreas, diez fracturas, diez laparotomías, tres amputaciones, y al menos un mes a su lado en las consultas y las visitas a los ingresados y a los *kraals*. Si no hubiera suficientes casos para que Juan fuese ganando confianza, estaría adscrito en el hospital de Bulawayo unas semanas. Jonay le animó a no tener temor, sino simplemente cautela y voluntad de hacer siempre lo mejor por el enfermo. Juan y Cristina leían con asombro y curiosidad cada página del manual de Gray, esa otra medicina del compromiso, la imaginación y la unión con las comunidades y los pacientes. Cristina también hacía esquemas leyendo los manuales del laboratorio de Cheesbrough. Daniela y

Ángeles fueron jugando con Nour y con Adam, sin pilas ni plásticos, sin luces ni pantallas, sólo con la naturaleza y su inmensa imaginación. ¡Lloraron amargamente cuando tuvieron que volverse hacia Madrid!

Y llegó el gran día. Era medio día del 7 de marzo de 1998. Jonay ayudaba a NoLwasi. Los jóvenes tocaban música en el porche. Patxi tomaba de la mano a NoLwasi. Aimsa la aliviaba con toallas húmedas. Unai, pastor en vasco, llegó a aquella familia de amor y esperanza. Su destino estaba escrito en su nombre. Su mirada fue hipnotizando de ternura a quien se acercaba. Todos se llenaron de felicidad. Aunque Adam miraba con curiosidad a su hermano mientras apretaba con más fuerza de lo normal, su coche de madera preferido.

LXVII. Saidu vuelve a la vida, Lunghi, Sierra Leona. julio 1999.

*Hail Mary, atrápame, si me voy
entremos en lo profundo de la mente solitaria de un hombre enojado
que grita en la oscuridad, le atacan los demonios
mis enemigos me ven desaparecer
activo mi odio, dejo que se escape, como una llama
me alisto, vaciando toda la carga, sin dejar de apuntar bien
algunos dicen que este juego esta corrupto y jodido
pero mi madre me dijo que no me detuviera hasta conseguir lo que quiero
ique se Joda el Mundo si no se puede adaptar a mí!*

Era octubre de 1998. Black Rambo tenía trece años. Cantaba rap compulsivamente los versos de su héroe, Tupac Shakur, muerto tres años antes en un ajuste de cuentas entre bandas en Las Vegas. Llevaba dos años en el grupo guerrillero *West Side Boys*. Fue entonces cuando un grupo de niños de entre ocho y dieciséis años, liderados por "*black snake*", entró en la casa de su familia cerca de Kono. Sus recuerdos de aquella noche eran vagos. Cada vez que intentaban venir a su memoria, bebía compulsivamente vino de palma, fumaba marihuana y esnifaba cocaína para llevar su mente a otro mundo. Las canciones de Tupac le ayudaban a evadirse. Pero cuando caía la noche, las drogas no hacían todo su efecto y las imágenes eran más claras: recordaba la violación de su madre, la muerte de su padre y como le obligaron a descargar más de cien balas de un AK-47 en el cuerpo de su madre, que yacía medio inconsciente tras la agresión enajenada de "*black snake*".

Haka había recibido una carta de Fernando, de Sierra Leona. Le contaba los horrores de la guerra y los vínculos entre los diamantes, las armas y la droga. Haka había decidido alejarse de aquel mundo al que persiguió

durante una década, y vivía en paz con Helen ayudando a la red Sibithanda crecer y alumbrar la esperanza entre los cientos de miles de huérfanos del SIDA en Zimbabue. Pero fue por esa sensibilidad al sufrimiento infantil por la que Haka no pudo dejar de aliarse con Fernando en desentramar otra maraña de terror, la de los niños soldados en Sierra Leona.

Black Rambo había sido tiroteado en un ataque del principal grupo guerrillero en aquella guerra que llevaba seis años asolando al país más pobre del mundo en salud, educación y nutrición, pero uno de los más ricos en diamantes. Casi todos sus compañeros habían muerto y habían sido mutilados antes o después de agonizar. Black Rambo fue llevado por *Abú*, un campesino *Temne* de los arrozales de la isla de Lunghi que le encontró moribundo en una cuneta. Aunque tenía el odiado tatuaje de los West Side Boys y su nombre Black Rambo también tatuado, *Abú* era un fervoroso cristiano y no dudó en asistirle y llevarle a la clínica de los hermanos de San Juan de Dios en Lunghi.

Fernando, junto con tres misioneros, había sido secuestrado mientras operaba una hernia estrangulada por uno de los grupos del ejército que habían fracasado en un golpe militar, seis en los cinco últimos años, y se aliaron con las otras guerrillas en el terror. Fueron llevados al bosque de Masiaka y ocultados bajo unas palmeras bajas mientras entendían que los rebeldes pedían la retirada del ejército de Nigeria, aliado del gobierno, y la liberación de su líder, algo que estaban seguros no ocurriría. Fue la mediación del obispo de Makeni, un italiano Javierano que conocía a todos los poderosos de la región, como fueron liberados. Mientras tanto, el hospital de Lunsar, que tanto esfuerzo había costado levantar y mantener durante cuarenta años desde que el hermano Ricardo llegó a aquel país, fue destrozado por los rebeldes. Los religiosos levantaron una clínica transitoria en la isla de Lunghi, a la espera de obtener fondos para reconstruir el hospital de Lunsar.

Cuando llegó al dispensario, Black Rambo tenía tres heridas de bala en la pierna derecha y una en el flanco derecho del abdomen. Estaba semi-inconsciente, deshidratado y malnutrido, además de en shock hemorrágico por la hemorragia interna. Fernando calculó que había perdido litro y medio de sangre y que las heridas habían sido producidas hacia unos tres días. Había signos de infección y por uno de los agujeros de bala en su muslo derecho, salía pus.

En el momento en que le estaba explorando con la ayuda de una enfermera en la sala de entrada del dispensario, entraron unos diez hombres y mujeres armados con palos y machetes gritando en criollo y temen i"muerte al asesino, muerte"! Fernando se puso en medio:

-Si le matáis, me tendréis que matar antes a mí.

-Apártese doctor. Este niño ha matado a sus padres y a muchas personas más. Merece recibir lo que ha estado dando.

-Seguramente tenéis razón, y entiendo vuestra rabia, pero miradle: es raro que sobreviva y si lo hace, ya nunca podrá hacer daño. ¿Qué ganáis con matarle? ¿Venganza? ¿Creéis que eso os hará más felices, os traerá más paz?

-Usted no lo entiende doctor. Este chico ha mutilado y asesinado a mucha gente. Su grupo de *West Side Boys* necesita saber que no les tenemos miedo. Verán en la entrada a nuestro pueblo sus manos, con las que asesino a tanta gente, colgadas de un palo. De esa manera nos protegeremos.

-Os aseguro que estos chicos están continuamente drogados y que la violencia, la sangre y las provocaciones como la que cuentas, les hace aún más violentos. Empezaron sufriendo en su carne la violencia, siendo secuestrados, drogados, sus mentes ni han funcionado de otra manera, su alma no ha recibido amor. No le quito la culpa, pero le debemos curar y

recuperar como persona, sacarle de esa mente violenta y desesperada. Sólo eso os hará libres. Sólo así Sierra Leona recuperara su paz.

Así les pudo convencer y pudo operar a Black Rambo. Empezó poniendo dos litros de suero. Sabía que necesitaría una transfusión de sangre pero pedir voluntarios para eso ya era demasiado. Comprobó por las pruebas cruzadas en el rudimentario laboratorio del dispensario que sus sangres eran compatibles y le donó medio litro. Le puso luego antibióticos en los sueros y con la ayuda del hermano Agustín, anestesista, empezaron a operar. Primero abrió el abdomen. La bala había desgarrado el bazo y lacerado el colon ascendente. Tuvo que extirpar el bazo y unos veinte centímetros de intestino dejando luego una colostomía hasta que pudiese preparar una reparación limpia. Las heridas de la pierna estaban gangrenadas. Intentó limpiarlas y reparar la circulación, pero según fue desbridando fue comprobando gangrena galopante. Tuvo que amputarle la pierna por encima de la rodilla. En los días siguientes fue recuperando la conciencia, pero no el habla. Miraba fijamente al techo y cada dos tres horas tenía unos temblores y sudoración profusas. Fernando pensó que podría ser malaria, especialmente por haber perdido sus defensas por el bazo, pero no respondía al tratamiento y no vio los parásitos en las muestras de sangre. Concluyó que era el síndrome de abstinencia de la heroína y el alcohol y Dios sabía que otras drogas. Le mantuvo sedado con los pocos viales de *diazepam* que tenían en el dispensario. Al mes le volvió a operar y pudo cerrar la colostomía. Los otros pacientes y sus familias le reprochaban a Fernando que no sólo le salvase la vida, sino que además le diese tantos cuidados a aquel niño asesino.

Cuando Black Rambo se recuperó, Fernando fue enseñándole a usar las muletas. Comprobó que nunca sonreía y que su mirada siempre era de pánico. Llegaba el momento de darle el alta. Sabía que duraría muy poco vivo una vez saliese del hospital. Fue a hablar con él:

-*Sheke* (saludo en temne)

-*Sheke you.*

-*How the body?* (Forma criolla de preguntar cómo estas)

-*body fine.*

-entonces tendrás que salir del hospital ya, no?

-Sí

-¿Dónde vas a ir?

-Sé que me van a matar.

-Tienes miedo.

-No. Quiero morir.

Fernando no obtuvo ninguna otra respuesta que esa a sus intentos de animarle a reemplazar una nueva vida, a pedir perdón, a buscar a la familia que le quedase. Insistió durante largas sesiones a su lado durante tres días. Tampoco mencionó nunca su pierna. Era como si quedarse sin ella hubiese sido un alivio. Al cuarto día, se lo llevó a su casa. Le escondió las muletas. No podía dejarle entregarse a la muerte o a seguir matando. Y tampoco podía entregarle al ejército de Sierra Leona, tan sanguinario o más que los rebeldes. Durante dos semanas fue cuidando le, dándole de comer sano, y mostrándole afecto. Sintió poco a poco por él, el cariño por el hijo que nunca tuvo.

Poco a poco, Black Rambo empezó a abrirse, a sentir confianza en

Fernando. Fue saliendo también de su síndrome de abstinencia y ganado fuerza. Empezó a hacer ejercicios para fortalecer sus brazos, y a limpiar la casa, lavar la ropa y hacer la comida. Su nombre de niño era Saidu. Venía de un pueblo de Kono donde su padre era un maestro de escuela. Tardó varios días en contar la historia del ataque a su casa y como le obligaron a matar a su madre. Al principio lo decía rápido y sin apenas mostrar sentimientos, como si saltara sin mirar por encima de una profunda fosa. Luego fueron hablándolo con más calma y lloró amargamente durante varios días. Fernando sabía que necesitaba recuperar conciencia antes de entrar en un largo proceso hacia la paz y la esperanza. Como el país entero.

Fue entonces cuando Fernando escribió a Haka. Su intención inicial era la de contarle la historia de Saidu y de miles de niños soldados en Sierra Leona, y buscar ideas como las de Sibithanda para un futuro en aquel país, que parecía salía poco a poco de una de las guerras más crueles de la historia de la Humanidad.

Haka le respondió con ideas. Además, la asociación Anwele tenía fondos pues la nueva organización de Naciones Unidas para el SIDA, ONUSIDA, había mostrado interés en el artilugio "*take your time*" y después de usarlo de forma piloto en varios países, les habían hecho un pedido de cinco mil unidades para extenderlo por África. Joseph diseñó unos talleres con diez trabajadores para fabricar unos doscientos diarios, y recibieron el pago adelantado. Haka le dijo a Fernando que podrían ayudarlo con un primer hogar para huérfanos de la guerra y ex-niños soldado.

Intrigado por la situación, Haka sacó sus viejas notas y el mapa de algunos de los hilos sueltos que había dejado en Sudáfrica, Mozambique, Israel y Suiza. Ya tenían internet en la oficina de la asociación Anwele y pudo leer acerca de la guerra en Sierra Leona, además de consultar textos de historia en la vieja biblioteca de Bulawayo.

Todo había empezado hacia unos ocho años. El guerrillero y dictador sanguinario de Liberia, Charles Taylor, había instigado y apoyado a la guerrilla del Frente Revolucionario Unido (FRU) liderado por Foday Sankoh, para tomar el poder del país bajo una expansión de África Occidental. Algo así como un Hitler en África. Consiguió que el FRU tomara control de las aéreas productoras de diamantes. Ante la debilidad del gobierno, desprovisto de los ingresos por diamantes que antes utilizaban para mantener incentivado al ejército y satisfechas a las clases pudientes y opulentas dentro del país más pobre de la Tierra, un grupo del ejército – Consejo Nacional Provisional de Gobierno (CNPNG)- dio un golpe de estado y reforzó su lucha contra el FRU. Haka había constatado como en 1993, el ejército de Sierra Leona había contratado a... ¡sorpresa! Executive Outcomes, para aumentar su fuerza contra el FRU.

Por supuesto, tal apoyo se pagaba con concesiones en la explotación de diamantes, que, como no, sería controlada por De Beers. El ejército de Siaka Stevens comenzó a ejercer la misma violencia que la población. Diamantes, dinero, drogas y armas. Sólo hacía falta caer la primera vez, ya no se salía del ciclo. Un ciclo bien alimentado por los poderosos del norte que adornaban los cuellos de sus damas y damiselas, alimentando el negocio billonario de De Beers y a la vez, a sus sanguinarios intermediarios y a los negocios indirectos de tráfico de armas y drogas. Todo se vistió de aparente democracia cuando se celebraron elecciones y el FRU firmó un acuerdo de paz que comprometía también al gobierno a que Executive Outcomes abandonase el país. Para mantener esa frágil paz, las Naciones Unidas habían decretado un embargo de armas a Sierra Leona, a las dos facciones.

Pero las armas seguían fluyendo y alimentando el horror, al igual que los diamantes, que en su mayoría pasaban de estraperlo a los países vecinos desde donde entraban en los canales del lujo y la codicia de De Beers, que multiplicaba por mil los ingresos a través de sus redes de joyeros en

Amberes, pulidores en China y cadenas de joyerías de lujo en el mundo de la sorda abundancia. Haka identifico redes en el tráfico de las armas. Nadine le ayudó e incluso paso una semana con él en Bulawayo, cuando vino en unas vacaciones con Buhleve.

Nadine estaba en contacto con una organización llamada "*Gunfree South África*". Sabían de sospechosos de tráfico de armas. Le dieron confidencialmente la lista de los principales traficantes en África: Lenoid Minin, un israelita-ucraniano ligado al comercio de madera en Liberia que aparentemente era una tapadera, Victor Bout, un ruso ligado a compañía aérea de cargo con mercancía no muy clara, Talal El-Ndine, un hombre de negocios libanes próximo a Charles Taylor y Sanjivan Ruprah, un keniatá sospechoso de tráfico de armas en el Este de Europa.

Haka no podía soportar la idea de que esos gánsteres estuvieran alimentando las masacres en Sierra Leona. Tenía que ir. Aunque ya tenía bien pasados los setenta, se encontraba fuerte. Hacía cada día una hora de gimnasia y cuidaba mucho su alimentación. Pero sobre todo, su ira contra esas mafias, le llenaba de fuerzas para la lucha. Tenía que ir a ver a Fernando en Sierra Leona. Se lo explicó a Helen. Inicialmente le dijo que iría a ver como ligar Sibithanda con los proyectos de casas y comunidades de acogida de niños de la guerra en Sierra Leona, Pero no podía mirarle a los ojos y guardarse nada ante Helen, a quien amaba profundamente.

-Te confieso, Helen, que también quiero atar algunos cabos de las redes de tráfico. Estoy convencido que están conectadas. Y no puedo dormir tranquilo sabiendo que están sueltos esos criminales.

-Haka, para eso está la policía, la Interpol. Sé que eres capaz de desentramarles como hiciste en Sudáfrica, en Israel, en Suiza. Pero te juegas la vida. Sierra Leona está en guerra, la vida allí no vale nada.

-Las policías en Europa y los países de origen de esos traficantes, y la

Interpol no son eficaces. Sospecho que hasta toleran esos negocios. No puedo entender que sigan impunes. Necesito hacer este último viaje. Confía en mí.

Helen sintió un temor que nunca había sentido antes pero no podía encadenar a ese hombre determinado a ir hasta el final de las tramas del dolor y terror contra los niños. Pasaría la Navidad en un lugar remoto y peligroso. Sintió que posiblemente nunca le volvería a ver. Las últimas noches se abrazó a Haka cada minuto de la noche, cada centímetro de su piel, contando cada respiración, cada latido.

Haka preparó el mismo equipaje que llevó a Sudáfrica, pero esta vez, también consiguió un chaleco antibalas. Llegó a Freetown vía Johannesburgo, Nairobi, Londres, Bruselas y Banjul. En el aeropuerto de Lunghi estaba esperándole Fernando. Se habían escrito entre ellos o a través de Juan y de Jonay durante varios años. Tenían edades parecidas, espíritus revolucionarios frustrados por sus orígenes, y un sentido de la justicia que traspasaba los límites del miedo.

Llegaron al dispensario de Lunghi donde conoció a los hermanos de San Juan de Dios que allí trabajaban, a las dos enfermeras y a otras personas del mantenimiento y la administración. Luego fueron hasta la pequeña casa de Fernando, anexa al dispensario. Allí estaba Saidu, con sus muletas y preparando el arroz.

Después de comer, se sentaron Haka y Fernando a hablar.

-Haka, me alegra tu compañía, Jonay es como un hijo para mí y te considera como su tío, eso nos hace hermanos. Además Josu, tu hermano de sangre, fue como un hermano también para mí. Nos llamábamos Anayas. Murió el año o pasado rodeado del cariño de su familia de Madeira. Pero este es un momento muy peligroso, ya te lo advertí.

-¿Y qué haces tú aquí?

-Yo intento tratar enfermos, aquí estamos más seguros que en Lunsar. Y el aeropuerto está cerca. Podemos hablar de una comunidad de huérfanos y ex niños soldado en esta isla. Quiero que me cuentes como os organizáis en Sibithanda.

-Lo haremos, Fernando. Además tenemos unos treinta mil dólares para ayudarlos y movilizaremos más en Sudáfrica y en España. Pero también quiero averiguar cómo se mantienen estos grupos criminales. Conozco algo de la red de diamantes y de sus aliados mercenarios. Si averiguamos algo de la trama, ponerla a la luz ayudará a parar esta masacre.

-Es muy peligroso, Haka. Saidu me ha dicho que sabe por conversaciones que tuvo su grupo con el FRU, que sus cincuenta mil guerrilleros sanguinarios, bien armados por Taylor y rebosando alcohol y drogas, están preparando una campaña que llaman "ni un alma viva". Te aconsejo que de momento no te muevas por el país a solas.

Pasaron unos días de Navidad contándose sus vidas, con sorprendentes sincronicidades, ideas comunitarias, rechazo a las jerarquías, valentía contra el terror y la corrupción y tremenda ternura por los niños y Haka por la familia de Ukuzwana y Sibithanda - y Fernando por las comunidades Valyter . Escribieron juntos cartas a las comunidades de Ukuzwana, de Sibithanda, de Valentía, de Ternura.

Pasada la Navidad, el FRU comenzó su campaña sanguinaria. En sólo un mes estimaron que mataron a diez mil personas y mutilaron a otras tantas. Enfurecidos por las elecciones que supuestamente daban legitimidad al gobierno de Tejan Kabbah, llegaban a los poblados y les ponían en fila a los que no mataban directamente. Luego, como un juicio sumario, los

guerrilleros del FRU, borrachos, drogados y enloquecidos, preguntaban: ¿"manga larga o manga corta"? y ante el terror de los inocentes reos, les insistían en que respondiesen o les mataban. Si tenían suerte, les amputaban con un machete el brazo con el que habían votado.

Esa semana llegaron al dispensario más de cincuenta adultos con sus brazos amputados. Varios desarrollaron tétanos, otras septicemias, en otros casos las hemorragias fueron tan masivas que llegaron desangrados. Murieron veinte y dos de ellos. En el resto, Fernando se esforzó en dejar muñones más o menos funcionales, para lo cual tenía que anestesiarles, limpiar la herida, cortar algo más de hueso y dejar más tejido blando almohadillando el muñón. Pero lo que más les encogió el corazón fue ver a quince niños amputados, entre ellos tres recién nacidos. Haka, que ya había asistido algunas veces a Jonay, aprendió a ayudar a Fernando en el quirófano con las amputaciones, pero cuando vio a aquellos niños, algo se rompió dentro de su alma. Le pidió disculpas a Fernando y salió, a pesar de las alertas de peligro, hacia el mar.

Sentía la rabia y dolor más profunda que nunca había vivido. Pensaba que el horror del tráfico de niños, de la clínica nueva amanecer, de las tramas de prostitución. Había llegado a las simas más profundas de la naturaleza sombría del ser humano, pero esto superaba todo ¿Cómo podía existir algún alma humana capaz de arrancar con un golpe de machete el brazo de un recién nacido? Su tristeza y rabia explotaron en él. Lloraba con la rabia de una eternidad. Quizás la rabia contenida de generaciones y generaciones de llanto reprimido, de la energía del amor encarcelada y ahogada por la crueldad. Sentía dentro de su alma el grito más desgarrador. El llanto más amargo, el golpe más helado a la esperanza.

En los siguientes días habló en profundidad con Saidu. Al sentir la profunda tristeza de Haka, y al ver a esos niños con sus brazos amputados, las lágrimas de Saidu arrastraron aún más secretos ocultos en su atormentada

alma. Fue así como le dijo que el líder de los West Side Boys, Foday Kallay, le llevó una vez a comprar droga. En arreglos con el FRU, tenían ciertos privilegios y diamantes de la zona de Kono a cambio de sembrar el terror. Llegaron a intercambiar con el FRU manos o incluso calaveras de soldados del ejército capturados y torturados y asesinados, por diamantes. Con aquellos diamantes, Foday sabía cómo localizar a una persona que les suministraba drogas. Le conocían como Minin.

Leonid Minin. El israelita-ucraniano ¿sería la clave del nudo de diamantes por dinero, por drogas, por armas? ¿Cómo podía desentramarlo? En sus apuntes constaba que Leonid Minin era propietario de una docena de empresas por todo el mundo, camufladas como empresas madereras, de transporte y de comunicaciones. ¿Pero cómo seguirle los pasos y desenmascararle? Se sentía sólo e impotente ante tal red de terror.

Esa noche, se acercó una patrulla de mercenarios de Sandline International, otra empresa similar a *Executive Outcomes*, con base cerca de Londres. También tenía unas notas de aquella compañía: 'propiedades comunes' e inversiones uno en otro, con *Executive Outcomes*, y, de nuevo, el vínculo fatal: su presidente Tony Buckingham, ex fundador también de Executive Outcomes, poseía varias compañías, entre ellas, *Diamond Works*. Se acababa de descubrir que el año anterior *Sandline Internacional* había sido contratada por el presidente Kabbah, en el exilio, a través de un indio, Saxena, quien pagó una suma inicial a Sandline para operaciones militares y venta de armas no respetando el embargo de Naciones Unidas, a cambio de la promesa de Kabbah de concesiones en las explotaciones mineras, ligadas a las empresas de Tony Buckingham. Con el dinero que les sobraba a estos buitres de la sociedad, jugaban a especular con "derivados", el nombre con que sutilmente se describía al gran casino mundial que iba parasitando la economía global.

Se acercó a uno de los mercenarios, llamado Ralph, que montaban guardia

alrededor del dispensario. Consiguió romper el hielo al hablar de fútbol. Era un forofo del Manchester, ex hooligan, y consiguió hablar de un partido hacia unos años con el Barcelona. De ahí pasaron a hablar de música, fan de los *sex pistols*. Así fueron intimando y Haka siguiéndole la corriente. Cuando acabó su servicio, Haka le invito a una cerveza en un bar local. Poco a poco le fue hablando del horror que habían visto en los niños amputados, y de las conexiones de las compras de armas y de diamantes. Ralph sabía de armas. Con la cerveza y la rabia de la masacre del FRU, Ralph empezó a hablar de cómo aquella guerrilla conseguía las armas. Lo había oído a sus mandos. Las armas que habían requisado a guerrilleros prisioneros, venían de Ucrania.

Consiguió conectar por internet y aunque sospechaba que no era seguro, escribió en un código acordado con Nadine en el que cada una de las organizaciones del mapa del terror, tenía un número, y cada persona una letra, los países una planta, y los objetos un animal. Mandó el código de pino (Ucrania) y rata (armas) en una frase : "¿has leído el libro de los pinos y las ratas"? Recibió una respuesta : " ¡lo vi el 27 de septiembre, y fue mucho!": "2, 7 y 9" y en "f y m' . : equivalían a *Spetstenhonexport*, en Kiev, *Aviatrend*, intermediaria de armas y transportes, y *Exotic Tropical Timber Enterprise* y a Valery Cheny, presidente de *Aviatrend*, y Leonid Minin, dueño de la tapadera maderera. Días más tarde, Nadine le mando otro email: "el 9 voy a ver cerezos". ¿Burkina Faso?

No sabía que podía encontrar, pero cogió un avión de *Air Afrique* hasta Accra y luego otro de allí a Ouagadugu. Se instaló en un pequeño hostal. Durante su tiempo en las montañas creyendo en el movimiento de liberación de su pueblo, había sentido una profunda fascinación por Thomas Sankara, el Che Guevara de África. El único jefe de estado en la historia que cambio los mercedes por pequeños Renault, igualo los salarios de políticos y funcionarios a los de la población, nacionalizo la tierra para dar de comer a su pueblo, negando la ayuda exterior y diciendo : "el que te da de comer,

será tu dueño". Siguió viviendo en su humilde casa, se negó a usar aire acondicionado e iba en bici al trabajo. Fue a visitar su pueblo, y a inspirarse en su vida. Pero necesitaba encontrar las conexiones entre Minin y el dictador militar de Burkina Fasso en ese momento, Robert Guei.

Un día, vio transitar unos camiones con el logotipo de "*Exotic Tropical Timber Enterprise (ETTE), Monrovia*". Estaba claro que esos camiones llevaban armas vendidas por Minin al gobierno de Burkina con el pacto de que se derivarían en su mayor parte a Liberia y Sierra Leona. Al día siguiente tomó un vuelo a Monrovia. Al llegar, hizo fotos de las oficinas de De Beers y de ETTE en Monrovia. Se escondió en un taller de enfrente que alquiló por treinta dólares al día a un empresario gallego pleno de humanidad llamado Nito. Al siguiente día, vio que llegaba a las oficinas de ETTE en un Mercedes negro. Vio bajarse del coche a Leonid Minin, de quien había visto fotos en internet en Bulawayo. Tendría unos cincuenta años, un cuello grueso y seboso y unos andares burdos, desafiantes.

Haka había alquilado un pick up y le pudo seguir después. Se dirigió al hotel África. Haka dejó pasar media hora de despiste y entro a preguntar si podía comer allí. Se sentó en la mesa al lado de Minin. Estaba sentando con otros cuatro comensales: uno tenía acento sudafricano, otros dos ruso o ucraniano y el cuarto era un africano vestido con traje bajo el que Haka pudo ver parte del tatuaje de RUF en el brazo derecho. Oyó a Minin hablar de que marchaba el lunes siguiente a Milán.

Haka tomó otro vuelo hasta Milán dos días antes. Allí pudo contactar con más libertad con Nadine. Necesitaba saber toda la información posible de Minin. Nadine le dijo "que ella se encargaría", que sólo tenía que lograr que el mochuelo fuese detenido un día...M de Mochuelo.

Alquiló un Fiat cinquecento. Esperó camuflado en el aeropuerto el martes de madrugada, al vuelo procedente de Monrovia, vía Dakar. Allí llegó Minin.

Le pudo seguir por el tráfico milanés hasta su hotel: Hotel Europa. Pudo observar cómo se registró como Manfred Morales, de nacionalidad boliviana. Ocupaba la habitación 341. Haka consiguió una habitación colindante. No tuvo que esperar mucho a que Minin llamase a varias prostitutas a su cuarto. Estaba seguro de que habría drogas y otros asuntos para retener al "mochuelo" unos días.

A medianoche, hizo una llamada anónima a la policía del distrito milanés de Cinesella. Dijo que un hombre estaba traficando con droga y manteniendo retenidas a prostitutas en la habitación 341 del Hotel Europa. Para aumentar la alarma dijo que había oído lo que parecía ser un disparo. La policía milanesa arrestó esa noche a Minin por tenencia de treinta gramos de heroína y diversas armas. También le encontraron diamantes y una cantidad de treinta mil dólares. A esa comisaria llegó el día siguiente un email de un Hotmail anónimo llamado blooddiamondsinsierraleone@hotmail.com. Como anexos tenía escaneados faxes entre Minin con el gobierno de Burkina, con Aviatrend y con Diamond Works.

Haka mandó una postal a Fernando:

Mi querido Anaya. Misión cumplida. Espero haber secado la fuente del RUF. No se rezar pero pediré por esos niños. Me siento orgulloso de tu amistad. Pronto te llegara el dinero para el proyecto de Sibithanda en Lunghi. Ojala Saidu pueda dirigirlo un día...

LXVIII. La mirada clandestina, Ukuzwana, Matabeleland, septiembre 1999

Los papeles del registro de Juan permanecían en el montón de la bandeja de entrada de la secretaria del consejo de profesionales de la salud, en Harare. Llevaban tres meses y aún no habían preparado el resumen para que fuese discutido por el comité de supervisión de los nuevos registros de médicos en el país. Por un lado, el gobierno y el colegio de médicos, veían con sumo cuidado cada expediente desde que dos años antes fuera demostrada la vinculación de un cooperante médico americano con el ensayo ilegal de medicamentos para el SIDA. Pero lo que realmente enlentecía y a menudo bloqueaba el proceso era la desidia de aquellos funcionarios, esperando un soborno para sacar del fondo del montón la solicitud, y, aún peor, el celo corporativista de los médicos de Zimbabue, que no querían competencia, ni real en sus lucrativas clínicas privadas de las ciudades ni moral por médicos de fuera que hacían un buen trabajo y eran apreciados por las comunidades rurales.

Aunque también había muchos médicos como Ndlovu, apasionados por su trabajo y su servicio al país. Y enfermeras como Rose, que sacrificaban incluso el tiempo con su familia por dedicarse a los más necesitados. Jonay pidió la ayuda para agilizar el registro de Juan a Ndlovu, pero por aquel entonces la tensión política entre el ZANU-PF de Mugabe y el MDC de Tsvangirai hacia que todo estuviese polarizado, incluso los colegios profesionales. Ndlovu, simpatizante del MDC y crítico a las prácticas dictatoriales de Harare, era ignorado en Harare y ya tenía los días contados como director provincial. Aimsa llamó personalmente al Ministro Stamps, quien insistió en reunirse con ella, a quien apreciaba y recordaba desde su intervención valiente en la conferencia de Londres unos años atrás.

Poco antes de viajar a Harare, Aimsa había recibido respuesta a sus cartas

a Médicos Sin Fronteras y la Campaña de Acceso al Tratamiento, en Ciudad del Cabo, y de nuevo de su hermano tigre blanco al frente de CIPLA en su sede central en Bombay.

Antes de dar los pasos hacia su representación de la REAE, necesitaba que Jonay fuera sustituido por Juan y que el camino para el acceso a tratamientos vitales para el SIDA, estuviese trazado en su ya querido Zimbabwe. Habían pasado casi dos años desde la conferencia de Vancouver y la evidencia del tratamiento combinado vital para millones de africanos condenados a muerte, y, salvo los pocos casos de prevención de transmisión de madre a hijo, aún no había ninguna esperanza de tratamiento en Zimbabwe, ni la mayoría de países en África.

Eric, de Médicos Sin Fronteras en Kaleyitsha, uno de los suburbios pobres que rodeaban Ciudad del Cabo, le animó a que fuera a visitarles para intercambiar ideas. Ellos estaban luchando para importar zidovudina brasileña genérica y de laboratorios públicos sin ánimo de lucro, estaban ayudando al gobierno en defenderse de la demanda de cinco multinacionales farmacéuticas contra la ley de acceso a tratamientos, y estaban también en conversaciones con empresas indias para animar la producción de las terapias combinadas que podrían salvar las vidas de miles de personas muriendo cada día en el continente. Le informó también de los perversos planes de la Organización Mundial del Comercio en torno a las patentes y los beneficios de los poderes económicos, y como estaban preparando aliarse a movimientos de denuncia y demanda ante la próxima reunión en Seattle, a finales del año. Le dio también el contacto de Anna, una amiga a quien acababan de nombrar responsable del SIDA en Médicos Sin Fronteras desde Barcelona. Habían compartido un taller de formación hacia poco y sabía que la sección española de Médicos Sin Fronteras buscaba lugares donde su colaboración fuera necesaria y bienvenida para iniciar programas de SIDA. Aimsa había escrito a Anna y había recibido la siguiente respuesta:

Querida Aimsa,

Tu carta, como te recomendó nuestro amigo común Eric, me llena de alegría. Veo con la fuerza que argumentas la importancia de que Médicos Sin Fronteras se involucre en la lucha contra el SIDA. Dices en tu carta que el SIDA en muchas regiones de África, como la que trabajas, tristemente cumple ya la definición de emergencia humanitaria de una muerte por cada mil personas y día. Estoy asombrada de vuestro diagnóstico de salud comunitario y las estimaciones en el distrito, y también del trabajo de Anwele, de quien habíamos oído hablar en varias reuniones de SIDA, de Jonay y sus esfuerzos con la prevención de la transmisión del virus de madre a hijo, y con los esfuerzos de NoLwasi desde la medicina tradicional. Con todo ello me siento muy identificada en ideas, mis experiencias anteriores en África y Latinoamérica y en la actitud de compromiso y respeto a las comunidades con las que trabajéis. La verdad es que me dan ganas de tomar el primer vuelo e ir a conocer vuestro trabajo y ver juntas como podemos enganchar a MSF en esta prioridad humanitaria, pero es más justo que tú vengas, nos des una conferencia en Barcelona, y hablamos de los siguientes pasos. No tengo ninguna duda que con tu mezcla de ética sin concesiones y lógica sin fisuras, conseguirás la alianza de esta organización. Para ello ya tienes a una aliada en Barcelona. Podemos pagarte el viaje y si me dices tus fechas con un mes, organizare una agenda de unos tres días que compense tu tiempo y esfuerzo en venir.

Un abrazo con toda mi admiración y afecto,

Anna Mitin

Responsable de proyectos de SIDA

Médicos Sin Fronteras

Barcelona

Alin le escribió en un papel con membrete de CIPLA y de forma oficial y dirigiéndose a Aimsa como la "responsable de estrategia" de la asociación Anwele en Zimbabue, le invitaba a ir a Bombay para discutir posibles acuerdos de colaboración para la producción de anti retrovirales genéricos en India y el acceso al tratamiento en Zimbabue.

No sabía qué hacer con todas aquellas invitaciones.

Por otro lado, en respuesta a su informe exhaustivo de la conferencia de Kioto y como represento a la REAE y alzo la voz de alarma y socorro de la naturaleza ante la depredación humana, el comité de dirección de la REAE le había solicitado que desarrollase una propuesta para la representación institucional de REAE en la comunidad internacional. Había preparado un dossier, tras muchos días y noches trabajando en Bulawayo en la casa de Haka y Helen y con acceso a internet y documentos de la biblioteca pública. El dossier explicaba el proceso de formalización de asociaciones civiles en las Naciones Unidas, la pertinencia de la voz de REAE en la Asamblea General inicialmente como miembro asociado, pero aspirando, por representación de población soberana, a un puesto como un estado miembro más. Aimsa había ideado un plan que basado en jurisprudencia compleja de derecho internacional, podría usar para que REAE tuviera en el futuro carácter de "estado" y pudiese alzar su voz en la comunidad internacional con fuerza, inspirando una nueva Humanidad. El informe también describía las agencias de Naciones Unidas donde la REAE debiera pedir su asociación, como en salud, agricultura, medio ambiente, cultura y derechos humanos, entre otras. Por último, detallaba fechas, cronograma, presupuesto, estrategia organizativa y de comunicación y redes de alianzas con asociaciones relacionadas con el espíritu de REAE. En concreto, solicitaba si podría escribir en nombre de REAE para intercambiar ideas y

buscar alianzas, al Dalai Lama en su exilio de Nepal y con su incansable mensaje de espiritualidad budista, a Nelson Mandela en el gobierno de Sudáfrica (por mediación de Nadine y de Haka), al hermano Roger en la comunidad ecuménica de Taizé, Francia, al gurú hindú Sri Sri Ravi Snakar en la India, a Yusuf Islam, el controvertido cantante occidental que abanderaba el humanismo islámico, a Amartya Sen en París, Noam Chomski en Nueva York, a Marta Santos, luchadora sin par por los derechos de la infancia desde Florencia y a la líder maya indígena Rigoberta Menchu.

Mientras tanto, Jonay seguía trabajando con ilusión y entrega cada día. Lisa, de quien recibió tan humano trato por la acupuntura en Oakland, había llegado como voluntaria y les ayudaba con algunos tratamientos, incluso anestésicos, en el hospital. Aimsa había preparado un exhaustivo y convincente dossier para Stamps justificando el uso de la acupuntura en el servicio público de salud de Zimbabue, cada vez más debilitado por el aislamiento que producían las políticas belicosas de Mugabe, aliado de Kabila en la cruel guerra de Congo, y agresivas en su justa pero violenta recuperación de tierras de los colonos blancos que a menudo aún vivían en su mundo racista de Rhodesia.

Nour ya tenía tres años y jugaba sin descanso con Unai, a quien todos llamaban Unai, que con dos años correteaba por toda la misión en un triciclo de madera, y esperaban a Adam cuando el volvía de la escuela primaria que, a sus seis años, acababa de comenzar.

Patxi y NoLwasi en Ukuzwana, Haka a su vuelta de su última lucha contra el mal en Sierra Leona y Helen en Bulawayo, Lisy desde Brasil y sus fascinantes cartas sobre el derecho a la Tierra, John y Umbela desde Ternura, Fernando entre la Valentía y Lunghi, Nadine y Buhleve desde Johannesburgo, Kevin y John desde Pretoria, la nueva generación de Joseph, Thandiwe y Nothando, y sus alianzas con Rob en Berkeley, Marta, ya dirigiendo el instituto de derechos de la infancia en Florencia, los amigos

activistas del SIDA, la ecología, la espiritualidad, los conocidos líderes de la ciencia y la tecnología, los pensadores de una nueva humanidad y los nuevos contactos que empezaban a florecer por otros países, formaban un rico universo de sentimientos, armonía, belleza y fuerza sobre el que Aimsa meditaba disciplinadamente cada amanecer y cada atardecer. Empezó a dibujar complejos esquemas del orden mundial en negro, de las fuerzas negativas de avaricia y poder en rojo, de las alianzas para la solidaridad y la justicia en azul, de la armonía con la naturaleza en verde y de nuevas ideas para una nueva humanidad con una tiza blanca que sólo se veía en la oscuridad cuando el resto del complejo entramado de más de mil conceptos, instituciones, políticas, organizaciones y personas, con más de cinco mil flechas que las relacionaban entre sí, se oscurecía con la noche.

Ante el retraso del registro y por lo tanto sustitución de Juan, Jonay, quiso hablar del futuro con Aimsa. Nour, como ocurría con frecuencia, dormía con Unai y Adam en casa de Patxi y NoLwasi, eran realmente como tres hermanos. Salieron a dar un paseo con la luna llena, hasta el "*kopje*" del agua sanadora de NoLwasi donde ahora habían puesto un lindo monumento de piedras en memoria de Anwele.

-Aimsa, pasa el tiempo y se retrasan los papeles de Juan. ¿Qué te ha dicho Stamps?

-Iré a verle la semana que viene a Harare, pero me ha prometido que antes se ocupara de ello. Aun así, creo que como han pasado ya seis meses, Juan tiene que mandar más documentos actualizados. Cálculo que no estarán antes de Navidad.

-Y veo como tus propuestas para la REAE, y las actividades con MSF, CIPLA y la red de contactos claves para un mundo mejor en tu "mapa del futuro", se multiplican. Ahora ya no necesito mentiras. Te digo que tu lugar en el mundo notes éste en este momento. La Nueva Humanidad te necesita en

su centro.

-Mi lugar está a tu lado y el de Nour.

-La distancia no afectara a nuestra unión, nuestro amor. Si quieres adelantarte e ir luchando por esos retos y preparando nuestro hogar donde pienses que sea mejor, dímelo. No hay nada más bonito en mi vida que volver del trabajo y encontrarte o esperarte en nuestro hogar. Pero de cualquier otra forma que pienses, también será bello.

-Sin ti a mi lado, no sé si tendré las fuerzas que necesito. Te propongo algo.

-Dime.

-Iré a Harare a ver a Stamps, luego a Ciudad del Cabo a hablar con Eric, a Barcelona a conocer a Anna, a Bombay a encontrarme con Alin, seguiré hacia Seattle para llegar en torno a la reunión de la OMC, seguiré a Nueva York, donde creo que puedo coordinar un encuentro con Marta y volveré para noviembre. Estaría en total dos meses fuera y para entonces veremos cómo están los papeles de Juan y que propuesta os traigo para la nueva etapa de nuestra familia. Lo haremos por votación, ¡Nour para entonces ya sabrá votar! ¡y no hagas campaña en mi ausencia!

Jonay, una vez más, observaba a sombrero aquella fuerza. Cuanto más unía en su existencia la fuerza, la inteligencia, el compromiso y la valentía, más belleza brillaba por todos sus poros. Muchas veces Jonay despertaba por la noche sólo para observarla. Esa noche volvió a hacerlo.

Su larga melena azabache ya mostraba algunas nieves en las sienes. Recogida en su pañuelo blanco, o azul a juego con su sari de las ocasiones, se liberaba en la noche y se esparcía en la cama como reflejo de su fuente de amor. Su rostro de belleza sencilla, plena, dulce, liviana, casi frágil prevalecía con los años, y las leves huellas del tiempo en su frente y

enmarcando sus ojos, la hacían aún más serena. Aquellas líneas del tiempo hablaban de miles de horas de ilusión y fuerza en una visión del mundo que Jonay sentía iba a invadir toda la humanidad. Le gustaba observar aquellos ojos cerrados con la leve manta del sueño, e imaginar tras ellos la mirada de belleza y valentía que se clavó en él desde que la vio aterrizar en Bulawayo.

Lo que no sabía era que Aimsa sabía de su clandestina costumbre, y la sentía como la muestra más dulce de amor.

LXIX. La avaricia acapara la Tierra... Bahía, Brasil, noviembre 1999

Lisy llevaba ya cuatro años en Brasil, después de sentir un flechazo por Joao durante la reunión de Findhorn, a la que navego con John y Umbela.

Desde que llegó con once años a la Gomera a bordo de Satia, Lisy había ido tomando confianza en la vida y se había convertido en una mujer bellísima y , aunque tímida, muy asertiva y valiente por los derechos humanos y la justicia global. Cuando dejó Sierra Leona tenía aún las secuelas de una úlcera tropical que le invadía toda su pierna derecha, la amenaza de la mutilación genital y un miedo mezclado de culpabilidad de haber dado la espalda a la religión, la tradición y la familia. Pasó tres años con su hermana y Fernando en Arguamul, hasta que tanto la relación entre *Kadiatu* y Fernando se enfrió como el romanticismo de la vida en aquel aislado acantilado se llenó de vacíos. Fueron después a San Sebastián donde *Kadiatu* consiguió un trabajo con la asociación de mujeres Gaia y se fue convirtiendo en una líder de la lucha contra la circuncisión femenina, dando conferencias primero en Canarias, luego en el resto de España y luego en otros países. Montó una organización que obtuvo financiación para iniciar proyectos, escribió un libro sobre "el rito alternativo" manteniendo los valores africanos de familia, tradición, antepasados, ritos, responsabilidad, unión a la comunidad y la naturaleza, pero cambiando el acto quirúrgico por un lavado con unas hierbas que además sabía eran antisépticas. Por la universidad de adultos y a distancia fue estudiando antropología y ciencias políticas y consiguió un trabajo en UNICEF, primero en el centro de investigación de derechos de la infancia en Florencia, y luego en la sede en Nueva York. Tras un tiempo en que el desamor y de las expectativas mutuas frustradas -*Kadiatu* de protección y Fernando de unión- dolió profundamente, ella y Fernando fueron apreciando su épica y valiente alianza y cada uno hablaba del otro con profunda admiración.

Lisy atendió el instituto, primero en Vallehermoso luego en La Gomera. A los catorce años ya hablaba perfecto español, a los dieciséis dominaba el lenguaje de los silbos y a los dieciocho entro en la facultad de derecho de La Laguna con una beca del gobierno canario. Los esfuerzos de injertos de piel en la pierna ulcerada en Sierra Leona evitaron males mayores y aunque dejaron cicatrices y una cierta cojera que no le evito aprender a navegar e incluso competir en la clase Europa. Jonay le había enseñado un poco de violín y en La Laguna hizo amistad con un chico que le introdujo al violoncelo. Ahorró con trabajos ayudando en la panadería de la amiga de Jonay, Yolanda, con quien había hecho entrañable amistad, y se compró su chelo con el que tocaba largas horas la lista de Schindler y soñaba en una Humanidad de amor.

Joao tenía cuarenta y cinco años. Su abuelo huyo de Portugal durante la dictadura de Salazar y se instalaron en Rio donde abrió una librería progresista llamada Justicia y Libertad. Su padre se casó con una mulata de Bahía y fueron allí a vivir. La dictadura brasileña empezó a acosarle por sus ideas anarco-socialistas que combinaba con un cristianismo libertario.

A los catorce años, Joao sintió una profunda emoción cuando los movimientos de resistencia a la dictadura brasileña secuestraron al embajador estadounidense para canjearlo por quince militantes de la resistencia con la condición de la lectura de declaración contra la dictadura en cadena nacional de radio y televisión. Tras la revolución de los claveles su padre volvió a Portugal donde abrieron un pequeño hotel en el Algarve. Joao tenía entonces diecinueve años y estaba vinculado ya a grupos universitarios en la lucha contra la dictadura militar brasileña. Con veinte años se unió a la *Ação Libertadora Nacional* fundada por Carlos Marighella, por quien sentía gran admiración.

Por la influencia católica de su padre se acercó a la Comisión Pastoral de la

Tierra, en pos de transformaciones de las desigualdades sociales y que empezó a animar a e luchas por la tierra y en contra de los inmensos latifundios de las familias poderosas de Brasil. Antes de su marcha a Portugal, su padre se hizo amigo personal de Leonardo Boff y Joao fue testigo de tertulias y conferencias en la librería. Lideró luego una de las Comunidades Eclesiales de Base en Bahía. Por sus ideas cristianas, estaba en contra de la violencia y de los secuestros de embajadores que cometían otros grupos como Vanguardia Popular Revolucionaria, lo que no quitó para que se manifestase por la liberación de presos políticos, se encadenase con compañeros frente a la sede del gobierno de Brasilia y fuese detenido e hiciese varias huelgas de hambre.

Tenían contactos en el extranjero y Joao fue responsable dentro del movimiento estudiantil de seguir el apoyo que daba la CIA a la dictadura brasileña. Tras la llegada de la democracia, Joao, ya terminados sus estudios de ciencias políticas, fue animando movimientos de lucha por la tierra, que comenzaban a multiplicarse en el país. A los treinta años, participó en el congreso de Curitiba donde se constituyó el MST y Joao fue nombrado coordinador de la comisión estatal de Bahía y encargado, en la comisión nacional de asuntos internacionales. Aunque su mayor obsesión, desde que a los catorce años oyó aquel discurso libertador en la televisión, era conocer como la CIA luchaba contra los movimientos sociales en Latinoamérica, fue interesándose en el lado positivo de las alianzas y tenía mucha ilusión en un movimiento global de eco aldeas en contra de la propiedad privada de la naturaleza y en armonía con ella.

Por eso fue a Findhorn. Y allí se enamoró profundamente de Lisy. En la noche después en que la armónica de John entonaba "*the times are really changing*", Lisy les pidió a John y a Umbela si podía volver Joao con ellos en el velero. Hizo una especial amistad con John con quien pasaba largas noches de guardia al timón y le amenizaba con bossa nova a la guitarra. Volvieron los cuatro con gran armonía y Joao pudo sentir en mayor

profundidad en espíritu y sentido de las eco aldeas. En La Gomera, Lisy presentó a Joao a su hermana Kadiatu y al que sentía como su padre, Fernando, en la colonia Valentía. Se unieron a una pareja que pasaba por La Gomera en un precioso barco alemán de madera de roble de los años 50, y que necesitaba tripulación para cruzar el Atlántico. Así llegaron a Bahía a finales de 1995.

Al llegar a Brasil, Lisy fue ayudando a Joao en las tareas estatales del MST y fue también aproximándose y colaborando con el Foro Social Global de Portoalegre y con otros movimientos del continente como vía campesina. Intentaba ligar estas vanguardias revolucionarias de Latinoamérica con el concepto y la red de eco aldeas espirituales REAE, que ya iba extendiéndose por todo el mundo. La nombraron delegada para Latinoamérica y fue animando la fundación de comunidades por el continente, inspiradas en el decálogo de Umbela.

Unos meses después apoyaron un asentamiento que reclamaba tierras improductivas de la hacienda "*Macaxeira*" en el Dorado dos Carajas. Joao había liderado un asentamiento similar en *Canudos*, en el Estado de Bahía, y fue requerido para ayudar a la demanda en Macaxeira. Por entonces, el área ocupada por tierras improductivas de terratenientes, era de más de trescientos cincuenta millones de hectáreas, unas diez Españas. La mayoría eran propiedades inmensas de más de mil hectáreas, mientras la mayoría de los brasileños carecían de tierra y vivían en la pobreza.

Así ayudaron a montar un campamento que fue acogiendo a casi tres mil familias sin tierra. Lisy compartió el "decálogo de Umbela" para ir organizándose en armonía. Había una profunda unión, cantos, solidaridad. Ella sentía que la semilla del amor y la concordia latía unida a la demanda de justicia. Había muchas personas mayores, trabajadores y niños, los "sin tierritas".

Por entonces, los poderosos terratenientes habían ido presionando a los círculos del poder en torno al gobierno de Brasil, que accedía a ir bajando los impuestos y resistir el movimiento social del MST. Por la noche, frente a una gran hoguera de ramas secas, Joao animaba con su guitarra a cantar "*Grandola Villa Morena*" y recordar a su padre

Después de varias semanas reclamando la expropiación, el MST decidió bloquear la carretera. Poco después llegó la policía y lanzó bombas lacrimógenas ante lo que los campesinos respondieron lanzando piedras y palos. Un campesino al que llamaban el "sordito" porque oía mal, no se percató de las balas y cayó herido de una bala en una pierna para ser luego rematado con un tiro en la cabeza. La policía disparaba a matar, y remataba en el suelo. Lisy vio como la policía identifico a Oziel, un joven líder del MST en la región y lo ataron a una camioneta. Fue torturado por más de cuatro horas rematado después con tiros en el oído. Le oyeron decir sus últimas palabras viva el movimiento de los Sin Tierra! Joao escapó de milagro y desde entonces sentía un peso de culpabilidad de estar vivo. A menudo tenía pesadillas por la noche en las que se veía atado a un coche de policía y sentía todo su cuerpo inmóvil hasta que la misma respiración se paraba y despertaba con una profunda angustia.

Pero no podían desesperar, ni claudicar.

Al siguiente año, Lisy participó en la reunión anual nacional del MST y colaboró en estudiar los artículos de la constitución que ligaban la tierra a su función social y permitían la expropiación en su ausencia. Propuso un análisis de todas las propiedades privadas que por no ser productivas debían impuestos a menudo mayores que su valor y así fueron recuperando millones de hectáreas, a menudo de forma transitoria a la espera de que el gobierno, a través del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (INCRA) determinase si las tierras ocupadas son improductivas. Pero a la vez, la bajada de impuestos a los terratenientes y las policías

corruptas sobornadas por terratenientes alimentaban una guerra larvada en todo el país.

Joao y Lisy siguieron luchando por el derecho a La Tierra. Joao lo hacía más por reivindicación y justicia social, y sentía tan profunda rabia desde los hechos de Macaxeira, que empezó a considerar si la violencia podía estar justificada. Seguía liderando comunidades eclesiales de base y acudía al menos una vez al año a Rio para atender a una clase de Leonardo Boff y charlar un rato en su casa de Petropolis. Lisy mantenía el origen de su compromiso por la armonía con la Tierra sin propiedad. Cambiar la propiedad de unos terratenientes por la de otros campesinos, aunque fuera en menor y más justa medida, seguiría manteniendo el absurdo y nunca-posible reparto justo de un bien sagrado que no podía ser esclavo de nadie, ni de ricos ni de pobres.

Mientras Joao se iba aliando a movimientos sindicales cada vez más radicales, Lisy fue uniéndose a movimientos que desde la ecología entendían la nueva sociedad no desde la lucha social sino desde el cambio de valores para vivir en comunidad renunciando a la propiedad contra-natura de la Tierra.

Lisy fue nombrada delegada de la red de eco aldeas espirituales en Latinoamérica a final de 1996 y comenzó a promover activamente el decálogo de Umbela y estudiar en cada país los aspectos fiscales y legales de asentamientos alternativos y ecológicos. A los dos años, ya había promovido la creación de casi quinientos asentamientos por todo el continente.

Convocó una reunión con movimientos por el derecho a la tierra, movimientos reivindicativos indígenas, sindicatos obreros, las comunidades eclesiales de base el MST y vía campesina, para explorar principios comunes hacia un modelo alternativo de sociedad. Para ella, las fronteras

y las propiedades, eran incompatibles con la armonía social y ecológica. Joao se había ido distanciando pues consideraba que los argumentos de Lisy debilitaban las reivindicaciones sindicales y obreras, y además llevaban a utopías sin salida. Entre ellos fue muriendo la llama que había prendido en Findhorn cuatro años atrás.

En aquella reunión conoció a un líder indígena aimara, de Cochabamba. Se llamaba Kurumi (arco iris) Daza. Era un aimara de rasgos indígenas y tez oscura, pelo azabache crespo, una mirada profunda, inquisitiva, y una sonrisa plena desde su mandíbula plena, fuerte, como segura de cada paso. Reflejaba el significado de su nombre en su poncho de lana de llama y tintes naturales. Le habló de la Pachamama. Una semana después, Lisy viajó a Cochabamba para aprender más sobre la unión mística a la tierra de las comunidades andinas, y para ver a Kurumi, con quien sentía una profunda amistad. Su corazón estaba dividido pues seguía sintiendo una atracción química a Joao pero una ternura y empatía espiritual aún más profunda con Kurumi. La despedida de Joao fue triste. Los dos sabían que se abría una brecha profunda en su unión.

LXX. ... y también la lluvia... Cochabamba, Bolivia marzo de 2000

Lisy llegó a Cochabamba para la Navidad del 1999. Kurumi la recibió en la estación de autobuses y fueron a casa de sus padres pues vivía con ellos, una hermana y dos sobrinos. Tenía un hijo con una mujer de Santa Cruz que le consideró con el tiempo "demasiado indígena "para su blanca piel... A la cena de bienvenida vino el hermano menor de Kutumi, al que llamaban Víctor Hugo. El padre de Kutumi, un humilde obrero aimara de la construcción, había aprendido a leer en una escuela de la misión católica y había leído Los Miserables, sintiendo una profunda emoción en cada una de sus páginas. De ahí el nombre del hermano pequeño de Kutumi. Desde que empezó a sentir la cultura andina, Lisy sintió una profunda fascinación. Esa misma noche fueron a unos tres kilómetros andando y bajo las estrellas, Lisy empezó a entrar en un nuevo mundo...

-Kutumi, dime ¿qué es para ti la Pachamama?

-Cada uno debe sentir en su interior lo que es. Pacha es la Madre Tierra, de dónde venimos, a donde iremos.

-¿Que no es la Tierra? ¿No lo es todo...?

-Si... Aunque nos habla más claramente donde sentimos sintonía con su fuerza, con su belleza... Yo la siento más clara en los manantiales...de ahí sale su fruto más puro... el agua.

-¿Y cómo hablas con ella...?

-Yo hablo cada día... Como se habla a una madre...

-¿Y qué le dices?

-Sobre todo le pido sustento, a veces me disculpo por alguna falta o por no apreciar todo lo que nos provee...

-Y además de hablarla... ¿cómo te relacionas más con ella...?

-Como a una madre también... la cuido, la acaricio, la observo, la escucho y sigo sus consejos. Y a menudo le doy regalos también. Ella me da mucho, y debo darle yo también. Verás que cuando comemos, cosechamos, le sacamos agua, leña, alimento, piedras... le damos también una parte. No sólo en los rituales, sino en el día a día. Como a una madre.

Lisy sintió de repente un frío helado en su corazón. Dejó a su madre hacia tanto tiempo... Huyó de tradiciones que temía. Pero dejó atrás mucho. A menudo pensaba en volver, en descubrir, en no tener que someterse, ni huir, sólo amar.

-Y dime ¿a veces hace daño la Pachamama? ¿A veces se enoja?

-Sí. También como las madres. Nosotros pensamos que la Pachamama tiene hambre a menudo y si no recibe lo que necesita, o si se ofende, nos manda enfermedades.

-Y dime, Kutumi ¿qué le das en ofrenda?

-Pues en algunos rituales, se sacrifican animales, llamas sobre todo, para derramar su sangre.

-Eso me produce tristeza.

-Es la tradición, pero está abandonándose. A mí también me entristece. Creo que la vida animal es también sagrada. Hace tiempo que no como su carne, y la quínoa y otros regalos de la Pachamama nos dan suficiente nutrición.

-¿Y qué le ofreces tú?

-Yo le ofrezco, aquí, bajo las estrellas, aquello que aprecio. Los auténticos regalos no son las sobras sino lo que uno aprecia y comparte. Le doy sobre todo hojas de coca, un poco de mi bebida cuando tengo sed, un poco de mi comida cuando tengo hambre.

-¿Y tenéis celebraciones comunes? ¿O vivís vuestra veneración de forma íntima, personal?

-Sí, hay celebraciones, pero, por ejemplo, cuando las llamas expulsan fetos, se los ofrecemos a la tierra para que aumente su fecundidad. Los *martes de challa* la gente entierra comida, dulces y quema incienso.

-Y dime ¿la Madre Tierra está sola en su divinidad?

- El Dios Sol, *Inti*, y su esposa, la *Luna Mama Quilla*, engendraron a la Madre Tierra... Dice la leyenda Inca que *Inti* enseñó a su hijo *Manco Cápac* y a su hija *Mama Ocllo* las artes de la civilización, para que fueran respetadas por la Humanidad.

A Lisy le costaba creer en esas imágenes tan concretas que parecían rodear a todas las religiones, pero sí veía profundamente en la armonía con la naturaleza, de dónde venimos y a donde, después de aquel ensamblaje transitorio de moléculas', iríamos...

Celebraron la Navidad, pues se relacionaba a la Pachamama con la Virgen María del catolicismo colonial. Unas noches después, el primer viernes de enero, Kutumi y Lisy, asistieron juntos al ritual de la Pachamama, llamada challa. La ceremonia era dirigida por una anciana venerada en la comunidad a quien llamaban '*Yatiri*'.

Lisy dio algunas conferencias a comunidades campesinas sobre la idea de las eco aldeas espirituales, estableciendo los vínculos con su sagrada Pachamama. Explicó que el mundo sufría por una infección de ciudades y fabricas que la estaban dejando sin su sangre negra, sin su piel verde, sin sus cabellos de selvas, hacían que respirase mal por los humos, que sudase por el calor atrapado por esos humos y que su latido fuese débil y triste por sentir tanto daño de sus hijos, enloquecidos por la producción y el consumo... la red de comunidades que aman a la Tierra la salvaría de ese daño...

Pero ante sus planes de empezar a promocionar redes entre comunidades y de explicar los aspectos legales y fiscales, e incluso discutirlos con el gobierno en la Paz, algo ocurrió que agitó profundamente el corazón de Cochabamba, quizás el de toda Bolivia, el del todo continente, el de todo el mundo. La avaricia de estaba llegando a los límites de la vida y la iba a hacer reaccionar con fuerza, dignidad y determinación...

Ante la subida de los precios del agua, las asociaciones de vecinos, cooperativas de campesinos, de cocaleros, de obreros, se empezaron a movilizar. Kutumi era un conocido líder de campesinos y había estudiado el caso en profundidad. Ante unos quinientos quechuas y aimaras, explicó lo siguiente en una reunión nocturna e ilegal en una escuela.

Eran los tiempos en que presidía, esta vez tras fraudulentas y manipuladas elecciones, el dictador Banzer.

Hermanos y hermanas,

Con el respeto a la Pachamama.

Su agua, está siendo robada por unas empresas extranjeras ávidas de poder y de dinero. No tienen suficiente en sus países y vienen aquí a quitárnoslo, y quieren secuestrar al agua de las entrañas de la Madre Tierra,

apropiársela, y vendérsela...

Hubo un murmullo de enojo...

Hace unos meses, una empresa americana llamada Bechtel acordó con el presidente Banzer, aconsejado así también por el Banco Mundial, que nuestra agua sería de su propiedad. No sólo compran la red municipal del agua, SEMAPA, sino que se apropian también de nuestros sistemas comunales. Esta empresa le ha dado dos mil millones de dólares al presidente y le ha dicho que terminara la presa de Misicuni y la conectara con Cochabamba haciendo una profunda herida en la Cordillera Tunari ... a cambio, él les ha dado nuestra agua para los siguientes cuarenta años...Y esta empresa ni siquiera trabajaría para ello. Haría trabajar a otra empresa que conocéis, las Aguas del Tunari, cuyos dueños son europeos y americanos, quien nos cobraría el dinero. Así, como ya se creen dueños del agua, han ido subiendo los precios a casi el doble...Casi todos ya debemos pagar 20 dólares al mes, cuando nuestro sueldo está entre cincuenta y cien para la mayoría...

Más murmullos, esta vez con gritos de algunos que decían no poder pagar esos precios...Otras explicaban como tuvieron que retirar a sus hijos de las escuelas o a dejar de ir al médico por el dinero que habían tenido que pagar por el agua...

Y ante nuestra rabia, lo que ha dicho el señor americano Geoffrey Thorpe, encargado aquí de esta empresa es que nos cortaran el agua si no pagamos...

Muchas mujeres y personas muy humildes, hasta tímidas, dijeron con una inocencia que conmovió a Lisy:

-¿Y cómo podremos vivir...?

Y no sólo nos secuestran el agua de la madre Tierra, sino que ise nos prohíbe recoger el agua de la lluvia!

Tras esa reunión, comenzaron las manifestaciones de los campesinos regantes y muchos otros grupos, sindicatos, estudiantes, indígenas... la furia llenó las calles de Cochabamba. Lisy se sentía unida a ese grito por la vida.

En los días siguientes, los jóvenes, entre los cuales Víctor Hugo fue tomando un papel de líder, comenzaron a intentar asumir el control la plaza principal y a formar barricadas en las entradas a la ciudad. Tras los campesinos y los jóvenes, los obreros, los comerciantes y los estudiantes de la universidad de Cochabamba acudieron con pancartas contra las políticas de privatización del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. De esa forma, los manifestantes consiguieron parar la ciudad de Cochabamba por cuatro días.

Poco después, tropas del ejército venidas de Oruro y La Paz se unieron a la policía para reprimir a los manifestantes. Inicialmente tiraron gases lacrimógenos y balines, pero al rato empezaron a oírse disparos. En ese momento, Lisy vio a un hombre vestido de paisano disparar con un rifle. Pudo hacerle una foto entre el caos. Lo que no supo hasta un tiempo después es que cuando fue calmándose el caos y la gente corrió despavorida por los disparos, un joven yacía en el suelo, acribillado por las balas.

Entre el caos había perdido contacto con Kutumi, y fue directa a la casa de sus padres. Allí estaban sus padres y su hermana y sobrinos, esperando con preocupación.

Una hora más tarde, oyeron un rumor aproximarse a su casa... Abrieron la puerta. Era Kutumi. Traía en sus brazos el cuerpo sin vida de Víctor Hugo.

Lisy sintió profunda tristeza y rabia y se unió al profundo dolor de una madre que abrazaba a su hijo, muerto por resistirse a que le quitaran el agua de la vida. El dolor era demasiado profundo. Lisy notó en las lágrimas, la mirada incrédula, los brazos temblorosos, el llanto ahogado por el dolor, las fuerzas desaparecer en aquella, madre, aquel padre, aquel hermano y hermanas, y los puños de rabia mientras el ejército y la policía se retiraban a sus barracones y el presidente Banzer informaba en la televisión que las "fuerzas del orden" cumplían su deber y el ministro de información sembraba la acusación de que los manifestantes eran traficantes de droga.

Víctor Hugo era un joven lleno de vida, de amor por sus padres, de cariño a las tradiciones, de ilusión en la vida, en enamorarse de la naturaleza, de las personas... Esa vida arrancada, por reclamar que el agua de lluvia no es de nadie tenía que cambiar el curso de una Humanidad enferma. Lisy no podía dejar de pensar en ello. Si no, ¿cómo encontrar sentido a una sociedad así?

Lisy mando la foto a Joao. A las dos semanas recibió una carta:

Querida Lisy,

Os envió mi más profundo pésame y el del pueblo de Brasil por la muerte del camarada Víctor Hugo. Sé que será un mártir de la Nueva Era que ya está comenzando en todo el continente.

Tras varios meses de tu ausencia he ido comprendiendo que es lo mejor para los dos. Siempre recordare nuestro tiempo en Findhorn, en Canarias, cruzando el Atlántico, y en nuestra lucha juntos por el derecho a la Tierra, como una de las partes más bellas de mi vida. Tenemos sensibilidades diferentes, culturales o ideológicas, pero en el fondo queremos los dos una nueva Humanidad más justa. Te deseo lo mejor con Kutumi y siempre seréis bienvenidos a casa. Estoy

seguro de que el futuro unirá todos nuestros brazos y liberará del yugo capitalista al pueblo oprimido.

Un abrazo con todo mi cariño,

Joao

PD: Te mando en anexo la investigación que he podido hacer de los hechos que me cuentas de Cochabamba. Os ruego que eliminéis la información y no citéis nunca mi fuente, una vez la hayáis leído.

En otra hoja se resumía la investigación de Joao, conocedor de las conexiones de los ejércitos con la CIA, los servicios de inteligencia de las dictaduras y los vínculos con los poderes económicos. Explicaba que aquel hombre parecía tratarse del capitán Robinson Iriarte de la Fuente, graduado de la "Escuela de las Américas". De su sede en *Fort Benning*, en Estados Unidos, salían "formados" más de mil soldados al año supuestamente como "profesionales de la defensa de la libertad y los derechos humanos". Su misión principal era "fomentar o servir como instrumento para preparar a las naciones latinoamericanas a cooperar con los Estados Unidos y mantener así un equilibrio político contrarrestando la influencia creciente de organizaciones políticas de ideología marxista o movimientos de corte izquierdista". Los más de cuarenta mil soldados formados hasta entonces habían alimentado a regímenes dictatoriales aliados de Estados Unidos. Banzer, Galtieri, Somoza y la larga lista de dictadores sanguinarios del continente, habían sido alumnos destacados de aquella fábrica de odio y terror. En esa escuela se adiestraba en métodos de tortura, asesinato y represión.

Lisy imagino al capitán Robinson acudir a esas clases, cegado por el temor y odio al comunismo y forjado en no dudar en disparar un certero tiro en la cabeza a un joven que gritaba para poder beber.

Quizás había olvidado aquella escuela el derecho humano a lo más básico,
al agua que nos brinda la madre Tierra, el derecho a la vida.

LXXI. El oficio del amor evanescente. Harare. octubre 1999

Aimsa partió en octubre de 1999 a una vuelta al mundo para explorar alianzas y la forma de lanzarse a una nueva década que, estaba convencida, cambiaría para siempre la Humanidad.

Tras un emocionado abrazo en el aeropuerto de Bulawayo, Jonay le despidió con la trascendencia que sabía tendría ese viaje en sus vidas:

-Lihambe kuhle (ve en paz)

-Lisale kuhle (quedad en paz)

Su viaje inicial fue a Harare donde visito al Ministro Stamps.

Stamps le recibió en su casa donde quiso hospedarla y poner a su disposición un coche oficial con chófer. Desde que la conoció en Londres sentía la fuerza de esa mujer y sentía una especie de ciega confianza en su visión. Por otro lado, la alianza de Aimsa con el grupo de valientes de Ukuzwana que desmontaron la mafia de prostitución y tráfico de órganos en Sudáfrica aumentaba su admiración por ella y en general por el grupo que ya se iba conociendo en todo Zimbabue de "Sibithanda".

Aimsa, sin embargo, prefirió buscar un lugar sencillo y transportarse, como la mayoría de los ciudadanos de Zimbabue, en las atestadas y destartaladas camionetas-taxi. Por un lado, detestaba el mundo de los privilegios del poder, ya por otro lado, no aprobaba las políticas de opresión del gobierno de Zimbabue a pesar de la causa justa de reformar el aún pendiente desequilibrio en favor del reducto de blancos racistas de la época de Rhodesia. Pensó en la conexión histórica entre Rhodes y el racismo del sur de África, y su legado en forma económica a través de De Beers, que de forma sutil e indirecta, seguía dominando la vida de los africanos por

monopolios de poder económico ligados a las tramas del terror. Su mapa del mundo identificaba esa sutil trama de poder y avaricia y veía como se iba infiltrando en la política y dominando incluso al líder más apreciado en todo el mundo, el ex-presos Nelson Mandela.

Prefirió mezclarse de forma más profunda que lo que el sistema "*couch-surfing*" le permitiría en Harare, prácticamente sólo conocido por la minoría privilegiada blanca. Al llegar a Harare en el tren desde Bulawayo, buscó a una persona en la que intuyera sencillez y sensatez, que ella llamaba "sencitez", para decidir dónde se quedaría a dormir los siguientes tres días de este inicio de su vuelta al mundo para guiar la siguiente década de los Harris.

Se acercó a un hombre de unos cincuenta años, pelo canoso recortado, gafas de pasta reparadas con celo en una patilla, bien afeitado, una mirada entre sabia y cansada, un traje gris ajado por el tiempo pero que vestía con leve orgullo y no tan leve dignidad. Estaba esperando una camioneta de transporte, llamadas en Harare "Tshovas".

-Kanjani

Aimsa inició la conversación en Shona, pues sabía que dirigirse directamente en *ndebele* causaba tensión dada la rivalidad entre los Shonas de Harare y Mashonaland, por lo general más próximos al ZANU-PF de Mugabe, y los *ndebeles* de Matabeleland, reivindicativos de un cambio y próximos al MDC de Tsangirai, acosado por el régimen.

-Kanjani

-Muri Rayiti? (como está usted?)

Si estuviera en un pueblo de cualquier zona de Zimbabue, tendría que pasar

unís cinco minutos preguntando por la familia, los campos, la lluvia y la salud. Pero tenía poco tiempo antes de subirse con su mochila a la camioneta-taxi.

-¿Me puede recomendar un hostel sencillo donde pasar tres días, sin pagar mucho pero estando segura y bien comunicada con la ciudad?

Aimsa tenía un sistema para aprender a expresarse en un idioma tras sólo seis horas de, como decía ella, "absorción intuitiva". Ella observaba como las personas de diferentes países y culturas normalmente almacenaban en su memoria ligada a conceptos, unas cien mil palabras y las combinaban en alrededor de un millón de frases diferentes. Cuando quería sumergirse en una lengua, se retiraba unas seis horas a un lugar donde no se oyesen palabras, ninguna voz humana. Las primeras dos horas las dedicaba a un diccionario o guías más seleccionadas de palabras, elegía unas mil. Lo hacía con su memoria fotográfica y haciendo simultáneamente selección de nombres, adjetivos y verbos, unos trescientos de cada tipo, y que cubriesen las circunstancias más habituales de un día cotidiano. En una hora almacenaba esa información en su memoria, y utilizaba intuitivas formas de asociación entre palabras, sonidos, significados y lenguas diferentes, para retener lo aprendido. Hacia asociaciones etimológicas entre lenguas diferentes y así entendía significados subconscientes de palabras y conceptos que incluso los nativos de esas lenguas, desconocían. Las segundas dos horas repasaba formas verbales, artículos y adverbios, y combinaba palabras con esas "articulaciones" del lenguaje. Creaba combinaciones al azar y múltiples, dejando volar su imaginación. Lo hacía a un ritmo de una frase cada tres segundos, ligadas una con otra, hilando en su prodigiosa mente unas dos mil frases relacionadas con un espectro de situaciones que la podrían esperar. Las últimas dos horas las utilizaba informándose de costumbres, tradiciones, tabúes y sensibilidades de la lengua y cultura con la que iba a tratar. Consideraba esencial hablar en las lenguas nativas de las personas. Ciertos grados de comunicación no eran

posibles o fáciles en otras lenguas que las que modelaban desde la infancia, y en especial mientras el cerebro multiplicaba por dos sus células y conexiones, en el primer año de vida. Llevaba un tiempo poco expuesta a lenguas y culturas diferentes y sentía como hambre de sumergirse regularmente en nuevos retos culturales, según ella, la forma más natural de flexibilizar el pensamiento y hacerlo fluido, dúctil, ágil. Lo veía como representado en su complejo maña de colores de dinámicas en el mundo. Cada lengua y cultura que integraba, producía unos, casi gráficos, efectos de fluidez y nuevas relaciones lógicas entre las estructuras de aquella imagen que Aimsa visualizaba de forma abstracta.

-Así llego a la pensión "el Rino", en un barrio cercano al centro de Harare, plagado de jacarandas preñadas de millones de flores violetas que llenaban de color y vida a la primavera austral. La pensión era una antigua casa de clase media, con un porche de madera blanca elegantemente tallada y suavemente envejecida por el paso de los tiempos. A la entrada había una mujer obesa y sonriente a la que saludó en Shona con más pausa que al hombre de la parada de los Tshovas. La mujer se identificó como la responsable de las habitaciones y le dio la habitación número tres de un total de seis que daban todas al patio de afuera donde había letrinas y cocinas comunes, y tres frondosos mangos. A los pocos minutos, Aimsa noto signos diversos que le hacían sospechar una situación inesperada: dos viejos camiones estaban aparcados en el exterior, varias sillas vacías estaban puestas frente a las habitaciones, una mujer salía de una habitación con rulos en su crispado cabello y labios pintados llamativamente, había varias botellas vacías de cerveza frente a las puertas y la regenta del lugar la miraba de forma picara e inquisidora. Una mujer salió de una habitación en ropa interior apenas oculta por una bata imitando a seda, y se sentó en la silla curando las piernas y mirando al infinito. ¡Aimsa se había instalado en un prostíbulo!

En lugar de cuestionar su intuición de "sencitez" y de buscar otro lugar

donde alejarse esos tres días, pensó maravillada que su sensibilidad hacia la epidemia del SIDA le había llevado a una fuente de infección donde se entrelazaban fugazmente vidas de personas que de otra forma no conocería normalmente.

Reflexionó también sobre los círculos en los que se relacionan las personas y construyen su visión del mundo, sus ideas, y sus mecanismos para sentirse seguros y para dibujar una frágil lógica a la realidad existencial, tan incompatible con la razón o al menos los límites de la razón humana. Esos círculos normalmente incluían unas trescientas a quinientas personas, de ahí el concepto de "tamaño humano" de las eco aldeas espirituales. Era imposible que esas personas representaran al amplio espectro en la humanidad. Tampoco ese grupo de seres humanos que se diluían en nuestra existencia de formas mucho más profundas que las físicas o sensoriales, podía representar el inmenso universo de personalidades y formas en que la prodigiosa mente humana percibía su realidad e interactuaba con ella.

Aimsa sentía verdadera fascinación por cada ser humano que conocía, y veía en las personas su profundidad, única e irrepetible, de mágica conexión con el universo. Veía también que las personas vestían varias capas de protección a su ser más auténtico: su nombre, nacionalidad, profesión, familia e imagen de ellos mismos, constituían una primera capa, en gran medida artificial, impuesta y arbitraria que les daba una falsa pero conveniente identidad para relacionarse en la sociedad. Esa capa se cubría a su vez de formas y modos aceptables en su entorno, desde el uso de sonidos y palabras, las formas de vestir, los gestos en el rostro y las manos, las formas de comer, de beber, de andar, de mirar. Esa capa estaba relacionada con una aún más trascendente: como esas identidades impuestas nos condicionaban en nuestra necesidad más esencial, la de amar y ser amados : ese flujo de luz y energía que se relacionaba con los múltiples significados que las culturas y sociedades daban al amor, era

modulado por las capas anteriores de forma que controlaba, como un sistema riguroso de luces de tráfico en una ciudad, a quien amar, como amar, cuanto amar, donde amar, cuando amar e incluso, si amar.

Aimsa veía esas capas en las personas. Y las veía con colores, rojos y azules oscuros cuanto más pesadas y adheridas eran las capas, tenues blancos y amarillos cuanto más leves, sueltas y fluidas. Veía el número ya el grosor de las capas, y observaba como las personas de capas parecidas en grosor, en número, en color, en rigidez se atraían entre sí, se unían y reforzaban sus colores. Usando dos colores parecidos se paseaban, aumentaban su rigidez y su peso, pero si las capas ligeras, claras, livianas, se mezclaban con otras, las suavizaban, las liberaban. Había pocas personas con capas casi blancas y al viento que Aimsa sabía identificar e incluso intuir antes de verlas.

Hizo una hora de yoga y meditación, visualizando su vuelta al mundo en ocho semanas a través de la cual pretendía ver con más claridad el reto de animar, de "alma", una nueva humanidad, esa llamada que sentía desde que de muy pequeña aprendió a sobrevivir buscando comida en los basureros de Bombay y en las calles de Calcuta. Harare, Ciudad del Cabo, Madrid, Barcelona, Bombay, Seattle, Nueva York y vuelta a casa. Pensaba incluir una última etapa pero tenía que planificarla con detalle. En esos lugares vería ministros, activistas, académicos, empresarios, y todos ellos en un hermoso mar de culturas, lenguas y personas con sus calas de colores y sus vuelos mágicos y únicos por la vida. ya echaba de menos a Jonay y a Nour, y también al resto de su familia de Ukuzwana, de esos maravillosos "Sibithandas" que, estaba segura, iban a propagar una epidemia de amor y armonía en la Humanidad, enferma y contagiando a la naturaleza. Pensó en ese concepto de enfermedad, no como exceso de algo, o incluso presencia de algo. Sino como falta de algo, realmente, falta de amor. Y curiosamente, esa falta de amor, como causa primigenia de la falta de armonía vital, anímica, física. Llevaba a "exceso de "sucedáneos del amor", quimeras que intentaban en vano suplantarle, poder, dinero, posesiones, títulos, glorias,

prestigios, elocuencias, creencias, ruido. Por eso a menudo se preguntaba y preguntaba ante la falta de felicidad real: ¿"que te falta para ser feliz"?

De esta manera transcurría su pensar cuando alguien toco en su puerta. Abrió y vio a una mujer ligera de ropa y pesada de maquillaje:

-*Kanjani*, hermana.

-*Kanjani*

-¿Tienes tabaco?

-No, no fumo, lo siento.

Cierta leve sonrisa entre ellas las animo a seguir hablando.

-¿De dónde eres? ¿Nunca te he visto por aquí?

-Nací en la India. Vivo en Matabeleland, me llamo Aimsa, ¿tu?

-Yo vengo del norte de Matabeleland, de Hwange, me llamo Sibongile, pero me llaman Nancy.

-Encantada Nancy.

Tras una pausa de mirada inquisidora, Nancy preguntó:

-¿Estas en este negocio? ¿Eres nueva? te puedo ayudar.

-Me imagino que te refieres al trabajo de satisfacer relaciones íntimas. Amor fugaz por dinero, lo que llaman prostitución.

Aimsa eligió esas palabras, ahora en *ndebele*, con sumo cuidado y respeto.

Se dio cuenta una vez más del poder de las palabras, las connotaciones que tienen y como se pueden convertir, sin apenas percibirnos de ello, en dardos con los que defenderse, o en manos tendidas para unirnos. Dijo por eso, con todo su sentido y respeto, "trabajo". Poco había conocido de ese mundo, pero lo respetaba incluso más que a muchos otros mundos y oficios "respetables". Aún sin conocerlo bien sentía que circunstancias duras, a veces heroicas, eran las que llevaban a esas personas a esas actividades. Por otro lado, sentía un respeto, casi admiración, a la capacidad de entregar el cuerpo, inevitablemente ligado al alma, a extraños. Si por dinero, pero ni de forma remota equiparable al valor de esa, la más profunda de las ofrendas. Era curioso que quienes más repartían amor, aunque fuera a menudo tan denostado por la sociedad y concentrado de forma compulsiva en el acto físico, más fueran marginadas y despreciadas por la sociedad. Era una constante de todas las culturas y todos los tiempos. Relacionó ese hecho con una flecha roja en su mapa abstracto, flecha de conflicto, con el concepto de propiedad. Propiedad desde lo más artificial a lo más artesano, hasta lo que da la naturaleza e incluso pretensiones de poseer la naturaleza espiritual del ser humano. Propiedad abstracta, basada en convenciones de papeles y garabatos que decían dar "propiedad" de materias, de tierras e incluso de personas mediante matrimonios y tantos otros tipos de contratos, de ataduras. Pensaba que si la unión era voluntaria y en armonía, no necesitaba de ningún papel. Y si no lo era, el papel, la convención de propiedad sólo servía como cadena que ahogaba la libertad. Era la reflexión que más se repetía en su visión del "mapa del mundo": qué absurdo y dañino el concepto humano de propiedad. Pero que instintivo y defensivo al mismo tiempo desde la vulnerable debilidad humana ante el instinto de sobrevivir y ante la angustia existencial de no entender ¿de dónde?, ¿a dónde?

Esos pensamientos la tuvieron absorta dos minutos, cuando de repente oyó la voz estridente de Nancy:

-¿Te pasa algo? ¿No estarás tomando drogas, verdad?

-No, Nancy. Estaba pensando. Me alegra conocerte.

-Tú, ¿a qué te dedicas?

-Busco como mejorar este mundo.

Lo dijo con la inocencia con lo que lo pensaba desde su tierna infancia. Y no se arrepintió. Pensó en repetido cada vez que con esa pregunta quisieran encasillarla, etiquetarla.

Nancy soltó una risotada.

-¿cómo se hace eso? ¿Y quién te paga?

-Se hace con mucho amor. Y no siempre te pagan. De hecho el dinero es una de las causas de nuestra oscuridad.

-Pues dime ¿cómo puedo sin dinero pagar la comida y escuelas de mis hijos? Cuando hayas preparado un mundo sin dinero, ime avisas!

Se rieron juntas. Nancy pensó así que Aimsa bromeaba. Luego hablaron durante una hora sobre la vida de Nancy.

Había nacido en una familia de padre de Malawi y madre de un pueblo cercano a Hwangue llamado Lupane. Su padre trabajaba en las minas de carbón de Hwangue. En el año 72, cuando Sibongile contaba con tan sólo tres años, una gran explosión en el pozo número dos de la mina mato a su padre y a otros cuatrocientos mineros. Su madre quedó sin ingresos y con vergüenza de volver a Lupane donde su familia la había repudiado por casarse con un hombre no *ndebele*. Intento varios trabajos en Hwangue pero no resultaron. La mina le quitó la casa, una neumonía de Nancy se

llevó todos sus ahorros para pagar el ingreso en el hospital católico de St. Mary, y un minero conocido de su difunto esposo le ofreció un cuarto en su casa. Al poco tiempo aquel hombre empezó a abusar de ella sexualmente y ella, paralizada por el miedo de perder la mano del amo, se fue sometiendo. Esa sumisión sexual iba ligada a sumisión de trabajo en la casa y de todos los aspectos de la vida.

Aimsa atendía a esa historia con fascinación y profunda empatía. Sentía estar aprendiendo más que en una clase magistral de Berkeley.

Nancy siguió relatando que con el paso del tiempo su madre, sin ánimo de vivir, sin el aire de la libertad ni la luz de la dignidad, empezó a beber y a dejarse invitar y abusar por otros hombres. Se fue con Nancy a un cuarto que alquilaba y donde empezó a recibir clientes para poder tener dinero con que comprar comida, pagar la matrícula de la escuela, uniformes y libros para Sibongile, y también para su adicción a la bebida. Pronto ese orden de prioridades empezó a cambiar.

Nancy dejó la escuela con once años y ayudaba a su madre en la casa a limpiar. A los trece años, Nancy fue acosada por un cliente de su madre, con el consentimiento de ella. Después de aquel hecho, su madre perdió la cabeza. Se pasaba el día llorando o mirando al techo de su cuarto. Nancy tuvo que aprender a robar para pagar el alquiler del cuarto y traer algo de comida para las dos. Robaba sobre todo a los turistas que paraban en Hwangue en su camino al Parque Nacional y a las cataratas Victoria.

Un día, cuando volvía con comida a su casa, no encontró a su madre. La buscó por toda la ciudad. Una persona le dijo que creía haberla visto tomar un autobús para Bulawayo. Pagó un billete y se fue con una bolsa de plástico con dos libros que aún guardaba de la escuela, una foto de sus padres antes del accidente, y un poco de ropa y jabón, hacia Bulawayo. Allí siguió buscando a su madre. Nunca la encontró. Ella también empezó a beber.

Tenía dieciséis años. Así empezó a prostituirse, para comer o para olvidar. Pero no conocía otra alternativa de vida ni el camino para ello. Le contó a Aimsa que llevaba dos años en Harare, aunque pasaba temporadas en Kariba y en Mutare. Tenía unos doscientos clientes regulares y muchos más a los que sólo veía una vez. Atendía a unos seis clientes al día, por el equivalente a un dólar por cliente. Aunque Nancy había oído en la radio del riesgo del SIDA, la mayoría de sus clientes la exigían no usar el preservativo. Tenía un hijo, de un padre no conocido. Decidió no abortar cuando se supo embarazada pues tuvo un sueño en que su padre y su madre miraban llenos de alegría a un bebé sonriente. Siguió teniendo relaciones durante todo el embarazo. Dio a luz en una clínica de Mutare y se trasladó a Mbare, un suburbio del sur de Harare. Allí alquiló un cuarto y cuidaba de su hijo, recibiendo también a clientes en el mismo cuarto. Una mujer de uno de sus clientes entro en su cuarto una noche y casi la mató a palos. Dejó Mbare y se trasladó a Mashvingo, donde siguió haciendo lo único que sabía hacer en la vida. Su hijo, al que llamo como su cantante favorito, Alpha Blondie, estudiaba ya con trece años en la escuela de la misión católica de Empandeni, al sur de Plumtree. Ella daba su vida por los estudios de su hijo y por otro futuro que el que ella tuvo. Y mientras tanto, trataba con ternura a todos los corazones solitarios que buscaban el calor de su abrazo.

Aimsa se sintió emocionada con la historia. Vio en esa historia más heroicidad que en muchas otras "respetables" e incluso "prestigiosas.". Vio valentía, vio ternura. Vio también esperanza, vio armonía. Las capas de Sibonguile, de Nancy. Era de un color pálido y volaban al viento, como el velo de su madre en el tren entre Bombay y Calcuta.

A la mañana siguiente, Aimsa visitó el hospital Paryenatwa, donde Ndlovu le había puesto en contacto con un médico a cargo del departamento de medicina interna, donde atendían a enfermos con SIDA. Comprobó como

atendían a más de cien nuevas consultas diarias de enfermos que venían de otras clínicas o de hospitales de distrito, con enfermedades relacionadas con el SIDA. A casi todos acababan tratándoles de tuberculosis, herpes labiales, candidiasis faríngea, diarreas sin causa clara, exantema pruriginoso también de causa desconocida y una cuantas condiciones más que si no tenían al consultar, las desarrollarían con el tiempo. Pero sobre todo, porque era lo único que podían hacer.

El amigo de Ndlovu, Dr. Chengeta, le explicó su gran frustración de atender a cientos de enfermos, miles cada mes, sin poder evitar su lenta agonía. Vio en él y en su equipo dignidad, compromiso y un profundo deseo de ayudar a todas esas personas y familias que vagaban de clínica en clínica con la vana esperanza de aliviar la galopante debilidad que les iba apagando la vida. Conocían las hierbas de NoLwasi y también las usaban, y habían oído hablar de la red Sibithanda y de los intentos de Jonay de reducir la transmisión de madre a hijo.

Aimsa les explicó la situación en Ukuzwana, los intentos de mejorar las vidas de los pacientes, la ilusión que tuvieron un tiempo en el efecto del agua sanadora de NoLwasi, los efectos de unos diez tratamientos con hierbas tradicionales para los muchos síntomas durante la enfermedad y la historia de la sabana de plástico y el calor humano como primera prioridad en el SIDA. Luego les contó las discusiones del año anterior en Vancouver y los esfuerzos desde Sudáfrica por conseguir medicación que pudiese realmente llegar a la gente que lo necesitaba. Les explicó que hablaría esa tarde con el ministro Stamps, y en los siguientes días con organizaciones en Sudáfrica, en Europa, laboratorios de medicamentos genéricos en India y políticos en Seattle y Nueva York, deseando acelerar los pasos para el tratamiento en Zimbabue. A la conferencia asistieron unos cien médicos y enfermeras del hospital, y muchos de ellos se sintieron emocionados por la fuerza y sensibilidad con la que hablaba Aimsa. Ella también al verles.

Esa noche, un destartalado taxi le llevó desde la pensión de El Rino, a la residencia del Ministro, en uno de los barrios ricos de Harare. La casa estaba custodiada por guardias armados. Stamps, con su larga cabellera blanca, la recibió con afecto y le presentó a su mujer y a sus hijos, varios de ellos adoptados de otros continentes. Pensó en la contradicción de las adopciones internacionales, cuando casi todos los países que "importaban" huérfanos, seguían teniendo huérfanos en los orfanatos y calles de las ciudades. En Zimbabwe entonces había ya medio millón de huérfanos, muchos de ellos sin una familia que les acogiese, lo sabían bien por Sibithanda, donde estaba creciendo una nueva generación: la generación de la esperanza.

Stamps le habló de su frustración al ver como la inflación galopante en el país estaba destruyendo el sistema de salud que había animado a desarrollarse tras la independencia, modelo de sistema público en toda África. Apenas podían pagar las facturas de medicamentos importados y los salarios de los médicos habían bajado en valor real por la inflación y estaban emigrando. Habló con rabia como el sistema nacional inglés, necesitado de médicos por la falta de vocaciones o porque migraban a tener salarios aún mayores a Australia o Nueva Zelanda, venía a Harare y activamente buscaba médicos, los entrevistaban y les ofrecían condiciones diez veces superiores a las que Zimbabwe les podía ofrecer. Cuando a su vez venía la agencia de cooperación inglesa a ofrecerles cooperación, sentía una rabia que debía contener pues ante la necesidad y la muerte de la gente, se veían obligados a aceptar toda ayuda, aunque fuese envenenada de esas conferencias o las que se aliaban con el monopolio de patentes y blindaje de lucros billonarias de la industria farmacéutica.

Aimsa le puso al día de la asociación Anwele, de la red Sibithanda, de los libros de Nadine, de la situación de los huérfanos, el éxito del artilugio "take your time" y el trabajo en Ukuzwana. Luego le preguntó sobre el estado del registro de Juan. Le explicó sus planes de vincularse al debate internacional de nuevas alternativas de sociedad, el concepto de la REAE, los retos más

concretos y urgentes de los planes de la Organización Mundial del Comercio y las leyes en Sudáfrica y sus tensiones con la industria.

Stamps le dijo que entendía la urgencia de empezar a prevenir la infección a niños y hacer asequibles los tratamientos combinados, pero que el gobierno estaba pasando por tiempos difíciles económicamente por las injustas agresiones externas en especial del Reino Unido y los Estados Unidos. Entre otras cosas, había tenido que privatizar la empresa nacional de producción de medicamentos y dependían del pago con divisas de importaciones.

Aimsa fue muy franca y le dijo que ella no podía aprobar el uso de la fuerza y violencia en las fincas de los rodesianos, por el ejército o por los veteranos pagados por el gobierno, y el acoso a la oposición del *Movement for Democratic Change*. Tampoco podía entender el gasto y coste de vidas del apoyo de Mugabe a Kabila en Zaire.

Stamps, acostumbrado a esas críticas, de forma mucho más feroz, por la prensa internacional, en especial británica, respondió que es cierto que la rabia contenida veinte años había explotado y la política estaba llena de tensiones e intrigas que detestaba. Estaba cansado y no creía que durase mucho en ese trabajo. Pero antes haría todo lo posible por que el tratamiento para el SIDA llegase a la gente. Le dijo que le tuviese informado de cada paso.

Hablaron de un posible proyecto en Matabeleland ante lo cual le dijo que sería difícil justificarlo sin hacerlo en toda la nación o combinando regiones de Mashonaland, por otro lado, Aimsa pensó que el SIDA no se trataba de "proyectos", sino, como toda la salud, de "servicios públicos", iguales para todos. Y lo que el tambaleante sistema de salud de Zimbabue necesitaba era medicamentos vitales para el SIDA, secuestrados por la avaricia y alimentando lucro a cambio de pérdida de vidas humanas.

Dinero con sangre.

Aimsa le dijo que haría un informe a su vuelta sobre un plan para introducir en todo el país, y no por proyectos aislados, la medicación para el SIDA y que volvería a verle antes de la Navidad. Stamps le propuso nombrarla "embajadora del SIDA" para el gobierno de Zimbabue. Aimsa declinó la oferta:

-Ministro: no creo ni en propiedades ni en jerarquías. Todos somos iguales. Si alguno mereciera distinción son los miles de enfermos que ahora están muriendo en Zimbabue, sin ayuda ni esperanza. El mundo del SIDA está lleno de egos que buscan la gloria, de intereses que buscan el lucro, y, tristemente, de egoísmos que limitan cualquier ayuda al SIDA, restringida a esa enfermedad. El privilegio siempre ha generado egoísmo, y temo que la gran atención al SIDA, necesaria, nos haga olvidar que no sólo está sino todas las enfermedades, merecen ser atendidas por igual, mediante el derecho universal a la salud.

-Quería pedirle algo más antes de irme, Ministro: he estado hablando con prostitutas en Harare. Son forzadas a no usar el preservativo. Podría pensar en una ley que obligue a usar el preservativo cuando no se conozca el estado de infección o este sea positivo. El SIDA esta encadenado al estigma, silencio y a un actuar irresponsable, que ignora la trascendencia de que se está jugando con la vida y la muerte.

-Te aseguro que lo pensaré. Hablaré con los tribunales. Hay mucha presión por los grupos de infectados, a mantener confidencialidad de los test y así nunca podremos desvelar comportamientos criminales. Lo miraré con detalle y consejo legal y lo hablamos a tu vuelta.

Stamps le agradeció su esfuerzo y le prometió hacer todo lo posible con su

ayuda para hacer que el tratamiento llegara, y a través del servicio público y no "infectando" el país de proyectos aislados.

Aimsa pasó el último día en la pensión de El Rino hablando con Nancy y otras compañeras de oficio, a quienes animó a siempre usar el preservativo. También les dijo que si querían cambiar de oficio, con todo el respeto al de ellas, habría trabajos en las comunidades de Sibithanda, cuidando de la nueva generación de la esperanza.

LXXII. ¿El hogar o el mundo? Ciudad del Cabo, octubre 1999

Aimsa tomó el vuelo de Harare a Johannesburgo. Allí le esperaba Nadine. Al saber de la llegada de Aimsa a través de Helen, había tomado un vuelo para ir a verla. Intuía que detrás de su viaje había una historia que el mundo debía conocer. Además, sentía una extraña conexión con Aimsa, por sus raíces comunes en la India, por su lucha contra las tramas de la avaricia y del poder. Le puso al día de las aventuras de Haka y de sus averiguaciones de las tramas y relaciones de De Beers, Angloamerican, Aspen y otras empresas que dominaban la economía del país, protegían sus monopolios y beneficios, y alimentaban directa o indirectamente tramas de armas, droga, guerra y destrucción. Estaba mandando le una idea de un guion a un escritor llamado Charles en Estados Unidos. Las películas eran lo que más llegaba a la gente.

Fueron a encontrarse con Eric, un perseverante médico belga que a través de un programa de Médicos Sin Fronteras Bélgica, intentaba establecer, en uno de los suburbios más pobres que rodeaban Ciudad del Cabo, una clínica en la que los pacientes con SIDA, la mitad de todos los enfermos adultos en el país, recibiesen con dignidad el tratamiento que necesitaban.

Eric trabajaba codo a codo con el "*Treatment Access Campaign*", una asociación creada el año anterior y liderado por Zachie, el abogado a quien conocieron en Vancouver, infectado por el virus, que se había negado a tomar ningún tratamiento hasta que fuese de acceso para todos en Sudáfrica. Zachie acompañaba a Eric.

Fueron los cuatro para comer en un restaurante de la famosa Long Street, llamado Mama África, Eric le contó los planes para importar genéricos de zidovudina desde Brasil y empezar a prevenir las infecciones de niños en Khaleyitsha, por encima de trámites, permisos y leyes, que si no lo permitían, demostrarían que iban contra la vida.

Zachie explicó como la ministra Dhlamini-Zuma se oponía a que introdujesen la zidovudina y cómo en el entorno del Congreso Nacional Africano parecían prevalecer ideas alternativas sobre el origen y transmisión del SIDA que cuestionaban la relevancia de los medicamentos.

Nadine comentó que esa actitud no ayudaba a mitigar la tragedia del país y de millones de enfermos, pero que se basaba en evidencia bastante plausible de como experimentos de vacunas en África o de bioterrorismo en varios ejércitos del mundo, habían originado el virus del SIDA. Mencionó el libro que acababan de publicar de un periodista inglés llamado Hooper llamado "el río". Aimsa mencionó haber leído un artículo de Hooper el año anterior en *Nature*.

Zachie, quien mostraba un aspecto saludable, prosiguió diciendo que lo realmente urgente era que cada día más de mil personas morían en Sudáfrica por el SIDA, y que mientras los enfermos en países ricos empezaban a tener calidad y cantidad de vida parecidas a enfermedades crónicas en África todos estaban condenados a morir.

Subieron luego en el teleférico a "*Table Mountain*" (La Montaña de Mesa). Aimsa sintió con dolor el contraste del centro turístico de Ciudad del Cabo y el "*water front*", con su frondosa vegetación, restaurantes, hoteles de lujo y las mansiones en las calles altas de la ciudad, con la en suburbios que la rodeaban. Desde allí veían *Rodhen island*, de donde fue liberado Mandela hacia diez años. Pero los contrastes de una sociedad dividida por razas y clases sociales, perduraban. Esa tarde, Eric recibió una llamada a su teléfono móvil desde Bruselas: le habían concedido a Médicos Sin Fronteras el Premio Nobel de la Paz.

Le dieron la enhorabuena, si bien Aimsa sentía mucho escepticismo de ese premio, en especial tras su concesión dos veces a presidentes de Israel con

historial muy violento y sin respeto alguno por resoluciones de Naciones Unidas, y al secretario de Estado Americano Henry Kissinger responsable de la operación Cóndor, aliada con dictaduras de Latinoamérica y responsable de decenas de miles de asesinatos y desapariciones.

Por otro lado, la gloria de organizaciones de MSF, con su famoso logotipo y sus campañas en los medios, dejaban en la sombra a decenas de miles de personas como Patxi, que llevaban todas sus vidas en lugares remotos y con las poblaciones más necesitadas, sin logotipo, ruido ni gloria alguna, labor callada y comprometida día a día. Había conocido a activistas y cooperantes desde los Estados Unidos y desde Europa, ir unos pocos meses a algún país, no aprender la lengua, no integrarse por la cultura, no compartir las formas de vida de las comunidades donde vivían. Vivir, de alguna manera, en pequeñas burbujas de expatriados aislados de la pobreza, pretendiendo un efecto salvador, una medalla de cruzados de la nueva sociedad y más subvenciones para más proyectos para no cambiar nada.

Pero por otro lado, sentía admiración por muchos cooperantes que dejaban sus seguridades y buscaban humildemente aportar tanto como recibir, enseñar tanto como aprender, respetar y compartir las formas de vidas locales, hablar sus lenguas, cantar sus canciones y compartir las cosechas y guisos. Juntos plantear nuevas formas de relacionarse entre los pueblos, más justas. No era caridad, ni siquiera solidaridad. ¡Se trataba de Justicia! No quería empañar la alegría de Eric ni la oportunidad de que el mundo pensase más en el sufrimiento de muchos pueblos y en la necesidad de justicia, pero comento de esta forma:

-MSF tiene ahora una importante responsabilidad. Cientos de miles de personas han dedicado sus vidas a la cooperación internacional, muchos de forma anónima, callada, y compartiendo las condiciones más duras, sin organización ni logo alguno que los proteja ni les dé un "marchamo de

gloria". MSF decidió irrumpir en la ayuda humanitaria con su demanda del derecho de injerencia humanitaria y de denuncia. Esperamos que sepa compartir este premio con humildad con tantos esfuerzos de tantos años en tantos lugares, con menos imagen., y que lo utilice para que el testimonio y la demanda lleven a un mundo más justo.

Eric asintió pensativo. Después dijo que propondría que se utilizase el premio en luchar por el acceso a medicamentos.

Eric y Zachie les explicaron después la situación del acceso a medicamentos en Sudáfrica desde que lo discutieron el año anterior en Vancouver: el gobierno de Mandela se mantenía firme en la propuesta de ley para autorizar fabricación de genéricos o importación de otros países, como ellas sabían, en aras de la asequibilidad de estos medicamentos vitales para la vida de millones de Sudafricanos y a precios hasta diez veces menores de los actuales monopolios. Cuarenta empresas multinacionales se habían unido en la demanda al gobierno de Sudáfrica. Los gobiernos de los países ricos estaban presionando a Sudáfrica para revocar la ley y evitar el juicio. Le acusaban especialmente al gobierno por haber aprobado la fabricación genérica de una medicación para el cáncer de mama. Lo más perverso del caso es que esa medicación, llamada *Taxol*, había sido desarrollada por los Institutos Nacionales de Salud de Estados Unidos, es decir con impuestos de contribuyentes. Este era a menudo el caso de los nuevos descubrimientos, típicamente ingenieros por brillantes investigadores e incluso estudiantes pasando largas horas en laboratorios, y en universidades financiadas con dinero de los contribuyentes. Todo lógico: dinero público, para un bien público. Hasta que alguien decidía regalar esos inventos a empresas, en este caso *Bristol Myers*, capaces de invertir cientos de millones en los ensayos clínicos, pero, sobre todo, ávidas en ganar miles de millones por sus monopolios sobre esos inventos. En este caso la Unión Europea también había mandado cartas de alerta a Sudáfrica. Los lobbies transatlánticos que impulsaron la creación de la Organización Mundial del

Comercio y su protección de los poderosos, seguían funcionando.

Con la información que tenían, escribieron una carta al vicepresidente americano, Al Gore, para que cesase en su presión al gobierno de Sudáfrica y su alianza con las grandes multinacionales, todas ellas con beneficios billonarios y presionando para que ningún intento antepusiese la vida a sus monopolios, fuente de inmenso lucro. Mandarían el borrador de la carta a organizaciones civiles de lucha por el acceso a medicamentos.

Acordaron coordinar esfuerzos en las negociaciones con CIPLA en India, en la protesta en Seattle y en la presión para que la Organización Mundial del Comercio no antepusiese la avaricia de beneficios al derecho a la salud y a la vida.

Cenó luego con Nadine un arroz que cocinaron en un apartamento donde una periodista australiana, Beth, les acogía dentro de la red couch-surfing. Aimsa se sentía algo inquieta. Y Nadine lo notó.

-¿Cómo te encuentras, Aimsa? Te has comprometido a muchos viajes y en cada uno de ellos tienes tanto que leer, que discutir, que planificar. Me maravilla tu fuerza.

- A veces me falla la fuerza.

-¿Si? Me sorprende. Siempre parece que tienes las ideas claras y la valentía lista para argumentarlas, defenderlas y luchar por ellas. Te confesaré que he pensado escribir sobre tu vida, si tú me lo permites.

-Prefiero que no lo hagas Nadine. Soy una persona como todas. Todas valen igual en su belleza y magia únicas. Debemos huir de la trampa de la vanidad en creernos por encima de las demás.

-Bueno. No puedo estar totalmente de acuerdo. Pero, dime, ¿qué te ocurre?

-Apenas ha pasado una semana y ya he hecho mucho de menos a Jonay. No sabes cuánto. Ver todo este activismo de cartas, logotipos, manifestaciones, premios. Me hace recordar el trabajo callado, humilde, anónimo de personas como Patxi y Jonay. Me siento tan bien en esa paz, me da tanta energía esa dulce y sencilla armonía. Temo, Nadine, que ir al centro de la vorágine de estas luchas políticas amargue mi alma, y se coma el bello espacio de armonía con Jonay. Temo también que le arranquemos a Nour de sus hermanos Adam y Unai. Son una piña. Corren por la misión, por los campos, conocen los animales, los árboles, las estrellas, las canciones, cantan en la reunión de la vida los domingos, saludan a todos y todos los conocen, saben de dónde sale el agua, los alimentos, como ayudará los enfermos, como celebrar en gran familia. ¿Tengo derecho a arrancarles a todos de una vida tan bella?

-Tú lo debes decidir. ¿En qué has quedado con Jonay?

-En que lo medito estos dos meses y le hago una propuesta. Él quiere que nos vayamos y que lidere el movimiento de la REAE y salte al mundo del dialogo político hacia una nueva humanidad. Fue siempre mi sueño, pero ahora tengo dudas.

-Te entiendo bien, Aimsa. Yo me he dedicado con pasión a escribir, investigar, luchar por causas que considero justas, y me he ido quedando sola. Tengo ya cincuenta años y la mayor parte de mis noches y de los momentos en que estoy cansada o temerosa del futuro. No siento una mano amiga, un hombro en el que apoyarme. Pero por otro lado, no podemos ir contra nuestra naturaleza. Y si me permites decírtelo, tú tienes dos fuerzas enormes que te acompañan.

-¿Cuáles?

-La fuerza de tu inteligencia y valentía que el mundo necesita, y el apoyo incondicional de Jonay. Me consta. Haka, con quien estoy muy en contacto, me lo cuenta a menudo, con admiración.

-Tienes razón. Por eso precisamente no quiero hacerle daño.

-Podéis probarlo un tiempo, y siempre ser muy sinceros. Vuestra casa siempre será Ukuzwana, y vuestra familia Sibithanda, que va invadiendo el mundo y tú puedes liderar esa invasión.

"Liderar la invasión". Eso le gustaba. Pero seguía reflexionando sobre las vanidades, el liderazgo, el poder. Que sutil diferencia la de animar, liderar y mandar. Qué espacios tan resbaladizos entre ellos.

-En cualquier caso. Te quiero proponer un plan. Deja que te cuente, necesito tu complicidad.

Al día siguiente Nadine tomaba de vuelta el tren hasta Johannesburgo. Aimsa se despidió de ella y retraso su vuelo a Madrid. Necesitaba meditar y sabía quién era la aliada que siempre la esperaba para darle fuerzas: la naturaleza. Consiguió una guía y volvió a subir a *Table Mountain* pero esta vez andando y escalando por la garganta de Plattekilp. Cuando llegó arriba, estaba empapada de sudor y con algunos rasguños. Su cuerpo seguía siendo atlético y ágil. El yoga, la vida sana y su constante actividad y esa mezcla de alerta, compromiso y fascinación por la vida, la mantenían plena de fuerzas pero sintió que necesitaba unirse más a la naturaleza y a sus fuerzas. Se lo diría a Jonay. Lo anotó en un pequeño bloc en el que fue anotando lugares, a veces los dibujaba, actividades, personas. Y sobre los lugares especiales a los que quisiera volver con Jonay. Sería un regalo ende Navidad.

Al subir a la cima recorrió la meseta y fue parando en cada mirador para

ver desde el oeste hacia *Rodhen Island*, hacia el sur y el inmenso océano que se perdía donde ya no habitaban más seres humanos, y hacia el oeste donde el cabo de buena esperanza definía el paso de los navegantes al oriente. A ese otro mundo de donde ella venía y donde estaba a punto de volver tras treintena años de ausencia.

Y mirando al horizonte y queriendo ver su destino, creyó ver una silueta en el horizonte del mar. Pensó en la leyenda del barco fantasma del *Flying Dutchman* (el Holandés Volador) con preciosos tesoros en su interior y de quien se decía que nunca llegó a puerto y fue condenado a navegar para siempre.

Siguió su exploración del futuro mandando con el aire el abrazo más dulce a Jonay.

LXXIII. Con la reina del swing. Barcelona, España, noviembre 1999

Tomó después un tren hasta Johannesburgo, y un vuelo directo hasta Madrid, donde vio de nuevo en un tránsito de cuatro horas a Juan y le dio nuevos formularios para el registro médico en Harare, diciéndole que con ayuda del ministro esperaban tener su registro listo para la Navidad. Juan le confirmó su deseo, su comprensión de la lentitud de los trámites y la ilusión de su familia y de él en ir a Ukuzwana. Insistió en intentar convivir unas semanas ante lo cual Aimsa dijo que Jonay seguro que lo haría pero que ella no sabía si podría. Le dijo también que le podría en contacto con Anna para que se encontraran en Barcelona, si salía adelante el proyecto de acceso a tratamiento en el distrito de Ukuzwana.

-Juan, nos hace muy felices que puedas empezar tu ese proyecto, y ver como la vida vuelve a tanta gente desesperada, a un pueblo que lleva veinte años de inmenso sufrimiento.

-Sin vuestro compromiso, nada sería posible.

Juan le llevó hasta la estación de Chamartín. Aimsa se sorprendió por la densidad de carteles publicitarios hasta la ciudad y por los amplios paseos de El Prado y de La Castellana. Durmió en una cama litera durante la noche y llegó a la estación de *Sants* en Barcelona donde la esperaba Anna.

Anna era una catalana alegre, de mirada entre pícara, tierna y mimosa. Su brillo ya demostraba su mundo mágico, mezcla de continentes y culturas, danzas y músicas, sueños y retos, valentía y ternura. Había impulsado ya desde la carrera movimientos estudiantiles internacionales para promover los intercambios y el conocimiento entre culturas y realidades. Ya entonces se había enamorado de un país en el que guardaba una parte de su corazón: Ghana. Siguió estudiando medicina tropical y volvió a Ghana para

desarrollar un hermoso programa de Atención Primaria a casi cien poblados de un distrito remoto donde cuando llego, ni el cinco por ciento de los niños tenían su vacunación completa. Vivió allí en una misión, entre religiosos, trabajadores, voluntarios y gentes del lugar de las que se enamoró.

También vivió con ella la pequeña Luchi, una chimpancé huérfana a la que quiso como una hija y por quien sufrió profundamente cuando sus fechorías en el hospital obligaron a llevarla a una reserva, con un apuesto chimpancé chico. Anna sintió aún más roto su corazón cuando supo que Luchi realmente había acabado en un zoológico. Supo por otro médico que conocía a fondo la psicología animal que la agresividad de los animales enjaulados era difícil de rehabilitar. Nunca se perdonó del todo no haber liberado a su querida Luchi. Pensaba a menudo en la misma trampa de barrotes y cadenas en las que caían los hombres y mujeres de la sociedad moderna, y la agresividad larvada, sutil, educada que mostrábamos, por ejemplo a través de feroz competitividad, desaforada producción y enajenado consumo.

Pero Anna sobre todo trabajó en Ghana con profunda pasión, recorriendo caminos, compartiendo reuniones con comunidades en los pueblos, cruzando bosques y ríos, compartiendo con la empatía que sólo fluye de los corazones sin prejuicios y sin miedo. Vinculó la medicina tradicional con los programas de salud oficial, animó la construcción de centros de salud, de un centro nutricional y de atención a la salud infantil, formó cientos de trabajadores de salud y consiguió que algunos de ellos continuaran sus estudios con becas para formarse como enfermeras y volver a ese distrito remoto para seguir dedicándose a la salud de sus gentes.

Con su esfuerzo, aumentó la cobertura de vacunación, disminuyó la proporción de niños malnutridos, se mitigaron los efectos de endemias locales como la ceguera de los ríos y la biliarzia. Se ganó así el corazón de mucha gente local y fue nombrada "*queen-mother*", un honor a una mujer

importante para los pueblos. Algo que nadie con ese tono de piel había tenido antes. Con uno de los proyectos de atención primaria más hermosos de toda África, en marcha, siguió su camino y trabajó en Brasil otra larga temporada y viajó a la mitad de los países del mundo promoviendo la salud y colaborando con asociaciones civiles, universidades y grupos locales. Nunca le abandonaba su sonrisa, su fuerza por luchar por un mundo mejor. Hacía un año que se había incorporado a Médicos Sin Fronteras –MSF– para ligar las acciones de la organización al reto del SIDA. Vivía en un pequeño piso en El Carmelo, recorría las calles de Barcelona en su scooter, atendía entusiasta a clases y prácticas del baile swing y soñaba con juntar a amigos del alma en una comunidad en el campo y también ligada al sueño de un mundo mejor.

Desde que se conocieron, Aimsa y Anna sintieron una conexión muy especial. Aimsa veía en Anna a una persona sin filtros entre su mirada y su alma, y casi ninguno entre sus palabras y sus sentimientos. Aimsa, en su mente prodigiosa de percepción, análisis, síntesis e ideas intuitivamente veía en las personas sus filtros para ser ellas mismas, sus armaduras, los asociaba con colores, los adivinaba en sus marañas de mentiras marrones o intereses grises, tan frecuentes en los cargos de poder, pero sobre todo en sus amarillos prejuicios, rojos miedos o dolores azules. Entre esos filtros fluía entorpecido el verde del sentimiento puro, que Aimsa sabía intuir en la profundidad de las miradas, en las palabras pausadas, en los momentos de empatía profunda, emocionante.

Anna vio en Aimsa a una mujer de inmensa valentía, serenidad, seguridad en sí misma, y a la vez ternura. No alcanzaba a identificar ninguna sombra de vulnerabilidad, algo que le producía una mezcla de admiración y lastima. Sin entender bien porque, pensaba que la vulnerabilidad es necesaria para el amor. Aunque la ternura y dulzura de Aimsa denotaban un corazón abierto, amado y amante. Pero lo que más le sorprendió fue su profunda inteligencia. Su percepción era veloz y aguda, su análisis parecía tener tres

o cuatro más dimensiones de complejidad que lo habitual y sus conclusiones sencillas y poderosas eran brillantes, provocadoras, sólidamente éticas y lógicas.

Hablaron durante dos días en las oficinas de MSF y en el pequeño piso de Anna en El Carmelo al que volvían juntas en el scooter atravesando aquella tan bella como orgullosa ciudad, reina del mediterráneo desde su coronación durante las olimpiadas, cuando Aimsa evitó ser utilizada en espectáculos políticos del SIDA.

Aimsa dio una conferencia en el salón del ático de la sede de MSF, sobre la situación del SIDA en Zimbabue y el mapa complejo de poder e intereses que bloqueaban el acceso a los derechos más básicos, incluido el de la salud, y en él, el del acceso a los medicamentos. Animó a MSF a utilizar el dinero y prestigio del premio Nobel recién concedido, para luchar por el acceso universal a medicamentos vitales, por encima de intereses de lucro, pero a tomarlo en su más amplia dimensión del derecho a la salud. Un grupo de unas diez personas entre las que estaba la directora médica, una mujer llamada Gloria, de una ternura íntegra y noble, la animaron a seguir una charla más distendida en el bar Glaciar, lugar de reunión habitual de cooperación en la animada Plaza Real. En ese pequeño grupo Aimsa desveló con cierta preocupación que empezaba a sentir cierto corporativismo egoísta de grupos activistas por los derechos del SIDA.

El último día se sentó con Anna para trazar un proyecto de acceso a tratamiento para el SIDA en Zimbabue. Hasta entonces, MSF sólo trataba el SIDA como un "aspecto transversal" en los proyectos humanitarios de ámbito más amplio y de poco tiempo, normalmente seis meses. Este sería el primero proyecto de MSF dirigido específicamente a aliviar el sufrimiento del SIDA, al considerarlo una emergencia humanitaria según los datos y los argumentos que había defendido Aimsa. Quedaron en que Juan pasaría a verla a Barcelona para preparar la misión exploratoria de Anna, aunque ya

le podían mandar casi todos los datos y podrían informar al Ministro Stamps.

-Anna, han sido tres días fantásticos. Tenemos que mantenernos muy unidas. Podemos estar en contacto, intentare conectarme al menos cada tres días al email, recuerda aimsaharris@hotmail.com. Te tendré informada de lo que puedo discutir en Bombay.

-Sí, dime lo que te ofrecen. Hemos recibido una idea de Eric para usar el dinero del premio Nobel para una campaña de acceso a medicamentos.

-Sí, me lo dijo en Ciudad del Cabo.

-Montaremos delegaciones en Brasil y en India, de donde vienen los medicamentos a precios dignos, lucharemos ante la organización del comercio y presionaremos a las farmacéuticas y a los países ricos y poderosos que por sus beneficios egoístas, estrangulan la vida.

-Suenan bien. Unir testimonio, análisis ya denuncia. Contad conmigo. Te contaré que pienso que podemos hacer para desafiar los planes de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, ya te lo diré mientras estás en Bombay.

- A la vuelta a Ukuzwana, intentare ir al menos una vez a Bulawayo para seguir en contacto e intentar poner este proyecto en marcha cuanto antes. Entiendo bien a Stamps cuando me dijo que no sería bien visto si sólo empieza el acceso al tratamiento en Matabeleland. Piensa, Anna, si podríais como MSF ayudar a movilizar fondos que permitan el suministro de genéricos *antiretrovirales* de la India a través de la farmacia central del Ministerio, y para todo el país. ¿Quizás uniendo secciones diferentes de MSF? Me cuesta ver a la vez la universalidad del derecho a la salud y proyectos aislados para enfermedades aisladas, para lugares aislados.

-Tienes razón. Pero MSF no puede cubrir todas las necesidades. Por eso hacemos proyectos y luego esperamos que el gobierno, los países ricos, las agencias internacionales, los extiendan a toda la población.

-Pero Anna. Y si en lugar de mandar coches, muchos extranjeros, teléfonos satélite, ordenadores, viajes, todo eso. ¿Ponéis todo en medicamentos? Los que quieran venir a trabajar, que se registren, como Jonay y como Juan. ¿No te parece?

-La verdad es que sería la mejor forma de apoyar al servicio público, pero es una revolución para las ONGs. Vivimos de los proyectos, de nosotros gestionar y comprobar que el dinero llega al medicamento, que lo toma el paciente y que salva su vida.

-¿Entonces es por desconfianza?

-De vosotros no. Pero hemos tenido muchas decepciones con muchos gobiernos.

-No sé. Se pueden ver formas de asegurar que el dinero, los medicamentos y sus efectos llegan a la gente. Estoy seguro de que Stamps os permitiría estar en contacto con los médicos de los distritos.

-Te diré una cosa, Aimsa: estoy de acuerdo contigo. La justicia ni se consigue por un ejército de "salvadores", sino por la dignidad de las personas, que accedan a sus necesidades básicas. Desde Alma Ata sabemos que la salud más esencial está en el distrito y a ese nivel ni la sofisticación ni la especialización que domina los países ricos es necesaria. Ni buena siquiera. Voy a proponer estos cambios en MSF y en la coordinadora de ONGs. Sembrar pequeñas parte del mundo de miles de proyectos no protege el derecho a la salud ni hace fuerte al servicio público universal, igual para todos. De alguna manera, con las mejores intenciones, estamos

aumentando las diferencias dentro de los países y desautorizando a sus gobiernos.

Mira Anna, he calculado que necesitaríamos unos cien mil tratamientos este año para personas que de otra manera podrían morir este año. Y ciento cincuenta mil tratamientos cortos para madres embarazadas e infectadas. Cuando tenga el precio que podríamos negociar con CIPLA. Seguro que podemos bajarlo mucho si hacemos grandes pedidos.

-Cuenta conmigo, Aimsa Te entiendo muy bien. Yo también creo en el sistema público, y en los recursos locales, y desconfió de personas que vienen a mandar, vigilar y juzgar, a un lugar que no conocen y donde sólo están un tiempo corto y a menudo sin hablar la lengua, sin compartir las viviendas, comidas o costumbres locales. He visto a menudo en Ghana esas actitudes. Detesto los cocteles o barbacoas de expatriados, en sus burbujas de lujo en el país, y desde donde se sienten superiores, limpios de toda crítica y preparados para criticar y desconfiar continuamente de lo todo local. En verdad que si quisiésemos un sistema de derecho a la salud garantizado por el estado, tendríamos todos que poner todos los recursos solidariamente en el sistema público y no crear ningún sistema paralelo, aislado, privilegiado, que distorsiona y debilita al servicio público.

-Para mí, Anna, el sistema ideal es del trabajo solidario y la propiedad colectiva. Te voy a dejar copia del decálogo de Umbela que ahora inspira el movimiento de eco aldeas espirituales que está multiplicándose por el mundo. Pero la solidaridad sólo es duradera si no se basa en empatía, conocimiento y respeto. Nada que sea impuesto, ni siquiera la solidaridad misma, es bueno para la dignidad y el futuro de los pueblos.

Se dieron un gran abrazo. Empezó a crecer entre ellas una alianza muy fuerte. Aimsa empezó a sentirse más segura de su destino.

Esa noche, Anna llevó a Aimsa a su favorito pasatiempo: el baile de swing. En una plaza popular del barrio de Gracia, se juntaron unas trescientas personas con pan y tomate, música y muchas ganas de dejarse llevar por el ritmo en buena compañía.

Anna era la reina de la noche. Bailaba sin descanso y con unos y otros, y con otras también. No paraba de sonreír con su mirada, de inventarse nuevos pasos, de reírse de la vida, de ella misma, de sentir. Decía:

-La vida es bella y merece nuestra más profunda sonrisa, de nuestros labios riendo, de nuestra mirada mirando, de nuestro cuerpo bailando, de nuestra alma viviendo.

Aimsa se sintió muy feliz. Desconectaba a veces su mente por la meditación, el yoga o la armonía con la naturaleza. Pero esa noche, entre gentes sencillas y alegres, con su nueva buena amiga y aliada, con los ritmos suaves y alegres del swing, dejó su cuerpo volar.

LXXIV. La capa del maestro. Rishikesh, noviembre 1999

Continuó viaje hacia Bombay. Había ido retrasando el viaje a su país muchos años. Tenía tantas sensaciones mixtas: dolor y anhelo, pasión y rechazo, rabia y cariño...

La última vez que salió de Bombay tenía tan sólo siete años, hacía ya treinta, y fue para perder a su madre para siempre.

Había soñado cientos de veces en volver a tomar ese tren y encontrarla. Soñaba a menudo que la encontraría como una mujer venerable, canosa y vestida con distinción, en uno de los compartimentos de primera clase. En ese sueño su madre le decía que le había estado esperando y había leído todos sus artículos y los relatos de América y África de su lucha por la vida. En el sueño le decía también que se dirigían a un bello palacio donde meditarían rodeadas de músicas de arpas. La última imagen de ese sueño era siempre del velo del sari de su madre, saliendo por una ventana del tren.

Mientras pensaba en ese sueño, avanzaba hacia la puerta de llegadas del aeropuerto de Bombay. Allí le esperaba Alin.

Hacía más de veinte años que no se veían. Alin tenía unos cuarenta años, vestía traje y corbata y tenía un aire de autoridad, seguridad y "clase". Sin embargo, Aimsa pudo ver en él las huellas de los años en la calle. No sólo era su cicatriz en la mejilla y su cadena plateada en el cuello, la misma que hacía veinte años, sino que Aimsa observó sutiles y constantes gestos de alerta a lo que rodeaba, la mirada errante, cierta inquietud en sus manos y en su andar, leves y múltiples signos de inseguridad que Aimsa pudo grabar en las primeras imágenes de su reencuentro. Su capa era definitivamente azul oscuro.

-*Namaste* (saludo en hindi) ¡Aimsa! ¡Qué alegría reencontrare!

-*Namaste* Alin. Doy gracias a la vida por poder reencontrarme contigo.

-Estas muy bella, y se te ve muy sana. He leído tus artículos, hemos seguido tus pasos. Eres una leyenda en Rambagan.

-No exageres. Simplemente tuve suerte. Y he intentado compartirla con vosotros.

En verdad, Aimsa había conseguido en la distancia constituir una organización. Empezaron por un hogar de niños de la calle. Aimsa mandaba la tercera parte de lo que ganaba a una cuenta por *Western Union*, a nombre de Anil. Otros tres jóvenes de los tigres blancos trabajaban en la casa de acogida y le mandaban cartas contando le la situación, Aunque a menudo había pequeñas discusiones, nunca se alteró la paz y la ilusión.

La "casa de los tigres blancos" se hizo conocida cuando Aimsa publicó un sencillo relato de la vida en las calles. Utilizó las imágenes de su libro de los dioses, el que había rescatado con su madre en el vertedero en Bombay. Pidió a Sri, a quien escribió al Ashram de Rishikesh que escribiera el prólogo. Escribió el prólogo y mandó una recomendación para la misma editorial donde solía publicar Tagore. El libro se hizo conocido y se vendieron doscientas mil copias por todo el país. Los ingresos iban para una fundación que creó: los tigres blancos. Aimsa fue, siempre en la distancia, como con miedo de volver, organizando la creación de nuevos centros de acogida de los tigres blancos. El libro siguió reeditándose y vendiéndose también en otros países. Tenían ya cuarenta y siete casas de acogida "los tigres blancos", por toda la India. Los centros tenían acuerdos con las escuelas, con músicos y con maestros espirituales, para seguir un camino que en lugar de aprendizaje o educación, llamaban de "descubrimiento". El concepto era que el mayor tesoro del saber y del sentir, está dentro de

nosotros y por lo tanto el objetivo más importante es descubrirlo y sacarlo a la vida, hacerlo fluir, brillar. Para ello se inspiraban en ciertos ejemplos de valentía en el saber, en expresarse con arte, y en el sentir nuestra belleza única, eterna e irrepetible en el universo. A lo largo de ese descubrimiento, iban conociendo y se presentaban a exámenes del sistema de educación y luego a oficios o profesiones con los que independizarse. La única condición de ser acogidos en los centros era que al salir deberían dar al menos el diez por ciento de sus ingresos y de su tiempo durante cinco años, a las casas de acogida. Cuando una casa tenía más de veinte mentores, iniciaban la constitución de la siguiente. La mayor satisfacción de Aimsa es que la mayoría seguía contribuyendo después de diez años. En total habían salido de las casas de los tigres blancos un total de seiscientos jóvenes que ahora ejercían todo tipo de profesiones y seguían haciendo crecer aquel sueño que comenzó en las calles de Rambagan.

-Aimsa, antes de que vayamos a CIPLA, quiero enseñarte algo.

Subieron en su motocicleta y atravesaron las bulliciosas calles de Bombay. Aimsa observaba absorta como se había modernizado la ciudad. El antiguo vertedero donde creció, era ahora un centro comercial. Sin embargo vio una vida acelerada, competitiva, contaminante. Aimsa pensó en la red Sibithanda, y la inspiración de las eco aldeas.

Alin la llevó al centro de los tigres blancos en Bombay. Aimsa sintió una gran emoción. Salieron a recibirla unos treinta niños y jóvenes de todas las edades, y unos diez adultos, mentores ya del centro. Le cantaron " *aavo ni padharo hamare des*". Visitó las habitaciones, cuatro, cada una con tres literas de dos camas, la cocina, la biblioteca, baños, la sala de meditación, la de pinturas y música. Se hicieron fotos con todos. Había una foto de Aimsa que habían recortado de una revista y la tenían en un marco, como la fundadora de los tigres blancos.

Sintió una gran alegría. Pensó que su madre estaría feliz de su esfuerzo. Eso era lo más importante. Y eso bastaba. Su sonrisa desde donde estuviera. Estaba segura de ello.

Quedaban dos heridas sin cerrar, pero no podían ensombrecer la emoción de tanto afecto, las caras de ilusión por el futuro de esos niños.

Siguieron luego a las oficinas de CIPLA en 289, Bellasis road. A la entrada estaba el retrato del Dr. Hamied.

-Aimsa, como sabes, esta empresa fue fundada por el Dr. Hamied. Fundó la compañía en 1935 después de estudiar química en Alemania y donar todas sus patentes. Durante veinte años trabajó en un pequeño apartamento en este mismo edificio, pero fue dedicándose a la fabricación de genéricos de calidad y exportándolos a todo el mundo. En India no se impone la patente de la molécula final, y podemos fabricar bajo lo que llaman licencia obligatoria, copias genéricas por diferentes rutas químicas. Veremos el año que viene hasta cuando nos permite la Organización Mundial del Comercio seguir fabricando genéricos.

-Lucharemos por ello, Alin. Se os aprecia mucho en el mundo. En África, la mayor parte de los medicamentos vienen de vuestras fábricas.

-Eso me hace muy feliz. Funcionamos como una empresa, claro, con beneficios y reinversiones. El año pasado ganamos cien millones de dólares tras vender casi mil millones de dólares en medicamentos en todo el mundo. Y en el caso de los medicamentos del SIDA, hemos decidido venderlos a precio de coste, sin beneficio. Ya hemos conseguido sintetizar los tres fármacos que combinados sabemos, desde Vancouver, que previenen la progresión ya enfermedad, y salvan la vida de las personas con SIDA. Son la zidovudina, la *estavudina* y la *lamivudina*. Además hemos sintetizado el mes pasado *nevirapina*, que ha demostrado una eficacia

enorme en prevenir las infecciones en los recién nacidos, sólo tras una dosis durante el parto. Podemos vender ahora los tres medicamentos en la cantidad necesaria para el tratamiento de una persona al año, por unos cien dólares, comparado con doce mil dólares de los precios de los monopolios. Esas empresas tienen otra filosofía. Compran patentes de investigadores, invierten en ensayos clínicos, muy caros, no entiendo por qué, y patentan los medicamentos poniendo precios de hasta diez veces lo que les cuesta fabricarlos, como hemos demostrado con los medicamentos contraen SIDA. Por eso estas empresas tienen más de una cuarta parte de sus ventas en beneficios. Las seis grandes son las americanas Pfizer y Johnson, la inglesa *Glaxo*, las suizas Roche y *Novartis* y la francesa Sanofi. Todas ellas venden más de cuarenta mil millones y tienen beneficios de más de diez mil millones de dólares al año, pero no es suficiente para ellos y sus accionistas. Siempre quieren más. Y sobornan a políticos y a lobbies de todo tipo para proteger sus patentes, monopolios, derechos al lucro extremo. Hay estudios que demuestran muy bien que el sistema de patentes con derecho al abuso sin límite de margen y durante veinte años, no crea más innovación. Los únicos beneficiados son los capitalistas y especuladores.

-Me alegra mucho oírte hablar así. Yo luché mucho en los años 80 por el acceso a zidovudina, blindada por *Wellcome*, ahora Glaxo. Y aún sin acceso en África. Calculé los miles de millones de sus beneficios y los millones de muertes permitidos por el lucro y lo dije con fuerza en Vancouver.

-Lo sé, Aimsa. Tus palabras me inspiraron a buscar este trabajo. Me hace muy feliz tenerse aquí y ver cómo podemos hacer que lleguen nuestros medicamentos a África.

-Pero dime, ¿no tenéis acuerdos con las empresas de genéricos en Sudáfrica?

-Lo intentamos, pero están siendo, presionadas, o incluso sobornadas o

vendidas, para no fabricar con licencia obligatoria y hacerlo con licencias voluntarias dando royalties a la grandes empresas farmacéuticas.

-Creo saber por qué. Sabes, quien no tiene escrúpulos ante la vida humana, ni tiene límites.

-Pero cuéntame. ¿Qué fue de tu vida?

-Pues fui con Sri a Rishikresh.

-Sí. Eso te sacó de las calles. Sri vio en ti un alma y una inteligencia iluminadas para salvar el mundo. ¿Recuerdas cómo nos reímos de ti cuando viniste al grupo y dijiste convencida: "quiero luchar por un mundo mejor y que desaparezca tanto sufrimiento"?

-Sí. Lo recuerdo. Y tú me preguntaste que como iba a conseguirlo. Y te respondí: "mi madre, desde su luz en las estrellas, me guiara".

-Y así es, Aimsa.

-Te diré, Anil. He hablado con el ministro de salud en Zimbabue y con Médicos Sin Fronteras en Barcelona. Necesitamos cien mil tratamientos de adultos al año y ciento cincuenta mil prevenciones de transmisión a recién nacidos. Cuánto costaría eso.

-A precio de coste sin ningún beneficio, que puedo defender ante el comité de dirección, serían unos cien dólares por paciente al año, y unos diez dólares para cada prevención en los niños. En total, unos once millones y medio de dólares al año.

-Un traspaso de un futbolista medio.

-¿Qué quieres decir?

-Nada, no me hagas caso. Locuras de Europa.

-Necesito que mandes una carta que se refiera a nuestra conversación y que certifique que para un pedido de la cantidad que te he dicho, el precio total año sería ese, y en el que especifiques cuando estarían los envíos preparados, como está la situación de certificación de vuestra calidad de producción y producto, garantías, etc. Necesito que lo mandes al Ministro Stamps en Harare y a la Doctora Mitin en Médicos Sin Fronteras, Barcelona, en estas direcciones.

Aimsa le entrego tarjetas con esas dos direcciones. Quiero también que estemos en contacto cada semana, los viernes, por email, usa el mío aimsaharris@hotmail.com. Vamos a tener que luchar mucho este año contra los planes de protección de monopolios de la Organización Mundial del Comercio. Necesitamos intercambiar mucha información.

-Cuenta con ello.

Aimsa dio una conferencia en una sala de la empresa, a unos doscientos trabajadores y directivos, sobre la situación del SIDA en Zimbabue en los últimos veinte años y los esfuerzos desde Ukuzwana para combatirlo. Consiguió emocionar a directivos con la historia de Anwele, símbolo de la tragedia en que seguía sumido el SIDA de los pobres veinte años después. Les animó a seguir ganando cuarenta veces menos que cada una de las grandes multinacionales farmacéuticas, pero a llegar a cuarenta veces más de personas pobres para los que su trabajo significaba la vida y la esperanza.

-Ahora quiero invitarte a cenar Aimsa. No me has contado nada de tu vida personal.

-De acuerdo. Y cuéntame también ¿qué fue de tu vida?

-Ahora lo veras.

-Llegaron a un restaurante en Thardeo, llamado Swati snacks. Alcanzaron hasta una esquina donde había una mujer sentada a la mesa, Tenía un sari verde oscuro, la cara medio tapada y miraba hacia otro lado. Al oír les llegar, volvió su rostro levemente hacia Aimsa. La miró con vergüenza y a la vez emoción. Su mirada se le clavó adentro. Dejo caer el velo de su rostro.

-¡Inaya!

Se levantó y se dieron un profundo y largo abrazo. Inaya estaba emocionada. Aimsa llevaba treinta y dos años de vida en el límite y pensaba que el dolor desde la pérdida de su madre le había hecho algo fría, distante, en especial con los tratos esporádicos, efímeros. Pero esta vez estaba, como Inaya, profundamente emocionada. La última vez que la vio estaba siendo prostituida y luego desapareció sin dejar rastro.

-Aimsa, te presento a mi mujer. Inaya. La niña quien te trajo a los tigres blancos hace ahora veinticinco años.

-¿Estáis casados? ¡Enhorabuena! pero cuéntame, Inaya. ¿Qué fue de ti? Estábamos tan preocupados.

-Me avergüenza hablar de aquella etapa tan oscura de mi vida. Sólo te digo que escape a la muerte.

-Descuida, Inaya, entiendo tu sensibilidad. Ya hablaremos de ello cuando sea, a solas, con paz.

Aimsa pensó en su primera preocupación pendiente: las mafias que la abdujeron de niña y la metieron en el comercio sexual. Pensó en Nancy en Harare. Pensó en los niños que desaparecían de las calles de Calcuta. Tráfico de órganos. Posiblemente los mismos hilos de los que tiro Haka en Soweto, estaban deshilachados aquí en Bombay y esperando a ser desentramados. Pero ahora no podía hacerlo, ni tampoco decírselo a Haka. Tenían un plan.

-Después de cenar, fue invitada a quedarse con Alin y con Inaya. Le pidió a Alin hacer una llamada a Rishikesh.

-No sabía cómo decírtelo. Aimsa.

-¿Falleció Sri?

Su segunda gran angustia...

-Sí. Hace poco más de un año. Desde que escribió para tu libro y ayudó a difundirlo, venía cada año a la asamblea de los tigres blancos. Le nombramos guía espiritual. Siempre hablaba de ti como "la luz que guiará la Humanidad". Te admiraba y te quería. Siempre se emocionaba al recordarte. Cuando faltó a la asamblea el año pasado investigué. Me dijeron en el Ashram de Rishikesh, que se había ido a meditar en la montaña y tras tres meses sin saber de él, fueron a buscarle. Le encontraron sin vida y rígido por el frío. Estaba en posición de *Arda Padmasana*, y con una expresión de inmensa paz en su rostro. Sus ojos cerrados con sutil levedad, una leve sonrisa en sus labios. Todos en Rishikesh dicen que llegó al Nirvana.

-Debería sentir alegría. Pero deseaba tanto verle y decirle cuanto cambio mi vida desde que me llevó a Rishikesh. Su imagen de bondad anónima y humilde sabiduría le acompañaron en cada paso en su vida. Le llevaba tan dentro.

Necesitaba ir al lugar donde Sri llegó al Nirvana.

Viajó en avión hasta Dehradun y luego fue en autobús hasta Rishikesh. Fue después andando hasta el Ashram donde paso sus años de meditación y de inspiración hacia una nueva existencia. Fue allí también donde expuso sus ideas del universo y de la energía única que al todo une ante el escepticismo de los monjes budistas. Y fue allí donde conoció a Rob y empezó su camino hacia donde Sri sentía que iría desde que la oyó contar las historias de su madre con los dioses en las calles de Calcuta.

Caminó después hasta el sencillo altar ante el mundo donde Sri, su eterno maestro, pasó a otra vida, o al Nirvana. Después de una vida que había iluminado el mundo. Su "capa" era la más blanca, leve y suave que nunca vio. Estaría ya en las estrellas, con su madre. De extraña manera les veía juntos en las Pléyades. Ambos guiándola. Les necesitaba. Y ya sentía su fuerza. Se sentó en el trono donde Sri miró al mundo por última vez y meditó toda la noche.

Cuando amaneció, Aimsa sabía su destino.

LXXV. El mundo comienza a despertar., Seattle, diciembre 1999

Aimsa voló de Delhi a Seattle, donde se encontró con Zachie, Eric, Anna y sus viejos compañeros del activismo del SIDA de los años 80 en San Francisco. Se quedó en casa de una profesora de arte de la red couch-surfing.

La conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) se reunió sin un acuerdo en la agenda por profundas brechas entre el Norte y el Sur sobre la ronda de negociaciones comerciales llamada "la ronda del milenio". En cinco años de existencia, la OMC había ido estructurando más de sesenta tipos de acuerdos que pretendía coordinar, como los referentes a aduanas y aranceles (GATT), a servicios (GATS), o a patentes (TRIPS). La alerta de muchas organizaciones se agrupaba en un sentimiento de "anti-globalización" por los efectos de invasión de mercados (dumping) de las multinacionales y la supresión de mecanismos nacionales para proteger a sus campesinos o trabajadores de invasión de productos mucho más baratos por contextos diferentes, especialmente laborales, o para proteger los precios de los servicios básicos. Aimsa reflexionaba, que la filosofía de las eco aldeas protegería de forma natural de esos efectos invasores y devastadores de lo local, del comercio a gran escala, pues la ausencia de propiedad, de explotación natural y obrera, de producción acelerada y consumo enajenado, impediría el efecto depredador del capitalismo des regulado. Sin ese cambio estructural fundamental, el capitalismo llamaba a la libre circulación del capital como uno de los mecanismos de crear acumulación y fuerza capital, la base de ese sistema para generar movimientos. Pues eso, el movimiento del capital, conocido como "crecimiento económico" era la base y el objetivo del sistema.

A Aimsa le preocupaba en especial por el SIDA el acuerdo sobre patentes. Si la REAE se mantenía fuerte en sus principios, sería inmune a la globalización cada vez menos regulada, espejo del modelo des-regulador y

neoliberal emanado del consenso de Washington entre Reagan y Thatcher. Realmente los gobiernos teóricamente de izquierdas y de pensamiento más social como los de Blair y Clinton, no habían puesto coto al vuelo libre, invasor y destructor del capital, que dominaba a los derechos de la personas, a la mínima dignidad de muchas, que vivían por debajo del mínimo mientras otras se enriquecían de forma obscena. En las últimas décadas, desde la caída del muro de Berlín, los índices de desigualdad y de injusticia habían acelerado en todo el mundo.

En los días previos a la cumbre, Aimsa acudió a varias reuniones informativas y de debate sobre los acuerdos de propiedad intelectual. Acudió después a reuniones assemblearias en las que representantes de más de ciento cuarenta países y de mil organizaciones sociales, hacían propuestas de contenido y forma para llevar a la OMC y los representantes de sus más de ciento cincuenta países miembros que estaban ya llegando a la ciudad.

Aimsa, traía dos voces. Hablando por la REAE, había hecho análisis con detalle y profundidad, sobre el efecto en la ecología de las propuestas para la ronda de negociaciones comerciales del Milenio. En nombre de la Asociación Anwele, y en coordinación con MSF, TAC y otros, hizo propuestas legales muy concretas que podrían permitir anteponer las necesidades de salud pública a los monopolios y beneficios de las patentes.

Aunque Aimsa temía que las más de sesenta mil personas llegadas para protestar ante los planes del mercado mundial y sus efectos en las personas y la naturaleza, desembocaran en actos violentos. Ella era partidaria de marchas silenciosas como la de la sal de Gandhi. Venía de sentir el nirvana de Sri y sentía que el verdadero cambio de la Humanidad no vendría de la confrontación, sino de la creación.

Una sociedad fuerte y unida que fuese desencadenándose de la producción

enloquecida, del consumo enajenado y de las inversiones especulativas de los ahorros, paralizaría el efecto depredador del capitalismo sin control, al que Aimsa llamaba "el casino mundial de la avaricia" -CMA-. Aunque eran representantes de gobiernos del mundo capitalista los que acudían a Seattle, por detrás estaban las grandes multinacionales y fortunas. En su esquema mental de miles de factores, actores y vectores de diferentes colores, veía la estrategia del CMA: por un lado protegían sus monopolios de precios por las patentes, por otro lado usaban toda su fuerza en invadir los mercados de todo el mundo con producciones baratas a gran escala, a los costes menores de producción mediante condiciones laborales más penosas y sin límites a la destrucción del medio ambiente.

Aimsa contactó por email con antiguos compañeros de matemáticas y estadística de Berkeley, expertos en el análisis complejo y multi-causal. Estaba en relación con genios de software de proceso de datos y representaciones temporales y espaciales. Tenía también un amigo de Berkeley, en la escuela HAAS de negocios, que tenía acceso a bases de datos de más de treinta millones de empresas en el mundo y de las relaciones entre ellas. El mismo era parte de una empresa que tenía la propiedad de los datos de tarjetas de crédito VISA y American Express de más de quinientos millones de personas en el mundo.

Hizo un esquema mental de relaciones complejas. Su esquema mental de más de mil puntos y unas tres mil flechas, no dejaba de fluir. Y era sólo una aproximación a la complejidad mundial. Intuía que la concentración de poder se limitaba a una pequeña parte del mundo, y que la evolución de los colores y fuerzas iba concentrando en unos pocos nodos el poder depredador. Sus primeros análisis apuntaban a unas cien empresas poderosas con relaciones entre ellas, que dominaban más de la mitad de la economía mundial formal, y sobre todo, la informal, la más dañina. Los tráfico de armas, drogas, minerales estratégicos, personas, influencias. Se unían poco a poco a una fuerza que iba dominando todo lo demás. : La

especulación compleja. Esos poderes se estaban especializando en especular con esas grandes y destructivas producciones ya no sólo a través de la bolsa, esa gran mesa de juego póker del mundo, sino de formas mucho más complejas, oscuras, perversas, ocultas. Calculó que cada día más de cinco millones de millones de dólares eran simplemente cambiados de manos, de países, de monedas, de acciones, de acciones sobre acciones, de seguros de acciones, de seguros de seguros de acciones. Era un mundo tan virtual como perverso: el mundo que elegantemente se llamaba "derivados", y que progresaba, como la epidemia de, SIDA, insensible al dolor y la destrucción., invadiendo el mundo y concentrando el poder del dinero, auténtico dueño de la Humanidad en esta triste y oscura fase de la historia, en unas pocas manos....

Hizo un esquema inicial y lo compartió con ese grupo de matemáticos, informáticos y economistas, sensibles a la tragedia social y ecológica a la que se iba precipitando el mundo. Lo llamo el grupo ACP -análisis complejo de la perversión-. Tony, el contacto informático, preparó un sistema secreto de comunicación y transmisión de datos entre ellos. Tony también era un experto en descodificar fuentes de información y comunicación, y estaba en contacto con un colega australiano llamado Julian Assange, que ayudaría a completar informaciones. Al principio de su idea, Aimsa dudo si sería honesto acceder a información confidencial del comercio, pero luego concluyo que dicha información era esencial para desvelar el origen del dolor de quien no tenía la necesaria honestidad para ser transparente en sus negocios o acciones, debería ser desvelado. Sabía que entraba en un mundo complejo, peligroso y que traspasaba las reglas del juego legal. Pero al menos en el análisis, debía contar con esa información. No podía dejar de pensar en los cientos de millones de personas hambrientos mientras otros, celosos de la "confidencialidad de sus negocios", nadaban en la más obscena abundancia y lujos.

En los siguientes días, las sentadas y manifestaciones unieron a miles de

voces sociales y ecológicas. Por primera vez caminaban de la mano sindicalistas y ecologistas en defensa de otro mundo, más humano, más natural. Aimsa sentía como en el filo del nuevo milenio, todo estaba cambiando. Las fuerzas destructoras y las alianzas hacia una nueva humanidad, ambas concentraban fuerzas. Tenía que estar en ese campo de batalla y tenía que animar que fuera el amor, la más profunda energía humana y universal, la que venciese. Sentía profundamente que nada que viniese de la violencia engendraría paz, luz y armonía.

Se unió a las manifestaciones. Intentaban evitar que se celebrase la reunión ministerial y que se replantease el concepto y objetivos de la OMC, en el seno de las Naciones Unidas y basado en la declaración de los derechos humanos. Tenían impedir que entrasen en el lujoso Teatro Paramount de Seattle los tres mil delegados de ciento cincuenta países y organizaciones internacionales. Utilizaron las mismas estrategias que el movimiento obrero en la Gran Depresión, con masivas sentadas que abrumaban el poder de la policía.

Había personas provenientes de más de ciento cuarenta países, eran sindicalistas, ambientalistas, estudiantes, pacifistas, representantes de los pueblos indígenas, campesinos del Tercer Mundo, granjeros, luchadores por los derechos humanos, iglesias. Todos unidos ante el capitalismo depredador. A la mañana siguiente, mientras líderes sindicalistas se reunían en el estadio Memorial, dos grandes grupos, uno de estudiantes y otra de grupos procedentes del "tercer mundo" a la que se unió Aimsa, convergían en el centro de Seattle.

A la vez, algunos cientos de anarquistas empezaron a bloquear cruces estratégicos de calles. Todo ello hizo imposible la circulación entre los hoteles y el teatro Paramount, donde se realizaría la inauguración. Los representantes de los gobiernos y Naciones Unidas quedaron atrapados en sus hoteles. Afuera los colores, razas, religiones, ideas de una humanidad

unida ante la injusticia, entonaban cantos y consignas.

Aimsa lideraba con un megáfono cantos adaptados de "*all we saying, is give peace a chance*", sucediendo las palabras de *peace, love, us, light, truth, earth, life*. Allí conoció a una joven africana vestida con ropa andina y gritando consignas del derecho de la naturaleza, la tierra y el agua con un grupo aimara. Se cruzaron las miradas, luego se fijaron sus miradas, se acercaron, se saludaron. Se llamaba Lisy, era de Sierra Leona, había crecido en Gomera, vivía ahora en Cochabamba.

-Ya sé porque me atrajo tu mirada. Somos como familia. Soy Aimsa, la compañera de Jonay! estoy representando a la REAE.

-¡Sí! me lo dijeron. Yo las estoy promoviendo en todo Sudamérica. Sería tan hermoso, Aimsa que nos representes ante las Naciones Unidas.

-Lo haré.

Era la primera vez que lo tenía claro. Y la primera vez que lo decía. Se dieron un gran abrazo y marcharon juntas, codo a codo." *All we are saying.*"

A la orden del presidente Clinton, las fuerzas de seguridad iniciaron una violenta represión. Aimsa recibió varios golpes de porra pero se quedó, como muchos cientos en torno a ella y su megáfono del amor, sentada, impasible. Empezaron a llegar entonces los miles de manifestantes sindicales que estaban concentrados en el estadio Memorial. La OMC decidió suspender la inauguración. La policía seguía intentando desalojar a los manifestantes con gases lacrimógenos y las autoridades declararon estado de emergencia y el toque de queda.

Al día siguiente, el primer día del último mes del milenio a la policía se unió

la Guardia Nacional y los grupos SWAT, que tomaron una "zona de exclusión". La presión social animo a gobiernos del Sur a unirse y bloquear acuerdos injustos. El lema que empezó a invadir todos los espacios de dialogo fue:

- "comercio justo, no comercio libre".

En la segunda noche de movilizaciones, Aimsa se unió al grupo Latinoamericano, que latía con tremenda fuerza y donde se decidió crear un foro alternativo a los foros económicos de los poderosos, Davos, el G8, la OMC. Lo llamarían el Foro Social Global.

Tal fue la presión social que no se acordó una declaración ministerial.

Pero no sólo se pudo parar un plan de hacer del mundo un gran comercio, dominado por poderes del "CMA" que Aimsa empezaba a analizar con su grupo "ACP", sino que la idea de un mundo alternativo, empezó a vislumbrarse.

Empezaba a sentir que la rabia de las muertes ignoradas del SIDA, los planes de enfrentarse a los monopolios de los medicamentos, la defensa del derecho a la salud para todos, la ilusión ya esperanza de la red de eco aldeas, de Sibithanda, de los tigres blancos, la inspiración de la paz en el amor y la armonía de Sri, la capa blanca de su maestro, el velo al viento de su madre, el amor de Jonay y la dulce y alegre inocencia de Nour y sus hermanos, en la gran familia de valentía y ternura que se extendía por el mundo, alumbraban un camino hermoso por el que deseaba caminar de la mano de su compañero.

Sus últimas etapas de esta vuelta al mundo, cobraban más sentido.

LXXVI. En la jungla del poder. Nueva York diciembre 1999

Aimsa voló de Seattle a Nueva York. Marta, su amiga de UNICEF, defensora de los derechos de la infancia, estaba en reuniones de trabajo, y aprovechó para estar con ella dos días y explorar cómo podría ser el trabajo en las Naciones Unidas y la vida para los tres en Nueva York.

Se alojó por couch-surfing en la casa de James, un filósofo aficionado a la talla de figuras de madera, en Brooklyn.

A la mañana siguiente dio un paseo sin rumbo, quería sentir la vida en la ciudad, quería imaginarse a Jonay y a Nour allí. Necesitaba verles sonrientes, necesitaba saber que su pasión por la vida seguirá brillando. La casa donde se alojaba estaba entre Wythe y 8th street. Aunque estaba a unos cien metros del puente de Williamsburg que unía Brooklyn con Manhattan, el lugar no era ruidoso. Las casas eran bajas y había un cierto ambiente de barrio. Había una guardería pública cerca, el parque de Epiphany y unos cuantos centros sociales. Comió con James, quien le explicó cómo era la vida en el barrio, y las actividades que empezaban a surgir de economía solidaria, de bancos de tiempo, de intercambio de ideas, conocimientos, de compras colectivas de comida orgánica, de ayuda entre todos.

Calculó luego los transportes y tiempos a la zona de las Naciones Unidas y al Hospital Bellevue, conocido centro público de asistencia a las clases necesitadas. Era el barrio perfecto, apenas diez minutos al hospital y veinte a las Naciones Unidas. Cuando siguió paseando por el barrio pudo ver a Nour jugar con niñas en el parque de Epiphany, a Jonay corriendo por las avenidas del puerto frente a la bahía de Wallabout, a los tres yendo de paseo y saludando en el barrio a quienes conocerían intercambiando ideas, tareas, bienes. Pensó en la belleza del intercambio de iguales, el trato humano que supone, las oportunidades de solidaridad y de aprecio mutuo,

en contra de los intercambios basados en el papel con un dibujo de alguien desconocido y unos números y claves que hacen que lo veneremos y valga para todo. Y para nada.

Pensaba en todo ello mientras miraba tras las ventanas de la casa de comidas *Patricia's* cuando James la saco de sus pensamientos:

-¿Qué piensas, Aimsa?

-Imaginaba la vida con mi familia aquí.

-Pues si así lo deseas, tengo algo que proponerte.

-¿Si? dime.

-Voy a dar la vuelta al mundo en mi velero. Y necesito alquilar mi piso. Si cuidáis de mi perro Sam, que se marea en los viajes, y de las plantas, os lo dejo en quinientos dólares al mes. ¿Qué opinas?

-Te lo agradezco mucho, James. Y me parece un lugar perfecto para que disfrutemos la vida de familia ya de barrio, e ir y volver del trabajo fácilmente. ¿Puedo darte la respuesta el 20 de diciembre?

-De acuerdo. Te espero.

El piso tenía tres habitaciones, un baño, una sala que daba a un patio interior con jardín, y una cocina americana. Sam era un alegre fox terrier. Todo parecía ir encajando.

Al día siguiente fue al edificio de UNICEF, en la Plaza de las Naciones Unidas. Allí había quedado con Marta, quien la recibió con gran alegría después de que se vieran hacía ya ocho años en Florencia.

-Qué alegría verte Marta. ¿Cómo estás?

-Muy bien. Ya sabes que me hicieron directora del Instituto *Innocenti*, en Florencia y estamos impulsando la investigación sobre la situación de los niños en el mundo, con ello alimentamos los argumentos en favor de los derechos de la infancia. Además vengo aquí cada dos o tres meses para reuniones con UNICEF y para el comité de seguimiento de la convención de los derechos de la infancia. Además aquí está trabajando mi marido.

-Me alegro mucho. Es muy importante que gente con tu humanidad y tu compromiso social estéis en estos lugares.

-Por eso tenéis que venir, Aimsa. He estado siguiendo tu trabajo con los tigres blancos, con Sibithanda, tus artículos y declaraciones en Vancouver y tu artículo sobre la red de eco aldeas tras la reunión de Kioto. Tienes que estar en el centro de los debates, de la concepción de un nuevo mundo.

-Gracias Marta, todos debemos estar. Todas las personas serán esenciales. Y no es bueno que unos nos consideremos más capaces que otros. Me hace sentirme incomoda.

-Y ¿por qué lo acabas de decir de mí?

-Bueno. En los organismos internacionales tenéis procesos de selección y he conocido mucha gente que no siente ilusión por lo que hace, por los que representáis, por el noble oficio del servicio a los demás, que es lo que debiera realmente ser la política. Saber de tu esfuerzo y de tu compromiso es un rayo de luz muy poderoso.

-Pues parecido en la sociedad civil, Aimsa. También conozco ese mundo, y no todo son fines nobles. En tu honestidad, sin afectar a tu humildad, debes

aceptar que tienes una inteligencia poco común, que has visto y convivido con las situaciones más marginales entre los niños de las calles de la India y entre los huérfanos del SIDA en África.

-De acuerdo. Pero te diré que me preocupa arrancar a Jonay de su vida apasionada por los enfermos en Ukuzwana.

-Te diré algo. Debió oírte hablar de mí, porque averiguó mi dirección y me escribió. Claro que tiene una pasión enorme por su trabajo, por su dedicación a los más necesitados. Pero tiene una pasión aún más grande, que eres tú. Y sabe mejor que nadie que el momento de la historia es este. Y tú eres clave.

Aimsa sintió una profunda emoción. No le valió a Jonay su mentira bella, sino que intentaba facilitarle la decisión de forma anónima a través de personas queridas y nobles.

-Vendré. Marta. Y te necesitare como aliada.

-Ya lo somos, ¿no? Además, ya hemos registrado a Sibithanda como organización asociada a UNICEF y ya tienes un despacho como investigadora asociada aquí y en Florencia. Ya puedes venir con permiso de residencia.

-Gracias Marta. Aunque intentaré relacionar mi trabajo con el objetivo central del movimiento de eco-aldeas espirituales. Aún no somos miembros asociados de las Naciones Unidas, tenemos que pedirlo formalmente ahora que ya representamos a más de cinco mil eco-aldeas por todo el mundo y más de dos millones de personas.

-¡Qué maravilla, Aimsa! Estaré en todo a tu lado. Sé bien que es desde la armonía humana y natural como la Humanidad acabara con el inmenso sufrimiento.

-Sí, Marta. Sobre todo en los niños.

-Estamos preparando una idea con Kofi Annan, que llamamos "los objetivos del milenio", con metas claras, formas de progresar y prioridades de educación, salud y medio ambiente. Tienes que venir pronto para impulsarlo, Aimsa, te necesitamos. Y desde aquí estaremos mejor preparados para los nuevos planes de la OMC en Doha. Se avecinan tiempos muy intensos para la humanidad, llenos de trampas, pero llenos también de oportunidades.

Aimsa ni dijo nada. Sonrió. Por dentro iba prendiendo en ella una fuerza que ni siquiera ella había sentido antes.

Fueron a dar un paseo a Central Park y luego siguieron hacia el gigante árbol de Navidad en el Centro Rockefeller. Caminando por las calles de Nueva York en la plena vorágine consumista de la Navidad, Aimsa reflexionó en la profunda dificultad de desarraigar el culto al dinero, de los valores humanos. La Navidad era el caso más claro y el más contradictorio. En nombre del amor y de la vida sencilla, humilde y solidaria de Jesús, se gastaba enloquecidamente, se comía compulsivamente y se vinculaba ese ejercicio comercial, de objetos de origen desconocido, de frecuentes efectos depredadores de hombres y árboles.

¿Con el amor entre las personas, en las familias.?

Vio también grupos de vagabundos y de gente pidiendo en la calle, y pensó en Jonay, en su dedicación apasionada a aquellas personas más necesitadas y las que le daban el mejor salario del mundo, el de las sonrisas y agradecimiento del alma.

Por la noche, Marta invitó a Aimsa a cenar en su casa, en Manhattan. Su marido estaba de viaje, pero pudo sentir una ternura muy especial entre

los dos y con sus hijos. Sabía que ellos tres también podrían ser felices una etapa de sus vidas, aunque fuera en aquella jungla de cemento y prisas. Sabrían encontrar nidos de ternura, retos de valentía, aliados en el amor.

Su última etapa entre Nueva York y Ukuzwana la mantuvo en secreto.

LXXVII. Un nuevo amanecer para el nuevo milenio, Ukuzwana, enero, 2000.

Aimsa había llegado el quince de diciembre a Bulawayo, donde la esperaban Jonay y Nour,

Los tres se abrazaron emocionados. Nour, quien ya tenía tres años y medio y estaba llena de alegría, curiosidad por todo, hablaba en español, en inglés y en *ndebele* sin problema. También decía algunas cosas en hindi, y algunas canciones que su madre le enseñaba. Jonay estaba tan feliz y hablador como siempre. Ya tenía el pelo casi blanco y el trabajo intenso y el sol del Kalahari habían acelerado la huella del tiempo en su rostro. Aimsa le había imaginado a su lado en cada paso, en cada momento de la noche, en cada viaje. Prefería no hablar. Sólo mirarle. Había tanto que sentir con sólo mirar.

Mientras conducía hacia Ukuzwana con Nour entre ellos en el sillón corrido del pick-up, Jonay le fue poniendo al día de la gran familia : las reuniones comunitarias de Patxi, las últimas peripecias de Haka en Sierra Leona, la marcha de Sibithanda, la fuerza espiritual de NoLwasi, los progresos en la escuela de Adam, los juegos por toda la misión de Nour y Unai, el trabajo en la fábrica de Joseph, la música y poesía de Nothando, los estudios de Thandiwe, ya en Sudáfrica con Buhleve, que pronto se graduaría, la memoria de Anwele, a quien iba a ver a su lugar de descanso con frecuencia. Le contó también acerca de sus padres, de quien había recibido carta.

Aimsa se sonrió.

-¿Y tú? ¿Tan callada? ¿Cuéntame cómo ha ido todo?

Aimsa le hizo un resumen de lo más importante en Harare con Stamps y en la pensión de El Rino, con lo que estuvieron riéndose un buen rato, lo cual a su vez contagio la risa en Nour. Le siguió contando de Ciudad del Cabo y

las luchas por el acceso, MSF, TAC, las conversaciones con Nadine y la escalada a *Table Mountain*. A cada poco le decía cuanto hubiera compartido esos momentos con él. No quería volver a separarse tanto tiempo. Siguió contándole su etapa en Madrid con Juan, pero sin muchos detalles, y luego su tiempo con Anna en Barcelona y el proyecto de acceso al tratamiento que podrían financiar. Jonay le iba preguntando todo tipo de detalles que Aimsa prefería contar con calma en casa. Le contó con más emoción su vuelta a su país, la ilusión de ver el centro en Bombay de los tigres blancos, su reencuentro con Inaya, las conversaciones en CIPLA y su peregrinación al Nirvana de Sri, donde quería volvieran los dos juntos.

Jonay vio como Aimsa se emocionaba y le tomó la mano mientras conducía. Ya no se la soltaría hasta Ukuzwana. Lo hacían a menudo cuando viajaban, ¡ya ella cambiaba las marchas con ayuda de Nour!

Siguió Aimsa hablando de la lucha en Seattle y el nacimiento de lo que ella pensaba iba a ser el nacimiento de un imparable movimiento social.

No habló de sus dos últimas etapas.

Llegaron a Ukuzwana. NoLwasi la saludó emocionada. Entre ellas había una unión especial. Patxi y Jonay lo habían hablado a menudo, se sentían unidos a mujeres con una fuerza más allá de su entendimiento. Patxi le confesaba a Jonay que a menudo sentía vértigo por ello, pero el amor les unía con más fuerza que el universo parecía reclamar de sus compañeras.

En la noche del 19 de diciembre, Aimsa sabía que Jonay seguiría su costumbre de todos los años. Le miró sin que se diese cuenta mientras, al pasar la media noche, celebrase en solitario su nueva vuelta al sol. Escribía en un diario su sentimiento de la vida, sus recuerdos de lo vivido, sus ilusiones por el futuro, y, sobre todo, su profunda alegría de vivir.

Amaneció el lunes 20 de diciembre de 1999. Jonay se puso su "pijama" blanco de médico y se dirigió hacia el dispensario como cada mañana. Se extrañó al no ver la sala de espera llena de pacientes esperando a consulta, como de costumbre. Además, Aimsa ya no estaba en casa y se había ido con Nour. Fue hacia la casa de Patxi y tampoco encontró a nadie. Todo era muy extraño.

-¡Papi!

Oyó la voz de Nour que estaba jugando con un coche de alambres que seguro era obra de Adam. Se acercó a ella y se arrodillo a su lado.

-¿Dónde está Mami?

-Ven.

Nour le llevó de la mano a su padre hacia la Iglesia de Ukuzwana, convertida desde el cisma de Patxi en un "espacio de armonía" donde se reunían aún comunidad para trabajar, para cantar, para celebrar, para dar gracias a la vida, para planear juntos el futuro, para protegerse de las fuertes lluvias o para ofrecer posada a transeúntes, en el mismo lugar donde hace ya casi veinte años se protegió la comunidad del ataque de la quinta brigada.

Haka había trabajado en la Iglesia en sus primeros años. Por fuera tenía dibujos geométricos zulúes, y el tejado fue rehecho con paja al estilo zulú también. Por dentro cambiaron la forma de las filas de bancos ante el altar por una forma de anfiteatro de círculos concéntricos y en suave descenso hacia un centro donde había una mesa con la Biblia ya otros libros o inspiraciones de amor y armonía.

Al entrar, vio que la iglesia estaba llena de gente. Pensó que se había olvidado de alguna celebración. Todos se pusieron en pie, mirando a Jonay

avanzar por el pasillo con Nour de la mano. Empezaron a entonar *Nkosi Sikelele*. Jonay no pudo ocultar su emoción. Mirando a cada lado pudo ver los rostros sonrientes y agradecidos de cientos de pacientes, ancianos, adultos, niños, familias enteras. Vio también representantes de muchas comunidades de Sibithanda mirándole con profundo aprecio mientras entonaban con aquellos profundos mmmm zulúes que tanto hacían vibrar lo más profundo de su alma.

Según se aproximó al centro, vio que Patxi le esperaba con los brazos abiertos. Cuando se abrazaron, toda la comunidad aplaudió emocionada. Patxi tomó la palabra, en *ndebele*:

-Hoy celebramos otra vuelta al sol de alguien muy especial para Ukuzwana. Jonay, Ulibona, Zaka-Nour, lleva catorce años entre nosotros, dando todo su cariño y su inteligencia para aliviar el sufrimiento y devolver la salud. Todos te estamos profundamente agradecidos.

Aplausos y expresiones de aprobación.

Un anciano, una mujer y una niña, en representación de la comunidad, explicaron cómo se sintieron como pacientes de Ulibona.

-Sabemos que lo que más aprecias es la ternura entre las personas, por eso van a decirte unas palabras personas especiales para ti. Fueron entrando por la puerta trasera personas esenciales para la vida de Jonay y contando alguna anécdota de su vida:

Empezó Aimsa. Habló de su timidez durante dos años para expresar sus sentimientos por ella. Se unió luego a su lado y le susurró de forma pícaro:

-¿ves lo que te ocurre por empezar el juego de guardar secretos?

Siguió Nour, que con su bella inocencia contó una historia que les pasó cuando iba sentada en los hombros de su papa por el campo y empezó a llover.

Unai se acercó y en lugar de hablar le dio un dibujo de un coche.

Adam ya tenía seis años y medio y contó como un día su "tío Jonay" le enseñó a hacer coches de alambres, y le regaló uno que él había hecho.

NoLwasi contó aquel día en que juntos y con sus visiones diferentes de la vida y la salud, atendieron con amor a la buena de Anwele.

Un silencio emocionado en su recuerdo, lleno el lugar.

Siguieron Joseph relatando la idea del "*take your time*" y Nothando leyó una linda poesía sobre Ulibona, ulithanda. (Nos observa, nos quiere.).

Hablaron después Rose quien trabajaba ahora en Harare, Johanna, de Brunapeg y Ndlovu, que ya había sido cesado por hablar sin miedo, en Bulawayo, y volvía a ser un médico feliz y entregadora sus pacientes en Brunapeg. Contaron historias sobre cómo algunos pacientes no querían ir a Brunapeg sino ique les devolvieran con Ulibona a Ukuzwana!

Lisa explicó sus trabajos juntos en acupuntura.

Entraron Haka y Helen, de Bulawayo y contaron historias de como conocían a Ulibona en todo Matabeleland y de sus esfuerzos en la red Sibithanda.

Haka le leyó una carta de Beatriz, Meimuna y Moyes.

En ese momento entraron Thandiwe, Buhleve, Nadine y Karen, que venían de Sudáfrica para la ocasión. Thandiwe y Buhleve explicaban que su

vocación por la medicina fue inspirada Jonay, Nadine hablaba de como Haka y Aimsa hablaban de él.

Cuando parecía que las emociones ya se habían acabado, entraron por detrás Juan y su familia. Patxi les presentó como el nuevo médico para Ukuzwana. Juan explicó la valentía de Jonay y de Aimsa en Vancouver.

Jonay miró sorprendido a Aimsa: ella había conseguido, con la ayuda de Stamps, agilizar el registro y que estuviesen ya en ese día para quedarse.

Jonay sintió una mezcla de emociones. Tanto amor de tanta gente, de tantos pacientes. No podía imaginar mayor felicidad en la vida. Ni en ningún otro tipo de existencia. A la vez, ver a Juan suponía ya que su próxima fase ya estaba empezando, miró a Aimsa, a su lado, y se cogieron fuerte de la mano. Aimsa miro inquisidora. Jonay asintió. Ya había empezado su nueva vida.

Cuando ya parecía que la maravillosa celebración sorpresa había acabado, empezó a sonar una música. Jonay sintió un escalofrío.

La música era "para lo que son los amigos" (*what friends are for*). De Stevie Wonder. Y venía de una armónica que había acompañado la infancia de Jonay, sus sueños y su pasión por la vida.

Entró John tocando aquella melodía ante el silencio de todos, admirando y sintiendo la emoción. Le acompañaba Umbela a su lado. Se abrazaron los tres con la emoción anhelada de tanto tiempo.

Por fin venían sus padres al lugar donde descubrió tanta magia y amor. La canción seguía y Fernando, quien también había venido desde Gomera, acompañaba con la guitarra. Su mentor, su maestro, venía con un joven de unos quince años que andaba con muletas: te presento a mi hijo, Saidu.

Fernando contó historias del comienzo de la pasión por la medicina de Jonay y el momento en que casi se lo traga el mar cuando rescataron a *Kadiatu* y *Lisy*, quienes le mandaban una carta.

John habló de sus travesías juntos en el mar de La Gomera, de sus escaladas al Roque Nublo, de las noches bajo las estrellas. Lo resumió diciendo:

-Poderte tener en mis brazos y verte crecer y hacerte un hombre bueno para el mundo, es lo más maravilloso que me ha ocurrido en esta vida. Unido al amor de tu madre. Umbela entonces explicó la emoción de ser madre, como fue creciendo Jonay y la felicidad y el orgullo de verle seguir sus sueños, a pesar de sentirle tanto tiempo tan lejos.

Siguió Umbela en clave de humor, diciendo que, a pesar de tantos elogios, itodo era por su cumpleaños! Pero que realmente Jonay, como todo el mundo tenía defectos que no deberíamos olvidar. Habló en clave de humor de sus despistes, de sus enfados, ide como nunca aprendió a silbar ni a chasquear los dedos!, ide como era de cabezón!, de su desastre como cocinero, e incluso de su torpeza en el amor, concluyendo que por eso y mucho más, le amaba con todo su corazón.

Cantaron otra canción que le gustaba a Jonay cantar con los niños de la misión: *Heal the World*. No había mayor belleza para Jonay, que la dulce inocencia y dulzura de un coro de niños cantando a la vida. Y más de cien, entre ellos Adam, Nour y Unai cantaban los versos "*We are the World, we are the children.*"

Entonces, Jonay quiso hablar y darles las gracias a todos. Empezó en *ndebele* :

-Ngiyalithanda. Mukulu, Ugogo, udade, ubudi, afana, abatana, ungane (Os doy las gracias, abuelos, abuelas, hermanas, hermana, niños, niñas, amigos.)

Hace veinticinco años estaba sentado sobre mi roca preferida, en mi isla, de La Gomera, mirando al mar.

Según dijo estas palabras se dio cuenta que para casi todos los que le escuchaban, las palabras "mar" o "isla", no eran comprensibles.

-El mar es una inmensa llanura de agua. Como la presa de Ingwesi pero miles de veces mayor. No se ve el final. Es como el tiempo antes y después de la vida. Y las islas son las tierras que están como flotando en el mar. Son como la vida. Algunas son más grandes como África. Otras más pequeñas, como mi isla, La Gomera.

-Hace veinticinco años mi pelo era negro y no usaba gafas, nadaba y corría horas sin cansarme, y las mujeres lindas de la isla, buscaban mi compañía. Ese día, la mar estaba brava, como un elefante macho solitario cuando le atacan. El sol se reflejaba en el mar agitado y provocaba como dibujos en rápido movimiento. Imagine a Gara, una bellísima princesa en tiempos muy remotos de mis antepasados, lejos en el mar, aproximarse a la isla, como decían las leyendas de mis abuelos.

-Yo crecí en un valle hermoso de mi isla. Mis padres, que hoy conocéis, me dieron los mayores tesoros: el amor a la naturaleza y a todo lo que en ella vive, y la libertad para sumergirme en los misterios de la vida. Y lo hicieron a través de los dos valores que nos dan la armonía con la vida: la Valentía y la Ternura. Valentía para abrir nuestras almas siempre y a todas las personas. Ternura para hacer fluir el amor de nuestra alma hacia lo que nos rodea en la vida. Si no sentís vergüenza, que es una forma de miedo a lo que digan de nosotros, y sois valientes para tomar la mano de quien está a

vuestro lado, y lo hacéis con ternura, mirándole a los ojos, acariciándole con cariño, como el abrazo de cabeza que os he contado otras veces y que mis padres han ido extendiendo por todo el mundo, estaréis haciendo que el amor de vuestra alma salga hacia fuera y al salir hace que también llame a más amor que nos llena. Es como cuando sacamos agua del pozo. Más y más agua, y cada vez más fresca, lo vuelve a llenar.

En ese momento, Jonay tomó la mano de Aimsa a su derecha, de su madre Umbela a su izquierda. Aimsa dio la mano a Nour y fue encadenándose a Unai, a Adam, a NoLwasi, a Patxi, a Joseph, a Thandiwe, a Nothando. Umbela dio la mano a John quien tomo la de Fernando, y siguió la cadena con Haka, con Helen, Buhleve, Nadine, Rose, Juan y su familia. Y así por ambos lados, la cadena fue uniendo a los cientos de personas que estaban celebrando la vida de Jonay.

-Sentid ahora con valentía el amor que estáis dando, sobre todo si nunca habíais acariciado con la mirada y con las manos a quien tenéis al lado. Entre nosotros ahora fluye sin miedo y sin barreras la ternura y el amor. Podéis sentir como se extiende por nuestras manos, brazos y almas en alegre baile, con la fuerza del mar, con el calor del sol, con la pureza del viento. Ahora sentimos que todos estamos hechos de esa energía del amor, que separados en nuestros cuerpos, no somos nada. Que unidos por el amor, somos todo. Valentía y ternura. Todos somos la misma energía.

-Así crecí. Apasionado por la vida. Por vivirla con amor, como me inspiraron mis padres. Y el mar me llamaba a descubrir otras islas, a unir mis manís y mi amor a otros mundos lejanos.

-Supe por Patxi, Sindisabantu, nuestro padre guía en "no-tener-miedo-de-amar", que entre vosotros mis deseos de al aliviar el dolor de las enfermedades, sería bienvenido. Y aquí vine hace quince años.

-Entre vosotros he sentido ese amor que late en nuestras almas, fluir con fuerza y pureza. Lo he sentido en las miradas, en las palmas de agradecimiento según la tradición shona y malanga, en vuestros cantos mmmmm que me llegan a lo más profundo del corazón. De mil maneras. Hemos luchado contra la plaga del SIDA con la valentía que nos inspiró Anwele.

Jonay hizo una pausa pues la emoción le ahogó las palabras al recordar a su amiga. También la emoción nubló la vista de NoLwasi, Rose y Nothando. Todos empezaron a aplaudir en su recuerdo. Joseph tomo con aún más fuerza la mano de Nothando.

-Y además de vivir dando y recibiendo tanto amor entre vosotros, tuve la inspiración del vínculo con los espíritus del tiempo, ese mar inmenso que rodea las islas de nuestras vidas, de NoLwasi. Tuve la guía de Rose en mis primeros pasos como "torpe-médico-blanco" en Matabeleland, tuve el apoyo de Patxi, Sindisabantu, en ir creando el hospital que hoy tenemos, vine casi a la vez que Juan Mari, Haka, y sentí siempre su fuerza y valentía en buscar y luchar contra las fuerzas del mal. Cada uno de vosotros me habéis dado tanta inspiración para sentir el aire y el sol desde esta tierra. La vida, y mirar al este en el horizonte del mar del pasado, de donde viene y vuelve el sol cada mañana, y al oeste en el horizonte del futuro, donde se pone el sol cada atardecer, con la armonía y confianza de sentirnos parte de algo inmenso, bello, invencible, llamado amor.

-Pero entre tanto que he vivido, lo más bello en mi vida llego a Ukuzwana hace ocho años.

Miró a su derecha y alzó su mano, unida a Aimsa.

-Aimsa llegó a mi vida, como Gara vino a por mí en La Gomera hace veinticinco años. Sentí la unión del amor, la armonía de la belleza, la magia

del mar inmenso del universo y la eternidad. Todo ello en su mirada. Tarde mucho tiempo en tener la valentía de expresarle lo que sentí desde el primer día que la vi, y de no sentirme vanidoso ni injusto en querer ser yo quien más de cerca sintiera su bella luz. Nuestra unión trajo a la vida a Nour, mi otra princesa en esta vida.

-Pero la vida tiene momentos en que debemos saber tomar caminos, seguir la llamada de nuestra alma. Como el mar me llamó a venir a Ukuzwana hace quince años, ahora me llama a otros lugares. El mundo está sufriendo la avaricia de los hombres, que destrozan la naturaleza y la vida en ella, y que rompen la cadena de amor porque ponen barreras de egoísmo, construidas con poder, con dinero, con propiedades. Todo ello viene del miedo de estar solos y ni saber, simplemente, coger las manos y hacer que fluya el amor. Como ahora sentimos nosotros.

-Y hay una persona que es la que mejor puede hacer que el amor y la unión venzan a la avaricia y al egoísmo, que la armonía entre las Humanidad derrita las fronteras de países, propiedades y religiones, que la armonía con la naturaleza venza la falsa belleza y seguridad de someterla a nuestros miedos. Esa persona es Aimsa. Ha sido mi más fiel compañera y apoyo cada día de mi entrega a vosotros en la salud. Llegó el momento en que yo sea su más fiel compañero en su lucha por una nueva Humanidad.

-Pero ni la distancia de los horizontes de la tierra, ni el tiempo de los horizontes de mar, nos alejaran de Ukuzwana, nuestro querido hogar, de vosotros, nuestra querida familia. Siempre os llevaremos en el corazón, vuestros cantos serán nuestra fuerza, el recuerdo de vuestra miradas nuestra confianza, y sentiremos siempre la armonía de vivir con nuestras manos unidas, como ahora.

Siyalithanda. Lisale kuhle.

Cenaron la gran familia unida de Valentía y Ternura, de Ukuzwana, de Sibithanda. Recibió regalos del alma. Siempre decía que sólo quería regalos que no costaran dinero sino ternura, que no vinieran de las tiendas sino del alma, ni de fábricas lejanas sino de las manos de quien los daba. Aimsa le regaló una libreta hecha de hojas de maleleucas y cubierta de corteza de la jacarandá de Nour. La contraportada tenía escrito el decálogo de Umbela. La primera página decía: 421 Whyte avenue, Brooklyn, Nueva York, Uno de febrero del año 2000.

John le dio su diario de navegación antes de naufragar en la Gomera, guardado en secreto hacia cuarenta años.

Umbela le hizo otro jersey de nuevo en su color favorito, azul marino y un símbolo de las eco aldeas, un triángulo de las fuerzas de armonía espiritual, humana y natural.

Fernando le regaló una rama de Sabina pulida durante cientos de horas con la forma de dos manos unidas.

Patxi le dio una cuerda finamente trenzada con una cruz de madera de mopane y NoLwasi le dio la cascara de semilla donde guardo por primera vez las lágrimas de Anwele y de donde surgió durante varios años la esperanza de las aguas sanadoras.

Jonay les dejó a sus padres el diario que escribió desde que miró al mar y al Teide y sintió la llegada de Gara.

Les dio a Patxi y a NoLwasi otro que había ido rellenando desde que llegó a Ukuzwana hacia quince años. Eran inconstantes, pero en ellos cada veinte de diciembre había un largo y sentido escrito que reflexionaba sobre la vida, y tenían muchos dibujos de sus experiencias en la vida.

A Fernando le dio el primer modelo que hizo con Joseph, de "take your time".

A Haka, Joseph y Nothando, que no se habían soltado las manos desde las palabras de Jonay, les dejó a cuidado el ultraligero, para visitar y sembrar de belleza con la poesía y canciones de Nothando, las islas de esperanza de Sibithanda.

A Nothando le dio su estetoscopio y a Buhleve su manual de J Gray con cientos de notas que lo corregían y actualizaban, para que Buhleve escribiera uno mejor. "donde no hay especialista".

A Aimsa no le dio nada que se pudiera tocar ni guardar en un bolsillo o en un cajón: le tocó una melodía que había compuesto para ella al violín: una melodía tan bella que hizo que todos en torno a la mesa se emocionaran. Se repetía en torno a su nota preferida. MI menor. Y enredaba el alma con embrujos de suaves danzas de notas entrelazadas. Como las manos de aquella familia de almas valientes. Aimsa sintió en aquel momento el velo de su madre abrirla, y un mar de capas blancas, suaves, casi transparentes, invadir el aire y rodear todo de luz.

Esa noche, Aimsa le contó los detalles ocultos de su vuelta al mundo. Su acuerdo con Stamps y con Juan y su última escala en La Gomera para arreglar, con fondos de su la venta de su libro en la India, el viaje de sus padres y de Fernando a , entonces San José,. También le contó los detalles de la casa y del barrio donde podrían vivir en Nueva York, y que James tan sólo esperaba una llamada de confirmación. Y de los tramites de residencia y trabajo en Naciones Unidas, todo listo para viajar el 31 de enero. Le explicó también detalles de las actividades solidarias en el barrio, de la guardería de Nour, de las oportunidades en el hospital Bellevue.

-Pero todo esto es tan bello como quedarnos aquí. Mientras estemos juntos

todo es luz en mi vida. Si quieres pensarlo más despacio, retrasarlo o que nos quedemos aquí. Podemos también ser muy felices y contribuir a ese nuevo mundo de otra manera.

-¡Que cabezona eres! ¿Después de la que has montado? ¡Hagamos esa llamada! ¡Y tenemos sólo seis semanas para poner a Juan en la órbita de Ukuzwana!

Al día siguiente, aún había una sorpresa más. Anhelada durante veinte años.

En el hospital de Ukuzwana había ya sesenta camas de pacientes. Unas veinte estaban ocupadas por enfermos de SIDA. Casi cada semana moría uno. Y era una mínima proporción de la tristes y agónicas muertes en toda la zona, a pesar del calor humano en torno a sus planes de las sabanas de plástico con que lavar, cuidar y fundar ternura a los enfermos.

Aimsa había conseguido traer de CIPLA, y con la aportación de Stamps, dosis para empezar el tratamiento de cien enfermos, mientras conseguían, con Anna desde Barcelona, empezar los proyectos con el ministerio. Con la ayuda de Beatriz, ya habían conseguido financiación de la Unión Europea y se garantizaban los medicamentos necesarios para cinco años. Todo estaba hablado con Juan, quien había conseguido un manual de J Gray y llevaba tres meses estudiando, y todos los protocolos del EDLIZ en Zimbabue. Necesitaba sólo las manos ya la confianza de algunas operaciones de urgencia, que esperaba compartir con Jonay en enero y tres periodos de cinco días en el enorme hospital Mpilo, de Bulawayo.

Así fue como el primer tratamiento para el SIDA llegó a Zimbabue. *Livukile* (despertamos), una mujer de treinta y tres años, madre de cuatro hijos, viuda de un minero *ndebele* en Egoli, en extrema debilidad, invadida de manchas azules en la piel, blancas en su boca y haciendo estragos en cada

respiración, recibió de manos de Jonay y NoLwasi, profundamente emocionados, la primera dosis de zidovudina, lamivudina y nevirapina. Eran de origen genérico de la India, a precios cien veces menores que los de los monopolios de las empresas para las que beneficios veinte veces mayores que todos los presupuestos públicos para la salud en todos los países de África no lograban saciar su avaricia. Contra ello y tantas cosas más lucharían de la mano de Aimsa en Nueva York.

Llegaron con toda esa ilusión de un nuevo mundo pleno de esperanzas, al cambio de milenio según el calendario cristiano. Lo celebraron todos en el *Black Eagle* de Matopos y brindaron por una nueva Humanidad que se anunciaba. John, Umbela y Fernando volvieron a las comunidades de Ternura y Valentía, que ya eran la forma de vida normal en las islas.

Jonay pasó todo el mes de febrero con Juan, quien fue acostumbrándose a los protocolos, a empezar a hablar algo de *ndebele*, a las operaciones más necesarias, a trabajar con pocos recursos materiales y muchos de ilusión y trabajo en equipo. Entre Ukuzwana y Mpilo ayudó en cinco cesáreas, hizo otras diez ayudado y cinco sólo. Y un número parecido de cirugías urgentes abdominales, traumatológicas y torácicas. Con ello y la referencia de Ndlovu en Brunapeg, ya se sentía seguro para soltar la mano de Jonay.

Siguieron dando el tratamiento a diez enfermos de la sala. Tuvieron después una reunión en Bulawayo organizada por Ndlovu y a la que acudió Anna desde Barcelona, Beatriz desde Bruselas y el ministro Stamps. En la conferencia de prensa anunciaron los primeros tratamientos y los planes de ir llegando en breve a todo el país. Anna, aliada con Aimsa, había conseguido que para ese momento histórico y tan anhelado por Jonay, NoLwasi y tantos más, viniera un músico muy especial para Jonay : Phil Collins, y adaptara su canción "*It's not too late*" al nuevo amanecer de esperanza de vida de miles de personas en Zimbabue, y millones en el mundo.

El 31 de enero de enero del año 2000, Nour se abrazaba en el aeropuerto de Bulawayo a sus hermanos del alma Adam y Unai, Juan le daba un abrazo agradecido a Jonay, Aimsa se abrazaba en la mirada a su hermana espiritual NoLwasi. Después Haka, Helen, y Joseph y, Nothando les daban también sentidos abrazos.

Patxi se apartó unos minutos con Jonay :

-Jonay. Ya has visto la huella que has dejado en Ukuzwana y en nuestras almas. La despedida es dura. Se me va lejos una mezcla de hijo mayor, hermano menor, amigo del alma, compañero en el trabajo y camarada en la lucha. Te recordare cada día de mi vida, y estarás en mis oraciones, ya sabes, a mi manera, cada amanecer.

Lihamba kuhle.

Lisale kuhle, Ubaba wami (padre mío)

Ternura y Valentía
(continuación de Valentía y Ternura)

Todos somos la energía misma

TERNURA Y VALENTÍA

Thandabantu

Para mi padre,
Te siento a cada paso

Juan Garay
La Habana 20 de diciembre de 2020
(primera edición)

Nota : Esta es la continuación de la novela "Valentía y Ternura", del mismo autor. Los personajes y los hechos en esta novela son mezcla de realidad y de ficción.

TERNURA Y VALENTÍA

Índice de capítulos

- I. Vértigo hacia el tercer milenio, Nueva York, mayo 2000..... 889**
- II. Reinventando sueños, Ukuzwana, Zimbabue, septiembre 2001
902**
- III. El dolor llega al paraíso. Comunidad de la Ternura, Gomera,
enero 2002 910**
- IV. La justicia desafía al amor, Johannesburgo, junio 2002 918**
- V. Jirones del alma en un relevo de luz, Ukuzwana, septiembre
2002 926**
- VI. El más profundo desgarró del corazón, Madrid, Navidad 2002
939**
- VII. La mentira y la avaricia mandan en el mundo, Nueva York,
marzo 2003..... 952**
- VIII. Las semillas envenenadas del poder, Gomera noviembre
2003 960**
- IX. Los hombres también sufren, Madrid mayo 2004 973**
- X. Descifrando la jungla del poder europeo, Bruselas, julio 2004
983**
- XI. La penúltima batalla, Nampula, Mozambique, noviembre 2004
1001**
- XII. Bajando del pedestal humano, Dakota del Sur, marzo 2005
1017**
- XIII. Cuando la verdad se revela, la ternura, Gomera septiembre
2005 1026**
- XIV. Yo lucho si tu luchas, Bruselas, febrero 2006,..... 1043**
- XV. Amor en tiempos de SIDA, Matabeleland, octubre 2006... 1055**
- XVI. Pequeña Ternura, Keystone Branch, mayo 2007 1069**
- XVII. La eco isla de la laurisilva, Gomera, abril 2008 1079**
- XVIII. En el hogar junto al bosque, Hoeilaart, septiembre de 2008
1100**

XIX. Tapándose para ser vistos, Chiapas, noviembre 2008	1114
XX. Jugando a ser Dios, Bulilila-mangwe, abril 2009	1122
XXI. ¿Y también los genes? White Lake, julio 2009.....	1143
XXII. Una isla para la esperanza, eco isla de la laurisilva, noviembre 2009	1153
XXIII. La equidad en la salud, Bruselas, mayo 2010	1166
XXIV. La última aventura, Mosi-oa Tunya, julio 2010	1176
XXV. La tempestad de la injusticia, Llanes, Asturias, febrero 2011	1184
XXVI. Perro-flautas en la Puerta del Sol, Madrid, mayo 2011 ..	1198
XXVII. Entre la belleza indómita, White Lake, julio 2011	1214
XXVIII. La virgen de la rodilla, Berkeley Hills, diciembre 2011	1223
XXIX. Misión cumplida, volando sobre Groenlandia, marzo 2012	1237
XXX. El fuego y la vida, Garajonay, agosto de 2012	1251
XXXI. Tanto amor.. tanto dolor..., White Lake, octubre 2012...	1260
XXXII. El amigo de las plantas, Monte de Santa Catalina, enero 2013	1269
XXXIII. ¿La Iglesia vuelve al amor?, Roma febrero 2013.....	1276
XXXIV. La magia que cruza los caminos. Ciudad de México, mayo 2013	1286
XXXV. La vida renace de las cenizas y el amor se transforma, Eila, noviembre 2013.....	1296
XXXVI. El reino de la injusticia, Washington, mayo 2014.....	1302
XXXVII. La eco aldea de los cooperantes, Madrid, julio 2014 ...	1312
XXXVIII. La entrega más humilde, De Cuba a Sierra Leona, noviembre 2014.....	1321
XXXIX. Los héroes de la Tierra, Comalapa, Chiapas, marzo 2015	1340

XL. La Humanidad hacia el abismo, de Nueva York a Paris, otoño de 2015	1367
XLI. Robots y Bien Común, California, enero 2016.....	1389
XLII. Hermanos navegando la vida, Atlántico Norte junio 2016 1411	
XLIII. Vuelve la siempre fiel soledad, México, diciembre 2016.	1428
XLIV. Transformar el dolor en esperanza, Ukuzwana, marzo 2017 1451	
XLV. La ciencia y la conciencia, San Francisco, mayo 2017	1464
XLVI. Bioética y zapatismo, Chiapas, julio 2017	1486
XLVII. La furia de los vientos, Cuba, septiembre 2017	1499
XLVIII. Entendiendo con el corazón, La Habana, diciembre 2017 1512	
XLIX. Te dejo que me dejes, Majadahonda, febrero de 2018... 	1533
L. El baile con el mar, costa de Miramar, abril 2018.....	1550
LI. Hasta el asfalto se rinde, Nagasaki, junio 2018.....	1561
LII. Somos todo lo que amamos, Ukuzwana, Bulililamangwe, septiembre 2018.....	1571
LIII. Humanidad cruel, Nueva York, diciembre 2018.....	1579
LIV. La vuelta a la edad media, San Francisco, abril 2019	1588
LV. Hogueras de vanidades, La Habana, junio 2019	1596
LVI. L Estado de sitio, Cuba, septiembre 2019.....	1601
LVII. La peña de la ternura, noviembre 2019	1623
LVIII. Los imperios y sus mitos, Utah, enero 2020	1634
LIX. Estalla la pandemia, el miedo paraliza el mundo, enero 2020 1654	
LX. Abrazos seguros, Navarra, mayo 2020	1668
LXI. La ética de la equidad, julio 2020.....	1686
LXII. Desvelando la avaricia, desatando el saber, octubre 2020	

1702

**LXIII. La luz de la armonía en sencillez, Finca del medio, julio 2020
1717**

LXIV. Valentía o sumisión, Berkeley, noviembre 2020 1733

LXV. Vencer o convencer, Palo Alto, diciembre 2021..... 1750

**LXVI. La larga vuelta a casa, Entrambasaguas, Cantabria,
septiembre 2022..... 1773**

LXVII. Una mirada..., ValyTer, 2050 1778

LXXVIII. Vértigo hacia el tercer milenio, Nueva York, mayo 2000

Jonay estaba sentado a la mesa de madera de haya. Curtida por las brisas de muchas tertulias. En la cocina de su nuevo hogar de 421 Whyte avenue, Brooklyn. Era la casa que James, ahora navegando, les había cedido mientras la cuidaban y a su perro labrador Sam.

Ante él, como fiel amante en espera, aguardaba ávida de las caricias de su pluma la libreta hecha de hojas de maleleucas y cubierta de la corteza de la jacaranda que plantaron al nacer Nour. Crecía, desafiando a la sequía y a las tinieblas de una Humanidad ahogada por redes de avaricia, en su anhelado Ukuzwana, "espacio de amor y de armonía".

Por la ventana veía cerezos en flor. Tres meses atrás, al llegar desde el verano meridional al invierno del norte, los encontraron cubiertos de nieve. El manto tan puro como frío e inerte, como una belleza insensible, que nunca antes había visto Jonay desde su vida tropical en Canarias y Zimbabue. De la nieve a la flor, de la tiniebla a la luz, por la guía del ingrátido blanco de un copo a un pétalo lleno de pasión por vivir. Como las capas que Aimsa veía cual filtros del alma en su lucha por una Nueva Humanidad.

Leía en una breve columna de las páginas interiores del New York Times una noticia que le llamó la atención: al sureste de Marsella se habían encontrado los restos del avión del escritor y aviador Antoine de Saint-Exupery, autor de *El Principito*, que tanto había disfrutado leyendo en su infancia. Tres años antes también había caído en su avión John Denver, cuyas canciones Jonay y su padre cantaban a menudo. Esas historias hacían eco recordando "Juan Salvador Gaviota" de Richard Bach y el mensaje del vuelo libre. Esos vuelos, historias, ideas, canciones, le hacían recordar sus vuelos en el ultraligero sobrevolando kraals y sabanas en *Bulililamangwe*. "donde lloran los leopardos".

Aimsa asistía a las interminables sesiones de su trabajo en Naciones Unidas y Nour jugaba con niños del barrio en un centro infantil comunitario.

En esos tres meses Jonay había transitado de ser el médico en una remota comunidad en una de las regiones más "pobres" del mundo a ser "no-sabía-

qué” en la ciudad más poderosa. Lo hizo por sentir que la Humanidad necesitaba la visión y valentía de su compañera del alma, Aimsa, luchando desde aquella jungla del poder. No se arrepentía de aquel paso en sus vidas, pero al intentar escribir su diario su mirada se nublaba y no acertaba a terminar la primera línea.

Prefirió escribir a sus padres en Gomera y a Patxi y Nolwasi en Ukuzwana.

Queridos padres,

Recibimos con emoción vuestra carta hace un mes. La he releído varias veces, como si de una obra de arte se tratara, que nunca puedes acabar de apreciarla en su totalidad. No dejo de sorprenderme como seguís con tanta fuerza y luz liderando la comunidad, inspirando los valores de tu decálogo, mamá, en eco aldeas de todo el mundo. Me encanta leer como Tomás sigue con su barca llevando a comuneros hasta el mercado, Fernando sigue liderando la comunidad de Valentía y Kadijatu lucha con fuerza por los derechos de la mujer. Fernando me contó que tras años de vivir separados él y Kadijatu, decidieron aceptar que su amor se fue diluyendo y seguir caminos de vida diferentes. Entre sus líneas pude sentir que su razón decía que era lo lógico pero su corazón seguía anhelando el sueño de aquel amor épico, que quizás nunca llegó a ser real. Dadle todo el amor que sentís por él. Su soledad me entristece.

Vuestra visita sorpresa a Ukuzwana para nuestra despedida de África aún resuena en todos mis sentidos. Llevo casi cada día el jersey que me hiciste, mamá, y me resisto a guardarlo ahora que ya brota la primavera. Intento ser fiel a sus dos símbolos, la valentía y la ternura, cada día, y a cada paso. También he leído, como a sorbos breves, sin querer que nunca acabe, tu diario de navegante, papá. Yo estoy intentando escribir un diario, pero aún mi alma está como aturdida en esta jungla de cemento, coches, prisas, miradas que no se cruzan y tiendas donde ni el tendero sabe lo que vende ni el cliente lo que compra. Pero también hay mucha belleza en cada alma cuando se derrite su armadura, en cada árbol que resiste al asfalto y, sobre todo, en las miradas, abrazos, y luz que irradian mis dos princesas, Aimsa y Nour. La una se ha entregado con toda su alma a luchar por la red de eco

aldeas espirituales que animasteis desde nuestra querida comunidad de la ternura. La otra, menor en estatura, pero no en fuerza y pasión, cumple hoy tres años, más de mil días y noches de la más inmensa ternura que pudiera imaginar. Celebraremos esta tarde su fiesta con sus amiguitas del barrio, un hermoso caleidoscopio de culturas y lenguas.

Mi parálisis para escribir mi relato de esta nueva etapa hace eco de mi búsqueda de un lugar en esta sociedad, tan diferente a Ternura y a Ukuzwana. Pero estoy seguro que la encontraré. Mientras tanto, cuido de mis princesas y ellas me alimentan de su luz.

Os mandaré alguna foto de nuestra vida aquí.

Con todo nuestro cariño

Al lado de su firma dejó espacio para la de Aimsa y la de Nouri.

Le seguía esta nota breve:

NB: A ver si os animáis a utilizar el "correo electrónico". Sé que se pierde el esmero y mesura, el "tempo piano" que precisa el suave y sereno fluir de los sentimientos más lindos del alma, pero podríamos comunicarnos más a menudo. Ya sabéis que mi email es jonayharris@hotmail.com

Se disponía a escribir a Ukuzwana cuando recibió una llamada en el teléfono de la casa.

- Buenos días, ¿con quién hablo?

Entre muchos otros instintos imbuidos de su vida entre los ndebeles, le costaba la frialdad de los saludos del mundo "civilizado", tan secos. A sus hermanos ndebeles hubiera preguntado, aún sin conocer a la persona – extraños, "amigos aún desconocidos"-, pensaba dentro de su pensar-, por la familia, por las cosechas, por las lluvias y por los antepasados.

- Buen día, me llamo Nayra. Quisiera hablar con Aimsa Harris, ella me dio este número la semana pasada en una reunión en la Ciudad de México.

Sintió una voz suave en armonía con el musical acento mexicano.

Tras tres meses en su puesto de Naciones Unidas representando a la red de eco aldeas espirituales, Aimsa tenía ya una agenda frenética de casi un viaje internacional por semana y, cuando estaba en Nueva York, largas jornadas de innumerables reUniones, debates y preparación de

documentos.

- Buen día Nayra, me llamo Jonay, un gusto en saludarla, aunque sea por este medio. Mi compañera –al decirlo se sintió incómodo, nunca decía “esposa” pero al oírse decir “mi” sintió que no era “suya”- está en el trabajo, quizás puede usted llamarla al teléfono móvil.

- Gracias Jonay, debí haberlo supuesto. Quería hablar con ella sin las prisas y poca intimidad que supongo tiene en sus jornadas en Naciones Unidas, pero le avisaré por su teléfono móvil, que también me confió.

Recordaba haber oído hablar a Aimsa de Nayra, una mujer defensora de los derechos de las mujeres y de los pueblos indígenas, ligada al zapatismo y con sensibilidad al escuchar y pasión al hablar, algo, según decía Aimsa, nada frecuente en los ambientes diplomáticos y de las relaciones internacionales en que ahora navegaba su vida.

Según hablaba sintió un olor a quemado y se despidió apresuradamente para correr al horno donde preparaba una tarta de manzanas para la celebración de Nour. Era un pésimo cocinero y a menudo se le malograban sus guisos o repostería. Ralló la parte tostada en exceso y la disimuló con una capa de mermelada casera de albaricoques y fue ceremoniosamente poniendo las velas en el pastel. Recordó cada año de su bella princesa Nour con cada vela:

La primera vela la llamó la magia de la vida. Traía a su memoria su nacimiento en Ukuzwana rodeada por la gran familia: Patxi y su gran corazón, Nolwasi y su inefable magia, los hermanos mayores Joseph, Thandiwe y Nothando huérfanos del SIDA y adoptados en el amor, Adam su hermanito del alma, Rose su fiel enfermera, y Anwele, su cómplice en la lucha valiente contra la epidemia. Al pensar en Anwele ya entonces débil y con la belleza frágil de sus pestañas largas anunciando la claudicación de las fuerzas, se nubló su mirada de emoción. Los primeros meses de Nour transcurrieron sentada a los hombros de su orgulloso padre en su paseo vespertino respondiendo a los saludos de “Naka-Nouri, ¿banjani?” (Padre de Nour, ¿cómo están?), y creciendo con el dulce amamantar de su madre. Como un ladrón avergonzado de su hurto recordaba Jonay como a veces le

pedía a Aimsa probar la leche de sus pechos, con la excusa de sentir mejor lo que Nour pudiera estar sintiendo. Se reforzaba así en promover aún más fuerte tal relación natural que en presencia de tanto SIDA se cuestionaba como más dañina que beneficiosa, cosa que Jonay demostró erróneo en condiciones tropicales. Durante ese primer año viajaron los tres en el ultraligero, que las gentes del lugar empezaron a llamar "*inyoni-enkulu*" (pájaro grande), por el occidente de Zimbabue, viendo desde la discreta altura de vuelo la bella flora y libre fauna en las mágicas rocas de Matopos. Atravesaron las inmensas sabanas de Hwangué y vieron las cataratas Victoria envueltos en su "*mosi-oa-tunya*" (humo que truena). Siguió a ese viaje una vuelta al mundo por Madrid, Londres, San Francisco, Vancouver, Berkeley y Gomera, en la que se fue forjando su futuro lejos de su querido Ukuzwana y el encuentro con sus abuelos en Gomera. Nothando, ya con catorce años, le había tomado un afecto maternal y a menudo también ella la paseaba en sus espaldas rodeada de una tela. Desde ese maravilloso trono saludaba a toda la comunidad de Ukuzwana en la que empezó a ser una verdadera princesa.

La segunda vela le inspiraba la ternura, como la comunidad de sus padres: le recordaba como Nouri apenas andaba y ya paseaba de la mano de su inseparable Adam por toda la misión de Ukuzwana. Aprendió de él a hacer juguetes con alambres, palos, hojas y semillas, a tocar desde muy pequeña el mbira y, sobre todo, a sentir la pasión de vivir. Adam, desde muy pequeño, miraba todo y a todos con cariño y se reflejaba esa dulzura en un pliegue en sus párpados inferiores que parecieran sonreír desde lo más profundo e invitar a quien miraba a decir, "sí, esta vida es una tremenda aventura". Con tan sólo cuatro años Adam había construido, con la ayuda de Haka, un carrito de madera con el que llevaba a Nour a kraals de los alrededores. Nour creció sintiendo el cariño de todas aquellas humildes gentes que, a pesar del dolor del SIDA y la penuria por la sequía, sonreían con miradas luminosas.

La tercera vela le habló de la libertad. Pensaba en la fortuna de haber vivido tan rodeados de naturaleza y de comunidad, las dos claves de la armonía.

Un día unos pacientes en la consulta le dijeron que habían visto a Adam y Nouri bastante lejos. Llevaban a Unai en el carrito de madera. Iban acompañados por otros niños y varias cabras. Les vieron en el "post 42", es decir, el poste de alumbrado número 42 desde Ukuzwana hacia la conexión con Kezi. Había unos 50 metros entre cada palo que habían ido poniendo en trabajo comunitario durante cinco años. Eso quería decir que estaban paseando a más de dos kilómetros de donde estaban sus padres y su hogar en la misión. Jonay se maravillaba de tal grado de libertad. Los niños en Nueva York y en general en todas las ciudades, apenas se alejaban unos metros de sus padres y siempre bajo su mirada atenta y casi temerosa. Había visto incluso a padres pasear con una cinta de la que sus hijos iban caminando atados, por miedo a perderles. El miedo. ¿Qué influencia tendrían esos primeros años de magia, ternura y libertad en la larga vida que Jonay esperaba Nour tendría por delante?

Jonay había escrito un diario para Nour con historias y dibujos de cómo sus padres le invitaron a la vida, de lo que le rodeaba antes de nacer, de cómo la espionaron con un ecógrafo, de la alienación mágica de astros en su nacimiento, de los cantos zulúes aquella mágica noche, de la sugerencia de su nombre por los sabios ancianos de la comunidad y de sus años de magia, ternura y libertad. Le había inspirado ver que Patxi lo hizo así con Adam y lo siguió haciendo con Unai. Lo tenía listo y se lo quería dar a Nour, pero Aimsa pensó que mejor se lo guardarían para cuando fuese adolescente. Accedió al pensar que, en la transición en el río turbulento de las hormonas hacia la vida adulta, leer el mar de ternura que le invitó a la vida y le bañó en sus primeros años le daría luz y guía.

Llegaron las tres de la tarde y se fue emocionado a buscar a Nour a su escuelita comunitaria. Le había preparado una melodía al violín, el pastel y un dibujo de su linda carita sonriendo enmarcada por un mar de rizos y unas historias a su alrededor sobre la magia, la ternura y la libertad. Aimsa, tras largas jornadas de trabajo, ni había podido desempacar su breve equipaje de su último viaje. Al marchar a su jornada por la mañana les dijo que se volvería a casa hacia las cinco. Jonay se ocupó de organizar cómo

celebrarían su cumpleaños: invitarían a amigos del barrio, tocarían la canción que le había compuesto, cantarían en grupo, dibujarían recuerdos de aquellos meses en Nueva York y comerían la tarta de manzanas.

Jonay volvía con Nour sobre sus hombros y con Sam correteando por el parque Apipan. Se negaba a utilizar correa con cualquier perro y había desarrollado en pocos meses una complicidad muy hermosa con Sam. Jonay se oyó llamar:

- ¡Jonay, bro! ¡Nouri princess!

Al girarse hacia el banco del que venía la voz vio a Jerry, un vagabundo venido de Virginia y a quien la ciudad delo poder y las prisas orilló y le fue hundiendo en el alcohol que se convirtió tanto en su perdición como en su salvación. Jonay le había conocido haciendo guardias de urgencia en el hospital Bellevue. Jerry acudió a las urgencias en el mes de febrero tras una noche de diez grados bajo cero en el banco del parque tras la que amaneció con temblores, sudores y tos. Jonay le diagnosticó neumonía y le trató en aquel hospital, el único de la ciudad, que trataba en urgencias a cualquier paciente sin enviar onerosas facturas a quien no acudiera con seguros médicos. Jonay fue intimando con Jerry quien le fue mostrando el mundo de gentes desahuciadas de aquella poderosa ciudad. Un día le llevó a Hart island, donde se calculaba que yacían más de cien mil personas de las que al morir en soledad, , nadie dijo ser familiar o amigo.

- Hola Jerry, no te olvides de la celebración de Nour esta tarde, ¿eh?

Jonay hizo una canción sobre Hart Island y empezó a entonarla mirando a los ojos a Jerry, como, según él decía, casi nadie hacía en esa fría ciudad:

Hart island, where so many lay unknown

After lives deprived of love, they are spit off to the shores

Far away from heaven´s door

Where does all their deep-grief go?

Are the echoes of their pain buried with no trace of morn?

And forgotten by the rest

How can we keep moving on as if we did never know

Of those lives without parole blindly feed this shameful show...?

*Oh your lives my Hartian souls
Are the ones I long to mourn
Every one of you I love
We will not forget, no more
You will help us rise above this pathetic race for gold
Our struggle is bestowed
Those who killed you are my foes*

Oh, my Hartians let's march on...

(Isla de Hart, donde tantos desconocidos yacen, tras vidas vacías de amor son escupidos a la orilla, lejos de las puertas del cielo, ¿a dónde va su hondo pesar?, ¿se entierran los ecos de su dolor, no dejan resto de su duelo y se olvidan por los demás? ¿Como podemos seguir como si nada pasara? de esas vidas sin piedad, que alimentan este espectáculo vergonzoso. Oh, vuestras vidas, mis almas "hartianas", son las que anhelo velar, a todas vosotras amo, ya no olvidaremos más, nos ayudareis a elevarnos por encima de esta patética carrera por el oro, nuestra lucha se levanta, los que os mataron son mis enemigos, oh "hartianos", ¡marchemos!)

Así fueron haciendo ambos ecos del último verso mientras Jonay cruzaba el parque. Nour se dio cuenta que a su padre se le quebraba la voz y se le humedecía la mirada, pero no dijo nada.

Así llegaron a casa y comenzaron a preparar la mesa, un jugo de frutas y unos regalitos de dibujos para cada amigo y vecino que vendría.

Nour, muy presumida ya, quería ponerse uno de los saris de su madre rodeando su pelo y cayendo como una capa de su color preferido, el azul celeste.

Así dieron las cinco y empezaron a llegar sus amiguitos y algunos vecinos. Jerry no llegó. Pero lo que más inquietaba a Jonay y a Nour era que Aimsa tampoco llegaba. Miraban cada poco por la ventana y así fue cayendo la tarde. Terminaron entregando los regalos. Jonay tocó al violín la melodía

que le había compuesto a Nour. Encendieron las velas sobre la tarta de manzana. Jonay les animó a que todos cerraran los ojos con las manos unidas en círculo. Celebraron así la tercera vuelta al sol de Nour.

Se fueron yendo los amigos y vecinos y Jonay se puso a lavar los platos mientras Nour abría los regalitos que le habían entregado. Jonay se dio cuenta de que Nour estaba llorando en silencio. No era necesario preguntarle por qué.

Cayó la noche. Jonay le bañó y le puso el pijama. Ya estaba contándole un cuento en su camita cuando oyeron que se abría la puerta.

- ¡Nour, cariño!

Expresó Aimsa con un tono entre dolor y culpa. Llegó al cuarto y les abrazó a los dos.

- He sufrido por no llegar a tiempo a la celebración con los amigos y vecinos por tu linda vida Nouri. Teníamos una reunión muy importante para que se apruebe un objetivo mundial de desarrollo para la salud de todos los niños del mundo. ¿Me perdonas Nour?

Aimsa le había contado a Jonay como gentes de la élite diplomática viviendo en el lujo decidían sobre cuáles deberían ser las metas de los países marginados por los centros de poder político, financiero y comercial del mundo. En las semanas anteriores habían decidido con total arbitrariedad y sin vergüenza alguna las metas de "reducir a la mitad la mortalidad infantil y dos terceras partes la materna" y controlar tres enfermedades (SIDA, malaria y tuberculosis). Se preguntaba por qué no todas las muertes injustas y todas las enfermedades. Aimsa volvía a casa entristecida por la falta de la más mínima evidencia, lógica y ética en como un puñado de privilegiados decidían con tan poco conocimiento y empatía el supuesto rumbo del mundo. Aún tan caprichosas palabras se quedaban a menudo en discursos. El mundo seguía en las manos de los entramados financieros.

Jonay pensó: ¿Había caído Aimsa, y con ella Nour y él, en una red de palabras vacías dominada por unos pocos poderosos vigilando que en realidad nada cambiara? Todos esos debates tan zafios ¿merecían las lágrimas de Nour? En seguida se quitó ese pensamiento que, concluyó para

sí, surgía del egoísmo de querer su presencia en esa tarde de celebración familiar.

- Si mami, te hemos dejado un trozo del pastel de manzana que ha hecho papi. Pero se le ha quemado un poquito.

Eso hizo que los tres se rieran y se diluyera algo el dolor silencioso que flotaba en el aire por no haber estado juntos en un momento tan especial. Le cantaron "sunshine", de John Denver, como cada noche. Cuando ya Nour se durmió tomaron una infusión de hierbabuena que crecía en el patio trasero.

-Lo siento Jonay. Discutí con fuerza el incluir todas las enfermedades y muertes injustas, pero nadie me hizo caso. Me decían que "hay que priorizar".

-Lo entiendo Aimsa. Te animé a que viniéramos aquí para que luches precisamente por esas nobles ideas. Aunque no sabía que ese mundo de las palabras te iba a absorber con tanta fuerza. En el último mes casi no hemos cenado juntos ningún día.

-Lo sé Jonay. Lo siento. Espero que ya aprobemos la "declaración del milenio" en la Asamblea General de septiembre y pueda tener más armonía de esa lucha con el compartir la ternura con mi familia, vosotros, a quienes tanto amo.

Jonay tenía la mirada perdida hacia un cielo demasiado deslumbrado por las luces artificiales para poder ver las estrellas. En todo caso, allí tan al norte no podían ver su querida cruz del sur. Aimsa le tomó las manos y siguió hablando.

-Por cierto, quieren que dé una conferencia en julio en el congreso mundial del SIDA en Durban. Nadine ha hablado con Mandela sobre mi llamada al acceso de tratamientos, que siguen bajo patentes. Marta también va a ir, iríamos juntas. Le conté la historia de Anwele y está coordinando con compañeros en Sudáfrica para que hable un niño llamado Nkosi, con SIDA, ante todos los asistentes.

Pero hay algo que me preocupa aún más: es sobre nuestros hermanos en Ukuzwana y los millones de personas en África y el mundo que necesitan

medicación para el SIDA. Parecía que alumbraba la esperanza. ¿Recuerdas como tras nuestra lucha en Seattle les dieron el premio nobel a Médicos Sin Fronteras?

-Claro. Con esos fondos apoyaron al gobierno de Sudáfrica para fabricar e importar, de India y Brasil los medicamentos genéricos que aprendimos de David Ho en Vancouver. Juan ya está usándolas y me cuenta como salvan vidas de cientos de patientes hasta hace poco moribundos en Ukuzwana.

-Pues cuarenta compañías farmacéuticas están presionando a Sudáfrica para que no importe genéricos y mantengan su negocio de patentes. Eso significaría de nuevo la sentencia de muerte de millones de personas. Nadine está en contacto con Mandela para confrontar a Al Gore, enviado por Clinton en apoyo del negocio de sangre. Me dan náuseas sus discursos de supuesta solidaridad. Lo hablé con Anna y a través de un amigo suyo de Ghana pude hoy llegar al despacho de Kofi Annan y explicarle este drama por la avaricia de unos pocos. Llamó delate de mí a Mike Moore, un socialista y sindicalista neozelandés que dirige la Organización Mundial del Comercio, para pedirle que acelere la reunión que cree las excepciones al monopolio de patentes -TRIPS- que mata a millones para enriquecer a unos pocos. Prometió celebrarla en Doha el año que viene. He tenido con esas tensiones todo el día muy presente a Anwele y la promesa que le hicimos.

Jonay no respondió nada. Tenía ilusión en ir el verano a apoyar en Ukuzwana. Contaba en secreto los días que faltaban. Pero ya Aimsa parecía tener sus planes y la agenda llena. Temía que estuviera cayendo en la vanidad de los eventos y del poder. Sentía que muchas de esas reUniones, como la que vio cuatro años antes en Vancouver y alguna de las que fue en Naciones Unidas como espectador, eran caras, llenas de retórica y a menudo bailes de vanidades. Además, los billetes eran demasiado caros y no quería depender del sueldo que las Naciones Unidas le daba a Aimsa, aunque ella lo entregaba casi todo a la red de eco aldeas. Esperaría al siguiente año si podía tener algún ingreso. Aimsa le dijo que estaba agotada y se iría a dormir. Jonay le dijo que quería escribir una carta a Patxi antes de acostarse.

Mi querido Aita (padre en vasco, pues así le sentía)

No sé cómo empezar a contarte cuanto he pensado en ti y en toda la familia de Ukuzwana cada día. Mi deseo es que estéis bien y sigáis inspirando con vuestra luz a tantas personas y comunidades en todo el mundo.

Nosotros estamos bien, con salud y reinventando ilusiones en esa mágica aventura de la vida. Aimsa está muy integrada en las Naciones Unidas junto a Marta en UNICEF, con cientos de aliados de movimientos sociales, consiguiendo que la red de eco aldeas espirituales sea reconocida y planteando, con la contundencia serena que conoces, argumentos para la justicia en el mundo. Nour ya tiene amiguitos en el barrio y en la escuela comunitaria. Las dos están cada día aún más preciosas. Me produce a menudo hasta una extraña sensación de culpa por merecer este privilegio. Yo he intentado integrarme en las urgencias del hospital Bellevue, que trata a personas sin techo sin cobrarles. Pero después de unas pocas guardias en febrero me pidieron que regulase mi inscripción en el registro de médicos de Estados Unidos y el procedimiento va a ser largo. En poco más de un mes traté a más de doscientos enfermos y desahuciados socialmente. Los veo por la calle y les trato como puedo. Me reúno con ellos para entender la injusticia de esta jungla del poder. Aquí la pobreza, entre tanta riqueza, duele más Patxi. Llevo una mochila con vendas, antisépticos, analgésicos, vitaminas y poco más, pues no me dejaron prescribir medicamentos. Camino por los parques y las estaciones de metro. Les llevo sopa caliente. Quisiera traerlos a todos a casa. El otro día soñé que llegaba con ellos a Ukuzwana.

Cuéntame cómo está mi colega del alma Nolwasi, como Nothando va superando el duelo por nuestra querida luchadora Anwele, como se han ido integrando Juan y Cristina, si llegaron los antiretrovirales, como se van recuperando nuestros miles de hermanos condenados a la agonía, que tal Joseph con sus inventos, Thandiwe ayudando en el hospital, Buhleve y sus estudios en Egoli, Haka y Helen con sus luchas... Os guardamos a todos en el corazón, os recordamos cada día con el más profundo cariño y cuento los días para volver en verano a, si te digo la verdad, volver a ser yo...

Un abrazo con todo nuestro cariño

Jonay

Prefirió no enseñarle la carta a Aimsa pues sabía que le entristecería leer la última línea. En el fondo era injusto pues él sabía a lo que renunció al irse de Ukuzwana. Al fin y al cabo, tenía el amor de una mujer bella y valiente, la ternura de una hija que descubría voraz el universo, y una familia canaria y ndebele que le enviaba una maravillosa luz que le susurraba... "¡qué mágica esta aventura del vivir con amor...!".

LXXIX. Reinventando sueños, Ukuzwana, Zimbabue, septiembre 2001

Juan paseaba con sus hijas al atardecer por la seca sabana del Kalahari que rodeaba la misión de Ukuzwana.

Adam y Unai asistían a la escuela primaria y recibían de sus padres las enseñanzas del mundo de armonía que inspiraba Patxi, y de la profunda espiritualidad de su madre Nolwasi. Crecían con una libertad impensable en las ciudades y una tremenda ilusión por disfrutar sembrando bondad en la mágica aventura de la vida. Hablaban inglés en la escuela, ndebele con su madre y en la misión, un poco de vasco con su padre Patxi y con su tío Haka, y español antes con Jonay y ahora con Juan y su familia. Habían viajado con Joseph en el inyoni-enkulu sobrevolando Matopos, con el viejo pick up de la misión recorriendo las eco aldeas de Sibithanda por Matabeleland y un par de veces al año iban a Bulawayo donde les fascinaba ir a ver los trenes en la vieja estación de ferrocarriles, reunirse en casa de Helen y Haka y ver los inventos de su hermano mayor Joseph en la "fábrica de sueños".

Cada Navidad iba la gran familia a la casa del Black Eagle en Matopos, en la que ocho años antes recibieron a Aimsa y donde Nolwasi le anunció a Patxi la llegada de Adam a la vida. Bueno, a esta vida.

Adam era una fuente de bondad indescriptible. Se fijaba con atención en todo y apenas hablaba. Miraba profundo y con una dulce sonrisa casi siempre. Cuando hablaba, lo hacía en tercera persona - "Adam tiene hambre..."- . Con la ayuda de Joseph se había construido una bicicleta con piezas viejas y le había acoplado un carrito detrás para llevar a los pequeños Unai y Daniela, o para repartir las guayabas, sandías y mangos que recogía de la huerta de la misión a los maestros, trabajadores y pacientes en el pequeño hospital.

Unai, aún con sólo tres años, recorría la misión y sus alrededores junto a su hermano, y sentía fascinación por las rocas de los *kopjes*, por donde le gustaba escalar y ver el horizonte lejano. Echaba mucho de menos a Nour y siempre decía que quizás al subir arriba pudiera mirar a lo lejos y ver que

Nour volvía a la misión.

Ángeles y Daniela llevaban casi dos años en aquel rincón tan lejano en distancia y forma de vida de su Madrid natal. Su padre Juan había sustituido a Jonay como médico del hospital mientras su madre Cristina colaboraba en el laboratorio. Ángeles asistía a la escuela primaria de Ukuzwana, donde ya hablaba fluido ndebele, y la pequeña Daniela correteaba alegre por toda la misión con Unai.

La armonía parecía reinar en la misión, pero algunas tormentas llueven hacia dentro sin dejarse ver y algunos truenos los ahoga el alma sin saber cómo entenderlos o expresarlos.

Al volver del paseo Ángeles y Daniela fueron con su madre Cristina y Juan se fue con Patxi y Adam a decir, como cada noche, buenas noches - "Mandiro"- a los pacientes ingresados. A Adam le fascinaba ese momento del día y repartía abrazos que Juan pensaba curaban más que sus medicamentos y operaciones.

Al volver Juan a casa, la vieja ermita de ladrillo que había rehabilitado quince años antes Jonay, ya estaban acostadas las niñas y Cristina le esperaba dentro. Se sentaron a la mesa para cenar juntos después de otra jornada larga de trabajo y emociones.

- Gracias por preparar la cena, cariño. ¿Qué tal te fue la tarde?

- Bien, como cada tarde, tests de sida, preparaciones de tuberculosis, hematocritos con anemia... siempre igual...

Juan llevaba notando ya unos meses un cierto hastío en Cristina. Del entusiasmo inicial de llegar a la misión, vivir de forma más sencilla y dando de su trabajo a las gentes más necesitadas, Cristina había pasado a una fase en la que casi cada día sentía inquietud por algo. Unas veces era por el riesgo de las niñas en medio de tanto SIDA (no le permitía a Ángeles ir con Adam a dar las buenas noches a los pacientes), otras era por la escuela rural y las oportunidades que perdían sus hijas de saber de otros mundos, y otras, como aquella noche, la sentía desmotivada por su trabajo rutinario con apenas una docena de análisis posibles en el humilde laboratorio. También se quejaba por la poca variedad de alimentos, casi siempre sadza

con media docena de posibles verduras. Pero sobre todo le afectaba la dedicación tan plena de Juan a sus pacientes, y el poco tiempo en intimidad, apenas un rato, como en aquel momento, al cenar. Juan insistía en animarla con su entusiasmo de las historias épicas de sus pacientes o su imaginación para inventar ungüentos para las dermatitis, tracciones para las fracturas o combinaciones de los pocos medicamentos que tenían, con los tratamientos herbalistas que le compartía Nolwasi. Pero no conseguía ya arrancarle una sonrisa.

- ¿Has visto que maravillosa se ve la cruz del sur, cariño?

Le dijo Juan intentando animarla y mirando el cielo limpio y estrellado.

- No quiero que mires a las estrellas esta noche, Juan. Quiero que mires a mis ojos. Salgamos al porche, no quiero que nos oigan las niñas.

Salieron al porche y Juan le miró con una sonrisa que fue diluyéndose al sentir un extraño vértigo que le anunciaba la gravedad del momento.

- ¿Qué ves?

- Los ojos más bonitos, de la mujer que amo.

- Mira más adentro.

Juan no podía seguir pretendiendo. Veía una mirada triste, sin brillo, como un grito ahogado en el alma.

- Veo una sombra de tristeza que hace tiempo no entiendo cariño.

- Creo que no la quieres escuchar y así no la puedes entender Juan. Cada día te veo vibrar con entusiasmo por tu entrega a los pacientes, por ver como los muchos que tienen SIDA van respondiendo a los antiretrovirales, por los bebés que nacen sanos tras una cesárea, por tu paseo por las tardes con las niñas y las buenas noches a tus pacientes con Patxi y Adam. Hasta cuando sientes el dolor por los niños que mueren malnutridos o los mayores con neumonías o las mujeres que llegan demasiado tarde con embarazos ectópicos, sientes a la vez tu compromiso de estar aquí, de darte a estas gentes.

-Sí, por eso vinimos hasta este lugar, a tomar el relevo de Jonay y de Aimsa, a ser familia con Patxi y Nolwasi, los pequeños, los jóvenes, la comunidad. Yo soy muy feliz Cristina –le resultó extraño decir su nombre- y no entiendo

tu desencanto.

- No entiendes porque, desde tu entusiasmo, no me escuchas. He pasado temporadas con Helen y Haka en Bulawayo por si era la sensación de aislamiento en la misión la que me ahogaba, pero tampoco me siento serena. Te podría decir que me preocupa que Ángeles hable mejor el ndebele que el español y podamos estar limitándole sus oportunidades, o que ella y Daniela se infecten con heridas de pacientes con SIDA cuando van con Thandiwe a hacer curas a las salas, o que yo no tengo manera de progresar con apenas unos pocos tests que repito, cuando hay reactivos, cada tarde. Me siento sola y frustrada, no soy de aquí, echo de menos mi ciudad, los paseos por el Retiro, los supermercados llenos de alimentos, las comidas con familia y amigos, las salidas al cine o al teatro, y hasta pasear por las calles viendo escaparates. No me atrevo a decírtelo por temer tu juicio de no ser solidaria, de volver al mundo del consumo, de pensar en nuestras hijas y no igual en todos los niños ndebeles. Pero debo decírtelo porque temo entrar en depresión: no puedo seguir aquí, Juan, quiero volver a casa.

Juan sintió como si le clavaran un puñal en el pecho. Él era feliz. Por fin daba sentido a su profesión, y hasta a su vida. No podía imaginar volver a los hospitales en Europa con sus batas blancas y corbatas, con sus cientos de tests y medicina automática. Temía las conversaciones con muchos de sus colegas sobre los congresos pagados por los laboratorios que tanto dolor causaban con sus patentes, o a fanfarronear qué habían publicado en revistas científicas llenas de egos, qué televisor o coche se habían comprado o dónde irían de vacaciones. Había conseguido huir de ese mundo que le asfixiaba, con el amor de su vida. Pero se dio cuenta que era un cruce de caminos. Estaban en el mismo momento y lugar, pero él quería entregarse más y más a aquellas gentes. Sentía que aquella forma de vida sencilla era una referencia noble de valores para sus hijas, mientras que ella anhelaba volver al mundo del progreso, las comodidades, seguridades y oportunidades de conocer más, tener más y "ser" más.

- Juan, he hablado con Patxi. Él me entiende y me ha pedido que hable

contigo. Si quieres hablamos juntos con él.

- Apenas llevamos dos años aquí Cristina. Pienso en cómo Jonay no sólo siguió a Aimsa sino le animó a salir de su querido Ukuzwana para que expandiera su fuerza en la red de eco aldeas. Pero habían pasado ocho años juntos aquí y Jonay el doble, entregado con pasión a estas personas que tanto lo necesitan. Incluso sin medicación para tratar el SIDA se dieron con tanta pasión...

- Tú dices que cada persona es un mundo, Juan. No me compares, no te compares. Nosotros vinimos aquí desde una vida muy urbana y donde nacieron y crecieron nuestras hijas. Ya no puedo por más tiempo ocultarte mi tristeza.

Los dos se miraron, esta vez con profundidad. Ambos tenían las miradas nubladas por lágrimas. Los cruces de caminos del amor no pueden retener los diferentes rumbos que eligen las almas. Se abrazaron. Cuando Juan acercó sus labios, ella se separó y entró en la casa. Juan se quedó fuera pensando. Si se empeñaba en seguir viviendo en Ukuzwana sufriría su matrimonio, quizás ya herido. Si se iban de Ukuzwana se alejaría de lo que sus ideas, ahora más claras que nunca, le decían debía hacer, y no podría mirarse al espejo y sentirse honesto con su pensar, con su vivir.

Se acercó a la casa parroquial donde vivían Patxi y Nolwasi, con los pequeños Adam y Unai, y las ya adolescentes Nothando y Thandiwe, huérfanas del SIDA y, como decía Patxi, ángeles para la Nueva Humanidad. Patxi leía una carta a la luz de una lámpara de queroseno.

-Hola Aita.

Como hacía Jonay, y tantas gentes de la misión, le llamaba padre en vasco, y así le sentía. Patxi había pasado los sesenta años de edad y respiraba pasión por su vida, junto a Nolwasi, de entrega a los demás. Juan sentía vergüenza de decirle que tendrían que irse de la misión cuando aún no llevaban ni dos años allí.

- Hola Juan, Linjani. (¿Cómo estáis?)

- Yo soy muy feliz aquí, Aita.

- Lo sé Juan. Yo te veo y veo a Jonay. Sois el mismo espíritu de entusiasmo

y pasión. Sólo hay que ver como abrazas a los pacientes, como les damos las buenas noches, como cantas los mmmm zulúes. Eres muy querido aquí. A mí me llaman *sindisabantu* (salva a la gente) y a Jonay le llamaban *ulibona* (nos observa). ¿Sabes como te llaman a ti?

- ¿Me han opuesto un nombre?

- Si, te llaman *thandabantu* (el que quiere a la gente) por tu cariño a todos. Desde que te asocian con los medicamentos que por fin conseguimos para el SIDA y que hacen que vuelvan a la vida desde esa terrible enfermedad que sigue asolando Matabeleland, África y el mundo, también te llaman "*ulilapa*" (el que nos cura).

- Me gusta más *thandabantu*. Llámame Thanda desde ahora, ¿vale?

- Así te bautizo.

Le hizo en broma el signo de la cruz.

- Pero en todo ello Cristina no se siente igual.

- Lo sé Thanda. Lleva tiempo siendo como una sombra en la misión, sin alegría. Vino a hablar conmigo hace unos días. Necesita volver a Madrid.

- Sí, me lo ha dicho. No sé qué hacer. Si vuelvo con ella me sentiré bien por aliviar su angustia, pero no seré yo quien tome ese vuelo, será una sombra de mí. Mi espíritu quiere estar aquí. Me siento por primera vez noble en mi quehacer. Mi pensar y mi vivir están en armonía. Quizás nunca antes lo estuvieron.

-Es difícil Thanda. Ya habéis intentado pasando ellas temporadas en Bulawayo por si pudiera sentirse más a gusto y más segura. Pero anhela demasiado la vida de la que venís, Thanda. No la debes culpar por ello.

- Pero no quiero ni debo dejaros solos. Me comprometí con Jonay, contigo, con estas gentes tan necesitadas.

-Buscaremos la solución Thanda. Seguro que puedes encontrar formas de colaborar con gentes necesitadas en Madrid. La felicidad no tiene coordenadas y las formas de entregar lo mejor de cada alma se adaptan allá donde estemos. Es más, te diré una cosa: allí donde todo parece seguro, donde todos corren y compiten sin cruzar miradas, es donde más falta hace derramar bondad y amor. Lo noto en las cartas que me manda Jonay.

Intenta mantener unida tu familia Thanda.

Patxi se lo decía con tristeza pues había ido creando con Thanda un lazo parecido al cariño paternal que sintió y sentía por Jonay. Era asombroso el parecido de aquellas dos almas. Ya había pensado, aprendiendo de Jonay, una forma para hacerle más fácil la partida, a pesar de que le rompía el corazón:

- Me he adelantado y he hablado con Buhleve. Ya está terminando su especialidad de cirugía en Johannesburgo y dice que está preparada para volver a Ukuzwana. Podrá ir sustituyéndote si le acompañas un par de meses, como hizo Jonay contigo.

Thanda le dio las gracias y un abrazo emocionado. Volvió con el corazón partido a su hogar, donde ya dormían Cristina y las niñas juntas. Sintió el desgarramiento de claudicar en ideas y formas de vida por adaptarse a las necesidades de su compañera. Sí, era una renuncia generosa. Pero se preguntó: ¿podré ser feliz sin ser yo? ¿Podré ser yo sin ser feliz? ¿Podré amar sin ser ni yo ni feliz?

Patxi acababa de leer otra carta de Jonay en la que le contaba su desencanto con la jungla de Nueva York y como ese mundo de prisas y palabras parecía haber secuestrado el espíritu de Aimsa. Mientras veía alejarse a Thanda con el paso desencantado hacia su familia, sin ser él, sintió el vértigo de una despedida, otra más, inminente, de otra alma gemela. En su pequeña radio oyó la noticia de que dos aviones de pasajeros se habían estrellado contra las torres gemelas de Nueva York causando miles de muertos, a la vez que otro se estrelló contra el Pentágono. Los atentados habían sido reivindicados por el terrorismo islámico de al-Qaeda. Cuando parecía que el mundo se empezaba a sembrar de luces de eco aldeas, volvía el terror, que, en espirales por intereses de poder, parecía anunciar un siglo XXI aún lleno de sombras.

Pensó en sus padres, en su tío Patxi, pensó en Tulani y en Anwele, pensó en la Iglesia encadenada a sus jerarquías, pensó en Jonay perdido en aquella jungla de cemento, seguro que, asistiendo en las calles a heridos del atentado, y ahora en Thanda a, a quien ya temía ver partir. La vida era

realmente un constante recomponer sueños rotos. En el fondo del alma yacían los trozos de esos sueños que con delicadeza recogíamos y reinventábamos en nuevos sueños. Los nuevos sueños a menudo se rompían de nuevo y los pedacitos eran cada vez más pequeños, hasta casi ser polvo con el tiempo y fluir hacia el universo. Quizás ese polvo de estrellas del que decían veníamos se transformaba en el polvo de tantos sueños rotos que filtraba mágicamente la luz y las lluvias en arcos iris que inspiraban más y más sueños... eternos, infinitos... ¿todos unidos?

LXXX. El dolor llega al paraíso. Comunidad de la Ternura, Gomera, enero 2002

John oía la radio en el porche de la casa central de la comunidad de la ternura. Había ido perdiendo vista y le diagnosticaron cataratas en el hospital de La Gomera. Sus varias vueltas al mundo y su trabajo, casi siempre bajo el sol, habían endurecido sus cristalinos y ya casi opacos no le permitían enfocar ni leer, como tanto le gustaba, libros y, sobre todo, las cartas de su hijo Jonay. Tendría que ir a operarse a Tenerife para prevenir que se atrofiaran sus retinas que ya apenas recibían luz. Escuchaba que se creaba la moneda del Euro y que se firmaba la paz en Sierra Leona. Saidu había vuelto allí para contribuir a los diálogos de paz.

Vio con preocupación que había llegado una carta con remite de la "presidenta del Cabildo Insular de La Gomera".

Desde la fundación de la comunidad en el Cabrito, "la ternura", siempre había insistido en mantener el registro legal con el Cabildo (la representación del gobierno en la isla), pagar los impuestos de la propiedad y de los ingresos que dejaban voluntariamente visitantes a la comunidad o los que sacaban en las ventas de la artesanía de las ramas pulidas de ramas caídas de brezo y de sabinas. Dentro de la comunidad y en otras eco aldeas de la red había quienes se oponían argumentando que no querían que su esfuerzo contribuyese a ejércitos, monarquías, mataderos, fiestas de toros o industrias contaminantes. Muchos de ellos eran hijos de los movimientos hippies de los 60 y gustaban de los efectos de la marihuana o los hongos alucinógenos, que consideraban mensajes de la naturaleza. Otros estaban vinculados a movimientos anti globalización, a veces con posiciones algo violentas frente a las instituciones. Llamaban a quienes vivían en la sociedad "borregos" y eso molestaba mucho a John quien les decía de forma severa: -Cada persona en el mundo es un "héroe de su propia historia" y merece respeto.

Pensaba que sí tenían razón en su rechazo a las religiones y gobiernos que en todo el mundo permitían e incluso promovían que se arrasase con otras formas de vida sintiendo que la humana, y sobre todo los poderosos, era

superior a las demás. Creerse en posesión de la verdad o en una escala moral superior sería, decía John, la semilla de su autodestrucción. Nada era más sabio que la humildad.

El dilema, que discutió John desde las primeras reUniones hacía cinco años en Findhorn, era que no podían ni debían vivir aislados del resto de la Humanidad. Además, no podían cerrar los ojos al sufrimiento natural y animal en otros lugares y sólo vivir en su "paraíso" denunciando el daño ajeno y sin querer estar contaminados por ninguna otra idea, jerarquía o gentes. Por otro lado, no podían ser autosuficientes en todo y renunciar a cualquier beneficio del progreso: desde las carreteras que le comunicaban al interior de la isla, la radio que ahora escuchaba John, el ordenador con el que se comunicaban con el mundo, las placas de sílice de energía solar o el hierro de las palas para trabajar la tierra. En justo equilibrio a beneficiarse del sudor y progreso de otros y de previas generaciones, debían contribuir con impuestos, con ideas, con propuestas, y sobre todo con empatía y aprecio por quienes no pensaban como ellos. Así lo había hablado con la red de Aldeas Ecoespirituales y en sus estatutos, que defendía Aimsa en Naciones Unidas, constaba: "Las comunidades de la red de comunidades eco-espirituales (inspiradas en el decálogo de Umbela) son autónomas en sus formas de vida y tienen acceso a bienes públicos y servicios sociales en acuerdo de colaboración con las comunidades y gobiernos vecinos".

John siempre había insistido en que ellos no debían ser propietarios de nada natural: ni la tierra, ni el agua, ni las montañas, ni las plantas o los animales. Eran guardianes de la salud de la naturaleza, la Pachamama como la llamaba Lisy desde el saber indígena, en armonía con la propia. Fue así que llegaron en 1982 a un acuerdo de "usufructo", como se hacía en Cuba según le contaba Fernando, de veinte años con el Cabildo Insular, y así animaba a hacer al resto de eco aldeas. La propiedad, colectiva o individual, de tierras, objetos, "dinero", personas o conocimiento, era el germen de la avaricia, las luchas y el dolor en la Humanidad, solía decir.

Ahora, su propia condición de pérdida de vista, era aún más reveladora: ¿cómo podría solicitar tratamiento y la operación que necesitaba, de un

servicio de salud al que no hubiera colaborado con impuestos en toda su vida?

Pensaba en estas cuestiones cuando Umbela se acercó con un guiso a base de semillas de girasol, almendras y espinacas, todo de las huertas de las laderas del valle de la Ternura, y ricas en vitamina E para prevenir que progresase su pérdida de vista. John le agradeció su generosidad de siempre y cuando acabaron de comer, John guardó la carta en un bolsillo y le pidió que fueran a dar un paseo hasta el alto hasta el roque del Sombrero, desde donde había una hermosa vista del Teide al atardecer.

- Umbela, no te he contado qué me ha estado ocurriendo esta última semana, para no preocuparte. Pero debo decírtelo pues creo que puede afectar nuestras vidas.

- Dime John, pensaba que estabas con Fernando en San Sebastián arreglando su velero.

- Sí, así era. La noche del martes pasado fuimos a cenar a la casa del médico internista del hospital, Luis. Él es de Madrid, ha trabajado en Ghana y trata a los pacientes con mucho cariño. Quiere animar un partido humanista de La Gomera, que respete la naturaleza y proponga una isla sin propiedades. Hace una semana su familia y él pasaron unos días con Fernando en la playa de Arguamul, comiendo de la huerta, escalando con sus hijos las rocas y ayudando a subir mástiles de naufragios a la comunidad de Valentía. Hablando de todas esas ideas, se nos hizo media noche.

- Sí, ya me han hablado de él en el mercado. Hay quienes le quieren mucho por su humanidad y quienes le critican por no enviarles en viajes pagados por el servicio de salud a Tenerife, donde se habían acostumbrado a abusar del dinero público y a donde iban, a menudo, de compras.

- Resulta que Luis, como Jonay, ha vivido en hospitales con pocos medios y apenas evacúa pacientes en el helicóptero. Me dice que como por cada evacuación la empresa cobra cien mil pesetas, desde ahora habrá que calcular en Euros, le presionan para que mande más pacientes a Tenerife. Dirás de quien es la empresa: de Don Juan Manuel, el cacique que te pretendió. También está construyendo el aeropuerto en la playa de

Santiago, varios hoteles en Valle Gran Rey y, con los dueños de los ferris Fred Olsen, quieren levantar un gran restaurante en el medio del Garajonay.

- Sí, Juan Manuel de Bethancourt fue quien me acosó en el instituto y al yo, una pobre campesina de Hermigua, rechazarle, su padre, ya dueño de las plataneras de Hermigua, despidió a mi padre.

- Pues estábamos hablando de estos asuntos en la azotea de la casa que alquila Luis en la calle Real, frente a la Iglesia, cuando desde la acera oímos a una persona con acento norteamericano gritar ¡Dr Luis!

Según avanzaban hacia el Roque del Sombrero John le siguió contando:

- Luis bajó a la calle y a los 10 minutos subió con cara de preocupación y nos dijo así: "John, Fernando, voy a tener que dejaros".

-El americano que le llamaba, James, tenía un barco en el puerto, y le contó que en un velero vecino alguien estaba inconsciente y que "no querían ir al hospital". Nos dijo así: "No sé por qué. Hay algo raro. Voy rápido a ver qué ocurre".

-Según bajábamos la calle los tres, yo le pregunté a Luis:

-Dime Luis : James, ¿es de Brooklyn? ¿con un barco que llama "New Morning" en el que navega sólo con su gato Dylan?

John le relató lo ocurrido entonces:

Luis, asombrado por cómo podría John saber acerca de aquel marinero, le respondió:

- Sí, ¿por qué? Le traté de una neuropatía en las piernas, creo que está desarrollando una diabetes y necesitará quedarse un tiempo en La Gomera.

- Es quien ha cedido su casa a Jonay y Aimsa en Nueva York y nos ha estado ayudando a carenar el barco con Fernando. Déjanos ir contigo Luis, parece todo muy extraño.

Bajaron, saludaron a James y caminaron con James hacia el puerto náutico.

Según cruzaban la plaza de Las Américas James les puso en contexto:

-El joven que al parecer está inconsciente es de Alemania. Llegó con otros tres jóvenes en un velero desde Madeira. Desde que atracaron noté que venían drogados. Esta noche salieron al pueblo y volvieron hace aproximadamente una hora. Hace una media hora me dijeron que uno de

ellos parece estar en coma. Me preguntaron si conocía a un médico. Vine en seguida a buscarte Luis.

Llegaron por el muelle del puerto náutico hasta un velero atracado al lado de "New Morning". Se llamaba "Edelweiss" y en él había tres jóvenes con bermudas y asustados en la cubierta. James se fue, con discreción, a su velero. John se quedó con dos de los jóvenes mientras Luis bajó al camarote con el tercer joven y con Fernando. Notó que había un plato con cerillas y limón, y un torniquete. En un camastro estaba tumbado un joven de unos veinte años. Luis notó que tenía las pupilas en punta de alfiler y que tenía signos de punción en las venas del brazo. Tenía un pulso débil y no respondía a ningún estímulo. Era claramente una sobredosis por heroína.

Luis llevaba una mochila de primeros auxilios. Le puso una inyección intravenosa de naloxona, antídoto de la heroína, y otra de adrenalina. Le intubó y comenzó a ventilarle los pulmones con un "ambu". Le pidió a Fernando que siguiera ventilándole mientras le dio masaje cardíaco durante un minuto al ver que perdía el pulso. A los diez minutos fue recuperando la respiración espontánea y le quitaron el tubo endotraqueal. El pulso empezó a ser pleno y las pupilas se empezaron a dilatar. Luis notó que volvía la perfusión a los dedos. Cuando ya estaba estable, hablaron con su amigo en inglés.

- ¿Cómo se llama? ¿qué ha pasado?

- Gracias doctor. Me llamo Erich, mi amigo se llama Johannes. Venimos desde Hamburgo. No le voy a engañar. Esta noche Johannes se inyectó una dosis de heroína que compramos en el pueblo.

- ¿en la isla?

Preguntó Fernando extrañado.

Era la primera vez que oía que en la isla se vendiera heroína. Sí que había quienes traían de Marruecos marihuana y hasta parecía que ya había quien la cultivaba por las terrazas de Alajeró. Fernando y Luis se miraron con gravedad. Sabían que la heroína podría destruir muchas vidas de jóvenes de la isla, y con ellos a muchas familias.

- Doctor, si ingresa a Johannes y avisan a la policía incautarán el barco y

nos meterán presos.

Luis salió a la cubierta con Fernando mientras bajaban los otros jóvenes al camarote a estar con su amigo, que iba recuperando la conciencia. Luis y Fernando le contaron lo ocurrido a John y salieron los tres al muelle.

- ¿Qué piensas Fernando, avisamos a la guardia civil?, dijo Luis.

- Por un lado, podría ayudar en que sigan la pista al tráfico de la droga. Por otro lado, es verdad que meterían preso al chico, quizás a los demás también, y eso le iba a perjudicar. Aunque merecen un escarmiento, se iban a hundir aún más en la droga. Las cárceles, donde circula la droga, son el peor lugar para curarse de la adicción. Además, tengo dudas de si la guardia civil iba a perseguir ese delito. Estoy cansado de poner denuncias sobre cómo están arrasando la isla los Bethancourt y otros mientras a las eco aldeas nos llaman "hippies sucios". No hacen nada contra los caciques. En ese momento dijo John:

- Hagamos algo: les decimos que no diremos nada y que se vayan mañana de la isla. Les aconsejamos que pasen por El Cabrito donde tenemos dosis de metadona para unos quince días pues un comunero de la ternura ha venido de Francia a tratarse de su adicción. Que naveguen de vuelta a Alemania y busquen allí como desintoxicarse. Pero todo a condición de que nos digan a quién y dónde compraron la droga.

De esa forma averiguaron que la droga venía los lunes y los jueves en el ferry "Benchijigua", y que la llevaban al bar "La promesa", en la carretera hacia Chejelipes.

- Eso es un riesgo muy alto en esta isla cariño.

Dijo Umbela.

John prosiguió:

- Seguimos carenando el barco de Fernando y el jueves quedamos con Luis para ir, antes de la llegada del ferry, a hacer guardia fuera de ese bar. Resulta que vimos al hijo del cacique Juan Manuel bajar de su Mercedes negro y entrar en el bar. Al poco tiempo vino una furgoneta, aparcó delante y salieron dos jóvenes. Salió el hijo del cacique e intercambiaron una bolsa de cuero por un sobre. Parece muy probable que allí se está traficando

droga.

- El viernes fui a hablar con el presidente del Cabildo. Él fue muy amable cuando le ofrecimos ceder la finca de El Cabrito al Cabildo y tenerlo en usufructo para la actividad agroecológica, a cambio de impuestos reducidos y subvenciones para el turismo rural, que nunca llegaron. Empezó siendo muy cortés y me dijo que tocaba renovar el usufructo. Cuando le dije que sospechaba que había tráfico de droga y la familia Bethancourt podía estar implicada, cambió su actitud. Me respondió airado que no había droga en La Gomera, que esa acusación a una familia tan respetable y dedicada al bien de La Gomera era muy grave y que en cualquier caso informaría a la Guardia Civil.

-Por eso temo, Umbela, que esta carta no traiga buenas noticias.

- Hiciste lo que debías hacer John. La droga en la isla puede destruir muchas vidas, muchas familias. Y no me extraña que los Bethancourt estén implicados. Sabes que mi madre, ya muy débil y sin ganas de vivir desde la muerte de mi padre, dice que ese cacique no le dejó vivir en paz y se sintió acosado toda su vida.

Abrieron la carta y Umbela se la leyó a John, quien ya apenas podía fijar la vista por las cataratas:

Estimado señor Harris,

Por el presente lamento comunicarle que, debido a cambios en los planes urbanísticos en la isla, el usufructo de la finca "la ternura", sita en el barranco de El Cabrito, y con permiso de uso agrícola de y hotel rural, no será renovado el próximo mes de marzo, tras veinte años de su concesión. Ruego dejen vacante las instalaciones antes del próximo mes de junio y un inventario, si así lo desean, de las inversiones que no pueden trasladar y su valor estimado, para considerar su reembolso.

Atentamente

Don Cayo Rubelo

Presidente del Cabildo de La Gomera

Umbela le miró a John, quien estaba mirando el atardecer detrás de El Teide.

-No te preocupes cariño. Desestiman la fuerza de la ternura.

LXXXI. La justicia desafía al amor, Johannesburgo, junio 2002

doctora Buhleve Beloqui. Así rezaba bordado en hilo azul claro su nombre en el bolsillo superior derecho de su bata blanca. Buhleve pasaba la visita a los pacientes ingresados en la sección de cirugía del hospital Charlotte Maxeke, en honor a la primera universitaria sudafricana negra, en Parktown, Johannesburgo.

Vivía en la casa de Nadine, la periodista amiga de sus padres y de Mandela, que escribía sin cesar sobre las injusticias en Sudáfrica. Buhleve celebró la liberación de Mandela al empezar su carrera. En el último país en abandonar el racismo legal, el apartheid, aún reinaba la profunda brecha entre blancos ricos y negros, la mayoría de ellos, pobres.

Buhleve llevaba diez años en aquel hospital, primero como estudiante y luego como médico residente de cirugía. Desde que Haka la rescató cuando tenía quince años, fue adoptada por él y Helen y conoció el mundo de armonía y amor en Ukuzwana, había querido ser médico y aliviar el dolor de tanta gente que vio sufrir y morir por SIDA, incluidos sus padres, en su Matabeleland natal. Aún con el profundo trauma de haber estado más de un año secuestrada por las garras de la red de prostitución infantil en Soweto, terminó su secundaria en Bulawayo, colaboraba en la organización Sibithanda e iba cada fin de semana a ayudar a Jonay en el hospital. Aprendió de Patxi a curar el rencor con amor. Recordaba como le decía: "nada hará más pura a tu alma y te hará sentir más paz que amar a todos, y, aunque parezca difícil y hasta injusto, también a quienes te hacen daño". Con ese sentimiento se fue convirtiendo en una mujer delgada y delicada físicamente con una expresión entre dulce y tímida, y una determinación de hierro para estudiar, convertirse en médico y aliviar el dolor de las injusticias que ella había conocido en su propio ser.

Un día en el quirófano de Ukuzwana vio como Jonay se enfrentó a una perforación intestinal por fiebres tifoideas. Al abrir el abdomen vieron que una buena parte del intestino delgado estaba necrosado. La resección intestinal hubiera sido muy arriesgada con los medios que allí tenían. Decidieron cerrar y darle cloranfenicol, el único antibiótico que tenían y

podría curarla. Pero la infección estaba muy avanzada. La paciente, una mujer de veintiocho años, los mismos que ahora tenía Buhleve, falleció dejando tres niños huérfanos, con el padre en Egoli, como tantos en los kraals de Matabeleland, a cargo de sus abuelos. Buhleve recordaba con frecuencia ese momento y no paraba de pensar qué hubiera sido de esa mujer si hubieran hecho una resección intestinal con anastomías complejas, habilidades de un cirujano que ni los medios de Ukuzwana ni la experiencia de Jonay permitieron. Por eso, tras acabar la carrera con honores, decidió especializarse en cirugía para volver un día a Ukuzwana y hacer de aquel pequeño quirófano que Jonay había iniciado hace ya dieciseis años, el mejor de todo Matabeleland.

Llevaba siempre en su bata el manual de John Gray, que Jonay le regaló al irse a Nueva York. Lo había ido llenando de notas que actualizaban medicamentos o técnicas. Siempre utilizaba un fino rotulador rojo para anotar tratamientos que posiblemente no estarían disponibles en el humilde hospital de Ukuzwana, su destino del alma.

Desde que volvió a Johannesburgo había evitado pasar por las zonas de Soweto donde fue secuestrada. Cuando Buhleve estaba en el tercer año de la carrera, se enteró, con un cierto alivio que le causaba una extraña sensación de culpa, que Jason, quien la retuvo con palizas y drogas durante cinco meses, había muerto de SIDA en la cárcel. Godfrey, Dasy y los demás complices de la tram de tráfico de niños, seguían presos. Durante los primeros años constantemente le preguntaba a Nadine si les habían liberado, miraba detrás constantemente cuando caminaba por la ciudad y tenía pesadillas en las que se le aparecían y la volvían a perseguir.

Ni Haka ni ninguna de las amistades que tan valientemente se habían jugado la vida por su libertad, nunca le preguntaron si llegó a ser prostituida en el burdel de Dasy, de donde fue rescatada. Nunca hablaba de ello. Era como una laguna que imponía a su memoria. La vida puesta en pausa en una dimensión que su mente quería borrar. Pero la memoria a veces evocaba, aunque en una neblina, lo que ocurrió esa noche en el cuarto del burdel de Dasy en el que fue encerrada.

Dasy era una mujer que entonces tendría unos cuarenta años, entrada en carnes, con el pelo brillante de glicerina, los labios y párpados aparatosamente pintados y siempre fumaba con boquilla en un patético intento de sofisticación. Buhleve recordaba con terror su sarcástica risa ante el terror de las niñas secuestradas. Según una macabra creencia, las personas con enfermedades de transmisión sexual se podían curar teniendo sexo con una niña virgen. Pagaban hasta doscientos dólares a Dasy por dicho macabro acto. Ella entregaba la mayor parte a Jason y éste a Godfrey. Por eso al llegar el nuevo grupo de niñas ndebeles Dasy las llevó a cuartos separados, empujándolas a golpes. Buhleve recordaba como tras unas horas encerrada aquella noche, volvió Dasy, cerró por dentro la puerta y le dijo en zulú, que Buhleve entendía por su similitud con el ndebele, que iba a recibir la visita de un cliente muy distinguido y tendría que hacer todo lo que él le pidiera. Buhleve, atemorizada, lloraba en una silla en una esquina y repetía "*Obaba, omama, ungapi yini...?*" (padre, madre, ¿dónde estáis?). Dasy le dijo que se pusiese un vestido muy corto rojo, y le dio un vaso de aguardiente para beber, en el que, luego lo sabría, había diluido varios sedantes. Al rato se quedó dormida. Después llegó Dasy con un hombre blanco de unos cuarenta años de edad que vagamente recordaba con un bigote grueso pelirrojo, los dos dientes incisivos dorados, muy obeso y que cojeaba de la pierna derecha. El hombre, sin mediar palabra comenzó a desvestirse. Dejó al descubierto un tatuaje en su hombro derecho con un corazón y "*love or die*" debajo. Buhleve empezó a temblar y a acurrucarse. Cuando el hombre se acostó a su lado, Buhleve se resistió gritando que había sido secuestrada. Ante los gritos entró Dasy y se pudo a golpearla... Ya no recordaba más. Se despertó a la mañana siguiente con un terrible dolor y sangrando entre sus piernas.

Al llegar a Ukuzwana Jonay le había recomendado hacerse el test del SIDA que salió, milagrosamente negativo. La primera en abrazarla con el resultado fue, desde su maravillosa valentía y generosidad, Anwele. Cuando ya estaba en sus últimos años de medicina consultó a un ginecólogo del hospital, quien le examinó. Le dijo que el desgarró que le habían ocasionado

aquella noche le había dejado posiblemente estéril y necesitaría una compleja operación para poder tener relaciones sexuales.

Esa mañana de junio estaba de guardia en la urgencia cuando entró un hombre de unos sesenta años con un fuerte dolor abdominal. Apenas se fijó en sus facciones y descubriendo el abdomen pudo comprobar signos de un "abdomen agudo" por una probable perforación intestinal. Recordó su decisión de ser cirujana para salvar vidas como en este caso. Le dijo al hombre que se quitara la ropa y se cubriera con una sábana pues necesitaba examinarle. Fue a buscar un suero, una sonda intravenosa y una aguja para profundirle y prepararle para la operación. Al volver a la camilla de exploración vio los dientes dorados y el tatuaje de quien le truncó la vida como mujer y cuyo recuerdo tantos años la había atormentado. Su mirada dulce y tono de afecto a todos los pacientes se quebró. Salió del cuarto y fue al control de enfermeras. No podía hablar, pero sus colegas vieron su semblante de terror y su respiración agitada. Le pidió a una de las enfermeras de guardia que le pusiesen el suero y buscó a algún colega cirujano que pudiera sustituirla. Sus manos le temblaban, su corazón palpitaba, su vista estaba nublada, pero, sobre todo, una voz desde muy dentro clamaba venganza. No había ningún otro cirujano de guardia, no quería explicar a nadie su historia y pensó en las palabras de Patxi: "nada hará más pura a tu alma y te hará sentir más paz que amar a todos, y, aunque parezca difícil y hasta injusto, también a quienes te hacen daño". Seguramente aquel hombre hubiera pagado una multa o ni siquiera, y su terrible daño había quedado impune.

Aunó fuerzas y serenidad y sin poder mirarle a la cara, le explicó que tenían que operarle. Salió a la sala de familiares para explicarles la situación y la operación que necesitaba.

- ¿Familiares de Joseph Smuts?

Una mujer, de nombre Nancy Smuts, de una edad parecida a la de Buhleve, respondió como hija del paciente. Era de raza blanca, vestida con elegancia, peinado de peluquería y olía a perfume caro, un olor insoportable para Buhleve.

Buhleve hizo la operación como un autómatas, sin hablar con nadie, comunicándose por gestos y quitando de su mente cualquier imagen del pasado. Identificó una perforación por un tumor avanzado en el colon descendente. Resecó todo lo que pudo el tumor y los ganglios adyacentes, y dejó una colostomía.

Al acabar la operación, se cambió y se puso su bata, fue hacia la sala de espera, y llamó a Nancy Smuts. Le pidió que le acompañase a un cuarto privado donde podría hablar confidencialmente con ella.

- Señora Smuts, hemos operado a su padre y ya está en la sala de recuperación, sus constantes vitales están estables. Tenía una perforación en el colon.

La mujer se fijó en el nombre bordado en la bata y dijo:

- Doctora Beloqui dijo - acentuando su extrañeza por el apellido -¿tiene usted el título de cirujano especialista? Mi padre es una persona muy importante en Sudáfrica, y exijo el mejor tratamiento.

- Señora Smuts, soy cirujano de último año de residencia, estoy cualificada cada año para las responsabilidades de urgencias como la que ha sufrido su padre y he hecho como cirujano principal más de cincuenta operaciones similares. Su padre, como cualquier enfermo de este hospital y cualquier sudafricano sea cual sea su raza o su condición, ha recibido el mejor tratamiento que podemos darle.

Buhleve dijo estas palabras mirándola severamente y sin agachar la cabeza como tras tantas generaciones de supremacía blanca hacían aún muchos ante la prepotencia blanca. Su actitud desafiante y firme aplacó la arrogancia displicente de la señora Smuts.

- No dudo de su capacidad, sólo quería asegurarme que los derechos de mi padre son respetados.

Derechos. Pensaba Buhleve. Para que ese blanco "importante" hubiera ido a un hospital público, habría que haber caído en desgracia de sus privilegios de otros tiempos donde ni los hospitales, ni las escuelas, ni las ventanillas de atención al ciudadano, ni los bancos en las iglesias, ni los grifos de agua en la calle, ni las aceras... eran compartidas entre blancos y negros y

podrían ser multados por ello. Recordaba también que la unión de un blanco con una negra o "mujer de color" era considerado un delito, estipulado por el "*immoral act*". Ahora reclamaban sus derechos en igualdad. Cuando ese hombre había destrozado sus tiernas entrañas cuando aún no sabía, ni quizás nunca lo supiese, lo que era ser mujer.

Pensó entonces Buhleve que, si bien la venganza destruía el alma del vengador, y que había salvado ya la vida de quien se la destrozó, era justo que la verdad la supiera su familia y aquel hombre se enfrentara a sus actos por el jurado que mejor sabría tratarle durante la vida que le quedara gracias al perdón de Buhleve. Perdonar, pero no olvidar. Clemencia, pero justicia. Ya no sería ella la única que cargaría en su alma el eco del más profundo dolor.

- Señora Smuts, debo informarle de dos condiciones que tiene su padre. La primera es la menor grave: su padre tiene cáncer de colon. Lo hemos resecado lo mejor que hemos podido y hemos dejado una colostomía para cuando supere la peritonitis por su perforación y se pueda cerrar mediante anastomosis. Le seguirán en consulta mis colegas de oncología para vigilar su desarrollo y darle el mejor tratamiento posible.

- Dios mío, cáncer... - Exclamó la mujer - ¿Pero se curará verdad? ¿Y cuál es la segunda condición que sufre mi padre?

- La segunda condición no tiene cura. Sólo la verdad y el arrepentimiento puede aliviarla, pero el daño causado ha dejado una huella que nada ni nadie pueden borrar. Hace ahora trece años que su padre acudió a un burdel en Soweto para violar a una niña virgen pensando que así se trataría sus enfermedades venéreas.

La mujer se quedó como petrificada. Sabía de la vida infiel de su padre y de sus abusos como capitán policía durante el apartheid. Pero era un gran secreto disfrazado de hombre honorable, medallas y diplomas de honor, misa semanal y hasta contribuciones al "*Salvation Army*".

- Aquella noche una niña de quince años fue abusada con violencia por su padre y los daños han dejado marca en su cuerpo y su alma para toda la vida. A pesar de tal dolor, esa niña, rescatada de la mafia del tráfico de

huérfanos de Matabeleland, fue adoptada por una familia de amor, terminó sus estudios, decidió ser médico para ayudar a aliviar el dolor ajeno y está a punto de acabar la especialidad de cirugía.

En ese momento Buhleve señaló el nombre bordado en su bolsillo de la bata. La mujer no pudo sostener su mirada y la desvió hacia el suelo. Buhleve prosiguió.

-La familia que me rescató de aquel horror me inspiró valores de amor a todas las personas, generosidad con quienes más lo necesitan y perdón. Pero a pesar de hoy haberle dado a su padre lo mejor de mí para salvarle la vida, la justicia es también necesaria para que haya paz. Seguramente su padre salió impune de aquella redada o apenas pagó una multa por la ley de actos inmorales. Hoy es necesario y justo que usted, a quien seguramente dio cuidados y amor durante su vida, sepa lo que su padre causó a quien hoy le habla sin venganza, pero con la necesidad de que la verdad se sepa. Ustedes serán su jurado y su culpa y vergüenza por sus horribles actos, será su más severa condena.

Buhleve, con la mirada bañada de lágrimas de dolor, salió del cuarto y subió al tejado del hospital. Mirando las estrellas sintió el alivio de un peso que había arrastrado la mitad de su vida. El daño ya sólo era físico, y lo superaría con la valentía que le inspiró su familia de Ukuzwana y, estaba segura, sus padres y abuelos, ya desde otra dimensión que ahora brillaba en la Cruz del Sur.

Un mes después, como cada verano, volvería a Ukuzwana para trabajar en las consultas, en las salas, el quirófano y visitar enfermos en los kraals. Este año se reencontraría también con Jonay, su maestro y referencia de valores en la medicina, quien volvía desde Nueva York. Recordaba que ese viaje era el que a la inversa hacían muchos jóvenes hipnotizados por "egoli" (donde está el oro) y por el dinero y las comodidades materiales, y el que hizo ella también con sus secuestradores que hipnotizaron a sus abuelos con un futuro para su nieta lejos de las arenas secas y las almas agotadas por el dolor y la desesperanza. El viaje de vuelta, como el que haría ahora, muchos lo hacían en una caja de madera. Pero ella volvía llena de vida para

alimentarse en Ukuzwana de esperanza, armonía e ilusión. "*Love or die*" ...
Se sentía extrañamente libre finalmente para amar, para vivir...

LXXXII. Jirones del alma en un relevo de luz, Ukuzwana, septiembre 2002

Buhleve llegó a finales de julio a Bulawayo donde se abrazó a sus padres adoptivos, Haka y Helen. Unos días después siguió a Ukuzwana y se dispuso a ayudar a Thanda. Se llevó la sorpresa de que ya no estaban Cristina ni sus hijas. Había llegado la noche anterior y habían estado juntos en consultas, las salas y el quirófano, sin apenas tiempo de hablar de nada personal ni intimidad para ello. Notó que Thanda se iba al atardecer a pasear sólo por los kraals. Parecía meditabundo. Patxi estaba en unas reUniones de cooperativas que había animado en el cultivo del sorgo. Pasó una tarde agradable en entrañable tertulia con Nolwasi. Cuando cayó la noche vio a Thanda en el porche de su ermita y se acercó para hablar con él.

- Salibonani Baba. (te vemos padre)

- Salibonani udade wami. (te veo mi hermana)

- ¿Abantu banjani...? (¿tu gente dónde está?). ¿Dónde están Cristina y las niñas, Thanda? ¿Se fueron a Bulawayo?

- No Buhleve, no te lo quería decir por carta. A principios de año Cristina decidió volver a Madrid, y se llevó a las niñas. Ángeles y Daniela sufrieron mucho en la despedida de la misión, sobre todo por alejarse de Adam y de Unai, eran ya como hermanos.

- ¿Y qué ocurrió, Thanda?, parecíais tan felices aquí en familia...

- También eso pensaba yo, pero quizás quería ver una realidad que era más mi sueño. Buhleve, yo vi en Jonay y en todos aquí una forma de vivir y trabajar que está toda trenzada en torno al amor y el compromiso por quienes más lo necesitan. Nunca me he sentido tan feliz. Todo me fascinaba: las tertulias de familia, las consultas, las salas, el quirófano, los paseos por los kraals, los viernes de película en la sábana, los domingos ecuménicos de Patxi, las escapadas a Bulawayo... todo.. Aquí soy muy feliz, Buhleve, no miro el reloj ni sé qué día de la semana es. Según la filosofía japonesa siento el "ichigo-ichie", vivir el momento sabiendo que es una única oportunidad de dejar nuestra huella de amor en los demás. Por

primera vez en mi vida mi trabajo es tan valioso y me da tanto gozo como la vida familiar. Soy un sólo Thanda. En España era un Juan en casa, bien segura y bastante aislada del mundo, y un Juan en el trabajo, siguiendo todos los códigos tácitos de ser aceptado y también de subir la escalera.

- Te entiendo Thanda. Lo veo también en la vida de Johannesburgo. ¿Pero parece que Cristina no pensaba igual?

- No. Debí quizás haber estado más atento. No me daba cuenta, o no quería darme cuenta, que todos los planes y, sobre todo, todas las expresiones de entusiasmo por el día, por tareas que hacer, aventuras que descubrir, la belleza del atardecer o de las estrellas, salían sólo de mí. La pasividad de Cristina era en realidad la expresión de su tristeza. Y mi entusiasmo la hundía más. Terminó por sentirse arrollada por un tren del cual no sabía saltar, y en un rumbo que no era el que deseaba...

- ¿Y por qué no te fuiste con ella Thanda?

- Lo hablé con Patxi. No podía irme. Sin estar tú aún aquí y con sólo una visita al mes de los médicos cubanos en Brunapeg hubieran cerrado el hospital, cancelado los sueldos y los envíos de medicamentos, y tantos pacientes estarían sufriendo en sus casas sin medios para ir a Brunapeg o a Bulawayo. Decidí con Cristina que ella iría antes y yo me uniría cuando te pueda dar el relevo a tí Buhleve.

Nada deseaba más Buhleve que volver a vivir en Ukuzwana, a cuidar del pequeño hospital que levantó Jonay, a inspirarse de la espiritualidad de Nolwasi, de la generosidad de Patxi, a animar a Thandiwe, ya con 17 años, a seguir sus pasos en medicina, a abrazarse a todos esos seres maravillosos.

-Pero aún debo terminar mi especialidad Thanda, seguiré hasta diciembre en Johannesburgo. Esta distancia de tu familia debe ser muy dolorosa.

- Sí, echo muchísimo de menos a mis hijas. Las imagino jugando por la misión, paseando a mi lado por las tardes y acostándose con la luz de las estrellas. Para serte franco, con Cristina es bueno que tengamos un poco de espacio, siento que caminamos en direcciones diferentes. Es bueno que dibuje su mundo en Madrid como lo desea, sin mi sombra ni juicio. Cuando

llegue veremos si el amor puede unirnos de nuevo en un camino compartido.

- ¡Amandhla! (¡fuerza!)

Buhleve se despidió con dolor de ver a su amigo y colega tan hundido. Qué difícil podía ser el amor, pensaba. Aunque ella se había cortado las alas de amar hasta ahora, intuía que era lo más bello de la vida si llegaba en equilibrio, sin amadores ni amados, sin vencedores ni vencidos, sin cadenas ni posesiones, como las más maravillosas bellezas de la vida, las sonrisas de los niños, el fluir del agua, la frescura de la lluvia, las sombras al atardecer, las caricias del viento, las noches estrelladas. Nada de ello tenía propietarios ni códigos. Fluían libres. Belleza y libertad, libertad y amor, amor y belleza. "Love or die". Aquel eco del peor momento de su vida parecía ahora llamarla a nuevas formas de fundirse sin miedo con la vida. Estaba deseando que volviera Patxi y contarle primero a él todo lo que le pasó siguiendo su consejo de "amar a quien te hace daño", y luego ir juntos a contárselo a Haka y Helen, sus padres adoptivos, en Bulawayo.

Thanda había programado operaciones todas las tardes de agosto para ayudarle a Buhleve, ya experta cirujana. En total tenía una lista de doce pacientes con hernias complicadas, cuatro que necesitaban colecistectomías, cinco histerectomías, seis pacientes con cáncer de estómago, tres con bocios gigantes, cuatro con linfedemas –elefantiasis-, tres precisaban reconstrucciones faciales de cancrum oris y varios sufrían genu valgus y retracciones tendinosas por poliomiелitis. Thanda le enseñó los protocolos de antiretrovirales que aún recibían por el proyecto de Médicos Sin Fronteras, de prevención de transmisión del SIDA en el embarazo por la nevirapina. Le compartió sus inventos para tratar las tuberculosis con drogas menos tóxicas que las que mandaba el gobierno, de como medicar a los pacientes con enfermedad del sueño y de biliarzia y de cómo estaban previniendo y tratando la malaria. También le confió sus planes de un nuevo diagnóstico de salud de la comunidad como el que hicieron Jonay, Nolwasi y Anwele hacía ya trece años.

Al tercer día llegó Patxi una tarde mientras Thanda daba su paseo del

atardecer. Buhleve fue corriendo a su encuentro. Se abrazó como una hija ávida del calor seguro que sólo pueden ofrecer los brazos de un padre.

- Aita, tengo tanto que contarte.

- Qué alegría verte Buhleve, umntane wami (hija mía). Todos esperamos que venga el verano para verte. Ya supongo que estás sumergida en todas las operaciones que te esperaban y que Thanda te ha puesto al día de todo.

-Sí, es una buena persona. Y está sufriendo. Su alma es libre y quiere darse aquí, pero su familia le reclama en España.

- Sí Buhleve, no es fácil sintonizar las ideas y sincronizar los tiempos, y a la vez hacerlo fluyendo libres y sin cadenas.

- Necesito contarte a ti sólo, y luego a mis padres, algo muy difícil y a la vez trascendente que me ha ocurrido hace un mes en Egoli.

- Dime hija mía.

- ¿Recuerdas cuando me dijiste siempre "nada hará más pura a tu alma y te hará sentir más paz que amar a todos, y, aunque parezca difícil y hasta injusto, también a quienes te hacen daño"?

- Sí, y muchas veces me preguntaba si era justo decírtelo con el enorme daño que te habían hecho a ti. Supongo que hay situaciones que arrinconan tanto al alma en el dolor que precisan de un grito de justicia fuerte y clara para que haya paz.

- Seguí tu consejo Aita. Me encontré hace un mes como paciente al hombre que rompió violentamente mi inocencia y mi sentimiento de ser mujer. Pensé en tus palabras y le salvé la vida en una operación.

Patxi la miraba atónito. Buhleve se estaba pareciendo a Nolwasi, en esbelta belleza, en serena sabiduría, y en infinita bondad. Se sintió avergonzado de pregonar lo que él no había sido capaz de hacer, por ejemplo, cuando el obispo le hostigó tantos años hasta cerrar la misión. Sí que había sentido deseos de que le enviaran de vuelta a Europa o que se retirara a un convento a rezar y así no verle más. Pensaba para sí que la rabia y el rencor también son humanas. Como le decía Haka, aunque en eso no podía estar de acuerdo, había veces que era necesaria la violencia para evitar mucho más sufrimiento de inocentes. ¿Tenía algo de cobarde el pacifismo? ¿Era

ético poner siempre la otra mejilla? Tenía sus dudas.

Pensaba en todo ello cuando Buhleve prosiguió:

- Después de llevar el amor al extremo que me aconsejaste tantas veces Patxi, sentí la necesidad de que también hubiera justicia mediante su primera premisa: la verdad. Entendí que aquel terrible acto que sufrí en aquel horrible burdel había estado oculto en mi mente por el pudor y el dolor durante trece años y que, aunque los responsables de la red fueron presos y condenados gracias a Haka, el hombre que abusó de mí estaba libre y su familia no sabría del profundo daño que causó. No era venganza Patxi, era una profunda necesidad de liberar la verdad para poder, por fin, tener paz. Le conté lo ocurrido a su hija y él tendrá que sentir el juicio por sus actos en la mirada de ella mientras viva. Sólo será su arrepentimiento desde la verdad, la que le liberará de tan pesado, mucho más aún que el mío, lastre en su vida.

Patxi miraba a Buhleve absorto por tanta bondad, tanta sabiduría y tanta valentía. Le abrazó con el profundo amor de padre, como a Joseph, Thandiwe, y a Nothando. Verdaderamente aquella generación de huérfanos del SIDA había superado el dolor con perdón, el temor con amor, y las tinieblas con su maravillosa luz.

Por la noche Patxi abrió una carta que le habían traído de Bulawayo: Jonay y Nouri volvían a Ukuzwana para pasar un par de meses. Aimsa acudía a la "Cumbre de la Tierra" en Johannesburgo, a conferencias después por Sudáfrica y luego se uniría a ellos en Ukuzwana unos días antes de que todos volvieran a Nueva York. Nour les pedía que no dijeran nada a Adam y Unai, sus hermanos del alma, a quienes quería dar una sorpresa.

Dos semanas después llegaba el pick up de Bulawayo con Patxi, Haka y Helen con la pequeña Nour delante, y Thandiwe y Nothando detrás en la "bañera" con Jonay de pie tras la cabina, con el viento en su cara como tanto le gustaba y respondiendo a todos los que se cruzaban que gritaban de alegría: "*ulibona ubuyile*" (llegó Ulibona – el que nos mira-) y él respondía pleno de alegría "*iyebo, abatu wami, ngipendukhile ekhaya, ngiyataba!*" (sí, mi gente, he vuelto a casa, soy feliz).

Al llegar a la misión caía ya el sol. Thanda se había ido a caminar con Buhleve y con Adam y Unai. Como solía hacer cada tarde, Unai se subía a las formaciones rocosas con tan sólo cuatro años y miraba al horizonte “por si veía llegar a Nour”. Thanda sabía que esta vez sí que podría ver a su hermanita llegar por el horizonte. Adam caminaba de la mano de Thanda y Buhleve mientras Unai, tan valiente, se había subido a un kopje cercano. Vio que se acercaba en una nube de polvo en el camino el viejo pick up.

- ¡Adam, ven! ¡Llega Aita!

Adam subió a la roca donde estaba su hermano pequeño. Thanda y Buhleve esperaron al lado del camino. Adam y Unai vieron a alguien saludar desde detrás de la cabina y les dio un salto el corazón:

- ¡Tío Jonay!

Salieron corriendo a su encuentro. Saltó del coche y se abrazó a ellos con fuerza. En ese momento se abrió la puerta de delante y Nour se unió al abrazo. Adam, Nour y Unai estaban de vuelta juntos, una unión que la distancia no podía domar en su fuerza ni el tiempo podía borrar de sus corazones. Subieron todos a la bañera y llegaron a la misión donde Nolwasi había preparado un guiso con el sorgo de las cooperativas que Patxi estaba promoviendo.

Todos le preguntaban por Aimsa y les explicó que estaba en Egoli luchando por la salud del planeta. Buhleve miró a Nolwasi y a Haka y les unió un pensamiento en complicidad: aquel agujero negro del horror del que la rescataron se erigía en púlpito de la salud del planeta.

Jonay y Nour pasaron el mes de agosto y septiembre en Ukuzwana. La jacaranda ya tenía seis metros de altura, uno por cada año de Nour. Nolwasi la había cuidado con agua y cantos ndebeles.

Nour jugaba todo el día con sus hermanos del alma. Volvió a irse a kraals lejanos con sus hermanos, sin tráfico ni semáforos, sin los temores de la violencia del supuesto progreso, sin miradas anónimas y rostros sin brillo de la ilusión.

Jonay volvió a pasar las consultas en ndebele. Vinieron cientos de pacientes a que los viera ulibona de nuevo, aunque todos le decían que su hermano

“ulilapa” les cuidaba con el mismo cariño. Operaban los tres por las tardes con Buhleve. Jonay y Thanda se maravillaban de la habilidad de Buhleve y su compromiso humilde y sereno. Ambos sabían que por amor sus vidas se alejaban de aquel lugar donde el esfuerzo iba hacia los necesitados y no había ni salarios ni horarios para derramar el amor de sus almas. Y veían con fascinación como Buhleve encarnaba como huérfana del SIDA y víctima de las redes del terror, la valentía de levantarse, la generosidad de darse, la grandeza de confiar, a pesar de todo, en la humanidad.

Una noche al acabar la jornada, Jonay y Thanda se sentaron en el porche de la pequeña ermita-hogar donde habían vivido sus familias.

- Y dime Thanda, ¿te arrepientes de haber venido a Ukuzwana? Veo que ha sido duro para la familia.

- Para nada, Jonay. Este lugar, como ya lo pude vislumbrar por vuestras ideas y formas de vivirlas, me ha despertado en mi alma zonas que dormían en el mundo urbano y competitivo. Siento pasión por mi profesión, que nunca sentí antes. Veo sentido a mi vida Jonay.

- Me alegro amigo. Han pasado veinte años desde que estudiábamos con pasión en La Laguna. Qué sabia y generosa la vida que nos ha reunido en este rincón remoto que brilla con tanta luz.

- Dime Jonay. ¿Cómo te has ido integrando en Nueva York? ¿Como fluye ahora tu pasión por ayudar y aliviar el sufrimiento?

- No me es fácil Thanda. Sigo el consejo de Patxi de buscar empatía en cada rincón. Pienso a menudo que detrás de los rostros inexpresivos y las miradas perdidas en las ciudades hay un grito que clama amor. Comencé a trabajar en las urgencias del hospital Bellevue, pero a las pocas semanas la dirección del hospital que no podía trabajar como voluntario, precisaban un contrato, un seguro, un registro. Me pidieron del colegio de médicos certificados de títulos, de referencias de jefes y ¿sabes de qué?: certificado de “buena conducta” del colegio de médicos de Tenerife que ahora preside el doctor Delgado. Cuando tenga esos certificados y los del ministerio de salud de Zimbabue, tendré que pasar unos exámenes, luego pagar un seguro de responsabilidad médica que como poco es de mil dólares al mes.

Me siento fuera del sistema y sin ganas de ser parte de él, Thanda. Intentaré regresar aquí, "ekhaya", el hogar, cada dos años por lo menos. Sin ser médico como aquí, entregado sin más a los demás, no sé quien soy.

- Te entiendo Jonay, yo temo volver a esa espiral en Madrid. Además, tengo un vértigo helado dentro del cuerpo. No sé qué Cristina me voy a encontrar cuando vuelva a Madrid. Temo por mi familia Jonay. Es mi más profundo sueño, más importante aún que el de ser médico. Quiero darles un hogar de amor a nuestras hijas Jonay. ¿Como hacerlo sin renunciar a quien soy yo?

- Si. Esa es la pregunta. Yo me fui sabiendo que renunciaba a mi lugar como médico, al lugar donde me he sentido más querido, más apreciado. Lo hice por sentir que Aimsa necesita liderar con su fuerza e inteligencia un cambio en el mundo, el camino a una Nueva Humanidad por las redes de eco aldeas espirituales, por almas valientes de todo el mundo que se niegan a ser esclavos de la producción destructiva y el consumo enajenado.

Aimsa seguía con su lucha sin descanso contra lo que llamaba el "CMA" (casino mundial de la avaricia) y su "ACP" (análisis complejo de la perversión), en constante diálogo con Haka y con Nadine. Ella había defendido en Seattle la protección de la vida y del derecho a la salud como excepciones a la imposición de los monopolios abusivos de las patentes contra las que llevaba veinte años luchando. Médicos Sin Fronteras la invitó con sus fondos del premio nobel en su "campaña de acceso a medicamentos" para alzar la voz en el congreso mundial de SIDA en Durban. Allí conoció, a través de Nadine, amiga de Gail, su madre adoptiva, a Nkosi Johnson, el niño de 12 años que, enfermo del SIDA, habló a los más de sesenta mil participantes en la conferencia y dijo:

- "Cuídadnos y acéptadnos -Todos somos seres humanos. Somos normales. Tenemos manos. Tenemos pies. Podemos caminar, podemos hablar, tenemos necesidades como todos los demás -no nos tengas miedo- itodos somos iguales!".

Todo el auditorio, incluido Mandela, se puso en pie para aplaudir emocionado al pequeño Nkosi ("rey"). Aquellas palabras y la declaración de

Aimsa en nombre de Médicos Sin Fronteras aliado con la red de eco aldeas, influyeron en que Estados Unidos, de la mano de su vicepresidente Al Gore presionara a Sudáfrica para no permitir la supuesta competencia "desleal" de los genéricos baratos que salvaban vidas de los pobres, frente a sus compañías farmacéuticas, muchas de ellas pagándole la campaña electoral que luego perdería frente a Bush y Cheney (a quienes también financiaron). Al año siguiente y en parte por sus diálogos con Kofi Annan y Mike More, se adoptó en Doha la flexibilización de los monopolios de patentes cuando la vida de las personas corría riesgo. Aunque inicialmente sólo mencionaban el SIDA, Aimsa presionaba a que ello incluyera todas las enfermedades, agudas y crónicas, por las que morían millones de personas ante los beneficios obscenos de aquellas compañías. Por toda esa lucha, Médicos Sin Fronteras volvió a invitarla al congreso mundial del SIDA de 2002, esta vez en Barcelona. Se alojó en casa de Anna e iban desde el barrio de El Carmelo hasta el palacio de congresos en su vespa roja. Hacía diez años que habían cancelado su invitación a hablar en un debate en Barcelona tras su desafío a la realeza británica en Londres. Pero en esos diez años ya los movimientos sociales habían arrinconado la hipocresía del poder. Su amigo Zachie, muy débil pero ya en tratamiento gracias a la victoria del TAC (*Treatment Access Campaign*) sobre las multinacionales farmacéuticas, la llamada gran farma, y Estados Unidos, habló por videoconferencia. Aimsa planeó qué decir en la mesa redonda que compartió con el ya ex-presidente Clinton y su flamante Fundación que supuestamente abanderaba la lucha contra el SIDA. Antes habló con un compañero de lucha en Seattle, John, que le dio una idea para arrinconar a Clinton y a Gates en su defensa del "negocio genocida":

- Señor Clinton, ¿Cómo podemos creer en las intenciones de su Fundación cuando hace unos meses estaba presionando al gobierno de Sudáfrica y a muchos más a que mantuvieran los privilegios del monopolio de las compañías farmacéuticas que ha supuesto ya veinte mil millones de beneficios y veinte millones de muertes? ¿por qué, a pesar del acuerdo de proteger el derecho a la salud ante esos monopolios, acordado en la Organización Mundial del Comercio hace medio año en Doha, su país, como

su gobierno hacía cuando usted era presidente, sigue chantajeando y presionando a cualquier gobierno que quiera acogerse a tal derecho, que lo es Señor Clinton, a la vida? Su país ayudó a Europa a acabar con el imperialismo nazi gracias a un pool de patentes para que muchos fabricantes pudieran aumentar la flota de aviones. Esta es una nueva guerra señor Clinton. Es el momento de poner el conocimiento a favor de la vida y no de los beneficios obscenos de unos pocos.

De nuevo respuestas evasivas, defensa de la libertad y de la innovación y el progreso de la humanidad. Grandes mentiras.

En el mismo panel estaba Gates con su también reciente y flamante Fundación con una dotación de la mitad de su fortuna en fondos invertidos en negocios del petróleo y de los medicamentos, y de cuyos intereses hacía proyectos de caridad y ya empezaba a dominar las "políticas de salud global". Gates recordó el desafío de Aimsa seis años atrás, la miró con severidad y susurró algo a algún asistente a su espalda.

Al salir de la sala se le acercaron personas del equipo de Gates y de Clinton para hablar con representantes del laboratorio de Gilead antes dirigido por el ahora secretario de Defensa Donald Rumsfeld, con representantes de la poderosa IPFMA a la que pertenecían las corporaciones farmacéuticas más poderosas, otros del Banco Mundial y una tal doctora Fronz, de la Comisión Europea. Llamaron también a John, Ellen, Judit, Thiru y otros representantes de la sociedad civil. Se propuso en aquella reunión un "pool" de patentes.

Aimsa sabía del orgullo norteamericano y por eso aludió a su combate durante la segunda guerra mundial y como Estados Unidos ya entonces había creado un pool de patentes para acceder a patentes aeronáuticas, aumentar su flota aérea, bombardear Berlín y derrotar a la Alemania nazi. Por el mismo mecanismo las compañías farmacéuticas darían licencia de producción y distribución sólo a ciertos países pobres y bajo pago de *royalties*. Era una concesión a su monopolio de facto que se imponía a países que se doblegaban ante Wall Street, pero podría salvar millones de vidas. Mientras tanto seguiría trabajando por acabar con aquellos

monopolios de sangre.

Luego viajó a Johannesburgo. Nkosi acababa de morir un mes antes y Aimsa fue con Nadine y con Gail a meditar y sentir su alma frente a su tumba en el cementerio de Westpark. Sintió a Nkosi abrazado a Anwele. El SIDA seguía avanzando en todo el mundo y sólo algunas islas de esperanza en África, como la misión de Ukuzwana, ofrecían tratamientos que prevenían el millón de muertes cada año causadas, insistía Aimsa, por la avaricia de unos pocos.

Ahora había acudido a la Cumbre de la Tierra. Treinta años antes la primera cumbre de la Tierra celebrada en Estocolmo llamó a la urgencia de cuidar la naturaleza. Coincidió que al año siguiente ocurriera la "crisis del petróleo" por el embargo en ventas de petróleo de los países árabes a países occidentales, debido a su apoyo a Israel en su invasión sionista de Palestina y zonas de Siria y Líbano. Salvo un ligero descenso en la quema de petróleo durante el año siguiente, el consumo de combustibles había seguido creciendo en todo el mundo. Veinte años después tuvo lugar la segunda cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, con la presencia de casi todos los países del mundo. Al menos allí se aprobaron los convenios sobre la diversidad biológica y sobre el cambio climático. De ello surgió la conferencia de Kyoto a la que Aimsa había acudido ya representando a la red de eco aldeas espirituales hacía cinco años, y había sentido la profunda decepción de los intereses políticos y económicos disfrazados en retórica e hipocresía. Ahora ya representaba formalmente a la "red de ecoaldeas espirituales" como organización reconocida por Naciones Unidas y tenía derecho a intervenir después del turno de palabra de casi doscientos países e interminables discursos de lo mucho que hacía cada uno. El mundo que había visto Aimsa sobrevolando Groenlandia en deshielo acelerado y en el que comparaba a la especie humana enfermándose como el virus del SIDA replicaba en humanos, había seguido destruyéndose por la avaricia humana.

Aimsa se disponía a tomar la palabra en el Centro de Convenciones de Sandton. Diez años antes todos los jefes de gobierno que hablaron en Río

de Janeiro alertaron del desastre climático. En los diez años siguientes siguieron subiendo en todo el mundo la deforestación y las emisiones de carbono, unido a subvenciones a las industrias del petróleo y automóviles, y a formas de vida que, como dijo Fidel Castro, desde una Cuba en pleno "periodo especial" tras el colapso de la Unión Soviética, adoraban "el consumo enajenante". Cinco años antes la conferencia de Kyoto en la que Aimsa levantó su voz decidió unas metas muy poco ambiciosas en reducir las emisiones y el desastre climático del que cada vez era más clara la evidencia. Algunos países como Estados Unidos, el principal contaminador, ni siquiera firmó y el resto del mundo siguió contaminando sin reparos y sin cumplir sus palabras.

Aimsa se dirigió a los representantes de la cumbre con estas palabras:

Sólo tengo tres minutos para transmitirles nuestro sentir, en el nombre de las más cinco mil comunidades y dos millones de personas que forman la red de eco aldeas espirituales. Decenas de miles de políticos, cientos de miles de palabras y millones de dólares se han gastado en la Cumbres de la Tierra en estos últimos 40 años. Todos ustedes, cumbre tras cumbre, hablan de los esfuerzos de sus países. Y nada ha cambiado. Nada. La Humanidad sigue su frenética carrera de destrucción de la naturaleza, deforestando, destruyendo otras formas de vida, intoxicando los mares y asfixiando el aire. Cada uno de nosotros ha emitido más de una tonelada de carbono para venir a esta reunión. Desde nuestra red entendemos que sólo una profunda transformación de la forma de vida que denoste el absurdo crecimiento económico del Producto Interior Bruto, que mide las compras y ventas, en su gran mayoría entre intermediarios especuladores. Una Humanidad que deje de emitir carbono quemando en unas cuantas décadas los fósiles que sedimentó nuestra madre tierra durante miles de millones de años. Que todos dejemos la obsesión del comercio global que aviva esa quema cruel de la vida y produzcamos y consumamos, como hacemos en nuestras eco aldeas, lo que la Tierra nos da para el alimento, el cobijo y el calor. Que tengamos el coraje de prohibir con toda valentía y determinación el cáncer de la especulación financiera, ese gran casino

mundial en el que cada día se apuesta entre la avaricia de unos pocos ricos y la muerte de los muchos pobres, perdiendo siempre los segundos. Vengo de meditar por Nkosi Johnson, quien hace dos meses murió con trece años en esta ciudad y quien dos años antes alertó al mundo de como la avaricia de unos pocos estaba acabando con la vida de millones, como él, infectado por el SIDA y sin acceso a tratamientos. Él murió ante un mundo sordo y que ha seguido brindando discursos elocuentes mientras siguen enriqueciéndose las farmacéuticas criminales. Hoy está muriendo el planeta y con él, ella, nuestra Pachamama, Madre Tierra, el futuro de nuestros hijos. Los discursos, ni el mío ahora, no cambian nada. Volvamos a la vida en comunidad y en naturaleza, abandonemos las ciudades, agujeros negros de destrucción de la vida, dejemos de consumir lo que viene de lejos y ni sabemos que destruyó para venir a nuestros platos o nuestros armarios. Dejemos de ser marionetas del sistema financiero que juega con nuestros salarios, compras y ahorros, para seguir esta terrible destrucción. Estamos a tiempo, hermanos, "abantu wami", como dijo mi paisano Mahatma Gandhi, "seamos el cambio que queremos ver en el mundo". ¡Amandhla!

Acabó con lágrimas. Hubo muchos aplausos y también muchas miradas escépticas trajeadas a la moda, alimentadas por la agroindustria y pendientes de sus acciones en Wall Street.

Al salir de la sala se acercó a ella Mans Nilson, un sueco del Instituto de Resiliencia en Estocolmo y le habló de los "límites planetarios", invitándole a una reunión sobre un movimiento mundial de conciencia de los umbrales éticos.

- Mans, le agradezco su aprecio, pero ni por tales causas nobles debemos seguir contaminando con nuestros viajes y abandonando lo que realmente importa, nuestros jardines y huertos, nuestras comunidades y, sobre todo, nuestras familias.

Sintió un profundo deseo de llegar a Ukuzwana y abrazarse a Jonay y a Nour, y a toda esa maravillosa familia que no vivía de discursos y palabras, sino de amor y entrega real a quienes más lo necesitaban.

LXXXIII. El más profundo desgarró del corazón, Madrid, Navidad 2002

Thanda había ido retrasando su vuelta a Madrid desde que en febrero Cristina decidió dejar Ukuzwana y volver a Madrid con sus hijas, Ángeles y Daniela. Solicitaron un reemplazo al ministerio de salud, pero ningún médico del país quería irse a un lugar tan remoto e incomunicado. La congregación del Trastébere buscó médicos cooperantes, pero no encontró a nadie preparado la responsabilidad de estar sólo y lejos de otros centros de referencia. Jonay se tuvo que volver en septiembre con Aimsa a Nueva York. Habían tenido un lindo reencuentro en Ukuzwana en que Aimsa reconoció cómo el mundo de las palabras le estaba abduciendo de lo más sagrado en su vida, su familia. Volvieron muy unidos, aunque, de nuevo, dejando parte de su corazón y lágrimas de emoción al despedirse. Lágrimas que parecían dar una mágica vida a la jacaranda de Nour que allí seguía creciendo, como si queriendo ver, como hacía Unai desde los kopjes, cuando volvía la princesa de Ukuzwana. En su despedida y ante futuros inciertos, Thanda y Jonay le prometieron volver en dos años a repetir el lindo diagnóstico de salud de la comunidad que habían publicado como “el método de Anwele”.

Pero llegó el mejor relevo posible: Buhleve convenció a sus jefes del hospital en Johannesburgo y pudo terminar un mes antes la residencia y llegar a finales de noviembre a su sueño de ser médico en Ukuzwana. Compartieron apenas un par de semanas y Thanda emprendió su vuelta a Madrid, tan sólo dos años después de haber llegado a aquel mágico lugar, con un paisaje seco y un paisanaje atormentado por la malnutrición y las enfermedades, pero donde había recuperado el sentido de ser médico, el compromiso con los que sufren.

Patxi le llevó hasta el aeropuerto de Bulawayo. Thanda apenas podía hablar por tener un nudo en la garganta. Se moría de ganas de ver a sus hijas, pero temía el reencuentro con Cristina. A sus cartas de amor recibía respuestas muy frías sin apenas preguntar por la misión. Estaba ocupada en una oposición de adjunto de microbiología en el hospital Gregorio

Marañón, en amueblar un piso alquilado frente al Retiro, en inscribir a sus hijas en el colegio de Santa María del Pilar, en preparar las compras de Reyes, encontrar langostinos para la cena familiar, en ver las series de televisión, y en alquilar un apartamento en la playa en el verano. Thanda no quería volver a aquella vida tan codificada, tan anclada en un consumo incuestionable, en una carrera constante por mantener o subir del estatus social, de los congresos médicos, el tráfico, las cenas caras, las conversaciones vacías... Según lo pensaba en el trayecto se sentía culpable pues a él podían parecerle vacías pero esos empeños estaban llenos de su ilusión, su ternura, sus espacios de generosidad, su cuidado de lo cercano. ¿no valía la sonrisa de sus hijas toda una vida de sacrificio y renuncia?

- ¿Qué piensas Thanda?

-En lo que dejo, Aita. En lo que me espera...

- Oye –le salió el acento fanfarrón vasco a Patxi- que no vas ni a la guerra ni a la cárcel. Que te esperan tres lindas princesas, tus padres, tu profesión y aquí dejas, Ulilapha, miles de amigos esperándote. Piensa Thanda que a veces por quererlo todo a nuestra manera nos hacemos soberbios y egoístas. El que da es el que gana, y el que cede el que encuentra la paz.

- Tienes toda la razón Patxi. Sé que no me va a ser fácil comparar el gasto superfluo con las necesidades de aquí, la escalera de competir y tener con la generosidad de compartir. Pero tienes razón, tengo tres lindas razones para ser tolerante y seguir siendo yo, con las ideas que estos dos años he resucitado del fondo de mi alma.

Se unieron en Bulawayo Haka, Joseph y Nothando. Thandiwe ya había empezado en septiembre la facultad de medicina en Johannesburgo, tomándole el relevo a Buhleve, quien la inició en la vida en Egoli. Se despidieron emocionados y siguió rumbo a Harare y luego hacia Madrid via Londres.

Al llegar al aeropuerto de Barajas pudo ver a Cristina con Ángeles, ya con once años y Daniela, con cinco. Mientras sus hijas rebosaban de alegría y le recibían con carteles en ndebele” ¡Amhlope Baba Thanda!”, Cristina le miró con una cierta ternura teñida de un manto de distancia fría. Al ir a

besarle los labios...puso la mejilla.

En el camino hacia la casa las niñas no dejaban de preguntarle por Adam y Unai, también por Nothando, Thandiwe y Joseph, por toda aquella linda familia y por sus compañeros de la escuela. Les contaba con entusiasmo como habían sido esos meses y cómo contaba los días por volver a verlas. Le hablaron después de su nueva casa, del colegio, de los vestidos que se habían comprado para celebrar la Navidad y hasta de un perrito, Ricky, que les habían regalado los abuelos maternos al volver, desconsoladas, de Zimbabue. Llegaron a un edificio de la calle Ibiza y Cristina aparcó el Ford Escort negro que había comprado con los ahorros familiares, en un garaje subterráneo. Subieron al quinto B, el piso que Cristina había alquilado a su vuelta. Entró y apreció un ambiente acogedor, luces bajas, tapicerías de colores cálidos, el televisor frente al sofá y no lejos de la mesa del comedor. Como la gran mayoría de los hogares en España, pensó. La cocina de mármol blanco estaba brillante y avanzaron hacia los dormitorios. Las niñas le llevaron rápido a su cuarto, lleno de muñecas en la cama litera, un librero con cuentos y libros de la escuela, un gran león de peluche, posters de cantantes de moda y dos mesas de estudio, cada una con un "ipad" que le enseñaron con entusiasmo. Apenas vio una foto de ellas con Adam y Unai en un marco en el librero y dos dibujos que les enviaron por sus cumpleaños desde la misión. Thanda sacó de su mochila, había aprendido a vivir con muy poco, un diario del año que pasó lejos de ellas desde la misión, con cuentos, aventuras, recuerdos y dibujos. Mientras se quedaron mirándolo, Cristina le enseñó el dormitorio con una cama doble y cochas de punto blancas. No vio ninguna foto de los dos. Dejó su mochila en un discreto rincón, pero algo le decía que ese no era su lugar... Le enseñó después con más entusiasmo el "cuarto de invitados", donde sí había una foto suya en Ukuzwana.

Cenaron los cuatro una sabrosa tortilla de patata y croquetas de jamón, con pan y gaseosa. Era jueves y pusieron primero las noticias y luego la serie "cuéntame". Thanda no paraba de contarles historias, pero las tres parecían estar más atentas a la televisión... después de recoger la mesa y limpiar los

platos, Thanda les quiso enseñar en un CD en el ordenador portátil de Cristina, las fotos y videos de la misión que había ido recopilando para un momento tan anhelado. A los diez minutos notó que se fueron durmiendo. En el momento que ya ninguna estaba despierta, salió un video de un hermoso atardecer desde un humilde kraal. Según se ponía el sol sintió una escalofrío. Como si se hubiera terminado una fase de su vida y entraba en una noche misteriosa.

Llevó en brazos a sus hijas a sus camas y las arropó dando un beso de buenas noches. Volvió al salón y Cristina se había despertado e iba hacia el dormitorio. La vio venir por el pasillo y sintió la atracción por una mujer bella, ya, como él, cumplidos los cuarenta, esbelta, casi altiva en sus andares, con unos lindos ojos color miel pero que le atravesaban al mirar... casi como ignorando su presencia. Al ir a su encuentro en el dormitorio ella sacó su mochila y le dijo:

-Juan, ya hablaremos, necesito tiempo.

Thanda hacía bromas con sus hijas al llevarlas a la escuela diciéndoles que él dormía en el cuarto de invitados pues roncaba mucho y no le dejaba descansar a mami. Alguna vez que las oyó ir al baño por la noche disimuló algunos ronquidos. Fueron aparentando normalidad, pero algo estaba muy dañado en su unión.

Thanda se reunió con sus padres en su casa familiar en las afueras de Madrid, consiguió un contrato de guardias en las urgencias del Hospital Gregorio Marañón, el mismo donde Cristina ya era médico adjunto de microbiología y gestionaba un complejo laboratorio con más de cien tipos de pruebas, serologías, cultivos y "PCRs". Las niñas iban al cercano colegio del Pilar a un paseo bordeando el bello parque de El Retiro. Lo tenían todo: salarios, estatus, un piso "bien situado", dos niñas sanas y estudiosas en un "colegio de pago" y hasta historias de África que contar a sus amigos y colegas. Veían el telediario cada noche, la serie "cuéntame" los jueves, los sábados invitaban a amigos del hospital a jugar al "mus" y a tomar una pizza viendo una película. Los domingos iban a la iglesia del Santísimo Sacramento, compraban pasteles en "Mallorca", comían en familia e iban

por la tarde a visitar a sus suegros, en un piso del barrio de Salamanca donde él veía el partido de fútbol, ella cotilleaba con su madre sobre sus amigas de la escuela y las niñas se entretenían con sus juegos de los ipad. Todo ello estaba salpicado por cumpleaños de compañeros de la escuela y primos y por alguna excursión al zoológico y el parque de atracciones. Para los ojos de la sociedad, tenían todo para ser felices.

Después de oír la "misa del gallo" en la parroquia local del Santísimo Corazón, pasaron la nochebuena en casa de sus suegros. Él se excusó por no comer ni langostinos ni cordero pues se había adaptado, por necesidad y por principios, a una dieta vegetariana durante su tiempo en Ukuzwana. Llevó una sopa de calabazas y una empanada de espinacas por si alguien quería probar, pero tuvo poco éxito. Tras la opípara cena atendieron en la televisión al "discurso del Rey". Él prefirió no opinar de su sentimiento republicano y desacuerdo con jerarquías hereditarias que veía injustas y anacrónicas, pues hubiera desatado las iras de sus suegros y cuñados, monárquicos, católicos y socios del Real Madrid. Pasaron a los regalos y hubo una catarsis de al menos 30 paquetes de regalos entre los siete nietos y sus padres y abuelos. Thanda se fijó en que casi todos eran juguetes fabricados en China posiblemente con trabajo infantil y daño natural. Cuando volvieron a su casa, ya avanzada la noche, Cristina y las niñas se acostaron. Thanda quiso recoger esa misma noche todos los envoltorios de los regalos y bajarlos al cuarto de la basura que ya estaba rebosando de cajas y bolsas de plástico de esa vorágine del consumo.

Había disimulado un nudo en la garganta toda la noche, sonriendo ante la ilusión de sus hijas con cada regalo, agradeciendo la cena de sus suegros y viendo el discurso del Rey. Sentía falta de aire. Subió a la casa y en "su" cuarto de invitados escribió una nota para Cristina:

Cristina, necesito ir a dar un paseo al Retiro. No te preocupes si vuelvo tarde. Buenas noches.

Según avanzaba por la calle Ibiza hacia El Retiro sintió como le salía del alma un llanto profundo, ahogado desde que había vuelto hacía un mes ya a Madrid. No paraba de pensar en cómo estarían celebrando la Navidad en

Ukuzwana. Habrían tenido la reunión comunitaria en lo que ahora llamaban el foro de la armonía, hubieran paseado viendo las estrellas y la cruz del sur y Unai subido un kopje oteando por si Nour volvía, compartirían la comida sencilla de sadza o sorgo con hortalizas de la huerta, se intercambiarían regalos hechos con sus manos, habrían dado las buenas noches a los enfermos en las salas, con los tiernos abrazos de Adam y habrían dado gracias a la vida por tener un lugar donde vivir sencillos compartiendo y dándose a quienes más lo necesitaban.

Según caminaba hacia el parque se fijó en un hombre que buscaba restos de comida entre unos contenedores. Se dio cuenta que era un paciente que trató la semana anterior en urgencias de una bronconeumonía. Recordaba su nombre:

- Pascual, ¿me recuerdas?

- ¡Doctor! Claro que le recuerdo. Usted me trató con afecto, algo muy poco común en mi "condición".

- ¿Y cómo estás? ¿Mejoraste de la tos?

- Poco a poco doctor. Con estos fríos y viviendo en la calle no es fácil.

A Thanda se le partió el corazón al escuchar que dormía en la calle. Sintió el impulso de llevarle a la casa, dejarle su cama, ofrecerle una ducha caliente y una cena en familia, algo que quizás no habría tenido Pascual en mucho tiempo.

- ¿Dónde duermes Pascual? En aquella oficina de cajeros automáticos al otro lado de la calle, comparto con otras dos personas sin techo. Eso cuando no nos echan a patadas los jóvenes que sacan dinero para sus juergas nocturnas.

Thanda se quedó mirando a Pascual. Tenía unos sesenta años, era alto y de complexión fuerte, pero actitud encorvada y huidiza. Tenía el pelo canoso, grasiento y con un tono amarillento. La tez estaba agrietada de profundas arrugas que hablaban de más expresiones de angustia que de gozo. Tenía un ojo morado e inflamado, una barba a medio cortar y una expresión que a Thanda le inspiraba tristeza, resignación y temor. Thanda se fijó en un bar que aún estaba abierto, ya pasada la medianoche y le invitó a Thanda

a tomar algo juntos.

Tras tomar juntos una clara y un pincho de tortilla y aceitunas, fueron a dar un paseo por el parque de El Retiro, solitario a esas horas de la noche de un día tan especial. Pascual le fue contando su historia a Thanda. Había nacido en un caserío del pueblo de Villafranca de Ordizia en el País vasco. Ayudó a las tareas del campo y estudió el oficio de carpintero para luego trabajar en la fábrica de muebles del pueblo. Conoció a Pilar, una joven de San Sebastián que pasaba temporadas en una casa señorial familiar. A Pilar le atrajo la fuerza y nobleza de Pascual en sus partidas de pelotari en el frontón, y a Pascual le belleza y elegancia de Pilar. Se casaron, no sin tensión con los padres nobles de Pilar. Vivieron en el caserío de la familia de Pascual y nacieron allí sus tres hijos en los cinco primeros años. Pilar pasaba cada vez más tiempo con sus hijos en San Sebastián en un piso que sus padres le regalaron un piso en la "Concha" de San Sebastián. Pascual trabajaba en la fábrica y fue siendo conocido en el pueblo por su bondad y generosidad, de forma que le nombraron "juez de paz". Mandaba todo el dinero para los gastos de Pilar en San Sebastián, que siempre eran más de lo que su humilde sueldo podía satisfacer.

A mediados de los años ochenta ETA amenazó al patrón de la fábrica y acabó secuestrando a uno de sus hijos. En una reunión del sindicato Pascual condenó la lucha armada, las extorsiones y los secuestros. Poco después recibió una carta diciéndole que dejara de hablar en contra de la libertad del pueblo vasco o sufriría las consecuencias. En la carta mencionaban la dirección donde ya vivían casi todo el tiempo Pilar y los hijos. Al principio no le dio importancia. Incluso habló con una ex-etarra, Yoyes, que se había acogido a la reinserción. Pascual y Yoyes se conocían desde niños en la escuela. A Pascual le gustaba e iba con cualquier excusa a la charcutería del mercado donde Yoyes ayudaba a su abuelo. A veces paseaba con ella hasta su caserío en Goitine. Se distanció cuando vio que ya de adolescente Yoyes se fue aproximando a la banda ETA en su lucha contra el dictador Franco. Con apenas dieciséis años desapareció del pueblo. Se la implicó en intentos de actos terroristas y en uno de ellos murió su novio José, mientras

manipulaba una bomba lapa. Cuando murió Franco, Yoyes se opuso a la lucha armada y abogaba por el diálogo político, que ETA no aceptó. Dejó la banda, se fue a México, se volvió a casar y tuvo un niño que paseaba por el pueblo. La banda armada la consideraba una traidora e hizo varias pintadas amenazantes en el pueblo y en su caserío que decían: "Yoyes txibata, Yoyes traidora. Yoyes habló con Pascual como juez de paz. Pascual se lo dijo a Pilar y ella, quien ya casi no vivía en Ordizia, decidió mudarse definitivamente con los hijos a San Sebastián, por seguridad. Pascual habló en la radio y en los diarios en defensa de Yoyes y en contra de la violencia. A los pocos días ETA asesinó a Yoyes en plenas fiestas locales, Euskal Jaia, frente a Akaitz, su hijo de tres años.

En el funeral Pascual dijo que sus asesinos habían perdido todas las razones. Pascual recibió amenazas. El patrón de la fábrica, al que había defendido, le aconsejó que se fuera un tiempo del país vasco y le fío una jubilación anticipada. Con ese dinero alquiló un piso a las afueras de Madrid, en Villalba, donde trasladó con Pilar y los niños. Se había ido diluyendo la pasión en el matrimonio, y Pilar vivía aquel exilio con rabia ya acusándole a Pascual de haber arruinado la vida de ella y de sus hijos. Ella se gastó todos los ahorros familiares en el casino de Torrelodones y se fue con el dueño de un negocio de ventas de coches usados a un chalet en el Molino de la Hoz. Los hijos, ya adolescentes, volvieron al país vasco con sus tíos maternos. Pascual cayó en una depresión. Con cincuenta años y España en crisis económica, no conseguía trabajo. Su familia le había dado la espalda. Thanda le habló de su vida acomodada, de sus estudios en Canarias, de su trabajo en los hospitales de Madrid y de cómo acababa de regresar de la etapa más bella de su vida conviviendo y compartiendo en una misión remota de un país del sur de África. Se sinceró también en decirle que notaba como esa forma de vida le había alumbrado un camino de felicidad que era diferente del que seguía la madre de sus hijos. Seguir su camino significaría romper su familia, seguir el de su esposa, significaría romper su alma. Esa noche de consumo navideño, tan lejos del espíritu de la vida de Jesús, le había revelado con más claridad que no podía seguir disimulando.

Ya estaba amaneciendo, después de una noche de confidencias y creciente confianza entre ambos. Tomaron un chocolate caliente y unos churros en una cafetería que permaneció abierta en la glorieta de Atocha.

- Thanda, tú mujer y tus hijas estarán preocupadas por ti.

- Descuida Pascual, le dejé una nota y estoy seguro que lo entenderá. Además, debo hablar con ella de nuestros caminos. Y no sabes que bien me ha hecho pasar la noche compartiendo contigo Pascual.

Se quedó mirando a la mirada emocionada de Pascual y continuó :

- Le quiero insistir a mi esposa para que te quedes en nuestra casa esta Navidad. Buscamos un colchón y puedes dormir en el cuarto donde yo me estoy quedando.

- De ninguna manera Thanda. Estás en una situación muy delicada y debes hablar con tu esposa en la intimidad de la familia y el hogar.

En ese momento Thanda recordó como Fernando, el cubano de La Gomera y maestro de Jonay, y con el que mantenía amena correspondencia, le había hablado de los albergues de San Juan de Dios y, ante su vuelta a Madrid, le había mandado un contacto, que había guardado en una nota en su cartera: Padre Joaquín, Oficina de misiones, Albergue de San Rafael, Madrid.

- Pascual, me siento mal volviendo a mi casa con sus comodidades y el calor de la familia, y tú quedándote en la calle. Quisiera darte al menos lo mismo que se han gastado mis suegros en juguetes innecesarios para mis hijas. Permíteme que te ayude Pascual.

- Thanda. Tú me has tratado con dignidad, me has escuchado, me has contado tus sentimientos. Esta amistad que hoy puede nacer vale para mí más que todo el dinero del mundo.

Se dieron un abrazo y Pascual bromeó diciéndole a Thanda: ya sabes dónde están mis "oficinas".

Eran ya la siete de la mañana, compró más churros calientes y volvió a su casa. Pensaba si realmente era "su" casa. Al entrar notó que todas seguían durmiendo. Parecía que nadie había notado su ausencia. Su nota para Cristina seguía en la mesa del comedor. Llamó al Padre Joaquín.

- Buen día. Y Feliz Navidad. ¿Puedo hablar con el Padre Joaquín?
- Sí soy yo, ¿quién me llama?
- Me llamo Thanda. Soy médico. Acabo de regresar de trabajar en una misión en Zimbabue. Un amigo que ha trabajado la misión que tienen en Sierra Leona, me dio su número. Quisiera hablar con usted en cuanto tenga un momento por favor.
- Encantado Thanda. Esta tarde podemos tomar un café aquí en el albergue si quieres.

Cuando se despertaron Cristina y sus hijas les había preparado chocolate caliente y les ofreció el desayuno con churros. Les convenció para ir a pasear al Retiro y después de comer ir a ver el "Belén" del hospital de San Rafael, del que el albergue era anexo. Durante el paseo por El Retiro y mientras Ángeles y Daniela andaban en sus bicis, Daniela aún con "ruedines", Thanda le contó a Cristina su encuentro y conversación con Pascual. Cristina apenas prestaba atención, estaba muy pendiente de que no se cayeran las niñas. Sin apenas reaccionar a la emoción con que Thanda relataba aquel encuentro, mágico para él, le dijo que tenían que ir pensando en los regalos del día de Reyes.

Al llegar al hospital de San Rafael en la calle Concha Espina, Cristina y las niñas fueron a ver el "Belén", famoso en todo Madrid por ocupar unos cien metros cuadrados y tener más de quinientas figuras representativas del tiempo del nacimiento de Jesús. Como habían acordado, Thanda iría a hablar con el Padre Joaquín y se reunirían después.

Entró en el albergue. Se fijó en que había una garita de un guardia y una caseta de un perro. Pasó a la recepción y preguntó por el Padre. A los cinco minutos llegó un hombre de unos setenta años, de pelo blanco, unas gafas de fina concha marrón parecidas a las que usaba su padre, una mirada entre serena y alegre y una barba bien afeitada. Vestía una bata blanca que dejaba entrever un alzacuello de sacerdote. Le saludó y le guio hacia un pasillo en el sótano por donde llegaron a una puerta donde rezaba: "Oficina de misiones de San Juan de Dios". Al entrar vio en una sala de espera un mapa mundi del "national geographic" sobre una corchera y con chinchetas

en una veintena de países, aquellos donde esa oficina apoyaba misiones en el mundo.

- Bueno Thanda, dime en qué puedo ayudarte.

- Gracias Padre Joaquín. Lo primero que quería es preguntar si puedo ser de ayuda, como médico voluntario en el albergue o en su trabajo de apoyo a las misiones.

- Claro que sí, Thanda. Aquí siempre hacen falta más manos. Tenemos un pequeño botiquín para los albergados y hace tiempo que nadie lo organiza. Podrías ofrecer consultas a los albergados. Además, aquí desde la oficina de misiones mandamos contenedores con medicamentos a África y que vendría bien clasificar.

- Cuente conmigo.

Pensó en que sus hijas iban tres tardes por semana a actividades extraescolares de música y baile.

- ¿Le parece bien que venga tres tardes en semana, dos a la consulta y una a ordenar medicamentos?

- Muy bien. Muy generoso de tu parte Thanda.

- También tengo una pregunta, más bien un consejo o un favor que pedirle. Ayer conocí a una persona sin techo. Se llama Pascual. Es una persona de buen corazón a quien la vida le ha dado la espalda. Duerme en un cajero y vaga por las calles. Creo que le gustará conocerle.

- Si Thanda, cada persona de la calle tiene una historia épica. Si quieres ven con Pascual la próxima vez que vengas y hablo con él a ver cómo podemos ayudarlo.

Se reunió con Cristina y las niñas y fueron a hasta la casa atravesando la Castellana con su bello alumbrado de Navidad. Thanda veía a sus hijas felices. Daniela jugaba con una muñeca y Ángeles oía música en su "sony-walkman". Thanda empezó a sentir que sí podría encontrar como continuar su compromiso por los más necesitados en esa jungla del consumo. Miró a su lado y vio a Cristina con la mirada perdida en el horizonte. Era una mujer bella, inteligente, y juntos podrían ser felices y darle un hogar de cariño e ilusión a sus hijas, y a la vez de valores de los valores de justicia y

solidaridad que habían vivido en Ukuzwana. Había leído en un libro que le dejó Patxi antes de volver que la mayor fuente de felicidad es la responsabilidad de ayudar a los demás. Decía Patxi medio en broma: "lo cual convierte a la generosidad en un acto de egoísmo". Necesitaba encender en Cristina la pasión que hacía dos años los llevó ilusionados a Ukuzwana. Estaba seguro que se estaba hundiendo en la vorágine del competir y consumir. Tenía que hablar con ella.

Esa noche, cuando las niñas ya dormían, Thanda se dirigió a Cristina:

- Cristina, ya llevo un mes de vuelta. No quiero que sigamos viviendo compartiendo sólo un techo. Yo te amo y quiero que seamos compañeros de todo otra vez. Por las niñas, y también por nosotros.

- Algo se ha roto en mí, Juan.

Ella le seguía llamando Juan, simbólico de no entender el fondo de su alma.

- Hace un año que tuve que seguir mi camino y proteger a nuestras hijas de un mundo de riesgos y en el que las apartábamos de oportunidades en nuestra sociedad.

- Pero tú estabas de acuerdo en ir a la misión. No entiendo qué te hizo cambiar.

- Juan, yo no era nadie en Ukuzwana. Me pasaba el día frente a un microscopio averiado, en un laboratorio sin reactivos ni tinciones. Mientras tú brillabas en las consultas, en las salas, en el quirófano, en los paseos...Thandabantu, ulilapha decían... ¿y quién era yo? La mujer de Thandabantu. O la madre de Ángeles o de Daniela," *Naka-okasana isikiwa*" (la madre de las niñas blancas). Aguanté un año, no fue mi integración como hubiera querido, lo siento. Además, nuestras hijas estaban en riesgo de infectarse cada día por el SIDA y otras enfermedades, sin apenas avanzar en su gramática en español, atrasadas en matemáticas, perdiendo el contacto con la sociedad, los valores y la cultura a la que pertenecen. Yo te lo decía, con palabras y con silencios. Pero tú estabas demasiado entusiasmado en tu mundo.

- Lo sé y lo siento cariño (hacía mucho que no se decían palabras de afecto). El trabajo en Ukuzwana despertó mis valores más profundos, mi

generosidad más profunda, sacó lo mejor de mí. Y me olvidé de ti y de tus sentimientos. Pensé que tú sentirías lo mismo, a tu manera, la profunda felicidad de darse a los más necesitados.

- Lo dices como si yo fuera insensible o egoísta. Recuerda que para que tu estuvieses tratando a pacientes todo el día yo me encargaba de la casa, de las tareas, ¡en debebe!, de la escuela, de mantener todo limpio y seguro para nuestras hijas y de darles clases complementarias en español para que no quedaran rezagadas. Pero volvías a casa y sólo hablabas de tu trabajo, de tus pacientes, de tal o cual kraal, y de Nolwasi y su magia sanadora. Me sentí como prescindible, secundaria. Y se fue muriendo en mí la ilusión.

- Lo siento cariño, me doy cuenta ahora que por mi entusiasmo fui egoísta. En ese momento pensó en la reflexión de Patxi: ¿es la generosidad egoísta?

- Lo sé Juan. No había ni hay en ti maldad. Pero me hiciste daño. Yo seguí mi vida, busqué trabajo, alquilé esta casa, la amueblé, busqué la escuela de las niñas, les ayudé a integrarse a su vuelta, a apreciar su mundo de amigas, de aprendizajes, de tradiciones y de paisajes. Sí, consumistas, urbanos, rutinarios, pero de ellas. En el que las espera su mundo, seguro, donde dibujar sus sueños y donde ser felices.

Thanda pensó para sí que la seguridad no es sinónimo de felicidad y que lo que no está bien, como el consumo ciego ante el sufrimiento de otros, no es ético. Pero no tenía derecho a cuestionar el mundo que con esfuerzo y el deseo de darles a sus hijas seguridad y "futuro" había labrado Cristina mientras él se quedó en la misión.

- ¿Y crees que podemos reiniciar nuestra unión combinando tus deseos y los míos? En el albergue de San Rafael puedo comenzar una consulta para gente sin techo. Creo que Pascual me puede ayudar.

- Lo siento Juan. He conocido a alguien que sí que ha estado a mi lado.

Thanda sintió el más profundo desgarró en su alma.

LXXXIV. La mentira y la avaricia mandan en el mundo, Nueva York, marzo 2003.

Jonay y Aimsa escuchaban con los puños cerrados y las miradas húmedas de rabia como en la radio relataban el bombardeo de Estados Unidos a Irak. Desde el ataque de Al-Qaeda a las torres gemelas hacía año y medio, el gobierno de Estados Unidos había buscado venganza. Sus tambores de guerra, como todos, venían del miedo. Miedo a no estar en control del mundo, miedo a no dominar un mercado global a sus pies, miedo a no inundar su sistema de petróleo. El miedo cegaba todos los razonamientos lógicos, todo flujo de empatía y toda sensibilidad por el sufrimiento ajeno. Se disfrazaba patéticamente de supuestos valores de libertad y justicia.

Un mes antes Aimsa había asistido a una sesión del consejo de seguridad en la que el secretario de estado Colin Powell argumentaba la necesidad de invadir Irak y derrocar a su presidente Sadam Hussein por la presencia de armas biológicas y químicas de destrucción masiva y por tener ambiciones nucleares. De Irak no había evidencia alguna y de otros muchos países sí, incluido el aliado y cómplice en todo, Israel. La verdadera razón era una *vendetta* por la guerra que Bush padre no pudo terminar diez años antes, y por la avaricia de controlar las vías del petróleo en el Golfo Árabe, la mitad del petróleo mundial, la batería del sistema capitalista. Aimsa notó que Powell mentía, que sabía que mentía y que se avergonzaba de hacerlo. Se había conseguido acercarse a Lawrence, su jefe de gabinete, quien le había confesado que quien realmente dirigía la política exterior de Estados Unidos era el vicepresidente Cheney y el secretario de defensa Rumsfeld que reaparecían desde los años 70 en cada gobierno republicano y urdían las estrategias más perversas de Washington.

Dieciocho meses antes, mientras Jonay, Aimsa y Nour estaban desayunando en su hogar de Brooklyn, sintieron el estruendo que hizo temblar los vasos sobre su mesa en la cocina. Jonay pidió a Aimsa que se quedara con Nour en casa, cogió su mochila de emergencias y salió a la calle. Todos los transportes estaban interrumpidos. Pudo ver que una torre del world trade center, a unos 4 kilómetros de su casa, estaba en llamas.

Cientos de sirenas se oían a la vez. Fue corriendo hasta el puente de Williamsburg y lo cruzó en contra del sentido de miles de personas que huían en dirección opuesta. Ya en Manhattan tomó Forsyth, por donde le gustaba ir a correr por su amplia avenida de parques. Giró en Canal street y siguió hasta la sexta avenida en que ya pudo ver de cerca el edificio cayéndose y una columna de humo negro que asfixiaba el aire. En ese momento pudo ver varias personas que caían al vacío desde los pisos altos incendiados. Camiones de bomberos circulaban con sus sirenas por la sexta avenida. Siguió avanzando con un pañuelo empapado de agua cubriendo boca y nariz. Algunos curiosos miraban atónitos, otros corrían aterrados y Jonay fue encontrándose algunos heridos caídos en la calle. Cuando se disponía a atender a un hombre oriental con heridas en su rostro y sus manos, notó el silbido de un vuelo bajo. El segundo avión suicida impactó en la torre sur. Los pocos curiosos que quedaban a unos trescientos metros observando el desastre corrieron despavoridos. Jonay estaba examinando al paciente, quien semi inconsciente dijo llamarse Yang. Comprobó que no tenía lesiones cerebrales graves, le limpió las heridas, aproximó los bordes de una gran brecha y los suturó, hizo lo mismo con heridas en los brazos y una en el pecho, después de comprobar que respiraba bien. Como estaba atendiéndole en el medio de la calle, un bombero le pidió que dejara el paso libre a ambulancias y bomberos. Dejó a Yang en un banco de la acera recostado.

- Me llamo Jonay. Soy médico. Díganme cómo puedo ser útil.

El bombero se quedó algo confuso. La asistencia a heridos en la calle se dejaba a cargo de los paramédicos y casi nadie se atrevía a ayudar por miedo a luego ser acusado de tratamientos equivocados.

- Gracias Jonay. Me llamo Peter, venga con nosotros.

Se subió en el camión de bomberos y avanzaron por la sexta hasta cruzar Liberty Street y entrar en la "zona cero". El fuego, el humo y el drama humano hacían casi imposible mantener la vista, la respiración y la calma. Había varias ambulancias con paramédicos. Se presentó y estuvo asistiendo a pacientes en un hospital improvisado donde los bomberos iban trayendo

a los heridos más críticos. Durante las siguientes ocho horas trató a unos cien pacientes de heridas inciso contusas que limpió y suturó, fracturas que inmovilizó, varios neumotórax que descomprimió y hasta un hematoma subdural que drenó. En la mayoría puso vías intravenosas y sueros salinos para mantener la circulación y en algunos intubó las vías respiratorias para su ventilación en su referencia a los servicios de urgencias. No pudo reanimar a unas veinte personas en parada cardiorrespiratoria a pesar del masaje y la ventilación. Había cientos de cadáveres desfigurados a su alrededor. Jonay sintió una profunda tristeza por tanto dolor. No había sido testigo de violencia humana a ese nivel. A lo más algunas heridas de machetazos en disputas vecinales en Matabeleland. La violencia que había visto era la de la injusticia, la de la pobreza y la de la avaricia. Más sutil pero igual de dramática en robar vidas humanas, muchas más, aunque con menos intensidad que lo que ahora le rodeaba.

Al despedirse de los paramédicos y de los bomberos sintió una complicidad de hermanos que arriesgan sus vidas por salvar a otros. Quedó para siempre en Jonay un profundo respeto a los bomberos, con los cuales ya siempre se saludaría, a su modo, con el puño en la sien.

Cuando volvió a su casa, agotado física y emocionalmente, le esperaban inquietas Aimsa y Nour sentadas a la mesa de la cocina. Les contó lo que había presenciado. Ellas habían estado en una meditación por la paz, y se veían tristes pero serenas.

- papi, ¿que ha pasado? Preguntó Nour.

- Se estrelló un avión en un edificio, hija. papi ha estado ayudando a los enfermos, como en Ukuzwana.

- ¿Se van a poner bien, papi?

- Muchos sí, hija. Otros temo que no...

Nour, aún a sus tiernos siete años de edad, era muy consciente de la muerte. La había visto a menudo en la misión, en niños de su edad y en papás y mamás de compañeros de la escuela, a menudo por SIDA. Era normal para ella asistir a funerales y llorar las partidas de niños y adultos.

- Mami y yo hemos estado meditando para que tengan luz en su viaje a

otra vida, papi. Dijo Nour, con la voz entrecortada y sin dejar de abrazarle.

- Ahora duerme hija. Soñaremos con sus almas para darles nuestro amor a todos ellos, y a todas las personas que sufren en el mundo, ¿vale?

Mientras Aimsa acostaba a Nour, Jonay se duchó y limpió el polvo, el humo, la sangre, el sudor. Intentó, sin jabón que lo lograra, aclarar su dolor. Fue luego al cuarto y cantaron a Nour "Sunshine", como cada noche.

- Ha sido muy duro, Aimsa.

Se abrazaron en la cocina, mientras se calentaba el agua para su infusión, esta vez de romero y tila del jardín. Desde que regresaron de Ukuzwana el verano anterior se volvieron a sentir muy unidos. Aimsa limitó sus horas en las reUniones retóricas que sabía sólo servían a la vanidad de los que hacían sus discursos sin cambiar nada las situaciones de injusticia. Empezaron a compartir cada día paseos, tertulias y meditaciones. Aimsa avanzaba con fuerza en defender los derechos de la red de eco aldeas espirituales. Se había inspirado en el libro "La Revolución de una brizna de paja", de un anciano sabio japonés llamado Fukuoka. También se había aliado con una red de agroecología llamada "la via campesina". Sentía que el capitalismo basado en los mitos de la propiedad y del dinero, era la raíz de las grandes injusticias. Y que el acto más revolucionario hacia un mundo justo y respetuoso con las personas y la naturaleza era no consumir ni acumular ahorros en las garras de la especulación financiera. Cultivar, compartir y consumir los alimentos cuidando la tierra era la piedra angular de la revolución necesaria en el mundo.

- Al-Qaeda ha reivindicado los ataques Jonay. Este atentado es un horrible acto de violencia ciega. La raíz es la opresión de occidente a Medio Oriente durante décadas, engendrando odio. Han dirigido todo su dolor en forma de venganza suicida hacia el símbolo del centro del poder mundial, el Global Trade Centre.

- Ahora mismo sólo pienso en cada uno de los pacientes que no pude salvar, Aimsa. En su dolor y el de sus familias.

- Te entiendo Jonay. Nada justifica la violencia, nada.

En los meses siguientes Estados Unidos atacó objetivos ligados a Al-Qaeda

en Afganistán, interrogaron a ocho mil personas en Estados Unidos, a veces tan sólo por su origen, apellido o vestimenta. Aimsa fue interrogada por llevar su sari. Detuvieron a más de mil doscientos, en su mayoría musulmanes. El gobierno declaró la "guerra contra el terror". El vicepresidente Cheney, ante un débil Bush hijo, tomó claramente el poder. Pasaron por el Congreso el "acto patriótico" por el cual el gobierno podía espiar a cualquier ciudadano. Enumeraron posibles dianas terroristas listando casi dos mil. En los próximos años subieron hasta más de trescientos mil en el país, incluyendo hasta puestos de palomitas. Derogaron sus leyes y compromisos internacionales contra la tortura y la ejercieron de las formas más terribles siguiendo el manual Kubark, el más cruel tratado de crueldad imaginable.

Jonay leía "1984", de Orwell, y veía el paralelismo con la guerra interminable allí descrita. Treinta y cinco años antes de 1984 George Orwell escribió aquella historia imaginando un futuro de guerra perpetua y control omnipresente del gobierno que perseguía cualquier pensamiento libre. Los protagonistas, Winston y Julia, planeaban, en la complicidad del amor prohibido, la rebelión contra el sistema represor. En la novela, Winston compraba en un anticuario un diario en el que escribía pensamientos críticos al poder. Jonay pensaba en su diario de hojas de maleluca, aún esperándole. La novela de Orwell era la antítesis de la isla descrita en "utopía", cuatro siglos antes por Tomas Moro, uno de los libros favoritos de Jonay. En la distopía de Orwell, Winston y Julia se traicionan mutuamente y vuelven a su sumisión al sistema. "Sólo el amor nos rescata de las garras del poder, el miedo y la violencia", pensaba Jonay.

Empezaban a verse algunos capullos en los cerezos frente a la casa. Pero la preza de la primavera de la anturaleza llegaba al son de tambores de guerra de una Humanidad enloquecida. Durante el año anterior el gobierno de Estados Unidos había ido construyendo toda una red de mentiras para justificar la invasión de Irak por supuestos arsenales de armas de destrucción masiva. Para cualquier persona medianamente interesada e informada, todo era una gran excusa para que la venganza aliviara

supuestamente el dolor del atentado de las torres gemelas, pero, sobre todo, para dominar la mitad del petróleo mundial, en el golfo arábigo. Cheney y Rumsfeld consiguieron aliarse en el senado con el demócrata Joe Biden, presidente del comité de relaciones externas, que incluso empujó a tal genocidio. Allanaron el camino para que Bush hijo, sin apenas conocimientos del mundo ni de la historia fuera de Texas, apretara el "botón rojo" y su ejército bombardeara Bagdad aquella noche del diez de marzo de 2003.

- Aimsa, este gobierno y este sistema de poder económico y militar, íntimamente ligados, en Estados Unidos, se va pareciendo más y más a la distopía de Orwell : Cheney, manipulando a Bush, el "big brother", la mentira del gobierno el "doublethink", el pacifismo "thoughtcrime" antipatriota, la retórica falsa política el "newspeak", la tortura legalizada y el lavado de cerebros por los medios el "room 101", el internet controlado por el poder económico y político "telescreen", la negación de la historia (genocida, esclavista, imperialista y nuclear) el "memoryhole" y la desvergüenza de la mentira del poder el "2 y 2 son cinco".

Jonay y Aimsa siguieron en las noticias, invadidos de tristeza e impotencia, el bombardeo en el que cuidadosamente no se mostraban las víctimas civiles. El capitalismo no solo devoraba vidas por las desigualdades injustas extremas y destruía el resto de formas de vida por la supuesta supremacía humana, sino que se aliaba sin ningún reparo con la mentira y el terror. No era coincidencia que Bush bajara los impuestos a los ricos, disparara las desigualdades injustas y la pobreza y desatara de nuevo la carrera nuclear.

- Aimsa, dime: ¿cómo es posible que casi nadie cuestione unas Naciones Unidas secuestradas por el poder de veto de unos pocos poderosos, los mismos que tienen armas nucleares, los mismos que imponen que otros no las puedan tener, los mismos que han sembrado y siguen sembrando de terror el mundo?

- Jonay, no es sólo Estados Unidos. Ni tan sólo es el capitalismo. Desde que perdimos la empatía, que intentamos rescatar en las eco aldeas, las sociedades viven ancladas en jerarquías que se valen de mitos como

naciones, dioses, propiedades o el dinero, para manipular con miedo a quien las cuestione.

La lucha contra la injusticia les unía día a día. Aimsa fue cada vez menos a las oficinas y reUniones de palabras vacías. Trabajaban juntos desde la casa donde fueron dibujando todas las conexiones del poder que Aimsa llevaba casi veinte años estudiando y unieron a los gráficos de Haka.

Aimsa recordó su lucha quince años antes frente a Wellcome y su avaricia en limitar el entonces único tratamiento, AZT, para los ricos que pagaran altísimos precios. El año anterior en Barcelona ya había revelado las argucias de Clinton y su Fundación al servicio de los intereses del negocio, que habían financiado una parte de su campaña electoral. Su enviado para proteger esos beneficios, Al Gore, ahora daba conferencias en viajes de jet privado, sobre el cambio climático. El poder aliado con la avaricia se lavaba la cara y salía del gobierno en formas de fundaciones filántropas, aspirantes a héroes de la humanidad y premios nobel desde el centro del poder de un sistema criminal. Perfecta representación del newspeak de Orwell aclamado por las masas.

La causa fundamental de la pobreza era el excesivo acúmulo de riqueza de unos pocos, era matemáticamente clara y nítida la relación. ¿Como era que entonces todo el mundo aplaudiera a los millonarios dando migajas a los pobres mientras blindaban sus privilegios?

El entonces secretario de Defensa Rumsfeld, aliado desde los años 70 del todo poderoso Cheney, y co-responsable ahora de miles de muertes en Irak basadas en un interés disfrazado de mentira, había sido dirigente de Searle y sus edulcorantes cancerígenos. Searle se convirtió en Farmacia y después fue vendida a Monsanto. Aquella empresa contra la vida y contra la que Haka dedicó sus últimas batallas, era la mayor fuente de tóxicos para la agricultura destructiva del planeta. Cheney fue después dirigente de Gilead, una de las corporaciones que durante veinte años mantuvieron patentes billonarias frente a la vida de millones de muertes por SIDA en África. Por bombas, por químicos y por barreras frente a tratamientos, aquel hombre y sus aliados asfixiaban las vidas de millones de personas y de otras

formas de vida en el planeta.

Desde que en la reunión de SIDA de Barcelona habían conseguido crear el *pool* de patentes, se estaban distribuyendo medicamentos para el SIDA a precios más bajos en países pobres y pacientes, como los de Matabeleland, que comenzaban a escapar del destino de veinte millones de hermanos infectados por el virus y sentenciados por la avaricia. Mientras tanto, Gilead y las demás grandes corporaciones farmacéuticas mantenían sus negocios en países ricos.

Se necesitaban nuevos negocios como lo fue el SIDA durante las patentes. Aunque hubiera que inventarlos. En aquel año se detectaron algunos casos de gripe en Vietnam y Hong Kong, que se relacionaron con un virus, H5N1, detectado en pollos. Gilead llegó a un acuerdo con Roche, a quien había vendido la patente de un antigripal extraído del anís estrellado de China y de dudosa eficacia, oseltamivir. Lo llamaron Tamiflu y lo empezaron a fabricar en masa. Estados Unidos atizó la alarma mundial. El primer gesto fue el sacrificio de cien millones de pollos en un solo día en Hong Kong cuya ministra de salud, Margaret Chan, fue al poco tiempo elegida, con apoyo de Estados Unidos, directora general de la Organización Mundial de la Salud. El gobierno americano y muchos gobiernos de Europa compraron cientos de millones de dosis de Tamiflu que, ante sólo unas docenas de muertes en humanos, quedó caducándose en los almacenes de los ministerios de salud, mientras los bolsillos de los accionistas de Roche y Gilead, incluido Rumsfeld, volvían a engordar.

La injusticia de la avaricia caía en formas de bombas o de intrigas políticas para beneficiar a unos pocos quienes, con las manos bañadas de sangre, amasaban sus fortunas y hablaban de "libertad" y "democracia".

LXXXV. Las semillas envenenadas del poder, Gomera noviembre 2003

Habían pasado casi dos años desde que la comunidad de la Ternura recibió la notificación del fin del usufructo. Sólo consiguieron un aplazamiento de seis meses y después tuvieron que dejar aquel hermoso valle, sus construcciones y terrazas verdes tras veinte años de esfuerzos y amor a la tierra en comunidad.

Los grupos más reaccionarios a la colaboración con las instituciones le acusaron a John de haber vendido sus vidas con el acuerdo de usufructo y de permitir que arrasaran aquel bello valle cuidado durante tantos años. Allí ya reposaban unas cincuenta personas entre las raíces de un bello bosque de sabinas. Habían dejado su sudor y sus sueños, ahora rotos.

En las semanas siguientes se desató una campaña difamatoria en la televisión, la radio y los periódicos locales controlados por el poder. Acusaban a las eco aldeas, y en concreto a la de la Ternura, de ser sectas alienantes y practicar el amor libre, tráfico de drogas y hasta de pedofilia. Les amenazaron con retirar los permisos de residencia a la mitad de la comunidad, que no tenían el pasaporte español, con retirar las tarjetas sanitarias y el acceso a servicios de salud, con arrestarles por ocupación ilegal y cerrar el resto de las eco aldeas en la isla.

John consiguió llegar a un acuerdo con la delegada del gobierno para que declararan al valle de El Cabrito parque natural y no destruyeran las construcciones, las terrazas, el sabinar ni el puerto. También acordó que si alguna vez se clasificaban los terrenos como "urbanizables" la subasta sería pública y podrían optar a recuperar las tierras.

John se dirigió a todos con estas palabras de lo que parecía el final de un sueño:

Hoy los que se creen en posesión de la Madre Tierra, nos echan de ella por intereses de avaricia y de poder. Nos hemos opuesto con escritos, con manifestaciones y hasta con cantos frente al Cabildo. Nos han acompañado nuestros hermanos de las eco aldeas en La Gomera. Somos ya una quinta parte de todos los que habitamos esta hermosa isla. Irnos no significa bajar

la cabeza, aceptar la injusticia, someternos a un poder soberbio ni claudicar en nuestros principios. Vamos a seguir luchando. Lo haremos en nuestra cadena de radio, en los periódicos locales que nos quieran dar espacio, hablando con vecinos, en los mercados, a cada paso. Estoy seguro que la Ternura vencerá y volveremos, sin violencia, a nuestro valle. Esta es una dura prueba para no aferrarnos a ninguna propiedad, ni siquiera la de los recuerdos, la de nuestro sudor, la de la seguridad de un lugar y un tiempo. Llevaremos a este valle en nuestros corazones y en ellos estará nuestro hogar, nuestra unión, nuestra más noble lucha.

Esa noche John lloró tocando su armónica frente al mar. Al volver hacia la casa que ocupaba con Umbela y donde seguía el cuarto de Jonay, sintió tanto dolor que dio un puñetazo de rabia contenida en una de las paredes de piedra. Sintió dolor al quebrarse un hueso de la mano bajo un hematoma y dejar una marca en la pared y sus nudillos ensangrentados, pero mucho más fuerte era el dolor del desgarramiento de su alma por irse del hogar y la comunidad donde tanto esfuerzo e ilusión pusieron. Lo que había dicho a la comunidad estaba inspirado en el principio de Aimsa, de la no-violencia, que tanto había leído en el diario de Gandhi desde la cárcel. Pero en ese momento podía entender y casi justificar la resistencia violenta.

Los casi quinientos comuneros de la Ternura fueron acogidos en las otras dieciséis eco aldeas espirituales esparcidas por los valles de esa hermosa isla. Sólo la eco aldea de la Valentía, fundada por Fernando, también había cedido su propiedad, en este caso al ayuntamiento de Vallehermoso, y llegado a un acuerdo de usufructo. La Delegada del Gobierno, una títere del presidente del Cabildo, y éste de las siete familias, una de ellas la de los Bethancourt, que poseían el 80% de las tierras y negocios de la isla, había intentado presionar al alcalde de Vallehermoso. Éste, un paciente de Fernando, defendió a la eco aldea de la Valentía y se opuso a la presión de los caciques. Le fueron quitando subvenciones y presupuesto, pero resistió. John, Umbela y otros treinta comuneros de la ternura ("ternureros" les gustaba llamarse) se unieron con Fernando en "Valentía". Tomás se había quedado en El Cabrito pues su casita natal no fue cedida en el usufructo.

Cuidaría de que los caciques no tomaran el valle hasta que pudiera volver "la ternura". Aimsa intentaba exponer el caso a nivel nacional pero no había conseguido respuesta del gobierno español.

Ya había pasado más de un año del triste "destierro" de Ternura. Luis estaba de guardia en las urgencias del hospital de la isla, en San Sebastián. Eran las dos de la madrugada y estaba recostado en una camilla. La enfermera de guardia le avisó de una urgencia.

En una de las ambulancias que cubrían la isla trajeron los voluntarios de Cruz Roja a un chico de unos veinte años. Estaba inconsciente y con signos de venopunciones en las venas de los brazos y del cuello.

Desde el incidente del alemán, Luis había visto ya tres casos de sobredosis y uno de endocarditis en el que el test de SIDA dio positivo. Él y John habían intentado varias veces hablar con la delegada del gobierno, el presidente del Cabildo y directamente con el sargento de la guardia civil. Nunca les recibieron. Mandaron artículos al diario local "La Isla", y no fueron publicados.

Luis exploró con todos sus sentidos al paciente: tenía la piel pálida y sudorosa, el pulso filiforme y débil, la perfusión que comprobaba en la matriz ungueal era muy baja, la respiración era taquipneica en salvas y no respondía a estímulos dolorosos. Las pupilas estaban muy cerradas, como puntas de alfiler, y el aliento olía a acetona. Al auscultarle comprobó que tenía un latido muy lento, con un profuso soplo sistólico y que las bases pulmonares tenían crepitantes. El hígado estaba muy aumentado y el abdomen distendido, con el signo de la oleada que indicaba líquido peritoneal. Comprobó la ausencia de trauma craneal, focalidad neurológica, signos piramidales ni meníngeos. Su pulso era de 98 latidos por minuto, su tensión de 60/40 y la saturación de oxígeno 85%.

Luis llegó a la conclusión de que aquel joven sufría sobredosis por opiáceos y tenía varias infecciones asociadas, posiblemente endocarditis, neumonía y hepatitis y quizás también SIDA.

Le inyectó naloxona por vía subclavia pues todas sus venas periféricas estaban cauterizadas por la droga.

En ese momento irrumpieron dos personas, hombre y mujer, de mediana edad, ataviados con traje y vestido caros, como si vinieran de un evento engalanado. Luis notó en ellos aires de superioridad. La mujer se abalanzó sollozando a abrazar al joven, inconsciente. El hombre, a unos pasos, se dirigió de forma exigente a Luis:

- Doctor. Mi hijo está grave, exijo inmediatamente un helicóptero que lo evacúe a Tenerife.

A través de la puerta de urgencias pudo ver aparcado al lado de la ambulancia de la Cruz Roja el coche mercedes negro que había visto con John y Fernando traficando droga ante el bar de "La promesa" el año anterior.

- Soy el Dr Luis García. ¿Con quién hablo, por favor?

- Con Don Juan Manuel Bethancourt, marqués de Adeje y Conde de La Gomera.

- Les ruego aguarden en la sala de espera, estamos tratando a su hijo. En cuanto pueda les informaré de su situación y del tratamiento.

Uno de los voluntarios de la Cruz Roja los acompañó hacia fuera mientras la mujer sollozaba el nombre del joven "Juan Antonio hijo!", y oyó al hombre decir "quien se habrá creído ese medicucho godo"

Al no recuperar la respiración en los cinco minutos siguientes a la inyección de naloxona Luis, con la ayuda de la enfermera de turno, Soledad, intubó al joven y comenzó a ventilarle con un "ambu" conectado a oxígeno a ocho litros por minuto.

Para dichos tratamientos debiera llamar al anestesista, Horacio Fernández. Era un borrachín ilocalizable a esas horas, compinche del cirujano y socio del marqués en las construcciones de hoteles y campos de golf, actividad a la que sí dedicaban todo su tiempo y empeño. Prefirió no llamarle.

A los diez minutos el joven empezó a mejorar su tensión arterial y saturación de oxígeno, las pupilas empezaron a volver a su diámetro normal, movió sus brazos hacia el tubo endotraqueal y comenzó a tener respiración espontánea.

Luis le extubó, comprobó que respiraba con normalidad y que iba

recuperando conciencia. Le administró cinco miligramos de diazepam intravenoso pues pronto entraría en síndrome de abstinencia por el brusco descenso del nivel de heroína en sangre que provocaba la naloxona.

Dejó al joven al cuidado de Soledad y salió a hablar con sus padres. Les pidió que le siguieran a una sala donde podría hablar de forma confidencial con ellos.

- ¿Qué le ocurre a mi hijo, Doctor?, preguntó el hombre en tono entre exigente y preocupado.

- Su hijo sufre una sobredosis de opiáceos, posiblemente heroína. Por las muestras de venopunción y flebitis crónica en sus brazos debe llevar al menos un año inyectándose diariamente. He podido ver algunos signos de infección pulmonar, hepática y quizás del endocardio. Tenemos también que descartar que tenga infección por VIH.

- Ante su gravedad exijo que llame inmediatamente al servicio de helicópteros medicalizados. Si no hace usted lo haré yo ahora mismo.

Luis sabía que el marqués era dueño de la empresa de los helicópteros, así como de media isla. Por eso el presidente del Cabildo había permitido sus negocios sucios con la droga, los excesos de su hijo y en represalia había difamado y expulsado a la comunidad de la Ternura por la insinuación de John hacía ahora año y medio.

- Primero, señor Bethancourt, está lloviendo y es de noche, el helicóptero no puede volar seguro en estas condiciones. Segundo, su hijo tiene un compromiso respiratorio crítico y los cambios de presión son un riesgo para él. Creo que le podemos tratar aquí hasta que esté estable y vaya a hacerse algunas pruebas diagnósticas en Tenerife. Para ello tendré que rellenar el protocolo de referencia de casos relacionados con uso de sustancias adictivas e informar al Juzgado, y el de sospecha de VIH. Pero lo importante es que Juan Antonio se recupere de esta sobredosis que podría haber acabado con su vida, supere la adicción y tratemos las infecciones relacionadas.

El hombre quedó desarmado ante esos argumentos y no sabía cómo mantener su supuesta superioridad moral y social desde su "púlpito

nobiliario". En ese momento se dirigió a su esposa con tono acusador:

- Te he dicho muchas veces que necesitábamos meterle en vereda! ¡Esto pasa por haberle consentido tanto!

Intentó llamar a su amigo de negocios y borracheras, el anestesista Horacio, pero comprobó que su teléfono móvil no tenía batería.

- ¡Voy a buscar a Horacio y vengo para poner solución a esto!

Cuando se fue el marqués, su esposa se quedó mirando avergonzada a Luis y le dijo:

- Doctor, ¿saldrá de ésta mi hijo?

- Si. ¿señora...?

- Llámeme Dolores. Soy una sencilla hija de magos de Valle Gran Rey. En el fondo me avergüenzo de mi título nobiliario por casarme con el padre de mi hijo.

La mujer rompió a llorar. Luis pudo ver un hematoma facial izquierdo que el maquillaje intentaba disimular. Sospechó que era víctima de malos tratos.

- Dolores. Vamos a salvar a su hijo de esta situación. Y trataremos las infecciones que ha adquirido por las venas. Pero necesitará mucho amor y apoyo para salir de su adicción. Le recomiendo que ahora no sea evacuado al Hospital de La Candelaria en Tenerife donde abrirán una investigación y seguramente acabe preso y custodiado por tenencia y tráfico de drogas.

Luis se dio cuenta que estaba intentando proteger al joven, como protegieron el año anterior al navegante alemán. La mezcla de adicción y reclusión penal era el fin de muchos jóvenes en España. Luis había hecho su residencia de medicina interna en el hospital Gregorio Marañón de Madrid en los años noventa donde asistían diariamente a muchas sobredosis y los jóvenes de barrios marginados del sur de Madrid llenaban las salas de medicina interna donde él trabajaba. Se alió con el sacerdote comunista Enrique de Castro, hijo rebelde de un general franquista, incluso haciendo huelgas de hambre, para cambiar las leyes y permitir el tratamiento domiciliario de los cientos de jóvenes adictos e infectados por VIH que transitaban sus vidas agónicas entre la prisión de Carabanchel y el hospital.

Cuando Juan Antonio fue recuperando la conciencia ya ingresado en una habitación de las doce que tenía ese pequeño hospital, Luis se acercó a él. Recordaba de cuando trabajó en Ghana como le había acompañado un manual de medicina en situaciones de recursos limitados, "el manual del cooperante", de un tal John Gray. Con él aprendió a sentarse con aproximación respetuosa en el borde de la cama y a quitar la mesa en la consulta como barrera entre médico y paciente.

La madre de Juan no se separaba de él. El padre no había vuelto.

- Hola Juan Antonio, me llamo Luis, soy tu médico.

- ¡Vete con tu puta madre! Déjame irme de aquí, necesito un "pico", no toda esta mierda.

La madre le increpó:

- Hijo, no le hables así al Doctor. Te ha salvado la vida.

- Entiendo tu ansiedad Juan Antonio. Estás pasando un síndrome de abstinencia pues hemos hecho desaparecer los efectos de la droga en tu cuerpo.

- ¡Tú me has metido en este "mono" cabrón! ¡Déjame irme!

- Juan Antonio, te puedes ir, pero debo avisar al juzgado del diagnóstico de sobredosis. Aunque tu padre te proteja y sigas inyectándote droga, tu vida se irá dosis a dosis y por las infecciones que tienes asociadas. Es tu decisión Juan Antonio. Yo he tratado a muchos jóvenes como tú y sé lo que necesitas para superar el síndrome de abstinencia, para tratarte las infecciones y, lo más importante, para superar esta adicción y comenzar una vida nueva.

En ese momento Juan Antonio comenzó a llorar y les pidió que le dejaran sólo.

Luis salió con su madre y buscaron un rincón discreto en el pasillo para hablar.

- Doctor, le diré la verdad: sé de la adicción de mi hijo desde hace unos seis meses. Y sé que está metido en una trama de tráfico de esa droga asesina con gente de Tenerife. Estoy de acuerdo de que, si vuelve a la calle o si le refiere a Tenerife, aún si por la influencia de su padre escapa a la justicia, acabará en una sobredosis a la que otro médico llegue demasiado tarde. He

intentado hablar con su padre de ello y reacciona con violencia, ante su hijo y ante mí.

Luis notó en aquella mujer el más profundo dolor de una madre que veía la vida de su hijo deshilacharse y perder toda dignidad. Lo observaba impotente desde una jaula de oro desierta de amor. Luis, quien conoció por John las historias del cacique acosando a Umbela se preguntó como hubiera sido la vidas de Umbela si hubiera cedido, como Dolores, a la presión de aquel cacique borracho de poder y de soberbia, que destruía la vida de su mujer, de su hijo y de la isla.

En los siguientes días Luis fue rompiendo el escudo agresivo de Juan Antonio. Desde sus tiempos de residente en Madrid guardaba un diario en el que anotaba sus cientos de experiencias con pacientes. Se lo daría a su hijo menor, Enrique, quien quizás quisiera dedicarse a la cuidar de la salud, de alguna forma. De Juan Antonio escribió esta historia:

Juan Antonio era un joven de la Gomera, que creció en un hogar privilegiado y rodeado de lujos. La abundancia y su futuro seguro por la herencia de un padre dueño de media isla, fueron sus peores enemigos. Le robaron la razón de esforzarse en ganarse su sustento, en aprender un oficio, en dedicarse a los demás, en soñar un futuro desligado de la trampa del mito de la propiedad, como la llama mi amigo John. Llegó una noche lluviosa a la urgencia con una sobredosis de heroína. Hacía un año que sabíamos de una red de tráfico de droga en la isla y la habíamos denunciado. Las autoridades no sólo la encubrieron sino tomaron represalias con John y su comunidad de la ternura expulsándoles y difamando al movimiento de eco aldeas, la esperanza de una isla destruida por la avaricia de sus caciques. Juan Antonio era como la isla: estaba destruido su cuerpo por daños de agresiones y tóxicos. Las excavadoras de su padre por la isla hacían el mismo daño que las agujas en el cuerpo de Juan Antonio. Su alma estaba posesa de la necesidad de consumir droga al igual que la isla estaba entregada a los negocios y dinero rápido del turismo de paso por la isla. Como me pasó con muchos pacientes adictos en Madrid, Juan Antonio reaccionó agresivo contra mí y contra las enfermeras y auxiliares en los

primeros días. Poco a poco fui rompiendo su armadura de distancia agresiva. Lo hice con verdadero interés en saber de su vida y entender su dolor. Dejé que él me hablara. Se fue sincerando en largas charlas después de mi jornada laboral, por las tardes, sentado en el borde de su cama. Había crecido con todo tipo de lujos y caprichos, pero sin amor. Su padre era una persona soberbia, engreída y abusadora. Sólo le hablaba de heredar el título de marqués y hacerse respetar por el "populacho", como llamaba al resto de los mortales en aquella isla. No recordaba haber recibido nunca un abrazo de su padre. Su madre era maltratada desde que él tenía uso de razón y bebía alcohol para intentar olvidar como dejó su vida sencilla y de amor en su humilde hogar de Valle Gran Rey, por un palacio de oro y dolor, de privilegios y soledad. Dejó los estudios del instituto y le enviaron a un colegio interno y caro en el sur de Inglaterra, donde con otros jóvenes se inició en consumir marihuana. Con el bachillerato comprado con el dinero de su padre, empezó los estudios de empresariales en La Laguna, viviendo en un piso de Santa Cruz, propiedad de la familia. De la marihuana pasó a la cocaína que consumía en fiestas con otros jóvenes adinerados y turistas nórdicas. Pasó una temporada en Lanzarote trabajando en un hotel propiedad de su padre, aunque en realidad vivía de noche en fiestas y droga y dormía por el día. Un día otro joven le inició en la heroína. Conoció a los traficantes de "caballo" en Tenerife y cuando el dinero que le enviaba su padre era insuficiente para sus fiestas y su adicción, se implicó en el tráfico de drogas. Les propuso introducirlo en La Gomera y eligieron camellos en el Ferry de Fred Olsen y en varios bares de la isla. Dejó la parodia del estudio, en el que nunca puso empeño, y volvió a la isla, supuestamente a trabajar en los negocios de su padre. Sin interés en los afanes especulativos de hoteles, apartamentos y campos de golf que su padre planeaba en la isla, fue dejándose llevar por la droga y el negocio de su tráfico en la isla. Varias veces le habían advertido a su padre del quehacer de su hijo. Reaccionaba dando una paliza a su hijo y amenazando a quien le denunciara. Así llegó al borde de la muerte esa noche de marzo de 2003. Su madre, en un pozo oscuro de desesperación fue mi gran aliada en sacarle

a su hijo de ese lento suicidio. Poco a poco mejoró y siguió su desintoxicación con dos jóvenes que consiguieron curarse de adicciones en la comunidad de la ternura y que después de la expulsión de la Ternura vivían en la Ecoaldea del "Renacer", en torno a "Casas Blancas", un alto desde donde veían el barranco de El Cabrito, donde la naturaleza había invadido las terrazas y los patios de lo que fue la comunidad de la ternura. Juan Antonio se fue recuperando, encontrando sentido a su vida desde su armonía sencilla con la naturaleza y con una comunidad de compartir y amarse sin barreras de miedo, jerarquía y poder que habían rodeado su infancia. Su madre se separó de su padre y se fue a vivir a la misma eco aldea.

Ocho meses después de que Luis tratara a Juan Antonio, éste y otros comuneros del "Renacer" vieron como cuatro enormes excavadoras "Caterpillar" con el flamante emblema de "Construcciones Bethancourt: llevando la Gomera hacia el futuro", avanzaban por la carretera hacia la "degollada de Peraza". Al principio pensó que iban a extender las obras del campo de golf que su padre poseía en Playa Santiago, rodeado de hoteles de lujo de su propiedad. A los diez minutos vieron como bajaban por un camino en la ladera sur del barranco hacia la Playa de El Cabrito.

Alertaron por el sistema de silbos entre barrancos a todas las eco aldeas de la isla y Juan Antonio se fue corriendo con otros ocho comuneros del renacer hacia El Cabrito y las casas de lo que fue la Comunidad de la ternura. Corrían ladera abajo ayudados por pértigas de pitas canarias para avanzar a grandes saltos. Cuando llegaron al puerto Tomás les recibió, ya alertado por el ruido de las excavadoras. Juan Antonio y sus amigos subieron el camino pedregoso de la ladera sur y se encontraron a dos kilómetros con las cuatro excavadoras. Al principio intentaron cortarles el paso, pero las excavadoras avanzaron casi atropellándoles. Atajaron un meandro saltando de nuevo con sus pértigas y esta vez se tumbaron en el camino. Las excavadoras se pararon. Salieron los conductores e intentaron apartarlos a patadas. Uno de ellos les alertó:

- ¡Parad, ése es el hijo del marqués!

El que lideraba el convoy de excavadoras llamó por teléfono móvil:

- Don Juan Manuel, su hijo está tumbado en el camino hacia El Cabrito con unos hippies, y no podemos avanzar hacia la demolición que nos ha encargado.

- Espérenme ahí, voy ahora mismo con la Guardia Civil y el presidente del Cabildo. Se van a enterar esos "perroflautas".

A la hora llegó el marqués en su coche mercedes negro, dos camionetas Nissan de la Guardia Civil y un Audi con el presidente del Cabildo. Para entonces ya habían llegado unas trescientas personas de la comunidad de El Renacer y otras cercanas. Todas se tumbaron en el camino, uno cada tres metros, desde donde estaban las excavadoras hasta el puerto de El Cabrito. Silvia, una amiga de Nadine, periodista de la televisión, estaba de visita en una de las eco aldeas filmando un documental. Se aproximó al marqués y al presidente de El Cabildo mientras le filmaban con una cámara y les preguntó:

- ¿Qué es lo que pretenden hacer con estas excavadoras?

- Destruir esa colonia de drogas y enfermedades y hacer un hotel que de empleo y riqueza a la isla.

Dijo el marqués.

- ¿Tienen los permisos para ello? Entendemos que el barranco está calificado como parque natural.

En ese momento el marqués miró a Don Cayo, el presidente de El Cabildo y la cámara se dirigió a él. Don Cayo, viendo la etiqueta de "RTVE" tapó con su mano la cámara y se dirigió a la periodista:

- Le ruego no filme señorita.

- No lo haré si nos explican sus planes.

Don Cayo se dirigió al marqués:

- Don Juan Manuel, realmente aún no tenemos la aprobación del consejero de medio ambiente para la recalificación.

- ¡Pues bien, que me agradeciste el medio millón de Euros para tu campaña cabrón!

Fueron llegando cientos de comuneros de toda la isla. Entre ellos Dolores,

quien hacía seis meses que no veía al padre de su hijo. Se dirigió a la periodista :

- Silvia, le ruego que me grabe esta entrevista. Sé bien todo lo que ha pasado en esta isla desde hace veinte años.

-Sin poder evitarlo, Don Cayo y Juan Manuel asistieron al final de su reino de abusos, ante cientos de testigos presenciales y ante lo que unas semanas después fue un documental de " El Informe Semanal", titulado "los caciques de La Gomera" y visto por media España:

- El padre de mi hijo heredó el título de marqués y la mitad de las tierras de esta isla. Con miles de isleños a su merced y sobornando a las autoridades ha ido destruyéndola cambiando las terrazas del sudor de los magos como mi difunto padre por bloques de cemento y hoteles de lujo para turistas que sólo vienen a bañarse en sol y alcohol barato. Hace un año y medio expulsaron de este barranco a una comunidad de armonía entre las personas y la naturaleza que es referencia para la red global de eco aldeas espirituales, la comunidad de la ternura. Una virtud humana que este pobre hombre comido por su ambición de poder, nunca ha conocido. Lo hicieron porque su líder, John Harris, denunció una red de tráfico de droga que casi acabó con la vida de mi hijo, quien, si no fuera por estas buenas gentes, estaría hoy bajo tierra. Pido públicamente que sean procesados estos crímenes contra las personas y contra la naturaleza.

La periodista se dirigió a Don Cayo y Juan Manuel, rodeados por las personas que se habían ido levantando del camino y rodeaban ahora a las excavadoras y los coches de los caciques:

- Si no retiran inmediatamente estas excavadoras mandaré esta grabación ahora mismo a RTVE y a media docena de agencias de prensa.

- ¡Usted no sabe quién soy yo! ¡Todo esos son calumnias de estos hippies que sólo han venido a ensuciar las tradiciones y moral de esta isla!

Los comuneros, ya más de mil, ocupaban tumbados todo el camino hasta el puerto de Tomás. El sargento de la Guardia Civil pidió refuerzos para ir retirándolos a la fuerza mientras avanzaban metro a metro las excavadoras. Media hora después el sargento de la Guardia Civil recibió una llamada y

respondió: "a sus órdenes".

- Don Cayo Rubelo, Juan Manuel Bethancourt, quedan ustedes arrestados. En los días siguientes se renovó el usufructo del barranco de El Cabrito en beneficio de la eco aldea de la ternura.

Por esos días John fue operado de cataratas en un quirófano improvisado en el centro de salud, por un oftalmólogo llamado Nacho a quien Fernando había conocido cooperando en Sierra Leona. Decidieron mantenerle en secreto la lucha final por recuperar "la ternura". Antes de quitarle la venda de los ojos le dijeron que tenía que volver a ver desde una vista muy especial. Fernando, Umbela, y se les unió Luis en el camino, le llevaron desde San Sebastián hasta el Roque de El Sombrero donde año y medio antes había empezado la odisea de su destierro. Le quitaron la venda de los ojos y se dio cuenta donde estaba. Miró primero en la mirada de Umbela y sintió profunda unión. Luego miró hacia su valle. Le saludaba la comunidad de la ternura que de nuevo volvía a la armonía de aquel lugar mágico e inspirador para el mundo, rescatado de las garras de la avaricia. John sintió profunda paz.

LXXXVI. Los hombres también sufren, Madrid mayo 2004

Thanda quedó devastado cuando Cristina le desveló su relación con otro hombre en la navidad del 2002.

- Ahora entiendo tu frialdad desde hace meses. No había un gesto de cariño ni en tus cartas a la misión ni a mi vuelta ¿Desde hace cuánto tiempo tienes sentimientos por él?

- Mucho antes de conocerle ya mi amor por ti fue muriendo Juan. Me dejaste sola con mi frustración en Ukuzwana, con mi vuelta a Madrid, con buscar casa y escuela, con buscar un puesto de trabajo y crear un hogar. Tú sólo hablabas de la misión, de tus pacientes, de tus paseos, de tus ideas y de tu mundo. Era yo tu acompañante, no tu compañera.

- Sabes bien que no podía dejar a los enfermos y comunidades en desamparo. Fuimos con un compromiso Cristina, tú lo rompiste ¿y ahora me culpas por ello? Además, Ángeles y Daniela eran también felices allí. Sí, una vida sencilla y sin seguridades ni "oportunidades", pero plena de amor, valores, solidaridad y espiritualidad. ¿Qué tenemos aquí?: un coche en un garaje, un piso en un quinto B, un trabajo de nueve a cinco con miles de papeles y trato distante con pacientes en un sistema que se parece más a una cadena de producción que a un acto humano y solidario, series de televisión, comida del supermercado, montañas de regalos y bombardeo de anuncios para comprar más y más.

- ¡Basta Juan! Este es mi mundo. Y en este mundo nos conocimos. Y aquí crecimos, nos dieron valores nuestros padres, nacieron nuestras hijas y en nuestra rutina exenta de la épica que pretendes abanderar, intentamos vivir con honestidad y con cuidado en los pequeños detalles. Si tú lo quieres demonizar, de acuerdo, hay que mejorarlo, pero no ir en contra y no arrastrarnos en tu cruzada. Tampoco el mundo de Ukuzwana es perfecto. Cristina estaba llorando y le temblaban las manos. Thanda se acercó e intentó abrazarla, pero ella le apartó.

-Cariño, yo sigo enamorado de ti y siento haberos dejado en un segundo lugar ante mi dedicación a los pacientes y las gentes tan marginadas del mundo. Podemos volver a ser familia. Yo puedo combinar el hospital con el

albergue de San Rafael y algunos veranos en Ukuzwana, y colaborar más en todo en casa. Os amo. Y ver crecer a nuestras hijas es el mayor tesoro de mi vida.

En ese momento Cristina le miró con severidad. No quedaba un ápice de ternura en su mirada. Thanda sintió un escalofrío. El eco de lo que acababa de decir –“el tesoro de ver crecer a nuestras hijas”- fue agrietado con dolor por esa mirada fría que lo decía todo.

En los días siguientes se rompió la comunicación entre ambos. Cristina le pidió que buscara otro sitio para vivir mientras iban a una terapia. En las sesiones con un psicólogo del barrio, amigo de los padres de Cristina, ella insistía en una separación de mutuo acuerdo con fríos calendarios y horarios con sus hijas y cálculos de lo que debía aportar al hogar. Él, quien aún la amaba y soñaba con estar los cuatro juntos, insistía en darse tiempo para ir recuperando la empatía, la complicidad y el amor. De cada sesión salían con más dolor. Un mes después recibió por correo una carta del juzgado en Plaza de Castilla solicitando la separación. En ausencia de mutuo acuerdo, el derecho civil trataba a los desacuerdos familiares como disputas en las cuales una parte, la solicitante, debía acusar a la otra para que le fuera concedida la separación o el divorcio.

El contrato temporal de médico de urgencias acabó con la navidad. Thanda fue a llevar a sus hijas al colegio disimulando su profunda angustia y cantándoles la canción del mago Merlin, del grupo Solera. A su vuelta fue por el parque de El Retiro a pasear y leer aquella temida demanda de separación. Se sentó en un banco frente a la fuente del “Angel caído”, cual si fuera una premonición de un amor ya roto e irrecuperable.

La demanda estaba repleta de difamaciones, escrita seguramente por un abogado que nada sabía de su vida, su amor, sus valores. Primero leyó en oblicuo y vio, sin tener la serenidad de fijarse en detalle, acusaciones de mal padre, de abandono, de mal esposo, de obsesión con el trabajo e incluso de mal hijo. Acompañaba anexos con calendario de sus ausencias, facturas de la casa y del colegio e incluso una carta de su madre en la que le decía que debía priorizar la seguridad de sus hijas en aquel lugar tan

remoto e insalubre. Al final sí se fijó en los números. La demanda le restringía las visitas a sus hijas una vez en semana por su supuesta falta de atención y cuidado. Acababa por hacer un extenso recuento de todos los gastos de la casa y las escuelas solicitándole una cantidad que era el doble de lo que ganaba como médico de guardia, sueldo que además ahora ya no tenía.

Sintió una mezcla de profunda tristeza por el desgarramiento sentimental, de vértigo por ver una inminente separación de sus hijas a quienes amaba con devoción y de rabia por un sistema tan injusto que permitía a los abogados vivir de la difamación de personas que no conocían y llevarlos a pozos tan oscuros de dolor.

Desde aquel día se instaló una especie de frío doloroso en su pecho y que subía por su garganta. Casi nunca le abandonaba.

Esa tarde se excusó con el Padre Joaquín y se fue en tren a visitar a sus padres a las afueras de Madrid. Vivían en un lindo piso gracias a los ahorros de toda su vida. Habían trabajado desde adolescentes, combinando trabajo y estudios en la dura postguerra. Le habían educado a Thanda en los valores cristianos sin demasiada atención al catolicismo que rodeaba a la sociedad española y estaba fuertemente aliado con el Franquismo. Su madre era hija de un idealista salmantino que fue apresado en la guerra y de una madre coraje vasca que cuidó de su madre y de sus hermanas. Su padre era hijo de un fotógrafo pucelano de origen vasco y una mujer castellana que le dio 9 hijos y les cuidó con nobles principios. Les habían dado a Thanda y a sus hermanas un hogar de mucha ternura y seguridad, las mejores oportunidades que pudieron en educación, temporadas de trabajo y vida en Canarias y en Holanda y ahora el hogar familiar en las afueras de Madrid donde siempre que volvía recibía amor, escucha y cariño incondicional. Su padre se mostraba muy orgulloso de su dedicación a los necesitados en Zimbabue, mientras que su madre sentía un poco más de temor por su seguridad y en especial por la de las niñas. Esa tarde les explicó el proceso de separación y la solicitud a la que debía hacer frente. Le escucharon con profundo amor y le aconsejaron decir la verdad y trabajar para darles lo

mejor a sus hijas, sin traicionar a sus ideas, que eran nobles y admirables. Cuando esa noche volvió a la casa, ya sus hijas se habían acostado. Su esposa estaba leyendo un libro de Vargas Llosa en la sala. No había nada para cenar. Cada vez eran más los signos de que aquel no era su hogar.

- Cristina, he recibido la demanda de separación. Pensé que intentábamos un acuerdo mediante las sesiones de terapia.

- No valen de nada Juan. Tú sigues con tu sueño de una familia unida. Hasta se lo repites constantemente a las niñas. Eso ya es imposible. Es mejor que nos separemos y cada uno intente rehacer su vida.

- Tu ya lo tienes bien encauzado: trabajo estable, casa y colegio de las niñas en el mismo barrio, tu pareja preparada a tomar mi lugar y un abogado difamándome de las formas más crueles para que yo os pague esa vida y apenas vea una mínima parte del tiempo a mis hijas.

- Nuestras hijas, Juan. Y es lo mejor para ellas. Necesitan estabilidad y tú sólo les provocas más angustias con tu afán de recuperar lo que ya está roto y alienarlas de mí al decirles que soy yo la que me quiero separar!

- ¿Qué tiene de malo decir la verdad?

- Son aún niñas Juan. Necesitan a su madre feliz y a su padre feliz, aunque ya no estén juntos. Sin justos ni culpables, sin vencedores ni vencidos.

- ¿Y por eso contratas a un abogado, en parte con mi esfuerzo en la cuenta común, y me acusas en una demanda de todo tipo de maldades? ¿Y pides que yo vea una mínima parte del tiempo a nuestras hijas y mantenga este hogar en el que pronto otro hombre ocupará mi lugar de esposo y de padre? ¿Crees que eso no es sentenciarme culpable y declararme vencido? ¡Es el mayor dolor que nunca he sentido en mi vida!

En ese momento Ángeles vino a la sala llorando.

- Por favor, papi, mami, dejar de discutir...

Los dos se levantaron a abrazarla y a tranquilizarla.

Thanda se dispuso a responder legalmente a tales acusaciones difamatorias con la ayuda de un hermano de su padre, que era abogado.

También se esforzó en buscar trabajo. No había puestos de trabajo como internista. Se apuntó a una lista para cubrir esporádicas guardias de

urgencias en diferentes pueblos de la comunidad de Madrid. A través de una amiga enfermera en su tiempo de la residencia, supo de unas oposiciones de médico con los servicios de bomberos. Se preparó también las oposiciones de internista en la isla de La Gomera, de las que le informó a Jonay. Estudiaba, trabajaba en lo que podía, recibía más demandas y acusaciones, asistía a gente sin techo en el albergue de San Rafael y seguía luchando por el acceso a tratamiento para el SIDA, de nuevo bloqueado en Ukuzwana y casi todo África por oscuros intereses de los mismos laboratorios que pagaban viajes a congresos a sus colegas en España. Presentó varios estudios al primer congreso nacional de medicina tropical que se celebró en Chinchón, dio algunas clases sobre el SIDA en África en cursos cooperación internacional de Madrid y de Barcelona y co-fundó la asociación española de médicos cooperantes. Pero su momento más calioso era llevar cada mañana a sus hijas a la escuela y recogerlas por la tarde. Les daba todo su cariño, esperando que, por algún milagro su madre claudicase en la ruptura familiar. Intentaba correr por el Retiro y mantenerse sano, pero terminó ese fatídico año con temblores en los párpados, palpitations constantes y sueños interrumpidos por una pesadilla que se repetía una y otra vez: sus hijas se alejaban en una frágil barca y él no la podía seguir desde un mar en tempestad.

Poco después llegó una demanda de medidas "provisionalísimas" por las que le daban una semana para buscar otro lugar al declarar Cristina "convivencia negativa para el desarrollo de las niñas". Thanda se defendió pidiendo que declarara Ángeles, quien ya tenía trece años y a quien había explicado la situación. Con serena madurez declaró ante el juez que ella quería a su madre y a su padre y deseaba, como su hermana, estar con los dos. Ante argucias de abogados acusándole de alienación parental y daño psicológico se llegó a la sentencia de imposibilidad de convivencia conyugal. Le concedieron la solicitud de medidas urgentes a Cristina y le requirieron a Thanda para que abandonase la casa familiar en un plazo de dos semanas. Su padre, un ejemplo de templanza y perseverancia, y su madre, de coraje y rectitud, le aconsejaron que se fuera sereno y con la cabeza bien alta de

siempre ofrecer amor y la verdad. Le animaron a que les rodeara a sus hijas de alegría y de esperanza en la vida, aunque ya no de "estar juntitos todos", como les solía decir.

Una tarde, al finalizar de ordenar con Pascual los medicamentos de un contenedor de la oficina de misiones de San Juan de Dios con destino a un hospital de misión en Camerún, se puso a buscar en el periódico "segundamano" pisos de alquiler por el mismo barrio, inasequibles casi todos para sus ingresos inestables. Pascual, muy conmovido por lo que le ocurría a su amigo, le dijo:

- Thanda, entiendo lo que estás pasando. También yo sufrí el desgarramiento del desamor y de la distancia de mis hijos. Hay una profunda injusticia callada en la sociedad: la de los padres a quienes la justicia aparta de sus hijos por decisión de sus madres. Te acusan sin piedad ni verdad, te quitan la mayor parte de tus ingresos y te desgarran de tu unión más pura y limpia, la del amor a tus hijos. Entiendo tu dolor, Thanda. Yo lo sufrí un tiempo. Acudí a la asociación de padres separados. Hay decenas de miles en profunda depresión. Cada día se suicidan diez personas en España. Ocho son hombres. Diez veces más que por violencia, física, de género. Muchos por desamor van cayendo en desesperación. Las mujeres son más débiles físicamente y en eso son abusadas, lo cual es abominable y hay que denunciar esa y cualquier tipo de violencia. Pero los hombres somos a menudo más débiles psicológicamente y sufrimos a menudo abusos de otro tipo. De ahí ese gran dolor diario del que nadie habla. Es un tabú, Thanda. Los hombres no nos podemos quejar.

- Es muy triste. Yo pensé que el dolor estaba en África con el hambre, la pobreza y la enfermedad. Pero aquí también hay tremendo sufrimiento por soledad y por falta de amor. No quiero que mis hijas sufran Pascual.

- Acabas de decir la clave: cómo te han dicho tus padres: tu esfuerzo, amor y verdad para tus hijas. Que no sientan en ti nada de rencor ni de desesperanza: sus sonrisas seguirán iluminando tu vida para que tengas fuerzas de reinventarla.

- Gracias Pascual, tu amistad es una bendición para mí.

- También la tuya para mí Thanda. Te quería decir algo: voy a dejar este albergue. Es para personas de tránsito. Yo no tengo donde reintegrarme Thanda. Ni consigo trabajo, ni tengo familia, ni sé dónde están mis hijos ni les quisiera avergonzar con un padre vagabundo. Pero he encontrado un lugar que creo puede ser mi hogar. Se trata del albergue de Santa María de la Paz.

- Qué bien Pascual, cuéntame de ese lugar.

- Lo fundó un hermano de San Juan de Dios, el hermano Antonio Zarzosa. Él vivía en este albergue y un día notó algo moverse en la caseta del perro que hay a la entrada. Descubrió que era un hombre que dormía en esa allí, acurrucado con el perro, cada noche. Se llamaba Carlos. Le explicó que los albergues de tránsito, del ayuntamiento o de las órdenes religiosas, tenían un máximo de estancia de dos semanas, y que la mayor parte de los "sin techo" llevaban así años y no tenían como reintegrarse en una sociedad que les despreciaba. Carlos le mostró a Antonio esa realidad de cientos de personas en los portales, las bocas de metro, los puentes y los parques. Antonio consiguió que los Padres Calasancios le cedieran un campo de fútbol anexo a una casa de ejercicios espirituales en la carretera de Burgos. Allí ha ido construyendo, sin permisos siquiera, un hogar para cien personas que no tienen otro lugar donde ir. Quiero ir a ayudarlo, Thanda, es una buena persona.

- ¿Puedo ir contigo Pascual?

Así acabó Thanda viviendo en el albergue de Santa María la Paz, donde montó un botiquín y consulta. Vio casos de terrible abandono. Llegó a tener que quitar calcetines con tijeras de cómo se habían adherido a los pies durante años sin cambiarse. La mitad de las cien personas sin techo que encontraron allí un nuevo hogar, eran alcohólicos y Thanda aprendió que casi ninguno tenía un "horizonte de esperanza" para desintoxicarse. El alcohol, como la insulina en los diabéticos, era para ellos la medicina que les evitaba el "delirium tremens", y lo administraba en el botiquín en las menores dosis posibles. Otros tenían bronquitis crónica de fumar o de haber vivido entre el humo de las calles muchos años, y consiguió instalar varias

bombonas de oxígeno junto a las camas de los que estaban en peor condición. A menudo iba a sus trabajos de urgencias en diferentes hospitales con compañeros del albergue con complicaciones médicas. Otros colegas se mofaban de él por "traer ya sus enfermos a la guardia". Reclutó a uno de los albergados para que le ayudara en el botiquín con las curas y los medicamentos. Le llamaban "Chanquete". Era bajo, desdentado, andaba encorvado y, sin embargo, siempre tenía una actitud risueña y cariñosa. Thanda le daba cincuenta euros al mes que él gastaba con una prostituta de la calle Montera el primer sábado de cada mes. Ese día se daba bien de colonia "barón Dandy" e iba a encontrarse, con un racimo de flores que recogía de las cunetas de la carretera, con "su novia". Veía en esa emoción algo más puro que las respetables bodas de alta sociedad en catedrales y bendecidas por obispos, como la que en esos días acaparaba toda la atención entre el rey Felipe y Leticia, una periodista divorciada. Thanda sentía aversión por las anacrónicas monarquías, por el lujo obscuro y sobre todo por la gloria que les daba una sociedad sumisa. Pero no podía compartir esa sensación con sus padres, en especial con su madre, asustada ante cualquier reflejo de anarquista heredado de su abuelo, y aún menos ante sus suegros conservadores y monárquicos. Aquellas personas no tenían casi nada en la vida, eran despreciados por la sociedad, no tenían familias que le dieran afecto y casi todos padecían enfermedades crónicas. En contraste con los mundos del lujo y la fama aplaudidos por la sociedad, sus compañeros del albergue le demostraron, con cariño y con humor, cuánto debía Thanda de sentir de gratitud a la vida : tenía unos padres buenos, una profesión que le apasionaba, una madre de sus hijas dedicada a su cuidado, unas hijas preciosas que le querían, una linda familia en Ukuzwana, ideas por las que luchar y fuerza para reinventarse con amor y hasta con humor, despertando sonrisas a su alrededor siempre que pudiera. Así Thanda encontró, entre los más humildes, fuerzas para reinvertir su vida desgarrada de la convivencia diaria con sus hijas, acusado con difamaciones impunes de abogados sin escrúpulos, y manteniendo su lucha, de otra forma a la que le iluminó el alma en la misión de Ukuzwana, hacia los más

necesitados.

Con Anna y un grupo de médicos cooperantes que fue conociendo por cursos de medicina tropical y reUniones en las ONGs Médicos del Mundo, Medicus Mundi, Médicos Sin Fronteras y otras, fundaron la Asociación Española de Cooperates, que reunía a niñas de doscientos médicos con la vocación de un mundo más justo. Entre ellos construyó una profunda comlicidad y amistad con Fernando, un cirujano ortopeda jubilado tras treinta años entregado con pasión a la salud en Africa y con quien tenía entrañables tertulias en su piso de Colmenarejo, y con Joan, un pediatra catalán que tras su tiempo en Guinea Ecuatorial sentía por la cooperación casi tanta devoción como por los niños y sus madres que atendía y trataba, sobre todo con su paciente escuchar y entender.

Con esas fuerzas, y viviendo en un pequeño cuarto de aquella misión de armonía en medio de la jungla de asfalto, cemento y prisas de Madrid, sacó la oposición de médico con los bomberos. Prefirió no opositar a la de La Gomera cuando Jonay le habló de Luis, un buen médico dedicado a las nobles causas allí. Al año de trabajar en el parque de bomberos de Lozoyuela y atender cientos de accidentes, rescates en las montañas de Madrid y enfermos críticos en los pueblos de la sierra norte, recibió una carta de Beatriz, la hermana de Patxi, funcionaria en la Unión Europea. Le informó de una oposición para la cooperación internacional en salud. Le insistía que desde ese puesto podría luchar fuerte por justicia en el mundo y por el acceso a medicamentos y al derecho de la salud. Sus padres le animaron. Fue así como desde su vida en el albergue, sus guardias en el parque de bomberos y sus paseos con sus hijas por el Retiro, fue también estudiando la oposición para "administrador principal de la Comisión Europea en cooperación internacional y humanitaria para la salud".

Con la fuerza de intentar luchar por más justicia en el mundo y recordando a los niños que había visto morir en Ukuzwana, estudió y fue el único español que sacó la oposición en el mes de junio de aquel 2004. Aún tenía una tímida esperanza de que Cristina, a quien aún quería y sabía que se había enojado con su nueva pareja, quisiera venir con las niñas a Bruselas

y reiniciar una vida familiar. Pero ya no había esa magia que cuando se diluye, nadie ni nada puede resucitar. Propuso con un mediador un sistema de conversaciones por el nuevo programa "skype" cada tarde, cuidar de ellas un fin de semana largo cada mes y dos terceras partes de las vacaciones, además de considerar cada mes de julio, si las niñas lo solicitasen, que pasaran un curso académico con él en Bruselas. Así se dispuso a empezar otra etapa de su vida para aliarse con sus almas gemelas en Ukuzwana, en Gomera y en Nueva York, por un mundo más justo.

Su última guardia de médico de urgencias con los bomberos fue el 11 de marzo, día en que el terrorismo de Al-Qaeda, como el que le había relatado por carta Jonay dos años y medio antes en Nueva York, asesinó a casi doscientas personas e hirió a más de dos mil. Jonay le contó como estuvo atendiendo a personas desgarradas por la violencia más ciega. Thanda sentía que debía comprometerse aún más a luchar por un mundo justo y denunciar y oponerse al que engendraba odio, desesperación y dolor. De tantas formas... Tenía que enfrentarse a las raíces de tanto dolor y a la vez entrar en una nueva forma de ser padre en la que inspirar a sus hijas en tiempos aislados, que la vida era una aventura épica para derramar el alma con valentía y ternura.

LXXXVII. Descifrando la jungla del poder europeo, Bruselas, julio 2004

Tras los cuatro exámenes, orales y escritos, de la oposición y de serle notificada su selección, Thanda esperó unas semanas a que le dijese los siguientes pasos. No había leído con detalle las instrucciones del concurso público a funcionario de la Unión Europea. Suponía que al ser seleccionado le seguiría la invitación a tomar posesión de su "plaza". Pero no. Cuál sería su sorpresa que cuando llamó a un teléfono de información de recursos humanos de la Comisión Europea le dijeron que "debía hacer lobby". No preguntó, por vergüenza, qué significaba eso y lo buscó en el diccionario de casa de sus padres. Lobby: grupo que se encarga de "hacer presión". Su padre, muy culto –y humilde en todo- anglófono, le dijo que en términos individuales quería decir "venderse a sí mismo".

Esa primera impresión de la Unión Europea ya le decepcionó: se suponía que tras tan selectivos exámenes ya había demostrado su valía para el puesto. El "lobby" dependía de tener amigos, redes, y formas diplomáticas de hacer sentirse importantes a los jefes. Le pareció algo deshonesto y servil. Empezaba a tener una intuición de que su camino en aquella jungla del poder para influir en un mundo más justo no iba a ser fácil. Pero estaba decidido a luchar. Por mediación de Beatriz pudo ir en los siguientes tres meses de sacar su oposición a entrevistarse con varios "jefes de unidad". Finalmente fue en una entrevista con la jefa de la unidad de salud y políticas sociales, la doctora Fronz, de la Dirección de Desarrollo como fue seleccionado de una forma un poco extraña:

- Doctor Garay, cuéntenos su trayectoria profesional. Lo que siente más y menos positivo.

- Me licencié en medicina y cirugía en la universidad de La Laguna, en la isla de Tenerife. Hice después el servicio militar como alférez médico en Las Palmas y la especialidad de medicina interna en el Hospital Jimenez Díaz de Madrid donde luego fui médico adjunto de enfermedades infecciosas e inicié la unidad de VIH/SIDA. Desarrollé varios estudios con antiretrovirales y los presenté en varios Congresos Internacionales. No me gustó ir conociendo

el sistema del mercado de los medicamentos. De lo que más orgulloso estoy es de mi trabajo como médico rural en el hospital de Ukuzwana, en el distrito de Matabeleland Sur, de Zimbabue, los años 2001 y 2002. Después volví a España, he sido médico de emergencias y de rescates y me presenté a esta oposición para colaborar en un mundo más justo con acceso a la salud para todos.

- Gracias doctor Garay. Dígame, qué piensa usted del Fondo Global para el SIDA, la malaria y la tuberculosis.

Thanda había leído en los boletines de cooperación que encontró en la oficina de la Unión Europea en Madrid, que la Comisión Europea colaboraba con aquel "Fondo Global". Eran cientos de millones de euros otorgados a proyectos por todo el mundo para luchar contra esas tres enfermedades. Thanda no entendía cómo se podían seleccionar tres enfermedades e ignorar las demás. Los "lobbies" – ya entendía el significado- de homosexuales en Estados Unidos, liderados por ACT-UP y la presión de movimientos como el Treatment Access Campaign –TAC- que luchaba por acceso el acceso a tratamientos vitales en Sudáfrica, unidos a famosos que fueron desvelando su condición de infectados, le fueron dando una alta importancia política al SIDA. Esos grupos presionaron a Naciones Unidas para que uno de los ocho objetivos del milenio fuera el revertir la epidemia del SIDA. A ello se añadió la lucha contra la malaria, la eterna asignatura pendiente de la Organización Mundial de la Salud desde su fundación. Siguieron años trepidantes con el comienzo del siglo: las excepciones a los monopolios acordadas en Doha, el congreso de Barcelona y el acuerdo del pool de patentes. Y justo entonces se creó el Fondo Global, incluyendo también a la tuberculosis, con lluvia de millones de las agencias de cooperación y los filántropos y fundaciones de países "ricos". Thanda, Jonay y Buhleve lo habían hablado: no era justo tanta atención a una enfermedad, o a tres, e ignorar el resto. Nadie más sensible que ellos, en el epicentro de la epidemia del SIDA en Ukuzwana, de la tragedia de esa enfermedad. Pero aún allí, no llegaba a una de cada tres muertes y el resto eran ignoradas. Por no tener lobbies que hablaran de ellas. En la misión de Ukuzwana

llegaron al extremo de disponer de caros medicamentos contra el SIDA y no tener antibióticos cien veces más baratos para las neumonías o sueros de rehidratación o ácido fólico, mil veces menos costosos, para los embarazos. La salud no podía tratar enfermedades aisladas, no podía funcionar a golpes de proyectos aislados en el tiempo y los lugares, con la caprichosa distribución de la cooperación, de los "lobbies". Además, esos fondos eran unas migajas de lo que las grandes farmacéuticas ganaban con sus patentes. Con ello se perpetuaba el poder del mercado y se lavaban la cara sus "guardianes" en forma de solidaridad y filantropía. No le olía nada bien. Aún a sabiendas de arriesgar el no conseguir su puesto luchado en la oposición, prefirió, como le aconsejó su padre, "siempre decir lo que pensaba, aun con respeto y humildad":

- Con todo respeto, no entiendo por qué se seleccionan sólo unas pocas enfermedades que atraen ahora gran parte de la cooperación internacional y en formas paralelas de proyectos con ONGs mientras los sistemas públicos son ahogados por las condiciones de préstamos del Banco Mundial y apenas pueden pagar salarios a sus médicos y enfermeras ni medicamentos esenciales. No creo que sea justo ni respete el principio del derecho universal a la salud.

La Dra Fronz frunció el ceño y mostró una sonrisa de superioridad. Thanda sabía, por Beatriz, que ella había trabajado para el instituto de medicina tropical de Amberes estudiando el virus del SIDA en Kenya en los años ochenta, había creado el "*AIDS Task Force*" en la Unión Europea y luego animó con el Banco Mundial la creación del Fondo Global, que se convirtió en su obsesión.

Thanda pensó que con esa respuesta honesta había perdido la posibilidad de que, a pesar de haber sacado la oposición, le dieran una plaza por luchar por el derecho a la salud dentro del mayor actor de cooperación en el mundo, la Unión Europea. Pero dos semanas después le escribieron un email diciéndole que le ofrecían la plaza. Un tiempo después supo que era porque su respuesta fue comentada en los pasillos de la Comisión Europea y otros jefes de unidad críticos con la doctora Fronz y "su" Fondo Global,

quisieron entrevistarle. Ella rápidamente le seleccionó, quizás para atar sus manos y acallar esos razonamientos que le incomodaban.

Thanda aceptó el puesto de "administrador principal" de la Unión Europea para comenzar a mediados de marzo de 2004. Llegó con una maleta. Durante su tiempo en el albergue de Santa María, "exiliado" del hogar familiar, había aprendido a vivir con poco. Llevaba un jersey de punto de lana que le hizo su Amama, una acuarela de trigales castellanos de su abuelo, una oración de generosidad y humildad de su padre, un cuaderno de recetas de su madre, un llavero que le regalaron sus hermanas cuando pasó sus oposiciones de médico, una preciosa carta de Ángeles diciéndole que nadie podría ocupar su lugar como padre, un bloc de dibujos de Daniela, una foto de los cuatro con la familia en Ukuzwana, el diario de Gandhi que le regaló Patxi, una foto con Jonay y Buhleve frente a la casa-ermita de la misión, una camiseta de bomberos de la comunidad de Madrid firmada por sus compañeros y un paraguas con las firmas de los albergados en Santa María de la Paz. También llevó a Bruselas su ordenador portátil clónico marca "terminator", su guitarra española, un poco de muda, ropa de trabajo, otra para hacer ejercicio, útiles de aseo y poco más.

Se despidió de sus hijas dando un paseo en el parque de El Retiro. Les dio un diario que les había escrito en Ukuzwana y un nido de pájaros tejedores a cada una.

- ¿Recordáis el pino de Ukuzwana a donde venían cientos de pájaros tejedores para reproducirse?

- Si papi- dijo en seguida Ángeles-, lo recuerdo bien, lo trepaba con Adam.

- Pues estos nidos están hechos con sus hojas, que se llaman "acículas". El papá tejedor se afana en hacer el nido tejiendo con cientos de acículas. Como veis tiene una apertura, un pasillo de entrada y un lugar donde la mamá pueda poner los huevos y los pajaritos crecer, protegidos de lluvias y de depredadores, los bebés de tejedor. Todo ello lo ancla con las acículas más fuertes, alrededor de una rama. Ocurre que para estar segura la mamá que el nido está firme, lo intenta deshacer y desatar de la rama con varios picotazos. Si el nido resiste, ella entra al hogar y pone los huevos. Si el nido

no resiste y cae al suelo, como estos que os traje de Ukuzwana, la mamá rechaza al papá. Quiero que los guardéis para recordar que yo puse mi amor en el nido, pero mamá no lo vio firme. Ella ha encontrado otro nido. Pero yo os veré mucho. Hablaremos cada día por "Skype". Pasaremos tiempos juntos muy bonitos en Madrid, en Bruselas y en aventuras por el mundo, porque una cosa nunca nunca va a cambiar: mi profundo amor por vosotras.

- Pero siempre te vamos a querer mucho papi, dijo Daniela.

- Y yo a vosotras. Sois mis princesas, la más bella luz que ilumina mi vida y me da fuerzas. Yo voy a luchar para que vuestros amigos de Ukuzwana, y en muchos otros rincones del mundo, puedan crecer con salud y seguridad, con alimentos y medicinas cuando las necesiten. Y quiero que seáis mis más fuertes aliadas. ¿Vale? Todo lo que haga cuando no esté cerca de vosotras, lo haré por los tres, ¿de acuerdo?

-Vale papi. Se dieron un abrazo emocionado los tres.

Sus padres fueron a despedirle al aeropuerto y llevaron a sus hijas. Tras un profundo abrazo a los cuatro, su fuente de vida y su legado del alma se alejó hacia el control del equipaje, que desde los atentados del 9/11 se habían puesto estrictos en todo el mundo. Cuando dio la vuelta su padre le dijo con una seña cómplice entre ambos con la mano en el corazón lo que siempre le decía : "hoy es el primer día del resto de tu vida, pon toda tu magia en ello", su madre mandaba un beso con su ternura, Daniela le saludaba con el puño en la sien, como los bomberos, y Ángeles, ya tan alta como su madre, gritó con el puño del corazón al aire :

- "¡Amandhla!" (¡fuerza!)

- "¡Awethu"!(a nosotros, unidos).

Gritó él, emocionado.

Thanda no paró de leer la carta de Ángeles una y otra vez en el avión. Con serenidad y profundo amor le decía que siempre estarían unidos y que le elegiría mil veces a él como padre si tuviera mil vidas. Thanda sentía que a sus trece años Ángeles ya tenía un alma pura curtida por la experiencia con los más pobres en el Kalahari y el desgarró de la separación de sus padres prevaleciendo el amor.

Así llegó al aeropuerto de Zaventem donde le esperaban Beatriz, Buhleve y Moyes, quien ya tenía dieciocho años, era alto y fuerte, y orgulloso defendía el amor de "sus madres", tantas veces denostado por prejuicios y desprecios ignorantes.

Le llevaron a su casa, un pequeño apartamento cerca de la plaza de Schuman, donde compartiría cuarto con Moyes.

Cenaron empanada de espinacas y gofres con yogur. Mientras Beatriz y Meimuna se quedaban a ver la serie "Cuéntame", Thanda y Moyes se fueron a pasear por el parque del cincuentenario.

- ¿Como ha sido tu vida aquí Moyes? ¿Y qué planes tienes?

- Bien Thanda. Llevamos aquí ya doce años, desde que yo tenía seis. He estudiado en la escuela europea de Ixelles. He crecido con compañeros de todos los países de la Unión Europea y hablando tres idiomas, español, francés e inglés. Me he ido aficionando a jugar al tenis pues hay unas pistas donde me gusta desde pequeño ir a hacer frontón. Pasaba horas haciéndolo. Me hacía sentir que puedo devolver los golpes que me da la vida.

Thanda se alegró al oírlo. Él también había hecho miles de horas de frontón solitario, como un símbolo de resiliencia ante los constantes desafíos de la vida, tal y como decía Moyes. Se veía jugando con Moyes y estableciendo complicidad con aquel joven tan sensible y amable.

- Dime Moyes, si quieres. ¿A qué golpes te refieres?

- Bueno Thanda, no sé si conoces la historia de mi madre. Siento una mezcla de dolor por lo que mi llegada a la vida supuso para ella y una devoción por su valentía en traerme.

- Si, Patxi me contó. Y es una historia maravillosa de como el amor, a ti, a la vida, puede vencer todo, hasta la violencia más miserable. Tú eres un símbolo de esperanza Moyes. Creo que tienes una sensibilidad especial por ello. Y seguro por como has crecido con dos mujeres tan valientes.

- Sí, quiero a mis madres con toda mi alma. Pero además de ser mulato soy hijo de lesbianas. Algo que me ha supuesto mucho bullying de chicos, y mayores, plenos de los prejuicios de la ignorancia. A veces camuflados en la hipocresía de la que llaman "la religión del amor"

- Me gustará que vayamos hablando de todo Moyes. Es un honor que me dejes compartir el cuarto contigo y eres muy generoso por ello.

- Gracias a ti Thanda. Me alegra mucho tu compañía.

Al día siguiente Thanda empezó su trabajo en la Comisión Europea: "administrador principal para la cooperación internacional y la ayuda humanitaria en salud ". Llegó a uno de los sesenta edificios que los veinte mil funcionarios de la comisión europea ocupaban en Bruselas. Era aquella una institución donde se hablaban doce lenguas oficiales entonces, donde hasta el más mínimo detalle estaba regulado y donde se trabajaba, en teoría, por la integración europea, y por los derechos humanos universales. Thanda tenía consigo la Carta Fundamental de los Derechos Humanos en la Unión Europea, aprobada en el año dos mil, que intentaba agrupar la Carta de los derechos Humanos de Naciones Unidas de 1948, los del Convenio Europeo de Derechos Humanos de 1950 y los de la Organización Internacional del Trabajo en 1998. Se agrupaban en los principios de dignidad, libertad, igualdad, solidaridad, ciudadanía y justicia. Eran en el fondo una reencarnación de los valores de la revolución francesa doscientos años después y en un mundo unido, aunque de forma tibia y sesgada a favor de los vencedores de las grandes guerras, en torno a los derechos humanos. Para Thanda esos derechos universales en su última expresión eran incompatibles con las fronteras, con las religiones y con las propiedades, como decía Lennon. Sabía que entraba en una jungla de intereses políticos y que le pedirían a menudo agradar a jefes o a dirigentes antes que cumplir con su misión: luchar por un mundo más justo. Se prometió a sí mismo nunca hacer nada en contra de aquellos principios y defender su propia dignidad de ser libre y responsable con sus ideas, en sintonía con esos principios.

Al llegar a la recepción llamó a la secretaria de la Dra Fronz. Bajó a buscarle una secretaria alta y elegante llamada Claire, que hablaba cinco idiomas. Subieron al quinto piso y avanzaron por un largo pasillo enmoquetado por el cual iba viendo a personas en sus despachos, casi todas ellas con sus ojos en la pantalla del ordenador, la mano izquierda en el teclado y la

derecha en el "ratón". Llegaron al despacho de la Dra Fronz. Era una mujer en sus cincuenta, alta, de complexión robusta, rasgos faciales duros y lineales, una media sonrisa que respiraba suficiencia y una mirada inquisidora. Estaba sentada a una mesa y hablando por teléfono en flamenco. Se fijó en una foto en la que recibía el "*Jonathan Mann award*" de manos de la "*International Physicians in AIDS Care*". El premio era compartido con la directora para el SIDA en la Casa Blanca, con una ex miss universo que se hacía fotos con pacientes con SIDA, y con el ex presidente Bill Clinton que tantos esfuerzos hizo por evitar que los enfermos en África tuvieran acceso a medicamentos con precios honestos fuera de los monopolios que pagaron sus campañas para ser presidente y se las cobraron durante su mandato. Aquel supuestro defensor de los humildes daba discursos a 300,000 dólares por hora. Miraba aquella foto y otras de los congresos mundiales del SIDA y de las Juntas del Fondo Global que llenaban una pared. En la otra había una bandera de la Unión Europea con sus doce estrellas amarillas sobre el azul del mar. Le invitó a sentarse y pidió a Claire dos cafés.

- Bienvenido Thanda.

- Gracias por su confianza doctora Fronz.

Algo le decía que era mejor mantener cierta distancia.

- A pesar de su desconocimiento de la política global de cooperación y del SIDA, he decidido reclutarle porque me pareció honesta su forma de responder en la entrevista y valoro mucho su experiencia en África rural.

- Gracias de nuevo. Vengo a defender el valor europeo del derecho universal a la salud y la justicia social, doctora Fronz. Daré lo mejor de mí en ese empeño.

Con una sonrisa oblicua que él no podía entender le pidió a Claire que llamara a toda la unidad a una reunión para presentarle al equipo.

Eran unas veinte personas de diez nacionalidades europeas. Cada uno se presentó y contó su "dossier". Preparaban programas de cooperación en educación y en salud, que tenían que pasar por largos procesos de discusión y aprobación antes de poder ser contratados y liberar fondos de impuestos

Europeos confiados a la comisión, para pagar a expertos o importaciones necesarias en "países en desarrollo". Hablaban un lenguaje burocrático que Thanda no podía entender, aún menos cuando hablaban en francés, un idioma que Thanda no dominaba y era muy común en la comisión europea. Después le preguntaron a Thanda que se presentara. Lo hizo en inglés: *Buenos días a todos. Mi nombre es Thanda, nací en Madrid, estudié entre Madrid y las Islas Canarias y he trabajado como médico en España y dos años en Zimbabue, muy dedicado a la prevención y al tratamiento de enfermos con SIDA. El último año trabajé de nuevo en Madrid y me dediqué a las poblaciones marginadas en un albergue de personas sin hogar y a las emergencias con el cuerpo de bomberos. Estudié la oposición de cooperación de la unión europea en salud porque quiero contribuir a un mundo más justo que respete y proteja el derecho universal a la salud.*

Thanda sintió en casi todos los que le escuchaban miradas escépticas, incluso algunos susurros entre algunos de ellos. Sólo en dos personas vio una conexión limpia en el mirar.

Al salir de la reunión se le acercó uno de ellos. Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y largo, una mirada profunda y limpia, si bien con un tono de pesar, y una sonrisa que sí sentía Thanda era auténtica.

-Bienvenido Thanda, me llamo Javier. Si quieres y no tienes otro compromiso, te invito a comer.

-Encantado Javier. Muchas gracias.

Javier llevaba ya quince años en la Comisión. Se incorporó al poco tiempo de que España entrase en la Unión Europea. Era abogado laboralista y comprometido con causas injustas. Había estado muy implicado en la transición democrática española. Al poco de entrar en la Comisión se enamoró de una bella mujer belga con profunda espiritualidad. Javier combinaba sus tareas en promover cooperación internacional en educación con el arte, el humanismo y la pasión por la naturaleza. Desde el primer día Thanda encontró en Javier un aliado, cómplice y fiel amigo.

- Javier, en tu larga experiencia en la comisión, ¿cuál sería tu consejo para

que preserve mis ideas y mi ilusión de contribuir a un mundo mejor?

- Ya sólo esa pregunta Thanda, me habla de tu idealismo. Cuídalo como lo más valioso. Esta inmensa máquina tiene miles de piezas que se llaman funcionarios. Cada uno tiene su lugar, en el circuito de visas y decisiones, en seguir las consignas del comisario, del consejo, del parlamento y de los caprichos políticos de visibilidad y poder. Si no estás atento puedes acabar como la mayoría : intentando complacer sin rechistar a los jefes para subir la escalera de las promociones, no pensar por ti mismo sino copiar y pegar lo políticamente correcto, ir creciendo en cinismo sin creerte ya nada de los discursos y promesas políticas, permitir a tus hijos una escuela elitista de la que saldrán trilingües y consentidos, y dejar así que la máquina triture tu alma y llegues a retirarte, si el stress no te lleva antes por delante, con una pensión privilegiada, para entonces, quizás demasiado tarde, empezar a vivir.

Thanda le miró con tristeza y sorpresa. No sabía si estaba exagerando, pero sabía que algo de verdad había en ese panorama dantesco.

- Te lo estoy poniendo así de dramático este tu primer día porque he sentido al oír tu presentación a la sección que tu traes luz de ilusión y de compromiso por un mundo mejor Thanda. Casi nadie que viene a este sistema de cooperación europea ha convivido con las comunidades a las que se supone queremos "ayudar". Casi nadie aquí Thanda, ha comido como ellos, dormido donde ellos, vivido sin grifos ni interruptores, sin salarios ni pensiones, sin seguros ni neveras. Y sin embargo pretendemos ser sus salvadores, sin cuestionar ni uno sólo de nuestros privilegios.

- ¿Y cómo resistir y ser yo mismo, Javier?

- Precisamente siéndolo Thanda. Sé tú mismo siempre. No hagas nada por quedar bien, por agradar a los jefes, porque sea lo "aceptable" o "políticamente correcto". Hazlo porque crees que es lo justo.

Te llevarás muchos golpes y sentirás muchas presiones, pero serás lo más bello que puedes ser en esta vida: tú mismo.

- ¿Y tú como lo has conseguido? Veo que tienes mucha pasión por la vida y por contribuir a causas justas.

- Gracias Thanda, lo intento. Desde que vine he mantenido una actividad creativa, intelectual y solidaria en mi tiempo libre. Es muy importante ese balance. No siempre es fácil aquí dentro encontrar espacio de pensamiento libre y debate abierto, de espiritualidad y comunicación de sentimientos, ni de auténtica y directa solidaridad con los que más lo necesitan. Yo canto ópera, escribo obras de teatro, participo en un "grupo de hombres" que huye del machismo, y promuevo proyectos solidarios con Palestina y con el Tíbet. Pero no quiero presumir, Thanda. Soy un privilegiado y a menudo caigo en el egoísmo, en la desidia, en los caprichos.

- Qué maravilla que estés aquí, Javier. He tenido sensaciones extrañas con la doctora Fronz.

-Ten cuidado Thanda. Tiene mucho apoyo de políticos del consejo y de miembros parlamentarios. Se ha acostumbrado a tener un trato abusivo, contra los hombres, sobre todo, y nadie la para los pies. Aquí todo es piramidal: mandan de arriba abajo y evalúan de arriba abajo también. Y todos quieren ir hacia arriba. Resultado: sistema jerárquico de abusos.

Thanda fue a su despacho, muy amplio y con "dos ventanas", privilegio estipulado para los "administradores principales". Puso tres fotos alrededor de la pantalla del ordenador que parecía iba a succionar una buena parte de su vida: de sus hijas, de sus padres y otra con Jonay y Buhleve.

Volvía paseando por el barrio de Evere y de Schaerbeek, con mucha inmigración del norte de África. Los días eran cortos y fríos, como los saludos de las personas. Llegaba a la casa de Beatriz, Meimuna y Moyes y se reencontraban después de sus jornadas, con mucho cariño. A las seis de la tarde hablaba por skype con Ángeles y Daniela, le contaban de sus clases y de sus tareas. Luego les llamaba cuando se acostaban a las nueve de la noche y les deseaba dulces sueños. Entre ambas llamadas solía ir a correr al parque del cincuentenario con Moyes, con quien fue estableciendo una bonita relación, casi como si fuera su hijo mayor.

Beatriz ya pasaba de los sesenta años y tras luchar muy duro en la dirección general de comercio para que se aprobase el acuerdo de Kimberley que parase el negocio ilegal de diamantes que alimentaba, como descubrió su

hermano Haka, el tráfico de armas y crueles guerras, había pedido un puesto en la delegación de la Unión Europea en Nueva Delhi. Se lo habían concedido y debía incorporarse en septiembre. Ella y Meimuna estaban deseosas de ir a un mundo nuevo, con una espiritualidad que rompiera las paredes antropocéntricas de sus orígenes cristianos y musulmanes. Moyes ya estaba inscrito en la escuela de economía de Londres. Ese fin de semana caminaron los cuatro hasta Montgomery, tomaron el tranvía 44 y llegaron a la estación de Tervuren atravesando un grandioso paseo de castaños y un bosque de hayas que, a pesar de su desnudez por el invierno, se mostraban grandiosas. Desde allí pasearon hasta el museo de África y el maravilloso parque de Tervuren, de recuerdos agridulces para Beatriz en sus primeros años en Bruselas bajo en férreo control del Opus Dei. Fueron a comer al "*Spaans huis*", una vieja casa medieval donde se inspiró una novela del mismo nombre que relataba el amor entre un noble flamenco y una gitana. Era un lugar entrañable, en medio de la naturaleza y frente a un enorme estanque y dos secuoyas gigantes.

En los meses siguientes fue sintiendo cómo funcionaba el interior de aquella gran máquina de poder. A los dos meses de su llegada diez países del Este de Europa se adhirió a la Unión Europea. En paralelo fueron también uniéndose a la OTAN, rompiéndose el pacto de caballeros entre Reagan, quien murió ese mismo año, y Gorbachov, de no extender la OTAN y su amenaza militar a los vecinos de Rusia. En los pasillos de la comisión europea se preparaban textos para debate en el parlamento y el consejo de los ministros europeos sobre su tratado constitucional. La larga mano de Washington aún dividía a Europa entre los que apoyaron la invasión de Irak - Reino Unido, España, Polonia- y los que se opusieron, sobre todo Francia y Alemania, la "vieja Europa" según los llamó Bush, quien contendía con Kerry para ser reelegido en Estados Unidos.

En aquellos meses Thanda fue aprendiendo algo de francés y de la jerga burocrática europea, mantenía su entrañable encuentro diario por "Skype" con sus hijas, corría y mantenía su forma de "bombero" y se escribía por email con Jonay, Fernando y con Patxi, con quienes sentía una conexión, se

diría que, existencial.

Empezó a asistir a reUniones en las que se discutían las estrategias de cooperación y donde él debía argumentar por apoyar a la salud. Cuando había construido todo un análisis de apoyo a la salud en Sudán, uno de los países más pobres del mundo y con más alta mortalidad materna e infantil, la doctora Fronz le dijo que no insistiera en ese argumento y que se concentrara en preparar un "apoyo sectorial presupuestario" para la rica ex colonia británica de Barbados. No podía entender esos juegos de poder entre jefes de unidad, directores y embajadores. Se enteró después que las compañías petroleras europeas presionaban para un proyecto de carreteras en el sur del Sudán, rico en petróleo y desgarrado por la pobreza y la guerra. A la vez, el gobierno inglés quería un hospital con unidad de cuidados de infartos en su ex colonia, a donde se retiraban o pasaban los cálidos inviernos sus pensionistas británicos. Cada día recibía cartas de sindicatos pidiendo más privilegios para funcionarios que cobraban salarios muy por encima de los ciudadanos europeos a quienes se suponía debían servir. Sintió mucha lástima de ver tan poca sensibilidad humana.

Le tocó preparar también la participación de su jefa en el congreso mundial del SIDA en Bangkok. Ella se vanagloriaba de haber ido a los veinte congresos mundiales. Thanda le tuvo que preparar su "briefing" : se trataba de escribir un estudio de lo que era el congreso, quien asistía, los objetivos de su misión, sus discursos, reUniones con otros funcionarios y dirigentes en los que proponía "speaking points" que decir, y "defensive points" que argumentar ante posibles críticas, además de dossier de prensa para que saliera su nombre en los medios, anuncios de los millones que se daban para "su" Fondo Global, y una detallada lista de sus billetes en clase business y reserva en hotel de cinco estrellas. Thanda preparó discursos y posiciones basadas en el derecho a la salud, los sistemas de salud públicos y gratuitos sin discriminar poblaciones ni enfermedades y el acceso a medicamentos cuestionando las patentes, que burlaban a los acuerdos de Doha. Por Anna en Barcelona supo que el gobierno de Tailandia planeaba empezar a aplicar las flexibilidades de Doha para medicación contra el

cáncer, también secuestrada con altos precios por las grandes compañías farmacéuticas. Le sugirió a Fronz una reunión con los funcionarios que en Tailandia preparaban esa apuesta por el acceso a medicamentos vitales. La rechazó. Sus borradores eran una y otra vez tachados y criticados con expresiones como "not political" o "inconvenient" o incluso, "you do not understand". Cuando consultó los precios de los billetes y del hotel y propuso viajes en clase turista, aerolíneas más modestas y hoteles más baratos, fue apartado de toda función logística, que retomaron fielmente sus secretarias.

Thanda recordaba su tiempo feliz en Ukuzwana, cobrando un sueldo local treinta veces menor que el que le daban como funcionario europeo, y siendo, literalmente, treinta veces más feliz. Además, sufría por la distancia con sus hijas y con sus padres. Intentó mantener una vida sencilla y sana, mandar lo que le sobraba del salario a Ukuzwana y luchar por causas justas, pero se sentía sólo y triste. Sólo sus largas tertulias con Javier sobre los derechos humanos, con un colega sueco llamado Johan, fiel amigo y noble persona, sobre el respeto a la naturaleza, y con Moyes, Beatriz y Meimuna sobre la red de eco aldeas, le hacían mantener su ilusión y su compromiso. La Unión Europea constituía entonces una décima parte de la población del mundo, una quinta parte del "producto interior bruto" y del comercio mundial, la tercera parte de las patentes y premios nobel, la mitad de la cooperación al desarrollo y la mitad de los destinos turísticos internacionales. Era la región de más alta esperanza de vida, cercana a los ochenta años, la de mayor tasa de educación superior y la de menor índice de violencia.

Comenzó a leer sobre la historia de Europa en aquella "*spaans huis*" donde fue creciendo la confianza con su gerente, Michel, quien empleaba a ex reclusos, casi todos en rehabilitación de adicciones a drogas. A Thanda le gustaba sentarse con una sopa caliente de cebolla y ajo, la preferida de su padre en un cuarto de arriba que parecía el de una salita de estar de un hogar del siglo XVII. Allí guardaba libros, casi como si fuera su "casita en el bosque".

Ya acercándose el verano y con la emoción de volver con sus hijas y disfrutar un largo verano juntos, fue un domingo a pasear con Moyes por el grandioso parque de Tervuren, y su aledaño bosque de "Soignes" (de los cuidados). A los narcisos amarillos, "teloneros" de la primavera bruselense, le habían seguido una fascinante explosión de cerezos y prunos en flor y poco a poco todo tipo de flores. Se fueron reverdeciendo todos los árboles, empezando por los castaños del maravilloso paseo de Tervuren en el que se fue haciendo habitual del tranvía "44" y siguiendo por las hayas de "Soignes" y ya, los más rezagados, los nobles robles. Pero lo más fascinante de aquella prolongada primavera del centro de Europa eran los campos del hayedo inundados por jacintos salvajes morados formando mágicas alfombras que parecieran estar pintadas por Cezanne.

- ¿Qué tal Moyes? ¿cómo van los estudios y la vida?

- Bien Thanda. Ya preparando los exámenes del bachillerato internacional. Luego me iré a Londres a estudiar economía y así dejaré que mis madres tengan su universo propio, sin estar tan pendientes de mí. También lo necesito para crecer como persona.

-Te entiendo muy bien Moyes. Yo siempre he sentido un profundo amor a mis padres, pero para crecer, reinventarnos sin expectativas de nadie, es preciso seguir nuestros caminos.

- Y cuéntame: ¿cuáles son tus impresiones de estos primeros seis meses?

- Pues Moyes, para serte sincero, esta Europa, eco del llanto del rey jordano que llamaba a su hija raptada por Zeus y llevada hacia el oscuro horizonte hacia el norte, tiene un alma misteriosa con muchas sombras. Cuna de los clásicos griegos y sus primeras ideas de democracia en el ágora, del fascinante arte y valiente ciencia del renacimiento, de la imprenta, de la revolución francesa de la igualdad y luego la industrial fuente de todas las comodidades de hoy. Pero lo fue también de las cruzadas, de la inquisición, del colonialismo, la esclavitud, las grandes guerras y los miles de naufragos ahogados en su mar Mediterráneo, rechazados con la muerte por una Europa recelosa de compartir sus privilegios. La humanidad, sobre todo por las religiones mediterráneas monoteístas, está imbuida en su supuesta

superioridad frente a otras expresiones de la vida. Y Europa siempre respirando aires de poseer la religión verdadera y la sabiduría superior, y en base a esos mitos construir sus jerarquías, sus naciones y sus imperios. Revelador que Zeus regalara a Europa una estatua de bronce, Talos, que perseguía y quemaba a quien intentara entrar en sus dominios.

- ¿Y qué opinas de la Unión Europea, Thanda?

- En mi opinión, después de albergar las dos guerras más crueles desde la Edad Media, la Unión Europea se constituyó sorprendentemente apenas cinco años después de la capitulación nazi. Nunca había ocurrido en la historia una reconciliación tan rápida después de una violencia tan terrible. Creo que latía un sentimiento de destino compartido. De hecho, la idea de una Europa unida en fraternidad y paz venía de un siglo antes en boca del escritor romántico y político republicano francés Victor Hugo, quien propuso "los Estados Unidos de Europa" en el congreso internacional de la paz cien años antes. Fue a mediados del siglo XIX, en el fragor de la ola de revoluciones europeas que acabaron con la mayor parte de las monarquías absolutistas en el continente. Poco duraban aquellos brotes libertarios y los autoritarismos antes hereditarios se transformaron en nuevas formas de opresión de quienes, como Napoleón y Hitler, fueran elegidos por el pueblo. Es casi milagroso que, desde la fundación de la Unión Europea, casi a la vez que las Naciones Unidas, haya habido paz, se hayan ido independizando las vergonzosas colonias en África y Asia, se hayan mantenido democracias sin dictadores y hayamos crecido en un modelo social basado en redistribución de impuestos que garantiza salud y educación universal. Por eso estoy aquí Moyes, por creer en una Europa que, si de verdad defiende los derechos humanos universales, tendrá que ir diluyendo sus fronteras, compartiendo con pueblos históricamente marginados y defendiendo unas Naciones Unidas que verdaderamente defiendan esos derechos. Se une además el desafío, cada vez más claro, de poner fin a la era del petróleo volviendo a la naturaleza. En alianza con Jonay y Aimsa en Nueva York y con nuestra linda familia en Ukuzwana y en Gomera, quiero contribuir desde aquí a un mundo mejor.

- Te llamaran utópico por todo ello. Supongo que no es fácil defender esas ideas dentro de ese sistema de poderes e intereses.

- Así es Moyes. Cuando me dicen utópico lo considero un estímulo para seguir siéndolo. Sabes que fue Tomas Moro quien hace casi quinientos años se atrevió a describir lo que hasta entonces sólo se pensaba, con amenaza de fuego eterno, que existía en el paraíso de las religiones monoteístas que dominaron y dominan esta parte del mundo y cuyos profetas componen tu nombre. Lo describió como un lugar de perfecta armonía sin necesidad de leyes. Entonces no había conciencia de que esa armonía tiene que incluir otras formas de vida.

- ¿Qué ocurrió con esa buena idea de la utopía?

- Pues a la mitad del tiempo entre Moro y nuestro presente, a finales del siglo XVIII, el francés Fourier y el inglés Owen animaron el concepto de socialismo libertario, por el cual pensaban que la justicia social vendría por el ejemplo de pequeñas comunidades en armonía. Si a ello unes el concepto de armonía natural con Gaia, Pachamama, esas ideas hoy las encarna la red de eco aldeas espirituales que con tanta fuerza está defendiendo Aimsa en Nueva York.

- ¿Y tuvo éxito esa idea del socialismo utópico?

- No, dentro de la Internacional de hombres trabajadores, el movimiento sindical libertario que se alió con las revoluciones románticas de ese siglo, Marx se opuso, lo despreció llamándolo "utópico" y promovió la idea de que para someter el poder del capital era necesaria una revolución en la que el proletariado venciera a la burguesía opresora y poseedora de los medios de producción. Creo que ese concepto venía de la imposibilidad de dejar de pensar en el Estado Nación.

- Pero el marxismo fracasó en Europa, ¿no?

- Bueno, a mi modo de ver, con su actitud confrontacional polarizó al mundo entre el comunismo y el capitalismo, ambos jerárquicos, alineantes al sistema y alienantes del ser humano. Europa ha intentado, desde el seguro social del alemán Von Bismark, el sistema nacional de salud de inglés Lord Beveridge y las social-democracias nórdicas, un modelo social intermedio

que es el que hoy más se aproxima a la justicia social y respeto de los derechos humanos. Pero sigue siendo en base a nacionalismos y fronteras, masas alienadas y destrucción ecológica.

- Bueno, discúlpame Moyes. Hablo demasiado. Quizás por mi gran confusión, por justificar mi rol dentro de esta jerarquía de poder. En el fondo soy anarquista, como mi abuelo materno, y si estoy aquí debiera ser con la estrategia de contribuir a que todo esto cambie, se diluyan las fronteras, se acabe el poder del capital y volvamos a la naturaleza.

- Brindemos por ello Thanda.

Chocaron sus vasos de cereza de cereza "*kriek*" y caminaron hacia el museo africano.

Sintieron dolor de ver aquella muestra de la opresión europea de África. Moyes, muy sensible a la historia de la esclavitud por su origen africano y el drama sufrido por su madre, había leído "el fantasma del rey Leopoldo" y le explicó el significado vergonzoso de aquel museo con pretendidos objetivos pedagógicos etnográficos y naturales.

- Thanda, me duele entrar en esta exposición del terror, pero es necesario conocer la historia. A finales del siglo XIX y tras la conferencia de Berlín en la que los principales poderes europeos dividieron el continente africano en sus colonias, Leopoldo II convirtió la inmensa cuenca del Congo, el Amazonas africano, en un campo privado de trabajos forzados e indescriptible crueldad. Por el afán de explotar sus riquezas de caucho, minerales y marfil, acabó con la vida de más diez millones de africanos. De eso se habla poco aquí. De hecho, ese rey genocida expuso con triunfalismo la muestra de sus posesiones aquí, bajo la aclamación de los belgas y del mundo, incluidos cuerpos disecados de nativos del Congo.

- Es horrible Moyes, y no menos que las masacres del resto de poderes europeos en su afán colonizador, explotador y "evangelizador" en todo el mundo. Como europeos debemos, en nuestra relación con el resto del mundo, sentir y expresar perdón y humildad.

LXXXVIII. La penúltima batalla, Nampula, Mozambique, noviembre 2004

Cuando Thanda era niño, su padre fue a trabajar a la isla de Gran Canaria. Thanda apenas despertaba a la adolescencia. Hizo amistad con un vecino de su edad, Raimundo. En sus aventuras de verano por las calles de Las Palmas dio su primer beso a una chica. Después Thanda y su familia emigraron a Holanda por el trabajo de su padre. Un día su madre le dijo que Raimundo había tenido un accidente. Tardó en saber que la verdad era que se había quitado la vida porque su cada vez más desinhibida homosexualidad y amaneramiento exasperaban a su padre. Aquella tragedia marcó la vida de aquella linda familia para siempre. La hermana de Raimundo, Maria Jesús, entró en el convento de las Siervas de María en el barrio de los Arenales con tan sólo quince años. Después de un tiempo de clausura, fue destinada a dar clases de religión en un colegio de Toledo. Al enterarse que Thanda trabajaba como médico en una misión en África, le escribió. Mantuvieron un intercambio epistolar que fue aumentando en confianza. Maria Jesús le contó como habían sido los últimos diez años desde el suicidio de su hermano. Le habló de su vocación buscando la paz en la fe y la entrega a los más pobres, y le dijo que se sentía atrapada enseñando a niñas de clase alta en un colegio privado religioso. Thanda le envió "Ilusiones", y le preguntó simplemente "¿eres feliz?" y le dijo "ese es tu único mandamiento Maria Jesús". Cuando Thanda regresó de Zimbabue a España, se vieron en Madrid. Maria Jesús le confesó que quería salir de su vida de religiosa pero que tenía miedo al mundo exterior y no sabía si se acoplaría y querría volver al convento. Era una duda común y las religiosas en ese dilema solían pedir un año fuera del convento y escoger a un "tutor" que fuera de la confianza de la madre superiora, para que cuidase y diese buena fe de su vida pudorosa en ese tiempo. De esa manera podían, con el informe positivo del tutor, volver a entrar en el convento sin todo el proceso de nuevos votos. Era, en términos laborales, como una "excedencia". Maria Jesús había desarrollado una gran confianza y complicidad de ideas con Thanda y le pidió que fuera su "tutor". Thanda

aceptó con gusto y con el recuerdo de dolor y a la vez ternura por Raimundo. Le animó a trabajar en un albergue de Caritas para mujeres sin hogar. Disfrutó de su entrega, pero no toleraba la vida sin el orden monacal. Decidió volver al convento. Thanda le explicó a la madre superiora la vocación de María Jesús de darse a los más pobres, algo que ella no se atrevía a decirle por parecer soberbia despreciando otras labores necesarias en la orden como las escuelas privadas de donde sacaban beneficios para financiar sus misiones. Ese mismo año fue destinada a un convento en Nampula, en el norte de Mozambique.

En las cartas que siguieron, entonces por email, sí respiraba pasión por su vida y su trabajo allí. Curiosamente era entonces Thanda quien desde Bruselas sentía ese anhelo de Ukuzwana. En un mensaje de email en agosto de 2004, María Jesús le confiaba a Thanda que era testigo de cómo cinco niños vecinos de su convento fueron engañados por un hombre blanco y se subieron a su todoterreno. Uno de ellos consiguió escapar. Del resto no sabían nada. Unos meses antes solían atender a ochenta niños de la calle en el comedor del convento y orfanato "Mater Dei" y ahora apenas venían diez. En los últimos días habían encontrado cuerpos de niños sin algunos de sus órganos. Thanda les explicó la situación a Buhleve y a Haka, víctima y luchador del y contra el tráfico de niños en Zimbabue y Sudáfrica, y ellos se comunicaron con la hermana María Jesús, en Nampula.

Desde que había vuelto de su último viaje ayudando a Fernando a desenmascarar el tráfico de diamantes y de armas que desangraban a Sierra Leona, Haka vivía plácidamente con Helen entre Bulawayo y Ukuzwana y viajaba a comunidades la red Sibithanda y por la Fundación Anwele, que promovían la idea de las eco aldeas espirituales en Zimbabue. Hablaba ya ndebele casi como un nativo, le gustaba cantar en coros zulúes y estaba escribiendo un ensayo sobre "la conciencia y la violencia" que confiaba ayudara al final de la lucha armada de ETA. Thanda le había puesto en contacto con Pascual y ambos reflexionaban sobre el dolor que causó la violencia estructurada de ETA, a pesar de sus razones libertarias legítimas. Haka ya tenía setenta y cinco años, una cojera acentuada en la pierna

derecha por una artrosis de cadera y había perdido vista y agilidad de cálculo y memoria. Pasaba frecuentes noches de insomnio pensando en los niños aún víctimas de tráfico de prostitución, niños soldados, trabajos esclavos, sirvientes, mendigos, matrimonios forzados o incluso, lo que recordaba de Sudáfrica, niños sacrificados por sus órganos para negocios que seguían impunes en el mundo.

Haka se lo contó a Helen y fue a hablar con su hija adoptiva, Buhleve, ahora la doctora responsable del hospital de la misión de Ukuzwana. Desde que Buhleve consiguió sacar de su atormentada alma el dolor de la noche en que robaron su inocencia, hablaba de ello abiertamente con Haka y con Patxi. Sentía que además de dedicarse a la salud de sus hermanos ndebeles, tenía que luchar contra esas raíces del mal que de forma tan valiente había desenmascarado Haka en los último quince años.

- Salibonani umkasana wami (te vemos – saludo ndebele-, hija mía).

- Salibonani baba wami (padre mío).

- Llevas ya casi dos años de médico aquí y todo el mundo te quiere mucho, hija. Admiran tu serena generosidad. Te llaman "*ulitula*": nos serena...

- Si, tras Jonay, ulibona y Juan, thandabantu, ulilapha... soy una más de esta gran familia, padre, y sin tu valentía, mi baba sibindi, hoy no estaría aquí.

- Arriesgaría cada día mi vida para recuperar sonrisas de luz como la tuya.

- Pero ya has luchado mucho padre. Mereces descansar, pasear por Matopos, disfrutar del hogar con Helen, pasar aquí en el porche de la casa de tu hermano Patxi lindas tertulias.

- No puedo hija. Mi naturaleza es luchar por lo que creo justo, es lo que me da razón para vivir. Tengo algo que decirte sobre eso.

-Dime Baba.

- Una amiga de Thanda, que es religiosa en Mozambique, me ha escrito diciéndome que han ido desapareciendo niños de su orfanato y encontrando cuerpos sin órganos. Quiero ir a ayudarles, Buhleve. Desde que me lo dijo, hace una semana, no puedo dormir.

- Te entiendo y te admiro por ello padre. No te voy a insistir en que "ya no

tienes edad para aventuras”, que seguro es lo que todos te dicen. Pero te voy a pedir algo:

- Dime hija.

- Quiero ir contigo. Es mi deber hacer por otros niños lo que tu hiciste por mí, y además acompañarte en esta nueva lucha.

Buhleve sabía que podía ser la última lucha de su padre, quería estar a su lado, y quería aprender e inspirarse de su generosa valentía por una causa de la que le rescató hacía quince años y puso resucitar su vida y sus sueños. Habló con los médicos cubanos que ahora trabajaban en el hospital de Brunapeg. Por entonces Cuba tenía casi cincuenta mil trabajadores de salud en los rincones más remotos del mundo, donde nadie más iba. Uno de cada tres médicos cubanos trabajaba fuera del país y más de dos de cada tres habían pasado al menos una misión de cuatro años en un país remoto. Durante su trabajo cobraban del gobierno de Cuba una parte del salario local, y el resto de lo que los países pagaban por los servicios médicos iba a ayudar a los gastos de salud en Cuba, asfixiada económicamente por el embargo de Estados Unidos. Buhleve había actualizado el “manual del cooperante de J Gray”, y ahora, con toda la información de los tratamientos del SIDA y las posibilidades de telemedicina, se lo habían publicado en la editorial Sibithanda y se llamaba “donde no hay especialista”. Los ochenta médicos cubanos, que se reunían cada tres meses en Harare y Bulawayo, se turnaban los cuatro ejemplares que Buhleve les regaló. Uno de los cubanos de Brunapeg, Elías, se ofreció a sustituir a Buhleve en Ukuzwana mientras ella acompañaba a su padre.

Haka aún guardaba en el garaje de su casa en la avenida Coglán de Bulawayo el viejo Toyota BJ40. Parecía esperarle a una nueva aventura. Le arregló la bomba del agua, le cambió la junta de la culata y le quitó el termostato, inservible en el árido calor del verano austral. Volvió a hacer su mochila con la libreta de diagramas y relaciones, linterna, botiquín, kit de alimentos secos y su saco de dormir. Los tiempos habían progresado y esta vez llevaba también una cámara de fotos con teleobjetivo, un filtrador de agua que había diseñado su sobrino Joseph, una radio portátil y un

diccionario portugués-inglés. Llevaba también un teléfono móvil y un ordenador portátil. Pensó si debía coger la makarov que llevaba guardada más de diez años. Le vino la imagen de Buhleve amenazada a su lado y sin dudarlo la metió en un doble fondo de su mochila y preparó un hueco camuflado en el bajo del coche. Buhleve preparó su mochila y llevó también su violín.

Haka y Buhleve salieron a finales de octubre desde Bulawayo hacia Harare y seis horas después siguieron camino hacia las montañas de Chimanimani. Allí se quedaron en un hostel de montañeros y aventureros llamado "*the heaven's lodge*" donde durmieron en una cabaña de madera y Buhleve tocó el violín. Fue una noche inolvidable donde hablaron de la vida, padre e hija, y sintieron la magia de la trenza de sus destinos. Haka era para Buhleve un ejemplo de coraje y compromiso por lo que creía justo, y Buhleve era para Haka una demostración de cómo el amor y la belleza se sobreponen a los pozos oscuros de la crueldad y el egoísmo.

A la mañana siguiente continuaron viaje hacia Mutare, cruzaron la frontera, siguieron camino hacia Beira y se desviaron al norte hacia Nampula. En total fueron tres de días de viaje. Llegaron al convento Mater Dei, un lugar sencillo a las afueras de Nampula y rodeado de setenta hectáreas de campos y cultivos con una iglesia octogonal en el centro, una cocina, una hospedería, la residencia de las hermanas, el albergue de las novicias y la escuela de los niños. Fueron recibidos por Sor Maria Jesús y su hermana superiora, Sor Juliana.

Después de los saludos de bienvenida y acomodarse en un cuarto del convento, Sor Juliana les contó su historia. Había llegado a Mozambique en los años setenta, justo antes de la independencia, y se enamoró del pueblo sencillo. Establecieron un convento para la vida contemplativa y la caridad, vivían de lo que les daban sus plantaciones de arroz, árboles frutales, gallinas y unas pocas vacas. Con los años se unieron casi treinta mujeres a la vida religiosa de aquel convento de valientes. Decía que la maravillaba ver como "todo el mundo cuidaba de todo el mundo en las aldeas y los niños se movían libres como pájaros". Al poco de la independencia se recrudeció

la guerra y con ella todas las formas de violencia. Ello, junto al SIDA, hizo explotar el número de huérfanos. Habían visto el primer cadáver mutilado de una niña en su patio hacía dos años. Siguieron encontrando cadáveres, casi todos de entre doce y quince años. Pudo contactar con el fiscal general del país, un exguerrillero del FRELIMO muy honesto, quien le aconsejó "no tratar con la policía", muy corrupta y posiblemente parte del tráfico. Habían hecho una lista de niños que habían sido engañados para subir a un coche o simplemente secuestrados a la fuerza. Por las noches notaban aterrizajes y despegues de avionetas en una llanura extensa detrás del convento. Tenían sospechas de un matrimonio blanco que vivía en una finca grande de la zona pues había varios testigos y familiares que identificaron el coche blanco en el que se llevaban a los niños y otros lo vieron entrar en aquella finca. Incluso acogían a un niño que consiguió escapar de allí. Habían recibido cartas anónimas y llamadas amenazándolas de muerte.

Sor Juliana le pidió a Haka que no condujera el BJ40 blanco por la zona pues se había extendido el rumor que "un blanco en un coche blanco" raptaba a los niños y seguro que los responsables del tráfico buscarían como acusarles a Haka y las monjas. Le dejaron un scooter para hacer sus investigaciones.

Mientras Buhleve examinaba la salud de los cincuenta niños albergados en el convento y preguntaba a cada uno y sus familias sobre la desaparición de sus amigos, Haka intentaría saber más sobre la finca y sus dueños. Como ocurrió en Sudáfrica quince años atrás, dejó escrito un "plan B" por si él mismo era desaparecido o faltaba al mensaje por el teléfono móvil que le hacía a Buhleve cada media hora. En ese plan B había cartas destinadas a Amnistía Internacional, el Embajador de España, el Parlamento Europeo, el director ejecutivo de UNICEF y el alto comisario de los derechos humanos. Haka se hizo pasar por granjero vasco en busca de tierras y preguntó discretamente en un restaurante selecto, casi sólo frecuentado por granjeros y empresarios blancos. Tras un par de cervezas, un portugués dicharachero le dijo que los propietarios de la finca sospechosa habían venido de Zimbabue, se llamaban Gary O'Connor, irlandés y su esposa,

danesa Tania Skytte, compraron 300 hectáreas al gobierno y planeaban desarrollar una granja avícola.

Buhleve supo por una tía de uno de los niños huérfanos del convento, que limpiaba en aquella finca, que constantemente venían "brancos" a jugar al golf, montar a caballo y, sobre todo, practicar artes marciales. Al preguntar a los niños por los compañeros desaparecidos le decían: "nao sei, soy con hombres brancos, que le pegaron (cogieron) en seus carros (coches)".

Mientras Haka estaba investigando sobre la finca, llegó un joven acompañado de un niño de unos diez años y preguntó a los custodios de la entrada por el "branco" para hacer el "tráfico". Se había equivocado con la finca vecina. Buhleve le preguntó quién le había dado esa información, pero no le dijo quién. Lo que sí reveló es que le dijeron que en aquella casa podría vender al pequeño por ochenta millones de meticais (la moneda local, equivalente a unos tres mil euros).

Cuando Haka volvía, encontró a una muchacha de unos doce años llorando y perdida en el camino. Entre sollozos le dijo a Haka había sido llevada allí por unos hombres en un «carro branco» y que pudo huir en un descuido de sus secuestradores.

Esa noche vino a cenar al convento una monja italiana, Hermana Doraci, quien llevaba también tiempo investigando casos de niños desaparecidos y cadáveres mutilados. Dijo que denunció esos casos ante la policía y el gobernador de Nampula, Abdul Razak, sin que ni siquiera llevaran a cabo una investigación. Otra mujer del convento, María Elilda, misionera laica brasileña, dijo haber estado también investigando y había sido objeto de varias emboscadas de las que pudo huir.

Durante la cena, Haka expuso su estrategia:

- Juliana, Doraci, Elilda, necesitamos aportar a las autoridades y al mundo la prueba de lo que ocurre. Hasta ahora sólo tenemos cuerpos mutilados, pero sin prueba de quien está detrás. Yo sospecho que están ligados a una trama contra la que luché hace unos años en Sudáfrica. Estoy seguro que igual que allí tenían nexos con UNITA, grupos de mercenarios y traficantes de armas y de diamantes, aquí también las tienen, sólo que no es UNITA sino

RENAMO.

Esa noche Haka preparó una mochila ligera con la linterna, su teléfono móvil, la cámara de fotos y, en un doble saco, deseando no usarla, la Makarov. Caminó campo a través hasta la finca de los O'Connor y saltó la tapia por el frente sur. Caminó con sigilo hasta la casa, a través de los pasillos entre los largos corrales de aves y pudo ver entre las ventanas de la cocina. Había una ventana abierta y pudo oír una conversación entre el matrimonio O'Connor. Se lamentaban de las acusaciones por las hermanas y por gente en el pueblo, de ser traficantes de órganos. En ese momento escuchó el motor de una avioneta aterrizar a unos cuatrocientos metros. Se acercó con sigilo y vio un Range Rover blanco acercarse a la pista mientras una Cessna 182 aterrizaba. Vio salir a un hombre del coche con cinco niños y subieron a la avioneta. Con su cámara y teleobjetivo pudo hacer fotos, aunque era ya muy oscura la noche. Hizo fotos de la matrícula del todo terreno y de la avioneta.

Consultó a través de las Hermanas con una ONG local que junto con el obispo averiguaron el nombre del propietario del todo terreno. Era un sudafricano, Martin Witwater, conocido exguerrillero de la RENAMO e instalado impunemente en Nampula. La matrícula de la avioneta era sudafricana y le envió a Nadine en Johannesburgo los datos para que averiguara en los registros de aviación civil.

Mientras dejaron fotos y datos para solicitar del fiscal general una investigación de Martin, Haka y Buhleve decidieron seguir el rastro hacia Sudáfrica. Estaban en contacto con Nadine quien les informó que la avioneta era propiedad de una compañía llamada "Fly with us" que alquilaba vuelos pilotados y tenía su base en Durban. Estaban a más de cinco días y 2,000 kms de trayecto. Fueron cinco días de confianzas y complicidad, también con humor y desacuerdos, pero tremendo cariño de padre e hija. A Haka le dolía la espalda y un hombro y Buhleve le convenció que ella conduciría. Nadine no pudo averiguar de "Fly with us" qué clientes alquilaron el servicio de la avioneta en cuestión, obteniendo como respuesta que dicha información era confidencial.

Cuando iban llegando a Durban, fueron al aeropuerto donde "Fly with us" tenía su angar. Esperaron a que cerrasen la oficina y Haka se infiltró por una ventana entreabierta e hizo fotos al libro de servicios. El 4 de noviembre viajó la avioneta desde Nampula hasta Durban. Cliente: Kwazulu Natal hospital, empresa Netcare. Buhleve conocía a una ex compañera y amiga cirujano, Nancy, entonces residente en Johannesburgo, que ahora trabajaba en aquel hospital de Kwazulu. La llamaron y le contaron la sospecha. Se unió a ellos. Entraron al hospital, ya de noche y Nancy les consiguió pijamas del quirófano. Fueron a la unidad de trasplantes renales. Encontraron a los cinco adolescentes de Mozambique, tres chicos y dos chicas, en dos habitaciones diferentes, sedados y con historias clínicas en las que figuraban apellidos aparentemente israelitas. Haka se quedó en la habitación de los tres chicos esperando a que despertaran. Mientras tanto, Nancy preguntó en el control por la lista de operaciones de la semana siguiente. Incluía cinco trasplantes renales. Todos los pacientes receptores tenían nombres judíos. Los mismos que falsamente se atribuían a los chicos. Hicieron fotos de las historias y de los chicos. En las historias de los receptores figuraba en cada uno una nota con un membrete de la organización "*Kav La Chayim*". Llamaron a Nadine y le dieron todos los datos. Esta vez no le dieron opción a la policía de proteger a los poderosos empresarios. Mandaron un artículo anónimo a las agencias de prensa internacional, al parlamento europeo, a UNICEF y a la comisión de derechos humanos de las Naciones Unidas.

Haka volvió a revisar todas sus notas del cuaderno de su rescate en Sudáfrica. Quedaron siempre sueltos los cabos de Gordon y Perry, huidos a Israel. Avisó a su amigo Aaron en Tel Aviv y le preguntó que investigara de nuevo esos nombres en conexión con Kav La Chayim. Mientras tanto empezaron la larga vuelta a casa desde Durban a Bulawayo. Cuando era ya de noche, notaron que se empezó a calentar el agua de la refrigeración del motor. Bajó la marcha, pero a los pocos kilómetros salía profuso vapor del capó del viejo BJ40. Con la linterna empezaron a revisar el motor y comprobaron que no había fuga de agua por el radiador ni el circuito. Haka

sospechó que estaba dañada la bomba del agua y necesitarían repararla para evitar que se quemara la culata.

Estaban en el corazón del Orange Free State, el estado más racista del país más racista del mundo, a pesar del fin oficial del Apartheid. Estaba poblado sobre todo por afrikáners descendientes de los hotentotes holandeses que llevaban cuatro siglos explotando como granjeros, "boers", las tierras y a los africanos, con el racismo más arraigado y bendecidos de tal superioridad por su Iglesia Reformada Holandesa. En las siguientes dos horas pasaron unos veinte *pick ups* que enlentecían el paso según se acercaban y, al verlos, los miraban con desprecio y aceleraban. Un par de ellos les gritaron: "ihog!" (¡cerdo!). Sabían de la ley de inmoralidad por la cual durante el apartheid estaban prohibidas las Uniones entre razas, y que en algunas comunidades blancas aún vivían en el pasado, aunque ya llevaba quince años liberado Mandela. Pensarían, a pesar de la diferencia de edad, en una unión a sus ojos inmoral. Haka sintió rabia y a las dos horas se puso en el medio del camino, obligando a parar al siguiente auto. Bajó amenazante un hombre alto y le gritó en afrikáners que se apartara. Haka respondió en inglés:

- Llevamos dos horas con el coche averiado y nadie para. Viajo con mi hija de vuelta a Bulawayo. Sólo queremos que nos lleven al mecánico más cercano para pedir que remolque el coche, intentar repararlo mañana y seguir camino.

- Aquí no son bienvenidos. Esta es una comunidad cristiana y tenemos nuestros valores.

Haka recordó a Patxi, imaginó lo que él le hubiera respondido y le dijo:

- Jesús empezó su vida refugiándose con sus padres, rechazado por los fariseos. Su mensaje era de amor a los más necesitados. No hubiera dejado a nadie pasar la noche en una cuneta. Yo sé que usted no desea mal a nadie. Está en su mano acercarnos al mecánico del garaje y no le molestaremos más.

Haka se apartó del camino. El hombre murmuró, volvió al volante y les hizo una señal despectiva diciéndoles que se podían subir en la bañera, entre

sus herramientas y unos sacos de maíz. Llegaron al pueblo y paró frente a una antigua fábrica de Coca Cola que se convirtió en taller mecánico. No se despidió ni dijo palabra, como temeroso de que sus paisanos le vieran contaminado de inmoralidad. Posiblemente iba directo a rezar sus oraciones de la noche.

Llamaron a un timbre en la puerta y a los diez minutos se encendió una luz y al abrió un hombre negro de unos sesenta años, con un mono azul manchado de grasa.

- *Salibonani Baba.*

Saludó Haka en zulú, muy próximo al nedebele.

- *Yebo Baba. ¿Kunjani?*

Haka le explicó la situación y el maltrato recibido. El hombre dijo llamarse Ruddy y estaba a cargo del taller, propiedad, como todo en el pueblo, de afrikáners racistas. Salieron con la grúa a por el BJ40. En el camino, Ruddy les contó sobre su vida en aquel pueblo llamado Carel. Había emigrado de Orania, el pueblo al este, en Northern Cape, donde se había declarado un lugar de sólo-bancos, el racismo sin remilgos, en toda su expresión. Al menos no tenían ni siquiera trabajadores esclavizados. En Carel se ofreció a un puesto de trabajo de mecánico, recibía un salario y un cuarto en un altillo del garaje. Iba cada mes a ver a su mujer y tres hijas en Soweto, donde vivían con una hermana de ella.

- *¿Uyathaba laphia yini, ubudi wami?* (¿Eres feliz aquí, mi hermano?)

Le preguntó Haka.

- ¿Qué es ser feliz?

Respondió él, casi enojado.

-Trabajo, como, bebo para olvidar y duermo. Cuento los días para ver a mi familia, y tengo ya cicatrices en la lengua de mordémela y no responder a los insultos racistas en esta comunidad. Pero tengo que trabajar si quiero ofrecerles a mis hijas un futuro diferente al de sirvientas en los barrios ajardinados de Johannesburgo.

- ¿Pero es ésta la Sudáfrica que venció al Apartheid?

- Así es. Tras todos los discursos de Mandela, las promesas del Congreso

Nacional Africano, los planes de la sociedad arco iris. Así seguimos hermano: el ochenta por ciento de las tierras cultivadas pertenecen al diez por ciento blanco de la población. Los blancos tienen salarios cinco veces más altos que nosotros los negros, y el diez por ciento más rico, casi todos blancos, menos algunos dirigentes del Congreso Nacional Africano, poseen el noventa por ciento de la riqueza. Dicen que tomará tiempo reconstruir un país justo. Yo no lo veo avanzar. Sé que moriré pobre y sometido a los poderosos, blancos y negros. Pero sí, Haka, soy feliz cuando pienso en mi esposa y mis hijas y, a mi manera, contando los días para ir a verlas y saber que crecen seguras. Una quiere ser médico, otra artista y la tercera abogada. Daré mi vida por esas sonrisas de esperanza.

Al día siguiente arreglaron juntos la bomba de agua y emprendieron camino. Ruddy pidió a su patrón adelantar su fin de semana mensual y así pudo viajar con Haka y Buhleve a Johannesburgo.

Buhleve observaba a su padre. Le admiraba en su valentía. Sabía que algo de su padre biológico a quien apenas recordaba por su vida en Soweto, y de su madre, se habían infiltrado en el alma de Haka y Helen. Haka se empeñó en conducir, se sentía mejor tras su masaje preferido la noche anterior antes de dormir: Buhleve bailó con los pies descalzos con movimientos suaves siguiendo sus músculos paravertebrales, encima de la contraída espalda de Haka. Se fijó en él mientras conducía: tenía una barba blanca muy tupida y una cabellera que acababa en rizos en su nuca. Llevaba una txapela gris que cubría parte de una frente surcada por líneas de tantas aventuras y luchas. Bajo las cejas pobladas, sus ojos de pestañas frondosas, iris verdes y un pronunciado surco bajo el párpado inferior con el que se notaba más su alegría o tristeza que con la misma comisura labial. La nariz chata, como todos los Beloqui centraba un rostro lineal, poderoso y a la vez suave, como si respirara nobleza. Buhleve admiraba y quería a aquel ser humano con toda su alma. Le dio un vuelco el corazón al notar un temblor fino en su mano derecha.

Llegaron a Soweto y dejaron a Ruddi en su casa, viéndole desde el coche abrazarse con tremenda felicidad a su esposa y sus hijas. Prefirieron

declinar su invitación a comer para preservar su intimidad, y se dirigieron a cenar con Kate y Nadine. Tras los abrazos emocionados, Nadine les enseñó una revista con un artículo sobre el tráfico de órganos en Sudáfrica que se titulaba: "el terror se reproduce". Comentaron la última batalla:

- Quedaron restos del "Nuevo Amanecer", Haka.

Dijo Nadine.

-Era de esperar Nadine. Gordon y Perry aún controlan negocios desde Israel. ¿Te escribió Aaron?

Le contestó Haka.

- Sí, pero aún no ha encontrado rastros. Y toda la información de Kav La Chayim está blindada. Me consta que es protegida por la Mosad. Debo investigar los vínculos del Mosad con RENAMO, y de éstos con la red de tráfico de órganos, drogas, marfil y armas, y su protección por executive outcomes.

- Es como un cíclope de siete cabezas, cortas una y crecen más, en lugares dispares, y sembrando siempre terror en todas sus formas.

- Pero Haka, tu eres siempre esperanza. Hoy esos niños de Mozambique están volviendo con sus familias y Frelimo y el Congreso Nacional Africano han creado una "comisión de investigación".

- ¿Escribisteis a Thanda y a Beatriz?

- Si, Beatriz está instalándose con Meimuna en Nueva Delhi, pero Thanda nos está ayudando mucho. Nos sugirió que mandáramos la información de lo ocurrido a un eurodiputado portugués, José Rivera de Castro, quien hizo una pregunta parlamentaria a la comisión y acabó en el despacho de Thanda. Juntos están redactando una normativa aprobada para acabar con el tráfico internacional de órganos, y están proponiendo al Consejo Europeo una reunión en Maputo para comprometer a todos los gobiernos a prevenir y perseguir todo tráfico. Ya estamos en contacto con Alicia Mabote, presidenta de la Liga de Derechos Humanos de Mozambique, para organizar esa reunión y la "declaración de Maputo". Quieren que tú, Haka, hables de tu lucha hace tantos años contra estas tramas.

- Yo prefiero no hablar Nadine. No me gustan esas reUniones de tantas

palabras de personas desde sus cómodos hoteles. Además, sería fácilmente identificado y tendría menos libertad para seguir luchando.

-Pero hermano de mi alma, dijo Nadine tomándole la mano -que Buhleve seguía Nothando temblaba levemente-, ya has pasado de los setenta y es momento de dejar que los jóvenes tomen el lado físico de la lucha y tú escribas, cuentos, propongas y hagas estremecer al mundo con tus historias. Recuerda esto Haka: escribir la verdad puede ser tan valiente como rescatar a unos niños de un secuestro.

- Lo pensaré Nadine. Me siento dulcemente acosado por estas tres bellezas, mis amigas de lucha y mi bella princesa. ¡Pero si hablo será con un pasamontañas!

No bromeaba. Se quedó pensativo. Algo le nubló la mente.

-Pero antes quisiera atar algún cabo suelto. La RENAMO tiene una estructura similar a UNITA y depende también del apoyo económico y militar del apartheid de Sudáfrica, aún latente en muchos resquicios de la policía, el ejército, los servicios secretos y, sobre todo, las conexiones entre De Beers, el tráfico de diamantes y armas y los grupos mercenarios como Executive Outcomes.

Buhleve, ¿como se llama la persona que abusó de ti, le salvaste la vida a cambio y le revelaste la verdad a su hija?

- Joseph Smuts.

Desde que Buhleve le reveló a Nadine la identidad de Smuts, Nadine había investigado y preparado con amigos del Congreso Nacional Africano, ahora mandos de la policía, un dossier sobre esa persona. Había sido jefe del batallón 32, dedicado a asesinar a miembros del Congreso Nacional Africano durante el Apartheid. Se le atribuía el asesinato de Joseph Biko.

Buhleve averiguó de su antiguo hospital la dirección del paciente y vio que seguía consultas de oncología. Sabía que al enfrentarse su padre a quien robó cruelmente la inocencia de su hija, podría desatar su ira. Esa noche Buhleve escribió una carta.

señor Smuts,

Soy Buheve Beloqui.

En dos momentos su vida se ha cruzado con la mía. El primero fue hace quince años, cuando usted abusó de mi secuestro y de mi virginidad en el burdel de Dasy. Me arrancó una parte de mi alma que vaga en las tinieblas del dolor desde entonces. A pesar de aquello, mi padre me rescató de aquella red de terror que traficaba con niños huérfanos de Matabeleland para la prostitución y los trasplantes de órganos de personas insensibles al más profundo dolor. Como usted.

La segunda fue hace dos años. Yo le atendí en la urgencia del hospital Charlotte Maxeke, le diagnosticué una perforación intestinal, le operé y le resequé el tumor que invadía sus intestinos.

Usted me quitó la vida. Yo se la salvé.

Mi alma está serena pues a pesar del dolor, he descubierto en el amor a los demás, sobre todo a los que más sufren, la fuente de mi felicidad.

No le tengo rencor. Le tengo lástima. El daño que usted ha hecho debe estar hundiéndole su alma.

Ahora trabajo en un hospital de misión en Matabeleland. Mi padre y yo supimos de otra red de tráfico de niños, esta vez en Mozambique, y hemos descubierto su relación con la empresa de hospitales NetCare, con exguerrilleros de la RENAMO y con una secreta red de trasplantes clandestinos en Israel. Todo ello precisa cobertura armada y sabemos de las conexiones pasadas del batallón 32 y la SWAPOL con la RENAMO y con Executive Outcomes.

Este es el momento en que usted pueda redimir el dolor que ha causado revelándonos esas conexiones que siguen presentes y amparan esa y posiblemente otras redes de terror.

Si así lo decide, por la paz de su alma, deje una nota con la doctora Rispel, su oncóloga. Ella sabrá cómo hacerme llegar la información y podremos acabar con tanto dolor.

Aunque le cueste creerlo, le deseo que el tratamiento cure su cáncer y que sienta paz en el cariño de su familia,

Buhleve Beloqui

Por un momento Buhleve pensó chantajearle amenazando que si no

confesaba las conexiones de la red escribirían a la prensa sobre sus actos. Pero pensó que la forma más profunda y luminosa de erradicar tanto mal era con el arrepentimiento y el amor, más que con la violencia y el miedo. Intentaba combinar la inspiración misericordiosa de su tío Patxi y la valentía de su Aita Haka.

Era momento de volver a casa, habían estado un mes fuera y viajado quince mil kilómetros en el BJ40. Volvían con la paz de haber desmontado otra trama de terror. Pero, sobre todo, había sido un maravilloso mes de complicidad entre padre e hija, luchando por una causa noble. La misma que le rescató a Buhleve a la mitad de su vida vivida y le trajo desde las tinieblas a una familia, red y sueños de luz.

LXXXIX. Bajando del pedestal humano, Dakota del Sur, marzo 2005

Nour ya tenía ocho años, atendía a la escuela primaria en Brooklyn, disfrutaba de los paseos por los parques, de su mundo de poesía, música y sueños con sus padres, del contacto por ordenador con sus abuelos en Gomera y su gran familia en Ukuzwana, a donde había vuelto dos veranos (del norte) con Jonay a encontrarse con sus hermanos del alma, Adam y Unai. Hablaba en inglés en la escuela, español con su padre e hindi con su madre. Disfrutaba de dibujar, bailar capoeira en un grupo de baile del barrio, aprendía el violín con su padre y le acompañaba en el yoga a su madre.

Había desarrollado una relación de gran conexión con Sam, el perro labrador que cuidaban. También con los gatos de la calle, los pájaros en los árboles y con las ardillas del parque. Jonay la miraba fascinado como se sentaba frente a Sam, a su misma altura, le miraba con suavidad y como timidez, casi de lado, expresaba con su cuerpo actitud de interés discreto y emitía sutiles sonidos. Sam iba haciendo lo mismo. Después de un tiempo ya hablaban con las miradas y los sonidos. Acababa esas "conversaciones" diciéndoles a sus padres : "Sam pregunta que cuando vuelve James" o "Sam dice que ha soñado con pájaros" o "A Sam le gustaría ir a pasear por el río". Aunque Nour tenía una rica imaginación y hasta recordaba y contaba sus sueños, no decía nada que no pensara o sintiera de verdad, una actitud heredada o inspirada de su madre.

Una compañera de Aimsa en UNICEF llamada Judit, tenía una cabaña de la familia en las "montañas negras" de Dakota del Sur. Se la ofreció para los fines de semana hasta la primavera. Fueron en tren y llevaron sus tres bicis. Llegaron a la estación de Hill City y allí tomaron el tren original de 1880 hasta el antiguo Keystone Branch, que servía a una mina de oro. Desde allí fueron en sus bicis a una cabaña de madera frente a un hermoso lago. Sam les seguía corriendo. Era el mes de marzo y aún había restos de nieve en las copas de los pinos. Entraron en la cabaña, hecha de troncos de madera, y encendieron la chimenea. Los camastros estaban en un altillo. Ya estaba

atardeciendo y fueron hasta un embarcadero en el lago. Viendo el atardecer se dieron la mano y sintieron unión entre ellos y con aquella bella muestra de la naturaleza.

En ese momento se empezaba a implementar el protocolo de Kioto, después de los compromisos, voluntarios, insuficientes y no-vinculantes siete años antes en la reunión a la que Aimsa asistió representando, por primera vez, a la red de eco aldeas espirituales.

- Aimsa, oí que se empieza a implementar este mes el protocolo de Kioto. ¿Qué piensas que puede pasar?

- Soy pesimista Jonay. Los compromisos habían quedado finalmente en la décima parte de lo que serían necesarios para evitar el calentamiento global sin retorno. Siete años después Estados Unidos no lo ha ratificado. Tampoco lo ha hecho Afganistán, arrasado por las bombas americanas en venganza de los atentados de las torres gemelas, ni Sudán, en plena guerra y dividiéndose en dos.

- Este país está encadenado a un sistema de poder corrupto y su sentido de excepcionalísimo, de ser elegidos como nación superior, del arrogante moralismo mezclado con radicalismos religiosos, hace que invada sin pudor al mundo de bases militares, espías y sus humos contaminantes sin ningún pudor a rechazar casi cualquier acuerdo internacional.

- Así es. También Sudan del Sur y Estados Unidos son los únicos países que no han ratificado el Convenio de los Derechos de la Infancia. Al fin y al cabo, hay cierta coherencia en ello: les roban el futuro por la contaminación y les impiden reclamarlo denegando sus derechos.

Nour, acostumbrada a oír a sus padres hablar del mundo y las políticas globales, intervino:

- No podéis hacer eso.

¿A qué te refieres Nour?

- Ni robarnos el futuro ni impedir que hablemos.

-Claro, hija, por eso mami está luchando tan fuerte por un mundo más limpio y sin poderes de personas que se creen superiores e imponen su pensar y sus privilegios.

- ¿Y dónde están los niños? ¿Cuándo vamos a decidir sobre nuestro futuro?
- Tienes toda la razón Nour. -dijo Aimsa- Tenéis que hablar y soñar vuestro mundo. Te prometo que desde ahora cuando hable de vuestros derechos o de vuestro futuro en cualquier lugar o reunión preguntaré: ¿Dónde están? Y cuando me digan ¿Quiénes?, responderé, los niños, los habitantes del futuro que ustedes pretenden decidir ¿Vale, hija?

Hacia unos días Jonay había recibido un mensaje por email de Thanda. Tras involucrarse en la lucha contra el tráfico de niños que Haka y Buhleve habían revelado en Mozambique, le habían confiado la coordinación de la propuesta de política de los derechos de la infancia en la cooperación europea.

- Nour, hija, ¿recuerdas a Thanda?

- Claro, el papá de Ángeles y Daniela.

-Pues después de su tiempo en Ukuzwana volvió a Madrid y ahora está en Bruselas, preparando ideas para vuestro derecho a ser dueños de vuestro futuro, parlamentos de jóvenes. Le encantará hablar contigo.

Volvieron hacia la cabaña con ramas caídas y prendieron la chimenea. Se sentaron frente al fuego los tres y Nour fue cayendo dormida en brazos de su madre. Aimsa llevó a Nour al camastro. Sam la siguió y se tumbó a su lado. No se separaba de ella. Al volver frente a la chimenea Aimsa notó a Jonay pensativo.

- ¿Que te ocurre cariño?

Utilizó esa palabra como acentuándola. Llevaban doce años juntos, dos terceras partes en Ukuzwana y la otra tercera parte de ellos en Nueva York, dos extremos del mundo. Del desierto humilde al bullicio de abundancia. De preguntar a cada vecino, campesino y paciente durante un buen rato al saludarse por la vida, la familia, los cultivos, los antepasados, a cruzarse en la ciudad con miles de miradas perdidas cada día. Aimsa temió que Jonay estuviera hundiendo su alma en la ciudad.

- Pensaba en la naturaleza. Qué sencilla y que bella, qué inerte y qué poderosa. Creo que las ciudades deben ir desapareciendo Aimsa, las imagino con la vegetación cubriendo su asfalto, aceras y fachadas de cemento y cristal. Es sólo con eco aldeas que recuperaremos las miradas.

Pensaba en el cruzarnos cada día en la calle, el metro, las multitudes de la ciudad, y no mirar, y si miras no saludar, y si saludas un rápido gesto de la cabeza, y si hablas un apresurado ¿cómo está? es con el tácito acuerdo que es para que el otro diga "muy bien" y no te cuente sus problemas pues, aunque le hayas preguntado, no te interesan, y si te interesan no tienes tiempo, y si tuvieras tiempo no quieres responsabilidades.

- Así es cariño. Yo lucharé fuerte por la red de acoaldeas para que puedan inspirar el proceso después de Kioto y el de la declaración del milenio, que siguen sin poder entender el mundo sin crecimiento constante, sin comercio sin fin y sin urbanización sin límite. Ya gran parte de la alimentación humana y animal se hace con cosechadoras de monocultivos transgénicos operadas por ordenador, cada vez menos campesinos y casi toda la humanidad en las ciudades consumiendo.

Se le quedó mirando. La mirada de Jonay estaba perdida en el fuego.

- Jonay: mírame.

Jonay apartó la mirada del fuego y miró a Aimsa con una sonrisa. Tenía ya cuarenta y dos años, se dejaban entrever canas en su pelo azabache, como brillos plateados, su tez era trigueña y se sentía suave aun sin tocar, su mirada era penetrante pero gentil a la vez, una leve sonrisa de Monalisa le daba a tan bello rostro una sombra entre enigmática y serena. Llamaba a abrazarla y así lo hizo.

No se dijeron nada. Aimsa sabía que Jonay dejaba parte de su vida en la ciudad, un agujero negro de almas, sin ni siquiera conexión a ningún multiverso conocido.

Cuando al día siguiente amaneció, Jonay y Aimsa fueron a dar un paseo por el bosque. Le habían dejado una nota para Nour : "Espéranos descansando princesa, vamos a por tesoros del bosque, Sam te protege". Volvían con frutos del bosque para desayunar y con unas preciosas ramas de abedul y de roble que frotar con las manos y sacar mágicas formas y brillos como recordaba desde niño hacer a Tomás en El Cabrito.

Se aproximaron por la parte trasera de la casa, sobre una leve colina . A unos cincuenta metros ladera abajo pudieron ver una imagen que nunca

olvidarían: Nour estaba justo fuera del porche de madera, con su camisón blanco, un pañuelo azul sobre su pelo rizado. Su quietud casi sagrada les transmitió a Jonay y Aimsa un mensaje de veneración y casi como por telepatía quedaron inmóviles mirando la escena.

A unos diez metros había una yegua negra salvaje Mustang. Brillaba con los rayos aún casi horizontales de la mañana. Estaba igual de inmóvil que Nour. Sus miradas estaban como imantadas por una fuerza que se sentía muy profunda aún desde lejos. Al cabo de unos minutos que parecieran concentraban lo eterno, la yegua comenzó a bajar lentamente la cabeza, a la vez que Nour lo hacía. Era una mezcla de reverencia respetuosa y de sumisión a la belleza ajena. Mientras Nour se llevaba sus dos palmas frente al pecho en saludo hindu de "Namaste", la yegua estiró la pata delantera derecha y dobló la izquierda, como también saludando con profunda veneración. Al bajar su portentosa cabeza, Jonay vio que se desvelaba tras su profusa crin una mancha blanca en cruz. En ese momento la yegua dio media vuelta y salió galopando hacia las praderas al este de la cabaña.

Jonay y Aimsa se cogieron de la mano sin decir nada. Bajaron con sigilo, como para no despertar a Nour de su trance. Cuando estaban a unos diez metros Nour se dio la vuelta y los miró. Estaba llorando. Pero su rostro era de profunda paz. Se diría que en un estado más pleno que la felicidad. Se acercaron y los tres se dieron un gran abrazo.

Jonay dijo:

- Dos bellas almas han conectado sin las trampas de las palabras, sin los prejuicios de los humanos, sin nada más que la energía de sus almas. Me parece Nour, que vas a ir haciendo muchos amigos en el maravilloso mundo animal.

- Me ha dicho que vuelve mañana.

Pasaron un día paseando los tres con Sam. Hicieron una cabaña en el bosque con ramas secas. Recordaron las tertulias con Patxi, las aventuras con Adam y Nour y las luchas valientes de Haka. Se preguntaron como estarían los abuelos en Gomera, Rob en Berkeley, Alin en Bombay, Thanda en Bruselas y tantas bellas almas por todo el mundo. Cuando hablaban de

ello, Nour preguntó:

- ¿Cuánta gente buena en el mundo hay?

- Yo creo que todos, Nour. Toda la gente es buena en su interior.

Contestó Aimsa.

- ¿Y los que hicieron daño a Buhleve y a los niños de Matabeleland?

- Pienso que hay algunas personas, no muchas, que han recibido muy poco amor. Cuando recibes poco amor, pocos abrazos, caricias, miradas de ternura, palabras de cariño, tu corazón siente soledad y tristeza. Un corazón triste tiene miedo. Miedo a que nadie le ayude si hay algún riesgo, miedo a que nadie comparta con él y sufra de necesidad y, sobre todo, esto pienso yo, miedo de irse de este mundo sin haber podido amar, aún más necesario que ser amado.

- ¿Y por qué si tienen miedo se vuelven malos?

- No es que se vuelvan malos, hija. Es que sus mentes, sin siquiera ellos darse cuenta, piensan que si actúan con agresividad se protegerán de los riesgos, que tendrán lo necesario y que provocarán respeto y sumisión en los demás. Pero se equivocan, todo ello lleva a más miedo, una espiral que no acaba.

- ¿Y qué podemos hacer?

A menudo esa era la última pregunta en una conversación de Nour con sus padres. Entonces contestó Jonay.

- Primero, no permitir que te hagan daño, o que hagan daño a los demás. Como Haka hizo en Egoli, ¿recuerdas Nour? Segundo, vivir conociendo a los demás, como hacen los abuelos, Patxi y Nolwasi y las eco aldeas que mami representa en Nueva York. Porque cuando conoces a los demás, les entiendes, y entonces los puedes querer de verdad, como ellos son, no como tú quieres que sean. Y tercero, ofreciendo siempre cariño y ternura a todas las personas que conozcas en la vida, sobre todo a quienes no te lo ofrecen: son los que más lo necesitan.

- ¿Vosotros me queréis papi, mami?

- ¡Claro! Dijeron Jonay y Aimsa a la vez riéndose.

- Pues entonces me debéis entender un poco más. Hay algo que os quiero

decir:

- ¿Qué es cariño?. Siempre nos puedes decir todo.

- No quiero ir a la escuela. No me gusta lo que enseñan. Casi todo habla del hombre como superior a los demás seres vivos. Yo ya sé leer, quiero explorar yo sola la vida.

Jonay y Aimsa se quedaron pensativos y mirándola con ternura. Habían buscado escuelas de "educación libre" basada en las pasiones y talentos de los niños, y no en un syllabus preestablecido. Las escuelas Waldorf más cercanas estaban a una hora de tráfico o de metro, y costaban demasiado para lo que ganaba Aimsa de la asignación de Naciones Unidas como representante de la red de ecoaldeas espirituales.

Volvieron andando por el bosque hacia la cabaña y hablando con Nour de su deseo. Jonay le dijo:

- Creo que eres muy valiente y sincera al decirlo hija. Dime, ¿qué es lo que no te gusta de lo que te enseñan o cómo lo enseñan?

- Me aburro. El profesor, Mr Hoffmeir, es muy mandón. Habla de la religión, de la historia americana y come carne. No creo en las cosas que dice. Además yo prefiero las aventuras, como aprender ahora del bosque, de los animales, de los viajes a Ukuzwana, de cultivar la huerta, pintar en casa, del violín contigo papi y de la historia del mundo con tus cuentos mami.

Jonay y Aimsa se miraron. En el fondo admiraban su valentía y sabían que el sistema estaba preparado para aleccionar y adoctrinar en ideas de competir entre personas y venerar el concepto de patria. Se basaba en hacer creer que defender con armas los privilegios del país más rico del mundo eran valores éticos, todo mezclado con el cristianismo y antropocentrismo. Una de las canciones preferidas de Jonay y de Aimsa era la de "*another brick on the wall*" (otro ladrillo en la pared) de Roger Waters. Si a ese mensaje se unían el de la libertad del alma que expresaba y pedía Nour, tenían que considerar muy en serio o que les estaba pidiendo. Nour se adelantó unos metros para trepar en un árbol. Iba con un peto azul y un pañuelo en la cabeza. Su sonrisa era la luz más bella para Jonay y Aimsa. No podían dejar que una disciplina impuesta o el miedo a que "no fuera

parte del sistema" nublara tan bella luz. Aimsa le dijo:

- Vamos a hablar con tu maestro, hija. Necesitas la libertad de explorar y aprender de tu propia curiosidad y pasión. Le contaremos la experiencia de las redes de eco aldeas donde niños de todas las aldeas aprenden con los padres, unos de otros, y participan en las tareas comunitarias, ven las estrellas, componen música, cuidan de los enfermos, ayudan a construir casas y trabajan en sus pequeños huertos. ¡Cuanto desearía vivir el espíritu de la eco aldea y no estar sólo hablando de ello en las Naciones Unidas! Y me siento mal porque mis dos almas más bellas, vosotros dos, estéis sufriendo la vida de la ciudad.

Jonay, se apresuró a decir:

- Pero te admiramos mucho, mami. ¿A que sí Nour? Estás defendiendo ideas muy bellas, ayudando a muchas personas del mundo y luchando para que el mundo sea más limpio y justo. Tu trabajo es muy importante, y te damos todo nuestro cariño para que luches por ese mundo mejor.

Viendo que su madre miraba al suelo pensativa Nour le dijo:

- ¡Claro mami! ¡No te preocupes! Puedo seguir yendo al "cole" mientras sigamos en Nueva York.

A la mañana siguiente, volvieron a madrugar Jonay y Aimsa e ir a recoger frutos del bosque. Hablaron del dilema de Nour. Jonay dijo que podía agrupar a niños de la comunidad para aprender juntos de otra forma, en los parques, en aventuras, y soñando un mundo sin fronteras y de compartir en armonía natural. Hablaría con padres del barrio. Había oído hablar de la educación Waldorf y podría proponer una escuela que hiciera volar la imaginación y la fantasía de tan bellas e inocentes almas, en lugar de amargar sus horas con conceptos impuestos y "deberes".

Cuando volvieron, Nour estaba de nuevo frente a la yegua Mustang. La volvieron a observar desde lejos, como si asistieran a una ceremonia mágica. Esta vez Nour se acercó poco a poco, hasta quedarse a unos dos metros. Aimsa tuvo el reflejo de ir a protegerla. Un portentoso animal de más de trescientos kilos podría hacerle daño si alzara sus patas delanteras o incluso moviera con fuerza su potente cuello. Nour apenas le llegaba a la

raíz del cuello. Jonay le susurró que mejor confiar en esa magia. La yegua escuchó el susurro y salió galopando. Al día siguiente se repitió la mágica escena. Esa vez Jonay y Aimsa se quedaron lejos y ocultos tras los árboles. Esta vez Nour había sacado una zanahoria y se la ofreció. La yegua bajó su cabeza y mordió con mucha suavidad la zanahoria. Era una prueba de confianza. Las miradas estaban clavadas. Siguieron así, inmóviles y conectados por sus bellos espíritus durante un largo rato. Sus padres la miraban maravillados.

Tal sensibilidad se ahogaba entre cuatro paredes y entre conceptos rígidos e historias de poder y jerarquías, banderas y etiquetas en el sistema de educación, que como bien decía Roger Waters, funcionaba como fábricas de ladrillos para el decadente muro de una sociedad injusta. Nour estaba demostrando una sensibilidad por toda vida, que no cabía en el sistema dominante de antropocentrismo jerárquico y mitómano. Recordaba una canción que gustaba cantar a su padre ante la hoguera en El Cabrito: "Vincent", de Don McLean: "*this world was never meant for one as beautiful as you*" (este mundo no estaba pensado para alguien tan bello como tú).

XC. Cuando la verdad se revela, la ternura, Gomera septiembre 2005

Martín subía a la pasarela del Ferry Benchijigüa en el puerto de Los Cristianos y miraba hacia atrás para despedirse de su madre Yolanda. Ella ya tenía 45 años, un pelo rizado ya algo nevado por algunas canas, unos lindos ojos marrón miel y una mirada limpia, aunque con sombras de dolor. Había acabado su carrera de nutrición en La Laguna. Adoraba a su madre. Con un trabajo de panadera y a veces limpiando casas para complementar el bajo salario, había tenido una vida dura cuidando de él como madre soltera. Le rodeó de un mundo mágico de mucha ternura, pero sin familia y apenas amigos. Martín fascinación por la naturaleza y le encantaba pasear hasta la cima del Teide, pero su madre, por alguna razón que él no entendía, no le acompañaba.

Al acabar su carrera empezó a trabajar en la sede de Unilever, una poderosa multinacional de alimentos y productos de limpieza, para así poder ayudar a su madre, ya cansada y con varices en las piernas de tantas horas tantos años atendiendo de pie al público. Estudió los efectos de las grasas trans en la margarina, el producto estrella de Unilever y alertó de sus daños cardíacos. También fue accediendo a información de como aquella compañía colaboraba en deforestar Indonesia para desarrollar inmensas plantaciones de palmeras para obtener del aceite de palma sus ingredientes de alimentos y de cosméticos. Sabía que ese daño a la salud humana y salud del planeta era inaceptable. Fue a hablar con el gerente de las oficinas para Canarias, para las que trabajaba, y le dijeron que había un departamento en Londres que estudiaba esos asuntos. Fue desarrollando conciencia ecológica, vida vegana y sin deshechos y decidió, por ética, dejar el trabajo. Empezó a trabajar voluntario en la red de "ecologistas sin fronteras". Concurrió para una charla de TED Talk hablando de la ecología y alertando del consumo de margarina. Descubrió que fue censurada por la propia Unilever, que subvencionaba aquellas conferencias que cientos de millones seguían en internet. Ansiaba despojarse de la vida urbana.

Martín recordaba bien a Jonay y, aunque era muy pequeño, recordó su visita

a la eco aldea de la ternura. Martín tenía ya veinticuatro años y era un chico tímido, un poco más bajo y más delgado de lo normal. De mirada huidiza tenía sin embargo una tenue y dulce sonrisa casi constante. Había estudiado ingeniería, pero anhelaba salir de la ciudad. Yolanda le había hablado a menudo de las eco aldeas y de la comunidad de la ternura. Martín fue leyendo en la web los artículos de Aimsa y les escribió a John y Umbela quienes le respondieron encantados de recibirle. Le intentó animar a su madre a irse con él, pero le dijo que le gustaba más vivir en Santa Cruz. Como despedida, le invitó a uno de los primeros restaurantes vegetarianos de Santa Cruz. A los postres, Martín le preguntó a su madre:

-Madre, siempre me he preguntado quien sería mi padre, como será ahora. Sé que te duele hablar de ello, pero agradeceré que me cuentes, nos ayudará a los dos a sanar esa herida.

Cogiéndole la mano y mirándole a los ojos, Yolanda le dijo:

- Tienes derecho hijo. Vayamos a casa y te contaré.

Volvieron a su pequeño apartamento alquilado y Yolanda preparó un té y puso una vela, un incienso y una música que a los dos les gustaba mucho: la banda sonora de Cinema Paradiso.

- Madre, durante toda mi vida, me he preguntado quien será mi padre, qué tipo de valores y crueldad tendría para abusar de ti y nunca más interesarse. He sentido a la vez rabia y rencor, y también el deseo de encontrarle y entender ese vacío tan doloroso en mi vida.

De pequeño su madre le había dicho que su padre había fallecido en un accidente, pero a él le extrañaba no tener ninguna foto ni saber nada de su familia paterna. Cuando más adelante fue entrando en una adolescencia rebelde, una noche, en una discusión acalorada con su madre le gritó diciendo que le dijera quien era verdaderamente su padre. Su madre le explicó entre lágrimas que fue violada y no volvió a saber de él. Pero no le dio más detalles. Desde entonces Martín sintió aún más ternura y compromiso en cuidar de su madre, y no le volvió a preguntar.

- Siento hijo haberte ocultado esa información. Era por no sufrir y no hacerte sufrir, pero es necesario siempre conocer la verdad para superar

los vacíos. Mañana vuelas a otro mundo y debes volar con tu verdad. Eres una bella persona, hijo, y soy la mujer más feliz del mundo a tu lado, pero sé que debes buscar tu camino.

-Ojalá pueda integrarme en la comunidad de la ternura y quieras venir luego conmigo, madre. Ese es mi sueño. Cuéntame por favor.

-Hijo. Nací y crecí en la casa de mis padres y abuelos paternos en San Antonio, en la isla de Lanzarote. Mi padre era capitán del ejército, muy de derechas, muy estricto y de misa diaria, como mi madre. Cuando acabé el bachillerato fui con mis mejores amigas del instituto a una fiesta que una de ellas organizaba en su casa. Había invitado a unos amigos que conocí unas semanas antes. Después de bailar música de Los Secretos, que nos gustaba mucho, uno de los chicos dijo que nos invitaba a la discoteca de un hotel. A mí no me gustaban nada esos ambientes de discotecas, pero mis amigas insistieron diciéndome que era una ocasión especial. La música era muy ruidosa y repetitiva, todos saltaban enloquecidos. Me invitaron a un "cuba libre" y lo fui sorbiendo poco a poco pues casi nunca tomaba alcohol. Como me sentía mareada dije que me iría ya. Uno de los chicos se ofreció a llevarme a casa. Recuerdo quedarme dormida en el coche. Lo siguiente que recuerdo fue despertarme en una de las habitaciones del hotel. Estaba segura que me habían puesto somníferos en la bebida y pensé que habrían abusado de mí hijo. Tenía miedo de decírselo a mi padre por lo que me haría y lo que haría a esos chicos. De hecho, volví a casa explicando que me había quedado en casa de una compañera por ser muy tarde y no tener transporte. Hablé con mi amiga, la que nos presentó a esos chicos y me dio el teléfono del chico que se ofreció a llevarme a casa y que estaba segura abusó de mí dormida. Nunca contestó al teléfono. Fui a buscarle a aquella discoteca, donde él trabajaba. Le llamaban "Tony". Le encontré. Se disculpó. Me dijo que no quería llevarme en esa condición a mi casa y que reservó una habitación del hotel para que durmiera. Le pregunté si me puso somníferos y si abusó de mí, y lo negó. Preferí no volver a verle. Seis semanas después, extrañada por el retraso de mi periodo, fui a la farmacia a comprar un test del embarazo. Comprobé que estaba embarazada. Llamé

al teléfono del chico, pero habían anulado ese número. Fui a buscarle al hotel, pero me dijeron que se había ido de la isla, al parecer a La Gomera. Se lo expliqué a mis padres y mi padre me insultó. Dijo que había manchado el honor de la familia. Que debería abortar. Mi madre asentía. Les dije que me habían enseñado que toda vida es sagrada y me respondieron que no por violación. Mi padre dijo que mataría a quien me lo hizo. Le dije que era el padre de su nieto, que no lo hiciera. Me sentí sola en el momento más difícil de mi vida. Decidí irme a empezar una vida contigo, intentando olvidar aquel origen y sin el juicio moral de mi padre. Una de mis amigas en Lanzarote era de Santa Cruz y su familia tenía una panadería. Me dijo que necesitaban una dependiente. Le hice prometer nunca decir nada a mi familia. Desde entonces dediqué mi vida a defender la tuya hijo. Al año siguiente supe que a mi padre le habían destinado a otro cuartel en León. Dos años después conocí a Jonay, entonces un estudiante de medicina lleno de ideas de un mundo noble. Vivimos juntos y sentíamos mucha ternura y pasión, pero poco a poco él fue preparando su plan para irse a una misión remota en África a donde yo no quería ir. Hubiera significado dejarlo todo, aunque no tuviera casi nada. He pensado mil veces si no debiera haberme ido con él.

Para entonces Yolanda estaba en lágrimas y mirando al suelo. Sólo le había contado parte de la historia. Lo más doloroso se lo guardaría. Martín se acercó, la abrazó con todas sus fuerzas, y le dijo:

- Madre, perdóname por tantas veces que he sido egoísta e injusto contigo. Me doy cuenta ahora que diste tu vida por mí, renunciaste a estar con tus padres, a estudiar en la universidad, fuiste a un lugar desconocido y luchaste por mi vida todos estos años. No quiero dejarte sola aquí. Ven conmigo por favor.

- Antes debo hacer algo hijo. He sabido por una prima de mi padre con la que mantengo contacto, que está enfermo, ingresado en un hospital de Zaragoza. Quiero ir a verle. Es una parte de mi vida que debo enfrentar, una herida abierta que debo cerrar. Con amor.

Hacia ya dos años casi que John y Umbela, con toda la comunidad de la

ternura - ya eran casi quinientas personas- habían vuelto al barranco de El Cabrito. Tras casi dos años abandonadas las casas y las terrazas de los cultivos habían crecido "malezas" por los caminos, entre las pareces, los tejados y hasta dentro de las casas. Se habían caído, por los fuertes vientos, algunos muros de piedra volcánica y se habían desmoronado una docena de terrazas de cultivos. El molino de viento estaba dañado, y les habían robado casi todos los paneles solares.

Primero arreglaron el molino, y con el ello el agua. Trajeron de vuelta las cabras, ovejas y los burros. Les dejaron pastar por zonas y limpiaron de hierbas altas los caminos y patios. Con agua y con abono orgánico volvieron a cultivar y a tener biogás para la cocina. Pusieron más panales de abejas en las laderas altas y utilizaban la cera para velas. Vieron que no necesitaban las luces solares y todos sentían como más romanticismo y misterio en la noche con las luces de las velas. Fernando les compartió de la comunidad de Valentía un panel solar con el que cargaban el ordenador para su comunicación. Habían crecido quince higueras entre piedras y paredes, y se habían cubierto varias paredes de hiedra. Era como si la naturaleza hubiera protegido el lugar durante el que ahora llamaban en la comunidad "el tiempo del exilio".

Juan Antonio, el hijo del cacique que tanto daño había hecho a Umbela y su familia, y después a la comunidad, se fue integrando en la comunidad y se desintoxicó de las drogas, rompiendo con su vida anterior. A menudo contaba las historias de sofisticación y lujos de su familia y de su historia perdido en las adicciones, y como, sin amor ni generosidad, la vida se llenaba de hastío y desidia, que en vano se intentaba compensar con compras, propiedades y poder.

Martín llegó en el ferry Benchijigua a San Sebastián y luego en la barca de Tomás al Cabrito. Fue a la casa de John y Umbela. Ellos estaban en el porche mirando serenamente el lento atardecer. Lo hacían ya desde hacía noches cada atardecer, como en una ceremonia de gratitud por lo vivido y bienvenida a la mágica noche.

- Hola Martín ¡qué alegría!

- Hola John, Umbela. Qué lindo está el valle. Mi madre os manda su abrazo con cariño.

- Bienvenido a la ternura. Y ojalá pronto venga tu madre también.

Dijo Umbela.

- Gracias de corazón. Me gustaría probar una semana como es vuestra vida aquí y decidir si puedo ser parte útil para la comunidad. Creo que convenceré a mi madre luego. Siento que aún tiene pudor de venir pues le trae muchos recuerdos de Jonay, a quien creo que sigue queriendo en silencio.

-También Jonay la quiere mucho, aunque los caminos fueran diferentes, y eso le hace a ella nuestra hija y a ti nuestro nieto en el corazón Martín. La vida va en ciclos, nos vuelve a cruzar y entrecruzar.

Dijo Umbela, verdaderamente emocionada. Umbela tenía la convicción que los dolores pasados siempre volvían en formas mágicas para ser sanados de formas diferentes y misteriosas, siempre con el amor. John se había levantado y le puso el brazo detrás de sus hombros, en señal de bienvenida. Se notó frágil y le dijo:

- Yo ya estoy mayor, Martín, pero cada vez que nacen niños en la comunidad o vienen nuevos aldeanos, siento paz en mi alma. Te recomiendo comenzar con el grupo que está aprendiendo sobre agroecología. Una vez que sepas preparar una terraza y cultivar e ir compartiendo los alimentos en comunidad, puedes ir viendo que otras tareas te gustarían más de arte, cuidados de enfermos y mayores, descubrir con los niños, reparaciones, música, telares, la quesería, los panales, lo que quieras. Aquí estamos para compartir. Le dieron una copia del decálogo de Umbela y se saludaron con el abrazo de cabeza mirándose con ternura un minuto.

Martín se acomodó en una casa con otras nueve personas, entre ellas Juan Antonio, otros dos jóvenes canarios, tres mujeres de mediana edad alemanas, un senegalés, una sudafricana y una brasileña.

Juan Antonio tenía melena castaña, unos ojos azabaches enmarcados por una mirada algo huidiza, entre tímida y temerosa, una nariz aguileña y una boca con una dulce sonrisa que a Martín le pareció enigmática. Juan Antonio

se prestó voluntario a ser el tutor de Martín.

-Martín, primero quiero explicarte como entendemos la Tierra para cuidarla, cultivarla, nutrirnos y nutrirla: la tierra es un sistema vivo, como lo son nuestros cuerpos: tiene minerales, los compuestos de la vida: nitrógeno, carbono e hidrógeno, agua, bacterias y plantas que mantienen un ciclo de intercambios constantes al igual que hace nuestro cuerpo. Tenemos que alimentarla y cuidarla, hacer que haga ejercicio, duerma y hasta cantarle a su alma. Los abonos de las lombrices, las letrinas y los de los animales del valle, son digeridos por las bacterias, al igual que nosotros digerimos los alimentos en nuestro intestino. Junto al agua y los minerales, los nutrientes permiten que fertilicen las semillas que caen de las plantas, que trae el viento o que plantamos nosotros y así crecen nuevas plantas, al igual que se regeneran nuestros tejidos en el cuerpo. Cuando la planta envejece se recicla en la tierra y sigue el mismo ciclo de digestión y reproducción, como hacen nuestros tejidos y células constantemente, para que el ciclo continúe también necesitan agua y luz, como nuestros cuerpos. Y como deberían hacer nuestros cuerpos volviendo al ciclo de la vida. Trata a la tierra como un ser vivo, tiene sus ciclos lunares, sus momentos de más y menos ánimo, sus enfermedades o periodos de debilidad, y, sobre todo, sus sentimientos, de eso saben mucho los pueblos indígenas precolombinos, que la llaman "Pachamama."

- Qué interesante Juan Antonio. Yo he estudiado nutrición humana y veo claramente el paralelismo. Dijo Martín, mientras le escuchaba con atención.

- En las eco aldeas cultivamos en "chacras" y huertas. En las chacras lo hacemos mezclando y rotando los tipos de plantas, pues así se conserva mejor la fertilidad de la tierra. Las que más cultivamos y rotamos para cuidar la tierra son el maíz en el verano y las habas en invierno. También intercalamos calabazas. En el mismo lugar vamos variando: primero maíz, luego habas, después calabaza y más tarde maíz de nuevo. Las habas se van encaramando en los tallos del maíz y además le dan al maíz nitrógeno que necesita para su crecimiento, y cuando caen estas plantas su materia orgánica en descomposición la recicla la calabaza. Cada planta tiene su

tiempo y su función. Además, los tres cultivos son buenos para nuestra nutrición: el maíz nos da energía, las habas proteínas y la calabaza, vitaminas. Cuando hagas tu terracita comunitaria, puedes aportar cuatrocientas mazorcas, sesenta kilos de calabazas y diez kilos de habas al año. Ya verás qué bien sabe comer lo que cultivas.

- ¿Pero pensé que en la eco aldea no hay propiedades particulares?

- Así es Martín, y todo es de todos, pero tenemos responsabilidades colectivas e individuales, por ejemplo, a aportar alimentos a la despensa y cocina comunitaria.

- Me parece muy bueno. Y me parece increíble que me he pasado toda la vida comprado alimentos que no cultivaba. Debe ser precioso verlos crecer.

-Yo vengo también de una vida "ciega", Martín, ya te contaré. Ya verás que sentimiento de paz es cuidar la tierra y compartir los alimentos que siembran, cuidan y recogen tus manos. También cultivamos y rotamos papas y boniatos para, como el maíz, darnos energía; y lentejas y garbanzos, como las habas, la proteína. Al lado prepararemos una parte con tierra más roturada y abonada para las hortalizas. Aquí nos crecen muy bien diferentes especies de lechugas, tomates, brócoli, berenjenas, zanahorias, acelgas, espinacas, pimientos, cebollas, ajos, además de mucho romero, orégano, tomillo, jengibre, cúrcuma y luego las zonas de frutales con guayabas, mangos, kiwis y las plataneras.

- Que bueno Juan Antonio. Tras todos mis años de estudios de nutrición he podido concluir simplemente que debemos comer alimentos de todos los colores naturales, la manera más fácil de saber que tu dieta es sana.

- ¡Qué interesante! Como el arco iris. Ahora vamos a preparar tu terreno. Estamos en marzo, al inicio de la primavera y es buena época. Vamos al almacén a por tu equipo.

Fueron a una casa de adobe y techo de paja donde dentro había estanterías de madera con todo tipo de aperos manuales. Cogieron semillas de maíz, calabaza y habas, una madeja de hilo de cáñamo, una pala de punta, un rastrillo y dos estacas. En los siguientes días Juan Antonio le ayudó a Martín a reconstruir y limpiar su terraza, que estaba como trescientos metros hacia

la ladera sur y en el cuarto nivel. Tenía unos cuatro metros de profundidad y treinta metros de largo. Martín sintió algo muy especial al saberse a cargo de un pedacito de tierra con el que en su momento poder compartir en comunidad el alimento.

Le costó tres días el recolocar unas veinte grandes piedras de lava en el muro de contención de la terraza. Algunas eran tan pesadas que se ayudó de la tracción de un burro al que llamaban Lucero. Luego fueron allanando la tierra y removiéndola, sacando piedras y clasificándolas por tamaños, todas eran valiosas. Realmente todo tenía una función para la armonía total, pensaba Martín. Trajeron una carretilla de abono de cabras y de burro que recogían de los caminos, y otra de tierra del depósito común de lumbricultura, y las mezclaron con la tierra. Al cuarto día ya estaba listo para sembrar.

Había un invernadero con los semilleros compartidos. Lo cuidaba un hombre francés llamado Yves, inspirado en un campesino argelino llamado Pierre Rabhi, quien además pulía con cera de abejas las ramas de Sabina que con Tomás daba formas mágicas.

Martín siguió trabajando sólo en su terraza. Sembró un total de treinta pozos de maíz. Entre el maíz fue sembrando las habas y las calabazas. Preparó los bancales para la huerta y sembró una buena mezcla de hortalizas y plantas aromáticas y medicinales. Se sentía por primera vez responsable de algo noble y con sentido. Sin ni siquiera tocar el dinero sentía que su sudor era noble y el propósito justo: compartir, no competir. El agua era bombeada por el molino de viento hasta la cima y bajaba al abrir un depósito por canales de caña entre las terrazas, con espuestas para estancar el agua cuando se necesitara. Era un bien escaso y regaban con regaderas de latón como si estuvieran bautizando las plantas con un líquido sagrado. Y realmente así era.

Martín fue cuidando de su terraza cada día regando, abonando y protegiendo de plagas con hojas maceradas de varios árboles nim que rodeaban las casa y protegían también del exceso de mosquitos. Era hermoso ver como la cubrían mariposas blancas, como bendiciendo la

nueva vida. Fueron creciendo sus maizales, las habas trepándose y las calabazas rastreando, a la vez que en la huerta crecieron unos veinte tipos de hortalizas. En otoño recogió más de doscientas mazorcas, quince calabazas, diez lilos de habas y una buena cantidad de hortalizas. No podía creer la generosidad de la tierra y como de apenas algo más de cien metros cuadrados tenía para comer y compartir.

Cuando Martín aportó sus primaras diez mazorcas a la despensa comunitaria, se sintió que ya era una de la comunidad. Fue a decírselo a John y Umbela y lo celebraron cenando y escuchando una melodía de armónica de John.

Martín nadaba cada atardecer en el océano, y a veces le acompañaba John. También había hecho amistad con los chicos canarios y las chicas del Brasil y de Sudáfrica, con quienes daban paseos hasta el Roque del Sombrero. Con sus conocimientos de ingeniería también había reparado y mejorado el molino y estaba construyendo otro con troncos y piezas que traía con Tomás de la ferretería de San Sebastián que compraban con lo que ganaban en el mercado vendiendo sus cosechas, artesanías y miel. Compartía las tertulias de historias y música muchas noches y empezó a sentir gran paz y una serena alegría de ir formando parte de tan valiente comunidad.

Cada vez que se reunía con Juan Antonio, Martín sentía una conexión especial, que le producía paz a la vez que le turbaba de una forma que no entendía. Un día fueron a una larga caminata, hasta la Ermita de Lourdes en el Garajonay. Decidieron tomar todo un día para esa marcha que era de unas cinco horas de subida y tres de bajada.

Juan Antonio se había integrado con entusiasmo en la vida de la eco aldea. Tenía el pelo algo largo y cogido con una coleta, una amplia frente, cejas poco pobladas, una mirada con más brillo que expresión, una nariz algo aguileña, pómulos angulados y un mentón prominente. Martín se fijó en un lunar con forma de hoja en la mejilla derecha. Él tenía uno muy similar en el cuello.

- Cuéntame cómo fue tu vida hasta llegar a la ternura, Juan Antonio.

- ¿Quizás ya te contaron algo John y Umbela? Ya me oíste la semana pasada

en la tertulia de la noche hablar de las drogas y de la destrucción del alma que suponen.

- Si, fue muy valiente como saliste de esas cadenas. ¿Pero cómo fue tu infancia? ¿Cómo entraste en ese mundo?

- Mi padre es un cacique en esta isla, Martín, tiene más de treinta edificios, cuatro hoteles, la concesión del aeropuerto en Santiago, restaurantes, tiendas, garajes y hasta la fábrica de bloques de hormigón. Su empresa constructora, a medias con Don Manuel, el médico cirujano del hospital, tiene una docena de camiones, volquetes y excavadoras. Es insaciable, Martín, sigue construyendo más y más. Mi infancia fue muy privilegiada en lo material. Pero mi madre era infeliz. No pude entender, hasta muy tarde, que era maltratada por mi padre. Fui a estudiar a un colegio interno en Eaton, Inglaterra donde había muchos hijos de familias pudientes. Allí empecé a fumar marihuana y probar pastillas de crack.

Juan Antonio hizo una pausa en su relato. Sentía vergüenza de lo que luego ocurrió con su vida.

- A los dieciocho años me gradué de aquella escuela inglesa y volvía a La Gomera. Mi padre me regaló un coche BMW. Le dije que prefería no seguir de momento los estudios de la universidad y viajar por las islas. Busqué marihuana en la isla y así fui conociendo a los "camellos". Como tenía mucho dinero, les compraba muchas cantidades y regalaba a otros chicos adictos con los que hacía fiestas en un apartamento que también me regaló mi padre en "su" hotel Tecina.

- ¿Y no estudiabas, ni trabajabas?

- No necesitaba hacerlo Martín. Y eso fue mi perdición. Como mi padre tenía negocios en todas las islas, con otros empresarios, constructores y hoteleros, me fui a hacer un viaje para conocer sus negocios con la idea de ir contribuyendo al negocio familiar.

- ¿Y en qué islas estuviste más?

- Pasé mucho tiempo en Lanzarote. Allí mi padre es copropietario del hotel Los Fariones y monté una discoteca. Vivía por las noches bebiendo y fumando droga. Empecé a consumir cocaína y un día unos italianos me

dieron a probar heroína. Me fui enganchando y a la vez siendo parte del tráfico que llegaba de Marruecos.

Martín sintió un escalofrío: drogadicto, Lanzarote, el lunar, Antonio... ¿Tony?. Se paró y le vio caminar unos diez metros por delante de él. ¿Podría estar caminando con su padre? Juan Antonio miró hacia atrás.

- ¿Qué te ocurre Martín?

- Dime una cosa: ¿te llamaban Tony en aquella época?

- Sí, de mi tiempo en Eaton me acostumbré a aquel nombre, ¿por qué?

- Hace veinticinco años una mujer fue drogada con somníferos y abusaron de ella en una discoteca en San Antonio por una persona a quien llamaban Tony y quien desapareció de su vida. No sabe de mí. Esa persona es mi padre, me dio la vida. Y a la vez es quien truncó la de mi madre de forma tan cobarde.

Juan Antonio le miró con sentimientos encontrados de emoción y de profunda culpa y vergüenza. Estaban junto al roque del sombrero y Juan Antonio le pidió a Martín que se sentaran mirando al mar.

- Martín, por lo que dices quizás yo sea tu padre. Tienes todo el derecho a despreciarme, alejarte e incluso a denunciarme. Pero aquella persona no es la que hoy habla contigo. Te pido que me escuches.

Martín, estaba como paralizado, mirando al suelo y con sus puños cerrados de rabia, rencor y dolor. No podía mirar a los ojos de quien le hablaba, casi ni escucharle. No obstante, se sentó en una roca, como en disposición de escuchar al padre en quien tantos años pensó e imaginó.

- En aquel tiempo yo era un joven, con tu edad, pero sin tus valores. Los valores que te ha inculcado tu madre con una vida de esfuerzo honesto y generosidad callada. Crecí, como te dije, en el lujo y el privilegio. Estudié en los colegios más caros y tenía todo lo que pedía, menos el amor de mi padre, que aprendí a no pedirlo, ni esperarlo. Me junté con jóvenes que dormían de día y bebían y se drogaban de noche, teniendo todo el dinero que querían y con ello todo lo que el dinero podía comprar, pero no el amor verdadero.

- Juan Antonio: ¿eres mi padre?

- Creo que sí Martín. Recuerdo muy bien lo que pasó aquella noche. Yo vi en tu madre algo diferente a todas las chicas con las que solíamos tratar. Era tímida, se la veía en un ambiente que le aturdía, tenía una mirada limpia, valiente y a la vez vulnerable. Sentí una fuerte atracción. Sentí ganas de salir de allí y también de aquella vida superficial para bucear en miradas puras como la de tu madre. Cuando dijo que se sentía somnolienta y que quería irse ya a su casa, me ofrecí a acompañarla. Uno de los jóvenes de aquel grupo me alertó al salir con tu madre que su padre, tu abuelo, era el capitán del cuartel militar y podría reaccionar con mucha agresividad hacia mí si la llevaba en esas condiciones. Así que cuando tu madre se quedó dormida en el coche decidí volver al hotel y ocupar una habitación libre.

Juan Antonio hizo una pausa. Se sentía hundido en el peor sentimiento, el de saberse causa del dolor ajeno durante tantos años. Martín seguía mirando al suelo. Le corrían las lágrimas. No podía ni mirar al horizonte. Esperó unos minutos y Juan Antonio siguió la historia. Martín tenía derecho a saber.

- Esa noche dormí con tu madre. Ella estaba en un profundo sueño. Creo que el alcohol que casi nunca tomaba le hizo mucho efecto. Me acosté a su lado mirándola, la abracé y sentí que ella me recibía. Por la mañana madrugué para ir a las oficinas del hotel y cuando volví a la habitación tu madre se había ido. Dos días después vino a preguntar por mí al hotel. Fuimos al jardín del hotel. Me preguntó si había puesto somníferos en su bebida y si había abusado de ella. Le dije que no, pero mentí en parte. Yo no sabía lo de los somníferos, y en verdad pensé que nos unimos de mutua voluntad. Pero fue un acto ruin, lo sé y me avergüenzo. Ella me dijo que esperaba no verme nunca más y que no me denunciaba porque su padre podría matarle.

Martín estaba como inmóvil.

- Yo no supe que responder. Me sentía hundido en mi culpa y mi vergüenza. Sucio. Y ya dependiente de las drogas, el alcohol y esa vida sin valores. Cuando se fue tu madre sentí que se iba para siempre de mi vida el único

brillo de pureza y nobleza que había conocido. Unos días después pregunté a aquellos jóvenes con quien fui a la discoteca y que conocían a la amiga de tu madre si habían puesto somníferos en la bebida de tu madre. Me confesaron que sí, sin ningún remordimiento, incluso haciendo mofa. Dos semanas después volví aquí a La Gomera. He recordado muchas veces la mirada de tu madre y he sentido náuseas de mí mismo.

- No creo que te pueda seguir mirando a la cara, Juan Antonio. No soporto tu presencia. Creo que me iré de la ternura. Voy a hablar con John y Umbela. Es demasiado dolor. Pensé que iba a encontrar paz y bondad en esta comunidad. Y estás tú, el hombre que hundió la vida de mi madre. No sabes cuánto. Ya no pudo nunca seguir estudiando. Se alejó para siempre de su familia. Y yo crecí sin un padre, imaginándole en mis sueños. Me dijo que habías muerto en un accidente. Cuando supe la historia verdadera hace poco, sentí un deseo terrible: que hubiera sido real el accidente. Quiero desterrar el odio de mi vida. Pero no creo que lo pueda hacer conviviendo contigo.

Caminaron en silencio de vuelta a la comunidad. Martín iba unos metros delante, hasta que unos minutos después echó a correr ladera abajo. Juan Antonio prefirió quedarse en el camino. Vio a quien era su hijo desaparecer en el camino. Se preguntaba como de tal acto innoble pudo haberse engendrado un ser tan puro y sensible. Se sentía a la vez emocionado de saberse padre y asqueado de su pasado.

Martín fue a directamente a hablar con John y Umbela. Ya estaba atardeciendo, la hora contemplativa en la que les encontraría en su porche. Le vieron llegar agitado. John le recibió con un "abrazo de cabeza" y le dijo:
- Hola Martín, ¿cómo estás? Te siento inquieto. Somos como tus abuelos aquí para ti, dinos ¿qué te ocurre?

Martín, entre sollozos, les explicó lo ocurrido, y su decisión de abandonar la comunidad.

Umbela intervino:

- Martín. Eres un ser de luz. Trabajador, solidario y sensible. Todos te quieren. Tu terraza está cubierta de mariposas blancas. Aportas generosas

cosechas, nos ayudas con arreglos del molino y las aguas, apreciamos cada día que están conviviendo con nosotros.

- Yo también Umbela. En este lugar he encontrado la paz de mi espíritu. Pero lo que he sabido hoy altera mi sentimiento. Debo hablar con mi madre. Y ahora prefiero estar lejos de quien tanto daño le hizo.

- Tienes tu derecho Martín, y te entendemos bien. No le podemos pedir a Juan Antonio que se vaya por su pasado, que, créeme, ha dejado atrás. Incluso si fuera por actos de su presente, en esta comunidad y en todas las eco aldeas no existe el castigo, el repudio ni el destierro. Es sólo con amor como se curan las heridas y se desbloquean los miedos y vacíos que causan el dolor entre las personas.

-Lo sé Umbela, y no pediría nunca algo así. Pero necesito saber si tengo el valor de superar el dolor que ahora me quema el alma.

-Te entiendo Martín. Pero permíteme que te recuerde de nuestro decálogo algunas intenciones de vida que nos ayudan: cada vida es única y sagrada. La tuya lo es, Martín. Y en cada una de ellas vivimos todos. Estamos llamados a la armonía con todos. Tú también Martín. Y aún más con tu padre, quien ha salido de las tinieblas y es un buen hombre, créeme. Esa armonía la vivimos con el amor. El odio y el rencor ahogan al amor, y con ello a tu ser. El amor profundo nos hace evitar cualquier relación de posesión entre nosotros sea de parejas, hijos o cualquier otra. Juan Antonio sólo puede ser para ti una referencia de amor que curará el vacío y dolor de tantos años. Y, sobre todo, Martín, te recuerdo nuestro octavo principio: atendemos las diferencias a través del diálogo, la empatía y reflexionando sobre nuestras faltas frente a los demás. Es quizás lo más difícil, sobre todo cuando el dolor es tan profundo como el tuyo: "nadie es culpable o inocente, todos caemos en debilidades cuando olvidamos nuestra naturaleza de amor, y lo entregamos, incluso a quien nos hace daño, por la compasión"

- Pero Umbela, ¿cómo puedes decir "que no hay culpables ni inocentes"? ¿Fue mi madre culpable de ser abusada de tal forma ruin? ¿Y es esa persona inocente de hacer lo que hizo?

- En su última raíz sí, Martín. Juan Antonio no recibió amor en su infancia y

juventud. No era él quien actuaba sino su yo de miedo y de soledad del alma.

- No podéis entenderme. Me iré mañana. A veces, es necesario reconocer que sí que hay personas que hacen daño, que son conscientes de ello, y que tuvieron alternativas para no hacerlo.

Martín se fue a preparar su mochila. Para dejarle su espacio, Juan Antonio no volvió a la casa que compartían con otros comuneros. Pasó la noche mirando a las estrellas y escribiendo.

Cuando a la mañana siguiente Martín subió a la barca de Tomás para ir a San Sebastián y tomar el ferry de vuelta a Tenerife, el viejo marinero le entregó un sobre que decía: "Para Martín".

Cuando ya subió al ferry, abrió el sobre y leyó la carta que había en su interior.

Querido Martín,

No tengo derecho a llamarte hijo, pero créeme que os ofrezco mi amor y armonía y si deseas vivir aquí sin mi presencia, me iré. Mereces la serena paz donde decidas vivir, y cuida del ser que, aunque sólo fugazmente, sentí como el más bello que bendijo mi vida, ahora lo sé, engendrando la vida de un maravilloso ser como tú.

Te pido que le entregues esta carta a tu madre,

Ojalá llegue un día que me puedas mirar a los ojos y perdonarme,

J.A.

Necesitaba saber si el contenido de esa carta a su madre podría hacerle aún más daño a su madre y mientras el ferry avanzaba a Tenerife, la leyó:

Querida Yolanda,

Espero que estés bien al leer esta carta, y que, tras hacerlo, no perturbe tu paz y armonía con la vida.

Soy Juan Antonio, he conocido a tu hijo estos últimos seis meses en su vida en la comunidad de la ternura. He sentido en él a un ser maravilloso. Refleja los valores de honestidad y generosidad que ha visto en ti.

Yo soy quien hace ahora veinticuatro años abusé de tu vulnerabilidad y el engaño, que no conocía, una noche en Lanzarote. Créeme que sentí en tu

mirada limpia algo que no he vuelto a sentir en toda mi vida. He soñado muchas veces con ese momento fugaz en que, tú semiconsciente y yo aprovechándome injustamente esa situación, unimos nuestros seres. Nunca volví a sentir nada igual. Mi alma, antes y después, estuvo vagando por las tinieblas del hedonismo y se fue hundiendo en la adicción a las drogas. Hace dos años conocí esta comunidad de la ternura y los valores de las eco aldeas espirituales. Reencontré a mi alma en la naturaleza, la armonía, el amor, el compartir, la libertad, la empatía, el servicio, la compasión, el descubrir y el sentido de humanidad. La "Casa de Chun", la renovación.

Yo te ofrezco, Yolanda, mi corazón de empatía y de amor, y te pido tu compasión por quien yo fui. Martín merece esta bella vida en comunidad y hoy se va con el corazón roto por enfrentarse cara a cara con quien os causó tanto dolor. Si quiere volver sin que yo esté aquí, házmelo saber y me iré. Pero si quieres que sea la compasión la que libere el peso de veinticuatro años de dolor y vacío, aquí me tenéis los dos, para intentar, con todo mi amor, recuperar el tiempo siendo el padre que nunca fui, y quizás nunca merecí ser. Algo maravilloso que he descubierto aquí es que el amor lo cura todo y hace brillar al horizonte de esperanza,

*Con mi alma sincera y deseando vuestra armonía y vuestra paz,
Juan Antonio.*

XCI. Yo lucho si tú luchas, Bruselas, febrero 2006,

Thanda había seguido su trabajo en la jungla burocrática de Bruselas. Beatriz y Meimuna vivían ahora en Nueva Delhi y él les cuidaba del piso. Moyes se había ido a Londres. Empezó a sentir lo que era la soledad. De su vida entrañable en familia, pasó a casarse y vivir con Cristina, luego en la familia adoptada de Ukuzwana y luego sus primeros seis meses en Bruselas conviviendo con Beatriz, Meimuna y Moyes. Siempre estuvo acompañado. Llevaba ahora año y medio sólo, en aquella fría ciudad, en un trabajo árido de palabras, y anhelando, sobre todo, la ternura de sus hijas, quienes ya iban entrando en la adolescencia. Al principio hablaban puntualmente todos los días a las seis de la tarde, a la vuelta del colegio, comentaban el día, los deberes, las amigas, los recuerdos. Thanda tenía preparado algún cuento, algún chiste o parábola, y volvía a hablarles brevemente a las nueve cuando se acostaban. Tras un inicio titubeante, Cristina había ido consolidando su relación con la pareja que fue ocupando su corazón mientras Thanda trabajaba en Ukuzwana. Se llamaba Gregorio y ya ocupaba la casa, el dormitorio, comía de sus platos y, lo que le dolía muy profundo a Thanda, jugaba con sus hijas. Thanda se hundía al pensar que aquel hombre pasaba mucho más tiempo con sus hijas que él mismo, y temía que fuera suplantándole en el vínculo que era tan sagrado para Thanda. Releía a menudo la carta de Ángeles cuando se trasladó a Bruselas, y casi siempre se le nublaba la vista.

Cristina y Gregorio fueron formando una nueva familia con las niñas, y las inscribieron a actividades extraescolares impidiendo, cada vez con más frecuencia, el momento más feliz del día de Thanda, el compartir con sus hijas. Tal desagarro se unía, además, a frecuentes demandas ante el Juzgado de Madrid por las que Cristina le solicitaba más dinero cada mes argumentando las necesidades de las niñas, las mismas actividades escolares que él no decidió y le impedían hablar con ellas, el pasar el domicilio familiar a su nombre y una "asignación compensatoria". Todo se argumentaba por expertos abogados pues ahora el sueldo de Thanda en la Comisión Europea era mayor y ella reclamaba mayor equilibrio entre los

padres. Además, le acusaban de abandonar a sus hijas por ambición profesional. Thanda vivía muy sencillo, nunca se compraba ropa y comía el menú vegetariano en las cantinas de la comisión. Su salario lo utilizaba en apoyar a sus padres, a los gastos de sus hijas y, la mayor parte, a apoyar a las necesidades de Ukuzwana en medicamentos y de Sibithanda en alimentos para los niños huérfanos del SIDA.

Su desacuerdo no era por acumular para él, sino porque tales constantes demandas, unas dos cada año, venían acompañadas de una larga narración difamatoria que le retrataba, con lenguaje de abogados expertos e impunes difamadores, como mal padre por abandonar a sus hijas por su trabajo primero en Ukuzwana y ahora en Bruselas.

Thanda seguía teniendo la pesadilla de ver a sus hijas que se alejaban en una frágil barca sin él poderla alcanzar nadando en un mar en tempestad. Le enfurecía sentir que él trabajaba en soledad, y en un ambiente nada fácil, anhelaba estar con sus hijas, y su esfuerzo iba para el disfrute de otro hombre que ocupaba su lugar y para abogados que una y otra vez le difamaban de la forma más dolorosa para pedir, insaciablemente, más y más de su salario.

El trabajo tampoco era fácil. La Dra Fronz trabajaba para su propia gloria y exigía, a menudo con malos modos, discursos y documentos para su propia agenda y brillo. Thanda fue dedicando más y más de su tiempo a preparar "briefings" para su jefa y la jerarquía rígida de director, director general y comisario a la que los funcionarios rendían sumisa pleitesía.

Una vez al año esa misma jerarquía emitía, tras un supuesto diálogo, una evaluación sobre cada funcionario bajo su mando. Dicha evaluación valía para ir subiendo en los grados, cual compleja escalera. Había trece grados y unos cinco sub-grados en cada uno, es decir, más de sesenta escalones. Subir la escalera y llegar a una pensión en el más alto escalón posible era la obsesión de casi todos los funcionarios. Para ello se afanaban en agradar cualquier solicitud o capricho de sus jefes.

Thanda sentía tristeza al ver a personas inteligentes reír complacientes cualquier absurdo chiste o broma de sus jefes, y "bailarles el agua", o, como

decían en sus tiempos de la escuela, “hacer la pelota” constantemente a jefes que iban inflando sus egos y aumentando su autoritarismo. Leía reflexiones sobre los socialistas libertarios Owen y Fourier, retomadas por elocuentes diálogos de un filólogo americano de origen judío que gustaba de escuchar con su padre, Noam Chomski. Se identificaba totalmente con el pensamiento de que toda jerarquía se basa en la premisa de superioridad de una persona sobre otra que, constantemente, y sobre todo si se veía el valor de forma holística, se probaba errónea.

En ese ambiente jerárquico que ahogaba la libertad y la valentía, a Thanda le fueron pidiendo que preparaba el trabajo para que la Comisión Europea apoyara con cientos de millones de Euros al Fondo Global contra el SIDA, malaria y tuberculosis, co-fundado por la Dra Frons. No podía estar de acuerdo en tal forma de ver la salud, fragmentada por enfermedades y priorizando sólo algunas de ellas, olvidando las demás. También fue comprobando corrupción pues en las juntas que decidían proyectos desde viajes y hoteles de lujo por todo el mundo, participaban las mismas “ONGs” que luego recibían los fondos y contaban, muy a menudo, con muchos más recursos que los ministerios de los gobiernos de países “pobres” donde trabajaban. Se fue creando en el mundo toda una red de organizaciones que vivían de esos miles de millones, que aumentaron mucho más con el fondo de Estados Unidos contra el SIDA, el “*President’s Emergency Plan for AIDS Relief*” (plan presidencial de emergencia para aliviar el SIDA) - PEPFAR-, creado en plena guerra contra Irak por George Bush hijo, en connivencia con los empresarios de la guerra, Cheney y Rumsfeld, y sus inconfesables vínculos con la industria farmacéutica.

Thanda intercambiaba información a menudo con Aimsa, para explorar como podría, desde aquel despacho de funcionario, en aquella jungla de escaleras jerárquicas, procedimientos burocráticos y egos del poder, aportar algo noble y sano al sufrimiento de niños que, como en Ukuzwana, morían día a día mientras otros, desde viajes y hoteles lujosos se erigían en sus patéticos salvadores.

Jonay y Aimsa le mandaban siempre ánimos e ideas. Thanda intentaba en

los briefings y discursos que preparaba para la Dra Fronz y sus jefes superiores, hablar del derecho a la salud, de los servicios de salud integrales, sin fragmentarse por proyectos ni presupuestos para atender enfermedades decididas desde las camarillas del poder. Proponía también hablar de la necesidad de apoyar los presupuestos de aquellos países con presupuestos públicos asfixiados por los ajustes macroeconómicos que imponían las instituciones financieras dominadas por los países ricos, y éstos a su vez por las grandes corporaciones con hambre de crecer sin límites, instalar sus fábricas con mano de obra de barata y abrir mercados para beneficios sin límites. Casi todas sus propuestas eran censuradas y hasta ridiculizadas.

Fue citando a la comisión macroeconómica de la Organización Mundial de la Salud, que había calculado, cuando se aprobaron los objetivos del milenio, que eran precisos al menos treinta dólares por persona al año para pagar los salarios y medicamentos necesarios para progresar en los tres objetivos de salud, materna, infantil y las enfermedades del Fondo. Y eso era sólo una parte de las necesidades de salud, posiblemente en realidad cinco veces más. Argumentaba que la Unión Europea apoyase los presupuestos públicos, no los de la industria de ONGs. Que así contribuyera a mejorar los humildes salarios de médicos y enfermeras locales y no los lujos de funcionarios y cooperantes internacionales, y los medicamentos genéricos y no los dominados por patentes criminales. Todos sus comentarios y sugerencias eran tachados de forma despreciativa por la Dra Fonz. Thanda se sentía atrapado en un sistema perverso, lejos de sus hijas y de su vocación.

Fue por entonces que se acercaba una reunión del "G7", el grupo de los países más ricos, incluidos los cuatro más grandes de la Unión Europea- Alemania, Reino Unido, Francia e Italia-, quienes, con Estados Unidos, Canadá y Japón, suponían un diez por ciento de la población mundial pero la mitad de la riqueza y el ochenta por ciento de la "cooperación internacional". Le pidieron que preparara "briefings" para solicitar más y más fondos para el Fondo Global. Thanda lo pensó por la noche. Escribió

una "nota de archivo" por la que se declaraba en conciencia en contra de hacer tal trabajo por considerar al G7 un oligopolio antidemocrático, como el consejo de seguridad y sus miembros permanentes, parte de ellos en el G7, y que sólo representaba a cuatro de los ya veinticinco países de la Unión Europea. Desde entonces le fueron apartando de reuniones, de responsabilidades y por supuesto de sus "puntos" para subir en la escalera. A pesar de repetidos intentos de boicotearle, Thanda organizó un debate de líderes religiosos en el Parlamento Europeo para discutir sobre la prevención del SIDA. Invitaron a imanes musulmanes, obispos católicos y protestantes, patriarcas ortodoxos, rabinos judíos, brahmanes hindúes, monjes taoístas y líderes de religiones tradicionales africanas. Consiguió que invitaran a Kevin Dowling, de quien tanto le habló Patxi, y que vino desde Sudáfrica, a pesar de las reticencias e intentos de bloqueo de la conferencia de obispos ante la Unión Europea, COMECE y, sobre todo, el nuncio del Vaticano, ahora bajo la férrea dirección de Ratzinger, a quien Patxi y Kevin se habían enfrentado por la vida de millones de personas que seguían muriendo de SIDA ante la avaricia de los negocios y la soberbia de quienes se erigían en portadores de la verdad divina.

Thanda invitó a las misiones diplomáticas representadas en Bruselas, incluida la de Estados Unidos, a altos funcionarios de Naciones Unidas y de las ONG que trabajaban, en íntima connivencia, con el Fondo Global. Presentó con contundencia los datos que indicaban que el "ABC", sobre todo si C era circuncisión, llevaba al "D" de death, muerte, en especial en las mujeres, ya mayoría de las muertes en África y a edades mucho más jóvenes que los hombres. La posición más radical fue la de la Iglesia Católica representada por el nuncio del Papa, insistiendo en el mensaje de abstinencia y fidelidad y en el carácter pecaminoso del uso del preservativo en contra de la vida, bendecida por Dios. Kevin habló después y puso en evidencia al nuncio diciendo que, en condiciones de endemia del SIDA en la que estaba sumida la mayor parte de África, el preservativo promovía mucho más la vida, que la prevenía; y que el derecho canónico lo permitía, citando las encíclicas relacionadas.

Llegó por entonces una carta de un parlamentario portugués que pedía explicaciones de cómo la Comisión Europea luchaba contra el tráfico de niños en el Sur de África. Citaba los testimonios de unas monjas españolas en Nampula. Le asignaron a Thanda responder aquella pregunta. Él mismo, junto a Beatriz, habían sugerido a Haka y Meimuna que animaran a las religiosas de Nampula a escribir al parlamentario portugués que conocían, y pedir que la Unión Europea se interesara por aquel drama. Thanda empezó a sentir que podía, por fin, proponer acciones para la gente que llevaba tan dentro de su corazón. Al responder que utilizarían fondos para luchar contra el tráfico de niños en aquellos países y llevarían la preocupación a diálogos de "alto nivel" con gobernantes y organizaciones internacionales y regionales, sentía que algo podía cambiar. Diseñó un programa de control en fronteras de sospechas de tráfico, colaboración policial en la persecución de las mafias, rescate y rehabilitación de niños desaparecidos, teléfonos de asistencia a niños y familias y una reunión en Maputo para una declaración de compromiso de todos los países de la región, en colaboración con la Unión Europea. Nadine ayudó a que Mandela asistiera. Animaron entre todos a que hablara de sus luchas Haka, que prefirió hablar con un pasamontañas, para seguir luchando. Le escribió a Thanda y le dijo, en broma, que "le citaría" en su discurso y así dijo: "como dice un aliado en luchas por la justicia en México, el comandante Marcos: para que nos vieran, nos tuvimos que tapar". Habló también Buhleve de su experiencia y todo un auditorio se levantó gritando: "¡Amandla!"

Después de aquel trabajo, Thanda, cada vez más apartado del grupo de políticas de salud y sus intereses inconfesables, se fue dedicando a pensar y proponer una política europea que defendiese los derechos de la infancia en el mundo. Habló con Marta, la amiga de Aimsa, quien coordinaba en UNICEF la lucha contra la violencia que sufrían los niños de tantas formas. Thanda fue sintiendo fuerzas desde su soledad en aquella lucha.

Era como si lo hiciera por sus hijas, aunque ya pasaran días y hasta semanas sin saber de ellas. Sus "actividades extraescolares" y su adolescencia, iban robándole esos sagrados momentos que bañaban su

soledad de inocencia y de ternura que, así parecía, se le iban escapando como la arena entre los dedos.

Preparó una propuesta de "comunicación" de la comisión al consejo, la forma en que la Unión Europea preparaba propuestas de política común. Fue viendo así Thanda como podía intentar hacer cosas buenas por el mundo y sobre todo por aquellos niños de Matabeleland que latían en su corazón.

Realmente la Comisión Europea podía ser un ejército al servicio de unos intereses jerárquicos, o en una fábrica de ideas que se convirtiesen en políticas europeas realmente solidarias hacia un mundo más justo. Era la única administración pública del mundo donde un simple funcionario podía, con valentía, proponer una idea que acabara siendo una política para toda la Unión, sus quinientos millones de habitantes y una tercera parte de la riqueza mundial.

¡Estaba allí para luchar! Para eso estaba lejos de sus hijas, de sus padres y de Ukuzwana.

Se empeñó con toda su alma en esa política de defensa de los derechos de los niños. Movilizó organizaciones, parlamentarios, grupos de niños, aliados en las representaciones que los países miembros de la Unión Europea tenían en Bruselas, aliados en Naciones Unidas como Marta y muchos más. Fue consiguiendo, tras más de treinta borradores e interminables reUniones, miles de mensajes por email y censuras de todo tipo, un consenso de una política de compromiso europeo con los derechos de la infancia "*A place for children in the External Action*". Defendían todos los derechos de la Convención de los Derechos de la Infancia por la que tanto había luchado Marta, sobre todo a la seguridad y la salud en los primeros cinco años, a la educación y creatividad hasta la adolescencia, y en los derechos sexuales y de participación social alzando su voz y arrimando sus fuertes hombros para el mundo futuro que les pertenecía.

Se la llevó traducida y contada con dibujos y un cuento a sus hijas, como regalo de Navidad. Durante los dos años que llevaba en Bruselas, había ido cada mes a ver a sus hijas y pasado buena parte de las vacaciones.

Con algo de ahorros suyos y de la jubilación anticipada de su padre, compraron una casa en semiruinias en las montañas al noroeste de Madrid. Fue reparando los tejados con compañeros bomberos. Pasaba tiempos rodeados de naturaleza y de profunda ternura y complicidad con sus hijas y con sus padres, siempre apoyándole y animándole. Cuando Thanda estaba en Bruselas, la casa estaba siempre abierta para Pascual y sus amigos del albergue de Santa María, para la Asociación de Cooperantes, que estableció allí su base, y para familia y amigos. También le invitaban a veces a dar conferencias sobre la salud internacional en universidades y organizaciones diversas en Madrid y gustaba de llevar a los estudiantes a aquel lugar que se fue convirtiendo en un hogar abierto para todos.

Al acabar sus vacaciones de Navidad del 2005, Thanda les preguntó a sus hijas si quisieran pasar un año estudiando en una escuela en Bruselas y viviendo con él. Le respondieron entusiasmadas que sí. Se lo propuso entonces a Cristina. Recibió un no rotundo por respuesta aduciendo que por su trabajo no podría cuidarlas, que las desarraigaría de su mundo, amigas y de su ritmo de estudios en Madrid, que era una propuesta egoísta.

Cuando volvió a Bruselas sintió una tristeza que casi le paralizó. Había abrigado el sueño de convivir con sus hijas allí mientras aprendían idiomas, veían otro mundo y sentían el profundo amor mutuo. Él podía pedir trabajo a tiempo parcial. Había visto una casita al lado del precioso hayedo "Foret de Soignes" y no paraba de soñar esa idea. No sólo recibió una negativa despectiva, sino que al llegar a su solitario hogar en Bruselas se encontró otra demanda que le pedía aún más dinero. Sintió rabia. Se sentía utilizado. Era como un banco para pagar la vida urbana y de consumo, con valores que no compartía, de Cristina y su compañero, quien ocupaba su lugar, disfrutando de la belleza y ternura de sus hijas a quienes sólo podía ver cortos periodos de vacaciones o fines de semana cada mes.

Empezó a pensar en dejar su puesto, volver a su trabajo humilde de bombero médico y dejar de contribuir a lo que sentía tan injusto. Un día fue a jugar al tenis en un lugar rodeado de robles llamado Overijse, con un compañero de Madrid quien conoció en una reunión de trabajo, pues

coordinaba los asuntos de salud en el Consejo Europeo.

Se llamaba Ignacio Soler y era, como Thanda, un gran aficionado al tenis, aunque Thanda prefería el frontón. Hicieron amistad y fueron combinando el deporte con largos paseos. Ignacio sufría una situación similar desde hacía ya diez años: sus dos hijos se habían vuelto con su madre a Canarias y apenas los veía mientras, bajo constantes demandas, les mandaba la mayor parte de su salario. Sintió una profunda ternura al ver como Ignacio mantenía el cuarto de sus hijos tal y como lo dejaron: con sus libros, raquetas, patines y las camas sin hacer.

Thanda sintió un vértigo frío al pensar en tanto tiempo lejos de sus hijas, toda su infancia.

Llamó a su padre:

- Hola papá, ¿cómo estás?

- Bien hijo.

Su padre nunca se quejaba de necesidad o dolor propio, siempre intentaba agradar y animar.

- ¿Y tú?

- Un poco regular. Siento mucho anhelo de Ángeles y Daniela. Cristina sigue poniendo demandas y se opone a que vengan un tiempo conmigo. He decidido dejar el trabajo y volver al parque de bomberos, dejar así de pagarles una vida de caprichos lejos de mí e incluso a abogados que me difaman. Prefiero "morir de pie que vivir de rodillas".

- Hijo, no debes pensar así. Tus hijas están bien. Las vemos cada mes y las llevamos a Robledo con toda la familia. Crecen sanas, bellas, inteligentes y con buen corazón. Y créeme que te quieren muchísimo. Nadie ocupa tu lugar.

- Pero papá, quiero sentir precisamente su belleza y su bondad, compartir la vida, no verlas cada mucho y siempre estar sometido a abogados que me difaman y a una situación que siento injusta ya abusiva.

- Te diré algo hijo: cuando me explicaste tu sensación de abuso hablé con tu tío abogado: si tu disminuyes ahora tu salario la justicia puede considerarlo negligencia y pedirte que sigas aportando tanto como antes.

Tus hijas sufrirán por vuestra lucha hijo.

- Pero además de esa ausencia que tanto me duele, y el estar lejos de vosotros, el trabajo aquí es muy árido, lleno de papeles, de intrigas de egos, de intereses políticos.

- Hijo, nosotros estamos muy orgullosos de tu esfuerzo, y sabemos que lo es mucho allí lejos. Te echo de menos cada día. ¿Recuerdas de nuestros domingos de "madrugators" lavándonos la cara con agua fría y saliendo a nuestra aventura? Eres una parte esencial de mi alma, hijo. Pero debes ser fuerte, perseverar en tu trabajo, dar lo mejor de tu esfuerzo y tu ejemplo a tus hijas, y tendremos, en Madrid y en Bruselas, preciosos reencuentros que premien tu esfuerzo. No sabes lo orgulloso que me siento de como has conseguido que se apruebe la política europea de cooperación para los derechos de la infancia. No te rindas.

-Lo siento papá. Lo he decidido. Me vuelvo a Madrid para estar con mis hijas. Cuidaros mucho.

Thanda colgó con su decisión, sin escuchar las palabras sabias de su padre. Pasaron dos semanas y no supo de sus padres. La conversación y la brusca despedida de Thanda, habían dejado una herida entre padre e hijo. A las dos semanas, Thanda llamó a sus padres. Contestó su madre:

-Hola Mamá. ¿Cómo estáis? Llevamos mucho tiempo sin hablar, os echo de menos.

- Nosotros también a ti hijo. Estás cada día en nuestras oraciones. Tu padre me pidió que no te lo dijera por no preocuparte, pero te debo decir que está ingresado en el hospital Puerta de Hierro. Ha tenido un sangrado intestinal y está débil.

- Pero Mamá, soy vuestro hijo y soy médico. Nunca me ocultes estas cosas. Vuelo inmediato a Madrid.

Thanda llegó al aeropuerto y fue al hospital donde estaba ingresado su padre. Llegó a la habitación y su madre y sus hermanas le dijeron que se lo habían llevado a la sala de endoscopias. Fue hasta allí y se identificó como médico internista. Le permitieron pasar y un médico le explicó la situación:

- Juan, tu padre tiene un cáncer avanzado en una zona difícil de operar en

el colon. Además, está muy delgado y débil. Creo que lo mejor es que le demos cuidados paliativos y no sufra el tiempo que le pueda quedar.

Thanda sintió como si una espada le atravesara. Su padre lo había sido todo para él: su guía, su amigo, su confidente, su fuente de consejos sabios y de recuerdos llenos de luz. Sus esfuerzos por causas nobles tenían en la sonrisa satisfecha de su padre el máspreciado premio. Cada minuto con él era luz y fuerza en su vida. Sentía que perdía injustamente a sus hijas y ahora a su padre. ¿Cómo encontraría fuerzas para seguir? Llevaba varias semanas atormentado por su dilema y casi sin comer. Su debilidad unida al golpe emocional por la situación de su padre, hicieron que se desmayara. Se despertó unos minutos después sobre una camilla, con un suero intravenoso y un monitor de su electrocardiograma. Sus colegas le explicaron que había tenido un desmayo pero que parecía emocional. Su padre ya estaba de vuelta en la habitación. Le quitaron el suero. Llamó a un amigo cirujano, Fernando, quien estuvo visitándole en Ukuzwana. Thanda le explicó la situación. Fernando le dijo que podían intentar una nueva técnica pero que necesitaban mucha valentía y determinación de su padre para el tratamiento, pues era largo y delicado. Fue hacia la habitación donde estaba su padre. En el pasillo se abrazó a su madre, siempre con su coraje y esfuerzo generoso. Entró en la habitación. Se sentó, como siempre hacía con sus pacientes, en el borde de la cama:

-Hola "jefe".

Le llamaba a sí cariñosamente cuando tenían algo grave que decirse.

-Hola hijo. ¡Qué alegría verte!

- ¿Como te sientes papá?

Le preguntó reprimiendo sus lágrimas.

- Tengo algo malo, ¿verdad hijo?

- Muy bueno no es. Pero tienes que luchar.

Se miraron con el alma. En unos segundos se concentró toda la eternidad de dos almas unidas por el amor y la propia magia del vivir. Su padre le tomó la mano y le dijo mientras le miraba con la mayor ternura imaginable cinco palabras que cambiarían para siempre la vida de Thanda:

- Yo lucho... si tú luchas.

XCII. Amor en tiempos de SIDA, Matabeleland, octubre 2006

Tras su aventura con Haka por Mozambique y Sudáfrica luchando contra las mafias del tráfico de niños que ella misma sufrió en carne propia, Buhleve siguió dedicada con apasionada entrega a los pacientes en Ukuzwana.

Unos días después de llegar a Ukuzwana, recibió una carta que contestaba a la que le dejó al señor Smuts, quien quebró su inocencia en su despertar de la adolescencia. Le decía que su vida estaba ya llegando a su final por metástasis del cáncer que ella operó, y sólo le restaba dejar lo mejor de su alma como recuerdo en sus seres queridos. Le pidió disculpas por tan horrible acto hacía ya veinte años y el dolor que le habría causado tal acto basada en tal absurda creencia de curar sus males por abusar de una niña. En la carta le dijo que Executive Outcomes ya no existía y muchos de sus mercenarios veteranos, ligados al sistema del apartheid del batallón 32, la SWAPOL, UNITA y RENAMO, se habían incorporado a Blackwaters, que ya constituía la mitad de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Irak. El contacto en Sudáfrica de aquel perverso entramado era Ilan Perry, del cual les dio su dirección en Israel. Le decía que sospechaba que esas redes estaban apoyando las redes de tráfico de órganos y que profesaban un odio racial, del cual ahora se arrepentía profundamente. Terminaba la carta diciendo:

Te pido tu perdón para que mi alma descanse en paz, para que mis actos de amor no sean ahogados por el tiempo de mi vida en que el racismo, la soberbia y la crueldad insensible cegaron mi alma. Espero que sientas que esa parte noble y pura de mi ser de alguna manera vive contigo y quiere ayudarte a sobreponerte al dolor con esperanza y al rencor con compasión. Te deseo en la vida toda la luz, paz y amor que tu alma noble y generosa merece. Joseph Smuts.

Ese día al atardecer fue con Nolwasi al kopje de las lágrimas de Anwele. Le contó lo sucedido.

- Gracias por compartirlo conmigo Buhleve, eres muy valiente.
- Me es difícil perdonar Nolwasi, esa persona y muchas como él hacen mucho daño.

- Tienes razón, *umntwane wami* (mi hija), pero el perdonar es el más noble de los actos humanos. Y no debe ser con condescendencia ética, como tolerando a seres de baja moral. Sino entendiendo sus tinieblas, superando el dolor causado, comprendiendo que ese dolor nos hizo mejores personas y sabiendo que nuestro perdón hará que esas tinieblas se vuelvan luz.

- Pero ¿qué ocurre con todos los niños y niñas muertas? Quien les devuelve la luz.

- Eso no lo sé Buhleve. Yo siento que su dolor y final renace con luz y eternidad, pero nadie lo sabe.

- Quiero que me ayudes a perdonarle, Nolwasi, y liberar mi alma del rencor. Estaban subidas en lo alto del kopje desde donde Nolwasi sintió las lágrimas de Anwele hacía ya diez años y desde donde Unai a menudo oteaba el horizonte por si volvía Nour. Hicieron juntas una meditación conectando con los antepasados, con los espíritus de los animales, de la lluvia, de los mopanes y meleleucas, con el atardecer, amanecer y llegaron al espíritu de Smuts, que salía de las tinieblas, abrazaba toda aquella maravillosa luz y lentamente se acercaba con respeto a Buhleve quien, con sus ojos cerrados aún abrió sus brazos y sintió el abrazo sanador del perdón más valiente y compasivo.

Buhleve le informó después a Haka de ese nombre, **Ilan Perry**, y de su dirección. Haka, quien hace tiempo le buscaba, investigó las conexiones de la red del dolor compartiendo sus pesquisas con Aimsa en Nueva York. Consiguieron que Sudáfrica pidiera una orden de extradición, pero el gobierno de Israel se negó. La conexión con la Mossad era evidente.

Algo empezó a vibrar en el alma de Buhleve. Ya tenía treinta y dos años y nunca había sentido atracción por un hombre, más bien repulsa y temor, por lo sufrido en su vida. Mientras se iba tornando su rencor en paz fue dejando que el interés de un hombre se acercase a su vida. Se trataba de Elías, el médico cubano que le sustituyó en Ukuzwana durante su viaje con Haka.

Unas semanas después, cuando ya Elías se había reincorporado a su puesto

en Brunapeg, coincidieron en la reunión mensual del consejo de salud provincial. Buhleve no solía ir, aconsejada por Jonay, pues era un mero encuentro de adoctrinamiento por los egos vanidosos de la dirección provincial, ajenos totalmente a la realidad rural. Además, se reunían en el hotel más lujoso de Bulawayo, el Bulawayo Sun, con comidas pantagruélicas financiadas por la "cooperación internacional". Esa vez decidió ir pues en la agenda del día había un punto enigmático "nueva estrategia de prevención del SIDA". Aunque en verdad latía en ella una razón más íntima, el deseo de ver de nuevo a Elías, quien le había dicho que asistiría.

Viajó como siempre en el camión de la misión, que llevaba a algunos pacientes para diagnósticos y tratamientos especializados en el hospital Mpilo. Le gustaba viajar sobre los sacos de maíz y conversando con los pacientes. El camión necesitaba ir dos veces al mes a Bulawayo a por maíz durante la estación seca, cada año más larga por el lento e inexorable efecto del cambio climático.

Se encontró en el lobby del hotel con Elías y se dieron un abrazo de ternura. Él la preguntó si podría volver con ella a Ukuzwana y pasar una semana que tenía libre. Buhleve asintió con la emoción disimulada que en ella despertaba su compañía.

En la sala estaban los oficiales médicos de los distritos de Matabeleland, la mitad oriental de Zimbabue, de extensión como Andalucía y apenas veinte médicos trabajando en zonas rurales y unos doscientos en la capital. Después de los saludos ceremoniosos iniciales del doctor Ndlovu, encaramado en la corrupción y el lujo, del gobernador de la provincia y del alcalde de la ciudad, a quienes esperaban después de sus breves palabras sus flamantes mercedes en la puerta del hotel, dieron la palabra a un médico de Estados Unidos, para presentar "la estrategia definitiva para la prevención del SIDA en África".

El doctor Ndlovu presentó al doctor Daniel Hinalper como profesor de la universidad de Berkeley- California y coordinador del proyecto "Abraham", del "Jerusalem AIDS Project" y la organización médica *Hadassah*, en

colaboración con USAID y financiado por el "PEPFAR", el plan del presidente Bush para "salvar vidas" amenazadas por el SIDA en África, y por la Fundación Gates. Buhleve ya sabía por Thanda de la perversión de ese programa, además de su vínculo a la máquina de terror del gobierno americano en Irak y tantos lugares, por su política "ABC", que dejaba el uso del preservativo como último y dudoso recurso. A esa introducción, el doctor Ndlovu comentó, ufano como el que muestra un trofeo de caza, que el prestigioso invitado tenía más de cien publicaciones "revisadas por pares" y quince reconocimientos a su carrera médica. Mientras hablaba de las glorias de tal ilustre visitante, Buhleve miraba la expresión de sonrisa de suficiencia, enmascarada con falsa modestia del conferenciante y sintió inquietud.

Buhleve y Elías habían conseguido extender el programa de tratamiento de antirretrovirales con Médicos Sin Fronteras gracias a la insistencia de Anna en la sede en Barcelona, pero tenían el temor que al año siguiente se acabaran los suministros. Médicos Sin Fronteras tenía una crisis económica por haber declinado subvenciones de la comisión europea ante su posición en la guerra de Kosovo y enfrentamiento a las posiciones de la Unión Europea en connivencia con la OTAN. Además, el gobierno de Zimbabue, cada vez más autoritario bajo Mugabe, militarizado contra la oposición y aliado con el dictador Kabila y su guerra en Congo, tenía fondos muy limitados para el stock de medicamentos en general, incluidos los antirretrovirales. Les llegó información del programa PEPFAR y lo discutieron por emails con Anna, Jonay, Aimsa y Thanda.

Analizaron en profundidad aquel fondo "PEPFAR" que se convirtió en poco tiempo en la principal fuente de dinero para cooperar contra el SIDA. Ese fondo que abanderaba la salvación de millones de personas afectadas por el SIDA, beneficiaba a las compañías americanas por los altos precios de medicamentos americanos aprobados por la poderosa *Food and Drug Administration*. Además, se gestionaban sus proyectos por funcionarios de USAID y cooperantes de cientos de ONGs americanas imbuidas del excepcionalísimo mesiánico americano de "salvar al mundo". Como también

ocurría con el sistema del Fondo Global, esos fondos estaban gestionados y supervisados por consultoras financieras que empezaban a dominar el mundo de las finanzas públicas y privadas. Esos grupos manejaban los hilos del complejo mundo de derivados financieros y sus tentáculos de especulación en todo el mundo. Así lo había demostrado Haka en su libro tras sus investigaciones en Suiza. Aimsa les había compartido su análisis de una estirpe especial de ese grupo de expertos en gestión que eran los de la consultora "McKenzie". Eran jóvenes formados en las universidades norteamericanas caras de la liga "Ivy", con MBAs, varios idiomas, presencia impecable, conocedores del lenguaje políticamente correcto y que en misiones de pocos días en clase business y hoteles de lujo, decidían sobre aquellos miles de millones dólares, casi siempre en contra de los gobiernos y a favor de la red de ONGs y fundaciones entre las que circulaban sus curriculums y carreras. Sin salir del lujo de aviones, hoteles y todo-terrenos con ventanas cromadas, y cobrando cien veces más por día que los sueldos mensuales de los ministros de los países que "visitaban", emitían informes, a menudo despectivos de los gobiernos e instituciones locales y tomaban decisiones que afectaban a las vidas de millones de humildes personas con vidas inimaginables para aquellos jóvenes "expertos".

Buhleve se fijó en varios jóvenes altos y rubios con trajes de marca italiana que acompañaban al doctor Hinalper y respondían al patrón McKenzie que mencionaba Aimsa.

Thanda les compartió a Buhleve, Elias, Joany y Aimsa su preocupación de la política "ABC" del PEPFAR. Se trataba de promover la "A de abstinencia", "B de *be faithful*" (ser fiel) y C de, sólo en caso extremo, "condón". Todos recordaban la lucha de Anwele y su compromiso con su Fundación. Thanda, quien transfería parte de su salario a esos esfuerzos, les envió un análisis de esta estrategia y su posible impacto en África. Con apoyo de contactos de Anna en varios proyectos de Médicos Sin Fronteras, fue demostrando como más del noventa por ciento de las mujeres infectadas, y sentenciadas a una lenta muerte por el negocio de las farmacéuticas, habían tenido sólo una pareja, es decir, habían cumplido con el A y B, y tras un C tardío o

ausente, el ABC los había llevado -pues sus maridos no lo cumplieron-, a un "D", de *death*.

También Thanda les contaba cómo fue insistiendo en la promoción del uso del preservativo en todos los programas que apoyaba la Unión Europea con sus fondos o indirectamente a través del Fondo Global. Empezó a recibir cartas de parlamentarios acusando a la Comisión de que la promoción del preservativo, que según ellos no era del todo seguro, aumentaba la promiscuidad y las infecciones de transmisión sexual, incluida el SIDA. Contestaba con evidencia científica de lo contrario, pero siguieron remitiéndole cientos de cartas de ciudadanos europeos reclamando el apoyo a la estrategia americana del "ABC" condicionando la cooperación europea, como ya lo hacía el programa PEPFAR, a la no utilización de métodos contraceptivos. Pudo averiguar que esas cartas eran promovidas por varios funcionarios y parlamentarios. Averiguó sus nombres y le preguntó a Beatriz, a quien unió a las conversaciones que tenía ese grupo de luchadores desde Ukuzwana, Nueva York, Bruselas, Barcelona y ahora Nueva Delhi. Beatriz les contó que les conocía bien pues eran de la red del Opus Dei que la atormentó y la expulsó. Aquel grupo se veía ahora reforzado por el nuevo papa Ratzinger e infiltraba las instituciones europeas con claras consignas. Pero aquella lucha contra el preservativo no quedaba allí. Lo que estaba a punto de escuchar Buhleve del doctor Hinalper, lo llevaba aún a otro nivel aún perverso:

El doctor Hinalper explicó como en los últimos diez años había dirigido investigaciones por catorce países de África de cómo la circuncisión masculina prevenía la transmisión del SIDA. Con la ayuda de la tecnología de "power points", mapas móviles, gráficas dinámicas y múltiples "*links*" con videos, testimonios de pacientes y hasta música de arpa en el fondo, explicó las bases biológicas del peligro del prepucio, que presentó como una parte diabólica de la anatomía humana donde se refugiaban las infecciones de transmisión sexual y el SIDA, algo así como la recámara de las balas, el virus, del arma, la epidemia, que mataba a millones de personas. Hablaba como un salvador de la humanidad. Mencionó a su padre, rabino israelita

de quien había aprendido la técnica quirúrgica a través de operar a miles de judíos azkenazis que emigraron desde Rusia a Israel tras la expulsión del zar y luego en nuevas olas tras la fundación del estado sionista.

Mientras le escuchaba, Buhleve pensaba en el origen de esas ideas vinculado a la vez a la ocupación de los territorios palestinos bajo el patrocinio de los vencedores de las guerras mundiales y su compensación por el abominable genocidio nazi. Elías le había prestado el libro de Chomsky sobre "el triángulo fatídico" que explicaba dicha historia y los vínculos del poder judío con la Casa Blanca. Aimsa había aportado en los intercambios muchos datos de dichas conexiones, incluidas las relacionadas con las empresas de la guerra en Irak, sus conexiones con la Mossad, y su raíz común en el capital financiero y las farmacéuticas que aún se enriquecían a costa de inmenso dolor. Terminaron incluyendo también a Haka en ese grupo de luchadores conectados por emails muy probablemente espiados por los vínculos del Microsoft de Gates con la CIA. Siguió el ilustre profesor su conferencia con los resultados de sus experimentos con la vida de miles de africanos circuncidados o no. Comparaban entre ambos grupos las infecciones y muertes. Contaban como un éxito la mayor frecuencia de infecciones en los no circuncidados. Así concluía de forma elocuente que era necesario incluir la circuncisión de niños al nacer y la de todos los hombres en edad reproductiva. Sólo así, decía, se podría disminuir la terrible epidemia del SIDA por la que el presidente Bush, el magnate Gates y emisarios como los McKenzie del Fondo Global y el PEPFAR e ilustres profesores y sus múltiples medallas y floridos curriculums venían a salvar la vida de los infelices africanos. Anunció que la estrategia de PEPFAR, con apoyo de Gates y otras fortunas en Estados Unidos, pasaba a cambiar la "C" del condón, por la "C" de circuncisión.

En ese momento Buhleve se fijó en el obispo Pius, aliado de Anwele y de Ukuzwana, pero acosado desde Roma por Ratzinger, e intercambiaron miradas de preocupación.

Después de su conferencia, a la que el público en la sala de reuniones del

Bulawayo Sun respondió con un encendido aplauso, el doctor Ndlovu dijo en público que instalarían bajo dicho proyecto "clínicas de circuncisión" en los hospitales de distrito. Mencionó que dado que una flamante especialista en cirugía era oficial médico del distrito en Bulilila-mangwe, la doctora Beloki, pensaban empezar por aquel hospital e ir replicando el programa en otros hospitales rurales hasta circuncidar a un millón de nedebeles en edad reproductiva y parar así la terrible epidemia.

En ese momento, Buhleve pidió la palabra:

-Doctor Hinalper. Mi nombre es Buhleve Beloki, soy médico cirujano y responsable del hospital de Ukuzwana, en Bulilila-mangwe. No tengo ninguna publicación ni ninguna mención honorífica. Mis "pares" son mis colegas y mis pacientes. Gracias por su visita y por su preocupación del dolor que causa en el SIDA en nuestro pueblo. Atendemos a miles de pacientes cada año con muy pocos médicos, a menudo falta de los medicamentos más básicos y con poco acceso al conocimiento global y aún menos a su traducción en medicamentos de altos precios por el monopolio de las patentes.

Notó como el doctor Hinalper y sus consultores acompañantes se movían incómodos en sus sillas y arqueaban sus cejas con disgusto.

- Sobre lo que usted ha presentado, le quiero comentar algo que me preocupa. Aunque los hombres circuncidados tengan la mitad de riesgo de transmisión a sus parejas, ¿no puede su "falsa seguridad" hacer que baje el uso del preservativo? Si fuera así, el resultado de su "ABC" llevaría al "D" por la muerte de decenas de miles de mujeres que cumplieron la "A" de abstinencia, la "B" de fidelidad a sus esposos infieles en Soweto, que se estarían pasando por la "C" en sus clínicas de circuncisión allí, y vendrían, aún con menos intención de usar el condón pues tienen su "vacuna quirúrgica", como usted la llama. Creo que su estrategia resultará en infecciones impunes a nuestras hermanas nedebeles. ¿No estará usted queriendo exportar su práctica religiosa, basada en prejuicios morales, disfrazándola de ciencia y sometiendo a un riesgo aún mayor a nuestro pueblo?

El doctor Ndlovu la miró con severidad y le susurró algo al oído al doctor Hinalper, quien le gesticuló con la palma indicando que todo estaba bajo control y él le contestaría a aquella joven médico con contundencia.

- Admiro su dedicación a sus pacientes, doctora Beloki, pero permítame decirle que está equivocada en sus aseveraciones. El gobierno de Estados Unidos a través de su programa PEPFAR, y la Fundación Gates, son los mayores donantes de programas y medicamentos contra el SIDA y han salvado cientos de miles de vidas. Nuestra única intención es preservar la vida. Quizás usted no lo pueda entender bien. Estaré encantado en dialogarlo personalmente, pero nuestros estudios son ensayos randomizados y triple ciego que demuestran con todo el rigor científico que la circuncisión disminuye un sesenta por ciento la transmisión del SIDA. ¿Sabe cuántos miles de muertes podría prevenir en Matabeleland cada año si se circuncidan al menos la mitad de sus hombres sexualmente activos?: Unas veinte mil muertes y toda la tragedia humana, familiar y social que significan. Estoy convencido de que sus dudas sobre este programa vienen de desinformación y de no comprender la evidencia científica que lo fundamenta.

Buhleve hizo unos cálculos rápidos en una servilleta del hotel y respondió:

-No necesito su paternalismo salvador doctor Hinalper.

Elías le puso su mano en su brazo como intentándola calmar. Se escuchó un murmullo en la sala y Buhleve notó una mirada abiertamente acusadora del doctor Ndlovu. En ese momento vio al final de la sala, de pie y junto a la puerta, a un hombre con barba blanca, mirada limpia y chapela calada hasta media frente. Haka se había colado en la reunión de alguna manera, para escuchar orgulloso a su hija.

- Esas infecciones y muertes que usted defiende que la circuncisión podría salvar, pudieran ser sólo una pequeña proporción de las que el descenso del uso del preservativo podría ocasionar. Es muy sencillo y no necesito tesis doctorales ni el supuesto rigor de sus "triples ciegos", con todas las cuestiones éticas que además implican: si la mitad transmite un cuarenta por ciento menos, es decir, en total de veinte por ciento menos de

infecciones, pero esa misma mitad usa un ochenta por ciento menos el preservativo que previene casi todas las infecciones, es decir, aumentan un cuarenta por ciento las infecciones, el saldo neto es un veinte por ciento de aumento de la epidemia. Su buena intención se traducirá precisamente en veinte mil muertes más. Pero le diré otra consideración ética: soy cirujana y sé que, si bien la circuncisión del adulto es una cirugía menor, se precisan recursos y puede que cada una cueste al menos doscientos dólares. Su programa costará, calculo, unos veinte millones de dólares: si en lugar de ese programa y su dudoso efecto, incluso alto riesgo de hacer daño, nos apoyaran con medicamentos antirretrovirales genéricos a precios doscientas veces menores que los medicamentos bajo patentes que distribuye el PEPFAR, podrían satisfacer la necesidad de tratamientos vitales para nuestros diez mil pacientes muriéndose hoy de SIDA. Aunque quizás una buena parte de esos fondos tienen que pagar sus viajes, hoteles y sueldos, que imagino son algo más altos que los nuestros de cien dólares al mes. Le ruego reconsidere sus intenciones, doctor Hinalper.

Hubo un gran revuelo en la sala. Aplausos de unos y gritos de otros. Haka la miraba orgulloso. El doctor Ndlovu tomó la palabra:

- Doctora Beloki. Su ignorancia la hace insolente. Este programa será de mucho apoyo a nuestra provincia. Doctor Hinalper, disculpe a la Dra Beloki, quien es una abnegada médica para sus pacientes, pero no puede alcanzar a entender el tremendo valor de sus investigaciones. Le ruego sigamos adelante con distritos que sí puedan entender el beneficio de este programa. Por cierto, la participación en el mismo supondrá un sobre sueldo de trescientos dólares cada mes y un viaje a Johannesburgo el próximo año para compartir las experiencias del programa. ¿Qué distritos estarían interesados en participar?

Una docena de manos se levantaron entusiastas a la oferta del doctor Ndlovu y siguieron la discusión de los detalles del programa con el doctor Hinalper y los consultores del clan McKensie.

Buhleve y Elias abandonaron la sala. Se fueron con Haka, en quien Buhleve notó como había aumentado el temblor en las manos, a comer en su casa

con Helen y comentar lo ocurrido. Haka había investigado con Aimsa las raíces del programa Abraham: estaba liderado por Hilnaper, alguien a quien Aimsa había conocido en Berkeley y sabía de sus redes con las farmacéuticas, la Fundación Gates y el Banco Mundial. Estaba impulsado por la organización médica Hadassah, poderosa organización de mujeres sionistas de Norteamérica, con profunda influencia en los círculos del poder económico de Wall Street y político de la Casa Blanca. Dicha organización tenía dos hospitales en Israel. Sus programas de trasplantes tenían relación con Kav LaChayim, que operaban con Ilan Perry, el bróker de órganos para trasplantes que mantuvo los negocios con la red de hospitales privados sudafricana Netcare en cuyas garras habían caído niños de Mozambique y de Matabeleland por los mismos traficantes que secuestraron a Buhleve. Haka investigaba con Aimsa los vínculos de Ilan Perry con Blakwaters, la Mossad, los derivados financieros y las tramas de tráfico de diamantes y de armas que aún cebaban guerras y dolor en todo el mundo, incluidos sus tentáculos en la guerra de Irak. Aimsa estaba en contacto con un amigo australiano de Nadine llamado Julian quien había creado una red para desenmascarar documentos secretos del poder político y financiero. Las redes del mal seguían siendo profundas y amplias. Se despidieron cuando les recogió el camión de vuelta a Ukuzwana.

- papá. He notado tu temblor. Venid Helen y tú por favor el domingo a Ukuzwana, necesito hablar contigo.

- No te preocupes hija. Estoy bien. Pero me encantará dar un largo paseo contigo.

En el viaje y los siguientes días, Buhleve sintió con Elías una parte dormida de su alma despertar.

Elías había nacido hacía cuarenta y cinco años en Santa Clara, en el centro de Cuba. Era hijo de un matemático nieto de asturianos y una historiadora afrocubana, ambos profesores en la Universidad de Las Villas. Creció corriendo y jugando con otros niños en la plaza mayor y por sus calles aledañas, leyendo a Martí y siendo fiel "pionero" en la escuela primaria, jugando a "pelota" mientras avanzaba en la escuela secundaria. Fascinado

por las historias de los internacionalistas cubanos desde los años 60, vanguardia de los valores de la revolución, estudió medicina también en Las Villas y luego hizo la especialidad de medicina interna, con profunda vocación del servir. Era un mulato atlético, pero no muy alto, fuerte pero no musculoso, socialista pero no del partido, romántico, pero no poeta, atento, pero no amanerado, extrovertido, pero no charlatán.

Había leído fascinado el libro de Buhleve "donde no hay especialista" en el turno que tocó a Brunapeg uno de sus ejemplares en rotación entre los internacionalistas cubanos en Zimbabwe. La había conocido por primera vez en una reunión del consejo de salud provincial en Bulawayo y su belleza tímida y humilde inteligencia dibujaban, para Elías, casi una luz mística por la que sentía una mezcla inconfesable de admiración y devoción. Por eso en cuanto Patxi preguntó a la hermana Johanna por apoyo en la suplencia de Buhleve, Elías se prestó voluntario.

Durante el mes y medio que estuvo sustituyendo a Buhleve se encariñó con la misión, Patxi, Nolwasi y la familia, y con los pacientes. Y los pacientes le tomaron afecto también. Como había un matrimonio de médicos cubanos en Brunapeg, Elías pudo pedir una semana libre y volver a Ukuzwana para compartir el trabajo con Buhleve.

Elías compartía cuarto con Adam y Unai. Adam había empezado a volar con Joseph, quien había adaptado *inyoni-enkulu* con placas solares. Unai seguía entusiasmado escalando kopjes y oteando horizontes. Elías se levantaba muy temprano para ir a correr, volvía amaneciendo, se duchaba con un cubo de agua fuera de la casa y le llevaba unas guayabas cortadas a Buhleve, para desayunar juntos y luego pasar juntos la visita a las salas, la consulta y el quirófano. Elías aprendía de las habilidades quirúrgicas de Buhleve y ella aprendía del saber de pediatría de Elías.

Buhleve era una mujer alta, tímida, siempre llevaba un pañuelo cubriendo el pelo, de frente amplia, mirada limpia y, sonrisa sutil. Hacía una mueca arqueando una ceja cuando algo le sorprendía o agradaba, unida a su click ndebele "tsh...", que le fascinaba a Elías. Le había impresionado su valentía frente a Ndlovu y a Hinalper. Aunque lo que más le atraía era su mímica

con las manos: suaves y finas hacia unos dedos alargados y que se movían de una forma que Elías sentía que expresaban hasta los sentimientos más íntimos. Tenía que disimular para no quedar hipnotizado por sus gesticulaciones con las manos o con su mirada limpia.

Buhleve sentía por primera vez atracción por un hombre. Esperaba en secreto y espiando desde la ventana, la llegada de Elías por las mañanas con la guayaba, aunque disimulaba como si le sorprendiera su llegada. Le encantaba su mezcla de gentileza y humor latino, su discreción en el trato y su vocación y cariño a los pacientes. Le atraía su mirada serena, sus rasgos lineales pero suaves, su desmán casi desgarrado, pero elegante a la vez.

Comenzaron a pasear tras la jornada por los caminos y kraals cercanos y a contarse sus historias. Elías le hablaba de su fervor revolucionario, de la belleza tropical de Cuba y de su música y baile. Vivía muy sencillo. Le apasionaba la lectura. Para aprender mejor inglés estaba leyendo una edición en inglés de "amor en tiempos de cólera". Le encantaba también dibujar retratos a lápiz en un block de notas que alternaba con apuntes médicos. Buhleve le habló de su infancia con sus padres y abuelos y saltaba a la etapa de sus estudios de medicina y de la especialidad en Sudáfrica. Un día la conversación los llevó al tiempo del dolor que había marcado la vida de Buhleve, y su miedo a los hombres:

- Y cuéntame: ¿cómo te fue durante este viaje que te ausentó de Ukuzwana?

- Fue una tremenda aventura con re Haka, es tan valiente...

- Sí, he oído hablar de él. El hermano mayor de Patxi, ¿no?

- Bueno, también es mi padre. Me adoptó a los quince años.

- ¿Como fue así?

- Es algo muy personal, Elías.

- Entiendo y lo respeto. Pero debo decirte que quisiera conocer tu historia pues debo serte muy sincero: siento que entre nosotros está naciendo un lindo vínculo.

- Yo también lo siento así, Elías. Te contaré: a los doce años perdí por el

SIDA a mi madre y a mi padre. Mis cuatro hermanos y yo nos quedamos a vivir con mis abuelos, ya mayores y con un pequeño maizal medio seco, dos cabras y unas chozas medio caídas. Unos sudafricanos que vinieron a engañarles dándoles algo de dinero y prometiéndoles que me daban una beca de estudios, me llevaron a Soweto. Estuve encerrada tres meses en un cuarto con otras niñas de Matabeleland. Nos drogaban y nos maltrataban. Nos llevaron una noche a lo que iba a ser nuestro destino, un prostíbulo. Esa primera noche fui sedada y abusada por un hombre. Antes del amanecer llegó la policía gracias a que Haka desenmascaró la trama de tráfico y prostitución, además de otra de tráfico de órganos. Haka y Helen me adoptaron y viví con ellos unos años hasta que fui a Johannesburgo a estudiar. Haka me salvó la vida y su valentía, por la que sigue luchando a pesar de su edad, me inspira cada día a seguir sin lamentarme de mi pasado.

Elías la miraba fascinado a la vez que entristecido al imaginar aquel tiempo de crueldad.

- Lo siento en el alma, Buhleve. Y aprecio muchísimo que me lo compartas. Puedo entender lo difícil que es hablar de ello para ti.

- Mi virginidad y mi inocencia me fueron robadas con violencia y trato cruel, Elías. Pero cuando acabé mi especialidad el destino quiso que fuera yo la médica que le salvara la vida de una perforación intestinal al verdugo de mi juventud. Ese primer gesto de sobreponerme al rencor lo terminé de integrar ayer en mi alma en una ceremonia sincera de perdón que ayer hice con Nolwasi.

Elías no sabía qué decir. Su secreta atracción hacia la belleza de Buhleve ahora saltaba a un plano de admiración espiritual por su grandeza al perdonar tales actos y darse al servicio de los demás, incluso de quien la hizo tanto daño. Le tomó de la mano. Buhleve, se la entregó. Se miraron. Elías le dio un abrazo muy profundo. Buhleve sintió que ambos corazones acompasaban su ritmo emocionado.

XCI. Pequeña Ternura, Keystone Branch, mayo 2007

Cuando Nour les preguntó dos años atrás, que por qué debía ir a la escuela, sus padres no pudieron darle una respuesta clara. ¿Aprender? aprendía más leyendo y en la vida real. ¿Socializar? Socializaba más en las calles, los parques y, sobre todo, los pueblos, con gentes de toda edad y condición, no sólo niños y niñas de su edad y de su barrio. ¿Pensar? Nour decía que en los libros de historia y de ciencia se les imponía una historia de supremacía humana y de supremacía blanca que no le gustaba, y de ciencia newtoniana que era incorrecta: eso era repetido de lo que opinaba su madre. ¿Crear? Ahí sí que su imaginación se sentía ahogada en la escuela y encontraba en su espacio libre toda la inspiración.

Hablaron inicialmente con el maestro de la escuela local por si podía dejar más libertad de creatividad, pensamiento y expresión a Nour y sus compañeros. Su reacción fue defensiva y dijo que debía cumplir un syllabus del gobierno. Al comentarle Aimsa y Jonay que entonces pensarían en su educación en el hogar y en la naturaleza, el maestro les amenazó de no respetar el derecho a la educación de su hija y que de tomar esa decisión “se vería obligado a reportarles ante los servicios de protección de la infancia”. Eso fue lo que finalmente les hizo decidir a Jonay y Aimsa en sacar a Nour de la escuela. Jonay se despidió del maestro, Mr Hoffmaier con estas palabras:

- Nuestra hija se llama NoLwasi, madre del saber. Es un nombre zulú. Ese saber significa en esa cultura el conocer el alma profunda de cada uno y desde ella la conexión con el mundo, más allá del tiempo actual, conectando con los antepasados y con los sueños, y del espacio material, sintiendo la energía que nos une a todo. Su alma no tiene fronteras, como sus libros de la historia contada por los vencedores, como sus libros de ciencia que se quedaron en los conceptos de Newton, como sus libros de arte que repiten obras de hace varios siglos en lugar de animar la creación de sus alumnos, tanto o más valiosa como la que cuelga en los museos, y las matemáticas abstractas son más divertidas aplicándolas al descubrimiento de cada día. Le deseo lo mejor en la vida Mr Hoffmaier, dejando que fluya su alma y no

los códigos impuestos por el poder. Su clase le viene pequeña al alma de nuestra hija. Se ahoga. Y creo que también al resto de sus compañeros y a usted mismo.

Lo hablaron con Marta, líder de la convención de los derechos de la infancia y con Thanda, quien lideraba en la Unión Europea la acción externa en la defensa de los derechos de la infancia. Ambos estaban de acuerdo: la verdadera aventura del saber era a menudo ahogada por los sistemas rígidos, en contenido y formas, de educación. Thanda incluso reflexionó con ellos que a menudo la "educación" respondía bien a su original significado en latín: *educare*: engordar al ganado. Al igual que en la salud mental, un desadaptado a una sociedad enferma estaba posiblemente más sano y podría más fácilmente cambiar un sistema podrido, como todos sabían era el sistema globalizado dominante de producción, consumo y especulación. Pero ambos, Thanda y Marta, les insistieron en que tal decisión era tan valiente como difícil pues requeriría cambiar la forma de vivir, acompañar a Nour en cada paso del descubrir y descubrir-se, sentirse acompañada en esa mágica aventura.

Pasaron el primer año en el hogar en Brooklyn. Jonay dejó sus aisladas actividades en salud comunitaria, aún pendiente en cualquier caso de las aprobaciones de sus títulos para poder tener contratos y responsabilidades médicas. Se dedicó, con gran emoción y pasión, a ser el "compañero de aventuras de descubrir" de Nour. Aimsa, más ocupada en la representación de la red de eco aldeas, que ya contaba con cinco millones de eco aldeanos en todo el mundo, reservó cuatro sesiones de dos horas en la semana para dibujar con Nour como cada una veía el mundo.

En ese primer año Jonay y Nour salían a pasear con Sam por los parques y las calles. Conversaban cada día con Jerry y otras personas de la comunidad sin techo, con el panadero Howard, con el frutero Thomas, con el cartero Mohammed, quien a menudo paraba para tomarse un café con ellos, con la enfermera Yenny, del centro de salud comunitario, con Bob el librero de la librería pública del barrio, con David, en su tienda de muebles artesanos, con el policía local Frank, con Lee el jardinero del parque público y con

muchos vecinos que les saludaban desde sus casas o en el parque. Cada día Jonay apuntaba en una libreta sus descubrimientos, que venían de las preguntas e interés de Nour y, de sus propias hipótesis y como las intentaban probar o descartar. Tenían un atlas, un libro de ciencias, cuentos de historias del mundo, el manual de solfeo, avanzaba con el violín y hacían bailes que también se inventaban. Jonay solía decirle a Nour y a Aimsa que se sentía muy feliz pues tenía el trabajo más bonito del mundo: acompañar a descubrir a Nour la magia de la vida. Decía que él también aprendía mucho. Iban a museos y a zoológicos, pero sentían tristeza de ver enjaulados a los animales, disecada la historia natural y congelada la de las ideas y recuerdos del pasado. Mientras Aimsa se entregaba con pasión al liderazgo de la red de eco aldeas, Jonay y Nour viajaron por tercera vez hasta Ukuzwana donde Jonay volvía a ser Jonay y Nour descubría con Adam y Unai, sus hermanos del alma, la magia de los *kraals* y los *kopjes* en total libertad y sencillez.

Desde su primera estancia en las montañas negras de Dakota y el encuentro mágico de Nour con la yegua Mustang, siguieron yendo con más y más frecuencia a la naturaleza. Encontraron otro lugar más cercano. Era una pequeña comunidad llamada White Lake, parte del pueblo de Bethel, en Sullivan county, a unos cien kilómetros de Nueva York. Allí alquilaban una pequeña cabaña frente al lago Kauneonga, que en nativo quería decir "lago con dos alas". Además de pasar los veranos y vacaciones de Aimsa en Acción de Gracias, Navidad y Semana Santa, Jonay y Nour se iban a veces una semana, sobre todo cuando Aimsa debía viajar por trabajo.

Hablaron con el ayuntamiento de Bethel sobre su opción de la educación libre y en naturaleza. Los remitieron al delegado de infancia y juventud llamado Jeremy, que había sido un hippy en los años sesenta desde que se celebró en su pueblo el festival de Woodstock. Fue desde entonces objetor de conciencia contra la guerra de Vietnam, vegetariano y músico del banjo. Les invitó a cenar a su casa con su familia y sintonizaron muy bien en sus ideas sobre la vida y el mundo. Le fascinó lo que le contó Jonay de la eco aldea de la ternura en La Gomera y el movimiento global de eco aldeas.

Jonay sugirió que podían empezar por un terreno desde el que dialogaran esa otra visión del mundo con niños y jóvenes a quienes acogerían en una cabaña. Jeremy consiguió que en el pleno del ayuntamiento de Bethel se aprobara el proyecto de "*a journey in the nature*" para las escuelas de la zona y con ello les cedieron un terreno con una caseta medio derruida a cambio de que lo arreglaran, sembraran un huerto y acogieran a niños para educación sobre los cultivos y la naturaleza.

Fue así que al segundo año que Nour llamaba "de libertad", Jonay y Aimsa acordaron que la vida en la naturaleza sería mucho más feliz y libre para Nour. Aimsa iría en el tren más a menudo pues ya podía hacer mucha parte del trabajo a distancia, menos cuando las reUniones y viajes por Naciones Unidas se lo impedían.

Jonay y Nour se trasladaron con Sam a White Lake tras la Navidad de 2006. Se afanaron en construir su "*loghouse*" para que estuviera lista en la próxima visita de su madre, que coincidiría con el cumpleaños de Nour, el 22 de mayo.

Empezaron por dibujar cómo querían la casa, sin paredes ni puertas, con amplias ventanas hacia el sur, con una chimenea en el centro y un círculo alrededor donde sentarse, una cocina de leña y fresqueras donde guardar los alimentos, con altillos donde dormir más caliente en el invierno, armarios para mantas y enseres de la cocina, con una letrina seca fuera y una ducha fuera también, y con un amplio porche mirando al lago, desde donde ver los atardeceres. Dijeron que sería una casa sin propiedades, para compartir, y atenta a no acumular ni libros ni ropa ni adornos, que no fueran muy necesarios o muy entrañables.

Calcularon cuantos troncos necesitarían y de qué longitud. Consiguieron de Jeremy que les prestaran del ayuntamiento una sierra, cincel, cepillo, sierra de balancín, taladro y cortador de espiga.

Cada día dedicaban la mitad del día a buscar madera y piedras y la otra mitad a construir. Un amigo albañil de Jeremy llamado Charles, de origen cherokee, les ayudó a construir los cimientos con piedras y mortero.

Decidieron ir juntando troncos de ciprés, de abeto Douglas, pino blanco y

pino amarillo. Todos los troncos eran de árboles ya caídos por la edad o de ramas fuertes. No talaron ningún árbol. Con un metro seleccionaban los troncos que tuvieran al menos veinte centímetros de perímetro. Era importante cortar los troncos antes de que llegara la primavera en abril cuando la savia era escasa y la madera se podía deslizar sobre la nieve con el mínimo daño tanto para la madera como el bosque.

Aprendieron juntos a preparar los troncos: primero les quitaban la corteza y los ungían de una resina del bosque que calentaban y diluían. Al aplicarla a cada tronco evitaban el deterioro por insectos, moho, y ataques de hongos.

Cuando después de un mes ya tenían apilados los troncos que necesitarían y habían completado los cimientos. Fijaron los troncos más gruesos en los cimientos, uno cada tres metros en cada lado y uno en cada esquina, un total de diez. Prepararon la base del suelo con el método muelle o zancos. Se fijaban por mellas contrapuestas a una altura de treinta centímetros sobre la base los troncos horizontales sobre los que iría el suelo. Decidieron hacer espacios en el suelo para la chimenea central y para la fresquera de alimentos en el verano.

Continuaron luego levantando las paredes de la cabaña alineando cuidadosamente los troncos de modo que los centros de todos los troncos presionaban hacia abajo en la línea central de la pared, que a su vez se apoyaba sobre la línea central de la base. De esa manera las formas únicas de cada tronco se acoplaban al conjunto, todo un símbolo de la educación libre que intentaban tener y no la de comprar de una compañía seguramente destructora del medio ambiente, troncos cortados exactos y plastificados con sustancias tóxicas.

Trajeron en la pick-up de Charles tablas de ramas de abedul de un aserradero cercano que respetaba el bosque. Consiguieron clavos de la ferretería. Colocaron el suelo, el techo y las chimeneas del salón y de la cocina, los altillos y tablas para la cocina y para la letrina, la ducha, un chamizo para aperos del jardín con una parte vista al sol y cubierta por cristales para el secadero de semillas e invernadero y el rincón preferido:

un balancín para tres que colgaba en el porche mirando al atardecer. Jeremy les regaló unos colchones, almohadones y en la tienda de segunda mano del pueblo encontraron vajilla, tres cacerolas, cubertería de madera, sábanas de lino y mantas de lana.

Comenzaron luego un huerto. Primero canalizaron agua de un manantial que estaba a cien metros de la cabaña y treinta de altura. El agua corría casi constantemente y se almacenaba en un aljibe elevado que hicieron con piedras del lugar. De allí corría el agua al abrir una compuerta por los surcos que fueron haciendo en la tierra y drenaban hacia el lago. Hicieron con las tablas un depósito para que las lombrices digirieran el compost de restos orgánicos.

Decidieron llamar a la casa que juntos habían construido con sus manos "Pequeña Ternura". En recuerdo del lindo sueño en el barranco de El Cabrito que animó la red de eco aldeas espiritual, la esperanza de un mundo que escapara a las crueles y ciegas garras del consumo.

Todo estuvo listo para el 22 de mayo en que llegó Aimsa para celebrar las once vueltas al sol de Nour. Jonay y Nour fueron con Sam a buscarla a la estación del tren de autobuses. Cuando, tras dos kilómetros de paseo entre bosques, llegaron a unos cien metros desde donde se veía la casa, se pararon en silencio. Aimsa sintió sus lágrimas inundar su mirada. Era, por fin, su hogar. Desde el basurero de Bombay, las calles de Calcuta, el Ashram de Sri, la casa de Rob, el barco en la bahía, la ermita de Ukuzwana y la casa de James en Brooklyn, había migrado por el mundo sin sentir plenamente su hogar. Sentía que había llegado, tras un largo y sinuoso sendero, al hogar, con su compañero del alma y la extensión de su existencia en el bella y libre alma de Nour.

La primavera ya había hecho brotar docenas de especies de flores alrededor de la casa, crecían los brotes verdes en estacas de ciruelas que pusieron en torno a la casa y empezaban a asomarse en el invernadero las pequeñas plantas de tomates, lechugas, brócoli, berenjena, pimientos, ajos, jengibre, cebollinos, espinacas, romero, orégano, menta y perejil, entre otras.

Tras ver el atardecer desde el balancín del porche prepararon una sopa de

berros y un postre con moras y jarabe de arce que habían recogido en el bosque. Como Aimsa le había contado a Jonay su sensación del final anhelado de un viaje, Jonay tocó al violín las notas de "*the long and winding road*", que Nour cantó. En ese momento Jonay y Aimsa le entregaron algo muy especial a Nour. Jonay tomó la palabra:

- Hija. De bebé nos iluminaste con la ternura de tu inocencia, continuaste deslumbrándonos cuando empezabas a descubrir el mundo en Ukuzwana con tus risas junto a tus hermanos Adam y Unai, has seguido inspirándonos en Nueva York donde fuiste descubriendo el mundo urbano y dando calor y luz a nuestro hogar. Hace dos años fuiste tan valiente como para enfrentarte y rechazar al sistema que se imponía y ahogaba tu deseo de descubrir desde tu libertad. En los últimos dos años hemos ido descubriendo juntos y por aventuras con la gente y la naturaleza a nuestro paso, ideas, saberes, recuerdos, sueños, creaciones y hasta hemos aprendido juntos a construir nuestro hogar. Hoy te entregamos Nour, conscientes de que lo sabrás apreciar pues nos has demostrado valentía y ternura, coraje y sensibilidad, fuerza y generosidad, el diario que te fuimos preparando desde que supimos que venías al mundo y hasta que, con dos años, llegamos a Nueva York. Este es nuestro regalo.

En los siguientes días, Aimsa y Nour no se separaban. Tanto así que Jonay decidió dejarles su espacio e ir a pasear dos días y dormir bajo las estrellas en las montañas de Catskills.

Aimsa disfrutó una semana de la complicidad con Nour, en el nuevo hogar en la naturaleza.

-Dime, mamá, ¿qué es lo que me puedes enseñar tú?

- No me gusta la palabra "enseñar" Nour. Te puedo compartir ideas, pero necesito que tú me compartas las tuyas. Yo sé de unas cosas y tú sabes de otras. Yo tengo más experiencia y tu más imaginación. Juntas podemos descubrir aventuras y luchar por lo que pensemos que es noble y bello, ¿vale?

- Me gusta mucho ver a los animales aquí en la naturaleza mamá. Me duele verlos atados con cadenas en la ciudad con coches y asfalto.

- De eso te quería hablar hija. Desde hace más de veinte años, miles de científicos de todos los países del mundo trabajan en el "Panel Internacional sobre el Cambio Climático". Cada cinco años escriben un informe global. Acaban de hacer su cuarto informe, hija.

- ¿Y qué dicen?

- Que no hay ninguna duda de que el ser humano, quemando fósiles de debajo de la tierra, como el carbón primero, luego el petróleo y ahora el gas, está aumentando la temperatura del planeta.

- ¿Que son los fósiles?

- Es todo lo que tiene carbono, ha vivido en el planeta y al morir va sedimentándose debajo de la Tierra.

Nour no entendió el verbo sedimentar, pero supuso que significaba ir hundiéndose en la tierra. Pensó en las vidas de sus abuelos, sus hermanos, sus padres, ella misma, convirtiéndose en carbón. Sintió vértigo. Apenas había hablado nunca de la muerte con sus padres ni con nadie

- ¿Y qué puede pasar por todo ese humo? ¿Cuánto tiempo tarda una vida en ser carbón o petróleo, mami?

-Pues por lo menos diez mil años, los hay de más de tres mil millones de años. ¿Y sabes en cuanto tiempo los está quemando el hombre?

- No sé ¿desde que hay coches?

- Desde lo que se llamó "revolución industrial", hija. Cuando inventaron la primera máquina de vapor por la que al quemar leña o carbón y calentar el agua, la fuerza del vapor movía las ruedas y así las máquinas, trenes, barcos y luego coches, luego la electricidad, la calefacción. Los hombres empezaron a fabricar ropa y máquinas más rápido, a cultivar muchos más alimentos, a moverse mucho más rápido y a protegerse del frío y del calor.

- ¿Y así fueron más felices?

- En parte sí hija. Desde entonces aumentó la comida en las ciudades porque se cultivaba más y se transportaba más rápido. Luego la ropa, las formas de construir las casas, las imprentas de los libros, las radios. Ahora, también por haber descubierto medicinas y vacunas, el hombre vive el doble de tiempo que antes de descubrir las máquinas de vapor y todo lo que ha

seguido en estos dos últimos siglos.

- Pero ya hemos llenado los cielos de humo. Y estamos matando a muchos animales también. ¿Qué crees tú que debemos hacer?

- Pues, hija, eso es lo que más me preocupa. Mira: cada vez se sabe de forma más clara que al quemar esos combustibles fósiles tan rápido, el humo se acumula en la atmósfera.

- Pero con papi aprendí que los bosques absorben el carbono que echamos nosotros y otros animales al respirar. ¿No pueden los bosques comerse todos los humos de los coches y las fábricas?

- No hija. Absorven el carbono que exhalan los animales, algunos incendios, afusiones de la tierra y de los glaciares. Pero la combustión humana de los fósiles produce demasiada cantidad de carbono y demasiado rápido. Fíjate, lo que tardó cientos de millones de años en formarse lo hemos quemado en menos de trescientos años. El carbono en exceso se almacena en la atmósfera, hasta más de mil años. El planeta no estaba preparado para esto hija.

- ¿Y qué puede pasar si seguimos echando tanto humo?

- Pues debes saber esto hija: he colaborado con el panel de expertos y hemos estimado, con muchas matemáticas, como aumenta la temperatura cuando se va llenando más y más el aire de humos. También sabemos que cuando se pase de dos grados de aumento por encima de los niveles medios antes de que empezáramos a quemar carbón y petróleo ya será muy difícil enfriar el planeta y se calentará más y más y hará difícil la vida.

- Tenemos que hacer algo mami, hay que parar de echar humo. ¿Por qué la gente sigue contaminando? Las ciudades entonces son muy malas para la vida, ¿no?

- Porque todos quieren seguir con sus comodidades, en sus coches, con los plásticos del petróleo que además matan a los peces en el mar. Fíjate que ya hay yacimientos de petróleo para quemar hasta tres veces más el límite que nos lleva a esa temperatura límite, y en lugar de cerrarlos, se busca más y más petróleo debajo de la tierra.

- ¿Y nosotros sí vamos a vivir "limpios", mami?

- Tienes toda la razón hija. Aquí en White Lake podemos vivir en armonía natural, en conciencia, cultivando y compartiendo. Las tres "Cs". Yo vendré de Nueva York en el tren y luego en bici. Y voy a dejar de volar por todo el mundo. Justificando que lo hago por la red de eco aldeas, que ya está ahorrando más de treinta millones de toneladas de emisiones cada año, me excuso en volar en aviones e ir a reUniones. Pero no es justo. No soy más que nadie. No tendré derecho a decir a nadie como no debe contaminar si yo lo hago, ¿verdad?

- Muy bien. Y dime ¿Y cómo está de enferma la Tierra, mami?

- Pues es como si tuviera fiebre hija. Le pasa como a nosotros cuando tenemos dos grados más que lo normal: lo llamamos fiebre y empezamos a perder células.

- Y que has pensado que podemos hacer, mami, tu siempre luchas porque no haya injusticia.

- Yo creo que tenemos dos siglos para evitar que desaparezca la humanidad y otras formas de vidas en la Tierra: este siglo XXI, en el que tu crecerás y vivirás, para que poco a poco dejemos de quemar fósiles y asfixiar el aire y el próximo siglo XXII para que quienes nos sigan puedan curar todo el daño que hemos hecho a la madre Tierra. Ya la familia en Gomera y en Zimbabue está enseñando cómo podemos, con la red de eco aldeas espirituales, cambiar de forma de vida, vivir en comunidad y en naturaleza, sin fronteras y sin avaricia. ¿Me ayudarás?

- Si mami, voy a luchar contigo y con papi.

XCIV. La eco isla de la laurisilva, Gomera, abril 2008

Jonay volvía a su isla. Hacía siete años que no había visto a sus padres, desde su despedida de Ukuzwana. Ya había vuelto James de su vuelta al mundo. Ahora Jonay vivía con Aimsa y Nour en White Lake donde habían ido animando una eco aldea desde su cabaña de "pequeña ternura". Aimsa pasaba algunas temporadas allí y otras en reUniones en Nueva York por las reUniones en Naciones Unidas. Ya la red de ecoaldeas espirituales tenía rango de país miembro y a ella pertenecían más de diez millones de ecoaldeanos.

Desde su conversación con Nour, Aimsa dejó de tomar aviones. Promovía por internet la expansión de la red de eco aldeas y luchaba contra varias tramas que seguían sembrando de sombras al mundo.

En el origen de la red, el valle del Cabrito y la comunidad de la ternura, se estaba gestando algo muy bello a lo que Jonay quería contribuir. Además, su padre ya pasaba los ochenta años, y aunque tras mucho luchar, seguía con fuerzas y carisma para abanderar un nuevo paso hacia una Nueva Humanidad, quería estar a su lado en esa batalla.

Esta vez le pidió el velero a James, ya reinstalado en Brooklyn con Sam, para navegar desde Nueva York hasta La Gomera. Habían hecho una amistad de sincera complicidad y a su vuelta James sintió como la casa y, sobre todo, Sam, estaban esperándole con el cariño que habían recibido de la familia Harris. Por ello, y dado que al igual que la casa, mejor ocupada, el velero, mejor navegando, se lo cedió por un año. A cambio le cedieron la cabaña de White Lake para que pasara allí temporadas en naturaleza. Aimsa seguiría su trabajo a distancia mediante internet. Y Nour seguiría aprendiendo de la escuela de la vida y del mundo, ahora navegando sus mares.

Entre enero y abril y mientras Aimsa estaba ocupada en la revisión a medio camino de los objetivos del milenio, Nour emprendió con su padre una nueva aventura. Jonay recordó sus nociones de navegación de cuando niño

y adolescente con su padre, y se fue familiarizando con los vientos del Atlántico Norte. Cuando ya se sentían seguros, zarparon los tres. Pusieron rumbo a las Islas Bahamas donde pararon dos días a por provisiones de comida fresca y agua. Continuaron tres semanas de singladura hasta las Islas Azores para luego seguir a las Islas Canarias.

Arribaron seis semanas después al puerto de El Cabrito. Llegaron de sorpresa. Esa tarde, como tantos días, estaban John y Umbela viendo el atardecer. John se fijó en el horizonte y reconoció un Nauticat 43, como el de James, el casero de Jonay en Brooklyn, que ya habría dado su vuelta al mundo.

Mientras lo veía muy lentamente acercarse desde el norte, sintió una profunda nostalgia de la compañía de su hijo. Recordaba su curiosidad por todo durante su infancia, lo intrépido que era cuando fue creciendo y le acompañaba por toda la isla, su adolescencia plena de ilusiones y pasiones por cambiar el mundo, sus estudios de medicina preñados de vocación inspirada por Fernando, su épico tiempo en Ukuzwana y la alianza con la noble familia de Patxi, su unión con Aimsa, su última visita a La Gomera con Nour recién nacida, la despedida de África y en la distancia su comunicación por email y hasta Skype con ellos en Brooklyn y en White Lake.

Estaba hilando todas aquellas imágenes cuando ya se veía la bandera norteamericana en la popa y pudo identificar que sí, era el velero de James. Sintió mucha emoción, quizás traía noticias, cartas como le gustaban a él, escritas a mano, o recuerdos de Jonay, Aimsa y Nour. Cuando se fue acercando pudo ver a alguien saludando desde la proa. ¡Era Nour! Se la veía preciosa, fuerte, con su pelo rizado al viento, su piel morena aún más curtida por la travesía. Le avisó a Umbela y fueron hacia el puerto, donde Tomás estaba dándole brillo de cera a varias ramas de brezos.

Salió Aimsa a la cubierta y pudo ver al timón a Jonay. Le había crecido barba de casi dos meses, ya se le veía muy canoso, pero en forma y con su limpia sonrisa de siempre.

Atracaron a "*New Morning*" y se abrazaron los cinco con profunda emoción,

como hicieron doce años antes en Tenerife, cuando John y Umbela conocieron a Aimsa y a Nour. John estaba muy emocionado, casi no podía hablar. Tenía ya ochenta y dos años, ya veía bien desde su operación de cataratas, pero sentía dolores de espalda y de rodillas y ya no podía moverse como antes, ni navegar sólo. Mientras Aimsa y Nour se abrazaban a Umbela y empezaban a contarse aventuras de la travesía, Jonay miró a su padre, los dos emocionados, y le dijo:

- ¿Qué creías? ¿Que ibas a disfrutar esta batalla sin mí?

Se lo dijo mientras señalaba a un cartel en un poste del pequeño embarcadero que decía: "Vota por el Movimiento por la Isla Ecosoberana de la Laurisilva"- MIEL-. Debajo estaba el dibujo de la red de eco aldeas espirituales, con un grupo de personas abrazadas a un árbol, y una foto de John y una frase que decía: "preservemos en armonía el tesoro natural de nuestra isla".

- ¿Cómo te enteraste? No quería que le dieras demasiada importancia, hijo. De hecho, me siento un poco incómodo con mi nombre en esos carteles por la isla.

- Recibí una bella carta de Yolanda, papá. Me explicó como hace dos años vino Martín, supo de la paternidad de Juan Antonio, decidieron perdonar y unirse a la comunidad. Me dijo también que en la asamblea de las ya diecisiete eco aldeas de la isla, se decidió presentar un programa a las elecciones municipales, del Cabildo y del parlamento canario. Me parece muy bien, papá, hay que invitar a todos a vivir en armonía y que puedan ver la paz que ello supone. Aimsa, quien desde hace dos años ya no vuela por conciencia de huella de carbono, me dijo que deberíamos venir y apoyarnos. La Gomera puede convertirse en la primera isla ecosoberana. Ya sois una referencia en la red, ahora la isla puede ser una luz muy fuerte para el mundo.

- Gracias hijo, vuestro apoyo ya es una bella luz.

Se instalaron en la casa donde dormían John y Umbela, sin paredes, algunos colchones y varias hamacas. Tuvieron la tertulia cayendo la noche después de cenar el plato preferido de Jonay, potaje de berros con gofio. Durmieron

profundamente, sin el bamboleo de las olas ni los turnos de guardia mientras navegaban por la noche.

Al día siguiente Nour, que estaba fascinada de conocer reencontrarse con el mítico valle del Cabrito, fue a buscar a niños y niñas de su edad en las zonas comunitarias. La comunidad de la ternura tenía unas quinientas personas, unos ciento cincuenta menores de dieciocho años, casi la mitad habían nacido allí y los otros habían venido de más de veinte países. Esa noche Nour contaría a la comunidad su viaje en el velero.

Aimsa y Jonay querían hablar con John y Umbela de su programa para la isla ecosoberana y lo importante que era para la red lo que estaban proponiendo. Se formó un comité del programa electoral. Había uno en cada eco aldea de la isla y llamaron para una reunión de todos ellos tres días después.

Cuando Jonay recibió la carta de Yolanda que les hizo tomar la decisión de navegar hasta la Ternura, le dijo a Aimsa que al llegar necesitaría dar un paseo con Yolanda, cerrar heridas del pasado y superarlas con amor sin miedos. Aimsa no tenía realmente sentido de posesión ni material ni de personas además de sentir una confianza plena en complicidad profunda con Jonay.

Jonay fue al caer el sol hacia la casita que ocupaban Yolanda y Martín. Ya había visto Yolanda llegar al velero y estaba pendiente de encontrarse con Jonay. Estaba cayendo la noche y había alumbrado el porche con unas velas de cera de los panales. Lucía un vestido de lino blanco, como dándole trascendencia al reencuentro. Martín se había ido discretamente a reunirse en la playa con su grupo de amigos en la comunidad.

Recordaba cuando fue a pedirle ir a pasear juntos hacía ya veinticinco años. Seguía teniendo el pelo rizado, aunque recogido en una coleta, y negro, si bien ya iban asomando las canas, pero muchas menos que Jonay. Sus ojos marrón-miel volvieron a imantar los de Jonay, su mirada había perdido timidez y tenía una sombra de tristeza, su sonrisa era menos discreta pero más sutil, el cuerpo que se adivinaba bajo el blanco lino ya no era tan atlético ni su vientre tan plano. Jonay se sintió turbado al inconscientemente

imaginar su desnudez y Yolanda pareció sentir ese pensamiento y se sonrojó.

- Bienvenido Jonay. Han pasado veintitrés años desde que seguimos cada uno nuestros caminos. Me emociona mucho verte y sentirte feliz.

- Y a mí me da profunda alegría Yolanda. Gracias por tu carta, no estaríamos aquí si no fuera por ti.

- Bueno, también te habló Fernando de las elecciones, ¿no?

- Sí, pero tan importante como apoyar a mis padres y al movimiento de eco aldeas, era reencontrarme contigo. Quedó en mi alma una herida abierta pues el amor por tu ser siguió latiendo, aunque nuestros caminos siguieran rutas distintas.

- Me alegro mucho por tu felicidad. Sé por John y Umbela, que me han acogido como una hija, que fuiste muy feliz en Ukuzwana y te sientes muy unido a Aimsa, más aún con vuestra linda hija Nour.

- Si, Yolanda. La vida me ha sonreído. Pude ser durante catorce años el médico que quería ser, entregado a los más marginados y combinando la ciencia con el espíritu, con una maravillosa inspiración de nuestra familia en la misión. Seis años después conocí a Aimsa con quien sentí, como contigo, pero de otra forma, una atracción profunda y nos fuimos uniendo. Llegó Nour a nuestras vidas hace doce años y los últimos ocho hemos vivido entre Nueva York y un pueblo a unos cien kilómetros, por el trabajo de Aimsa.

-Aimsa es muy afortunada. Sacrificaste tu pasión profesional por acompañarla en su camino.

Ese comentario le dejó a Jonay la sensación de que Yolanda le recriminaba no haberlo hecho por ella cuando acabó sus estudios. Por un momento pensó como hubiera sido su vida si así lo hubiera hecho: quizás sería un médico en un centro de salud en Tenerife o Gomera, Martín tendría algún hermanito menor, hubiera estado más cerca de sus padres y no estaría hoy tan perdido en Nueva York. Pero no sería el mismo.

- Yo también lo soy Yolanda. Ella es muy buena persona. Está deseando conocerte. Viene de unos orígenes muy duros en la India, lucha valiente por

ideas que compartimos, incluida la red de eco aldeas, y sentimos una alianza espiritual más allá de esta realidad.

- Me vas a poner celosa.

Dijo Yolanda bromeando. O no.

- Cuéntame de ti Yolanda. Te veo preciosa como siempre, y me dicen mis padres que Martín es un chico de tremenda inteligencia y generosidad, debes sentirte muy orgullosa.

- Sí que lo estoy. Renuncié a muchas cosas por él, incluido el seguirte a África, pero no me arrepiento. Siento en la luz de su alma el alivio de paz a todas mis dudas.

- En darse a los demás está la auténtica felicidad, Yolanda. Y tú te has dado entera. Pero cuéntame ¿cómo ha sido tu vida sentimental, el perdón al padre de tu hijo que me contaste, que fue de tus padres, de tu vida, de tus pasiones?

- No ha sido fácil, Jonay. No quiero que sientas mi historia como una letanía. Mereces un tiempo feliz de vuelta al barranco que te vio nacer y crecer.

- Estoy deseando escucharte Yolanda, cuéntame.

- Pues ya sabes cómo fue que engendré a Martín y como ello llevó a un distanciamiento con mis padres. Al poco de irte a Zimbabue mi padre fue promovido y destinado a Zaragoza. Les escribía y hablaba de Martín, pero tardé en recibir respuesta. En la siguiente Navidad me escribió mi madre y me dijo que les alegraría si fuéramos Martín y yo a pasar las fiestas de Navidad con ellos. Fuimos, pero sentí que expresaban un cariño diferente hacia mí que hacia mis hermanos, con sus familias formales y de misa cada domingo. Fui cuatro veces más en todo este tiempo, pero Martín me pidió no volver. Sentía una frialdad de sus abuelos que le hundía. En la Navidad pasada me enteré por mi hermano mayor, que se ha ido acercando más a mí, que mi padre estaba enfermo. Fui a verle. Le habían diagnosticado Alzheimer y quise decirle cuanto le quería y, a pesar de todo, le deseé siempre toda la felicidad. Creo que ya no me entendía mucho, pero me dio un abrazo que no sentía desde mi niñez, o quizás nunca.

Jonay pensó en el tesoro de tener de sus padres siempre el apoyo, la

comprensión y el cariño, a pesar de la distancia.

- Me emociona tu bondad Yolanda. Cuéntame cómo fue el encuentro con el padre de Martín y qué te hizo sentir.

- Sí, ha sido un torbellino de sentimientos. Martín vino con mucha ilusión a esta comunidad. ¡Qué extraños caminos nos muestra la vida cuando su tutor en ir preparando sus terrazas de huertos fue el hombre que abusó de mi inocencia y le dio la vida! Tardé mucho en contarle a Martín como fue mi unión con su padre biológico, y creo que albergaba tantas ganas de encontrarlo algún día como rencor por su abandono. Juan Antonio era entonces un joven consentido en la abundancia y adicto a las drogas y a la vida nocturna. No supo de mi embarazo y se enterneció al saberlo veinticinco años después por Martín. No le quiero disculpar de aquella vida y aquellos actos. La vida es sabia e hice lo mejor en no buscarle y en apartar a Martín de los prejuicios de mis padres, a pesar del dolor, la soledad y la vulnerabilidad con la que viví. Al saberlo, y a pesar del consejo de Umbela hacia el perdón, Martín dejó la comunidad, volvió conmigo, me contó lo ocurrido y me trajo una carta de Juan Antonio.

Al principio no quise saber nada del hombre que abusó de mí y marcó mi vida. Pero unas semanas después estaba buceando en Los Cristianos y vi una bella estrella de mar a la que llegaba un rayo de luz que filtraba el mar. Sentí un mensaje de belleza. No sé por qué asocié aquella belleza a la vida de Martín, a la idea de esta comunidad y al perdón. Al pensar en el perdón sentí un gran alivio. Había arrastrado un rencor que lastraba mi alma. Sentí que el cruce en la vida con el padre de mi hijo era una señal para sacar lo más difícil y lo mejor de mí: perdonar para seguir la vida en total armonía. Decidimos volver.

Tardé unos días en poder ver a Juan Antonio y mirarle a la cara. Cuando le vi, su imagen apenas tenía relación con la figura borrosa de aquella noche en Lanzarote. Es un hombre bueno, es muy trabajador y generoso, y me mostró desde el reencuentro y en su trato en todo momento, su arrepentimiento y su apoyo incondicional a Martín y a mí, en la forma que yo decidiera. De momento mantenemos una cierta distancia por mi recelo,

ya no rencor, pero hemos tenido varias conversaciones con empatía, Jonay. Jonay recordó la historia de Buhleve, más violenta y cruel, y como se había ido reponiendo con, como decía Patxi, el gesto más noble que puede expresar el alma humana, el perdón profundo, con comprensión y unión.

- Es muy noble de tu alma el perdonar así y me alegro que te haga sentir paz... mereces toda la felicidad Yolanda. Dijiste en tu carta que también tenías algo importante que decirme, cuéntame Yolanda, eres muy importante para mí.

- Me es difícil contártelo, Jonay. ¿Recuerdas que en una carta que envié a Zimbabue a través de tu padre te pregunté si era arriesgado tu trabajo entre tanto SIDA en Zimbabue y si te hacías el test?

- Si claro, ya te respondí, gracias por preocuparte, tuve cuidado y no me infecté.

- Pues mi pregunta tenía otra razón: más o menos diez años después de irte fui notando como un picor doloroso entre las costillas de este lado.

Se señaló el costado izquierdo.

Se enrojeció la piel, salieron luego unas vesículas y se fue haciendo más doloroso. Fui al médico y me dijeron que era "herpes zoster". Me dijeron que podría deberse a un descenso en mis defensas y debían descartar que tuviera el virus del SIDA. Una semana después me dijeron que el test era positivo. Sabía de tu fidelidad y sólo pude sospechar del padre de Martín, cuyo paradero desconocía y prefería no buscar. Después de ese herpes me salieron manchas blancas con mucho escozor en la boca y empecé a toser. Me diagnosticaron una neumonía y estuve ingresada. Le ocultaba el diagnóstico a Martín para no preocuparle. Pensé que me podía morir pronto. Sólo quería aguantar hasta que Martín terminase la carrera y pudiera seguir su vida independiente.

Jonay sintió un profundo dolor. Que ironías del destino que le llevó a miles de kilómetros lejos de su tierra a tratar pacientes con SIDA y lo tenía en el hogar del que se fue. Como ignorar lo cercano y entregarse a lo lejano. ¿No había en ello narcisismo y egoísmo?

- Como lo siento Yolanda. Sola, cuidando de Martín, sin apoyo de tus padres

ni una pareja, y sufriendo la enfermedad y, más aún, el temor de lo que podría suponer en tu vida.

- Si Jonay. Fue un tiempo difícil, pero me mantuvo fuerte mi misión de que Martín avanzara en su camino. Un compañero de carrera tuyo, Juan, que me reconoció en urgencias se portó muy bien conmigo. Justo por entonces se empezaron a prescribir los tratamientos múltiples y pude ir mejorando mi número de linfocitos T4 y se fueron curando las infecciones. Ya Martín tenía quince años y le conté lo que me ocurría. Él se hizo el test y era negativo, aunque siempre ha sido más bajito y lento que los niños de su edad y me pregunto si mi infección tuvo algo que ver. Sentí mucha rabia de pensar que el padre de mi hijo, además de desaparecer, podría haberme infectado conscientemente. Lo consulté legalmente y estuve tentada de buscarle por venganza. Pero preferí no remover el pasado. Me alegro en el alma, Jonay que tu no fueras infectado, aunque siempre usamos preservativos.

- Y cómo te sientes ahora de salud Yolanda. ¿Supongo que tienes carga viral indetectable y una buena salud?

- Bueno, aunque mejoré y no tengo rastro del virus, los medicamentos han tenido sus efectos secundarios y tengo una distrofia adiposa. Siento pudor al decírtelo, me siento algo deformada.

Jonay pudo observar unas piernas finas y un abdomen algo voluminoso, pero realmente veía en ella a una mujer bella y de una expresión de gran serenidad a pesar de todo lo vivido.

- De veras Yolanda. Yo te veo preciosa. Y dime. ¿Juan Antonio también tiene anticuerpos?

- Sí. Él estuvo mucho peor. Por su adicción a las drogas tuvo muchos problemas y, según me dijo, el SIDA estuvo a punto de matarle, pero los nuevos tratamientos le salvaron. Aunque lo que de verdad le curó fue el dejar la vida de abuso y lujos, y unirse a la comunidad. ¿Sabes que él impidió que su padre arrasara con las casas de la comunidad y convirtiese este valle en un hotel de lujo con campo de golf?

Jonay se alegró mucho al sentir en Yolanda un inconfesable gesto de orgullo

del cambio y valentía de Juan Antonio.

- Yolanda. Siento mucho todo lo que has sufrido por la soledad y la enfermedad. Tu generosidad por el perdón me inspira una bellísima luz. Y en ella veo la felicidad tuya y de Martín. Tienes en mí tu amigo y un amor que no pudo seguir toda la vida pero que me dejó una linda huella que sigue alegrando mi alma.

Subieron al roque del sombrero para ver las estrellas y ofrecer al universo la gratitud por que el destino hubiese cruzado sus vidas y les volviese a cruzar, aunque no fuera en la fusión de sus cuerpos.

Jonay le explicó la conversación con Yolanda a Aimsa, y fueron juntos a verla. Aimsa tuvo largas tertulias con ella y sintieron mucha complicidad. Bromeaban comentando las torpezas y cabezonerías de Jonay, y fueron encontrando en el yoga un lindo momento de encuentro cada amanecer.

En los siguientes días Jonay y Aimsa repasaron el programa con el que la red de eco aldeas de La Gomera, registrada ya como partido político, se presentaba a las elecciones del veintisiete de mayo. De los veinticinco mil habitantes de La Gomera, casi ocho mil, casi un tercio, ya vivían en eco aldeas. Pensaban que otro tercio era simpatizante sobre todo por su preocupación por la naturaleza y temían que el tercio restante era abiertamente contrario a la forma de pensar y de vivir de las eco aldeas.

Cuando se registraron como partido, los responsables del cabildo, aún con rencor de como evitaron que el padre de Juan Antonio en connivencia con el presidente del Cabildo, Don Cayo, se saliera con las suyas de explotar el barranco de El Cabrito, pusieron todo tipo de dificultades y cuestionamientos. Les acusaron de forma falsa que su finalidad no era de bien común, que sus libros de contabilidad no eran fidedignos, que no pasaban inspecciones sanitarias y que no habían pagado impuestos. Pero todo era falso y así se demostró.

John había propuesto la idea de una eco isla participando en las elecciones e intentando convencer, no vencer a los otros grupos de partidos convencionales. Aunque inicialmente tuvo la resistencia de los grupos más radicales antiglobalización y antisistema, sus ideas, como la de pagar

impuestos desde su fundación, fueron teniendo el apoyo de la mayoría. Por aclamación, la asamblea de todas las eco aldeas le pidió que él fuera el "cabeza de lista" y portavoz del movimiento. Ya tenía más de ochenta años e intentó negarse y que fueran jóvenes los que lideraran el cambio. Pero el respeto de todos a los pioneros, John y Umbela era mayor que el pragmatismo de sus razones.

Fue entonces cuando los caciques intentaron bloquear el registro del partido aduciendo que John no tenía la nacionalidad española. John le insistió a Umbela que fuera ella la que liderara el programa, pero ella también se empeñó en que debiera ser John. Ocurrió que precisamente en ese año se aprobó la ley por la que residentes no nacionales podían presentarse como candidatos en las elecciones locales.

Aprobaron en asamblea llamar a la incitativa el "Movimiento por la Isla Ecosoberana de la Laurisilva"- MIEL. Lo propusieron pues era la laurisilva la especie de vida más antigua que daba además el agua a los barrancos, los berros en las cascadas, la vida en todas sus formas y a las terrazas donde crecían los alimentos que les nutrían. El acrónimo de miel simbolizaba el producto del trabajo de la especie más beneficiosa para la vida en la tierra, las abejas. Hubo quien protestó por la similitud con el símbolo uno de los grupos de empresas más corruptas, Rumasa, pero insistieron que entonces era necesario limpiar tan bello signo de todo uso perverso.

Adaptaron el decálogo que Umbela propuso en Findhorn hacía veintitrés años, y que Aimsa sabía de memoria como la carta fundacional de la red de ecoaldeas espirituales. Fueron integrando esos principios en una propuesta concreta para aquella hermosa pero atribulada isla por tantos siglos de caciques y abusos de los poderosos:

Primer artículo: Cuidado de la Madre Tierra: El movimiento por la isla ecosoberana de la Laurisilva -MIEL- se basaba en el respeto a la Tierra, a la isla que les daba la vida y debían preservarla para las siguientes generaciones e inspirar a otras islas y regiones del mundo a hacer lo mismo. Medirían y respetarían por lo tanto los límites planetarios de las emisiones por persona en carbono en la atmósfera, en nitrógeno en la tierra, en fósforo

en el mar, el nivel del pH marino, la superficie de bosques de al menos dos terceras partes de la isla, la rica biodiversidad de novecientas especies vegetales, cincuenta de ellas autóctonas, únicas de la isla, la más rica en vida diversa por superficie de toda Europa, y de las aguas mágicas del Garajonay, que por su humedad hacía correr, sin manantiales, arroyos hacia las cascadas de los barrancos. Prohibirían gradualmente los plásticos y los tóxicos químicos en alimentos, productos de limpieza y cualquier otra forma. Prohibirían también progresivamente vehículos de combustión, el aeropuerto, los ferris con petróleo, las centrales térmicas y el extender más el asfalto. Para escuchar a la isla, a todas sus formas de vida, al latido volcánico de su existencia, introducirían un programa de "empatía con la naturaleza" para todas las edades, en el que aprender a conocer su riqueza, como cultivar en equilibrio con la tierra y como cuidar de sus seres vivos. Todo ello requeriría una inversión en materiales para fabricación local de molinos de viento, paneles solares y bicicletas, veleros y ultraligeros con motores eléctricos basados en energías limpias. Habían consultado con Joseph en Zimbabwe, quien con Adam les ayudarían en un plan de producción y de invención. En medir y cuidar los límites planetarios les ayudaría Sven Hansen, del instituto de resiliencia en Estocolmo.

Segundo artículo: Vida sagrada: Para el movimiento por la isla ecosoberana de la Laurisilva -MIEL- cada vida era única y sagrada. De igual manera y con los mismos derechos, toda forma de vida animal era respetada y protegida. Para ello era necesario un plan de cambio progresivo a dietas veganas. Calcularon que para la alimentación de los habitantes de la isla fuera de las eco aldeas, donde no se mataban ni comía carne animal, se sacrificaban cada año más de tres millones de vidas animales, dos terceras partes de ellas peces. Progresivamente se iría reduciendo tal sufrimiento animal innecesario promoviendo una vida vegana de mayor salud para la tierra y para las personas. Todo ello requeriría el aumento de cultivos agroecológicos en las zonas no protegidas para bosques. Calcularon ciento veinte kilómetros cuadrados de cultivos en llanos y en terrazas, un total de doce mil hectáreas capaces de proveer alimentos a sanos y no cruentos a

todos sus habitantes y otros tantos visitantes. Habían consultado con Masanobu Fukuoka, el sabio anciano de Japón con quien John y Umbela habían pasado una semana en su granja de la isla de Shikoku. También con Lisy, quien estaba en la coordinación del movimiento global vía campesina, para promover la agroecología familiar en los pueblos, comunidades e incluso en la ciudad.

Tercer artículo: Amor sin religiones. El movimiento por la isla ecosoberana de la Laurisilva -MIEL- no tenía pudor en hablar de un principio ausente en todo discurso político, el amor, como esencial en su programa. Era el amor entre todas las personas y todos los animales, la base de su acción y propuesta. Para ello era necesaria la empatía en comunidades como las eco aldeas, el promover formas no encadenantes en las relaciones humanas, prevenir la soledad, honrar con amor a los recuerdos de los antepasados y animar la meditación y espiritualidad de unión de la energía de todos sus habitantes. A tal fin los servicios de salud se llamarían del buenvivir e identificarían personas con ansiedad o soledad, animando a la comunidad a mostrarles su amor. Se promovería la espiritualidad y la unión de todas las religiones, alentando a que nadie amenazara con el infierno, ni pensase en una sola verdad con exclusión para otros. Se promoverían los abrazos sentidos y prolongados desde la primera infancia y con todos los miembros de las comunidades, y el intercambio de sentimientos sobre la vida con otras culturas y formas de espiritualidad. Nolwasi y Patxi conectarían con la isla para intercambiar sus diálogos semanales radiados por la red Sibithanda y a través de Javier estaban en contacto con el Dalai Lama.

Cuarto artículo: Propiedades en equidad. El respeto a la tierra y a la vida, en amor, precisaba de que todos los habitantes de la isla distribuyan el fruto de su esfuerzo en equidad, según las necesidades. La transformación de la naturaleza en alimentos, arte, viviendas, formas de transporte y de energía, muebles, ropas, medicamentos naturales y cualquier otro producto o artilugio para el bienestar, podría ser de posesión individual, pero evitando la necesidad de unos y el acaparamiento de otros. Los médicos y maestros serían voluntarios que aceptarían no cobrar salarios y vivirían del apoyo de

todos en su vivienda, alimentación, energía y transporte. Los medicamentos y medios de comunicación se importarían del gobierno canario a cambio de excedentes de alimentos, plantas medicinales y otros bienes sin afectar al equilibrio natural. Dado que la educación y la salud, basados en el respeto a la tierra y la vida en amor, serían libres, y la adquisición de alimentos, fuentes limpias de energía, vivienda, ropajes, calzado, transporte se obtendrían por el trabajo con lo que la tierra da, no serían necesarios ni el dinero ni los bancos. El trueque y la solidaridad serían la forma natural para para que todos tuvieran lo suficiente y nadie demasiado. Los bienes del progreso que la isla no podría fabricar, como algunos medicamentos y medios de comunicación, serían intercambiados por la contribución de isleños que migraran a centros de bienes públicos globales y la aportación de cantidades limitadas de minerales y plantas medicinales, en equilibrio con el ciclo natural. Thanda, quien estaba desarrollando las ideas de equidad en la Unión Europea, estaba entusiasmado en colaborar.

Quinto artículo: Naturaleza sin propiedad: la tierra, sus rocas y agua en su interior, y sus plantas y vida en su superficie, no serían propiedad de nadie, ni por dinero -que no existiría- ni por herencia, pues nadie podría acaparar. Su cuidado sería responsabilidad de todos. Se distribuirían tierras para protección de la vida y la producción ecológica de alimentos, según tamaños de las eco aldeas que se constituirían en cada zona de la isla. Tampoco se permitiría la propiedad de personas entre sí, sea por matrimonios, por patria potestad o por relaciones jerarquías nobiliarias, laborales o políticas. No habría nadie superior a nadie. Todo fluiría por amor, sin cadenas y en solidaridad. Fernando, en contacto con compañeros de la revolución cubana asesoraría en las expropiaciones graduales, negociadas y progresivas hacia la propiedad común de los bienes naturales.

Sexto artículo: Convivencia en eco aldeas: las comunidades, para poder conocerse y tener empatía, se organizarán en aldeas, preferiblemente de no más de seiscientas personas. Ello permitiría, antes que el conocimiento lejano y remoto en tiempos y lugares, conocer a los vecinos y comuneros, a través de ello entender sueños y temores entre ellos y decidir en asamblea

y sin jerarquías sobre sus empeños comunes para el bienestar común y el cuidado de la naturaleza a su cargo. Se promovería el compartir tiempo en otras eco aldeas de la isla para intercambiar conocimientos y experiencias. La red de eco aldeas espirituales y Aimsa en su coordinación global animarían los intercambios por viajes no contaminantes, para aprender de experiencias, pensamientos y sentimientos de otros rincones del mundo. Robert Gilman y el instituto "context", darían su consejo y apoyo en esas formas de organización.

Séptimo artículo: Anarquía solidaria: Para la coordinación de las eco aldeas de la isla, se constituye un consejo de la eco isla de la laurisilva que no tendrá privilegio alguno y se elegirá según los ejemplos de solidaridad de sus miembros y de forma rotatoria. El representante de cada eco aldea ante el consejo de la eco isla, es elegido por sus actos de solidaridad y no ostenta ningún privilegio sobre los demás. Dentro de cada eco aldea se distribuirían responsabilidades en el supervisar el cuidado de la naturaleza, la distribución de sus frutos, la honestidad en los trueques, la prevención de la soledad, el cuidado de fuentes comunitarias de energía, de transporte y de espacios comunes, y todo ello por ecobarrios si así lo considerasen necesarios los aldeanos. Dichas responsabilidades se ejercerían por cargos rotatorios voluntarios en puestos llamados de "servicio común" en los que, en algún momento de sus vidas, todos los eco-aldeanos servirían a la comunidad. En esta área contaban con el consejo de Noam Chomsky y su pasión por la anarquía como la forma de convivencia en la que aflora la mayor bondad de las personas, con quien Aimsa estaba en contacto.

Octavo artículo: No violencia: quedarían prohibidas en la isla cualquier tipo de armas u objetos diseñados para el daño a vidas humanas o animales. Se atenderían las diferencias de opinión y tristezas por incomprensión a través del dialogo, la empatía y reflexionando las quiebras de nuestros compromisos. Nadie sería culpable o inocente. No habría policías ni jueces, cárceles ni castigos. Sería la comunidad en asamblea y con los principios de empatía y solidaridad como se dialogarían los conflictos y se aprobarían soluciones sin vencedores ni vencidos, sin culpables ni víctimas,

promoviendo el perdón comprensivo y la paz y concordia entre todos los eco aldeanos, entre las eco aldeas y con otras islas y regiones del mundo. Javier, el compañero de Thanda en Bruselas, pacifista, en contacto con el Dalai Lama y líder de movimientos en Europa por la resolución pacífica de conflictos y por el respeto a la vida animal, les asesoraría.

Noveno artículo: Sin verdades ni títulos: Todas las personas buscarían a lo largo de la vida nuevas formas de armonía en naturaleza que mejor evitaran el dolor, el hambre, la sed, el calor o el frío, la enfermedad, la soledad y que aumentarían nuestro gozo de sentir, pensar y meditar sobre la existencia. No habría maestros ni alumnos sino todos aprenderían de todos intercambiando experiencias, más en los mayores, e imaginaciones, más en los jóvenes, disfrutando el gozo de compartir la aventura en conocer, conscientes que está en constante cambio, a veces incluso volviendo a pensamientos y prácticas anteriores, como por ejemplo en la agroecología de Altieri y de la permacultura de Fukuoka. En ello tenían el asesoramiento de Paulo Freire desde Brasil, con quien Aimsa estaba en contacto y habían desarrollado una linda complicidad.

Décimo artículo: Nueva Humanidad: La eco isla de la laurisilva se relacionaría con todas las eco aldeas de todas las regiones del mundo y también con todas las comunidades, pueblos, ciudades y naciones que tuvieran otros principios y formas de vida. Toda persona era bienvenida a la isla, fuera cual fuere su procedencia o documentos, raza, creencia, identidad sexual o aspiraciones en la vida, con excepción de la de acumular y causar daño ajeno. Sería parte de una red global de pueblos en el mundo que intercambiara saberes y sentimientos, hacia una armonía con la naturaleza, su principio fundamental, y entre todas las personas y otras formas de vida en el planeta. La red de eco aldeas espirituales, a través de Aimsa, se promovería en las Naciones Unidas.

Proponían pues una isla ecológica, vegana, espiritual, comunitaria, en equidad, rural y libertaria, animada por servidores públicos sin sueldo y rotatorios. Progresivamente sería una isla sin plásticos ni emisiones de carbono ni fertilizantes químicos ni más asfalto; donde no se maltratara ni

sacrificara a animales de tierra o de mar, ni se talaran árboles, sin religiones de exclusión e infierno, sin propiedad de la tierra, sin acúmulo de propiedades materiales, sin dinero ni bancos, sin ciudades, sin jerarquías de poder ni políticos ni funcionarios a sueldo, sin policías, jueces ni cárceles, sin maestros ni títulos, sin documentos ni indocumentados y sin fronteras. Les apoyaban en la propuesta líderes de todas las dieciséis eco aldeas de la isla, la familia de Ukuzwana, Sven Hansen, el Dalai Lama, Noam Chomsky y Paulo Freire. Nelson Mandela, ya muy mayor pero sereno y sabio, les había mandado su apoyo a través de Nadine.

Los otros partidos políticos contendientes, fundamentalmente el partido socialista del presidente Don Cayo Locurbe desde 1990 y la coalición canaria de Moisés Plencia, competían con MIEL por los dieciséis consejeros del cabildo insular y los cuatro representantes de la isla en el parlamento canario.

La red de eco aldeas empezó a sufrir una campaña difamatoria por los otros partidos, a través de la radio, la televisión, el diario "La isla" y carteles por calles, plazas y carreteras, hasta mensajes por los teléfonos móviles. Les acusaban de "hippies drogadictos", de "comunistas anticatólicos", de "extranjeros invasores", de ir contra el progreso, el orden, la paz, el respeto, los valores, las tradiciones y hasta la dignidad de los isleños.

Dada la presencia creciente de eco aldeas y el apoyo que recibía el movimiento por la isla ecosoberana de la laurisilva, MIEL, Silvia, la misma periodista de RTVE que años atrás hizo el documental sobre las eco aldeas para el "Informe Semanal" y cuya cámara ayudó a evitar la destrucción de la comunidad y el barranco de El Cabrito, promovió un debate entre los tres partidos que fue transmitido en todo el país. La periodista dio primero la palabra al que llevaba ya casi veinte años siendo el presidente del cabildo insular, Don Cayo Locurbe:

- Paisanos de La Gomera. Durante las cinco elecciones anteriores en que me habéis dado vuestra confianza, La Gomera ha progresado: tenemos más visitantes turistas cada año, más carreteras, el aeropuerto ya es una realidad, la economía ha crecido con el turismo, y el bienestar de todos los

gomereros crece cada año. Frente a coalición canaria garantizamos los servicios sociales y los apoyos sociales que ellos quieren dilapidar para favorecer a sus empresarios. Y frente a ese absurdo movimiento "MIEL" – esbozó una sonrisa burlona- no dejemos que nuestro bienestar, fruto del trabajo de tantas generaciones, sea arrasado sin respeto por las comunas de hippies extranjeros.

Habló luego el representante de coalición canaria, la derecha conservadora.

- Don Cayo, es tiempo que deje el relevo a una agrupación joven y dinámica, que no cometerá sus errores en la gestión, ni su ruina en el gasto público, y atraiga empresarios que puedan aumentar en la isla la industria, hostelería y los servicios del más alto nivel para que esta isla sea el destino estrella de todos los europeos, en especial preservando su patrimonio natural e histórico. Poco que decir del señor John Harris, un inglés ajeno a esta isla, que pretende arrasar con las propiedades ganadas con el sudor de su frente de muchas generaciones, con nuestras tradiciones ganaderas, con el progreso, la educación y las tradiciones religiosas de toda nuestra historia.

Le tocó el turno a John:

-Silvia, Cayo, Moisés, oyentes de este debate: amo a esta isla y a toda la vida que hay en ella. Aunque las comunidades de las dieciséis eco aldeas me han elegido para esta propuesta, renuncio a cualquier salario y seré un servidor de las ideas que en consenso queremos animar, con todo el respeto a todas las personas que habitan esta bella isla o que nos visitan. Nací en Gales, pero me siento del mundo. No pretendemos ofender ninguna creencia, tradición ni el esfuerzo de nadie, aunque proponemos una isla, la primera en el mundo, sin emisiones de carbono ni daño al medio ambiente, sin propiedades de la naturaleza, sin dinero ni bancos, con bienes en equidad, sin sacrificios animales, sin ideas excluyentes, sin jerarquías de poder, donde compartamos sin competir, y nos amemos todos sin prejuicios.

Ante dichas palabras, los políticos "profesionales", uno ya veinte años aferrado al poder y sus privilegios y el otro en una carrera similar de cargos

públicos, arremetieron furibundos, primero Don Cayo, luego Moisés:

- Que lo sepan los oyentes. Este impresentable propone una anarquía sin propiedades, leyes, ni progreso, donde pronto esta isla sería un basurero con enfermedades, sin oportunidades, sin ser el flamante destino turístico que hemos conseguido ser. ¡No funcionarían ni las farolas en manos de estos perroflautas engreídos! Voten por el progreso, por el partido socialista.

Siguió Moisés, que ya había acordado en secreto con Don Cayo gobernar en coalición contra las eco aldeas:

- En las aldeas de anarquía en esta isla se ha parado el tiempo y el progreso, cocinan con leña y no tienen ni para comprar el pan, no se respetan ni los matrimonios ni el derecho de los niños a ir a la escuela y ser hombres y mujeres de bien. Les pido, estimados oyentes, no voten a este suicidio cultural y económico, voten por coalición canaria.

John contestó con serenidad:

- Cayo, Samuel, creo que no me conocéis ni nos conocéis, por eso habláis con tanto rencor. Es vuestro prejuicio que os ciega. Yo respeto vuestra supuesta voluntad de servicio a vuestros paisanos, pero no creemos que haya nadie superior a nadie para perpetuarse representando a los demás tantos años. Es cierto, Cayo, que proponemos una isla sin propiedades ni leyes y no queremos el progreso ni el turismo que se basa en destruir la naturaleza. ¿Sabes cuál es el nivel de emisiones por persona por encima del cual la vida de nuestros hijos y nietos será mucho peor que la nuestra, por el cambio climático?

- No lo sé y es irrelevante. Nuestra isla es ya un pulmón para las canarias y para el mundo con nuestro parque del Garajonay.

-Con todo respeto, Cayo, creo que te equivocas. Con Sven, del instituto de resiliencia de Estocolmo, hemos calculado que es de una tonelada de CO2 al año. Ni todos los bosques y océanos en el mundo pueden absorber más carbono por encima de ese límite. Sólo con cien mil turistas al año y sus emisiones en el ferry, los autobuses y la comida que se importa, ya se supera ese límite. Tenemos diez veces más. Sí, tendremos menos dinero,

pero seremos la primera isla de Europa ética para preservar el planeta, y podemos proveer de sanos alimentos por la agroecología, de suficiente energía por fuentes limpias, de bella artesanía y cuidados holísticos.

-Y disculpen que me extienda, por alusiones. Samuel: es cierto que no promovemos matrimonios, creemos en el amor libre, sin cadenas por papeles que así lo impongan. Y es cierto que no creemos en la educación por edades diferenciadas y orientada a competir socialmente por trabajos e ingresos. Eres un gran conocedor de la historia y del patrimonio, ¿sabe que quiere decir el origen de la palabra "educare" en latín?

- ¡No he venido a recibir clases de alguien que ni siquiera tiene título universitario!

- No pretendo dar clases, Samuel, sólo debatir formas de vivir. Es interesante que "educare" significa "engordar al ganado", para su rol social, como uno más que produzca, consuma y compita. Creemos más en compartir experiencias e imaginación, ideas y arte, orientadas al bien común y no al enriquecimiento individual. Paulo Freire desde Brasil nos ayudará en ese cambio.

- Cayo, Samuel: os escandalizáis de una isla sin propiedades, sin fronteras, sin religiones, en armonía. Pero, decidme con el corazón en la mano: ¿os gusta la canción de "Imagine"?

- ¡Eso es una utopía, imposible en el mundo real!

Dijo Don Cayo.

- Populista, demagogo, ¡intentas engañar a los honestos trabajadores que merecen el fruto de su trabajo!

Increpó Samuel.

Acabaron cada uno con unos mensajes. Cada uno de los políticos profesionales dio una arenga para que votaran por su partido y alertaron de no votar por el movimiento de eco aldeas y todos los males que traería a la isla. John terminó diciendo que votaran lo que su corazón les dijera, que ellos seguirían cuidando de la tierra y la vida, intentando cada día mejorar en armonía, y que todos eran bienvenidos a pasar el tiempo que quisieran en alguna de las eco aldeas, comparti

descanso, cuidados, asamblea y meditación.

En las siguientes dos semanas previas a las elecciones siguió una campaña difamatoria. Les acusaron de traficantes de drogas y Juan Antonio, aún amenazado por su padre, quien pagaba la campaña de Cayo, habló en televisión y radio diciendo la verdad del tráfico de drogas y la armonía y salud que encontró en las eco aldeas. Fue desheredado. Acusaron a las eco aldeas de poca higiene y mala salud. Luis y Fernando lo desmintieron y dieron datos de su mejor salud. Las eco aldeas recibieron visitas de la mitad de los habitantes de la isla y la mayoría sintió su paz y armonía.

XCV. En el hogar junto al bosque, Hoeilaart, septiembre de 2008

Desde la primavera del 2008 todo parecía en transición, como si la Humanidad no supiese aún la dirección del siglo ni el milenio que apenas inauguraba. Thanda seguía luchando por la política de los derechos de la infancia en una Unión Europea también a la deriva.

Los quince países miembros se preparaban para acoger a casi toda la Europa del Este, en paralelo a la expansión de la OTAN hacia el telón de acero, a las puertas de Rusia, en contra del pacto de caballeros entre Reagan y Gorbachov treinta años antes. Simbolizaba, veinte años tras la caída del muro de Berlín, el triunfo del capitalismo sobre el socialismo a través de la mano larga de Washington en Europa.

Con el doble de riqueza económica por persona que los "hermanos pobres" que llamaban a la puerta, la Unión Europea occidental de "los quince" llevaba cuatro años intentando aprobar una nueva constitución europea, el tratado de Roma, pero la falta de unión en los valores más básicos, los de justicia y solidaridad, los llevó de fracaso en fracaso. Quizás la sociedad, basada en el capitalismo y la libertad individual de superar al resto hacía que entre ciudadanos y dirigentes primase lo económico y comercial sobre lo social y solidario, lo cual entorpecía todo intento de una unión de valores en el compartir. La referencia más fuerte y más vinculante a dichos valores en la Unión Europea, haciendo eco de la declaración universal de los derechos humanos, era la carta europea de los derechos fundamentales, que precisaba ser reconocida en una constitución única para todos los europeos. Pero dichos intentos se toparon con los referéndums negativos de Francia y Holanda. Europa estaba, quizás como el resto del mundo, en un medio camino "hacia no sabía dónde".

Thanda sentía a cada paso como el espíritu de la solidaridad con países y regiones empobrecidas o marginadas del poder económico central era ensombrecido por una arrogancia euro centrista inconfesable pero tácita en muchas actitudes. Él la ponía a prueba a menudo cuando preguntaba a sus colegas en discusiones de cooperación con cualquier país "en desarrollo": ¿y qué podemos nosotros aprender de ellos? Casi siempre encontraba el

silencio como respuesta. A él también le costaba buscar una respuesta. También en ese 2008, a medio camino entre el nacimiento del milenio y sus metas en 2015, se discutía en el consejo europeo el progreso mundial hacia los objetivos del milenio. Se debatía como la Unión Europea guiaba su cooperación hacia los retos en el mundo, intentando abanderar un supuesto "liderazgo moral" por sus posiciones de derechos humanos universales, sus niveles de cooperación internacional y los compromisos con el cambio climático. Claro, que manteniendo firmes sus fronteras y a buen recaudo sus privilegios. Como diría Orwell en "Animal Farm", "todos éramos iguales, pero unos más iguales que otros".

Fue entonces que la Dra Fronz fue promovida, a pesar de sus conflictos de interés y su trato vejatorio a tantos colegas, a otra dirección general. Thanda tuvo por primera vez un jefe con un gran corazón, inteligencia y humildad, virtudes que, él pensaba, solían ir juntas. Era un ingeniero francés llamado Jean Claude que había vivido toda su vida en África, muy comprometido con la justicia social. Volvía de su última etapa en Madagascar. Por primera vez Thanda sintió que era respetado en su trabajo en la comisión. Jean Claude dijo a toda la unidad de "desarrollo humano" donde trabajaba Thanda, que pasaría su primer mes de integración sin apenas hablar, escuchando y aprendiendo de todos. Estaba siempre tomando notas en un pequeño cuaderno y con una cuidada y diminuta letra que a Thanda le recordaba la de su padre. Al mes, Jean Claude le encargó a Thanda dirigir la sección de salud. Contaba con varios colegas funcionarios de la comisión, de los países miembros, becarios y hasta estudiantes en prácticas.

Representando al equipo de salud de la cooperación europea, fue a debates en universidades y con grupos de la sociedad civil. Dialogaba con las ONGs europeas y sus lobbies en Bruselas, casi todas ellas bebiendo de los fondos del Fondo Global, de PEPFAR y de la Fundación Gates, que de hecho financiaba el consorcio de ONGs europeas para la cooperación en salud. En un debate con dicho consorcio tuvo un difícil pero sincero intercambio de opiniones con su director, un joven escocés laborista llamado Frazer, que

hablaba un elocuente inglés:

- Doctor Garay, ¿por qué insiste en que la cooperación europea apoye presupuestos públicos de países sin la capacidad de gestionarlos o con el riesgo de uso corrupto de los mismos? Nosotros en las ONGs hemos demostrado la capacidad de gestionar dichos fondos, que lleguen a la gente y evitando intereses políticos.

- Llámame Thanda, Frazer. En primer lugar, en la Unión Europea defendemos, desde nuestra carta fundamental de los derechos humanos y la adhesión a los pactos internacionales de derechos, el derecho a la salud y la responsabilidad del estado en garantizarlo. Nuestro modelo social europeo está basado en la recaudación en equidad de impuestos y su financiación de servicios públicos básicos como la salud, la educación, la justicia y la protección social. Tu país de origen Frazer, el Reino Unido, es un buen ejemplo de ese concepto de estado social. ¿Por qué no queremos para los demás lo que defendemos para nosotros mismos?

- Bueno, no es comparable. Nuestros gobiernos son democráticos y se pueden fiscalizar sus cuentas y detectar a tiempo su uso indebido. En la mayor parte de los países en vías de desarrollo eso no existe. ¿Como asegura que los impuestos de ciudadanos europeos no están yendo a privilegios de dictadores?

- Mira Frazer. Hay dos cuestiones que quiero comentar al respecto. La primera es sobre los procedimientos que seguimos, que son muy parecidos a cuando la Unión Europea da fondos a sus Estados Miembros. Lo hacemos con mucho rigor, Frazer. Miles de informes y auditorías. Te lo aseguro. Pero hay otra razón que para mí es filosófica o de inteligencia emocional en las relaciones humanas: la confianza. Sin confianza no hay posible cooperación. En todo caso será paternalismo, evangelización, explotación, sumisión o caridad. De eso sí está llena la historia y no han hecho más que perpetuar jerarquías, desigualdades e injusticias. Si una persona, un grupo o un país quiere realmente cooperar con otro tiene que ser en aprecio y confianza mutuos. Ser europeos no nos hace ni más honestos, ni más eficaces ni más transparentes.

- Pero hay un hecho irrefutable: nosotros tenemos sociedades de mayor bienestar y justicia social. Podemos dirigir los esfuerzos, fondos y cooperación en esa dirección, aún no explorada por esos países donde, debemos recordar, mueren millones de personas por causas evitables.

- Frazer, tampoco somos más listos ni trabajadores. Gran parte de nuestro privilegio lo hemos ido construyendo por esas formas de relaciones verticales. Pero déjame hacerte una pregunta: Si tú quieres ayudar a un amigo y a ti te va bien y tienes de más para compartir, ¿cómo le ayudarías?

- Bueno, le daría de lo que me sobra y hablaría con él de cómo lo va usando y saliendo del bache.

- Acabas de describir el "apoyo presupuestario", Frazer. No le dices que alquile tal o cual casa, que compre tal o cual comida, que vista de una forma u otra, que haga un trabajo u otro. Confías en él, en su esfuerzo, en su honestidad, en su gratitud y en el respeto a tu esfuerzo en ayudarlo. Eso es cooperación Frazer, y para mí la manera más honesta de hacerlo es a través del servicio público, el que puede ir siendo universal y permanente, no a través de grupos privados y proyectos limitados en tiempo y en espacio.

Después del debate se acercó el secretario general de Médicos Sin Fronteras, Rafael Lavi, un periodista catalán que dirigía el movimiento, y le preguntó:

- Interesante lo que dices Thanda, pero entonces, ¿qué propones que hagamos como sociedad civil?

-Pues quizás que pongáis vuestros fondos en apoyos presupuestarios sectoriales y dialoguéis con el gobierno, como lo hacemos nosotros en la mesa de socios de cooperación, de vuestras experiencias y testimonios.

- Lo acabas de decir, Thanda. Somos quienes podemos dar testimonio de injusticias y actuar directamente a nivel local y denunciar a nivel global. Para ello necesitamos independencia.

- Sí, cuando es una emergencia estoy de acuerdo, pero fortaleciendo como las comunidades y los países tienen medios de hacerlo en futuras emergencias. Y la denuncia desde luego que sí. De hecho, a título personal, permíteme que te pregunte: ¿por qué Médicos Sin Fronteras no ha

denunciado el genocidio de la guerra de Estados Unidos contra Irak, o las invasiones de Israel a los territorios palestinos o el sur del Líbano?

- No lo entiendes Thanda. No es técnicamente un genocidio. Y tenemos que proteger nuestro acceso a las víctimas.

Thanda pensó que nadie era realmente neutral y la cooperación estaba plagada de intereses inconfesados e inconfesables.

Un año antes Anna insistió en que Thanda se presentara a ser vocal de la Junta de Médicos Sin Fronteras y así lo hizo. Aún con limitada experiencia en la organización a través del proyecto de tratamientos para el SIDA en Ukuzwana, argumentó de cómo desde dentro de la Unión Europea podía compartir debates de geopolítica y cooperación internacional que podrían ser útiles para Médicos Sin Fronteras. Salió el segundo en votos, tras la presidente, Paula Fissar, una amiga de origen quechua, médico y escritora de gran corazón. También argumentó en la Unión Europea que tal dedicación le daba una proximidad a la realidad complementaria a la de las instituciones europeas, y evitaría cualquier conflicto de interés en selecciones de convocatorias donde participara Médicos Sin Fronteras.

Acudía cada mes a la Junta Directiva de la organización y se quedaba el fin de semana en Barcelona compartiendo con buenos amigos de la asociación de cooperantes. Un fin de semana Anna le invitó a una reunión de cooperantes en una masía en el delta del Ebro que acababa de comprar con su pareja Pere. Durante el encuentro conoció a una enfermera, Sara, que era muy aficionada a hacer excursiones por los Pirineos. Thanda llevaba ya nueve años sin el calor de un abrazo en pareja y comenzó a intimar con Sara. Cada mes cuando acudía a las Juntas de Médicos Sin Fronteras compartían su pasión e intimidad en un pequeño piso en Santa Coloma, y en excursiones por los Pirineos. Thanda anhelaba vivir en familia y que Sara pudiese armonizar con sus hijas, o ser padres juntos y formar un nuevo hogar en Bruselas, pero Sara no se sentía a gusto como madre-sin-sermadre, ni quería dejar su ciudad y sus montañas. Tras un tiempo corto de encuentros fugaces, el cariño se fue deshaciendo según sus caminos tomaban rumbos diferentes y Thanda volvió a la frialdad de su soledad.

Defendió durante un año en la Junta el ir de proyectos a apoyos a gobiernos y sus servicios públicos, de enfermedades al derecho de salud integral, de cooperantes a apoyar a funcionarios locales con sueldos mucho más humildes y conocimientos mucho más profundos de su realidad, a denunciar las guerras como la de Estados Unidos en Medio Oriente y las desigualdades entre países y dentro de los países con políticas fiscales justas. Se topó una y otra vez con una pared. Lo vio claro en una situación aquel verano de 2008: Médicos Sin Fronteras se enfrentaba a una crisis económica pues estaba volcada en la crisis de los Balcanes y rechazaba fondos europeos y nacionales para tener independencia de actuación y denuncia en Kosovo. Contrataron a una empresa de publicidad para diseñar la estrategia de Navidad, de donde conseguían el ochenta por ciento de los nuevos socios cada año. Era una poderosa empresa que hacía también la publicidad de marcas de coches, perfumes y bebidas. Tras un "estudio de mercado", el director del estudio presentó su propuesta de estrategia de imagen y promoción a la Junta:

- Presidente, miembros de la Junta. Tan importante en la vida es saber qué somos como decidir que no queremos ser. En Médicos Sin Fronteras hay mucha pasión por salvar vidas en situaciones de injusticia o de catástrofes, pero según han ido implicándose en temas más complejos como el acceso a medicamentos o el SIDA, la organización ha ido entrando en un área difusa en la que se solapa con otras organizaciones. Médicos Sin Fronteras tiene que ser la mejor, y la elección de todo ciudadano en apoyarla, en las causas que defiende: salva vidas en emergencias. Punto. Si se mete en denunciar abusos de derechos humanos estará al rebufo de Amnistía Internacional, si analiza injusticias sociales será una sombra de Oxfam, si promueve la paz de forma neutral irá detrás de la Cruz Roja. Médicos Sin Fronteras no puede ser vista como defensora de la paz, la justicia o los derechos humanos.

Thanda sintió por un lado un profundo enojo, pero por otro lado un cierto alivio en ver como se hacían claras las posiciones y se revelaba más claro el muro con el que llevaba un tiempo golpeándose. Tomó la palabra.

-Ustedes son una empresa que ayuda a otras a competir y ganar sobre otras. Es precisamente ese capitalismo del competir por el éxito propio y el fracaso de los oponentes el que ha llevado a este mundo injusto. Las vidas que nos interesa salvar están en peligro por guerras injustas, como la de Irak – miró a Paula para ver si reaccionaba-, por desigualdades extremas basadas en la opulencia de unos pocos -como algunas empresas que nos financian y de las que buscamos sus migajas- y la pobreza de muchos, y por leyes injustas que no garantizan los derechos humanos, como el derecho a la salud. De todas las causas y consecuencias en enfermedades, no las que sean más visibles o exóticas. Discúlpenme, compañeros, pero yo no entiendo el defender la salud y la vida sin hablar de paz, justicia y derechos. Es como querer nadar sin mojarse.

La Junta desoyó a Thanda y decidió apoyar aquella estrategia de publicidad. Les estimaron cuarenta mil nuevos socios y tres millones de Euros adicionales por suscripciones al año. Consiguieron cuarenta y dos mil. Thanda dimitió de la Junta y escribió las razones de su dimisión en el periódico "Abba" de la organización. Siempre mantuvo amistad y cariño por el alma aventurera y de acción de la organización, necesaria en muchos rincones del mundo, pero no serían, con esa idea, más que mitigadores de la injusticia. No podrían transformarla. Aunque fuera con constantes luchas y dificultades, él sí quería cambiar el mundo, desde dentro del poder, con estudios, con propuestas, con aliados, con compromiso. Con Valentía y Ternura.

Por entonces conoció a Andre-Jacques. un belga de vida épica en los Grandes Lagos, el hospital Bellevue de Nueva York y quien, junto a su mujer islandesa, habían fundado el movimiento THE-net ("Training for Health Equity-network").

Fue invitado a dar una conferencia sobre su visión de la equidad y la cooperación internacional, en Cuba. Para Thanda, como para muchos jóvenes con ideas de izquierdas de su generación, Cuba fue un mito: la revolución, el Che, Playa Girón, los internacionalistas, la valiente dignidad frente a Estados Unidos, los conciertos de Silvio y Pablo en el fulgor

universitario de la transición democrática en España. Llegó a La Habana y fue llevado a un hotel alejado de la ciudad donde dormían y discutían los participantes de diez países del mundo.

El último día asistió Pedro, un amigo de Andre-Jacques, quien les presentó diciéndoles que estaba convencido conectarían sus almas en gran amistad y complicidad. Pedro le "rescató" a Thanda de aquel hotel aislado, le llevó a conocer en su piso del Vedado a su esposa Suzy, y sus hijos José y Haydée y a dar un paseo por La Habana en su viejo VW Golf, privilegio de su misión en las oficinas de la OPS en Sao Paulo. Pasearon por el malecón, por la universidad, la plaza de la revolución y por las calles de la Habana Vieja. Vio en Pedro y su familia un bello ejemplo de valores de justicia social y de compromiso solidario. Intuía que sería un gran aliado en el futuro. Sintió un profundo deseo de aliarse con Cuba y sus miles de internacionalistas, su salud universal gratuita, su industria farmacéutica sin afán de enriquecimiento y sus bellas gentes.

A su vuelta a Bruselas y entregado a la responsabilidad de coordinar la cooperación en salud, Jean Claude fue apreciando a Thanda y pidiéndole que fuera a discusiones con todos los gobiernos de los países de la Unión Europea, en el consejo europeo, sobre el progreso de los objetivos del milenio relacionados con la salud: los "*health MDGs*". Había defendido a menudo una cooperación en salud más integral que el del todo poderoso fondo global de SIDA, malaria y tuberculosis, argumentando lo que la comisión de macroeconomía y salud había estimado de un mínimo de presupuesto de treinta dólares por persona y año para avanzar también en los objetivos de salud materna y salud infantil. Hizo sus cálculos e identificó unos cuarenta países cuyos presupuestos de salud eran menores que ese umbral e insistió en el "apoyo presupuestario" a esos países para que pudieran tener presupuestos públicos suficientes, pagar salarios y medicamentos básicos y defender al menos esos tres "*health MDGs*". Calculó y así lo expuso en debates de la comisión, el parlamento y el consejo, que se necesitaría unos dos mil millones de euros para salvar unos siete millones de vidas, a un precio de trescientos euros por muerte injusta

evitada, menos de lo que costaba una noche en una habitación de los hoteles de lujo en los que se alojaban políticos, funcionarios, consultores y hasta cooperantes en esa gran industria de la cooperación. Ese gasto equivalía a un día de gasto militar.

Thanda fue promoviendo que los fondos europeos de cooperación fueran a los presupuestos públicos y no a consultoras o a ONGs, y vigilar como esos fondos públicos de países pobres se utilizaban en servicios de salud universales. Así viajó a Zambia, Madagascar y Guayana para diseñar "apoyos presupuestarios" que pudieran proteger el derecho a la salud.

En uno de aquellos debates del consejo europeo con diplomáticos viviendo en su privilegio, y donde Thanda era el único sin traje ni corbata, un representante de Suecia le preguntó a Thanda:

- Señor Garay: ¿Cómo ha conseguido la Comisión ayudar en el progreso hacia las metas de los objetivos del milenio en Salud?

- Paul -se había fijado en su nombre en una tarjeta en su chaqueta-. Me puede llamar Thanda. La Unión Europea no vacuna, no asiste partos ni trata enfermedades directamente. Por lo tanto, no podemos atribuir ningún descenso de mortalidad a nuestra solidaridad. Sólo contribuimos a ello. Son los países y sus ciudadanos los que lo hacen.

- Sí, pero debemos informar a los ciudadanos en nuestros países qué efectos tienen nuestros impuestos dedicados a la cooperación y como se consiguen las metas acordadas.

Durante el receso del café, Thanda hizo un rápido cálculo en una servilleta de la cafetería del fastuoso edificio del consejo europeo. De una lectura reciente del informe mundial de la Organización Mundial de la Salud recordaba los siguientes datos : mortalidad media en menores de cinco años en la Unión Europea, cinco de cada mil, en los "países en desarrollo", ochenta por mil; y mortalidad media en adultos de quince a sesenta y cinco años en la Unión Europea, ciento cincuenta por mil, en "países en desarrollo", más de trescientos por mil. Hizo un cálculo rápido de las poblaciones de esos grupos de edad en los países con los que cooperaban, "en desarrollo", y calculó que el exceso de mortalidad en relación a las

condiciones de salud en la Unión Europea era de casi veinte millones de muertes cada año. Tomó la palabra:

- Paul, y demás colegas. Creo que es momento de revisar las metas de los objetivos del milenio. Se eligieron arbitrariamente unos grupos de edad y unas enfermedades, y también arbitrariamente una reducción de sus mortalidades, pero creo que esa estrategia es contraria contra un principio y valor universal y europeo.

Notó que se hacía un silencio y que aquellos diplomáticos de alto rango que miraban con cierto desprecio a un simple funcionario de la comisión, cambiaban a una actitud de rechazo:

- Nuestros valores se basan, según la declaración de los derechos universales y según nuestra carta europea de los derechos fundamentales, en que el derecho a la salud, y por lo tanto a la vida, es universal. Pues bien, si, siendo coherentes, queremos promover ese derecho tanto en nuestros países como en cualquier parte del mundo con la que cooperemos, ¿saben cuántas muertes al año lo son en exceso de lo que nuestras condiciones de vida en la Unión Europea nos permiten?

Hubo un silencio, miradas inquisitorias y varios carteles de países que se izaron verticales para preguntar al representante de la comisión. Thanda prosiguió.

- Pues no son el millón y medio de disminuir un tercio la mortalidad infantil, más las trescientas mil de reducir tres cuartas partes la mortalidad materna, más el millón de muertes que acabar con las patentes permitiría salvar del SIDA, y el parecido número en tuberculosis o malaria. Sería cinco veces más: veinte millones de muertes por injusticia, señores. Todas ellas merecedoras de igual atención, respeto, sensibilidad y acción. Para ello no valen unos pocos fondos de nuestras sobras, en gran parte por proyectos de enfermedades y sobre los que pretender que la Unión Europea salva vidas. Para ello es necesario cambiar nuestra opulencia, compartir sin fronteras y realmente defender el derecho a la salud.

A continuación, Thanda sufrió una tempestad de preguntas furibundas recordándole la agenda del milenio fue consensuada durante años de

reUniones en Naciones Unidas y recordándole que como funcionario no estaba allí para cambiar acuerdos políticos, que necesitaban respuestas concretas y que de nada valía soñar un mundo utópico si no se empezaba por pasos y resultados concretos.

Al salir se le acercó un hombre algo más joven que él, con una sonrisa cálida y una mirada sensible.

- Me llamo Sergio, represento a la cooperación española. Anna Cirera, en Barcelona, me habló de ti. Vengo de cooperar en Mozambique. Es la primera vez que oigo aquí verdades como puños y a alguien defenderlas con valentía. Quiero que me ayudes a preparar los próximos dos años una política europea de salud global para que la aprobemos durante la presidencia española en el 2010.

Allí empezó una fuerte amistad y complicidad hacia esa política que pudiera ligar la salud a la justicia, y no a la caridad de unas sobras. Thanda empezó a sentir, después de cuatro años de soledad, que sí estaba en el lugar donde podría luchar. Como le prometió a su padre.

Llegó el verano y fue al reencuentro en Madrid con Ángeles y Daniela, y con sus queridos padres y hermanas, quienes ya estaban trayéndoles primos a sus hijas. Tras una semana en la casa de la sierra disfrutando en familia y con los amigos de bomberos y de la asociación de cooperantes, Thanda se fue a un viaje con sus hijas que había ido planificando durante sus noches de soledad en Bruselas. Con el coche de su madre y una caravana que le prestó un amigo bombero, Paco, viajó más de tres mil kilómetros de aventuras en bosques, ríos, lagos, playas, montañas y pueblos por Castilla, el norte de España, los Pirineos y el Mediterráneo. Sintió una profunda unión con sus hijas. Ángeles ya tenía dieciséis años y Daniela once.

Coincidió que Cristina y su ya esposo Gregorio, habían conseguido dos becas para pasar una estancia de investigación de biología molecular en Oxford y le planteaba irse con sus hijas. Thanda le sugirió que hablasen juntos con ellas por si querían pasar uno o dos años con él en Bruselas. Podrían encontrarse a menudo en Bruselas o en Oxford, aprenderían idiomas y disfrutarían de su amor paternal y filial, tan sediento de

emociones y aventuras como la que habían vivido en la caravana ese verano. Cristina lo pensó unos días y aceptó. También ella necesitaba intimidad con Gregorio. Thanda empezó una preciosa etapa de su vida, sanando heridas muy profundas y mirando, de nuevo, al horizonte con ilusión.

Después de matricular a sus hijas en la escuela europea de Uccle, buscó una casa que estuviera lindando con lo que él pensaba más bello y mágico de Bruselas, el hayedo "Foret de Soignes". Encontró una casita de dos pequeños cuartos y un salón con una gran chimenea en el pueblo de Hoeilaart, al lado del mágico hayedo. Una entrada con puertas de madera bajas y desvencijadas daba a un camino por donde se llegaba a la casa, a la que abrigaba un gran roble. La casa era de ladrillos pintados de blanco y puertas y contraventanas de madera pintadas de rojo pálido. Tenía una forma de "L" y Thanda pensaba que eran como dos brazos dispuestos a abrazar a quien llegara. Por detrás había un garaje lleno de trastos. En una entrada de piedra rezaba una frase con letras de metal: "*les temps herreux*" (los tiempos felices), y sintió que era premonitorio. En un cuarto puso unas camas literas para sus hijas, en el otro una cama para él o para sus padres cuando pudieran visitarle. En el salón una mesa para comer y un sofá frente a la gran chimenea de piedra. Recogió cajas de madera de la calle y arregló libros de lectura, puso lámparas cálidas de sal del Himalaya y fotos de recuerdos entrañables. Colocó también sobre el marco de la chimenea una foto de la familia en los tiempos que estaban unidos, haciendo un fuego donde cocinar en la vida sencilla de Ukuzwana. No quería que la separación nublará el origen de amor de las vidas de sus hijas. Utilizaban el garaje para lavar y tender y como un taller de todo tipo de inventos.

Thanda prefería que nadie les ayudase así que organizaron un sistema de puntos: hicieron una lista de tareas, otras de "faltas y premios", y una de "precios" de actividades; imprimieron billetes de "Garapuntos" con sus caras y pusieron en una caja el "banco" de donde se pagaban los "salarios". Intentaba Thanda así, como si fuera un juego, hacerles sentir a sus hijas un sentido de responsabilidad en las tareas del hogar y una forma de

disfrutar más de los premios, como ver una película proyectada sobre la sábana que colgaron del techo, por el deber cumplido.

Compró una furgoneta para poder viajar con ellas y descubrir lindos rincones de Europa, además de ir en las vacaciones hasta Madrid, pero a diario iba al trabajo en una bici que compró de segunda mano. Por su gusto por la naturaleza y los animales adoptaron un perrito al que llamaron "Homeless", una gatita llamada "Satia" y un conejo al que llamaban "Chaplin". Cada mañana desayunaban y caminaban hasta la parada del autobús escolar. Los acompañaban Homeless, que se quedaba a jugar en la casa de los vecinos, con otro perro con el que hizo amistad, y Satia, que iba trepando por los árboles. Thanda iba orgullosamente ataviado con su uniforme de médico bombero y la bici. Al subir sus hijas al autobús, que conducía un inmigrante asturiano con el que tenía unos breves saludos de afecto cada día, Thanda les seguía el primer kilómetro mientras sus hijas y sus amigas le saludaban y animaban. El sueño de sus hijas solas en un barco a la deriva, fue desapareciendo de sus pesadillas. Atravesaba el hayedo y llegaba a Audhergem y luego a la avenida de Tervuren y sus cinco kilómetros de paseo bajo grandes castaños, para llegar al barrio de la comisión donde ahora estaba su lugar de trabajo y su equipo de salud con compañeros que compartían el entusiasmo por el derecho a la salud. Comía el menú vegano y a veces se daba el premio de un "mus de chocolate" en las cantinas de la comisión. Volvía a casa en bici con la ilusión de estar con sus hijas, en su hogar. Daban cada día un paseo por el bosque con Homeless. A Thanda le gustaba traer ramas del bosque para adornar la casa de formas de la naturaleza. Un joven amigo de la familia, Jesús, becario en la comisión, les daba clases de piano, y Thanda cantaba con la guitarra muchas noches frente al fuego. Sentía que sí, luchaba por la felicidad de sus hijas y por un mundo más justo, como le guió la promesa con su padre, ya curado del cáncer. Sus hijas le daban inmenso cariño mientras aprendían idiomas y hacían amistades de muchos países, que venían a pasar fines de semana a aquella "casa del bosque". Estaba sólo en su intimidad, trabajaba duro en esa jungla árida de palabras y burocracia, se esforzaba dos horas

de bici cada día, nevara o lloviera, para mantener su "forma de bombero", se afanaba en las tareas del hogar, en ayudar a sus hijas con los deberes y en rodearles de un mundo mágico y acababa el día contándoles un cuento, pero tan agotado que a menudo no lo acababa y quedaba dormido antes que ellas. Fue el tiempo de su vida en que se sintió más bañado por la ternura.

XCVI. Tapándose para ser vistos, Chiapas, noviembre 2008

Nayra llevaba en su sangre la mezcla mágica de antepasados judíos rusos, católicos irlandeses, esclavos africanos, campesinos mayas e indios cherokees. Nació en el pueblo de los brujos de Catemaco, en Veracruz, la orilla por la que el afán occidental de evangelización y dominio invadió las tierras, cuerpos y almas de sus pueblos ancestrales. Sus primeros años olían a las orquídeas salvajes de aquellos bosques y a los vahos con huevos y albahaca en las limpias espirituales. Atendió la escuela de ideas liberales de republicanos españoles exiliados inspirados en San Bartolomé de las Casas. A los pocos años se trasladaron a San Miguel de Allende por cuyas calles, parques y campos fue curtiendo su infancia de aventuras, casi siempre entre sus hermanos intrépidos y sus amigos. "Chamaca jiribilla" le decía su madre. También de sueños, de la protección del hogar y ternura de su madre y de la conciencia social y valentía de su padre.

Pronto sintió la espiritualidad por los mantras, y el yoga con su padre, alumno de Alan Watts y el *bit generation*, y muy a pesar de las monjas de la escuela católica que quisieron imponerle un nombre cristiano, Sofía, que sí, en su origen hebreo del saber, como Nolwasi en ndebele, reflejaba su introspección hacia un mundo espiritual y mágico que siempre le acompañó. Creció también inspirada por su padre en el inconformismo ante el sistema de poder y opresión, como la que durante su infancia escuchaba de la guerra norteamericana contra Vietnam.

Viajaron hacia el norte atravesando el desierto de Las Caracolas hacia Ensenada en el tren "la bestia". Iba cargado de emigrantes en su techo y entre los vagones, arriesgando sus vidas hasta el rudo norte de Chihuahua. Allí Nayra conoció el desgarramiento de las fronteras en las almas libres que no las entienden.

Finalmente llegó con su adolescencia a Berkeley, el rincón rebelde ante el capitalismo americano imperialista. Allí se forjaron por entonces los movimientos pacifistas frente a Vietnam, el espíritu social que acarició el movimiento hippy, las ideas libertarias sazonadas de marihuana, la emancipación de negros y mujeres, los sueños de un mundo libre, justo y

en paz.

Avanzó en sus estudios lejos de su familia, conociendo diferentes culturas y religiones, vendiendo helados y sirviendo cafés y sintiendo la magia de aquel reducto de ideas y libertad en el país más poderoso, y bélico, del mundo.

Pero la inspiración más fuerte al final de su adolescencia la fue descubriendo en el alzamiento zapatista, coincidiendo con su graduación. Fue alejándose del grupo de fiestas, punk y drogas que impregnaba la juventud de los noventa en aquella costa libertaria, y despertando una conciencia social que tocaba las fibras que en su alma habían inspirado las conversaciones con su padre en la infancia. Le atrajo aquel valiente movimiento que se alzó primero contra la celebración de la conquista española, genocidio para los pueblos originarios de aquel continente, y luego contra la invasión del dominio del comercio y del capital explotador y destructor por el acuerdo comercial de Norteamérica, el NAFTA.

A su vuelta a México, coincidiendo con el asesinato del opositor Colosio, urdido por la mafia del poder de Salinas, descubrió en el desierto de Guanajuato, junto a sus hermanos, su alma guerrera. Fue entonces que el ejército zapatista de liberación nacional tomó diecisiete municipios de Chiapas demandando «democracia, libertad, tierra, paz y justicia» para los indígenas, y Nayra se sintió identificada con esa lucha.

Tal era su belleza que una agencia de modelos le invitó a viajar por el país grabando videos hasta que un día decidió romper con la banalidad y narcisismo y puso rumbo al Chiapas maya y el Oaxaca zapoteco. Descubrió en los caminos entre pueblos humildes y conversaciones entre gentes sencillas, la belleza auténtica.

Volvió de nuevo a Berkeley para avanzar en estudios de arte y cine salpicados con estancias en pareja navegando en Indonesia y buscando compromisos con pueblos indígenas en Jalisco y en la Alta Verapaz. Se adentró realizando bellos y místicos documentales sobre los desaparecidos en Guatemala, las ceremonias huicholes en Jalisco y los feminicidios en Ciudad Juárez.

Siguió de cerca los Acuerdos de San Andrés entre el movimiento zapatista y el gobierno de México sobre Derechos y Cultura Indígena. Allí conoció y tuvo largas conversaciones con Raúl Vera, un ingeniero químico que, tras conocer el compromiso de los padres dominicos contra las multinacionales farmacéuticas, entró ya licenciado en el noviciado y se hizo religioso, ahondando en estudios de filosofía y teología en Italia. Tras ocupar diversos cargos dentro de la orden dominica en México fue nombrado obispo de Ciudad Altamirano, donde dejó huella por su dedicación a los pobres. Para mediados de los años 90, el obispo de Chiapas, Samuel, Tatik para los indígenas, se había convertido en un aliado del movimiento zapatista en su lucha por los derechos de los pueblos indígenas y había ocasionado tensiones entre la "dictadura perfecta" del poder político del PRI y la poderosa, y aliada, conferencia episcopal en connivencia con el nuncio. Fue así que en 1995 Raúl recibió una carta del nuncio del vaticano en México por la que era trasladado como "obispo coadjutor" a San Cristobal de Las Casas. En la carta de nombramiento le decían que le confiaban aquella misión para "enderezar lo torcido". Su alianza con el obispo Samuel y los derechos de los pueblos indígenas indignó al nuncio y la conferencia episcopal. Cuatro años después le enviaron al otro extremo de México, en Coahuila.

El gobierno de México no respetó los acuerdos que firmó con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los que se comprometía a otorgar derechos, incluyendo autonomía a los pueblos indígenas de México, y atender las demandas en materia de justicia e igualdad para los pobres del país. Nada de ello se recogió, como prometió el gobierno, en la constitución de 2001.

Cinco años antes los zapatistas se reunieron en San Cristobal de las Casas para reflexionar su estrategia de dignidad y resistencia ante la política nacional y global basada en la hipocresía y la destrucción de la naturaleza. Nayra acudió a presentar un documental sobre desaparecidos en Guatemala. Viajó Raúl desde Saltillo. A la misma reunión acudió Aimsa, quien representaba a la red de eco aldeas pues buscaban alianzas con los

saberes indígenas y con la resistencia a gobiernos corruptos sin espacio de autonomía.

Allí fue testigo Nayra del nacimiento de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno (JBG) bajo el principio zapatista de "mandar obedeciendo" y, en autonomía del gobierno de México y del gobernador de Chiapas, vendidos al capital y a la corrupción. Pasaba así el zapatismo de la lucha y resistencia armada con retenes zapatistas contra el gobierno de México, a la "etapa del silencio", en defensa de principios de autogobierno y un sistema de justicia, salud y de educación, según sus principios y valores.

Entre Nayra y Aimsa surgió una amistad cómplice de ideas y trenzada en una misteriosa espiritualidad, como si sus destinos estuvieran ligados por una luz por descubrir. Aimsa hizo también una fuerte alianza con Raúl, a quien puso en contacto con Patxi y con Kevin, para la revolución necesaria en la Iglesia por la justicia y la naturaleza. Empezaron a escribirse con otro sacerdote díscolo en Buenos Aires llamado Jorge María, y con quien comenzaron a redactar un borrador de encíclica basada en la vida sencilla y en armonía natural de San Francisco de Asís.

Ya instalada en Berkeley y madre de dos hijos con un mexicano descendiente de exiliados chilenos y vascos, se fue adentrando Nayra en la realidad de los migrantes latinos en Estados Unidos a través de un trabajo en comunicación social del programa "Iniciativa de Salud para las Américas" en la Universidad de Berkeley. En aquel tiempo Nayra sentía el desgarramiento con el padre de sus hijos, la rabia contra el imperialismo en cuyo seno vivía y la inspiración del movimiento zapatista.

Nayra voló con sus hijos a Ciudad de México, la gran Tenochtitlán, le gustaba decir, y luego siguieron en autobús hasta Chiapas para empaparse del movimiento zapatista, que sentía puro y valiente frente al capitalismo que todo lo invadía, en especial en donde tenía ahora su hogar, en Estados Unidos. Quería que sus hijos también vieran otro mundo de menos comodidades y seguridades y más comunidad y compromiso.

Nayra había conocido a migrantes tzeltales en su trabajo en la Universidad de Berkeley y les había apoyado en su formación como agentes de salud en

los valles centrales de California donde trabajaban en la recolección de hortalizas. Hizo especial amistad con una mujer joven promotora de salud formada por los zapatistas, Xochitl, quien le puso en contacto con su familia en el municipio autónomo rebelde zapatista de Libertad de los Pueblos Mayas, en la selva fronteriza, dentro de la Junta de Buen Gobierno "Hacia la Esperanza" y el Caracol "Mar de Nuestros Sueños".

Pasó tres semanas conviviendo en su vida sencilla mientras sus hijos jugaban con niños tzeltales conectados con la naturaleza. Pudo ver como aquellos pueblos valientes habían conseguido una casi total independencia de lo que llamaban "el mal gobierno" de los partidos corruptos y las alianzas con el poder capitalista. Ya habían formado miles de promotores en un sistema de salud primaria que integraba la medicina alopática y la tradicional y un sistema educación bajo el programa educativo "Organización para la Nueva Educación Autónoma Indígena por la Paz y la Humanidad". Además, habían conseguido establecer bodegas de abastecimiento que nutrían a cientos de tienditas comunitarias, cooperativas autónomas de café orgánico, de bordados y artesanías; una casa editorial y una estación de radio regional "Radio Insurgente, la voz de los sin voz".

Una mañana, tras atender tareas en la milpa, Nayra volvía con una hermana de Xochitl y otras amigas tojolabales, tzeltales y mames, y vieron como un grupo de aldeanos rodeaban al mítico subcomandante **Marcos**, con su rostro cubierto por un pasamontañas. Le estaban grabando un cuento para radio Insurgente. Nayra quedó fascinada por su forma de hablar y su voz serena y firme. Al acabar la grabación, Nayra, quien sacaba más de una cabeza a sus amigas mayas y no pasaba desapercibida, se acercó al subcomandante:

- Buen día camarada, me llamo Nayra, soy de Veracruz, soy cineasta y he hecho documentales sobre situaciones de injusticia. Ahora vivo y trabajo, apoyando a migrantes mexicanos, en California. Estoy aprendiendo de las formas de organización zapatista y de su profunda sabiduría sobre la naturaleza y la salud. Les he leído tu "historia de los colores" a mis hijos, y lo estamos promoviendo entre los hijos de migrantes mayas en California.

Sigo tus ensayos, escritos y declaraciones, con interés. Me pareces valiente y justo.

Nayra hablaba directo a todas las personas, aún con una voz dulce y una mirada tierna. El subcomandante quedó atento a la mirada de Nayra.

- Encantado Nayra. Me alegro que te gusten y que se lean fuera de Chiapas también.

Nayra sabía del supuesto nombre original, Rafael Sebastián, y de los rumores de su historia antes de taparse la cara. Decían que nació en Tampico, se hizo doctor en filosofía, profesor, incluso dependiente un tiempo en El Corte Inglés en Barcelona y desde 1992 luchador contra el NAFTA.

- Dime Marcos.

Nayra no gustaba de decir ni reconocer ningún título a nadie

- ¿Por qué dijiste al inicio del NAFTA que ojalá los mexicanos pudieran levantarse una mañana sin la necesidad de una máscara para vivir y amar? ¿Cuál es esa máscara?

- La de competir produciendo, competir consumiendo, competir viviendo y para ello usar disfraces que nos permitan subir los peldaños de la jerarquía y del poder.

-Pero tú eres parte de una jerarquía, eres "subcomandante". Y además llevas máscara, ¿no?

Dijo Nayra.

- Si, pero para servir. Y lo dejaré de ser cuando dejen de insistir que lo sea. Intento ser el vocero de este pueblo digno, noble y valiente que se cansó de servir al poder. Pero no quiero ningún privilegio y ningún protagonismo. También por eso oculté mi origen, mi identidad, me alejé de mi familia, quemé mis títulos, y me tapé la cara para que así, paradójicamente nos vieran. Antes éramos invisibles. Soy uno más del movimiento, Nayra, te lo aseguro, ese es mi sentir.

Nayra supo que tocó una fibra sensible y contradictoria, pues sí sentía cierto afán protagonista en ese hombre culto y guerrero, sensible y valiente.

- Dime: ¿consideras que es marxista el movimiento zapatista?

- Ya lo dije a menudo Nayra, y desde nuestro levantamiento: nuestro Ejército Zapatista de Liberación Nacional no es marxista, aunque sí que es anticapitalista. Realmente no nos encasillamos en ninguna ideología ni proponemos una solución global a todos los problemas que enfrentan los desposeídos. Sí que me inspiran Zapata, quien rehusó al poder, y el Che, quien lo hizo al poco tiempo del triunfo de la revolución cubana.

- ¿Eres revolucionario o rebelde?

- Nayra, intento ser rebelde. Los revolucionarios transforman las cosas desde arriba, tomando el poder y desde arriba intentan cambiar las cosas. El rebelde anima a las masas y va transformando desde abajo, sin necesidad de la toma del poder.

- ¿Entonces no estás de acuerdo con la revolución cubana o la sandinista?

-Cada momento, cada historia y cada grupo de personas tienen sus motivos, sus necesidades, sus estrategias.

- ¿Y dime, eres pacifista?

- Mi paz es la justicia Nayra.

Por entonces ocurrieron dos hechos que hicieron tambalearse el equilibrio del poder: la especulación económica global llegó a tal extremo que empezaron a colapsar bancos financieros que se enriquecían de supuestas garantías sobre seguros y sobre fondos inexistentes. Comenzó por el colapso de Lehman Brothers y siguieron los de otros grandes bancos de inversión. También por entonces se celebraron las elecciones en Estados Unidos y ganó, con un discurso de justicia social, un joven senador mulato llamado Barack Obama.

- Thanda, ¿te produce esperanza el colapso de los bancos financieros y la elección de Obama en Estados Unidos?

- Temo que el poder rescate con dinero de los ciudadanos al entramado en el que están bien anclados sus intereses y sus aliados. Respecto a Obama, su discurso es poético, pero no es nada más que un capitalismo edulcorado, disfrazado de compasión y caridad. Temo que todo siga igual Nayra.

- ¿Dime Marcos, como puedo ayudar a vuestra causa?

- Nayra, si quieres ven en febrero del año que viene, marcharemos por todo

el país para acabar tomando el zócalo en la Ciudad de México. Será una marcha pacífica por los derechos ignorados y aplastados de los pueblos indígenas de todo México y el mundo, por los desaparecidos, por los migrantes, por los pobres, por la esperanza.

- Será un honor Marcos.

Así se despidieron, el subcomandante se subió a su caballo y siguió cabalgando por esa Galia frente al imperio, ese reducto de libertad y dignidad, que inspiraba esperanza a tantos otros.

Nayra completó las tres semanas aprendiendo de los valores, la sencillez, la armonía con la naturaleza, a los mayores, el esfuerzo para no someterse al poder del mercado enajenante, de los partidos manipulantes, del progreso contaminante, el respeto a los antepasados, su sabiduría y su legado, y la progresiva paz serena y digna, en "su ruidoso silencio", el de la voz de los humildes no sumisos.

La mágica mezcla de razas brillaba en una belleza indescifrable e hizo temblar a muchos corazones. Alta, figura entre atlética y grácil, pelo azabache y largo que recordaba a Pocahontas, la malinche del norte, un rostro de rasgos lineales suaves, una tez de blanco irlandés sembrada de pecas del sur, una mirada entre desafiante y mística, a la vez tierna e intrépida, y unos labios suaves que casi siempre alumbraban una luminosa y desconcertante sonrisa.

XCVII. Jugando a ser Dios, Bulilila-mangwe, abril 2009

Ya llevaba Buhleve siete años dedicada en cuerpo y alma a los pacientes en Ukuzwana. Su relación con Elías había ido consolidándose en una bella armonía de almas, de complicidad de ideas y de alianza profesional. Elías trabajaba entre Brunapeg y Ukuzwana y fueron dándole nueva vida familiar a la pequeña ermita que Jonay y Aimsa con Nour primero, y Thanda y Cristina con Ángeles y Daniela después, habían impregnado de amor.

Buhleve estaba convencida que no podría concebir después del daño que sufrió por Smuts. Era tal su temor en su intimidad genital, que cuando tuvo sus primeras relaciones, deseadas, con Elías, sentía dolor, se contraían sus entrañas y no podían sentirse mutuamente en plenitud. Elías sentía tal admiración y pasión por ella que la fue dando ternura y, aún sin poder hacer el amor, se acostumbraron a pasar noches enteras abrazados en "cuchara". La ternura de Elías fue derritiendo la coraza de Buhleve y unos meses después llegaron a consumir su unión. Fruto de ello, Buhleve quedó embarazada y Elías pidió a la misión cubana permanecer en el país por su situación familiar.

Cuba tenía un sistema tan solidario a través de sus miles de médicos en los rincones más remotos del mundo, como rígido en normas y disciplina, curtido en una constante lucha contra amenazas reales y figuradas contra sus sufridos esfuerzos revolucionarios, como la constante difamación de su labor por el aparato de propaganda de Estados Unidos. Inicialmente el jefe de la brigada de médicos cubanos en Zimbabue le contestó que debía cumplir su deber y volver a Cuba tal y como constaba en su contrato y tal y como esperaba su familia, y que si no volvía como debía, le retirarían el derecho a regresar a Cuba en ocho años. Buhleve recordaba como Jonay les contó la conversación de Fernando con Aleida Guevara en La Gomera sobre el equilibrio entre la libertad de cada persona, cada cubano, y el compromiso de contribuir al servicio público y el bien común, por el cual tanto Fernando como Elías se habían hecho médicos.

Haka, quien había conocido al jefe de la brigada cubana en una reunión de Sibithanda en Bulawayo, fue a hablar con él. Se llamaba Pedro y era un

hombre campechano, con mirada aguda pero dulce, nariz aguileña, barba a medio crecer y cabello canoso a medio peinar y un poco entrado en peso. Quedó con él para cenar en el restaurante "*Cape to Cairo*".

-Pedro, gracias por aceptar la invitación, necesito hablarte de un tema personal, por si me puedes ayudar.

- Desde luego Haka. Tienes todo mi respeto en tus luchas por causas justas y haré lo que esté en mi mano.

- Quizás ya sabes que mi hija Buhleve es la médico responsable del hospital de la misión de Ukuzwana.

- Sí, sé de ella, y de su libro "donde no hay especialista", que es muy apreciado por todos nuestros cooperantes en el país.

- Me alegro por vuestro aprecio. Es una mujer valiente y comprometida por el derecho a la salud. Durante mi último viaje luchando contra las tramas de tráfico de niños en Mozambique, Buhleve me acompañó gracias a la sustitución del doctor Elías, del hospital de Brunapeg. Durante ese mes Elías ha dejado una huella muy humana y profesional en Ukuzwana.

- Así son todos nuestros internacionalistas, Haka, entregados a salvar vidas, el propósito con que Fidel fundó nuestro "ejército de batas blancas".

Haka tomó una pausa. Había una clara nobleza en el movimiento internacionalista de Cuba por todo el mundo. Era el país con más médicos por población y con más médicos cooperantes en el mundo, una respuesta y claro contraste con el país que no cejaba de difamarlo y bloquearlo, los Estados Unidos, que llenaba el mundo de bases militares, misiles y soldados. Con lo que se sentía incómodo era, cuando Cuba y otros países, ideologías, religiones y grupos, expresaban mitomanía: como a unas pocas personas se dirigían la mayor parte de las referencias y las glorias. A esos pocos se atribuían hechos o de forma exagerada o que correspondían realmente al sudor anónimo de muchos otros, olvidados de la historia. Además, en su vida no dejaba de descubrir héroes anónimos y gigantes con pies de barro.

- Pues no sólo va mi admiración por ellos, Pedro, sino también puede que sean parte de mi familia. Buhleve y Elías se han unido en un amor muy puro

y esperan un hijo.

Haka notó tensión en la actitud corporal y en la expresión del rostro de Pedro.

- Haka, Elías es hijo de revolucionarios y sabía que acaba sus cuatro años de misión en dos meses y su obligación es volver a Cuba para servir como médico entre sus hermanos.

- Pedro, creo que él lo sabe y es muy fiel a los principios de la revolución, pero creo que la razón no domina el amor, ni debe hacerlo.

- Pues lo siento hermano, pero Elías debe volar en cinco meses a Cuba para cumplir con su compromiso. Buhleve puede volar y se pueden casar y vivir allí. O si lo deciden, pedir un visado para viajar fuera.

- Pedro, eso es muy difícil. Buhleve no debe volar en su estado. Sufrió secuelas del terror en Sudáfrica y el embarazo es delicado. Si Elías se va obligado, romperíais por la distancia el apoyo mutuo tan necesario en estos momentos. Además, tú sabes que no es fácil que concedan el visado a los médicos para irse de Cuba.

- Lo siento Haka. Son las normas y yo las debo hacer cumplir. Es el deber revolucionario, que está por encima de las necesidades o situaciones individuales. Si no cumple con su deber se le retirará el derecho de volver a Cuba en ocho años.

- Los padres de Elías están mayores. Su padre tiene diabetes y ha sufrido ya del corazón. Elías querrá ir a verlos, a cuidarles. Tendrá que cuidar de sus padres y de su esposa y de su hijo, Pedro. Es natural, humano y justo.

- Lo siento Haka, debe volver a Cuba. Allí seguro que se considera su situación.

- Pedro, ése es el problema, y eso os pierde: la revolución no puede estar "por encima de las personas", sino para servir las. Las personas, sus historias, sus anhelos, sus sueños, su inmensa capacidad de amar y de servir, eso es lo que importa.

- La revolución tiene muchos enemigos, Haka. Espero que tu no seas uno de ellos.

Pedro cambió su mirada, era severa; y su voz se hizo más grave y firme.

Estaba claro que hablaba el Pedro soldado obedeciendo normas.

- Voy a hablar con vuestro embajador Pedro. Lo hago por mi hija, su esposo ahora, y mi nieto. Nada contra la revolución, sino por las personas. Y créeme si te digo que he defendido en muchos foros y situaciones las nobles ideas de la revolución y su solidaridad internacional como algo bello y justo. Pero todo se derrumba si es por imposición, Pedro.

Timothy Stamps ya no era ministro, estaba retirado con su gran familia, daba conferencias, algunas fuera del país, y aún hacía algunas guardias en centros de salud. Había escrito unas memorias en las que Haka colaboró en un capítulo donde Stamps se atribuía la lucha contra el tráfico de niños con Sudáfrica. No le importaba a Haka, de hecho, prefería ocultar su identidad casi siempre, pero le entristecía el afán de vanidad que provocaba toda situación de poder o privilegio. Le escribió contándole la situación de Elías, pidiéndole que intercediera ante la embajada en Cuba para la extensión de su misión y su asignación a Ukuzwana. Adjuntaba una carta de Patxi sobre tal solicitud. Stamps le respondió con afecto y le dijo que hablaría con el embajador de Cuba, con quien tenía amistad. Dos semanas después Elías recibió un mensaje de Pedro diciéndole que de forma excepcional se atendía su solicitud de prolongar su estancia en la brigada médica durante un año, debido a las razones familiares expuestas. Se le decía también que, a petición de la misión se le asignaba al puesto de oficial médico en la misión de Ukuzwana.

Buhleve le insistió a Haka y Helen para que fueran a Ukuzwana el fin de semana, con el camión del maíz que volvía de Bulawayo. Haka aceptó y se guardó las buenas nuevas para compartírselas en persona.

Patxi preparó una celebración para el cumpleaños de Haka y de Adam, pues cumplían el mismo día, el veintitrés de enero. Haka ya tenía setenta y ocho años y se había ido haciendo más notorio su temblor y cierta dificultad al andar. Adam tenía dieciséis años y terminó precoz la escuela para aprender el mundo mágico de los espíritus y la naturaleza con su madre, Nolwasi. También pasaba temporadas inventando artilugios con Joseph, el último de ellos inyoni-enkulu solar. Unai aún tenía once años y su mayor afición era

escalar kopjes y otear horizontes, le gustaba el silencio y casi siempre mostraba una suave y cálida sonrisa. Prepararon sadza y chomolia y un guiso de sorgo con pimientos, todo de su huerta. Coincidió que volvía de Johannesburgo Thandiwe, ya con veinticinco años, quien, siguiendo los pasos de Buhleve, había hecho allí la carrera de medicina y la especialidad, en su caso, de medicina interna y enfermedades infecciosas. Nothando, ya con 19 años estudiaba música y filosofía en Bulawayo, donde vivía con Joseph.

En la cena, Haka anunció a Buhleve y Elías las buenas noticias de su extensión y su destino en la misión. Buhleve ya estaba de tres meses y no pudo contener las lágrimas de emoción. Elías le agradeció sus esfuerzos a Haka, sabía que no habría sido fácil. Buhleve le dijo que después se irían los tres a Cuba. Haka sintió un frío en el pecho. Thandiwe dijo que ya había terminado su especialidad y que estaba preparada para volver a la misión donde podría sustituir a Buhleve después de aprender con ella las cirugías y obstetricia de urgencia que, como internista, no había practicado. Patxi sintió que la vida seguía fluyendo en Ukuzwana y ofreció una oración de gratitud en ndebele:

- "Mukhulumkulu, Padre y creador de todo, desde esta humilde misión te damos nuestro agradecimiento por la vida, nuestro profundo amor de hijos. Hoy te queremos demostrar nuestra profunda alegría por estar juntos y sentirnos como una familia celebrando en especial las vidas de Haka y de Adam, que tanto amor nos dan. Sabemos que Jonay, Aimsa, Nour, Thanda y su familia desde tierras lejanas, nuestra querida Anwele y tantos hermanos ya a tu lado, estarán hoy también sentados a nuestra mesa. Te queremos ofrecer nuestros esfuerzos, en los campos, en los estudios, en la misión, en las aldeas de Sibithanda, en la aventura del descubrir, en el mar del amar a los demás; donde nos lleve la vida, danos siempre la fuerza del amor a la vida para transmitirlo a nuestros semejantes."

Haka tenía quince años cuando su tío Patxi bendijo la comida en el último cumpleaños del abuelo Agustín que celebraron juntos en familia. La oración que acababa de escuchar era un eco de aquella hacía más de sesenta años

en un valle navarro. Patxi apenas tendría seis años entonces. Haka se preguntaba ¿Cómo podría haberle impregnado tanto el alma aquellas palabras que salían, en ndebele y moldeadas por los tiempos, lugares y personas, pero con la misma forma, luz, sentido y energía? ¿Sería cierto que todos eran la misma energía?

Thandiwe se quedó dos semanas con Buhleve y Elías, aprendiendo cómo hacer medicina con muchos menos medios que el hospital universitario de Johannesburgo, mucha más necesidad y poniendo en ello todo el corazón. Tal y como Jonay enseñó antes a Thanda, Buhleve le enseñó a Thandiwe como hacer cesáreas, histerectomías, laparotomías, amputaciones y hasta craneotomías, para que no sintiera miedo a las emergencias quirúrgicas. Thandiwe les compartió los últimos conocimientos de los tratamientos del SIDA y otras enfermedades infecciosas.

Una noche, después de cenar en casa de Patxi, estaban los tres en el porche del hogar-ermita y Buhleve les confió una preocupación:

- Elías, Thandiwe, estoy preocupada por mi padre. Creo que tiene signos de Parkinson. Es tan estoico que no quiere ir al médico pues dice que hay muchos otros que no pueden ir. ¿Le podéis ver mañana antes de que se vuelva a Bulawayo?

- Claro, mañana mismo le vemos.

Dijo Thandiwe.

Elías afirmó :

- De hecho, os tengo que compartir algo que me inquieta: he visto unos cinco casos parecidos al Parkinson en el último mes. También he notado un aumento en el cáncer en nuestro distrito. Estando en Brunapeg he visto en menos de un año más de diez casos de linfomas no Hodgkin. Hice biopsias de ganglios y de médula y no tengo dudas. Los mandé al laboratorio en Bulawayo y aún no me han dicho nada. Sólo tengo ciclofosfamida y prednisona y estoy tratándoles, pero tres ya han fallecido. Fui a sus funerales. Aquí en Ukuzwana he visto ya dos enfermos con ese tumor en tan sólo un mes. Ayer fui al funeral del último, una joven de cuarenta años. Noté algo que ahora me doy cuenta también vi en las otras casas de

pacientes que fallecieron: había varios cubos de plástico con un letrero que decía: "round-up". Noté también campos de maíz muy crecido y muy uniforme, con la tierra totalmente libre de otras hierbas.

Elías le convenció a Haka para investigar su temblor. Vio que era típico del Parkinson, que tenía un poco de rigidez en los músculos por el "signo de la rueda dentada" al extender sus brazos y piernas, y dificultad en la marcha. Había conseguido "levo-dopa" y le dio dosis para un mes, pero Haka estaba reacio a tomarlo. Elías le explicó la situación a Buhleve. La noche antes de que volvieran Haka y Helen a Bulawayo, Buhleve habló con su padre:

-Aita, ya te dijo Elias que tienes signos de Parkinson y que puedes mejorar con la medicación que ha conseguido.

- Hija, yo ya estoy mayor y he tenido mi dosis de buenas aventuras. Además, casi ni noto el temblor y ando más lento, pero así observo todo mejor.

Dijo como bromeando, pero observó que Buhleve no sonreía.

- Aita, no seas testarudo. Si no lo haces por ti, hazlo por mí. Eres la persona más importante de mi vida y te necesito fuerte y a mi lado, más ahora que nunca.

Lo dijo mientras se acariciaba su inminente vientre grávido

- Además, querrás llevarle a algunas aventuras a tu nieto, ¿no?

- Lo pensaré, hija.

- Hay otra razón, Aita. Elías ha estado Nothando más casos de Parkinson y también de un tipo de linfoma. En varias casas de pacientes que han fallecido por el tumor, ha visto que están usando una **substancia** que llaman "round-up". ¿Puedes investigar si hay alguna relación y qué puede estar pasando?

- ¡Claro! Aún tengo fuerzas y corazón para unas cuantas luchas hija.

-Pero hazlo tomando la medicación que te dijo Elías, ¿vale? Por mí, por la lucha y por tu nieto. ¡Y sobre todo por ti!

Haka investigó en internet, en la biblioteca pública y por emails con Aimsa. Por conversación de Skype fueron conociendo las raíces de una red de envenenamiento mundial, tan poderoso que nadie la podía parar. Tras

saludar con cariño a Jonay y Nour, se quedó hablando con Aimsa:

- Aimsa, ¿pudiste averiguar cuál es la compañía propietaria del herbicida glifosato, de nombre comercial "round-up" y a que se dedican aquí en Zimbabue?

- Si Haka. Hice una búsqueda y hablé con activistas aquí en Estados Unidos que saben de sus tentáculos: la compañía se llama Monsanto. Lleva tres años expandiendo sus ventas en la región del Sur de África. En su página web se definen como una compañía de "ciencias de la vida" y defienden como noble su esfuerzo de investigación y desarrollo de productos para "cubrir las necesidades actuales y preservar el planeta para el futuro".

- ¿A qué se han dedicado?

Antes del glifosato, esos "ángeles guardianes" de las necesidades de la humanidad, habían desarrollado para el ejército americano detonantes químicos para la bomba nuclear que quemó las vidas de millones de japoneses en Hiroshima y Nagasaki y el agente naranja que arrasó medio millón de vidas y dejó malformaciones a otro medio millón de niños en Vietnam. Monsanto también producía bifenilos para refrigeración, poliestirenos para envases de alimentos, DDT como insecticida y dioxinas como pesticidas, todos con efectos cancerígenos. La compañía entró en el mundo de la alimentación desde sus inicios produciendo sacarina, como sustituto del azúcar en la Coca Cola; aspartamo como edulcorante en miles de alimentos industriales y una hormona, somatotropina, para aumentar la producción de leche de las vacas, todos ellos también con evidencia de efectos de aumento de cáncer desde hacía varias décadas. A pesar de tanta evidencia, sus productos seguían comercializándose en muchos países y eran consumidos por miles de millones de personas.

- ¿Por qué se permiten esos venenos?

- Las personas con las que he hablado, que hacen campaña contra Monsanto, me han dicho que tienen comprados a senadores de ambos partidos, incluso a Obama. Financian sus campañas electorales y están convencidos que promueven "ciencia americana" para "salvar a la humanidad".

- Y dime, ¿cómo han ido promoviendo la manipulación genética?
 - De sus fases de producción de edulcorantes, pesticidas, armas, plásticos y hormonas, pasó, desde los años 80 a su afán, casi obsesivo, por los organismos genéticamente modificados. En sus primeras manipulaciones genéticas en los laboratorios en los años 70 cortaban genes de un organismo y los pegaban en otros. Se fueron probando manipulaciones de semillas y Monsanto fue convirtiéndose en el dueño casi absoluto del mercado mundial de semillas transgénicas. Con el objetivo de hacer cosechas resistentes a virus, a antibióticos o modificar su composición grasa, se fueron manipulando diferentes semillas.
 - ¿Y qué tiene que ver con el glifosato, Aimsa?
 - La manipulación más importante que hizo que con el fin del siglo Monsanto fuera un casi monopolio mundial de semillas fue el desarrollar semillas resistentes a su más feroz herbicida, el glifosato. Mataban toda vida que no fuera la semilla modificada.
 - Gran negocio mientras destruyen la naturaleza.
 - No sólo eso. El tercer elemento para hacer a más de mil millones campesinos en el mundo dependientes de ese gran "negocio de la vida" fue hacer que dichas semillas fueran estériles, y así las plantas que crecían no generaban semillas fértiles y los campesinos dependían del perverso negocio.
 - Son realmente como agujeros negros de la vida, sin fluir, sin reciclarse. Todo, de nuevo, por la avaricia de unos pocos.
 - Así es Haka. "La luita continua".
 - Claro, Aimsa. Y tu ayuda es esencial. ¿Dime, has podido investigar sus redes de alianzas y de influencias?
 - Te mandaré unos documentos que te he preparado por email.
- Aimsa había hecho un rápido análisis de las redes que dominaba Monsanto, sus inversiones en negocios, seguros y derivados, su financiación de políticos (republicanos y demócratas), sus lobbies y fondos para influir de forma corrupta en otros países, las redes con otras grandes empresas de "ciencias de la vida", sus patentes y los juicios que habían conseguido

acallar por sobornos o por indemnizaciones. Le fue enviando esquemas, diagramas, gráficos de los tentáculos de Monsanto. Estaba ligado al mismo capital que se enriquecía de las patentes de medicamentos, de la industria militar, del tráfico de diamantes, de tanto sufrimiento humano. Supo por Rob que hasta la "benévola" filantropía de Gates, abanderando también la lucha contra el hambre mediante harinas fortificadas por minerales, bien ligado a excedentes transgénicos de Estados Unidos, estaba negociando adquirir acciones de Monsanto. También había otro vínculo que, al intuirlo, le produjo escalofríos: la manipulación de los genes humanos. De nuevo Aimsa volvía a ver las raíces y redes del mal interconectadas. Esta vez, "jugando a ser Dios", alterando la misma base de la vida.

Haka mejoró algo con la levodopa que le prescribió y consiguió Elías, y se puso a investigar la trama de Monsanto y su veneno de glifosato en Zimbabue. Volvió a sacar a su "rocinante", su BJ40, ya recuperado de su "fiebre" desde su aventura con Buhleve en el racista Orange Free State. Esta vez no necesitaba esconder su Makarov.

Antes de irse de Ukuzwana la semana anterior, tuvo una conversación con Patxi, de la que aún su alma hacía eco:

- Haka, Anaya (hermano en vasco), como dice la canción de Pablo Milanés, "el tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos".

- Yo sí, Patxi, itengo unos cuantos más años que tú, pero tú estás hecho un chaval!

- No te creas Anaya, ya he cumplido setenta y no tengo las mismas fuerzas. Te confesaré que me cuesta seguirles el ritmo a los chicos e incluso a Nolwasi. Me admira tu fuerza y valentía, Haka, siempre intentando luchar contra lo injusto, pero cuídate por favor, te lo digo con el "egoísmo del amor": eres muy importante para mí.

- Y tú para mí, Patxi. De no ser por ti aún estaría clandestino y nadando en el odio del que me rescataste.

- No te culpes Anaya. Todo lo que has hecho en la vida, sé que lo has hecho por causas justas, contra fuerzas oscuras. Pero cuídate, ya nos van fallando las fuerzas. Ven más temporadas aquí a la misión, a pasear, de ahí tu

nombre "Hamba-kashana", y a compartir tertulias, recuerdos, sueños y darles el legado a estos jóvenes llenos de fuerza. Mira que belleza y nobleza en Buhleve, en Thandiwe, en Nothando y Joseph, en Adam, Unai, y lejos Nour, Saidu, Moyes, Ángeles, Daniela... nos sigue una linda ola, podremos irnos tranquilos.

- Patxi, cuando rezaste la otra noche, casi repetiste la oración del tío Patxi hace más de sesenta años en el caserío. ¿La habías memorizado?

- Qué va. Ni la recuerdo. Sólo tenía seis años. Me quedé impactado por la imagen del tío, ¿recuerdas? Llevaba una sotana gris muy prieta. Recuerdo también al abuelo en su silla de ruedas mirarle emocionado y abrazarle después de la oración. Y a todas las tías también emocionadas. Creo que ese día llegó una luz especial a la familia. Por lo menos a mí. Sólo recuerdo una palabra de la oración del tío: "semejantes".

- Si, Patxi, y a ello has dado tu vida, al amor a los semejantes.

- Lo intenté, Haka, aunque con muchas torpezas, y a menudo egoísmos. Pero es por esa palabra que ahora estoy teniendo dudas y reflexiones internas que me provocan cierta inquietud.

-Cuéntame Anaya.

- Hace unos meses recibí una carta preciosa de Aimsa, por la que me ponían en contacto con un cura de México que se llama Raúl. Con él, otro jesuita de Buenos Aires llamado Jorge María y con Kevin, estamos hablando mucho sobre la armonía del alma humana con la naturaleza como la que inspiró San Francisco de Asís. Nos preocupa mucho el cambio climático por el daño que ha hecho el hombre a la naturaleza. Nos equivocamos durante dos mil años de religión mirándonos al ombligo humano, creyéndonos superiores y creyendo que la naturaleza estaba a nuestro servicio. Fíjate lo "libre" que ya me siento de las cadenas de la religión, como tú me solías decir, que hasta creo que Jesús no estuvo muy consciente de ello y del respeto que debemos tener a otras formas de vida, tan valiosas como la nuestra.

- Así es Patxi. De hecho, estamos ahora preocupados: Elías ha estado Nothando un aumento de enfermos con cáncer y en algunos de los que han fallecido ha visto que en sus "kraals" están usando un herbicida que llaman

"*roundup*". Vamos a investigar si hay alguna relación entre esa sustancia y el cáncer, y que hay detrás de ello. Aimsa está investigando y enviándonos información.

- Otra aventura para que te entregues con pasión, Anaya. Nos da mucha fuerza sentir tu valentía. Sólo te daré un consejo, aunque sea tu hermano menor.

- Menor en edad, mayor en bondad.

- En eso te equivocas y no lo pienses así. Todos tenemos bondad y fluye de diferentes formas. Lo que te pido es que en la lucha uses el amor, no la violencia, salvo si te tienes que defender. Sabes que ha sido con la verdad y sabiendo como desvelarla, que has conseguido vencer en muchas batallas.

Con su inconfesada sensación de fragilidad por el Parkinson y su avanzada edad, y por aquella conversación profunda con Patxi, Haka envió una carta a los mandos de ETA, a través de antiguos compañeros que sabía seguían en la lucha armada. Les hablaba de la fuerza de la verdad y de la paz, de la objeción de conciencia y fiscal, del ejemplo de Gandhi, de la unión de los pueblos del mundo sin nacionalismos, patrias ni fronteras y de la necesidad de destruir todas las armas en el mundo, empezando por las propias. Acto seguido fue al taller de Joseph donde fundía metales y los transformaba en inventos. Allí fundió su Makarov. Le pidió a Joseph que la transformara en una cruz con relieves de hojas de pájaros tejedores. Sintió un profundo alivio en su corazón.

Elías visitó de nuevo los kraals donde fallecieron los pacientes con linfoma y los que estaban siendo tratados. Eran un total de doce. Todos estaban en el sur de Bulilila mangwe. En todos ellos había maíz más alto y homogéneo, y todos dijeron estar usando lo que llamaban "fertilizante" de la marca *round up*. Se lo vendieron, junto a semillas "round-up+" unos jóvenes ndebeles que vivían en Soweto y habían traído los productos en sus viajes para ver a sus familias. Al año siguiente traerían nuevas provisiones de fertilizante y de semillas pues los granos del maíz que creciera, no germinarían. Se acababa en cada cosecha el ciclo de la vida. Les hacían

dependientes de aquel negocio, del que en Sudáfrica ya eran dependientes casi todos los campesinos.

Haka investigó por todo el sur de Matabeleland e identificó más de trescientos kraals que estaban utilizando *roundup* y las semillas transgénicas. Era la combinación letal: uno mataba toda otra forma de vida y la otra dominaba sobre cualquier forma que pudiera sobrevivir o incluso los cultivos cercanos. Era la eugenesia de Hitler aplicada a la naturaleza y vendida como supuesto avance de las "ciencias de la vida".

Investigó también el marco legal: Sudáfrica había cedido a los intereses de grandes plantaciones, aún muchas en manos de blancos "*afrikáners*", muchos de ellos racistas. Monsanto dominaba el mercado de semillas y herbicidas. Esa perversa compañía y las asociaciones de grandes productores alardeaban que habían doblado el rendimiento de diez a más de veinte toneladas de maíz por hectárea. Debido al bloqueo que el Reino Unido y Estados Unidos ejercían sobre el dictador Mugabe, más bien por su presión en expropiar tierras a los terratenientes blancos –"*rodhesians*", que seguían dominando la economía y las plantaciones de tabaco, el dictador se había opuesto a que Monsanto entrara en el país. El rechazo de Mugabe incluyó el de ofertas de los Estados Unidos de "ayuda alimentaria" con excedentes de su maíz transgénico. Mugabe, henchido de orgullo herido, rechazó tal ayuda como injerencia "imperialista" y desde entonces había mantenido, por razones políticas, un bloqueo a la importación de semillas y de alimentos transgénicos.

El candidato de la oposición a Mugabe, Morgan Tsvangirai, ganó la primera vuelta de las elecciones el año anterior y renunció a presentarse a la segunda ronda por alegaciones de corrupción y campañas de intimidación de las tropas de Mugabe asesinando a más de doscientos simpatizantes del partido de Morgan. Por mediación de Sudáfrica se acordó un gobierno de unidad con los enemigos compartiendo el poder, Mugabe seguiría, tras ya más de cuarenta años, siendo presidente, y Tsvangirai primer ministro. En esa mediación se hablaron de muchas otras cosas, y coincidió que Zimbabue comenzó a importar maíz transgénico sudafricano, aunque aún

mantenía el veto al cultivo de semillas transgénicas dentro de sus fronteras. Hacía un mes que Tsvangirai había sufrido un accidente de coche yendo a su pueblo natal, en el que falleció su esposa Susan. Considerado como un héroe contra el dictador Mugabe, fue recibido por Obama en la Casa Blanca. A su vuelta empezó a abogar por la legalización de transgénicos en Zimbabue.

Así se fueron entreabriendo las puertas a Monsanto. Se aceptaba la importación de maíz transgénico sudafricano y de Estados Unidos. Monsanto fue reduciendo, ante la presión de varios años de vía campesina y otras redes globales de agricultores, la comercialización de sus semillas "terminator", de plantas estériles. Empresarios de Monsanto animaban a los migrantes de Zimbabue a introducir el paquete letal de *roundup* en su vecino del norte.

Por entonces, Elías le dijo a Haka que un pequeño granjero de sesenta años de edad, Nobantu Tshuma, enfermo de linfoma no Hodgkin había fallecido. Haka acompañó a Elías al funeral. También asistió Buhleve pues conocía de su infancia a la familia, de un kraal cercano. Al funeral asistió el hijo, George Dube, que trajo el *roundup* durante sus últimas visitas. Tras el funeral y después de dar el pésame, Haka se dirigió a George:

- George, me llamo Haka y vengo de la misión de Ukuzwana, siento mucho la pérdida de tu padre.

- *Liyakuthanda* Haka. Gracias por todo el cuidado que le habéis dado a nuestro padre. Sé que el doctor Elías hizo todo lo posible por salvar su vida.

- Así es, George. Te quería compartir una preocupación y preguntarte algo al respecto.

- Dime hermano.

- He sabido que has estado trayendo semillas y bidones de *round-up* para ayudar con las cosechas de la familia.

- Sí, y en los últimos dos años hemos doblado así la cosecha de maíz y de sorgo.

- Pero, George, debes saber que hay sospechas de que el *roundup*, además de matar todas otras formas de vida, excepto las de las semillas

transgénicas, también pueda causar enfermedades en las personas.

- Eso no es cierto Haka. En Sudáfrica lo utilizan casi todos los granjeros y han aumentado sus cosechas y su bienestar. Hasta en este miserable y atrasado Zimbabue del que tenemos que emigrar los jóvenes, les tenemos que comprar maíz a Sudáfrica para poder sobrevivir. Si pudiera, habría traído más para tener más ingresos y poder haber llevado a mi padre a hospitales modernos en Egoli donde, sí, le habrían salvado la vida.

- En varios países se ha visto que ese negocio rápido acaba costando más dinero a los granjeros, George, pues hay que comprarle cada año las semillas y herbicidas e Monsanto. Además, Zimbabue prohíbe sembrar con esas semillas.

- ¿En el día que enterramos a mi padre vienes a amenazarme por intentar ayudarles en su vida miserable? ¿Y me pretendes decir que obedezca a un gobierno que por el orgullo de su dictador se opone a todo progreso?

Haka reflexionó unos momentos mientras con los clicks ndebeles mostraba simpatía y tristeza por lo que le estaba diciendo George. Tenía su parte de razón. El dictador Mugabe, que dominaba a su opositor Tsvangirai como primer ministro en el supuesto "gobierno de unidad", imponía la política agrícola para resistirse a los intereses comerciales de sus enemigos internacionales, sobre todo el Reino Unido y su "hermano mayor" americano, y a los enemigos nacionales, la asociación, mayormente blanca y racista, de granjeros de tabaco, ávidos por las semillas transgénicas y los espejismos de progreso y abundancia que pregonaba Monsanto.

A la vez, millones de personas, sobre todo en la olvidada Matabeleland, la llamada "Etiopía de Zimbabue", seca de agua y de jóvenes, o emigrados por Soweto o enfermos o muertos por el SIDA, languidecían ante falsas promesas de prosperidad de un gobierno insensible al dolor del pueblo. Cualquier posición contra los transgénicos y su señuelo de progreso, se asociaba a apoyo al dictador, incluso a espías del gobierno.

- Te entiendo bien George, y comprendo lo que sientes, lo que piensas y lo que has hecho por ayudar a tu familia.

Al decirlo, Haka se dio cuenta que estaba siguiendo los consejos y ejemplo

de Patxi, de comenzar desde la empatía y el amor.

-Lo que me preocupa es que su uso sin control pueda causar enfermedades como la de tu padre. No te sientas ni culpable por ello, pues lo hiciste con el más noble deseo y esfuerzo de ayudar a tus padres, ni tengas temor que yo vaya a buscarte ningún problema. Sólo quiero que me digas como conseguiste las semillas y el *roundup* en Sudáfrica. Quiero ver con el gobierno y la cooperación como se puede controlar un uso seguro de ello. No mencionaré nunca tu nombre.

George quedó pensativo unos minutos para luego responder:

- De acuerdo Haka. Hay una oficina de Monsanto en Johannesburgo, está en la esquina entre Fourways boulevard y Roos Street. La dirige Johaan Manmool. Tenemos una asociación "*Egoli ndebele miners*" y nos reunimos cada mes. Un hermano invitó a una de nuestras sesiones a Johan. Nos presentó un video de como mejoraban las cosechas con sus semillas y el *roundup*, y nos ofreció donar un saco de semillas y un cubo de veinte litros de roundup a cambio de la información de dónde se plantaría en Zimbabue.

- Gracias George. De nuevo, te acompaño en el sentimiento. Siente a tu padre en ti por el amor que te dio y que le diste. *Lisale kuhle* (quédate en paz).

- *Lihambe kuhle* (ve en paz).

Haka quedó pensativo. Estaba cerca de Ukuzwana y fue allí a dormir y a hablar con Patxi de un dilema que le ofuscaba. Después de contarle lo ocurrido, le dijo:

- Anaya ¿al luchar contra otro tráfico que comienzo a descubrir, el de transgénicos, estaré colaborando con la soberbia de un dictador y causando más hambre y miseria? Los argumentos ecológicos los abandera a menudo la "burguesía acomodada", predicando como mantener la naturaleza tan pura y limpia como yerma y vacía, ya seca por el cambio climático y en la que languidecen familias sin voz más que la del grito del hambre.

- Haka, te aconsejo estudiar muy bien las alternativas a esas técnicas que siento juegan peligrosamente con la base genética de la vida y pueden traer consecuencias muy graves y privilegios enormes para unos pocos.

Ya podían recibir emails en Ukuzwana y esa noche leyó un mensaje de Aimsa. Se había puesto en contacto con Nadine y habían analizado el negocio de Monsanto en Sudáfrica, que incluía conexiones y coinversiones con De Beers. Le preguntó por conexiones con Executive Outcomes y Blackwaters, pero Nadine le dijo que desde los escándalos de Irak parecían haber desaparecido. Algún poder estaba controlando que los medios tapasen cualquier investigación o información pública sobre los peligros transgénicos y del glifosato. Sospechaban que había corrupción e incluso participaciones de miembros del gobierno del otrora valiente Congreso Nacional Africano a quienes Monsanto aseguraba ganancias de más de doscientos mil millones de dólares por extender los transgénicos a todos los rincones y todos los cultivos en Sudáfrica.

Aimsa encontró esa noche un informe del periodista Jeremy Scahill en el que reveló que, tras las masacres de Irak, Blackwaters se había transformado en una empresa llamada *Xe Services*, volvía a ser la mayor contratista del Departamento de Estado de Estados Unidos en 'servicios de seguridad' para el cual practicaba sin compasión terrorismo de Estado. Con Obama nada de aquello había cambiado. Scahill demostró que Xe Services le vendió servicios de espionaje a la trasnacional Monsanto a través de dos empresas propiedad de Erik Prince, dueño de Blackwater: *Total Intelligence Solutions* y *Terrorism Research Center*. También tenía servicios contratados con Chevron y con los más grandes bancos europeos, Barclays y Deutsche Bank.

Aimsa le envió un email a Haka:

- Haka, ten cuidado. Los mercenarios a los que perseguiste por el tráfico de niños y de órganos en Sudáfrica y en Mozambique, trabajan ahora para Monsanto. Seguramente ya saben que están investigando sus negocios asesinos. Quizás estén leyendo este mensaje. Bórralo y toma todas las precauciones.

Haka no sintió miedo sino rabia de volver a ver brotar los tentáculos criminales, esta vez dirigido contra no sólo vidas humanas sino cualquier otra forma de vida en el planeta.

Nadine le dijo que quien mejor sabía de ello era una joven y valiente zulú llamada Pumla, líder de la organización de lucha social "*biowatch*", con quien había empezado una fuerte complicidad de ideas. Era también amiga de Lisy, quien luchaba batallas parecidas con vía campesina en Latinoamérica.

Haka pensó en toda la red de políticos, policías, aduanas y traficantes que aquel gran negocio podría estar forjando en Sudáfrica y en todo el mundo. Aunque fuera por razones de soberbia de un dictador, era la excepción que un país como Zimbabue no se doblegara ante tal señuelo de riquezas.

Viajó hasta Durban para verse con Pumla y coordinar una denuncia ante la campaña ilegal de introducir transgénicos y glifosato en Matabeleland. Pumla estaba en el hospital después de haber recibido una paliza por unos desconocidos. La noche anterior Aimsa pudo contactar al periodista Scahill y descubrió que Cofer Black, exdirector de la CIA y actual directivo de *Total Intelligence*, había viajado unos meses atrás a Durban.

Haka preparó un artículo sobre la sospecha de acciones de *Xe Services*, ex *Blackwaters*, aliada de *Executive Outcomes*, a su vez brazo armado del apartheid boer, contra activistas ecologistas y a favor de la penetración de Monsanto y sus tóxicos mortales. En el mismo artículo Nadine citaba la fuente de Lisy que desde Vía Campesina denunciaba la compra por la Fundación Gates de acciones de Monsanto por valor de veintitres millones de dólares.

Mientras viajaba de vuelta de Durban a Johannesburgo, Nadine le llamó y le dijo que un amigo minero del difunto padre de Thandiwe, se había prestado a grabar con una cámara secreta colocada en su casco, la próxima reunión de "*Egoli ndebele miners*", en la que habría una nueva presentación de Monsanto.

Haka le preparó tres preguntas que hacer a Johan Manmool: ¿Cuánto nos costará cuando lo tengamos que comprar? ¿es cierto que el maíz que crece de estas semillas es estéril y hay que comprar cada año semillas a Monsanto? ¿es seguro para la salud el uso del glifosato? ¿es legal su uso en Zimbabue? Y, ¿puede ser requisado en la aduana? Se repartieron las

preguntas entre él y otros dos compañeros para no levantar sospechas. Manmool dijo que las compras futuras les costarían menos del diez por ciento de las ganancias por mejores cosechas, que ya habían progresado en transgénicos cuyas plantas sí eran fértiles, que era seguro para la salud y legal en Zimbabwe, y que contactaran con Themba Ndlovu, capitán de la policía aduanera en Beitbridge, si tenían cualquier problema. Todo fue grabado.

Entre Pumla, Nadine, Lisy y Aimsa escribieron otro artículo sobre ese tráfico y sobre sus efectos en la salud y el medioambiente. Una amiga de Aimsa y de Lisy, Monique Perin, utilizó esa información para su documental "el mundo según Monsanto" que se difundió por YouTube y las redes sociales. Unas semanas después hubo un debate en el parlamento de Zimbabwe. Antes Haka envió la información al exministro Stamps quien la hizo llegar al gobierno. Tsvangirai estaba a cargo de la policía del país y bloqueó un tiempo la destitución de Ndlovu, pero cuando la noticia llegó a los medios no tuvo más remedio que desmontar la trama, declarando a su vez, que los transgénicos y su efecto en el bienestar de Zimbabwe "debieran legalizarse y no traficarse".

Aún después del tráfico que desveló Haka, la autoridad nacional de biotecnología, financiada por USAID, presionó hacia la legalización de los transgénicos. Se hizo eco de ello el sindicato nacional de granjeros y la asociación de algodóneros, quienes abogaron por el caso del algodón transgénico en el parlamento.

El gobierno defendió su posición, aunque basada en intereses políticos, con argumentos científicos y sociales que prepararon Pumla y Nadine y que compartió Haka con Stamps. Declararon la intención de una demanda a Monsanto por la comercialización ilegal y los daños a la salud. Los abogados de Monsanto, con experiencia en tapar sus vergüenzas por todo el mundo, llegaron a un acuerdo de compensación. Thandiwe escribió a Stamps con una propuesta para que esos fondos se convirtieran en un programa de terapias para el cáncer y así mejorar los protocolos de quimioterapia y comenzar un estudio de "braquiterapia", una técnica de radioterapia dirigida

con agujas de precisión, que podría salvar vidas a muchos pacientes que empezaban a sufrir en sus cuerpos las huellas tóxicas del progreso.

A la vez la fundación Gates creó la 'Alianza para una Revolución Verde en África', dirigida por Robert Horsch, ex director de Monsanto. Dicha Alianza se fue infiltrando en Zimbabue animando a los campesinos pobres a cambiar sus semillas tradicionales por semillas de híbridas, con el plan último de introducir semillas transgénicas.

Además, seguía llegando al país maíz transgénico para el consumo. Se importaba de Sudáfrica y llegaba también para paliar la sequía por el Programa Mundial de Alimentos, dominado por financiación y dirección designada por la Casa Blanca, que ya llevaba un tiempo utilizándolo en sus programas de apoyo y prevención del SIDA, y bien ligado a los programas ABC, Cde circuncisión, a los que se había opuesto Buhleve. Llegaba para las familias afectadas por el SIDA y por la sequía, el maíz transgénico excedente de los Estados Unidos en grandes sacos blancos con la bandera americana y con el lema "*Food Aid by the people of the United States*".

De las declaraciones grabadas a Monsanto, parecía que la estrategia "*terminator*" (semillas estériles y dependencia campesina de Monsanto) había dado lugar a maíz semifértil. El problema es que dicho maíz seguía precisando de glifosato y continuaba la dependencia y el daño tóxico. Pero además Haka sospechaba otra estrategia perversa: la de contaminar campos con semillas transgénicas que entraban como ayuda alimentaria. Le preguntó a Thanda cual era la política europea al respecto.

Thanda indagó con varios colegas comprometidos con la agroecología dentro de la Unión Europea, la cual donaba muchos millones de Euros al Programa Mundial de Alimentos, incluido el programa de ayuda humanitaria para la sequía en la región del Sur de África. Consiguió sensibilizar al gobierno de Zimbabue, y apoyar con unos molinos en unos almacenes al lado del aeropuerto para que la ayuda de maíz se moliera en harina al llegar y no pudiera contaminar de transgénicos los campos de Zimbabue.

Lo mismo hicieron en India donde Beatriz hizo un informe para el parlamento europeo de cómo la invasión de transgénicos y las dependencias

de compras de semillas habían llevado a suicidios de cientos de pequeños granjeros indios, acuciados por deudas con Monsanto y por sequías que ni las semillas de Monsanto, y plagas que ni el glifosato, habían conseguido evitar.

Haka volvió a Ukuzwana para hablar con Patxi, Buhleve, Elías y Thandiwe de todo lo ocurrido. Conectaron por Skype con Aimsa en White Lake, Pumla en Durban, Thanda en Bruselas y Beatriz en Nueva Delhi. Adam escuchaba desde una esquina, pensativo. De momento siguió cerrada la puerta a esos tóxicos de la vida en Zimbabue, pero Haka sintió, de nuevo, que la lucha dejaba cabos sueltos, y, sobre todo, una desesperación en los campos secos por los humos del progreso, el mismo que vendía con venenos un futuro de bienestar.

XCVIII. ¿Y también los genes? White Lake, julio 2009

Jonay, Aimsa y Nour habían vuelto hasta Nueva York en el velero de James desde La Gomera, tras inundarse de ternura en la eco aldea que inspiraban John y Umbela, reencontrarse en armonía con Yolanda, conectar en la complicidad de almas con Fernando y apoyar la iniciativa de la isla ecosoberana.

Tras colaborar con Haka en la investigación de los tentáculos de Monsanto, Aimsa sintió una honda preocupación. La avaricia por el poder y el acúmulo llegaba ahora al control de la vida. En la cabaña de pequeña ternura, en torno a la cual ya vivían otras cuatro familias en comunidad de compartir y satisfacer juntos las necesidades de alimentos y de energía, dibujó un esquema del genoma humano: tres mil millones de pares de las cuatro bases – adenina, citosina, guanina y timina- con nitrógeno, que con el carbono, oxígeno e hidrógeno eran también cuatro los átomos en los que se basaba la vida. Cuatro patas de una silla donde nos sentábamos a vivir. Repasó los documentos que llevaron a Francis Crick y James Watson a describir la estructura espiral doble de la base de la vida, en el mismo año que ella nació. Una década después Frederick Sanger, también premio nobel por ello, desarrolló técnicas automatizadas para secuenciar el ADN. Con ello el gobierno de los Estados Unidos comenzó otra década después el proyecto del genoma humano con el objetivo de secuenciar su DNA y los genes con la información para construir y reconstruir los millones de proteínas diferentes que formaban y mantenían el cuerpo humano. Otra década después, según empezaba el milenio, el Proyecto del Genoma Humano publicó en la revista Science que ya se habían descifrado el noventa por ciento de las pares de sus bases. Aunque se contaron más de tres mil millones de pares de bases sorprendió descubrir un número relativamente pequeño de genes humanos, quizás tan pocos como treinta mil, cada uno a su vez unas treinta mil bases. Se conocían las secuencias de bases, pero sólo una tercera parte tenía sentido según lo que se conocía por la genética. Una gran parte compuesta por secuencias repetidas, aparentemente inútiles.

En la década siguiente se fueron estudiando las relaciones entre los genes, las secuencias que iniciaban y terminaban su replicación celular en proteínas, las variaciones de bases claves para el fallo de las proteínas y sus funciones y así el desarrollo de las enfermedades. También se fue conociendo la importancia de las largas secciones repetidas y sin información genética, llamadas telómeros, y responsables de la estabilidad estructural, como un esqueleto, de los cromosomas, y como el desgaste del tiempo los iba acortando, y con ello la vida. Metáfora, pensaba Aimsa, de lo que aparentemente no es útil y sin embargo es la base de lo demás.

Pero lo preocupante que llamó la atención y la alarma de Aimsa era como la avaricia empezó a invadir también la investigación del genoma. En los años 90, aún sin saber su función, se fueron patentando secuencias de DNA. En la primera década del milenio, entendiendo las funciones genéticas, se habían patentado ya casi cinco mil genes humanos. Había miles de genes con miles de propietarios para miles de fines diferentes. El conocimiento y la avaricia crecían a la par. En los últimos años se fueron identificando más y más genes, sus variantes, interacciones entre ellos y su relación con cientos de enfermedades y se estaba empezando una nueva fase en el cuidado de la salud humana: la "medicina personalizada".

Mientras Aimsa investigaba esta nueva frontera del conocimiento humano a se preguntaba: ¿es patentable algo que forma parte de la vida? ¿Puede un gen ser de alguien? Los comités de bioética de Estados Unidos y de Europa respondieron que sí, con la condición de que su función fuera descrita y que sirviera para tratar o diagnosticar una enfermedad. Argumentaban que sin el estímulo de la ganancia económica no se avanzaría en la investigación de las aplicaciones genéticas. Aimsa pensó con tristeza en como sólo se reconocía en la avaricia del privilegio, gloria o poder personal, el motor para avanzar en conocer y avanzar en bienestar y salud de todos.

Estaba leyendo "A brave new world" de Aldus Huxley y la comparaba con 1984 de Orwell. Ambas predecían casi cien años antes una sociedad jerárquica y dominada por sistemas tecnológicos de control. El dominio y

propiedad del gen humano era el mayor control posible de la vida humana. Se abría una forma de medicina que le produjo escalofríos. Mezcla de eugenesia por el poder de una inteligencia artificial al servicio del poder : selección natural en manos de quienes "jugaban a ser Dios", y quizás se lo creían, a semejanza de Dios desde un antropocentrismo sin fisuras.

Nour había salido a galopar por el bosque de Keystone con tres amigas de "pequeña ternura". Mientras tanto, Aimsa le pidió a Jonay que fueran a remar por el lago de White Lake pues tenía que compartirle una honda preocupación. Era una espesa tarde de verano y Jonay estaba inspirado leyendo "matar a un ruiseñor", reflejo de la América profunda, moralista y racista. Jonay y Nour, como parte de las "aventuras descubriendo", habían construido una barca de remos y un pequeño muelle hacia el lago, donde estaba amarrada. Empezó a remar mirando como Aimsa seguía teniendo una belleza mística que no le dejaba de turbar y a la vez intrigar.

- Dime Aimsa, ¿qué es lo que te preocupa?

- La Humanidad parece que sólo sabe vivir compitiendo. Al menos la humanidad urbana. Sedientos de petróleo, ya con depósitos conocidos tres veces más del límite que nos llevará a literalmente ahogarnos en humo, se siguen buscando más yacimientos. El vertido en el Golfo de México de la British Petroleum, pintada de verde y aparentando ecología, es un signo del daño constante a nuestra madre naturaleza, Jonay. Somos dominados por la avaricia.

- Así es Aimsa. Estamos ahora en otra ola de miedo por la pandemia de la gripe H1N1 y los poderosos de siempre, Gilead y el clan de Rumsfeld, engañan con el supuesto fármaco curativo de Tamiflu, recuperan la patente que revendieron a Roche, alarman mediante la estrategia del miedo que tan hábilmente sabe la Casa Blanca difundir, venden stocks en todo el mundo rico y vuelven a inflar sus cuentas billonarias. Así están vistiendo otra gripe anual de miedo y sacando beneficios. ¿Qué crees que causa este ciclo de miedo, avaricia y competición?

- Creo que la desincronización con la naturaleza, por constantes picos de cortisol por el stress de competir contra los demás desde niños, genera un

tipo de desregulación de nuestra armonía humana y natural.

- Pero el hombre siempre ha usado el cortisol para sobrevivir. No entiendo qué hace cambiar al hombre en la ciudad, en su rol anónimo competidor...

- Tu padre piensa que es la atrofia de la empatía: el no vivir fluyendo en conexión con los demás y lo demás. Nolwasi lo asocia al bloqueo de la energía espiritual. Thanda lo asocia a que obstruimos el potencial físico, mental, creativo y afectivo y eso altera las hormonas de la armonía y el bienestar: endorfina, dopamina, serotonina y oxitocina. Pero quiero saber qué piensas tú, cariño.

Entre los dos había muchas conversaciones de complicidad de ideas en que su profunda unión mantenía una distancia, casi una estructura firme, como si bailaran un tango. Pero a veces, más Jonay que Aimsa, sentían necesario dejar las ideas y conectar los sentimientos, mirarse y utilizar esa palabra que era sólo para el otro.

- Yo creo que todos tienen razón. Lo ligaría en esta secuencia: la falta de empatía por vivir sin el tamaño humano y el "tempo piano" de conocerse, sentirse y entenderse nos lleva a una sensación de "soledad existencial" que implica un constante grado de angustia, de alerta, de "inconfesable desazón de no entender" la vida, el antes y el después. Esa soledad-sin-empatía nos lleva a buscar relaciones jerárquicas, de poder o sumisión, y de propiedad, sea de pareja, de padres, de roles sociales. Nos rodeamos de estructuras de relación, de conocimiento y de identidad. Nos vamos llenando de etiquetas impuestas o auto-impuestas hasta ya no saber ni quienes somos. Es curioso, por el amor en empatía fluye nuestra energía y se diluye en lo que nos rodea y el universo, mientras que por la angustia existencial fluye nuestra unicidad para someterse a las jerarquías. Una es entrega por conciencia, la otra es huida por temor. Ello se relaciona con constantes picos de cortisol que rompen nuestro ciclo circadiano, el que nos armoniza con el sol, el día y la noche. Esa constante alerta nos evita también, como dice Thanda, fluir sin pudor ni temor en nuestros movimientos y sexualidad, nuestro pensamiento libre, nuestra creatividad única y nuestra expresión afectiva. Sin la armonía, dejamos campo libre al

cortisol para dominar nuestras vidas compitiendo. Creo que todo ello tiene un efecto epigenético, impregna nuestra biología y se hereda, al menos en parte.

- Gracias Jonay. Lo que me dices me ayuda a entenderlo. Voy a intentar relacionarlo con lo que estoy observando en las formas de dominio que se están urdiendo en el mundo.

- ¿A qué te refieres Aimsa?

- ¿Recuerdas la última aventura de Haka sobre el tráfico de transgénicos y el envenenamiento de glifosato?

- Sí, y me temo que eso va avanzando y dominando la economía global y transformando los cuerpos de quienes no tengan la valentía de cultivar sus propios alimentos.

- Pues la manipulación de los genes ha ido pasando de las semillas, a insectos, a animales de laboratorio, de granja y ahora ya está en los humanos. Temo que se estén editando genéticamente seres humanos Jonay.

- Que triste. Creernos con el poder de controlar nuestra propia existencia. Pudiera utilizarse para fines nobles, como diagnosticar y tratar riesgos y enfermedades, pero me temo lo peor.

- Así es. Hace cincuenta años que se conoce la estructura del DNA y se han ido perfeccionando técnicas. Se conoce la secuencia de los tres mil millones de bases, una gran parte de los más de veinte mil genes y como interactúan y sintetizan las proteínas que nos mantienen vivos. Se empezaron a desarrollar técnicas para diagnosticar defectos genéticos que aumentaban riesgos de enfermedades. Con ello empezó el interés económico. Ya hay casi cinco mil genes patentados.

- ¿Cómo? ¿Quién puede patentar, es decir, acaparar el conocimiento y su aplicación, de la propia esencia de mi vida?

- Pues quien dice que la ha secuenciado genéticamente y puede aplicar ese saber a una utilidad de diagnóstico o tratamiento.

- Es terrible. Antes eran las patentes de medicamentos que se basaban en las estructuras de la naturaleza y los desvelaban estudiantes o científicos

becados para que las grandes empresas los comprasen, los comercializasen, los patentasen y se enriquecieran de forma obscena mientras los que no podían pagar sus altísimos precios, morían. Cedieron en los antiretrovirales contra el SIDA cuando ya habían llenado sus arcas pero los mismos avaros, Gilead por ejemplo, y sus amigos en el gobierno, se están ensañando con el tratamiento de la hepatitis C. Cuando los países intentan producir sus versiones asequibles, sufren presiones, juicios y chantajes. Primero fue Sudáfrica, Brasil y últimamente Tailandia. Thanda lo ha seguido de cerca y está muy frustrado de como la Unión Europea protege antes que nada los privilegios y negocios de sus empresas.

- Ese afán, que dices, de poseer, puede ser ya epigenético.

- Si miras atrás, siempre existió. Empezamos por dividir la tierra, las montañas y hasta los ríos, en fronteras feudales, luego nacionales y luego propiedades que se heredan. Unos poseen, otros trabajan. Luego fue la propiedad de súbditos por sus reyes, de fieles por sus cleros, de esclavos por sus amos, de obreros por sus patronos, de esposas por sus esposos y de hijos por sus padres. Pasó el tiempo y se empezó a pretender poseer la luna, el agua de lluvia, como nos contó Lisy en Cochabamba, y hasta los rayos del sol nos dice Thanda que en España hay que pagar por transformar la luz del sol en energía. Ahora los genes. No tiene fin la ambición humana.

- Así es, Jonay. Pero esta nueva forma de conocer y tratar los problemas de salud abrirá aún más la brecha. El paso siguiente es la edición de genes: limpiar defectos e incluso diseñar secuencias puras para tratar riesgos, enfermedades e incluso diseñar seres humanos desde su etapa embrionaria. He investigado y hay una bioquímica en Berkeley, Jennifer Nadoud, que está desarrollando una técnica que permitirá editar genes. Además de su uso perverso y del dominio de la nueva medicina, temo que pronto sea el objetivo de patentes y lucros del poder. Le he preguntado a Rob y dice que la conoce. Voy a hablar con ella esta noche.

- Ciertamente da escalofríos pensarlo. Conforme se ha ido controlando el riesgo de infecciones arrasando con la naturaleza y creando ambientes urbanos asépticos y vacunas que nos protegen de las principales

infecciones, la forma de vida con los bloqueos que antes hablábamos y los niveles altos de cortisol, implica enfermedades inflamatorias, autoinmunes y degenerativas, que precisan de cambios genéticos para modular dichos desequilibrios. La medicina del futuro, si no cambia nuestra forma de vida, sedentaria, aséptica y tóxica, estará basada en ingeniería genética. Algo así como adelantar los procesos de selección natural, los pocos que podrán pagarlos, por nuestra forma antinatural de vivir y nuestro daño a la naturaleza en la que ya casi ni vivimos, en desequilibrio con el propósito de nuestro cuerpo.

- Y quizás de nuestras almas.

Ya atardecía, y aunque sus miradas de amor acariciaron sus corazones, sintieron en silencio la angustia por una Humanidad que parecía haber perdido el rumbo. Sus miradas se llenaron de lágrimas y el silencio era tan sincero que lo decía todo.

Por la noche, Aimsa llamó por Skype a Jennifer. Estaba en su despacho del edificio Li Ka Shing. Las universidades de Estados Unidos estaban inundadas de los nombres de las personas ricas que donaban parte de sus fortunas para los edificios, equipos e incluso los sueldos de los investigadores. Aimsa pensó en las etiquetas que había descrito Jonay, nombre, nacionalidad, religión, títulos, empleos, y propiedad, a las que aquí añadían quien desde su fortuna te apoyaba en que investigases, claro, para bien del sistema que encumbró a los poderosos. Aquella universidad desde donde se plantó cara a Vietnam, al racismo y a las desigualdades, era ahora pasto de magnates filántropos, académicos sumisos al sistema y estudiantes compitiendo por trepar la escalera. Li Ka Shing amasó sus más de treinta mil millones de patrimonio vendiendo flores de plástico primero y luego especulando con edificios de oficinas en Hong Kong. Su nombre brillaba en letras doradas en el edificio más moderno e "inteligente" de la universidad de Berkeley, la más importante fuente de premios nobel en el mundo. Allí estaba el laboratorio de Jennifer, que se había dedicado a entender la replicación genética durante los últimos veinte años. Rob la había conocido en un debate de bioética en que ella defendía la

manipulación genética y la protección de la misma por licencias de patentes.

- Buenas noches Jennifer.

- Buenas noches Aimsa. Rob me habló mucho de ti. Es un buen amigo, aunque diferimos en ideas sobre la ciencia.

- Gracias por su tiempo. Sé que está muy ocupada, en la frontera de nuevos conocimientos que pueden permitir la edición genética humana.

- Así es. Estamos muy entusiasmados, aunque aún nos faltan terminar algunas pruebas. Hemos encontrado una secuencia de bases de DNA que es algo así como el esqueleto genético donde podemos anclar una molécula y desde ahí cambiar bases en genes imperfectos causantes de enfermedades.

- Es sin duda un gran avance del conocimiento humano y la posibilidad de mitigar muchas enfermedades y el sufrimiento que conllevan, pero tengo ciertas preocupaciones que quiero conferirle.

- Adelante Aimsa. Hace ya veinticinco años acudí a una conferencia con Michael Gottlieb, cuando se estaba desvelando la epidemia del SIDA, y recuerdo su valentía al preguntar sobre los miedos de la epidemia y como permitirían su expansión. Así ocurrió. No debemos tener miedo a saber y a confiar en la conciencia y bondad humana.

- El saber puede abrir y expandir nuestras conciencias, y ciertamente yo también creo en la bondad humana que actúe a través de ese conocer. Pero hay un ingrediente básico para que la conciencia se dirija al bien común: la empatía. Ello implica conocer y sentir con el otro. Si no hay empatía, el otro es un competidor y nuestro quehacer está encaramado en este contante competir. Usted compite publicando antes que otros, patentando antes que otros y consiguiendo subvenciones, premios e inversiones para seguir en la rueda, antes que otros. A eso le llamamos éxito.

- Así es Aimsa. Y con empatía en lo próximo y con esfuerzo hacia lo común con quienes no podemos conocer, volcamos nuestro esfuerzo y talento en romper fronteras del saber.

- Ese conocer, cuando se basa en el competir, llega sólo a algunos, y puede generar más desigualdad, más injusticia y más sufrimiento. La edición de

genes puede, si se patenta como ya se están patentando sus usos diagnósticos, ser inaccesible a un gran parte de la Humanidad. He sabido que Myriad y Monsanto están aliándose y junto a Johnson & Johnson, Pfizer y Roche están ya copando las patentes y el negocio de esta nueva medicina. ¿No siente temor ante la avaricia de estos poderes económicos que ya destruyeron tantas vidas por el SIDA?

- Aimsa, hay que premiar la inversión y el esfuerzo. Es nuestra forma de vida en este país. Premiar a quien se esfuerza y con caridad cristiana ayudar a quien se regaza.

- Hay inmenso esfuerzo que apenas consigue sobrevivir y especulación sin crear ni sudar, que es la mayor fuente de riqueza y poder. Mire quien financió sus laboratorios: un magnate de la especulación inmobiliaria. Yo viví en África el dolor de cómo millones murieron por las riquezas de unas pocas compañías farmacéuticas.

- Pagan sus impuestos Aimsa, con ello tenemos la luz, los ordenadores por los que ahora estamos hablando, los servicios de salud para quienes no pueden pagarlos, la educación de nuestros hijos, la seguridad de nuestras calles.

- Creo que desde su mundo entre Berkeley Hills y Li Ka Shing no puede tener empatía con quienes orilla el sistema del poder de unos pocos. ¿No ha visto la gente durmiendo en People's Park, en las calles de Oakland, bajo los puentes de la autopista a San Francisco?

- Lo veo cada día y ayudo a través de mi parroquia y una fundación que apoya con refugios para los sin techo, Aimsa. Francamente, no entiendo su agresividad hacia mí.

- No es hacia usted. Admiro su tesón y audacia en avanzar en el conocimiento humano. Sólo intento compartir mi preocupación de que, si su técnica de edición genética cae en las manos del poder y la avaricia, no sólo habrá más desigualdades sino un mundo distópico en que podrían ir limpiándose de "impurezas" genéticas e incluso diseñando humanos mediante edición de embriones. Ese grupo eugenésico concentrará el poder económico y, dejados la mayoría a la selección natural por altas tasas de

mortalidad y sufrimiento por el cambio climático y otros efectos colaterales del progreso.

- No lo veo así Aimsa. Intentaremos que la edición genética llegue a quienes lo necesitan y evitemos usos eugenésicos de edición de embriones.

- Gracias por su buena intención Jennifer. Será un honor poder seguir en contacto.

- Tenemos un comité de bioética. Le puedo poner en contacto con su coordinador. Se acercan tiempos de grandes oportunidades para la ciencia y el bienestar humano, créame Aimsa.

Gracias Jennifer. Así lo espero.

XCIX. Una isla para la esperanza, eco isla de la laurisilva, noviembre 2009

La campaña de las elecciones locales, insulares y autonómicas de Canarias acabó en La Gomera con una tercera parte de los residentes de la isla conviviendo al menos una jornada en las eco aldeas de la isla, donde ya vivían otra tercera parte de los isleños. Las campañas de difamación de los caciques que llevaban tres décadas dominando la política, la economía, las decisiones judiciales y los medios de comunicación, fueron contestadas con sólidas respuestas de Juan Antonio, hijo del principal cacique, Luis, como el médico internista en la isla, y los testimonios de John, Fernando y los líderes de las eco aldeas, además de mensajes de apoyo e inspiración de Aimsa Harris, Sven Hansen, el Dalai Lama, Noam Chomsky, Paulo Freire y Nelson Mandela. Las elecciones levantaron mucha expectativa en todo el mundo ante la posibilidad de que se crease la primera región del mundo sin jerarquías, sin policía, sin propiedades, sin religiones exclusivas, sin crueldad animal y sin emisiones de carbono. ¿Era posible la utopía de Tomas Moro en la isla sur del atlántico que había imaginado medio milenio antes? ¿Era posible combinar la libertad individual sin jerarquías y la colectiva sin propiedades, escapando a las trampas de injusticia del capitalismo dominado por el mercado y el comunismo dominado por el control?

Las elecciones a los ayuntamientos, al cabildo y al parlamento canario resultaron en una victoria con dos terceras partes de los votos para el Movimiento para la Isla Ecosoberana de la Laurisilva, MIEL. Tenían así cincuenta de los sesenta concejales en los seis municipios de la isla, doce de los quince miembros del cabildo y tres de los cuatro diputados en el parlamento canario. El movimiento era encabezado, a regañadientes, por John Harris, el navegante galés que cincuenta años antes hubiera naufragado en sus costas y quien, junto a Umbela, cual la leyenda guanche de Gara y Jonay, iniciaron la red de eco aldeas espirituales y su extensión por todo el mundo. Ya eran más de veinte mil eco aldeas y casi once millones de personas renunciando a propiedades para vivir juntos en espiritualidad sin jerarquías y cuidando de la naturaleza.

John ya tenía ochenta y tres años, se movía lento, hablaba sereno y miraba profundo. No quería ningún protagonismo y se sentía incómodo siendo el representante de MIEL y el presidente del cabildo insular, tras décadas, realmente siglos, de caciquismo.

Según la ley de cabildos de 1912 de las islas canarias, tenían las funciones de gobernar y de prestar los servicios de la comunidad canaria en la isla. Constaba de diecisiete miembros de los cuales doce eran del MIEL, tres del partido socialista y dos de coalición canaria. El sistema heredado contaba con las áreas de presidencia, economía y hacienda, información y transparencia, desarrollo del territorio, sostenibilidad, turismo, industria, comercio, política sociocultural, patrimonio histórico y juventud, infraestructuras, transportes, emergencias y protección civil, agricultura, ganadería y pesca. Además, administraba los servicios canarios en la isla para la salud, la educación, la protección de desempleo, discapacidad, pensiones, la justicia y la policía local. En todo ello trabajaban casi cinco mil funcionarios, el cuarenta por ciento de la población activa, disponían de trescientos vehículos y cincuenta y seis edificios por toda la isla.

John debía llevar a la práctica el decálogo de Umbela, que inspiró el de MIEL y su compromiso con sus votantes, y no dejarse nunca seducir por el poder, huir de los privilegios y servir a todos los isleños en su bienestar y armonía. Empezó por crear su lugar de trabajo en la sencillez. John seguía viviendo en su pequeña casa asignada en el barranco de El Cabrito, eco aldea espiritual de la Ternura. Iba dos días cada semana, en la barca con el viejo Tomás, de quien iba tomando el relevo Martín, a San Sebastián, para reunirse con los otros miembros del cabildo, y con representantes de comunidades, que acudían a dialogar sobre tareas del bien común.

Cambiaron muchos nombres de referencia y de uso en la isla: La Gomera, de uno de los pueblos bereber, los gomer, que la habitaron, se llamaría "Ecoisla de la Laurisilva", diminutivo "Eila", casi como luna en árabe, el idioma de los bereberes, sus primeros moradores, luna en turco, árbol en hebreo y antorcha en germánico. El presidente se llamaría "servidor de todos" y los alcaldes y demás cargos servidores de su lugar o de su tarea.

El cabildo, del capitulum romano donde los dirigentes religiosos debatían los cánones, se llamaría "casa común de las eco aldeas". Las reuniones para debatir y decidir sobre el bien común llamados antes plenos, se aconsejaban semanales en las eco aldeas, mensuales en las alcaldías y trimestrales en el cabildo. Se llamarían "foros de sentires, pensares y haceres", y así se conformaban las agendas. Las calles y las plazas dejaron de tener nombres de unas pocas personas, a menudo santos remotos o dirigentes que abusaron de su poder. Pasaron a tener nombres de sentimientos como alegría, amor, armonía, asombro, calma, compasión, confianza, placer, deleite, serenidad, esperanza, lealtad, empatía, gratitud y muchos otros que decidieron sus habitantes.

Los catorce curas de la isla se reunieron con John. La iglesia católica tenía veintitrés iglesias, cuarenta y cinco ermitas y doce salones parroquiales. Jeremías, el párroco de la iglesia mayor de La Gomera, un joven palentino hijo de agricultores de los trigales de Castilla, había llegado a la isla diez años antes y fue haciendo una amistad entrañable con John. Fue teniendo un sincero y cómplice intercambio epistolar con Patxi. Se enfrentó a los caciques cuando desalojaron la ternura, acogía en la Iglesia africanos llegados en pateras, vendió buena parte de los sagrarios, cáliz y cruces de oro y plata para ayudar a personas necesitadas y celebraba las misas adaptando los rituales y combinándolas con meditaciones, cantos con guitarra y melodías de John con la armónica. Negaba toda mención a la existencia del infierno y el purgatorio. Cambió el Credo por el "canto a la vida", hablando de amor y de armonía, y no de "una sola iglesia santa, católica y apostólica" sino la unión de todas las personas y formas de vida en armonía y en gratitud ante el "regalo misterioso de la vida". No escondía su vida en amor con una comunera gallega de valentía. El obispo de Tenerife y seis de los otros curas, ya entrados en edad y rígidos en pensares y en su Fe, le recriminaban su desviación de la ortodoxia de Roma, pero el resto, más joven, fueron abriendo las puertas de la iglesia, derrumbando sus muros jerárquicos y derritiendo con ternura sus dogmas del miedo. Se unieron a otras iglesias que había en la isla de testigos de Jehová y una

mezquita para reunirse en lo que ya no llamaban "misas" sino "unión en gratitud a la vida".

Las oficinas del gobierno anterior de presidencia, información y transparencia, patrimonio histórico y juventud, política sociocultural economía y hacienda y de turismo, unidas a los antiguos juzgados y policía, se integraron en un área que llamaron "armonía en convivencia". Las de desarrollo del territorio, sostenibilidad, industria, comercio, infraestructuras, transportes, agricultura, ganadería y pesca, las llamaron "armonía en naturaleza". Las de emergencias y protección civil, unidas a los servicios canarios de salud, oficinas del paro y pensiones, las llamaron "armonía en bienestar", y los servicios de educación, guarderías, escuelas, el instituto, centros de formación profesional y bibliotecas públicas serían integradas en el área de "armonía en el saber".

Empezaron por convertir los edificios del cabildo insular, la delegación del gobierno y las catorce consejerías, en foros comunitarios y en viviendas para personas en situación precaria, refugiados llegados de África y centros comunitarios de arte, imaginación, meditación y sanación holística. Fueron suavizando cada esquina con curvas de adobe y pintando por fuera y por dentro sus colores uniformes con sombras de tintes de la naturaleza, eliminando casi todas las puertas, que convertían en mesas para cultivos de hortalizas en las terrazas y tejados. Levantaron los adoquines de la plaza central de Las Américas, ahora llamada "abrazo de Eila" y fertilizaron el suelo ahogado tantos años por el cemento sembrando todo tipo de frutales y enredaderas de espinacas, moras y tomateras.

Los doce miembros de MIEL en el cabildo renunciaron a sus sueldos, y en el primer foro se aprobó, con votos en contra de tres de los cinco miembros de los otros partidos, el ir reduciendo gradualmente sus sueldos a razón de un tercio anual mientras se ordenaban lo usufructos de viviendas, tierras y vehículos eléctricos y se garantizaba la canasta de alimentos. Igual ocurrió con los sueldos de los alcaldes, concejales y diputados. Tras dicha decisión dos de los tres miembros del cabildo, cuatro de los concejales y el diputado que eran de otros partidos y que votaron en contra, dimitieron.

Ofrecieron el mismo plan de reducción progresiva salarial a los funcionarios, unido a la reducción de sus jornadas y al trabajo voluntario de todos los isleños en todas las "tareas de bien común". Ello llevó a duros diálogos, manifestaciones agresivas y expresiones muy insultantes en público y en los medios de comunicación. Los principales sindicatos le enviaron cartas a John citando los derechos laborales y los convenios de la Organización Internacional del Trabajo. John respondió que el trabajo hacia el bien común, sería igual para todos los isleños y no habría más funcionarios, asalariados ni parados.

De toda España hubo voluntarios del campo de la salud, la educación y la justicia que siendo funcionarios en otras regiones pidieron su traslado a la isla, por convicción de una vida comunitaria y ecológica. Se pudieron organizar intercambios de plazas con aquellos reticentes a sus privilegios salariales y su afán de propiedades.

El asunto más difícil fue ir convirtiendo toda la propiedad en pública. Estudiaron el catastro de la riqueza rústica, el registro de la propiedad y el consejo insular de aguas de La Gomera. Publicaron sus datos como todos los documentos, plenos y decisiones por internet. Presentaron un plan de expropiación progresiva empezando por los grandes terratenientes, por precios justos que pagaron con los salarios públicos que desde el gobierno español y canario enviaban a los representantes y funcionarios y que donaban a través de un documento de "declinación voluntaria de sueldo para uso en el bien común".

Para presentar el plan de expropiación de la propiedad privada de la Tierra, John tuvo un debate en la televisión, que se retransmitió también la televisión española con el título alarmante: "el gobierno local comunista expropia de sus tierras a los habitantes de La Gomera". Tal título había producido la alarma incluso de la embajada norteamericana y del grupo popular del Parlamento Europeo y había una alta expectación. Cayo, con el apoyo del partido socialista empezó el debate:

- Señor Harris. Los gomeros, canarios y españoles deben saber que usted planea expropiar de sus tierras a los gomeros que las han ganado con su

sudor durante tantas generaciones. Durante nuestro gobierno socialista expandimos la superficie para la conservación de la laurisilva del Garajonay, y concedimos en usufructo una buena parte de las tierras municipales para las aldeas y los cultivos en los que viven las comunidades de su movimiento. Su plan de expropiar de sus tierras y bienes al resto de los gomeros atenta contra todos nuestros derechos.

- Escucho su preocupación Don Cayo, pero creo que a pesar de haber estado casi treinta años gobernando la isla, le faltan datos o no quiere verlos: La isla que nos cuida y que cuidamos, que no es nuestra, tiene treinta y siete mil hectáreas y veintiséis mil habitantes, de media tocaríamos a más de una hectárea por habitante. ¿Sabe cómo están repartidos, Don Cayo? ¿Lo quiere explicar usted?

En ese momento tomó la palabra el representante de Coalición Canaria que hablaba en nombre del Partido Popular, de derechas, en España.

- Señor Harris. En nuestro sistema es irrelevante quien posee la tierra sino como la posee: si la ha conseguido con su esfuerzo y de forma legal, así debe ser.

- Déjenme decirles que esa "forma legal" de haber ido obteniendo en propiedad la tierra, ha llevado a esta situación que hemos analizado en el primer día de nuestro gobierno: unas seis mil hectáreas son terrenos públicos municipales o del Cabildo y cuatro mil hectáreas corresponden al Parque Nacional del Garajonay. Cayo, usted conoce bien a Juan Manuel Bethancourt, pues tienen negocios juntos y él pagó su campaña, una publicidad difamatoria de nuestro movimiento en todos los medios e incluso este programa de televisión. Sólo él tiene más de ocho mil hectáreas, casi tanto como todas las tierras públicas de la isla. En ellas no cultiva alimentos, sino que ha construido doce edificios de apartamentos, nueve hoteles, los edificios y terrenos del aeropuerto, restaurantes, múltiples tiendas y un casino. Usted, Don Cayo, tiene treinta propiedades en unas quinientas hectáreas, veinte de ellas en la isla, el resto en la península. ¿Le parece a usted justo? ¿Cree que es un buen ejemplo socialista?

Don Cayo estaba furibundo y le interrumpió con gritos:

- señor . Harris, icada uno de esos ladrillos y cada arroba de esas tierras son producto de mucho esfuerzo, generan empleo, ingresos para los isleños y son la base de su bienestar! Además, nuestro gobierno socialista impone un impuesto progresivo para redistribuir la riqueza y pagar servicios públicos para todos.

Gracián intervino también alterado.

- Usted, señor Harris no sólo no respeta el esfuerzo ajeno, sino que además arruinará la economía de la isla pues ninguna empresa querrá tener actividades ni invertir en nuestro progreso.

- ¿Como la naviera noruega Olsen, Gracián, que posee, además de edificios en el puerto y los tres ferris con Tenerife, cinco mil hectáreas y veintiséis edificios, entre ellos catorce hoteles y tres campos de golf?

Gracián intervino:

- Que haya un empresario exitoso y una empresa que apueste por el turismo y el progreso de la isla no son signos de injusticia sino es la forma en la que nuestra sociedad premia el esfuerzo, señor Harris ¡No le vamos a permitir que destruya nuestra forma de vida!

- No son sólo esos dos casos, señores, hay otros diecisiete terratenientes, que ustedes conocen bien pues apoyan sus partidos y comparten viajes lujosos y cenas copiosas, que acumulaban otras quince mil hectáreas, dedicadas sobre todo al turismo, a ocho grandes plataneras y nueve viñedos con sus bodegas.

- Sin ese esfuerzo de esos empresarios no tendríamos ingresos, ni turismo, ni bienestar.

- Además de todos los hoteles, edificios de apartamentos, campos de golf, ferris y autobuses llenando la isla, unas mil hectáreas, sobre todo en el sur de la isla, se habn ido vendiendo a unos dos mil turistas extranjeros que vienen en los meses de invierno. Todo ello supone un enorme daño a la naturaleza de la isla.

- Ese turismo, señor Harris, es la base de la economía. Usted lo demoniza y sin él nuestros paisanos vivirán en la penuria.

- Bueno, ya su sistema del acúmulo de unos pocos le deja a la mayoría de

los isleños en una situación marginal: unos dos mil poseen un total de cien hectáreas de pequeñas parcelas particulares, generalmente pequeñas extensiones en las terrazas de las laderas de los empinados valles donde apenas cultivan unas pocas papas, hortalizas y alfalfa para alguna cabra. El resto, de los que no viven en las eco aldeas, viven en pequeños pisos de edificios de varias alturas, a menudo alquilando a los terratenientes.

Don Cayo, más pensativo por el panorama que estaba describiendo John, y preocupado por la revelación de sus muchas propiedades, dijo:

- Señor Harris, además de ofrecer a todos los isleños vivienda, salud, educación, protección social, empleos en el turismo, comunicaciones y el orgullo de un rico patrimonio histórico y natural, les ofrecemos a sus otras formas de vida alternativa, a menudo de espaldas a nuestras costumbres y valores, tierras en usufructo para su libre bienestar en nuestra isla. ¿No le parece suficiente?

- Bueno, Cayo, seamos honestos ahora que estamos en público: primero, hemos insistido siempre en no tener la tierra en propiedad, casi ocho mil comuneros de las dieciséis eco aldeas viven en seiscientas hectáreas, el 2% de las tierras de la isla. Sin propiedades, en usufructo. Producimos la mitad de los alimentos de forma sana y los cuidamos con esmero y amor a la naturaleza. Eso es lo que planteamos para la isla. Segundo, pagamos nuestros impuestos por lo que producimos de agricultura, artesanía u hospedando a visitantes, que contribuyen voluntariamente, y con ello pagamos nuestros impuestos. Y tercero, y tú sabes que fue así: por informar de una red de droga suspendisteis de un día a otro el usufructo de la comunidad de la ternura y estuvimos dos años exiliados del valle que intentasteis, con el mayor terrateniente de la isla, convertirlo en campos de golf y hoteles de lujo, sin respetar su calificación de reserva biológica.

Don Cayo rápidamente cambió de tema y defendió sus treinta años de gobierno y progreso, y los impuestos a la propiedad para disminuir desigualdades.

- Señor Harris, nada sabe usted de gestión pública. Nuestro gobierno socialista tiene un sistema de impuestos sobre la propiedad para evitar las

desigualdades extremas mientras se mantiene una economía viva con oportunidades y progreso.

- Cayo, en treinta años esto es lo que habéis conseguido: que casi tres cuartas partes de las tierras eran propiedad de unas veinte familias, unas doscientas personas, menos del uno por ciento de los isleños, la mayoría de ellos ni viven en la isla, sus mujeres compran en Tenerife, Madrid y Londres, sus hijos están internos en Francia o Inglaterra, y los empresarios titulares viajan y especulan con sus fortunas. Un tres por ciento de la isla es propiedad de turistas extranjeros. Nosotros en las eco aldeas cuidamos del 2% de las tierras y demostramos que con tres veces más seremos autosuficientes y si es diez veces más tendremos tres veces lo necesario y podremos recibir a un turismo ecológico para beneficio de todos, no de grandes hoteles para enriquecimiento de unos pocos. Y lo que nos duele: sólo un 0,2% son pequeñas parcelas que cuida el 7% de los habitantes y el resto, casi dos de cada tres isleños viven en pisos de edificios de varias alturas con parcelas urbanas que apenas suponen el 0,01% de la superficie. En otras palabras, doscientas personas tienen de media más de 100 hectáreas cada una, dos mil turistas media hectárea por persona, ocho mil comuneros menos de 0,1 y en usufructo de la propiedad pública, dos mil pequeños propietarios unos 500 metros cuadrados cada uno en pequeñas parcelas y el resto, dieciséis mil personas, apenas viven en diez metros cuadrados de suelo urbano por persona. Esta es la realidad vergonzosa que debemos cambiar Cayo, Gracián: que el 1% dominante tenga, en tierras, y seguramente en poder de todo tipo, cien mil veces más que la mayoría, que vive hacinada en pisos. Todos los isleños tienen derecho a cultivar la tierra, a oler sus fragancias, a saborear sus alimentos sanos, sin químicos, a disfrutar del placer de compartir, a sentir, cuidar y amar la naturaleza.

Don Cayo, esgrimió el sentimiento nacionalista sabiendo que tocaría la fibra a muchos televidentes:

- Señor Harris. Usted es extranjero y así lo son la mayoría de los hippies que habitan sus comunas. ¿Se creen en el derecho de arrebatarnos tierras y costumbres, sudor y lágrimas de tantas generaciones de noble esfuerzo,

de su devota Fe, de su arraigo a la tierra y a la historia?

- Cayo, nosotros creemos que todos somos iguales, da igual donde nos hayan nacido, qué color tenga nuestra piel o en qué idioma nos contaron cuentos y nos cantaron nanas. Es cierto que casi la mitad de nuestros comuneros en las eco aldeas nacieron fuera de la isla, son de un total de ochenta países diferentes, y en nuestra diversidad aprendemos y nos inspiramos unos de otros, con profundo amor a la naturaleza y negando cualquier creencia que pretenda marginar a otros o condenar a nadie a ningún fuego ni dolor, ni durante la vida ni después en otra forma de existencia.

Don Cayo fue apagándose sin saber que responder. Entonces Gracián atacó más fuerte: si toda la isla fuera, como pretende, eco aldeas, no tendríamos ni luz, ni teléfonos, ni medicinas, ni cirugía, ni se bebería una cerveza, una copa de vino o un queso manchego, no podríamos ni salir de la isla ni ver otros mundos ni cuidar del arte, la música y las tradiciones. Si no lo evitamos, de su mano volveremos a las cavernas.

- Qué poco nos conoces Gracián. Te invito que pases unos días en una eco aldea. Será un honor convivir contigo y aprender de ti. En nuestra comunidad hay astrónomos, ingenieros, médicos, antropólogos, historiadores, agrónomos, biólogos y artistas de muchas formas. No nos importan los títulos sino la pasión y, sobre todo, la humildad en el saber. Verás que tenemos luz solar, que estamos comunicados por teléfonos sin coltán e internet de acceso libre, que tenemos huertas de plantas medicinales y pagamos impuestos para los medicamentos y cirugías que necesitamos. Yo mismo me operé de cataratas hace tres años con profundo agradecimiento. Quizás no bebemos cerveza ni comamos queso manchego, o sólo en una ocasión muy especial, pero hacemos muy rica cerveza de jengibre y queso de cabra. Sí que navegamos, a conocer e intercambiar con otros mundos, pero sin contaminar; y aunque nos gusta oír música y ver arte de otros lugares o tiempos, más nos gusta crear nosotros y compartir así los sentimientos.

- Ese es su discurso de utopía. Díganos la realidad: va a expropiar la tierra

a sus propietarios en la isla, ¿sí o no?

- Lo haremos poco a poco, Gracián. Ya hay una tercera parte viviendo en usufructo, y nos ha votado otra tercera parte sabiendo que es lo que proponemos así que suponemos que están preparados a ceder o solicitar tierra en usufructo. Propondremos al menos la mitad de la isla en protección natural sin actividad humana, una cuarta parte para espacios, vías y edificios públicos, que llamaremos comunitarios, y la otra cuarta parte para tierras en usufructo que por agroecología pueden dar alimentación sana a tres veces la población de La Gomera.

- Si procede a tal masiva expropiación, les denunciaremos ante el Tribunal Supremo Nacional y al Tribunal Europeo en Estrasburgo.

- No se preocupen Gracián, Cayo. Lo haremos progresivamente, subiendo los impuestos a quienes más tienen, utilizando esos ingresos para pagar en justiprecio la expropiación progresiva de parte de las tierras que acumulan unos pocos. Aduciremos razones, según la ley de expropiación de 1954, de utilidad pública, para la ecosoberanía alimentaria insular interés social y el reparto justo de tierras para su usufructo en agroecología.

Después de ese debate, John y el movimiento decidieron no asistir a más debates mediáticos sino hacerlos en foros comunitarios.

Comenzaron el plan de expropiación de tierras progresivo, no permitiendo el "límite del acaparamiento" de más de diez hectáreas de tierra y quinientos metros cuadrados construidos por persona y en propiedad transitoria hasta régimen de usufructo. Los impuestos a la propiedad pagaron la expropiación progresiva. Se hicieron listas de usufructuarios en torno a nuevos proyectos de eco aldeas de unas quinientas personas y sesenta hectáreas cada una. De esa forma comenzaron a crearse otras doce eco aldeas más. Poco a poco se crearon también seis ecobarrios con cinco hectáreas cada uno de parques o tierras próximas donde cultivar huertos comunitarios. Se plantaron frutales y se hicieron tejados verdes con más huertos. Ya eran veintiocho eco aldeas y seis ecobarrios, con un total de unas diecisiete mil personas, dos terceras partes de los isleños, compartiendo de forma comunitaria y basados en el cuidado de la tierra.

Poco a poco fueron haciendo desaparecer, por inútil, el uso del dinero en monedas, billetes o tarjetas de crédito. Al no haber tierras ni edificios que comprar o vender. Al disponer de alimentos ecológicos suficientes y que se intercambiaban entre aldeas por trueques. Al no haber gastos en medicinas esenciales, gratis para todos. Al no haber ventas de libros pues estaban disponibles en las bibliotecas públicas. Al no permitirse ni plásticos ni químicos, evitando todo negocio de la agroindustria, droguerías y la gran mayoría de artilugios basados en plásticos. Al compartir y cambiar en trueques en mercados de artesanía, que llamaban "fiestas creativas", los tejidos, barro y mimbres en todas sus formas. Con el sistema que se fue desarrollando de dotar a cada familia de dos móviles y un ordenador ecológico a cada comunidad de varias familias. Al promover el cuidado y transporte a caballo, de bicicletas, motos y triciclos eléctricos. Todo fue haciendo redundante el dinero. No había necesidad de comprar y vender. Para los economistas Eila tenía un producto interior bruto inexistente. Fueron, de forma natural, desapareciendo los bancos. Se fundieron las monedas en esculturas de sentimientos. Sólo permaneció el pago en plazos por las expropiaciones, que se hizo con las donaciones de sueldos de funcionarios y los impuestos a la propiedad privada, que poco a poco fue, también por inservible, desapareciendo. Los turistas contribuían voluntariamente a un fondo con el cual se fueron montando fábricas e importando los elementos electrónicos y células solares esenciales para fabricar, junto con elementos de madera y cerámicas locales, paneles solares, molinos de viento, y los móviles, ordenadores y vehículos eléctricos asignados según necesidades y en régimen de "compartir en comunidad". John tenía atención especial a quienes no estaban de acuerdo con la visión de MIEL. Organizó sesiones especiales con grupos de diferente pensar, a las que llamaba "sesiones de tolerancia y comprensión". A quienes no querían donar todas sus tierras o edificios les permitió mantener parte de ellas, por debajo del límite de acaparamiento, pero no podrían venderlas. A quienes querían seguir sus cultos ortodoxos, se les permitió, con los párrocos de ideas afines, seguir sus cultos, si bien se les solicitó no hablar

del infierno. A quienes querían seguir utilizando el dinero, se les permitió, aunque, salvo a los turistas, cada vez tenían menos que vender y menos que comprar en la isla.

Poco a poco se inició la transformación hacia la eco isla de la laurisilva en armonía ecológica, vegana, espiritual, comunitaria, rural y libertaria. Sin propiedades, bancos, sueldos ni dinero. Sin plásticos ni emisiones de carbono ni fertilizantes químicos. Sin más cemento ni más asfalto. Sin infierno para los humanos ni sacrificios para los animales. Sin leyes ni policías, ni jueces ni cárceles. Sin maestros ni títulos, sin documentos y sin fronteras. Recibieron una carta pública firmada por más de dos millones de eco aldeanos de todo el mundo. Llegaron también mensajes de apoyo y cariño del Dalai Lama, Noam Chomsky, Paulo Freire y Nelson Mandela, entre muchos otros. Fue redactada y propuesta a través de la red Avaaz por Aimsa:

*Para John Harris, "servidor de todos", y todos los habitantes de Eila:
Con su valentía y ternura en armonía humana y natural, sentimos en muchos rincones del mundo inspiración por cómo han ido desterrando el dolor de la opresión y la destrucción, y esperanza para que se extienda su luz en comunidades de todo el mundo que creen en la armonía sin jerarquías, y el bienestar sin destruir otras formas de vida en este bello y mágico planeta. Estaremos atentos a que ningún poder de fuera de Eila atente contra su bello sueño. Desde la red de eoaldeas espirituales tendremos a Eila como la vanguardia de una Nueva Humanidad que se salga de las cavernas del petróleo y del dinero a la luz de la naturaleza y del compartir.*

C. La equidad en la salud, Bruselas, mayo 2010

Thanda llevaba ya seis años en Bruselas, los últimos dos en compañía de sus hijas. Ángeles estudiaba el último año en la escuela europea, ya fluía en inglés y francés, tocaba la flauta travesera y tenía un novio escocés que pasaba mucho tiempo en la casita familiar de Hoeilaart. Daniela disfrutaba de su adolescencia y de cantar en el coro de la escuela. Ese tiempo ensayaba las canciones de "*les choristes*" y a Thanda le encantaba, literalmente, oírla musitarlo por la casa.

Con su sistema de puntos habían mantenido una buena organización de responsabilidades cocinando, limpiando, cuidando de Homeless, Satia, Chaplin. Veían películas juntos en la sábana del salón. Cantaban frente a la chimenea. Daban largos paseos por el Forêt de Soignes e iban en bici hasta el Château de La Hulpe, en el que Hervé inspiró su castillo de Moulinsart de las aventuras de Tintin. A veces comían un "*durum*" en la tiendecita de Aisha y Mohamed en el pueblo de Hoeilaart. Algunos sábados iban por los carriles de bici de la carretera hasta Overijse a bañarse en la piscina pública. La mayor felicidad de Thanda era estar con sus hijas y sentir las apasionadas por la vida, algo que era contagioso y, se decía Thanda, la mayor responsabilidad como padre. Para que Ángeles tuviese mayor intimidad por su edad, y sobre todo cuando venía a casa su novio, Thanda cedió su habitación a Daniela, a quien le hizo un "cuarto de princesa", así Daniela disponía para ella del cuarto grande. Thanda se acomodó una cama en el estrecho sótano, donde gustaba de tener un espacio de sencillez. Había inventado en el garaje varias máquinas, incluida una lavadora que funcionaba al pedalear la bici que descansaba en un trípode, y una dinamo que se cargaba mientras iba en pedaleando hasta el trabajo y con ella alimentaba la luz de su mesa. Insistía a los servicios de la administración de la Comisión Europea, en tener unos pedales para cargar el ordenador, y así no consumir electricidad, pero no le respondían.

Cristina había venido tres veces a Bruselas para pasar fines de semana con sus hijas. Thanda les dejó la casa y se iba a hacer excursiones en bici por las Ardenas, con su amigo Javier. En ese año Javier, harto de la burocracia

europea y de las intrigas políticas que salpicaban de arrogancia e intereses la cooperación, pudo solicitar la jubilación anticipada para dedicarse en cuerpo y alma a sus grandes pasiones: el budismo y la defensa de los derechos de los animales. El día que tenía que aceptar el paso a su jubilación le invitó a Thanda a ir a su despacho y apretar juntos el "click" del ratón que le "abría la libertad". Javier le dijo a Thanda: "te espero del otro lado amigo". Pero Thanda no podía pensar en ello de momento: tenía retos que cumplir dentro de este laberinto del poder y quería darles a sus hijas las mejores oportunidades de educación conociendo el mundo.

Su complicidad con Sergio Galán, el médico canario que volvió de Mozambique para coordinar la cooperación española en salud, fue convirtiéndose en una entrañable amistad. Al equipo de Sergio en Madrid, se había incorporado Anna, la amiga catalana de Aimsa, también frustrada, como Thanda en la Junta, de la visión estrecha de Médicos Sin Fronteras. Después de que Sergio y Thanda hablaran durante las discusiones del consejo sobre la evaluación a medio camino de los objetivos del milenio y se plantearan el reto de incluir en la agenda de la primera "presidencia española de la Unión Europea" en el 2010, la adopción de una "política europea de salud global", Thanda escribió el primer borrador.

Con aquella servilleta del consejo en la que anotó las "muertes en exceso por inequidad", Thanda preparó el argumento ético de la equidad en salud y su consecuencia en la redistribución de fondos con apoyos presupuestarios a los países que no tuvieran fondos suficientes para pagar a sus médicos, enfermeras y los medicamentos esenciales.

Para la equidad en salud ideó un esquema "4x4" de sistemas de salud justos : cuatro principios (derecho universal, participación comunitaria, intersectorialidad, equidad en contribución y en acceso), cuatro pilares (infraestructuras, recursos humanos, medicamentos y equipos), cuatro grandes áreas de servicios (salud materna, salud infantil, enfermedades infecciosas, enfermedades no transmisibles) y cuatro esquemas de administración (atención por niveles de salud, indicadores de equidad, presupuesto base y contingencias); todos ellos orientados a la cobertura

universal y en equidad. En su casita en Hoeilaart, con los cajones de madera de cajas de vino que recogía por las calles, hizo un librero con los "4x4" elementos y empezó a recoger libros y documentos sobre cada aspecto de ellos. Así podía ver más fácilmente cuando una propuesta de cooperación era parcial y desequilibrada.

El año anterior fue invitado en la reunión anual de ABRASCO en Salvador de Bahía, Brasil. Defendió el nivel de presupuestos de salud que estimó la comisión de macroeconomía y salud para las prioridades de los objetivos de milenio. Después de la conferencia a la que fue se le acercó un activista del partido de los trabajadores llamado Armando di Negri, quien lideraba el Foro de Sao Paulo en Salud. Le dijo que limitar la cooperación a esos servicios, a esos fondos y a esas enfermedades, iba en contra del derecho universal a la salud. Le recordó que ya lo hizo en los años noventa el Banco Mundial con la estrategia de Alma Ata. Thanda le dijo que era un primer escalón, con el objetivo de una equidad en salud que estaban planteando en un borrador de política europea.

Quedaron en hablar con más detalle en la Asamblea Mundial de la Salud meses después en Ginebra, donde conoció a dos líderes por el derecho a la salud, Paolo Buss y David Chiriboga, de Brasil y de Ecuador, quienes lideraban un nuevo movimiento por la salud universal en Sudamérica, de la mano de una ola de gobiernos progresistas unidos en torno a UNASUR. Con ellos y con Sergio Galán y Anna, que representaban a España, arrinconaron a Estados Unidos, quien se oponía a mencionar el derecho a la salud, con argumentos éticos y de coherencia con la carta fundamental de los derechos humanos. Consiguieron que se aprobaran resoluciones presentadas por David en nutrición, contra la intoxicación por las corporaciones de la agroindustria en el comercio global, por Paolo en el acceso a medicamentos, ahogado por las presiones del gobierno americano y las corporaciones farmacéuticas y por Sergio en profesionales de la salud, quienes desde los pobres presupuestos del Sur eran seducidos por países ricos a abandonar sus países.

A principios del 2010 fue invitado a una conferencia de Jeffrey Sachs en el

parlamento europeo. La sala estaba llena de estudiantes de su universidad de Columbia donde él lideraba el "Instituto de la Tierra" y de representantes de ONGs que le aplaudían casi como una estrella de rock cuando hablaba de la necesidad de más cooperación. Expuso "sus" "villas del milenio" y "sus" estrategias para controlar la malaria, el SIDA -bien alineada al ABC-D de PEPFAR, pensó Thanda-. Criticó el poco apoyo europeo a la salud y su vía frecuente como apoyo presupuestario, ante el regocijo y aplausos de las ONGs, financiadas en su mayoría por la Fundación Gates. Llegó a decir de forma provocadora, (¿o no?): "no tiren su dinero en gobiernos corruptos, dénnoslo a nosotros, sabemos cómo usarlo para "salvar vidas". Se recibía en el corazón europeo al mesianismo americano con alfombra roja. En ese momento, Thanda levantó la mano.

- Jeffrey. Mi nombre es Thanda, coordino la sección de salud global de la cooperación europea. Me inquietan sus palabras. Durante un tiempo me he referido a su estimación en la comisión de macroeconomía y salud de fondos mínimos para progresar hacia los objetivos del milenio en salud, y he insistido en la comisión europea, este parlamento y el consejo, en aumentar nuestra cooperación en salud. Pero cuando revisamos nuestra estrategia de apoyo a los objetivos del milenio, en su ecuador, hace dos años, pude analizar que la mortalidad en exceso en los países con los que cooperamos, es, comparada con las tasas de mortalidad en la Unión Europea, casi de veinte millones, más de cuatro veces la planteada en los objetivos del milenio y en las prioridades de la comisión de macroeconomía y salud. Hay problemas de salud muy graves también en poblaciones adultas, en enfermedades no transmisibles, en salud mental, y muchas otras que hemos olvidado. ¿Quizás nos hemos equivocado deslumbrándonos sólo por las enfermedades y grupos sociales a los que apoyan más los lobbies por la cooperación en salud?

- Thanda, esas prioridades fueron discutidas durante años con todos los países y los expertos. Partían de análisis de "coste-utilidad" y "externalidades" por las que se decidió que eran las más prioritarias, las que podían salvar más vidas.

- Creo que esos análisis fueron sesgados, Jeffrey. Algunas vacunas en la infancia tienen un enorme impacto en prevenir pérdida de años de vida saludable por muertes a esa temprana edad. Atender los partos de forma segura previene muertes maternas con efectos devastadores en la familia. Pero las infecciones que se eligieron, que son las que también se han priorizado en el fondo global y que acaparan el ochenta por ciento de los fondos de cooperación, sólo suponen el veinte por ciento del exceso de mortalidad al que me refería. Además, los tratamientos de SIDA, sobre todo con los medicamentos americanos bajo patente que financia PEPFAR, son muy caros, mucho más que los necesarios para enfermedades como la diabetes o la hipertensión, de las que mueren, sin atención de nadie, muchas más personas. Todas las vidas tienen el mismo valor, Jeffrey. Con esas elecciones arbitrarias se dilapida el derecho universal a la salud.

- No existe tal derecho sólo con palabras. Se necesita solidaridad. Mientras estamos hablando están muriendo niños por diarrea, mujeres de partos complicados y hombres con SIDA. Estados Unidos necesita aumentar su cooperación en general y la Unión Europea sus fondos para la salud. Hay miles de proyectos y, lo que es más importante, millones de vidas esperando.

Sabía cómo levantar aplausos y vítores desde los estudiantes americanos imbuidos en su visión de "*just do it*" y las ONGs europeas, ávidas de fondos para "sus" proyectos. Entre ellos estaban Frazer y Rafael quienes lanzaron miradas inquisitivas a Thanda.

- Jeffrey, lo sé muy bien. Tu eres economista y has vivido siempre en Nueva York hablando de la pobreza y la cooperación. Yo soy médico y he sentido en África rural esa necesidad y esa urgencia. He tenido a niños muriendo en mis brazos y no lo olvido. He visto miles de muertes injustas, mientras otra parte de la Humanidad nada en la abundancia. Por eso debemos ir más allá de unas pocas enfermedades y unos cuantos proyectos. Además, dichas acciones son elegidas de forma arbitraria por la "industria" de la cooperación en que vivimos con sueldos mucho más altos que los trabajadores de salud en esos países que no llegan a cubrir sus necesidades

básicas, y por las facturas de medicamentos que en buena parte van a pagar patentes de empresas ya billonarias. Por eso abogamos por el apoyo presupuestario, sí, directo a los gobiernos para que ellos puedan pagar sueldos dignos a sus trabajadores, comprar medicamentos genéricos esenciales y desarrollar sus sistemas de salud universales como servicios permanentes y no proyectos transitorios y para todas las enfermedades, no las que se decidan en Nueva York o en Bruselas.

Hubo un murmullo y Thanda salió de la sala. Sergio y Anna asistían a la reunión y se fueron los tres a la casa de Hoeilaart a terminar de redactar el primer borrador de la política europea de salud global, basada en el esquema "4x4" y con el objetivo de la equidad en salud, la forma clara y firme de medir el derecho universal a la salud. Durante un año trabajaron incansables. Compartían los borradores con Jonay, Aimsa, Nolwasi, Buhleve y Thandiwe. Fueron incorporando a otras "direcciones generales" claves para limitar la sangría de médicos del sur al norte, para aumentar la investigación hacia bienes públicos globales y para limitar las presiones europeas contra las exenciones de patentes para medicamentos esenciales. Coordinaron con colegas en las direcciones generales de la salud en Europa - un veterinario irlandés llamado Canice, en la de investigación -un científico inglés llamado Kevin- y en la de comercio, un abogado italiano de origen sueco llamado Domenico. Con todos entablaron empatía y sesiones entrañables redactando en torno a la mesa del despacho de Thanda, alumbrada con la bobina que alimentaba su pedaleo en el invento del garaje. Todos menos Domenico: la línea de la todopoderosa dirección de comercio, la de mayor mandato común en Europa era muy clara: proteger los intereses de las empresas europeas.

Llevaron luego los borradores a debates múltiples. Sergio coordinaba en el consejo europeo las discusiones con los representantes de los ya veinticinco países miembros de la Unión Europea. Anna coordinaba debates con la sociedad civil. Thanda organizó en la sala de reUniones del edificio de "políticas de desarrollo y cooperación" de la calle Science, un "foro global de salud", al que invitó a todos ellos, diplomáticos del norte y del sur,

activistas y académicos.

Tras dos años de trabajo, cuarenta y seis borradores y miles de horas de reuniones en las que se discutía cada palabra y cada coma, la política de salud global de la Unión Europea estaba lista. Por entonces la República Checa fue la última en ratificar el tratado de Lisboa, el "remiendo" de ausencia de constitución, pero que al menos acordaba ciertas políticas comunes más allá de la comercial. Una de ellas era la política exterior: se elegía a un ministro europeo para la política exterior, se formaba un servicio diplomático europeo y se reuniría con todos los cancilleres europeos para aprobar políticas europeas en sus relaciones con el mundo. El consejo eligió a Lady Ashton, una laborista inglesa con aires aristocráticos y quien defendía los intereses británicos, a menudo más próximos a Washington que a Bruselas.

El consejo de asuntos exteriores celebró su primera sesión el diez de mayo de 2010, aprobando la política europea de salud global. En ella había compromisos por la equidad, por los servicios universales y gratuitos y por políticas europeas que evitasen la sangría de médicos y las patentes abusivas e inasequibles en el sur. Thanda celebró lo que podía ser el inicio de una nueva cooperación basada en la justicia y la dignidad de las personas. Tomó una cerveza kriel en la Grand place con Anna y con Sergio, y fueron a cantar "la belleza" de Aute a la casa de Hoeilaart con sus queridas hijas Ángeles y Daniela. Dos semanas después los tres se encontraron con Paolo y con David en la Asamblea Mundial de la Salud y forjaron una alianza de amistad y complicidad por el derecho a la salud.

Por aquel tiempo le contactó una compañía de "head hunters" (caza-cerebros) para ofrecerle un puesto: la dirección de la oficina de la Fundación Gates para Europa, que se localizaría en Londres a donde, así le decían confidencialmente, se trasladaría el matrimonio Gates. Se dejó hacer entrevistas para conocer más detalles de sus planes, pero mal deberían funcionar los sistemas de inteligencia en no haber detectado la crítica de Thanda al filantro-capitalismo en general y de esa Fundación en particular. Era la más poderosa en la cooperación en salud. Veían la justicia como

caridad y la responsabilidad como una supuesta superioridad moral de la que alardeaban. Todo ello venía de inmensas fortunas amasadas por la especulación, entre otras la compra reciente de gran parte de las acciones de Monsanto.

Thanda viajó con sus hijas a Madrid y le contó a su padre el esfuerzo y el resultado de la política europea de salud global, después de la de tres años atrás por los derechos de la infancia.

- Tu luchaste, papá, y estás curado. Yo luché, y las ideas en las que creo son ahora política europea, espero que sirva para algo.

- Lo importante hijo, es luchar de forma noble, con sólidos principios, actitud humilde, perseverancia en el esfuerzo y huir siempre de glorias y victorias, como dice Kipling en *"If"*.

If era como un credo para su padre. Thanda la tenía escrita por él en su cartera y la releía y recordaba a cada paso, sobre todo el verso que decía: *"if you can meet with triumph and disaster and treat those two impostors just the same"* (si puedes encontrarte con el triunfo y el desastre, y tratar a esos dos impostores de la misma forma). De hecho, tanta paz sentía su alma de haber superado el profundo desgarró del divorcio como de haber conseguido la aprobación de esa política europea, la una sólo en oscuras tinieblas, la otra bajo los focos del caprichoso mundo de la política.

Unos días más tarde, Gerard, uno de los expertos nacionales asignados a su equipo le dijo a Thanda:

- Thanda, ayer en el consejo de ministros del gobierno francés, el presidente Sarkozy, ligado al mundo empresarial de los seguros y las farmacéuticas, recriminó a su ministro de asuntos exteriores por haber permitido que se aprobara la política de salud global "con compromisos contra las patentes y contra los pagos por servicios médicos".

Thanda pensó lo que le dijo el Quijote a Sancho: "Ladran, luego cabalgamos".

Seguía yendo en bici cada mañana al trabajo, aunque ya sus hijas no le despedían efusivas como cuando eran pequeñas y casi preferían ir solas a la parada del bus escolar. Durante la hora de trayecto en bici, a menudo en

las frías mañanas de Bruselas, entre las nieves del invierno, las lluvias del otoño, los narcisos de la primavera y los castaños verdes en verano, oía su música preferida, country, celta y trova cubana, sobre todo para animarse en las cuestas. Por las tardes, mientras regresaba llamaba a sus hijas y repasaban algunas tareas mientras él pedaleaba. Sentía mucha fuerza pedaleando en su uniforme de bombero por los paseos y calles de Bruselas. A la vez sentía nostalgia de sus padres, de sus sueños de adolescente, de su vida en sencillez solidaria en África y de su anhelo de un hogar, ahora convertido en un sueño de piezas rotas, aunque las más bellas, sus hijas, le esperaban cada día a su vuelta de la dura jornada.

Lo que más afligía su corazón era la soledad de pareja. Se sentía "huérfano de caricias, náufrago de abrazos". Aunque su vida era bellamente intensa en cuidar de sus hijas y del hogar, y de luchar por los valores en los que creía en el trabajo, anhelaba el abrazo de un alma gemela con quien compartir la pasión, complicidad y aventuras.

Desde los breves encuentros con Sara en Barcelona, no había tenido ningún acercamiento a ninguna mujer. Sólo guardaba un secreto para sí: cada día cuando pedaleaba hasta el trabajo, a medio camino se cruzaba con una mujer que también iba en bici, pero en la dirección opuesta. Sobre una vieja bici holandesa que identificó como una "gazelle", la primera que sus padres le regalaron a Thanda en su tiempo de emigrantes en Holanda, pedaleaba cada mañana hacia las siete y media, a la altura de la estación de tranvías de la avenida de Tervuren. Era una mujer de complexión atlética y a la vez muy femenina, de cabello pelirrojo suelto al viento, de mirada dulce desde unos ojos, que, a pesar del fugaz cruce, Thanda sintió que eran grises, como los que había soñado desde su adolescencia. Vestía casi siempre un pantalón azul y una camisa de cuadros pardos, los días de lluvia una gabardina gris.

Thanda esperaba ese cruce de unos pocos segundos, que le iluminaba inexplicablemente el día.

Después de varias decenas de cruces pretendiendo no verla, se atrevió a mirarla a los ojos. Unas cuantas semanas después se cruzaron las miradas.

Ya cuando florecieron los narcisos y llegaba la primavera, un día le sonrió. Su sonrisa iluminaba aún más ese rostro dulce. Thanda se hacía conjeturas de si estaría casada, o en relación, o cual sería su empleo, o que pensaría si él se parara un día para saludarla, con cualquier excusa. Pensó incluso en fingir un pinchazo y pedirle ayuda. Pero tal truco le hubiera parecido muy mal comienzo para una relación. Un día decidió el siguiente plan: después de cruzarse con ella se daría la vuelta a unos doscientos metros, sin que le viese y le seguiría hasta su destino. Así lo hizo, con discreción. Vio que dejaba la bici candada frente a un edificio de oficinas en Audherghem. Le dejó una nota en inglés atada al manillar:

- "Cada mañana tu sonrisa ilumina mi día"

Al día siguiente, cuando se cruzaron, le sonrió, pero a la vez le mostró en su mano izquierda un anillo de matrimonio. Thanda hizo un gesto en broma como si se pegara un tiro en la cabeza. En el fondo se sintió feliz. La clave de la vida era arriesgarse por el amor, por la pasión y por las ideas. Fuera triunfo o desastre. Se sentía feliz. Ya llegaría su compañera cuando la magia de la vida lo dijera.

CI. La última aventura, Mosi-oa Tunya, julio 2010

Buhleve dio a luz en diciembre de 2010 a un niño al que llamaron Haka-Sibindi, ("*Hamba-Kashana*-anda lejos-Haka, *Sibindi* – valiente) diminutivo Hasi, en honor a su abuelo. Elías había trabajado con Buhleve hasta que dio a luz, y con Thandiwe después, ya finalizada su formación en Sudáfrica.

Haka consiguió parar el tráfico de glifosato y reforzó los argumentos para que Zimbabue resistiera la presión a abrir sus puertas a los transgénicos y con ello los tóxicos que arrasaban todas las formas de vida menos las comerciales. Helen seguía a su lado, pero, sin saber cómo, la pasión fue dando el relevo a una forma de amistad y complicidad fiel. Aunque había mejorado el temblor de su Parkinson con la levodopa que le prescribía Elías, había ido deteriorándose su marcha y su habla, sintiendo una gran angustia por ello.

Ya para el parto de Buhleve, Helen lo trajo en una silla de ruedas y al ver a su nieto y tomarlo en sus brazos, su rostro, apenas sin expresión por el Parkinson, se llenó de lágrimas. Apenas balbuceando le dijo a Buhleve que hubiera querido andar lejos, "*hamba-kashana*" con él, y mostrarle las muchas aventuras en las que zambullirse con valentía. Buhleve le dijo que, aunque no fuera físicamente, el ejemplo de sus aventuras y su lucha contra el mal siempre guiaría los pasos de Hasi.

Adam, quien ya tenía diecisiete años, había ido descubriendo con fascinación la magia de los saberes de su madre Nolwasi. Ella le había ido enseñando formas de conectar con los antepasados, con los espíritus y con como las tabas podían indicarle el destino y hacer fuerte y luminosa la armonía con las plantas mágicas curativas y con los estados de trance.

Adam, a quien le gustaba ir en aventuras de varios días a los bosques semisecos de Bulilia-mangwe, descubrió unos hongos que, en dosis muy bajas, le hacían poder ver la naturaleza en diferentes dimensiones, casi poder hablar con ella. Se abrazaba a los árboles, podía pasar horas mirando el lento caminar de un escarabajo o un camaleón, hablaba con las mariposas de los *amacimbis* con sus grandes ojos como tigres y sentía una profunda energía y paz con los atardeceres y contemplando las estrellas.

También sentía una conexión cómplice en los inventos y en volar en *inyoni-enkulu*-solar con su hermano Joseph y Nothando, una complicidad del pensamiento profundo de los sentimientos con Thandiwe, y un cariño inmenso por su hermano Unai, a quien le seguían atrayendo las aventuras y escalar todas las tardes los kopjes para mirar en los lejanos horizontes y adivinar los misterios de la vida.

Elías debía volver a Cuba, tras el año de extensión que Haka consiguió le diera la brigada cubana, en septiembre del 2010. Aunque Elías dijo que pediría un visado para volver a Zimbabue, él y Buhleve sabían que podría retrasarse meses o años entre las burocracias y sensibilidades políticas cubana y de Zimbabue, así que decidieron que iniciarían como familia, Elías, Buhleve y Hasi, una nueva etapa de sus vidas en Santa Clara, Cuba.

Se acercaba el mes de mayo y Buhleve sentía un desgarró de su corazón al ver a Haka cada vez más inmóvil. Pasaba largas temporadas en el porche de la casa de Patxi. Helen venía sólo algunos fines de semana. Seguía muy activa en la fundación Anwele y la red Sibithanda por todo el país, además de viajar a Johannesburgo donde trabajaba con Nadine en una editorial de "historias anónimas" recogiendo relatos de personas mayores y grabándoles los sueños que nunca confesaron ni realizaron.

Haka tenía una pequeña radio donde oía la BBC world news y un canal de música clásica que le producía gran serenidad. Un mes antes de la partida de Buhleve con Hasi y Elías, la rigidez muscular le llevó a un estado en el que ya no podía ni vestirse ni lavarse ni comer sólo. Buhleve, y también Thandiwe, Adam y Unai le ayudaban con cariño, pero Haka sentía una angustia muy profunda por su estado y por no poder expresarse.

Elías intentó otros tratamientos asociados y subir la dosis de levodopa. Los efectos duraban unas horas, pero luego entraba en profunda somnolencia y un estado de confusión. Nolwasi intentó en vano varios tratamientos con hierbas y cantos que, aunque aliviaban su angustia, no mejoraban su ya casi total inmovilidad. Unos días después tuvo un episodio de atragantamiento al comer y Thandiwe tuvo que sedarle, intubarle, aspirar las secreciones y tratarle una neumonía por la aspiración.

A toda la familia, sobre todo a Patxi y a Buhleve, se les partía el corazón de ver la angustia constante en su mirada.

En unos de los cortos periodos de tiempo en que hacían efecto las dosis altas de levodopa, Haka quiso hablar con Patxi y con Buhleve. Sabían que el efecto duraría apenas unos veinte minutos y aun así ya le costaba mucho expresarse. Con gran esfuerzo les habló de esta manera:

- *Anaya* (hermano) *Paxti*, *dago* (hija) Buhleve, quiero que me escuchéis bien. Mi vida ya no tiene sentido. Sufro por no poder hablar y por depender de todo para vivir. Vivo temiendo cuando me atragantaré de nuevo. Sé Patxi que en tu fe no es aceptado, pero quiero que me ayudéis a terminar mi vida con serenidad, con dignidad y pudiendo deciros cuanto os amo a todos. He tenido una vida preciosa, sobre todo desde que vine a la misión Patxi. Y lo más bonito que me ha pasado es poder rescatarte Buhleve y ver cómo te has hecho una mujer buena, valiente, generosa, inteligente y darme un precioso nieto en el que siento mi vida continuará de alguna forma mágica. Necesito que entendáis mi angustia.

Buhleve no podía hablar por su profundo dolor. Estaba arrodillada frente a su silla y con la cabeza sobre sus piernas sin saber qué decir. Patxi le miraba con los ojos nublados de tristeza y le respondió, con el filtro de sus creencias y, quizás tabúes:

- *Anaya*, te entiendo, comprendo tu dolor y tu angustia. Mientras hay vida hay mágicas expresiones de amor y te podemos y te queremos cuidar. ¿Buhleve, hay ansiolíticos que pueden relajar sus músculos y su angustia?

- Si *baba wami* (padre mío) hay medicamentos que te pueden calmar la angustia, déjanos cuidarte, tú has dado tu vida por nosotros, has arriesgado tu vida por mí, sólo una mirada tuya alegra mi corazón. Hasi te quiere y siempre quiere estar en tu regazo. No me iré con Hasi a Cuba hasta que mejores.

Haka se quedó pensativo y le corrieron las lágrimas por el rostro ya casi sin expresión por la rigidez. A su estado tan inerte se unía la sensación de ser un peso para los demás y de entorpecer la vida de familia de su querida hija, que debía volar. Patxi le preguntó.

- ¿Cual quieres que sea tu próxima aventura, Sibindi?

Apenas ya sin fuerza, y sabiendo que la próxima sería la última, dijo:

- *Vic Falls*.

A Haka le fascinaba la fuerza de las cataratas Victoria y en especial el mirador del diablo, donde caía con fuerza el río Zambezi al acantilado de cien metros, como trascendiendo toda esa energía a una nueva existencia. Adam había oído la conversación desde la puerta. Adoraba al tío Haka, su fuerza, sus aventuras, su cariño y su generosidad. Se acercó cuando Buhleve y Patxi le dejaron entrar en su sueño, con el fondo de música clásica.

- Tío, te puedo dar un hongo que te hará sentirte en conexión con todo. ¿Quieres probar? Creo que te ayudarán a sentir paz.

- Si Adam, ayúdame por favor.

Al día siguiente Adam fue a hablar con Patxi.

- Aita, ayer os oí hablar con el tío Haka. Está sufriendo mucho. Creo que el hongo que he descubierto y que produce una conexión muy profunda con la naturaleza le puede ayudar.

- Hijo, gracias por preocuparte y quererle tanto. Pero ya le están tratando Buhleve, Thandiwe y Elías de la mejor forma posible.

Adam no insistió, sabía que quien no se atreviera a sentir la profunda conexión natural que él había sentido, no podría entenderle. Su madre Nolwasi sí lo había probado y le podía entender.

Esa noche cenaron todos en el porche. Haka estaba muy somnoliento. Patxi les dijo que irían todos en el BJ40 a una aventura con el tío Haka. A las cataratas Victoria. Todos sabían que sería la última.

Buhleve dijo que había hablado con Elías y él se quedaría de guardia en la misión. Avisaron a Helen y también a Joseph y Nothando. Una semana después salieron en familia a otra aventura, que todos sabían sería la última, del valiente Haka.

Patxi conducía. En el asiento de delante iba Haka y Helen abrazándole. Detrás iban Buhleve con Hasi, Nolwasi, Thandiwe, Nothando y Joseph. Adam decidió ir con Unai en *inyoni-enkulu-solar* en pequeños saltos de una

hora, la autonomía de las pilas, aunque tenían el motor de queroseno por si fallaban las baterías. Diez horas después el auto llegó a Nantwich, dentro de Hwangue, y observaron juntos el horizonte de cincuenta kilómetros y las manadas de elefantes. Esperaron un día y llegaron Adam y Unai de sus vuelos, unidos en profunda fraternidad y fascinados por ver tanta belleza en la naturaleza libre.

Salieron juntos hacia las cataratas Victoria en el coche y en *inyoni-enkulu*. Adam les convenció para que le dejaran ir en *inyoni-enkulu* con Haka, quien expresó su aprobación con su última sonrisa. Mientras el BJ40 llegó a un lodge del parque nacional, Adam sobrevoló con Haka el río Zambezi hasta los inmensos saltos de agua. Al ver desde el vuelo la caída del "salto del diablo", Haka sintió el vértigo de la vida cayendo a un inmenso vacío. La inmensa nube de vapor que subía hacia el cielo y que en la lengua local Kololo llamaban "*Mosi-Oa Tunya*", vapor que ruge, era el recuerdo que dejaba en quienes amó, el fluir del río entre el acantilado le hacía pensar en otra posible existencia con otras aventuras donde entregar su alma. Antes de volver con la familia, Haka puso su temblorosa mano encima de la de Adam, al timón, y, sin apenas fuerzas ya, le dijo: "*Hamba kashana umntwana wami*" (vuela lejos, hijo mío). Ya atardeciendo aterrizaron frente al lodge. Después de cenar Nothando tocó melodías al violín. Acabaron cogidos de la mano y oyendo la preferida de Jonay, "la lista de Schindler". Esa noche, Haka quedó profundamente dormido. A la mañana siguiente tenía los ojos cerrados, su respiración era muy superficial y no respondía a quien le hablara. Aún no había amanecido. Todos estaban a su alrededor. Cuando su respiración comenzó a hacerse irregular y parecía atragantarse con su propia saliva, Adam les dijo a todos:

-Tengo unos hongos que le harán sentirse al tío muy en paz. Nolwasi asintió. Patxi y Buhleve sintieron confianza en la serena aceptación de Nolwasi y el amor de Adam. Sabían que se acercaba su final y querían que fuera en la más profunda y mágica paz.

Adam les propuso que le llevaran al jardín desde donde se veía la quietud del río Zambezi, antes de caer por las majestuosas cataratas al acantilado.

Les ofreció a todos una dosis para sentirse unidos a Haka en su viaje, que sabían, sería el último. Se dieron las manos en torno a Haka, tumbado en el suelo y su cabeza apoyada en el regazo de Helen y sus manos unidas a las de Buhleve y Patxi. Hasi se durmió encima del pecho de su abuelo.

Cada uno se sintió, a su manera, en armonía con su respiración que se volvía rítmica y completa. Fueron sintiendo una energía que parecía salir de sus cuerpos y entrelazarse con el agua, las plantas, la tierra, el aire y el profundo murmullo de las cataratas. Sentían como si en ese estado pudieran permanecer una eternidad. Una especie de serena confianza en un "vacío luminoso" les inundaba y llenaba de una sensación de paz al simplemente rendirse, abrumados sus sentidos y despojados de pensamientos y juicios, a tanta belleza. Se fueron quedando dormidos en su abrazo en torno a Haka.

Cuando ya hubo amanecido, empezaron a despertarse. Helen y Buhleve sollozaron al abrazar a Haka y sentir que ya no respiraba. Había en su rostro una semblanza de profunda paz y una leve sonrisa. Aquella fue, rodeada de naturaleza y de amor, la última aventura de ese gran corazón pleno de valentía y generosidad.

Volvieron con él, su cuerpo inerte, ya libre de la rigidez, hasta Ukuzwana. Patxi conducía en silencio. Pensaba en las dudas de a dónde iban todas las vidas y el refugio de la religión por donde se filtraban destellos de incertidumbre. Haka descansaba ya de tantas batallas en los brazos de Helen y Buhleve que le acariciaban y hablaban de los bellos recuerdos que para siempre quedarían en sus almas. Todos sentían una mezcla de profundo vacío y a la vez inmensa gratitud por haber sido compañeros de viaje de tan maravilloso ser.

Le enterraron bajo la jacaranda de Nour, que ya medía catorce metros de altura, uno por año desde que nació. Hubo una celebración en la misión, por la vida de Haka. Vinieron de todas aldeas de Sibithanda que decidieron llamar desde entonces "Haka-aldeas". Llegaron con Nadine desde Sudáfrica niños que habían sido rescatados gracias a Haka. Jonay, Aimsa, Nour, John, Umbela, Beatriz, Meimuna, Moyes, Fernando, Saidu, Thanda, Cristina,

Ángeles y Daniela mandaron palabras de profundo amor y admiración. También recibieron mensajes de aprecio y gratitud de gentes del gobierno, ya en paz, de Sierra Leona, del de Mozambique, de organizaciones de lucha contra el tráfico de niños, de órganos, de diamantes y contra la especulación financiera que Haka había revelado, junto a Aimsa, en libros que inspirarían muchas más luchas.

Haka le había dejado a Buhleve una caja con una nota: "ábrelo cuando yo ya no esté". Una nota escrita con caligrafía temblorosa decía lo siguiente.

Querida familia,

Sé que por vuestro amor quisierais mantenerme mucho tiempo con este frágil hilo de vida que me queda, pero debo irme a otra dimensión. No sé si será como tú dices Patxi, o con los antepasados Nolwasi, pero dónde sea, os esperaré pues mi paraíso es vuestro amor. Tardad mucho tiempo y muchas aventuras. Yo os enviaré mensajes en los sueños y con los recuerdos de tanto vivido, y sentiréis mi abrazo con suaves caricias del viento.

Ha sido un honor vivir esta aventura. Puse mi corazón en cada paso. Arriesgué mi vida por cada noble razón que se cruzó en mi camino. Y así viviría todas las vidas que me tocara vivir o, quizás, las que vengan.

Os amo desde lo más profundo de mi ser, y por ese amor, quedo en vosotros para siempre.

Jangoiko naiva du (en vasco: si Dios lo quiere).

Dentro había varios paquetes:

Uno con una piedra de esmeralda con forma de corazón para Helen, otra con la camiseta de "busco a este Ángel" para Buhleve, su brújula para Unai, su linterna para Adam, su cantimplora para Thandiwe, las llaves del BJ40 para todos y con una nota para Joseph: "hazlo solar", una concha del mar del país vasco para Nothando y con una nota "para mi Anaya" y envuelta en su txapela, había una cruz de metal con formas de árboles. Joseph les explicó que antes de su última aventura fundió su makarov en ese símbolo para su hermano. Patxi se lo dio en custodia a Buhleve para que siempre le acompañara a Hasi y se puso la txapela. Ya nunca se la quitaría.

Una semana después Patxi recibió una carta sin remitente:

En recuerdo del gudari Unai y su valentía en Euskadi y por el mundo, e inspirados por su lucha no violenta, hemos decidido dejar nuestra lucha armada y seguir nuestros sueños de Euskadi libre sin violencia. Eskerrikasko Anaya.

Iñaki, quien le guió a Patxi al desfiladero de Atzarte hacía cuarenta años ya, estaba en la dirección de ETA. Haka le había enviado una carta a través de contactos, para hablar de la lucha sin violencia y animar la fuerza de libertad para luchar, con la fuerza de desvelar la verdad, contra las redes del mal en el mundo más allá de las fronteras,

Así se fue de la vida física que conocían, un ser maravilloso que les dejó impregnados sus corazones de valentía a todos quienes le conocieron.

CII. La tempestad de la injusticia, Llanes, Asturias, febrero 2011

Moyes había terminado sus estudios de economía en la prestigiosa London School of Economics -LSE-. Gracias al sueldo de Beatriz desde Nueva Delhi, pudo pagar su matrícula y coste de vida en Londres, la ciudad más cara de Europa. En aquella escuela, en Gower Street, al lado del Senate house de la Universidad de Londres, había estudiantes de más de ochenta nacionalidades, la gran mayoría de familias acomodadas y muchos de grandes fortunas. Algunos eran becarios de extractos más humildes, que Moyes rápidamente identificó. Con ellos se sentía más en paz. Junto a un chico de Mozambique llamado Sozinho, un turco llamado Ahmed y un chino llamado Lee, compartió un piso en el ático de una casa victoriana de blanco desconchado frente a la cesa central de los cuáqueros, "*The Friend's House*", que Aimsa y Jonay le recomendaron visitar. Compró una bici de segunda mano en el mercado de *Camden Town* y empezó a recorrer ese mágico crisol de mundos, una de las ciudades más cosmopolitas del planeta. Desarrolló una especial complicidad con Sozinho, su amigo de Mozambique. Era alto y fuerte, aunque algo desgarrado. Tenía un rostro como abotargado, con cicatrices por un acné juvenil y unos ojos grandes y que a menudo miraban entre asombrados y con picardía, sutilmente provocando a su interlocutor. Decía que su nombre, Sozinho, solitario en portugués, era su destino pues no conseguía la compañía de ninguna mujer. Tenía un hondo sentido de ser discriminado por su color y se sentía constantemente como agredido.

Cuando Moyes llegó a Londres, Sozinho llevaba ya un año viviendo allí mientras asistía, por una beca del *British Council*, a cursos del "*School of Oriental and African Studies*"- SOAS- ayudando a traducir la Biblia al idioma Shona. Seguía en el centro africano de Londres cursos de política económica de África que impartía un orondo Profesor Babu, quien había sido seis años ministro de economía de Tanzania y los seis siguientes estuvo preso. Sus adversarios políticos decían que por corrupción, él aseguraba que por envidias e intrigas entre clanes tribales.

Durante aquel año Sozinho iba de casa en casa donde le dejaban dormir un par de semanas en un sofá pues no conseguía que nadie le alquilase un cuarto. Le mostraba a Moyes su colección de cartas "*polite decline*" (rechazo cortés). Sozinho había conocido a un profesor de economía que entendía el mundo de forma diferente, y había ido desarrollando un equipo de análisis y propuestas de lo que llamaban "economía del desarrollo". Moyes y Sozinho iban a cursos de tarde con el grupo de SOAS para, según ellos decían, limpiarse de las "*mainstream economics*" del edificio colindante de la prestigiosa LSE. Allí sólo se entendía la economía desde la mano invisible del mercado de Adam Smith, el crecimiento y, el principal objetivo, la ganancia individual. Éxito personal o corporativo incluso a través, sobre todo, del interés compuesto del cual Einstein dijo, irónicamente, que era "la mayor fuerza del universo".

Moyes habían pasado cuatro años de intensas vivencias y reflexiones entre las teorías de "asunción del poder" y la "rebeldía ante lo injusto", entre LSE y SOAS, apenas doscientos metros separados.

Así terminó sus estudios en junio de 2010 y obtuvo su grado de economía. Beatriz, ya estaba jubilada de la comisión europea. Su hermano Agustín había fallecido cinco años antes y poco después murió su viuda. Ninguno de sus dos hijos quería vivir en el caserío familiar y estaban enfrentados por repartirse la herencia. Con los ahorros y pensión de la comisión europea **Beatriz** les compró la vieja casa familiar y la reformó con el plan de animar una eco aldea con los caseríos de alrededor y un centro de acogida ecuménico y de "amor sin prejuicios". Beatriz se reencontró con un amigo de su infancia, Eneko, que vivía en un caserío vecino, y hacían reUniones de terapias de duelos con profunda empatía.

Como clausura de sus estudios, Moyes dio una charla sobre "el gran casino mundial" para sus amigos y abierta a los estudiantes de "economía del desarrollo" de SOAS. Invitó al universo de personas que habían formado parte de su vida en Londres : los compañeros de casa de Endsleigh gardens, los asiduos del barrio a las sesiones de cuáqueros en Friend´s house, amigos de un grupo aficionado de danza en "*the theatre*", compañeros de

cursos nocturnos que había seguido en el "*Africa Centre*", estudiantes y profesores de LSE y SOAS, y hasta varios vagabundos y "*buskers*" -músicos callejeros- con los que había compartido tertulias, música en Covent Garden e incluso charlas desenfadadas subido encima de una caja de jabón en "*Speakers' corner*".

Vinieron desde Navarra Beatriz y Meimuna, Thanda y desde Bruselas algunos amigos de la escuela europea. Una chica llamada María llegó desde un pueblo asturiano llamado Llanes. Beatriz notó que le observaba con especial ternura.

Moyes explicó con detalles humanos y entrañables como fue adentrándose en aquellos años en el complejo mundo de la economía mundial, el dominio del dólar virtual, sin respaldo de reservas de oro y mágicamente adorado por todo el mundo. Curiosamente rezaba, nunca mejor dicho, en el billete de ese mítico papel que dominaba el mundo "*In God we trust*". En esa fe del dólar, en alianza con el clero, las jerarquías feudales, luego las naciones y aderezada de dominio militar, corporativo y financiero, se hacían el 90% de las transacciones internacionales y representaba el 60% de las reservas monetarias globales.

La economía entonces tenía consecuencias de lo ocurrido en Breton Woods, justo después de la Segunda Guerra Mundial, con la creación de instituciones financieras para la reconstrucción de una Europa en ruinas. En aquel tiempo el dólar estaba respaldado por la reserva de oro. En 1971 Nixon rompió aquella relación entre dólar y oro, y se dejó su valor en la "confianza de la sociedad" en el gobierno americano. No era una alianza anecdótica que dicha "hipnosis" de "*in God we trust*", fuera de la mano del sueño americano difundido por Hollywood y de la dominancia militar que mantenía a Estados Unidos virgen de guerras en su territorio desde donde el Pentágono y la CIA sembraban violencia por todo el mundo.

Poco después la crisis del petróleo llevó, por la especulación de los precios por los países productores, a un gran acúmulo de dólares. Esos "petrodólares" se invirtieron en el "desarrollo" de las economías del golfo pérsico y el endeudamiento de dictaduras latinoamericanas. Aquellas

dictaduras militares habían sido apoyadas por la doctrina Monroe que Roosevelt llevó, desde el hundimiento del Maine, a un nuevo imperialismo bien organizado. Todo ello era ensalzado por el mito que Hollywood que sembraba en mentes de todo el mundo el mito del bueno americano contra el malo comunista, en rescate de la víctima pobre. Desde la "Escuela de las Américas" se habían graduado la mayor parte de los dictadores y aliados de la CIA en el continente que confundía su nombre, América, con el país que lo dominaba sin pudor.

Luego llegó la crisis de los ochenta desde la cual las instituciones financieras creadas cuarenta años antes en Bretton Woods, comenzaron a dominar las economías endeudadas de los países "subdesarrollados" e imponer las reglas del juego de los países "desarrollados". El poder monetario se iba acumulando en pocas manos, aquellas que jugaban en ese casino mundial de la especulación financiera y a su poderoso juego del "interés compuesto", el arma que citó Einstein.

Moyes fue dibujando en el viejo y extenso encerado de la sala de conferencias un gran esquema del dinero mundial, sus escondites, sus flujos, sus "derivados" y esa "fe de tener fe" que movía una economía global. Nadie entendía del todo pero tenía un claro efecto en el acúmulo de unos pocos y la marginación de la mayoría, cuyas vidas estaban a merced de los que más y más amasaban por la especulación.

Marx había vivido, un siglo atrás, a unas pocas manzanas en el Soho. Escribió "El Capital" a trescientos metros de donde ahora Moyes hablaba. Moyes solía ir a leer y hacer sus esquemas en el pupitre 07 de la biblioteca del British Museum, donde Marx pensaba y anotaba sus ideas. Moyes pensaba que las teorías de Marx no podían ya explicar un mundo en el que los medios de producción seguían en pocas manos, pero el real poder residía en un capital financiero que dominaba todo y cuyos tentáculos estaban tan ramificados que se diluía quien y como ejercía el poder y la opresión.

Dibujó en la pizarra una gran bolsa, que tenía todo el dinero en circulación o pasivos (disponibles) bancarios: unos ochenta billones -millones de millones- similar al "producto interior bruto" mundial. Representó el valor

de cambios entre dinero y bienes. Cada dólar cambiaba de manos, de media, una vez al año. Así se medía la economía, con el flujo del dinero, y se le llamaba "producto interior bruto". Ese flujo era muy desigual. Algunos dólares cambiaban de manos mil veces al año y otros, más de la mitad, ninguna vez. Ese dinero aparentemente "quieto" era muy poderoso. Generaba la "célula cancerosa" del interés compuesto.

A la vez había unas ciento sesenta mil toneladas de oro con un valor de venta de unos 50 dólares el gramo, es decir, un valor total de unos ocho billones. Entre el valor respaldado, real, de ocho billones y el del dinero en circulación, ochenta, había setenta y dos billones de "papeles verdes" con la frase de la Fe y el signo masónico del "delta luminoso", el noventa por ciento, con un valor tácito, mítico, arbitrario, impuesto por unos pocos y aceptado sumisamente por el resto.

Así como gran parte del dinero se relacionaba con un metal escaso al que se le daba un valor, al 90% del dinero de "valor fatuo" se le asignaban "derivados": acuerdos de cambios, de pagos futuros, de seguros sobre dichos fondos, de seguros sobre los seguros, y así hasta más de diez capas de supuestos de derechos sobre ese dinero falso, que llegaban en total a diez veces el valor de todo el dinero en el mundo. Esos derivados se movían de manos veinte veces más que el dinero "real". Lo hacían a un ritmo de cinco billones por día, mil ochocientos billones por año. Es decir, sólo un dólar de cada diez en derivados financieros, que cambiaban veinte veces al año de manos, estaba respaldado por dinero en circulación. Y sólo el diez por ciento del dinero en circulación, que cambiaba una vez de manos al año, lo estaba por el oro, que apenas cambiaba de manos. Moyes hizo una pausa y mirando a la audiencia dijo:

"Es un gran juego de mentiras que parece que nadie se atreve a contradecir y todos seguimos jugándolo".

Prosiguió diciendo que la economía no era sólo dinero. Servía para comprar y vender productos naturales o transformados y servicios, el tiempo de las personas. Una parte del mundo trabajaba con su sudor transformando la naturaleza en "materias primas" de la superficie, alimentos, agua, madera;

y de su subsuelo, combustibles fósiles -carbón, petróleo y gas- y minerales. Esas "materias primas" suponían una quinta parte del llamado "producto interior bruto" mundial. La mitad de ella eran combustibles fósiles extraídos a las entrañas de la tierra. Veinte millones de toneladas de carbón, ochenta millones de barriles de petróleo y treinta millones de metros cúbicos de gas al día, que se quemaban e iban asfixiando al mundo con el calentamiento global). Una tercera parte en minería, cuarenta millones de toneladas de minerales también arrancados a la tierra cada día, la mitad en hierro. Otra quinta parte eran los alimentos, suficientes para toda la Humanidad, quizás en el ejemplo más claro de la injusta distribución humana: mientras un tercio comía en exceso, una sexta parte vivía con hambre. Cantidades menores en otras extracciones directas de la naturaleza completaban la destructiva relación del hombre con la naturaleza, como la madera, deforestando a un ritmo de veintidós millones de hectáreas por día.

Esas materias primas se procesaban en las fábricas con resultados de millones de manufacturas de toda forma de productos de consumo. Las fábricas humanas contaminaban con unos ciento cincuenta mil tipos de sustancias tóxicas el aire, los suelos y las aguas. También intoxicaban así los cuerpos de hombres, animales y plantas. El consumo se aliaba con los plásticos, que envolvían la mayor parte de las manufacturas. Un millón diario de toneladas de plástico iba invadiendo la tierra y el mar, donde pronto habría más plásticos que peces. Esas manufacturas en gran parte intoxicando al planeta se vendían por un valor global de quince billones de dólares.

Pero el sector que progresivamente había ido dominando la compra y venta no eran los bienes, naturales o procesados, sino los servicios, que ya eran dos terceras partes de la economía global. Algunos servicios transmitían conocimientos para el bien común, como la salud o la educación, y así eran reconocidos por algunos países que, como el Reino Unido, con excepciones como la prestigiosa LSE, de donde había obtenido su flamante diploma, los defendía con cobertura universal pagada con impuestos en equidad. Pero muy a menudo la economía de los servicios era simplemente transportar,

almacenar, distribuir, volver a almacenar y redistribuir, seducir el consumo y vender bienes innecesarios e inflados de precio y beneficios.

En todo ello faltaba un factor de la ecuación: las especulaciones de las transacciones de instrumentos y derivados financieros. Esa evolución del interés compuesto, como bien predijo Einstein, se había convertido en el monstruo más poderoso que dominaba, si no el universo, las vidas de los ya siete mil millones de personas. El entramado de derivados, con el simple objetivo de cambiar frenéticamente de manos y conseguir beneficios, generaba unos ciento ochenta billones de ganancias, tres veces el producto interior bruto de la riqueza tangible en bienes o servicios.

Para resumir, Moyes hizo un gráfico con dibujos: por un kilo de café se pagaban diez centavos al sudor del agricultor, cuarenta centavos a los obreros de las fábricas que lo molían y envasaban, un dólar a quien las almacenaba, transportaba y vendía en las tiendas o servía en las cafeterías y de ello sacaban hasta tres dólares quienes "apostaban" por esos beneficios con cartas trucadas en la gran mesa de póker en que se había convertido la economía mundial. También así funcionaba la economía por países y regiones, unos con su sudor y sus manos, otros con los "overall" y las máquinas, otros con negocios con calculadoras y otros con la especulación desde softwares inteligentes en ordenadores y despachos enmoquetados, con aire acondicionado y música de fondo.

Desde lo más rural a lo más urbano, desde los campos de Etiopía a las torres de Manhattan, desde lo pagado miseramente a lo pagado con lujos obscenos. El sesenta por ciento de las personas del mundo, unas cuatro mil millones, en su mayoría en países del sur, se dedicaban a la agricultura en zonas rurales y recibían por ello el tres por ciento del producto interior bruto, es decir, un dólar y medio al día. Un veinticinco por ciento, mil millones, trabajaban en fábricas periurbanas con sueldos medios de unos veinte dólares al día, hasta diez veces menos en países de menos ingresos. Un quince por ciento, una proporción mucho más alta en países de ingresos altos, se dedicaba a los servicios y recibían por ello salarios de unos cincuenta dólares al día, de nuevo, enormes disparidades entre países. Y

menos del uno por ciento de la población mundial se dedicaba a especular con el capital propio y ajeno, ganaban unos cuarenta mil dólares al día e iban aumentando más y más su patrimonio de tierras, viviendas, medios de producción y capital, y los medios de comunicación, sus fichas en el perverso casino mundial. Diferencias extremas desde uno a cuarenta mil en ingresos y de uno a un millón en patrimonio. Así repartía el poderoso mito de la propiedad y el dinero, la especie humana.

A la charla asistía un profesor díscolo de la LSE llamado Thomas Piketty que al concluir se acercó a Moyes y le dijo que, con otro grupo de personas igualmente alarmadas por las desigualdades, estaban pensando en la idea del Instituto Internacional de Desigualdades, al que le invitaba a participar con sus ideas.

Meimuna y Beatriz se fueron al hotel que Moyes les había reservado: el mítico hotel Russel, en la plaza del mismo nombre, a dos manzanas del SOAS y otras dos del museo británico. Le había regalado a Meimuna "la conquista de la felicidad" y a Beatriz "por qué no soy cristiano" del filósofo que daba nombre a la plaza. Los amigos se fueron despidiendo y quedó a unos diez metros como tímida y ajena a su nube de amistades una joven más baja que alta, con pelo negro rizado que se alborotaba en su frente, unas gafas redondas que le hacían parecer una intelectual bohemia y unas pecas que parecían revelar inocencia y sed de aventuras. Lo que brillaba al sonreír eran sus ojos, tras los lentes, de un verde miel que seducía y una inefable ternura que acariciaba el alma. Así la veía Moyes, al menos. La había conocido en los cursos del centro africano. Se llamaba María.

María había nacido en Llanes, Asturias, un pueblo que fue de pescadores y ahora estaba entregado, sobre todo, al turismo. Un claro ejemplo de la economía que describió yendo de lo rural a lo urbano, de los alimentos a los "servicios", de la mar a los hoteles y restaurantes para turistas. Llenaban cada verano el pueblo venidos de Oviedo, Madrid y, más y más, de fuera de España, en busca de sus míticas y maravillosas treinta playas, algunas de ellas aún casi vírgenes. Había estudiado magisterio en Oviedo y al poco de graduarse se fue de maestra con un modesto sueldo de la cooperación

española a apoyar tareas de alfabetización que la federación de religiosas de la enseñanza (FERE) llevaba a cabo en Bata, Guinea Ecuatorial. Conoció de cerca la dictadura corrupta de Obiang y su alianza con Estados Unidos a través de las explotaciones de petróleo de Exxon. Quería entender mejor aquellas perversas redes de enriquecimiento de unos pocos y destrucción de la naturaleza. Con lo ahorrado de cooperante apoyó a sus padres, que apenas tenían para pagar la hipoteca. Viajó a Londres para asistir al curso de política económica de África, en el Centro Africano al que llamaban "la capital de África" en Europa..

Tras conocerse en aquel curso del profesor Baba, Moyes, prendado de su misteriosa y cálida mirada, la invitó a pasear por Covent Garden y le acompañó hasta su casa, que compartía con una estudiante alemana en Camden. Fueron intimando y confesándose sus historias, sus anhelos y sus temores. Viajaron en otoño del 2009 en un vuelo barato de Ryanair hasta Santander y de allí a Llanes en ferrocarril de vía estrecha. Moyes sintió parecida fascinación por la dulzura de María que por el paisaje de Asturias. Conoció a su familia. El padre, y al menos tres generaciones antes que él, habían sido pescadores. La madre cuidó de la familia y, cuando empezó a flojear la pesca, limpiaba casas de veraneantes burgueses de Oviedo y de Madrid. Vivían la abuela, sus padres y dos hermanos menores en un humilde piso de sesenta metros cuadrados frente al barrio de pescadores de La Moría, que pagaban, o más bien intentaban pagar, bajo una hipoteca de treinta años mediante el pago de un préstamo del banco de Santander.

Después de su graduación y conferencia en Londres, Moyes se trasladó a España. Fue primero al caserío navarro de los Beloqui, donde ya se estaban instalando Meimuna y Beatriz. Una semana después siguió camino hasta Llanes, donde ya había vuelto María con su familia. Quiso hacerlo andando y siguiendo el Camino de Santiago. Paraba en las ermitas románicas para meditar sobre el mundo y sobre su futuro. Cuando llegó a Llanes tuvo un emocionante reencuentro con María.

Moyes y María fueron andando por la costa hasta la playa preferida de María, Torimbia. Al día lo abrigaba una serena niebla, como si la hubieran

traído de Londres. Tras atravesar el pueblo de Niembro siguieron el camino hacia el oeste y subieron un paseo empinado. Al deslomar, María le pidió a Moyes que cerrase los ojos y le guio hasta un alto desde donde se veía la playa. Le dijo que abriera los ojos. Moyes quedó hipnotizado de tanta belleza: hacia el horizonte se veía una ladera virgen y frondosa de helechos, y a sus pies la arena blanca y limpia de una playa en forma de concha que se perdía entre la neblina y se difuminaba su final. A pesar de la niebla y el frío fuera y dentro del océano, Moyes y María se desnudaron y entraron al mar. Pasaron el día abrazándose, descubriendo sus cuerpos y fundiéndose como si la eternidad hubiera encontrado un momento al que nada más le importaba.

Decidieron seguir juntos el camino desde Llanes hasta Santiago de Compostela y buscar inspiración espiritual y natural para su unión y su futuro. De vuelta a Llanes María le pidió a Moyes ir a hablar al "Paseo de San Pedro", un hermoso paseo de prados y brezos sobre rocas contra las que rompía bravo el mar Cantábrico.

- Moyes, te tengo que contar una honda preocupación: mi familia ha ido disminuyendo sus ingresos por los recortes de cuotas pesqueras a España y el agotamiento de los bancos pesqueros. La cofradía de pescadores de Santa Ana, a la que han pertenecido varias generaciones de mi familia, ha ido desapareciendo. Sólo quedan unos pocos barcos como adorno para los turistas, y la fiesta de la Virgen del Carmen el dieciséis de julio, patrona de los marineros.

- ¿Crees que el gobierno de Zapatero está dando la espalda a la gente?

- Bueno, realmente ganó las elecciones tras la alianza de Aznar con la gran mentira de Bush en Irak y su consecuencia en los atentados de Atocha. Empezó con la dignidad de la retirada de tropas de Irak y servicios sociales ampliados para personas dependientes.

- Sí. También legalizó los matrimonios entre homosexuales y mi madre y Beatriz se han podido casar. Además, sabemos por Haka, que ya se nos fue, que fue intercediendo para el fin de ETA finalmente el pasado septiembre.

- Pero, Moyes, desde el colapso de Lehman brothers en 2008, la crisis económica en España ha puesto al gobierno de rodillas frente a la banca.
- Así es María. Los bancos, que habían especulado con las hipotecas, la burbuja inmobiliaria y los derivados financieros, comenzaron a ver desaparecer el dinero fantasma, y con ello sus grandes negocios. El paro y la disminución de exportaciones llevó al gobierno a un déficit público y una deuda comercial. La Unión Europea, más preocupada de sus finanzas y comercios que de su gente, presionó, sobre todo desde el poder económico y financiero de Frankfurt a que España y los países que empezaron a llamar "PIGS" (Portugal, Italia, Grecia y España), ajustaran sus gastos y redujeran su déficit y deudas, para no afectar al valor del Euro. Empezaron entonces a tomar protagonismo las "agencias de rating" Fitch, Standard and Poors y Moody's, las mismas responsables del colapso financiero que llevó a la crisis económica mundial, y que calificaban las deudas públicas y por lo tanto los intereses de la deuda. ¡La gente está más pendiente de "la prima de riesgo" que del hombre del tiempo!
- ¿Por qué se ha permitido a los bancos ahogar nuestras vidas?
- Tienes razón. Ellos mandan a través de la trama financiera mundial. Cada vez una parte mayor del presupuesto que los países recolectan en impuestos a sus ciudadanos se destina al pago de intereses de la deuda. Bajo presiones europeas e internacionales de "estabilidad macroeconómica", la de ese gran casino ficticio, millones de trabajadores honestos, con ingresos o salarios recortados o en paro, despidos más libres y pensiones reducidas, no pueden hacer frente a sus deudas e hipotecas.
- Es como lo dices Moyes. Está llevando a miles de dramas personales y familiares. Mi padre ha recibido un ultimátum del banco, de que si no paga los retrasos de la hipoteca procederán al desahucio.
- Es horrible María. Hay que hacer algo contra esta injusticia. Los mismos bancos que otorgaron hipotecas basuras y aumentaron la demanda y así los precios y los beneficios de los constructores y especuladores, sus grandes amigos, y del gobierno, han empezaron a hacer desahucios de casas a las que las familias humildes como la tuya que ya no pueden hacer

frente. Además, el pago restante de las hipotecas es mucho mayor que el valor de mercado de las casas tras pinchar la burbuja inmobiliaria.

- A mis padres les quedan por pagar casi doscientos mil Euros y el valor de venta de la casa ahora es de ciento treinta mil. Aun vendiéndola y quedándose sin nada tendrían que estar pagándole al banco el resto de su vida, la mayor parte de la pensión.

- La crisis económica ha doblegado todos los tímidos principios sociales. El gobierno está "rescatando" a la banca especuladora con sesenta mil millones de Euros, para que puedan seguir su juego especulador, que incluye préstamos al mismo gobierno y la compra de sus letras del tesoro. Es triste ver que familias endeudadas como la tuya, María, "pagan una deuda ficticia, por un valor ficticio a unos bancos que el gobierno con sus impuestos rescata para que les desahucien de sus hogares".

- ¿Y qué podemos hacer Moyes?

- Yo siento por ti María una unión profunda, lo siento por primera vez en mi vida. Y quiero que estemos fuertes y unidos frente a esta lucha. Vamos a resistir a la amenaza abusiva de desahucio a vuestra casa.

Esa semana viajaron en autobús a Madrid y se unieron a las manifestaciones que llevaron a la huelga general en España contra la reforma laboral y la de pensiones. Allí se quedaron con Pascual, con quien Thanda les puso en contacto, en el albergue de Santa María de la Paz. Llevaban una pancarta que decía: "Es indecente. Casas sin gente. Gente sin casas", como decía la linda canción de la cantante catalana Isabel Perez Cruz, que gustaban de oír.

Con jóvenes que conocieron durante las manifestaciones crearon una página en Facebook, «Yo soy un joven español que quiere luchar por su Futuro» que dio luego lugar al blog y movimiento "juventud en acción". Conocieron a Ada Colau, una mujer catalana que no pudo acabar su carrera de Filosofía por penurias económicas de su familia, y que lideraba con fuerza la "plataforma de afectados por la hipoteca", fundada en Barcelona.

Moyes y María, colaborando y conviviendo en el albergue de Santa María de la Paz se dedicaron a lanzar la plataforma "stop desahucios". Con la ayuda

de abogados que de forma voluntaria colaboraban, movilizaciones comunitarias y manifestaciones frente a las casas de políticos y banqueros consiguieron parar el desahucio de los padres de María. En el siguiente año ayudarían a parar dos mil desahucios más, viajando por todo el país. Movilizaban a los vecinos, se encadenaban a las paredes y puertas, preparaban recursos judiciales, intentaban hablar con los banqueros, y si todo resultaba imposible, recaudaban fondos para alquileres en otros pisos. Empezaron a recibir herencias de pisos y donativos de toda España para ello.

Moyes y María estaban muy unidos luchando frente a la injusticia. Habían leído el libro "¡Indignaos!", del escritor y diplomático francés Stéphane Hessel, uno de los redactores de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, que llamaba a un alzamiento «contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica». Como bien decía, «El nazismo fue derrotado, gracias al sacrificio de nuestros hermanos y hermanas de la Resistencia y a las Naciones Unidas contra la barbarie fascista. Pero esta amenaza no ha desaparecido y nuestra ira contra la injusticia sigue intacta».

Moyes iba compartiendo estos sentimientos con Thanda, quien puso a las 10 horas del 10 del 10 de 2010 un video en la web llamando a una revolución del compartir, desterrando el absurdo competir y el consumo ciego.

La amenaza a la justicia no tenía ahora uniformes militares, sino especuladores financieros que casi nadie conocía; no disparaba fusiles sino endeudamientos públicos y privados, consumos tóxicos y enajenantes, ahorros vinculados a destrucción natural y social, y desahucios de los hogares a los más humildes. Hessel llamaba a la insurrección pacífica contra los medios de comunicación de masas que alentaban al consumo en masa, al desprecio hacia los más débiles y la competición excesiva de todos contra todos.

Esa Navidad la celebraron en la humilde casa de la familia de María en el pueblo de pescadores que ya no pescaban, Llanes. El padre de María había

preparado su pequeña barca y salió en el bronco Cantábrico para traerles un pescado de rape que la madre cocinó con una deliciosa salsa de perejil, cebollas y limón. Moyes, quien no comía "nada que sonriera" aceptó como quiebra a sus principios a la coraza radical, rendidos al guiso de tal pesca épica y tal cariño en la cocina. Celebraron en familia que seguían manteniendo su hogar, al que Moyes y María ayudarían a mantener con el nuevo plan de hipoteca acordado con el banco. Desde el mirador asturiano de viejas maderas curtidas por la sal del mar, vieron una majestuosa tormenta romper sobre la punta del Bruño, que fuerte, como la familia unida, resistía al embiste feroz del mar.

Unos días después de Navidad, el 4 de enero de 2011, un joven tunecino, Mohamed Bouazizi, debido a su drama económico, se prendió vivo. Desencadenó una fuerte ola de manifestaciones en Tunez que terminaron por derrocar al gobierno y contagiarse a otros países en lo que se llamó la Primavera Árabe.

La injusticia infiltraba todo en la sociedad, pero los jóvenes del mundo se empezaban a levantar indómitos.

CIII. Perro-flautas en la Puerta del Sol, Madrid, mayo 2011

Patxi y Nolwasi seguían entregados a su misión en Ukuzwana. Desde la marcha, *kashana-kakhulu* (muy lejos) de Haka, Patxi ya no hablaba vasco con nadie. Sentía una nostalgia más profunda de sus raíces y de la compañía de su hermano. Su querido y bravo Anaya. Siempre llevaba su txapela y sus últimas palabras en la noche eran frente a la jacaranda de Nour donde su esencia física alimentaba cada hoja y cada flor: "hasta que nos volvamos a ver", *Jangoiko Naivadu* (si Dios lo quiere).

Unai tenía ya trece años y seguía entusiasmado en sus escaladas y aventuras, ahora también con *inyoni-enkulu* solar, que había aprendido a pilotar con destreza. Buhleve y Elías se habían trasladado a Santa Clara en Cuba, donde ambos trabajaban como médicos y veían crecer a Hasi. Thandiwe ya se había hecho cargo del hospital de Ukuzwana. Le ayudaba Marco, un médico voluntario de una ONG italiana vinculada a la lucha de los migrantes en el Trastébere. Algún "virus" debía haber en Ukuzwana, pensaba en broma Patxi, cuando parecía que como ocurrió con Jonay y Aimsa, y con Buhleve y Elías, algo parecía prender entre Thandiwe y Marco. Tras la transición, como le gustaba decir, de Haka, y la conexión de toda la familia con él aún más consciente con los hongos, Adam había ido profundizado en el conocimiento de las plantas de Bulilila mangwe. A bordo de *inyoni-enkulu* solar fue recorriendo todo el distrito, haciendo mapas, tomando notas y dibujando en un cuaderno cientos de tipos de plantas y sus efectos. Nolwasi le compartía el saber de las conexiones de las plantas con los antepasados y con las energías que se bloqueaban y se manifestaban en enfermedades, como también pensaba Thanda. Su afán de conocer más y más sobre las plantas era apasionado. Patxi y Lolwasi pensaron que podría avanzar en esa vocación si estudiara biología en alguna universidad. Preguntaron a la "familia-por-el-mundo" y fue Moyes, su primo, instalado ahora en Madrid con María desde donde luchaban contra los desahucios y otras injusticias, quien más le animó a que pensara en estudiar en Madrid. Podría además vivir con ellos en la casa que Thanda les ofreció en las montañas de Robledo, a una hora de Madrid. Beatriz se ofreció

a apoyar con el viaje y los gastos de matrícula de su sobrino. Una noche, Patxi y Nolwasi se quedaron hablando con Adam después de la cena.

- Hijo, nos encanta verte apasionado por las plantas y sus efectos en el cuerpo y el alma de las personas. Nos hiciste sentir una realidad mágica unidos a Haka en su última aventura en esta dimensión.

Dijo Patxi.

- Así es hijo.

Prosiguió Nolwasi.

-Tienes un don especial en esa conexión. Al principio pensé que era el saber que yo heredé de mi abuela Masora. Me ilusioné que podrías seguir mi entrega a la salud aquí en Bulilila-Mangwe. Continuar la profunda conexión con nuestros antepasados y espíritus. Pero creo que tu mundo es más amplio. Tiene raíces vascas también, que debes indagar. Por ello hemos pensado que quizás quieras viajar a España y estudiar allí en la universidad las plantas de todo el mundo. ¿Qué te parece?

En ese momento Unai estaba espiando silenciosamente tras la puerta del porche. En la penumbra fuera de la luz de la pálida lámpara de queroseno. Se le llenaron sus ojos de lágrimas pues su amor por su hermano era muy profundo. Sentía que se podría ir lejos. Pero sus lágrimas salían de unos ojos arqueados hacia el cielo también por la alegría por el vuelo de su hermano más allá de los saltos con su *inyoni enkulu*.

Adam respondió emocionado.

- Gracias *baba, mama wami* (padre, madre míos). Me hace muy feliz que sintáis mi pasión y felicidad en la conexión con el mundo mágico de las plantas. Sé que pueden ayudar a cambiar la Humanidad y hacerla más sensible a la belleza y el saber de la naturaleza.

- Así es hijo. Estás llamado a una noble misión a través de un profundo saber, *ukulwasi* (saber del alma). Por eso tu madre y yo hemos pensado en ofrecerte el ir a España a estudiar biología y botánica del mundo. También allí conocerás tus raíces vascas y otro mundo para que tu saber se nutra de otras luces y voces y alumbre otros hogares y caminos.

Adam sintió una angustia en su pecho al oír esas palabras. Vio además a su

hermano pequeño en ese momento y adivinó sus ojos encharcados de lágrimas de amor.

- Gracias de corazón, papá, mamá. Pero yo soy de aquí y no me quiero separar de vosotros ni de mi hermano. Ni de Thandiwe, ni Nothando ni de Joseph. Sois mi familia. Sin vosotros estoy perdido.

Patxi y Nolwasi se emocionaron al oír tanto amor y entrelazaron sus manos. Paxti, le dijo así:

- Tu sentimiento es noble hijo, pero piénsalo bien. Cuando tú vuelas en *inyoni-enkulu* tu alma ve el mundo desde arriba, y luego vuelves a la tierra entendiéndola mejor. Así puedes pensar tu vuelo a España, al mundo de las universidades con gentes de muchos lugares distintos aprendiendo de muchas ideas diversas. Es sólo un vuelo hijo, aquí está tu hogar siempre. Igual volaron Jonay, Aimsa y Nour; Thanda y su familia; y Buhleve, Elías y Hasi. Y seguimos profundamente unidos.

En ese momento Adam pensó en Haka. Él también había volado, pero mucho más lejos. Y en cada aventura todos se sentían con él, y a su vuelta, el mundo era más grande, más mágico y más lleno de esperanza. Y recordó su último mensaje: "*Hamba kashana, umntwana wami*" (camina lejos, hijo mío).

Unai entró en el porche y le dio un abrazo a su hermano y le dijo:

- *Ubudi wami* (hermano mío), *hamba kashana*. Tienes muchas aventuras que descubrir. Vuelve luego y cuéntanos. Yo iré creciendo para esperarte mirando desde los kopjes. Y sí tardas mucho iré a buscarte en *inyoni-enkulu*.

A la mañana siguiente, mientras compartían su desayuno de *sour-milk* y miel de la misión, Adam les dijo que había decidido irse. Lo hacía con el desgarró de alejarse físicamente, pero no en el corazón. Con la gratitud de su apoyo toda la vida. Tomaría el "*inyoni-enkulu-enkulu*" (pájaro muy grande) para conocer más mundos. Se iba con la esperanza de sentirse muy cerca en la distancia. Estaría esperando reencuentros. Su compromiso era el de aprovechar cada día la aventura del saber y hacer bien a los demás y a la naturaleza.

Patxi y Nolwasi le dieron el mayor tesoro, cuidado y guardado desde su nacimiento hacía ya dieciocho meses y medio: el diario de su vida desde que en el lodge del black Eagle Nolwasi le desveló a Patxi su llegada. Patxi lo había ido escribiendo con profundo cariño y detalle, explicándole lo que ocurría a su alrededor en aquel tiempo que no recordamos. Le relataba en cada página como le sentían dentro del vientre de Nolwasi y cientos de detalles llenos de ternura mientras iba aprendiendo a andar y a hablar. Adam lo miró fascinado: cubierto con una tela marrón, su "diario del comienzo" tenía relatos de su historia, su vida, sus antepasados, una bolsita con su primer corte de pelo, las celebraciones en la misión cuando nació y reflexiones de sus padres sobre la mágica aventura de vivir. No podía pensar en nada más valioso.

Así Adam viajó a Madrid en mayo de 2011. Sintió una mezcla de miedo disimulado y asombro fascinado al subirse al avión que vía Londres le llevaría hasta Madrid. Le recibieron en el aeropuerto Moyes y María. Llegaba con una simple mochila, su diario de su infancia, algo de ropa, un jersey de algodón tejido por su madre, la linterna de Haka, su libro de anotaciones y de dibujos de plantas de Bulilila-mangwe y unos regalos de despedida muy especiales : su padre le regaló un colgante de cáñamo con una pequeña cruz de madera en la que había escrito en letra pequeña "*lihambe kuhle*" (marcha en paz), su madre sus tabas de adivinación y Unai una pequeña roca de "sus" kopjes" en la que le escribió "*nigyakuthanda ubudi wami*" (te quiero, mi hermano).

Adam tenía ya dieciocho años, era un joven mulato alto y atlético, con el pelo rizado y castaño oscuro, una frente redondeada y suave sobre dos cejas levemente pobladas que protegían una mirada de inefable ternura. Adam siempre miraba al mundo con fascinación y a las personas con cariño. Debajo del ojo izquierdo tenía una cicatriz de cuando tenía apenas un año y caminando a hombros de su tío Haka se hizo un rasguño con la espina de una acacia. La fortuna o el destino hicieron que, en lugar de perder la vista, fuera su cálida sonrisa como subrayada por esa ligera cicatriz que lucía orgulloso y le hacía recordar a su tío valiente. La nariz entre vasca y zulú,

los labios fuertes hacia un mentón firme y la barbilla hendida.

Moyes sólo le había conocido brevemente en la despedida de Jonay cuando viajó con Beatriz y Meimuna a Ukuzwana. Estaba muy feliz de tener un pedacito de Ukuzwana en Madrid, otra ciudad europea enloquecida por los coches, las prisas, las competiciones y el consumo, pero con almas que despertaban a esa locura y clamaban por nuevos y limpios horizontes.

Tomaron el metro, otro motivo de asombro para Adam, transitando kilómetros bajo la tierra hacia la estación de tren de Chamartín donde siguieron viaje hasta Robledo de Chavela. En el recorrido Adam quedó asombrado de como el monte de El Pardo, otrora propiedad del dictador Franco, seco por el severo calor y sequía, se parecía mucho a sus campos de Bililila mangwe. Las acacias espinosas allí eran encinas y los impalas eran ciervos. Identificó varias plantas similares y muchas otras desconocidas que miraba entusiasmado y parecían darle la bienvenida.

Llegaron a la pequeña estación abandonada de Robledo y bajaron las cuestas hacia la casa de Thanda, "casa Garay". Una entrada de una puerta metálica daba a un paseo de lilos, resecos por el calor de agosto, desde el cual vio a su derecha un pequeño terreno, la caseta de lo que parecía un pozo y unos cuantos pinos, parecidos al que en Brunapeg daba sombra y nidos a los pájaros tejedores. Un alto árbol que reconoció de sus lecturas de los libros de la biblioteca de Bulawayo como cedro del Líbano, daba sombra a una casa de piedra y cal blanca, tejas árabes y contraventanas metálicas pintadas de verde. A unos veinte metros había otra casita más pequeña.

Entraron a la casa donde había cuatro pequeñas habitaciones, una de ellas ocupada por Moyes y María, y le dieron a elegir entre el resto. Adam escogió la más pequeña al fondo donde había una cama, un viejo armario con una figura de un payaso preocupado y una silla. Por la ventana se veía el jardín y la caseta del pozo. Se dio una ducha de agua fría mientras María y Moyes le preparaban una tortilla de patatas que probó por primera vez, y cortaban una sandía, muy parecida a las de Matabeleland. Moyes le dio, en nombre de Beatriz, su tía, un ordenador portátil y un teléfono móvil, ya casi

indispensables para vivir en el mundo al que había llegado y también útiles para estar en contacto con su hogar y raíces en Ukuzwana. Tuvieron una tertulia de bienvenida cenando en una mesa y dos bancos de piedra, a la luz de un farol de un callejón trasero.

Ordenó su cuarto y sus pocas pertenencias. En el cajón de una pequeña mesa al lado de la cama metió con veneración su diario de la infancia, la linterna de Haka, el libro de "anotaciones de la naturaleza", la piedra de su hermano, la cruz de su padre y las tabas de su madre. Sobre la mesilla puso una foto de la gran familia de Ukuzwana. Meditó esa noche dando gracias a la vida.

Durante la primera semana Adam fue a buscar algún trabajo en el barrio de la estación donde había unas doscientas casas, la mitad sólo habitadas durante los fines de semana y vacaciones por familias que vivían y trabajaban el resto del tiempo en Madrid. Encontró tres casas donde cuidar los jardines un día en semana y así recibir un poco de dinero para sus gastos.

Empezó a hacer los tediosos trámites de residencia y de su inscripción en la universidad autónoma de Madrid. Tomaba el tren hasta Madrid y en el trayecto de una hora hacía anotaciones sobre el mundo de las plantas, del que no dejaba cada día de descubrir mágicos secretos. Durante la primera semana se inscribió a los exámenes de admisión de extranjeros a la licenciatura de Biología, en el campus de Cantoblanco de la universidad autónoma de Madrid. Ángeles, desde Bruselas, le envió por email los temarios que ella también estaba estudiando para completar su "bachillerato internacional" e incorporarse a la misma universidad en los estudios de arquitectura.

Se hizo un plan de trabajos y de estudios. Combinaba los días cuidando el jardín de la casa y los otros del barrio que atendía, y estudiando la historia y la literatura vistas desde España y Europa, la física newtoniana, las matemáticas teóricas y su pasión, la biología. Se hizo también un horario diario desde que salía el sol hasta que se ponía, que incluía, además de tareas y estudios, las conexiones con sus padres y hermanos en Zimbabue

cada día y una vez en semana con Nour y sus padres en White Lake.

Moyes fue haciendo una amistad y complicidad muy especial con Adam. El tono de su piel, la heroicidad de sus madres y el estar entre dos mundos y la sensibilidad natural y social, les hacía conectar con gran empatía. Adam fue sintiéndose en esas primeras semanas en un nuevo hogar y una nueva familia.

Una semana después llegó Thanda desde Bruselas. Le fueron a recibir a la estación de tren. Al llegar, Thanda abrazó a esos tres jóvenes valientes que ahora ocupaban la casa que él no pudo convertir en hogar como hubiera querido. Cenaron juntos en la mesa de piedra. Moyes y María le contaron sobre sus luchas contra los desahucios y la injusticia económica en España. Adam les habló de su fascinación por las claves de armonía y experiencias reveladoras de las plantas. Thanda les dijo como tras luchar por una política justa de salud global, había sido marginado en la comisión europea. Pudo obtener la plaza de profesor invitado en Berkeley a donde se iría en unos meses. Moyes y María se fueron a dormir y Adam se quedó conversando con Thanda.

- Qué alegría que estés en esta casa Adam.

- Gracias por acogerme Thanda. Cuéntame, como llegaste aquí.

- Te contaré: creo que viene de mis raíces: mi abuela materna, Amama en vasco, viene de un precioso caserío en el pueblo vizcaíno de Garai. Ella era mi madrina también. Fue una madre coraje que a pesar de vivir en la espera de un esposo migrante y luego de un compañero anarquista, cuidó con enorme esfuerzo de sus hijas, a quienes dio, fregando y cosiendo, los más nobles valores y las mejores oportunidades de educación. Yo, desde que pude conducir, la llevaba al caserío cada verano, me contaba de su vida épica y entre los montes verdes y las huertas en las laderas sentía mis raíces. Pero mis padres "me nacieron" en Madrid, donde crecí y estudié. En la ciudad conocí a la madre de mis hijas y comencé a trabajar. Fue por Jonay, compañero de estudios de medicina en Canarias, que supe de Ukuzwana. Aunque sólo estuve dos años, ese tiempo cambió mi vida. Cambié el consumo por la sencillez, la propiedad por el compartir, la carrera

por el compromiso por la justicia y lo urbano y tecnológico por lo rural y natural. Es un lento proceso el de "des urbanizarse". A mi vuelta de Ukuzwana me enfrenté al desgarro más doloroso de mi vida: la separación, por el rechazo, de la madre de mis hijas. Busqué un lugar donde ofrecer a mis hijas un hogar más sencillo y natural que la sofisticación artificial de la ciudad. Empecé entonces a animar la asociación de cooperantes, a conocer y ayudar a gente sin techo y a aliarme con valientes y sencillos bomberos que arriesgaban sin dudar cada día sus vidas por los demás. Necesitaba tener mi lugar de puertas y corazón abierto. Por un anuncio en el hospital donde hacía guardias encontré este lugar, que estaba abandonado por una familia en disputa por su herencia. Veo que has ocupado el lindo y pequeño cuarto del fondo. ¿Viste el payaso que preocupado mira oblicuo al cielo?

- Si. Y sospecho que tiene una historia. Cuéntame.

- Pues fue por ese payaso que estamos aquí. Cuando vi estas casas, entonces con sus tejados caídos, rodeadas de vegetación salvaje, la zarza cubriendo toda la parte baja, cientos de brotes de aliantos y olmos, los almendros en flor y el frondoso paseo de lilos, dudaba del esfuerzo que llevaría reconstruirlo. Entré en la casita pequeña y vi que un rayo de luz brumoso por la polvareda del escombros del tejado caído, alumbraba cual foco en un escenario, al payaso que ahora está en tu habitación. Como ves, está mirando asustado hacia arriba y con una mano en la cabeza protegiéndose de algo que parece caérsele encima. Al verlo, así me sentí yo: se caía el mundo del hogar que quise siempre cuidar para mis hijas y con él la confianza en los valores de fidelidad y generosidad que me enseñaron mis padres. Sentí que éste era el lugar donde abrir mi corazón afligido. Mi padre, recién jubilado, me ayudó a comprarla y a ellos pertenece la casita de al lado. Me puse a reconstruirla, a reparar los tejados, desbrozar la zarza, surcar la huerta, poner electricidad y estufas, encalar sus paredes y pintarla por dentro con sombras de tintes naturales.

- Que linda historia Thanda. ¿y por qué no te quedaste aquí?

- Lo hice durante un tiempo Adam. Combinaba el cuidado de mis hijas en los tiempos que la fría y cruel ley nos deja a los padres separados, en mi

caso más bien repudiado, con trabajos en varios hospitales, apoyo a una organización misionera, a un albergue de personas sin techo, animar la asociación de cooperantes y hasta estudiar las oposiciones de bombero, de médico en Canarias y de funcionario de la Unión Europea. Fueron unos años tan atribulados y a la vez solitarios, que no pude darle a esta casa el calor, color y sabor del hogar que soñé. Por eso que estéis vosotros aquí me alegra mi corazón, Adam. Te siento como un hijo.

- Y yo a ti como mi padre en este mundo lejos de *ekhaya* (el hogar). Voy a ponerle todo el cariño cuidándola Thanda. ¿Cómo están Ángeles y Daniela? Las recordamos con mucho cariño en Ukuzwana.

- Y ellas a vosotros Adam. Han venido conmigo desde Bruselas, pero estos días se han quedado con su madre. El domingo vendrán con mis padres para verlos. No sabes qué ilusión tienen en verte. El divorcio fue duro para ellas. Ver a sus padres que sufrían y se hacían sufrir mutuamente. Supongo que estuvieron quebradas entre mi ilusión de mantener la familia unida y la determinación de su madre de empezar una nueva vida familiar. Ahora vive con otro hombre que conoció mientras yo me quedé un tiempo más en Ukuzwana.

- Si, Thanda, recuerdo como fue duro para ti verlos volverse a Madrid.

- Así es Adam. No quiero emitir juicios de justos y pecadores o verdugos y víctimas. El amor a veces se desvanece y no hay fuerza que lo pueda volver a recomponer. Puedo decir que sí que me parece injusto que si alguien no puede seguir amando le intente apartar al otro de sus hijos y le pida de su esfuerzo para su vida lejos de él o ella. Eso da mucho coraje. Pero ya fue pasando todo Adam. Ya han pasado nueve años desde aquel desgarró. Ángeles y Daniela han compartido sus vidas con su madre y conmigo, entre Madrid y Bruselas, donde están ahora. Son seres plenos de ilusión y gratitud por la vida. Aman tanto a su madre como a mí. Hasta de las tinieblas más oscuras la vida nos devuelve a la luz de la esperanza.

- Cuanto me alegro Thanda. ¿Y dime más de tu plan de irte de profesor a Berkeley?

- Pues al principio sentí que era una huida de un repudio del poder y una

aventura para mis hijas, quienes inicialmente querían venir conmigo. Pero luego lo he ido viendo como una oportunidad de abrir mis horizontes y, como mis hijas han decidido volver a Madrid con su madre, un espacio para reinventarme a mí mismo y abrir mi corazón a nuevos sueños.

- Qué alegría me da oírte Thanda el enfrentarte a nuevos horizontes en un lugar desconocido. Me siento igual, lejos del hogar y de mi familia, pero abierto a lo que la vida quiera mostrarme aquí. Y dime, ¿qué harán Ángeles y Daniela?

-Pues Daniela seguirá sus estudios de secundaria en la escuela donde iba antes de venir los dos últimos años a Bruselas, cerca del piso donde vivirá de nuevo con su madre y su esposo. Ángeles está acabando su bachillerato internacional y los exámenes para intentar venir a la universidad autónoma de Madrid, como tú, a estudiar arquitectura. Tiene mucha ilusión en volver a verte Adam.

Adam recordaba con mucha ternura los paseos con Ángeles por los caminos y kraals cerca de la misión, con los entonces pequeños Unai y Daniela.

- A mí también me gustará mucho volver a verla. Ya me ha enviado temarios para mis estudios de acceso a la universidad. Estoy seguro que podemos volver a compartir, diez años después, muchas aventuras.

Thanda sintió un cariño especial por Adam. Ya lo sentía en la misión. Era un ser de bondad y luz. Su expresión, en especial su mirada, bañaban todo de ternura suave y de generosa bondad. Sintió, de una forma inconfesable, que en él latía el hijo que nunca tuvo, y que sería muy importante en su vida. Saberle, con Moyes y María, viviendo en la casa donde soñó su hogar, era un mágico guiño del destino.

Al día siguiente vinieron los padres y hermanas de Thanda y comieron todos juntos unas tortillas de patata y unas croquetas riquísimas que había preparado su madre. Tenían ya ochenta años y el corazón lleno de dulzura. Se les veía muy unidos. Adam sintió una unión con ellos muy especial. Nunca conoció a sus abuelos y sentía que ese hueco en su alma esperaba una luz que parecía, inconfesablemente, ver en ellos. Enrique, con el pelo plateado resistiendo a entradas de una frente curtida seguramente por

muchas ideas y sueños, tenía una mirada que rezumaba una mágica mezcla de aprecio y respeto, una breve y suave nariz que llevaba a unos labios finos y breves, como si todo ello fuera un homenaje a la humildad. Adam fue comprobando desde su primer contacto con él una inteligencia tan asombrosa como humilde. Carmen tenía el brío y coraje que Thanda le había contado a Adam de su Amama, una expresión dulce y tierna y una belleza otoñal que el tiempo no fue capaz de nublar. Lourdes, la hermana que le seguía a Thanda, era una mujer que respiraba cariño y alegría de vivir. Vivía sólo con su hija Celia, una linda niña que gustaba de tocar el violín y de bailar. Carmen, la pequeña aiy a quien llamaban Chiqui, era alta y muy bella, con profunda sensibilidad artística heredada de su padre, y una entrega, con su esposo inglés Mark, al cuidado de tres pequeños que correteaban por el campo ávidos de aventuras.

Llegaron poco después Ángeles y Daniela. Su madre y su esposo las trajeron en coche mientras fueron a comer al vecino y monumental monasterio de El Escorial, otrora centro del Imperio español que sometía con la espada y con la cruz a medio mundo. El reencuentro fue muy emocionante. Corrieron todo el paseo de lilos hasta abrazar con profundo cariño a Adam. Cristina también se acercó, mientras su esposo esperaba fuera con discreción. Le saludó a Adam con cariño.

Hacía muchos años que Thanda no se encontraba cara a cara con Cristina. El desgarró de su corazón, los juicios, las demandas económicas y la distancia de sus hijas, a veces impuesta y cruel, habían hecho que Thanda rehuyera todo posible encuentro, incluso cuando Cristina fue a ver a sus hijas a Bruselas durante los últimos dos años.

Ángeles y Daniela observaron con una mezcla de emoción y temor como sus padres, separados tantos años por el dolor, se saludaban cordialmente. Al fin en paz. Cristina parecía actuar con mucha naturalidad y les regaló una caja de bombones a los padres de Thanda que, cortésmente, agradecieron. Thanda, quien sentía sus piernas temblar como si el dolor de una década se concentrara en unos segundos, le ofreció un abrazo sin palabras.

Ángeles y Daniela se abrazaron a ese abrazo. Fue un solo momento fugaz,

como a veces lo son los trazos más mágicos de la vida, pero su efecto fue sanador en aquellos cuatro seres unidos, cual fuera n sus destinos distintos, por la vida.

Ángeles y Adam sintieron esa tarde una conexión muy especial. Hablaron de sus vidas desde que se despidieron la última vez con apenas ocho años en Ukuzwana. Les unía un pasado de ternura y un futuro descubriendo saberes en la misma universidad y quizás nuevos horizontes y aventuras de la vida.

Cristina recogió a sus hijas al atardecer. Ángeles y Daniela les preguntaron a Moyes, María y Adam si podrían venir a quedarse en Robledo su yegua Spirit, el perrito Homeless, su gatita Satia y el conejito Chaplin pues les sería difícil cuidarlos en el piso de su madre, o para Thanda llevárselos a Berkeley. Los tres les respondieron un sí entusiasmado. Thanda sentía, que, por extraños sortilegios del destino, aquella casa de sus sueños por fin empezaba a tener el calor y color de un hogar.

En la madrugada Thanda tomaría el tren camino del aeropuerto para volver a Bruselas y preparar su marcha a Berkeley. Sentados en la mesa de piedra de "casa Garay" Moyes les explicó su preocupación por la injusticia de la economía mundial.

A Adam, acostumbrado a sobrevivir en la sabana seca de Bulilia Mangwe y a ver apenas algunos carros de burros y la tienda de la misión con no más de una docena de artículos de limpieza o de legumbres y granos secos le costaba entender el concepto de "crisis". Le rodeaban en Madrid carreteras llenas de coches, vías de trenes, metros y todo tipo de transportes y tiendas, incluso en el supermercado del pueblo, con miles de productos diferentes. Claro, todo dependía de tener dinero, pero él sin aun estudios reconocidos en España y hablando un español muy limitado, ya tenía unos trabajitos y se había hecho un plan de ahorro para ayudar a sus padres.

- Pero tenéis de todo tipo de comidas, herramientas, transportes y comunicaciones. ¿Por qué está la gente tan descontenta?

En ese momento intervino María:

- Tenemos de todo si lo puedes comprar, Adam. Sin dinero no hay nada,

casi nadie cultiva y casi nadie fabrica sus muebles, sus instrumentos o sus máquinas. Y el dinero lo controlan los bancos.

- ¿Y por qué la gente le da su confianza?

- Pues porque para pagar algunas cosas como un coche o sobre todo una casa, como mis padres, tienes que pedirles prestado e ir pagándoles poco a poco.

- Lástima, sería mejor pedirle ese dinero a la familia o los amigos, ¿no crees?

Entonces intervino Thanda:

- Sí, y sobre todo compartir. Las personas viven en sus pisos, con sus familias y compitiendo por cada uno tener los suyos.

- Sí... Ojalá cambie como están haciendo John y Umbela en Eila.

- Sí, esa es la esperanza. La utopía del compartir.

- Y mientras tanto, ¿qué ocurrió con los bancos aquí?

María le explicó, con el dolor de la historia de sus padres:

- Pues, desde que los bancos se quedaron sin los ahorros de ciudadanos honestos, en paro o con empleos precarios y salarios bajos, por haber estado haciendo juegos especulativos con ellos, la mayor parte de los países tomaron fondos de los impuestos de esos ciudadanos engañados para salvarles las cuentas a los bancos y pudieran seguir funcionando. Se llamó "el recate de la banca".

- ¿Pueden dejar de pagar sus impuestos las personas al gobierno para no contribuir a ese robo?

En ese momento intervino de nuevo Thanda, quien fascinado escuchaba a esas almas puras y valientes hablar de la justicia.

- Es difícil Thanda, ya están incluidos en los salarios que recibes o en los precios de lo que compra. Además, cuando no se vive compartiendo en comunidad, como en las eco aldeas, el sistema justo de repartir para que unos no tengan demasiado y otros demasiado poco, son los impuestos. Eso sí, en equidad, redistribuyendo la riqueza. Ahora los más ricos casi no pagan impuestos y los más pobres no tienen para sobrevivir. Dentro de los países y entre los países. Mira el contraste entre Madrid y Matabeleland.

Moyes añadió:

- Pensamos que sólo será posible la justicia por un fuerte movimiento ciudadano que obligue al gobierno a cambiar las leyes.
- ¿Y cómo se puede hacer que ese movimiento tome fuerza? Esto es tan injusto como el racismo en Sudáfrica.
- Pues aquí hay algo así como un apartheid económico. Unos atesoran riquezas y otros viven endeudados. Dime, Adam, ¿has oído hablar de Islandia?
- Sé dónde está, pero apenas sé nada de su historia.
- Pues es una isla muy al norte, entre Europa y América y entre sus modelos capitalistas-industriales y la supervivencia en el polo norte y la fascinación por su mágica naturaleza.

Thanda añadió:

- Esa naturaleza mágica de glaciares y volcanes ya despertó la imaginación de Julio Verne en el "viaje al centro de la Tierra", ¿Lo has leído?
- No, me encantaría, y otras novelas que me puedan ayudar a entender este mundo, nuevo para mí.
- Claro, yo te lo voy a conseguir y será mi regalo de bienvenida.
- ¿Y qué ocurrió en Islandia?

Moyes prosiguió:

- Pues allí se fue constituyendo un movimiento ciudadano asambleario que se opuso a que se pagaran con sus impuestos deudas del gobierno y de los bancos. Se empezaron a pedir responsabilidades a sus banqueros y políticos. Se fue dando un proceso constituyente desde la base.
- Y aquí en España ¿se ha ido uniendo la gente en lucha también?
- Sí. El ejemplo valiente en Islandia ha inspirado conciencias en España, a los sindicatos y a miles de asociaciones civiles en lucha contra injusticia. Se convocó una huelga general contra las reformas laborales y de las pensiones hacía un año, a la que vinimos María y yo desde la casa de sus padres en Llanes, Asturias, bajo amenaza de desahucio.
- En resumen –dijo Adam-: Se está quitando del dinero de los humildes y dándoselo a los ricos banqueros.

Thanda concluyó:

- Así de claro es, Adam. Yo lo estoy estudiando en como esa injusticia se cobra años de vida. Lo he conseguido proponer en una política europea. Ahora voy a estudiarlo con más detalle en Berkeley e incluso a proponer cambios dentro de Estados Unidos, el epicentro de esa forma injusta de vivir de rodillas ante el mercado, la competición y las desigualdades.

Adam acabó así esa entrañable tertulia a la luz del farol amarillo en la mesa de piedra:

- Como dicen los zulús y los ndebeles en sus luchas por la justicia y contra el racismo: ¡"Amandla"! (fuerza).

- ¡"Awethu"! (con nosotros).

Respondió con el puño en alto Thanda.

Durante la semana y mientras Adam comenzó sus tareas y sus estudios, Moyes le comentó lo siguiente a Adam:

- María y yo estamos muy implicados con la plataforma contra los desahucios y las convocatorias de los ciudadanos indignados en los barrios y en la Puerta del Sol de Madrid. Los partidos de la derecha y amigos de los bancos nos llaman "perro-flautas" pues hay muchos grupos que viven de forma alternativa, con pocas pertenencias, con música y amor a los animales. Así también les llaman a veces a quienes promueven las eco aldeas, como en Eila. Hace un par de meses que los grupos de internet que llamaban a las movilizaciones se han ido uniendo en la plataforma Democracia Real Ya, donde podemos enviar propuestas políticas para España. Se ha convocado a una gran manifestación para la semana que viene, el 15 de mayo. ¿Quieres venir?

Moyes le dio a Adam un ejemplar del libro ¡Indignaos! del viejo luchador y funcionario francés Stéphane Hessel, en el que llamaba al alzamiento contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica.

Llegó el 15 de mayo, apenas diez días desde la llegada de Adam a ese mundo que no dejaba de asombrarle, y fue con Moyes y María en tren hasta Atocha. Allí se encontraron con Pascual, el amigo de Thanda y otros compañeros de Santa María de La Paz, repudiados por la sociedad del

dinero.

Adam nunca había visto tanta multitud. La Puerta del Sol y las calles que a ella llegaban, estaban llenas de gente que protestaban por la creciente desigualdad y la injusticia del sistema y sus gobernantes. Tras múltiples discursos y testimonios de injusticias, se fue "poniendo el sol en la puerta del Sol" y un centenar de personas pusieron unas tiendas de campaña. Pascual decidió quedarse, conocía bien las noches en la calle. Adam volvió con Moyes y María a Robledo en el último tren de la noche.

Por la radio oyeron que la policía desalojó a la fuerza la acampada de la Puerta del Sol y hubo una veintena de detenidos, entre ellos Pascual. Se volvió a convocar otra manifestación dos días después y esta vez fueron muchos más los que pusieron sus tiendas de campaña. El gobierno decidió permitirlo. En respuesta, se reprodujeron centenares de acampadas en las plazas de la mayoría de las ciudades españolas y se extendieron por todo el mundo. Parecía que habría un cambio y que podría reflejarse en las elecciones del 22 de mayo en las que, ante la desconfianza ante el partido socialista gobernante, ganó la derecha amiga de los bancos, especialmente en Madrid. Adam no podía entender como tanta gente en pie de lucha en la calle y por una razón tan clara como más justicia social, no se reflejara en las urnas. Algo extraño ocurría con la llamada "democracia".

Ante un gobierno sordo a las voces de los indignados, y desalojada la acampada de Sol, la lucha se trasladó a asamblea popular en los barrios y pueblos de España. Moyes y María convocaron una asamblea en Robledo, pero apenas fueron veinte personas. Moyes acudió al día siguiente como portavoz de la asamblea de Robledo, a lo que se llamó la Asamblea Popular de Madrid.

Con Moyes y María implicados en la lucha social y Thanda y sus hijas de vuelta en Bruselas, Adam se concentró en estudiar los exámenes de acceso a la universidad y cuidar de las plantas con las que encontraba la serenidad y armonía que parecían perdidas en esa sociedad enloquecida del "progreso".

CIV. Entre la belleza indómita, White Lake, julio 2011

Aimsa estaba en el porche de la casa de White Lake, ya parte de la eco aldea del "lago sereno". Sentía como si algo de su alma guerrera se había quedado como entumecida, triste, en transición, con la marcha de Haka. Pero a la vez sabía bien que su legado era la valentía y fuerza para seguir luchando contra tramas de dolor.

Además, desde la fundación de la eco isla de la laurisilva, la red de ecoaldeas espirituales tenía la nueva ilusión de ir de eco aldeas aisladas, aunque conectadas entre ellas y en colaboración con los estados donde estaban ubicadas, a converger en eco regiones. Más fuerte se hacía el proponer áreas libres de armas, emisiones, plásticos, tóxicos y propiedades de tierras, aguas y de animales y su cruel sacrificio.

Seguía con detalle las tramas de redes de manipulación genética de semillas, alimentos y personas. También estaba pendiente de los debates y avances contra las emisiones y el cambio climático.

En la lucha contra los transgénicos, que casi equivalía a la lucha contra Monsanto, habían extendido de Zimbabue a Estados Unidos la identificación de casos de linfomas no-Hodgkin y su posible relación con el glifosato. Tal cruel mercancía seguía intacta por presiones económicas en connivencia con corrupción política. Junto a ese veneno se permitía el uso de setecientos cincuenta diferentes productos que se vendían impunemente en el país e infiltraban las aguas, alimentos y cuerpos de las personas.

Aimsa seguía en contacto entrañable y cómplice con Nayra, quien tras su compromiso con el zapatismo alternaba tiempo con sus hijos y trabajo en la universidad de Berkeley con proyectos y luchas nobles campesinas en México.

Nayra había sabido de la lucha valiente de Haka contra Monsanto y le hizo sentir la alarma de lo que estaba ocurriendo en su querido México. En contacto con el obispo rebelde Raúl Vera supieron de los informes de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad; del Instituto Nacional de Ecología y de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas. Habían analizado la evidencia científica y consultando con

organizaciones sociales como "sin maíz no hay país" y con comunidades indígenas. Con la razón y el sentir se habían pronunciado de manera negativa a la solicitud de siembra de semillas transgénicas de Monsanto en el país, donde ya se cultivaban en lo que paradójicamente se llamaban "polígonos liberados". Argumentaban la posible filtración de agroquímicos como el glifosato a los mantos acuíferos o la colindancia de los polígonos liberados con áreas naturales protegidas y zonas prioritarias terrestres, marinas e hídricas. A pesar de eso, la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), que estudió esos conceptos, dio luz verde a la siembra. La mano de Washington era firme sobre las decisiones del gobierno de México, cuya economía seguía a sus pies. Monsanto comenzó ese año a sembrar soja transgénica a nivel comercial en más de 253.000 hectáreas distribuidas en México.

Tras su tiempo en Chiapas y antes de volver con sus hijos a Berkeley, Nayra visitó comunidades campesinas en la península de Yucatán, hasta ahora un territorio de selvas casi tan vírgenes como cuando sólo habitaban pueblos mayas.

Allí conoció a Leydi Pech, una indígena maya que cuidaba con su familia de colmenares en dos hectáreas, parte de un ejido en el estado de Campeche. Como muchos otros miembros de la comunidad y como sus antepasados desde épocas remotas, cultivaban miel de la delicada abeja melipona, que no poseía aguijón, por lo que no podía defenderse de sus depredadores. Todo un signo de lo que estaba ocurriendo en la humanidad. Nayra colaboró con la organización *Ma OGM* en presentar ante la justicia mexicana una solicitud de amparo a indígenas y campesinos de toda la península del Yucatán. Solicitaban la suspensión de la siembra de soja transgénica en la región por parte de la empresa Monsanto y se exigía consultar a los pueblos indígenas cualquier decisión al respecto. Jueces locales valientes aceptaron la petición y sentenciaron a favor.

Tras dicha decisión Monsanto declaró que "se ignora la afectación que incidirá sobre los productores de soja de la región, quienes tienen derecho a acceder de forma voluntaria a mejores tecnologías agrícolas en beneficio

propio de sus familias". Claro, no se decía que las semillas de soja transgénica con campos devastados de toda vida por el glifosato, eran "terminator", es decir, sus cosechas estériles y los campesinos estaban condenados de por vida a seguir comprando cada año la combinación letal de semillas robóticas y herbicidas destructores. La soja se exportaría para piensos sobre todo a China, hambrienta de dietas cárnicas a la par de su incipiente consumo enajenado, en brazos del capitalismo más feroz. Monsanto seguramente impugnaría las decisiones de los jueces de Campeche y Yucatán ante un tribunal superior, que con sendas llamadas desde la sede de Monsanto en Cre Coeur, Misuri, a la Casa Blanca, de ésta a la de Los Pinos y de Los Pinos al juez correspondiente bien podría ordenar la reanudación de los cultivos de soja. Lo bueno era que cualquier cambio de la decisión debería consultar a los pueblos indígenas y en su idioma maya, en sus asambleas de cada comunidad y cada ejido por usos y costumbres. Habría que seguir bien atentos a esa constante amenaza.

Nayra le contaba a Aimsa el mensaje de la asamblea ejidal de campesinos cuidadores de meliponas: que no había que dejar que las abejas se murieran, que siempre había que defenderlas pues las abejas no sólo servían para hacer la miel, sino para polinizar los alimentos y darles la vida. Aimsa pensaba en la riqueza de la polinización, de la diversidad, en el ejemplo de las abejas cuidando de la naturaleza, en la miel, como era el nombre del movimiento que llevó a la eco isla de la laurisilva, y del símbolo de las meliponas: carentes de aguijón, sin hacer daño y haciendo el bien. Vulnerables pero generosas.

Pensó en las polaridades entre simios bonobos, pequeños, pacíficos y solidarios, y simios chimpancés grandes, ruidosos, agresivos; entre abejas meliponas, pequeñas, tolerantes, diversas (en su polinización) y pacíficas, y abejas "apis", grandes, a veces selectivas en qué flores polinizan y agresivas; entre pueblos y personas también musculosas, carnívoras, competitivas y agresivas, con niveles altos de cortisol y otras menos musculosas, vegetarianas, colaborativas y pacíficas.

El imperio en el que vivía, Estados Unidos, era agresivo en su conjunto

contra los demás países. Como una abeja apis mostraba y amenazaba con su aguijón. El más potente: las armas nucleares.

Aimsa asistió a una conferencia de Noam Chomsky en la biblioteca pública de Nueva York en honor del Día Internacional para la Eliminación Total de las Armas Nucleares. Mencionó el "*doomsday clock*" ("reloj del juicio final") y como el peligro de accidente o guerra nuclear unido al calentamiento global lo habían llevado a seis minutos antes de medianoche en comparación con todos los días, horas y minutos de un año en un estado de paz sin riesgos. Al salir se acercó y le dio las gracias por su apoyo a la red de eco aldeas y a la constitución de la eco isla de la laurisilva. Chomsky se mostró muy entusiasta con el ejemplo de Eila y le invitó a compartir un café en Dunhill's.

- Noam, ¿crees que el mundo va lentamente hacia un desarme y paz estable?

- Me temo que no Aimsa. Son más las declaraciones que los hechos, y desde que acabó la II Guerra Mundial hemos ido hacia menor ambición y compromisos en paz y derechos humanos. Hay quien dice que hoy en día no se llegaría a un consenso sobre la declaración, que ni siquiera es vinculante, universal de los derechos humanos. La primera resolución aprobada por la primera Asamblea General de Naciones Unidas, que se celebró en 1946, era sobre el compromiso hacia el desarme nuclear poco después del genocidio en Hiroshima y Nagasaki. Pero han pasado cincuenta y cinco años y estamos mucho peor que entonces. Desde el Tratado de no proliferación en 1968, que no era vinculante, sólo han cumplido los que no tenían armas, salvo algunos como Corea y hay temor en Irán. Los que de verdad no han cumplido son los que ya están armados, amenazándose mutuamente.

- ¿Cómo es posible que sólo una minoría de países tengan amenazado al resto del mundo con sus armas nucleares?

- Así son las dinámicas del poder. De hecho, son los mismos que tienen el privilegio "divino" sobre los demás de tener puesto permanente en el consejo de seguridad y además poder de veto sobre el resto del mundo.

Además de "los matones del patio" tienen armas nucleares Israel, protegido de Estados Unidos; India y Pakistán amenazándose mutuamente, y Corea del Norte, aduciendo, con no pocas razones, el defenderse de Estados Unidos.

- ¿Qué capacidad de destrucción nuclear tiene ahora el mundo, en tan pocas y egoístas manos?

- Las bombas de Hiroshima y Nagasaki tenían entre unos veinte kilotones cada una. Mataron a más de doscientas mil personas y sus efectos radiactivos perduraron varias generaciones. Hoy las hay de hasta ochocientos kilotones, y ya son más de catorce mil bombas en todo el mundo. A una media de cien kilotones, y bien dirigidas, como lo están todas por misiles "inteligentes", destruirían veinte veces la población mundial, de seres humanos y casi todas las formas de vida sobre el planeta. Y eso es sólo parte de todo el gasto militar para destruir vidas: unos dos billones de dólares, veinte veces más que el gasto en cooperar y ayudarse entre países. No creo que haya ninguna otra especie animal que sea capaz de tal absurda atrocidad.

- ¿Y si planteamos no un tratado vinculante, no de "no proliferación" sino de prohibición y destrucción inmediata de todas las armas nucleares?

- Buena idea. Y ojalá también se acabara la locura de la energía nuclear en general. Hay más de cuatrocientas plantas de energía nuclear, la cuarta parte en Estados Unidos que con Francia y China juntan la mitad. Generan más de trescientos mil megawatts instalados, menos del 8% del total de la energía instalada en el mundo. No es necesaria y deja riesgo radioactivo para miles de años. Pero hay intereses militares en ello. Francia le sigue el argumento a Estados Unidos pues la mitad de su energía es nuclear. De nuevo, los miembros permanentes del "consejo de seguridad" son los que someten a más riesgo al resto del mundo, también por esta energía de riesgos potenciales horribles y para muchas generaciones. Fíjate el desastre hace unos meses de Fukushima, con veinte y dos millones de japoneses afectados por la radioactividad y expuestos a efectos cancerígenos y de malformaciones. Tuvo que ocurrir ese desastre para que países con cierta

conciencia como Japón y Alemania clausuraran sus programas de energía nuclear. Pero otros, sobre todo los mismos países del consejo de seguridad y con armas nucleares, siguen aumentando sus centrales nucleares y tirando su basura nuclear a otros sitios, también inseguros, en los que la radioactividad, por ejemplo, del plutonio, puede durar más de cuarenta mil años. Al menos desde 1993 se prohibió que se tirara al océano, aunque se aprovechan de la debilidad de algunos países, como Somalia, para hacerlo sin permiso.

- Noam, tenemos que acabar con el absurdo poder de veto de cinco países sobre el resto del mundo. Desde hace varios años estoy colaborando con varios grupos de países dentro de los pasillos de Naciones Unidas aquí en Nueva York. Hace dos años conseguimos que se aprobara una decisión para que se abra la negociación de reforma del consejo de seguridad que incluye el tema del veto y de la membresía permanente. Pero es triste comprobar que hay países grandes, como Alemania, Japón, India, Brasil y también la Liga Árabe y la Unión Africana que quieren es ellos también tener el veto. Los demás tienen posiciones tibias. Se necesitan dos terceras partes de votos a favor de todos los países, pero adivina qué: los miembros permanentes lo pueden vetar! La perversión de la perversión.

- Y además todos sentados aquí en sus mansiones, con sus coches de lujo y en el país que además de proteger su veto de superioridad sobre el resto, es el único que ha lanzado las bombas atómicas, tiene más de trescientas bases militares por todo el mundo, gasta más que el resto del mundo junto en armamento, es el que más veces ha ejercido su poder de veto – cuarenta y tres veces-, casi todas relativas al Medio Oriente y permitiendo a su aliado Israel, influenciado por el poderoso lobby político y económico en Washington, masacrar al pueblo palestino una y otra vez; se ha opuesto a compromisos para luchar contra el cambio climático siendo el que más ha contaminado y no ha ratificado ningún convenio de derechos humanos, ni siquiera el convenio de los derechos de la infancia mientras impone que sean de su elección y nacionalidad los directores de muchas agencias de Naciones Unidas, incluida UNICEF, encargada de promover del convenio que

rehúsa firma. No se puede entender Aimsa.

Aimsa y Noam quedaron en preparar la propuesta para Naciones Unidas, aunque pocos países estaban preparados a enfrentarse al poder militar y económico de aquel Imperio, uno real y cruel, el otro, como analizaba Moyes, fatuo y tácito. El mundo mientras tanto estaba secuestrado por el miedo de un país a perder su supremacía y privilegios, y el resto del mundo temeroso de darle la espalda.

Volvió en el tren a White lake y pedaleó hasta la cabaña en la eco aldea del lago sereno. Jonay estaba pensativo en el porche.

- ¿Que tal te fue con Noam?

- Muy buena sintonía. Pero qué perversos son los nudos de los intereses en las armas y en el poder y las intrigas en las supuestas Naciones Unidas.

- Imagino. Lucha cariño, sigue luchando.

Aimsa seguía sintiendo los colores de las auras y vio un azul en Jonay. Algo le afligía.

- Te siento triste, Jonay, ¿quieres compartirme tu sentimiento?

- Mientras estabas en Nueva York, Clara, una amiga de Nour, se cayó del caballo y se fracturó un brazo. No es nada importante, y se lo inmovilicé, pero su madre le llevó al hospital, naturalmente preocupada. Le hicieron radiografías, la anestesiaron, la inmovilizaron y al decir que se mareaba y sospechando un golpe en la cabeza le hicieron un TAC craneal y pusieron unos sueros. Permaneció dos días en observación. Esta mañana han recibido una factura del hospital por veintitrés mil dólares. La familia no tiene seguro médico pues se han dedicado a la artesanía y la huerta. Temen que les quiten su cabaña por esa deuda. Este país es muy injusto, hacia fuera y también hacia dentro Aimsa.

- Estaban hablando de ello cuando llegó Nour del bosque galopando en su yegua Rasta.

Al poco de volver navegando de Eila, Jonay supo a través de Jeremy de una yegua que iban a sacrificar pues ya "no rendía" en las carreras del hipódromo de Monticello. Fue con Nour a ver a la yegua. Era un cruce de pura sangre y Holstein, de color negro azabache con una pequeña cruz

blanca en su sien, esbeltas y fuertes patas, lomo musculoso, pero algo tenso y una mirada tímida y huidiza, pero con un brillo de ternura. Conectaron entre ellas con la misma veneración que cuando Nour conectó de niña con el Mustang de Dakota y siguió haciéndolo con todos los animales que conocía. La llevaron a la casa donde le construyeron un establo. Nour sintió que la yegua, a quien habían llamado "*winner*" estaba agotada física y espiritualmente, por haber sido tratada tantos años como una máquina de correr bajo el dolor de la fusta para los negocios de unos pocos y las apuestas de otros muchos. Nour se dedicó tres meses casi sólo a comunicar con aquella yegua. Pasaba el día a su lado, paseando juntas por el bosque, sin montarla, hablando, observando, mirándose, y por la noche dormía con ella en el establo. Jonay y Aimsa observaban maravillados esa conexión, sin tiempos ni códigos, sin otro fin que la sintonía de almas. Tal era su devoción que ni la cepillaba su crin, solo la acariciaba. Así empezaron a trenzarse la parte baja de su crin. Nour sintió que de la música que le compartía, la que más le gustaba era "*redemption song*". Por ambas razones la llamó Rasta. Tras un mes caminando a su lado, observando sus miedos y temores, descubriendo sus gustos y pasiones, creció entre ellas la confianza y complicidad. Había otras chicas de su edad con caballos en el valle, pero aún no quería ir con ellas a sus paseos. Fue poco a poco que Nour, tras dormir sobre la espalda tumbada de Rasta varias noches, sintió que se acoplaban así sus cuerpos con suave armonía. Una mañana estaba Nour tumbada sobre su lomo cuando Rasta se levantó con Nour encima, aún medio dormida. Se sentó en ella, asió de sus rastas en la base de la crin y rasta salió hacia el bosque siguiendo el camino que tantas veces habían caminado juntas. Así fue varios días al paso, volviendo a beber al lago y al establo a oír *redemption song*, comer heno y compartir tertulias con sus padres. Un día comenzó a trotar y poco después a galopar suavemente, como bailando un vals. Así fue que Nour fue construyendo una mágica complicidad con Rasta.

Nour ya tenía quince años. Jonay y Aimsa pensaban en su valiente apuesta por la libertad fuera de un sistema de educación estricto, gregario y

alineante, a menudo y por ello alienante. Desde entonces, hacía cuatro años, Nour había compartiendo cientos de tertulias con sus padres y amigos sobre la vida y el mundo, habían construido una casa, cruzado el océano y había conocido el alma de los animales en su profundidad espiritual.

Jonay sintió serena felicidad al verse entre tres almas tan bellas e indómitas.

CV. La virgen de la rodilla, Berkeley Hills, diciembre 2011

Ya eran mediados de diciembre de 2011. Thanda escribía la última página de "Valentía y Ternura", memorias mágicas de la segunda parte del siglo XX, en la sala de una casa de Regal road, en las montañas de Berkeley. Por la ventana se veía el atardecer detrás del Golden Gate. A unos milímetros de su rodilla derecha, otra rodilla latía en sintonía, aunque aún no lo sabían. Tras la aprobación de la política europea de salud global a finales del 2010, Thanda había propuesto diálogos periódicos con Estados Unidos, que junto con la Unión Europea sumaban el noventa por ciento de la cooperación mundial en salud. Entabló amistad cómplice con la representante de la embajada americana en Bruselas, Kemy Monahan, aunque no fue fácil conciliar posiciones con sus jefes en Washington. Intentó proponer formas de cooperación en salud que no fueran ni selectivas para enfermedades ni para grupos de población, y que facilitaran el acceso libre a los servicios médicos, basados en el derecho universal de la salud. Basado en esa premisa se creó un grupo en la Organización Mundial de la Salud llamado la "Alianza Internacional de la Salud" (*International Health Partnership*) pero era muy complicado que los países dejaran sus intereses de controlar los fondos, pagar a sus ONGs, a sus consultores, comprar sus medicamentos y alardear de como "ellos salvaban vidas". La cooperación parecía estar más al servicio de la imagen de los gobiernos para captar votos, que ante las necesidades de países marginados por la economía global.

Poco después, una brutal reorganización administrativa tuvo lugar en la dirección donde Thanda trabajaba: más de tres mil funcionarios recibieron un mensaje informándoles de su nuevo destino de trabajo, sin tener en cuenta ni su formación, experiencia profesional ni sus aspiraciones de contribuir a la cooperación. El equipo que Thanda había conseguido ir formando con colegas de muchos países, apasionados por el derecho a la salud, fue desmantelado. Quizás sus ideas eran más próximas a la justicia global que a los intereses de Europa y sus aliados ricos, quizás las negativas de Thanda a "bailar el agua" del G-7 o del filatrocapitalismo de Gates, Soros

y otros, le había estigmatizado frente a la jerarquía. Le asignaron tratar temas de gobernanza en el Norte de África, donde se extendían las movilizaciones sociales por la primavera árabe. Por entonces supo Thanda de una convocatoria abierta a los treinta mil funcionarios europeos, para ir como profesor visitante a alguna de las ocho universidades más prestigiosas del mundo.

En esos días, Thanda fue invitado por la influyente escuela Science-Po en Paris a dar una conferencia sobre la política europea de salud global. Al terminar la conferencia se le acercó una mujer en sus sesenta, entrada en peso y con ojos muy claros y mirada tierna. Se presentó como Susan Warren, profesora de la Universidad de Berkeley. Thanda había sido, desde su juventud, inspirado por los movimientos que desde ese reducto libertario en Berkeley se habían originado en los setenta contra el alistamiento para Vietnam y después por los derechos de mujeres, negros, discapacitados, gais, y todo tipo de injusticias. Su película favorita en aquel tiempo, "El graduado", fue filmada allí y sentía en aquellas imágenes soleadas y en la música tierna de Simon y Garfunkel o James Taylor y la reivindicativa de Dylan y Baez, una especie de destino mítico donde mover conciencias que resonaran en el mundo.

Lo habló con Ángeles y Daniela y le dijeron entusiasmadas que aplicara para irse con él a California, mito para ellas también en tantas películas de Hollywood. Presentó una candidatura, que incluía un proyecto de investigación de análisis comparativo de la cooperación de Estados Unidos y la Unión Europea, y de docencia en los desafíos de salud global, y pidió que pudiera ser en la Universidad de Berkeley desde donde Susan le mandó una carta de invitación. Así Thanda fue seleccionado y pudo escapar a dejar su pasión por la salud hundirse por los intereses jerárquicos y abusivos en la comisión europea. Pero entonces, sus hijas, después de hablar con su madre, decidieron no ir. Ángeles empezaría los estudios de arquitectura y Daniela seguiría sus estudios de bachiller, ambas en Madrid con su madre y su compañero. Aunque se le partía el corazón al dejar de convivir los tres en su "casita en el bosque", era sólo por un año y su padre volvió a

aconsejarle:

- Has luchado noble, has abierto una puerta a tu carrera y a tu vida, tus hijas ya son adolescentes, más pendientes de sus amistades que de tu compañía, y siempre te van a esperar y a querer. Vuela hijo.

Fue así que Thanda voló en septiembre desde Bruselas, via Londres a San Francisco. Iba a un país que sabía era criminal en su política exterior. Pero a la vez había conocido a gente con un gran corazón, y a menudo mucho más espontáneo y desenfadado que en la Europa del pudor, para expresar su pensar y su sentir. Su alianza con Jonay y Aimsa era tan profunda que casi se diría existencial. Además, como había hablado con su padre, tenía que intentar animar sus ideas desde el centro del poder. Voló por encima de Groenlandia, en la que avanzaba el deshielo con el calentamiento global. El avión dio una vuelta a la Bahía de San Francisco y pudo ver el mítico Campanile de Berkeley. Le esperaba en la sala de llegadas el esposo de Susan, Joe, un experto neurocirujano nieto de los propietarios de los ordenadores Dell. Tras cargar su maleta de libros, con su colección del "4x4" del derecho a la salud, Joe le fue explicando cómo había crecido esa ciudad de buscadores de oro hasta convertirse en la más cara y apreciada de Estados Unidos.

Thanda quedó asombrado al ver los brillantes rascacielos, aunque no alcanzaba a ver apenas ningún árbol. Recordó la canción de Cat Stevens, ahora Yusuf Islam "*but where do the children play?*" (¿pero donde juegan los niños?). Pararon frente a la isla de Alcatraz, famosa por su prisión rodeada de un mar de tiburones. Jose le dijo que allí se celebraba un triatlón en el mes de diciembre y Thanda se planteó entrenarse para ello y celebrar su cincuenta cumpleaños con esa "auto-hazaña" anónima. Llegaron a la casa que había alquilado a distancia cuando aún creía que vendrían Ángeles y Daniela. Estaban los propietarios, John y Kathy, una pareja ya jubilada y encantadora. Demasiado grande para él sólo. Estaba en la calle Regal road en Berkeley hills. Se entraba a una sala con un sillón frente a la chimenea y un ventanal al fondo desde donde se veía, brumoso en esa época del año, el mítico puente del Golden gate. Un cuarto de estudio, una cocina y un

comedor en la planta baja, un destartalado sótano en la planta baja y tres cuartos con sus camas vestidas de múltiples colchas y almohadas componían una casa que parecía salir de un rodaje de los años cincuenta. Al irse Joe, Thanda sintió un vértigo al empezar una etapa nueva en su vida sin compañía alguna. En su último viaje con la comisión a dialogar sobre la política de salud global en Chile, le robaron su ordenador portátil. Además de su biblioteca "4x4" sólo llevaba algunos discos "CD" con información de sus escritos, un block de fotos de sus padres, de sus hijas y de sus recuerdos de Ukuzwana, los diarios que había escrito a sus hijas siguiendo la costumbre de Jonay, y muy poca ropa. Quería ir simplificando su vida y, salvo los libros, que esperaba regalar, iba ligero de equipaje. Consiguió por John le dejara una bici y una guitarra. Se propuso tres cosas: pasar de vegetariano a vegano y ponerse en forma subiendo en bici cada día las empinadas cuestas de los montes de Berkeley, estudiar la equidad de la salud en el mundo y comparar la política europea y la americana sobre el derecho a la salud, y escribir una novela: "Valentía y Ternura".

Poco a poco fue llevando una dieta vegana sencilla, cereal al despertar, frutos secos durante la jornada y normalmente arroz con verdura por la noche. Se propuso no contaminar con jabones lavándose solo con agua fría, usando ropa sencilla que lavaba cuando se duchaba y no usar apenas otra luz eléctrica que la del ordenador para su trabajo y su novela. Así podría sentir y gozar más cada amanecer, cada atardecer y las noches estrelladas. Subía pedaleando al final de cada jornada la empinada calle Euclid hasta su hogar americano, tan bello como vacío.

Le asignaron un despacho en un antiguo edificio frente al Campanile llamado Moses Hall. Cada mediodía sonaba aquel campanario mítico y veía el hormiguero de profesores y estudiantes en el lugar que concentraba más premios nobel y avances en el saber de todo el mundo. Al lado de donde dejaba candada su bici un cartel rezaba: "reservado para premios nobel". Clavó en la corchera frente al ordenador la servilleta con los datos que expuso en el consejo europeo del exceso injusto de mortalidad en el mundo y se dispuso a desentramar la inequidad global: de qué se trataba, cuáles

eran sus causas, su magnitud y tendencias, qué soluciones podría proponer. Moyes, quien desde su lucha con María en la plataforma contra los desahucios se había ido implicando en el movimiento que dio lugar a la manifestación del 15 de mayo en la Puerta del Sol en Madrid, le envió gráficas de su análisis económico global. Jonay, ahora en el mismo país, pero en la otra costa, le enviaba su análisis de la injusticia en salud dentro de Estados Unidos. Aimsa le compartía sus esquemas de la oligarquía injusta del poder mundial incluso en las pretendidas Naciones Unidas, las tramas del dolor en el mundo que había ido dibujando durante veinte años con Haka, y el daño a la naturaleza que junto a Nayra iban desvelando. Luis desde Eila le contaba como fluía la salud en las eco aldeas sin daño natural. Con Anna, Sergio, Cristina, David y Paolo discutía sobre el derecho a la salud y sus leyes globales y en cada país. Fue así llenando una pared entera de su oficina en Moses Hall con factores interrelacionados con flechas, datos, gráficos y en rojo, muchas preguntas.

Tuvo encuentros y debates con los líderes de pensamiento en salud pública en aquella universidad y pudo ir entendiendo qué había ido forjando el pensamiento americano e internacional en la salud global. Susan Warren, quien había facilitado su llegada como profesor invitado, era la coautora de las reflexiones y artículos que en los años ochenta redujeron las propuestas de Alma Ata a unas cuantas intervenciones claves en la infancia como hacer planificación familiar, vigilar el crecimiento, promover la lactancia materna, vacunar dar suplementos vitamínicos y tratar la malaria y las diarreas, que podrían prevenir más de la mitad de las entonces diez millones de muertes infantiles en el mundo al año.

Esas ideas "verticales", venidas de académicos americanos y con visión de salvar vidas con ciencia y proyectos, habían restringido el espíritu de salud integral de Alma Ata. A través de una clara connivencia entre UNICEF y el Banco Mundial, ambas instituciones bien controladas por la Casa Blanca, se imponían reajustes estructurales a los gobiernos endeudados. Ya más dependientes de los presupuestos que imponía el Banco Mundial restringiendo los gastos sociales y los impuestos a las corporaciones del

norte, que las tibias y tímidas recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, ya dominada, también, por el filantro-capitalismo de Gates y las fundaciones farmacéuticas.

Inspirado en ese artículo de Susan, una década después el Banco Mundial cerró el siglo inventariando, mediante el método de "coste-utilidad". Para ello comparaba los gastos, en dólares siempre, con la recuperación de "vida saludable": años de vida vividos sin discapacidad física ni mental. Habían clasificado más de doscientas condiciones de enfermedades y les habían dado un grado: desde una pérdida del cinco por ciento por un catarro hasta un noventa y cinco por ciento en un estado de coma. Lo más controvertido es que no todos los años de vida "valían" lo mismo. Se dio más valor a los años laborales por ser productivos para la economía. Al fin y al cabo, ¿qué se podía esperar?: era un banco "jugando" con la salud mundial. Así calculaban cuantas vidas salvaba cada dólar según tipo de intervenciones en salud, desde las más "eficientes" como vacunar contra el sarampión, hasta las más costosas como mantener enfermos crónicos en diálisis.

De aquellos estudios, el Banco Mundial proponía que los países de menor "producto interior bruto" (movimiento de dinero), limitaran sus gastos en salud a intervenciones de menos de cincuenta dólares por año de vida saludable que salvaban : así pudo entender Thanda que el siglo anterior, después de las declaraciones de derechos humanos en la postguerra y los supuestos convenios, que nadie cumplía, sobre dichos derechos, fueron las instituciones financieras las que, dominadas por el imperialismo capitalista, fueron imponiendo las políticas económicas y sociales y "poniendo precio a la vida", claro, en los países pobres.

En los países ricos era distinto: en el mismo año de "cincuenta dólares por año de vida de un pobre", Thanda encontró un artículo donde en el Reino Unido se acordaba como "intervención eficiente" el gasto en un nuevo tipo de medicación que para paliar vidas enteras de sedentarismo y abusos nutricionales resultando en hipertensión, obesidad y diabetes suponía cinco mil dólares por año de vida que conseguía alargar. Pudo anotar en su tablero: precio aceptado de la vida humana: cincuenta dólares por año en

países pobres, cinco mil en países ricos, en una relación de uno a cien.

Con la alarma del inicio del SIDA en San Francisco, al otro lado de la bahía, y de la que Aimsa había sido testigo veinte años antes en ese mismo lugar donde ahora Thanda buscaba respuestas, se fue añadiendo la prevención ABCD y el tratamiento del SIDA a esas listas de intervenciones prioritarias. Fue así como los noventa fueron llevando a los objetivos del milenio de Sachs restringidos a embarazadas, niños y tres enfermedades, luego sancionadas por el gran fondo global de Fronz.

El cambio de siglo fue llevando, incluso al poder de las farmacéuticas lideradas por la Gilead de Rumsfeld, a aceptar precios diferenciales del tratamiento contra el SIDA en países pobres. El gran negocio se fue concentrando en las enfermedades crónicas por vidas sedentarias de consumo y tensas por el cortisol competitivo, y el cáncer por los tóxicos que, liderados por Monsanto, impregnaban los cuerpos de una humanidad enloquecida.

Tuvo también conversaciones con líderes de los avances científicos como Eva Harris, flamante "héroe McArthur" con más de quinientas publicaciones y al frente del conocimiento de las entrañas del virus del dengue y las nuevas epidemias de virus que empezaban a expandirse en el mundo por el efecto de su concentración urbana y del cambio climático.

En los laboratorios más modernos del "hiper-inteligente" Li Ka Shing, a unos metros de los de Jennifer Madoud y sus experimentos de edición génica, Eva investigaba los genomas de virus letales. Eva, hija de un economista que había escrito sobre la economía social en la cual Chomsky basaba sus premisas, había combinado sus estudios de genomas virales con proyectos en Nicaragua, donde se identificó con el sandinismo, y a El Salvador, donde se enamoró de un combatiente del Frente Farabundo Martí.

En el contraste de subvenciones y reconocimientos científicos de un gobierno criminal y de compromiso por la justicia, Eva coordinó un centro, más virtual que real, de Salud Pública Global. Al conocer las ideas y estudios de Thanda fue invitándole a dar conferencias en salas de la universidad y en las casas de los profesores más insignes, invitando selectivamente a

jóvenes con gran agilidad mental que le retaban a Thanda con todo tipo de preguntas nosológicas, filosóficas, políticas, lógicas y matemáticas. De aquellos encuentros se fueron aliando a la causa y estudio de Thanda varios estudiantes como Laura y Michelle, con un muy agudo sentido crítico.

Su amiga americana de Bruselas, Kemy Monahan, ocupaba ahora un puesto de coordinadora del programa de salud dentro del Departamento de Estado que bajo Obama lideraba su gran opositora y ex primera -y humillada- dama Hilary Clinton. Thanda preguntó si podría pasar una semana intercambiando ideas entre la política europea de salud global y la política de Estados Unidos que desde el departamento de Estado donde se coordinaba el PEPFAR y otros programas que luego implementaban USAID, NIH, CDC y otros. Era ir al corazón de la mayor cooperación mundial en salud y de donde habían salido los esperpentos del PEPFAR, ABC y los programas ligados a medicamentos blindados por las patentes americanas.

Thanda había sido tan claro en sus conferencias en Bruselas y por muchos países de la incoherencia de los programas verticales y de la perversión de estrategias como el ABC de PEPFAR, que supuso que toda entrada en el todopoderoso departamento de Estado sería bien analizada por la CIA y no se le permitiría tal acceso. Cuál fue su sorpresa cuando Kemy le dijo que era bienvenido durante una semana a compartir su experiencia y conocer, desde sus entrañas, la política americana. Conociendo la burocracia europea, que suponía hasta diez firmas para invitar a un café a un visitante, y la sensibilidad que deportaría que un "simple funcionario" se adentrara en el vientre del poder americano, decidió no informar ni pedir permiso y lo incluiría en su informe final como "actividades académicas".

Cada día iba en bici con Kemy atravesando bosques que sorprendentemente sobrevivían al centro del poder mundial. Tras tres estrictos controles a la entrada llegaba a un gimnasio y duchas donde hacía ejercicios y se aseaba, pero sobre todo oía las conversaciones de funcionarios del departamento de estado, algunos con aspecto de fornidos marines y cortes rectangulares de cabello. Pudo oír intrigas de Libia, Siria, Irak, Afganistán y como cerraban el cerco a Bin Laden, que le producían escalofríos.

Una noche fue invitado con Kemy a cenar en el apartamento de la jefa de gabinete de Hilary Clinton a una "tormenta de ideas" de como "conseguir en cien días" que el legado de su puesto de secretaria de estado pasase a la historia por haber "erradicado la mortalidad materna". Hilary se excusó a última hora y asistieron, además de su gabinete, expertos de USAID, del CDC, NIH y un grupo de expertos asesores de PEPFAR que Thanda pudo identificar como del clan McKenzy.

Cuando le preguntaron y Thanda respondió que la mortalidad materna sólo se podía prevenir por sistemas públicos y gratuitos de salud, con suficientes enfermeras, comadronas y médicos, con albergues en sus últimas dos semanas para madres que vivieran alejadas de hospitales, transportes de casos graves a hospitales de referencia, y con presupuestos públicos adecuados; le marginaron de la conversación. Para ellos debería estar bien claro que las vidas no las salvaban los gobiernos sino Estados Unidos, de hecho, la propia Clinton.

Volvió a Berkeley donde combinaba sus estudios con asistir en la universidad a debates sobre la situación de los derechos, la economía, la política y nuevas fronteras del saber en algunas de las más de cien conferencias diarias con gentes de todo el mundo que, de forma más desenfadada que en Europa en el vestir, el hablar y el expresarse, exponían todo tipo de estudios y propuestas. Contrastaba ese pensar entre cuántico y utópico, con la cruda realidad de un país anclado en el capitalismo individualista más feroz. Aquella burbuja de gentes de pensar brillante y una juventud privilegiada de poder acceder a las caras matrículas y exigentes notas de admisión que teorizaba en sus conferencias y publicaciones, vivía una realidad muy distinta del resto del mundo.

Thanda comenzó a verlo en los vagabundos del People's Park, en los migrantes indocumentados y en las minorías afroamericanas. En constante comunicación con Jonay, Thanda comparó la salud de la Unión Europea y la de Estados Unidos y concluyó que con una tercera parte más de poder económico, Estados Unidos tenía un exceso de mortalidad de ochocientas mil muertes al año, debidas a un sistema injusto basado en profundas y

crecientes desigualdades y un sistema de salud basado en inmensos beneficios de aseguradoras, proveedoras y farmacéuticas, que compartían en gran parte los mismos dueños capitalistas, bien interconectados por derivados financieros especulativos. La primavera árabe, el movimiento 15M en España, los llamamientos al levantamiento de viejos combatientes por la libertad como Stephane Hassel en Francia, Saramago en Portugal, José Luis Sampedro en España y Eduardo Galeano en Uruguay, fueron alentando el movimiento "Occupy" y las acampadas frente a Wall Street. Acudió a varias reuniones de asambleas de barrio en la beligerante Oakland, donde expuso su estimación del precio de la injusticia en la salud en Estados Unidos. Había avanzado en su análisis comparativo de valores, historia y marcos legales entre ese país y Europa, y veía como la diferencia más esencial la ausencia de referencia alguna al papel del estado como garante del derecho a la salud, palabra del todo ausente en la carta fundacional de los colonos de un país que en "We the People" sólo reconocían como derecho, el de llevar armas.

En cuatro meses Thanda había llenado las paredes de su cuarto en Moses Hall de miles de elementos interconectados, había escrito más de ochocientas páginas de análisis comparativo del derecho a la salud y la cooperación global, entre Estados Unidos y Europa y había sido invitado a dar conferencias sobre ello en Montreal, Quito, Bogotá, la Paz, Rio de Janeiro y Washington. Mientras tanto, desde Bruselas y la comisión salvajemente reorganizada de la que huyó y de donde le pagaban generosamente aquella estancia sabática de investigación y docencia, nadie le contestaba a sus mensajes con los borradores de sus análisis y estudios. Fue notando con tristeza como intentaba cada día contactar con Ángeles y Daniela, pero las nueve horas de diferencia horaria, la distancia y la adolescencia, fueron haciendo cada vez menos frecuentes y menos extensos aquellos contactos que anhelaba. Con quien sí mantenía una conversación diaria de cariño era con sus padres, quienes le mostraban su felicidad por saberle entusiasmado en sus estudios y luchas.

A pesar de tantos estudios, conferencias, viajes y debates, Thanda sentía

una profunda soledad en la casa de Regal road, donde sólo se oía el eco de su tecleo en el ordenador y lo que Thanda pensó que eran grillos que se habían metido en las habitaciones para unas semanas después averiguar que en realidad eran sonidos de alerta de que los detectores de humo tenían baja batería. Tras los días de semana de intenso estudio y subiendo las cuestas de los montes de Berkeley, empezó a prepararse para el triatlón de la isla de Alcatraz y entrenaba largas rutas nadando, corriendo y en bici.

Una de las tardes que subía las empinadas cuestas, pensó en su Amama y en su vida solitaria en su intimidad y luchadora por sus ideas y dignidad en ellas: tras casarse joven con un joven de otro caserío de un valle cercano, su Amama quedó embarazada y al poco tiempo su esposo emigró a Idaho. Quedó esperando muchos años y sin noticias. Ni viuda ni soltera su vida, bajo costumbres rígidas basadas en la moral católica y su obsesión contra la libertad sexual, su vida se limitaba a la espera. Así su abuela se enfrentó a sus padres y se fue a explorar el mundo conociendo a un zapatero idealista con quien se unió "en pecado" y tuvo tres preciosas hijas, la del medio la madre de Thanda. El zapatero fue arrestado por sus ideas libertarias y quemada su biblioteca de libros de utopía, incluido su favorito, El Quijote. Amama y sus hijas le siguieron al campo de concentración en las montañas catalanas y, de nuevo, quedó en la espera años y años sin saber nada de él y temiendo que hubiera sido fusilado. A pesar de su dura vida en la espera, se entregó, cosiendo y a veces limpiando pisos y escaleras, a cuidar de sus hijas y darles las mejores oportunidades de estudios. Y fue así que fueron creciendo en Madrid, casándose y dándole nietos, Thanda era además su ahijado. Siempre anhelaba volver al caserío y sus montes verdes. Así que en cuanto Thanda pudo sacar el carnet, la llevaba cada verano a sus orígenes y escuchaba sus épicas historias de amor, aventura y lucha contra prejuicios. Con aquellos recuerdos Thanda comenzó a escribir una historia sobre su abuela, mezclando realidad y ficción, cambiando nombres y lugares para no herir sensibilidades, pero manteniendo la esencia de la épica de la vida que le transmitió su Amama y en la que él sentía fue inspirándose el guion de su vida, guiado por los valores de su padre.

A la vez quiso escribir sobre las historias que había conocido de Nolwasi, de Jonay, de Haka, de Aimsa, y de tantas personas, que, con otros nombres, fechas y detalles, habían jalonado su vida. Avanzaba cada día con pasión y el objetivo de llegar a su cincuenta cumpleaños, nadar entre Alcatraz y la bahía y volver a Madrid para entregar a sus padres y a sus hijas la novela de su primer medio siglo, sin arrogancia alguna más bien con timidez, pero seguro de estar entregando a quienes tanto quería, con valentía y ternura aquellos relatos de valentía y ternura que la vida le había regalado.

Avanzó un capítulo cada día, desde mediados de siglo hacia el fin del siglo, soñaba con los personajes, y se refugiaba en un mundo mágico en el que fue derramando sus recuerdos, ideas y sueños, como recogiendo piezas rotas de sueños y recomponiéndolas en historias no tan reales, pero quizás en algún sentido más reales que la propia realidad, al menos dentro de su alma solitaria.

Pero lo más trascendente de aquellos meses no fueron ni la novela ni los estudios. A finales de octubre Susan le transmitió la invitación del decano de la Escuela de Salud Pública a una recepción en su casa en el campo, en un lugar rodeado de viñedos llamado Sebastopol. Se ofreció a llevarle junto a dos ilustres visitantes que habían sido premios nobel de medicina. Al llegar y tras saludar a los muchos profesores asistentes, se quedó hablando en un círculo más pequeño cuando notó una sombra en el alto techo de madera con claraboyas e instintivamente abrió sus manos. En ese momento cayó en sus palmas un colibrí inconsciente, que Thanda supuso se habría golpeado contra el cristal buscando la libertad.

La escena asombró a los asistentes quienes miraban intrigados a Thanda. Con la esperanza de que no acabara en sus manos la vida de aquel bello colibrí de plumaje verde brillante, le arropó con sus manos y le dio un constante y suave masaje cardíaco. Poco a poco la atención de los asistentes volvió a las conversaciones de sus corrillos, salvo de una mujer con ojos claros, mirada tierna y vestida con tejidos mayas que Thanda notó le observaba desde la distancia. Tras unos minutos, el colibrí se recuperó y alzo de nuevo el vuelo. La mujer se le acercó y le dijo que se llamaba Huitzi,

colibrí en Nawatel y que si quería podían volver juntos en su auto hasta Berkeley. Thanda se despidió de los afamados académicos cortésmente y con gratitud y emprendió con Huitzi el viaje de vuelta.

Durante el viaje le contó de su vida, de origen guatemalteco, crecida en México donde estudió y se casó con un intelectual francés de quien luego, ya madre, se divorció, emigrada a Berkeley fue creando un programa de atención a la salud de los migrantes y se enamoró de un profesor de la universidad de Davis. Thanda le habló de su vida, de su entusiasmo por las ideas que defendía, por la expresión del alma que ahora derramaba en la novela y de la soledad en la casa de los montes de Berkeley ante lo cual Huitzi le dijo que un compañero de su trabajo buscaba un cuarto y era una persona de gran corazón.

Fue así que conoció a Luis Javier, un mexicano emigrado a Estados Unidos. Quedaron en un café de la calle Telegraph una tarde al final de la jornada. Era una persona que sonreía con la mirada, chispeante de ternura y asombro, y una forma de hablar tremendamente musical, que le inspiró a Thanda gran confianza. Se hablaron de sus vidas y sueños y notaron desde el primer momento una linda sintonía. Thanda le preguntó si quería ver el cuarto que podría ocupar en la casa y Luis Javier le dijo que no hacía falta, que conociéndole a él ya estaba interesado en mudarse. Así empezó Thanda a convivir con Luis Javier.

Dos semanas después Thanda viajó para dar una conferencia en Quito. A su vuelta, mientras caminaba la cuesta de Euclid y entraba en la calle Regal, notó un bullicio que venía de su casa. Luis Javier había organizado una fiesta con amigos de la comunidad latinoamericana en el área de la Bahía, para que Thanda animara un poco su vida solitaria. Al llegar, cansado del viaje, Thanda se sentó en un sillón del fondo, frente a la ventana donde se veían las luces nocturnas del Golden Gate.

Miraba asombrado la alegre algarabía cuando notó un vuelco en su corazón. Desde la puerta vio entrar, saludar a Luis Javier y aproximarse hacia él a una mujer de esbelta y grácil silueta. Sus andares casi flotando en natural sensualidad, le hinotizaron. Según se acercaba vio una larga melena

azabache que abrazaba un rostro de belleza lineal y altiva como la faraona Nefertiti pero que respiraba gentileza, una mirada cálida y una sonrisa sincera.

- Hola Thanda, me llamo Nayra, gracias por invitarme a esta fiesta.

- Encantado Nayra. En realidad, es Luis Javier quien lo ha organizado. Yo acabo de volver de viaje.

Hablaron durante una hora sin poder desimantar sus miradas. Surgió una mágica complicidad. Cuando Nayra le habló de sus dos hijos pequeños Thanda sintió como si algo en su corazón se agrietase por imaginarla en compañía del padre de sus hijos. Pero algo que no entendía le decía desde dentro que Nayra era la compañera que había estado esperando toda su vida.

CVI. Misión cumplida, volando sobre Groenlandia, marzo 2012

El día de la "virgen de la rodilla", Thanda acabó la novela en la que derramó su alma a través de recuerdos, imaginaciones y sueños de una Humanidad tan atormentada como latente de amor y luz. Fue realmente como liberar y compartir con el mundo las partes más profundas de su alma. De una forma que él entendía como "recoger pedacitos de sueños rotos". Tantos sueños rotos cada día. Componerlos en mosaicos con huecos pintados de anhelos, imaginación y visiones de un mundo en el que quería, necesitaba, creer. Ese era su relato. Su regalo al mundo.

Desde aquel momento Nayra y Thanda sintieron una conexión muy profunda. Thanda fue conociendo el mágico mundo de Nayra: sus orígenes tan diversos, su pasión por la naturaleza, por la justicia, por el cuidado del cuerpo, por despojarse de pudores y códigos, por el amor a la familia, por tantas cosas en las que fueron sintiendo la más profunda complicidad, nunca sentida mutuamente antes en sus vidas.

Inicialmente Thanda fue muy discreto y hasta distante pues sentía una atracción física y espiritual como nunca había sentido, pero a la vez la suponía en armonía con el padre de sus hijos. De forma sutil le escribió en su red social desde una conferencia en Bolivia:

- ¿No tendrás una hermana gemela que no esté casada?

Y ella contestó:

- La sacaré de mí misma.

Unos días después Nayra le compartió a Thanda que llevaba varios años sin sentimientos ni vida de pareja, aunque compartía el hogar con el padre de sus hijos para bien de ellos. En la última noche en la casa de Regal road antes de volver a reencontrarse con su familia por Navidad en Madrid, Thanda y Nayra fundieron sus almas. Nayra le dijo:

-Mi vida es complicada. Quizás ésta sea la única vez que pueda unirte a ti.

-Espero que no. Y si fuera así, la recordaré toda mi vida.

Volvió en la Navidad y entregó a sus familiares y amigos copias de la novela que le había impreso una editorial de autores noveles, llamada "bubok". Salvo su padre, nadie le prestó apenas atención. Volvió a Berkeley tres

meses más para completar sus estudios y docencia.

A su vuelta a Berkeley se reencontró con Nayra y la unión de sus almas fue descubriendo un universo mágico. Aun así, Nayra le pidió a Thanda discreción pues aún no había llegado con el padre de sus hijos a un acuerdo de separación. Thanda sentía a la vez un profundo amor, tras diez años de soledad desde el desgarró con Cristina pero tenía una sensación extraña al tener que esconder, sobre todo de la familia y amplio círculo de amistades de Nayra, tan puro y valiente amor.

Mientras tanto, Thanda había avanzado en su análisis comparado de salud global entre Estados Unidos y la Unión Europea. El libro final de dicho análisis concluía con el título: "*Global Health is Global Justice*" (salud global es justicia global). En él Thanda elaboraba más el concepto de "precio de la injusticia en vidas humanas" que había apuntado en la servilleta del consejo europeo un año atrás.

De sus diálogos en Bruselas, estudios en Berkeley, periodo en el Departamento de Estado y viajes a Canadá, Ecuador, Bolivia y Brasil para debatir el concepto de salud global y la unión de todos los países en ello, concluyó que sólo un concepto y compromiso era común para todos ellos: el artículo constitucional de la Organización Mundial de la Salud (Organización Mundial de la Salud), adoptada en 1947 y al que desde entonces se habían adherido todos los países en el mundo. Dicho artículo comprometía a todos los países a esforzarse y colaborar para "el disfrute de la mejor salud posible de todas sus gentes". Thanda comprobó que, en sesenta y cinco años de existencia, nadie había medido ese, el único objetivo compartido de salud global. En una reunión en Brasil se lo llegó a decir, de forma provocadora, pero con sutileza y hasta humor, a la directora de la Organización Mundial de la Salud, Margaret Chan.

- Margaret, tú no te ganas tu sueldo, ni nadie en la Organización Mundial de la Salud: no medís como se progresa en el objetivo común de que "la mejor salud posible" llegue a todos, el mandato fundamental de la organización que diriges.

Chan, quien desde su cultura china no entendía ese humor sutil, reaccionó

furibunda:

- ¡Claro que sí! ¡Estamos comprometidos a la cobertura universal de servicios de salud y a acciones en los determinantes sociales!
- Pero sin medirlo ¿cómo sabemos que avanzamos? ¿Que el derecho a la salud es realmente universal?
- Ya lo hacemos: se está avanzando en los objetivos del milenio.
- Margaret, esos objetivos son sólo para unos grupos de la población y unas pocas enfermedades. Dejan a la mayoría fuera. Nadie ha definido qué significa, en el objetivo global compartido: "mejor salud posible" y a cuantos no llega y cuanta pérdida de vida humana supone. Te enviaré mis estudios desde Berkeley y un artículo en el que lo resumimos. Créeme Margaret, como académico y desde donde esté en la Unión Europea, sólo quiero colaborar a una Organización Mundial de la Salud más fuerte y al derecho universal a la salud.

De vuelta en Berkeley y reflexionando sobre esas tres palabras políticas olvidadas durante sesenta y cinco años, "mejor salud posible", concluyó que equivalían a otras tres: "equidad en salud". En San Francisco trabajaba una mujer de pelo canoso y mirada tierna, Paula Braveman, cuyos artículos eran los más citados sobre el concepto de equidad. Thanda fue a dar una charla a su equipo sobre sus estudios y sintonizaron en ideas y en el simple concepto de equidad como "distribución justa de la desigualdad" donde "justa" implicaba condiciones que era posible prevenir o erradicar, como la pobreza.

Thanda iba a las praderas y bosques del parque Tilden, en la cima de "Berkeley Hills", y miraba atónito la naturaleza majestuosa de los bosques de secuoyas. Con el método del compás Thanda midió la altura de una muestra de doscientos de esos árboles centenarios: la media era de dieciocho metros y todos estaban entre doce y veintiséis metros. Dibujó la gráfica de su distribución y era la de una campana parecida al sombrero del libro del Principito. Así eran, y se comprobaba una y otra vez, las distribuciones de variables en la naturaleza. Pensó en cada palabra: Mejor, Salud y Posible.

Empezó por el qué: Salud: el bienestar físico, psicológico y social, decía la Organización Mundial de la Salud desde hace sesenta y cinco años también. ¿Algo así como la felicidad? En verdad era difícil de medir dicho estado. Se acababa de emitir el primer informe mundial de la felicidad. ¿Y quién lo había coordinado? El arrogante Jeffrey Sachs, creador de todo lo vertical desde la comisión de macroeconomía, de los objetivos del milenio y del “*just do it*” de la cooperación americana. Y qué países tenían la mejor felicidad: los nórdicos y los latinos. En Asia era mucho más baja. Había claramente un factor cultural que influía en qué respondía cada encuestado a la simple pregunta de: ¿“de 1-10 cuál cree es su grado de satisfacción en la vida”? Los japoneses nunca dirían un 10. Empezó por ver el componente más “medible” de la salud: la salud física. Con el método de “coste-utilidad” con el que el Banco Mundial medía la eficiencia de intervenciones en salud y financiaba programas “verticales” a la vez que ahogaba los presupuestos públicos en salud, se midieron las “esperanzas de vida saludable” medias en cada país. Al igual que la esperanza de vida al nacer, la más larga era la de Japón. De hecho, casi no diferían ambas clasificaciones. Mediría entonces la salud mediante la esperanza de vida, dato disponible en casi todos los países del mundo.

Recibió por esos días la visita, desde la otra costa, de Aimsa. Se celebraba una reunión de vía campesina que animaba un amigo de Thanda, el profesor Miguel Altieri, un chileno tan inteligente como rudo, que resistía contestatario la cooptación por Shell y British Petroleum vestida de verde a pesar de haber teñido de negro el Golfo de México, de la Escuela de Recursos Naturales, el nombre ya lo decía todo. Miguel había acuñado en los años 80 el concepto de “agroecología”, la idea con las que los campesinos comprometidos con la vida comunitaria y el cuidado de la naturaleza se resistían a la agroindustria, liderada por Monsanto, y sus “soluciones tecnológicas” para, en clave mesiánica norteamericana, “luchar contra el hambre en el mundo”.

Aimsa venía a denunciar como todo ello estaba ligado cada vez de forma más clara a la edición genómica que lideraba Jennifer Madoud allí en

Berkeley, ya contratada para avanzar en terapias génicas con Johnson & Johnson. Esa compañía, junto con Nestlé, Unilever, Kraft, Kellog, CocaCola y Procter& Gambles, dominaba el gran negocio de la alimentación global. Y esas industrias se basaban en las cosechas clónicas con agroquímicos, biocidas (no plagui o pesti como decíamos los humanos) y manipulación genética que dominaban Monsanto, Bayer, BASF, Dupont, Dow y Syngenta. De ellas, dos se dedicaban también a controlar mercados de medicamentos, Bayer y Johnson&Johnson, que junto a Roche, Gilead, Abbott, Merck, Pfizer, Bristol, Astra y Welcome, ahora GSK, dominaban el negocio de la salud. Parecía que esos gigantes de la agricultura, alimentación y medicación en masa eran mundos aparte, pero compartían intereses y sus principales accionistas, con más de la mitad del capital, eran los mismos billonarios, todos con sus fundaciones para lavarse la cara y evadir impuestos. Un negocio redondo: químicos y alimentos producían las enfermedades y sus medicamentos las trataban, y si alguien tenía dudas de su buen hacer en alimentar y curar, sus fundaciones los glorificaban.

Esa noche Thanda debatió con Aimsa su búsqueda de referencias de "mejor salud posible" para, por primera vez, medir la inequidad en salud, el precio de la injusticia en vidas humanas. Le preguntó por el cómo: el concepto de lo "Posible".

- Aimsa, ¿Qué es lo que limita el infinito y la eternidad?

Era la pasión de Aimsa desde niña: el budismo y la física cuántica.

- Las dimensiones de tiempo y espacio atrapadas por la materia, los bosones de Higgs, la gravedad.

- Y aplicado a la salud en plenitud, inmortal, ¿qué lo limita?

- La inmortalidad es sinónimo de falta de vida. Toda molécula orgánica lo es en evolución y es así como se adapta a su medio, y para ello precisa de genes, que van "desgastándose" con el uso y perdiendo sus capacidades de replicar proteínas y mantener nuestros cuerpos eternamente.

- ¿Estamos codificados desde que nacemos para morir?

- No lo sé Thanda. Lo cierto es que la selección natural mediante recombinación genética implica reproducción sexual. El hecho de tener hijos

conlleva demográficamente la necesidad de morir. De otra forma el aumento sería constante y no habría recursos para todos.

- Quizás por ello la naturaleza, en todas las especies vivas, planifica la muerte. Dicen que a través de la reducción de los telómeros en los genes.

- Quizás, Thanda. Esa es una primera limitante de la inmortalidad. Nuestra condición genética.

- Pero busco limitantes que sea posible cambiar.

- A unos metros está Jennifer Madoud editando genes que "limpiarán" defectos a los que lo puedan pagar. Y a unos kilómetros de aquí, en el Silicon Valley, está la universidad de "singularity" donde Ray Kurzweil argumenta que nos acercamos al punto en el que la tecnología humana combinada será superior en capacidad a la mente humana. En ese lugar Ray está obsesionado en encontrar su inmortalidad aplicando la tecnología más avanzada en genómica, nanomateriales e inteligencia artificial.

- En cualquier caso, Aimsa, esos avances no creo que cambien nuestra naturaleza mortal, y desde luego si la modifican será sólo para unos pocos en el "mundo feliz" de Huxley.

- Así es. Mejor no pensemos en esa limitación como prevenible ni por que sea factible ni siquiera ética. Morir es parte de dar espacio a la vida, a otras vidas, a nuestros hijos. Es solidario.

- Y qué otras cuestiones limitan la vida entonces.

- Aquello que influye en ella y es limitado en recursos, que no es infinito.

- Pues así son los recursos naturales y el control de ellos y su conversión en bienes y servicios, los recursos económicos.

Pensó esa noche en la curva de las secuoyas y en el elefante del Principito. Nada que consumiera recursos por encima de la media de esa curva sería un modelo "posible para todos" pues no habría recursos para ello.

En los siguientes días intercambió fascinantes datos y análisis con Moyes, ahora volcado en cuerpo y alma en el movimiento 15M. Averiguó las medias ponderadas de recursos económicos en el mundo y cómo medirlos. Aunque fuera imperfecto, como la esperanza de vida para la salud, el "producto interior bruto", el flujo de dinero en la sociedad, indicaba la disponibilidad

de comprar y vender, a menudo recursos esenciales para una buena salud. Buscaría países con Producto Interior Bruto medios por persona por debajo de la media mundial: "referencias económicamente factibles-para-todos". Quedó al día siguiente para comer con Aimsa y Nayra, quienes se reencontraron después de sus alianzas en Chiapas con el zapatismo. Thanda vio en aquellas dos mujeres una poderosa intuición e inteligencia, que unido a su valentía los llevaba a alzar la voz por las causas justas con fuerza y luz. En Nayra esa fuerza, a los ojos de Thanda, se encarnaba en una belleza a la que no-podía-no rendirse.

Les contó como avanzaba su análisis, los datos y diálogos con Moyes, y la pieza que le faltaba por encajar: los límites de los recursos naturales. Aimsa había mantenido contacto con Mans Nilson, del instituto de resiliencia de Estocolmo, y había colaborado en la definición de los "límites planetarios" : el ritmo al cual la naturaleza en sus componentes atómicos -como el nitrógeno, el hidrógeno y el fósforo-, moleculares -como el agua o el anhídrido carbónico- y celulares como los bosques y las especies, se reciclaban, y los límites por encima de los cuales, la naturaleza no estaba preparada para reciclarse a su equilibrio dentro del lapso de una vida humana. Se estimaba entonces que, al nivel de explotación de recursos naturales de la población mundial de entonces, el límite más urgente, las emisiones de carbono a la atmósfera, no podría ser de más de dos toneladas por persona y año.

Con esos datos Thanda completó su análisis de la salud global medida no por grupos de personas o enfermedades aisladas, sino por la pérdida prevenible e injusta de vida humana: la inequidad en salud: el incumplimiento ignorado del objetivo compartido de salud global.

Buscó estadísticas internacionales de los tres datos: esperanza de vida, producto interior bruto y emisiones de carbono. De los dos primeros había datos compilados por el poderoso Banco Mundial, desde justo el año en que nació Thanda: 1961. ¡Qué coincidencia! ¿O sincronicidad? Del tercero, las emisiones de carbono, el mismo Banco Mundial, tenía estimaciones de cada país desde 1990. Pudo así identificar los países que cumplían, de forma

consistente, los tres criterios de "mejor salud posible": esperanza de vida mayor que la media mundial, Producto Interior Bruto menor y emisiones de CO2 menores de dos toneladas al año. Los llamó modelos "saludables, factibles y sostenibles".

Presentó aquel análisis en varias conferencias de la universidad de Berkeley. Aquella lista de "países-modelo" causaba estupor entre los académicos y estudiantes de aquel centro mundial del saber: encabezados por Costa Rica, con ocho veces menos de capacidad económica por persona (Producto Interior Bruto: comprar y vender) que los Estados Unidos, respetaba el umbral ecológico con quince veces menos de emisiones de carbono por persona tenía y con ello tenía más esperanza de vida: mejor salud. Le seguían de cerca Cuba, Sri Lanka y Vietnam, modelos socialistas o comunistas aborrecidos y dos de ellos agredidos por el imperio del capitalismo.

Consiguió datos de la Organización Mundial de la Salud sobre las tasas de mortalidad en niños y en adultos desde 1990. Pudo demostrar algo parecido a lo que un año antes estimó en la servilleta del consejo europeo que aún guardaba: casi veinte millones de muertes en exceso, una de cada tres muertes en el mundo, casi todas en los países de "ingresos bajos". Calculó cual era el rezago de tiempo en que los países de ingresos bajos, al ritmo de entonces, alcanzarían las tasas de mortalidad "factibles y sostenibles": la mortalidad infantil no llegaría hasta el nivel posible en ese momento, hasta cincuenta y cinco años después, traducándose ese retraso en trescientos cincuenta millones de muertes innecesarias en niños. En adultos era aún mayor el retraso en como el conocimiento y medios factibles para todos prevendría muertes injustas: no se llegaría, a ese ritmo, i hasta 2200! causando mil ochocientos millones de muertes injustas y prevenibles en ese tiempo de retraso.

Ese hallazgo le llevó a utilizar un símil en sus presentaciones: un tren de carbón que con estructura rígida mantenía vagones de primera, de segunda y de tercera. El carbón que quemaba (emisiones), para avanzar veloz (Producto Interior Bruto) y sin dejar bajarse (salir del sistema), mantenía

rígidas diferencias entre los de más adelante y más atrás, con sólo estrechas puertas entre vagones (movilidad entre países y clases sociales). El problema no era llegar unos segundos después al destino, o viajar en sillones almohadillados o en bancos de madera. El problema era que los de detrás llegaban tarde al progreso e iban perdiendo vidas, con un precio de veinte millones al año, una cada dos segundos, el tiempo en decir: "inequidad en salud".

Thanda le habló de esos hallazgos estremecedores, que a menudo le hacían sentir profunda tristeza, a Nayra, quien se fue haciendo cómplice en todas las dimensiones. Estudiaron juntos qué necesidades influían en una buena salud. Las necesidades vitales para sobrevivir -agua, alimento, refugio- era el objeto de la ayuda humanitaria y causaban, sobre todo por baja nutrición casi una sexta parte de las muertes injustas que habían calculado. Las necesidades de seguridad para evitar riesgos, a lo cual se dedicaba la salud pública, o de tratamientos por los sistemas de salud, condicionaban, sobre todo por infecciones y por embarazos de riesgo, otra cuarta parte del precio en vidas humanas por la inequidad. Pero muchas muertes no lo eran en la infancia, en el embarazo o por infecciones, y menos de la mitad de ellas por las arbitrariamente seleccionadas por Sachs y Fronz en los objetivos del milenio y el fondo global. Más de la mitad lo eran por enfermedades crónicas que se debían a formas de vida insanas, y cuando así ocurría, a menudo falta de acceso a tratamientos.

¿Qué era una vida sana? Thanda y Nayra debatían sobre ello en la oficina de Moses Hall, en la que a veces no podían disimular su sintonía espiritual y física.

- Nayra. He hablado con profesores del departamento de paleontología. Quería saber para qué está diseñado y preparado nuestro cuerpo.

- Esa es la clave, Thanda: vivimos "contra-natura". Y nuestro cuerpo se revela.

- Exactamente: con modelos evolutivos y anatómicos se ha estimado que estamos preparados para un movimiento esquelético y muscular de unos quince kilómetros al día durante nuestra edad adulta, o sus equivalentes en

correr, nadar o subir escaleras o laderas.

- Muy poca gente entonces utiliza su cuerpo para lo que la evolución ha diseñado a lo largo de dos millones de años desde que empezamos a andar sobre dos piernas y poco después a usar el fuego.

- Así es Nayra. Sin usar nuestro cuerpo para su propósito, se anquilosa. No comemos con el apetito natural y sano. No quemamos tampoco las calorías ni reponemos las proteínas al ritmo natural. De ahí la obesidad, la hipertensión, la diabetes y la artrosis. Recuerdo como me contaba Jonay que identificaron con Fernando la "enfermedad de la soledad y la tristeza", que se unía a todas esas condiciones por estilos de vida no sanos.

- Hay otra clave, Thanda: desde que bajamos precisamente del árbol, la pelvis se estrechó y fueron los humanos prematuros los que más sobrevivieron. Con la fontanela craneal sin cerrar en los primeros dos años de vida, se desarrolla más que en ningún otro mamífero el lóbulo frontal. Ese es el lugar del pensamiento figurado que amplía nuestros sueños y también nuestros miedos. Somos gregarios por ser el mamífero más indefenso al nacer y por construir abstracciones y mitos que desde los asentamientos agrícolas nos hacen funcionar en masa.

- ¿Y es esa vida en masa negativa para nuestra salud? ¿Vivimos menos en las grandes ciudades que en los pequeños pueblos?

- Se une otro factor: en las ciudades hemos desarrollado formas artificiales de vivir: con la química en los alimentos en masa, con las emisiones de carbono por nuestro transporte y calefacción o con los plásticos en casi todo lo que consumimos no comestible. Aparentemente tenemos más necesidades cubiertas, pero surge un problema que me inquieta: la constante lucha y competitividad.

- Sí, he leído que hemos ido desarrollando comportamientos más próximos al chimpancé, jerárquico, competitivo y agresivo; que del de los bonobos, más comunitarios, colectivos y pacíficos. El río Congo dividió esas dos evoluciones. Tenemos mucho que investigar. ¿Qué es lo que hace al ser humano competitivo entre sí y con el medio ambiente, a un extremo de enorme sufrimiento de muchos y de poner en riesgo a las próximas

generaciones?

Debatía estas cuestiones con Nayra quien le enseñaba sobre acupuntura, que estudiaba en la escuela de medicina china de Oakland a donde le llevó por dolores de espalda de tantos viajes. Thanda pensaba en los flujos de energía en el cuerpo, sus bloqueos y las enfermedades. Compartieron estos pensamientos con Nolwasi, quien así entendía el desequilibrio de la enfermedad, aunque ella veía el fluir de la energía desde la conexión con los antepasados y también con la naturaleza, en lo que estaba volcado con pasión Adam en las montañas al norte de Madrid.

Sentía una conexión fuerte y clara, entre muchas variables y dinámicas que desenmascarar. Las veía entre las fuerzas competitivas, jerárquicas y sin empatía, que generaban acúmulo en unos pocos y necesidad en muchos; y la destrucción de la naturaleza que ensombrecía el futuro de las próximas generaciones. Con más y más preguntas en su diagrama de toda la pared del cuarto 108 de Moses Hall, preparó el libro final "*Global health is global justice*" (salud global es justicia global) con análisis, explicaciones, tablas y más de cien gráficos por los que intentaba medir y describir lo que la Organización Mundial de la Salud no había medido en sesenta y cinco años: el precio de la injusticia en vidas humanas: cómo -y porqué, donde y cuando- no se cumplía la "mejor salud posible", el objetivo de todos los países en salud global.

Se alió con Miguel Alrieri, el chileno exiliado de Pinochet y líder de las ideas y propuestas de la agroecología desde los años ochenta, y de la fuerza de movimientos globales como via campesina, donde Lisy seguía luchando. Thanda y Miguel compartían ideas y veladas a la guitarra. Le presentó a René, quien ponía las manos a las ideas de Miguel y diseñaba en su jardín de Berkeley todo tipo de atrilugios y prototipos para cultivar en permacultura, cocinar con mínima leña y sin emisiones, cargando además el móvil, estudiar fincas desde el aire, y promover formas de armonía natural. Con él y con su dulce y serena compañera argentina, Lili, Thanda hizo una profunda alianza que resistió a la distancia.

Comparó también la salud en Europa y Estados Unidos: sus constituciones,

leyes, recursos, servicios y cooperación. La clave era que el sistema de valores en Estados Unidos, basados en la carta fundacional de sus primeros colonos "*We the People*" (nosotros, el pueblo), sólo reconocía un derecho: el de llevar armas. A diferencia de Europa, con todas sus contradicciones, la salud no era un derecho ni el gobierno debía garantizarlo. Cuando comparó, como hizo con la inequidad global, Estados Unidos con Europa, cuyo Producto Interior Bruto era una tercera parte menor, demostró un exceso de muertes, de nuevo, pérdida de vida humana por injusticia, de ochocientas mil muertes al año, casi un 9/11 al día.

Expuso su análisis a Eva Harris, valiente investigadora y apasionada de la salsa, héroe McArthur por sus cientos de publicaciones sobre el virus del dengue, del cual quizás sabía más que nadie en el mundo. Eva dirigía el Centro de Salud Pública Global y sentía que desde su laboratorio no desafiaba la justicia como Thanda. En contraste con su compañero Paolo, un revolucionario del Salvador que le desafiaba a diario la investigación complice del sistema por su crudo análisis del capitalismo americano que exponía en un programa de radio alentando a la casi imposible revolución en el país más encadenado al capital. Compartió también esas ideas en las asambleas del movimiento "*occupy*" (ocupación), el eco del 15-m español. Se presentó, por primera vez, animado por Nayra, a unas elecciones: las primarias del nuevo partido español ligado a Greenpeace, "Equo", supuestamente orientado a la ecología y la equidad. Escribió una propuesta con pasión y quedó segundo, después del fundador, ex líder de Greenpeace. Nayra, maravillosa compañera en todo, le ayudó a preparar su conferencia final en Berkeley, antes de volver a su trabajo en Bruselas. Escogieron un lugar especial: una pequeña casa de piedra, quizás de las más antiguas del lugar, que ocupaba, y así rezaba el cartel de entrada, el "*Dream Institute*" (instituto de los sueños).

A la conferencia acudieron académicos y estudiantes de muchos rincones de la universidad, organizaciones relacionadas con la lucha social y con el cuidado de la naturaleza, y, maravillosas personas que conoció durante su tiempo de pasión en Berkeley y se fueron convirtiendo en su familia lejos

de casa. Estaban Terry y Dorothy, hermanos de Nayra y que, aún desde su amor furtivo, sentía como sus nuevos hermanos. Vino Huitzi, por quien conoció a su alma gemela, su Anaya Luis Javier, los entrañables amigos que Nayra congegaba en amistad y nobles ideas, Rafa, un constructor que dejaba fluir el alma tocando guitarra flamenca, Txotchil, en sintonía con las estrellas, Laura, madre coraje arquitecto en la jungla de la bahía, Daniel, tan dulce en su empatía, Tania, chilena valiente en expresar su pensar y sentir, Bárbara, salvadoreña hada del baile, Valerie peruana que lo dejó todo por las oportunidades para su hija, Rachel, en eterna búsqueda del noble amor, Gary, hebreo fascinado por la rumba cubana y BK, sereno maestro de yoga. También estaban René y Liliana, Altieri, Eva y Paolo y muchas personas que no pudo identificar pero en quienes conectó en el brillo de la mirada según fluían sus ideas. Habló con pasión de todos aquellos hallazgos que demostraban el mal rumbo del mundo y la necesidad de compartir más a través de una cooperación llevada a una escala veinte veces mayor, y dejar de destruir la naturaleza.

Se fijó que en un rincón medio escondido en la sala había una persona con la máscara de Guy Fawkes, símbolo del movimiento Anonymous.

Intentó publicar sus hallazgos en California University Press y en otras editoriales científicas. Le decían que era interesante, pero le decían que le llamarían, sin hacerlo. Empezó a sentir intriga de por qué se le excluía de conferencias y publicaciones. Por entonces una joven científica y hacker de Kazajistán, en el centro de Asia, de veintitrés años, llamada Alexandra Elbakyan, lanzó una web llamada *Sci Hub* en la que daba libre acceso a casi cien millones de artículos científicos que pirateó de las redes de intereses privados y de negocio de la ciencia. Thanda decidió autoeditar su libro de investigación en equidad y subirlo en la red *Sci Hub*, ignorando los circuitos políticos y académicos que despreciaban, o temían, sus análisis de la equidad.

La alegría de la reunión y el sentir que sus ideas y estudios encontraban aliados y sintonía en tantas personas allí, lejos de su hogar, se unió a un vértigo que hacía mucho que no sentía. Se iría al día siguiente a diez mil

kilómetros al este, a Bruselas, donde le esperaba un trabajo incierto, un hogar vacío y un corazón que ya empezaba a galopar sólo de sentir la distancia inminente con Nayra. Seguían, por sensibilidad a los hijos de ella, no mostrando su amor en público, lo cual le dolía mucho a Thanda, pues él lo sentía noble y valiente, preparado a todo. Nada que esconder. A pesar de ello, su amor fue creciendo y la despedida fue desgarradora. No sabrían cuando volverían a verse, o si eso llegaría de alguna forma, en algún lugar. Desde su divorcio de Cristina, tan doloroso, Thanda había pasado casi diez años en soledad, salvo los aislados encuentros con Sara en las Juntas de Médicos Sin Fronteras hacía ya cinco años, y sin la complicidad que sentía tan plena y tan bella con Nayra.

Thanda voló hacia Bruselas, con el corazón encogido. ¿Sería la soledad y la distancia del amor lo que marcaría su vida como ocurrió con su Amama? Volvía a Bruselas con, como diría su padre, la misión cumplida: un libro de ochocientas páginas que demostraba la arbitrariedad de los objetivos del milenio, la negligencia de seis décadas de la Organización Mundial de la Salud y la comunidad internacional, y el precipicio de destrucción al que se adentraba la especie humana. ¿Podría influir en la gris Bruselas de burócratas siguiendo códigos verticales? Se había implicado en el movimiento occupy, se había presentado por primera vez a unas elecciones defendiendo la equidad y la ecología, había viajado por el continente dando conferencias y había escrito su primera novela, "Valentía y Ternura: Todos somos la misma energía" inspirada en la lucha contra las sombras del egoísmo por tantas almas maravillosas que había encontrado en su camino. De vuelta a Bruselas hizo una escala en Nueva York para encontrarse con su alma gemela: Jonay. Pasó la noche en la cabaña con Jonay, Aimsa y Nour. Les dio una copia de "Valentía y Ternura" en la que su fuerza y su amor brillaba fuerte. Vio en ellos la vida en familia, en naturaleza, en unión y complicidad plena. Ese era su sueño. ¿Sería posible con Nayra?

CVII. El fuego y la vida, Garajonay, agosto de 2012

Hacía dos años casi que Eila, la eco isla de la laurisilva, vivía en la armonía social y natural desterrando el mercado y su daño a la naturaleza. De la tercera parte de los isleños que no votaron al MIEL, la mayoría, sobre todo los propietarios de pequeños terrenos que se fueron integrando en las vidas comunitarias de las eco aldeas, se fueron identificando con los valores de la naciente Eila.

John tenía ochenta y cinco años y la artrosis de sus posturas de navegante había pasado factura. A pesar de su yoga diario con Umbela, tenía limitada movilidad. La eco isla se convirtió en una referencia de utopía para los ya casi quince millones de comuneros en más de treinta mil eco aldeas en casi todos los países del mundo. Querían entrevistarle a todas horas, pero por pudor y por no quitar tiempo a su dedicación a Umbela, a la eco aldea de la ternura, y a Eila, en ese orden preferencias, prefería declinar y referirles a un espacio en que cada semana colaboraba en el programa de radio y de internet que grababa Paxti. El programa se acabó llamando "reflexiones sobre la vida de Patxi y John".

Estaba comprometido, como "servidor de todos", a traducir el decálogo de Umbela en una forma de vivir en la isla y entregarse a ello "sin sueldo ni reloj", con "sudor y pasión". Por su edad y limitaciones ya sólo iba una vez por semana en la barca con Tomás, también ya un sabio y venerable anciano, a quienes a veces acompañaba Martín. Llegaban a San Sebastián, llamado ahora "corazón de Eila". Atravesaban la plaza del "abrazo de Eila", las calles de libertad, dulzura y gratitud, frondosas con todo tipo de frutales y enredaderas de espinacas, moras y tomateras, y llegaban a la "casa común de las eco aldeas" para dialogar y "consensuar consejos". Lo hacían a propuestas que de los "foros de sentires, pensares y haceres" traían de cada valle. Gustaba después celebrar con las diferentes comunidades religiosas recitando el "canto a la vida" en las reUniones de "unión en gratitud".

Las áreas de "armonía en convivencia", "armonía en naturaleza", "armonía en bienestar" y "armonía en el saber" le iban informando a diario de sus

retos y propuestas. Eila, que fue conociéndose por sus brazos abiertos a cualquier persona, fue acogiendo a más de trescientos africanos que huían de hambre y violencia en sus pueblos e integrándose en las eco aldeas con sus ricos saberes tradicionales y su perseverancia en la pasión por vivir.

También fue recibiendo personas de toda España, Europa, África y otras regiones, que ofrecían su trabajo voluntario y compromiso a vivir sin propiedades. Vinieron expertos de salud y de muchos saberes sólo por convicción de una vida comunitaria y ecológica. Unos trescientos funcionarios de otras zonas de España "cambiaron sus plazas -puestos de trabajo- "con funcionarios de la anterior administración de La Gomera reticentes a dejar su privilegio salarial.

También fue poco a poco haciendo que la mayor parte de las tierras fueran públicas. Casi todos los extranjeros propietarios de lujosas villas fueron vendiendo sus propiedades y emigrando a otras islas o retiros tropicales, aunque muchos de ellos cedieron sus propiedades a Eila y se integraron en las eco aldeas. Las dieciséis familias que poseían tres cuartas partes de la isla fueron viendo que sus negocios de ventas de propiedades, alquileres de apartamentos, estancias en hoteles de lujo, juegos en campos de golf o comidas en restaurantes caros, apenas tenían clientes pues no podían usar petróleo, ni plásticos, que demostraron ser la base de su economía anterior. Quince de ellos vendieron sus propiedades al gobierno de Eila, que las pagó en plazos gracias a los ingresos que resultaban de la "declinación voluntaria de sueldo para uso en el bien común" de la gran mayoría de los funcionarios, llamados "servidores del bien común". Pasados cuatro años John estimaba que ya habrían pagado esas expropiaciones y no necesitarían del gobierno de España más asignaciones de sueldos a sus funcionarios.

Un terrateniente no se fue de la isla. Juan Antonio, el cacique más poderoso y tuvo un infarto, fue atendido con afecto por Luis y fueron a verle su esposa y su hijo. Al principio rechazó verlos y les llamó "ladrones perro-flautas" y les gritó:

- Ahora venís por mi herencia ¿verdad?

Con gran serenidad su esposa Dolores contestó:

- No queremos nada de tus propiedades Juan Antonio. Ni un Euro ni un ladrillo. Tenemos la armonía con la naturaleza y con la comunidad. No necesitamos más. Te diré que es lo que si queremos de ti: tu abrazo y que nos dejes abrazarte.

Siguieron yendo cada día al hospital con un guiso de la huerta y una infusión de plantas medicinales. Al tercer día Juan Antonio sintió en la noche un dolor con asfixia y sintió que podía morir. En ese momento sintió el profundo deseo del abrazo que le dijo Dolores. Al día siguiente, sin otra expresión que el llanto del largo desierto que fue su vida sin amor profundo y sincero, se abrazó a Dolores y a Juan Antonio quien le presentó a Martín, su nieto. Se quedaron acompañándole sin palabras, sin juicios, sólo con ternura, masajes y abrazos. Esa noche falleció Juan Antonio dejando sus tierras a todos los isleños de Eila.

Don Cayo y Gracían seguían arreciando con críticas y campañas de difamación en los medios. Vivían en Tenerife y acudían a los plenos del parlamento canario donde increpaban a los representantes de Eila. Por el contrario, John los invitó a sesiones de "aprendiendo unos de otros" para escuchar ideas por el bien común en un programa de radio de Eila.

Fue difícil ir retirando todo el plástico, ya prohibido en la isla. Con la ayuda de Joseph, quien visitó Eila para apoyar en los planes de energía natural y vehículos sin fósiles, montaron en "el corazón de Eila" una "fábrica de sueños". Compraron de una red de "open hardware" una impresora 3D. Fueron convirtiendo las cuarenta mil toneladas de plástico de los basureros en hilos en bobinas. Con ellos y la primera impresora 3D, que llamaron "madre", construyeron otras impresoras 3D y así llegaron a tener primero una en cada valle, luego varias en cada eco aldea. Así aprovecharon el plástico y construyeron con la ayuda de Joseph y de muchos ingeniosos ingenieros de las eco aldeas, prototipos de ordenadores, móviles, molinos, arietes hidráulicos, piezas para paneles solares, bicis y triciclos eléctricos y hasta piezas para veleros. Tomás, con la ayuda de Martín, convirtió el puerto de la ternura en un astillero de veleros que fue, poco a poco, sustituyendo a los contaminantes ferris de Olsen que dejaron de llenar de

alquitrán la bahía del "corazón de Eila".

Las ya veintisiete eco aldeas y seis eco barrios de Eila cultivaban unas seis mil hectáreas y cuidaban de unas cuatro mil hectáreas de pastos, en total cien kilómetros cuadrados, menos de un tercio de la isla. La gran parte del resto era la "reserva ampliada del Garajonay- alma de Eila", en recuerdo a la leyenda guanche de amor, que multiplicó por cuatro veces su extensión anterior.

Así fueron, en contra de todos los vaticinios de economistas y políticos, haciendo desaparecer, por inútil, el uso del dinero. Cuando hubieron pagado las últimas propiedades llegaron a un acuerdo con el gobierno de España para sólo importar cuarenta medicamentos vitales que Luis identificó un "consejo de salud" con sanadores de todo tipo de saberes, de todas las eco aldeas. A cambio Eila contribuía con excedentes de alimentos sanos y plantas medicinales para el sistema de salud en otras islas canarias. En los mercados de alimentos, "fiestas de sabores y olores" y en los de artesanía, las "fiestas creativas", se intercambiaban alimentos, tejidos, barros y mimbres. Así fueron, de forma natural, desapareciendo los bancos y se fundieron las monedas que las personas guardaban, ya inservibles, en sus hogares en esculturas de sentimientos.

No sin pocas discusiones, desgarros por desacuerdos y campañas difamatorias, los sueños de Eila fueron avanzando. Ya había en la isla treinta mil "eileños" en las treinta y tres eco aldeas y eco barrios, pastaban unas cinco mil cabras, mil quinientas vacas, unos seiscientos caballos y yeguas, y libaban la miel más de mil millones de abejas. Tenían unos cinco mil móviles y dos mil ordenadores. Contaban con mil bicicletas y triciclos eléctricos, doce barcos de vela y seis ultraligeros solares. Obtenían la energía de unos trescientos biodigestores, unos doscientos molinos de viento y unos veinte mil paneles solares. En las huertas disponían de unas cien bombas de agua, y veinte molinos de harina de maíz para hacer el gofio. La mayor parte de los componentes de todo ello las fabricaban con las impresoras 3D que juntos a los equipos de carpintería y soldaje daban vida a las "fábricas de sueños". En dos años habían nacido seiscientos niños,

casi uno al día, y habían fallecido doscientas cuarenta personas, la gran mayoría a una edad avanzada. La red de "puntos azules" de lugares en el planeta de alta longevidad la seleccionó como uno de ellos y sus estudios apuntaban a la empatía comunitaria como la razón de tan buena salud. Pero de lo que más feliz se sentía John era de que dos terceras partes de la isla fueran naturaleza salvaje, mucha sin apenas dañar por el hombre en formas de laurisilvas desde el terciario.

Eran mediados de agosto. El sol del mediodía era severo y una orquesta ensordecedora de chicharras invitaba a la siesta. Pero John sintió que necesitaba mirar al horizonte desde lo alto y pensar en su vida. Le dijo a Umbela que necesitaba meditar en soledad. Fue caminando por la ladera sur lentamente hacia el roque del sombrero. Sentía la necesidad de meditar. Pensó en la comunidad, pensó en las más de cien personas que habían fallecido en la eco aldea de la ternura, recordaba cada nombre, cada épica historia, cada abrazo. Descansaban ahora en el bosque de las sabinas que estaba atravesando, retorcidas sus ramas por los vientos alisios que parecían hablar y contar un misterioso cuento. Alimentadas por la materia y la esencia de las vidas, todas ellas épicas, que cuidaron de esas mágicas tierras y abrazaron con amor a quienes coincidieron en el misterioso tiempo y espacio de esa mágica aventura que llamaban vida. Llegó al roque y miró hacia el horizonte del mar. Pensaba en sus padres y la familia que dejó en Gales hace más de medio siglo. Pensaba en las singladuras por los mares a bordo de Satia, que ya no volverían. Pensó en el amor de su vida Umbela, su fiel compañía y noble esfuerzo por la familia. Y pensaba en su hijo Jonay, a quien no sabía cuándo volvería a ver o, esta idea le nubló la mirada y bañó de vértigo, si lo volvería a ver en lo que le quedaba de vida, sospechaba que no mucha.

Pensó en el sueño, hecho realidad, de ver una isla libre de cadenas de propiedades y jerarquías, libre abrazando y cuidando a su madre, la naturaleza. Y en ella, pensó en el inmenso tesoro y responsabilidad de cuidar del Garajonay, aquel maravilloso bosque de fósiles vivientes de las junglas cálidas y húmedas que poblaron la región mediterránea en el

Terciario, que daban vida a una extraordinaria cantidad de especies únicas del planeta además de una altísima densidad de árboles centenarios y monumentales. Él había promovido treinta años atrás que fuera declarado Patrimonio de la Humanidad y ese mismo año, tras multiplicar por tres veces su extensión y dedicarse Eila como primera misión, el cuidado y empatía con ese maravilloso bosque, toda la isla ha sido nombrada Reserva de la Biosfera. John solía ir a caminar descalzo y en profundo sentido de veneración por las selvas del Garajonay.

En ese momento pudo percibir olor a humo. Miró hacia Agando y observó una columna negra desde la zona de Las Paredes. Temió que podría hacer arder el Garajonay. Llamó por el teléfono móvil a la coordinadora de la armonía con la naturaleza. Le pidió que alertara a todos los municipios y eco aldeas. Todos los eileños, de todas las edades deberían colaborar en extinguir el incendio que quemaba el alma de Eila.

En el plan de incendio que habían preparado, todos los eileños tenían una función. Cada uno tenía una mochila siempre preparada con una gorra fluorescente, una linterna, un silbato, una venda y una bola de gofio con miel. Los menores de quince años y mayores de setenta podrían, según sus fuerzas, acarrear agua de donde la hubiere hasta un círculo de más de trescientos metros del fuego. Los demás podrían acercarse hasta cien metros con protección de pañuelos húmedos y gafas protectoras. Había entre los eileños mil personas preparadas en hacer funcionar unas doscientas bombas de agua portátiles por toda la isla. Utilizados con cascos, ropas protectoras, botas y un machete, estaban preparados para apagar los fuegos desde menos de treinta metros. Treinta eileños sabían manejar los ultraligeros, que para las emergencias tenían un motor que funcionaba con aceites usados y podía cargar cien litros de agua.

Toda la isla se fue movilizand. Comenzaron a evacuar caseríos aislados y eco aldeas en veintitrés zonas, entre ellas en el Barranco de Santiago, Alajeró, La Laja, el caserío de Imada o Vega y Pala. Los veleros de toda la isla se movilizaron para evacuar por mar a los aldeanos de zonas de más riesgo de incendios de sus viviendas y llevaron a mayores y niños a reunirse

en la plaza del abrazo de Eila.

John llamó al consejero de medio ambiente del gobierno canario y pidió ayuda de las otras islas, que enviaron al amanecer tres helicópteros. Pidieron apoyo al gobierno de España que envió al tercer día dos hidroaviones. John insistió, a pesar del enojo de Umbela por ello, en estar en la primera línea.

A las tres horas se inició un segundo incendio en la zona de los Manantiales de Vallehermoso, cerca de la eco aldea de la Valentía. Poco después en la Fortaleza de Chipude. Era claramente un cruel ataque intencionado en tres puntos distantes entre sí.

Tras todo el día batallando contra las llamas golpeándolas con pencas de palmas y echando cubos de agua, y a pesar de los pases y descargas de bolsas de agua de los hidroaviones, los helicópteros y los ultraligeros, las llamas seguían creciendo.

Continuaron trabajando en cadena y turnándose en los esfuerzos. Luis organizó en la retaguardia centros de atención a las insolaciones, intoxicaciones, quemaduras y crisis de ansiedad. La mayoría de los eileños no dejaron de trabajar juntos contra el fuego durante cinco días y cinco noches, comiendo sólo dos bolas de gofio con miel al día.

Al quinto día se fue sofocando el fuego en los bosques de laurisilva, aunque aún quedaron focos de fuegos en una docena de barrancos durante otra semana más, amenazando calcinar bellos palmerales.

John miraba con el más profundo dolor a las cuatro mil hectáreas calcinadas. Calculó unos tres millones de árboles, muchos de ellos con más de cien años de vida, algunos quizás quinientos; miles de millones de plantas, hongos y líquenes, y cientos de miles de millones de insectos. Sentía dolor por cada expresión de vida asesinada por la crueldad humana. Se habían sacrificado por la locura destructora del ser humano más de trescientos millones de vida en sabiduría, de callada y abnegada fotosíntesis para derrochar oxígeno y vapor de agua que caía en majestuosas cascadas por los barrancos, y con ello la vida en la isla durante miles de años. Todo calcinado en unos días.

Aún quedaba una zona ardiendo y de mayor peligrosidad por lo accidentado del terreno. Era el triángulo entre los Roques de Agando, Apartacaminos y Chipude, en el sur de la isla. A ella no podían acceder los vehículos con agua y eran peligrosos los vuelos de helicópteros y de los hidroaviones. John pidió a Martín y a Fernando que reunieran a cien jóvenes que fueran fuertes, valerosos y buenos jinetes. Deberían ir a caballo, con sus trajes protectores y machetes.

Al llegar a la base del roque de Agando se dividieron en dos grupos, unos hacia el este y otros hacia el oeste. Descabalgaron y fueron cortando pencas de palmeras con sus machetes. Se acercaron al frente de fuego de unos quinientos metros. Se dividieron en parejas por trechos de unos diez metros y empezaron a turnarse sofocando las llamas con golpes de pencas durante tres minutos cada uno. Después de unas cinco horas fue cediendo el fuego. John había participado como uno más, a pesar de su avanzada edad y su limitada movilidad. En ese momento roló el viento y se incendió un pino canario frente a John. La llamarada le prendió la ropa y dos grandes ramas cayeron cubriéndole el cuerpo de brasas incandescentes. Los más cercanos, incluyendo Fernando, acudieron a sofocar las llamas sobre su espalda con las pencas.

John no podía ver, como si una fuerza piadosa hubiera querido taparle la vista de tal dantesca visión de su amada isla, calcinada. El humo fue sofocándole la respiración y a la vez llevándole a un estado somnoliento donde revivió sus paseos venerando aquellos mágicos bosques. Se sentía abrazado por su silencio levemente arrullado por el reclamo de la paloma rabiche, los rumores de los pequeños manantiales y el susurro de los vientos alisios agitando las hojas de fallas y viñátigos. Recordó con fascinación los vuelos de las currucas y el reyezuelo, y como el gavián, la aguililla y el búho chico planeaban majestuosos sobre los barrancos que rezumaban la mágica humedad del bosque en cascadas de pureza. La vida. Tan mágica. Y cuidar de ella. La mejor forma de haber honrado su paso por ella. Lo intentó con toda su alma. Como su alma, renacería de las cenizas. En brazos de Fernando quien le abrazaba con la mayor ternura imaginable

de un amigo desfiló la película de su vida, de su infancia y juventud en Gales, de su naufragio, del rescate de Tomás, de su corazón fundido en la mirada de Umbela desde que le curó sus heridas, de sus cuidados del barranco de El Cabrito , del maravilloso regalo de la vida de Jonay, de sus marchas con su hijo por tantos barrancos y cumbres, de la llegada de Fernando, del rescate de Kadijatu y Lisy, de la marcha de Jonay a África, de su navegar el mundo con Umbela, de la red de eco aldeas, de la familia creciendo mágicamente con Aimsa y Nour, de la lucha contra las drogas, del tiempo del exilio, del movimiento Miel y la fundación de Eila, del sueño hacia la utopía, de tantos y tantos niños que vio nacer y hombres y mujeres que vio viajar a otra dimensión, abrazados a ellos con ternura... como el abrazo de Fernando, quien sollozando de amor sobre el pecho de su bravo amigo del alma, le colmó de caricias hasta que dejó de respirar, de latir... de ser en la dimensión material en la que tanto amor había derrochado a cada paso.

CVIII. Tanto amor.. tanto dolor..., White Lake, octubre 2012

Jonay despertó con un extraño presentimiento. Abrió el ordenador en la cabaña al amanecer. Había recibido un mensaje de su madre. Lo identificó pues, desde el decálogo de Findhorn, siempre escribía todo en minúsculas:

querido hijo,

hay momentos en que las palabras no pueden ni acercarse a expresar el sentimiento.

siento un profundo dolor al decirte que tu padre viajó ayer a otra dimensión, la de la magia de la naturaleza que tanto cuidó, la de los atardeceres que mecían su alma, la de las estrellas que guiaron su valiente caminar hacia sus sueños.

con él se fueron de nuestra vista y demás sentidos millones de árboles y de tantas formas de vida de Eila, un incendio intencionado segó el existir en esta realidad de tanta belleza, y con ella, la del ser humano que alumbró mi existencia y la llevó a un mar de amor más inmenso que el océano que le trajo a mis brazos hace medio siglo. siempre estuvimos unidos y siempre lo estaremos.

lo más bello que trajo a mi vida eres tú. quiero que sepas que no hubo un día en la distancia física contigo que no te pensara, que no te imaginara en el horizonte antes al sur y ahora al poniente hacia donde su alma viajaba cada noche a abrazar la tuya en tu atardecer, a darte aliento en tus despertares a susurrarte al oído la inmensidad de su amor por ti y de su orgullo por sentir en ti la nobleza de tu alma.

Eila ha quedado medio calcinada y desolada sin su guía, pero el recuerdo de la belleza del garajonay y la luz de tu padre nos llaman a todos, unidos, a cuidarla más aún en su renacer. cada brote de cada planta será un símbolo de esperanza.

te quiero con toda mi alma hijo. y siento tan profundo a tu padre en mí que, me atrevo a decir, y a hablarte desde ahora así, que te queremos.

por tanto amor y siempre, él vive en ti y tú en él.

sé fuerte hijo, ten valentía y ten ternura, en la profunda transformación de

irnos en parte con él y de evocar, a menudo con el gélido dolor de no sentir su piel y su voz, el recuerdo de su amor hacia la eternidad en la que somos todos la misma energía, tu madre unida a ti.

Al leerlo, Jonay quedó como si una fuerza oscura le hubiera arrancado una parte profunda, sagrada y esencial de su vida. Sus ojos se llenaron de lágrimas que le quemaban los párpados. Sintió un dolor lacerante en su frente. Le temblaban los labios como si se negaran a expresar, impotentes, tanto dolor y tanto sentir. Un nudo en la garganta le robaba el aire, el pecho parecía gritar, como incapaz de recibir y de liberar, sin saber cómo, tanto dolor, y, a la vez, tanto amor. Sus piernas temblaban. Sentía hundirse la tierra y derrumbarse los cielos sobre su alma que no veía sentido a seguir caminando sin la mano de su guía de siempre. Sin la luz de todo. Deseaba que le rodease una oscura tiniebla, esa "nada" que "nada puede explicar", derramar en ella su alma que parecía romperse en miles de pedazos sin sentido, sin razón de seguir un guion sin aquel foco que tan mágicamente le trajo a escena en esta aventura que este amanecer parecía tan sin sentido...

Miró al lecho donde aún dormía Aimsa, y salió al establo para comprobar que Nour dormía plácida sobre el vientre de Rasta. Caminó hacia el lago, que apenas comenzaba a pintar en su rugoso rostro las pinceladas doradas del amanecer. Se quitó toda su ropa y se adentró en el lago de aguas frías. Sus lágrimas de dolor y de amor, más fundidos que nunca en el mismo sentimiento, se diluyeron con las del lago. Mientras nadaba, su mente quedó en blanco, como si en realidad todo lo que le rodease fuese ajeno, irreal. Nadó varias veces el kilómetro de diámetro del lago, como queriendo dejar todas sus fuerzas en ello. Como un homenaje a la valentía de su padre, a su comunión con el mar. Agotado por el esfuerzo y entumecido por las frías aguas, paró en el medio del lago y gritó con todas sus fuerzas:

- ¿Por qué? ¿por qué fue con dolor y destrucción que arrancaste a mi padre

de mi vida? Tanta noble lucha por honrar la vida con amor y armonía con la naturaleza... ¿dime, no merecía un dulce final en los brazos de mi madre? ¿por qué no me llevaste a su lado para darle mi mano y sentir la suya? ¿cómo puedo ahora seguir? ¿Por qué? ¿Hacia dónde?

Se dio cuenta de que increpaba a *Mkulumkhulu* (dios, el "abuelo de todos los abuelos") como sus hermanos *ndebeles* en Ukuzwana. Como lo hizo con tantos pacientes que el SIDA arrancó cruelmente del mundo, como ocurrió con Anwele, como el año anterior sintió con la marcha de Haka. Esta vez el grito era más desgarrador. Sentía, en lo profundo del alma, allí donde late la eternidad y el infinito, un profundo pozo oscuro de donde no sabía cómo podría salir. Ni si quería salir.

Cuando se aproximó a la orilla vio que estaban sentadas y abrazadas Aimsa y Nour. Se pusieron en pie según él salía, desnudo y diluidas sus lágrimas con el agua que le seguía abrazando. Se puso su pantalón y caminó hacia ellas.

- Vimos el mensaje de tu madre cariño.

- Necesitaba llorar mi dolor. Lo necesito.

-Te entiendo, Jonay. Ahora llora con nosotras y apóyate en nuestra fuerza, recibe nuestro calor, funde tu alma dolorida en las nuestras, también unidas al amor y valentía de John, por siempre en nuestros corazones.

John se abrazó a ellas, pero sintió que le inundaba un deseo de estar sólo, de sentir a su padre en su soledad, de no pensar en nada más, en nadie más, en hacer nada que nadie, ni su compañera y su hija, esperaran de él. Sentía sólo un fino y frágil hilo de luz, de fuerzas, de ánimo para seguir respirando, y lo reservaba para la unión con su padre, en profunda y dolorosa transformación.

Volvió a la casa y escribió a su madre:

mamá, como tu bien dices, no hay palabras que puedan expresar el sentimiento... que en mí es de profundo vacío y dolor de pensar que ya no tendré su cálido abrazo, su mirada profunda, su suave voz... las deberé buscar evocando recuerdos, en los sueños, en el sonido del viento, la sal del mar, los cantos de los pájaros y las mágicas sombras en la noche...

en ello, mamá, mi mayor deseo es estar a tu lado, darte mi abrazo y juntos sentir como papá vive en nosotros... él te amó con toda su alma desde que os sentisteis a través del cristal esmerilado la noche de su naufragio... por vuestro amor existo... en vuestro amor veo la luz y la intento irradiar a mi alrededor...

siento dolor y culpa por cada día que estuve lejos de vosotros, tantos años que no os apoyé en vuestras nobles luchas... cada uno de esos días pesa ahora en mi corazón...

*volveré con los vientos navegando a abrazarte,
a sentirle bajo la sombra de la sabina
donde reposa su cuerpo cansado,
a mirar contigo el horizonte del atardecer
que tantos años sentiste a su lado,*

*a mirar las estrellas y evocar en cada una
un recuerdo de la luz que ha dejado ...*

faltarán estrellas...

Jonay sentía como si la transición de su padre a otra dimensión le hubiera transformado a él ... como si cada átomo de su frágil ensamblaje molecular, se hubiera descolocado y no encontrara su lugar...

No podía más que expresar ternura a su madre y buscar a su padre en sus recuerdos y sus sueños, que también le mecían despierto pues mirando a la naturaleza le veía en cada rincón.

Varias noches sintió, atormentado, los gritos de su padre ante el fuego, más por el dolor de ver sus hermanos árboles morir que por su propia muerte.

No podía disimular sus sentimientos hacia nada que no fuese su padre, y el apoyo a su madre. No pudo expresar en un mes palabra alguna de cariño hacia Aimsa ni hacia Nour. Las miraba casi como irreales, como al resto de la realidad que le rodeaba y de la que su alma quería huir por faltar la luz de su padre. La realidad se convirtió en una pesadilla de la que deseaba escapar y ansiaba que llegara la noche, o momentos de total soledad y silencio para sentir a su padre, y grabar aún más firme su huella de amor en su alma para siempre.

A su último mensaje, Umbela le contestó:

hijo de mi alma... tu padre yace ya bajo una sabina que mira al mar que le trajo a mí... en mí le siento y en ti le veo... en tu nobleza y tu lucha por las ideas en las que crees... estás lleno de él. no tienes que hacer ningún esfuerzo en retenerle... vive contigo para siempre. No sientas culpa alguna por la distancia... tu padre estaba orgulloso de tu entrega a tus pacientes en África y tu renuncia a tantas cosas por apoyar a tu compañera del alma...como él hizo conmigo.

sólo te pido una cosa hijo: la comunidad de la ternura y todas las eco aldeas de Eila, quieren hacerle un homenaje, una ceremonia de gratitud a su entrega al sueño de Eila. ¿Puedes mandarme unas palabras en su honor?

Aimsa y Nour, sentían el dolor doble de la marcha física de John y de la espiritual de Jonay, quien se refugió un mes en meditación para sentir a su padre en él. Sabía que era egoísta sólo pensar en ese hueco de su alma que necesitaba recomponer, pero no tenía fuerzas ni luz para más.

Le envió estas palabras a su madre para que se leyeran en el homenaje a su padre:

John Harris nació en un pueblo de marineros del sur de Gales. Forjó su juventud sensible a las luchas sociales de los mineros de aquellos valles y a la naturaleza y los horizontes del mar. Apenas fue mayor de edad decidió zarpar en su velero "Hope" – esperanza- hacia el sur para conocer el mundo y sentir su magia. Le acompañaba su perro Satia, su armónica y un libro muy especial en su vida : "La historia de mis experimentos con la verdad", del mahatma Gandhi. El destino quiso que un golpe de viento hiciera que la

botabara golpease su frente y quedara él inconsciente y su barco a la deriva. Fue rescatado por Tomás, pescador del barranco de El Cabrito, con quien trenzó una amistad entrañable. Le llevó a la "casa de socorro" en San Sebastián donde mi madre estaba asistiendo al médico local, Don Ezequías. Se vieron borrosos a través de un vidrio esmerilado : antes de verse y tan sólo en sus figuras, vieron una luz que sabían sería mágica para el resto de sus vidas. Se abrió aquella puerta y John vio en mi madre la ternura y dulzura que había dormido en sus sueños. Mi madre vio en John un hombre noble y valiente. De su amor nací yo y les debo la vida y toda la magia que he ido descubriendo en ella. John fue integrándose en la isla con no poco rechazo de quienes sólo entendían los valores a través de los sacramentos, las propiedades y las vestimentas. Desposó a Umbela y fueron a vivir con Tomás al Cabrito. Poco a poco y con poco más que sus manos fueron dando vida a aquel seco barranco. Con las piedras volcánicas construyeron su humilde hogar y las terrazas en las laderas, a las que fueron trayendo agua y nutrientes, cultivos y cosechas, color y vida. Yo crecí en aquella naturaleza pura. No hubo un amanecer que mi padre no ofreciera su esfuerzo a la vida ni un atardecer que no diera gracias a la naturaleza. Llegó mi adolescencia y llegó Fernando desde Cuba y África. La alianza entre ellos es eterna. Rescatamos a Kadijatu y Lisy en los mares de África. Fueron llegando a la isla personas de muchos lugares huyendo del desastre de Chernobyl y en búsqueda de la comunidad en naturaleza que fueron creando John y Umbela. Con los años la comunidad de la ternura creció y Fernando animó la de La Valentía sobre los acantilados de Arguamul. Aquella "Valentía y Ternura" se fue contagiando por la isla y comunidades de nativos con personas venidas de muchos lugares del mundo fueron creando islas de amor a los demás y a la naturaleza, sin códigos ni cadenas. No siempre fue fácil. Recibieron a menudo rechazo y difamación de quienes sólo entendían la moral con códigos impuestos. John y Umbela fueron a aprender de otras eco aldeas en el mundo. En Findhorn, Escocia, Umbela propuso el decálogo de la armonía, la casa de Chun, la primavera, la renovación. John insistió en mantener siempre el corazón y los brazos abiertos a quienes no

pensaban ni vivían como ellos, y de dar en impuestos lo justo para recibir también de las bondades de las instituciones como los servicios de salud. Yo me fui a Tenerife a estudiar, a Zimbabue a trabajar como médico y ahora vivo en la otra orilla oeste de este mar que nos separa y nos une. Fue hace sólo dos años que mi padre lideró el sueño de Eila, el de una isla sin que su naturaleza fuera propiedad de nadie, sin que el petróleo ni los plásticos, ni los químicos ni las excavadoras la siguieran dañando, con los brazos abiertos a cualquier persona que quisiera vivir compartiendo y no compitiendo. Casi veinte millones de personas viven ya en eco aldeas de más de cien países. Eila es una luz en el mundo. Inspira a dejar el lastre del tener lo que otros no tienen, pretender saber lo que otros no saben y querer de formas que otros dicen. La veneración por la naturaleza que John profesó siempre y fraguó en el espíritu de Eila, debe prevalecer. Murió con los árboles que amaba, quemado, como ellos, doliente y sin entender quien puede infligir tanto dolor, quien puede destruir tanta belleza. John luchó, con su cuerpo ya labrado por los vientos de la vida como las ramas de la sabina que hoy inspira, hasta el último aliento. Dio su vida por Eila. Fue el noble capitán de este bello barco y se aferró a él. Quizás naufragó de nuevo pues las tempestades eran fuertes y esta vez con lenguas de fuego. Quizás al igual que su naufragio hace medio siglo fue engendrando este bello sueño, hoy su bravo naufragio de fuego alumbra una Nueva Humanidad y Eila, que renacerá como la casa de Chun hacia una nueva primavera con el amor y la unión de todos los Eileños y almas amigas de todo el mundo, sea , aún más , el signo de esperanza que esta Humanidad enloquecida por el tener y el destruir y que tan urgentemente necesita transformarse. John fue y es mi padre. No puedo imaginar un honor mayor, un privilegio más bello, una responsabilidad más firme que seguir su luz, mientras estemos con vida con tu ejemplo, y después.. ir con confianza a su dulce encuentro. Jonay , con lágrimas que apenas le dejaban ver el teclado, escribió unos versos y los acompañó de unos sencillos acordes (Sol-Do-Re séptima-Sol). Le pidió a Fernando que los cantara a la guitarra y le acompañara Martín con la última armónica de su padre en el homenaje.

*Faltarán estrellas para ver en ellas todas las razones
Por las que los mares trajeron a John a esta bella isla*

*Faltarán estrellas para ver en ellas esta magia inmensa
Que trenzó el destino para que tú fueras su valiente guía*

*Faltarán estrellas para ver en ellas todos los recuerdos
Que sembró tu alma, que dejó tu huella por el mundo entero*

*Faltarán estrellas para ver en ellas los sueños que quedan
Por luchar valientes, por sentir ternura por saber que estás..*

*Faltarán estrellas para ver en ellas que nunca te fuiste
Somos lo que amamos... y solo así entendemos.. que ya no hay final...*

La ceremonia en honor de John fue radiada por todo el mundo. Patxi compartió el último relato que habían preparado juntos para el siguiente programa semanal que se seguiría llamando "reflexiones de Patxi y John", escuchado en todo el mundo. Más de veinte mil testimonios de eco aldeas de todo el mundo inundaron Eila. Cada eileño transcribió una con tinta en las piedras calizas de la plaza del "abrazo de Eila". Fernando fue propuesto por los "foros de sentires, pensares y haceres" de cada valle y elegido como el sucesor de John, "servidor de todos".

El cuerpo de John se fundió en el espíritu de una sabina del bosque de los recuerdos donde yacían tantos otros aldeanos que dieron su vida en ternura. No había ninguna placa ni ningún signo religioso, no hubo ninguna estatua ni ningún lugar en su nombre, Umbela sabía que no lo hubiera deseado.

Nunca se supo quien provocó los incendios. Se pensó que quizás los enemigos que les echaron hacía años de la ternura para construir hoteles y

campos de golf, o quienes fueron expropiados de sus latifundios. En sus conciencias quedaría.

Tomás labró en una gran rama de sabina caída por el viento, como John por las llamas, dos palabras que resumían tan bella vida, y el sentir de tantas personas por todo el mundo decididas a derramar sin límites su valentía y su ternura por la armonía unidos en naturaleza:

Faltarán estrellas.

CIX. El amigo de las plantas, Monte de Santa Catalina, enero 2013

Adam llevaba ya año y medio en España, lejos de sus raíces en Bulililamangwe, descubriendo el latir de una generación que quería abrirse paso entre casposas jerarquías del poder y escapar de las trampas, cual agujeros negros, del consumo globalizado, sintiendo ciegamente al quizás mayor sufrimiento y destrucción de vida vista en el planeta en sus cuatro mil millones de años de existencia.

Fue haciendo amistad entrañable con Moyes y María, que seguían muy activos en el movimiento 15M y debatiendo la fundación de un partido político para el cambio en Europa. El ejemplo de Eila, renaciendo de sus cenizas en el recuerdo de John, guiaba muchos movimientos y comunidades. Adam iba en el tren de las seis de la mañana hasta Chamartín y conectaba allí con otro hasta la universidad en Cantoblanco. Las horas en tren se convirtieron en entrañables espacios de tertulia con otros pasajeros, de lectura o simplemente de ver los encinares, fresnedales, robledales y cañadas reales oyendo música.

Adam fue combinando sus tareas en huertas y jardines del barrio, por los que ganaba para su comida y transporte, y los estudios de biología en la universidad. En el primer año se había adentrado fascinado en entender la física. Recordaba las charlas con Aimsa sobre la magia de la física cuántica que desafiaba los conceptos rígidos de Newton. Se sumergió fascinado en la química y los bailes de electrones en torno a núcleos diversos en los que los bosones de Higgs atrapaban neutrones y protones en las dimensiones de tiempo y espacio de formas diversas e infinitas combinaciones. Le deslumbró la geología del planeta y sus capas y corteza con maravillosas formas y huellas del tiempo. Encontraba paz en las matemáticas para poder estudiar con números esas variables y distribuciones mágicas de la vida. Veía en la biología de las células fábricas de proteínas como talleres incansables de restauración de los cuerpos que iba desgastando el tiempo. Y se fue adentrando en la zoología y su estudio de todas las formas de vida animal.

Tras un verano viajando por Europa en inter-rail con Ángeles, con quien fue entablando entrañable amistad, y conociendo un mundo tan distinto de sus orígenes, empezó el segundo año en el que fue convirtiendo su saber matemático en estadística, la biología celular en microbiología, la química en bioquímica y la zoología en evolución de las especies además de su preferida, la botánica. Su fascinación por la naturaleza encontraba una dimensión mística con las plantas.

Aunque tenía un trato amable con todos, la distancia, a casi sesenta kilómetros de Robledo de la universidad y de Madrid, donde vivían la mayoría de sus compañeros de clases, su timidez, y sobre todo el sentirse extraño en las ruidosas fiestas de alcohol y música grabada, le mantenían en una cordial distancia con la mayoría de los compañeros de clase. Sentía mucha complicidad y cariño hacia Moyes y María, aunque ellos estaban muy ocupados en los movimientos ciudadanos que buscaban una necesaria revolución pacífica. De cualquier forma, Adam prefería estar en el mundo sereno de la naturaleza que, en los bullicios políticos en masas o fiestas.

Fue paseando por todos los montes alrededor de la casa en el barrio de la estación de tren de Robledo. Se fijaba en todas las plantas. Entendía las similitudes con las que conocía en Bulilila-mangwe. En su cuaderno de campo fue dibujando y anotando propiedades que iba descubriendo o intuyendo en los árboles de la zona. Se hizo hermano de los alcornoques, arces, alisos, avellanos, cornicabras, fresnos, álamos, quejigos, encinas, sauces, olmos y los perennes pinos piñoneros y los enebros. Pudo ver y dibujar en sus largas horas encima de las piedras de granito en los montes de alrededor como abejarucos, abubillas, carboneros, codornices, currucas, estorninos, golondrinas, gorriones, herrerillos, jilgueros, mirlos, petirrojos y urracas surcaban los cielos y los llenaban de una maravillosa algarabía. También observaba los majestuosos vuelos en el valle del río Cofio de águilas, halcones, milanos, buitres y cigüeñas. Por las noches, caminando con la linterna de Haka, descubría lechuzas y búhos. Veía a menudo ardillas, jabalíes, conejos, liebres, comadreja, ginetas, zorros y llegó a ver varios gatos monteses y un lince. Identificó también varios tipos de lagartos,

ranas, tritones y culebras, y barbos y truchas en el río Cofio. Sentía desde niño una fascinación especial por los hongos y encontró setas de cardo, champiñones, niscalos y setas de pie azul, todas comestibles. Identificó pronto la amanita muscaria, "falsa oronja", y tuvo cautela con sus efectos tóxicos.

Empezó en la primavera de 2013 a conocer a un grupo de estudiantes en los que sintió una especie de "música espiritual" como si sus almas bailaran y se tambalearan. Adam veneraba a los intelectuales y científicos, a las mentes analíticas, pero fue viendo en aquellos jóvenes y en sus inspiraciones, que existía una fuente de magia mayor, conectada con fuerza vital, empatía y creación. Eran el mundo del arte, la música y el cine.

Con el tiempo fue viendo un hilo común entre tantos grandes artistas. Todos hablaban a su manera de un mundo muy cercano, y a la vez muy lejano. Un mundo reservado a los corazones con intenciones puras. Un mundo desde el cual, por lo que veía, surgían tsunamis de belleza, novedad, inspiración. Un mundo que siempre pensó estaría reservado como un don o privilegio para muy poca gente del que solo oiría pasiva y lejanamente canciones, poesía y películas.

Pareciera que fuera disolviendo los filtros analíticos científicos que tenía entre su percepción y el mundo. Creció oyendo tocar el violín a Jonay y luego a Buhleve y a Nothando, pero él nunca se atrevió. Empezó por primera vez a confiar en su capacidad de escribir poesía y rodearla de la música de una kena que le regaló un amigo artista. Pasó las navidades con los padres de Thanda, que le regalaron un skateboard y empezó a transportarse con su propio impulso por las calles del pueblo y por los paseos de la universidad. Comenzó a grabar y editar videos con su teléfono, a dibujar, a estudiar la historia por su conciencia e intuición, la que no le enseñaban en la universidad. Gustaba oír en internet las reflexiones de Alan Wells y la exploración del cosmos de Carl Sagan.

Adam, en un mundo de gran soledad e introspección, pero profunda y serena armonía, fue descubriendo, a través de bajas y aisladas dosis de una planta medicinal que encontró en el monte de Santa Catalina, la rebula, que

escapaba a la trampa del cientifismo. Moyes consiguió un telescopio antiguo y Adam observaba fascinado, desde el techo del depósito de agua, las estrellas y las formas infinitas de universo como puntos de misterio y energía, y así dejó de encadenarlas a definiciones y fórmulas. Se dio cuenta como la visión científica del mundo le iba llevando poco a poco a un concepto nihilista y mecanicista del universo. De alguna forma ese concepto rígido e impuesto se aliaba a la justificación moral de vivir la vida acumulando bienes materiales y percibiendo a la naturaleza como un recurso para su dominio y disfrute, no como un ser vivo, para vivir en armonía.

Un día Adam encontró, creciendo sobre los excrementos de caballos silvestres, a una especie de hongo que, en los libros de micología de la biblioteca, había visto llamaban "psilocibe hispana". Era parecida a la que Adam había probado en Bulilila-mangwe y con la que acompañaron abrazados la marcha de Haka.

Se apuntó a un curso de micología un fin de semana y leyó varios libros entusiasmado de descubrir más sobre la magia de aquellos diminutos seres vivos. Empezó un cuaderno con dibujos sólo dedicado a los hongos y sus conexiones con la naturaleza.

Un día Moyes le preguntó:

- Adam, háblame de los hongos, te veo fascinado por ellos.
- Por pinturas prehistóricas se sabe que el hombre conoce los efectos que llaman neurotrópicos, yo prefiero llamar "reveladores" desde el Paleolítico. Los más utilizados a lo largo de la historia han sido la Amanita muscaria y la familia de los Psilocybe, más abundantes e inofensivos. En la Grecia antigua se hacía una bebida con el cornezuelo, un hongo que crece en el centeno. En la Edad media se sabe de epidemias por harinas contaminadas de dichos hongos, que provocaban contracciones y alucinaciones.
- ¿Y también se ha utilizado en África Adam?
- También se han utilizado los de la familia Psilocibe, que a su vez fue llevado por los esclavos a Cuba y a Norteamérica.
- ¿Y aún se mantienen usos tradicionales?

- No tanto. Antes se usaban en ceremonias para combatir enfermedades o con fines religiosos. Desde los años 60 se ha popularizando, se cultivan fácilmente en casa, hay un mercado lucrativo en Estados Unidos, Europa y Japón, y se consumen con fines recreativos.

- ¿Y a qué se deben sus efectos alucinatorios o reveladores, Adam?

- Dice la ciencia que el compuesto activo, la psilocibina, actúa en la corteza prefrontal, aumentando el efecto de neurotransmisores como la serotonina y donde desarrollamos el pensamiento abstracto, análisis consciente, percepción y humor. Pero yo creo que hay una conexión de energía, mágica, imposible de entender por nuestra mente binaria.

- Y dime Adam, ¿los has probado? A mí me da miedo a perder mi equilibrio mental...

- Dos veces, cuando se fue a otra dimensión mi tío Haka, y la semana pasada, yo sólo en el monte de Santa Catalina.

- ¿Qué sentiste?

- Te diré con mi corazón lo que sentí. Con toda sinceridad Moyes. Mucha gente pensaría que estoy loco, pero te lo digo con la confianza que apreciarás la sinceridad y profundidad de mi vivencia.

- Claro, Adam. Mi aprecio por ti es enorme.

- Pues a la media hora comencé a ver, con lágrimas en los ojos, la inmensidad del mundo que, pensaba, estuve a punto de no conocer. Durante unas cinco horas, sentí que aprendí más de mí mismo, de la vida, de la existencia, de mi conciencia, de mi cuerpo, de mi alma, que, en veinte años de viajes, estudios, profesores, libros, conceptos y clasificaciones impuestas en mí pensar.

Adam miró a Moyes en los ojos, para comprobar si lo que decía estaba llegando a su corazón y debía o no proseguir. Notó que Moyes estaba conmovido.

- Sigue por favor, Adam.

- Sentí que los hongos eran claridad pura. Me preguntaba: ¿cómo pude haber vivido tan ciego? Aunque me dije que tenía sentido pues era cerrando los ojos y preguntando con sentimientos y telepatía al "ser mágico que latía

en los hongos”, para los científicos una molécula con efectos químicos en nuestro cerebro, que pude intuir la historia entera del universo, pasado, presente y futuro.

- ¿Como se revelaba el universo en ti Adam?

- Pues Moyes vi como encajaba todo, entre el dolor, el amor, la alegría, el misterio, los conflictos, la paz. Todo. Todo era como debía ser. No había nada que temer. No se trataba de un delirio. Frente a la “verdad” no había que arrodillarse ni bajar la mirada. Le podía mirar a los ojos sin filtros. No había trucos. Ni segundas intenciones. Era la esencia de la pureza. Lo podía ver todo.

- ¿Era entonces como expandir tu conciencia?

- Algo así. Es difícil de describir. Mi único límite de a donde llegaba mi visión era mi capacidad de expandir mi imaginación. El hongo me enseñaba, me hablaba. Tenía una forma, un color, un olor, una energía muy familiar. Casi sentía como si yo hubiera existido en un momento cuando aquella forma de existir y de sabiduría era mi hogar y reconocía profundamente que seguía siendo mi hogar y allí volvería. Aquella criatura cósmica, me hablaba sin hablar, y en una ola de amor, entendía por qué se hacían desde la prehistoria todos los bailes alrededor del fuego, de dónde viene todo el arte en el mundo, de dónde vienen todas las religiones, a donde va tanta búsqueda existencial.

- ¿Y por qué es despreciada y perseguida incluso, considerada peligrosa y tóxica?

- Pues a la vez entendí el increíble, complejo y a la vez simple, sistema intelectual racional de distracción, el truco del mago de dirigir su atención en hipnosis y llevarnos más y más lejos de aquella magia a la que todos tenemos acceso. Entendí entonces porque la sociedad nos enseña a tener miedo de esta sustancia. Así también el dueño del esclavo teme la herramienta que rompa las cadenas de las almas prisioneras.

- ¿Y cómo piensas que esta vivencia puede influir en tu vida, Adam?

- Te aseguro Moyes que al día siguiente era como si hubiera muerto y renacido, dentro de una misma vida. Fue una sensación de inmortalidad

pues podía ver quien era, detrás de las cortinas de este "teatro de la vida".

- ¿Como describirías o resumirías, Adam, la experiencia de conectar con los hongos?

- Moyes, es como si la vida fuera una obra de teatro, y al tomar los hongos vas detrás de las cortinas, te quitas la máscara y ves la obra desde los vestuarios, las preparaciones para salir al escenario, conoces al director de la obra, ves los cables de los operadores, el público, ves la existencia sin filtros, la entiendes desde una perspectiva de tramoyista, no de actor.

En ese momento y con Moyes por testigo, Adam, con lágrimas de agradecimiento, prometió que aquella experiencia, esa forma de ver más allá, formaría parte del resto de su vida.

Sentía que el hongo no pedía nada a cambio de la experiencia. Era por puro amor. Su primer deseo fue querer compartir aquella magia presente en el mundo con la gente que más quería: su familia.

Así Adam sintió que "el dragón" en él había despertado, los límites de la imaginación se habían desvanecido, su sistema de creencias volvía a estar en sus manos y el fuego en su alma estaba ardiendo como nunca. Pensaba que fue así que los poderes mágicos de su madre volvían a él viendo que la magia era real. Sabía que su aliada era la naturaleza. Que su destino yacía más allá de aquella vida en aquel cuerpo. Ya su miedo diluido, su visión con más claridad que nunca, veía más profundos los colores del mundo, de la gente, las intenciones cósmicas de las entidades de civilizaciones y sociedades más claras que nunca. Aumentó su ya gran amor por sus seres queridos. Y fue brillando su pasión por crear arte y aprender a fluir en comunicación mediante luz y sonido. Adam imantaba así la brújula de su destino.

CX. ¿La Iglesia vuelve al amor?, Roma febrero 2013

Patxi llevaba ya treinta y seis años en la misión de Ukuzwana, la mitad de su vida. Casi ni se acordaba de cómo era él en su tiempo anterior. Se había integrado en la cultura ndebele, en su manera de hablar y a veces increpar a los espíritus. Había desarrollado un sincretismo entre su Dios cristiano y el Mkulumkulu ndebele. Se enfrentó a las jerarquías que con violencia física o psicológica ahogaban el amor desde la lucha armada de ETA, a la quinta brigada de Mugabe, a la violencia de la resistencia ndebele y, sobre todo, a la Iglesia católica y su genocidio pasivo ante el SIDA. Tomó como una liberación su excomunión por el obispo y el cardenal Ratzinger. Había resistido a todas ellas por el amor que sentía de Jesús, de la vida y de inspiraciones de luz poderosa en su vida que, como su tío Patxi, su hermano Haka y su cómplice en el pensar John ya no estaban en esa dimensión. Sentía la mágica complicidad con Jonay, Thanda, Buhleve y ahora Thandiwe y sus familias que tanto amor habían dado como médicos en la misión. Veía emocionado como sus hijos buscaron sus caminos de luz, Joseph, Nothando, Adam y Unai. Y, sobre todo ello, la luz que le acompañaba sin fisuras ni ausencia alguna en cada paso: Nolwasi.

Se había independizado de la jerarquía de la Iglesia y sus actitudes restrictivas ante el amor, incluso el suyo propio con Nolwasi. Como familia y comunidad unida habían luchado contra el SIDA, y el inmenso sufrimiento que la ceguera y miedo causaban. Se había aliado con la congregación laica y valiente de San Egidio en el Trastébere de Roma. Sentía una gran libertad de sembrar de amor todo lo que ocurría en la misión. No era siempre fácil ante tanto sufrimiento por las sequías del cambio climático, el SIDA de los tabúes y los intereses farmacéuticos, las redes del tráfico de niños y los venenos de Monsanto, entre otros desafíos.

Thandiwe convivía con Marco en la pequeña ermita de tantas historias de amor y entrega, y estaba embarazada. Unai ya tenía quince años y seguía con su pasión por las cumbres y los vuelos. Conocía todas las aves y hablaba con ellas, sobre todo cuando escalaba cada cumbre. Joseph, desde su vuelta de Eila, había impulsado en la red de eco aldeas de Zimbabue y de

otros países en África, la fabricación de impresoras 3D por las que convertían el plástico de décadas de consumo ciego, en artilugios de energía, cuidados de los campos, construcciones, transportes y comunicaciones limpias. Nothando tocaba el violín con profunda sensibilidad y sus conciertos eran radiados junto al programa de "reflexiones de Patxi y John", que así seguía llamándose a pesar de la ausencia física de John. Acababa el año 2012 y recibió una carta de la comunidad de San Egidio en Roma:

Hermano Patxi

Seguimos con emoción tus reflexiones semanales desde Ukuzwana. Seguimos con mucho aprecio tu apuesta valiente por el amor dentro de la iglesia frente al celibato impuesto por quienes no entienden el amor, por la prevención sin prejuicios que matan y el acceso a tratamientos del SIDA frente al capitalismo y su avaricia, y frente a los venenos de la agroindustria. Nos inspira mucho la visión de la red de eco aldeas y de Eila. Todo ello nos anima y nos da mucha fuerza a nuestros proyectos en el Trastébere con migrantes, cada vez más numerosos huyendo de guerras, hambre y sequías por el calentamiento global; nuestra lucha contra la pena de muerte, procesos de paz ahora tan necesarios en el Medio oriente y en nuestras misiones por el mundo.

Sabemos de tu dolor por la exclusión que desde que le conociste como cardenal Ratzinger, el ahora Papa Benedicto ha impuesto a tu misión, y también a nuestra congregación. Cualquier adaptación de la Iglesia a los nuevos tiempos del saber, y a enfrentarse al capitalismo voraz y a las jerarquías ciegas, ha sido rechazada desde que sustituyó a un no menos estricto, pero más sensible Juan Pablo II a su muerte hace ocho años.

Su ostracismo ha llegado a un límite insostenible. Un sacerdote de Suiza con el que hemos estado en contacto, Hans Kung, y quien cuestiona desde hace muchos años el concepto de "infalibilidad del Papa" nos ha escrito conociendo nuestra alianza contigo y con Kevin Dowling en Sudáfrica, Raúl Vera en México y Pere Casaldiga en Brasil, para que le apoyemos con argumentos que animen al Papa a reconocer con humildad los errores en

torno al SIDA en África y la teología de la liberación en Latinoamérica, y así reconsiderare su oposición de acabar con el concepto de infalibilidad. Y si no fuera así, pedir su resignación.

Además, Paolo, un mayordomo del Papa, ha revelado mucha información, que llaman "Vatileaks", sobre escándalos de pederastia que ya eran conocidos por su puesto anterior al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Han pasado ya dos años y además de la presión de dentro y fuera de la Iglesia, la salud del Papa ha ido debilitándose.

Hemos preparado nuestra reunión anual a finales de enero y queremos invitarte para compartir tu experiencia de Ukuzwana y el vínculo con la visión de Eila de la que hablar en tu programa cada domingo.

Creemos que se acercan nuevos tiempos para la Iglesia y tu presencia pensamos que no sólo nos inspirará como comunidad sino también quizás a los vientos de cambio en el Vaticano,

Dios siempre te bendiga

Andrea

NB: No te preocupes por el precio del pasaje, un colaborador nuestro es directivo de Alitalia y nos ha facilitado un billete gratuito. Una vez en Roma tienes nuestra humilde casa para hospedarte.

Se quedó pensativo frente a la pantalla donde leyó ese mensaje por email. Sintió tristeza por la perversión sexual, oculta y cobarde, abusiva y retorcida, que brotaba en la Iglesia, por no dejar que el amor natural fuera aceptado y bendecido Sintió tristeza también por la absurda jerarquía en torno al poder y lujo del Papa, opuesta a las comunidades catecumenales fundadoras de la Iglesia que seguían al humilde y revolucionario Jesús. Con el tiempo el Vaticano se había ido alejando tanto de lo que Patxi entendía del mensaje de Jesús en el Nuevo Testamento, que era insostenible, como decía Damián. En todo ello el "principio de infalibilidad" le dolía a Patxi como la antípoda de la mayor de las virtudes, la humildad.

Le contó el contenido del mensaje a Nolwasi y le dijo que lo reflexionaría unos días. Una semana después lo habló con ella:

- Cariño, me han insistido wen que vaya a Roma. Pero me siento mayor y

el dinero de ese viaje le haría mucho bien a mucha gente.

- Patxi, llevas treinta y seis años dedicado a la misión y a mi pueblo kalanga y ndebele. Apenas has salido en ese tiempo cuatro o cinco veces unos días fuera de Ukuzwana y la vez que fuiste a luchar en Roma hace ya veinte años. Sé que puedes, como hizo Haka con ETA, influir en que las cosas cambien y triunfe el amor sobre el miedo, la comunidad sobre la jerarquía, y la naturaleza sobre el mercado enloquecido.

- Pero no quiero dejaros solos Nolwasi. Me hace sentir egoísta.

- Bueno, eso está solucionado. Cuando supe de la invitación hablé con Adam. Él ha ido ahorrando dinero de cuidar jardines y quiere colaborar con mi viaje y el de Unai pues dice que nos echa mucho de menos a todos. Podríamos ir nosotros a Madrid y esperarte a tu vuelta de tus luchas en Roma para pasar unos días con nuestros ya-no-tan-pequeños en la casa de Thanda en Robledo y también ir a tu caserío natal donde viven Beatriz y Meimuna. Me han dicho que quieren hacer coincidir todo para la celebración de la boda de Moyes y María allí y Beatriz también quiere colaborar con nuestros viajes pues quiere tu bendición en esa unión.

- ¿Todo eso habéis tramado en una semana?

- Con buen corazón y el deseo de tu felicidad Patxi. A mí también me intriga ver ese mundo, conocer tus raíces, donde vive ahora nuestro Adam y que Unai también lo vea. Será un viaje bonito y, tras toda una vida, unas pocas emisiones no alteran nuestro compromiso ético con nuestras gentes y la naturaleza. Podremos además dar charlas en varios lugares, visitar eco aldeas en Europa y conseguir alianzas y apoyos para nuestra misión. Thandiwe y Marco se quedan a cargo, y Joseph y Nothando van a venir para apoyarles en todo en nuestra ausencia.

Unai estaba entusiasmado de subir a un gran avión y ver el mundo que había soñado desde los cielos, mucho más arriba que lo que podía subir *inyoni-enkulu*, y, sobre todo, reunirse con su querido hermano Adam.

Para Nolwasi y Unai todo el viaje fue como una aventura inimaginable. El avión, el vuelo tan alto, la llegada a la gran ciudad, el metro y el tren. No salían de su asombro, aunque sentían temor de no saber quién en verdad

controlaba todos esos artilugios a los que las almas humanas entregaban, sumisas, su confianza.

Llegaron para celebrar el cumpleaños de Adam a finales de enero en Robledo. Allí estaban Adam, Moyes y María. Era tanta la emoción cuando llegaron en el tren y se abrazaron en la estación del pueblo, que nadie pudo decir una palabra. Adam y Unai no se separaban ni un momento. Al día siguiente se unieron Thanda desde Bruselas y Beatriz y Meimuna desde Navarra. Celebraron alrededor de un fuego en el campo con las manos unidas, dando gracias a la vida, en especial por la de Adam, en recuerdo de Anwele, Haka, John y tantos otros que habían dejado su luz en sus almas. Ya estaban en otra dimensión. Meditaron en recuerdo del resto de la familia que quedó en Ukuzwana y que desde Eila, White Lake y Cuba les enviaban su cariño.

Patxi, con su inseparable txapela de Haka, siguió vuelo hacia Roma mientras Nolwasi y Unai se quedaron con Adam a conocer su mundo, sus montes, la naturaleza que había ido descubriendo y el mundo interior que se le iba revelando y quería compartir.

Cuando Patxi llegó a Roma le fue a recibir Andrea Cardiri, fundador de la comunidad de San Egidio.

- Gracias por venir Patxi, te esperamos con mucha ilusión.

- Gracias a ti Andrea, habéis sido muy generosos. Espero que pueda ser útil mi visita y compense tanto gasto.

-Seguro que sí Patxi. Además, tras casi cuarenta años creo que te mereces unas vacaciones. Nos vimos la última vez hace veinte años y las discusiones con Ratzinger entonces, se enfrentaban a un muro que parece que ahora puede empezar a quebrarse, con el amor.

Fueron a la basílica de Santa María donde cenaron con migrantes y gente sin techo y necesitada, y luego tuvieron una tertulia con un grupo de la comunidad, que ya contaba con cincuenta mil laicos en sesenta países, todos ellos muy ligados a la red de eco aldeas espirituales. Se interesaron mucho por su misión sin jerarquías, su lucha contra las farmacéuticas, los tráfico de seres humanos y Monsanto, y por la idea inspirada desde Eila.

Durante la siguiente semana habló en más detalles de los casi cuarenta años de Ukuzwana, y de la red de ecoaldeas espirituales para lo cual conectaron con Umbela en Eila y con Aimsa en White Lake. Patxi dio conferencias en más de veinte sedes de congregaciones religiosas que representaban a más de medio millón de religiosos en todo el mundo, además de hablar en la radio y televisión italianas y hablar con periodistas de muchos medios.

Unos días después el Papa anunció su renuncia en latín durante una reunión del colegio cardenalicio mientras discutían fechas de canonización de beatas y mártires. Desde hacía seiscientos años ningún Papa había renunciado a su "trono". Todos habían muerto siendo Papas. Venerados e "infalibles". Su mensaje breve de dimisión hacía referencia a su avanzada edad, pero Andrea y muchos pensaban que se debía a escándalos que se taparían bien durante su retiro de oro en Castelgandolfo. Pedía perdón por sus errores y aludía que Dios le pedía dedicarse a la oración y la meditación. Su dimisión se hizo efectiva a finales de febrero y así comenzó el proceso oligárquico milenarista para elegir al siguiente Papa de la religión más seguida en el mundo, por cerca de mil cuatrocientos millones de personas.

Patxi supo que uno de los candidatos era Jorge María, el jesuita de Buenos Aires con quien Raul Vera, Kevin Dowling y él había estado conversando sobre la Humanidad y su esencial vuelta a la armonía con la naturaleza y debatiendo juntos las enseñanzas de San Francisco de Asís. Dos semanas después fue elegido como Papa. Manifestó su voluntad de ser conocido como 'Francisco' en honor al santo de Asís. Su elección fue toda una revolución para una Iglesia que llevaba eligiendo Papas europeos desde hacía mil trescientos años. Era también el primer Papa jesuita, tantos siglos desafiando con ideas sociales a la jerarquía del poder, sobre todo en los últimos cincuenta años en Latinoamérica. En coherencia con su mensaje de humildad y con el sencillo piso donde vivía cuando obispo de Buenos Aires, decidió residir en un humilde cuarto de la Casa de Santa Marta, donde él mismo cocinaba y desde donde tomaba el transporte público, y no en el palacio del Vaticano, con su séquito, guardia suiza y todo tipo de lujos. Eran

conocidas sus pasiones por el tango y el fútbol, y por la lectura de Dostoievski y de Borges. Declaró que quería *“una Iglesia pobre y para los pobres y que por ello se inspiraba en Francisco de Asís”*. Intentaría emularle como hombre de la pobreza, hombre de la paz, el hombre que ama y que custodia la creación. Sin protocolo ni solemnidad Patxi fue recibido por el Papa en la Casa de Santa Marta:

- Hola Patxi, por fin te conozco.

- Si me permites te llamaré Francisco, sin título. No creo en jerarquías.

- No sabes qué paz me da eso. Creo que pasaré mi tiempo de Papa rodeado de protocolos que me ahogan.

- Me alegro. Ojalá puedas reformar la Iglesia y despojarla de su arrogancia, Francisco. Que se abra a quienes amamos en pareja, como yo, que se abra a quienes difieren de la identidad heterosexual, que entienda la necesidad de relaciones sexuales seguras para prevenir el inmenso sufrimiento del SIDA, que desafíe a las fronteras, al capitalismo y las desigualdades, y, sobre todo, que, como nos inspiró San Francisco, pueda erigirse en defensora de la Creación, no con la naturaleza a su servicio sino al revés.

- Por eso te he llamado Patxi. Con Kevin, Raúl, Casaldiga y otros quiero que me ayudéis a redactar una encíclica que se inspire en San Francisco y cambie ese concepto de antropocentrismo que nos está llevando a la autodestrucción y a la destrucción de la Creación de Dios.

- De acuerdo Francisco, pensaremos algo que te pueda ser útil.

Fuerza y luz en tu misión. Hay mucho que cambiar, mucho que soñar y mucho por lo que luchar con esperanza.

- Que Dios te bendiga Patxi.

Patxi volvió a Madrid para reunirse con su familia. Al llegar a Robledo, le recibieron en la estación con el cariño y al día siguiente siguieron viaje en tren hasta Pamplona.

Patxi volvía, cincuenta años después, al caserío familiar. Al llegar recordó la escena en el porche en la que su tío Patxi rezó frente a toda la familia y recibió el abrazo del abuelo Agustín. Les explicó a Nolwasi, Adam y Unai sus recuerdos de la infancia según les enseñaba el pajar, las cuadras, la cubeta

de piedra con los sapaburus, las huertas empinadas, el camino a la fuente y la gran encina donde les pidió que se sentaran y en círculo y cogidos de la mano dieran gracias por tanto vivido. Adam miraba con fascinación los hayedos y Unai buscó una ruta para subir con Adam, esa misma noche, con la luna llena al pico de Irumugarrieta.

Beatriz y Meimuna habían empezado a hacer algunas reformas sobre todo quitando los tabiques que los hijos de Agustín, el difunto hermano mayor, habían construido disputándose la herencia, y finalmente emigrando a Bilbao. Diseñaron una gran sala de piedra en planta baja con la cocina de leña y los establos detrás, y tres grandes habitaciones arriba para ellas, para Moyes y para la familia y amigos. Ya habían ido convocando a asambleas de caseríos para plantear la idea de la eco aldea y parecía avanzar salvo por el arraigo a la propiedad de la tierra y su relación con la tradición de herencia vasca. Se unía en el arraigo de la herencia dos sentidos de "propiedad" del ser humano, lo material y lo familiar, que perpetuaba condiciones de egoísmo y desigualdad.

Al día siguiente Moyes y María celebraron su unión. Vino la familia de María desde Llanes y amigos comunes de ellos de Londres, de Bruselas, de la universidad en Madrid y de la plataforma contra desahucios y el movimiento 15M. Recibieron mensajes de cariño de Jonay, Aimsa y Nour, de Thanda y su familia, de Thandiwe, Joseph y Nothando desde Ukuzwana, de Umbela y las comunidades en Eila, y de Buhleve con Elías en Cuba.

Moyes y María le pidieron a Patxi que dijera unas palabras.

Estaban sentados a la mesa del porche del caserío, como tantas veces durante la infancia de Patxi y de Beatriz. Patxi miró, como siempre hacía, al horizonte de los montes de la sierra de Aralar, y habló así:

Nadie sabe a dónde va nuestro lento caminar. Sólo sabemos que vivimos en todo lo que amamos. De esta casa salí hace cincuenta años y busqué como amar donde pensé que hacía más falta. Me di cuenta que el amor debe fluir sin jerarquías ni códigos, que cuanto más frágil es la vida más puro fluye ese amor, y que no debe centrarse ni en una persona, ni en un grupo, ni en toda la Humanidad, sino en todas las formas de vida en nuestra

madre Tierra. Y ese amor debe empezar por nosotros, hacia nuestra alma, a menudo aguardando a que dejemos nuestros afanes materiales y escuchemos en ella su unión mágica a todo el universo. Así, sabiéndonos parte de toda la energía, amaremos sin límites.

Moyes, tu vida es el fruto de la apuesta valiente de tu madre por ti, la apuesta de ella y Beatriz de amar sin miedo ni prejuicios. De ellas has bebido el coraje. María, sé de tu vida de cariño y respeto al trabajo duro de tus padres, y a la cooperación con los más necesitados. Qué bello que lo que os unió fue la lucha contra la avaricia de los bancos y la defensa del honesto trabajo de vuestros padres y su derecho a un hogar. Y que sigáis luchando por causas nobles. En vuestras manos unidas y en vuestras miradas imantadas late algo bello que debéis guardar como un tesoro: la complicidad espiritual y también física y de ideas, para ser "mucho más que dos", diluir las tristezas y ensalzar las alegrías, mitigar la angustia existencial que nos hunde cuando cerramos la frontera de nuestra piel, y juntos irradiar el amor siempre a la familia, la comunidad y el mundo.

Pues el amor no es de nadie, ni de ningún lugar ni tiempo, ni se ata ni se encadena. No sintáis el amor como algo conquistado y bien atado con una boda: es una energía que nace cada día de vuestros corazones y viene del otro a quien debe fluir, y del universo, a donde se vuelve a disipar. Es cada día que se renueva, que nos inunda y fluye, que os hace brillar.

Os deseo, Moyes, María, con vuestra familia y amigos aquí por testigos, la ternura para sentir el amor del universo, de todas las formas de vida y uno del otro como compañeros del alma, y la valentía para nunca nunca dejar de expresar ese amor en todas sus formas, sin hacer nunca caso a nadie quien le quiera poner límite.

Al volver en el tren a Robledo, Unai les pidió a sus padres quedarse a vivir con Adam. Tenía quince años y estaba decidido a aliarse con los montes y los cielos, escalando y volando como los pájaros. Conocer otros mundos era abrir su mente y su corazón.

Nolwasi y Patxi sintieron un dolor punzante en sus corazones ante el vértigo del nido vacío. El más pequeño, Unai, volaba. Literalmente era lo que

deseaba esa gran alma. No lo podían retener de su fascinación por recorrer mundos, valles, montañas y mares. Ni de la profunda alianza con su hermano. Necesitaban volar. Y Patxi debía volver con su fiel compañera del alma a Ukuzwana, donde le esperaba parte de la familia y la comunidad a la que seguir entregándose, ya en el atardecer de sus vidas.

CXI. La magia que cruza los caminos. Ciudad de México, mayo 2013

Thanda había vuelto en la primavera de 2012 desde Berkeley a Bruselas. Dejó en Berkeley parte de su corazón por la unión profunda que fue entramándose entre su alma y la de Nayra. Volvía además a un hogar vacío, con sus hijas ya independizándose, y a una institución, la comisión europea, que le recibió con total indiferencia.

Mientras tanto, Nayra había decidido dejar la convivencia sin-ser-pareja con el padre de sus hijos y se había mudado a una casa de madera en las montañas de Berkeley que eligió con Thanda antes de que él volviera a Bruselas.

Se comunicaban cada día por los sistemas que empezaban a funcionar, erráticamente, con los teléfonos móviles, como Viper, y por Skype. Las nueve horas de diferencia suponían que el despertar de Thanda coincidía con el acostarse de Nayra. Thanda, quien gustaba de arpeggiar con la guitarra, le cantaba a menudo "la canción de Kathy" mientras Nayra se iba quedando dormida: *"my thoughts are many miles away, they lay with you when you're asleep and kiss you when you start your day"* (mis pensamientos están muy lejos, se acuestan contigo cuando duermes y te besan cuando comienzas el día).

Su oasis de pensamiento libre en Berkeley acabó en un desierto burocrático insoportable para el alma libre de Thanda que clamaba por desafiar la complicidad de la supuesta cooperación, más bien connivencia, con un sistema global injusto, hipócrita y destructivo.

Su equipo de salud había sido dinamitado y la tan luchada política europea de salud global permanecía inerte en el archivo como tantas otras políticas y palabras del poder sin compromiso ni acción. La cooperación europea en salud seguía siendo migajas y en su mayor parte bajo el sistema vertical, arbitrario y ligado a intereses y alianzas con el filantropocapitalismo de los fondos globales. Tras completar su sabático académico presentó su informe y libro del análisis comparativo ante el derecho de la salud, su análisis de la inequidad global y las propuestas para dar un salto cualitativo a un

sistema global que verdaderamente defendiera el derecho universal a la salud, y el único acuerdo internacional al respecto "la mejor salud posible para todos". Como estaba estipulado, envió tal informe y una síntesis de una página, a la secretaría general de la comisión europea y a diez direcciones generales relacionadas con su estudio. Nunca recibió ni un solo comentario al respecto.

Por la reorganización que "reubicó" por "necesidades del servicio" a más de quinientos funcionarios sin atención alguna a su formación, experiencia y pasión, Thanda había sido destinado a un puesto para gestionar programas de "gobernanza democrática" en países del norte de África. Si bien era un reto muy humano, no conocía la región, ni la cultura árabe, no dominaba bien el francés y se alejaría de su experiencia y pasión por la salud. Una colega de origen franco-egipcio a la que habían destinado, sin hablar español ni saber nada de la región, a la cooperación con Latinoamérica, le ofreció solicitar a la jerarquía un cambio de puestos. Así lo hicieron y fue aceptado por una economista lituana, Jolita, que fue nombrada por entonces directora de la cooperación para Latinoamérica y el Caribe.

Thanda, quien había ido empezando a conocer Latinoamérica desde sus estudios en Berkeley, sintió interés en descubrir su cultura y retos sociales, en la raíz de la injusticia en salud. Era la región de donde venía su compañera del alma Nayra, con quien, aún en la distancia, fue creciendo el amor cada día, a pesar de no saber cuándo podrían volverse a ver. Sentía que había un hilo argumental en su vida transitando desde su trabajo en África y la equidad en salud global, hacia Latinoamérica y la inequidad económica, en la región de las más grandes desigualdades e injusticias del mundo.

Llegó a la unidad de cooperación regional con Latinoamérica y se presentó a su jefe, un economista griego amargado que pensaba más en su jubilación en una isla del mediterráneo que en las injusticias en Latinoamérica. Thanda no percibía el más mínimo atisbo de sensibilidad por el dolor y la injusticia y la oportunidad de hacer algo digno en cooperación. Al entrar en su oficina están fueron sus palabras: "No le puedo dar la bienvenida. Yo no pedí que

usted viniera aquí". Le asignaron un oscuro despacho sin apenas funciones de responsabilidad salvo colaborar con Vittorio, un filósofo italiano dedicado con pasión a la justicia social, aunque muy frustrado por la burocracia y las prevendas políticas, ya más pendiente de su inminente jubilación y de tocar el piano.

Thanda volvió a Berkeley para participar en un coloquio sobre su libro "*Global health is Global Justice*". Participó Larry Gostin, de la universidad de Georgetown y autor del libro "Derecho y Salud Global". Y también acudió su buen amigo David, quien ya dimitido como ministro de salud en Ecuador daba clases en Massachussets. Para seguir siendo discretos, Nayra acudió a la conferencia en segundo plano y apenas se saludaron en la distancia. Tenían un código entre los dos: cuando Thanda pensara en Nayra o quisiera dedicarle un pensamiento durante sus conferencias públicas, se tocaba discretamente la nariz. Lo hizo varias veces y Nayra le devolvía un guiño y una sonrisa. Tras dar la conferencia, Thanda se quedó en casa de su buen amigo mexicano, Rene. Pasada la medianoche no pudo resistirse y caminó las pendientes hasta la casa en Chasta road. Llamó discretamente a la puerta de aquella linda cabaña de madera colgada sobre los empinados montes, a poca distancia de la casa de Regal road donde sellaron su amor por primera vez.

Nayra le abrió sorprendida y preocupada por la "indiscreción". Pero con una gran ilusión se fundieron en un abrazo que duró varias horas y pareció una anhelada eternidad. Antes de que despertaran sus hijos y de que saliera el sol, Thanda volvió a la universidad y a las conferencias y reUniones para seguir avanzando en la propuesta de equidad global en salud, su gran pasión.

En los siguientes tres interminables meses de la primavera en Bruselas, Thanda fue sintiendo la valentía de apostar por el amor con Nayra, pues nunca había sentido una complicidad tan profunda. Le animó a que compartieran un verano por Europa y así conociera a su familia y sus raíces. Nayra llegaría en un vuelo de San Francisco a Londres. Thanda, quien gustaba de plantearse "esfuerzos estoicos por causas nobles" fue en

autobuses llenos de migrantes hacia Francia y luego hasta la costa sur inglesa en ferry para seguir en más autobuses locales y llegar, tras un día y una noche de viaje, al aeropuerto de Heathrow. Llegó unas tres horas antes y dio vueltas y vueltas intranquilo esperando la llegada de la mujer de sus sueños. Se sentía inquieto e inconfesablemente inseguro pues le intimidaba la belleza de Nayra, adulada, le constaba, por docenas de admiradores en Berkeley. ¿Como un hombre común, ni muy atlético, ni apuesto, ni elegante, torpe al bailar y en el fondo tímido al hablar, podría ya en su otoño canoso atraer tan bella dama? Pero sus expresiones mutuas de amor y de ilusión, aun con tal incierto futuro, crecían día a día.

Llegó Nayra radiante y Thanda disimuló su temblor de piernas. Nayra había dejado a sus hijos con la abuela paterna de ellos en la Ciudad de México y estaba muy pendiente de saber de ellos a todas horas. Thanda comenzó a sentir algo que tardó en disiparse muchos años: temía ser a veces más un acompañante de una madre dedicada con la absoluta prioridad a sus hijos, que un compañero para juntos unir sus vidas y darles un hogar a sus hijos. Pero se decía a sí mismo: "matemáticamente, más vale una fracción de un amor infinito que un amor finito entero". Pasaron por Londres, que Thanda conocía de sus visitas a Moyes. Visitaron la estatua de Gandhi en Tavistock, la casa de los amigos cuáqueros, los buskers en Covent Garden y *speakers' corner*. Viajaron a Bruselas donde le enseñó su mundo, la casa que ahora habitaba, frente al bosque de Soignes, su ruta en bici de kilómetros bajo los castaños hasta el trabajo, el quehacer en la comisión, los paseos por la *Grand Place*, las canciones de Jacques Brel, el mercado del *Jeu de Balle* y los paseos hasta el *Chateau de La Hulpe*. Fueron a un concierto de Paul Simon, de quien cientos de veces le había cantado Kathy en la distancia. Se les quedó grabada la frase de "*why don't we get together and call ourselves an institution?*" (¿por qué no nos juntamos y nos constituimos en institución?) en la canción de *rubber boots*, para los mineros de Sudáfrica. Thanda pensó en sus hermanos y debeles migrando a Soweto. Fueron luego en un viaje hasta España atravesando Francia y durmiendo en hotelitos de carretera. Tuvieron su primera discusión bajo

una tormenta en el aparcamiento de un hotel de carretera pues Nayra se sintió presa de un plan al no poder parar en Paris y pasear por sus calles. Un abrazo selló el desencuentro con amor renovado.

Thanda le fue contando la historia de Valentía y Ternura a Nayra y así llegaron al caserío vasco de su Amama, que dio inicio a aquel "puzzle de piezas de sueños rotos". Después de conocer a su familia de campesinos vascos de la que tan orgulloso se sentía Thanda, y de parar en un lindo pueblo de los Picos de Europa, siguieron ruta hasta Madrid donde Nayra conoció a los padres de Thanda. Conectó en dulzura con su madre y en sensibilidad artística y humor discreto y sutil con su padre. Comieron con toda la familia, sus hijas, hermanas y sobrinos de Thanda, en la casa de Robledo, también con Adam y Unai, como hijos para Thanda, quienes sintieron una linda conexión con Nayra. Volvieron hacia Bruselas parando en la masía donde Anna intentaba animar una eco aldea entre los rudos campesinos del delta del Ebro. Siguieron camino hacia Paris donde pararon, para desquite y deleite de Nayra, en el Louvre y oyeron "*La Boheme*" paseando por Montmartre. Al volver a Bruselas, y ya con tan sólo cinco días antes del viaje de vuelta de Nayra hasta, como a menudo les pasaba, no-sabían-cuando, Thanda le dijo a Nayra que tenía una sorpresa final para ella: un viaje secreto.

Thanda hizo las reservas de vuelos y hostales y pensó en todos los detalles, conociendo las sensibilidades de Nayra. Salieron desde la casa frente al bosque hacia el aeropuerto de Charleroi, en el sur de Bélgica. Rodeado de edificios modernos le dijo en broma que había reservado unos días en un hotel "todo-incluido", algo que sabía Nayra detestaba. Deshecha la broma, le dijo que esperara diez minutos afuera del aeropuerto mientras fue a hablar con los encargados de la facturación de los billetes para que no se enterara a dónde iban. Pasaron el control y esperaron en una sala común. Llamaban a múltiples vuelos y cuando se aproximaron a la fila para abordar su vuelo le puso un pañuelo en los ojos para que siguiera siendo secreto el destino. Ya en el avión, aprovechó un momento en el que Nayra fue al baño para explicarle la sorpresa al viajero que iba en la misma fila y pedirle que

le preguntara al volver: "¿Ya ha estado en Frankfurt?". Llegaron así al destino que Thanda había preparado con tanta ilusión y detalle. Al salir del aeropuerto eran obvias las góndolas que los llevarían por los canales hasta la **bellísima plaza de San Marcos**. Nayra estaba emocionada de haber llegado por sorpresa a Venecia. Al llegar a la Plaza de San Marcos, casi vacía y brillante su suelo empedrado medieval por la lluvia, una pequeña orquesta tocaba "Con te, partire". Se quedaron en una pequeña habitación de un pequeño hotel desde donde Nayra recordó a su padre viendo la luna llena que bañaba de luz plateada los tejados medievales. Pasearon dos días por sus calles y canales. Thanda le preparó otra sorpresa: compró en una vieja tienda un anillo con una piedra de malaquita, y le invitó a cenar a una terraza en una plaza perdida del centro. Antes había acordado con el camarero que, al traerles champagne, metiese el anillo en su vaso, y con una pareja que cenaba en la mesa de al lado que grabasen la escena. Al descubrir Nayra el anillo se emocionó brevemente para en seguida decirle a Thanda, con tanta sinceridad como crudeza, ique no le gustaba!

A la mañana siguiente fueron a la vieja tienda de antigüedades donde Thanda había comprado el anillo de la discordia y Nayra eligió otro: un anillo con una piedra de sentido "mágico en México": ónix. Volvieron hacia la plaza de San Maros antes de emprender su vuelta hacia Bruselas y Thanda le propuso a Nayra, mientras le ponía ceremoniosamente el anillo de Onix y mientras se oía el tema de amor de "Cinema Paradiso", la frase de la canción de las botas de goma, de los mineros de Sudáfrica:

- ¿Y si formamos un Instituto?

Nayra contestó:

- Instituto Onix.

Volvieron a Bruselas y a Londres donde se despidieron. Thanda fue a dar una charla a la *London School of Economics* y volvió después a Bruselas con su corazón desgarrado. Le atormentaba el eco de la pregunta de si su sino sería el de su Amama, en eterna espera del amor eterno.

A su vuelta a la oficina y aún ignorado su trabajo en la política de salud global, sus estudios en Berkeley y despreciada su pasión por el derecho a

la salud, fue viendo como abrir un área de cooperación en salud entre la Unión Europea y Latinoamérica. Ello le llevó a proponer programas y reUniones para hacer sistemas y mapas de inequidad en salud, con el método que había desarrollado en Berkeley. Para organizar dichas reUniones la comisión europea contrató a una fundación en España y Thanda le sugirió a Nayra que enviara su currículum para contribuir a esos trabajos. Fue así que Thanda y Nayra colaboraron en análisis y propuestas, haciendo aún más firme y fuerte su complicidad por la justicia y la salud, que crecía junto a la profundidad espiritual de sus sentimientos de unión. Se encontraron en Lima, en La Paz y en Montevideo, disimulando su amor y con la complicidad de "toques de nariz" y "guiños". Se encontraban furtivamente por las noches en aquellos rincones del mundo que fueron siendo testigos de su gran amor. Mientras, avanzaban con los planes de su instituto Onix por la equidad y conectando con redes de aliados para cambiar el sistema corrupto de mercado y acúmulo.

Nayra fue acordando con el padre de sus hijos la conveniencia de volver a México, país natal de ambos. Le preguntó a Thanda si podría trabajar allí. Justo en aquel año la comisión había decidido terminar sus programas de cooperación con "países de ingresos medios-altos" como México. Decidieron tener su muy probable último encuentro en Navidad. Nayra volvió a Bruselas y de allí viajaron a otro destino anhelado de Nayra: Berlín. Fueron a ver el busto de Nefertiti, así le llamaba su padre a Nayra, cuyo parecido con ella era sorprendente en sus rasgos lineales pero suaves, su cuello erguido y digno y su mirada entre tierna y firme. Asistiendo a un concierto en la catedral y susurrando mientras los músicos afinaban sus cuerdas, Thanda le preguntó a Nayra si su traslado a México era definitivo. Nayra le dijo que sí. Thanda respondió, desconsolado, que entonces su vida unidos sería imposible en mucho tiempo. Pasaron un fin de año de ternura en Bruselas, pero Thanda no dejó de sentir un nudo en la garganta por otra despedida más con horizonte incierto.

Ya parecía que no había manera de converger sus vidas más que en esporádicos encuentros, cuando Nayra organizó para el grupo de salud y

migración de la Universidad de Berkeley un encuentro en Oaxaca, México. Pensó que era una oportunidad de volver a ver a Thanda e intuía que la magia de la vida podría hacerles converger en aquel mágico país que tanto amaba. Envió una invitación a la Unión Europea para que en la reunión participara un representante de la comisión que presentase la "política de salud global y los desafíos de equidad en salud". Sabía que la invitación llegaría a Thanda y así fue.

Era el mes de febrero cuando llegó Thanda a Oaxaca y quedó fascinado por sus palacios coloniales, sus paseos empedrados y su población indígena zapoteca. Thanda tenía especial cariño por México desde niño: allí había emigrado la hermana menor de su madre al enamorarse de un mexicano y negarse al destino de Maitexu de su madre. Cuando Thanda tuvo su primer salario de médico residente, le compró a un billete a su madre quien viajó y se reencontró con su hermana veinte años después de su partida.

Nayra organizó una reserva para que Thanda se quedara en el hotel de la Quinta Real, antiguo monasterio de Santa Catalina de Siena. Sus cuatro siglos de historia parecían hacer a sus imponentes muros de piedra susurrar miles de aventuras de colonos e indígenas. Thanda quedó enamorado de México, su color, su amabilidad, su riqueza de culturas, lenguas, costumbres, cocina, artesanía, literatura, luchas... muchas aún pendientes. Llegó luego Nayra con un grupo de Berkeley y fue Thanda hasta el aeropuerto a recibirla, de nuevo disimulando su amor. Sí se pudieron sentar juntos en el taxi que los llevó a la ciudad y de nuevo rozar sus rodillas como hacía un año en Berkeley. Atendieron sus tareas y conferencias y por las noches era Nayra quien se escabullía de su grupo en otro lugar de la ciudad y llegaba entre los muros del convento a fundirse, cual malinche, con el "conquistador español".

Tras dos días de reUniones, Nayra volvió a Berkeley. Thanda regresó a la Ciudad de México para reportar a la delegación de la Unión Europea el contenido de las reUniones en Oaxaca. Le recibió un joven colega llamado Kurt, quien le llevó a un lindo despacho, con una gran mesa, un sofá rojo y una cristalera frente a una frondosa pradera. Thanda le habló a Kurt de su

trabajo en Bruselas, primero por la cooperación en salud, luego por el concepto y métrica de la equidad y ahora por cooperación regional en políticas de justicia social y salud. Kurt le dijo que necesitaban a alguien como él en la delegación. El jefe de cooperación estaba de baja médica y había sido repatriado a Bruselas con casi la seguridad de que no volvería a su puesto. Tenían un gran programa de cohesión social y los desafíos de desigualdad y de inequidad en México eran inmensos. El despacho donde estaban reunidos podría ser el suyo. A Thanda le dio un vuelco el corazón. Volvió Thanda a Bruselas y preguntó a la directora para la región acerca de aquella posible vacante. Durante dos meses le dijeron que ya estaba dada la plaza. Se enteró por Lluís, un buen amigo entonces director de políticas sociales, que se le había asignado a un portugués ex alto cargo del gobierno de Barroso, presidente de la comisión. Así funcionaban los puestos en Bruselas, por amigos y contactos. Lo empezó a saber desde que buscó el significado de "lobby" al sacar su oposición. Insistió ante la dirección y también ante la embajadora europea en México y accedieron a que fuera a una entrevista. Leyó todo lo que pudo de México y de la cooperación, explorando nuevas formas de cooperación con países con suficientes recursos propios pero grandes desigualdades. Al parecer impresionó a la embajadora con sus ideas y su pasión. Así fue seleccionado para la plaza de jefe de cooperación de la Unión Europea en México. Al salir esa tarde, ya casi noche, de la entrevista, llamó emocionado a Nayra:

- ¡Me han dado el puesto en México, te saliste con la tuya!"

- Lo sabía desde que supe de la reunión en Oaxaca. La vida es mágica y siempre encuentra complicidad con el amor sin miedo.

- Seamos entonces valientes e iniciemos una familia en un hogar, cariño.

Thanda hizo un último viaje: invitó a sus hijas, a sus padres, a sus hermanas y sobrinos a un encuentro en la isla de Lanzarote, donde hacía cuarenta años había tenido el primer viaje familiar con sus padres. Allí le dijo a su padre que su horizonte estaba en la otra orilla del mar donde le esperaba un amor y desafíos para seguir luchando por la justicia. Su padre, con profunda ternura y aprecio a la lucha de su hijo por sus ideas, le dijo: "sigue

tus sueños hijo, y recuerda cada mañana en tu ofrenda de amor, que ese es el primer día del resto de tu vida; y al acostarte, ofrece al universo la gratitud por otra página de aventuras en el libro de tu vida”.

Así llegaron Thanda y Nayra, por sortilegios del destino, a juntar por amor sus caminos en México, un país tan atribulado por injusticias y violencia como instilado de una magia capaz de la más sublime belleza. Como la que Thanda sentía en la valiente alma de su anhelada compañera, Nayra.

CXII. La vida renace de las cenizas y el amor se transforma, Eila, noviembre 2013

Hacía quince lunas que casi una tercera parte de Eila había quedado calcinada por el fuego intencionado de desalmados. Se calculaba que habían muerto con las llamas un billón de insectos de cinco mil especies diferentes, incluidos doscientos millones de abejas, diez millones de árboles y cincuenta millones de arbustos de más de novecientas especies diferentes, cincuenta de ellas autóctonas. También murieron sufriendo decenas de miles de reptiles y murciélagos incluidas algunas especies únicas en la isla como el lagarto pequeño, la lisa dorada, unas veinte mil gallinas, mil cabras, trescientas vacas y doscientos caballos. Y un hombre.

John fue, como capitán fiel a su barco, la única persona que "naufregó" en sus llamas. Después de su homenaje, de depositar las piedras con mensajes de todo el mundo en la plaza del abrazo de Eila, de descansar mirando por los brazos retorcidos de una sabina en la ladera sur del valle de la ternura, Umbela sintió profundo su legado y mensaje y, como los miles de eco aldeanos en la isla, dieron su alma a hacer renacer a Eila de tan crueles llamas.

Umbela sintió tanto la ausencia de John que quedó sin habla casi un año. Sólo podía expresarse con la dulzura de sus manos y con los abrazos, a menudo bañada en lágrimas. Miraba el amanecer, el atardecer y las estrellas, pero todo parecía sin luz sin la presencia física de su compañero. Fernando sustituyó a John como "servidor de todos" y siempre llevaba su vieja gorra de marinero con una frase: "siempre contigo amigo". El programa de radio semanal con Patxi en Ukuzwana pasó a llamarse "reflexiones de Patxi y Fernando". Su legado, inspirado en el decálogo de Umbela, de armonía social y natural desterrando el mercado y su daño a la naturaleza, le daba esperanza a pesar del inmenso daño y del sentido de orfandad.

En la "casa común de las eco aldeas" fueron preparando un plan para "la vuelta a la vida". Manteniendo sus tareas de "armonía en convivencia", "armonía en naturaleza", "armonía en bienestar" y "armonía en el saber".

Las vincularon todas ellas a curar el daño del gran incendio.

El plan lo diseñó Fernando con su visión médica. Como si la isla fuera un paciente con quemaduras de tercer grado en más de la tercera parte de la superficie supieron que lo más importante era la hidratación y que el ciclo del agua fluyera en más cantidad y más puntos regando la isla, filtrando a sus entrañas y restañando tantos dolores con el líquido de la vida. Con la ayuda de Joseph y las impresoras 3D ya en cada eco aldea, se perforaron veinte pozos y se construyeron otros veinte molinos de viento para circular más agua por sistemas de surcos y acequias por todas las zonas quemadas de la isla. Había que tratar luego las quemaduras limpiando el tejido muerto, restaurándolo con injertos y estimulando la granulación de tejido vivo. Usaron las cenizas como abono, convirtieron los restos de troncos no quemados del todo en carbón vegetal activo y los mezclaron con algas del mar para revitalizar los suelos. Redistribuyeron pastos en formas de injertos y crearon en cada eco aldea semilleros con cada una más de trescientos mil árboles de las cincuenta especies endémicas en la isla según alturas y con especial atención a la diversidad en el Garajonay. En menos de seis meses y con la ayuda de más de dos mil voluntarios que vinieron de todo el mundo a colaborar en "resucitar la esperanza de Eila, habían plantado más de diez millones de árboles autóctonos, doscientos cincuenta por Eileño, uno por día cada persona. Al plantarlos plasmaban un sentimiento que escribían en una piedra junto a su brote. Se extendió aún más la zona protegida del Garajonay, ya casi tres cuartas partes de la isla, quizás justo lo contrario que pretendían los que le prendieron fuego a tan bella isla.

Restaba tratar el dolor y prevenir que volviera a ocurrir. Después del homenaje a John, se hicieron homenajes por toda la isla a todas las formas de vida animal y vegetal que volvieron como carbono a la tierra de forma tan cruel, dolorosa y rápida. Se enterraron los animales fallecidos en diferentes tipos de bosques del recuerdo por toda la isla. Se contaron historias de todo el esfuerzo y colaboración de los eileños y tantos amigos colaboradores que llegaron en su ayuda. Se compusieron poemas y cantos, se pintaron murales y se relataron los hechos en obras de teatro y de mimo.

Los versos de Jonay "faltarán estrellas..." se convirtieron en un himno que cantaban a menudo en recuerdo de John y en la unión de todos para en amor y compartiendo proteger el tesoro de vida de aquella pequeña isla en el Atlántico que era una luz de esperanza para a Nueva Humanidad.

La mejor prevención de nuevos ataques a la vida fue demostrar que no sólo no cejaban en su sueño, sino que salían reforzados, con más extensión protegida para el Garajonay, más árboles plantados, más agua en circulación, más abonos, más voluntarios, y más valentía y ternura compartidas.

La vida siguió vibrando en la eco aldea de la Ternura. El viejo Tomás ya no podía navegar y se fue entregando a su final. Falleció seis meses después del incendio y pidió que su cuerpo fuera entregado en una barca al mar arrojado por sus redes.

Fernando se había ido quedando solitario en su intimidad. Le acompañaba Saidu, con el cariño de un hijo. Kadijatu trabajaba por los derechos de la mujer en las Naciones Unidas en Nueva York donde se había unido sentimentalmente a un diplomático ghanés. Lisy estaba activa en la red vía campesina y completaba su doctorado en agroecología en la universidad de Antioquía, en Colombia. Su amigo John ya no tocaba con la armónica con él y la guitarra de Fernando fue siendo olvidada en un rincón silencioso. Anhelaba el calor en la intimidad que nunca llegó a su vida. Pensaba que quizás un corazón roto ya nunca se recompone, y se resignó a vivir con ese vacío.

Yolanda y Juan Antonio fueron trenzando sus vidas y Martín sintió con ellos al fin paz. Construyeron juntos un velero en el pequeño astillero del viejo Tomás y navegaron juntos por las islas. Martín y Saidu fueron luego desarrollando una atracción mutua y volvieron a una singladura juntos hasta Freetown, donde Saidu colaboró en la reconciliación del país.

Umbela tenía setenta y seis años. El paso del tiempo fue plateando su cabello, que recogía en una coleta y cubría con un pañuelo azul que le regaló Aimsa. Tanto vivido fue dejando huellas en su rostro. Su frente apenas tenía arrugas, prueba de que la serenidad bañó casi todo su vivir. Ya casi

despobladas las cejas y sus otrora largas pestañas, sus ojos de miel se fueron achinando y rodeando de suaves líneas de tanto mirar atardeceres. Una suave y chata nariz surcaba entre mejillas sonrojadas por tanto aire y alimentos sanos. Su boca leve y dulce, hacía esfuerzos para mantener sus brazos hacia el cielo. Esa leve inclinación apenas ya le visitaba iluminando su rostro más que cuando un recuerdo le evocaba a su amado John.

De todo el mundo recibía mensajes sobre su decálogo, ya traducido a más de ochenta lenguas, y aplicado a constituciones y leyes como las de Eila, por todo el mundo. Pero se sentía abrumada y como intranquila cuando se comunicaba con extraños, en especial si la adulaban. Prefirió confiarle a Fernando el defender y mejorar el decálogo y se fue lentamente entregando a la inercia de los días y las noches con el anhelo del abrazo de John. A menudo se daba cuenta que sus ojos se humedecían y cada vez más esas olas de anhelo de su compañero se unían a un profundo sentimiento de gratitud y paz. Era una paz difícil de explicar y más de confesar: era la aceptación del lento tránsito hacia otra dimensión, donde estaba segura que se abrazaría de nuevo a John.

Durante los primeros meses tras la marcha de John, Umbela apenas comió. Fernando estaba preocupado por ella. Como, además, por su función de "servidor de todos" le convenía estar más cerca del "corazón de Eila", le pidió a Umbela si podía acogerle en su casa. Era en realidad una excusa para estar más cerca de ella, asegurarse de que comía bien y se cuidaba, y evocar juntos el recuerdo del que fue el compañero y el amigo de aquellas dos almas solitarias.

Una tarde, pasado el tiempo, cuando ya se acercaba la segunda navidad sin su presencia física, Umbela le pidió a Fernando que le acompañara a la sabina de John para ver desde allí el atardecer. Ella iba casi cada tarde, pero ese atardecer necesitaba ir con Fernando.

La sabina de John era una de las doscientas de aquel sabinar donde reposaban en sus raíces quienes se fueron a otra dimensión. Tupía la cumbre de la ladera sur del valle de la ternura. Los vientos del norte que peinaban las cumbres retorcían las ramas que parecían extenderse en

movimiento abrazando al viento, bailando con los tiempos.

- Fernando, ayer John me preguntó por ti.

Fernando, quien era algo escéptico de la dimensión de la energía y sobre todo entenderla o comunicarse con ella desde la dimensión material del vivir, le dijo:

- ¿Como lo sabes, Umbela?

- Yo hablo con él cada día Fernando. Le escucho sin palabras, más aún cuando los vientos silban entre sus ramas y hojas. Casi te puedo decir que hojas no había ayer y como su energía se expresa, me abraza y me espera.

- ¿Y qué te dijo, Umbela?

- Que te diera las gracias por venir conmigo, y que me dieras los abrazos que él no me puede dar ahora con su piel, aunque su alma está en la mía.

Fernando se quedó pensativo. Sentía una gran ternura por Umbela. No había un ser en Eila de tan serena generosidad. Su veneración por ella se diluía en verla como la fiel compañera de su noble amigo. En los tabúes de la propiedad del afecto, hubiera quien, en la cultura de las normas del miedo, pensara desleal a un amigo abrazar a quien fuera "su" pareja. Recordaba como John, y luego Aimsa, hablaban de la oxitocina y su poder de armonía vital llevando dócil al cortisol a su ciclo circadiano entre amaneceres y anocheceres, bailando suave con los días y las noches. Fernando también había sufrido demasiada soledad y demasiadas, casi todas ellas, noches sin el cálido abrazo de la complicidad de un alma gemela. Recordaba de su tiempo en Sierra Leona como allí las viudas pasaban a vivir con un hermano del difunto y se evitaba la soledad como un agujero negro en el que el alma su marchitaba.

- Me honra John al pedirme que ocupe tal bello espacio que dejó. ¿Pero, dime Umbela, qué sientes tú?

- Que nuestro abrazo en la noche aliviará nuestra soledad y alegrará a John, que siempre estará en mi ser. ¿Te sientes en paz con intentarlo Fernando?

- Para serte sincero, Umbela, me es difícil despojar de mi mente el concepto de propiedad del amor. Incluso en nuestras eco aldeas, plenas de aldeanos resueltos a no vivir con pudor ni prejuicios el amor, la plenitud mutua y

exclusiva es un instinto que a menudo condicionaba las relaciones.

- Así es, Fernando. Ese afán domina nuestros sentimientos, y a menudo el temor de perder esa "exclusividad" o el no tenerla, nos trae tristeza. Quizás sea el amor no correspondido la mayor causa de sufrimiento en la humanidad y por ese temor lo queremos asegurar, atar... y así... lo ahogamos...

- Bueno... aceptémoslo. No debemos culparnos por ese rasgo egoísta. Somos vida que persigue perpetuarse. Ocurre en muchos mamíferos, quizás por haber sido tal forma de relación en la que el padre se responsabilizaba más de la protección y el sustento, la de mayor supervivencia...

- Sea cual sea nuestra naturaleza, vivir mi última etapa de la vida teniendo tu compañía, tu abrazo en la noche, y nuestros recuerdos con cariño, nostalgia y hasta humor de John, me alegra el alma.

Le extendió su mano.

- Y a mí Umbela. Se lo explicaré a Jonay. Y hablaré a mi manera con John. Hay un espacio de plenitud que sólo será vuestro, lo respetaré como sagrado. Pero el convivir contigo y darnos mutuo afecto trae una nueva luz a mi vida. No sabes hace cuanto tiempo que no siento un abrazo de ternura. Volvieron de la mano hasta la casita y en el porche, ya viendo las estrellas, **Fernando** cantó la canción de Jonay en honor a John, "faltarán estrellas...". Durmieron abrazados sintiendo inmensa paz.

CXIII. El reino de la injusticia, Washington, mayo 2014

Nour cumplió dieciocho años y decidió irse a una marcha por rutas del "American Discovery Trail" con Rasta: cinco mil kilómetros atravesando catorce parques nacionales y dieciséis bosques nacionales.

Aprovechando que Nour estaba volando en su "mayoría de edad" galopando con Rasta, atravesando ese país tan maravilloso como encadenado a la injusticia, Jonay y Aimsa se habían ido una semana al piso de Bob en Brooklyn, quien estaba de viaje en Cuba. Se reencontraron con sus amigos del barrio y con el perro Sam, ya muy viejito y quien apenas salía al jardín unos minutos y volvía a largos sueños en la cocina, donde tantas tertulias hilaron sueños y trenzaron aventuras.

Jonay fue invitado a dar unas conferencias en la universidad de Georgetown, en las afueras de Washington DC organizadas por Larry Gostin. Contó el relato del dolor por las patentes de medicaciones para el SIDA. Apreciando su experiencia y su coherencia ética al hablar, le invitaron después a debates sobre el 'Obamacare', el buque insignia de la política nacional de Obama. La ley aprobada por el congreso estadounidense en marzo del 2010 establecía que "todos los estadounidenses deben tener un seguro de salud y a la vez recibir ayuda monetaria quienes no pueden asegurarse". Como broche final del encuentro, el presidente Obama dio una conferencia y en ella anunció que se había superado el objetivo y el programa había conseguido asegurar a siete millones de personas antes desamparadas. Cuando se abrió el debate, Jonay preguntó:

- Señor Obama. Me llamo Jonay. Gracias por su esfuerzo en el derecho a la salud en este país. Pero debo decirle que la situación me preocupa: Si bien la ley facilita el acceso a un seguro médico a un 2% de su población, permanecen aún diez millones sin seguro y otros doce millones de migrantes indocumentados sin acceso.

- Jonay. Entiendo su frustración, pero debemos ir paso a paso. Cada una de estos siete millones de personas puede hoy dormir más tranquilo, perseguir sus sueños sin la angustia de como una enfermedad se puede llevar su casa o su vida por no tener como pagar el tratamiento.

Jonay pensó en el espejismo americano de "*pursuit of happiness*", perseguir la felicidad: el único derecho, junto al de llevar armas, en la constitución americana.

- Y le aplaudo por su empeño en ello, sabemos que hay en este país quienes no tienen sensibilidad alguna a esa angustia y quien considera que, bajo la ley salvaje del mercado, quien no consigue su "felicidad", es porque no la merece. Pero además de los muchos millones de personas aún desamparadas en las que le ruego piense también, incluidos los migrantes que trabajan sus campos y cuidan de sus mayores, los privilegiados que sí acceden al sistema de seguros que usted defiende siguen pagando partes de la factura, a menudo más quien menos puede y con frecuencia gastos catastróficos para sus vidas y las de sus familias.

Los asesores del presidente le murmuraron algo a Larry quien quiso intervenir para pasar a otras preguntas, pero Obama insistió en seguir la conversación con Jonay:

- Hemos luchado también por la exclusión de pólizas por enfermedades previas o factores de riesgo. Estamos, Jonay, controlando el mercado y el afán de beneficios para que nuestros cuidados de salud, los más avanzados del mundo, lleguen a más y más americanos.

- Le insisto señor Obama, su avance ha sido tan sólo de una cuarta parte de quienes necesitan estar asegurados, y sólo cubre la mitad de sus gastos de salud. Seguro que el país más poderoso económicamente y en desarrollo científicos, que lleva misiones a Marte, puede hacer más por su gente e incluir a quienes llegan a este país a trabajar honestamente y contribuir a él. Creo que se equivoca al apoyar un sistema de mercado de seguros, proveedoras y farmacéuticas, controlado por billonarios, en lugar de impedir que las garras del mercado jueguen con la salud de las personas.

En ese momento el tono de Obama cambió. Se sintió cuestionado en su argumento lógico. Su supuesta acción solidaria era atacada con argumentos "socialistas", la línea roja de cualquier persona con cualquier poder en el país de "la libertad" (de enriquecerse). Además, aquellas grandes aseguradoras, proveedoras y farmacéuticas habían apoyado su campaña, y

la de los republicanos, que si bien tenía la fachada de contribuciones ciudadanas escondía en su base importantes e ineludibles servidumbres con el capital.

- En nuestro país creemos en la libertad, Jonay. Dentro de esa libertad está la de formarse, invertir, innovar y ofrecer servicios y en ello recibir la justa recompensa. Por ello tenemos los hospitales y médicos de más medios y conocimientos para avanzar en el conocimiento humano, del cual eventualmente se beneficia el resto de la humanidad.

- No quiero monopolizar el privilegio de discutir con usted, señor Obama, pero déjeme hacerle dos últimas puntualizaciones: ese supuesto espacio al mercado libre que permite avanzar en las fronteras del conocimiento y bienestar humanos es cuestionable: casi todos los avances del saber han venido de laboratorios con dinero público y de jóvenes investigadores con becas humildes. Es el deseo de contribuir al bien común lo que mueve la humanidad, mil veces más que el deseo de enriquecimiento individual.

Obama volvió a evitar que Larry parara el acoso de Jonay y le dijo:

- ¿Y qué propone usted Jonay?

- No deje que las garras del mercado jueguen más con la salud y la vida de las personas. Ello tiene un precio: en total cada americano paga de media diez mil dólares al año en seguros de salud y pagos directos a proveedores y farmacéuticas, a menudo catastróficos, tres mil de ellos son a través de impuestos. Tal coste, cinco veces el de la Unión Europea, se traduce en cuatro años menos esperanza de vida. Un amigo mío ha hecho un estudio en el que estima en ochocientas mil las muertes en exceso, comparado con las tasas de supervivencia en la Unión Europea. Este sistema dominado por el negocio de aseguradoras, proveedoras y farmacéuticas, tiene un precio. El exceso de gastos innecesarios va a los bolsillos de quien negocia con la vida. Calculando el exceso en relación a Europa son ocho mil dólares por persona, un negocio de dos billones y medio. Y relacionémoslo con la pérdida innecesaria de vida que antes mencionaba. El resultado es estremecedor señor Obama: por cada muerte innecesaria, prevenible e injusta en este país, hay alguien ganando tres millones de dólares, el

presupuesto de los veinte años en que trabajé en la misión de Ukuzwana en Zimbabue y durante los que atendimos doscientos mil pacientes. ¿Pero sabe qué? En ese tiempo no pudimos evitar la muerte de más de treinta mil jóvenes por el SIDA pues las patentes de las farmacéuticas que también se enriquecen en este mercado de sangre en Estados Unidos y en todo el mundo, siguieron enriqueciéndose. Le ruego acabe con este horror, ratifique la convención de los derechos de la infancia y cierre Guantánamo. Usted lo prometió en su campaña, ya no necesita de nadie para otra reelección. Deje esa huella valiente en la historia.

Obama le miró severo, pero a la vez había una leve sombra de emoción. Sabía que Jonay tenía mucha razón, pero sus manos estaban muy atadas en la Casa Blanca, más que lo que la gente sabía y más aún de los que el WikiLeaks de Julian, el amigo de Aimsa, y las revelaciones de otra valiente voz de la verdad, “delator” para los poderosos, Snowden, podían revelar.

-Pensaré en ello Jonay.

Susurró algo a Larry quien dijo que el presidente tenía asuntos urgentes que le reclamaban en la Casa Blanca.

Larry le dijo a Jonay: has estado a punto de romperme la reunión y que me cierren mi escuela, pero Obama se ha conmovido, me ha dicho que quiere hablar con nosotros pronto.

Un corro de gente rodeó a Jonay. Entre ellos había un hombre se mirada cansada pero aguda como un águila, que le dijo con una voz muy suave:

-Soy Noam Chomsky, me gustó lo que dijiste de que “Es el deseo de contribuir al bien común lo que mueve la humanidad”.

-Esa es mi convicción. Y que la anarquía es la forma más natural de compartir en bondad. Usted me ha inspirado mucho Noam.

- Lo que tu padre hizo en Eila es maravilloso ¿Vienes conmigo ahora a la reunión a la que me ha invitado Aimsa?

A unos cientos de metros de Georgetown, en la casa de Grace, una amiga de Médicos Sin Fronteras, Aimsa había coordinado con su amigo australiano Julian Assange, fundador de wikileaks, refugiado en la embajada de Ecuador en Londres, una llamada a un joven llamado Edward Snowden, en un lugar

secreto en Rusia. Ambos sabían bien como hacer que esa llamada no pudiese ser escuchada por nadie. Noam y Jonay llegaron y se sentaron los tres en torno al ordenador que con un programa encriptado permitía la seguridad de la llamada.

Aimsa les explicó a Noam y Jonay su análisis:

Edward había sido analista de una compañía llamada Ball Halton desde la cual consiguió penetrar la Agencia de Seguridad Nacional y disponía de miles de documentos que por su perversión sentía la obligación ética de denunciar, como llevaba haciendo Julian varios años, sobre todo de los abusos americanos en la guerra de Irak.

La empresa Ball Halton se había convertido en un eje de poder sin precedentes. El principal dueño era el Grupo Carlyle, que también controlaba cientos de aseguradoras médicas, empresas de telecomunicaciones, publicidad, bancos, seguros, ciberseguridad y, más y más, armamento. Empleaba a casi setecientas mil personas en unos ochenta países estratégicos donde habían elaborado una política de circuitos financieros donde lo privado y lo público apenas se distinguía. En las redes de perversión y dolor que Aimsa, con la ayuda de Haka, llevaba dibujando y analizando los último veinte años, Carlyle era como un magma impregnándolo todo. Especulando con las crisis financieras y económicas, Carlyle adquirió Pinalvest, una super-plataforma de "gestión de activos" para comprar acciones de capital en mercados de riesgo y con problemas sociales en proceso, para sacar beneficios de la miseria y la tragedia de cientos de millones. La mayor parte de los políticos norteamericanos participaban en las ganancias del grupo.

El director de Carlyle era Darrell Runstein, un billonario que había contratado a ex secretarios de defensa y directores de la Agencia Nacional de Seguridad y de la Agencia Central de Inteligencia, la temida CIA, de los últimos treinta años, y presidentes como los americanos republicanos George Bush, Ronald Reagan y el inglés John Major. Con ello había ido penetrando el departamento de Defensa, aliándose con los otros gigantes Lockheed, Northrop y el Centro de Análisis Incorporado de California que

Aimsa conocía desde su tiempo en Berkeley. Entre otras cosas se habían dedicado a formar y enviar a Irak a los interrogadores, algunos de los que Julian demostró torturaban en la prisión iraquí de Abu Ghraib. A través de su entramado fue consiguiendo contratos por un valor de más de tres billones de dólares incluyendo programas sensibles de interceptación de telecomunicaciones en todo Internet. Su magma de influencia iba expandiéndose como el gran hermano de Orwell.

Julian le preguntó a Aimsa:

- Aimsa, ¿puedes decirnos tu impresión de cómo funciona todo este sistema? Nosotros desvelamos documentos, pero las redes de perversión, como tus las llamas, son demasiado complejas.

- No puedo conocer todo ello. Pero analizando lo que, Edward, has tenido el coraje de hacer público, el sistema que en gran medida controla Carlyle a través Ball Hallton se asemeja a un cerebro humano en evolución, sobre todo en la región prefrontal. Hay decenas de miles de centros y de conexiones que responden a una docena de grandes controladores y que dominan a la conciencia, el gobierno, hasta un punto en que éste y el sistema que lo controla son la misma cosa. De hecho, las corporaciones como Carlyle ya no separan sus presupuestos privados de los públicos, salvo cuando se trata de ganancias. Sus estructuras piramidales y canales de mando integran el control de gobiernos, control de ciudadanos, control institucional y administración de la gran base de datos colectiva. Es, verdaderamente, el Gran Hermano.

En ese momento Noam preguntó: ¿ha influido todo ese entramado en la venta de armas de Estados Unidos y su incidencia en la geopolítica y en especial el epicentro de guerras e intereses, en el Golfo?

- Durante el gobierno de Obama, y su flamante premio nobel de la paz, su Secretaria de Estado Clinton, votó sí a la resolución de Bush para la guerra de Irak, defendió el golpe en Honduras, impulsó la invasión de Libia y aplaudió el asesinato de Gadafi. Aumentó también la exportación de armas al mayor nivel de la historia de Estados Unidos, que ya suponían tres cuartas partes de todas las ventas de armas en el mundo. Una gran parte de las

armas norteamericanas iban destinadas al Golfo, y en concreto a Arabia Saudí, uno de los países de más abusos de derechos humanos y donde aún hoy se lapidan a mujeres por tener sospecha de relaciones fuera del matrimonio. El régimen saudí está bombardeando Irak, Siria y Yemen, y masacrando a la población civil, hospitales, escuelas y barrios sin escrúpulos, así como a cualquier manifestación o insurgencia de la primavera árabe. Como premio a los negocios, Estados Unidos ha promovido la presidencia **de Arabia Saudita** en el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Difícil imaginar mayor hipocresía.

Noam, muy sensible a esos temas tras cincuenta años analizando la geopolítica americana, complementó el análisis:

- Arabia Saudí, sus hekes y califas en la península, siguen, como has dicho bien Aimsa, las interpretaciones más radicales del islam. No las de evitar el interés del capital, esa la ignoran. Financian grupos yihadistas que operan en Siria, incluido Isis. Como uno de tus cables reveló, Julian, la entonces candidata Clinton frente a Obama aceptó a Arabia Saudí como "la fuente más significativa de financiación a los grupos terroristas suníes en todo el mundo". Pero ya en el poder argumentó la venta de las armas diciendo que "era buena para la seguridad mundial". Las armas saudíes vendidas por americanos y compradas con el dinero del petróleo que ahoga al mundo en humos, bombardean a civiles que clamen libertad y justicia. Además, Estados Unidos, amparados en el supuesto principio de "responsabilidad para proteger", han invadido Irak durante Bush, con el vicepresidente actual Biden en connivencia desde el Senado, y con Obama y Clinton Libia y Siria. Con esa alianza saudí, Estados Unidos controla el precio del petróleo, mantienen la amenaza a Irán y protegen a Israel, la tierra sagrada para más de la tercera parte del capital de Wall Street.

Julian intervino:

- Habría que hacer, Aimsa, un mapa de las grandes mentiras: después de la mentira de armas de destrucción masiva en Irak, que costó doscientos mil civiles muertos, se invadió Libia para supuestamente proteger a la población de la ciudad de Bengazi que, según Estados Unidos, iba "a ser

masacrada" por Gadafi, algo que supimos por documentos revelados que era falso. No son sólo mentiras, son "fábricas de falsas verdades" para justificar intereses inconfesables. El poder de manipulación es inmenso.

Aimsa recalcó:

- Y ya para ello no son necesarios los grandes bombardeos, que se han convertido más bien en un negocio de la industria militar. Como se acabó con Gadafi fue por un dron estadounidense tripulado desde Las Vegas combinado con dos jets franceses que atacaron los vehículos, todo con sistemas de información facilitados por el grupo Carlyle. También se han ido enviando drones a Yemen y Pakistán. Los asesinatos a distancia por drones se han convertido en práctica normalizada por el premio nobel Obama.

Noam, de origen judío y profundamente avergonzado de la masacre constante del pueblo palestino, con armas americanas, añadió:

- Obama con Clinton han justificado los recientes bombardeos israelíes contra Gaza que han masacrado sin posible salida de una lluvia de bombas a más de dos mil quinientos palestinos.

Julian les dijo, con un sentimiento de angustia:

- La mentira y la violencia hoy mandan sobre la verdad y la paz. Edward y yo, y muchas otras personas de todo el mundo denunciemos las intrigas y mentiras del poder y somos perseguidos perseguidos por ello. Se están organizando redes para desvelar las grandes mentiras del sistema, como el grupo Anonymous, que ataca a instituciones políticas y económicas del poder, desvelando sus vergüenzas. Claro, han sido eliminados de las grandes redes sociales, al servicio del poder y de la CIA. Joe Biden, vicepresidente con Obama, extendió la sentencia de muerte a crímenes de "espionaje y traición", de los que nos acusan.

En ese momento, Jonay no pudo con más tristeza y viendo que Grace tenía una guitarra sobre una silla le pidió permiso y cantó una canción que había compuesto en recuerdo de la reciente, una más, masacre de Gaza:

Mil trescientos murieron

Encerrados en la prisión del odio

Niños, madres y todos
Gritan indefensos su desesperación

Mientras los miramos desvanecerse
Somos testigos silenciosos
Simplemente contando los muertos
¿Quién se atreve a dormir en paz?

Y si canto así
Es porque mi alma
Siente el dolor tan profundo
En la franja de Gaza...

Una madre deambula
Entre dolor, destrucción y llantos
Escucha el llanto de su hijo
Lo encuentra cubierto de sangre...

Grita desesperada por ayuda
Pero las bombas acallan su grito
Ambos abrazados agonizan
Mientras todos los vemos morir...

Y si canto así
Es porque mi alma
Siente el dolor tan profundo
En la franja de Gaza...

Todo fue cuidadosamente planeado
En los oscuros cuartos del poder
Excusas, fechas y víctimas
Ahora lo llaman un éxito

Por qué no paramos las guerras
Unir gentes, credos y manos
Abandonar la avaricia, vivir en paz
Se que sí podemos...

Aimsa se emocionó oyéndole cantar a su compañero de ideas y de espíritu y recordó como la esperanza de los discursos poéticos de Obama se había desvanecido y ese país seguía siendo, dominado por unos pocos, la máquina de terror y avaricia que ahogaba de dolor a tantos rincones del mundo y con tantos aliados y, sobre todo, cómplices silenciosos.

CXIV. La eco aldea de los cooperantes, Madrid, julio 2014

Adam llevaba ya tres años en Madrid. Vivía feliz con Moyes y María en la casa de Thanda en Robledo. Habían arreglado la casita del payaso y Adam se instaló allí. Con ayuda de amigos bomberos de Thanda, arreglaron los antiguos y bellos tejados de teja árabe surcados de sombras y musgos por el tiempo, tiraron tabiques para hacer espacios amplios de convivencia y rompieron los techos bajos de escayola para que circulara el aire y la luz hasta el artesonado de madera y sus fuertes vigas. Mantuvieron allí la sede de la "asociación española de médicos cooperantes", ahora ya ampliada a todos los cooperantes. Recibían visitas y estancias de cooperantes venidos de muchos rincones del mundo que contaban sus historias y sus anhelos. También a menudo compartían sus frustraciones de volver a una sociedad obsesionada con el consumo. Sin tiempo para historias románticas de solidaridad y sueños de un mundo sin las alambradas de propiedades y países.

En el jardín pusieron una pequeña cuadra donde dormían dos yeguas que un vecino, Rafa, les regaló. Tenían el corral de gallinas y patos, la huerta con variadas verduras y tubérculos, frutales de manzanas, melocotones, peras, ciruelas y membrillo, un invernadero y un taller.

Unai decidió, inspirado por Nour, dejar los estudios y aprender de la vida, los viajes y las gentes que encontraba en su camino. En el taller fue construyendo un ultraligero a imagen de Enyoni. También fue conociendo a Javier. Era un buen amigo y compañero de bomberos de Thanda. Iban en las dos yeguas por cañadas reales y caminos por los montes y escalaban picos por la sierra de Guadarrama, Navacerrada, la Pedriza y Patones. A menudo cabalgaban hasta el pantano de San Juan, allí desmontaban y escalaban las agrestes paredes calizas y al bajar al pantano se bañaban con las yeguas. Una noche Javier le llevó a escalar el pico de la miel, en la sierra de La Cabrera, sin cuerdas y bajo la luna llena.

El verano anterior un incendio había arrasado casi mil hectáreas del monte de Santa Catalina y Adam fue preparando en el invernadero brotes de pinos, enebros, encinas, olmos y otros árboles endémicos. Durante la primavera

había sembrado casi cinco mil brotes con la ayuda de Unai, Ángeles, Daniela, Moyes, María y a veces algunos amigos de la universidad y de una organización con la que fue congeniando llamada “ecologistas en acción”.

Una tarde al volver en sus largos trayectos de tren desde la universidad vio una torre de una iglesia en ruinas que con el sol del atardecer pareció llamarle. Bajó en la estación de Las Zorreras y fue andando hasta aquellas ruinas. Correspondían a un pueblo abandonado llamado Navalquejigo.

A la derecha seguía una carretera asfaltada hacia una urbanización de grandes casas residenciales. A la izquierda había un camino casi comido por las zarzas. A unos trescientos metros se encontró una picota al lado de lo que podría haber sido la plataforma de un patíbulo, y sintió un escalofrío. Imaginó otros tiempos crueles en que se ajusticiaba a reos por no someterse al rey o a la iglesia y se exponían sus cabezas en aquella columna. Le alivió algo ver al lado una fuente y pileta de piedra donde seguro recogieron el agua durante muchas generaciones. Unos trescientos metros más al sur estaba la iglesia en ruinas, de estilo románico. Escaló hasta el campanario y vio el pantano de vall mayor. Pudo reconocer en los alrededores de la plaza los restos de una vaquería, un establo, un potro de herrar y un corral de Concejo que se usara después como Plaza de Toros, casas derruidas de origen medieval, algunas con pozo, horno, establos, pajar y huerto y una casa más grande con un cartel que rezaba “El Castillo”. Cerca pudo oír un arroyo y lo cruzaba un puente de piedra. Se quedó maravillado entre las ruinas soñando como sería una eco aldea en la que recibieran a los cooperantes y compartieran sus vivencias con grupos de niños de escuelas, para escuchar historias diferentes que las del progreso, el consumo y el competir que dominaban todo.

Al volver a casa les contó lo que había descubierto a Moyes, María y a Unai, y le escribieron un mensaje a Thanda, quien ahora vivía con Nayra en México.

Thanda les puso en contacto con su buen amigo Fernando Cardenal, un médico de ochenta años e inmenso entusiasmo, que tras toda su vida trabajando en África se había involucrado en la asociación de cooperantes

con gran sabiduría y humildad. Vivía en un pueblo cercano a Navalquejigo e investigó en los archivos del ayuntamiento de El Escorial, que entonces presidía un alcalde valiente y libertario llamado Lorenzo. Con Joan y Anna llevaron como Asociación de Cooperantes el proyecto al Senado, donde sólo recibieron buenas palabras.

Se habían encontrado en la zona restos de cerámica de la época romana y de un camino empedrado que conectaba con la Cañada Real Segoviana. En el siglo XIII se construyó la iglesia que tuvo columnas de capitel y arcos ojivales. Fue lugar de agricultores y luego posada de cazadores, refugio de políticos corruptos, lugar de paso del rey Felipe II en sus viajes al Monasterio de El Escorial y hasta presencié batallas en la invasión de Napoleón. Cincuenta años antes lo compraron los ricos hermanos Arroyo para especular con viviendas de vacaciones para la burguesía madrileña. Como Lorenzo en el Ayuntamiento consiguió que el pueblo fuera declarado bien de Interés Cultural y exigía una restauración en su misma forma, no rentable para la especulación inmobiliaria, fue abandonado a su suerte quedando un solo vecino hasta el fin del siglo. Desde que murió hacía quince años, el pueblo estaba abandonado.

Fueron los cuatro con Fernando y dibujaron un plano: constaba de nueve hectáreas que llegaban hasta la orilla norte del pantano de Vallmayor. Todas las edificaciones estaban en ruinas, con los tejados caídos y algunas con apenas un muro en pie. Contaron catorce pequeñas viviendas de entre ochenta y cien metros cuadrados de planta, el "castillo" con trescientos metros cuadrados, la Iglesia y el ayuntamiento con doscientos metros cuadrados cada una y la plaza de toros con un diámetro de cuarenta metros. Casi todo el terreno estaba lleno de zarza, jaras y retama, con una zona de bosque de encinas y fresnos.

Adam ideó un proyecto: un "pueblo de cooperantes". Podrían reconstruir el templo y convertirlo en un lugar de espiritualidad sin "mandamientos". El ayuntamiento podría ser una amplia sala de reuniones en que los cooperantes contaran sus vivencias a grupos de escolares. La plaza de toros la imaginaron como un ágora para debatir ideas, representar teatro y

compartir música. Pensaron en el castillo como una residencia con biblioteca y comedor comunes para los cooperantes en tránsito al irse o volver de cooperar. Las catorce casas podrían ser cedidas a migrantes y personas sin techo. Pascual pensó que tendrían su vivienda en el piso de arriba y su quehacer de cocinas y artesanías de diferentes rincones del mundo, en las plantas bajas. A través de Umbela y Fernando, fueron estableciendo linda complicidad y comunicación con Martín en Eila y diseñando una eco aldea apenas a media hora de Madrid. Necesitaban estudiar el suministro de agua y abonos para los campos, y de energía y comunicación para las viviendas. Para ello necesitarían construir una represa, instalar un ariete hidráulico que bombeara agua hasta unos aljibes para regar los campos y llegar a aguas profundas con un molino de viento para el agua de beber. Estudiaron la tierra, muy seca, alcalina y caliza. Estaba necesitada de nutrientes y sobre todo de microorganismos. Diseñaron una vaquería y unas cuadras de caballos para pastar en prados que rotar con cultivos. También planearon un sistema de biodigestores, biogás y abonos para cuatro hectáreas de hortalizas, tubérculos, frutales y legumbres.

Ya era su cuarto año de biología en la universidad así que presentó una propuesta de tesina de licenciatura de un sistema eco soberano. Además de ser autosuficiente para diez familias en alimentos y energía, invitarían a huéspedes y escuelas. Conservarían fauna y flora. Regenerarían suelos, aguas y la biodiversidad. Prohibirían, como en Eila, el paso de vehículos, la entrada de plásticos, la crueldad contra los animales y el uso del dinero. Los visitantes podrían contribuir con trabajo voluntario o compartiendo sus historias y sus habilidades. Adam lo envió a Anna, en Barcelona, quien entonces presidía la asociación de cooperantes en España, lo presentó y fue aprobado en la Junta para financiar la compra de los terrenos al especulador y los materiales iniciales del ariete, las placas solares, la bomba sumergida, el molino de viento, y las piedras y tejas. Estimaron que comprar los materiales costaría medio millón de Euros, el precio entonces de un piso pequeño en Madrid.

Anna fue con Adam a presentar el proyecto "pueblo de cooperantes" a una

comisión del senado en Madrid, a la agencia de cooperación, al ayuntamiento de El Escorial y a varias fundaciones y ONGs. Todos mostraron su interés y les dijeron que lo estudiarían y les contestarían, pero nunca recibieron ninguna respuesta ni ningún apoyo.

Era el verano de 2014. Junto a Adam y Unai, Moytes y María, Fernando y Pacual, llegaron a la casa de Robledo Thanda y Nayra desde Mexico y Anna y Cristina desde Barcelona, Sergio desde Ibiza. Conectaron con Jonay y Aimsa en White Lake, con Thandiwe, Joseph y Nothando en Ukyzwana y con Fernando en Eila. Adam, les expuso la situación:

- Por un lado, estamos desafiados por la ausencia de facilidades para iniciar un proyecto que vemos coherente con nuestras ideas, con la red de eco aldeas, el cuidado de la naturaleza y una nueva dimensión de aldeas en empatía, a través de los cooperantes.

Thanda respondió.

-Así es, Adam, pero sin comprar la propiedad no podemos iniciar el proyecto. John insistió siempre en mantener el equilibrio entre la soberanía y el respeto y cumplimiento con las normas, de propiedad, impuestos y otras, de la sociedad que nos rodea.

Adam prosiguió:

- Sí. Y esa será siempre nuestra intención. Podríamos ir pagando a plazos con contribuciones de las escuelas y visitantes.

Unai, más rebelde, tomó la palabra:

-Pero, tenemos un dilema: inspirados por Eila, la aldea de cooperantes no tendría dueños, ni escritura y escaparía a la lógica de vender y comprar la tierra, el agua y la vida.

En ese enfoque, Moyes, luchando contra los deshaucios propuso:

-Y si somos valientes y entramos a vivir sin los permisos de propiedad. ¿No seríamos así más coherentes con las ideas en las que creemos?

Los más jóvenes estaban planteando que fueran "okupas", un movimiento urbano creciente en toda Europa. Grupos de personas sin otro hogar disponible se instalaban en casas ajenas y reclamaban sus derechos de permanecer en aquellas viviendas redundantes para sus dueños. Muchas de

las casas vacías eran propiedad de personas ricas con múltiples propiedades o incluso bancos especuladores que habían echado a quienes no podían pagar sus hipotecas, como bien sabían Moyes y María. En ese momento Fernando intervino:

- Tengo ya ochenta años Adam. Aún con las ideas de compartir todo y cuidar de la tierra y de la vida, hay muchas personas que trabajan duro por ello desde su infancia. Estudiando, colaborando en movimientos sociales, buscando un trabajo de servicio a los demás e incluso planteando propuestas sociales, científicas, artísticas y políticas. Muchas de esas personas sudan su esfuerzo y obtienen una retribución para vivir modestamente. Pagan sus impuestos a la sociedad. Quizás tienen desacuerdos, pero piensan que deben contribuir por lo que les da en bienestar, en seguridad, a ellos, y a otros. Es solidario y justo.

- Te entiendo Fernando, pero si la sociedad se vuelve tan perversa que destruye la naturaleza y distribuye sus recursos de forma que se acumulan en unos pocos, como es el caso actual: ¿es lícito romper con el sistema e ignorar sus injustas leyes y a sus corruptos gobernantes?

Thanda intervino entonces.

- Si Adam, aunque sería difícil pues la mayoría de la tierra es de uso privado, sujeta al mercado. Si te apoderas de tierras privadas tendrán a las "fuerzas del orden" echándote o llevándote a juicios y habrá quien diga que dichas tierras fueron obtenidas con el sudor de generaciones de trabajo.

Unai dijo, con inquietud.

- Entonces qué proponéis que hagamos. ¿Abandonamos el sueño? ¿Dónde está nuestra valentía?

En ese momento Nayra, intervino:

- Creo que la ética comunitaria consiste en trabajar para el bien común, de la comunidad y de la sociedad que le rodea. Si así es, entonces hay tradiciones con firmes argumentos éticos para que la tierra se cuide, pero no sea propiedad de nadie: así ocurre con los ejidos en México, desde los tiempos de la revolución. Propongo que hablemos con el alcalde de El Escorial para que, ya que Navalquejigo ha sido declarado bien de interés

cultural, pueda ser expropiado de sus dueños actuales especuladores y siendo terrenos comunales, cederlos a un proyecto como la aldea de cooperantes.

En ese momento intervino María:

- Ya lo hemos intentado en El Escorial con varios desahucios, incluso el de una casa de acogida de mujeres maltratadas. Pero el ayuntamiento no tiene ahorros sino más bien deudas, con los mismos bancos.

Thanda intervino:

- Además de tu lindo plan, Adam, voy a prepararte un proyecto al modo de la Unión Europea, con toda la "jerga" y "juego" de formato, marco lógico, organigrama, cronograma y presupuesto. Te ayudaré a exponer la idea de forma "políticamente correcta" en medio ambiente, género, minorías, enfoque de derechos y hasta innovación. Lo enviaremos a todas las ONGs en España y en Europa, e incluso quizás le convenceremos al alcalde que las escuelas y visitantes podrán aportar fondos para ir amortizando la expropiación en unos pocos años.

Así lo hicieron. En el mes siguiente consiguieron que "ecologistas en acción" lo presentase a la convocatoria de "sensibilización al desarrollo" de la Unión Europea, que fuera seleccionado y financiado. El ayuntamiento lo expropió para uso público y se lo otorgó en cesión al proyecto. Fue coordinado por Adam y Unai, y comenzó sus actividades en julio de 2014.

Equivalía a un pequeño barrio de una eco aldea, que al menos necesitaba de cuatrocientos de sus miembros para ser autosostenible. Estaba rodeada de urbanizaciones de lujo que pronto empezaron a protestar por la intromisión entre sus lujosas mansiones de "perroflautas". Veían como "renuncia al progreso" el que comiesen lo que cultivaban y no lo que "civilizadamente debieran comprar en los supermercados".

Pero todos, sobre todo Thanda, Jonay y Fernando, sentían que el reto era bello. Veían en él la imagen de reverberar el efecto polinizador de la cooperación en la sociedad de origen. Vieron como desmitificando a los "templarios" de la cooperación moderna y oyendo de sus humildes testimonios, la sociedad del consumo podía aprender de los países

marginados de los círculos del poder. Además, la ecoaldea estaría a una media hora en tren de una gran ciudad europea. Las ciudades, encumbradas por la visión de "desarrollo y modernidad" eran, para Thanda, agujeros negros de consumo, autocomplacencia y quiebra de equilibrios ecológicos. Además sentía que en las ciudades se iba atrofiando la empatía mutua entre la naturaleza y los humanos. Pensaban que también la eco aldea de cooperantes podría ser un ejemplo que plantear con valentía a los pudientes veraneantes, muchos de ellos pertenecientes a las élites del poder económico y político.

Así comenzaron ese lindo sueño. Primero seleccionaron quienes serían parte de la comunidad. Moyes y María seguirían cuidando de Casa Garay en Robledo, donde ya tenían una red de unas veinte casas para ir animando un eco barrio, mientras crecía el bosque de Santa Catalina de nuevo. Adam y Unai, inseparables, irían a la eco aldea de cooperantes. Pascual se prestó voluntario y animó a otras tres personas sintecho de Santa María de la Paz, uno marroquí, un ecuatoriano y un rumano. Dos compañeros de la universidad con sus parejas se unieron al proyecto, y otras dos familias, con hijos, una de Bolivia y otra de Mali, pidieron ser también parte del proyecto, además de un exreligioso agustino de San Lorenzo de El Escorial. En total serían unas veinte personas para empezar el proyecto que recibiría a los cooperantes. Thanda calculaba, en su experiencia de Robledo, que unos ochenta cooperantes pasarían estancias durante el año compartiendo sus vivencias y aterrizando o despegando hacia nuevas "misiones".

Comenzaron por construir un almacén de materiales y suministros donde fueron almacenando tejas árabes, piedras de sillería, cementos, cal, yeso, maderas y baldosas de talavera. Construyeron así unas cuadras donde trajeron seis vacas y dos bueyes, y otra con cuatro yeguas y dos caballos, que domaron en el círculo de la plaza de toros. Lo siguiente fue un biodigestor de donde conseguir energía para las cocinas. Así empezaron no sólo a nutrir los campos de abono y a obtener biogás sino a comenzar la rutina al amanecer de ordeñar las vacas, recoger el estiércol y valorar el ciclo de todo en la naturaleza. Fueron después construyendo una represa

en el extremo norte del pantano de Vallmayor y consiguieron por open source los planos de un ariete eléctrico que Unai armó poco a poco. Se convirtió en el "corazón" del sueño: sin otra energía que la propia presión del desnivel del agua, el ariete ibombeaba el agua a los aljibes con parecida cadencia y mecanismo con el que los ventrículos bombeaban la sangre en el cuerpo humano. Con los aljibes con agua y el abono animal, fueron preparando con los bueyes tirando del arado tres de las hectáreas donde sembraron patatas y boniatos, maíz y alubias, calabazas, sésamo, muchos tipos de hortalizas y frutales, además de cuevas con champiñones y otros tipos de setas. Lo siguiente fue reconstruir el ayuntamiento, con una gran sala y chimenea donde fueron reuniéndose en asamblea y tomando decisiones. Rehabilitaron "el castillo" y sus seis habitaciones y sala con chimenea y cocina para los cooperantes que empezaron a hospedarse y a compartir sus recuerdos, ideas y propuestas de un mundo sin fronteras.

CXV. La entrega más humilde, De Cuba a Sierra Leona, noviembre 2014

Buhleve, Elías y Haka-Sibindi, a quien llamaban "Hasi", llevaban ya cuatro años viviendo en el consejo popular del Escambray, en la ciudad de Santa Clara.

Elías se había reincorporado a su puesto de médico internista en el hospital clínico quirúrgico Celestino Hernández. Había nacido tres años después del triunfo de la revolución, hacía cuarenta y cinco años en la villa de Santa Clara, en el centro de Cuba. En aquel año, con el ardor revolucionario que llevó a la campaña de alfabetización y la victoria contra los mercenarios de Estados Unidos en Playa Girón, se creó el partido comunista, como "mediador entre el pueblo y el Estado" y expresión de la "dictadura del proletariado" propuesta por Marx. En su primer congreso se seleccionaba "la vanguardia", se creaban las organizaciones de "masas" y el medio de comunicación "Granma", se constituía el "comité central" y se le otorgaba el máximo poder en el país. Mientras tanto, grupos armados bajo la dirección de la CIA y entrenados en Puerto Rico y República Dominicana, cometían actos violentos por todo el país. Los padres de Elías, de familias humildes, estuvieron implicados en los movimientos revolucionarios. Participaron juntos, su madre embarazada de Elías, en la campaña de alfabetización enseñando a adultos humildes en oriente. Progresaron en sus estudios de matemáticas y de historia en centros de investigación y distintos institutos. Elías creció en la educación de pioneros hacia el "hombre nuevo" con el que soñó el Che Guevara, sobre el cual ya no pesaran formas de dominio alguno ni ser instrumento de otros hombres, en una relación horizontal de solidaridad y no más en la vertical de dependencia.

Eulalio, el padre de Elías, fue compañero del Che en la liberación de Santa Clara. Pronto sintió desencanto por las actitudes autoritarias del partido y su vanguardia sobre lo que Fidel llamaba "la masa". Sentía que la jerarquía del poder económico de Batista y las mafias de Estados Unidos, se iba sustituyendo por otra jerarquía. Si bien era noble en ideas de repartir la riqueza y de solidaridad con los pueblos del mundo, era jerarquía al fin, con

líderes, vanguardia y "masa" que debía seguir las consignas y dirección de los "iluminados". Pero, aunque no compartía esas formas, ello no nublaba el fondo de ideas éticas en un mundo en el que el capital de las grandes empresas dominaba las vidas de la mayor parte de los pueblos del mundo. Eulalio quiso aportar, por sus estudios de matemáticas, al proceso de emancipación propuesto por el Che. Dicho camino llevaría al hombre a alcanzar su plena condición humana cuando pudiera satisfacer sus necesidades con una proporción menor de su esfuerzo y evitar así venderse como mercancía. Elías empezó a andar, simbólicamente, en el año en que el Che se fue a África. Dos años después el Che marchó a Bolivia donde acabaría asesinado y con él, pensaba Eulalio, el sueño de la utopía de la bondad sin jerarquías.

Elías estudió en el círculo infantil y después en la escuela primaria Marcelo Salado en la que se integró, como todos sus compañeros, en la organización de pioneros José Martí con el lema «pioneros por el comunismo, seremos como el Che». Como parte del ritual subió al pico Turquino al terminar sus estudios de primaria. Continuó sus estudios en la escuela secundaria básica Capitán Roberto Rodríguez, en honor del guajiro guerrillero, compañero de su padre y del Che, que se dispuso a atacar la entonces jefatura de policía, luego la escuela que llevó su nombre, el día antes de triunfar la revolución cuando fue herido de muerte. Allí conoció a Nélide, de quien pronto se enamoró.

Elías fue bebiendo de las ideas de la revolución y sintiendo el orgullo y el ardor guerrero de enfrentarse, desde una pequeña isla, al imperio norteamericano. La dignidad de expropiar tierras y fábricas a las multinacionales se pagó con el embargo del país del que unos años antes dependía toda la economía. Dichas ideas estaban bien aliñadas con el bienestar que consentía la poderosa Unión Soviética para mantener su bastión comunista a las orillas del Tío Sam. Los cubanos aliviaban el calor tropical con ventiladores Órbita, lavaban la ropa con las lavadoras Aurika, veían el mundo a través de los televisores TVC 388 y conservaban alimentos en neveras también soviéticas. La vanguardia y los internacionalistas

destacados eran premiados con un coche Lada, a menudo entregado personalmente por Fidel.

Elías pudo estudiar medicina en la facultad de Medicina de Santa Clara y especializarse en Medicina Interna. Sentía con fuerza las ideas nobles de igualdad social de la revolución y fue líder de la Federación de Estudiantes Universitarios en Santa Clara. Llegó al poco tiempo el periodo especial con la perestroika (transparencia) de Gorbachov y poco después el colapso de la Unión Soviética. Cuba, casi el único país que se aferró al sistema socialista, rechazó toda tentación de caer en las garras del mercado.

La dependencia del bloque socialista se desveló conforme se fueron agotando el petróleo, la maquinaria, los alimentos y hasta muchos medicamentos esenciales. Las noches en Santa Clara eran de oscuridad casi total, el agua fresca era escasa y el transporte era en pesadas bicis chinas llamadas "forever". Pero en medio de tantas penurias prevalecía el humor y las celebraciones de cualquier reencuentro, melodía y lo que fuera para alimentarse.

Elías le contaba a Buhleve como la dignidad, y también la imaginación y el humor, mantuvieron el compromiso de la mayor parte de los cubanos con las ideas igualitarias de la revolución, aún en condiciones de penuria. Las casas de los cubanos se convirtieron en talleres de miles de tipos de inventos. Con el bicarbonato sódico, aún producido en Cuba con el método de más de cien años del belga Solvay, los cubanos fabricaban pasta de dientes con sal y desodorantes con alcohol, aún emanante de los ingenios de azúcar que sobrevivieron. Con lavadoras Aurika viejas se hicieron ventiladores caseros. Construyeron "riquimbilis", bicicletas a las que acoplaban motores de cortacéspedes. Fabricaban calentadores de agua con latas, maderas y cables; lámparas artesanales de aceite con un tubo de pasta en el centro de un pomo de cristal, una mecha y aceite y hasta antenas de televisión con dos bandejas metálicas, amarradas a una T de madera.

A pesar de tanta necesidad se mantuvo heroicamente la educación y la

salud universales y gratuitas, se siguieron enviando médicos, enfermeros y maestros por todo el mundo. A finales del periodo espacial se fundó la Escuela Latinoamericana de Medicina para financiar a todo joven con pasión por ser médicos para los pobres de cualquier rincón del mundo, incluido Estados Unidos.

Llegó luego el hermanamiento entre Fidel y Chavez, y el "rescate" de la economía cubana, tan teóricamente digna como realmente dependiente, por el petróleo del Maracaibo. Para intentar mantener asfixiada la economía comunista cubana, Estados Unidos y después la Unión Europea, empujada por Aznar a la sombra de Bush ante cualquier amenaza a la hegemonía del mercado, endurecieron el bloqueo y la isla se quedó además sin créditos. Aún con el demócrata Clinton, entre los mandatos de Bush padre y Bush hijo, se llevó el embargo a una ley. Después de que Cuba abatiera, sin piedad, las avionetas de Miami de los "hermanos al rescate" invadiendo su espacio aéreo y lanzando consignas por el malecón de La Habana, se endurecieron las condiciones del bloqueo.

Fue en esos tiempos que Elías se enroló en la brigada de internacionalistas para Zimbabue y conoció allí al amor de su vida, Buhleve. Cuando volvieron como familia coincidió el relevo de un Fidel ya debilitado por su hermano Raúl y la tímida apertura al sector privado, casi exclusivamente orientado al turismo. Elías sentía dolor al ver el contraste del turismo con las condiciones humildes del cubano-sin-dólares, eran a veces obscenas. Un paseo de media hora en los taxis suntuosos del sueño americano de los años cincuenta, superaba en coste al sueldo de un mes de cualquier médico. Mientras Elías se reincorporaba a su plaza, Buhleve se interesó en conocer la Escuela Latinoamericana de Medicina. De forma simbólica, la ciudad de jóvenes humildes de más de cien países del mundo que estudiaban para ser médicos por solidaridad, que no por estatus ni privilegios, sustituyó a la Academia Naval. Médicos en lugar de soldados, vida en lugar de muerte. Una antigua compañera de Elías era profesora en la Escuela Latinoamericana de Medicina y le invitó a Buhleve a visitarla. Buhleve quedó maravillada del crisol de culturas y lenguas, todas trenzadas en torno al

noble objetivo de aliviar el sufrimiento sin nada a cambio. Se reunió con el grupo de treinta jóvenes ndebeles y shonas de Zimbabue que estudiaban allí. El rector la recibió y le dijo que su libro "donde no hay especialista" era conocido por los estudiantes de la Escuela Latinoamericana de Medicina y las brigadas de médicos cubanos en muchos países del mundo. Buhleve le dijo que le encantaría colaborar con la Escuela Latinoamericana de Medicina formando a jóvenes de todo el mundo en cómo, a menudo con pocos recursos, dar lo mejor de su saber y sobre todo de su corazón a las personas y comunidades en situaciones más remotas y más olvidadas de los centros que controlaban los saberes y los recursos mundiales.

Unos meses más tarde recibió el nombramiento formal por el ministerio de salud pública como profesora de la Escuela Latinoamericana de Medicina y preparó el contenido de dos asignaturas. La primera la impartiría en el primer año llamada "el diagnóstico de salud de la comunidad", basada en el método que Jonay, Nolwasi y Anwele habían utilizado veinte años antes en Bulililamangwe. Después preparó otra en el último año, llamada "medicina digna con recursos limitados", basada en su libro "donde no hay especialista". Además, ayudaría a los jóvenes ndebeles a aprender español en el curso preparatorio.

Mientras tanto, Hasi acudía al círculo infantil de "que siempre brille el sol". Con el comienzo de la revolución Cuba y la campaña de alfabetización de adultos en que participaron los abuelos cubanos de Hasi se instauraron los círculos infantiles donde amas de casa, trabajadoras y muchachas campesinas que venían a estudiar a la universidad daban de su tiempo para transmitir amor y conocimientos a los niños en el lenguaje, las matemáticas, la educación física, la música, las artes plásticas. Había algo en el quehacer diario que carecía de toda relación con el dinero y que dejaba un espacio que Buhleve sentía como de luz y libertad. La solidaridad, el trabajo voluntario y el colaborar a causas nobles sin esperar nada a cambio, se veían en cada esquina. Buhleve sentía una profunda sintonía con las ideas de su añorada Ukuzwana.

Para impartir su asignatura de "medicina digna con recursos limitados"

debía recorrer todas las provincias de Cuba pues los estudiantes de la Escuela Latinoamericana de Medicina se integraban desde el tercer año en el sistema de salud por todo el país. Fue conociendo el maravilloso paisaje tropical de más de mil kilómetros de este a oeste y sobre todo el carácter jovial y cariñoso de sus gentes, si bien a menudo los hombres confundían el afecto con la intimidad y Buhleve mantenía una fidelidad sin fisuras en su amor por Elías.

Por entonces recibió noticias de Lisy, con quien había colaborado años antes y a distancia en la lucha contra Monsanto en Zimbabue y Sudáfrica, la última de su anhelado padre Haka. Lisy vivía en la compañía de un activista por el derecho al agua en Oaxaca, México, y estaba invitada a un congreso de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, la ANAP, a Cuba. Fue entrañable el encuentro pues habían sabido una de la otra a través de dos hombres valientes y referentes en sus vidas como padres-elegidos, Haka para Buhleve y Fernando para Lisy. Ambos se habían aliado en varias luchas contra el tráfico de armas, diamantes y niños en África. Tras el congreso, Buhleve le invitó a Lisy a recorrer varias provincias mientras daba clases en los hospitales.

Supieron entonces del llamamiento que hacía el Ministerio de Salud Pública de Cuba para reclutar voluntarios en la lucha contra la epidemia del Ébola en Liberia, Guinea Conakry y Sierra Leona, el país natal de Lisy, del que salió hacía más de cuarenta años. Lo hablaron con Elías y decidieron presentarse voluntarias, Buhleve como cirujano y Lisy como traductora, pues aún recordaba el criollo de Freetown y las lenguas nativas fula y temne desde su infancia.

Se entrevistaron con el doctor Jorge Delgado quien les dijo que, a pesar del peligro y las duras condiciones durante la misión, se habían presentado en tan sólo tres días casi doce mil voluntarios profesionales cubanos. Seleccionaron a unos cuatrocientos, y Buhleve fue como única cirujana para atender a pacientes y familiares infectados por el virus y con necesidad de cirugías urgentes en los hospitales de campaña que se establecerían. A Lisy la seleccionaron como traductora de las lenguas nativas en Sierra Leona,

que aún recordaba.

Siguieron cursos en la Unidad Central de Cooperación Médica, en la que Lisy ya empezó impartiendo clases de inglés a los internacionalistas seleccionados. Buhleve también asistió a encuentros en el Instituto de Medicina Tropical Pedro Kouri para conocer la epidemiología, la clínica y las técnicas de diagnóstico y tratamiento de aquel temible virus, el más letal en la historia de la humanidad. Tuvieron prácticas con el riguroso equipo de protección individual por el que se transpiraba más de un litro de sudor a la hora.

Un mes después volaron en un viejo avión de Cubana de Aviación hasta Freetown, donde fueron destinadas a la unidad coordinadora del programa de lucha contra el Ebola. Lisy pudo contactar con sus hermanos Alajie y Tanu, a quienes no veía desde que huyó con su hermana Kadijatu de la tradición de la mutilación genital y de una boda impuesta, hacía cuarenta años. Durante el emotivo reencuentro le dijeron que su padre había muerto y que su madre estaba en Magburaka, su pueblo natal. Había enviudado hacía más de diez años y, según la tradición, había sido casada con el hermano menor de su difunto esposo, el padre de Lisy. Pidió dos días libres a Jorge, coordinador de la brigada para ir a reencontrarse con su madre. Buhleve se ofreció a acompañarla.

Al llegar a la casa donde vivía su madre en Magburaka, Lisy se abrazó a ella con sentida emoción. Lisy tenía cuarenta años y su madre setenta. Hacía treinta y seis años, la mitad de la vida de su madre, que no se veían y apenas habían sabido una de la otra. Vivía con el hermano de su difunto esposo, quien la desposó, y otras dos mujeres previas y sus hijos. Le había ido afectando la ceguera de los ríos, parasitosis transmitida por una pequeña mosca en los ríos rápidos que corrían hacia las cataratas de Munmuna. Fermentaba cerveza de jengibre que enfriaba en una nevera de keroseno que le compraron Lisy y Kadijatu. Se la vendía a trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar cerca de la casa. Lisy, emocionada, se abrazó a su madre y le preguntó :

- Madre, "Sheke", "Yarama" (saludos en temne y fula), mi corazón tiembla

de emoción al verte.

- Hija, desde que os fuisteis he rezado cada día a Allah por vuestra vuelta. Vuestro padre se fue al paraíso sin poder veros de nuevo. Os espera allí confiando en vuestra vida justa.

Lisy sintió en aquella frase el dolor de la espera y cierta recriminación por la huida de las costumbres y por la ausencia cuando su padre falleció. Le dejó pensativa la referencia de su madre a ser "justas", en clara relación con los códigos morales musulmanes que seguía su madre con Fe ciega.

No pudo evitar reaccionar expresando también su dolor.

- Madre, nos fuimos por buscar la libertad de nuestras almas. No podíamos ser nosotras mismas con ritos dolorosos y matrimonios impuestos. Kadijatu y yo hemos viajado por el mundo, hemos buscado nuestros caminos y hemos vibrado con la belleza de la vida sin códigos de lo moral o lo justo, siendo valientes a sentirlo desde nuestras almas. Tu hija mayor lucha por los derechos de la mujer en el mundo, y yo por el respeto a la naturaleza. Su madre se quedó mirándola, al principio con confusión, como sin entender, y luego con una sonrisa plena y profunda se regocijaron del reencuentro en abrazos, cantos, historias y sueños.

Al caer la tarde, Buhleve fue a dar un paseo y Lisy se unió a los rezos hacia la meca de su madre, pensando para sí en la energía del amor y sus muchas formas de expresarse, incluida la religión. Ella no lo compartía, pero tampoco permitiría que ello le ahogara el profundo amor y gratitud hacia su madre.

Cuando Buhleve volvió, ya había atardecido y, tras ver en silencio las estrellas entronar la cúpula de sus vidas, durmieron juntas en la humilde casa de piso de tierra y tejado de palma.

A la mañana siguiente iniciaron su vuelta hacia Freetown con una parada intermedia de dos días que les había pedido hacer Jorge, el jefe de la brigada. Se trataba del hospital de San Juan de Dios en Magbesseneh, cerca de Lunsar. Se llamaba el hospital de San José, en honor al padre del hermano Ricardo, su fundador, y nombre tocayo con la misión de Zimbabue donde Buhleve vivió la mitad de su vida, desde la liberación por Haka.

En Lunsar habían sido diagnosticados varios casos de Ebola. Como era un lugar de referencia en cirugía para la mitad norte y temne del país, Jorge le sugirió a Buhleve que explorara la posibilidad de quedarse allí dos semanas a apoyar en las tareas quirúrgicas mientras también ayudaban a preparar una parte del hospital para el aislamiento, diagnóstico y cuidados de enfermos con sospecha de Ebola.

Aquel hospital era mítico para ambas. Buhleve había oído de su padre Haka las historias de lucha contra la guerra cruel y el tráfico de armas y diamantes en la que su padre había ayudado a Fernando, el mentor de su mentor, Jonay. Lisy había escapado de una vida coartada por la religión y las costumbres el día que con su hermana fue atendida por Fernando quien entonces trabajaba en el hospital de San José, por una extensa úlcera tropical. Además de salvar su pierna también le ayudó en su caminar libre por el mundo, lejos de las cadenas de las tradiciones y las religiones. Siguió a ello la huida en el barco de Thanda, el rescate en los mares canarios, su vida en Eila y sus navegaciones con los padres de Jonay. Su vida, desde hacía ya veinte años, fue derramándose por las comunidades campesinas en lucha por Latinoamérica, donde encontró las aventuras épicas en las que bañar su alma.

Al llegar, ya de noche, les recibió el hermano Manuel Viejo, quien había sustituido a Fernando en los último treinta años. Heredó a la muerte del hermano Ricardo la coordinación de aquel hospital que navegaba, casi ausente del resto del mundo, entre bosques, sabanas y arrozales, y entre los pueblos más pobres y de mayor mortalidad del mundo. A pesar de tanto sufrimiento Lisy y Buhleve sentían las sonrisas más puras y limpias de sus gentes. Durmieron en un barracón de habitaciones ocupados por voluntarios cooperantes. En la misma habitación que ocupó Fernando treinta años antes.

Manuel era un misionero que era conocido en todo el país por su férrea voluntad de ayudar a los necesitados. Tenía casi setenta años y se había unido a la orden de San Juan de Dios hacía medio siglo. Apenas recordaba nublosa su vida antes de ser fraile, como un joven que creció en su Folgoso

de la Ribera, en la provincia española de León, a donde volvía cada tres años para cuidar de sus padres. Fue gracias a entrar en la orden religiosa, y quizás en parte por ello entró, que pudo formarse en su gran pasión, la de ser médico para los más necesitados. Y fue así que llevaba cuarenta años dedicado a aliviar el dolor por la enfermedad en misiones de África. Antes de llegar a Sierra Leona había trabajado en un hospital remoto de Ghana llamado Asafo.

Al día siguiente Lisy visitó familiares en la zona. Buhleve acompañó a Manuel en su jornada del hospital. Le hizo recordar su vida en otro **San José**, aquel rodeado de sabanas secas y kopjes y abrumado por el SIDA, quince mil kilómetros al sur. Visitaron los casi doscientos enfermos en las ciento cincuenta camas, muchas de ellas adaptadas para acoger enfermos sobre mantas debajo de las camas. Buhleve pensó que muchos de ellos tenían síntomas sospechosos de Ebola, aunque se habían diagnosticado como malaria. Siguió con la consulta de unos cien pacientes, muchos llegados a pie desde pueblos remotos y donde Buhleve fue aplicando el protocolo diagnóstico de Ebola y formando a los técnicos del laboratorio. Esa tarde, entre tres operaciones en las que Buhleve asistió a Manuel en tratar pacientes con una hernia estrangulada, una rotura uterina y una amputación por gangrena de picadura de mamba negra, fueron habilitando una parte del hospital para el aislamiento y cuidados con equipos de protección que coordinaron para que llegaran desde la sede de Médicos Sin Fronteras en Freetown. Empezaron los cursos para seis enfermeras y una docena de asistentes de enfermería e ingresaron a varios pacientes en los que Buhleve sospechó infección por Ébola.

Por la noche, bajo las estrellas, tuvieron una profunda tertulia. Buhleve le preguntó:

- Manuel, llevas cuarenta años en misiones lejos de tu pueblo y de tu familia, ¿no los echas de menos?

- Mucho, claro. Pero he aprendido a sentir mi "familia" en todas las personas que me rodean, y desde hace mucho son mis pacientes y las gentes humildes de África, a las que tanto amo.

Lisy intervino en ese momento:

- Llevamos casi el mismo tiempo lejos de nuestras raíces, yo por el mundo y tú cerca de las mías. Yo, te confieso Manuel, huí de una cultura que ahogaría mi alma por la mutilación genital y los matrimonios impuestos. Sin embargo, he visto lejos de aquí un mundo supuestamente libre de cadenas con tradiciones, pero entregado a las cadenas del dinero y del consumo. Echo de menos la vida sencilla de mi hogar, en el que me reencontré estos días con mi madre.

- Si, Lisy, no existe ningún lugar en el que en nuestra alma encuentra la armonía completa. Nuestras elecciones van buscando la armonía suficiente, con serenidad de complicidades y retos de aquello que no entendemos o no aceptamos. A veces lo que no entendemos lo comprendemos pasado el tiempo, y lo que no aceptamos lo toleramos con el tiempo por la empatía. Pero mejor no pensar mucho en ello. Yo me he dejado llevar por el corazón y aquí estoy.

Buhleve sintió en las palabras y la forma de expresarlas de Manuel, una sinceridad serena llena de luz, y quiso indagar en la luz de su corazón algo que le intrigaba en los religiosos, sobre todo desde que Patxi, su tío y alma del "Ukuzwana del Sur", decidió ser libre en el amor.

- Manuel, dime si no te molesta: en ese dejarte llevar por el corazón, ¿nunca has sentido el deseo de vivir en pareja con una mujer, cambiar el voto de castidad por la entrega en el amor pleno de cuerpo y alma?

- Pues te diré Buhleve. No lo escondo. Hace unos treinta años, al final de mi periodo en el hospital de Asafo en Ghana, conocí a una médica cooperante llamada Anna. Vino a dirigir un programa de salud primaria en un distrito sin apenas vacunación, planificación familiar ni higiene ni mosquiteras. Lo llamaron "Nsoroma", estrellas en la lengua local, Twi. Introdujo de forma muy valiente sistemas de educación, prevención y tratamientos que combinaban medicina tradicional con hierbas y alopática con medicamentos que cambiaban las comunidades por cosechas de piñas con una organización holandesa. Vivía con una pequeña chimpancé y sembraba el hospital de alegría y bondad. Aunque la instalamos en la

antigua capilla del hospital, quizás con la intención de imbuirla de algo de Fe, ella se negaba a rezar las laudes y las vísperas con la comunidad de hermanos, y ni siquiera venía a misa los domingos. Vi en ella bondad, generosidad y belleza. Y me empecé a preguntar si las claves rígidas de la Fe y mandamientos del catolicismo dejaban fuera otras formas libres de belleza y bondad que veía constantemente en Anna. Solíamos jugar al frontón contra una pared afuera del hospital cada tarde. Nos gastábamos muchas bromas cariñosas.

Manuel hizo una pausa. Notaron que se emocionaba. Prosiguió:

- Una noche tras nuestras jornadas de trabajo fui a pasear con Anna por el bosque que rodeaba al hospital. Oíamos los gritos de los gorilas, ante los que Lucy, la chimpancé de Anna, se acurrucaba temerosa agarrada a la espalda de Anna. Le fui confesando a Anna mi fascinación por su bondad y generosidad sin códigos de religión, libre y auténtica, sin necesidad siquiera de un paraíso exclusivo y excluyente. Ella me confesó su inspiración en mi dedicación callada y mi abnegación a los votos religiosos. Nos miramos y sentí el impulso de darle un beso. No había sentido el calor de la piel de una mujer desde mis tímidos besos con una chica del pueblo antes de hacerme religioso. Anna apartó sus labios y me ofreció la mejilla. Su gesto me lo dijo todo. Fue la última vez que sentí ilusión en unirme a una mujer. Quizás la única. Muchas veces he pensado qué sería ahora de mi vida si Anna no hubiera esquivado aquel beso.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en el comedor de los hermanos, Manuel les dijo que sentía un mareo extraño. Buhleve le acompañó a su consulta, donde esta vez fue él el paciente. Instintivamente se puso mascarilla y guantes. Vio que tenía 39° de temperatura, una erupción cutánea difusa, el pulso era alto y la tensión muy baja. Notó el hígado doloroso. Le tomó muestras de sangre en la que vio un número bajo de leucocitos y plaquetas y de orina en la que se podía comprobar sangre a simple vista. Aún no habían llegado los reactivos para los test de laboratorio que podrían confirmar la enfermedad, pero Buhleve la sospechó.

Mientras Buhleve fue montando el centro de tratamiento del Ebola dentro

del hospital y llegaron los equipos de protección para los trabajadores de salud y los tests para el laboratorio. Manuel fue empeorando. Desarrolló debilidad intensa, fuertes dolores musculares, de cabeza y de garganta, y comenzó a tener vómitos, que unos días después fueron de sangre. Buhleve intentó mantener su tensión, hidratación y respiración con sueros y oxígeno, pero empeoraba día a día. Cada día fallecían media docena de enfermos, la mitad de los que diagnosticaban. Montaron una planta incineradora para evitar contagios en los funerales, algo que costó muchas discusiones en contra de los que querían mantener la sagrada costumbre de velar y abrazar al difunto. Hasta con tan sólo un hilo de fuerzas, Manuel, unido a un suero, dio charlas a las familias y a las comunidades, del cuidado que debieran tener en no infectarse.

Unos días más tarde, el hermano superior le dijo a Manuel que podrían evacuarle a un hospital en España. Manuel se negó inicialmente pues no quería ningún privilegio frente a sus pacientes. Buhleve le insistió:

- Manuel, te entiendo bien, y yo diría lo mismo. Pero tu vida le es muy valiosa a miles de personas y pacientes que seguro seguirás tratando cuando puedas mejorar. Mientras tú estás fuera yo seguiré a cargo del hospital y te esperaremos bien recuperado para seguir tu noble misión.

Fue el consejo de Buhleve y el "voto de obediencia" lo que le llevaron a Manuel a aceptar el ser evacuado en un avión medicalizado que envió el gobierno de España. Lo hizo con una condición que aceptaron sus superiores: volver a cuidar de los enfermos en Lunsar en cuanto mejorara. Si Dios así lo quería.

Dos semanas después, Manuel falleció en el Hospital Carlos III de Madrid. Hubo quienes en la prensa de España acusaban al gobierno por evacuar a un religioso con dinero público. No sabían que aquel hombre había tratado durante cuarenta años a casi un millón de pacientes pobres, había realizado más de veinte mil operaciones y lo había hecho todo por amor. Dejaba sólo unas pocas propiedades: su bata de médico, unas sandalias, apenas ropa de quita y pon que cabía en una pequeña bolsa, una docena de libros -entre ellos los "experimentos con la verdad de Gandhi, el "manual del cooperante"

y "donde no hay especialista"-, unapala de frontón, una pequeña radio, una vieja cámara de fotos Zeiss-Icon, un reloj Seiko, una navaja de afeitar, una "piedra negra", un fonendoscopio y una caja con notas manuscritas.

Mientras Lisy volvió a Freetown a apoyar a la brigada cubana como intérprete, Buhleve se quedó un mes trabajando en el hospital de Lunsar, como le prometió a Manuel. Luego vino a sustituirla Anna, quien lloraba a su gran amigo Manuel, quien quizás hubiera sido el más fiel compañero. Se preguntaba si habría multiversos y podría volver, por un "agujero de gusano" al que hubiera abierto si sus labios, se hubieran encontrado, a apenas unos milímetros de cómo fue, con los tímidos y temblorosos del bueno de Manuel.

Cuando Buhleve y Lisy terminaron la misión, se disponían a volver hacia Cuba con escala en Madrid. El superior de la misión de Lunsar, el hermano Jose María, les pidió que llevaran sus pertenencias para entregarlas desde Madrid a la familia de Manuel que vendría desde Folgoso de la Ribera.

Antes de partir, Lisy recibió una visita en el centro coordinador de la brigada cubana. Se trataba de un hombre temne de unos cuarenta años con una pierna amputada y muletas.

- ¿Lisy Jalloh? Me llamo Saidu Duarte.

Lisy notó que puso énfasis en el apellido Duarte, como con cierto orgullo o para significar que su aspecto bantú tenía también una conexión lejana.

- ¡Saidu! ¡El hijo de Fernando! Cuando nos rescató en el mar me preguntó si quería ser su hermana menor o su hija mayor. Le dije que su hermana, ilo que me hace ser... tu tía o tu hermana!

- Sí, conozco bien vuestra historia. Fernando me habla mucho de ti y de tu hermana Kadijatu. A ella sí que la conocí al llegar de Sierra Leona a Eila, pero tú ya estabas por América.

-Sí. Hace ya veinte años que no he vuelto a Eila, me encantaría, sobre todo ver como se ha ido convirtiendo en la isla libre del dinero y rendirle honor a John. ¡Qué triste su muerte!

-Así es. John se quemó con sus árboles milenarios, defendiendo la isla en vida, y con su recuerdo la isla está recuperándose aún más fuerte.

- ¿Y es cierto que allí vivís sin dinero, sin propiedades y sin jerarquías?

- Lo intentamos Lisy. No es fácil pues desde fuera hay un grupo de los antiguos propietarios de extensas tierras que fueron expropiadas y que constantemente intenta desacreditar y bloquear al movimiento MIEL que se esfuerza en preservar la vida sin cadenas. Pero seguimos muy unidos. Fernando es ahora el sucesor de John. Lleva su gorra de marinero y no hay ningún día que no le dedique una canción al atardecer.

- ¡Qué grandes hombres! La valentía de Fernando y de Haka, la ternura de John y Patxi. Y tantos otros...

- Sí, y lo fueron por tener a maravillosas mujeres tras de ellos. Helen, Umbela, Nolwasi. Ojalá nuestra generación tome firme su relevo.

- ¿No mencionaste a ninguna mujer apoyando a Fernando?

- No, Lisy. A veces tiene compañía, pero desde que se truncó su unión con tu hermana, no volvió a encontrar un alma gemela.

Hubo un silencio. Lisy se quedó pensando. Tras tanta entrega de Fernando nunca entendió bien el rechazo de su hermana, ahora alta funcionaria de Naciones Unidas y casada ya con un diplomático ghanés. No quería decírselo a Saidu pues sospechaba que Fernando aún la esperaba calladamente. Prefirió cambiar de tema:

- Y cuéntame de ti Saidu. ¿Qué fue de tu vida desde que llegaste a Eila?

- Pues volví con Fernando y aprendí a vivir en la comunidad de Valentía. Aún con mi única pierna aprendí a bajar a la playa de Arguamul, a subir troncos varados por el mar, a construir porches en la comunidad, a cultivar y a cuidar de las cabras. Fernando me enseñó muchas cosas sobre la medicina y me animó a estudiar la carrera. Pero yo tenía un dolor profundo dentro de mí Lisy. Habrás oído de los horrores de la guerra en este país. Yo estuve en el epicentro de la crueldad. La sufrí en mi propia carne y también, cegado por las drogas y por el miedo, hice mucho daño.

En ese momento se levantó una manga de la camisa y dejó entrever un tatuaje con forma de serpiente:

- Este signo recuerda a mucha gente aquí mi pasado de guerrillero y las más oscuras tinieblas del dolor. Cuando Fernando me rescató de la muerte

y fui consciente de todo el dolor que yo había causado, quise quitarme la vida. Sólo fue por el afecto y apoyo de Fernando que seguí adelante. Pero tenía que volver. No podía huir de mi pasado. Tenía que contribuir a la paz de mi país. Supe, por los hermanos del hospital de Lunsar, de un misionero javeriano llamado Chema que dirigía un programa de rehabilitación de niños y niñas soldado. No podía vivir en el paraíso de Eila y dar mi espalda a tantos niños y jóvenes que no tuvieron quien les rescatara del dolor, la repulsa social y lo peor, el rechazo de ellos mismos a su propia existencia. Llevo tres años colaborando en el centro. El mostrarles como yo pude salir de las tinieblas les ayuda, les da esperanza.

Se encontraron con Buhleve al atardecer en Half Moon Beach. Saidu le contó a Buhleve como Haka ayudó a que parase la guerra, aunque poca gente lo supiera. Así eran los verdaderos héroes: anónimos.

La misión cubana de lucha contra el Ébola estaba por concluir. De los casi doscientos brigadistas cubanos uno había contraído la enfermedad, fue evacuado a un hospital en Inglaterra y se recuperaba en Cuba donde ya había solicitado ser parte de la brigada médica cubana en Mozambique. Buhleve y Lisy se sintieron parte de un grupo de hombres y mujeres valientes y solidarios, que no pensaban ni medían la vida en dinero sino en servicio y en honor de defender unos valores que el mundo del comercio globalizado intentaba enterrar.

En el vuelo de vuelta Buhleve llevaba de mano la bolsa que debía entregar a un familiar de Manuel en el aeropuerto de Madrid. No pudo resistirse a leer algunas de las reflexiones manuscritas de Manuel. Le había conocido sólo durante unos pocos días y había sentido una profunda ternura por él, su humildad, su entrega, y su sutil y suave, casi tímido sentido del humor. Entre ellas había una que le llamó la atención por cómo comenzaba:

Misión de Asafo, Ghana, 12 de mayo de 1996.

Querida Anna,

Quizás no llegues a leer esta carta porque quizás nunca tenga el coraje de enviártela. Pero siento que, si no saco, al menos de mi alma al papel, este

profundo sentimiento, estaré ahogando algo bello en una celda cruel con los vigilantes del pudor, la vergüenza y el miedo. Una vez fuera no sé si volaran estos pensamientos y sentimientos hasta ti, pues no quisiera que te aturdieran ni te doliera oírlos por no poder corresponderme.

Como sabes, yo estudié en el seminario desde niño y vi en la congregación de San Juan de Dios la forma de entregarme como médico a los que más sufren. No había sentido la atracción por ninguna mujer y sentía una plenitud en mi alma al pensar en la vida de Jesús e intentar seguir sus pasos a través de aliviar el dolor ajeno en rincones remotos y olvidados del mundo, como aquí donde nos conocimos, en la selva de los Ashanti.

Mi vida seguía una rutina de vísperas, desayuno comunitario, visitas a salas, consultas, comida de nuevo en comunidad, quirófano, paseo por la selva, laudes y retiro a mi cuarto a meditar en gratitud y dormir. Se repetían los días en una serenidad sin fisuras, en una entrega sin preguntas, en una fe sin dudas.

Y llegaste tú. Con tu insolente alegría, tu irreverente rebeldía, tu entrega a los más pobres no desde la compasión y el sacrificio por la Fe, sino desde la profunda empatía y la felicidad de recibir sus limpias sonrisas.

Esperaba cada día que al caer el sol yo saliese del quirófano y tu volvieras, cubierta del polvo rojizo del camino, de visitar las villas del proyecto Nsoroma. Jugábamos a menudo al frontón un rato y sentía en tu humor y tus bromas un baño de agua pura y libre para mi alma. Entonces siempre te preguntaba: Anna, te apetece dar un paseo, y tú siempre me contestabas: Manuel, me lo voy a pensar. Y a los cinco minutos salías de tu cuarto duchada y lista para pasear. Yo te miraba disimuladamente, sin que tú te dieras cuenta, y veía en ti una belleza libre de códigos y de seguridades, una alegría del entregarse a los más pobres sin un paraíso como premio, sólo por sentir en la misma entrega la recompensa. Me fascinaba escuchar tus historias de niña en tu barrio barcelonés, tus aventuras de estudiante, tu pasión por el baile, tu lealtad a tus amigos, tu veneración a tu madre, tu felicidad de estar en África, como decías, acariciada por su humedad, embriagada por sus olores profundos,

encantada por sus cantos, embrujada por sus cuentos, fascinada por su magia...

¿Y sabes qué? Me di cuenta que yo quería ser la humedad que te abrazara, los olores que te embriegasen, los cantos que te encantaran, los cuentos que te embrujaran y la magia que te fascinara. Volvía de los paseos a mi cuarto. Notarías, quizás que me llevaba la comida a mi cuarto con la excusa de estudiar cuando en realidad era por temer no poder disimular ante mis hermanos mi fascinación por ti durante la cena. Llegaba la noche y me turbaba saber que estabas a tan sólo unos metros en tu cuarto y que la vida pasaba cada día y cada noche sin abrazarte como se desliza el agua en la mano abierta de un sediento. Y pensaba para mí: ¿es lícito profesar la religión del amor y rechazar el amor más pleno hacia un ser, la fusión del cuerpo y del alma, la entrega de hasta el último átomo a través del último poro? ¡Dios! ¡Como te deseaba!

Fantaseaba con unirnos por el amor y trabajar juntos en hospitales remotos del mundo, siempre unidos, teniendo nuestros hijos a quienes brindarles una vida de amor y de entrega.

Por eso este atardecer, a la vuelta del paseo, al cruzar el río, te ayudé a saltar la última roca y quedó tu cara a unos centímetros de la mía. Al intentar robarte un beso de tus labios, pusiste tu mejilla. Hubo un silencio que preferí no escuchar. Mi corazón sintió que tú no podrías ser "mía" pues eras del mundo, y yo, quizás no podría ser tuyo pues era de mi Dios. No quise ya pensar más en esos dos mundos diferentes que se solapaban cada día en un paseo mágico de cuentos y cantos, ideas cómplices y la amistad que no esconde secretos. O casi ninguno.

Pues este secreto quedará en este papel, aprenderé a olvidar ese sueño, seguiré mi camino célibe de entrega a los demás, bebiendo de la Fe y de la inspiración de la vida de Jesús, aunque no puedo prometer que alguna noche imagine que eres mi almohada y te abrace y me entregue siendo mi alma furtiva de mi piel.

Con mi inconfesable amor te deseo toda la felicidad para que tu pasión por la vida contagie a todos los que de sombra tu ser.

Tuyo siempre en mi silencio

Manuel

CXVI. Los héroes de la Tierra, Comalapa, Chiapas, marzo 2015

Thanda llevaba ya casi dos años viviendo en México. Se instaló primero en un apartamento de Polanco desde donde subía corriendo la avenida de Chapultepec hasta el trabajo. Compró un viejo bocho, como en México llamaban al volkswagen escarabajo, color azul celeste, con "quemacocos" (apertura en el techo), y comenzó a explorar la ciudad. A los tres meses llegó Nayra y eligieron una bonita casa en Naucalpan. Recibieron la mudanza de sus pertenencias en Bruselas, sobre todo libros y manuscritos propios que guardaba desde su adolescencia. Una vez instalados viajaron a España para reunirse con sus padres y visitar Granada, donde le nombraron profesor en la Escuela Andaluza de Salud Pública. Viendo la Alhambra desde un cuarto de la residencia de profesores en el barrio del Albaicín, de la que poco antes Clinton dijo era la vista más bella del atardecer en el mundo, sintieron que comenzaban una fase anhelada de sus vidas. De armonía en un amor que no habían podido sentir antes. Cuando estaban rodeados de tanta belleza, recibieron una llamada desde México informándoles que su nueva casa se había inundado.

Al llegar a Naucalpan comprobaron con tristeza que, a pesar de los empeños de una atenta vecina en poner todos los libros al sol, la mayoría se habían destruido por la rotura de una tubería que convirtió el sótano en una piscina donde se fueron ahogando más de mil libros y manuscritos de toda una vida de lecturas y estudios de Thanda. El dolor duró poco. Sintió más claro que nunca que la pérdida de lo material era un alivio, aligeraba el equipaje y levantaba el alma.

Se trasladaron a otra casa en el barrio de Chapultepec, cerca de la Delegación de la Unión Europea donde trabajaría Thanda los siguientes cuatro años. Thanda y Nayra comenzaron una vida juntos, casi dos años después de sellar su amor en las montañas de Berkeley. Nayra se dedicó a estudiar historia del arte en una academia cercana y a cuidar de sus hijos, Enkidu y Jerónimo, que volvían a sus raíces mexicanas.

Thanda se entregó con pasión al trabajo, a adentrarse poco a poco en la realidad y proponer proyectos de cooperación en aquel mágico universo

desde los desiertos del norte hasta las selvas del sur, desde las tribus taramaras hasta los pueblos mayas, las grandes ciudades coloniales y los pequeños pueblos campesinos, todos con sus zócalos, sus iglesias, sus taquerías en las calles, sus carritos ambulantes de tamales, sus mariachis, corridos y rancheras, danzones y boleros, sus mercados de miles de cultivos de todos los colores y olores, de flores, de artesanías con los tejidos mayas, los labradosalebrijes de Oaxaca o las cortezas pintadas del norte, y los tianguis de segunda mano, tan extensos como ciudades enteras.

México era un universo de colores, olores, sabores y sonidos. Pero sobre todo Thanda sentía fascinación por la dulce amabilidad de sus gentes. Embriagaba los sentidos y a la vez dejaba en el aire un halo de misterio, como si cada mexicano guardara, dentro de su alma, un espacio secreto e inexpugnable, como heredero de milenios de dolor y pasión, de esperanza y resignación. Porque en medio de tanta belleza y gentileza latía otro México de dolor, por las más extremas e injustas desigualdades, y la violencia que lo impregnaba todo. En México aquel año murieron más personas por la violencia que en las larvadas guerras de Afganistán, Irak y Sudán juntas. Casi cada día morían violentamente unas cien personas, muchas por ajustes de cuentas entre clanes rivales del narco-tráfico, pero muchas otras por crímenes en su mayoría impunes e incluso en connivencia con la policía corrupta. Y casi otras tantas desaparecían. Cuarenta y tres estudiantes desaparecieron en Ayotzinapa y se convirtieron en el signo de la injusticia impune. Pero en total eran más las que cada día se unían a un pueblo entero ausente de más de más de sesenta mil desaparecidos y una gran ciudad de un millón de familiares directos vagando en vida esperando la vuelta de sus seres queridos abducidos por un magma de violencia en connivencia inconfesable con el poder.

En las calles y plazas bulliciosas se mezclaban mexicanos de trajes caros con obreros de sueldos míseros para comer tacos y tamales en los puestos callejeros. También se mezclaban los carritos de vendedores con los enormes coches "suburban" norteamericanos de cristales tan oscuros como lo eran los negocios de sus dueños. Mujeres envueltas en maquillajes, ropas

caras, tacones altos, escoltadas por "guarulas" (guardaespaldas), choferes y sirvientas que les llevaban las bolsas de las compras y paseaban a sus perros, niños que vivían vendiendo cualquier cosa en los semáforos, indígenas ancianos mendigando con miradas perdidas, migrantes con espaldas rotas por mochilas y pies reventados por los largos y pedregosos caminos, personas sin rumbo entregadas al "pulque", y trabajadores hacinados en las guaguas y vagones del metro durante interminables recorridos por el tráfico de la ciudad de México. Era difícil entender como en aquella urbe, la más poblada del mundo, la de jornadas más largas de trabajo y de transporte, la más contaminada y la más ruidosa, una de las más violentas y desiguales, brillaba en el bullicio la alegría y el arte, el hablar musical y el verbo "cantinfleando", y llegaban a sus orillas cada día más de tres mil personas para quedarse, cual si se tratara de un inmenso agujero negro en el misterioso universo humano.

Thanda comenzaba el día levantándose sin despertador hacia las cinco y media, salía de casa sigiloso para no despertar a Nayra ni a sus hijos en el cuarto de al lado e iba en su bocho a nadar al club náutico, la piscina más próxima que encontró. Decidió cambiar las rutas en bici de Bruselas y los circuitos corriendo por las cuestas de Chapultepec de sus primeros meses en México pues muchos días la contaminación era tal que no era aconsejable el ejercicio al aire libre. Si bien no era partidario de disfrutar de ningún privilegio, más aún sin poder compartirlo, su membresía de aquel club al que Groucho Max se hubiese opuesto, le permitió nadar cada día entre seis y siete de la mañana. Sacaba así su energía y pensaba bajo el agua en como mejor afrontar los retos del trabajo. Escuchaba también las tertulias de mexicanos en el vestuario, expresiones de "compadres", mezcla de gentileza, críticas políticas, asuntos de negocios, fanfarronerías viriles y, a veces, confidencias entrañables. Fue así aprendiendo del hablar mexicano, de su amable saludar, de su forma de ver la vida, de su devoción por la familia y por las madres, del sutil racismo de las clases altas, de la fascinación por lo norteamericano, del rencor cariñoso con los gachupines (españoles), de la fe apasionada por la virgen de Guadalupe, de su culto al

comer y el tomar, de la devoción por la amada y el desgarró al desamar y de una pasión por vivir, tal, que hasta se celebraba la muerte y se festejaba y recordaba con alegría a los difuntos.

Seguía su jornada en su oficina y a menudo atravesando la bulliciosa ciudad a reUniones en instituciones del gobierno, de las Naciones Unidas y representaciones internacionales, de organizaciones sociales y de defensa de derechos humanos, de universidades y centros de investigación. Viajó por los Estados centrales del Bajío colonial, del sur indígena, del inmenso Yucatán casi virgen, de la mítica Veracruz, cuna de Nayra, y la frontera norte desértica. Thanda se concentró en estudiar las desigualdades, en uno de los países más injustos de la Tierra. Era un regalo poder convivir con una mujer tan bella y valiente como Nayra y de su mano descubrir tan mágico universo. Podría también descubrir a su familia mejicana fruto de la emigración de su tía. Se propuso aportar ideas, diálogos y proyectos para enfrentarse a la injusticia, a la obscena riqueza de unos pocos y la cruel pobreza de tantos.

Comenzó por relanzar un programa de "cohesión social" seleccionando a un equipo de expertos para animar actividades con gobiernos, plantear reformas de leyes, impulsar proyectos con comunidades, lanzar plataformas de transparencia de las finanzas públicas y proponer sistemas de equidad fiscal y territorial que limitasen las extremas desigualdades.

Pasados unos meses viajó hasta Ciudad Juárez, la ciudad más violenta del mundo durante la última década. Allí pudo conocer los proyectos que coordinaba desde Ciudad de México con organizaciones de defensores de derechos humanos. Pudo hablar con migrantes mexicanos y otros venidos de Centroamérica atravesando México en la "Bestia" y sufriendo toda clase de desventuras para encontrarse con el muro americano.

Obama, en quien tantas ilusiones habían depositado por sus encendidos y poéticos discursos, había mantenido el rumbo nacionalista, imperialista y

destructor de los Estados Unidos. Se acercaba el fin de su mandato y había mantenido las llamas de las guerras de Afganistán e Irak, azuzando las de Libia y Siria. Tras ajusticiar por video a Osama Bin Laden había asesinado con drones teledirigidos desde ordenadores en el pentágono a más de cien personas. Nunca ratificó la convención de los derechos de la infancia ni retiró las tropas y cárceles de Guantánamo. Pero, además, durante su mandato adornado de discursos emotivos, deportó a más migrantes que nunca antes ningún presidente.

Thanda se entrevistó con una organización que trabajaba en la clandestinidad por estar amenazada por los carteles de la droga y sus sicarios. A través de tres contactos anónimos fue guiado caminando por los barrios fronterizos hasta unas oficinas donde se encontró con una mujer de unos setenta años, una amplia sonrisa que no podía disimular una nube de tristeza en su mirada de donde brotaba una determinación de hacer honor a su nombre frente a los asesinos que ajusticiaban a quien osara denunciar abusos, secuestros, feminicidios y todo tipo de crímenes. Lucha Castro denunciaba sin miedo ni fatiga, día tras día, como se perpetraban crímenes contra mujeres, contra indígenas, migrantes y quien alzara su voz, en connivencia con la policía y el ejército.

Con el alma encogida de tanto dolor fue al reencuentro, casi treinta años después, con su tía, la única hermana en vida de su madre. Fue un momento emocionante en el que conoció a su numerosa familia mexicana. Aurori se había enamorado, sesenta años antes, durante una mañana en la playa del Sardinero en su ciudad natal de Santander, de un joven mexicano que estudiaba los cultivos de olivos para su posible adaptación a las áridas tierras del Estado de Chihuahua. El joven Carlos la siguió gentilmente cortejando por la Gran Vía en Madrid hasta que tuvo que regresar a México al finalizar sus estudios. Las entonces tensas relaciones entre Franco y el gobierno de México, que bajo el presidente Cárdenas acogió a más de veinte mil refugiados republicanos españoles huyendo de la dictadura, y el coste de los billetes hacían imposible otro viaje de ida de Carlos a España y de vuelta juntos a México. Sin otra alternativa que un solo viaje de ida de

Aurori al mundo de su amado, y sin saber cuándo volvería, el ya marido de su hermana mayor, Rafael, se casó por poderes con su cuñada Aurora. Rafa bromeaba orondo en su despacho con dos fotos de sendas bodas con las dos hermanas. Así Aurora se despidió de su madre y de sus hermanas tomando un vuelo de ida Madrid-México sin saber cuándo o si las volvería a ver. Allí le acogió la familia de Carlos, de origen inglés asentados ya muchas generaciones en Chihuahua, los Barney. Tuvo cuatro hijos, ocho nietos y ya una bisnieta, y era mimada, consentida y muy querida por la gran familia, aunque Aurora vivía con cierta melancolía por estar rodeada de tanta violencia y anhelaba su Santander natal.

- ¡Thanda, qué alegría verte! La última vez que te vi estabas aún por entrar a la universidad. Ya he ido sabiendo por tu madre de tus tiempos en África, en Bruselas y California. ¡Qué bueno ahora tenerte aquí unos años!

- Qué alegría verte de nuevo tía. Te traigo todo el amor de mi madre y de la familia.

La alegría de Aurora se ensombreció unos segundos y Thanda supuso que era el recuerdo de la muerte de su madre, a quien no pudo ver en sus últimos veinte años. Tal era el precio de vivir lejos, estar lejos a menudo de los seres más queridos incluso en los momentos más trascendentes de la vida y del fin de la misma.

Viajó después atravesando el desierto hasta la ciudad de Chihuahua reflexionando sobre la atribulada historia de aquellas tierras. Tras la conquista española se constituyó el extenso virreinato de Nueva España. Un siglo después se fundó la provincia de Nueva Vizcaya por el colonizador vasco Ibarra y en su centro se fundó la ciudad de Durango, homónima de la ciudad vasca próxima al natal pueblo de Garai de la abuela de Thanda. En torno a unas ricas minas se fundó originalmente el Real de Minas luego Villa de Chihuahua que atrajo a colonos y sus descendientes criollos dotados con las encomiendas de esclavos nativos. A la villa llegaban visitantes del Rey de España a investigar la moralidad, leer heraldos por sus calles y a cobrar los impuestos. También llegaban los misioneros para adentrarse en la sierra taramara, aún virgen de evangelización católica. Fue en

Chihuahua donde se fusilaron a los próceres de la independencia para un siglo después ser cuna de la revolución mexicana. Thanda sentía que todo en México era mágico y misterioso, también su historia: una independencia que se inició por criollos a favor del Rey de España y que no llegó a ser realmente tal hasta el liderazgo del indígena Benito Juárez, y una revolución de líderes enfrentados entre sí y que traicionaron el verdadero espíritu colectivo y ejidatario de Zapata para poco a poco instaurarse el Partido Revolucionario Institucional, partido que empezó nacionalizando el petróleo con Lázaro Cárdenas para luego ir convirtiéndose en un poder oligopólico, vinculado a las grandes fortunas y al clero, y que se perpetuó durante setenta años en el poder. La "dictadura perfecta".

Con esos pensamientos llegó a Chihuahua donde visitó un proyecto de apoyo a la educación y tratamiento de niños ciegos liderado por una mujer que le causó una profunda huella. Carla Herrera tenía la edad de Thanda. Había nacido también en el seno de una familia con afecto, cuidados y oportunidades, pero cuando entraba en su adolescencia una enfermedad le fue dejando ciega sin remedio alguno. No se dejó deprimir por que se cerraran sus ventanas visuales al mundo. Abrió todas las demás ventanas e incluso algunas que antes no imaginaba tener. Avanzó en sus estudios y se trasladó a Monterrey para estudiar derecho. Quería defender los derechos de los niños con discapacidades visuales y el primer paso era demostrarse a sí misma que podía seguir todos sus sueños abriendo otras ventanas a su alma apasionada. Hizo su tesis con becas en Estados Unidos y acompañó sus estudios de su pasión por el deporte, corriendo maratones y saltando en paracaídas con amigos-guías. Siempre miraba al mundo y a la vida con un optimismo desbordante, se diría que desconcertante. A Thanda le recordó a Javi, un buen amigo y colega de su tiempo de médico residente, quien, habiendo sido víctima de los efectos de la talidomida durante el embarazo de su madre, nació con un brazo corto y el otro y las dos piernas muñones, pero terminó sus estudios de medicina, conducía un coche adaptado y llenaba el hospital de alegría y esperanza cada día. Otro compañero en su estancia en Bruselas, Timo, creció con parálisis infantil y

todo su cuerpo, incluido el cuello y los músculos faciales, sufrían de espasticidad y muy baja movilidad, pero se superó al dolor y las limitaciones, acabó sus estudios, sacó su oposición de funcionario, se trasladaba en un triciclo que movía con un pedal adaptado al esforzado movimiento de su brazo derecho y trabajaba siempre con una sonrisa y una palabra de apoyo hacia los demás. Hasta participaba en carreras populares en las que llegaba el último en el tiempo y el primero en el valor y la admiración de todos. El mundo estaba repleto de ejemplos de superación y pasión por vivir.

Carla superó además otro reto más allá de los intelectuales y físicos. Cuando fue descubriendo su sexualidad sintió la unión con una mujer como el baño más plácido y profundo de ternura para sus espíritus, conectados sin el filtro de la razón ni de los prejuicios, con su alma. Se enamoró de Sonia, la mujer que empezó por ayudarle en sus tareas, una palabra llevó a un abrazo, el abrazo a una caricia, la caricia a sentir sus labios unirse, y ello a fundir sus cuerpos en éxtasis que tocaba lo eterno en los rincones más profundos de su alma. Fue así que decidieron formar una familia. Buscaron formas de fecundación de los óvulos de Carla con semen de un banco de donantes anónimos. Pudieron así engendrar en el vientre de Sonia una vida fruto del amor más perseverante frente a todos los obstáculos. Llegaron después tras otro embarazo dos niños gemelos. Eran una familia plena en el amor. Pero se topó con los prejuicios de las élites católicas y clasistas de Chihuahua. Carla era desde niña miembro, con sus padres, del club de campo de la ciudad, donde gustaba de ir a correr por sus campos y refrescarse del calor del desierto en su piscina. Cuando acudió con Sonia y sus tres hijas, les denegaron la membresía como familia pues carecían del certificado eclesial de matrimonio. Carla protestó a todos los niveles reclamando sus derechos como familia, como mujeres, los de sus hijos, y los de la identidad sexual elegida libremente y compartiendo amor dentro y fuera de la familia. Siglos de visitantes del Rey de España vigilando la moral de las colonias habían dejado mella. En otros tiempos hubieran sido quemadas vivas por la "Santa Inquisición". Presentó querellas ante los juzgados locales contra el moralista

club de campo y su junta de familias pudientes, propietarias de gran parte de la riqueza de la ciudad. Desestimadas por jueces avenidos con tal nicho de poder, llevó sus querellas a los juzgados en la Ciudad de México y al Tribunal Supremo del país. En todas se topó con el moralismo católico intrincado con el sacro derecho de admisión de cualquier club privado. Pero Carla sabía lo que era luchar contra todos los obstáculos y abrir otras ventanas cuando se cerraban las puertas del poder. Acudió a la Comisión Internacional de los derechos de la mujer en las Naciones Unidas. Usó sus habilidades de licenciada en México y doctora en Estados Unidos para presentar con rigor, lógica y argumentos éticos, la defensa de su derecho como persona a vivir su sexualidad libremente, a formar una familia basada en el amor y a que sus hijos disfrutaran de iguales derechos que cualquier otro niño de cualquier otro tipo de familia. Conoció en Nueva York a Aimsa y a Marta quienes le ayudaron con los argumentos éticos y el vínculo con la Convención de los Derechos de la Infancia. Ya no era a los ojos de la mustia alta sociedad de Chihuahua la "cieguita buena" sino la "sucias lesbiana". Para la clase pudiente y "mocha" de aquella ciudad Carla ensuciaba las sacras y centenarias costumbres católicas de los colonos y criollos. Costumbres intocables que hablaban de la religión, supuestamente del amor, y demonizaban la sexualidad; que hablaban de la humildad de Jesús y vivían rodeados de lujos; que alardeaban de actos de caridad y mantenían a sus criados indígenas en oscuros aposentos en los sótanos de sus mansiones. Le ayudó en toda su lucha un cura rebelde que acababa de ser desterrado de su lucha a favor de los mayas zapatistas de Chiapas hasta Saltillo, en los desiertos del norte, el obispo Raúl Vera, de quien le había hablado Nayra. Volvió a Ciudad de México y allí conoció a la hermana de su tío mexicano, Margarita, una mujer ya en sus ochentas y con una determinación extraordinaria a promover la armonía con el medio ambiente. Había fundado una ONG, GRUPEDSAC, que promovía en comunidades, escuelas, universidades, empresas, instituciones de gobierno, agrupaciones sociales, formas de vivir en armonía natural. Fundó dos centros, en el Estado de México y en el Estado de Oaxaca donde se vivía desconectado de las redes

de agua, alcantarillado, electricidad, energía y alimentación. Todo se obtenía de las pocas hectáreas de terreno, y todo volvía a la tierra. Thanda le puso en contacto con Aimsa y la red de eco aldeas espirituales para tener a aquellos centros como referencia en formación de formas de autarquía armónica. El esposo de Margarita, Rodolfo, era también un hombre admirable. Se había dedicado al derecho comercial y a buscar acuerdos justos de intercambios para México. A sus casi noventa años viajaba por todas las Américas negociando el acuerdo del Pacífico y renegociando el acuerdo del NAFTA con los vecinos ricos del norte. Había fundado la facultad de derecho de Chihuahua y era un hombre profundamente respetado en México tanto por su inteligencia y tesón como por su gentileza y sutil sentido del humor. Margarita y Rodolfo vivían también en Chapultepec y Thanda y Nayra pasaban muy agradables comidas y tertulias hablando de la historia, la política, la economía y el provenir de México y de la Humanidad. La cuestión final era si el compromiso de Margarita por preservar la naturaleza, y con ella el futuro de sus hijos y nietos, era compatible con el sistema económico dependiente de un comercio global de producciones masivas y a escala que iban concentrando el poder del capital en pocas manos a la vez que destruían el medio ambiente. Rodolfo acababa con una mueca socarrona pero una sombra en su mirada que no podía disimular el temor de quizás haber pasado su vida de estudios y empeños en aumentar el comercio global cuando ahora las economías deberían decrecer, el comercio retraerse, y el consumo disminuir hasta hacerse esencial, local y ecológico. Eran otros tiempos para los que sentía que ya llegaba tarde y con pocas fuerzas. Thanda sentía por sus tíos mexicanos la más entrañable admiración.

Unas semanas después Nayra organizó una velada en la casa de las lomas de Chapultepec para que Thanda conociese a más personas comprometidas con la justicia en su mágico México. Tanta belleza no podía mantenerse ahogada por la corrupción de una jerarquía anclada en su supuesto divino derecho a dominar y a abusar de gentes tan gentiles que ni cuestionaban su miseria o ni sabían o se atrevían a hacerlo. A la cena acudieron Lucha y

Carla, que estaban visitando la ciudad de México por trabajo; Jose Luis, un padre jesuita compañero de estudios de Thanda y que defendía los derechos de migrantes en la frontera sur; el poeta Javier Sicilia quien lideraba el movimiento "hasta la madre" contra la violencia en connivencia con el poder y de quien Nayra estaba haciendo un documental; el obispo Raúl Vera, quien asistía esos días a una conferencia episcopal en la Coudad de Mexico y se escapaba con las reUniones de obispos; un economista ecologista llamado Manuel, discípulo de Ivan Illich y líder del movimiento por el decrecimiento, Carmen Santiago, una líder zapoteca que luchaba contra los abusos de las mineras canadienses en Oaxaca, Ricardo Fuentes, el director de Oxfam, un joven mexicano que venía de escribir los últimos años desde Oxford los informes de desigualdad que avergonzaban a los poderosos que cada año se reunían en el pueblo suizo de Davos, Yvonne, una médico veracruzana que luchaba por la equidad en el derecho a la salud, tan fragmentado como rota estaba la sociedad entre alambradas de poder, y lideraba en aquel estado el naciente movimiento de MORENA de Lopez Obrador y sus tíos, Margarita y su afán por la autarquía y Rodolfo, por el comercio justo. A la cena acudió un amigo de Nayra que todos conocían por su pasamontañas negro y su pipa. Se conectaron también por Skype Jonay, Aimsa y Nour desde White Lake, y Adam y Unai desde Navalquejigo y Fernando y Umbela desde Eila. Patxi y Nolwasi desde la misión de Ukuzwana, Buhleve y Elías desde Santa Clara, no tenían suficiente conexión, pero les mandaron mensajes con ideas, aprecio y afecto. Nayra preparó un exquisito mole negro oaxaqueño y tortillas de maíz, y Thanda ofreció bebida de flor de Jamaica y mezcal artesano de Oaxaca. Escuchaban discretos y absortos los hijos de Nayra, Enkidu y Jerónimo.

Se sentaron en torno al fuego pues aún se hacía sentir el frío del febrero chilango. Carmen, por los antepasados, y Raúl, por la historia de Jesús, pidieron por la bendición de la reunión y sus buenos empeños. Cada uno habló de sus desvelos y estragos. Lucha por las mujeres víctimas de la violencia, Carla por el derecho a ser diferente, Jose Luis por los derechos

de los niños migrantes huidos de la violencia en los vecinos del sur, Javier por la verdad de los desaparecidos, Raúl por el movimiento hacia una nueva constitución, Manuel por la resistencia frente al plan del inmenso nuevo aeropuerto, Carmen contra las mineras que intoxicaban y secaban las aguas y las vidas en Oaxaca, Ricardo contra las desigualdades extremas del país por un sistema justo de impuestos, Ivonne por la transparencia de partidos, sueldos públicos y por la salud universal y terminó Marcos hablando del sueño de un pueblo que ya dejó de creer en naciones y fronteras, en leyes y mandatarios, en las quimeras del progreso de plástico y la absurda y enajenante velocidad de los motores que todo lo llenaban de humo. Thanda les habló a todos de esta manera:

- Gracias por estar aquí. Os diré, como mis hermanos ndebeles en el Kalahari de Zimbabue, que todos para mí sois mis "*mkulus*", abuelos en el saber. Y es el saber de Nolwasi, así lo llaman ellos, el que fluye limpio y valiente de la profundidad del alma, sin códigos impuestos, sin sumisión a lo ya dicho, sin veneración a quien habló más alto o quien esgrime la espada, sin tampoco la soberbia del que neciamente cree poseer la verdad. Todos sois gentes de bien, como todo el mundo lo es, pero además expresáis vuestro latido de amor con valentía frente a las alambradas que rompen las almas y la unión de energías, espíritus diría Carmen, entre todos nosotros y todas las formas de vida. Si nos despojamos de códigos y etiquetas, llegaremos a la esencia de nuestras almas sin miedo que de forma natural fluyan y se amen en armonía. Yo siento que este maravilloso país, limitado ya por fronteras a sangre con el norte imperialista y con los hermanos mayas del sur, está lleno de alambradas que ahogan su alma. Las alambradas entre los criollos blancos, vecinos en este barrio de privilegios, que siguen actuando como los colonos de hace cinco siglos ahora ya sin encomiendas, pero con criadas y empleados, con los mestizos e indígenas sumisos y "a la orden"; y las de hombres machistas y mujeres sometidas; las de políticos que compadorean sus negocios y se encamaron a privilegios de poder y abuso cual derecho divino a gobernar a los demás. Y así hay un México que sobrevive vendiendo tacos en las calles de tráfico

y humos, y otro donde los poderosos alardean de lujos y poder en sus mansiones y palacios del poder. Os contaré que como me gustan los números, calculé que ocurre con la enfermedad que más quema la vida de los mexicanos: la diabetes. Tiene aquí la más alta incidencia del mundo, en buena parte por estar intoxicados sus cuerpos de la coca cola del imperio que ha sustituido al agua limpia de los manantiales. Esa enfermedad pronto afectará a un tercio de los mexicanos. Hacia la mitad de la vida, la diabetes va cerrando las arterias y capilares del riñón, entre otros órganos, y apagando su función de filtro y de limpieza. Como si de beber y comer tanta suciedad ya ni supiera el cuerpo como limpiarla. La mitad de los mexicanos vive sin empleo formal y recibe, como caridad, migajas de su sistema de salud, el seguro popular, que ni podrá ofrecerles diálisis. Sus cuerpos se irán ajando, su corazón agotando y sus pulmones ahogando. La esperanza de vida será de apenas cinco años. Toda una vida de trabajo en las calles y en los campos, en las maquilas y en las obras; no llegará a un descanso merecido, que en todo caso sería de miseria, sin pensión digna ni esperanza en el futuro de sus hijos, bajo tinieblas de violencia, seducidos por el lujo de los narcos o por la bebida para olvidar los sueños rotos, ya sin fuerzas para recomponerlos. La otra mitad puede aspirar si tiene un empleo formal a un tipo de tratamiento parcial, y si sus ingresos no vienen de un salario sino inflados por negocios, esa palabra elegante que describe la especulación de los intermediarios, entonces sus seguros privados sí podrán pagarse cualquier tratamiento y alargar sus vidas intoxicadas artificialmente. Se trata de desalambrar y compartir todo sin propiedades de lo material, sin moralidades de lo espiritual, sin jerarquías que encumbran a unos y someten a otros. Pero, ¿es aún posible la utopía? Quiero que Umbela os hable del decálogo de la red de ecoaldeas espirituales, Aimsa de como se ha ido extendiendo por el mundo y Fernando de cómo ha ido tomando una bella forma, renaciendo de las cenizas, en Eila.

Después de los relatos a distancia de Umbela, Aimsa y Fernando, siguió la velada con inspiradoras historias, emocionados sentimientos, valientes

pensamientos y propuestas de estar unidos y luchar por la utopía que recuperara en esas mágicas tierras la ilusión de la armonía desde mayas a taramaras con la Pachamama, del mensaje de amor humilde de Jesús y de los ejidos comunitarios de Zapata. Raúl les contó que le compartiría a su amigo Francisco, ya Papa en el Vaticano, lo hablado aquella linda noche, pues estaban redactando una encíclica, "laudato si". Inspirada en Francisco de Asís, intentaba redimir a la Iglesia de su historia de alianza con el poder y la propiedad, de sus jerarquías rígidas y monopolios de la verdad y de su connivencia con imperios y fronteras. Pero sobre todo reconocía el tremendo daño desde su orgulloso antropocentrismo, a todas las otras formas de existencia en el Planeta, la Pachamama. También Francisco reconocía la ofensa a tantas personas por sus prejuicios moralistas, absurdas alambradas al amor. Carla, emocionada, dejó caer una lágrima de sus ojos que no veían las cosas, pero sentían la luz del amor, y Raúl se fundió en un abrazo con ella.

Durante sus conversaciones sobre la situación política y económica global, Thanda pensaba en darse con pasión a un movimiento ciudadano por la armonía humana y natural. Moyes y María le mantenían al tanto del movimiento del 15M y le animaban a colaborar en las propuestas políticas para España y para Europa. Después de su intento en las primarias de EQUO para las elecciones nacionales de 2011, el poco interés en las propuestas que hizo para la equidad, y las luchas internas del partido; Thanda se había desanimado a seguir colaborando en la política. Pero Marcostenía razón: preocuparse por la marcha del mundo sin luchar con nobleza en la política tenía una dimensión de cinismo, que era una epidemia en la sociedad, sobre todo entre los funcionarios de la Unión Europea. Vio que los tres principales partidos que planteaban propuestas de una nueva sociedad más democrática, justa y ecológica, desvinculada de los poderes económicos dominantes, eran Podemos, Equo y el partido X. Había intentado compartir ideas y propuestas con la célula de Podemos en Ciudad de México y a través de una breve correspondencia con su cofundador Carlos Monedero, pero no encontró eco a sus ideas. Mandó una propuesta a los tres partidos para que

se unieran en una sola fuerza de ética de la equidad por la transparencia y justicia fiscal de Partido X, los derechos y servicios universales de Podemos y la ecología de Equo. Tampoco recibió respuesta.

En su corto tiempo en México supo de las evasiones y exoneraciones fiscales de la clase pudiente mientras la mitad del país vivía en la pobreza, fue conociendo por Moyes la gran especulación financiera que dominaba el mundo y por Aimsa y Jonay las redes de secretos políticos y su relación con la trama de especulación y destrucción, que Edward, Julian y otros intentaban desvelar y por ello eran perseguidos. La transparencia era clave para aumentar la conciencia social, alentar la ética de la equidad, poner coto al acúmulo obscuro de unos pocos y comenzar a transformar un sistema corrupto. Conoció entonces así la historia de Hervé Falciani, del partido X.

Hervé era un ingeniero de sistemas ítalo-francés que trabajó como informático en la filial suiza del banco HSBC entre 2001 y 2008 reorganizando su base de datos. Pudo identificar más de cien mil evasores fiscales de todo el mundo. Propuso al banco un sistema para prevenir el fraude fiscal de sus clientes, pero fue rechazado. Pensó en como dicha evasión estaba robando recursos a las personas pobres en especial de los países más pobres. Consideró una obligación ética informar a las autoridades judiciales suizas. El banco le demandó por supuesta venta de los datos confidenciales de sus clientes. Fue detenido en 2008. Al demostrar su inocencia y ser puesto en libertad, Falciani escapó a Francia e intentó que el gobierno francés abriera una investigación contra los defraudadores. Suiza dictó una orden de detención internacional contra él y Falciani huyó a Barcelona en 2012 para entregarse a la justicia española dada la ausencia en España del secreto financiero como figura legal. Ingresó entonces en la cárcel de Valdemoro y colaboró con la justicia española y francesa para la identificación de defraudadores de dichos países, evitando así la extradición. Salió en libertad vigilada, sin poder salir de su piso en Barcelona. En los años siguientes compartió la lista de defraudadores del HSBC con Estados Unidos, Francia y España, que pusieron multas al banco y persiguieron a

algunos de los defraudadores incluyendo redes de tráfico de droga y blanqueo de capital y también banqueros, políticos, realeza, empresarios y artistas y deportistas famosos. Hervé desarrolló una herramienta informática para monitorizar las transacciones bancarias a nivel europeo y así poder elaborar un mapa de los flujos financieros que permitiera detectar el fraude fiscal. Fundó el partido X con el objetivo de imponer legalmente el sistema de control a todos los bancos y entidades financieras.

Thanda veía en la historia de Falciani valentía. El capitalismo, ya en su generación especulativa, estaba podrido. Y los cambios profundos surgían de la conciencia colectiva. Pensó que debería colaborar a despertar esa conciencia de la injusticia de los poderosos y contribuir con Falciani mediante sus estudios de equidad. Decidió unirse al Partido X y entrar en las listas de las elecciones europeas del siguiente mes de mayo. Preparó un sistema de "redistribución ética territorial y fiscal" basado en una sociedad sin dinero. La sociedad justa sólo tendría trueques locales en lo vital y transacciones digitales en lo nacional y global, con equidad fiscal automática para dirigir la redistribución a la zona ética de la equidad. El sistema de transparencia de Falciani, ampliado a todo el volumen y movimientos financieros, pudiera asegurar los límites de la equidad que Thanda investigaba con pasión.

Llegó la primera Navidad de su etapa en México y mientras Nayra y sus hijos volaban a Berkeley, Thanda viajó a Madrid para reunirse con sus padres y sus hijas. Tras unos días de entrañable reencuentro y la celebración del nuevo año en la casa de Robledo junto a sus padres, sus hijas, Adam, Unai, Moses y María, voló de vuelta a la ciudad de México. Se preguntaba por la contradicción de su sensibilidad y lucha política contra el cambio climático y a la vez sus múltiples vuelos para conciliar trabajo y familia, dispersa por el mundo. Pensaba en el ejemplo de John en Eila y fue fraguando en él el compromiso firme de caminar hacia ese horizonte ético de la armonía natural. Sin ella todo lo demás era incoherente con la ética de hacer el bien, no sólo al resto de la Humanidad sino a todas las formas de vida en el planeta.

En un rincón de la terminal T4 del aeropuerto de Madrid, conectó su ordenador con la wifi del aeropuerto y participó via Skype en el debate de las elecciones primarias del Partido X, presentando sus ideas y su propuesta.

A la media hora de despegar, el piloto preguntó por megafonía si había algún médico en el pasaje. Thanda, con nostalgia de sus tiempos clínicos, se prestó voluntario. Otros dos pasajeros también respondieron a la llamada, uno era dentista y otro cirujano plástico. Las habilidades, aunque oxidadas por su tiempo en la Unión Europea, de internista, decantaron que él asistiera a la paciente. Se trataba de una de las azafatas, que estaba tumbada de dolor en el extremo trasero del avión. Thanda la examinó. Vio que el signo de Murphy, dolor al presionar bajo las costillas derechas tras la inspiración profunda, era positivo y sospechó una colecistitis. Pidió el maletín médico de vuelo y encontró cánulas, vías, sueros y dolantina. Con la ayuda de un compañero de la tripulación, le puso un suero e inyectó la analgesia tras comprobar la tensión, frecuencia y perfusión. Le preguntó al compañero, de nombre Juan, si podría llevarla a algún lugar donde pudiera estar tumbada y él pudiera vigilar su tensión y frecuencia. La llevaron a un cuarto en el extremo anterior del avión, justo detrás de la cabina de los pilotos. Allí dormía normalmente, por turnos uno de los dos copilotos. Thanda le preguntó:

- Gracias Thanda. Dime, ¿es urgente aterrizar para que tenga cuidados hospitalarios?

- No, Juan, creo que podemos mantener sus constantes estables durante el vuelo, estaré atento.

- ¿Quieres pasar a la cabina aquí al lado?

Juan era el comandante del vuelo. A Thanda le sorprendió su sencillez. Ni gorra ni galones, ni trato de usted ni distancia de clases. Fueron compartiendo las historias de sus vidas en la pequeña cabina de apenas tres metros cuadrados y más de ochocientos botones y luces de control mientras Juan pilotaba el Airbus 340 con casi cuatrocientos pasajeros a bordo. La conversación fluía con bella complicidad en ideas y visiones del

mundo.

Lo que más le tocó el corazón a Thanda fue saber de una historia de sensibilidad profunda y generosidad humana que le contó Juan. Solía pasar temporadas con su compañera Cristina en una casa que compraron en la bahía de Pollensa, en la isla de Mallorca. Allí había un antiguo y ruinoso hotel por el que Juan sintió intriga. Supo que en 1929 lo fundó Adan Diehl frente al pino que había evocado el poeta y sacerdote Costa i Llobera, muerto unos años antes mientras daba su homilía en la misa.

iArriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo, y en las austeras cumbres arraiga con su afán, verás al pie estrellarse las olas de este mundo, y libres como alciones sobre ese mar profundo, tus cantos volarán.

Aquel pino se convirtió en un símbolo de esperanza para mirar más arriba y puro que el lodo inmundo que ahogaba la Humanidad por su adicción al petróleo y sus luchas por el poder.

Adan Diehl era un poeta nacido en Argentina. Se enamoró de aquella bahía a la que sólo se podría entonces acceder por mar y quiso con el hotel perseguir la utopía de un lugar que congregara a creadores, artistas y pensadores, para que en tal naturaleza y bellos horizontes encontraran con lo mejor de sí mismos y propusieran visiones de armonía para el siglo XX. El crack de la bolsa neoyorquina de ese mismo año y su efecto en todos los rincones del mundo, la clientela bajando o no contribuyendo a los gastos y los bancos desahuciando a Alan de su sueño. A duras penas pudo volver a su Buenos Aires natal y murió en la ruina y ensombrecido por sentir su utopía ahogada en el olvido y anhelando el aire, el mar y los pinos de aquella bahía donde sembró sus sueños. Unos años después un rayo cayó sobre el Pi del famoso poema.

Juan, emocionado por esa historia, volvió a Pollensa, puso en un tarro de cristal agua del mar, arena de la playa y acículas de pinos y cedros. En su siguiente vuelo pilotando hasta Buenos Aires, buscó en el inmenso cementerio de la Chacarita la tumba de Alan Diehl. Tras todo el día indagando, en complicidad emocionada con algunos cuidadores de aquella ciudad de mármoles y almas, la pudo encontrar y puso al pie el tarro de las

esencias de la utopía de Alan.

Tales eran los gestos que Thanda sentía como más bellos y auténticos de las personas. Los sencillos, sutiles, profundos, callados, anónimos.

No quedó ahí la sincronicidad de esa mágica amistad. Unos meses descubrieron que era primos segundos. La vida, pensaba Thanda, es mágica si se camina con el corazón abierto de par en par a la aventura.

Ya empezaban a florecer las miles de jacarandas en la ciudad de México y Thanda tomó una semana sin trabajo para convivir con Jose Luis, su compañero de estudios, ahora sacerdote jesuita en una misión de la dura frontera sur de Comalapa. Viajó hasta Tapachula en un vuelo de Aeroméxico y se encontró con Diego, un vasco afincado en Chiapas, apasionado por la bondad y espiritualidad maya, y por la valentía y dignidad del zapatismo. Diego dirigía la ONG Fray Matías de Córdoba, en nombre del monje dominicano que defendió la independencia de Chiapas, luego anexionada por México. Heredó también de Fray Bartolomé de las Casas, la lucha por la libertad y dignidad de los pueblos indígenas frente a los abusos de la conquista española. Diego se había casado con una indígena guatemalteca y conocía bien de los migrantes las razones y rutas, las tragedias y anhelos que, desde Guatemala, Honduras y El Salvador, atormentados por la violencia de narcos y maras, les hacían huir hacia el norte buscando paz, trabajo y algo que enviar a sus familias. Sabía como los migrantes ya anhelaban su tierra y su gente desde el primer paso de su viaje de tres mil kilómetros hacia el sueño americano.

Diego se afanaba en que los miles de migrantes indocumentados que llegaban a diario a Tapachula no fueran víctimas de discriminación y de violaciones de sus derechos. Del casi medio millón que cruzaba la frontera, más de la mitad eran detenidos y deportados, pasando antes por los temidos centros de detención migratoria donde les encerraban hacinados. Diego los visitaba con frecuencia para limitar las violaciones de sus derechos. Les ayudaba en las peticiones de asilo, en buscar atención médica y les brindaba atención psicológica cuando, a menudo, era necesaria. Lo

esencial para Diego era intentar que sintieran una mano amiga dispuesta a escuchar, a ayudar, a luchar por su dignidad y su futuro. Diego estimaba que cruzaban la frontera cada año más de sesenta mil “menores no acompañados”. Los menores eran presas más fáciles de la policía de migración que les perseguía como a conejos asustados y les trataban como a delincuentes devolviéndoles al otro lado de la frontera. Allí decidían si volver con vergüenza a sus hogares donde sus familias les habían dado sus ahorros para pagar a los “polleros” el paso de frontera hacia su aventura salvadora. A su vuelta les esperaban las maras y narcos que les amenazaban con venganza y saña. Por eso casi siempre volvían una y otra vez a intentar pasar de nuevo con los mismos polleros a los que habían pagado y que les ayudaban hasta en tres intentos de pasar el río Suchiate. Los que al final escapaban a la policía migratoria y los controles de policía y del ejército, pagados por Estados Unidos, seguían la larga ruta a través de Mexico. Eran a menudo víctimas durante el trayecto de violencia, secuestros y asesinatos. A veces eran obligados a unirse a los narcos. Los niños deambulaban en las calles de Tapachula, Comalapa, San Cristobal o Tuxtla como boleros limpiando zapatos o como “canguritos” vendiendo chuches por unos pesos para apenas echarse un taco a la boca cada día. Las niñas trabajantas como sirvientas, tratadas casi como esclavas, en las casas de la burguesía criolla chiapaneca. Muchos eran obligados a prostituirse en el callejón del Danubio. Muchos acababan inhalando pegamento para olvidar su triste existencia, delinquiendo y siendo carne de reformatorios. A menudo se iban hundiendo en el mundo de la droga, el crimen y los presidios, sin ya ni poder recordar el color de la esperanza. La minoría que conseguía llegar a Estados Unidos era a menudo deportada o se unía a maras vagando en vana búsqueda de familiares que casi nunca encontraban.

Thanda pasó dos días con Diego compartiendo su trabajo, su consulta de abogado, las visitas a los centros de detención y los centros de menores y las actividades sociales con migrantes pendientes de asilo bajo su apoyo

legal. Siguió luego camino en las guaguas fronterizas llenas de comerciantes de frontera, migrantes aturcidos, polleros sin escrúpulos, narcos camuflados, campesinos curtidos, dignos zapatistas y aventureros perdidos, hacia el pueblo fronterizo de Comalapa, donde estaba la misión jesuita de su amigo y compañero de estudios de medicina tropical, José Luis.

Cuando llegó a la misión, José Luis no estaba. Se sentó a esperar en el escalón de la entrada de la casa humilde y en construcción aún donde vivía José Luis y dos novicios mexicanos. Vio pasar a grupos de migrantes con sus mochilas y caras asustadas y sintió el dolor de una humanidad quebrantada por absurdas alambradas que ya nadie ni recordaba por qué existían. Cuando llegó José Luis se dieron un entrañable abrazo. Apenas tuvieron tiempo de contarse confidencias cuando se reunieron en grupo en Chapultepec. José Luis le contó a Thanda como después de terminar el curso que compartieron de Medicina Tropical en Barcelona, se fue de voluntario a un proyecto de misioneros jesuitas en Honduras. Sintió en su dedicación a comunidades pobres en la violenta ciudad de "El progreso" el sentido del lema jesuita "amar y servir" y decidió hacerse jesuita. Aún sentía extrañeza e intriga Thanda cuando sentía la fe profunda cristiana de personas buenas. Recordaba su pregunta desde niño: "no es posible un Dios de amor con una verdad que sólo unos pocos conocen". A la vez, sentía profunda admiración por la entrega de José Luis, discreta, humilde y constante, sin logotipo de ONG ni "marco lógico" de proyecto, sin sueldo ni nada propio.

Durante los siguientes días Thanda le acompañó y ayudó a José Luis en sus tareas de apoyo a los migrantes en varias casas de acogida. La historia de un chico hondureño con quien Thanda entabló complicidad, le dejó impresionado.

"Rambo" era un chico delgado y fibroso con la cabeza rapada, los ojos tristes, la nariz fina y recta, una sonrisa coja y una actitud inquieta, como en alerta constante. Había nacido con el nuevo siglo en Yoro, Honduras. Perseguido por la Mara Salvatrucha huyó primero a San Pedro Sula y al

seguir perseguido por los violentos salió de su país con su hermana menor para sumarse a la caravana de migrantes. La semana anterior había saltado, con su hermana de catorce años, los veinte metros del puente entre Guatemala y México y llegaron nadando hasta Ciudad Hidalgo y luego, huyendo de la policía migratoria, hasta Comalapa donde encontró, perdido, con hambre y su hermanita con fiebre, a José Luis.

- ¿Cómo empezaste la huida, Rambo?

- Una caravana de unos quinientos migrantes que se convocaron por Facebook pasó por delante de nuestra casa. No me lo pensé mucho: metí en mi mochila mis pocas pertenencias y animé a mi hermana a venirse conmigo. A mi madre la avisamos cuando pasábamos por Ocoatepeque, a cinco horas de nuestra casa. Pasamos ocho días hasta que pedí prestado un móvil en Ciudad Hidalgo para avisar a una amiga de la familia de que estábamos bien. Nos dijeron que ya no llegaba allí la bestia y recorrimos la frontera huyendo durante el último mes de la policía aduanera y mendigando por comida cada día. Aquí encontramos al Padre José Luis que nos dio refugio. Que Dios le bendiga.

- Pero dime, Rambo, ¿es tan peligroso quedarte en tu pueblo o en tu barrio para arriesgarte a tantos peligros de migrantes?

- Mira Thanda, cuando tenía 11 años, la Mara Salvatrucha asesinó a mi hermano que entonces tenía diecinueve, por no unirse a ellos. A los 14, la pandilla empezó a "molestarme". Me insistían en que fuera pandillero. Pero nunca quise. Me amenazaron. Seguí evitándoles. Pasé tres años vendiendo lichis y limpiando patios de vecinos. A mi hermana la Mara la quería casar con un pandillero. Poco después tuve que ir a reconocer el cadáver de mi prima de quince años por quedarse con el dinero de una extorsión de su trabajo vendiendo panes. El cuerpo estaba boca abajo, colgado de una valla, con la cara desfigurada. La reconocí por un tatuaje. Hace dos meses sin ya encontrar trabajo para comer, acepté llevar unas armas de una casa a otra

dentro de su barrio, la colonia Reyes Caballero, en San Pedro. La Salvatrucha me pagó y me presionó a unirme y tatuarme. Cuando ya me habían rapado la cabeza escapé. Ya no podía más. Se lo dije a mi madre que ya de tanto dolor ni habla, sólo me mira con tristeza.

- ¿Y a dónde quieres ir ahora?

- Quiero seguir hasta Estados Unidos, Thanda. En cuanto a mi hermana le baje la fiebre nos vamos andando hasta Arriaga y nos subimos a la Bestia. Sé que Dios nos va a proteger. No puede ser que permita tanta tristeza y calamidad en una sola familia. Cuando llegue a Estados Unidos voy a lavar coches y con lo que ahorre venderé hot dogs por la calle, luego compraré una moto para llevar encargos, y conseguiré pagarle a mí hermana los estudios de médico y a mi madre traerla con nosotros. Mi "diosecito" nos va a proteger.

Thanda quedó conmocionado de tanto dolor. Cómo era posible que un Dios, si existía, del amor, permitiese tanto dolor a unos y tantos privilegios a otros. Generación tras generación. Pensaba en sus amigos ndebeles que dirían: "idespierta Mkhulumkhulu! ¿No ves que estamos sufriendo? ¿No puedes hacer nada con todo tu poder?".

Como la de Rambo, conoció muchas otras historias de migrantes y oyó de otros asesinados o desaparecidos. ¿Qué podría hacer desde su vida privilegiada y su trabajo influyente? Le dio lo que pudo sacar de un cajero a Rambo y su hermana y les dijo que cuando llegaban a Tijuana contactarían a una amiga mexicana de su tiempo en Berkeley, Analucía, trabajaba dando de su dulce alma en ayudar a migrantes a solicitar residencia y abrigar esperanzas. Antes de volver se unió a una manifestación indígena zapatista que protestaba por la corrupción y violencia del Estado. Mientras volvía a Ciudad de México pensó en una propuesta que haría a la Unión Europea y al gobierno de México. No podía olvidar los rostros de Rambo y su hermana y de tantos otros niños. Pensaba que, verdaderamente, junto a los

huérfanos del SIDA en África, eran los más claros ejemplos de, como le gustaba decir, "héroes de su propia historia". Si había un Dios justo, ellos debían ser los herederos de una Nueva Humanidad y de guiarla hacia horizontes de luz y de paz.

Habló con el embajador, Andrew, un londinense que llevaba cuarenta años trabajando en la diplomacia inglesa y europea por Asia, Medio Oriente y América. Andrew tenía un gran corazón, pero a la vez había ido, como casi todos sus colegas en la Unión Europea, acumulando un peso de escepticismo ante lo que desde el trabajo podía hacer por un mundo más justo. Entre los funcionarios, a menudo el escepticismo evolucionaba hacia cinismo, algo que a Thanda le entristecía ver. En el caso de Andrew y muchos compañeros de buen corazón, se iba instalando en sus almas un hondo sentido de frustración por no poder cambiar las reglas de un juego cruel e injusto en el que les había tocado jugar en el lado ganador. Había recorrido con Andrew el estado de Chiapas yendo de proyecto en proyecto agasajados por el clan del gobernador Velasco, un joven de una familia pudiente que, como tantos, aprovechaba su poder para enriquecerse sin escrúpulos.

- Andrew, he estado en mi tiempo libre conociendo mejor la frontera sur. Cuando vamos en visita oficial pintan todo de rosa y no nos dejan ver la realidad.

- Ten cuidado Thanda, eres un diplomático, no puedes tomar riesgos ni posiciones que no nos vengán aprobadas desde Bruselas.

-Andrew, sabes que lo que estudio, escucho e intento proponer, es en defensa de los derechos humanos. La Unión Europea no ha firmado la convención de los derechos de los trabajadores migrantes y sus familias, pero sí defiende la convención de los derechos de la infancia. Lo sé bien porque yo coordiné la redacción de la política exterior de sus derechos.

- Dime, Thanda, sé que lo haces todo con un buen corazón. ¿Qué has visto

y qué propones?

- He visto a niños migrantes huyendo de la violencia más terrible en Centroamérica y ser perseguidos como criminales por la policía aduanera para devolverles a sus orígenes donde les espera una muerte segura. No podemos cerrar los ojos ante ello Andrew.

-Thanda, mira Europa también, como los migrantes se ahogan en el Mediterráneo. Europa no apoya un mundo sin fronteras sino "flujos migratorios regulados".

-Pero Andrew: ¿qué regulación puede tener una familia siria huyendo de las bombas fabricadas en Francia o Estados Unidos, o un joven de Mali huyendo del hambre y la sequía que el cambio climático provoca, o una mujer palestina bombardeada por Israel? Sesenta mil niños huyen desesperados cada año de Centroamérica. La mayoría es deportada, o secuestrada por los narcos, o deambula mendigando en las calles... se me parte el corazón...

- Y dime Thanda, qué propones, ya estamos ayudando a varias ONGs. Por cierto, me han llamado de la secretaría de relaciones exteriores diciéndome que te han visto en manifestaciones zapatistas con esas ONGs que apoyamos. No supe que responder.

- Diles que somos funcionarios pero que tenemos cerebro para pensar y corazón para sentir Andrew. Era una manifestación pacífica que pide diálogo y paz.

- Bueno, dime qué más podemos proponer Thanda. Sabes que aprecio tus ideas, pero pienso que este no es tu sitio... aquí tenemos que callar demasiado.

- Te propongo que estudiemos como sería un espacio de libre movimiento de personas entre México y Centroamérica. Son pueblos hermanos mayas. Entre Guatemala y Chiapas hablan las mismas lenguas, y creen en los

mismos dioses. Tienen mucho más en común entre sí que los chiapanecos con los norteros de Chihuahua, a donde en su inmensa mayoría nunca irán y si fueran ni entenderían como viven. La unión de pueblos de Centroamérica y México, en un espacio común, tienen mucho más sentido que la Alianza del Pacífico que apoya sólo por intereses comerciales. En un mundo que debe comerciar menos, no más. Nos ahogamos ya en humos y destrucción de la naturaleza Andrew... Dime: qué sentido tiene estar apoyando el diálogo de México con Chile, a diez mil kilómetros de distancia para un espacio libre aduanero de bienes y personas ¿y no querer hacerlo entre Chiapas y Guatemala? Propongamos un espacio tipo Schengen en Mesoamérica, Andrew. Schengen en Europa, con Erasmus y el libre movimiento de personas entre países ha traído prosperidad, armonía, empatía y sentido de solidaridad. Tú siempre lo defiendes en tus discursos. Promoverlo salvaría muchas vidas.

- Bueno, escríbeme un proyecto para explorar todo lo que ello supondría, aprendiendo de como lo hicimos en la Unión Europea.

Andrew sabía que tal idea era una línea roja marcada por Washington ante México. Obama en la Casa Blanca dictaba y Peña Nieto en Los Pinos obedecía.

Thanda estudió todo el marco legal, regulatorio, aduanero, estadístico, económico y de coordinación de servicios sociales, sanitarios, transportes, impuestos y otros asuntos transfronterizos que fue permitiendo el espacio Schengen en Europa. Preparó una propuesta en varias fases, comenzando por México y Guatemala para seguir con los demás países de Mesoamérica y luego continuar hacia Sudamérica donde mantenía contactos con gente próxima a Lula y a Mujica que podrían ayudarlo a estudiar y planear el sueño de un continente sin fronteras.

Mandó su propuesta a Andrew quien le pidió que fuera Thanda quien la enviara a la dirección de cooperación y del servicio diplomático exterior de

Bruselas. No hubo respuesta. Unas semanas después recibió un email anónimo a su dirección privada:

- "Thanda, no muevas más lo del Schengen mesoamericano. Tus argumentos humanitarios se topan con la geopolítica y las concesiones de Bruselas a Washington. Pueden terminar tu contrato y no darte otro puesto más. Sigue luchando a favor de las comunidades, pero no te metas con las fronteras del poder, te lo dice un amigo"

Ese día volvió triste a casa. Nayra estaba, como siempre, jugando, haciendo los deberes de la escuela y hablando con el padre de sus hijos por Skype. Thanda lo entendía y a la vez echaba mucho de menos a sus hijas, ya adolescentes y volando en sus vidas. Subió al tejado con su guitarra. El día era claro y se adivinaba el volcán del Popocatepetl. Ya se iba poniendo el sol. Cantaba "a desalambrar" con lágrimas en los ojos. Subió Nayra. Era tan bella...

- ¿Qué te ocurre Thanda...?

- No sé si estoy donde debo estar Nayra.

CXVII. La Humanidad hacia el abismo, de Nueva York a Paris, otoño de 2015

Thanda había recibido una carta de su amiga Paula. Ella dirigía Médicos Sin Fronteras cuando él formaba parte de la Junta. Ahora trabajaba en el barco *Aquarius* rescatando de ahogarse en el Mediterráneo a migrantes escapando de hambre y de guerras en África y del Medio Oriente, entrelazadas con los intereses de occidente y a cuyos bandos Europa vendía armas. Thanda veía cada vez más claro a un consejo de seguridad con poder sobre el resto, acaparando el poder nuclear y vendiendo la mayor parte del armamento para azuzar guerras por todo el mundo. El *Aquarius* había rescatado ese año a más tres mil naufragos. Thanda le dijo que quería irse en navidad a navegar en rescates mientras los compañeros a bordo podían ir a pasar las fiestas del amor con sus familias. Paula le envió la foto de un niño que representaba la realidad de muchos miles.

El cuerpo del pequeño Aylan Kurdi, de tres años de edad, había aparecido muerto en la playa turca de Bordum. Thanda investigó su historia con un nudo en la garganta y los puños cerrados de dolor y rabia. Aquel niño nunca supo en su corta vida lo que era la paz. Tampoco supieron de una vida en paz ni su hermano Galip, muerto a los cinco años, ni cientos de miles de niños para los que el sol era el fuego y la lluvia las bombas. Aylan y Galip procedían de la ciudad kurda de Kobane, una población de Siria fronteriza con Turquía que sufrió violentas luchas entre el Estado Islámico y la guerrilla kurda, ambos armados hasta los dientes por Estados Unidos. La familia de Aylan decidió huir a Turquía, como otras trescientas mil personas durante ese año. Una vez en Turquía, fueron alojados en un campamento donde compartieron una tienda de campaña del ACNUR con otras tres familias. Recibieron una tarjeta por el gobierno con la que podían sacar hasta el equivalente a diez dólares al día de los cajeros de los bancos, como ayuda a su condición de refugiados. La tarjeta tenía un logotipo con la bandera de la Unión Europea. Thanda supo por sus amigos en ECHO, que la agencia de ayuda humanitaria europea donaba mil millones de Euros al año al gobierno autoritario de Turquía para retener a los refugiados de Asia y del Medio

Oriente y que no se acercaran a las costas europeas. Allí en Turquía el padre de Eylan, Abdullah, pidió asilo en Canadá, donde vivía su hermana. Pero su solicitud fue denegada. Desesperados por unas condiciones de miseria y sin futuro, y hostigados como parias y traidores kurdos por el gobierno de Turquía, decidieron probar suerte cruzando el mar. La familia zarpó en un bote con otras diecisiete personas en la playa de Bordum para llegar a la isla griega de Kos, a tan sólo seis kilómetros. Empezaron a remar y apenas a quinientos metros de la costa el bote empezó a hacer agua. Con el miedo empezó a cundir el pánico. Algunos se pusieron de pie y el bote volcó. Abdullah intentó sujetar por las manos a sus dos niños hijos, pero se le escurrieron y los vio hundirse. Era ya de noche y saltó a buscarles desesperado en la oscura profundidad. La barca naufragó. Perdió de vista también a su esposa. Les siguió buscando desesperado y sin fuerzas para llorar ni para gritar. Sentía por un lado el deseo de irse con ellos en esa oscuridad misteriosa y cruel. Pero a la vez se propuso ser fuerte y sobrevivir pues tenía que gritar al mundo el dolor de su familia y luchar por la justicia en el recuerdo y en el honor de su familia. Sólo Abdullah sobrevivió. Logró nadar hasta la costa aún con la esperanza de encontrar a su esposa y sus hijos. Habían acordado reencontrarse en un lugar de encuentro si algo les separaba. Pero no encontró rastro de ellos ni allí. Ni en la costa cercana ni en los hospitales que recorrió desesperado. Dos días después apareció el cuerpo de Aylán sobre la arena de la playa de Bordum.

Thanda recordaba constantemente la historia de Aylan y su familia. La imagen de Abdullah intentando asirse a las manos de sus hijos que escurridizas se las llevaba el mar se parecía a su sueño de la barca en el mar con sus hijas alejándose. Sintió una honda añoranza de sus hijas. Nayra tenía una conexión profunda con sus hijos y en ello mantenía la complicidad y armonía con el padre de ellos, algo en lo que no podía, ni quizás quería, penetrar Thanda. Pero a la vez se sintió egoísta, vivía privilegiado y seguro, sentía de sus padres y de sus hijas el cariño en la distancia, la ternura y pasión de su compañera Nayra con la que compartía ideas y luchas, cientos de amigos y recuerdos en tantos lugares del mundo, y desafíos por los que

luchar. Había algo en la ternura inocente del amor de los niños a sus padres que añoraba profundamente, quizás por haberse truncado con su divorcio, quizás por verlo en su casa entre Nayra y sus hijos, quizás porque su alma necesitaba esa bella caricia en un mundo tan cruel.

La historia de Aylan le hacía ver aún más claro que nunca, que debía luchar contra las fronteras. Absurdas, artificiales y crueles. Incompatibles con los derechos humanos universales. Así lo dijo en varios discursos ante el gobierno, Naciones Unidas y la sociedad civil en México. Propuso refundar una Europa basada en el amor, los brazos abiertos, compartir la tierra y el alimento, y el conocimiento armónico con la naturaleza. Aylan inspirando lo que nunca debería volver a ocurrir. Y Eila el camino a seguir.

Aylan, Eila, Europa... "*Eylania*": mandó una propuesta a miles de compañeros en la Unión Europea, lanzó una solicitud de firmas en la red Avaaz, y habló de ello con pasión a Andrew. Sabía que le entendía y sentía lo mismo en el fondo de su corazón, pero las manos de los diplomáticos están atadas con lazos de oro y sus palabras dictadas por el poder y suavizadas por las no-verdades. Apenas una docena de amigos le apoyaron. Ni siquiera fue escuchada su propuesta de diluir con el espíritu de Schengen la frontera sur de México entre hermanos mayas de Chiapas y Guatemala. Otro ejemplo de que lo que valoraban para los europeos no lo proponían para los demás. Mundo de alambradas. Mentales y físicas, espejos unas de otras.

Esa noche cantó en el tejado de la casa de Chapultepec los versos dedicados a la poeta argentina Alfonsina Storni quien atormentada con el dolor de un cáncer se entregó al mar: "Por la blanda arena que lame el mar, su pequeña huella no vuelve más" ...

Era ya el otoño del 2015, la fecha en la que la "Agenda del Milenio" debía haberse cumplido. Se convocaron alíderes de todo el mundo a la Asamblea General de las Naciones Unidas, para acordar una nueva agenda hasta el 2030, la Agenda de Desarrollo Sostenible. La red de eco aldeas espirituales ya contaba con casi diez millones de miembros en más de veinte mil eco aldeas de cien países y adquirió estatus de "organización asociada" con voz,

pero no voto, en la Asamblea General. Aimsa había discutido durante el último año con muchos grupos de trabajo formados por representantes de países y de agencias de Naciones Unidas el informe de lo conseguido de las metas del 2015 como las propuestas de la agenda 2030. Sentía un cansancio vital al asistir durante horas a larguísimas discusiones y discursos tan vacíos y tan hipócritas que se sentía sucia siendo parte de aquel circo. Pero tenía que perseverar, para intentar cambiar las cosas desde dentro y también representar con fuerza la voz y la visión de la red de eco aldeas espirituales en cuya inspiración creía firmemente como la única esperanza de la Humanidad.

En las sesiones de Naciones Unidas no había ningún país que no alardease de sus empeños o sus resultados o atribuyera a la falta de cooperación el no haber progresado en sus metas del milenio. Tampoco las agencias de Naciones Unidas y las más de cien organizaciones asociadas destilaban ningún retazo de autocrítica o humildad. Era un patético circo de vanidades ante un mundo que colapsaba en dolor y destrucción.

El Banco Mundial había definido en 1990 el umbral de la "pobreza absoluta": la mayoría de los países definían sus "umbrales de la pobreza" por los costes mínimos para la nutrición, ropa y alojamiento, emanados desde 1945 con el artículo 25 de la declaración Universal de Derechos Humanos sobre "el nivel de vida adecuado". Funcionarios del Banco Mundial se reunieron en un hotel lujoso de Manhattan y revisaron las líneas de pobreza de los países de más bajos ingresos. Hicieron una media y redondearon la cifra a "un dólar por persona al día". Por encima de esa línea las personas "ya no eran pobres". Al concluir su histórico informe hicieron sus maletas y pagaron sus facturas del hotel, a cargo del Banco Mundial, por más de mil dólares cada uno en tres días. Los expertos que acordaron ese nivel que definía lo que era pobreza y lo que no, cobraban un dólar por cada dos minutos, poco más que lo que tardaban en repetir "nuestra organización está comprometida en la lucha contra la pobreza". En ese mismo año el umbral de la pobreza en Estados Unidos era de veinte dólares cada día. La vida tenía diferente precio según dónde uno naciera. Thanda relacionó esos conceptos tan

estruendosamente desiguales y descaradamente injustos con el precio a la vida que había estimado cuando tres años después de fijar la línea de la pobreza, el mismo Banco Mundial en 1993 puso precio a un año de vida en países "pobres" por sus "intervenciones verticales eficientes": 50 dólares. Mientras tanto, los países ricos sí decidían otros costes de su salud pública y de seguros privados que equivalían a veinte mil dólares por año de vida saludable. Así era el valor de la vida humana según el lugar de nacimiento. Todo estaba relacionado: el poder, las diferencias, la riqueza vestida de caridad perpetuando paternalistamente la pobreza. Lo más triste era ver a países y comunidades pobres alabando en gratitud a las migajas del poder y del filantro-capitalismo de la salud. El uno por el capital y políticas de los bancos, de ellos uno menor llamado "mundial", y el otro, con Gates, Slim y las fundaciones de las corporaciones farmacéuticas a la cabeza, dominando la Organización Mundial de la Salud.

Diez años después, poco antes de que Aimsa llegara con Jonay y Nour a Nueva York desde Ukuzwana, unos diez mil funcionarios y diplomáticos venidos de doscientos países del mundo se alojaban en lujosos apartamentos y hoteles de una de las ciudades más caras del mundo. Allí, desde el altar de la abundancia, decidieron que el objetivo de todos los países debería ser "reducir la pobreza" -de menos de un dólar por persona y día- a la mitad, y así la proporción de pobres, desde 1990 a 2015. De nuevo lo decidían personas que cobraban unas mil veces más cada día. Y tenía un ingenioso truco detrás: la tasa de inflación y su consecuencia en el valor del dinero hacían que en el periodo de veinticinco años la proporción de pobres iría bajando si bien la pobreza relativa-diferencia entre ricos y pobres- no cambiaría o incluso aumentaría. Éxito seguro.

Otros indicadores parecían haber mejorado. La proporción de niños de bajo peso para su edad había descendido, pero se veía que aumentaba el sobrepeso por la comida basura promovida por la agroindustria. La cobertura de educación primaria también aumentó, pero: ¿qué era lo que estudiaban los niños del mundo? ¿Competir en la selva del mercado libre? Aimsa pensó en la rebeldía de Nour ante la educación impuesta. Sí que

habían aumentado el acceso a agua potable, letrinas y energía, aunque el mundo agotaba los recursos naturales, incluidas las fuentes de agua dulce, y el acceso a la energía era a costa de deforestación y de aumentar las emisiones de carbono hacia el desastre climático. Además, si se quitaban los datos de China, una sexta parte de la población mundial y donde el crecimiento económico de su capitalismo centralizado había sacado de la miseria extrema a cientos de millones lanzados al consumo desenfrenado, la foto del mundo no era tan halagüeña. En cuanto a los indicadores de salud, selectivos para ciertas edades y enfermedades y que Thanda cuestionó en su entrada en la Unión Europea, había disminuido la tasa media mundial de mortalidad infantil, aunque a la mitad y no en dos terceras partes como acordado. También descendió la mortalidad materna, si bien aún más lejos del plan de descenso de tres cuartas partes. Era difícil saber si se habían “revertido”, como rezaba la meta, las epidemias de malaria, tuberculosis y SIDA, a pesar de que, según le contaba Thanda, dos terceras partes de la cooperación internacional se destinaron a esas enfermedades, causa de apenas una de cada seis muertes prevenibles, casi olvidando al resto.

La Humanidad en el cambio del milenio, también arbitrariamente definido según el nacimiento de Jesús -y hasta on error en los cálculos-, seguía sufriendo de enormes desigualdades. Más de la mitad de las personas sufrían carencias vitales para vivir de forma digna. Aimsa y Thanda habían preparado, con los datos recogidos por Thanda durante su tiempo en Berkeley, un análisis que demostraba que “no había razón para la complacencia”. Fue ignorado. A Thanda le llamaron la atención, otra vez, en Bruselas por pronunciarse en opiniones que sólo deberían darse desde la alta jerarquía. Prefirió jugar un “bajo perfil” y enviarle a Aimsa datos y análisis para influir en otro tipo de agenda para el 2030 menos arbitraria y donde Thanda con sus análisis de equidad y Aimsa con la visión de las eco aldeas pudieran influir en metas de mayor armonía humana y natural.

Aunque fue muy reacio a asistir, Aimsa insistió en que Fernando participara en la Asamblea General de las Naciones Unidas, representando a Eila como

el símbolo más avanzado de la red de eco aldeas. Ya tenía casi setenta años. Lisy, después de su misión en Sierra Leona, decidió volver con Saidu a Eila para reunirse con Fernando. Por entonces llegó el mensaje de Aimsa a Fernando adjuntando una invitación formal para hablar en la Asamblea General y después en un evento llamado "de Nueva York a París: por la vida en el Planeta". Lisy le animó. Umbela también. Finalmente, Fernando sintió con honor y responsabilidad la gorra marinera de John que llevaba siempre puesta y aceptó. Prepararon al barco varado de John, Satia, con la ayuda de Martín, quien se quiso unir a la travesía.

Fernando sintió un cariño entrañable de Lisy quizás más sensible, tras su experiencia en Sierra Leona, al pensar en el valor que tuvo para rescatarlas. Sentía la necesidad de tener un padre con quien compartir sus anhelos y sus temores.

- Fernando: ¿recuerdas qué me preguntaste cuando nos rescataste en el mar, hace ya más de treinta años?

-Si, Lisy. Te pregunté si querías ser mi hija o mi hermana menor. No me dijiste nada. Y el desamor con tu madre distanció nuestros caminos, pero sigo sintiendo enorme cariño por ti.

- Fernando, quiero ser tu hija.

Se abrazaron emocionados.

Fernando, Martín y Lisy navegaron durante el mes de agosto y llegaron a Nueva York. Martín se fue con Jonay y Nour a White Lake. Estaban creando un santuario de caballos salvajes en el bosque de Bethel. Lisy se fue con su hermana Kadijatu, quien vivía con el embajador de Ghana antes las Naciones Unidas.

Thanda compartió por entonces sus análisis e informes de Berkeley, que nadie en Bruselas se había interesado en leer. En ellos demostraba que la equidad entre países y dentro de ellos era la clave para entender y medir las desigualdades injustas. Cuestionó las líneas de miseria extrema y constantes en el tiempo, que proponía el Banco Mundial. Intuía que dicha institución estaba realmente más pendiente de allanar el camino para los negocios de las grandes corporaciones de sus países miembros más

influyentes y en especial Estados Unidos, con el privilegio de siempre nombrar a su director, que de verdaderamente aliviar el sufrimiento por la marginación injusta de la gran mayoría. La causa de la injusticia no era otra, argumentaba Thanda, que la riqueza obscena de unos cuantos países que concentraban gran parte del capital y que dominaban tanto Wall Street como las políticas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Les envió informes a Aimsa y Fernando, que demostraban que el umbral de una vida digna, basado en los ingresos mínimos para disfrutar una esperanza de vida digna que era factible para todos y sostenible para las nuevas generaciones, era de al menos diez veces la línea de pobreza del Banco Mundial. Les compartió evidencias también que, entre la línea de la pobreza y el umbral de dignidad, vivía casi la mitad de la Humanidad sin posibilidad de una esperanza de vida digna y saludable, y que se traducía en **dieciseis** millones de muertes en exceso cada año, innecesarias e injustas, ignoradas por las agendas y agencias internacionales desde sus torres de marfil. Pensó que era, simbólicamente, casi el número de eco aldeanos reclamando un mundo más justo y en armonía con la naturaleza. Les mando también los datos de su informe sobre "la carga de inequidad" en número y proporción de muertes injustas por desigualdades injustas. Esos datos llamaban a un nuevo índice: la proporción de la población en el mundo y en cada país que vivía "bajo la curva de la equidad". Claro, eso apuntaba tanto a disminuir la población en déficit de niveles dignos de vida, diez veces por encima de nivel de miseria del Banco Mundial, como la de aquellos que vivían por encima del nivel de exceso y de acaparamiento, algo anatema en el capitalismo de "cuanto más, mejor". Ello exigía, éticamente, multiplicar por cuarenta veces la "cooperación oficial al desarrollo", unas migajas de apenas el 0,3% de la riqueza obscena de los países llamados "desarrollados", los que más habían colonizado, esclavizado, explotado de recursos naturales y llenado los cielos de humos.

Cuando Aimsa exponía en Nueva York esta lógica basada en la ética del objetivo común y posible de una mejor salud para todos, ningún diplomático, ni los supuestos expertos de las agencias de Naciones Unidas,

parecían entenderla. Y quienes lograban entenderlo lo rechazaban. Unos por despreciarlo como una utopía, otros por entenderlo como comunismo opresivo ,sobre la libertad individual, de ser "iguales". Aimsa se dio cuenta de que la casi totalidad de quienes discutían esos indicadores y metas bajo el magnánimo lema de "no dejar a nadie atrás", vivía en la abundancia por encima del límite del acaparamiento, la causa más directa de la pobreza: "el lobo cuidando de las gallinas", pensó.

Lo único que consiguieron con cientos de debates es que el Banco Mundial aumentara a "1,9" dólares la línea de la pobreza, y que se introdujera un objetivo para disminuir la desigualdad con una meta cuantificable. Tras larguísimas reUniones sólo se pudo llegar a un acuerdo en concretar esa meta: que el cuarenta por ciento más pobre tuviera un crecimiento de ingresos mayor que la media. Algo tan absurdo, tan nimio, tan hipócrita desde el mundo dominante de la riqueza, que Aimsa se sintió hundida. Aún cumpliéndose aquel objetivo tan mínimo, podría muy bien seguir dominando el 1% más rico y hundir al 20% más pobre en mayor miseria. Facilmente se podría maquillar ese mísero indicador de "más crecimiento" – ¿acaso un 0,00001% mayor valía? - de la mitad más pobre que la media. ¿Esa era toda la ambición que el mundo tenía para acabar con tanto sufrimiento? ¿Seguirían tolerándose los extremos de riqueza, cada vez más acaparadores, como demostraban los informes de Ricardo con Oxfam cada año? ¿Seguiría hundida en miseria la mayor parte de la Humanidad, perdiendo años de vida y sufriendo millones de muertes innecesarias? ¿Seguirían los políticos dando discursos salvadores y poéticos, y sus estadísticas mostrando un falso e hipócrita "progreso"? Thanda y Nayra hablaban por Skype de estos dilemas y frustración con Aimsa, Jonay, Fernando y David, y sentían entre todos ellos una profunda decepción que, no pocas veces, hacía brotar en ellos lágrimas de impotencia ante un mundo dominado por un poder tan zafio y tan necio.

Una noche, compartiendo en Brooklyn el piso de James, que estaba de viaje por Virginia, Fernando le confesó una inquietud a Aimsa.

-Aimsa, es un honor estar aquí contigo e intentar influir en compromisos de

los gobiernos hacia un mundo más justo.

- No, Fernando. Vosotros en Eila sois las manos y la luz, yo sólo soy las palabras, y a veces siento agotamiento por el vacío que dejan en mi alma. Como has visto, hay mucha retórica, arrogancia, intereses, intrigas, secretos... y al final, si se consigue un acuerdo, a menudo sólo lo usan en sus grandilocuentes discursos. Nada cambia.

- Te entiendo Aimsa. Debe ser frustrante, agotador de energía vital y solitario luchar por nuestras ideas en esta jungla de asfalto, coches, prisas y dólares. De eso te quiero hablar, Aimsa. De los dólares. De las discusiones de la línea de pobreza del Banco Mundial, de la curva de equidad de Thanda y de la cooperación internacional. Todo se mide en dólares. ¿No estará ahí el origen del mal, de la injusticia?

- Creo que te entiendo Fernando, pero la mayor parte de mundo, Eila es una excepción, vive intercambiando su trabajo por dinero y ese dinero por comida y otras necesidades para subsistir.

- Sí, pero ese dinero es parte de un gran juego perverso. Tú lo dices. Se acumula en pocas manos que juegan con él en el mercado de especulación financiera... ¿No te parece que el acto más revolucionario en la actualidad es vivir sin dinero?

- Cierto Fernando. Y por eso quiero que estés aquí. Para demostrar al mundo que se puede vivir sin propiedad de lo natural y compartiendo sus manufacturas no contaminantes para el bienestar. Que es mucho más bella la vida sin los lujos ni caprichos, sin jerarquías, ni dinero ni bancos. Pero mientras tanto, y puede pasar mucho tiempo, tenemos que ponerle coto a ese juego perverso que acumula el dinero y el poder en pocas manos, esas mismas manos que juegan con los gobiernos, con las Naciones Unidas, con la supuesta cooperación, para que todo siga igual. Al menos desvelas la hipocresía de ricos dando caridad a pobres, que les votan y aplauden para que aumenten su gloria y se perpetúen en el poder.

En ese momento era ya noche cerrada. Estaban en la cocina y bebían una kombucha bastante fermentada. Fernando observó la belleza de Aimsa. Se había quitado su sari y vestía una simple camiseta de algodón y un pantalón

chiapaneco. Vio como le caía su cabellera negra por la frente y un lado, como las luces de la vela bajo la cual hablaban, para no usar electricidad, hacían juegos mágicos de sombras en su rostro trigüeño de suaves líneas armónicas. Aimsa se sintió turbada por la mirada que Fernando no supo disimular. Fernando tenía barba y cabellera blanca, una mirada tierna y triste a la vez, una nariz aguileña que revelaba su raíz vasca y unas manos fuertes y curtidas, entrelazadas sobre la mesa. Aimsa sintió en Fernando una honda soledad.

- Fernando, eres como un padre para Jonay, lo cual te convierte en mi padre. Con ese cariño y gratitud, déjame hacerte una pregunta: ¿hace cuánto que no vives con el amor pleno de una mujer?

- Treinta y dos años, Aimsa. Pero tras la muerte de John fui a vivir a la colonia de la Ternura. Umbela y yo sentíamos y sentimos una profunda unión por tantos recuerdos de una vida, y en especial el de su compañero de vida y mi amigo del alma, John. Decidimos no pasar el resto de nuestras vidas solos. Vivimos juntos con profunda ternura mutua y pasamos las noches abrazados en profunda unión. No hay relación sexual, que ella reservó siempre para John y, de alguna manera, lo sigue haciendo. Hace muchos años que no siento la atracción química que dispara nuestras hormonas y diluye la razón en la plenitud absoluta. Pero nuestro abrazo, ternura y unión, es puro, nos da paz y luz.

Turbado por esa confesión, Fernando se excusó para ir a dar un paseo por el parque.

Mientras tanto, Aimsa le hizo una llamada a Jonay:

- ¿Como estás cariño?

- Bien, aquí conviviendo en linda complicidad con Lisy y con Martín. ¿Y tú? ¿Qué tal las discusiones en Naciones Unidas?

- Ya sabes, juegos de palabras e intrigas de intereses lejanos de la empatía y de la realidad.

- Lo puedo imaginar. Resiste y habla con valentía como siempre cariño. ¿Y Fernando?

- De eso te quería hablar. Le siento triste en su corazón, por la soledad

Íntima de tantos años.

- Sí. Lo sé. Creo que en el fondo venía a Nueva York por si podía encontrarse con Kadijatu. Nunca dejó de pensar en ella tras treinta años.

- Sí, pero me preocupa que la vea y sienta más dolor. Ella se unió a un embajador y viven en un mundo muy distinto.

- Tiene que enfrentarse a ello.

Jonay habló esa noche con Fernando. Le tenía profunda veneración. Fue su inspiración en la medicina y en ir lejos, a donde era más necesario. Ahora estaba unido en una pura armonía con su madre, respetando el espacio íntimo que dejó John. Era como un padre para él. Y sentía tristeza por su tristeza. Sentía que Fernando tenía que tener el valor de reencontrarse con Kadijatu y sacar esa espina de su alma. Intuía que había en él sentimientos de rencor, de anhelo y hasta de inconfesable esperanza.

Fernando así lo hizo. La noche siguiente quedó con Kadijatu en el Central Park. Kadijatu pensó en invitarle a su casa, pero luego temió que se sentiría incómodo. Le invitó entonces a cenar a un restaurante de Manhattan, pero Fernando dijo que no quería utilizar dinero.

- Bien difícil en el centro del capitalismo mundial, Fernando. ¿No puedes ser flexible una noche en un reencuentro tan especial?

- Prefiero caminar bajo los árboles de Central Park.

Así quedaron frente al edificio Dakota. Al verla sintió que ya no era la misma. Habían pasado más de treinta años desde que la conoció en Sierra Leona y más de veinte desde que la vio por última vez. Vestía un abrigo de cuero que dejaba entrever un elegante vestido de terciopelo, se fijó en unos pendientes dorados y se había maquillado y depilado las cejas. Había cogido peso y su expresión se había hecho más dura, aunque en su mirada seguía dejándose ver una luz de inocencia y asombro.

- Te ves muy hermosa, Kadijatu.

- Gracias, Fernando. Y tú muy apuesto y fuerte.

Ambos notaron en ese saludo un cierto código de agrado mutuo sin la atracción de otros tiempos, que se apagó antes en Kadijatu pero que había persistido en el imaginario de Fernando.

Hablaron cada uno de sus vidas. Kadijatu le contó su esfuerzo por defender los derechos de la mujer y la lucha contra la circuncisión que a tantas mujeres africanas afectaba y mutilaba sus vidas íntimas. Fernando le habló de cómo lucharon por Eila para sacudirse del dinero, de las propiedades y de todas las alambradas físicas y mentales con las que vivía pasivamente la sociedad moderna.

- Y dime, Kadijatu, ¿cómo está tu corazón? ¿Me han dicho que vives con un ghanés?

- Se llama Kofi, es un buen hombre, Fernando. Se divorció de su mujer y vivía sólo aquí en Nueva York. Me ayudó mucho a conseguir el apoyo de todos los países y de la Unión Africana en las propuestas de erradicación de la circuncisión. Me cuida y me aprecia mucho en lo que hago.

Fernando sintió que él no la cuidó ni la apreció como decía ahora lo hacía Kofi. Quizás vivió siempre demasiado convencido de sus ideas, de vivir sencillo y en naturaleza, y no supo darle el espacio que Kadijatu tomó al poco de llegar a, entonces La Gomera, por su cuenta. Voló y ya nunca volvió.

- ¿Y tú Fernando?

No sabía si decirle la verdad: que nunca la olvidó ni conoció a nadie con quien vivir en plenitud. En ese momento sintió que Kadijatu pertenecía a otro mundo, a otra vibración, y así debía ser. Se resistió a aceptarlo muchos años, pero ahora entendía que hubiera sido forzar dos vibraciones diferentes, que separadas brillaban y juntas se ensombrecían. Sintió un gran tesoro por tener la complicidad tierna, discreta, hasta tímida, con la bondad de Umbela y sentir como juntos podían ver un atardecer callados y sabiéndose unidos. Tras tantos años, se sintió liberado del tormento del desamor, de la entrega no correspondida, de la espera estéril, del deseo frustrado, del sueño roto y sintió profunda felicidad por la felicidad de ese ser bello y valiente que conoció en las selvas de Sierra Leona y ahora volaba libre en su vuelo, lejos, muy lejos de él.

- Soy feliz en compañía de Umbela y apasionado por la visión y luz de Eila, Kadijatu.

Al decirlo sintió una inmensa fuerza y un mágico privilegio que viviren coherencia con sus ideas. Con Valentía y Ternura.

Aimsa y Fernando asistieron a finales de septiembre a la Asamblea General de Naciones Unidas. A la nueva agenda global le llamaron la del "desarrollo sostenible", algo contradictorio en sí mismo pues el desarrollo, entendido como evolución, como toda vida en todo momento y lugar, no puede ser "sostenible" en su dimensión de estática. Por otro lado, hacer sostenible el nivel y ritmo actual de la Humanidad, basado en el crecimiento constante del comercio y el consumo, era incompatible con el daño a la naturaleza y su capacidad de regenerarse. Propuso Fernando el concepto de "desarrollo armónico" para transitar del antropocentrismo occidental a la armonía holística con todas las formas de vida. Lo desestimaron e incluso vio a muchos representantes encorbatados y desde sus vidas de lujo y arrogancia reírse entre ellos de "propuestas utópicas" sin base en la realidad. Alguno le espetó en los pasillos a Aimsa: "qué quiere usted, Sra Harris, ¿que volvamos a las cavernas?"

Al menos consiguieron, desde la red de eco aldeas y en alianza con muchos países del Sur sufriendo los humos de dos siglos del Norte, que se incluyeran objetivos sobre las emisiones de carbono, la biodiversidad en la tierra y en el mar, el agua potable y la energía limpia, en ciudades y en comunidades "sostenibles". Huvo que aceptar el nombre. Incluso se aceptó que la meta clave del objetivo de luchar contra el "cambio climático", eufemismo para una catástrofe, pensaba Aimsa, fuera la de disminuir las emisiones de carbono al nivel que evitara el aumento de dos grados.

Fernando había trabajado con Aimsa en los borradores para la conferencia sobre el cambio climático que tendría lugar dos meses después en París. Los informes del panel internacional de expertos sobre la evolución del cambio climático eran demoledores. Participaron en los cálculos y el análisis multivariable de las consecuencias e interrelaciones con los otros límites planetarios con su amigo Mans, del instituto de resiliencia de Estocolmo. Aimsa presentó con Mans y otros aliados los datos que indicaban que esa cifra era de una tonelada y media al año por persona. Ningún país aceptó

incluir esa meta: demasiado alejada e imposible para los países ricos, y considerada como una barrera injusta para los países pobres que aumentaban sus ansias de producción barata y de consumo enajenado. Unos por egoísmo y otros por ambición, la Humanidad parecía no ser capaz de frenar su autodestrucción. Lo dejaron sin cifra, sin límite, por definir.

En una reunión con delegados de todos los países, Fernando preguntó quién conocía su huella personal de carbono durante ese año, e incluso su huella por haber viajado y pasado dos semanas en Nueva York. Nadie levantó la mano. Le miraron todos con cierto desprecio a ese viejo mal vestido con el rostro curtido y las manos ásperas de trabajar la tierra.

Por ello y consultando con los "faros regionales" de la red de eco aldeas, plantearon una propuesta sobre un objetivo que sería clave para obtener todos los relativos al medio ambiente, la mitad de la agenda: se trataba de la conciencia de una producción y un consumo responsable. Una de las metas dentro de ese objetivo aspiraba a que "todas las personas en el mundo tuvieran la información relevante y la sensibilidad para que sus estilos de vida estuvieran en armonía con la naturaleza". Era el único de las casi doscientas metas de esa extensa agenda que hablaba de "conciencia" y de "armonía".

Para Fernando esa era la clave: sin conciencia individual de como el consumir qué alimentos, qué energía y qué bienes manufacturados, la gran mayoría de las personas era cautiva de un "consumismo enajenado". El consumo miraba sólo a la comodidad y al precio, sin saber cómo cada uno afectaba a los demás, a las nuevas generaciones y a otras formas de vida. Thanda, Jonay y Aimsa habían hecho cálculos junto a Mans, de cuál sería el límite de toneladas de carbono para no llegar a los dos grados de aumento sobre el nivel pre-industrial. Según Mans y los otros expertos del panel internacional, esos dos grados llevarían a impactos negativos en los otros límites planetarios y éstos a una menor absorción de carbono. Por encima de ese umbral el planeta entraría en una espiral negativa hacia temperaturas con impacto catastrófico y sin precedentes en la historia de la Humanidad.

Se aprobó la agenda 2030. Estaba dispersa en casi doscientas metas, casi ninguna cuantificada, y las que lo eran muy lejos del nivel necesario para parar el suicidio colectivo y la sangría humana por la injusticia. Todos aplaudieron y se fueron volviendo ufanos a sus países dejando a sus embajadores y representaciones asistiendo a miles de reuniones en Nueva York. Seguía intacto el teatro de las vanidades donde casi todo era retórico para seguir justificando sus privilegios ante sus países y todos ante un mundo sin gobierno, sin conciencia.

Aimsa convenció a Fernando, por quien fue sintiendo un inmenso cariño, para alzar la voz en la Cumbre del Clima en París. Jonay estaba inmerso en nuevas luchas por el derecho a la salud contra los intereses millonarios de la industria médica y farmacéutica, protegida por Obama y sus discursos poéticos. Martín decidió viajar por Estados Unidos promoviendo eco aldeas y buscando como aliviar su desamor de Saidu, que despertó en su interior una identidad sexual confusa. Nour dejó en marcha el santuario de caballos salvajes en los bosques de Bothun y decidió unirse a Aimsa y Fernando en otra singladura a través del Atlántico. Tenía un deseo muy profundo de reencontrarse con Adam y Unai, sus hermanos del alma.

Lisy se volvería a Cuba para reencontrarse con Buhleve, con Elías y seguir sus estudios en la Escuela Latinoamericana de Medicina. En su despedida, emocionada, de Fernando, le dijo:

- Fernando, Aita, tienes que venir a Cuba a inspirar la revolución hacia la armonía de Eila.

Fernando se emocionó. No dijo nada. Sentía un enorme deseo de volver a su isla tras más de cuarenta años.

Llegaron a Normandía tres semanas después y dejaron al viejo velero de John, Satia, en un puerto de una eco aldea costera de marinos, que les acogieron con gran cariño. Se reunieron con representantes de las trescientas eco aldeas que ya existían en Francia. Aimsa y Fernando les explicaron las discusiones, acuerdos y frustraciones en Nueva York y la importancia de animar compromisos fuertes y legalmente vinculantes en París. Nour habló sobre los derechos de los animales y luego emprendió una

ruta con una yegua que la comunidad le cedió, hacia el sur, por caminos rurales y bosques, de eco aldea en eco aldea.

Aimsa y Fernando fueron hasta París con un grupo de ciclistas de eco aldeas de Normandía. Se negaron a ir en el tren alimentado con la energía nuclear que dejaba desechos radioactivos durante miles de años. Llegaron a las inmensas salas del París-Le Bourget donde se celebraría durante doce días la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático 2015 donde la Humanidad se jugaba su destino. De seguir sin acuerdos en reducir emisiones, llegaría en menos de veinte años a un desastre ecológico que posiblemente significaría el principio de su extinción. Era un símbolo del patético y arrogante antropocentrismo que las inmensas naves que albergaban a los más de cuarenta y cinco mil participantes de ciento noventa y cinco países, supusieran un coste de unos doscientos millones de dólares, subvencionados por las compañías eléctricas-nucleares EDF y GDF-Suez, y provocaran unas emisiones de cien mil toneladas de carbono.

Para la conferencia, Thanda había hecho un estudio y publicado un artículo para que Fernando y Aimsa lo difundieran. Lo tituló: "cambio climático: una guerra sin armas". Pudo inferir de estudios de estaciones meteorológicas con datos climáticos y de mortalidad por edades, que la proyección del aumento de temperatura al ritmo de crecimiento de emisiones de los últimos diez años, causaría un exceso de más de doscientos millones de muertes. Esa inmensa tragedia silenciosa o silenciada se cebaría en inocentes: en quien tuviera más de sesenta años desde el año 2050, es decir, sobre todo la generación nacida después de 1990; y, doble cruel injusticia, sobre todo en países tropicales poco contaminantes.

Durante las interminables discusiones y debates de cada parte del acuerdo, cada país contaba sus esfuerzos y regateaba con sus compromisos. Thanda también les mandó desde México estudios en los que calculaba que, de los setecientos mil millones de toneladas de carbono acumuladas en la atmósfera, el principal gas de efecto invernadero y responsable de más del 90% del calentamiento global, dos terceras parte correspondían a Estados Unidos y a la Unión Europea, el diez por ciento de la población mundial. El

aumento de emisiones seguía año a año, sobre todo por el aumento de las de China, India y Rusia. Estados Unidos, con casi veinte toneladas al año por persona, se oponía a ningún tipo de compromiso. El comercio y poder militar del mundo había ido cambiando del eje Atlántico entre Europa y Norteamérica al Pacífico con China. Estados Unidos, ya en un déficit comercial gigante con China, que compraba su deuda pública año tras año, no quería darle más ventajas a China aumentando los costes energéticos y limitando la quema de su petróleo del golfo de México, de las arenas oleaginosas del noroeste y de sus aliados bien armados de la península arábiga. China miraba de reojo a Estados Unidos antes de dar cualquier paso adelante por el compromiso global, ético y urgente. Dos elefantes luchando, la hierba sufriendo. Sin los compromisos de China y de Estados Unidos, que juntos sumaban la mitad de las emisiones, el resto, ya reticente a bajarse, unos del lujo y otros de la carrera hacia ese lujo, respiraba escepticismo e impotencia. Europa al menos se comprometía a reducirlas a la mitad de sus niveles del 1990, aunque era una cifra que quedaba muy lejos del "umbral ético" que había estimado Thanda. India y el resto de los países sólo se comprometían a alguna parte de las emisiones como la generación eléctrica, y no con disminución de niveles sino con compromisos indirectos, como la proporción de energía renovable. Además, para ello los países de ingresos más bajos, menos industrializados y menos dependientes del comercio global, exigían financiación para dicho cambio y para adaptarse al aumento de las temperaturas y responder a los desastres naturales causados por tal calentamiento global. Había un ambiente defensivo y reticente en los países más contaminantes – que ofrecían descensos moderados si los otros también lo hacían -para no perder en la lucha del mercado global-, y victimista y vehemente de los países que menos habían contaminado -casi con "derecho a ellos también ahora contaminar"-.

Aimsa había colaborado con el grupo Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático que en 2009 concluyó que era clave limitar el calentamiento global por debajo de los dos grados antes del fin

del siglo para evitar catástrofes climáticas y medioambientales graves e irreparables. Entonces hicieron estudios que demostraban que para evitar tan catástrofe era necesario reducir hasta un setenta por ciento las emisiones en 2050 en comparación con el año 2010 y progresivamente alcanzar un nivel cero para 2100. Seis años después de aquel informe, Aimsa, Thanda y otros habían demostrado que los efectos irreversibles se podrían dar ya desde el grado y medio de calentamiento y que era urgente y esencial plantear un nivel cero de emisiones de **CO₂** antes del 2050.

Los representantes de los países venían con sus intenciones de "contribuciones nacionalmente determinadas". Cada una era diferente en los niveles basales con que se comparaban, en la proporción que disminuirían y en qué año. Otros incluso sólo disminuían emisiones en relación a la "tendencia". El mundo no actuaba en armonía ni con compromiso ni con solidaridad ante un precipicio inminente. De todas ellas en su conjunto, calcularon que la temperatura llegaría a 2,7° en 2100, frente al 4-5 ° de la tendencia actual sin compromisos, reduciendo tan sólo las emisiones per cápita en un 9% en 2030. Además, los compromisos empezaría a aplicarse en el 2020 y tan sólo si al menos cincuenta y cinco países que produjeran más del cincuenta y cinco por ciento de los gases de efecto invernadero del mundo hubieran ratificado el acuerdo. Había muchas dudas sobre la ratificación de algunos de los países más contaminantes, como los Estados Unidos a pesar de los discursos magnánimos y hasta poéticos de un Obama al que ya muy pocos creían.

Lo único positivo fue que se acordó revisar dichos compromisos periódicamente y llamar a ir aumentándolos. Al igual que en Kioto dieciocho años antes, Aimsa sintió una profunda tristeza del egoísmo mundial, de la ceguera.

Por entonces llegó un mensaje del Papa Francisco con la encíclica llamada *Laudato si'*, con la intención de influir en compromisos sensibles y solidarios. Comenzaba con los cantos de San Francisco de Asís «*Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba*».

Aimsa reflexionaba:

- Hermana y Madre a la vez. Madre, Pachamama. Mientras en el budismo, la naturaleza está en nosotros y nosotros somos ella. Somos toda una única energía, no hay jerarquías.

Fernando le entendía bien y le dijo así:

-Además, Aimsa, es contradictorio: la llamamos madre, pero dice la Biblia y repite Francisco que Dios "encomendó el mundo al ser humano". ¿A qué hijo se encomienda el cuidado de una Madre? ¿No es al revés por naturaleza, y el hijo en obligación de respetarla? Hay un antropocentrismo inherente a esta religión y cualquier otra imaginada "para los humanos". Es en esa superioridad inconfesable e intocable que se basa la cosmovisión cristiana y su relación con la naturaleza sacrificando animales, talando árboles y quemando fósiles sin ningún sentimiento salvo el temor a respirar sus propios humos.

- Ciertamente Fernando, pero es la primera vez que el catolicismo reconoce su error en la destrucción natural y en el crecimiento económico y el acaparar sin límite.

- El problema está en el Génesis, el origen de todo al que hacen referencia las tres religiones monoteístas del Mediterráneo que sigue hoy más de la mitad de la Humanidad y la que ha causado el 80% de la contaminación de cielos, mares y tierras: "Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra". - - Dominio, Aimsa, no armonía. Por eso ahora, al igual que la caridad con los pobres, nos piden no hacer daño y cuidarla, pero sin cambiar el concepto origen de este daño: nuestra superioridad. Por eso la Iglesia no ve mal matar animales, Aimsa, pues su vida está, para ellos, a nuestro servicio. Es una religión para amar a los humanos, no a otras formas de vida, en todo caso "cuidarlas", y, además, por el premio del cielo o el castigo del infierno. Me entristece un amor tan limitado, un contrato tan egoísta "por la salvación de mi alma", mientras otros se queman en el "fuego eterno". Lo siento, no puedo darle a esa

religión ahora ninguna credibilidad para liderar la armonía que necesitamos.

- Tienes razón Fernando. Eres más budista que yo. Creo que tras tantos años en Estados Unidos mi alma está perdiendo la referencia pura de la armonía con el todo.

- Y otra causa profunda del daño que hacemos, Aimsa: en el año en que tú, Jonay y Thanda nacisteis, la encíclica "Mater et Magistra" reconocía "el derecho natural a la propiedad privada". Era un claro desafío al comunismo. Nunca lo entendí. ¿No quiso Jesús no tener nada y compartir en humildad? Ese derecho implica necesariamente desigualdades, jerarquías, competitividad y es la otra raíz de la destrucción de la naturaleza Aimsa. Eila intenta escapar a ambos conceptos, nuestra superioridad frente a otras vidas y nuestro derecho individual a posesiones sólo nuestras.

En nombre de la red de eco aldeas espirituales, Aimsa dio un discurso de cinco minutos en la jornada final. Lo dio con una venda en los ojos, para llamar la atención de la gran ceguera colectiva sobre el desastre al que abocaba una parte de la Humanidad, contaminante, a las siguientes generaciones.

Hermanos y hermanas que representáis a la Humanidad.

Me duele hablaros en esta reunión de ciegos que no quieren, no queremos, ver. Nuestra forma de producir, comerciar, consumir, ahorrar, pensar en tener más y de relacionarnos compitiendo, está en la raíz del desastre que se acerca. Un desastre que hemos calculado que aumentará en más de doscientas millones las muertes en la segunda parte de este siglo, la que les pertenece a nuestros hijos, nuestros nietos, quienes sufrirán nuestra ceguera, sobre todo en los países menos contaminantes. Más de tres veces las muertes de las grandes guerras mundiales, guerras europeas realmente, esta vez sin armas, con verdugos sin rostros y sin saber que lo son, con víctimas queriendo ser verdugos, con el resto de formas de vida sucumbiendo a nuestra pretendida superioridad e insensibilidad.

Hemos calculado que, para evitar este desastre, este genocidio, este vitacidio global en este siglo, y esperar un siglo XXII de renacimiento humano sin quemar fósiles, no podemos emitir, cada humano, cada uno de

nosotros, más de una tonelada de carbono al año. Y yo pregunto: ¿Quiénes de esta sala con más de diez mil personas conocen su huella de carbono este año?

Aimsa se quitó la venda de sus ojos y vio a apenas una docena de manos en un mar de personas cabizbajas.

Los compromisos aquí acordados no llegan ni a la cuarta parte de reducción de emisiones que necesitamos para evitar el desastre. Y cada uno las ha elegido a su manera, a su ritmo, insuficientes, en algunos casos como Estados Unidos, responsable de un tercio de todas las emisiones acumuladas atrapando la luz del sol y sofocándonos, ni al 5% de lo que las debieran reducir.

No entiendo los aplausos, no entiendo la complacencia de este acuerdo, no entiendo la insensibilidad humana ante su daño a otras formas de vida, no entiendo la ceguera ante el abismo al que llevamos a nuestros hijos.

Quítense esas corbatas, y esos trajes, y esos vestidos caros, y esos maquillajes lujosos, y salgan de esos hoteles y coches, no suban más a aviones, coman lo que cultiven, abríguense con lo que tejen, no consuman lo que no conocen, no compitan por tener sino compartan. Pues nadie es superior a nadie, ni los humanos lo somos sobre otras formas de vida.

Eso creemos en la red de eco aldeas espirituales, donde vivimos ya más de diez millones de personas sin contribuir a este gran suicidio, genocidio, vitacidio... Sabemos que es por ceguera, no por maldad, que, en empatía, nadie nunca quiere ni hace mal a nadie.

Únanse a nosotros, mis hermanos, mis hermanas.

Aimsa tenía lágrimas en sus ojos, Fernando se acercó a abrazarla. Aplaudieron algunos grupos aislados y poco a poco se pusieron en pie gran parte de los participantes, muchos se quitaron sus corbatas, siguieron aplaudiendo mientras muchos callaban o abandonaban la sala.

CXVIII. Robots y Bien Común, California, enero 2016

Mientras Aimsa y Nour estaban por Europa, Jonay investigó cómo se habían transformado las redes de los intereses billonarios de las farmacéuticas. Un vecino de la eco aldea en White Lake tenía hepatitis crónica por hepatitis C. Estaba cansado, con marcada ictericia y había acudido a verle a Jonay una noche en la que comenzó a tener vómitos de sangre. Jonay reconoció signos de hipertensión portal causada por un hígado cirrótico, cicatrizado de tanta inflamación por ese virus. La medicación no la cubría su seguro y costaba cuarenta mil dólares por doce semanas de tratamiento. Unido a tests, ingresos, pruebas de imagen, biopsias y otros medicamentos, el seguro le pedía más de cien mil dólares por el tratamiento. Imposible de pagar. Ni para la mayoría de infectados en el mundo. La Hepatitis C ya causaba **medio** millón de fallecidos al año en el mundo y era la primera causa de muerte de pacientes con SIDA.

Aimsa se había dedicado durante los años noventa con pasión a la lucha contra las patentes que blindaban beneficios billonarios a las grandes corporaciones farmacéuticas. Tras dos décadas de lucha consiguió con la presión de muchas organizaciones de pacientes con SIDA, con la campaña de acceso a medicamentos tras el premio nobel de Médicos Sin Fronteras y junto a fuertes aliados como Erik, Anna, Helen, Thiru, Judit y otros, que con el pool de patentes de 2004 ya pudieran tratarse la mayor parte de pacientes con VIH del mundo con las combinaciones de antirretrovirales que inició David Ho en 1996, cuando Aimsa y Jonay acudieron a Vancouver. Pero la raíz de la avaricia volvía a brotar bloqueando el acceso, de quienes más lo necesitaban, a los tratamientos de nuevas enfermedades.

Mientras Aimsa representaba a la red y luchaba por parar el calentamiento global, Jonay se fue implicando en la lucha por el derecho a la salud en Estados Unidos, ahogado por el negocio de la industria médica y farmacéutica. Los esquemas de Aimsa con cientos de interrelaciones entre el gobierno, los bancos, las farmacéuticas, la industria militar, la agroindustria y las cuentas en Suiza seguían representando a un mundo que poco había cambiado a pesar de tanto sufrimiento que desveló el SIDA

de los pobres, sentenciado por los beneficios de los ricos.

Se enteró que las grandes farmacéuticas y sus inversores se reunían ese mes de enero en San Francisco para la conferencia anual "*J.P. Morgan Healthcare Conference*". Más claro imposible: un banco especulador auspiciando negocios de la salud. Tenía que saber qué ocurría allí dentro. Intentó inscribirse, pero además de tener un coste de diez mil dólares, sólo aceptaban a representantes de corporaciones farmacéuticas. Habló con Alin por si CIPLA asistiría, pero no se les permitía acceso, considerados "enemigos de los derechos de patente". Se lo contó a Rob en Berkeley pero no vio cómo podía ayudarle. Aimsa le escribió desde Europa un email a Marc, quien había sobrevivido treinta años al SIDA pero había ido desarrollando síntomas de hepatitis C crónica y se enfrentaba, treinta años después a los mismos muros del egoísmo frente a la vida. Marc consiguió entrar en un ensayo de Farmaset con voluntarios y había mejorado parcialmente. Durante el ensayo conoció a un farmacéutico homosexual, Greg, y habían pasado varias semanas de amor en su casa de San Francisco. Cuando recidivó la hepatitis y necesitaba más dosis, Greg no consiguió que la compañía le aceptara seguir tratando. Viendo a su amado Marc enfermar sintió profunda rabia. Poco después la compañía fue comprada por la Gidead de Rumsfeld y selló sus patentes a precios aún mayores. Consiguió "robar" dosis de "Sovaldo" que le traía a Marc. Sólo por ello se había quedado en la compañía, que consideraba inhumana en su política de patentes y precios. Cuando Marc le habló de la lucha de Aimsa en los 90 y ahora de Jonay, Greg le dejó usar su identidad para inscribirse en el congreso, pagado por Gilead.

JP Morgan Chase era una empresa financiera de más de dos siglos existencia. Ya al poco de fundarse se convirtió en la primera empresa del mundo en superar los mil millones de dólares de capital. Dos siglos después se había convertido, tras múltiples fusiones, en la más poderosa empresa de actividades usureras a nivel global. Especulaba con casi dos billones y medio de dólares, veinticinco veces más que toda la cooperación internacional. La banca especuladora sabía bien que el sector farmacéutico

era un gran mercado para sacar beneficios y especular con sus inversiones. El uno por diez mil, los banqueros especuladores y sus aliados las corporaciones farmacéuticas y agropquímicas, miraban con devoción como subía el *Nasdaq Biotechnology Index* en Wall Street, uno de los nichos más seguros de negocios para esa minoría que ganaba dinero sin el sudor de su frente, sólo con la adrenalina del casino financiero mundial. Jonay temía que la reunión anual de cuidados de salud auspiciada por JP Morgan, era una verdadera feria en la que se sacrificaba la vida humana con precios y beneficios billonarios.

La farmacéutica Gilead, la que dirigió el ex secretario de defensa Rumsfeld que bombardeó Irak e hizo allí, sobre la muerte de doscientos mil civiles, los grandes negocios de Halliburton con su amigo Cheney, vicepresidente de Bush hijo, seguía blindando sus beneficios billonarios a sus accionistas, con patentes que dejaban morir a cientos de miles de personas en el mundo.

Jonay investigó los principales accionistas de Gilead. Figuraban grupos de inversión, empresas de comunicación, farmacéuticas, industrias militares, agroindustria, petroleras y bancos. Todas eran, a su vez, accionistas de los grupos de inversión. Era una especie de espiral que constantemente se autoalimentaba y se lucraba mutuamente succionando el dinero, y la sangre, pensaba Jonay, de los más pobres. Lo más triste era que los marginados y parasitados por esos poderes oían sus noticias, aplaudían su caridad, consumían sus productos y votaban a quienes ese complejo poder económico y mediático les vendía como líderes hacia su libertad y progreso. David, el amigo ecuatoriano de Thanda que tras su tiempo de ministro de salud vivía en Cambridge-Massachussets, pasaba por San Francisco en esos días. Hastiado tanto por las intrigas de la política en su país como la connivencia de la academia en Estados Unidos con los grandes poderes económicos y el filantropocapitalismo, había decidido irse en bici bordeando el Pacífico desde Seattle hasta el hospital quechua donde se entregó con pasión de médico los años más auténticos, decía, de su vida. A última hora se unió en la larga expedición su hijo Nico, que pidió permiso en el High

School para ir con su padre a la "escuela de la vida", como decía Nour. Thanda le puso en contacto con Jonay con quien había establecido una honda complicidad en su lucha por el derecho de la salud en Estados Unidos. Por entonces el congreso ni siquiera pudo aprobar el "ObamaCare", una subvención encubierta al negocio privado de la salud a cambio de aumentar un poco la cobertura de aseguramiento y mantener la injusta fragmentación y desigualdades que se saldaban. Thanda lo había calculado en sus estudios de Berkeley y concluido en que casi un millón de vidas al año eran sacrificadas para mantener un negocio, sólo de las aseguradoras, de treinta mil millones de dólares. Cada treinta mil dólares de ganancias significaban una muerte injusta. Thanda y David habían sido invitados a un seminario de "Líderes de salud" en Salzburgo, donde habían conseguido conmocionar a la representante de la Fundación Johnson&Johnson, quien consiguió que le dieran una acreditación a David para el congreso de JP Morgan en San Francisco.

En el lujoso hotel *Westin San Francis* se celebró la conferencia, a la que acudieron cuarenta y cinco mil participantes, más que a la conferencia de París sobre el cambio climático. La conferencia anunciaba presentaciones de farmacéuticas auto alabándose para conseguir capital, espacios para hacer negocios y tratos entre inversores y negocios de medicamentos patentados que prometían jugosos beneficios. Se sazonaba con una "fiesta biotech" para la que se anunciaba sin pudor "con modelos en prietos shorts y vestidos" para "compensar la falta de mujeres en la ciudad (la meca de los gais) con ellas (las "modelos") dispuestas a "arrimarse" y celebrar con champagne" (los negocios "de sangre"). Jonay sentía náuseas al leer esos anuncios y al ver el ambiente de la conferencia, casi todos hombres en trajes y corbatas y bañados en caros perfumes. ¿Quizás hasta con feromonas? Había claramente una relación entre la testosterona y el afán competitivo y acaparador. Pensó que el mundo estaría mejor en manos de mujeres, quizás más conectadas espiritualmente con la Madre Tierra.

Una parte de la reunión estuvo dedicada a las terapias génicas, que seguían ofreciendo grandes oportunidades de negocio. De ello dio una conferencia

Jennifer Doudna, ahora en la junta directiva de Johnson&Johnson, con quien Aimsa había tenido conversaciones hacía unos años alertándola del negocio en el que se había ido metiendo. David conocía a otro conferenciante en esa sesión, Nick Leschly, director de "*Bluebird Bio*", basada a poca distancia de su casa en Cambridge, Massachussets, quien alentó a los inversores diciendo que los próximos cinco años serían los de mayor negocio para las terapias génicas.

En una de las discusiones sobre antivirales, Jonay se identificó con un nombre falso y una compañía que vio en un stand y preguntó al representante de Gilead por el precio inalcanzable para la mayoría de países e incluso de pacientes pobres en Estados de su medicamento, "*sofosbuvir*", de nombre comercial *Sovaldi*, contra la hepatitis C. El vicepresidente de la compañía, Gregg Alton bromeó diciendo que "tenía sesión en el gimnasio", ante las risas generalizadas en el auditorio. Jonay diagnosticó a la audiencia de insensibilidad generalizada. Tendría que haber excepciones para instigar el cambio.

Afuera del recinto de la conferencia se reunieron ONGs y activistas protestando por los precios altos de medicamentos y contra el privilegio de enriquecerse frente al derecho a la vida. Entonaban cantos, enseñaban pancartas y pusieron fotos con historias de personas fallecidas por no haber podido tratarse su enfermedad debido al alto precio de los medicamentos. Thanda y David se sintieron avergonzados de estar dentro y no fuera, a donde, en corazón, pertenecían. Querían actuar como infiltrados y sacar información para atacar ese gran negocio que durante tantos años había causado tanto sufrimiento y tantas muertes. Ante los gritos y cantos, Ron Cohen, director del grupo industrial BIO, dijo que era abominable el ataque contra aquellos que hacían avanzar el conocimiento para preservar la vida. Llamó a las protestas y los activistas una "perversión de la realidad".

En el último día Jonay fue más allá, haciéndole una pregunta en un plenario del evento al presidente de Gilead, John Milligan. Ocultó su tarjeta de identidad para el congreso.

- Señor Milligan. Nos preocupa qué pueden decirnos los activistas fuera de

esta conferencia. Gilead ha reportado beneficios de casi treinta mil millones de dólares por las ventas de Sovaldi después de haber comprado Farmaset, con ese y muchos otros medicamentos por once mil millones. Mientras tanto, han muerto al menos medio millón de pacientes en el mundo el año pasado por hepatitis C, que se podrían haber salvado con el medicamento, que otros descubrieron y ustedes fabrican a cien veces menos de coste que su precio. Hay al menos diez millones de pacientes en el mundo esperando esa medicación, de los que sólo un millón lo consigue y de ahí vienen sus beneficios. Ustedes ya han ganado veinte mil millones con este negocio. De hecho, sólo su sueldo en incentivos ha sido de 25 millones este año. ¿no cree que es momento de dejar de permitir más muertes? ¿Qué les podemos responder a esas organizaciones, pacientes y sus familias?

- ¿Se puede identificar por favor?

Jonay sintió fuerza para dejar de esconderse.

- Me llamo Jonay Harris. Me he infiltrado en la conferencia sin ser miembro de ninguna compañía farmacéutica ni grupo inversor. Durante muchos años sufrí como médico al ver en un hospital rural de Zimbabue miles de pacientes morir sin acceso al tratamiento. Vuelvo a ver que eso pasa con la hepatitis C aquí y en el mundo.

- Señor Harris, si no fuera por nuestro esfuerzo, la mayor parte de ese millón de pacientes tratados en todo el mundo habría muerto y sólo unos pocos se hubieran salvado con trasplantes de hígado mucho más costosos que nuestra medicación. En eso consiste la innovación y las reglas nobles del negocio, señor Harris, en poner precios por debajo de los competidores. Así es como progresa la Humanidad. En ello están basados los valores de libertad de nuestra gran nación.

En ese momento se acercaron varios guardias de seguridad para sacar a Jonay de la sala y mientras lo sacaban a la fuerza pudo oír a David, desde otro extremo de la sala, hacer otra pregunta:

- Yo me llamo David Chiriboga y he venido invitado por la Fundación Johnson & Johnson, pero hablo a título personal. Comparto la preocupación con el señor Harris. ¿Podrían asegurar los representantes de Merck y de

AbbVie, en el panel, que no acordarán precios con Gilead para sus nuevos medicamentos contra la hepatitis C?

Un murmullo corrió en la sala.

Los representantes rehusaron contestar. No habían filtrado al público que tenían sendos medicamentos contra la hepatitis C a punto de ser comercializados. David lo supo por Aimsa y sus amigos de Médicos Sin Fronteras.

La discusión fue grabada y se hizo viral en internet. El senador demócrata de Oregon, Ron Wyden, un amigo de Rob, les llamó esa noche a la casa de Marc, donde se estaban quedando. Jonay le dijo que Medicare había triplicado hasta siete mil millones su presupuesto, por los precios abusivos de Gilead. El senador publicó esos datos y alertó en unas declaraciones a Gilead sobre sus políticas abusivas de precios. En los meses siguientes, los nuevos medicamentos para la hepatitis bajaron ostensiblemente sus precios, con campañas de las otras farmacéuticas aprovechando la situación para declarar "*we care for people*" (nos preocupamos por la gente). Las acciones de Gilead cayeron un treinta por ciento en ese año, aunque siguieron teniendo grandes beneficios.

Jonay y David fueron expulsados del evento de JP Morgan, pero al día siguiente recibieron una llamada invitándoles al "StartUp Health Festival" donde una cien pequeñas empresas o grupos de jóvenes investigadores y estudiantes habían formado "startups". Jonay y David les dieron una charla esperando que no se convirtieran en gigantes obsesionados con los beneficios y olvidando a la gente.

Esa noche, Jonay llamó para saludar a Michael Gottlieb, el médico que describió por primera vez la enfermedad del SIDA, quien desde su trabajo en Los Ángeles le recomendó volver a hablar con David Ho, que estaba implicado en el desarrollo de nuevos antivirales. Aimsa y Jonay habían mantenido entrañable correspondencia desde su encuentro en Vancouver. David Ho había asistido al panel en el que intervinieron Jonay y David, y fueron expulsados del congreso.

- Jonay, veo que le has tomado bien el relevo a Aimsa.

- No creas, David. Es sólo temporal en esta lucha de la hepatitis. Ahora me gusta estar en la naturaleza y vivir lejos del ruido y las luchas. Casi sin consumir, y mucho menos competir. Creo que no consumir ni emitir carbono es el más claro acto revolucionario.

- Quiero compartir una semana contigo en White Lake. Estoy agotado de este "rat-race".

- Cuando quieras David.

- Mira, creo que es bueno que hablemos con Raymond Schinazi. Es amigo mío del tiempo en que colaboramos desarrollando antirretrovirales contra el SIDA. Él desarrolló el medicamento Sovaldi y fundó FarmaSet, que luego compró Gilead. Es uno de los mejores químicos orgánicos y sigue desarrollando tratamientos para las infecciones virales.

- Déjame comentarle esta oportuna reunión a Rob, ¿vale?

- Perfecto. Todos le respetamos mucho a Rob.

La cena se celebró en casa de Rob en Berkeley Hills, donde Aimsa inició su tiempo fuera de la India. Asistieron Jonay, su amigo David, David Ho y Raymond. Rob dijo que otro amigo, otro Ray, se incorporaría un poco más tarde.

Cada uno se fue presentando al grupo. Todos tenían historias fascinantes que contar. De orígenes de Taiwan, Egipto, Ecuador, California y Canarias, pasando por una docena de países cada uno y por caminos de la investigación en virología y en química, en la clínica, en la filosofía y la política.

Raymond nació en Egipto, en el seno de una familia sefardí. Su padre fue expulsado por Nasser y su política nacionalista después de la crisis del canal de Suez. Llegaron a España, el origen de los sefardíes, a principios de los 60 y encontró trabajo en la fábrica de Campofrío en Burgos. Paradojas de la vida, judíos en el negocio de los embutidos. Su familia le envió a Bath, en Inglaterra, para que estudiara Ciencias Químicas.

Jonay le preguntó:

- Raymond, David y yo hemos vivido en lugares y trabajado en ellos como médicos, donde durante mucho tiempo las personas morían por no poder,

ni los gobiernos ni ellas, pagar los altos precios de los medicamentos bajo patentes que vosotros habéis inventado. Antes eran los antiretrovirales contra el SIDA en los que tanto contribuyó David Ho, que tardaron muchos años en bajar los precios, y ahora el Sovaldi. Perdonadme que sea tan directo, desde mi experiencia desgarradora como médico en esos lugares: ¿Habéis visto morir a algún paciente en esa situación?

- No, Jonay. Pero sabemos del problema y nos preocupa. Entenderás que el fabricante tiene que recuperar los once mil millones de dólares que les costó comprar nuestra patente, además de financiar con medicamentos eficaces la investigación de otros que terminan no siéndolo, y, claro, obtener beneficios para sus accionistas. Sin eso, te lo aseguro, no habría recursos para investigaciones y para descubrir nuevos tratamientos.

Siguió preguntando David, esta vez dirigiéndose también a su tocayo David Ho:

-En tu caso David, siempre trabajaste en la investigación, y recibiste tus ingresos por esos trabajos, de los que luego se beneficiaron las empresas farmacéuticas que probaron y comercializaron tus moléculas. Tú Raymond, creaste tu empresa, FarmaSet, buscaste inversores, descubristeis la molécula contra el virus C y casi inmediatamente vendiste tu empresa a Gilead por once mil millones, cuatrocientos para ti por tus acciones. No sentís preocupación de cómo las corporaciones hacen exponenciales sus beneficios por altísimos precios, a cien veces más altos que el coste de producción. Spois conscientes que con ello impiden que la mayor parte de los enfermos que necesitan los medicamentos que colaborasteis a descubrir, no puedan beneficiarse, enfermen y en muchos casos mueran. ¿No os aturde ese pensamiento?

David Ho se quedó más pensativo. Ya lo habían hablado hacía veinte años en Vancouver. Raymond respondió asertivo:

- Miradlo del otro lado: si no hubiesen entrado nuestras investigaciones en el mundo de las inversiones, los grandes ensayos clínicos y la comercialización global, hoy ni siquiera estaríamos hablando aquí. Y no estaríamos hoy investigando más medicamentos para otros virus o contra

el cáncer. Mira el SIDA Jonay, que tanto sufriste en Zimbabue, sé que pasó demasiado tiempo hasta que bajaron los precios, pero hoy llega a casi todos los pacientes. Dudo mucho que, sin esas inversiones en equipos, pruebas, ensayos doble-ciego, sistemas de seguridad, ensayos masivos poblacionales, comercialización y negociación con países hubiéramos avanzado. Tendríamos sólo la penicilina y otros antibióticos derivados de plantas que empíricamente se demostraron útiles. Nada más.

Jonay sintió inquietud por tanta complacencia con el mercado injusto. Rob le miró como temiendo que fuera a contestar con severidad. Jonay le hizo un gesto de calma y le guiñó un ojo tranquilizándole.

- En toda circunstancia se puede ver el vaso medio lleno. Hasta en las guerras hay horas e incluso días sin bombas. Hay una alternativa al mercado de medicamentos que salvan vidas que ahora produce tan altos beneficios de unos pocos y la enfermedad y muerte, innecesaria, de muchos. No podemos ser complacientes ante un fallo o retraso que ha causado veinte millones de muertes en el SIDA y sigue causando casi medio millón cada año con la hepatitis C. Raymond, tu ganaste más de cuatrocientos millones, suficiente para pagar tratamientos a diez mil pacientes al coste de mercado o un millón de pacientes, todos los que están en riesgo vital en los próximos doce meses, al coste de producción: ¿no crees que es demasiado para una persona mientras miles de millones no tiene para sobrevivir y tener unas condiciones mínimas de vida digna? Nuestro amigo Thanda ha investigado con David el umbral de dignidad por debajo del cual se pierde esperanza de vida factible y sostenible para todos, y también el umbral de acaparamiento por encima del cual otros no tendrán lo suficiente y además no aumenta ni la felicidad ni la salud.

Raymond se sintió incómodo y se quedó callado mirando fijamente a Jonay, quien le aguantó, con una sonrisa, la mirada y prosiguió.

-Además Raymond, perdona que saque un tema delicado: nadie es imprescindible en el avance del conocimiento. Son docenas o cientos de investigadores los que unen sus diferentes contribuciones. Ha pasado con muchos medicamentos: muchos han contribuido, unos pocos los patentan

y una docena de compañías los comercializa, y un puñado de especuladores financieros amasa billones. En tu caso has recibido también protestas de investigadores que dijeron haber aportado al conocimiento.

Se quedaron callados. Jonay había tocado un tema sensible. Había una denuncia de **por** medio que se había convertido en una batalla entre Merck y Gilead, algo en el fondo bueno, dentro de la perversión del mercado, para que se ampliase la producción y la competencia, y bajaran los precios.

Rápidamente cambió de tema, necesitaba plantear una alternativa que les pudiera ilusionar a todos:

- ¿Conocéis el concepto de "bienes públicos globales"?

-

Vagamente. Respondió David Ho.

- Muy importante debatir esa idea.

Dijo Rob y tomó la palabra.

- Los Bienes Públicos Globales son avances del saber o nuevos productos, de los que se beneficia toda la humanidad y que por lo tanto deben ser coordinados más allá de países aislados o entidades privadas. Deben ser coordinados a nivel global. Y lo único que tenemos a nivel global, aunque deficiente, es a Naciones Unidas.

Raymond pareció interesarse por la idea e intervino.

- Os diré una cosa: en el fondo yo no quiero otra cosa que vivir en paz. Ya les di a mi hija buenas oportunidades y a su madre una fortuna por el divorcio. Os confesaré mi sueño: que las Naciones Unidas compren dosis de Sovaldi para los ciento cincuenta millones de personas infectadas, se traten y se pueda erradicar esa enfermedad y el sufrimiento que causaría para todas las generaciones venideras.

Jonay, como redimiéndose de haberle puesto contra las cuerdas a Raymond, llevó la discusión a la luz de la ilusión y las oportunidades del bien común.

- Raymond. Eso te hace grande. Lo más noble del ser humano es ayudar a los demás. A todos. Y tú puedes contribuir a ello sin necesidad del injusto mercado. Con cualquier descubrimiento que pueda ser de utilidad para curar una enfermedad o incluso salvar una vida, debe haber un sistema de coordinación global para asegurar que llegue a todos los que lo necesitan. Además, cuando son infecciones, como bien dices, la externalidad de tratarlo es positiva, al punto de que puede erradicarse completamente el daño. Eso es aportar al bienestar y felicidad ajena, de muchas generaciones.

- La fuerza mayor de la felicidad.

Dijo Rob.

- En contraste, fíjate Ray lo que supone el blindaje o "rapto" de una patente, como la de "tu" Sovaldi. A casi cincuenta mil dólares por tratamiento, el coste de tratar a todos los pacientes del mundo sería de más de siete millones de millones. ¿Y sabes cuál es el presupuesto de Naciones Unidas? De cinco mil millones: mil quinientas veces menos. Poniendo la mitad de su presupuesto en ello tendrían que esperar el ahorro o endeudarse por tres mil años. Pero tú, Raymond, y yo sabemos, que el precio de producción es de unos cien dólares por cada tratamiento. Tratar a todo el mundo costaría diez mil quinientos millones, aun así, el doble del presupuesto anual de las Naciones Unidas. Pero diez mil quinientos millones es un 0,01% del consumo global en un año, o un 0,5% del gasto militar anual, menos que el gasto contra la vida, en ejércitos, de un día.

- Jonay, quiero que me ayudes a ello. Sinceramente, me arrepiento de haber dejado en manos de Gilead algo que puede hacer tanto bien a tanta

gente, y a la Humanidad.

David intervino:

- Raymond, David, ayudadnos en una propuesta fuerte al secretario general de Naciones Unidas: cualquier avance vital para la Humanidad, debe ser de libre acceso: primero en plataformas de compartir el conocimiento, y luego en colaboración en producción y distribución global. La Humanidad en su dimensión generosa y solidaria tiene mucha fuerza para asignar hasta un cinco por ciento de su riqueza cada año en mantener buenos salarios y condiciones a científicos que trabajen por los bienes globales, que no se enriquezcan, pero tendrán sobre todo el orgullo y felicidad de aportar bienestar a toda la humanidad.

Brindaron por ello.

Rob sacó en ese momento un tema relacionado, en el que nadie había pensado:

- Amigos, hay algo que está pasando inadvertido y que va a influir en todo, la investigación, la tecnología, las decisiones económicas y políticas, y hasta nuestra forma de pensar y relacionarnos: es la "singularidad tecnológica". Todos quedaron pendientes de que Rob lo explicara:

- Se llama así al momento en que la inteligencia artificial será capaz de auto-mejorarse constantemente y superar la capacidad humana. Algo así como la evolución humana, pero a un ritmo miles de veces más rápido. Se teme que ello salga de la capacidad de control humano, que las máquinas pronto verían como imperfecto, hasta torpe. En lo que hacemos cada uno de almacenar memoria, analizar datos, inferir relaciones y plantear soluciones, la capacidad de nuestras computadoras personales es ya mucho mayor. Por un lado, sólo utilizamos un diez por ciento de nuestra capacidad cerebral, pero por otro, la tecnología de computación avanza

exponencialmente. Parece que estamos ahora mismo viviendo el momento de esa transición: la inteligencia artificial colectiva será pronto mayor que la de toda la Humanidad, que, además, como habéis demostrado antes en el debate, no es colaborativa sino competitiva, otra razón de gran ineficiencia. Poco a poco la tecnología dominará a la biología y se irá imponiendo una inteligencia no biológica de lo que ya llaman "posthumanos", aún con más capacidad invasora y depredadora que la raza humana hasta ahora.

Todos escuchaban con una mezcla de sorpresa y de vértigo.

- Veron, en los años 80, utilizó por primera vez el término y llegó a decir que, en ese momento, cuando la inteligencia artificial nos supere, la historia humana habrá alcanzado una transición intelectual tan impenetrable "como el espacio-tiempo anudado en el centro de un agujero negro". Dijo que "el mundo irá mucho más allá de nuestra comprensión". A pequeña escala ya empezó a haber una especie de "subcontratación" de nuestra capacidad de entender al introducir las calculadoras en las escuelas.

David, inquieto, preguntó:

- Pero dime Rob, ¿cuál es la capacidad de pensamiento binario de un cerebro humano?: en procesamiento y en memoria.

- Pues un cerebro adulto tiene unos cien mil millones de neuronas, más o menos el número medio de estrellas en una galaxia. Cada una de ellas tiene unas siete mil conexiones. Significan unos quinientos billones de conexiones diferentes, cada una de ellas con un significado especial. Nuestro cerebro es capaz de recibir y procesar unos treinta y cuatro mil millones de datos, binarios, por día, lo que equivale a unos cuatrocientos millones por segundo. Esa información se va almacenando hasta una capacidad máxima de diez a cien billones de bytes. Es decir, podríamos teóricamente almacenar, y en su momento evocar, todo lo recibido sensorialmente e integrado mentalmente, en ocho años. Con la edad tenemos que ir borrando datos y almacenando nuevos, seleccionando lo que no nos es útil, más pasado, y guardando lo más útil y más reciente. Pero una cosa es la información recibida y otra la información secundaria, es decir, la elaboración de

pensamientos. Cada día, por ejemplo, oímos unas diez o quince mil palabras, que en sí son "sólo" unos seiscientos kilobytes, pero cuando se unen entre sí en una frase y varias frases entre ellas, la complejidad es mucho mayor. Puede que recibamos al menos tanta información léxica del lenguaje como sensorial de los sentidos, lo cual reduciría a cuatro años la capacidad de almacenar lo que percibimos. Y además, generamos unos sesenta mil pensamientos diarios, aunque sólo expresamos una mínima parte a través de unas diez a veinte mil palabras, las mujeres el doble que los hombres. Lo que pensamos y lo que decimos puede que ocupe tanta información como todo lo recibido, lo cual sigue reduciendo la proporción que guardamos de todo lo percibido, entendido, pensado y expresado, a unos dos años. Fijaros, a los sesenta años de edad sólo guardamos en nuestra memoria un tres por ciento de lo vivido.

Jonay estaba fascinado por cómo Rob lo estaba explicando. Le encantaban los números, y Rob estaba esquematizando el cerebro humano en números binarios, comparables con las máquinas.

- Fascinante Rob, entonces, la selección de lo que percibimos, lo que entendemos, lo que pensamos y lo que expresamos es ya una pequeñísima parte de la realidad, que luego además filtramos a nuestra manera más y más. Podría decirse que nuestra percepción de la realidad es una proporción bajísima de la misma y en su mayor parte, más con el transcurso de la vida, una creación de nuestra voluntad o de nuestro subconsciente.

- Así es Jonay. Y piensa que una gran parte es en mensajes recibidos o pensamientos o expresiones abstractas, es decir, constructos de nuestra mente no reales. Realmente creamos nuestro propio universo, en menos de una millonésima parte igual que el de alguien que estuviera a nuestro lado toda la vida.

- Y encima pretendemos entender al otro y sacar conclusiones sobre sus actos o sentimientos. Arrogancia humana. Dijo David, quien preguntó :

- Y dínos, dijo David, ¿cuál sería la capacidad conjunta de toda la Humanidad?

- Pues, si se juntasen colaborativamente todos los cerebros humanos,

nuestra capacidad total de procesar datos sería de unos tres billones de bytes por segundo y la de almacenar datos sería de entre setenta y setecientos millones de billones de bytes, de terabytes.

- Nos has mareado Rob.

Dijo David.

Jonay, fascinado por ese análisis, preguntó :

- ¿Y cuál es la capacidad actual de todos los ordenadores en el mundo?

- Bueno, la capacidad total de procesamiento es de unos diez billones de bytes por segundo y la capacidad total de almacenado de memoria artificial es de unos ciento cincuenta millones de billones, pero se está doblando cada tres años, lo cual indica que ya estamos muy posiblemente sobrepasando la capacidad de almacenaje humana.

Raymond comenzaba a sentirse fascinado por la conexión entre investigación, bienes globales y la relación entre inteligencia artificial e inteligencia humana.

- Pero la clave es la colaboración, ¿no es así? La mayor parte de los humanos y de los ordenadores, estarán pronto conectados por internet. Leí que los datos activos que fluyen en internet, imposibles de almacenar en su totalidad, llegan a un billón de billones. Los humanos los usan en sus análisis, en sus relaciones, en sus decisiones. Los ordenadores se interconectan también en esa red global. ¿Quién dominará a quién?

Jonay tomó la palabra para expresar una reflexión:

- El simple hecho de que ya pasamos más de la mitad del tiempo de trabajo frente a una pantalla y casi igual proporción del tiempo de relación social no laboral, implica que somos dependientes de los ordenadores. ¿Como es esa relación de dependencia? ¿En qué medida nos dominan, es decir, deciden por nosotros?

Rob intervino.

- Progresivamente las decisiones del ordenador son automáticas, es decir, sin nuestro control: cuando se debe encender, reconfigurar, si es seguro compartir cierta información, cuales son las conclusiones de un análisis, como producir, consumir, ahorrar o invertir mejor y hasta que información

es de nuestro mayor interés. En teoría casi todo lo podemos nosotros decidir. Incluso el encenderlo o no. Pero hoy en día ya, en la sociedad-dependiente-del-comercio-global, la actividad laboral y económica que no sea la familiar y local, precisa del intercambio de información informática. Es decir, en el "mundo globalizado", las máquinas mandan, nos dominan. Pensamos que nosotros las dirigimos, pero cada vez menos pues cada vez las entendemos menos. Claro, hay jerarquías. Los sistemas de control de todos los sistemas de interconexión los dirigen unos pocos humanos y pueden dirigirlos hacia un pensamiento manipulado.

En ese momento David intervino:

- Yo creo que la clave es el objetivo y la colaboración. ¿Cuál es el objetivo de los ordenadores? Sólo pueden programarse para velocidad y eficiencia de operaciones hacia la dirección que les digamos los humanos, pues somos sus creadores y los utilizamos para nuestro bienestar, de momento, equivocadamente antropocéntrico, a mi entender. El problema es que una vez que por ejemplo el sistema informático de Google o de Facebook detecta patrones de gustos y de consumo, y analiza los datos globales y mercados, nos dirige hacia decisiones que cada vez inducen más nuestros deseos, pensamientos y vidas. Quizás incluso sentimientos. Recaban, sin nuestro permiso explícito, nuestra información de internet, personal, relacional, profesional, bancaria, médica e incluso por los móviles la de nuestra movilidad por GPS o incluso lo que decimos o vemos. Conectan luego esos datos con los poderes económicos y políticos, y el resultado es una manipulación muy poderosa. Ya es tan fuerte nuestra dependencia de esa información y tan efectiva la función de los ordenadores, que es su sistema de análisis, que se automejora, el que nos controla. El ejemplo de manipulación más claro es el de Cambridge Analytica, que veo como un peligro acuciante.

Todos habían oído hablar de esa compañía, pero no sabían los detalles. David había hecho una investigación que compartió:

- Un inglés llamado Nigel Oaks, hijo de nobles millonarios y de las élites que estudiaron en la escuela de Eton, tras dejar los estudios y vivir en una

discoteca ambulante, trabajó en "Saatchi & Saatchi", una de las compañías más poderosas de publicidad. Después fundó el instituto de dinámicas del comportamiento y luego los "laboratorios estratégicos de comunicación" en 1990, que se dedicaron a trabajar para los ejércitos británico y norteamericano en estrategias de guerra psicológica, en Irak y Afganistán. Fundó hace dos años "Cambridge Analytica" con Steve Banon y Robert Mercer, millonarios y especuladores de fondos de cobertura ("hedge funds") que han ido dominando los medios de comunicación y manipulación de la información y de la opinión. Se han dedicado a promover elecciones de gobiernos conservadores a través de "crear realidades y miedos" y transmitirlos por redes sociales en países de ingresos bajos. Están en este momento preparando la campaña para la salida del Reino Unido de la Unión Europea, y para la presidencia de Donald Trump para las elecciones de este noviembre.

Jonay recordó la tertulia dos años atrás con Aimsa, Julian, Edward y Noam:

- Las conexiones entre la política, que hoy más que nunca está en manos, e hipotecada, de los poderes económicos; la economía, en manos de la especulación financiera y su acceso a "big data", y los medios de comunicación, más bien de manipulación con objetivos económicos (publicidad) y políticos (propaganda), están interconectados. Mi compañera Aimsa y yo hemos intercambiado con Edward y Julian, quienes tienen que vivir escondidos por desvelar dichas intrigas del poder, y Noam, y hemos ido identificando grandes centros de poder y manipulación como Carlyle, seguro que conectado a Cambridge Analytica. Realmente la capacidad de la inteligencia artificial debiera utilizarse para automatizar análisis de datos y tomar decisiones de eficiente uso de los recursos hacia mayor bienestar humano y en armonía natural. Lo que me preocupa en realidad es la jerarquía de poder en la red humana, que es perversa en los objetivos de abuso, manipulación y acúmulo de unos pocos, y sumisión pasiva por los demás. La inteligencia artificial es inerte al miedo y al amor, y por lo tanto sólo se automejora, evoluciona, para mayor eficiencia en su lógica matemática. Si se dirige a un fin ético de armonía social y natural, será una

aliada. El problema es la red humana, rota en su equilibrio natural y social, y dominada por intereses perversos que dirigen las redes de información, comunicación, toma de decisiones y acceso a recursos. Y esos poderes van ya dominando la robotización de todos esos medios y dimensiones humanas, con un fin egoísta, corporativo, insensible al dolor natural y humano lejano e incluso próximo. Lo que dijo Vinge de la "etapa post-humana" no me preocupa por las máquinas sino por la perversión de la élite del poder.

En ese momento llegó a casa de David un hombre de unos setenta años que Rob presentó:

- Os presento a Raymond, Raymond Kurzweil. Ray fundó la universidad de la singularidad y ahora trabaja como director de ingeniería de Google.

La familia de Ray era judía y huyó de la Austria nazi a Nueva York. De familia de artistas, un tío era ingeniero de la empresa Bell y le introdujo en el mundo de los ordenadores. Muy parecida a la historia de Bill Gates y Steve Jobs, Ray creó su primer ordenador aún adolescente, en los años sesenta. Fue al MIT y allí asistió a charlas de Noam Chomsky sobre las derivas geopolíticas destructivas. Terminó sus estudios de computación y diseñó sistemas de reconocimiento de escritura y de voz,. Desarrolló sistemas de composición artística, musical y para ciegos, lo cual le permitió entablar amistad con Stevie Wonder, con quien diseñó sintetizadores de música. Siguió diseñando programas para formación médica. Fue pensando en el futuro y creó el fórum Mind-X. Propuso el concepto de las "máquinas espirituales", que evitarían la perversión, especulación y acúmulo del mundo financiero. Pero, sobre todo, Ray intentaba ver como el hombre podía, con ayuda de las máquinas, trascender a su realidad biológica.

Rob le introdujo al debate:

- Ray, nos hemos reunido a raíz de un dilema entre la injusticia que presentaron en el congreso de JP Morgan Jonay y David, con décadas de compromiso por la salud en comunidades con bajos recursos en Latinoamérica y África, y la visión de David Ho y Raymond, tu tocayo, de cómo las patentes permiten descubrir tratamientos para los virus que nos

acechan, como fue el SIDA y ahora la hepatitis C. De ahí nos habló Jonay del concepto de bienes globales y fuimos imaginando un futuro más armónico. Así que les hablé de la singularidad y la transición a una etapa robótica y como puede estar en equilibrio con la naturaleza biológica humana. ¡Faltabas tú!

- Un honor que me hayáis invitado. El futuro es fascinante. Yo firmemente creo que para el 2050 la tecnología enlentecerá el envejecimiento y finalmente podrá revertirse, sobre todo a través de la nanomedicina.

- No sé si estaremos aquí para verlo Ray, pero dínos, ¿cuándo crees que la inteligencia artificial superará nuestras capacidades cerebrales? Preguntó Rob.

- Quizás sabéis del test de Alan Turing, quien se suicidó tras su humillante condena por homosexualidad tras desvelar el código nazi. Ese test demuestra si un ordenador tiene los atributos de una mente humana como inteligencia, consciencia de sí mismo y emociones, es decir, sentimientos. Cuando sea así, su evolución de perfeccionamiento exponencial, millones de veces más rápida que la evolución humana, la hará inevitablemente, más inteligente y poderosa que la de un ser humano. Y pronto, a la vez que la edición génica y la nanomedicina extienden nuestras vidas en el tiempo, los implantes cibernéticos mejorarán en gran medida nuestras habilidades físicas y cognitivas y nos permitirán interactuar directamente con las máquinas como iguales.

Jonay, reaccionó:

- Gracias Ray. Puedo entender que los ordenadores tengan más memoria, mayor capacidad matemática y, en base a ello, más capacidad de argumentación lógica. ¿Pero cuál es su ética? Si en ellos se introduce el concepto de eficiencia y se establecen conexiones colaborativas, irán hacia modelos de relación gregarios entre ellos, como hicimos los humanos. Si la evolución de ordenadores expuestos a realidades diferentes crea capacidades diferentes y así identifican la asociación más fértil desde identidades distintas pero afines, buscarán esa especie de "complicidad de la amistad" y hasta "pasión en el amor". Quizás de ahí surjan hasta

“sentimientos”. Muy parecido a la evolución humana adaptándonos al ambiente, pero más rápida y perfecta. ¿Pero cuál será su razón, si no es la propia eficiencia, para sentir la empatía con los sentimientos ajenos, que es lo que más caracteriza a los humanos? ¿Sólo el egoísmo de la colaboración, es decir, el corporativismo? Creo que eso siempre nos diferenciará.

- Buen punto Jonay. Ese es precisamente el objetivo de la Universidad de la Singularidad, a la que os invito a asociaros. El de comprender y facilitar el desarrollo de tecnologías de avance exponencial y guiar estas herramientas para dirigir los grandes retos de la humanidad. Algo así como el Dios, quien fuera, que nos imbuyó a nosotros de bondad y de amor por los demás, aunque tengamos tantas imperfecciones en ello. Nos interesa mucho vuestra contribución en ello. Os propongo que creemos un foro sobre tecnología y los bienes globales.

- Gracias Ray. Tengo mis dudas sobre la ética de depender tanto de las máquinas que olvidemos trabajar, crear, amar, reproducirnos y dejar el paso a nuestros hijos envejeciendo y volviendo al bello y mágico ciclo de la naturaleza.

Jonay pensó en la relación de budismo y física cuántica de la que tanto habían hablado:

- En el fondo somos energía atrapada, en un lapso llamado vida, en espacio y tiempo. Y como energía confluimos, armonizamos, amamos, nos diluimos y dejamos paso a otras vidas volviendo a la energía sin tiempo ni espacio. El budismo ayuda a entenderlo. Los ordenadores sólo son materia estática, mineral, no orgánica. Desde su inmortalidad no viven en nuestra interfase energética. No trascienden a esta existencia. Son materia, aunque procesen energía, incluso cuántica dentro de poco.

Ray le miró con extrañeza. Estaba también obsesionado con la inmortalidad, primero por la química, luego la edición genética y luego la nanotecnología. Se quedó pensativo en si la inmortalidad a la que secretamente aspiraba, le convertiría en un robot sin capacidad de empatía, de sensibilidad por los sentimientos ajenos.

Quedaron en convocar a un debate global sobre “el futuro robótico y la

armonía humana” el siguiente año en la universidad de la singularidad y proponer un marco para dirigir al conocimiento y la técnica al bien común e intergeneracional.

David siguió su ruta con su hijo hacia el sur y Jonay se quedó por la costa oeste viajando en bici, visitando eco aldeas e inspirándose de sus saberes y de sus pasiones.

CXIX. Hermanos navegando la vida, Atlántico Norte junio 2016

Aimsa se quedó por Europa unos meses. Necesitaba empaparse de naturaleza, hundir las manos en los surcos de las huertas, ordeñar al amanecer, sentir el mojarse con la lluvia y el calor del verano, el cansancio de la cosecha y el premio del sudor noble con un poco de agua fresca.

En White Lake habían ido creando una linda comunidad rural pero constantemente tenía que estar conectada al ordenador y al teléfono móvil, con una vida de pantallas, sonidos y palabras que dejaba escapar, entre los dedos, la dulce, bella y auténtica realidad.

Se decidió a viajar sin tomar ninguna nota. Sólo hablar una vez en semana con Jonay y sentir, por empatía y por intuición, respuestas, desde la sencillez y la armonía natural, al mundo complejo y perverso, oscuro y frío con el que lidiaba cada día en las Naciones Unidas y las esferas de la política. Fernando le animó a que juntos surcaran en Satia los canales navegables y fueran visitando eco aldeas desde Havre hasta Marsella. Allí él seguiría la ruta hacia Eila. Un eco aldeano desde Eila, Jeremías, había asumido su puesto de coordinador, "servidor principal" como decía John, pero le escribía diciéndole que su liderazgo moral era necesario. Volvían a tener ataques de los terratenientes que abandonaron la isla sin propiedades. En Marsella se encontraría con Nour, quien atravesaba ya los Pirineos a caballo y le acompañaría en su travesía hasta Eila.

Arriaron las velas y bajaron el palo de Satia. Se propulsaban con un motor que Martín había construido conectándolo a dos placas solares y a un biodigestor de plancton que alimentaba otra turbina complementaria a vapor. Además, tenían acoplados dos puestos de pedalear que movían propulsores circulares en la popa. Pararon en las eco aldeas ribereñas del Alto Sena en La Mailleraye, Duclair, La Bouville, St Aubin-les-Ebeuf, Vernon, Mantes y Poissy antes de atravesar el Sena a su paso por Paris.

Moyes le puso a Aimsa y Fernando en contacto con Thomas Piketty a quien conoció en Londres y con quien mantenía contacto con su Instituto Internacional de Desigualdades. Atracaron al viejo barco de John, Satia, junto a una eco aldea de casas flotantes cerca del barrio latino y tras

reunirse con la comunidad que resistía el consumo enajenado a ambas orillas del Sena, fueron a visitar a Thomas en la Escuela de Economía. Piketty estaba en sus cuarenta. Su cabello aún sin canas, su rostro orondo, mirada pícaro y sonrisa amplia pero poco abierta, como en una mueca de no querer expresar todo o que sentía, les inspiró una inteligencia ingenua, provocadora y tenaz. Piketty les contó que había nacido en el suburbio parisino de Clichy, en los altos del Sena. Sus padres eran trotskistas y se movilizaron en el mayo de 1968 hasta que nació su hijo y se fueron aburguesando. Sensible a las ideas de justicia social de sus padres y conociendo los barrios de la Banlieu se interesó desde adolescente por entender la distribución y por ello estudió matemáticas y economía en París y luego hizo su tesis en la London School of Economics, donde Moyes le conoció. Se trasladó como profesor al MIT de Boston donde conoció a Chomsky y volvió luego a París desde donde dirigía la Escuela de Economía de París. A Aimsa y Fernando les gustó saber que había rechazado hacía poco "la legión de honor" del gobierno francés diciendo "que el gobierno no era quien para decir quién era honorable".

- Bon Jour, Aimsa, Fernando

- Gracias por la invitación, Thomas. Dijo Aimsa.

- He oído mucho de la red de eco aldeas y de la economía sin dinero ni propiedad en Eila. Quisiera saber más sobre ello.

- No ha sido fácil. Se trata de equilibrar el espacio individual, dándole peso a la creatividad y la responsabilidad, no la educación vertical y la competitividad hacia los privilegios, con el espacio de lo colectivo a través de la empatía, la propiedad colectiva y el apoyo mutuo. Pensamos que cuando las personas viven por encima del tamaño humano de doscientas, como mucho cuatrocientas personas, se diluye la empatía y la balanza favorece al individualismo y con él la propiedad privada, origen de la desigualdad.

- Interesante. Pensé que sería utópico, pero me dicen que ya son más de diez millones de personas en el mundo viviendo en eco aldeas. El problema es que el 99,9% de la humanidad vive conectada a la economía global que

concentra un agujero negro especulativo cuando el interés supera a la inflación. Necesitamos un impuesto global a la riqueza, no sólo a los ingresos.

- ¿Conoce a Thanda Garay? Es un aliado que está ahora en México y ha definido la ética de la equidad y los umbrales de su distribución, que permiten estimar una redistribución territorial y fiscal justa.

- Interesante, creo que he recibido mensajes suyos, le contactaré.

Fernando no se sentía tranquilo por el enfoque puramente económico.

- Thomas. He leído tu libro de "el capital en el siglo XXI". Tu análisis es numérico y la variable es el capital. Has descrito la acumulación progresiva de la riqueza, como hace Oxfam también. Pero hay algo, a mi entender, que tus estudios no tratan lo suficiente, que es esencial: los límites planetarios. Para cualquier modelo de distribución económica, el agotamiento de recursos naturales hipoteca la vida de las siguientes generaciones y de otras formas de vida. Has propuesto impuestos a las emisiones, pero seguiríamos destruyendo el planeta. Venimos de la Cumbre del Cambio Climático y hemos escuchado mucha retórica para que el sistema se perpetúe.

- No, pero una economía justa promoverá las energías limpias globalmente.

- ¿Como vuestra energía nuclear radioactiva? Con todo respeto, Thomas, sin una huella ética, de menos de una tonelada por persona y año, cualquier modelo económico será destructivo y creará inequidad inter-generacional. Necesitamos decrecer progresivamente y evolucionar hacia sociedades sin propiedades individuales, inspiradas por la bondad y la empatía. En Eila hemos demostrado que es posible.

Piketty se quedó pensativo.

- Algo así como ir ahogando al capital con impuesto por encima del umbral de acaparamiento que dice Thanda, hasta que la propiedad y el capital individual sean redundantes e inútiles. Pensaré en ello. Y quisiera visitar Eila.

- Cuando quieras Thomas. Sigue con fuerza tus ideas hacia un mundo más justo.

Siguieron ruta y paradas en Draveil, Melun y tomaron rumbo al sur por el canal de Loing parando en St Mammés, Rogny, Belleville, St-Satur, Varennes y Le Guetin siguiendo por el canal del Loira hacia Decize, Digoin, Ecuisses y Chagny antes de volver al bajo Sena y bajar ya sin paradas hasta Lyon, Valence, Avignon, Arles y el puerto de Marsella.

En Marsella, una comunidad de eco aldeanos les preparó una reunión fraternal junto a Pierre Rabhi. Pierre ya tenía casi ochenta años y una actitud y mirada que parecían brillar de humildad y bañar de ternura todo a su alrededor. Bajo y delgado, aquel campesino argelino ilustrado de frente ancha, ojos pequeños, mirada dulce y arrugas de tanto mirar con amor, rezumaba bondad. Aimsa sintió una fascinación parecida a la que sintió de niña por Sri. No en vano le llamaban a Pierre el "Ghandi francés".

- Fernando, que alegría conocerte. Eila es nuestra Itaca de Homero nuestra utopía de Moro, brilláis en el horizonte de los hombres sensibles y justos.

- Gracias Pierre. Simplemente intentamos vivir con el amor. Y una vez que fluye, no supone esfuerzo alguno ni merece ninguna reverencia. ¿Cuéntanos de tus ideas de los "oasis en todos los lugares"?

- Yo vivía en París y sentía la necesidad vital, existencial, de huir de la vida urbana y dedicarme a la agricultura. Fuimos parte del movimiento neo-rural en los años 60 y simplemente hemos vivido amando y aprendiendo de la tierra los últimos cincuenta años, Fernando. Me gusta la agricultura biodinámica y la cría de cabras. He viajado por los países más secos de este planeta, al norte y al sur del Sahara, y hemos demostrado que cuidando la tierra podemos crear oasis en cualquier lugar.

No necesitaban hablar más. Había una honda sintonía en las miradas, en la humildad, en la sonrisa y en la sencillez. Meditaron juntos sin religiones, sin propiedades, sin fronteras y sin verdades. Sólo sintiendo la profunda armonía de no ser uno, sino parte de todo.

Después de llegar a Francia con Fernando y Aimsa, Nour, lejana y escéptica de las instituciones y jerarquías desde su alma libre, se trazó un plan para visitar eco aldeas por Europa. Se había escrito a menudo con Daniela, la hija de Thanda, con quien sentía una misteriosa sensación de almas

gemelas. Además, compartían la pasión por los animales, en especial por los caballos. Cabalgaron juntas más de dos mil kilómetros de rutas entre eco aldeas hablando del cuidado y respeto de todos los animales.

Llegaron a la reunión de Marsella donde Daniela conoció a un joven sueco fascinado por las estrellas y poco después emprendieron ruta hacia el norte de Europa.

Nour y Aimsa pasaron unos días de profunda armonía comunitaria y con un poderoso amor entre madre e hija. Aimsa sentía vértigo ya la vez una extraña alegría sabiendo que Nour empezaba a volar y pasarían mucho tiempo sin verse.

Nour y Fernando siguieron navegando con Satia por la costa del Mediterráneo. Pararon en el delta del Ebro para ver a Anna, quien con otros amigos entrañables de Thanda y de Jonay, estaban planeando una eco aldea en torno a unas masías catalanas en el parque de Ports. Allí llegaron Adam y Unai desde la eco aldea de cooperantes. Sentían a Nour como una hermana. Hacía catorce años que no la veían, desde su bella infancia en Ukuzwana.

Adam y Unai habían lanzado con fuerza la eco aldea de cooperantes en Navalquejigo, entre Madrid y El Escorial. Allí vivían unos trescientos cooperantes que estaban de paso entre ir o volver de misiones lejos de sus hogares. Ese tiempo de transición entre lugares, culturas y universos emocionales en el que a menudo sólo encontraban empatía entre almas gemelas de la cooperación. Habían reconstruido cuarenta casas sencillas y en armonía con la naturaleza bajo la inspiración y guía de los saberes de arquitectura ecológica de Daniela. Un albergue de adobe y con formas circulares acogía a unos cuarenta en situación de estancias más cortas y para otros visitantes. Cada casa tenía una parte baja con una actividad de inmigrantes y refugiados en España. Había casas de comida, telares, terapias y artesanías de todo tipo y de todas las regiones del mundo. Tal y como soñaron, la casa consistorial en la plaza se convirtió en un foro comunitario y de reUniones con grupos que les visitaban, sobre todo escuelas de la región. La plaza de toros se rehabilitó como un ágora de

obras de teatro multiculturales que cada semana reunía a gentes de los pueblos aledaños. La iglesia, aún en reconstrucción, fue convirtiéndose en templo ecuménico, de encuentros espirituales y de meditación. En casi diez hectáreas hasta el lago prepararon campos de cereal, pastos para vacas, huertos y una viña. En el último foro de la eco aldea de los cooperantes se acordó, con representantes del congreso y del senado, aprobar el estatuto del cooperante cuyos primeros borradores habían escrito Thanda y los amigos ahora reunidos en la eco aldea de las masías de Ports, veinte años antes.

Al reencontrarse Adam y Unai con Nour sintieron una profunda felicidad y sentimiento de unión. Sus vidas habían estado separadas por los diferentes caminos y destinos de sus padres, pero había algo mágico en su unión: habían crecido con el espíritu valiente y solidario de Ukuzwana. De allí llevaban en sus almas la magia serena y profunda de Nolwasi, la intuición aguda y espiritual de la justicia de Aimsa, la perseverancia de servicio y empatía de Jonay, la valentía generosa del tío Haka, como la base de todo, la suave entrega y el testimonio de vida que trasciende, de Patxi. Esas combinaciones de valores impregnaron sus paseos a la espalda de Nolwasi y de Aimsa, sus primeros pasos por la misión, sus aventuras por los kraals y los kopjes y sus juegos con juguetes inventados de la naturaleza. Sentían admiración por sus hermanos mayores Joseph, Nothando, Thandiwe y Buhleve, y sus historias de valentía. Recordaban las tormentas eléctricas, los atardeceres rojos, la estrella del sur, la mezcla de culturas de África y de Europa y sus raíces comunes en India. Todo ello les hacía hermanos para la eternidad.

Nour ya tenía veinte años. Se había convertido en una mujer bellísima. Su cabello era rizado azabache y largo, que recogía a menudo en una trenza, sus ojos eran grandes como los de su madre y a la vez achinados como los de su padre, su mirar profundo e inquisidor a la vez que amable, la recta, suave y breve nariz llevaba a unos labios plenos y casi siempre sonrientes que daban sombra a una barbilla con un hondo surco medio, seña de los Harris. Era alta y atlética, sencilla y ágil, valiente y dispuesta a buscar cada

día aventuras y derrochar pasión en ellas.

Después de la fiesta de despedida en la eco aldea de los Ports, zarparon con Satia colmados de hortalizas, tubérculos y agua pura de las cumbres hacia el delta del Ebro, que los llevó, entre meandros, pantanos, arrozales y nubes de aves migratorias, incluidos pelícanos tan rojos como los atardeceres de Ukuzwana, hasta el mar mediterráneo. Adam y Unai vieron allí por primera vez el mar. Nada sabían de navegar a vela. Pronto fueron aprendiendo de Fernando y lo que a su vez él aprendió de su querido y anhelado amigo John, y de Nour, quien ya había cruzado dos veces el Atlántico. La primera noche de travesía el viento los bendijo de popa y llegaron al medio día siguiente al Cabo de San Antonio donde echaron ancla, admiraron los acantilados, bucearon y vieron las estrellas en una noche de entrañable cariño entre los hermanos y con el bueno de Fernando, como un abuelo para ellos rezumando el noble espíritu y tenacidad de John. Siguieron hasta Gibraltar por el mar de Alborán, serena y plateada. Tras dos días navegando las costas de Almería, Granada y Málaga recalaron en Gibraltar, esa gran roca de África incrustada en Europa, disputada por los poderes coloniales y por la que España reclamaba su derecho mientras decía que sus colonias de Ceuta y Melilla eran "casos diferentes". Absurdas fronteras, todas ella, pensaron.

Durante el paso por el estrecho de Gibraltar navegaron a casi quince nudos de velocidad gracias a los vientos que soplaban de Levante. Echaron ancla en la Isla de Tarifa donde Adam, Unai y Nour nadaron hasta la orilla y se mezclaron con surfistas que llegaban de todo el mundo a esa fiesta del viento y de las olas. Siguieron sin resistir la fuerte intención del viento que les puso rumbo al Sur de Portugal llegando al puerto de Portimao en la costa del Algarbe, cerca ya del Cabo de San Vicente, el extremo suroeste de Europa, fin del mundo para los europeos hace cinco siglos. Durmieron anclados cerca del Cabo reflexionando sobre los mágicos confines antes del mundo y ahora del universo, y de la propia mente humana, atrapada entre energía y materia.

Pusieron luego rumbo a Madeira, teniendo que sufrir olas atlánticas de seis metros. Adam y Unai, menos acostumbrados, no pararon de vomitar en todo el día. Fernando les dijo que ese tramo hasta Canarias, era el más difícil. Llegaron a la isla de Porto Santo tras varios días de fuerte oleaje, y todos, en especial Adam y Unai, sintieron tremendo alivio al pisar tierra firme. Continuaron singladura hasta Madeira y anclaron en la Marina de Funchal, para descansar un día y disfrutar de la bella ciudad. Allí Fernando buscó a la familia de su querido amigo Josu, tío marino de Patxi y quien le ayudó a rescatar a Kadijatu y Lisy hacía más de treinta años. John y Umbela le visitaron en sus dos vueltas al mundo navegando. Murió hacía ya veinte años. Su mujer Fátima tenía más de cien años y aún caminaba por las laderas de Ponta do Sol donde habían animado, con su hija Sozinha y su nieto, de un navegante que nunca volvió, una eco aldea que acogía a marineros que cruzaban el Atlántico con la fuerza de los alisios. El encuentro fue emocionante para Fernando, quien guardaba de Josu Beloqui una preciosa huella de amistad y valentía. Más dura fue la despedida de Fernando y Fátima, seguros de no volverse a ver. No pudieron hablar, solo abrazarse y mirarse largo tiempo con los ojos bañados por lágrimas de gratitud por el regalo de la amistad eterna.

Dejaron el puerto de Madeira donde estaba atracado el lujoso crucero Queen Elisabeth de más de trescientos metros de eslora y cinco mil ricos pasajeros que apenas les despeinaba la brisa del mar en sus lujosos camarotes, salones y piscinas a bordo. Satia frente a ese crucero, las eco aldeas frente a las ciudades, la armonía natural frente a la selva del petróleo, plástico y los humos. Vencerían. Seguro.

Con el símbolo de lo pequeño y bravo, llegaron a las Islas Salvajes, solitarias en el medio del Atlántico. En ellas sólo vivían tres habitantes, los guardas del Parque nacional y el farero. Anclaron y fueron a hablar con ellos. Tuvieron una larga tertulia con el Luizinho, el farero, quien llevaba atendiendo ese solitario lugar en el mundo más de cincuenta años. Luis había conocido a Josu, "el marinero vasco" y se emocionó de la historia del

rescate que le contó Fernando. Les dijo como a menudo el carguero de Josu, "Hope", había encontrado guía y refugio en su faro.

Luiz miraba con cierta precaución, como si de tanta soledad hubiera perdido confianza en los humanos. Tenía un pelo y barba largos, pero una espalda firme y erguida, se diría que de tanto mirar a lejanos horizontes. Fernando inició la conversación.

-Luiz, ¿cómo consigues estar tanto tiempo en soledad? ¿te entristece tu alma? ¿anhelas la compañía?

- Llevo cincuenta y dos años en este faro, Fernando. Al principio estaba yo sólo. Sin sustitución. Venía un barco de Madeira al mes y me traía alimentos y agua. En aquel tiempo recuerdo que intentaba "ocupar" el tiempo. Leí muchos libros y pintaba. Construí varias casas con piedras. Hice un inventario de ciento sesenta especies de aves, tres de ellas anidaban en la isla, el resto eran migratorias. Y empecé a escribir una historia. Pero pasado un tiempo no necesitaba hacerlo. Fui dejando la dependencia de mi "ruido mental" y lo sustituí por las serenas sensaciones del sol, el mar, el viento, los animales, hasta mi propio respirar.

- ¿Pero no echabas de menos el contacto humano?

- Si. Aunque yo era hijo único de madre soltera y tenía poca familia. Mi madre casó con otro hombre y tenían su vida. Mis amigos fueron llevando vidas diferentes. De vez en cuando paraban marinos, como vosotros hoy, y tenía lindas conversaciones, pero a casi ninguno de ellos los volvía a ver. Escribí esta novela: "el silencio que acompaña". Hablo de la paz del silencio. Os doy una copia.

- Gracias Luiz. ¿Y el abrazo y fusión con una mujer?

- Sí. Eso sí que anhelaba. Mi naturaleza lo buscaba. Y cuando ya llevaba diez años aquí y casi había olvidado el deseo sexual, llegó una mujer en el

barco de suministros mensuales. Hubo una atracción química muy fuerte. Ella convenció al gobierno en Madeira para abrir un parque nacional aquí y vino como guarda. Fue un tiempo bellissimo: ella en sus torretas del parque y contando flora y fauna; yo en mi faro y manteniendo el pequeño dique del puerto. Nos juntamos en un lindo hogar y fundimos nuestras almas.

- Al quedarse embarazada dio a luz en Madeira y ya se quedó allí mientras el niño crecía. Queríamos que jugara con otros niños. Conseguimos que mi puesto lo doblaran, con periodos de dos semanas aquí y dos de descanso, a cambio de encargarnos también del Parque. Así transcurrió mi vida, la mitad del tiempo en familia en Madeira, la mitad aquí, en mi mundo.

- ¿Y qué ocurrió después? ¿Ya no está aquí?

Su rostro se ensombreció.

- Murió de un ataque al corazón. No pude estar a su lado. Mi hijo emigró a Lisboa. Volví a mi soledad. Casi estaba más sólo cuando volvía a mi hogar vacío cada dos meses. Menos mal que encontré el afecto y empatía en la eco aldea de Ponta do Sol que Fátima y Sozinha impulsaron. Ahora Sozinha y yo estamos construyendo poco a poco bellos puentes de ternura.

Fernando, Adam, Unai y Nour siguieron la navegación emocionados por la profundidad del alma de Luiz.

Mientras tomaban rumbo en sur hacia Eila, Nour les leyó el poema con que iniciaba el libro de Luiz:

*Oigo ahora el silencio
siento su eternidad
Miro sólo hacia dentro
Veo la oscuridad*

*Bebo de la pura agua
El sabor de no saber
A mi piel tu piel le falta
Orfandad que me hace arder*

*No hay ninguna fragancia
Que me hable de otro ser
Todo respira ausencia
Suave desaparecer*

*En ese espacio vacío
Encuentro a la soledad
Esa dama del abismo
Que me abraza con piedad*

*Es con ella que ahora oigo
A mi alma respirar
Sólo así sólo soy yo
Y me veo sin mirar*

*Hasta siento que me besa
Con inefable pudor
Que su alma es mía y presa
De un inconfesable amor*

*En mi baile con la nada
La armonía el respirar
Voy sintiendo así su llama
En profundo meditar*

*Desde esa serena nada
Vuelven todos los sentidos
Duerme mi secreta hada
Yo y mi ser somos testigos*

*Desde la noble conciencia
Que en la nada hay virtud*

*Otro universo comienza
Que rebosa gratitud...*

Sintieron juntos el silencio en complicidad y el cariño callado. Se dejaron invadir por la inmensidad del océano, la música del viento, la sutil invitación del atardecer y el sentimiento de gratitud que les bañaba mientras les cubría el mágico manto estrellado de la noche

Dos días después llegaron al puerto del "corazón de Eila", antes San Sebastián de La Gomera. Sintieron una profunda emoción al ver como una treintena de veleros habían salido a recibirles y hacían sonar grandes caracolas como bienvenida. Al echar amarras en el puerto salieron a su encuentro unas trescientas personas venidas del corazón y de varias eco aldeas, sobre todo de la ternura. La primera en abrazar a Fernando fue Umbela.

En tan sólo seis meses Fernando notó el paso del tiempo en ella. Umbela ya tenía casi ochenta años. Al ver su cabello plateando recogido en el pañuelo azul de Aimsa, sus ojos de miel, su mirada de inmensa ternura, su sonrisa suave y digna y sus brazos abiertos a su compañero del alma, Fernando sintió que volvía a casa. Ya no necesitaba más viajes. Los atardeceres que quedaran los quería pasar con la compañera más dulce y tierna, que lo fue de su amigo del alma, y que ahora alumbraba sus días y cobijaba sus noches. Cada una, una eternidad.

Luego Umbela abrazó con profundo amor a Nour, primero con sus brazos y su cuerpo, y luego con el abrazo de cabeza que se había extendido por las eco aldeas de todo el mundo. No se veían desde que los acompañaron en la campaña por Eila, cuando su abuelo John vivía. También se abrazó a Adam y Unai, a quien no veía desde su visita a Ukuzwana cuando cambió el siglo, y

eran unos niños pequeños. Umbela no podía hablar por tanta emoción. Simplemente y de la mano de Nour, caminaron hasta una piedra en la plaza del abrazo de Leila, con las palabras del canto de Jonay a la marcha de John, entre muchos otros mensajes de todo el mundo. Se hizo un círculo entre los cientos de eco aldeanos que habían venido a recibir, tras sus navegaciones por el mundo, a su líder, sucesor de John. Empezaron a cantar "Faltaran estrellas...". Se fueron dando las manos y caminando todos hacia un árbol que había en el centro de la plaza, el abrazo de Eila. Era un árbol calcinado por el incendio que arrasó la isla cuatro años antes. Una sabina retorcida por el viento y calcinada por las llamas. Había algo milagroso en ella: había crecido un brote verde en su tronco. Era el símbolo de la esperanza de Eila. El reflejo de que, en tan sólo cuatro años, los "Eileños" habían sembrado ya más de diez millones de árboles. Ya comenzaban a devolver a la isla su verde ancestral.

Adam y Unai se quedaron maravillados con el ambiente de ternura y empatías por las calles, plazas, eco aldeas, huertas y caminos por la isla. Mientras Nour pasaba una semana de profundo amor, complicidad e inspiración con su abuela Umbela, ellos vararon a Satia y limpiaron cada tabla lijando y cubriéndolo de resina de brezo y pino canario. Repararon tablas dañadas, cosieron algunos rasgados de las velas, reforzando la cabuyería y revisaron el motor solar al que cambiaron algunas piezas del rotor. Rebobinaron el electroimán y repararon una parte del estator diseñando y fabricando con precisión con la impresora 3D comunitaria en la comunidad de la ternura.

Al atardecer Unai le guiaba a Adam a escalar los roques y ver los horizontes. Ya no para ver si venía Nour como en Ukuzwana, sino para ver los horizontes a donde navegar con ella. El último día escalaron el gran roque de Agando.

Desde su cima vieron los valles de la isla, desde Arguamul y su eco aldea de la valentía hasta el Cabrito y la eco aldea de la ternura. Divisaron al Este el Teide y vieron esconderse el sol tras su cumbre nevada. Divisaron al este las islas de la Palma y de El Hierro, cual inmensos barcos a la deriva del tiempo eterno.

Cuando terminaron de reparar y preparar a Satia para otra singladura atravesando el Atlántico, listos para levantar amarras, la eco aldea de la ternura les brindó una reunión de despedida. Bajo las estrellas se reunieron en la casa común a contar historias, cantar poemas y abrazar sus almas. Los eco aldeanos "ternureros" les entregaron verduras, legumbres, frutos, bolas de gofio con miel y agua pura de las cumbres.

Adam se fijó en una joven que irradiaba una luz que le deslumbró sus sentidos. Se llamaba Cassandra y tenía orígenes vikingos, como los náufragos que hacia mil años habían naufragado en las costas canarias y se cruzaron con las poblaciones bereberes que habían llegado en cayucos hasta Lanzarote y de allí fueron saltando, y a menudo ahogándose, de isla en isla hasta la Gomera, ahora Eila. Había, por ello, una cierta similitud entre los rasgos de guanches con cabelleras castañas o rubias, tez tostada curtida por el sol y ojos azules, y los de aquella mujer que deslumbraba la vista y el alma de Adam y quien se preguntaba "¿qué hay en nuestra naturaleza que una mágica conjugación de sensaciones en una milésima de segundo puede estremecer cada átomo de nuestro cuerpo y cada quantum de energía atrapado en él?".

Adam sentía que Cassandra tenía una mirada limpia y pura, una sonrisa leve y franca, un bello cabello rubio y lacio que caía como las cascadas que habían visto en el valle de Hermigua y dejaba en esa noche estrellada de verano

frente al Atlántico sombras que paseaban por su rostro de nieve y una bella figura ágil y a la vez sensual. Le inspiraba fuerza en aventuras y ternura en el abrazo. Adam tuvo que disimular su fascinación y esperó un momento fuera del grupo para acercarse a ella mientras paseaba por la orilla.

- ¿Hola? Discúlpame, estoy un poco confuso. ¿Te puedo hacer una pregunta?

- Claro, dime, "forastero".

Con una sonrisa y mirada inquisidora quiso hacerle ver que no sabía ni su nombre ni sus intenciones. Adam contestó disfrutando de su rol de forastero anónimo, que seguro acabaría en unos minutos.

- Mi pregunta es: ¿sabe usted, su alteza valquiria, quien se ha podido dejar abiertas las puertas del cielo? Descuidados sus guardianes, han dejado volar a un ángel y posarse sobre esta bella aldea.

- No he visto a ese ángel, caballero, nadie alrededor tiene alas y una túnica blanca y levita sobre estas rocas de lava en el océano.

- Oh, quizás no sabe usted que los ángeles tienen muchas formas. La que usted dice es sólo, una cuando se visten de fiesta y danzan sobre las nubes. Pero hay muchas más. A veces, sólo a veces, en islas libres durante noches mágicas, aparecen ángeles que tienen bellos y ágiles cuerpos, rostros de pura luz de nieve, cabellos de oro que bailan con el viento y miradas que hacen rendirse a algunos forasteros que se atreven a preguntar.

Mientras así le hablaba, se miraron bajo las estrellas y arrullados por las olas se abrazaron con la magia que nadie puede explicar ni ninguna fuerza puede

parar.

- Me llamo Cassandra, me llaman Cassie.

- Me llamo Adam, me llaman Adam. ¿De dónde nace tu belleza?

-Vengo de los fiordos de Noruega y los lagos escoceses, pasando por los valles de Suiza y los hayedos de Luxemburgo. ¿Y tú, Adam? Discúlpeme, debí preguntarle: ya que nos hemos abrazado, ¿puedo llamarle de tú?

- Te diré, Cassie. O "casi, te diré": Vengo de las colinas verdes vascas y de las arenas del Kalahari, deseando mestizarme cada día con la magia de todos los lugares que los caminos me muestren.

Con un beso de caballero en el dorso de su mano se despidió y le deseó que las estrellas rociaran sus sueños de magia.

Al día siguiente zarparon hacia el este. Nour se despidió de Umbela disimulando el desgarró de la despedida de quien se sabe en su lento declinar. Parte del corazón de Adam quedó varado en Eila. Unai quedó conectado con las cumbres de la isla y entendió la magia que trajo Jonay a Ukuzwana y que ya era parte de sus almas.

Navegaban los tres hermanos unidos y mecidos por los vientos alisios que les impulsaron con fuerza los primeros días. Se repartieron las ocho horas diarias de guardia, la preparación de las comidas, las reparaciones de a bordo, las maniobras en el aparejo con las velas y los cálculos astronómicos.

El día trece de agosto, durante la lluvia de estrellas fugaces conocida como la noche de San Lorenzo, mientras miraban maravillados el grandioso espectáculo del cielo estrellado en alta mar, cruzaron el Trópico de Cáncer. Fue aminando el viento y durante varios días navegaron sobre una mar plana como un espejo. Decidieron echar anclas y bucear en el medio de tan grandiosa y serena belleza. Como deseando ser invitados a la celebración por la vida, se acercó un grupo de delfines y oyeron el resoplar de una ballena.

Siguieron navegando con alisios del nordeste y del este en la popa, con la vela mayor recogida y envergadas dos génovas atangonadas en la proa, uno por cada banda. Llegaron después días de bravo oleaje y vientos racheados de proa que tuvieron que enfrentar con la vela mayor izada y firme enfrentando las fuerzas opuestas al horizonte, como a menudo en la vida.

A finales de agosto llegaron al puerto de Trinidad, en Cuba, donde les esperaban Buhleve, Elías y Lisy, la isla que resistía digna y rebelde a las garras del Imperio.

CXX. Vuelve la siempre fiel soledad, México, diciembre 2016.

La vida de Thanda en México transcurrió entre la pasión por seguir descubriendo “un país infinito en paisajes y paisanajes”, por intentar verter en el trabajo su compromiso por la justicia social y la armonía natural y por dar de su alma y su amor sincero y profundo a Nayra.

Deseaba sentir un hogar, tanto tiempo anhelado, quizás desde su ilusión en la remota misión de Ukuzwana, donde sus sueños de unión en familia en el amor y para el amor a los demás, pronto fueron truncados. Sentía que aún recogía los pedacitos de aquellos sueños rotos y los guardaba con devoción. Los había puesto en su novela “Valentía y Ternura”, que empezó a difundirse por muchos países y ganó un humilde concurso de una editorial en España, pudiendo, así, publicarse. Sentía que ese regalo de su alma sincera al mundo, era su mayor acto de generosidad. Siguió guardando los pedazos de sueños rotos para algún día seguir con “Ternura y Valentía”.

México se revelaba en cada esquina y momento con la dulzura de sus gentes, los brillantes y a la vez cálidos colores, las fragancias de la naturaleza y de los puestos de comida en cada esquina y el festival de sabores de su infinita cultura culinaria, con, entre otros “platillos”, más de mil tipos de tamales. A la vez, el alma de aquel mágico país, estaba como secuestrada por tinieblas de profundas contradicciones. Thanda sentía que México vivía en un limbo entre el paraíso y el infierno, el amor y la violencia, lo eterno y lo inmediato, independencias realistas, revoluciones interesadas, laicismo católico, internacionalismo sumiso al imperio. Prevalcían sistemas casi medievales de culto al poder con discursos revolucionarios de un alma, quizás ahogada por los fantasmas del pasado, que en su profundidad era anarquista y libertaria, como, así creía Thanda, eran todas las almas en su profundidad más plena.

El libro de su análisis de la equidad en salud y su propuesta de la fuerza de medir la “carga de inequidad” como barómetro y brújula de justicia social fue

apreciado en Costa Rica, el país que sin acaparar recursos ni agotar la naturaleza, tenía mejor nivel de bienestar. Un país al que Thanda apreciaba por renunciar a tener ejército, prohibir la caza y los circos, cuidar de la riqueza de su naturaleza y ofrecer servicios médicos universales poniendo coto al "mercado de la salud" que desde Estados Unidos impregnaba todo el continente de sistemas fragmentados con caridad para los pobres, cuidados para los asalariados y lujos para los ricos. Fue invitado por el nuevo gobierno a presentar su estudio y la prensa nacional le dio su versión más sensacionalista: "Costa Rica tiene la mejor salud del mundo". Se creó un comité para preparar la creación de un Instituto Internacional de la Equidad y se publicó su libro "la fuerza transformacional de la equidad en salud" en español y en inglés, distribuyéndolo en todas las bibliotecas, universidades y centros de salud del país. Dirigía entonces la entidad más antigua del continente que cuidaba del servicio universal de la salud y las pensiones, la "caja del seguro", Rocio, una mujer de coraje inquebrantable y bellos rasgos nativos, que se convirtió en fiel aliada de la "causa de la equidad".

Aplicando los conceptos y análisis de equidad, Thanda demostró como más de la mitad de los mexicanos vivían por debajo del umbral de dignidad, condenados a vidas sin salud plena y a muertes prematuras. Lanzó un programa de "cohesión social" que intentaba, con la ayuda de valientes luchadores las leyes de justicia fiscal, de defensa de derechos de mujeres, de niños, de personas mayores, de pueblos indígenas y de migrantes, aumentar la transparencia de leyes, servicios y finanzas públicas. Consiguió que se incluyeran actividades de enseñanza a comunidades huicholes en el bajo potosino o zapotecas de los valles de Oaxaca. El conocimiento era la llave de la libertad y de la justicia, pensaba Thanda. Por ello intentó su candidatura en el partido X y lo aplicaba en su trabajo. Las comunidades marginadas podrían así interpelar mejor al gobierno en sus cuentas y estar alerta a los abusos del

poder. Le apoyó un abogado de Guanajuato, José Manuel, con una integridad, inteligencia, humildad y compromiso que le animaron a Thanda a tener más esperanza y más fuerza en la lucha mientras se fraguaba entre ellos una profunda amistad y complicidad.

Colaboró también con sus amigos del alma Anna, Cristina, Sergio, David y otros en proyectos de equidad en salud y en debates hacia un sistema nacional de vigilancia de la equidad en México y también en Costa Rica, el Salvador, en el Sistema de Integración de Centroamérica, en Colombia y en Uruguay. Pero, a pesar de sus empeños, siempre acababan midiendo "desigualdades aisladas", como hacía la Organización Mundial y la Panamericana de la Salud y como reportaban los informes de Oxfam. En una reunión sobre un informe de Oxfam sobre la pobreza en México, insistió, ante su buen amigo Ricardo, artífice de los informes de desigualdad extrema que publicaban cada año ante la reunión de poderosos en Davos:

-Ricardo, midiendo y señalando desigualdades extremas, como bien haceis, se definen arbitrariamente, por el poder, extremos de pobreza, y se mitigan por caridad. Mientras que, definiendo umbrales de dignidad y de acúmulo, que es como se puede medir la equidad, se imponen por ética sistemas de redistribución justa y se garantiza un espacio de equidad compatible con los derechos.

Thanda pensaba para sí que seguiría insistiendo toda su vida. Sabía que los sistemas capitalistas de mercado libre no estaban preparados para oír hablar del límite del acaparamiento. Era como para un cristiano decirle que el infierno está vacío, a un musulmán que el paraíso es para todos, a un carnicero que se hiciera vegano o a un banquero que renunciara a la propiedad.

La mitad de los mexicanos vivían de buscar cada día en las calles y las plazas, los campos y los caminos, las minas y las maquilas, unos pocos pesos para apenas sobrevivir. En ausencia de un salario el gobierno sólo se acordaba de

ellos para lanzarles unas limosnas en forma del nimio seguro popular, una educación sin medios, una pensión simbólica y programas de "transferencias condicionadas", iniciadas por el banco interamericano de desarrollo. Ese banco, que dominaba muchos gobiernos en el continente, fue fundado con la excusa de "luchar contra la pobreza en Latinoamérica" con capital de Estados Unidos, Europa y luego China. Sus préstamos implicaban derechos de suministros, privilegios comerciales y exoneraciones fiscales a sus corporaciones. Fue creciendo así la desigualdad entre una minoría rica y dominante, una estrecha clase media y una mayoría dependiente de la caridad y de las "transferencias condicionadas" a vacunarse, ir a la escuela, o, de forma menos explícita, a votar por los poderosos que seguían manteniendo las salvajes leyes del mercado, la verdadera fábrica de la injusticia y de la destrucción natural. En la "dictadura perfecta" mexicana, la secretaria de desarrollo, Sedesol, se destinaba a programar ayudas a cambio, a veces descarado, de votos. Como en La Gomera de los caciques, pero a grandísima escala.

No sólo la economía jugaba en contra de la gran mayoría, también el agua que bebían, los alimentos que comían y el aire que respiraban. La influencia del norte militar y tóxico había ido envenenando los cuerpos de los mexicanos quienes bebían más bebidas azucaradas que cualquier otro país, hasta doscientos litros al año por persona de colas y otros sabores artificiales mezclados con altísimas concentraciones de azúcar cuidadosamente diseñados para causar adicción. México tenía, por ello, las más altas tasas de diabetes.

Profundamente preocupado por tanto sufrimiento, que vio directamente en comunidades pobres por todo el país, Thanda profundizó en las cifras de aquella ecuación mortal. Demostró, mediante un cuidadoso análisis de "riesgo atribuible", que las muertes provocadas lentamente por las bebidas

azucaradas, más frecuentes y más precoces cuanto más pobres eran las personas, superaban las cien mil al año. Suponían más que todas las muertes y desapariciones en su otro triste record de la violencia. Abogó por un impuesto al azúcar que financiase a su vez campañas de educación nutricional. Contribuyó a que se gravase con un peso por litro de esas bebidas tóxicas, pero ni con más precio ni más campañas bajó el consumo tóxico en los más pobres. Había más acceso a la Coca-Cola, veneno de lento efecto, que, al agua, el elixir de la vida. Empezó así por entender la vida en México desde su misma base. El hombre se alejaba de la armonía con la madre tierra. Cuando sí bebía agua en lugar de bebidas tóxicas, a menudo estaba contaminada con plomo, mercurio y otros metales pesados emanados de las explotaciones mineras, inmensas heridas en la piel de Pachamama.

En sus viajes cada mes a Oaxaca para impulsar las ideas y proyectos de mayor cohesión, es decir, justicia social, supo del drama de los campesinos zapotecos por el agua para sus campos y sus vidas. El gobierno desecó las ciénagas de los valles centrales de Oaxaca, expandió las áreas de cultivo y así se fueron secando los pozos. Ello llevó a una grave sequía diez años antes. Mostrando hipócrita preocupación por la sequía, el gobierno impuso un "Decreto de Veda" que exigía a los campesinos un título de concesión para poder tener acceso a agua y a electricidad, poniéndoles precios altos a ambos consumos, inasequibles para las comunidades indígenas. Pasaron hambre y pensaron en dejar las tierras secas y emigrar como mendigos a la ciudad. Pero se organizaron como "Sembradores de Agua". Construyeron retenes, ollas y pozos de absorción para la captación de agua de lluvia, lograron recuperar el nivel del agua subterránea de la región y volver a cultivar. Se organizaron para protestar contra la veda del gobierno demostrando que ellos en comunidad conseguían la gestión sostenible del agua, mucho mejor que con la intromisión del gobierno.

Además, las aguas empezaban a tener signos de toxicidad conforme Oaxaca se fue llenando de explotaciones mineras que el gobierno concedía a empresas extranjeras, sobre todo canadienses. La oposición de las comunidades a que sus tierras fueran desgarradas por minas, envenenadas con tóxicos y secadas de nuevo sus pozos, tuvo la respuesta de varios asesinatos de líderes indígenas. Thanda se unió a ellos en las protestas y recibió amenazas anónimas en su teléfono móvil. Apoyó a integrantes de los pueblos chatino, chontal, cuicateco, ikoots, mixe, mixteco, zapoteco y mestizo a presentar más de veinte casos de violaciones a los derechos humanos en el estado. Exigieron la cancelación y derogación de la Ley Minera que permitía expolios de tierras y su naturaleza, y permitía a las gigantes empresas mineras agotar sin coto y envenenar sin leyes, sus aguas. Listaron más de cuarenta proyectos mineros en Oaxaca a cargo de empresas mexicanas y transnacionales con más de trescientas concesiones y medio millón de hectáreas entregadas a sus excavadoras, dinamitas y venenos.

Era importante devolver la gestión de las tierras a las comunidades. En manos del Estado se vendía por corrupción al mejor postor. Se permitían así los más crueles daños a la naturaleza. Era bien sabida la violencia directa o por mercenarios a sueldo contra quien quisiese denunciar o interponerse entre la ambición y los inmensos beneficios para unos pocos. Thanda pensó que la clave estaba en el alma de la truncada revolución mexicana: el ejido. Desde 1915 la ley agraria protegía al ejido como un terreno colectivo, indiviso y sin posibilidad de venderse o heredarse. Su origen databa de las tierras comunales de los pueblos precolombinos, para los que era inconcebible la "propiedad privada sobre la naturaleza".

Cien años después de la reforma agraria tras la revolución, alrededor de la mitad de las tierras en México eran ejidos en propiedad colectiva. Pero poco a poco iba imponiéndose el concepto de propiedad privada en todo, también en

la tierra. En 1992, para unos los quinientos años del descubrimiento y para otros del genocidio, se reformó la Constitución mexicana argumentando a favor de la titulación parcelaria de las tierras para garantizar "el derecho de seguridad jurídica de la tenencia de la tierra". Thanda recordaba el concepto de "derecho sagrado" que desde los años sesenta la Iglesia Católica otorgaba a la propiedad individual. El Estado hacía un censo de los ejidatarios, delimitaba la superficie general del ejido, se hacía un plan general; se dividía en ejido en parcelas y se les entregaba a los ejidatarios su "certificado de derecho parcelario" de forma que individualmente se veían tentados de reclamar "sus tierras". De esa manera el Estado cobraba impuestos y las mineras podían negociar con cada propietario. "Divide y vencerás". Otra vez más.

Thanda sentía a menudo la impotencia ante tanta injusticia: la tierra iba cayendo en manos de mineras que contaminaban las aguas que intoxicaban a campesinos-ya-sin-tierras. Despojados de su sagrado vínculo a la naturaleza acababan trabajando en las maquilas para comprar luego qué comer de la agroindustria tóxica. Envenenaban así sus cuerpos, que recibían cuidados marginales y subsidios míseros en la beneficencia del sistema, el cual a cambio les pedía el voto para seguir concentrando más y más poder y dinero en pocas manos. Esas manos acaparadoras ofrecían, como el hombre más rico de México, Carlos Slim, su filantropía-desde-sus-lujos, bien adobada con misa diaria.

El amigo de Thanda y obispo rebelde Raúl Vera lo sabía muy bien y pudo alertarle al Papa Francisco en su visita a México. La Iglesia bendecía ese sistema y daba la sagrada comunión a sus fervorosos jefes. Algunos de los campesinos sin tierras sí conseguían un empleo con "salario". Thanda pensaba como "la sal del salario" eran ahora las tarjetas de crédito. Con dichos salarios

“hipotecaban” sus vidas en las ciudades comprando casa y las “necesidades” que imponía el mercado y sus aliados manipuladores de los medios y redes. Entraban así en la rueda de trabajar para consumir y pagar deudas, consumiendo lo que no conocían y, si podían, ahorrando en los fondos de especulación global que no entendían. Sus vidas se convertían en contribución pasiva e inconsciente al poder. Un poder cada vez más oscuro, más difuso, como un magma del cual ya eran parte sin saber ni cómo fue ni cómo escapar de ello.

Lo que el sistema de la “dictadura perfecta” no podía controlar eran las mafias que vendían otros tóxicos, pero esta vez del sur al norte y de forma ilegal. Así la cocaína de las selvas de Colombia y el opio de las amapolas de los montes de Guerrero encontraban la ruta inversa hacia el norte y se lucraban del mercado de la sociedad del consumo del norte que buscaba enajenarse del rat-race. Los privilegiados con cocaína en fiestas selectas, los marginados en el norte con heroína en callejones oscuros. Así medraba el narcotráfico y atraía a una parte de los niños y jóvenes mexicanos que veían en los narcos, su épica exaltada en películas y canciones, el camino a sus sueños. Ante el poder de los narcos y su resistencia a cualquier control, el sistema entraba en connivencia y se repartían el poder y los beneficios.

Otros escapaban a la sumisión del sistema injusto y también a las redes del narco, y, deslumbrados por Hollywood y el sueño americano emprendían, juntos a hordas de los países del sur, el camino hacia “El Dorado”. Muchos morían en el intento y todos eran humillados por muros y alambres espinos, policías y racismo. Pero había unos pocos que ni se resignaban a la injusticia, ni caían en el consumo enajenado, ni en las redes del tráfico de la droga, ni migraban al engañoso norte y, abriendo los ojos, se alzaban en rebeldía. A veces “tapándose el rostro para ser vistos”, como decía Marcos, o “para ver”,

pensaba Thanda. Realmente, concluía Thanda, la más auténtica rebeldía era la de cuidar de la tierra y ser cuidado por ella y, simplemente, “rechazar la propiedad individual y con ello el comprar y vender”. Sólo así podrían entregarse con compromiso personal y complicidad colectiva y solidaria al “compartir los cuidados de la madre Tierra y lo que ella regalaba”. Eila lo estaba logrando, e inspiraba a muchas eco aldeas en el mundo y a sus ya más de diez millones de personas en armonía.

Mientras pensaba en estos perversos ciclos de la humanidad en México y en el mundo, se acercaba el día del “grito” por la independencia, y México se cubría de la “bandera tricolor” y el ardor guerrero de su himno nacional:

*“Ciña ioh Patria! tus sienes de oliva de la paz el arcángel divino,
Que en el cielo tu eterno destino, por el dedo de Dios se escribió;
Mas si osare un extraño enemigo, profanar con su planta tu suelo,
Piensa ioh Patria querida! que el cielo
un soldado en cada hijo te dio, un soldado en cada hijo te dio.*

Thanda pensaba como casi todos los himnos del mundo animaban a defender “la patria”, a “morir por ella”, a “luchar frente al enemigo”. Y se preguntaba ¿“qué era la patria”? Etimológicamente era “el lugar del padre”. Defenderla implicaba implícitamente y a menudo abiertamente, el machismo del dominio del padre sobre la madre y los hijos, el sentido de propiedad de allí donde se nacía y el rechazo a ningún “extraño” que la quisiera visitar o compartir. Cuando los nómadas sapiens empezaron a establecerse en comunidades agrícolas comenzó el sinsentido de apropiarse de la tierra y con ello de la mujer, y después de los hijos, y así de las cosechas y de los útiles para labrar. Les siguieron los metales que encontraban bajo tierra y así el dinero y todas

las encarnaciones que había tenido desde hacía diez mil años hasta su explosión exponencial en las últimas décadas.

Estaba Thanda reflexionando con su guitarra esas ideas en el tejado de la casa de las lomas de Chapultepec. Nayra estaba, como cada tarde, en su mundo con sus hijos, del cual Thanda se sentía a menudo en la periferia. Subió Nayra a ver el atardecer con Thanda. Había entre los dos una bella complicidad espiritual y una química de atracción mágica. A la vez, la realidad de Nayra orbitaba en torno a sus hijos y a su mundo en Berkeley, a donde por sus padres, hermanos y amistades, Thanda sabía que ella anhelaba volver. ¿Y cuál era la realidad de Thanda?: vivía lejos de sus padres y de sus hijas, había dejado su vocación profesional de médico, se enredaba cada día en frustraciones por la lenta jungla burocrática del trabajo como funcionario, buscaba espacios de rebeldía en sus análisis de la equidad y en sus cantos con la guitarra, y nadaba cada amanecer soñando bajo el agua una comunidad de armonía.

En honestidad con sus ideas, todo le llamaba a caminar hacia una eco aldea en la que cambiar las palabras en el ordenador por las manos en la tierra, los saludos de cortesía y expresiones “políticamente correctas” por abrazos y sentimientos, las puertas de la casa familiar por la sala del hogar comunitario, los ahorros y propiedades por lo comunitario y solidario con tantos que necesitaban tanto.

- Hey cariño.

Así le solía saludar su compañera.

- Hola Nayra, ¿cómo están los chicos?

- Bien. Están hablando con su padre. ¿Quieres ir a dar un paseo o que vayamos al cine a ver alguna película?

- Casi prefiero ver aquí serenos el atardecer y que hablemos de nuestro futuro.

- Sí, de eso también te quiero hablar. Los chicos necesitan estar más cerca de su padre, irán entrando en la adolescencia y estando más temporadas con él. Yo así tendré más tiempo en nuestro universo de amor, Thanda. Sé que sientes soledad de ser un "padre-no-padre" y de tanto espacio y tiempo que dedico a la complicidad con mis hijos.

- Es natural Nayra. Es lo que tu instinto protector de madre te pide. Es normal que su padre quiera estar más cerca de ellos. Y yo no quiero ponerme en medio de ese vínculo natural.

- Pero a la vez te amo. Con tus ideas, miradas, bromas, cantos y hasta con tus torpezas, me siento en profunda armonía. Nunca he tenido esta sensación con nadie.

- Sí, estamos divididos entre el universo del que venimos y al que el amor nos llama. Tú no consigues escapar a la fuerza irresistible de la maternidad que te retiene en un mundo del cual, aunque quiera, no soy parte. Mientras ese sea tu centro yo seré un mero acompañante. Y yo ya no sé ni de dónde soy. Mis padres lejos ya tantos años y sé que mi padre está débil. Mis hijas volando ya en sus vidas. Mi vocación de médico en Ukuzwana tan lejana en el tiempo. Y mi horizonte eco aldeano tan nubloso en el futuro.

- Pero tenemos algo hermoso, Thanda: nuestro amor.

- Sí. Espero que, aunque nuestros caminos se vuelvan a separar, el amor prevalezca.

Al decir Thanda esas palabras, los dos sintieron el vértigo de algo inminente: Nayra volvería a Berkeley con sus hijos.

- Sí, Thanda, debo volver, y necesito tu apoyo en ello y tu mano en la distancia. Te prometo que mis hijos irán pasando temporadas, según se adentran en su adolescencia, con su padre. Yo conseguiré un trabajo y vendré temporadas aquí y donde te lleve el destino.

- Gracias cariño. Eso deseo. Y que el tiempo nos vuelva a juntar. Ojalá aún podamos ser padres, y fundemos un hogar en armonía con una comunidad y la naturaleza. Ese es mi sueño y caminaré hacia él.

- Y mientras llega, ¿qué harás? ¿No quieres venir con nosotros a Berkeley?

- No puedo Nayra: allí no tengo trabajo, no podría ni siquiera ayudaros a estar allí. Además, sabes el dolor que me daría vivir contribuyendo a los impuestos del gobierno más asesino del mundo. Paradojas de la vida: te apoyo a irte lejos de mí. Además de apoyarte en vuestra vuelta a Berkeley debo apoyar a mis hijas en sus estudios y a mis padres en su fase final. Así que debo terminar mi trabajo en la Unión Europea y poder tener una pensión después para la transición hacia la eco aldea.

Al oírse sus palabras Thanda sintió que él mismo, con tanto análisis, pensamientos y propuestas, estaba sin embargo atado al miedo de soltar las anclas de la seguridad y romper las cadenas de la propiedad. Esperaba un horizonte de manos unidas en el que llevar esas anclas que le sumían en agujeros negros, soltar los lastres de los miedos, y dejar a su alma volar libre. Sabía que tenía la ternura para pensarlo, sentirlo y compartirlo, pero ¿tendría la valentía de hacerlo? Ternura y valentía.

- ¿Y qué harás, a donde irás cariño?

- El próximo año se acaba mi trabajo aquí, en este mágico país, el tuyo, al que amo. Tan bello como inabarcable, tan fascinante como atormentado. Han salido las listas de países a dónde puedo pedir destino para los próximos cuatro años. Te las quería mostrar para decidir juntos.

En los siguientes días Nayra y Thanda, sabiendo con vértigo sus caminos divergentes, miraron los más de cuarenta posibles destinos a los que Thanda podía concursar. Tenía que pedir al menos tres. Solicitó Myanmar por su alma budista y descubrir así otro mundo mágico y desconocido, Zimbabue por volver cerca de Ukuzwana donde podría ir fines de semana y ser "thandabantu" de nuevo, y Cuba, el más cercano, relativamente a Berkeley, y donde Thanda sentía, desde su visita en 2009 la admiración por un pueblo que se resistía un pueblo digno ante el imperio del capital, donde aún quedaban retazos de la utopía que Eila quería inspirar al mundo.

Coincidió que convocaron el seminario anual de cooperación europea en Latinoamérica y el Caribe, en La Habana. Mientras todos se reunían en un lujoso hotel de trescientos dólares la noche frente al teatro real y al Capitolio, Thanda fue a dormir a casa de Pedro y su familia, quienes ya se sentían mutuamente como entrañable familia. El sueldo mensual en la universidad, de un pensador tan comprometido como Pedro, no llegaba a la décima parte del coste de una noche en aquel hotel de la cadena española Iberostar. Thanda estaba emocionado de volver a Cuba. Cada mañana paseaba desde la casa de Pedro en el vedado hasta el malecón y luego subí a la calle Línea para tomar un "almendrón" hasta el Capitolio y allí asistir a las reUniones en las cuales se sentía tan extraño. Le pidieron que diera una conferencia sobre la equidad y la lucha contra la pobreza. ¡En un hotel de cinco estrellas! Buena ocasión para

decir lo que pensaba y ganarse apoyos para su plan de trasladarse después de su tiempo en México, a Cuba.

Fue a una bodega cercana a buscar un kilo de garbanzos. Preparó además de su presentación de la equidad económica una tabla de Excel en la que al colocar los números de garbanzos de cada uno de los cien participantes pudiera calcular al instante el índice GINI. Comenzó por recordar con gratitud al pueblo de Cuba su entrega tras tantos años a la salud en todo el mundo. Mientras daba su charla pasó la bolsa de garbanzos y pidió a cada participante que tomara los "garbanzos que pensaba merecía", los escribiera en un papel y pasara la bolsa al siguiente. Terminó su charla y mientras empezaban las preguntas del debate, introdujo los datos y calculó "el GINI del grupo" en ese juego. Lo comparó con un umbral teórico de dignidad, proporcional al total de garbanzos en relación al que él había estimado frente al total de ingresos en el mundo. Explicó como el acúmulo de unos pocos, en las filas de los embajadores, impedían que muchos tuvieran "los mínimos garbanzos" para una vida digna. Y que mientras las sociedades de mercado no regularan el exceso de acaparamiento, no podrían atajar la mínima dignidad para todos, muy por encima de la paupérrima barrera de pobreza del Banco Mundial. En su panel una representante del Banco Mundial le argumentó:

- El acúmulo de capital en una proporción emprendedora de la sociedad es motor de inversión y riqueza que acaba beneficiando a toda la sociedad.

- Tiene usted razón, pero ¿sabe cuánto tiempo tarda esa riqueza en llegar a los que están con ingresos y condiciones incompatibles con una vida digna y sin derecho a la salud?: Unos ochenta años. Ese retraso se cobra cada año casi veinte millones de vidas injustamente. Y cuando pasan los ochenta años, sigue la misma brecha.

- ¿Entonces quiere usted quitar medios y salud a quienes se han esforzado en innovar y en crear riqueza?

- No es quitar. Es redistribuir el exceso innecesario que evita una curva justa de equidad, que agota la naturaleza y que en absoluto genera más bienestar a los que lo acumulan. Todo lo contrario.

Al mes siguiente le llamaron desde Bruselas diciéndole que había sido pre-seleccionado para dirigir la cooperación europea en Cuba. Sintió una alegría grande y a la vez intriga de por qué no fue al menos invitado a la plaza de Zimbabue: conocía el país, la lengua nativa, había escrito ciencia y literatura sobre ello, conocía la salud, la prioridad en cooperación europea en el país. Era un claro ejemplo de las intrigas y favoritismos que rodeaban la burocracia europea de la que esperaba ya salir después del próximo destino en el que verter sin temor a nada, toda su alma. Sentía que Cuba podría liderar como país lo que Eila estaba inspirando en la red de eco aldeas.

Tras la selección por su currículum y su carta de intención, fue seleccionado junto a otros diez candidatos de una lista inicial de más de sesenta, el puesto más solicitado en el mundo. Pasó las primeras entrevistas con los jefes de Bruselas a un trío final y le citaron para la entrevista con el embajador europeo en Cuba.

Leyó todo lo que pudo de la historia y la actualidad de Cuba, comprobando que casi no había nada no polarizado entre los defensores a ultranza de la revolución y los detractores sin concesiones al comunismo. En el fondo tenía un sueño que no podía desvelar: conseguir que la Unión Europea se aliase con los internacionalistas cubanos cooperando por la salud y por la vida en los rincones más olvidados del mundo.

En verano del 2016 hizo un viaje exploratorio a Cuba para conocer mejor su realidad y hablar en las entrevistas para el puesto desde la pasión de su alma más que desde las teorías de lo leído. Llegó a La Habana donde se reencontró con Pedro y su familia, quienes, ilusionados en la candidatura de Thanda al puesto en Cuba, le confiaron consejos y libros para argumentar su candidatura. Se encontró luego en Cienfuegos con Adam, Nour y Unai, quienes habían llegado navegando desde Eila. El encuentro a bordo de Satia fue emocionante. Thanda sentía por aquellos tres hermanos de Ukuzwana, un profundo cariño. Y ellos le sentían como un padre, como si el espíritu de Patxi y de Jonay se reflejara en Thanda y les diera su más sincera ternura y su más firme mano-guía y abrazo paternal. Dejaron al barco de John, Satia, en la bahía de Cienfuegos y viajaron hasta Santa Clara para encontrarse con Buhleve y Elías. Se estaba gestando una red Ukuzwana en Cuba. Thanda sentía un sueño por el que luchar.

Adam había ido avanzado en la carrera de biología y sólo le quedaban los exámenes finales y la tesina. Pero lo que le fascinaba verdaderamente era el arte, en especial el cine. Quedó enamorado de la escuela de Cine de San Antonio de los Baños. Se había escrito con Cassie, la chica que conoció en la eco aldea de la Ternura y había crecido entre ellos una complicidad que quería explorar. Thanda le aconsejó que terminase sus estudios y los orientase en la tesina a la relación de la neurobiología con la conciencia, para conocer mejor como podía su seguro futuro de creador audiovisual, tocar conciencias y corazones hacia el cambio que todos sentían tan necesario.

Unai sintió cada vez más intriga por las formas en las que se alimentaba la Humanidad. Acudió al Instituto de Farmacia y Alimentos de la Universidad de La Habana para ver si pudiera estudiar en un ambiente virgen de los intereses de la agroindustria, que dominaban el mundo del "mercado libre" de "hombres

no- libres". Sentía el amor por una linda chica italiana, Altea, que conoció en sus viajes por Europa y quien estudiaba arte en Amsterdam. Volvería con Adam a Eila para devolver a Satia a su hogar en Ternura al cuidado de Fernando y de Martín y reencontrarse con Altea.

Nour tenía ya veinte años, era muy alta, con un cuerpo atlético ágil y grácil, una piel bronce brillante y cálida, unos bellos ojos entre inquisidores y melancólicos bajo unas cejas pobladas como las de su padre, y curiosamente Thanda, una nariz breve y de trazos suaves, unos labios plenos y la barbilla quebrada heredada de su padre. Llevaba ocho años explorado el mundo sin las riendas de un sistema educativo. Había aprendido con su padre a construir su casa, a preparar las huertas, a explorar los bosques, reconocer la fauna y flora, las estrellas y los cantos de los pájaros, a domar caballos salvajes Mustang y a cruzar navegando el océano. También aprendió a tejer con su madre en una rueca como la de Gandhi, a entender el mundo desde las redes del mal que le explicaba su madre y la esperanza de la red de eco aldeas, a meditar y a sentir las vibraciones de las personas, sus emociones y los canales de empatía por los que conectar tan sólo mirando. Durante el tiempo en Francia, mientras Aimsa y Fernando asistían a la Cumbre del Clima, Nour había cruzado Francia a caballo. En su aventura conoció a un hombre que quedó fascinado por su belleza. Le hizo algunas fotos en las que la mirada de Nour parecía transmitir una serena belleza hipnotizante. De una manera que le sería difícil explicar a sus padres, también a Thanda; sintió que debía dedicarse a viajar invitada por fotógrafos que hacían reportajes de su belleza y de su mirada. Thanda sentía el temor de las garras de un mundo banal y narciso de la imagen, manipulado por los negocios de más lujo y vanidad, pero escuchó su decisión. Viajaría por Japón, Sudáfrica, todo Europa, América, las nieves y los desiertos, y ahorraría para ir preparando su santuario de caballos, su más profundo deseo.

Cuando Adam y Unai volvieron hacia Cienfuegos para iniciar su regreso a Eila y a sus amores, Thanda se quedó unos días con Nour en un pequeño piso sin ventanas cerca de la Plaza Vieja. Caminaban bajo el asfixiante calor de agosto y descubrían aquel mundo donde se mezclaban turistas curiosos de ver quizás el último bastión de la utopía comunista. Vieron fascinados a niños corriendo en uniforme escolar por la plaza donde recibían sus clases de gimnasia o se desfogaban en el recreo. A artesanos vendiendo cuadros y souvenirs, casi todos ellos con motivos del Che y de Fidel. Observaban a ancianos en su búsqueda de alimento o medicamentos, o de un banco donde sentarse a ver el espectáculo de tal mezcolanza de razas y caminos. Reconocían a meretrices mirando de forma provocadora a los turistas. Escucharon a músicos cantando son en las esquinas. Otros hombres trabajaban en obras de restauración sin apenas más que sus manos. Mujeres de todo color y vestimenta alegraban la vista a quien se paraba a ver tan fascinante espectáculo humano. Bellos edificios coloniales de techos de cinco metros y colores blancos y azulones, alternaban con otros en semi ruinas, pero por cuyos portales se adivinaba una vida intensa y apasionante por escaleras a medio caer. Allí vivía la Cuba real, en "barbacoas" dividiendo los altos techos en altillos donde se hacinaban familiares y no familiares. Plenos de belleza de torsos atléticos y desnudos, mujeres intentando domar sus cabelleras salvajes africanas y siempre alguien tocando un acorde, atizando unas tumbaderas, llevando el ritmo con la clave o, en los rincones más inesperados, sacando unas notas a una trompeta solitaria. Thanda sintió como si la vida estaba desatada en aquellas calles de Habana Vieja y Centro Habana, desinhibida de códigos y prejuicios, ausente de sus carencias, orgullosa, sin mostrarlo de su belleza brutal.

Paseando con Nour por el Malecón se sucedían los piropos más ingeniosos. Un joven le espetó:

- ¡Cásate conmigo mulata, no lo pienses más!

Ante ello, Thanda le dijo:

-Cuidado hermano, que soy su padre!

- ¡Llémonos bien suegro, te convengo!

Por la noche en el pequeño apartamento que compartió con Nour, Thanda apuraba el libro de la equidad en Cuba, con los limitados datos que pudo obtener del país. A la tercera noche escribiendo sin para y sin dormir, bajo el sofocante calor tropical, terminó el libro y lo llevó a la editorial de Ecimed. Explicó el libro y todas sus gráficas y tablas, su donación de derechos a la editorial y la utilidad para debates con estudiantes y profesionales de la salud pública.

Después de un viaje juntos a Trinidad y galopar juntos por sus calles, caminos y bosques, Nour siguió ruta hacia Nueva York donde planeaba instalarse en Manhattan y descubrir el misterio de la mayor concentración de razas, lenguas y culturas del mundo.

Thanda volvió a México y siguió entregándose con pasión al trabajo y al amor compartido con Nayra, ya llegando al final de su convivencia, hasta inciertos horizontes de un hogar anhelado. El día que fue citado para la entrevista estaba en Cambridge, Massachussets, con su amigo y cómplice David, ya de vuelta de su aventura ciclista con su hijo por el continente. Antes de dar una conferencia sobre la ética de la equidad en la universidad de Walhurst, llamó a La Habana y le informaron que la entrevista fue cancelada por la muerte de Fidel. El país estaba conmocionado por perder a su héroe y caudillo de la revolución. Thanda sentía una mezcla de honra al valor de aquella persona,

sintonía con sus ideas sociales y rechazo al imperialismo, pero oposición a las decisiones jerárquicas y en ocasiones violentas frente a quien no aceptaba sus ideas y, sobre todo, distancia con el clamor casi mitómano de “tantos por uno”.

Thanda celebró el día de “acción de gracias” con la familia de Anne, la esposa de David. Vivían en una vieja y encantadora casa de Cambridge, aquel “Berkeley del este”, isla progresista, casi socialista, en el mar capitalista americano. La familia era conocida en el barrio por tener fuera de la casa unas mesas con libros, ropa y enseres para quien necesitase algo o quisiera compartir de lo suyo, y las puertas de la casa abiertas a gente sin techo o sin abrazos. La madre ya mostraba síntomas de Alzheimer y su descuidado aspecto lucía deslumbrante por una sincera sonrisa. El padre, un francés revolucionario en aquel rincón del Imperio, se entregaba día y noche a su pasión por el mundo de las abejas: las cuidaba, observaba y escribía sobre ellas con pasión. Tal era su devoción por esa forma de vida tan organizada y de tal espíritu colectivo, que había instalado un panal en la mesilla de su lado en la cama matrimonial, con una apertura hacia la pared con el exterior y un cristal hacia donde él dormía para ver su mundo solidario y dormir con el susurro de su ajetreo.

La familia de David y Anne habían apoyado al candidato demócrata Bernie Sanders. Era el único que hablaba sin miedo de los valores socialistas del compartir, de los derechos universales como la salud y de cómo era secuestrada por las garras del mercado. Conocía y denunciaba sin reservas los tentáculos de Wall Street y el acúmulo de unos pocos. Lo hacía sin cuestionar la propiedad privada y el mercado libre como la fuente de ingenio y bienestar. A pesar de ello, una mayoría de norteamericanos le temía como el que hundiría a Estados Unidos en las tinieblas del temido comunismo. Ese

miedo atávico iba de la mano del anatema del mundo ateo que amenazaba su visión mesiánica del mundo, en el país que más proporción de sus gentes creían ciegamente, nunca mejor dicho, en la existencia de un infierno, en donde se quemarían todos esos "pecadores socialistas".

Los candidatos a esas elecciones debían juntar varios millones de dólares para empezar a "venderse" en los medios, como todo lo que se movía en el país: compra y venta en el mercado. Solían ser empresarios con fortunas o senadores que habían ido acumulando poder y fortunas también. Llegaban así a "los caucus" de sus Estados, los primeros en marzo en Iowa, con la salida de hibernación de las marmotas. Eran asambleas ciudadanas convocadas por esos partidos dominantes y donde los votantes elegían a mano alzada a su candidato. A esas asambleas asistían y votaban, a pesar de los cientos de millones de publicidad de sus candidatos, menos de uno de cada cinco ciudadanos. En algunos Estados sólo podían votar los afiliados a los partidos, una minoría de la población. Así se decidían, con sistemas dispares entre los Estados, el "número de delegados" por cada candidato de un total de unos cinco mil para los dos partidos. Llegaban las convenciones nacionales de cada partido y votaban los delegados, como se esperaba, por el candidato a quien representaban, pero todo era condicionado al voto de los "superdelegados", que votaban a quien querían. Así llegaban a candidatos presidenciales, por presiones de lobbies, de quienes financiaban campañas, y de un pequeño grupo de poder, los políticos amaestrados para mantener el sistema reinante del capital. Bernie perdió frente a Hillary Clinton, con sus manos ensangrentadas de atizar guerras en todo el mundo, en especial en la primavera árabe y en Siria, armando hasta los dientes a los terroristas yihadistas de los que huyeron Aylan y su familia, y muchos millones, miles de ellos ahogados en el Mediterráneo.

Ya de vuelta en México Thanda hizo su entrevista para el puesto de Cuba. Nayra puso una vela con la foto de Thanda y unas semanas después le notificaron que fue seleccionado para el puesto. Sintió una mezcla de alegría y de culpa por quitar el puesto a otros compañeros. También tenía el alma dividida entre entregarse a los desafíos en Cuba y dejar lejos físicamente la magia de México, que ya tanto impregnaba su cuerpo y su alma.

Fue por entonces que se celebraron las elecciones presidenciales del Imperio del norte, a donde se dirigían los pasos de Nayra. No sólo de los ciudadanos a los delegados había un sesgo enorme, los superdelegados lo filtraban más y del menú final de dos poderosos para-mantener-todo-igual, los votos de apenas la mitad de los ciudadanos que ejercían ese "derecho", se volvían a filtrar por el peso diferente de cada población y de cada Estado. Eran tantas las desconexiones entre la decisión informada, no manipulada, de un ciudadano orientado al bien común, no al privilegio individual y el resultado final; que Thanda pensaba que la supuesta democracia más libre del mundo era una gran farsa. No era contradictorio con el afán de ese Imperio en mantener el oligopolio del consejo de seguridad de Naciones Unidas, su control de instituciones financieras y agencias llamadas "internacionales" y su historia de alianzas con dictaduras de todo el mundo. Lo sorprendente era que tal grado de hipocresía pasara a menudo inadvertido y tolerado e incluso adulado por gran parte del resto del mundo. Excepto por países como Cuba.

Obama acababa sus ocho años de "poesía vacía". Hillary Clinton parecía la preferida, bien ocultas sus masacres por el mundo como departamento de Estado y sus alianzas con la industria militar, la farmaindustria y sus patentes, la agroindustria y sus tóxicos y transgénicos y la banca y sus tentáculos especuladores; y lejos del anatema del socialismo de Bernie. Además, el candidato republicano era el grotesco Donald Trump, un empresario millonario

sin escrúpulos, racista, xenófobo y machista; ignorante y arrogante; insensible y agresivo. Parecía increíble que, a pesar del mundo banal y sumiso en el que vivía la sociedad norteamericana, un personaje así, tan opuesto a todos los valores éticos más básicos en cualquier cultura, fuera ni siquiera candidato. Basó su campaña en el miedo a los migrantes del sur, llamándoles criminales y violadores, y a la amenaza china de quitarles la gloria y designio de Estados Unidos como líder moral, y a quien no le gustase, militar, del mundo amenazado por ateos comunistas. ¿Hasta qué punto podía el dinero sembrar miedos, nublar conciencias y comprar votos y voluntades?

Thanda y Nayra fueron viendo minuto a minuto en la noche electoral como Trump, aún con algo menos de votos, se adelantaba, por el sistema sesgado de traducción de votos en congresistas, y se acercaba a ser presidente de los Estados Unidos. Así fue. El mundo entró en una etapa aún más oscura mientras el Imperio dominante parecía irremediablemente entrar en su decadencia final.

A aquel mundo oscuro se dirigían los pasos de Nayra y de sus hijos en la navidad del 2016. Thanda pasó un tiempo de inmensa ternura en Madrid con sus padres y con sus hijas, aunque sintió la debilidad extrema de su padre, cuya ternura aún deslumbraba más. A su vuelta, los ecos de la casa vacía le hicieron sentir el escalofrío de volver a la soledad en espera del amor. ¿Quizás como fue la vida de su Amama y estaba escrito su destino?

CXXI. Transformar el dolor en esperanza, Ukuzwana, marzo 2017

Tras la cumbre de París que eludió el coraje de un mundo inerte hacia el precipicio del desastre climático, Aimsa visitó eco aldeas por Europa. Inició su largo peregrinar en Marsella, de donde zarparon Fernando, Adam, Nour y Unai hacia Eila. Se quedaba en una eco aldea escuchando todo el día sus historias, sueños y desvelos, y por la noche les compartía su consejo. Al día siguiente caminaba entre veinte y treinta kilómetros reflexionando, en dirección al levante. A veces le acompañaban en carretas o a caballo, o incluso en bicis, hasta la próxima eco aldea. O si estaba demasiado lejos tomaba un bus o un tren. Intentando no contaminar los aires.

Decidió viajar sin dinero ni ningún equipaje, compartiendo tareas en cada eco aldea y comiendo y bebiendo lo que la naturaleza y las comunidades le ofrecían a su paso. Iba escribiendo ideas y sentimientos en un cuaderno de viaje y desde cada eco aldea comunicaba con Jonay. Había llegado a Moscú y se disponía a recorrer las eco aldeas de Siberia viajando durante dos semanas en el tren transiberiano.

Mientras tanto, Jonay había recorrido eco aldeas en Estados Unidos y se quedó con una comunidad inmigrante de México en el valle central mientras preparaba la conferencia sobre "el avance tecnológico y la armonía humana". Había invitado a Joseph para presentar sus inventos-de-armonía y, para llegar hasta el otro lado del mundo sin contaminar, prepararon una ruta con vuelos en una nueva versión de "inyoni-enkulu": un pequeño avión eléctrico que se recargaba con paneles solares.

Patxi se acercaba a los ochenta años con serena paz junto a Nolwasi en Ukuzwana. Allí Thandiwe seguía cuidando de los enfermos junto a Marco, ambos padres de un joven ya de catorce años, Félix, quien exploraba nuevos inventos en el taller de Joseph en Bulawayo. Nothando había ido encontrando en las melodías al violín una forma de aliviar y a veces curar las enfermedades,

una bella reencarnación de la magia sanadora de Nolwasi.

Caía la tarde y los últimos rayos de sol se filtraban furtivos en el porche de la casa de Patxi y Nolwasi en Ukuzwana, de tantas aventuras callado testigo.

- Patxi, ¿qué piensas? Te siento muy callado últimamente. – Le preguntó Nolwasi-

- No pienso Nolwasi. Es como si me vinieran imágenes y recuerdos entrañables, y les dejo visitarme agradecido. Ahora pensaba en la fortuna que hemos tenido con la saga de médicos de tanta pasión por aliviar el sufrimiento: Jonay, Thanda, Buhleve, Elias y ahora Thandiwe. Pienso en cada uno de ellos con profunda gratitud.

Nolwasi observaba a Patxi: ya se había ido despejando su frente, pero aún le cubría un ya fino y lacio pelo blanco. Su mirada era serena, atenta y a la vez, los párpados superiores caían ligeramente sobre sus verdes iris como si el testimonio de tanto dolor injusto pesara sobre su mirar a un mundo tan mágico como a menudo cruel. Sus finos labios siempre estaban dispuestos a una leve sonrisa que reverberaba en su mirada ofreciendo, con un leve pliegue bajo sus ojos, una caudal de sincera ternura a quien estuviera a su lado pidiéndole consejo, apoyo o bendición.

Ya caía casi el día y vieron acercarse a un hombre que también debía rondar los ochenta ya. Por sus rasgos pensó que era un anciano Shona. Andaba algo encorvado y empuñando un bastón. Tenía cabellera y barba blanca y llevaba unas gafas con muchos aumentos en una gruesa montura de concha que reflejaban la luz del atardecer. Vestía, a pesar del calor, un viejo traje negro y camisa blanca. Venía con una joven de unos treinta años. Caminaba apoyado en ella y cojeando de una pierna. Se acercaron hasta el porche. Patxi se levantó para recibirlo. El hombre le dijo:

- ¿Es usted Sindisabanthu?

-Así me llaman. ¿quién es usted? Pase y siéntese, parece que vienen de un

largo camino.

- Gracias. Sí, venimos desde Harare. Hace tiempo que quería venir. Gracias ami sobrina, estoy aquí. Necesito sentir paz antes de emprender el lento adiós a la vida.

- Bienvenidos. Esta es mi esposa Nolwasi. Y dígame, *Mkhulu* (abuelo), ¿quién nos honra con su visita este atardecer?

- Mi nombre es Jeremy Nalunga.

El nombre hizo eco en la memoria de Patxi. Pensó en cómo muchos recuerdos los borraba el paso del tiempo, para dejar paso al torrente que cada día nos bañaba y modelaba nuestro universo. Pero aquel nombre le hizo estremecer. Se quedaron mutuamente como hipnotizados en la profundidad de sus miradas. Patxi recordó como aquel hombre llegó a la misión hacía ya treinta y cinco años al mando de la terrible quinta brigada y amenazando con una masacre. Patxi había refugiado a todo el pueblo en la iglesia y colocó la cruz bloqueando las puertas del templo mientras el pueblo ndebele y kalanga cantaba dentro.

En ese momento las lágrimas surcaron la tez curtida de Jeremy y sin dejar de mirar a Patxi comenzó a cantar.

- *Ishekomborera África Ngaisimudzirwe zita rayona...*

Patxi prosiguió en ndebele con el himno de la libertad y de la unión de África: *Nkosi sikelele...*

Se abrazaron emocionados. El hombre se arrodilló queriendo besar la mano de Patxi, pero casi al instante Patxi también se arrodilló y quedaron mirándose a los ojos con los brazos en los hombros del otro.

- Tu abrazo de paz alegra mi alma Jeremy.

Se levantaron y pudo ver en el rostro de la joven que le acompañaba un brillo húmedo en su mirada esquiva. Les pidió a ambos que se sentaran. Patxi le preguntó a la joven:

- Y tú cómo te llamas, *¿Umntwana wami* (hija mía)?

- Sibongile, *Baba wami*. ("te-damos-gracias", Padre mío)

A Patxi le pareció extraño que a aquel anciano Shona, le acompañara y una mujer ndebele. Jeremy comenzó su relato.

- Hace ahora la mitad de nuestras vidas vividas, vine a esta misión. Aquí mismo.

Dijo señalando a la entrada de la Iglesia, frente al porche de la casa de Patxi y Nolwasi.

-Intenté, cegado por la violencia y la venganza, entrar en la Iglesia y cometer una masacre. Otra más. Tu cruz en la puerta y los cantos Shonas tocaron mi corazón, invadido de odio, y me fui con la brigada.

Patxi y Nolwasi escuchaban atentos a tal confesión de hacía tantos años. Podían sentir el dolor de tantas personas y familias que sufrieron tanta crueldad de las manos de aquel hombre que ahora, con lágrimas en los ojos, les hacía recordar aquellos tiempos tan tristes. Jeremy prosiguió:

- Ese mismo día, de camino a Bulawayo, paramos en el cruce de caminos de Kezi. Entramos en una tienda a requisar cervezas. Una joven estaba en el mostrador comprando comida. Sediento de violencia y de imponer mi poder frente a los ndebeles y kalangas, la increpé en Shona. No me contestó y, cegado por el odio, la golpeé, la llevé a la trastienda y abusé cruelmente de ella, ante las arengas machistas de los soldados de mi brigada.

Jeremy expresaba dolor y rabia al contar su relato, sollozaba como si estuviera hablando de otra persona. Patxi y Nolwasi se dieron la mano y miraron al suelo horrorizados por tal cruel relato. Patxi sentía por un lado la más profunda repulsa por lo que relataba aquel hombre y repugna por su ser, que tanto dolor causó durante su vida; y a la vez una intriga por la razón de tan sincera y sentida confesión.

- Pasó el tiempo y fui condecorado por Mugabe por mi "heroica defensa de la

nación de Zimbabue al frente de la quinta brigada". Pasé a la reserva y a una vida plácida con mis tres mujeres y diez hijos, unos extensos campos en Masvingo y unos buenos ahorros de todos los expolios de aquellos tiempos oscuros. Hace cinco años comencé a notar unas manchas en la piel y un mes después tos y fiebre. Me diagnosticaron SIDA y en los años siguientes también fueron diagnosticados de esa enfermedad dos de mis mujeres y dos de los hijos. Pudimos acceder al tratamiento. El doctor que nos trató en Harare me explicó que el acceso a esos medicamentos en el país fue gracias al esfuerzo de la misión de Ukuzwana. De la misión a la que intenté saquear y masacrar venía la fuente de mi curación y la de mi familia.

Patxi fue levantando la cabeza y la mirada a aquel hombre, que balbuceaba por el dolor de su relato.

- Hace un año recibí una carta de Sibongile.

Dijo, mirando a la joven con devoción. Ella seguía mirando al suelo con dolor. Patxi y Nolwasi la contemplaron con ternura. La joven sacó de un sobre azul de correos con sello impreso, un papel ya amarillento por el paso del tiempo.

- Esta es la carta que me dejó mi madre al morir, cuando yo tenía quince años:

Querida hija. La enfermedad de la vergüenza está llevándose mi vida a otro mundo desde el que te mandaré mi luz. No podría entender esta vida sin esa otra oportunidad. No es por "Fe" sino por tanto dolor que acompañó mi paso por esta vida. Mi padre fue asesinado por la quinta brigada, y yo fui violada por su comandante, Jeremy Nalunga. Fui repudiada por el pueblo y nunca conocí a ningún hombre que quisiera acercarse a mí y ofrecerme amor. Vino luego esta enfermedad que me hizo perder peso y fuerzas. Me atendieron con profundo amor en la misión de Ukuzwana donde una mujer llamada Anwele me aconsejó hacerme el test y me dio, junto al médico del hospital, la ternura y cuidados que nunca había recibido en mi vida. Así he llegado a mi despedida

de la vida, hija. A pesar de la violencia que sufrí y el dolor que me acompañó en la vida, doy gracias a Mukhulumkhulu por el regalo de tu vida. No podré quedarme a verte crecer, pero te mandaré cada día mi luz desde la otra vida en la que te espero, segura de que allí no habrá tristeza ni violencia.

Lisale kihle, ngiyakithanda... (quédate en paz, te quiero..)

Patxi y Nolwasi lloraban de emoción al escuchar su historia. Sibongile prosiguió.

- Me quedé a vivir con mi abuela. Guardé la carta de mi madre en una caja y la metí bajo la tierra cerca de un kopje, donde iba cada tarde a hablar con ella. Al año siguiente vinieron unos hombres al kraal, le dieron dinero a mi abuela y me llevaron a Egoli. Estuve tres meses encerrada y drogada hasta que me obligaron a prostituirme. Sindisabantu, su hermano, Hambakatshana, me rescató junto a muchas otras niñas y niños ndebeles. Volví al kraal de mi abuela, quien ya había fallecido, fui a mi kopje secreto y recuperé la caja con la carta de mi madre. Pude vivir y estudiar en una de las eco aldeas de la red sibithanda. Conocí a un buen hombre en la eco aldea y formamos un hogar en el amor.

- Me alegra tanto el corazón Sibongile. El espíritu valiente de mi hermano late fuerte en la red sibi-thanda. Solía decir que seríais "los guías de la Nueva Humanidad". Yo estoy seguro que será así.

- Yo sentía gratitud a la vida por haber salido de las tinieblas, pero algo en mí me hacía sentir inquietud por el dolor callado que sintió mi madre. Un día hablaste por la radio, Baba Sindisabantu, con Buhleve, del perdón, como el acto más profundo de amor. El más sanador. Así que me decidí a escribir una carta al verdugo de mi madre, meterla en un sobre con la de mi madre y buscar su casa en Harare.

En ese momento hubo un grave silencio. Todos miraron a Jeremy. Sus manos estaban temblorosas. Patxi notó sus pies muy hinchados.

- Sindisabantu, Nolwasi. Sibongile me perdonaba y me deseaba amor, a pesar del dolor que les había causado. Nunca pude haber concebido tanto amor, tanta bondad. Miré a mi alrededor de poder y privilegio. Pensé en el dolor que yo había causado. Necesitaba encontrar a esa mujer, hija de mi maldad, convertida en tanta bondad que ni la podía entender. Fui a su aldea de Sibithanda y encontré la armonía en la sencillez y la naturaleza, en el amor sin que unos manden y otros obedezcan. Me quedé a servir en la aldea como un campesino más, aunque ya apenas tenga fuerzas. Me di cuenta de las tinieblas en las que estuvo perdida mi vida hasta entonces.

- Gracias por tu confesión sincera Jeremy. El amor es nuestra esencia. La has recuperado gracias a la inmensa generosidad de Sibongile. Y te agradezco que hayas venido a contárnoslo. El dolor no se cura con perdón de uno a otro, sino con comprensión. Quiero pedirte algo.

- Lo que quieras Sindisabantu. Ya he dado todas mis propiedades a la red Sibithanda.

- No se trata de dinero. Para que tanto dolor encuentre luz, debes explicar a las comunidades kalangas por qué te cegó la violencia, qué sentiste al recibir la carta de la madre de Sibongile y el mensaje de su hija, y qué sientes en la vida de Sibithanda. Su comprensión, a pesar de los miles de personas que han vivido en duelo casi cuatro décadas, podrá disolver ese dolor, transformarlo en esperanza y dar paso a la luz y al amor. Te recomiendo que te retires en meditación los próximos días y vuelvas el domingo a nuestra celebración comunitaria que será radiada a eco aldeas de todo el mundo.

Jeremy aceptó y se fue con Sibongile a meditar al Black Eagle de Matopos. Aún tenía mucha influencia en el gobierno de Zimbabue y en la unión de países del sur de África –SADC- que celebraba al mes siguiente una conferencia en Durban. Quiso hacer unas llamadas antes de su meditación.

Nolwasi extendió el mensaje, a toda la región, de un encuentro trascendente

en la misión de Ukuzwana. Fueron llegando como en peregrinaciones andando y con "scotch cars" desde el día anterior, y durmiendo bajo las estrellas y en torno a hogueras en las que entonaban cantos. Durante los últimos diez años Nothando había ido recopilando cantos de los encuentros de Ukuzwana, muchos de ellos compuestos por ella en los que combinaba su violín, coros de niños y mujeres, y los profundos y graves "mmmmm....mmmm" de los hombres zulúes.

Jeremy llegó con su traje negro y corbata, acompañado de Sibongile, esta vez con su esposo y sus dos hijas adolescentes. Vinieron representantes de muchas eco aldeas de la red Sibithanda. Hacía veinte años que la red de eco aldeas había acogido a más de cien mil huérfanos del SIDA que fueron creciendo en la armonía natural y la empatía, formando sus familias y creciendo en ellas niños ya no huérfanos de amor.

Desde la despedida de Haka no había llegado tanta gente a la misión. Llena la Iglesia se fueron llenando sus alrededores y oradores espontáneos iban repitiendo lo que por una cadena de susurros les llegaba del interior.

Nothando comenzó la reunión, sin palabras, con una melodía. Se inspiró en la que Jonay le compartió a la muerte de su padre John. Faltarán estrellas. Sol-Do, Do-Re7, Re-Sol... Sol-Do, Do-Lam, Lam7-Re7...

Los coros de niños entonaron los versos que Nothando preparó para el encuentro:

*Faltarán estrellas, para ver en ellas, todas las razones
por las que la vida, y su bella magia, nos juntó hoy aquí...*

*Faltarán estrellas, para ver en ellas, cuánto ya sufrimos
cuando las tinieblas, nublaron las almas y el amor ahogaron...*

*Faltarán estrellas, para ver en ellas, la más bella luz
la que del dolor, brota el perdón y brilla en esperanza*

Faltarán estrellas, para ver en ellas, que juntos podemos

construir un mundo, sin tronos ni fronteras, pleno de armonía

Patxi comenzó la ceremonia con unas breves palabras. Con el tiempo había ido hablando menos y más despacio:

Familia querida, hoy tendremos que sacar lo mejor y más profundo de nuestras almas. La más dura prueba del amor. Si lo logramos, limpiaremos de sombras nuestros corazones y una poderosa luz nos unirá al universo con aún más fuerza. Hoy nos va a hablar Jeremy Nalunga. Hace treinta y siete años llegó a esta Iglesia cegado por el odio y la violencia, en una guerra entre hermanos, que dejó mucho dolor, que aún hunde muchos corazones. Hoy viene con otro mensaje, que llama a la más difícil valentía, de la más profunda ternura: la del perdón y el abrazo hacia la esperanza unidos.

En ese momento muchos murmuraron y hasta gritaron enojados por la presencia de quien fue verdugo de sus familiares. Pero Paxi acalló las protestas y pidió que le dejaran hablar. Jeremy, con paso corto y débil, encorvado y cojeando, apoyado en Sibongile, vestida con túnica blanca, se levantó en el centro del templo.

Me llamo Jeremy Nalunga. Durante mi infancia y mi adolescencia fui educado en las armas. Primero para liberar a Zimbabue del yugo de los ingleses. Luego para imponer la unión hacia quien me hicieron ver como enemigos de nuestra liberación. Vimos con miedo a la guerrilla ndebele y arrasamos pueblos con violencia. Ante vosotros me declaro culpable de haber causado inmenso dolor sin conocer. Merezco el mayor de los castigos. Hace unos años, mi hija Sibongile, aquí a mi lado, me hizo ver, con la más inmensa generosidad de su perdón, la luz del amor sin miedo. Viendo como el amor venció a su justo rencor, sentí la esperanza de dedicar el resto de mis días a contribuir con toda mi fuerza al bello sueño de Ukuzwana, de sibithanda y de la red de eco aldeas. Pero me entrego a vuestro juicio y decisión, es lo justo y aquí os entrego mi alma.

Patxi acompañó a Jeremy y a Sibongile a su casa, mientras las comunidades empezaron a deliberar. Hablaron los ancianos que habían luchado en la guerra, los más jóvenes que habían perdido a sus padres, los niños, quienes habían crecido oyendo de aquel sufrimiento y sentido el rencor. Debatieron durante todo el día. Al caer la tarde, llamaron a Patxi para que trajera al templo a Jeremy. En nombre de las comunidades habló un hombre de unos cuarenta años llamado *Livukile* ("nos levantamos").

Señor Nalunga. Usted robó una parte de nuestras vidas. La llenó de dolor. Arrancó de la vida a muchas personas de buen corazón y deseos de vivir en paz, como mi padre. Para muchos de nosotros, la vida nunca volvió a brillar con plena luz. Hemos vivido con el peso del dolor y del rencor. Vino luego el SIDA y se llevó a los hijos de la guerra. Pero en esta misión Sindisabantu nos ha enseñado que el amor todo lo cura. Los huérfanos de los huérfanos crearon islas de esperanza en este país y hoy nos enseñan que de las cenizas podemos renacer. Tiene nuestro perdón y nuestras manos para juntos levantar los cimientos de un nuevo Zimbabue, de una nueva África, de una Humanidad sin fronteras. Sin jefes ni súbditos, sin propiedades ni pobres, en armonía con la naturaleza y con la segura bendición de nuestros antepasados y de Mkhulimkhulu. ¡Amandhla!

Cantaron *Nkosi Sikelele*.

La semana siguiente Jeremy le invitó a Patxi a acompañarle a Durban. Había una conferencia de la unión de países del Sur de África, SADC, en la que, por petición de Nalunga a través del gobierno de Zimbabue, Patxi fue invitado a hablar de la red sibithanda, y el ejemplo de Eila, para inspirar una región del mundo comprometida a vivir sin daño a la naturaleza, diluyendo fronteras y jerarquías, y con el espíritu de compartir despojándose poco a poco de la esclavitud de las propiedades.

Thanda le había escrito diciéndole que había sido invitado a la Conferencia

Internacional de SIDA, en el gran Palacio de Convenciones de Durban, para hablar, ante más de veinte mil personas, de la ética de la equidad. Una periodista sudafricana que le escuchó presentar su análisis y sus ideas en Salzburgo el año anterior junto a David, convenció a los organizadores para que Thanda fuera invitado a dar la conferencia magistral: "El SIDA y la equidad, el gran reto de nuestra era".

Thanda se sentía mal por las emisiones el vuelo desde México, vía Madrid, Abu-Dhabi y Johannesburgo, hasta Durban, pero pudo ver a sus padres dos días a Madrid y los vería otros dos a la vuelta. Hacía unos meses que, por sensación de falta de aire, le habían hecho a su padre una radiografía donde habían visto una mancha sospechosa de tumor. Por su avanzada edad y su estado de debilidad, Thanda sabía que no podría tener curación. Sólo esperaba que precisamente su debilidad mantuviera al tumor latente, aunque ya las fuerzas de su padre, tan poderoso faro, iban debilitándose. Recordó las palabras que siempre le daban luz: "si tu luchas, yo lucho".

Cuando llegó a la casa de sus padres, encontró a su padre sentado en una de las sillas de mimbre de la terraza, rodeada de las macetas con plantas y flores que su madre cuidaba con devoción. En veinte años lejos de España era la primera vez que su padre no iba a la puerta a recibirle. Apenas se podía levantar. Thanda le notó muy delgado y con la respiración débil, apenas un hilo de voz y la mirada, llena de ternura como siempre, pero sintiendo hasta el peso de sus propios párpados. Cuando le saludó, tardó unos minutos en recordar su nombre. Thanda sintió una profunda tristeza. La energía física de su padre se esfumaba. Esa tarde, la madre de Thanda, quien llevaba cuidándole varias semanas sin descanso, fue a dar un paseo.

Thanda se sentó al lado de su padre a escuchar los pájaros y sentir la suave brisa de la primavera. Intentó, en vano, pasear con él, entablar una conversación o ni siquiera animarle a dibujar las flores en una libreta. No tenía

fuerzas. Al atardecer, su padre le dijo que estaba muy cansado y quería ir a acostarse. Thanda le acompañó al cuarto, llevándole casi en brazos. Le ayudó a ponerse el pijama. Hacía una semana que no se había duchado, por debilidad en hacerlo solo y por pudor en que la madre de Thanda le ayudara. Le convenció y le acompañó a la ducha. Comprobó Thanda su avanzado estado de caquexia. Se le partía el corazón. Apenas podía tenerse de pie. Entró en la ducha con él, y abrazándole por la espalda, le jabonó y le lavó con esmero y toda su ternura, acariciando, por primera vez en su vida, todo su cuerpo. Le secó, le perfumó y le llevó a la cama matrimonial. Su padre tenía dificultad para respirar y Thanda se sentó detrás de él, haciendo que la espalda de su padre se recostara sobre su pecho, mientras le abrazaba y le daba ánimos para respirar lento e ir cayendo lentamente en un sereno sueño.

Cuando volvió su madre le contó lo ocurrido y le dijo que sería necesario buscar cómo administrarle oxígeno en casa. Habló con sus hermanas y con los servicios médicos y siguió rumbo a Sudáfrica. Volvería en tres días, tras dar su conferencia. En el vuelo, escribió sobre su padre y la maravillosa luz que significaba para su vida, por siempre.

Dio su conferencia en Durban. Había más de diez mil personas en la gran sala del *Durban Conference Hall*, incluido el primer ministro y varios ministros del gobierno. Fue en esa, la sala más grande de Sudáfrica donde Mandela dio veintiséis años antes su conferencia, ya en libertad, al *African National Congress* y Sudáfrica entró en su camino de libertad; y donde dieciséis años antes el pequeño Nkosi Johnson dio al mundo su testimonio, poco antes de morir.

Thanda habló con pasión de su estudio de la equidad y como el mundo debía converger hacia la curva ética de la equidad, entre países y dentro de ellos. Demostró como la gran mayoría de los pacientes y muertes por SIDA, tantas de ellas debidas a la avaricia de las patentes, se daban fuera de la curva de

equidad, y el SIDA a su vez aumentaba las desigualdades injustas. Habló del ejemplo de Ukuzwana y de la red Sibithanda. Terminó su conferencia en ndebele, con los clicks y metáforas de sus hermanos del norte. Su mensaje de justicia y armonía hacia las siguientes generaciones provocó cantos zulúes al final.

Se reunió con Patxi en Durban, ambos en foros muy diferentes, pero con la misma visión de un mundo justo, sin alambradas físicas ni mentales. El reencuentro fue emocionante. Sintió como el paso del tiempo había hecho meya en su segundo padre, Patxi. Con la txapela de Haka siempre puesta, se había ido encorvando su espalda ligeramente, quizás de tanto ofrecer su atención a quien le hablaba. Se pusieron al día de sus vidas y le pidió a Patxi que llevase a Ukuzwana, a la jacaranda de Haka, un frasco con tierras que había ido recogiendo de los más de cuarenta países donde había ido trabajando y derramando jirones del alma.

- Aita. Tu Ukuzwana será siempre una firme guía en mi caminar.

- *Lihambe kuhle umntwana wami* (ve en paz, hijo mío)

Thanda volvió quince mil kilómetros hacia su padre para decirle, como siempre hacía al compartirle sus retos: "*mission accomplished*" (misión cumplida). Había mejorado con algo de oxígeno. Thanda compartió dos días de profunda ternura con su padre antes de volver a su hogar vacío en México, ya completando una etapa más de su vida antes de seguir camino hacia Cuba.

CXXII. La ciencia y la conciencia, San Francisco, mayo 2017

Cuando Jonay le animó a ir hasta California y debatir el futuro de la Humanidad, entre la ciencia y el espíritu, Joseph preparó la ruta desde Ukuzwana, Zimbabue hasta Berkeley, California en su "*inyoni-enkulu*". En los últimos años había trabajado en un modelo que fue construyendo en su fábrica de inventos de Bulawayo. Con la ayuda del hijo de Thandiwe y Marco, Félix y de su grupo de aliados de la "fábrica de los sueños", habían conseguido elaborar moldes de fibra de vidrio y aligerar el peso a tan sólo unos cien kilos en su estructura, otros cien para las baterías y un peso máximo del pasajero y su equipaje de otros cien kilos. Su autonomía era de un máximo de cuatrocientos kilómetros, unas tres horas de vuelo. El diseño y el peso le permitían despegar y mantener el vuelo con menos de dos kilowatts/hora cada cien kilómetros, con un motor eléctrico de tan sólo dieciséis kilowatts, como una moto pequeña, alcanzar una velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora.

Preparó una ruta de "saltos" de trescientos kilómetros cada uno, aterrizando en pistas de eco aldeas en las que habían promovido el uso de vuelos ecológicos. Con Fernando y Umbela pensaron que, con una de cada treinta eco aldeas con pista de aviación, y uno o dos pequeños aviones ecológicos, tenían suficiente para vuelos cuando el "tempo piano", siempre recomendable, del caminar, la bici o el caballo no fuera suficiente.

Sus etapas le llevaron hasta Hwangue y sus manadas de elefantes, las cataratas Victoria, recordando a Haka, atravesó Zambia en cuatro etapas fascinado por sus extensas sabanas y llegó al lago Malawi bordeándolo hacia el norte hasta el lago Tanganika y sobrevolando después las fascinantes colinas de Burundi y Rwanda para luego seguir la costa norte del lago Victoria atravesando Uganda y Kenya hacia el lago Turkana adentrándose en las montañas de Etiopía llegando hasta Sudán donde siguió el Nilo hasta su delta

al Mediterráneo. Atravesó los ocho mil kilómetros de sur a norte de África en mes y medio, parando en cincuenta eco aldeas. Cruzó el Mediterráneo hasta Chipre, evitando las zonas de guerra del Medio Oriente, y llegó hasta las costas trucas. Desde allí cruzó Turquía y el Cáucaso para luego bordear ya en Rusia la costa occidental del mar Caspio y llegar unos días después hasta Kazajistán atravesando luego las inmensas praderas de Mongolia dirigiéndose hacia el norte siberiano hasta el estrecho de Bering. Fueron dos meses atravesando Asia y volando más de diez mil kilómetros. Cruzó el mar hasta Alaska y sobrevoló durante una semana sus montañas heladas, bordeando después la bella costa de British Columbia para luego llegar ya a los Estados Unidos atravesando los Estados de Washington y Oregón para llegar al norte de California.

En total fueron cinco meses de viaje visitando casi cien eco aldeas de todas las culturas y pasiones. Cuando aterrizaba en eco aldeas era recibido con cariño y admiración. Entre su reducido equipaje llevaba una impresora 3D con la que enseñaba a jóvenes durante el día de descanso en cada etapa, e imprimían, con restos de plásticos y otros materiales, piezas para construir sus propias impresoras 3D, un verdadero acto reproductivo para fabricar inventos útiles. De todo ello fue escribiendo un cuaderno de viaje y reflexionando sobre tantos pueblos del mundo, de tantas culturas y ecosistemas y como los inventos podían mejorar ciertas dimensiones del bienestar cuando no perturbaban la armonía natural y humana. De ello quería debatir en el evento sobre el futuro al que se iba acercando.

Cuando aterrizó en la eco aldea de Leytonville, en el condado de Mendocino, le estaba esperando Jonay. Hacía quince años que no se veían. Entonces Joseph era un joven ingenioso y apasionado por diseñar inventos desde que a los quince años le ayudó a Jonay a construir la máquina de "*take your time*" con la que prevenir la transmisión del SIDA de madres a hijos. Ahora Joseph

estaba en sus treinta, era un hombre fuerte y sabio, sensible al dolor ajeno, preocupado por el daño a la naturaleza, por las fronteras tan absurdas, que se diluían desde las alturas; y comprometido con contribuir a una Humanidad que amara a la naturaleza y con ello encontrara armonía en comunidad. Jonay ya se acercaba a los sesenta, las canas le habían nevado el cabello, que sujetaba en una coleta dejando ver una frente amplia, una mirada serena y dulce sobre una tupida barba blanca. Se mantenía en forma compartiendo el yoga con Aimsa, el galopar con Nour y las construcciones de cabañas, las navegaciones y aventuras en las montañas.

- *iJoseph, Amhlope Inyoni!* (ienhorabuena, pájaro!). Has cruzado el mundo volando. Quiero que me cuentes, que me lleves a volar con tus relatos de tus aventuras.

- Que bueno verte Jonay. ¡Crucé el mundo por tu invitación! Espero poder contribuir.

- Ya sólo con tu aventura inspiras valentía y...

- ¡Ternura!, ¡no cambias Jonay!

- En la esencia no Joseph. Y qué alegría verte tan fuerte y valiente. Te vi crecer desde que llegaste a Ukuzwana de niño. Cuéntame, ¿cómo está Nothando?

- Ella está bien. Aunque algo triste pues no puede concebir, y tenía muchas ganas de ser madre. Pero convivimos con muchos niños. Pasamos el taller un barrio al este de Bulawayo, donde también cultivamos. Empezamos siendo treinta huérfanos de Sibithanda y ahora ya somos cincuenta familias. En el taller trabajamos casi veinte personas y estamos diseñando muchos inventos para "futuro en armonía". Nothando se ha convertido en una maravillosa violinista que recorre eco aldeas, hospitales y escuelas. Su música tiene una fuerza de sanación. Siempre te recuerda cuando toca la lista de Schindler, y ha hecho versiones preciosas de la melodía para tu padre "Faltarán estrellas".

- De eso tenemos que hablar Joseph. En el congreso al que pedí que te

invitaran, en la Universidad de "Singularity", se han ido infiltrando las empresas que sólo entienden la vida compitiendo y acumulando ganancias y propiedades. Piensan en el futuro en términos de velocidad, eficiencia, mercado y ganancia. Se les olvida lo esencial, el objetivo de la armonía social y natural, ese es el más profundo y sereno bienestar.

- Qué bien Jonay. Aquí estoy para compartir y para aprender. Dime, ¿qué es la universidad de la singularidad? ¿Que pretenden?

- La fundó Ray Kurzweil, un genio desde su infancia, que ha ido fascinándose por el mundo de la inteligencia artificial a la vez de su obsesión por la inmortalidad. Cree que podremos encontrar en alianza con los robots. Fundó la universidad de la singularidad para ver cómo predecir el avance del conocimiento y su impacto en nuestras vidas, en especial cuando la inteligencia artificial supere nuestra capacidad mental colectiva. Tuvimos un debate interesante hace poco más de un año y le animé, a él y a otros científicos en la frontera del conocimiento tecnológico, en gran parte concentrada en este "Silicon Valley", a reflexionar como el avance del conocimiento encontraba el camino hacia el bien común y no el interés egoísta de gloria, riqueza o poder de unos pocos. Empezaron a hablar de "Bienes Públicos Globales". Es el momento de intentar rescatar el avance del conocimiento de las garras del mercado. Tu testimonio de tu fábrica de sueños, de sibithanda y su relación con la visión de la red de eco aldeas, será muy valioso. Estoy seguro, Joseph, que podrás inspirar muchas conciencias.

- Lo intentaré Joseph. Yo no he publicado nada y es la primera vez que salgo de Zimbabue.

- Y mira lo que has hecho. Nadie antes había volado medio mundo sin contaminar. Te van a empezar a conocer en este mundo del poder. Descansa

aquí en la eco aldea del Edén y yo espero tu aterrizaje pasado mañana en el paseo enfrente del Campanile.

Jonay llegó a Berkeley y preparó con el decano el recibimiento a Joseph en su enyoni-nkulu. Salieron estudiantes y profesores de todos los edificios de aquel kilómetro cuadrado del saber que concentraba más premios nobel que ningún otro lugar del planeta. Joseph aterrizó en su monoplaza solar con suavidad y pericia curtida tras su ruta de más de treinta mil kilómetros en los últimos cinco meses.

Le invitaron a relatar su ruta hasta Berkeley sin contaminar y compartiendo con comunidades en eco aldeas a través de todo el mundo. Dio su charla en el "*Dream Institute*", el mismo donde Thanda habló cinco años antes de sus estudios sobre la equidad. Nadie podía creer que no había utilizado nada de dinero en su ruta de seis meses por el mundo.

Al salir le preguntaron por su página web, por su WhatsApp, su Facebook, su Instagram, su LinkedIn, su Twitter, su canal YouTube, sus redes de buscar pareja, si se quedaba a dormir en un Airbnb, pedía su comida por Ubereats, se transportaba en taxis de Uber, si había medido sus pasos y gasto de calorías ese día y cuantas apps tenía en su iPhone. No entendía nada. Joseph no tenía teléfono móvil y apenas pasaba dos horas a la semana conectado para intercambiar ideas con gentes lejanas. Entre las eco aldeas tenían una dirección colectiva por comunidad e intercambiaban en un intracomm basado en un sistema operativo de acceso abierto, como los sistemas de compartir ideas de hardware y software en redes de todo el mundo, a las que contribuía. Habló con jóvenes en un seminario sobre las redes sociales e hizo un cálculo: cada joven, desde los diez o doce años, pasaba casi cinco horas mirando la pantalla de su teléfono móvil y viendo imágenes o chateando con sus redes

que de media eran unos mil “amigos” en cada una de las redes -las más usadas allí eran Facebook, WhatsApp, Instagram-, y unos quinientos en redes para trabajos o negocios, como LinkedIn, y para buscar parejas, en su mayoría temporales y para relaciones sexuales. Además, los jóvenes de aquel lado del mundo pasaban una media de tres horas diarias jugando videojuegos, casi todos con contenido violento. Si dos mil millones de jóvenes dedicaran la mitad de ese tiempo entregado a la “vanidad virtual” a colaborar en solidaridad al conocimiento y la equidad, serían más de tres billones y medio de horas al año capaces de lo más bello.

En los días siguientes Jonay y Joseph participaron en la conferencia de la universidad de la singularidad. Se celebró en el lujoso hotel Marriot de San Francisco. Asistieron más de tres mil científicos que, en la frontera del conocimiento, compartían, con cautela de guardar sus patentes, sus avances y sus visiones del futuro, que ya cambiaba según hablaban.

La conferencia inaugural estuvo a cargo de un matemático inglés llamado Ian Pearson quien en 1991 predijo la llegada de los mensajes de texto y ahora predecía los lentes de contacto inteligentes para acceder a información y comunicarse con movimientos oculares o sumergirse en realidades virtuales con hologramas y estímulos sensoriales, incluido el olor. Durante su charla llegó un dron a traerle una caja mientras explicaba como los transportes de pequeñas cargas, incluida la compra de la comida y el aseo, se haría por drones personalizados, con vuelta a casa automática, como palomas mensajeras. Tendrían nuestros datos y las compras se cargarían automáticamente por las señas a través de las lentes inteligentes.

Ray, quien ya trabajaba para Google habló de como las máquinas podrían empezar a pensar como humanos para el año 2025. Presentó a la compañía DeepMind y sus trabajos en algoritmos que eran ya capaces de aprender por

sí mismos sin necesidad de tener experiencia o información previa, a mil veces más rápido que el cerebro humano. Ante el asombro de todos dijo: "es posible que pronto podamos crear una computadora con conciencia propia y sentimientos". Jonay preguntó:

- Ray: ¿no crees que la conciencia de la existencia nace de sabernos temporales, que está en nuestra esencia de química orgánica?

- Gracias por la pregunta Jonay, y por haber animado el objetivo de este encuentro hacia el bien común. Creo que la temporalidad es la base de la angustia existencial, no de la conciencia de existencia, que puede existir con la eternidad.

- Precisamente esa angustia existencial se diluye en el amor. Pero, en condiciones de eternidad, ¿qué sentido tiene el amor, la bondad?

- La felicidad, armonía de vibraciones con las del planeta, de sentir en otra felicidad, que a su vez nos revierte. Es una transmisión cuántica. Buscando nuestro bienestar nos interesa el bienestar de los demás, independientemente de nuestra temporalidad. De ahí el impulso natural de la empatía.

- Entonces, la sensibilidad de la inestabilidad de las moléculas orgánicas y su relación con vibraciones cuánticas que se transmiten entre ellas, implica que la empatía es una cualidad de las formas de vida orgánica, no de las minerales como las computadoras y robots.

- Estamos ya diseñando computadoras cuánticas, Jonay, a una velocidad de operaciones un millón de veces superior a las binarias actuales, tendrán empatía y por ello conciencia propia y frente a otras formas de existencia que emitan vibraciones cuánticas.

En ese momento habló Elon Musk, el presidente de la empresa que legó el científico visionario Nicolas Tesla. Después de haber desarrollado los coches eléctricos más avanzados, aunque aún un lujo para la mayoría, estaban desarrollando el "*hyperloop*", un tren de alta velocidad en tubos de muy baja

presión de aire y rozamiento, que permitiría el transporte entre ciudades a más de quinientos kilómetros por hora. Dijo que planeaba enviar astronautas a Marte en el año 2024. Irían acompañados de robots encargados de construir equipos y extraer materiales para generar atmósferas de oxígeno, carbono y nitrógeno donde pueda florecer la vida vegetal y con ella la humana. Joseph quiso preguntar:

- Señor Tusk: Me llamo Joseph, vengo del sur de Zimbabue. ¿qué necesidad hay de ir hasta Marte cuando una gran parte de nuestro planeta no está habitada, y si lo cuidamos como debemos, nos ofrece las condiciones de vida a las que nos hemos adaptado durante dos millones de años de evolución?

- Precisamente por eso, Joseph: es inminente que habremos hecho este planeta invivible para nuestra especie y debemos emigrar. Así lo predijo Stephen Hawkins. No hemos sido capaces de cuidar de nuestro planeta. Quizás está en nuestra esencia ser antropocentristas y tendremos por ello que ser nómadas cada varios milenios a planetas en los que adaptarnos, antes de destruirlos.

- Eso choca con el argumento de Ray sobre nuestra conciencia y la que desarrollamos en los robots. Cualquier sentido de la propia existencia que sea inteligente y no suicida cambiaría nuestro comportamiento actual y evitaría el incierto futuro en otro planeta, además de la empatía de no dañar a otras formas de vida que se extinguirán por nuestro daño.

En ese momento intervino Jonay:

- Yo creo que el problema es la dilución de la conciencia cuando actuamos en masa. Claudicamos al ejercicio de nuestra conciencia, que es la libertad individual, por entregarnos a la seguridad y bienestar en las sociedades "anempáticas", superiores al tamaño humano de relaciones de empatía, unas cien a doscientas al momento y un máximo de quinientas a lo largo de la vida. Sin empatía no hay conciencia, sin conciencia no hay libertad.

Ray respondió, mientras el auditorio asistía atento a tan fascinante debate, entre ciencia y filosofía:

- Precisamente por ello, Jonay, necesitamos a las máquinas que desarrollarán un nivel de conciencia colaborativa y cuántica-empática, que nosotros hemos perdido viviendo en masa.

- Pero podemos tener como humanos empatía y dinámicas colaborativas si volvemos al tamaño humano, el que permite a nuestros cerebros vincular pensamientos a sentimientos y a acciones hacia el bien común.

- Pero Jonay, no creo que volvamos a esas comunidades pre-agrarias en mucho tiempo, quizás ya nunca. Nuestra epigenética nos ha modelado para vivir en masa y con jerarquías, y con ellos vender nuestra libertad.

- ¿Estás dibujando un mundo dominado por robots minerales evolutivamente eternos que dirigen las vidas de humanos orgánicos evolutivamente fugaces?

- Intento también avanzar hacia la eternidad orgánica con ayuda de la química de los nanomateriales autoreparadores y la edición genética que limpie nuestros defectos de fabricación y mantenga los telómeros largos evitando la senescencia. Quizás avanzando hacia la condición de eternos y en alianza con los robots con conciencia empática, no sea necesaria la vida gregaria que claudica a la conciencia individual.

En ese momento Joseph interpeló a Ray:

- Nuestra naturaleza orgánica es hacia la evolución mediante la reproducción sexual, mezclando nuestros genes y aumentando la biodiversidad y sus adaptaciones al medio. La condición de eternidad sería matemáticamente incompatible con la naturaleza sexual reproductiva para dar opción a nuevas vidas de disfrutar de esta aventura que llamamos vida. ¿No cree que sea egoísta la búsqueda de la eternidad, negando el espacio que hemos disfrutado, a generaciones potenciales venideras?

- Egoísta es la reproducción, en el fondo es por perpetuarnos. Mejor hacerlo

individualmente, ¿no cree?

- Bueno, yo no veo la reproducción como un afán egoísta de perpetuarse sino como una invitación, por acto de amor, a otras vidas a esta forma de existencia.

Siguió luego hablando James Young, un joven biólogo de Londres, quien tenía una prótesis de brazo que tenía la misma destreza que la biológica y mucha más fuerza. Dijo que ya tenían peticiones de prótesis para cambiar por miembros sanos o añadir nuevos. También desarrollaban audífonos capaces de oír a quinientos metros y lentes intraoculares capaces de discriminar una roca en la luna.

Sin la necesidad de nuevas prótesis, directivos de la empresa *Hyundai* presentaron trajes exoesqueletos que dotaban de fuerza sobrehumana, podían correr como un auto, saltar más de cinco metros o levantar pesos de hasta quinientos kilos sin cansancio muscular.

Varios científicos del *Silicon Valley* explicaron luego como la realidad virtual sustituiría a los libros y a la comunicación visual en dos dimensiones. Las escuelas podrían explicar la historia exponiendo a los estudiantes a una realidad virtual, por ejemplo, siendo parte de la conquista de América o la llegada a la luna, con miles de detalles que observar y analizar intuitivamente. Se presentaron unas gafas de realidad virtual llamadas *Oculus Rift*. Por el momento estaban sobre todo orientadas a los video juegos, pero se empezaban a aplicar en los programas escolares y universitarios. También empezarían a sustituir a los viajes por turismo o por negocios, costosos y contaminantes. *Expeditions* de Google presentó viajes a Chichén Itzá o Teotihuacán en México, o a la Antártida, incluyendo la sensación de frío o al Palacio de Buckingham, incluyendo un saludo con sensación táctil a la reina. Otra empresa que prefirió no identificarse, presentó una realidad virtual erótica, con tacto, olor y orgasmos garantizados.

En ese momento Joseph, asombrado por todo lo que estaba escuchando, pero también desconcertado, quiso preguntar:

- No logro entender como esos avances mejoran el bienestar humano. Por un lado, crean una realidad paralela con experiencias interesantes, pero: son entonces víctimas de creer como real lo que otros han creado para ellos, ¿no? Además, camino por las calles aquí en Estados Unidos y veo a casi todo el mundo pendiente de su pantalla y sin mirar alrededor. Viniendo hacia aquí en el BART (el tren que cruza debajo del agua la bahía de San Francisco) he contado que de trescientas veinte personas que han subido y bajado del vagón donde yo viajaba, sólo cuarenta no miraron sus teléfonos móviles, una de cada ocho. Intenté cruzar miradas con las dieciocho personas que viajaron a menos de tres metros de mí, y sólo dos cruzaron mi mirada, una de ellas sentí que se sintió intimidada y rápidamente la desvió: ¿No estamos con estos avances tecnológicos abstrayendo más a las personas de su realidad "real" y metiéndolas en realidades creadas donde son manipuladas por quien las cree? Y, es más: ¿al sumergirse en la realidad virtual cada vez más sofisticada, no se pierde la capacidad y habilidad de empatía, y, vuelvo al debate con Ray, se la cedemos a las máquinas?

Una persona llamada Frank, de la compañía HTC, contestó de forma defensiva:

- Su pregunta es contradictoria Joseph. Por un lado, dice que no debiéramos manipular vidas ajenas con la realidad virtual y por otro el negársela es evitar su libre decisión de combinar ese mundo con su realidad "real", de la que tienen derecho a "evadirse", es manipular sus vidas mediante la restricción. En Estados Unidos creemos en la libertad, Joseph, de cada persona a buscar la felicidad como desee.

- Creo que no me entiende, Frank. Si el impulso a la realidad virtual es evadirse la realidad "real", no sería más lógico enriquecer la realidad "real" de

aventuras épicas, belleza, ¿y amor? Y en el concepto de libertad en el que parece usted asumir que Estados Unidos tiene el liderazgo, ¿no cree que la verdadera libertad es la toma de decisiones consciente de su causa y consecuencia, y que deberíamos informar del efecto de atrofia de la empatía y robotización que puede tener en nuestra psique el abuso de la realidad virtual?

Hubo un murmullo. Las preguntas de Joseph empezaban a resultar incómodas para los presentadores y para la mayoría de los participantes, que aplaudían entusiasmados por cada nueva presentación del "mundo del futuro".

Sin inmutarse por la preocupación de Joseph, la compañía *Magic Leap* había desarrollado dedos casi imperceptibles, con lo que se desplegaban proyecciones de imágenes, videos, gráficas y hologramas interactivos con el leve movimiento de los dedos o conectados a las gafas o lentes de contacto inteligentes.

Siguieron presentaciones de directivos de *Toyota* presentando los "robots de apoyo humano". Explicaron que en la sociedad moderna cada vez más gente vivía sola y necesitaba cuidados especiales. Conforme aumentaba la esperanza de vida más personas vivían solas y en avanzada edad, con capacidades personales insuficientes para su autocuidado. Los avances de la inteligencia artificial y de la robótica habían permitido la creación de asistentes personales inteligentes. En ese momento desfilaron por la sala diez robots ofreciendo amablemente café.

Joseph y Jonay comentaron que había ideas y conocimientos, pero falta de dirección: ante la soledad de las personas mayores, casi impensable en África, la solución no era crear robots sino evitar esa soledad y no suplirla, en vano, con máquinas.

Habló luego un tal doctor Pearson quien explicó que para 2050 la nanotecnología permitiría conectar los cerebros a computadoras y "vivir en un

mundo simulado" mediante el concepto de "encaje neuronal". Consistía en un pequeño sensor inyectado en el cerebro de tal nano-dimensión que se integraría en las células. Desde el sensor se crearía una interfaz conectando el cerebro con la computadora de forma que nuestras experiencias pasarían a un disco duro del ordenador. En sentido inverso, la capacidad numérica y operativa del ordenador podría ser utilizada por el cerebro.

Hablaron luego arquitectos de las nuevas casas inteligentes, construidas por impresoras 3D, que responderían a la voz o mirada de sus habitantes ajustando temperatura, luz y auto reparándose. Las casas irían progresivamente formando parte de grandes rascacielos con pisos dedicados a gimnasios, espacios residenciales, oficinas de trabajo y supermercados con distribución automática de comidas y artículos de limpieza o cualquier otra necesidad. También los ingenieros hablaron de impresoras 3D gigantes capaces de construir puentes, carreteras, barcos, coches y aviones, atendidas por robots ensambladores, y distribuidos por camiones sin conductores.

Otros ingenieros eléctricos afirmaron que todos los avances descritos y formas de vida estarían para el 2050 alimentados por energías limpias, sobre todo basada en mares de paneles solares en las zonas desérticas, cuya energía se acumularía en hidrógeno verde y se distribuiría por cables submarinos por todo el mundo.

Fue entonces que Ray le pidió a Jonay que hablase sobre "el conocimiento y el bien común". Jonay se dirigió así a los más de tres mil participantes en la sala:

Hace unos diez mil años dejamos progresivamente de ser nómadas. Comenzamos a cultivar en lugar de recolectar, a criar ganado en lugar de cazar y a almacenar el grano en lugar de emigrar. Además, en comunidad edificada nos defendimos mejor de nuestros depredadores. Así aumentó nuestro bienestar y seguridad. Los asentamientos se fueron haciendo

numerosos en personas, muy por encima del número que podíamos conocer por empatía, y así entender, apreciar y realmente querer. Fuimos limitando nuestro instinto empático al círculo más cercano y organizando las relaciones con el resto mediante entes abstractos de creencias comunes, mitos y religiones y conceptos imaginarios de propiedad de tierras, cosechas y ganados. Con ello surgió una forma de intercambio entre esas supuestas "propiedades" llamada "dinero". Fuimos también creando vínculos mentales de propiedad entre parejas e hijos; y, conforme iban creciendo los asentamientos y compitiendo entre ellos, límites abstractos entre ciudades, países e imperios, llamados fronteras. Como se integró la necesidad y aún más la ambición de tener dinero y propiedades, y con ellos seguridad y poder, se crearon las armas y luego los ejércitos. Quienes creaban los mitos religiosos imponían a los demás normas de vida con el premio de la eternidad y la amenaza del infierno. Quienes creaban los mitos de los países, imperios, fronteras y sus gobernantes, imponían a los demás leyes y tributos con el premio de la seguridad y la amenaza de la cárcel o el destierro. Quienes creaban el concepto y el valor del dinero imponían su sumisión al mismo para satisfacer cualquier necesidad, con el premio del consumo innecesario y el castigo de la miseria. Todas esas jerarquías se fueron integrando en la Humanidad de forma que hay quien piensa, como Ray, que están en nuestra epigenética. El aceptar, a menudo sin ver alternativa alguna, la Fe en la religión dominante, las leyes y la nacionalidad del lugar de nacimiento, y el afán de competir por un consumo y propiedades, frente a los demás, exigen, exigen, una claudicación parcial de nuestra conciencia: la "subcontratamos" en la conciencia existencial y la ética personal a los religiosos o a los científicos, en la conciencia social y ética colectiva a los políticos, y en la conciencia de sobrevivir y el bienestar a la competición y al mercado. Pienso que ese grado de rendición de la conciencia a los poderes jerárquicos ha ido

aumentando cuanto más extensas han ido siendo nuestras comunidades, físicas y ahora también virtuales; y cuanto más ha ido progresando la tecnología orientada al mercado: al comprar y vender, es decir, casi toda ella. Por qué digo esto: porque el tamaño cada vez mayor va anulando las relaciones de empatía, y la diversificación y sofisticación de la tecnología y mercado globalizado, hace que no podamos conocer aquello que consumimos. Sin empatía ni conocimiento, nuestra conciencia se atrofia. Actuamos como partes de un sistema que piensa, siente y provee por nosotros.

¿Y qué somos sin conciencia? ¿Sin libertad individual, basada en decisiones informadas en su causa y consecuencia, y sin empatía que dirija esa libertad hacia el bien colectivo? Quizás hemos ganado con ello bienestar, sí. La esperanza de vida ha crecido paralela a los avances tecnológicos. Y quizá hemos ganado con ello conocimiento colectivo, seguro. Como hemos escuchado estos días conocemos la micromateria y la empezamos a ordenar a nuestra conveniencia y gusto con nanotecnología; y vamos adentrándonos en otros planetas hacia el universo.

Pero me pregunto: ¿Claudicando la conciencia y la libertad, podemos ser plenamente felices? ¿Qué es la felicidad? Cada vez hay más pruebas que la felicidad más profunda no viene del poder en la jerarquía, del acúmulo de propiedades ni de la supremacía religiosa sobre los demás y otras formas de vida. La más profunda felicidad, más bien, el sereno estado de gratitud hacia la vida, viene de ayudar a los demás, de sentir en ellos, con empatía, su bienestar. Casi se puede decir que, con una base cuántica, la frecuencia energética de la felicidad, se transmite y se retroalimenta. Quizás en ello está la explicación del amor, o más bien su magia.

En casi todos sus fascinantes inventos veo que nos alejan del amor, de cuidar del otro y de cuidar de la naturaleza. Temo que la inteligencia artificial nos usurpe los restos que nos quedan de conciencia, la comunicación virtual nos

agote la baja reserva de empatía y la mecanización de nuestra nutrición, nuestra vivienda y hasta nuestros movimientos, nos aleje de la interacción con la naturaleza a través de la realidad orgánica, bioquímica que compartimos con ella.

Realmente, amigos, creo que este maravilloso conocimiento así orientado nos aleja de nuestra naturaleza humana.

Y, además, está todo ello sometido al mercado. Inscribirse a estas sesiones costaba cinco mil dólares. Gracias Ray por invitarnos a Joseph y a mí. No podríamos haber asistido. Y nos duele estar aquí sin que otros puedan estar. Los privilegios nos pesan y nos avergüenzan en nuestra filosofía de las eco aldeas. Casi todos los inventores que han hablado trabajan para empresas que quieren expandirse más y más y buscan accionistas a quienes darles dividendos de las ganancias. Es curioso que hayan cooptado para esa idea la palabra de "equity" en inglés para ello, con un sentido totalmente opuesto del latín "justo". Cotizan en la bolsa donde sus valores son especulados por los poderes financieros y compiten en vender sus inventos para ganar más y más dinero. Claro, cada invento es blindado por "protección de patente" para gozar durante veinte años del monopolio de sus beneficios en el mercado. El "rat race" interminable. ¿Cuántos de ustedes tomas drogas para ir más rápido y pastillas para dormir, o antidepresivos? Casi uno de cada dos norteamericanos consume una de las tres, o combinaciones de ellas. Lo hacen para pagar la hipoteca de su casa, el seguro de su salud y la educación de sus hijos, todas ellas parte de negocios especulativos; y sus impuestos para que el gobierno proteja las propiedades y privilegios de quien más tiene y siembre el mundo de bases militares y arsenales nucleares para aplastar a quien desafíe su hegemonía.

Me temo que los inventos hacia el bienestar material, si no son para el bien de todos, irán en nuestra contra. Es por ello que hemos estado preparando,

desde la red de eco aldeas, un borrador de un "Tratado de los bienes públicos globales" que apoye a los científicos, facilite la colaboración y asegure que los adelantos vitales para la humanidad, lleguen a todos, y no sólo al privilegio acaparador de unos pocos. Espero que nos apoyen en este empeño.

Pero para relacionar estas ideas con la experiencia personal, les quiero presentar a mi buen amigo y paisano de una misión remota en Zimbabue desde donde llegó con el avión que él mismo inventó y fabricó.

No hubo aplausos como en las presentaciones con videos en 3D y hologramas, con música senso-round de cada invento presentado en esa semana. Hubo muchos murmullos. Hubiera querido saber ver, como Aimsa, las capas y auras en sus colores que flotaban sobre el ambiente.

Algo intimidado por tan inmensa audiencia con actitud escéptica o de rechazo frontal a las palabras de Jonay, Joseph tomó la palabra:

Hermanos y hermanas. Aún no nos conocemos, pero así os siento. Me llamo Joseph Beloki. Nací hace treinta y cinco años en las secas arenas del Kalahari de Zimbabue, Matabeleland. El calentamiento global iba agrietando las tierras donde crecí. Como muchos miles de jóvenes, mi padre se fue a trabajar a las minas de Sudáfrica, y como tantos otros, contagió a mi madre de SIDA. Así, como tantos miles, murió mi padre, y poco después se fue apagando la vida de mi madre. Los medicamentos que ya entonces salvaban las vidas de los enfermos de SIDA, eran muy caros pues sus comerciantes preferían aumentar sus ya enormes beneficios, antes que permitir que millones personas como mi madre pudieran vivir y ver a sus hijos, como yo, crecer. Murieron casi un millón de personas en mi país por no poder pagar esos precios tan altos, y dejaron más de cinco millones de huérfanos. Yo era aún muy pequeño, pero recuerdo bien como un hombre blanco, venido de muy lejos, cuidó de mi madre y de mis pobres abuelos con inmensa ternura. Unos traficantes de niños iban a engañar a mis abuelos para llevarme a Sudáfrica cuando aquel hombre

blanco, que pronto todos conocerían como "sindisabantu" -el que salva a la gente-, lo impidió. Unos años después, su hermano Haka, la persona más valiente que he conocido, desveló las redes de tráfico de niños y de órganos y rescató a muchos de nuestros hermanos y hermanas de las tinieblas más oscuras. Crecí en la misión de Ukuzwana, que luchó contra todas las fuentes de dolor que afligían a nuestro pueblo: la guerra, los abusos del gobierno, el hambre, las religiones del miedo, los venenos del comercio, como los de Monsanto, las redes de esclavitud y muerte y la plaga del SIDA. Se enfrentaron a prejuicios y jerarquías, políticos, religiosos y económicos, comenzaron a promover las relaciones de pareja seguras y honestas, y consiguieron traer el tratamiento del SIDA a mi país y luego a África, luchando contra las patentes. En ello colaboró el médico que les acaba de hablar, quien dio su alma a hermanarse con nosotros. Además de su alma sanadora, nos trajo la alianza con sus padres, pioneros en una isla del Atlántico donde fue creciendo el sueño de la utopía y con ella la inspiración de la red de eco aldeas espirituales, a la que hoy pertenecen más de quince millones de personas en más de cuarenta mil aldeas de todo el mundo. A él se unió una mujer que venía de estudiar en este lugar al que ahora he llegado, Aimsa Kamble, y que lidera ese movimiento que propone una nueva forma de vivir entre nosotros y con la naturaleza, a quien le hemos ido dando la espalda hipnotizados por el petróleo y el consumo. Volvemos a este lugar desde donde brota tanto maravilloso saber, pero también tanto daño, como las patentes, como el glifosato, como las armas que incendian de guerras mi continente, como la contaminación que asfixia los cielos y agrieta nuestras tierras.

Yo me dediqué desde niño a inventar artilugios que podían hacer bien a las personas. Empecé con Jonay a diseñar una máquina que ayudaba a las madres a prevenir la infección de SIDA a sus hijos, aun teniendo miedo de saber su estado y en ausencia de tratamiento para salvar sus vidas, cautivas de la

avaricia de los que se enriquecían obscenamente de las patentes. Seguimos inventando motores eléctricos, aerogeneradores, paneles solares con la arena de nuestros desiertos, formas de transportar, de secar hortalizas y frutas, de moler cereales y tubérculos, de aliviar el trabajo de los telares, de buscar agua, horadar pozos y sacar su agua, sembradoras y cosechadoras sin dañar la tierra, sistemas de comunicaciones, de audífonos para sordos o de prótesis para amputados. Y así llegamos a tener una impresora 3D y un ordenador de las que usted han desarrollado en este valle del saber, y con ello fuimos reciclando plásticos, hicimos piezas y ensamblamos más impresoras 3D para la red de eco aldeas de inventores, que ya somos más de mil en el mundo: compartimos ideas, diseños y experiencias. No hay relación de competir y acumular, sino de colaborar y compartir. No publicamos en revistas prestigiosas ni tenemos "PhD". No celebramos eventos en lujosos hoteles como éste, ni registramos propiedad de "patentes" pues cuanta más gente pueda usar lo que inventamos más felices somos.

Yo nunca había salido de Zimbabue. En seis meses he cruzado desde el cielo veinte países para llegar a esta reunión. He conocido en todos ellos eco aldeas que viven compartiendo y en armonía natural, sin mitos, jerarquías ni propiedades. En profundo amor y gratitud a ser parte de un clico de una vida mágica. He llegado a este valle del saber y les confieso que hay una sombra en mi alma que me entristece: casi todos están mirando a los teléfonos móviles más que a las personas que tienen enfrente. Ahora mismo que yo les hablo casi todos están más atentos a lo que esas pantallas les dicen. Son verdaderos dispositivos de abducción de conciencia de lo próximo, de lo real. Tienen miles de contactos, decenas de miles de videos y de músicas archivadas y el acceso a miles de millones de informaciones sobre lo que quieran investigar. Pero a pesar de tanta información virtual, no he visto apenas sonrisas ni miradas con brillo que se crucen con mi deseo de empatía.

Todos corren y todos buscan trabajar más, para tener más dinero, para comprar más y en esa carrera, siento con dolor decirlo, se les van muchas oportunidades de observar fascinados la belleza de esta vida, la real. La de una flor silvestre, la de oler la frescura del rocío de la mañana, la de saludar a un vecino que se cruzan y ofrecerle un abrazo, la de cultivar un huerto con esmero y de dónde cosechen al menos parte de su sustento, la de sentarse a contar historias y recuerdos sin trascendencia ni del poder ni del saber, pero sí del sentir. Y con todo ello pensar, con gratitud en nuestra existencia, efímera sí, pero con el propósito noble de hacer bien a los demás y dejar un lindo espacio a los que vienen.

He escuchado las pinceladas de un futuro asombroso: de personas con cápsulas de conexión dentro de sus células cerebrales y con lentes desde las que con movimientos oculares acceder a toda información y en todas sus dimensiones, y recibir la capacidad de ordenadores cuánticos que en red colaborativa tendrán capacidades inimaginables de cálculo de cada vez más volumen de datos, y algoritmos de decisión, de evolución propia y colectiva y hasta de sentido de conciencia colaborativa y quizás propia de supervivencia. Temo que ese sistema de control y de "orden" dominará nuestras vidas, horarios, acciones, pensamientos, decisiones, relaciones y quizás hasta aspiraciones. Conectados a impresoras 3D fabricarán con materiales clonados cualquier artilugio para nuestra necesidad o deseo, en dimensiones gigantes construirán casas, coches, aviones, puentes y caminos, que conectarán ciudades de altos rascacielos donde pasarán casi toda la vida organizada en trabajo desde sus pantallas, provisiones de alimentos clónicos y limpieza tóxica desde su pantalla, ocio desde sus pantallas y hasta relaciones desde sus pantallas, ya incorporadas a sus lentes inteligentes. Desde la punta de su dedo podrán proyectar imágenes, videos y hologramas y me temo que, hasta intentar, creo que en vano, sustituir las relaciones de amor con esa realidad

falsa. Lo que no provean los sistemas automáticos en sus edificios se lo traerán sus drones personalizados. Recibirán cuidados de robots asistentes que les cocinarán y limpiarán. Suplirán la falta de movimiento y trabajo físico con gimnasia personalizada, y la pérdida de fuerza, vista y oído con exoesqueletos, lentes y audífonos con capacidades cien veces superiores a las biológicas. Y cuando a pesar de los hologramas multisensoriales tengan el "primitivo deseo" de ir físicamente cerca de otras personas lo harán por sistemas automatizados de transporte y por hyperloops entre ciudades. Intentarán prolongar la vida con nanorobots reparando el desgaste natural del cuerpo, ingeniería genética supliendo a la selección natural y la mitosis, y partes robóticas sustituyendo partes caducas de nuestros cuerpos.

Y yo me pregunto, hermanos, ¿qué quedará de nuestra esencia de amar, de sentir, de entregar, heroicamente cuando toque, nuestra alma por una causa noble y por un ser amado?

¿No será mejor aceptar nuestra naturaleza efímera, crecer, vivir y morir con gratitud, sentir y disfrutar la belleza de lo natural y cercano?. ¿y con ello tener la valentía de vivir sin fronteras, sin propiedades y sin mitos?. Podemos hacerlo juntos sin dar la espalda al conocimiento que nos proteja de enfermedades y otras amenazas a nuestras vidas, y que nos ayude a comunicarnos y colaborar en ideas para el bien común. Ese bien común, como decía Jonay, debe llegar a todos, primero a quienes más lo necesitan. Como a mi madre Awande, quien hoy quizás estuviera aquí conmigo si la ambición de las patentes para secuestrar el conocimiento sanador para el enriquecimiento obsceno, innecesario y, siento decirlo, criminal, de unos pocos.

Ustedes van muy rápido hacia el futuro, los que más rápido van. Pero tengan cuidado: la velocidad es contraria a la paz de sus almas si la dirección es la equivocada.

Os quiero agradecer todo el bello conocimiento que sale de este valle, los sistemas de comunicación y de computación, y la investigación desde los quarks hasta los límites del cosmos, y de ellos como se dibuja el futuro con energía de fusión y transmisión cuántica. Sólo os pido que penséis que la mayor felicidad viene del compartir, y el más oscuro agujero espera al que compite y acumula.

CXXIII. Bioética y zapatismo, Chiapas, julio 2017

Thanda llevaba medio año viviendo sólo en la casa de las Lomas de Chapultepec. Cantaba a menudo la canción de Don McLean "empty chairs", que reflejaba el eco de su soledad. Nayra había dejado gran parte de su ropa, libros y recuerdos. Era como estar-con-ella-sin-estar-con-ella.

Siguió nadando cada amanecer a las seis y "tertulieando" con sus "compadres" del Náutico, donde sentía latir el México profundo. Como en los últimos cuatro años iba luego al trabajo en su linda oficina de la Delegación de la Unión Europea, con su fiel asistente Inge, su equipo de trabajo y Andrew, quien ya preparaba su jubilación y tenía toda cautela a importunar a nadie en Bruselas. Las alocadas propuestas de Thanda como el espacio Schengen con Centroamérica fueron desestimadas.

Mandaba cada mes un análisis de la situación socioeconómica en México y oportunidades de cooperación, pero nadie reaccionaba. Como tampoco nunca nadie reaccionó a su libro y artículos desde Berkeley. Releía a veces capítulos del Quijote y recordaba un suceso que comentaba a menudo con su padre: volvían de una de sus aventuras y Sancho le decía su mujer que le harían gobernador de una ínsula, ésta ni le creía ni le entendía, despreciando sus sueños y Sancho responde "no se ha hecho la miel para la boca del asno". Thanda, ante los silencios y desprecios de la jerarquía a menudo comentaba con su padre, con quien tenía tanta sintonía y tantos códigos entre ellos: "no se ha".

Tampoco encontró eco en el gobierno de México con los estudios de equidad. Consiguió datos por Estado y municipio y demostró una grave inequidad y un exceso de mortalidad por injusticia, de más de trescientas mil muertes, casi mil al día. Propuso un sistema justo de equidad fiscal que acabase con los miles de exoneraciones del "uno por mil" que amasaba fortunas y poder sin pudor alguno. Los más ricos de Mexico se erigían en salvadores del pueblo.

Por sus actividades en salud Thanda analizó la filantropía del multimillonario Slim, el Gates mexicano, que hizo fortuna con monopolios primero del tabaco y luego de las comunicaciones. En una reunión con la fundación del hombre más rico de México, a quien, como a Gates, se le ponía la alfombra roja para dirigirse a todos los ministros de salud en la asamblea mundial de la salud, expuso la relación entre las crecientes muertes por tabaco y los miles de millones de beneficios para luego dar una mínima parte en proyectos de salud aislados por la región, y pretender erigirse en líder del derecho a la salud.

Thanda no podía soportar la hipocresía del filantro-capitalismo y como los gobiernos y organismos internacionales, incluida la Unión Europea, se ponían a sus pies. También demostró por sus estudios de equidad desigualdades injustas en Mexico entre el Norte de los negocios, rico y el Sur de los cultivos y las minas, pobre. Propuso, de nuevo sin éxito, sistemas de equidad territorial como los que, al menos en la teoría y en la distribución de los “fondos de cohesión territorial” existían en la Unión Europea.

Dio clases sobre esas teorías y análisis globales y de México en las universidades de la UNAM, de Oaxaca, de Veracruz, de Chiapas y de San Luis Potosí, además de en centros de investigación, incluido el centro nacional de neuropsiquiatría donde analizó la relación entre el recientemente descrito “síndrome del acaparamiento” y la dinámica de las sociedades capitalistas. Al hablar abiertamente en esas conferencias fue llamado la atención por Bruselas por supuesto “conflicto de interés con su puesto de representante de la Unión Europea” ante lo cual explicó que su actividad académica fuera de los horarios laborales, desconectada de cualquier decisión contractual y basada en las cartas de los derechos humanos, de las cuales la Unión Europea era signataria. Tras sus empeños durante el día en programas de justicia social en México, volvía a casa donde le esperaba el eco de la soledad. Salvo alguna tertulia con sus valerosos tíos Margarita y Rodolfo, pasaba las tardes haciendo análisis y

proyecciones de la equidad mundial. Acababan de publicar los datos de demografía (población, nacimientos y muertes por grupo de edad y sexo) de todos los países del mundo, y podía actualizar el libro de equidad publicado por el gobierno de Costa Rica. Amplió los criterios de análisis de salud, de economía y de ecología, introdujo estudios subnacionales en los países más grandes, y planteó modelos de recaudación fiscal y territorial pasados en la redistribución necesaria para un mundo justo. Pasaba horas con las tablas de datos en Excel, manejando cientos de miles de datos a los que aplicaba fórmulas y algoritmos. Conectaba con gráficas interactivas con los mapas de Statplanet para convertirlos en videos de la evolución de la injusticia. Se le hacía cada día la medianoche tras más de seis horas analizando datos y escribiendo en grandes cartulinas gráficas e hipótesis, tan entusiasmado por los hallazgos, y a la vez alarmado por la situación de injusticia mundial, que se le olvidaba comer. Se ponía a la vez, en una pequeña ventana del ordenador, videos de entrevistas de Noam Chomsky sobre la perversa geopolítica mundial.

La injusticia seguía avanzando en el mundo y a su paso se destruían vidas humanas y naturaleza. Los amigos de Aimsa, que habían revelado al mundo la corrupción y perversión a través de miles de documentos y de emails de la Casa Blanca y del Pentágono, estaban refugiados. Julian en la embajada de Ecuador en Londres y Edward en un lugar secreto de Rusia. El aliado de Thanda en el partido X, Hervé, que destapó las cuentas sucias de los bancos en Suiza, también tenía que vivir escondido en España. La verdad era perseguida, mientras que la perversión del poder dominaba la prensa, los medios de comunicación y seguía dominando las vidas de la mayor parte de los habitantes del Planeta del agua, a quien una especie arrogante le llamaba "Tierra" y lo deforestaba, asfixiaba y llenaba de plásticos y tóxicos en un sistema de mitos y jerarquías que ahogaba las vidas de la mayor parte de los

seres humanos, en su profundidad de inmensa belleza y grandeza cada uno de ellos.

Por entonces, un amigo de Thanda supo de una filtración de otro empleado de banca en el paraíso fiscal de las Américas, Panamá. Con el nombre secreto de John Doe, escribió al periódico alemán Süddeutsche Zeitung proponiendo que hicieran públicos los miles de delitos de evasión fiscal que se revelaban en 2,6 terabytes de información. Cuatrocientos periodistas de todo el mundo organizaron más de diez millones de archivos de correos electrónicos, certificados, información bancaria de estados de cuentas, copias de pasaportes y documentos de identidad de los implicados. Los relacionaron con las actas de más de doscientas mil sociedades con las que había hecho negocios el despacho de abogados Mossack Fonseca dedicados a la fundación y gestión de sociedades offshore sobre todo en los paraísos fiscales británicos en las islas Caimán, Panamá, Bahamas y Seychelles. John Doe, desde su escondite, dijo que «la próxima revolución será digitalizada».

Thanda combinó sus estudios de equidad unos días con investigar en la web <https://offshoreleaks.icij.org/> los vínculos con los cabos sueltos que dejó Haka entre las conexiones del tráfico de niños, de prostitución, de órganos, de diamantes, de armas y de dinero oculto en Suiza. Había en la web casi un millón de “compañías offshore” vinculadas a nombres y operaciones financieras. La maraña de los poderes mundiales ahogaban a la Humanidad en tramas de extracciones de recursos naturales de forma destructiva, empleos laborales de formas abusivas, comercialización de productos tóxicos para la salud, tráfico de drogas, armas y hasta uranio enriquecido, evasión de fortunas a cuentas de sociedades secretas offshore y compra a nombre de esas sociedades fantasmas de islas, mansiones, yates, aviones privados y hasta hangares de armamentos y ejércitos de robots y de drones. Uno de los nombres que encontraron, figuraba en los últimos apuntes de Haka. Se

trataba de John Bredenkamp, de quien Haka desveló sus vínculos con la extracción de "diamantes de sangre" y los suministros de armas a la guerrilla. Pudieron ver en la web las transacciones de las empresas de Bredenkamp para compras de armas del ejército de Zimbabue en su apoyo a Kabila a cambio de concesiones de explotación de las minas de Coltán en disputa con Uganda y Rwanda. De aquellas minas salían los materiales de los teléfonos móviles, ya más numerosos que personas en el planeta, que abducían la conciencia de la Humanidad controlada por los grandes poderes manipuladores interrelacionados en otra red que estudiaba Aimsa. También encontraron que su red empresarial *Casalee*, ahora bajo una pantalla de empresa fantasma, era la principal comerciante de hojas de tabaco para las empresas asesinas de ese veneno al mundo, que causaba más de siete millones de muertes al año. En Zimbabue y en casi todos los países productores de las hojas que luego mezcladas con más de quinientos tóxicos envenenaban a más de mil millones de fumadores adictos en el mundo, ya habían sucumbido a la tentación de los venenos de Monsanto asociados con sus transgénicos. Monsanto también estaba ligada a los papeles de Panamá.

Thanda y Nayra, junto a Aimsa y Jonay, estudiaron como las conexiones entre casi la totalidad de diez más grandes compañías de extracción de recursos naturales, las petroleras o mineras, de las diez más grandes empresas de la agroindustria que dominaban el ochenta por ciento de la alimentación procesada, ya el ochenta por ciento de la alimentación humana; las empresas dominantes del comercio de armas, las de alcohol y del tabaco, las de modas, diamantes y perfumes, las de los grandes medios de comunicación y manipulación, las de grandes cadenas hoteleras y las siete de la gran Farma que dominaban el comercio de medicamentos bajo-patentes-contra-la-vida, estaban todas ellas ligadas a esa maraña de empresas fantasma desveladas en los papeles de Panamá. Como agujeros negros, succionaban gran parte del

dinero, ese perverso mito humano, en pocas y ocultas manos. Mientras tanto, más y más miles de millones se hundían lejos del “umbral de dignidad” que Thanda estimaba con sus cientos de miles de datos y algoritmos.

Tras el nombramiento formal de Thanda en Cuba, fue llamado a la reunión anual de jefes de cooperación en Bruselas. Sentía culpa por la huella de carbono por tantos viajes internacionales y la contradicción de esas reUniones en las que se defendía un futuro limpio de carbón mientras se llenaban los vuelos de funcionarios y expertos hablando de ello. Thanda expuso dicha contradicción y la de las reUniones en hoteles de lujo para hablar sobre la pobreza. Nadie reaccionó, aunque el silencio era ensordecedor. Lo que resultaba aún más remoto cuestionar y menos aún cambiar eran las estructuras de poder y la máquina capitalista de producción y consumos alejados de vidas sencillas y en armonía con la naturaleza, su cada vez más claro horizonte.

En las reUniones anuales de cooperación se juntaban unos cien colegas que atendían a los programas en unos ciento veinte países del mundo, además de otros colegas de las áreas de contratos y finanzas, y unos cincuenta embajadores de la Unión Europea en esos países. Se unían casi tres mil funcionarios de los servicios diplomáticos y de cooperación, para llenar la enorme sala de conferencias de “TournTaxi”, más dedicada durante el año a grandes conciertos. Hablaban los comisarios y directores generales, todo ello animado por profesionales de los medios y hasta dibujantes cómicos, música y aplausos casi codificados. Thanda se sentía extraño, por el sentimiento de culpa, por sentirse privilegiado, por el gran espectáculo de arrogancia de la jerarquía y sumisión de miles de personas que se sentaban bien alineados, más abajo y a oscuras, muy revelador de cómo funcionaba esa organización, y quizás todas las grandes organizaciones en las que, como en las grandes ciudades, se había perdido la empatía.

Tras las presentaciones grandilocuentes de los jefes, en los que se insistía en el vínculo de cooperación con la "crisis migratoria" que amenazaba las sacrosantas orillas europeas del privilegio, Thanda se atrevió a levantar la mano y hacer una pregunta, con las cámaras apuntándole y proyectando su imagen de rebelde-sin-corbata:

- Gracias por sus presentaciones. Disculpenme si me atrevo a decir que creo que nos falta humildad. Venimos de una larga historia en que nuestras acciones en otros países no siempre han sido justas. Hemos contaminado los cielos durante dos siglos y son esos países que llamamos "en desarrollo" los que más sufren los efectos del cambio climático. Nuestros modelos de producción y consumo no son sostenibles ni replicables a nivel global pues agotan otros límites planetarios. Además, nuestra cooperación es apenas un 0,5% de nuestra riqueza y al menos la mitad queda en la "industria de la cooperación" de consultores, hoteles y viajes de empresas europeas. Mientras acusamos a casi todos los otros países de no respetar los derechos humanos, nuestra "Europa-fortaleza" tiene un grado de responsabilidad en los miles de personas ahogadas en las orillas del Sur europeo. No podemos, por ello, presentarnos como líderes impolutos de modelos de bienestar sostenible de defensa de la solidaridad o de los derechos universales.

Cuando hacía preguntas así en grandes foros sentía un nerviosismo que hasta le hacía temblar las manos y el micrófono que sujetaba. No tenía el aplomo de Aimsa, ni la serenidad de Patxi, ni siquiera la síntesis de Jonay, pero sí intentaba de todos ellos, con quienes se sentía tan identificado, sacar la pasión por las ideas en las que creían.

Unos pocos aplaudieron, pero notó cierto rumor en la sala ante su "insolencia". De alguna manera, el lema de Trump que le llevó a la Casa Blanca, "América First" y su vehemencia de la supremacía americana, casi mesiánica; había calado en Europa, y se repetían los shows con los animadores británicos y

alabanzas al "liderazgo moral de Europa".

Asistió a interminables reUniones durante la semana con docenas de presentaciones *power point*, reglamentos, procedimientos y lenguaje críptico de cooperación que nunca Thanda dominó del todo, sobre todo cuando el clan francófono imponía su idioma. Entre unas y otras reUniones pudo reencontrarse con colegas entrañables del grupo de salud, que seguía defendiendo la política de salud global que Thanda lideró seis años atrás.

También tuvo entrañables reUniones con compañeros trabajando en todos los rincones del mundo. Notaba que cuanto más podía profundizar en los sentimientos, con diálogos personales y sin ruido alrededor, más encontraba empatía en torno a las ideas de una vida más sencilla en un mundo más justo respetando más a la naturaleza. Quizás esas tres pulsiones estaban en todas las almas y sólo fluían en los canales de empatía que precisaban del esmero e intensidad de la comunicación entre almas, no la de miles de personas, alienadas por jerarquías y lemas, logotipos y códigos, y ruidos, prisas y miedos-a-ser-uno-mismo.

Por las noches atravesaba el Parque del Cincuentenario recordando los más de cincuenta mil kilómetros en bici que recorrió durante una década por el maravilloso hayedo de Foret de Soignes, los miles de castaños de la avenida de Tervuren y la entrada al barrio de los cientos de edificios de la comisión, bajo los majestuosos arcos del "cinquenaire", celebrados por el hijo del gran genocida rey Leopoldo.

A pesar de las profundas contradicciones de la política, y hasta la cultura y los valores europeos, producto de su historia, encontraba muchos rincones y personas de profundos sentimientos y valentía. Se reencontró con Javier y escuchó fascinado su lucha por los derechos de los animales. Había animado partidos "animalistas" por todos los países de Europa y consiguieron entrar con representación en el Parlamento Europeo. También disfrutó de reunirse

con Johan y su familia, con profundo análisis y complicidad con la vida natural. O Lidia, una linda granadina centrada en su práctica budista que le protegía del rat-race europeo. Ahí estaban Jan y su fiel amistad y compromiso por las políticas de salud, Giorgio y su pasión por los encuentros de almas en la cultura, Georges y su pasión por la antroposofía, Jean Pierre y su lucha por la salud pública y tantos otros que, dentro del gran monstruo de jerarquías y procedimientos, mantenían su mirada brillante, su corazón desnudo y sus ideas valientes.

Llegaba a la casa de Jesús, un entrañable amigo con la mitad de edad y tremenda complicidad. El abuelo de Jesús había sido "compañero de pupitre" del padre de Thanda en el colegio de Lourdes, en Valladolid. Su amistad trascendió a las familias. A la vuelta de su tiempo de migrantes en Holanda, la madre de Jesús le ayudó con los "polinomios" a Thanda, y luego Thanda ayudó a Jesús en su tiempo de becario Erasmus y de stagiere en la Unión Europea, a la vez que Jesús enseñaba piano a sus hijas. Qué lindo cuando el amor fluía y se transmitía como trenzas constantes en el tiempo, pensaba Thanda. Tenían tertulias fascinantes sobre el mundo y como luchar desde dentro de esas instituciones de poder y jerarquía que "alienaban alineando". En su última vuelta de Bruselas a México, paró en Madrid para estar con sus padres. Encontró a su querido padre más débil. Aunque esta vez sí le reconoció su pensamiento seguía siendo lento, no tenía la fuerza física ni mental de hacer siquiera un sencillo dibujo o hacer una llamada por WhatsApp. Pero la ternura de su mirada, el calor de su abrazo, la atención a las aventuras que le contaba, y el estar sencillamente callado ante la chimenea en la casa de Robledo y sabiéndose-unidos-para-siempre, le producía a Thanda la más profunda alegría y, de alguna manera, razón para vivir. Una sóla sonrisa de aprobación de su padre a sus empeños por un mundo más justo justificaba todos los desencantos, frustraciones y, sobre todo, el desierto de la soledad.

Siguió su ruta de vuelta hacia México en un vuelo de Iberia que, cambiando el turno para coincidir, pilotaba su amigo Juan, quien había leído ya Valentía y Ternura y sentía mucha emoción recordando esas historias, como Thanda de su anónimo gesto en Buenos Aires.

Ya de vuelta en México trabajó los últimos tres meses con pasión. Afianzó con contratos, diálogos y acuerdos, el lindo programa de cohesión social en el que ya participaban más de trescientas personas entre funcionarios y representantes de la sociedad civil. Con ellos compartió ideas y propuestas de justicia en sendos eventos en la Ciudad de México, San Luis Potosí, Oaxaca y Chiapas. Como mensajes finales se planteó, con los datos de sus últimos análisis, la idea de la equidad a través de justicia fiscal y territorial, el contrato social basado en diálogos francos e información pública y transparente, y el camino de vuelta hacia la armonía con la naturaleza. Avanzó en el libro de la "ética de la equidad" basado en cuatrocientos gráficos y mapas interactivos, veinte videos y ochocientas páginas en las que intentaba demostrar la ética de la equidad, y el método de su métrica, implacable con la injusticia política, económica y ecológica que seguía rampando en todo el mundo.

Al final de sus cuatro años y medio en México, recibió una invitación a presentar sus análisis de la equidad en la Universidad de Chiapas. Pasó antes unos días en San Cristóbal de Las Casas donde cuatro años antes había sido vigilado y perseguido por posiblemente redes de narcos en connivencia con el poder, cuando colaboraba con organizaciones de defensa de los derechos humanos y de los pueblos indígenas como la organización de Fray Bartolomé de las Casas que lideraba su buen amigo Raúl, exiliado en el extremo norte del país. Tuvo entrañables encuentros con redes de campesinos, representantes del zapatismo indígena y con Jorge, un sociólogo y gran conocedor y aliado del zapatismo que estudiaba el aumento de suicidios de jóvenes indígenas, quizás por la profunda desconexión del tren enloquecido

de la Humanidad enajenada, como el que describió Marlo Morgan en las voces del desierto.

Jorge había organizado la conferencia "magistral" de Thanda en el aniversario de la Universidad Autónoma de Chiapas. Llegaron a su sede en Tuxtla y entró en la gran sala de conferencias donde, para su sorpresa, esperaban periodistas y cámaras de televisión. Dio su conferencia con pasión y mostrando también estudios de la inequidad en México y en Chiapas que preparó para el evento. Tras casi tres horas de conferencia desnudando las graves injusticias en el mundo y en México ante el cuerpo docente y muchos estudiantes, hubo preguntas y comentarios muy elogiosos, algunos emocionados. Cuando ya se disponía a marcharse, el rector de la universidad le entregó el nombramiento, "en base a sus estudios, a su constante esfuerzo desde la cooperación y por su defensa de la alianza sagrada del hombre con la naturaleza", de Profesor As-Honorem de Bioética. Aunque huía de títulos y su eco en jerarquías, aceptó emocionado ese reconocimiento y dijo las siguientes palabras:

La vida me trajo a este México mágico. Tierra de historias a veces crueles de unos imperios sobre otros. Testigo de la colonización y evangelización desde España sobre los saberes y creencias indígenas. Donde late impune la crueldad de unos pocos que acaparan el poder y la sumisión o rabia contenida de muchos a quienes apenas les alcanza para sobrevivir. Me duele ver su fascinante naturaleza manchada en muchas zonas por tóxicos de minas, fábricas y pozos de petróleo. Temo al sentir su maravillosa cultura culinaria amenazada por bebidas industriales y comida basura. Me contaminé para siempre de su alma zapoteca y maya, espiritual y mágica. Y os digo con preocupación como la veo salpicada de la enajenación por el consumo y poder del vecino del Norte. Como dice Octavio Paz, "tan cerca de él, tan lejos de Dios". De ese Dios de tantos rostros y formas que se concentra en el fervor por Guadalupe. De esa apuesta por la religión del amor que las jerarquías de

Iglesia y del poder cooptan para sus privilegios. De la más grande gentileza que el mundo conoce y que, atormentada, convive con la violencia más terrible. Me gritan en mi alma sus miles de muertos y desaparecidos que tantas madres y padres lloran sin posible consuelo. Y aún desde tanto dolor brota fértil su fascinante artesanía, literatura y cine, de tantos colores, olores y sabores que desbordan los sentidos, y tantos sentimientos que expresan los cantos y las miradas luminosas, que desbordan el corazón. No es posible sentir a México y no ser abrumado por tanta belleza, tanta pasión, tantas contradicciones, tantas almas que anhelan paz y armonía. No es posible cooperar con México y no aliarse con los que claman justicia, con desenmascarar las intrigas del poder, la arrogancia de la jerarquía, la "grilla" del palabreo y compadreo de los que tanto acaparan, la evasión de riquezas a Panamá que quitan de la mitad de los mexicanos sus derechos. Simplemente su taco, su poncho, su casita, su milpa y su paz del hogar con una educación digna de valores, una salud igual-para-todos y una justicia que persiga las "tranzas", condene al que abusa y defienda al que quiere vivir en paz y armonía. Aquí en Chiapas ustedes saben bien de eso. No dejen nunca de defender la ética de la equidad social y la bioética de nuestra alianza con la naturaleza, nuestra Madre Tierra, a la que dándole la espalda y entregándonos a la producción destructora y al consumo enajenado, seremos huérfanos perdidos en una vida sin sentido. He conocido en este país a miles de personas y organizaciones, viaje del norte al sur y del Caribe al Pacífico, de sus grandes ciudades a los pequeños pueblos, me enamoré de una mexicana, conocí a mi familia mexicana y me llevo, para siempre, a México y su inefable magia en el corazón.

Siguieron despedidas de colegas en la delegación, en el gobierno de México, las ONGs, las universidades, sus queridos tíos Margarita y Rodolfo, y su amigo del alma José Manuel. Nayra volvió para despedirse juntos en un rincón de

meditación del parque de Chapultepec.

Siguió Thanda su camino errante, ahora con destino a Cuba, donde seguir luchando por sus ideas con el corazón desnudo, el alma valiente y la mente viendo donde y cuando aportar ideas, alianzas y esfuerzos hacia un mundo más justo.

CXXIV. La furia de los vientos, Cuba, septiembre 2017

Thanda llegó a La Habana desde Ciudad de México el último día de agosto de 2017. Estados Unidos vivía dividida por el arrogante Trump quien no tenía reparo en insultar a quien se pusiese en el camino del capitalismo más salvaje. Europa se rompía con el Reino Unido ya negociando su divorcio de Europa bajo el "artículo 50". En Zimbabue Mugabe dejaba el poder tras treinta y siete años en que evolucionó desde héroe liberador a tirano dictador. El todopoderoso Xi Jinping de China, se convertía en el adalid del capitalismo globalizado, ¡quién lo iba a decir! En Asia los Rohingya eran perseguidos y masacrados por budistas de Myanmar. Ni el budismo se libraba de los fanáticos de "los monopolios de la verdad". La economía volvía a "crecer" y orgullosamente superaba la crisis especulativa de bancos que fueron rescatados con los impuestos de los ciudadanos a los que engañaron. Y los termómetros volvían, año tras año, a registrar las más altas temperaturas de los dos últimos siglos registrados, quizás de los últimos diez mil años.

Llegó de noche con una maleta, una mochila y su guitarra, al aeropuerto José Martí de La Habana. Le esperaban con cariño Marta, una periodista vasca caribeña por amor, y Virginie, una ecologista francesa trotamundos. Le llevaron a una casa que ocuparía en el barrio del Cubanacán. Era una linda casa de una planta con un cuidado jardín, una sala, dos cuartos, una pequeña cocina y otro cuarto en un altillo. Por el protocolo cubano, desconfiado de todos los extranjeros por su historia de víctima de espionajes, ataques y difamaciones, sobre todo por norteamericanos, asignaban a cada casa de extranjero diplomático una guardia custodia. Viniendo de México sin tal celo de seguridad y con un índice de homicidios mil veces mayor, Thanda veía innecesaria la presencia de tal "custodia", además de sentirse culpable por tal privilegio y el hecho de que "alguien-trabajase-para-otro" en lugar de "para el bien-común". No sólo estaba así planteada su vida en Cuba de acuerdo a

su rol diplomático, sino que además en la casa trabajaba un viejo jardinero al que todos llamaban Papito, y una persona que ayudaba en la limpieza, Yeny. El firme deseo de Thanda era vivir, de acuerdo a sus ideas sociales y a la visión de energía libre desvinculada de lo material, con pocas cosas, compartiendo las que tuviera y el bien común. Llegaba, como en México, a una casa privilegiada, con personas dedicadas a su seguridad y su bienestar, y con una mudanza pendiente donde traería también un Nissan pick up, todo un privilegio exclusivísimo en Cuba el tener un auto, aunque su intención era la de ayudar en transportes y cargas a la gente. Con esos pensamientos se acostó oyendo grillos y ranas, la brisa del mar cercano peinando la imponente palma real del jardín, y sintiendo en su piel la cálida humedad del trópico que anunciaba mil aventuras en tal mítica isla, si abría su valiente corazón.

En su primer amanecer se propuso cambiar la piscina del club náutico mexicano, del que "Groucho Marx nunca hubiera sido miembro", por el mar del barrio del náutico, a unos diez minutos de su casa, cruzando la famosa quinta avenida. Encontró una entrada entre las rocas de granito sobre las que rompía el mar, bravo ya por la temporada de ciclones, y se adentró con cuidado nadando, mientras tanteaba las corrientes, unos trescientos metros mar adentro. Pudo atisbar al oeste la línea del malecón y las míticas figuras del hotel nacional, el Habana libre y el Capitolio. Al este se adivinaba la marina Hemigway y una silueta que pensó podría ser la Escuela Latinoamericana de Medicina. Se sintió profundamente feliz de estar allí y se prometió a sí mismo poner toda su alma en vincular a Cuba con el noble ejemplo de Eila para inspirar con toda la fuerza a una humanidad que cambiara su ritmo cruel, destructor y suicida.

Paseó el fin de semana para conocer mejor el barrio, a las lindas familias vasco-dominicana de Marta y Tobías, franco-fijiana-cubana de Virginie y Yander y a un vecino franco-italiano que dirigía la todopoderosa empresa

constructora Buigues. En los siguientes días comenzó a compartir con vecinos tertulias, encuentros de Taichi en un descampado próximo, canciones a la guitarra y veladas en la pequeña caseta de los custodios, donde pasaba más tiempo casi que en la casa grande. Pasaron también a verle Pedro, Suzy y Haidée, con quienes celebró su llegada y le regalaron una "olla reina", presente en casi todos los hogares de Cuba y útil para cocinar el arroz, los frijoles y las "viandas" tropicales, que serían la base de la dieta de Thanda. Pasado el primer fin de semana de "bautismo" en la Habana, comenzó su primera semana de trabajo en la delegación de la Unión Europea en Cuba. Cada mañana le recogían Marta y Tobías en su auto y le llevaban, oyendo trova cubana y latina, por la quinta avenida hasta su cruce con la 22. Allí se erigía un palacete, hasta con almenas, propiedad antigua expropiada a algún hacendado que aún reclamaba de vez en cuando y a gritos desde el paseo central de la quinta o en los despachos de abogados de Miami, su derecho a volver a su mansión. Saludó con cariño, como hacía en México, al custodio, la recepcionista, la limpiadora, los colegas de la administración en la planta baja, los de la sección política, y por último a su equipo: además de Marta y Virginie, le esperaba Silvia, una linda mujer cubana, discreta en su expresión, de tremenda amabilidad, respeto y atención. Thanda se instaló en su oficina, esta vez sin la pradera de la de México ni sus sillones rojos, pero linda, sencilla y con mucha luz. Ordenó sus archivos en documentos de referencia, relativos a cada sector de cooperación (agricultura, energía y economía), a la investigación y la educación, la cultura y la sociedad civil, las inversiones, los programas regionales, los "briefings" y los informes periódicos que se proponía seguir haciendo, aunque nadie los leyese ni reaccionase en Bruselas. Puso la foto de su padre, de cuando vivieron juntos en Canarias, la de su madre con él de bebé en sus brazos, una con sus hijas en Ukuzwana, otra con sus hijos del corazón Adam, Nour y Unai, y una con Nayra en el viaje sorpresa

a Venecia.

Unos días después llegó Unai, quien se había decidido a estudiar “ciencias de los alimentos” en la universidad de La Habana. Thanda le apoyó en los trámites de documentos académicos y de visados, le compró, para sus transportes por los estudios, una moto que vendría con la mudanza, le ayudó con Pedro a su inscripción en la universidad y le recibió con su corazón y su hogar abiertos de par en par. Al llegar al aeropuerto de La Habana tuvieron que esperar casi seis horas, Unai en una cola para la revisión de su maleta, y Thanda, en la tórrida y atestada sala de espera. La razón fue que la policía aduanera había detectado un “router” que Unai traía para poder tener acceso a alguna fuente de wifi, artilugio que casi adolescente europeo usaba en sus comunicaciones. Muy significativo de la situación y temores políticos en Cuba, cualquier comunicación inalámbrica, hasta un simple “walky-talky” era considerado sospecha de planes de espionaje y traición a la revolución. Tras retirársele el router, Unai pudo entrar en territorio cubano. Thanda y Unai se abrazaron emocionados. Unai le sentía como padre, sentía en él a Patxi; y Thanda sentía a Unai, como en Adam y Nour, como sus hijos. Llegaron a su casa en Cubanacan donde Unai quiso ocupar el humilde cuarto en el altillo.

Al día siguiente fueron a ver a la decana del Instituto de Farmacia y Alimentos, en una finca de unas diez hectáreas, calculó Thanda, en las afueras de La Habana, conocida como La Coronela, seguramente por referencia, como casi todos los lugares y nombres de plazas y calles, instituciones, cooperativas y municipios; a héroes de la revolución cubana. Tras pasar la rudimentaria barrera con custodios, iba viendo que ése era uno de los trabajos más comunes en Cuba, un país sin apenas crimen ni robos, se adentraron en un camino de tierra entre praderas silvestres hasta un viejo edificio que parecía semiabandonado. Subiendo escaleras de madera crujiente llegaron al despacho de la decana que les recibió con mucho afecto. Les explicó la historia

del instituto, el currículo, las áreas de investigación y las condiciones en las que trabajaban. Thanda comprobó que tenían muy pocos recursos, con carencias de útiles tan básicos como papel y bolígrafos, menos aún ordenadores o móviles, o wifi para conectarse, o transporte. El sueldo de la decana no llegaba al equivalente de cincuenta Euros y sin embargo rezumaba sentido de compromiso, de servicio y un gran rigor intelectual.

Quiso ir sentando las bases de su trabajo en las relaciones de confianza y de empatía. Empezó por llamar a su "contraparte cubana", la directora para relaciones con Europa en el Ministerio de Comercio y Cooperación, MINCEX, Inalvis. Sonó algo fría y precavida en la primera llamada. Acordaron un encuentro de sus equipos. Inalvis era una mujer de edad media muy agradable, y cortada con ese patrón, como Silvia, que Thanda empezó a sentir común y cotidiano en Cuba: amable, afectuosa, sutilmente femenina, de sonrisa fluida pero no exagerada, de mirada atenta pero no intrusiva y de una voz suave y parsimoniosa. A pesar del buen trato, Thanda pudo percibir que había en Inalvis y en su equipo cierto recelo a compartir información. A las preguntas de Thanda sobre la existencia de una política de cooperación, o estadísticas de ayuda recibida, o la existencia de mesas de diálogo de los sectores prioritarios, las respuestas eran: "existen, pero en este momento aún no las podemos compartir". Con el tiempo Thanda entendería el por qué.

En los siguientes días fue conociendo a sus pares en los ministerios de la agricultura, la energía y la economía. Así conoció a Maruchi, una mujer aparentemente dura y combativa, pero de un gran corazón y respeto, con la que fue estableciendo un aprecio mutuo y compromiso por librar a Cuba del yugo de la dependencia de importaciones de alimentos. Le presentaron luego a Rosell -era frecuente usar el apellido para dirigirse a muchas personas, sin por ello significar distancia afectiva alguna-, un brillante ingeniero al cargo del programa nacional de energía, y entregado en cuerpo y alma al compromiso

que dos años antes había hecho Cuba en París de llegar en el 2030 al 24% de su electricidad proveniente de fuentes limpias, y que alternaba misiones secretas de apoyo a Venezuela, sufriendo ataques informáticos de Estados Unidos a su sistema eléctrico. Llegó luego a conocer a una persona que le impactó profundamente: Alfredo Jam. Conocido por todos como Jam, era un hombre de setenta y tantos pero que aparentaba muchos menos. De hecho, su piel era tersa, su cabello tupido, su mirada achinada y despierta y su sonrisa pícaro, como la de un adolescente. Su trato era amable y pronto afectuoso, hablaba muy bajo, pero con tal agudeza de pensamiento que todos a su alrededor guardaban, cuando hablaba, un silencio casi solemne para escucharle. Nieto de emigrantes chinos al oriente de la isla, Jam se curtió desde adolescente en el fragor revolucionario y estudió economía, que en Cuba equivalía a estudiar marxismo, y luego hizo su doctorado en la entonces Unión Soviética, en ruso, sobre la planificación centralizada. Llevaba más de cincuenta años trabajando en el ministerio de la economía comunista de Cuba y le habían dado hacía unos años el último Premio Nacional de Economía y con ello, de manos directas de Fidel, un viejo Lada que cuidaba con devoción. Coordinaba un bello programa de cooperación que animaba el intercambio de funcionarios entre Cuba y países de la Unión Europea para ir implementado los "lineamientos del partido comunista" para la "modernización socioeconómica". Dialogaban sobre políticas y programas económicos, comerciales, fiscales, estadísticos y judiciales. Pero el proyecto más querido de Jam, su sueño, era reutilizar las aguas sucias porcinas en un municipio de la provincia de Matanzas llamado Martí, para propulsar transporte público no contaminante. Thanda elaboró esa idea inicial en otras dimensiones y le propuso a Jam la idea de un "Martí eco soberano", como Eila. Fueron fraguando así una amistad basada en sincero aprecio mutuo y la complicidad en ideas. Visualizaban el sueño hacia otra luz poderosa, esta vez para Cuba,

para salir de las tinieblas de la producción destructiva y el consumo enajenado. La amistad no restaba el hermetismo cubano celoso de compartir la "cocina interna" a "entrometidos extranjeros" y ante la pregunta de:

- Dime Alfredo, ¿cual es el Producto Interior Bruto per capita y el GINI en Cuba? Sin esa información no sabemos ni la dirección ni la velocidad a la que viajamos.

Y Alfredo, con su sonrisa pícaro y cálida respondía:

- Tenednos paciencia hermano. Hay razones para todo y momentos para lo oportuno.

Los días de Thanda transcurrían en una linda rutina. Se levantaba con el gallo que le dio, junto a tres gallinas, el padre de uno de los amigos-custodios, el bueno de Ariel, y al que llamó "Paco". Componía poesía al amanecer. Se iba con tan sólo un bañador hasta la costa rocosa del barrio náutico. Nadaba al amanecer hacia mar adentro hasta ver el Capitolio al levante y la Escuela Latinoamericana de Medicina al poniente. Volvía para desayunar un jugo de frutas con Unai, quien poco después emprendía su viaje en moto hasta "la colina" de la universidad de La Habana y desde cuya vetusta aula podía ver la bella Mater Dei. Thanda tertulieaba un rato con Papito y con el custodio-de-nada de turno, y se unía a Marta y Tobías a viajar por la bella quinta avenida hasta la oficina. Entraba saludando con cariño y casi, entre abrazos y confidencias, pasaba unos diez minutos de "fluir entrañable" con colegas del trabajo hasta que abría su ordenador y leía el medio centenar de emails que la mañana adelantada de Bruselas había generado. Respondía a lo necesario. Estudiaba a pesar de la opacidad de datos, la economía, sociología y ecología local. Mantenía algunas reUniones con su equipo, con visitantes y con las instituciones cubanas con las que cooperaban. Comía en encuentro entrañable de camaradería en la cocina de la delegación. Iba cayendo el día. Más documentos, informes de proyectos, propuestas de otros nuevos. Volvía de

nuevo con Marta y Tobías hasta Cubanacán. Llegaba a casa reencontrándose con cariño con Unai. Se contaban la jornada, hacían un juego de “fut-tenis” que se inventaron combinando la habilidad del fútbol de Unai y del tenis de Thanda. Iban luego hasta la verja de la casa de Marta y Tobías para “pescar ondas” y recibir en sus teléfonos móviles mensajes de la familia, amigos y Unai de Altea y Thanda de Nayra. Cayendo el atardecer preparaban una sencilla cena con la poca variedad de alimentos que conseguían. Veían a veces una serie policíaca que tenía guardada en su laptop Unai. Thanda cantaba un rato con su guitarra en la caseta de sus amigos-custodios, sobre todo cuando coincidía Toni, un negro y fuerte cincuentón y santero que se emocionaba con las canciones de Serrat, Pablo, Silvio y Aute que Thanda cantaba acompañando con sencillos acordes. Ya viendo las estrellas, oyendo los grillos y dando gracias a la vida se acostaba bajo una mosquitera leyendo los mensajes recibidos y a veces algunas páginas de Marti, de Alejo o de Padura. Thanda se sentía feliz con el regalo mágico de cada día.

Una semana después de llegar a Cuba, Ruviera, “el hombre del tiempo” dijo por la televisión que veían en la caseta de los custodios, que se acercaba un huracán al que habían llamado “Irma”, siguiendo la secuencia de nombres de mujer y el alfabeto. Día a día vieron por las imágenes de satélite en el noticiero como Irma se acercaba a la “mayor de las Antillas”. Pusieron placas de protección en las ventanas y se refugiaron Thanda, Unai y Vicente, el custodio de turno, de tremenda amabilidad y cortesía, en el garaje de la casa. Apagaron las luces para evitar incendios y se sentaron con mantas y algunos alimentos esperando el golpe de la furiosa naturaleza. Fueron oyendo por radio como Irma afectó el norte del oriente cubano. Era el primer huracán categoría cinco que tocaba con su ojo tierra cubana desde 1932. Entró en la isla por Cayo Romano, al norte de Camagüey, a las nueve de la noche del ocho de septiembre. Thanda fue siendo testigo de la gran capacidad de organización

del pueblo cubano. La práctica totalidad de los cubanos eran miembros de los comités de defensa de la revolución, "CDR", con un responsable por cada "cuadra" (manzana). A ello se unía un verdadero ejército de "defensa civil" que casa por casa fueron evacuando hasta un millón de personas en zonas de riesgo o casas precarias, trasladándose en su mayoría a casas de familiares, amigos o simplemente conciudadanos solidarios y en parte a escuelas y edificios públicos habilitados y protegidos con placas de zinc y maderas. Se aseguraron transportes de emergencias y acopio de alimentos y agua. En las zonas más afectadas el huracán mantuvo durante dos a tres interminables horas vientos circulares de más de doscientos kilómetros por hora. Cuando llegó a La Habana, Thanda y Unai veían por rendijas de las ventanas apuntaladas como se movían los enormes mangos y la palma real de más de veinte metros de altura, como si fueran pequeñas hojas de hierba que soplar un gigante a unos centímetros. Cayeron pencas de palma, ramas de los mangos y todos sus frutos aún sin madurar, ramas de los imponentes ficus del jardín, y algunos de los árboles menos grandes fueron arrancados de cuajo. Thanda sentía como si el rugir del viento pareciera expresar un hondo lamento o protesta de la naturaleza. A la vez sintió una inconfesable fascinación por tan magnífica fuerza y una extraña sensación de ser parte de ella y de su rabia contenida.

En apenas día y medio el huracán Irma dejó la isla para dirigirse hacia Florida. Las brigadas de rescate y salvamento salieron a rescatar personas y familias atrapadas. Olas de hasta diez metros de altura arremetieron violentas contra el malecón e inundaron las calles, plazas, parques, casas y edificios hasta varios cientos de metros al interior. La Habana amaneció a oscuras, con algunas casas derruidas, miles de árboles arrancados de cuajo, autos volcados y gentes tímidamente saliendo a ver los efectos de la enfurecida naturaleza. Thanda y Unai fueron hasta las calles del náutico donde vieron aún romper

gigantes olas que convertían las calles costeras en caudalosos ríos. En los siguientes días el país fue evaluando los daños: decenas de miles de hectáreas de plátano, maíz y frijoles fueron devastadas, también decenas de miles de viviendas quedaron sin techumbre, sin agua ni electricidad. Por todo el país cayeron postes y cables eléctricos, las crecidas de los ríos derrumbaron viaductos, y las olas rompieron paseos y casas frente a la costa.

La isla del verde caimán sufría casi un huracán al año y éste era especialmente virulento, pero la militar organización de la sociedad, el trabajo de la Defensa Civil y de las Fuerzas Armadas, de los Consejos de Defensa y de todo el pueblo organizado y solidario evitaron que muriera ningún cubano.

En los días siguientes el país se movilizó en la reconstrucción de lo dañado, aunque se calculó que la recuperación total tardaría al menos una década. En la isla, azotada por el embargo de Estados Unidos y una economía ineficiente por su centralismo y su dependencia primero soviética y luego venezolana, las pérdidas se calcularon en más de cien mil millones de Euros.

Médicos y enfermeras peinaron el país en busca de quien precisase atención, soldados y voluntarios retiraban árboles, autos y escombros de las vías públicas, y achicaban agua de las viviendas, y miles de "linieros" reparaban postes y líneas eléctricas. Casi todo el trabajo era voluntario o por sueldos mínimos. Thanda no salía de su asombro al comprobar un espíritu solidario ya casi extinguido en el resto del mundo. Pero aún más sorprendente era la calma y hasta el sentido del humor con el que encajaban tan duro golpe. Las fuertes lluvias y las bravas olas habían inundado los túneles bajo el río Almendares, uniendo Miramar y el vedado, y bajo la entrada a la Bahía, entre centro Habana y la Habana Vieja. Niños y jóvenes habaneros fueron resueltos a darse alegres chapuzones, como riéndose de su frágil destino y dando gracias por la piscina inesperada en los bajos de los túneles.

No cabía tanta solidaridad dentro de las orillas de aquella mágica isla. Aún

retirando escombros y sin luz ni agua, Cuba enviaba médicos y enfermeras, brigadas de rescate y linieros a una docena de islas caribeñas afectadas, y ofrecía de nuevo, en vano, su ayuda a Estados Unidos, que no cejaba un día, ni siquiera en mitad de la tragedia, de atacar y difamar a la isla revolucionaria. La semana después del huracán Thanda comenzó a sentir cansancio y se notó un poco caliente. No le dio importancia y aguantó la semana sin demasiadas fuerzas para nadar por la mañana o correr con Unai por las tardes. Durante el fin de semana apareció un rash de pequeñas manchas rojas por todo el cuerpo. Eran todos ellos signos de Zika, la enfermedad que se extendía por las regiones tropicales de América, transmitida, como el dengue, por el mosquito Aedes. No dejó de ir ningún día a trabajar como se tenía a honra de nunca haber faltado un día al trabajo, inspirado en el sentido de honestidad de su padre. Las llamadas "enfermedades vectoriales", transmitidas por insectos, aumentaban por todas las regiones del mundo como consecuencia del cambio climático. Thanda pensó en el frágil equilibrio del hombre con la naturaleza. Con la flora de cientos de especies y miles de millones de bacterias en su intestino y en su piel. Con los virus que bombardeaban durante toda la vida su sistema inmune y, los más exitosos, se introducían en sus genes acelerando procesos de selección natural. Con virus y parásitos que combinaban fases reproductivas en invertebrados y en mamíferos. Con miles de millones de moléculas que el cuerpo humano aprendía desde niño a identificar con su ejército de linfocitos y anticuerpos como "amigas" o "enemigas", equivocándose no pocas veces y autolesionándose. Con decenas de miles de productos químicos producidos el hombre y que iban afectándole mientras, a veces pasadas muchas décadas, se iban demostrando, casi sin excepción, tóxicas. La relación del cuerpo humano, ese "ensamblaje transitorio de moléculas", con el ecosistema que le rodeaba y del cual era parte, se desequilibraba por el antropocentrismo y su afán dominante y

destructor. Sí, avanzaba a la vez en tratar dichas dolencias y vivir más años, ¿pero por cuanto tiempo podría mantener tal cruel e insensible dominancia? Ya recuperado del huracán y del Zika, e integrado en el trabajo y en el barrio, Thanda y Unai asistieron a un concierto de Silvio Rodríguez en el humilde barrio de La Lisa. En una pequeña esplanada entre casas autoconstruidas con bloques de hormigón y chapas de zinc, embarrada por el huracán y las tormentas tropicales, los imprescindibles invisibles, como los llamaba Silvio, habían instalado una plataforma con el sistema de sonido y de luces. Se habían juntado unas doscientas personas para escuchar al mítico cantautor, bandera de la poesía de la revolución y de reflexiones existenciales tan crípticas como bellas que Thanda había cantado desde adolescente. Sobre la docena de casas colindantes se encaramaban en las terrazas y en los tejados cubanos humildes, hombres con el torso al aire, abuelos con los rostros curtidos y las vistas cansadas, abuelas con rulos y batas caseras, mujeres luciendo sin pudor sus voluptuosas curvas, niños correteando los edificios y las plazas o encaramándose a los grandes laureles que habían resistido a la furia de Irma. Comenzó el concierto. Apareció Silvio con su guitarra, su esposa Niurka con su flauta, y otros músicos que acompañaban con el bajo, percusiones y el tres. Thanda se emocionó al oír la primera canción, "rabo de nube", tan simbólica tras la desolación del huracán:

"... que se llevara lo malo, y nos dejara el querube... un barredor de tristezas, un aguacero en venganza, que cuando escampe parezca...nuestra esperanza..."

El público cantaba emocionado las canciones que conocían, muchas de ellas desde hacía más de cuarenta años. Unai le miraba con ternura a Thanda cantar emocionado aquellos himnos que acompañaron en España las luchas por la libertad contra el franquismo. Los cantos de Silvio inspiraban a los bravos y dignos pueblos de Latinoamérica a levantarse frente al imperialismo

y su peor arma, el capitalismo cruel. Hablaban de amor sin el pudor católico y sin los códigos de propiedad que tanto ahogaban el amor libre y sin filtros en Europa. Llegó su preferida y no pudo reprimir sus lágrimas. Gritó cantando, emocionado, con fuerza, y en coro rodeado de tanta gente humilde con sus miradas brillantes, por el dolor de la madre tierra:

"...la era está pariendo un corazón... no puede más, se muere de dolor... y hay que acudir corriendo pues se cae ... el porvenir... en cualquier selva del mundo. en cualquier calle..."

Esos versos le hacían dirigirse aún con más determinación, lentamente, pero firme y claro, "de vuelta hacia la naturaleza". Como veinte años antes sintió que otros versos de ese bello himno le animaban a irse a África escapando del consumo y buscando dentro de sí la valentía de entregarse a los demás:

"... debo dejar la casa y el sillón... la madre vive hasta que muera el sol ... y hay que quemar el cielo si es preciso... por vivir... por cualquier hombre del mundo ... por cualquier casa...".

CXXV. Entendiendo con el corazón, La Habana, diciembre 2017

Ya habían pasado tres meses desde que Thanda y Unai llegaron a La Habana para entrar en una fase apasionante de sus vidas. Thanda esperaba en la sala de espera del aeropuerto José Martí a embarcar en un vuelo hacia Madrid para reencontrarse con sus padres y pasar la Navidad con ellos. Su padre estaba muy débil y era tal la devoción por él que sentía su piel arder en ganas de abrazarle.

Recordaba cómo tras el huracán Irma y tras superar la infección por el virus del Zika, continuó explorando la mágica vida en La Habana.

Terminó de editar su libro de ochocientas páginas y cuatrocientos gráficos y mapas sobre la "ética de la equidad", que fue impreso por una editorial universitaria franco-alemana. Se propuso ponerlo online e interactivo y evitar el negocio de las editoriales. El representante de la Organización Panamericana de la Salud, un audaz economista progresista chileno de nombre Christian, supo de su presencia en la isla y le invitó a dar una conferencia en la Escuela Latinoamericana de Medicina sobre la ética de la equidad. Allí se reencontró con Buhleve, quien tras su misión en Sierra Leona estaba feliz alternando las clases de diagnóstico de la comunidad y de medicina con bajos recursos, recordando las experiencias compartidas en Ukuzwana. En la Escuela Latinoamericana de Medicina conoció a su rector, Tony, un orondo "palestino" – así llamaban a los de oriente de la isla- con mirada que se esforzaba en transmitir ternura venciendo a unos párpados caídos por la fatiga del tiempo. Tony le enseñó la Escuela, que Thanda llamó la "fábrica de soñadores". Aquella ciudad de edificios albicelestes frente al Caribe, al oeste de la Habana, acogía a unos tres mil estudiantes de casi cien países. Allí vivían y estudiaban aquellos jóvenes de todo el mundo, con el único requisito de no haber tenido acceso en sus países de origen a estudiar su vocación médica. Antes de dar Thanda su conferencia, cantaron en su

honor una joven colombiana excombatiente de las FARC y un joven tenor sudafricano de origen humilde de Soweto, con tal belleza que Thanda no pudo esconder su emoción. Después de dar su conferencia sobre la ética de la equidad hubo un debate en el que Thanda sintió profunda complicidad con las ideas de un país que, con todas sus contradicciones, respetaba el derecho a la salud en su isla y en el mundo, como el derecho más sagrado. No podía imaginar un lugar más bello en espíritu que la Escuela Latinoamericana de Medicina, para hablar con pasión de la ética de la equidad. La vicerrectora responsable de programa de formación, una mujer de mediana edad con una mirada chispeante llamada Rosita, le sugirió que fuera profesor invitado de la Escuela en una asignatura de "principio, ética y métrica de la equidad". Lo aceptó como el más alto honor.

Fue después con Buhleve y Christian hasta otra ciudad de soñadores, al sur de La Habana: el centro de coordinación de la cooperación médica cubana. Allí le recibió el director del centro, un hombre que ya se acercaba a los setenta, bajo de estatura a la vez que pletórico de entusiasmo. Se llamaba Jorge y había coordinado la cooperación cubana contra la epidemia del Ebola en África Occidental, en la que participaron Buhleve y Lisy, ésta de vuelta en Eila. Les enseñó las instalaciones donde se ultimaba la preparación técnica, lingüística y logística de unos quince mil médicos y enfermeras listos cada año para partir en misiones de cuatro años a servir, lejos de sus familias, en los lugares más remotos donde nadie más, ni los profesionales de aquellos países, estaban dispuestos a ir.

Poco después viajó a Colombia a la reunión regional de jefes de cooperación de la Unión Europea en Latinoamérica y Caribe. Se reunía con colegas que trabajaban en tareas similares por todo el continente. Viajó junto al embajador europeo en Cuba, Alberto, un hombre bueno y generoso con gran experiencia en la política europea, su alma en su trabajo de director de la agencia

humanitaria y su corazón en su gran familia. Sentía Thanda que una sombra a menudo abducía a Alberto y esquivaba la mirada. En un hotel de lujo y con los conferencistas de siempre, del Banco Mundial, de las Naciones Unidas-CEPAL- y la OCDE, hablando de sus teorías economicistas y la búsqueda de más crecimiento, más comercio y más modelos urbanos de consumo y supuesto bienestar, Thanda fue invitado a dar una conferencia sobre la equidad en la Agenda 2030. Compartía panel con el alto representante para la paz en Colombia, un país que nunca había conocido el pleno sentido de esa palabra, desde la colonización española cinco siglos antes. Cuestionó de nuevo el acaparamiento por encima de lo necesario, causando carencias en otros y agotando la naturaleza para las siguientes generaciones.

Ya de vuelta en La Habana iba cediendo la temporada de ciclones y Thanda volvió a su rutina de nadar al amanecer. Empezó a conocer familias a través de Pedro, de Buhleve y de los vecinos del barrio. Tenía reUniones entrañables en el porche de su casa y empezó a prodigarse con la guitarra.

Unai fue conociendo a chicos de "la beca", casi todos sus compañeros en la Facultad. Vivían en un humilde y decrepito edificio del pueblo de Alamar, al este de La Habana. Sintió mucha ternura al comprobar su entusiasmo por el estudio en medio de tantas carencias. Iba por las tardes con un balón a un descampado cerca de la casa donde dos destartaladas porterías invitaban a la pasión que sentía por el fútbol. Sentía en ello un símbolo poderoso de trabajo y superación en equipo. Conoció allí a chicos del barrio y pronto empezaron a venir a la casa y compartir historias y aventuras.

Thanda sentía en ellos nobles valores, esfuerzo por los estudios y un gran cariño por sus familias. Un día volvía cansado de un viaje con el equipo de Naciones Unidas a compartir unos talleres con cooperativas agrícolas en Cienfuegos cuando al entrar en casa oyó a jóvenes cantar a los acordes de guitarras, muy talentosos. Unai les presentó a Thanda como su padre, lo cual

le emocionó por dentro, y le pidió que les cantase una canción. Thanda pensó en la más adecuada y emuló a Silvio con su monólogo: “... *favor no se molesten...que pronto me estoy yendo.../... vi luz en las ventanas y juventud cantando... y sin querer ya estaba... soñando...*”, y siguió con su preferida, la canción que tanto le acompañó en sus tiempos de soledad familiar en Ukuzwana: “la belleza”, de Aute. Sintió una gran emoción de compartir con aquellos jóvenes y recordar sus años jóvenes de ideas revolucionarias en la transición española, y de ver a Unai tan feliz descubriendo saberes y valores con jóvenes humildes e idealistas, y compartiendo como padre e hijo aquella aventura de sus vidas.

Poco después recibió la llamada de Hubert, un cineasta al que había conocido con Nayra en la Ciudad de México y que se había trasladado a la Habana para filmar un documental. Quedaron en un bullicioso bar frente al parque Cristo. Hubert era un austriaco coetáneo de Thanda, con unos ojos claros que miraban con sorpresa casi constante al paisaje y con inquisidora ternura al paisanaje. Vestía sencillo y su aspecto era encantadoramente descuidado. Venía de una familia de hoteleros en el Tirol, durante cuya infancia relataba haber visto a personajes siniestros hospedarse en el hotel idílico que sus padres tenían en las montañas tirolesas. Entre ellos recordaba desde su infancia ver llegar a la vez a ex mandos nazis y a militares americanos que venían de bombardear civiles en el medio oriente. Hubert fue descubriendo a través de aquellos personajes un mundo que no podía entender y quería plasmar en películas que explicaran, o quizás cuestionaran, aquel extraño universo al que había sido misteriosamente invitado. Emigró a Paris donde estudió cine. Había hecho tres películas, una cada cinco años, viviendo intensamente lo que filmaba: las masacres de hutus en Zaire en sus “diarios de Kisangani”; los negocios sucios del lago Victoria -armas europeas y rusas por pescado tilapia invasor- en su “pesadilla de Darwin” y la neo colonización

del sur del Sudán en “venimos como amigos”. Hubert le invitó a Thanda a su ático donde había establecido su hogar desde donde vivir el documental que haría en la Habana. Porque Hubert hacía sus películas viviéndolas. Para su película anterior en el sur de Sudán, Hubert construyó un pequeño ultraligero en su granja del centro de Francia y fue, como Joseph, haciendo pequeñas escalas, incluyendo un arresto en la Libia de Gadafi, hasta llegar, disfrazado de piloto, hasta el sur del Sudán, donde filmar aquellos pueblos que nadie había filmado. Revelaba por las historias que “los protagonistas de la historia”, como estaban siendo manipulados por misioneros religiosos, comerciales y políticos, ávidos de la riqueza de las mayores reservas de petróleo en África. Allí vivían pueblos en la más honda miseria y guerras desde que los europeos trazaran absurdas líneas de países africanos para sus intereses coloniales. Subieron en un edificio de la calle Cristo por una estrecha escalera llena de gatos, humedades y desperfectos hasta la puerta de un ático donde Hubert se dispuso a establecer su “cabina” del vuelo que ya volaba en su mente con el documental “Epicentro” .A través de relatos de quien fuera conociendo en aquel bullicioso y humilde vecindario, buscaba almas valientes que desafiaran al imperialismo americano confabulado con Hollywood y su caricatura de un mundo de buenos americanos, malos, generalmente comunistas, y víctimas, pobres que rescatar de las crueles garras del mal y así ganarse el cielo. Antropocentrismo, racismo disfrazado, capitalismo salvaje, imperialismo asesino, mesianismo proselitista, manipulación por la “falsa realidad” del cine, todo trenzado en una perversa red que hipnotizaba a medio mundo con el “sueño americano”.

En ese medio mundo estaba Menal, una bella y alegre mujer, pequeña en estatura y grande en bravura. Hubert le contó emocionado a Thanda como la conoció en su escala al final de “venimos como amigos” en Jartum, cuando ella había escapado del ejército de Eritrea y su servicio militar de diez años,

en perpetua guerra fronteriza con Etiopía. Tras un primer contacto de ternura, Hubert siguió su camino a su granja en Francia, y un tiempo después Menal decidió cruzar el Sahel hasta Libia y cruzar el mediterráneo en las pateras desde las que tantas personas se ahogaban cada día soñando con un mundo sin hambre y sin guerras en Europa. Pasó un tiempo refugiada en Italia y se reencontró más tarde en Francia con Hubert cuyo corazón cayó rendido ante tal valiente belleza. El sueño americano había calado profundo en Menal y estaba decidida a buscar las rutas para ir hacia Estados Unidos, entrar ilegal y solicitar asilo y refugio desde la prisión fronteriza. Thanda observaba absorto tal misteriosa paradoja. Mientras que Hubert era uno de los cineastas que más crudamente describían la crueldad e hipocresía del imperialismo americano, su amada se entregaba a los brazos del monstruo. Estaba intentando ayudarla a llegar a Cuba con la esperanza de que viviese la frescura, alegría, desenfado, humildad y solidaridad del pueblo cubano, y así, adobado con su amor, desistiera de tan suicida aventura.

Nayra vino por una semana, en parte para colaborar con Hubert en su documental. Thanda le dedicó una canción de sus tímidos sentimientos hacia el reencuentro:

"... cuando el espacio y el tiempo nos vuelvan a unir... ¿cómo será?... / ... también se acerca inquietud... habremos cambiado los dos.../ sabes que todos mis átomos... de la última vez... no están aquí..."

El reencuentro fue emocionado y apasionado. Era su compañera anhelada, quizás durante toda la vida. Thanda fue dándose cuenta con dolor que el plan inicial de que ella se uniría a él en Cuba, se diluía hacia un futuro lejano. Esperaba expresiones de compromiso a venir al hogar juntos en Cuba, pero no llegaban. Se sentía feliz a su lado, cocinando, cantando, paseando y compartiendo ideas en profunda complicidad. Nayra estaba muy pendiente de sus hijos en Berkeley y Thanda muy sensible al poco tiempo que compartían.

Parecía que constantemente, ya seis años después de unirse, se escapaba el sueño de vivir un amor en plenitud, sin maletas pendientes, en un hogar, incluso aún ser padre una última vez.

Thanda empezó a indagar lo que no podía entender desde las docenas de documentos que leía a diario sobre informes económicos y políticos de Cuba que preparaban académicos, políticos, especialistas y funcionarios desde sus despachos de Bruselas Washington, Londres, Paris o Madrid. Los distribuía con sutil prepotencia el servicio diplomático europeo, tan lejos de la realidad. Casi todos los diplomáticos se reunían entre ellos y otros "expatriados", comían de alimentos importados en contenedores desde Europa, viajaban en sus autos todo terreno, veían canales de televisión europeos o Netflix por internet comunicados por satélites "alegales" y criticaban el sistema comunista como ineficiente, autoritario, cuando no desastroso y asesino.

Thanda, en sintonía con las ideas primigenias del marxismo en la propiedad colectiva de los medios de producción, el valor del trabajo orientado al bien común y el acceso universal y en igualdad a la salud, la educación y la justicia; defendía los progresos de justicia social y de esperanza de vida en Cuba. Durante una reunión con diplomáticos, mantuvo un tenso intercambio con uno de ellos de quien nunca Thanda escuchó una expresión de cariño o aprecio por Cuba:

- ¡Este sistema es una dictadura que mantiene a la mayor parte de la población en una cárcel de pobreza!
- Bueno, si tan terrible es el modelo socialista cubano, como es que el país más comparable, República Dominicana, con igual población, ecología, genética, cultura e historia hasta hace seis décadas, en el camino capitalista, ¿tenga casi diez años menos de esperanza de vida?
- Son estadísticas falsas del gobierno cubano, No ofrecen datos reales ni de su economía, ni su demografía. ¡Los datos cubanos son basura!

En ello tenía algo de razón su colega: ya Inalvis y Jam le previnieron que, tras tantos años de ataques del exterior, se cuidaban de “mostrar sus libros”. Hasta se habían negado, desde el Instituto Nacional de Nutrición, a compartir con Thanda los resultados de un estudio que había financiado la Unión Europea. Pero en la discusión que le ocupaba la evidencia era clara sobre la longevidad cubana.

- La alta esperanza de vida la reconocen las Naciones Unidas, el Banco Mundial y todos los Institutos de Salud Pública del mundo. Ningún otro país en Las Américas, aunque Costa Rica se acerca, ofrece servicios médicos gratuitos y universales. El cineasta norteamericano provocador Michael Moore lo ha escenificado en su documental “Sicko”, te recomiendo verlo.

El escepticismo de quien vivía en su mansión con aire acondicionado y comidas europeas, se transportaba en su carro con aire acondicionado, trabajaba en un despacho con aire acondicionado, leía documentos de personas lejanas a la realidad, y criticaba desde su torre de marfil, era casi impertérrito a cualquier lógica e hilo argumental.

Thanda decidió el camino contrario: sumergirse en la vida cubana para intentar entender. Algo así como los “diagnósticos comunitarios” que hicieron en Ukuzwana’, pero en cuanto a la economía. Compartió con vecinos del barrio, con tertulias seguidas de guitarra y algo de ron, que Thanda prefería no beber, pero que para los cubanos era casi la leña del fuego de la palabra. Conoció a los responsables del CDR – Comité de Defensa de la Revolución-, al zapatero en su quiosco, al ponchero en su sillita, al panadero en su casita, a Frank en su tiendita de desayunos, a otros vecinos y las familias de los amigos de Unai, a gente en la calle.

Acudió a la Asamblea del Poder Popular para observar los debates de las elecciones locales, que le gustaron mucho, aunque había ciertos límites tácitos de no cuestionar a la jerarquía del poder. Era bello ver las paredes de la

humilde farmacia local con hojas clavadas de las historias de vida de candidatos para las elecciones: las ponían otros vecinos, no había ni partidos, ni dinero, ni propaganda ni corbatas. Una de las historias decía:

“El compañero Yuri nació en Marianao en 1961 – Thanda se fijó por tener la misma edad-. Su padre fue guerrillero con Camilo en Yaguajai y luego miembro activo en la campaña de alfabetización, la brigada de la zafia, responsable del CDR e internacionalista en Angola. Su madre dio clases en el círculo infantil y es líder de la cédula comunitaria de la federación de mujeres cubanas. Yuri se significó ya como pionero ganando el concurso de poemas martianos en su escuela, siendo del equipo de pelota de Marianao y haciendo el servicio militar como zafador en Holguín. Estudió ingeniería y entró a trabajar en BioCubaFarma desarrollando modelos de diagnóstico médico. Ha colaborado con el pueblo hermano de Venezuela en el mantenimiento de su sistema eléctrico y colabora con el CDR de Cubanacán distrito 4 en tareas de limpieza, huertos comunitarios y ayuda en el centro de mayores.”

Así hablaban las historias de los candidatos de su esfuerzo en aportar a la comunidad y a la solidaridad más allá del barrio, e incluso del país. Pero era infranqueable el mandamiento de seguir los “lineamientos del partido comunista”, como si fuera una liturgia, incuestionables los líderes del gobierno, Fidel y ahora Raúl, intachables los siete “comandantes de la revolución” que seguían vivos, e intocable y sagrada la figura de Martí, llamado “el apóstol” con profundo sentido de veneración. Thanda pensó que lo era aún más que la figura de Jesucristo en Europa. Le molestaban a Thanda las jerarquías y los mitos, y ambas impregnaban todo el sentir y la expresión, al menos la aceptada, cubana. Aun así, pesaban más en Thanda la profunda admiración por las ideas de igualdad, la valentía contra el Imperio americano y sus numerosos países súbditos, y el evadir, a veces de forma heroica, el caer en las garras del mercado. Entabló entrañables tertulias tanto con amigos

“de la vanguardia”, como Pedro y Susy, comprometidos desde sus años infantiles de pioneros con la revolución, como con críticos y hasta renegados del sistema, que veían injustas las jerarquías de poder y sentían frustración por la ausencia de muchos bienes básicos. O no tan básicos.

Hizo su relato de la economía cotidiana: casi todos los cubanos que solicitaban estudiar o trabajar, tenían dicho derecho, aunque a menudo sin corresponder los estudios y aspiraciones con los trabajos y responsabilidades. Los sueldos públicos variaban entre trescientos y mil quinientos pesos cubanos al mes, y se publicaban en el anuario estadístico. No variaban más de tres a cuatro veces el que más ganara, fuera ministro o presidente, y el que menos, un celador o barrendero, un signo de justicia ausente en las economías de mercado, que a Thanda le agradaba. Pero el salario era menos relevante que en Europa pues todos se beneficiaban de subvenciones de productos básicos y servicios públicos.

Cada cubano recibía por su “libreta”, a precios simbólicos, cinco libras de arroz, una libra de espaguetis, media libra de frijol negro, media de chícharos, media de sal, una de muslo y contramuslo de pollo -lo que desechaban los norteamericanos de las pechugas de sus pollos inflados de transgénicos y hormonas-, quince huevos y medio litro de aceite de soja. Además, recibían productos locales no muy saludables como siete libras de azúcar, una libra de café, y, en el pasado, hasta cinco paquetes de cigarrillos “Popular” y dos puros. También recibían tres pastillas de jabón para higiene personal, uno para lavar ropa y un tubo de pasta de dientes. Los niños de menos de siete años recibían dos libras de leche al mes y pañales. Las mujeres en edad reproductiva compresas para su higiene íntima. También daban algunas viandas para los pacientes diabéticos, con SIDA, cáncer o con problemas renales.

Todos esos productos de alimentación básica eran subvencionados. Una canasta completa de alimentos costaba apenas treinta pesos, un Euro y

medio. Los artículos de higiene unos veinte, y apenas cinco pesos el café y el azúcar. Había formas de aumentar la cantidad pagando un poco más y con ciertos toques. Además, muchos cubanos usaban libretas adicionales de familiares fuera del país, incluidos los internacionalistas, y de incluso difuntos no declarados como tal. Todo ello con la participación de un ejército de "mensajeros" a los que se les encargaba por un coste acordado ir con las libretas a por sus raciones. Aquella nutrición adolecía de productos frescos, la nutrición más sana, hortalizas, frutas y viandas; que se debían comprar en los "agros" provistos por cooperativas de campesinos. Comprar mangos, guayabas y plátanos según las estaciones, boniatos, yuca o malanga, y tomates, espinacas, habichuelas, perejil, apio, ajos y cebollas, y aumentar algo la exigua dosis de frijoles o de chícharos de la libreta, suponía unos cien pesos más, al menos, por persona. Y el imprescindible ron a granel, a diez pesos la botella. Lo que ya eran verdaderos lujos eran las papas, la carne de cerdo y casi imposible la carne de vaca. Era posible comer, aunque con ese estrecho espectro, limitado a poco más de una veintena de alimentos diferentes, y contando con la subvención de libreta, por menos de doscientos pesos por persona y mes. De hecho, Cuba, según UNICEF, dominada por Estados Unidos y nada amiga de hablar bien de la isla, era el único país del continente sin malnutrición. Mejor dicho, hipo nutrición calórica, pues si que había mucha "mal" nutrición por exceso de calorías. Ello se debía a una cultura nutricional no muy sana, con comidas copiosas -sobre todo de arroz, el doble que un chino medio-, mucha azúcar y poca fibra y proteína vegetal. Thanda les insinuaba a sus vecinos y "contrapartes" cubanas del trabajo lo saludable que era la dieta vegana y su relación no cruenta con los animales, pero le miraban como a un extraterrestre.

También estaban subvencionados los servicios de electricidad, agua, la balita de gas y el teléfono fijo con facturas de cada hogar medio del equivalente a

unos tres Euros al mes. También eran muy baratos los servicios públicos. Un viaje en guagua apenas costaba dos centavos de Euro. Por dos pesos se podía ir al cine y por seis al ballet o a conciertos del más alto nivel. Pero lo más valioso era la gratuidad de la salud y de la educación. A pesar de tantas subvenciones del Estado, para un sueldo medio de quinientos pesos, y pensiones de cuatrocientos pesos, el gasto en alimentos suponía la mitad y quedaba poco margen.

Durante los años de bonanza por el apoyo soviético, regularmente vendían también muy subvencionadas las lavadoras y ventiladores Aurika, la nevera Minkh, los televisores Panda, las bicicletas Forever y la olla Reina.

La revolución redistribuyó viviendas para todos. Uno de los símbolos más igualitarios de la revolución fue el que miles de palacetes en la antes rica Habana burguesa del Vedado, Miramar y Siboney, fueron otorgados a familias humildes. Ya hacía dos décadas que se habían liberalizado las ventas de casas entre cubanos residentes en el país. También eran frecuentes las "permutas", cambios de casas, a veces con dinero suplementando las diferencias de valor. Fueron creciendo las familias y se hicieron obras, a menudo muy precarias, de divisiones y "barbacoas", unos altillos en pisos de techos altos. Todos esos procesos, unidos al crecimiento demográfico, habían dejado a mucha gente sin techo, sobre todo parejas jóvenes que querían vivir independientes, y necesitaban pagar alquileres. Lo más difícil era cambiar los pesos cubanos por pesos convertibles (a un cambio oficial de 23 a 1) y con ellos comprar bienes importados en las "tiendas capitalistas", o comer en restaurantes privados, llamados "paladares", comidas exóticas. Los pañales para un anciano incontinente valían más que el sueldo de médico durante un mes, tanto como invitar a comer a un amigo en un paladar o dar un paseo de media hora en un almendrón para turistas. Unos zapatos costaban unos dos sueldos medios de un mes, un teléfono móvil o un aparato de aire acondicionado el sueldo de

un año, un viaje a España o una moto eléctrica cuatro años y un coche Lada treinta años viejo, unos ochenta años. No daba la vida.

Por eso, quien podía salirse del consumo local de libreta, agro, guagua, cine, centro de salud y escuela; lo podía hacer si recibía "remesas" desde el exterior mediante "Western Unión" o "Los Cubanitos", que se la llevaban hasta la misma casa. Así se decía que los cubanos "sobrevivían con Fe": Familiares en el Exterior.

Y así, en el país de la revolución de la igualdad, los cubanos "sin Fe" consumían los pocos productos locales y sufrían las frecuentes carencias de electricidad, agua, falta de alimentos aún de su corta lista, piezas de reparación, cemento o incluso un clavo, o fallas en el transporte e incluso en algunos medicamentos. Había además colas para todo: para la libreta, para el pollo, para los huevos, para recoger el gas, pagar la electricidad, para sacar dinero del banco o para cualquier espectáculo. Y así había ido floreciendo otro empleo, el de "colero", que marcaban un puesto en la cola y libraban por veinte y hasta cien pesos, colas que podían durar toda la noche y todo el día. Pero sobrevivían, y con mucha creatividad, filosofía y humor.

Fuera del mercado en "CUP" oficial de alimentos y productos básicos, se había ido creado un mercado informal para el verbo más usado en Cuba: "resolver". Consistía en conseguir, a maneudo "por la izquierda", es decir, de forma ilegal o alegal, casi cualquier cosa, claro, arriesgándose a multas y a precios de los "CUCs de la Fe".

Ello se atizaba con el permiso que Raúl comenzó a dar a los cubanos para salir y entrar de la isla. El principal problema eran los visados de los países que visitaban. Pero Panamá era una excepción: con un billete de ida y vuelta, Panamá daba un visado para ir a comprar en sus almacenes atestados de productos chinos que repartía por todo el continente. Hasta cien mil cubanos viajaban al año a aquel país para comprar, "con Fe", todo tipo de productos

que traían en aviones o enviaban por barco. Cada cubano tenía un máximo de compras permitidas y supuestamente para "uso personal". Se formaban enormes colas frente a la embajada de Panamá, para las que esperaban a un turno durante toda la noche en el parque colindante donde gigantes laureles de Indias daban sombra a una estatua de Emiliano Zapata. Enfrente, otro grandioso parque gemelo daba honor a Gandhi. ¿Que dirían Zapata y Gandhi, revolucionarios por las armas y la no violencia, de tal poder del mercado global? ¿Cual sería la forma de combatirlo?

La gran mayoría de las compras en Panamá entraban al mercado de segunda mano "por la izquierda" y con CUCs. Thanda veía semana a semana como se infiltraba en la isla de la igualdad el capitalismo más feroz, el hambre de consumo, la más cruel ley de la oferta y la demanda y sus consecuencias en la desigualdad. Solía decirle a Jam y a otros amigos:

- El mercado "por la izquierda" nos acabará llevando "a la derecha...".

Siempre quedaba, para los que tuvieran poca o ninguna "Fe", la ilegal lotería de Miami, la "charada", que podía, quizás una vez en la vida de media, traducir un peso en hasta setecientos.

Si bien los medios de producción eran del estado y el mercado estaba centralizado, una buena parte de las propiedades no eran públicas. Las viviendas eran privadas y se vendían y compraban ante notarios que registraban precios ficticios, mientras las operaciones reales, "por la izquierda", eran mucho más altas y en CUCs de origen "miamizado". Unos sesenta mil grandes coches norteamericanos del "sueño de los 50" ,Chevrolets, Chrysler, Buicks y Fords, circulaban en el tiempo de Batista. Cuando triunfó la revolución quedaron en manos de familiares. Quedaban unos treinta mil, llamados "almendrones, casi todos dedicados al negocio de taxis particulares, la vanguardia del sector privado cubano, muy simbólico que fuera al volante de grandes autos del "enemigo imperialista". A ellos se unían

otros tantos Lada o Moskovitz por incentivos, con casi estética y sentido antagónico a los almendrones, y otros tantos más modernos pertenecientes a empresas o a misiones extranjeras. En total no había en Cuba más de cien mil autos, uno por cada cien cubanos, diez veces menos que la tasa en el mundo y cien veces menos que en Estados Unidos. También hasta una tercera parte de las tierras quedó en manos privadas si bien sólo se podían vender las casas en ellas, que no las tierras, que debían permanecer con las familias originarias, en régimen de cooperativas y contribuyendo al "acopio" del estado.

Cuando Fidel, ya débil, cedió el poder en 2008 a Raúl, éste comenzó a abrir un poco la economía y se permitió un embrión de sector privado para lo que en Cuba se llamaban "cuentapropistas": choferes, panaderos, dulceros, peluqueros, artesanos, jardineros, guardas, mecánicos, informáticos, modistas, albañiles, profesores de refuerzo, carpinteros, herreros y plomeros, entre una lista limitada de actividades "no-esenciales". Además, se empezaron a permitir pequeños negocios privados como tiendas de artesanías y textiles, restaurantes llamados "paladares" y el alquiler de cuartos o pisos que pronto empezó a usar la franquicia californiana de "Airbnb" y llegó a cincuenta mil anuncios de alquiler en Cuba en esa red global. Thanda pensaba en lo absurdo de pagar a unos jóvenes billonarios en San Francisco por conectar a personas del mundo y facilitar el alquiler y propuso un C-Airbnb para un turismo casero cubano y un C-Uber para un sistema de transporte más amable con el pasajero. Cuba era el único país del mundo donde al subir el pasajero al taxi o almendrón, era éste el que preguntaba al chofer dónde iba, ¡y no al revés! La economía privada, aún restringida y sin acceso no a créditos ni a almacenes mayoristas, no estaba bien regulada, no se emitían facturas y toleraba la evasión de impuestos. Todo ello aumentó aún más las desigualdades, sobre todo en actividades del "mundo CUC" y relacionadas con el turismo: un chofer

podía ganar en dos horas lo que un neurocirujano en todo un mes.

Con Raúl comenzaron también las comunicaciones por internet, inicialmente limitadas a los parques públicos. Conforme llegaban, "con Fe", los "teléfonos inteligentes" las familias empezaron a comunicar con cámaras mediante tarjetas de "Etecsa" a un CUC – un dólar- la hora, con sus familiares lejanos. Thanda veía con asombro como los parques estaban llenos de gente sentadas en sus bancos, bordillos o hasta en los árboles, mirando a pantallas ensimismados, como si lo que ocurriese a su alrededor fuera un mero marco de lo que ocurría en la pantalla. Comenzaba así a infiltrarse un cáncer, el del abuso de los medios de comunicación y de "navegar en internet", abstrayendo a la realidad. Los jóvenes cubanos añadían compulsivamente más "amigos" a sus cuentas de Facebook o Instagram, y surfeaban absortos videos en YouTube y memes por sus redes de chats. Al menos sólo era en los parques públicos y el coste limitaba el uso a apenas un veinte por ciento de los cubanos, y a menos de media hora al día; en comparación con el cien por cien en Europa y Estados Unidos y al menos seis horas al día, ya en proceso de cooptación por el sistema controlado de inteligencia artificial que iba controlando cada dimensión de la vida, como Jonay le había contado a Thanda de sus debates con el mundo de la Singularidad.

Thanda se preguntaba cómo podía hacer el gobierno para, además de controlar la producción y precios del medio centenar de productos cubanos subvencionados en el mercado CUP, y pagar con la misma moneda al setenta por ciento de los trabajadores, que lo eran para el Estado; importar los alimentos, los medicamentos, la energía y la maquinaria que no alcanzaba a producir localmente. Cuba importaba arroz de Vietnam, leche en polvo de Nueva Zelanda, piensos de Canadá para sus pollos y cerdos de granjas estatales, y pollos de Brasil y de Estados Unidos. Cuando supo que una buena parte de los pollos que casi religiosamente comían los cubanos, venían de

Kentucky, Thanda sintió tristeza y profunda decepción. Eran pollos tóxicos crecidos con piensos transgénicos y hormonas, y criados en masa con un sufrimiento inimaginable para el hombre, que prefería ni mirar el origen de lo que comía. A tal extremo llegaba la negación global de la conciencia. ¡Pero, de Estados Unidos! ¡Del país que les humillaba, difamaba e insultaba cada día! No podía entender como claudicaba la dignidad por el afán "de comer pollo" y hacerlo de la forma más barata posible. Tan esencial era en la dieta que la expresión para mencionar algo "importante" era: "el pollo del arroz con pollo". ¿Era tan fuerte la inercia cultural de la alimentación que no sólo no recababa en el sufrimiento animal sino tampoco en su origen, del país que les atacaba a diario? Tampoco la leche era sana después de la lactancia, ni el arroz era necesario, teniendo tantas viandas. Y mucho menos el azúcar, tóxico a cualquier edad. Pero nadie lo cuestionaba. Cuando Thanda lo mencionaba, notaba animadversión. La libreta y lo que casi "regalaba" el estado, eran considerados derechos de la revolución, intocables, menos aún por un extranjero. Sólo cuestionar se podía interpretar como "antirrevolucionario". Thanda pensó que la importación de alimentos, de más de dos mil millones de dólares al año, era, en buena parte, innecesaria, y perpetuaba un desprecio a lo local, natural y sano.

Pasaba parecido con la energía, basada tristemente en combustibles fósiles e incluso de negociar con ellos por la conexión amiga con Venezuela. El famoso discurso de Fidel en la Conferencia de Rio de 1992 en nada se había reflejado en distanciarse del petróleo. Cuba extraía al año la mitad del crudo que precisaban sus centrales térmicas y sus transportes, e importaba el resto, sobre todo de Venezuela, y a cambio de sus servicios médicos en el programa "Barrio Adentro". Refinaba y consumía el petróleo subvencionado de Venezuela, y aún tenía excedentes para exportar a terceros países y recibir divisas por ello. Con el colapso de la economía venezolana, también bloqueada

por Estados Unidos, la fuente de petróleo del Maracaibo fue disminuyendo. Cuba buscaba suministros de crudo en antiguos socios como Angola, donde dejaron su vida tres mil cubanos luchando por su independencia, en su padrino de otros tiempos, Rusia; o en el primer país donde se enviaron brigadas médicas, Argelia. Pero el mercado mandaba y Cuba se veía en apuros para asegurar sus suministros que además Estados Unidos intentaba ahogar con multas a navieras y aseguradoras que comerciaban con Cuba. Thanda pensaba: al igual que con los alimentos, se derrochaba mucha energía en el país, además contaminante, pues a los precios tan subvencionados no había conciencia de gasto y gentes humildes ponían día y noche, si lo tenían, el aire acondicionado, incluso arropándose bajo mantas en pleno clima tropical, o no se molestaban en apagar el gas o las luces.

Aún más erráticas e inseguras eran las importaciones de medicamentos, aunque Cuba fabricaba localmente casi la mitad de sus necesidades, más que ningún país del continente, a través de sus industrias de biotecnología. Además, Cuba necesitaba importaciones de productos básicos que no producía como papel, maquinaria y equipos, y partes para mantener su obsoleta infraestructura, que hacía agudizar el ingenio de sus habitantes como en pocos lugares del planeta. En ningún otro país quedaban tantos miles de autos de más de sesenta años circulando orgullosamente por sus calles, y eso ocurría con todo tipo de artilugios. El ingenio y la resitencia de un pueblo fiel al socialismo donde se infiltraba el capitalismo por las rendijas, sobre todo por las pantallas hipnitizantes de los teléfonos móviles.

Thanda consultó con Moyes cómo podría funcionar la economía cubana: Cuba importaba en total más de ocho mil millones de dólares y sólo exportaba unos dos mil millones, sobre todo de tabaco, ron y níquel. ¿De dónde conseguía las divisas para poder pagar el resto? De los impuestos al turismo. Ya Fidel había llegado a acuerdos con la constructora Buigues, que edificó hoteles con más

de cincuenta mil plazas hoteleras en toda la isla, y con las grandes cadenas hoteleras españolas para comercializarlos por tour-operadores y gestionarlos. Recibía por ello una proporción de las ganancias, además de estimular el consumo de los turistas en divisas, oportunamente cambiadas por CUCs. Thanda calculó que los cuatro millones de turistas al año podrían aportar unos dos mil millones de divisas. Eso mitigaba parte. Otra parte era del flujo de remesas, también en su mayoría cambiadas por CUCs. Y, por último, los servicios médicos de unos cuarenta mil internacionalistas en más de ochenta países, y cuyos sueldos locales eran en parte retenidos por el gobierno de Cuba para el pago de medicamentos en los servicios de salud. Thanda calculó que dichos servicios podían suponer unos mil millones al año. Aun así, el déficit era muy frágil y a menudo Cuba tardaba en pagar a sus acreedores muchos meses e incluso años después.

Así intentó entender Thanda una economía de CUPs y de CUCs. Un sistema con más valor al cambio oficial por las remesas que por los sueldos públicos, dando, en contra del principio marxista, más valor al azar de tener familiares en Miami que al esfuerzo por el trabajo público. El progresivo desequilibrio entre la producción nacional de unos pocos alimentos y manufacturas por un lado y por el otro lado importaciones de un constante flujo de productos en un mercado informal que ya superaba al público, llevaba a un Estado al control real de menos de la mitad de la economía. La otra obedecía a las leyes más salvajes de la oferta y la demanda. Dos Cubas.

Thanda identificaba cinco dependencias externas que limitaban la verdadera soberanía, el valor más reivindicado por Fidel y por el Che, pero que no se traducían en la economía. Dos dependencias de importaciones para la vida cotidiana, la de alimentos insanos y la de combustibles fósiles contaminantes. Dos para mitigar el déficit comercial por importaciones cuatro veces menores que exportaciones : la del trabajo de abnegados médicos internacionalistas

como Elias y la de un turismo de masa y contaminante, no sólo de emisiones de carbono, entregado a las multinacionales. Y una tercera que disfrutaba sólo uno de cada tres cubanos : la de las remesas de familiares, muchos de ellos criticando a Cuba en las redes y en los medios. Tal dependencia era además muy frágil pues dependía de factores fuera del control del gobierno, y aún menos de los cubanos de a pie., como el embargo americano o las crisis económicas o ecológicas globales. La verdadera soberanía, sobre todo el eco soberanía, estaba hipotecada por dependencias de ciertos consumos, a pesar de haberse resistido a la economía de mercado durante seis décadas.

Thanda concluía, tras sus primeros meses en la aventura cubana, que la isla estaba a un largo camino de Eila, cruzando un Atlántico con fuertes tempestades geopolíticas, culturales y hasta existenciales. No podía entender como unos valores tan nobles como los de la revolución socialista que llevó a un millón de jóvenes educadores por todo el país a alfabetizar, que canjeó mercenarios de Playa Girón por purés de frutas para niños, que envió durante sesenta años ya casi un millón de médicos por los rincones más aislados del mundo, y que hablaba con dignidad y valentía ante el imperialismo norteamericano al que casi el resto del mundo rendía pleitesía, pudiese comer del pollo enemigo, negociar con el oro negro, poner la alfombra roja a corporaciones como Buigues, incluidos sus negocios de armas, como Nestlé y su comercialización ilegal y letal de leches "maternizadas" contra las que tanto luchó Thanda, la minera canadiense Cherrit y sus turbias actividades que Thanda ya conoció en México, y las cadenas hoteleras y tour-operadores de familias millonarias españolas.

Mientras tanto, el hormigueo que desde China vía Panamá llenaba Cuba de consumos superfluos y mercado informal, a través de los grandes negocios de corporaciones, unido a una economía basada en los combustibles fósiles, manchaba, pensaba Thanda, las nobles ideas y las vidas de muchos cubanos

entregadas con abnegación y compromiso a vidas sencillas y solidarias. Aún con todas sus contradicciones, como vio de otra forma en México, y desde luego en Europa, Cuba rezumaba belleza y aún, sentía Thanda, había destellos de utopía para inspirarse en Eila y caminar hacia la ética de la equidad y la armonía con la naturaleza.

Fue con esas ideas que compuso su primera canción para Cuba y la presentó en la primera "peña de la ternura" que convocó con amigos del barrio, del trabajo y de la amplia red de amigos que le fue presentando Pedro. Entre sus versos decía:

"Dicen así que Cuba escapa a la razón, que sólo se la entiende si se abre el corazón, oyendo a un trovador, regando el malecón, de versos de Martí, arengas de Fidel, eso es la revolución"

Esa noche se acostó echando de menos a Nayra. Las peñas no podían llenarle el corazón sin su compañera a su lado, con quien ya llevaba un año de amor en la distancia, como lo fue antes de su tiempo compartido en México. ¿Sería el sino repetido de su Amama? Al amanecer aún sentía la ausencia de Nayra y compuso su tercera canción:

"...canta el gallo y canto yo, rompe el día el cascarón... como duele la distancia... no abrazarte al despertar... habrá que tener confianza... de que pronto has de llegar..."

En tanto vivido en apenas tres meses pensaba, con Unai a su lado, en la sala de espera del aeropuerto José Martí cuando llamaron a abordar al vuelo destino a Madrid, donde ya deseaba llegar para abrazar a sus padres. Sentía un inconfesable vértigo al pensar en la debilidad de su padre.

CXXVI. Te dejo que me dejes, Majadahonda, febrero de 2018

Thanda pasó un tiempo de Navidad entrañable con sus padres y con sus hijas. Ángeles vino desde Normandía con su compañero Alain, y Daniela desde Frosakull, en el suroeste de Suecia, con Laarsen. Thanda llevaba más de diez años viéndolas apenas una vez al año, aunque sentían una profunda unión y amor en la distancia y una emoción inmensa en los reencuentros. Siempre hablaban de pasar temporadas juntos en La Habana y de convivir en una eco aldea cuando Thanda acabara su tiempo luchando desde dentro de la Unión Europea.

Compartieron momentos en la casa familiar en Las Rozas, en la casa de la montaña en Robledo y en las casas de sus hermanas, valientes y entregadas a sus familias. Su padre estaba muy débil pero no dejaba de esforzarse en agradar con su mirada tierna. Thanda notó que sus fuerzas apenas le permitían dar un breve paseo por el barrio. Necesitaba a menudo respirar con la ayuda del flujo de oxígeno de un aparato cedido por el sistema de salud español.

Después de celebrar el cambio de año en la casa de su hermana menor y jugar todos a "las películas" ingeniándose mimos y rodeados de risas, llegó la noticia del fallecimiento de una de sus tías, muy querida. En el velatorio del norte de Madrid, Thanda llevaba de su brazo a su padre, ya tan débil, y sentía el deseo de hablar con él "del final". Pero fuera por su pasión por vivir, sobre todo por lo mucho que todavía quería ver de las vidas y aventuras de sus hijos y nietos, o por miedo a qué esperaba, o, más bien pensaba Thanda, "por no molestar", Thanda percibía sutiles señales de no querer hablar de su enfermedad, de su debilidad ni de lo que pudiera venir. No recordaba Thanda nunca haber oído a su padre quejarse de nada personal, fuera enfermedad, problemas del trabajo, o anhelo de sus padres o de otros seres queridos que ya habían partido. Cuando Thanda le llamaba y le preguntaba cómo estaba, siempre le

respondía:

- ¡Muy bien hijo! ¡Qué alegría siento de oírte!

Aunque fuera con un débil hilo de voz.

De hecho, a pesar de sus pocas fuerzas, ante la pregunta de si quisieran sus padres huir del frío del invierno madrileño y pasar un tiempo con ellos en La Habana, su padre dijo animado que le encantaría y su madre asintió.

Ya volviendo hacia La Habana se despidió de sus padres, como siempre hacía, en la estación de tren de Las Rozas. Y también, como siempre hacía, les hizo una foto con sus manos ondeando el gélido frío del norte de Madrid y deseándole, una vez más, fuerza y luz en sus aventuras lejos de ellos en la distancia, pero siempre unidos en el corazón. También, como solía hacer, Thanda miraba, durante el trayecto que le alejaba de quienes tanto amaba, una y otra vez esa foto emocionado, esta vez con la compañía de Unai.

Ya en La Habana y reincorporado con fuerza a su trabajo, pensó en que tanto Nayra y sus hijos, como sus hijas Ángeles y Daniela, como sus padres, como Adam y su ya compañera Cassie, como Nour, habían expresado el deseo de pasar temporadas con Thanda y Unai en La Habana. Serían demasiados para los dos cuartos pequeños y el ático de Unai en la casa de Cubanacan. Aunque muchas familias más numerosas vivían en mucho menos espacio. A menudo pensaba Thanda cuanto le gustaría volver a una vida mucho más humilde que la de su ambiente diplomático le condicionaba. Calculó que si venía toda la familia que había expresado su voluntad de venir, podrían tener en casa hasta diez personas más. Como se iba un colega de la delegación, que ya se jubilaba, pidió trasladarse a su casa, más grande. Además, estaba cercana a la delegación y a "una cuadra" del mar. Unai y Thanda hicieron el traslado con la ayuda de Papito y los custodios en unos diez viajes de la pick up.

Justo se habían instalado en la linda casa de la Tercera Avenida 2205 cuando llegaron Adam y Cassie. El abrazo con sus hijos, incluida Cassie, así la sentía,

fue emocionante. Pasaron unos días compartiendo cenas y tertulias en el porche, rutas nadando en el mar, paseos por las calles de belleza decrepita del vedado y encuentros entrañables soñando desde el ático de Hubert en La Habana Vieja. Nayra iba a llegar a La Habana a seguir colaborando con Hubert, y Thanda soñaba en ir ampliando la familia.

Sentía la valentía de ir desnudando y dejar fluir su alma más y más y en la primera peña de la ternura que organizaron ya en la casa de Tercera, "Ternura en Tercera", cantó una canción del latir y fluir de su alma:

"...mi alma quiere ser ... furtiva de mi piel ... migrante sin papel ... fundida en tu ser... ¿no es así el amor?... ¿un acto de fusión? ... no quiero más ser ... preso de mi piel..."

A los pocos días de la llegada de Adam y Cassie, Thanda recibió una llamada de su hermana Lourdes diciéndole que su padre había empeorado y lo iban a llevar al hospital. Thanda temió el final. El ocaso de la vida como la había comprendido hasta entonces: con su padre, cerca o lejos, siempre guiándole y mostrándole los valores que daban sentido a su vida. Compró un billete de avión y voló urgente hasta Madrid. Unai y Nayra le dijeron que se unirían a él en cuanto pudieran.

Mientras volaba hacia Madrid recordó casi sesenta años de vida bajo la luz de un ser tan bello.

Recordaba cuando niño se arrodillaba a su lado para juntos pintar los cochecitos que le compraba y arreglaban con esmero. Thanda los había guardado en una cajita de metal, que desde su vuelta de África buscaba por Las Rozas y por Robledo sin fortuna. Era quizás, pensaba, el tesoro de la vida, que fue intentando guardar, y que no nos pertenece, como todo lo verdaderamente valioso. Eso le ayudaba a Thanda a no apegarse a lo material y buscar en el alma la armonía con la vida.

Recordaba cuando su padre le contaba como, cuando acabó la guerra civil

española, se fue a Inglaterra con tres regalos de su tío Falé, quien, sin hijos propios, le tenía en gran afecto: una maleta pequeña y cuadrada, un reloj y el billete del barco. Thanda guardaba los dos primeros con enorme orgullo y celo. Así se fue con apenas dieciséis años a buscar fortuna a Inglaterra donde acabó becado jugando al fútbol en el equipo del colegio y luego el de la ciudad de Ipswich. Al volver con su perfecto inglés fue locutor de la emisión de radio nacional de España para el extranjero, en inglés, leyendo noticias bien filtradas por la censura. Cantaban juntos "señora azul" de Solera, recordando aquel tiempo. Eso le ayudó a Thanda a buscar aventuras por el mundo.

Recordaba Thanda también como su padre le decía que en el colegio inglés le miraban con frialdad y hasta rechazo como español pues Franco fue aliado pasivo de Hitler, quien bombardeó Inglaterra con saña y extrema crueldad. Y le contaba a Thanda como les demostró que él amaba a todos por igual y desde su Fe cristiana les hablaba de como todos éramos hermanos. De aquel tiempo le regaló sus diarios escritos con una esmerada y diminuta letra, como intentando ahorrar cada milímetro de papel. Aquel ejemplo le guio a Thanda a soñar un mundo sin fronteras.

Se acordaba como su padre le contaba cómo se proponía retos personales para superarlos sin que nadie lo supiera y sentirse fuerte para ser generoso. Como cuando en Inglaterra se propuso llevar todo el tiempo, aún en invierno, pantalones cortos. Y así lo hizo Thanda en su escuela en el frío invierno de Madrid. Como cuando contaba los pasos al subir escaleras largas o ir, cansado, a algún destino. Y así Thanda también aprendió a "contar para aguantar". O como cuando, enamorado de la madre de Thanda, se daba tiempos para llamarla y así "merecer esa anhelada cita" o se autoimpuso un mes de no verla como agradecimiento a la vida por haber conseguido alquilar un piso para poder casarse y tener una familia. Con esos ejemplos Thanda aprendió a tener "*endurance*", sin fácil traducción, quizás tesón, el nombre del barco del capitán

Scott hasta la Antártida.

Recordaba cómo, según le decía su madre, al nacer Thanda puso un enorme cartel en la puerta de su casa de la calle del doctor Esquerdo donde decía "ya estamos los tres en casa". Así aprendió Thanda a vencer su timidez azuzada por el acoso escolar cuando todos le gritaban "chino", y hablar sin temor y con orgullo de lo que sentía bello en la vida.

Recordaba durante el vuelo como cuando ya Thanda tenía ocho años su padre inscribió a la familia como socios de un club de tenis en el norte de la ciudad, y le animó a Thanda a sacar su fuerza con ese juego inglés que él conoció en Inglaterra, pero nunca pudo jugar por carecer de una raqueta. Le regaló por su "primera comunión" una raqueta "Dunlop maxplay" y Thanda se propuso, como en tantas cosas más, hacer a su padre orgulloso y ser un gran tenista. Pasaba horas y horas golpeando una pelota contra la pared del frontón. Y soñaba que un día sería un gran campeón como los entonces Orantes y Nastasse que veían por la televisión en blanco y negro y desde su fama diría al mundo que acabasen con las fronteras y con los ricos y pobres, el hambre y las guerras. De alguna manera perduraba su sueño de niño aunque se había ido transformando con eilos vientos del tiempo. Pedacitos rotos esperecidos en el fondo del alma.

Recordaba Thanda como su padre nunca pedía ni compraba nada para él, y su madre debía insistirle hasta en aceptar unos calcetines. Mientras tanto, era generoso con los demás, sobre todo con la familia. Thanda aprendió de él a ser austero, a pensar dos veces si pensaba-que-necesitaba algo.

Recordaba cómo se levantaban antes del amanecer los domingos, y se lavaban con agua muy fría la cara recordándose que eran los "*madrugators*", y salían juntos a atravesar Madrid y hacer cola para poder "reservar pista" y así Thanda jugar con su padre lo aprendido durante su "tesón frente al frontón". Pues así era la vida, pensaba Thanda sobrevolando el Atlántico,

tesón contra el frontón. Aquella ceremonia de los domingos, yendo luego a la iglesia frente al Retiro y comprando chocolate y churros para su madre y sus hermanas, era el momento más feliz de toda la semana para Thanda, y constantemente volvía el recuerdo emocionado a su mente. Ese recuerdo le acompañó toda la vida a Thanda y le guió a intentar siempre ser un buen padre. De Ángeles y Daniela, de Adam, Nour y Unai, y de todos los niños del mundo que cruzara su camino en la vida.

Recordaba cuando pasaban los veranos en Llanes y Thanda se iba nadando con su padre más lejos que todos, hasta la "punta del Gruño" desde donde, saliendo de la bahía de la playa del sablón, podían sentir las corrientes frías del Cantábrico y ver la inmensidad del mar, hacia el norte inglés de su juventud, y le decía:

- Juan, nunca tengas miedo a nada si está en el camino hacia tus sueños.

Recordaba su tiempo de emigrantes en Holanda, y como un día, ante la insolencia de Thanda en su adolescencia incipiente, su padre le dio una bofetada. La única en toda su vida. Salió su padre triste a caminar por la playa de Scheveningen en La Haya. Thanda se dio cuenta de su comportamiento egoísta y salió a buscarle. Tenía doce años. Era de noche. Hacía frío. Acababan de llegar a un país extraño. Le encontró caminando por la orilla. Fue corriendo hacia él. Se abrazaron. Y su padre le dijo:

- Me sentí muy confundido y desesperado hijo: no quiero que seas nadie arrogante ni insolente en la vida. Pero nunca me perdonaré haberte pegado. Y nunca más en mi vida volveré a hacerlo. He sentido por ello el mayor dolor posible. Te quiero más que a nada en este mundo hijo.

Y como desde entonces supo que nunca debiera pensar que sus ideas eran superiores a las de nadie y aprender cada día de la humildad de su padre: su inteligencia discreta, su generosidad anónima, su voz suave y baja, su mirada de respeto, su ser... liviano entre la luz. Su ser de luz.

Recordaba como avanzó su adolescencia rebelde y su padre siempre estuvo allí para entender sus tiempos de melena y morral, sus tiempos de objetor de conciencia pacifista, sus tiempos de amores inciertos, sus tiempos de indecisión entre ser tenista profesional o médico para el mundo... y siempre su padre le guio sin palabras ni exigencias, pero con amor y con el ejemplo. Tanta paciencia y generosidad le guiaban a Thanda a intentar ser mejor persona cada día.

Recordaba Thanda como avanzó en sus estudios, llegó a terminar la carrera y sacar su oposición de médico residente y a casarse con Cristina, y a irse a África. Y como de todo ello sentía su padre un profundo orgullo, y ese era el mayor premio y fuerza para Thanda. Y cuando a su vuelta a España se enfrentó al divorcio desgarrador, a juicios y a momentos que parecían hundirle en las más oscuras tinieblas. Y como, a cada paso, y en todo momento, su padre, con su madre, siempre estaban ahí para animarle a ser noble y generoso, y con ello nunca perder la esperanza.

Recordaba, cuando ya el avión se aproximaba al amanecer en las costas portuguesas, como cuando estuvo a punto de claudicar en su lucha por un mundo más justo desde la política por su puesto luchado de funcionario en Bruselas, y su padre cayó gravemente enfermo con cáncer, le dijo "tienes que luchar" y su padre le respondió "yo lucho si tu luchas", y todo cambió. Porque así aprendió Thanda a luchar por las causas nobles, a nunca rendirse, a decir la verdad y a no tener miedo a ser él mismo.

Y ya aterrizaban cuando recordó como su padre, a pesar de la distancia y el tiempo que, desde hacía veinte años, un tercio de su vida, le había alejado físicamente de él, quizás cuando más le necesitaba; le animaba a seguir sus sueños y sus luchas. Primero a "luchar por una política noble" en Bruselas, y luego, "*go west young man*" hacia México y hacia Cuba. Y como, aún lo recordaba, en la reciente Navidad y ya con tan sólo un hilo de fuerzas le dijo:

“Sigue fuerte hijo por el mundo, estoy orgulloso de ti”. Y como así aprendió Thanda la lección más profunda del amor: la de desear la felicidad del otro sin nada a cambio, sin ni siquiera, si así había de ser, su presencia. Le costó aceptarlo pero lo iba integrando en su ser solitario lejos también de su compañera y de sus hijos.

Recordaba sus frases favoritas: “este es el primer día del resto de tu vida”, su oración de gratitud a Dios y de humildad, su complicidad al hablar de “su majestad” ante el genio de su madre, como la canción de Humet, y su código secreto de “no se ha..”, como decía el sabio Sancho Panza.

Eran tantos los miles de recuerdos, imágenes, miradas, músicas, los “*push-ups*” juntos cada mañana, las oraciones en la comida, los paseos juntos, su gorra de marino alemán, sus aventuras juntos por Madrid, por Asturias, por Holanda, por Inglaterra, por Escandinavia, por Canarias, por Bruselas y por tantos lugares del mundo por donde, orgulloso con su madre, le siguieron los pasos a Thanda, aunque, ya no podría ser como hacía poco soñaban, a Cuba. Dejaba Enrique un maravilloso legado de tres mil dibujos, doscientos cuadros de óleo y cincuenta grabados, que plasmaban lo que su ventana del alma vio fascinado del mundo, en paisajes, paisanajes y motivos abstractos que le inspiraban a Thanda suave ternura, honda sensibilidad y sutil belleza.

Aterrizó con esos pensamientos emocionados en Madrid y siguiendo el ejemplo de austeridad de su padre, en lugar de buscar un taxi fue en combinaciones de trenes y autobuses hasta el hospital de Puerta de Hierro en Majadahonda donde estaba ingresado. Llegó a la habitación a donde acababan de trasladarle desde la urgencia. La 102, del servicio de oncología.

Supo después por su madre que, aunque ya estaba muy débil y caminaba lento y con poco aliento, quiso acompañarla a ella y a tres amigas ya viudas a su sesión semanal de cine. Era el frío mes de enero en Madrid y el viento era gélido. Pero quiso ir. Quizás sabía que era su última aventura. Llevar, cual

caballero guardián, a su amada y otras tres bellas damas, ya viudas, a su anhelada cita semanal con el arte. Apenas podía andar, pero rehusaba usar un bastón o apoyarse en las damas que le ofrecieron ayuda. Quizás su orgullo de andar erguido y como le decía Thanda, “los hombros detrás del cuello y la mirada al frente”, le hizo esforzarse en ese último gesto de caballero.

El frío se metió en su cuerpo y empezó a toser y a respirar con dificultad. No podía ni comer ni tomar el medicamento y le llevaron a urgencias. Mientras Thanda volaba de La Habana a Madrid, su padre luchó toda la noche en urgencias por respirar y, confuso, se quitaba la mascarilla de oxígeno. Cuando Thanda llegó a la habitación, su padre estaba sentado en una silla, despeinado y con barba de tres días, con los ojos cerrados, la respiración agitada, y apenas fuerzas para volver su mirada y responder cuando Thanda le saludó y le dio un abrazo. Apenas le reconoció. Sus hermanas le dijeron que llevaba tres días sin apenas comer. Se abrazaron con cariño. Temían que pudiera ser el final. Thanda le acostó en la cama del hospital. Se propuso sacar todo lo mejor de sí como médico para el momento de toda su vida en que más deseo sentía de sanar y aliviar. Comprobó que estaba confuso, desorientado, respirando rápido y con sus dedos y labios fríos, pálidos y un poco cianóticos. Vinieron a tomarle las constantes: algo de fiebre, presión arterial muy baja, como siempre tuvo, y pulso rápido. Le pidió a la enfermera, muy amable, el fonendo para auscultarle el corazón y los pulmones y comprobó que el lado derecho ventilaba poco y su corazón latía rítmico pero débil.

-Papá, hoy tenemos que volver a ser “*madrugators*”: lavarnos bien fresca la cara. Luego quiero que comas algo. Y después te voy a afeitar y a peinar para que cuando venga esta tarde mamá, “su majestad” – le dijo en su broma cómplice-, te vea guapo y sepa el caballero que eres, también en esta batalla. Su padre, apenas sin fuerzas, asintió con una tierna sonrisa. Le pudo ayudar a comer lentamente una sopa y un puré de frutas y fue estando algo más

atento y orientado. Luego le lavó, peinó y afeitó, le puso un poco de su colonia favorita, "Old Spice", animándole a que así le vería su madre, el amor de su vida, elegante y apuesto, como siempre.

Llegó por la tarde la madre de Thanda.

- Enrique, pero ¡qué elegante estás!

El padre de Thanda le hizo un guiño a su hijo, de complicidad. Casi sus últimas fuerzas en ese leve gesto.

Pasó la tarde animado, atento, con pocas palabras, pero coherentes, y hasta hizo unas bromas a las enfermeras. Hablaron por teléfono con las hermanas de Thanda que se emocionaron al saber que había mejorado y les podía hablar.

Su madre volvió a dormir más tranquila a la casa familiar. Thanda se quedó para acompañarle. Fue quedándose dormido después de comer parte de la cena. Thanda se acomodó en el sofá próximo a la cama. Hacia media noche, su padre se despertó y el simple esfuerzo de sentarse mejor le agotó. Comenzó a respirar con dificultad y a agitarse queriendo quitarse la mascarilla con oxígeno. Thanda llamó a la enfermera y ésta al médico de guardia. ¿Cuántas noches de guardia había tratado Thanda a pacientes en situaciones así? Su diagnóstico probable de cáncer de pulmón, por el maldito tabaco en sus años jóvenes, junto a su edad y su debilidad extrema, aconsejaban no alargar un sufrimiento inevitable. Thanda dijo al colega de guardia que había mejorado mucho, que tenía mucha ilusión por vivir y que con antibiótico estaba convencido que mejoraría poco a poco. Pensaba para sí que aún tenía mucho arte que dar al mundo y mucha ternura que derramar. Egoístamente pensaba lo tanto que necesitaba de su ánimo, sus guiños, el ejemplo luminoso de su humildad y generosidad. El médico de guardia aceptó poner el antibiótico intravenoso y ver como evolucionaba, y aconsejó añadir un calmante al tratamiento, para aliviar su sensación de ahogo. Durante la noche

más larga y triste de su vida, sin soltar la mano de su padre, su más firme asidero en la vida desde niño, vio como su padre repitió hasta cuatro veces las crisis de falta de aire. Cada vez que se agitaba por la sensación de falta de aire veían baja su saturación de oxígeno y así fueron aumentando el flujo de oxígeno y también la dosis de calmante. En la última crisis se unió un dolor de pecho fuerte y le hicieron un electrocardiograma que demostró que su corazón seguía firme y rítmico. Entre la angustia de su sensación de fatiga y confusión, empezó a contar, como hacía siempre para superar esfuerzos o pruebas difíciles:

- Sesenta y cuatro, sesenta y tres...

Contaba hacia atrás...Se le quedó grabado a Thanda el número sesenta y cuatro.

Cuando recuperó un poco el aliento le cogió fuerte la mano a Thanda y le dijo:

- De esto, hijo, ni una palabra a tu madre y tus hermanas.

Así entendió mejor que nunca Thanda, la grandeza del alma de su padre. La razón de no hablar de sí mismo, ni siquiera del final, era ... por no molestar... nunca conoció alma más generosa.

El médico aconsejó aumentar la dosis del calmante y dejar un goteo intravenoso del mismo, que le evitara seguir teniendo esas crisis de fatiga.

Llamó a sus hermanas:

- Venid cuando podáis mañana, papá ha empeorado.

Por la mañana llegaron sus hermanas y su madre. Los cuatro sabían la gravedad y se abrazaron con sentido cariño.

Durante el día llegaron Unai y Nayra desde La Habana, y también sus dos hermanos de Madrid, el resto llamó con cariño desde Valladolid. Thanda se quedó dos días y dos noches con sus dos hermanas, sin separarse de su padre, unido a un hilo de vida cada vez más fino y frágil. Desde su cuenta atrás y su mensaje de "no molestar", ya no volvió a abrir los ojos. Aún apretaba

débilmente la mano.

Thanda sintió que su corazón se deshacía. No era dolor lo que sentía, sino una transformación a otra forma de existir que no conocía y que no le interesaba. Cuando niño había soñado a menudo que “se iba” su padre y sentía, en angustiosas pesadillas, la sensación de estar perdido y sin razón para vivir. Se despertaba con tremenda felicidad de saber que era tan sólo un sueño y corría hasta la cama de sus padres para abrazarle. Ahora este sueño parecía no desvanecerse y no tenía a donde ir. Le abrazaba con devoción en su lecho del hospital, le daba gracias por tanto vivido, por tanta luz y le pedía que le siguiese guiando.

Treinta años antes lucharon juntos contra una nefritis que anuló sus riñones y, aún estudiante, Thanda ofreció un riñón para que le trasplantaran a su padre. No hubo necesidad pues se recuperó. Diez años después llegó su código de honor de “yo lucho si tú luchas” y curiosamente una década después le dijeron a Thanda que sólo tenía un riñón, el otro se había reducido al tamaño de una lenteja calcificada. Ahora le daría su corazón sin pensarlo un minuto para que siguiera brillando aquella bella luz que tanto le había dado.

En la segunda noche la respiración se hizo irregular y al amanecer se fue apagando hasta su última bocanada de aire en la que Thanda sintió que una parte de él mismo se iba con su padre a otro misterioso lugar. Así terminó la historia en la dimensión que conocemos, de un alma maravillosa, inteligente, generosa, artística y, sobre todo, de tremenda e inquebrantable humildad.

Llegaron a la habitación Nayra con Unai y la madre de Thanda, llegó también Nour. Llegaron los familiares de Madrid y amigos de toda una vida. Thanda fue con su hermana Lourdes, en quien él veía muchas de las virtudes de su padre, al frío y miserable trámite de los negocios de las funerarias con macabros menús de coches, cajas y flores. Hasta después de la vida se ensañaba el insensible mercado con el dolor ajeno. Siguió la tarde fría de

febrero con el velatorio en el tanatorio de Las Rozas, con visitas de amigos y familia a quienes atender con abrazos sentidos por el vacío de tan querido ser humano. Su madre le pidió a Thanda que buscara un sacerdote que pudiera decir unas palabras ante la familia y amigos. Volvieron a casa, tan vacía sin la ternura de su padre. El mundo no parecía real. Parecía un sueño. O quizás Thanda quería que fuera un sueño, como las pesadillas de niño, de las que siempre despertaba.

Al día siguiente el padre de Thanda fue incinerado. Thanda vio con rabia en sus puños por cómo se había mecanizado y comercializado hasta la muerte, como un frío émbolo metálico empujaba la caja para que aquel bello cuerpo fuera convertido en apenas unos minutos en cenizas. ¿Por qué todo tan rápido en esa sociedad enloquecida por prisas, competición, culto a lo material y ausencia del profundo sentir espiritual? Las guardaron en un nicho del cementerio de Las Rozas, como su padre hubiera elegido, del tamaño más pequeño y en un discreto quinto nivel donde Thanda pidió que inscribieran "*Siempre en nosotros*".

Nayra, a su lado, le acompañaba en silencio, ese lenguaje que sólo el amor entiende.

Thanda le pidió a su madre que le dejaran poner un puñado de sus cenizas en un rincón de la casa de Robledo donde plantarían un ciprés y pondrían once piedras, para su amada, sus tres hijos y sus siete nietos, alrededor. Thanda fue con aquella muestra de cenizas para plantar el árbol y meditar buscando a su padre en su interior. Cuando mezcló los restos simbólicos de su padre con la tierra y plantó en ellos el árbol que crecería con tan bella esencia, se levantó un viento con lluvia y parte de las cenizas le bañaron la cara a Thanda. Se limpió con las manos y quiso beber de ella. Quería que su padre permaneciera para siempre en él. Que le guiara en cómo reinventar la vida física sin él. Parte de él se había ido ya, a algún misterioso lugar, con su

querido compañero *madrugador*.

Compuso una canción que cantó frente al ciprés con las preguntas que le faltó hacerle a su padre, a quien le sentía más dentro que nunca:

*Padre desde que te fuiste no entiendo, todo parece sin luz
mi alma te busca sufriendo, no puedo con esta Cruz
No entiendo a la eternidad, tampoco que haya un final
porque esta oscuridad, esta frontera mental
No entiendo al infinito, ni un límite en el espacio
Aunque a veces me permito pensar en ello despacio
No entiendo a la materia, su rol en la astronomía
todo parece una feria con norias de energía
No entiendo así al tiempo, esta secuencia de instantes
Todo pareciera un cuento sin claro después o antes
no entiendo a la energía, la magia que nos da vida
que escapa en rebeldía y en todo está diluida
No entiendo al universo, ni si hubo un Big Bang
o si se expande o encoge cuál latido sin final
No entiendo a las galaxias ni a sus danzas espirales
o me hace ninguna gracia, aunque sean rituales
no entiendo a las estrellas, inmensas bolas de fuego
ni a la fusión que hay en ellas, ¿de qué se trata este juego?
no entiendo a los planetas, estas masas minerales
Ni cuáles son las metas de sus viajes siderales
No entiendo a la luna, como a la noche acaricia
no sé por qué tal fortuna, será avaricia o justicia
No entiendo las montañas ni a sus hermanos los valles
ni el fuego de sus entrañas ni sus miles de detalles
no entiendo al amanecer, ni el trino que lo anuncia*

*tampoco el atardecer ni como al día renuncia
no entiendo así al agua, las nubes lluvias y mares
ni al caldo que en ella fragua la vida en formas dispares
no entiendo así a la vida, el baile molecular
si un meteorito suicida dio al destino celular
no entiendo al ser humano tan indefenso al nacer
de la natura profano el trono cree merecer
no entiendo comer y beber y así tener energía
para podernos ver mover y seguir en cofradía
No entiendo tanto crear, color palabras sonidos
pintar contar y cantar y así inundar los sentidos
no entiendo tanto pensar, y por viles lealtades
permitirnos alienar sin desafiar las verdades
no entiendo tanto dormir, en qué consiste soñar
para luego resurgir y la conciencia mandar
no entiendo la fuerza de amar y trascender nuestra piel
y así poder aliviar la angustia de no entender
iiNo entiendo al fin la muerte, a dónde fue tanto amor!!
sueño con volver a verte y desterrar tanto dolor
no entiendo que no entienda, será que no hay que entender
que no hay más en esta hacienda que rendirse sólo a ser!*

Thanda se quedó unos días con Unai acompañando a su madre en la casa familiar, tan vacía de él, y tan llena de sus recuerdos. Una noche, su madre, aturdida de tanto dolor por sentir, por primera vez en sesenta años la falta de su caballero andante, se cayó encima de la mesa baja de cristal que tenían en el salón y salieron cientos de trozos punzantes que la rodearon sin que ninguno, milagrosamente la cortara. Thanda sintió que su padre la había protegido de cualquier daño. Estaba seguro. Y también estaba seguro de que

le pedía que Thanda la cuidara.

Volver al trabajo en La Habana fue muy duro. Ya no estaban, como siempre, sus padres ondeando los brazos en la estación de tren. Sus hermanas estarían muy pendientes de su madre, pero Thanda sentía que aquel viaje llevaba de vuelta a La Habana sólo parte de quien diez días antes había llegado.

Al llegar a La Habana le esperaban Hubert, Adam, Cassie y Unai; ya Nayra se había vuelto a Berkeley. Se abrazaron con cariño. No podía apenas hablar. Esa noche buscó con todas sus fuerzas a su padre en su sueño. ¡Estaba tan seguro de que estaba con él de otra forma! ¿Podría invertir, cual espejo de su niñez, las pesadillas sin su padre y los despertares con él a esta nueva e insoportable realidad sin él, pero sumergirse cada noche en los sueños con él? Durante varias noches así fue, y le sentía tan real que hasta parecía pensar soñando "que aquello no era un sueño".

Pero el día se tornaba insoportable, el vacío dolía como una quemadura, y la voz se ahogaba con un nudo que en su garganta. A la vez sabía que una vida de amor volvía de forma cuántica a su naturaleza más pura de energía sin tiempo ni espacio, y que, de alguna manera, era egoísta retenerle. Hasta en esto debía aprender de su padre y ser generoso con su viaje.

Convocó a la peña de la ternura a honrar la memoria de su padre. Vinieron compañeros y amigos con mucho cariño. Les cantó una canción que dedicó a su padre y cuyos primeros versos decían:

La vida atrapa la energía, y late, como un ovillo de deshila, y vuela

A veces actuamos, a veces observamos, serenamente y sin saber,

la vida late en nuestro ser...

Y así, sin más, te dejo que me dejes, Y así, será, mi alma está en la tuya

Yo tengo en mí un nido en el que anidas, tu luz en mí, me une al universo sin fin

Ya en su cama, la angustia de buscarle en sueños fue dejando el paso a

sentirle, en los momentos más inesperados, sonriéndole a su lado y tomándole de la mano que Thanda sentía con gratitud y al irse su alma susurraba: te dejo que me dejes...

CXXVII. El baile con el mar, costa de Miramar, abril 2018

Thanda siguió su vida en Cuba intentando llenar el a-veces-insoportable vacío de la ausencia física de su padre. Poco a poco fue cediendo la ansiedad de buscarle en sus sueños. De leer ávido en sus diarios o en sus escritos. Ode entender el mensaje de cada uno de los miles de dibujos que dejó, códigos que descifrar sobre el sentido de la vida. Si que le leía con calma y gratitud, le escribía un diario y mandaba cada día a la familia una poesía junto a un dibujo de su padre. Hasta le hablaba, sobre todo cuando caminaba sólo, hasta le podía ver caminando a su lado, con su dulce sonrisa.

Sus "no entiendo" seguían haciendo eco a cada paso y vivía más que nunca con un sentido de no-entender-la-vida, pero su último verso: "rendirse a sólo ser", le mantenía con pasión por la vida y gratitud a ella y a sus padres por invitarle a tan mágica aventura. Y en ello había otra razón de seguir: caminar, sin prisa, pero sin ya miedo a la muerte, hacia el reencuentro con su padre. Se decía a sí mismo lo absurdo de los mitos y como tantas personas adoraban a personas que conocieron sólo por las historias contadas por otros. En eso sentía distancia con el sentir de muchas personas en Cuba y su adoración casi religiosa a ciertos líderes, quienes, en el fondo, asumieron ser de alguna manera superiores a los demás y mantenerse en el poder vidas enteras. De hecho, pensaba Thanda, de eso estaban hechas las jerarquías, de unos creyéndose superiores a otros y éstos sumisamente aceptar esa relación vertical. En cambio, su padre le inspiraba, aún en su "otra dimensión", valores desde donde expresar lo más bello del alma, en generosidad, perseverancia, creatividad, y, lo más importante, en callada humildad, la virtud ausente en los sistemas dominantes de las jerarquías.

El mundo seguía rodando y la vida seguía casi igual en el trabajo, preñado de procedimientos burocráticos que veía más absurdos que nunca, y el día-a-día lleno de inercias en las que el alma parecía no tener espacio para expresar su

latir profundo. Unai, quien había establecido con el padre de Thanda, tocayo y alma gemela en muchos sentidos, una conexión muy profunda, transitaba en su duelo con silencio, emulando quizás la discreción de quien para él fue su abuelo. Se hizo un tatuaje con uno de sus dibujos y le recordaba en su intimidad. Comenzó a tratar a jóvenes de Miramar, algunos de la élite privilegiada que estudiaba en el colegio internacional, cuyas tasas mensuales, desde la guardería incluso, equivalían al salario de treinta médicos cubanos. Además, Unai fue sintiendo cierta decepción del sistema de educación en Cuba, que, como todo en la sociedad, transpiraba un pensamiento único y vertical y poco espacio para el debate y el pensamiento libre. Thanda veía con honda preocupación como el alma pura de Unai se rodeaba de jóvenes privilegiados y consentidos, y se alejaba de sus compañeros humildes de la beca.

Adam avanzó en sus estudios de neurociencias en el instituto C-Neuro de La Habana. Investigaba como funcionaban los circuitos de la agresividad, en relación a los de la empatía. Lo habían observado en comportamientos, respuestas ante ciertos estímulos y hasta viendo la configuración cerebral por imágenes de resonancias magnéticas de atletas cubanas del equipo nacional femenino de Judo. Aunque había fascinantes cuestiones que entender, como los filtros prefrontales que modulaban la conexión de los estímulos que el instinto de sobrevivir del cerebro primitivo de la amígdala, vestigio reptil, detectaba y transmitía a la conciencia del hipocampo y a la acción prefrontal; Adam sintió hastío de la frialdad científica y escepticismo de sus oscuros intereses. Sentía Adam mucha mayor pasión por el cine y transmitir en ello sentimientos, tocar esa conciencia perdida entre el hipocampo y la abstracción humana de su desbordado lóbulo frontal, y abrir los caudales de emociones por los canales de empatía. Comenzó a colaborar en el documental de Hubert y a confabularse con la metáfora del "Epicentro". Acabó su investigación para,

aconsejado por Thanda, terminar sus estudios y pasar página con la satisfacción de haber completado y aprendido de una etapa más de su vida para luego entregarse en cuerpo y alma a su pasión de artista.

Cassie acabó sus estudios con el Centro de Investigaciones Marinas. Cada día durante tres meses acudía a sus humildes instalaciones en Miramar, a tres cuadras de la casa de Thanda. Se sumergía en las aguas de Caribe por una entrada en la calle doce, conocida como "la playita", desde un borde rocoso, y nadaba con sus compañeros de investigación hasta la barrera de coral, a unos doscientos metros de la costa. Con una pizarra y rotulador impermeable, escribía notas bajo el mar. Observaba maravillada aquella mágica naturaleza, ausente del ruido y prisas que rodeaba la vida humana sobre la tierra. A la vez sentía la tristeza de ver como el cambio climático y los vertidos orgánicos y tóxicos de la ciudad al mar estaban afectando al frágil equilibrio de la flora y fauna marina, que ya pronto tendría en sus fondos más cantidad de plástico que de vida marina.

También llegó Nour a compartir con sus hermanos y con Thanda, quien sentía cierta distancia con su mundo de la imagen, que temía fuera a atrapar a tan bella alma en un mundo donde reinaba el narcisismo y la banalidad. Pero algo mucho más profundo, el espíritu de Ukuzwana unía a los hermanos y a ellos con Thanda, quien sentía con Adam, Nour y Unai, una unión muy profunda. Para celebrar el final de los estudios de Adam y Cassie, y del primer año en la universidad de La Habana de Unai, fueron a una excursión en la pick-up hasta Viñales. Los acompañó Hubert. Llegaron a una humilde finca donde les dejaron unos caballos. Cabalgaron por las praderas y por las colinas de aquel mágico paisaje. Sintieron la magia de la vida sencilla en naturaleza y la unión en sus corazones.

A los pocos meses de cambiar a la casa de Miramar, su ilusión de llenarla de familia y de calor, color y amor, se fue nublando. Unai se había ido alejando

en el corazón y tenía más su mente en Europa, Thanda pensaba que quizás por Altea y quizás por buscar otros caminos de conocimiento con más espacio para el pensamiento libre; Adam y Cassie acortaron su estancia y volvían a Europa para seguir Cassie allí sus estudios y Adam sus pasos hacia su vocación cineasta, su padre partió a otra dimensión, su madre no se animaba a trasladarse tan lejos de su hogar en Las Rozas, sus hijas Daniela y Ángeles volaban sus vuelos y poco sabía de ellas y Nayra se iba anclando más en la vida de Berkeley con sus hijos.

De todo ello lo que menos podía entender y por ello aceptar con paz, era el perpetuar una vida de pareja en la distancia. A pesar de varias visitas de Nayra, colaborando con Hubert en su documental, Thanda fue entendiendo que no sería fácil de cumplir el sueño de un hogar juntos en Cuba. Su nexa a sus ya adolescentes hijos e hijas, era mucho más fuerte que el del amor por Thanda, y no era capaz de encontrar en ello un equilibrio y dar espacio al amor.

Por las noches sentía más profunda la soledad. Hasta buscaba una posición para dormir con una pierna muy flexionada hacia el vientre, y rodeando con su cuerpo una almohada, como para sentir el abrazo de, quizás, su misma soledad. Calculó que había vivido más de la mitad de su vida sólo, y dos terceras partes de sus últimos veinte años, pero quizás nunca había conocido íntimamente a su soledad. Cantaba para sí la canción de Moustaki "*la solitude*": "*...ma derniere compaigne*". Aquellas noches echando de menos a sus hijos de corazón, a sus padres y a Nayra, se hacían largas y el eco de los no entiendo era, a veces, atronador. Antes, mucho antes, de que el gallo, Paco, anunciara el nuevo día, ya Thanda estaba despierto y pensando hacia dónde debería dirigir sus pasos, ese día, los meses por delante, la vida que esperaba.

Un día fue, como hacía en Cubanacan, antes del amanecer, al mar, a una

cuadra de su casa, en la entrada al Caribe desde la calle 24. Caminó los doscientos metros que separaban su casa de la entrada al mar vestido con un pantalón corto que tenía desde su tiempo en Zimbabue. Nada más. Él y la noche. Cruzó la tercera avenida, que ya empezaba a anunciar un festival carmesí de los cientos de flamboyanes que tupían sus aceras y se acercaban en partes de la calle como queriendo trenzar un mágico túnel. Avanzó por la calle veinticuatro entre tercera y primera, una cuadra típica de Miramar, de cien metros de lado, con casas grandes, alguna flamante con cemento y pintura que seguramente venía de remesas o envíos de Miami. A la derecha el solar más amplio lo ocupaba un complejo de casas con paredes desconchadas, el pasto sin cuidar y ventanas y puertas desencajadas por madera inflada por la humedad y roída por el salitre, donde, según le dijeron a Thanda, vivía una viceministra de relaciones exteriores. A la izquierda, y ocupando casi la mitad de la cuadra, una alta tapia coronada con un aparatoso rollo de alambre de espinos ocultaba una siniestra casa donde vivían marines americanos con quien-sabe-que-intenciones. Thanda no cesaba de asombrarse de la tolerancia que exhibía constantemente Cuba con el país que no cejaba un solo momento de agredirla y difamarla. Al final de la calle, en la esquina con la primera avenida, a su derecha, se estaban adaptando las plantas bajas para convertirse en pequeños "paladares" de CUCs, para la clase pudiente de Miramar, emulando al "Café Fortuna" del otro lado de la calle, con sus objetos antiguos y provocadores para tomar una cerveza o un mojito sentado en un ambiente bohemio, sobre un inodoro o sobre una pretendida tumba que rezaba "aquí yació un insensato por no reenviar un mensaje-amenaza da diez amigos", ridiculizando a los visionarios y profetas de Facebook.

Lo observaba todo como lejano y ajeno mientras al frente le llamaba el horizonte del mar, oscuro aún, bajo un cielo que comenzaba a anunciar la

llegada, un día más, puntual y fiel, del sol. Pensó Thanda en ese símbolo que tanto costó al hombre desmontar: la visita del sol a la "Tierra", cuando era nuestra rotación de día y noche y en torno al sol la que nos devolvía a sus caricias de fotones emanados de su fusión de Helio, como la del amor de su alma furtiva, fusión en expansión. Los treinta metros de entrada entre la primera y la línea del mar los cubría en su primera mitad un asfalto horadado de baches y ya hacia el mar unas piedras volcánicas y espinosas que en Cuba llamaban, muy acertadamente, "diente perro". Vio con tristeza que había bastante suciedad de papeles, botellas de plástico de refrescos azucarados y otras de cristal de ron, y hasta algunos preservativos, de los que Thanda imaginó una bella y furtiva unión sin miedo bajo las estrellas. A su derecha, hacia el levante, se alzaba una pared de cemento donde pensó lo lindo que serían unos pocos trazos que simbolizaran a su padre pintando el horizonte que observara la ternura de su mirada. Por un momento sintió la idea furtiva, como su alma de su piel, de hacer una pintada y que fuera, al menos para él, la pequeña entrada al mar en honor a su padre, con un banco y un pequeño muelle por donde entrar sin sacrificar la planta de los pies con el diente perro. Se aproximó por el lado izquierdo, que en aquella costa norte era el occidente y llegó hasta el borde del mar que con un manso oleaje bañaba rítmicamente el áspero diente perro. Pensaba en la otra estrofa de la canción que a solas le cantaba a su padre: "*...las olas llegan a la orilla... y se rinden... y pareciera que al morirse ... renacen...*". Miró al oriente y vio que próximo a la costa, el cielo se iluminaba de un rojo intenso, como el de la sangre que anuncia un parto, "*la era pariendo un corazón*", como la vida que brotaba de los flamboyanes. Se dejó cautivar por la belleza, hipnotizando su mente, paralizando su cuerpo, rindiéndose a la vida.

Cuando allí, sólo, sin nadie, sin ruidos humanos, aparecieron los primeros rayos del sol, entro al mar, que le recibió con un abrazo cálido. ¡Cuanto echaba

de menos en ese momento sus travesías en el frío Cantábrico con su padre hasta la punta del Gruño! Ya en el mar estiró su cuerpo ingrávido y miró al fondo con unas gafas que había traído desde España. Le fascinó ver, aún oscuro, un escenario de rocas y algas entre las que merodeaban pequeños peces de múltiples formas y colores. Sintió como si entrara en un bello hogar que siempre le había estado esperando y donde nadie ocupaba el espacio con sonidos codificados que constantemente escuchar, interpretar, digerir y responder. El mundo sin la maraña de las palabras. Donde no se oía ni de lejos ningún motor-quemando-fósiles, que después de las palabras, era el ruido que más bañaba los cerebros humanos urbanos. La quietud y la belleza. Le embargó una profunda sensación de gratitud por estar vivo.

Siguió nadando mar adentro hasta la salida del sol ya llenándolo todo de luz, también el fondo del mar, que empezó a mostrarle a Thanda un baile mágico de las sombras que la luz hacía con la superficie rizada. Cuando ya estaba a unos trescientos metros de la costa vio, recordando las investigaciones de Cassie, el límite de la barrera de coral y desde donde el fondo se perdía de vista.

Siguió nadando hacia el oriente. Notó que además de su entusiasmo y su buena salud, la corriente del mar le ayudaba en su travesía. Cada brazada recorría unos cuatro metros. Pensaba mientras nadaba que quizás por el meteorito que cayó en el Yucatán se unieron poco a poco las dos Américas, una al norte desgajada de Eurasia y la otra al sur separada de África. La corriente de agua que antes circulaba en sentido opuesto a la rotación del planeta, se convirtió, en el norte del océano Atlántico divorciado del Pacífico, en un círculo de corrientes que avanzaba por la latitud de Cuba hacia el oriente y las costas de África y volvía hacia el poniente con los alisios, hasta el sur del Caribe. Aquel círculo de corrientes posibilitó el encuentro de culturas hace medio milenio, de tan crueles consecuencias para los nativos de aquella isla,

casi exterminados por la espada y por la cruz. Pensó por un momento que si se dejara llevar llegaría, tras meses mecido por las olas, hasta Eila, la isla de la utopía de la que tanto bebía en inspiración para la Nueva Humanidad.

Vio algunas morenas entre las rocas, peces dragón, trompeteros y mantas rayas acariciar el fondo y algunos peces más grandes que no reconocía y le miraban extrañados, como a un visitante grande y torpe que se presentaba sin permiso en su universo. Un solitario damero, especie pequeña de tiburón, le produjo un sobresalto. Nadó una media hora viendo a su derecha, al sur, la costa de Miramar con casas, algunas en ruinas, entradas de diente perro descuidadas, y un edificio grande con su muelle de hormigón, que luego supo era un centro sindical de recreación.

Llegó así hasta una esplanada, entre las calles doce y diez, conocida como la playita, y donde se habían preparado unos paseos de cemento sobre el diente perro y hasta unos escalones hacia el mar. Thanda hizo un alto en su travesía para saludar a unas señoras de edad avanzada que se disponían a entrar con precaución al mar. Tras unos minutos de entrañable tertulia sobre la vida y los precios-de-las-cosas, que le recordó, aún tan distinto, a las confesiones del vestuario del Náutico en México, siguió su travesía hacia el sol, nadando ahora cerca de la costa y disfrutando del espectáculo de miles de peces más pequeños que su mano y de múltiples formas y brillantes colores. Pensó en la belleza de esas formas de vida que el ser humano pescaba con crueldad y que, a los pocos segundos, fuera de su oxígeno líquido, perdían tanta belleza en las garras del afán depredador bípedo que atormentaba al planeta.

A unos cien metros vio que una losa de piedra lisa, como del tamaño de una puerta, yacía en el fondo y se posó sobre ella justo para sobresalir su cabeza y sus hombros. Sintió sobre aquel pequeño altar bajo el mar una inmensa paz. “Miró con los ojos cerrados” hacia el sol y se dejó bañar por su abrazo de calor, salpicado por la mar salada, arrullado por la suave brisa, embrujado por

el horizonte eterno, maravillado por tanto color y vida, tanta belleza callada, por tal inmenso regalo de vivir. Sin saber ni cómo había llegado su ser a la vida, ni como ocupaba la conciencia el cuerpo que le paseaba por aquella aventura llamada vida, ni como latía, respiraba y funcionaba esa maravillosa estructura molecular transitoria, ni hacia donde misteriosamente avanzaba. Aunque en eso se iba fraguando una certeza, quizás la única: avanzaba hacia su padre.

La vuelta fue más dura y casi tardó en regresar el doble de tiempo pues nadaba contra la corriente que invitaba a volver al amanecer, a Eila. Con la imagen de Eila como la del nuevo amanecer para la Humanidad nadó fuerte y contó, como siempre hacía su padre, las brazadas, más de mil, hacia su secreta "plaza-de-su-padre". Lo hizo de nuevo en un trayecto en forma de arco llegando a la barrera de coral. En medio de la travesía y sobre lo más profundo del fondo, tuvo un momento de inquietud al pensar que si tuviera un ataque de un tiburón caribeño o un problema de salud nadie le oiría y acabaría su vida en el mar.

A veces pensaba que la tensión que sufrió tantos años por el triste desgarró de su divorcio y por las tensiones de las intrigas políticas y de poder de sus años en Bruselas; pudieran haberle dejado una huella en su corazón y que en su sexta década de la vida era cuando mayor era el riesgo de infarto. Pero en seguida se sacudió los temores, como decía Tito Fernández en "la madre del cordero", "mandó el miedo el diablo", y sintió una confianza plena en la vida, una mezcla de gratitud y paz, "pazitud", que no necesitaba ni asegurar, ni justificar, ni entender siquiera.

Con esa sensación decidió cerrar los ojos, ser él sólo con el mar que le abrazaba, y nadar unas cien brazadas sin ver, entregado a la vida, confiando en ella. Cuando abrió los ojos se vio rodeado de un banco de peces plateados del tamaño de su brazo, que le escoltaban. Vio que se había desviado aún

más al norte y alejado de la costa. Estaba ya cansado. Pero muy feliz. Con la valentía para cualquier reto del día.

Llegó a "su puerto" y salió con cuidado de que las olas no le lanzaran contra el diente perro inclemente. Se sintió profundamente feliz de su bautismo de amanecer en el mar. Se propuso hacerlo todos los días de la mágica aventura que aún por cuatro años más le esperaba en aquella mágica isla, el "epicentro" para Hubert, la esperanza de ser eco de Eila, ser la eco-isla que reinventaba su revolución volviendo a la naturaleza. La isla de una nueva esperanza que ya brotaba por todo el mundo animada por luces de Valentía y Ternura, o quizás Ternura y Valentía.

Thanda repetía cada amanecer su ceremonia en el mar. Unos días después lo puso en versos y acordes para compartir en la siguiente peña:

"... cada amanecer me fundo... en tu mágica humedad... tú y yo solos somos mundo en plena complicidad... me estremece tu belleza, tu sabor a limpia sal... nado en tu naturaleza... virgen de toda maldad. Ya sale el sol...ya voy a ti... ya amaneció... ya estoy en ti...".

Unos días más tarde, al llegar a su cita antes del amanecer, la mar estaba agitada y pensó era peligroso entrar y sobre todo salir despedido con furia hacia el diente perro. Thanda compuso su segunda estrofa:

"... hay días en que tu alma... se agita en tempestad... y me acerco con sigilo... y decido no entrar... pero aun cuando no me entrego... que lindo que es observar... la bravura de tus olas... y dejarme salpicar...".

Por aquellos días, la distancia había tensado la comunicación entre Thanda y Nayra. Le envió aquellos versos y ella pensó que era una imagen del amor entre ellos, ante lo cual Thanda tuvo que aclarar:

"... con estos versos yo quiero... decirte en sinceridad... que cada día doy aun gracias... por lo mucho que me das... pareciera que este canto es metáfora de amar... que no sea un desencanto, es ... mi baile con el mar!" ...

Ya sale el sol, ya voy a ti, ya amaneció. Ya estoy en ti.

CXXVIII. Hasta el asfalto se rinde, Nagasaki, junio 2018

La Humanidad progresaba ciega y enloquecida hacia el calentamiento catastrófico. Aimsa participó en el Panel Internacional del Cambio Climático de las Naciones Unidas que alertó que al ritmo de emisiones presente sólo restaban diez años para evitar que el calentamiento global se disparase a niveles incontrolables. Habían pasado tres años desde la reunión de Paris en la que participaron Aimsa y Fernando y sólo entonces se empezaban a aprobar los compromisos. Vendrían luego verificaciones, excepciones y, seguramente, incumplimientos. El mundo reaccionaba poco, tarde y con una mezcla de arrogancia antropocentrista, complacencia con el daño a otras formas de vida y casi inconsciencia de su autodestrucción.

Aimsa calculó que la nueva reunión global en Katowice, Polonia, "el programa de trabajo para poner en marcha el Acuerdo de Paris" ocasionaría cien mil toneladas de emisiones de CO₂. Era como ver a un paciente desangrarse, apenas decidir ponerle una tirita después de largas discusiones y aun así esperar varios días para ponérsela. Además, ya empezaba el propio calentamiento global a llamar a más emisiones: China, el país de mayores emisiones netas -aunque una quinta parte en emisiones per persona y en emisiones acumuladas que los Estados Unidos- había aumentado sus emisiones al seguir alimentando sus fábricas y creciente clase media con carbón pues las sequías por el cambio climático habían reducido la producción de energía hidroeléctrica.

Thanda le mandó a Aimsa un cálculo del exceso de muertes si se mantenía el ritmo de emisiones. Lo publicó en internet con el título de "El cambio climático: una guerra sin armas". En sus modelos matemáticos estimaba en más de doscientos millones de exceso de muertes durante el siglo, sobre todo en nacidos después de 1990, cuando tuvieran más de 60 años, y en países poco contaminantes. Pero ni con toda la evidencia del desastre inminente se

podieron llegar a compromisos suficientes. Se buscaba la solución en la tecnología de nuevas fuentes de energía, pero sin disminuir el consumo. Se buscaba también una salida por los "créditos de carbón" pagando la ridícula suma **de un dólar** por tonelada en exceso, y de nuevo, como veinticinco años antes empezó a hacer el Banco Mundial, se le ponía "precio a la vida humana", muy diferente según donde naciese cada uno.

Mientras tanto, las olas de migraciones de Centroamérica hacia Estados Unidos atravesando México, y desde África y Medio Oriente hacia Europa atravesando el Sahara y el Mediterráneo, seguían aumentando. Las atizaban los efectos del cambio climático de los países que contaminaban, especulaban con las riquezas del mundo y construían muros más y más altos para proteger sus privilegios. Las Naciones Unidas adoptaron el "Pacto Mundial sobre Migración" y el "Pacto Mundial sobre Refugiados" pero, de nuevo, no vinculantes, llenos de declaraciones de buenas intenciones y sin ningún compromiso a permear las absurdas fronteras que mantenían, como férreos diques, las riquezas en algunos países y la explotación de recursos naturales y de sus gentes en otros.

Cientos de miles de migrantes mexicanos y centroamericanos hipnotizados por el "sueño americano" cruzaban de todas las formas imaginables entre Tijuana y San Diego. Entre ellos había cruzado furtiva la frontera Menal, la compañera eritrea de Hubert, y había sido, como ella deseaba, arrestada en una prisión migratoria del lado norteamericano. Trump había ido construyendo un muro de cinco metros que se vería, como la muralla china, mil años después, desde la Luna. Además, había aumentado la guardia de fronteras que perseguían con saña a los migrantes que saltaban el muro, animados por el discurso de odio de su presidente. Mientras cumplía condena y se tramitaba su solicitud de refugio como huida de Eritrea y de un gobierno comunista y enemigo del "Tío Sam", Menal fue testigo de cómo miles de niños

centroamericanos eran separados de sus padres migrantes y encerrados en jaulas.

Después de sus debates junto a Joseph en la conferencia de la singularidad, Jonay siguió camino en su ruta en bici hacia la frontera sur de California. Conoció a científicos que estaban desarrollando la informática cuántica, con velocidades de hasta mil veces mayores que la binaria, y que acelerarían el paso de la "toma del poder" de la inteligencia artificial. Thanda pensó que la diferencia entre humanos y máquinas era la conciencia de desear por empatía el bien común- El problema no era el aumento de capacidad, y por ello de control, de la inteligencia artificial interconectada a nivel global, sino la atrofia de la empatía y la conciencia humana, centrada en la individualidad, la mitad del mundo por medrar, la otra por sobrevivir. Pensaba como las eco aldeas se estaban poco a poco convirtiendo en "reservas de empatía y conciencia", más necesarias que nunca.

La red de eco aldeas ya contaba con casi quince millones de eco aldeanos en más de cincuenta mil comunidades en casi todos los países del mundo. En el último año se habían fundado más de diez eco aldeas cada día. Cuando adquirían un grado de "madurez" en el que más de la mitad de sus eco aldeanos adultos habían nacido en la aldea, se ofrecían en apadrinar al menos otra cada año. Los mayores de la eco aldea "madre" convivían un tiempo con los fundadores de la que emergía. Se fueron uniendo eco aldeas en eco islas como Eila y en eco regiones en muchos lugares. Eila seguía siendo una referencia para muchas, con su vida sin propiedades ni jerarquías, y ya había conseguido la independencia de Canarias y de España.

Aimsa terminó su travesía por Siberia en tren, atravesó el este de China donde se adentró en el pensamiento de Confucio, que buscaba la paz y la armonía, pero estructurado en jerarquía y obediencia. Las eco aldeas en China eran perseguidas por desafiar la jerarquía, a pesar de expresar, con la esencia de

Eila, el más puro sentido del marxismo en su esencia del compartir. Pudo entender mejor como la mezcla de Confucio y Marx había engendrado un sistema férreo de jerarquía y sumisión y generado un capitalismo feroz casi como sentido existencial. China se había ido convirtiendo en la fábrica del mundo y sacado así a quinientos millones de chinos en tan sólo tres décadas, de la pobreza extrema. Sin el progreso de China la media de la esperanza de vida en el mundo sería cinco años menos. Pero tal progreso tenía un alto precio: se había perdido prácticamente la conciencia individual y su expresión en la libertad que pudiera desafiar las jerarquías. La enloquecida fábrica del mundo competía como mayor contaminador con Estados Unidos. Para alimentar a su pueblo se importaba soja transgénica de cultivos que invadían Brasil y Argentina. Con ella se alimentaban miles de millones de pollos cuyas vidas daban energía, quien sabe con qué dolor, a los unos trescientos millones de obreros chinos en fábricas nutridas con el oro negro árabe. Esas fábricas ya no sólo exportaban sus productos a todo el mundo sino empezaban a responder a una demanda nacional de consumo creciente. El afán de consumir se había vuelto religión en China, sustituyendo a la armonía de la sencillez de Confucio. Aimsa calculó que, si China progresase hacia el nivel de consumo de Estados Unidos, necesitaría la totalidad del petróleo mundial y se aceleraría el calentamiento a niveles irreversibles en diez años e incompatibles con la vida antes del fin de siglo. ¿Qué podría frenar ese consumo enajenado que, junto a la quema de fósiles, se extendía por todo el mundo, incluido el país de Confucio? Se encontró con una antigua compañera de estudios en Berkeley, Shannon, quien animaba un proyecto de eco ciudad en Huangbaiyu con Bill McDonough. Bill era un arquitecto que junto a un químico alemán llamado Michael, se había hecho conocido por su concepto "de la cuna a la cuna", creando un ciclo continuo entre lo que crear y reutilizar para volver a crear, sociedades sin residuos. Aimsa recordaba como entre sus amigos ndebeles

nadie necesitó inventar lo que la naturaleza y las comunidades en sencilla armonía con ella llevaban haciendo milenios. Habían identificado hasta treinta mil productos de consumo humano que podrían ser reciclados constantemente. Intentaban aplicar el concepto en una aldea en la provincia de Beinxi construyendo casas con adobe y tierra compactada, y dando a cada producto de vivienda y consumo un ciclo de "economía circular". Aimsa pensó que esos conceptos seguían anclados en el acaparamiento, el consumo, la urbanización y el mercado, sin la empatía comunitaria, sin la armonía directa con la naturaleza. Shanon estaba pagada por la corporación informática Intel, que por entonces fabricaba los chips para el Pentágono, y Bill trabajaba con Ford, uno de los más grandes contaminadores por autos de combustión y Nike, impertérrita a las acusaciones de trabajo infantil. No cuestionaban el acaparamiento de unos pocos. Aimsa pensó que sólo pintaban ese cáncer de acaparar del color verde, quizás incluso sin emisiones, pero sin la empatía y el amor a la naturaleza bañados en ella.

Llegó a Japón, donde veinte años antes se abrazó a un árbol en Kioto, cuando entristecida e impotente acudió por primera vez como representante de la red de eco aldeas al primer intento del mundo de poner coto a su avaricia de asfixiar al planeta. Habían pasado veinte años y el mundo seguía en su carrera suicida, hacia un harakiri sin honor ni conciencia. Sólo Europa parecía haber aplanado su curva de emisiones, pero aún a niveles muy superiores al umbral ético que Thanda había calculado en sus modelos matemáticos. Y habían pasado setenta años desde que los americanos lanzaron sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Aimsa peregrinó por santuarios sintoístas para adentrarse en el sentir de la cultura japonesa. Le dio paz sentir que en aquella forma de vivir no existían textos sagrados, ni jerarquías, ni mandamientos ni sermones. Animaba a la "danza interior" ante la naturaleza, sobrecogida por ella y sus millones de "*kamis*" y en gratitud de ser parte de ella. Todo lo que

rodeaba a las personas, árboles, piedras, sonidos, lluvia ... eran kamis que tenían un espíritu, *tama*. Durante dos semanas peregrinó por santuarios sintoístas, situados en bellos lugares de naturaleza, en los que un rectángulo rodeado de guijarros inspiraba a conectar con la belleza de la naturaleza y sus buenos espíritus. Sentía cierta inquietud ante la polaridad que muchos sintoístas daban a "kamis" buenos y malos. Ella sentía que en todo había un fondo de bondad y plenitud, y de conexión a la energía universal, como en el budismo que le inspiró Sri desde su infancia, pero que ahora en Myanmar perseguía con crueldad a los musulmanes Rohingas. Pareciera que todo lo que tocaba la humanidad lo convertía en jerarquía, en doctrina, en poder de unos y sumisión de otros, en polaridades de buenos y malos, de listos y sabios, de campeones y fracasados.... Después de su peregrinaje por el sintoísmo, Aimsa convocó a una reunión de las casi dos mil eco aldeas que se habían ido creando en aquella mágica isla de contrastes extremos entre lo ancestral y lo moderno. Una mujer de noventa años, víctima del bombardeo en Nagasaki y con visibles cicatrices en el rostro, tomó la palabra:

Queridos hermanos en armonía,

Hace hoy ochenta años que cayó desde el cielo un invento de destrucción y quemó mi casa, mi familia, mi comunidad, mi ciudad ... y mi vida. Mis padres y mi esposo, que estaban en sus puestos de trabajo, murieron por la onda expansiva. Nunca se pudieron identificar sus cuerpos, entre montañas de miles de cuerpos calcinados. Mi hijo pequeño, a quien estaba dando de mi pecho, murió en mis brazos con horribles quemaduras. Sus gritos de terror durante horas de agonía han permanecido haciendo eco en mi alma el resto de mi vida. Sólo sobrevivimos mi hija mayor, que tenía entonces tres años y yo. A los tres años, mi hija desarrolló leucemia aguda por los efectos de la radiación, y murió en pocos meses. Yo no entendía el porqué de tanto odio, de tanto dolor, de las muertes tan tempranas, y, sobre todo, de por qué el

destino o quien lo dirigía con sus hilos, quería que yo siguiera viviendo. Mi cara quedó deformada, perdí casi toda la visión, mi garganta se estrechó y me ha impedido tragar otra cosa que líquidos el resto de mi vida y mi cuerpo quedó lleno de cicatrices y nunca más lo ha visto nadie por mi dolor y vergüenza. Pero, sobre todo, durante muchos años no tenía deseo de vivir. Cada noche deseaba dormir hacia un sueño que me llevara a reencontrarme con mi familia. Ese era mi "ikigai", mi razón de vivir: esperar a ya no vivir. Pero volvía a salir el sol y con él mi pesadilla de una vida de dolor, de tristeza, de decepción profunda en la Humanidad y de un vacío insoportable de la ausencia de mi familia salpicado por los gritos de mi hijo. Japón firmó la paz humillado por quienes nos quemaron la vida y se entregó a la tecnología y al comercio, llenando de coches, ordenadores y máquinas el país y exportándolas al resto del mundo, y reconstruyendo desde sus ruinas ciudades con rascacielos donde las personas duermen en cápsulas, viven en pequeños cuartos, se trasladan hacinados en el metro y trabajan sin descanso en las fábricas para exportar máquinas y con ello importar el petróleo árabe, los minerales rusos y el trigo americano, y así seguir alimentando máquinas y personas en su frenética carrera de vivir para producir. Sólo en algún descanso durante la semana algunos buscaban un momento para practicar taichi en un parque. Así es el camino de nuestra Humanidad que antes tenía guerras entre naciones y ahora las tiene entre personas, compitiendo por tener, títulos, propiedades y relaciones, olvidándonos de ser. De ser.

Hace veinte años visitó nuestra ciudad un anciano sabio. En un cartel, en la tienda de arroz, que anunciaba una conferencia, vi su imagen. Su mirada era serena y tímida, y llena de luz y de inteligencia. Yo casi nunca miraba a los ojos de ninguna persona. Quizás porque había perdido la fe en los seres humanos. Pero esta vez sentí una extraña confianza plena y acudí a escucharle. Masanobu Fukuoka tenía ochenta y cinco años, y un ritmo sereno,

pero profundamente consciente de todo lo que le rodeaba. Explicó la filosofía Wu Wei, el no forzar las cosas, y como en ese sentido de rendirse al ciclo natural de la vida fue desarrollando una agricultura muy diferente a la que le enseñaron como científico. Llevaba setenta años observando los ciclos naturales y adaptando su siembra y su alimentación a ellos. Se preocupaba de alimentar el suelo, o más bien, dejar que se alimentase, sobre todo de la diversidad de bacterias y de plantas. No araba, ni usaba abonos ni fertilizantes, ni eliminaba "malas hierbas" ni usaba ningún tipo de "pesticida", ni podaba. Sembraba las hortalizas para comer o los árboles para reforestar con bolas de arcilla, hierbas silvestres y estiércol, que llamaba "Nendo dango" y cubría el suelo de restos de las plantas cultivadas en la cosecha anterior que fueron secándose. Después de su conferencia me acerqué y le dije que era la primera vez desde que la bomba atómica segara mi vida, que sentía emoción. Me invitó a ir a la granja familiar en la isla de Shukoku. Fui para una semana y me quedé diez años aprendiendo de cada uno de sus pasos, su saber, y, sobre todo, su sabio y sereno rendirse a la belleza de los ciclos naturales. En otoño sembrábamos arroz y trébol blanco y cereal de invierno, cubiertos de paja de arroz. Era mágico ver como brotaba en seguida el centeno, la cebada y el trébol. Después segábamos el centeno y la cebada, se secaban sus talos, los trillábamos y esparcíamos la paja sobre los campos, que recibían las lluvias monzónicas de julio y hacían brotar al arroz. Así no teníamos que inundar los campos y el arroz tenía más granos. Vino entonces el gobierno japonés a comprarnos la patente y nos negamos. El conocimiento, como todo en la vida, debe fluir y fertilizarse. Junto a los métodos de Pierre Rabhi, en Argelia, ayudamos a los pueblos somalíes a reforestar sus montes y reverdecer sus praderas secas. El trabajo en el campo no requiere de golpes de azadón hiriendo a la tierra, ni de los yugos de los bueyes hundiendo el arado en sus entrañas. No es necesario ni producir tanto ni comer tanto. Nunca más de lo

necesario. Y así el trabajo no era pesado ni penoso. Nos deleitábamos con los olores, con las flores, con los animales retozando, con los sabores, con los sonidos, con la vida... Aprendí de Masanobu, que rehusaba que nadie le llamase ni maestro ni sabio, solo un "observador atento" de la naturaleza, a trabajar en comunidad con la naturaleza, no "contra ella". Vernos como aliados de las plantas y los animales.

Cuando Masanobu falleció, rodeado de amor, con una bella sonrisa y cubierto en sus cultivos, volví a mi barrio en Nagasaki. Tenía que traer aquella luz a la ciudad que aún se lamentaba de las heridas del fuego que mató a más de cien mil personas en un día y más lentamente a otras cien mil por las horribles radiaciones, incluida toda mi familia. Desde entonces es fue mi ikigai, de vida. Congregué a mi comunidad, les conté mi vida tras la bomba y el renacer en Shukoky. Animé primero a los vecinos y luego al alcalde, a un plan de cultivar en sus jardines y en los parques con el ritmo sabio de la naturaleza. Cuando más y más gentes se empezaron a organizar para cuidar de la tierra y alimentarse de su generoso fruto, comenzamos a picar el asfalto para liberar a las calles de la asfixiante capa sobre la que reinaban los autos quemando fósiles. Pero el trabajo era duro, pesado, ruidoso... no podía ser el camino Wei ni Zen hacia la armonía. Fue entonces cuando un joven estudiante de biología llamado Akira sugirió que probáramos a diluir el asfalto con unas bacterias que se utilizaban en digerir los vertidos de petroleros en el mar. Combinamos agua caliente y una mezcla de bacterias que diluían poco a poco el asfalto en un abono natural, que mezclábamos con la arcilla y el estiércol de los caballos que comenzaron a sustituir a los autos. Nació así este eco barrio.

Y así renació mi misión de vivir. Mi ikigai. Con ella mi sonrisa. Sé que llevo en mi alma a mi familia. Sé que están en la naturaleza diluidos en la energía universal. Sé que me dan luz. Sé que quienes hicieron tanto daño no entendían la belleza de la naturaleza, la vida, la armonía sin jerarquías ni todas sus

expresiones de violencia. Sé que llegará a ellos esa luz. Sé que, al final, todos seremos luz... Quizás siempre lo fuimos... de formas que no entendemos... Siento gratitud por cada momento de la vida y paz de sentir que me diluiré en toda su belleza, lo hago poco a poco cada día, y la cuido con veneración...

Se acercó un anciano que le abrazó emocionado.

Aimsa sintió una profunda fuerza de esperanza.

CXXIX. Somos todo lo que amamos, Ukuzwana, Bulililamangwe, septiembre 2018

Amanecía en la misión de Ukuzwana. Todo parecía alumbrar a un día más. Los gallos comenzaban sus cantos como cumpliendo puntualmente con su responsabilidad. La seca sabana reflejaba el amanecer rojizo, las acacias comenzaban a desvelar sus sombras prolongadas, el ajetreo desperezaba de las casas de los trabajadores, de la parroquia-vivienda de Thandiwe y Marco, de las de los maestros y de la de Patxi y Nolwasi.

Patxi cumplía ya setenta y nueve años. Llevaba casi cincuenta en aquella misión donde había derramado su alma y encontrado la más bella magia de la vida. Tantos años bajo el sol del Kalahari le habían ido provocando cataratas incipientes. El sol había causado estragos en su piel clara y tenía manchas precancerosas por el rostro y la espalda, que Thandiwe trataba con unos apósitos de hierbas. Su cuerpo se había ido encorvando y andaba con un bastón de "induna" que le labró su nieto Félix de una rama pulida de mopane. Siempre llevaba puesta la txapela de su hermano.

Salía Patxi de su casa como cada amanecer hacia la "jacaranda de Nour", que ya tenía más de veinte metros de altura y daba sombra a la parroquia donde ella nació. Allí yacieron los restos de su hermano Haka que él veía convertidos en su fuerte tronco, sus ramas aventureras al aire, y sus flores moradas que ya comenzaban a florecer aquel septiembre, la primavera austral. Meditaba por quienes le derramaron tanto amor en la vida: sus padres, a su manera, su tío Patxi, quien le inspiró el camino del amor, sus hermanos Agustín en el caserío familiar y Haka en su lucha por causas nobles, Anwele quien les guio en lucha contra el SIDA y los prejuicios, John con quien tanto compartió desde lejos por una Humanidad de armonía, y miles de personas a las que le pidieron acompañar en sus últimas horas de esa forma de vida.

Desde aquel día en que con apenas siete años se quedó hipnotizado por la oración de su tío, pasando por su tiempo en el seminario, sus paseos con

sotana hablando de paz a los “*gudaris*” vascos, como lo fue Haka, su llegada a la misión, su defensa ante la quinta brigada de Jeremy, sus luchas contra las imposiciones del obispo y los dogmas del Vaticano... y, sobre todo, de la noble y serena mano de Nolwasi... fue transformando su fe en un Dios y un profeta a una serena sensación de un mágico universo en el que fluía el amor que todo lo bañaba y nos llevaba de su estela a otras dimensiones aún sin conocer... La mayor generosidad era diluirse en el todo, sin querer nada para uno mismo, ni siquiera la existencia individual.

Recordaba y casi podía ver y oír, a quienes eran parte central de esa gran familia, y que estaban lejos. Beatriz y Meimuna seguían viviendo en el caserío familiar que era también la casa comunitaria de una bello eco aldea navarra. Jonay seguía estudiando el futuro en las fronteras del saber en California. Joseph se había quedado en el Silicon Valley a trabajar con Musk y Kurzweil en los “bienes públicos globales”. Se había unido a él Nothando, quien tocaba el violín en hospitales y prisiones mientras Nayra hacía yoga y respiraciones para liberar el dolor de los marginados del capitalismo. Félix se fue a Cuba para estudiar medicina con Buhleve en la Escuela Latinoamericana de Medicina. Nour combinaba trabajos de cine y de causas sociales en América, con cuidar de la reserva de Mustang en White Lake. Adam, junto a Cassie, viajaban por Europa haciendo fascinantes videos de naturaleza con un dron que ingenió Joseph. Unai avanzaba en sus estudios de nutrición en Cuba con Thanda, quien animaba, en complicidad con Buhleve y Elías, la transformación del marxismo comunista hacia la visión de Eila, en comunidades de armonía humana y natural. Sentía como un inmenso regalo como sus casi ochenta años de vida se habían bañado entre tantos maravillosos seres humanos. En todas las personas, hasta en Jeremy y en quienes expresaban odio y violencia, veía una mirada de ternura por la que hablaba un alma sedienta de amor. Lo veía en los animales, los árboles y hasta los kopjes.

Estaba en sus pensamientos cuando se acercó Nolwasi.

- *Livukile Baba*. (nos hemos despertado al día, Padre)

- ¿Sabes lo que pienso Nolwasi?

- Dime.

- Que "no hay nada que no quiera amar".

Volvieron juntos hacia el porche de su casa donde desayunar juntos. En ese momento vino una joven que les preguntó con cierta angustia si Patxi podía ir a acompañar en su trance final, como era su deseo expreso, a su anciano abuelo. Vivían en Mayobodo, a unos quince kilómetros. Llevaban varias semanas sin combustible para la pick up, pues el país, con una inflación extrema y billetes de "billones de dólares" sin apenas valor, apenas podía importar petróleo. Ante esa situación la joven dijo que un "scotch car" tirado por un burro de un familiar iría a su encuentro. Patxi quiso iniciar el camino para encontrarse con el carrito y Nolwasi le acompañó. Siguieron caminando todo el trayecto, casi cuatro horas. Supo luego que el scotch car pinchó por un enorme pincho de acacia. El ardiente sol del Kalahari y el haber completado la marcha inesperada sin agua dejó a Patxi agotado. A pesar del cansancio, al llegar al kraal dio todo su cariño y ternura de su alma al anciano en su lecho, y a toda su familia en su aflicción. Tan sólo su presencia y su dulce mirada y suave voz aliviaba a las familias y disipaba las dudas de que las almas transitaban a la energía que bañaba todo. A la vuelta, ya en el scotch car reparado y bajo una lluvia que bendecía los secos campos donde ya comenzaba a brotar el sorgo, Patxi se sintió mareado y sin fuerzas. Se fue recostando en el regazo de Nolwasi, su fiel compañera.

Al llegar a la casa, Nolwasi pidió ayuda a Thandiwe y Marco para llevarle a Patxi en brazos hasta la cama, pues apenas podía moverse. Thandiwe le notó muy deshidratado, con signos de hipoglucemia, y la tensión muy baja. Le puso un suero intravenoso y se quedó, junto a Nolwasi, al lado de su querido padre.

Patxi fue perdiendo la conciencia, y apenas abrió los ojos a media noche para mirar a su compañera de vida y a su hija Thandiwe, recordando como acompañó a su madre en su abrazo final de la vida. Las dos le abrazaron con profundo amor. No podían imaginar que tal fuente constante de bondad pudiera alguna vez apagarse. Patxi, con su último hilo de energía les miró con la más profunda ternura y les dijo:

- *Ngiyalithanda mama wami, umntwana wami...* (en ndebele: os doy las gracias, madre mía, hija mía...).

Nolwasi se acostó a su lado y le abrazó por la espalda. Su rostro se recostó en su cabellera plateada y su pecho desnudo a su espalda, acoplando cada respiración mientras sus brazos le cubrían el pecho con calor y paz. La respiración de Patxi se fue apagando mientras Nolwasi sintió por un momento el profundo deseo de irse con él, con sus padres, con Masora, con Anwele, dejarse llevar por el mágico mundo espiritual que vivía dentro de ella.

- Estaré siempre en ti, estarás siempre en mí... mi compañero del alma...

- *Jangoiko Naivadu* (en vasco: si Dios quiere...)

Fueron las últimas palabras de aquel maravilloso ser humano que alumbró un rincón del mundo con tanto amor durante más de medio siglo. En torno a él y su visión del amor, más allá de las fronteras de las religiones y otras supuestas verdades, de las jerarquías y otras supuestas fronteras, fue creciendo una familia de almas valientes por todo el mundo.

Nolwasi pidió quedarse abrazada a su amado hasta que cayera el sol e ir lavándole, dando el último masaje con aceite de sésamo, contándole todo lo que sentía por él, quizás hasta algunos sentimientos que no le había compartido antes, aún si ya no le contestara...

Además de Thandiwe y Marco, llegaron Helen y Félix desde Bulawayo. Cientos de personas de los kraals cercanos fueron llegando. Cantaban con los profundos mmmmm zulúes la melodía que Nothando hizo de los versos de

Jonay a la muerte de su padre. Al caer el sol habían venido gentes de todo Buliliamangwe y de otras zonas de Matabeleland y de la red Sibithanda. Fueron entrando las mujeres y los niños en la "casa de todos", como llamaba Patxi a la antigua Iglesia, y quedándose los hombres fuera cantando su profundo sentir. Llegaron mensajes de la gran familia por el mundo.

Beatriz, ya con más de noventa años, dijo desde el caserío familiar en Navarra, que su "Anaya" (hermano) fue quien le inspiró a salir de las tinieblas.

Jonay, desde California, escribió que desde que se unió a Patxi en Ukuzwana hacía ya más de treinta años, nunca dejó de sentir su luz, y sabía que seguiría siendo siempre así.

Joseph escribió diciendo que su madre se fue a un mundo de ternura que le mostró Patxi, el mismo que siempre conoció en él como su padre y guía.

Nothando le mandó una melodía con su violín, que tocaría el resto de su vida conectando con la bella alma que acogió con Jonay y Nolwasi a su madre y luego a ella como una hija.

Thandiwe dijo que no podía entender como la marcha de su padre no le hacía sentirse ni triste ni huérfana, sino plena de gratitud y luz.

Adam escribió expresando que su padre Patxi siempre estaría en el fondo de su corazón y que ya le sentía en todo el universo que le rodeaba.

Unai sin embargo sintió una profunda tristeza de no poder volver a ver físicamente y dijo que le buscaría en sus recuerdos y sus sueños pues aún necesitaba su mano.

Aimsa les compartió a todos que, en nombre de la red de eco aldeas espirituales, la espiritualidad fue inspirada por aquel ser de luz, que ahora brillaba desde las estrellas... aunque, como decía Jonay ... faltarían estrellas para evocar tanto amor.

Y Thanda, desde Cuba, les escribió diciendo que al poco de morir su padre de sangre, había marchado Patxi, su padre espiritual, de quien nunca olvidaría

su constante ternura, quizás la mayor fuerza para hacer fluir valiente el amor, Ternura y Valentía.

Le enterraron junto a su hermano abrazando las extensas raíces de la jacaranda del nacimiento de Nour. Muchas personas dejaron escritas palabras de recuerdo y gratitud hacia Patxi, en piedras que fueron dejando alrededor de la "casa-de-todos".

Nolwasi dijo unas palabras:

Nuestro Sindisabantu (el que salva a la gente) se ha ido al mundo de los espíritus, desde donde nos seguirá mandando su luz,

Jonay, ulibona, le dijo a su padre al irse que "faltarán estrellas" para entender y recordar tanto amor que le dio,

Thandabantu, ulilapa, cuando se fue su padre le cantó que su luz le une al universo,

Hoy quiero recordar la vida de este buen hombre que quiso dar su corazón a quien lo necesitaba, cada día de su vida. Patxi nació en un caserío vasco, un kraal en las montañas del norte de un país lejano llamado España, donde la naturaleza rodeaba una vida sencilla. Su tío era sacerdote, una forma de Nyanga, y le inspiró a buscar en la vida de Jesús, las claves de la vida con amor. Así siguió sus pasos e ingresó en el seminario de los jesuitas, una escuela de Nyangas que leen mucho, donde estudió filosofía, intentar entender la vida, y teología, intentar entender a Mkulumkulu. Le enviaron a la misión de Empandeni a enseñar la vida de Jesús y poco después pidió venir a esta misión, que estaba en ruinas desde un incendio diez años antes. Eso ocurrió hace cuarenta años, a la mitad de su vida. Patxi encontró aliados en el sueño de construir un lugar donde todas las personas encontraran abrigo a sus tristezas, alivio a sus dolencias y compañía en su soledad; donde todos pudieran colaborar en solidaridad para justas causas. Yo le conocí unos años después y nuestras almas quedaron trenzadas para siempre. Eran muy

diferentes el lugar donde nacimos, el color de nuestra piel, la espiritualidad y la cultura, la comida, la lengua... y todas esas diferencias las diluyó el amor, la complicidad de nuestras almas que vibraban juntas en las alegrías y las tristezas, en los sueños y en los temores. Sentíamos que uno al lado del otro dábamos un pleno sentido al existir y juntos de la mano nos sentíamos fuertes ante cualquier desafío. Levantamos en comunidad treinta kilómetros de palos y cables para tener electricidad. Se construyó el centro de salud y la escuela, y la Iglesia en la que reunir a la comunidad para sentir y vivir el amor entre todos. Patxi defendió a la comunidad de la quinta brigada, de imposiciones injustas del gobierno o del obispado, y fue creando un lugar de amor sin jerarquías. No le gustaba ser jefe de nada sino servidor de todos. Acudía a celebrar la vida y a acompañar la muerte allá donde le pidieran. En los kraals más lejanos o en medio de los campos y bosques. Aprendió a implorar a mkulumkulu y nuestros antepasados por las lluvias y las plagas. Con Jonay, ulibona, se convirtió el centro en hospital y el almacén en quirófano. Con Anwele luchamos todos contra el SIDA, y con Thanda, ulilapa, comenzamos a dar esperanza de vida. Su hermano Haka luchó contra las redes del mal que abusaban de los niños huérfanos del SIDA. Nacieron nuestros hijos Adam y Unai, que se unieron a nuestros hijos adoptados Joseph, Thandiwe y Nothando, quienes como tantos miles en nuestra tierra perdieron a sus padres, y tantos cientos más que siempre tuvieron en casa y la misión su hogar... A Jonay y Thanda le siguieron Buhleve y Elías, y ahora Thandiwe y Marco... La vida con Patxi fluyó en el amor. Se opuso a las jerarquías y verdades únicas como las del obispo y el Vaticano. Y con John inspiró a miles de eco aldeas de todo el mundo en la espiritualidad en armonía con la naturaleza, que cada día nos revela el milagro y la belleza de vivir. Desde que nos abrazamos bajo una tormenta hace treinta y cinco años, no nos separamos ni un día. Ayer, abrazada a su cuerpo ya inerte, sentí un profundo

deseo de viajar con él al universo de los espíritus... Pero también sentí que él me pedía que siguiera manteniendo viva la llama del amor de nuestra misión. Obaba, omama, obudi, odade, onmntwana wami... (padres, madres, hermanos, hermanas, hijos...), muchos de vosotros sentisteis la ternura de Patxi acompañándoos en los momentos más difíciles, en las dudas más oscuras, en los temores más fríos, y celebrasteis con él los momentos de gozo y esperanza.

Hoy es un día de tristeza por no tenerle con su sonrisa y el calor de su abrazo, pero lo es también de alegría y gratitud por haber tenido tanto tiempo su luz, y por seguir sintiéndola por siempre.

Patxi me enseñó que "somos todo lo que amamos, y así ya no hay final...". Es así que le siento en mí, y estoy en él, unidos en el universo, sin fin.

Entonó, con los mmmm que tanto emocionaron siempre a Patxi, el ya himno de Jonay y Nothando...

"... faltarán estrellas... para ver en ellas todos los recuerdos. que sembramos juntos... que dejaron huella... en nuestros senderos..."

Cuando Nolwasi volvió a su casa, vacía de Patxi, sintió una profundo y gélido vacío en su corazón. Algo le hacía verse pronto reunida con Patxi, pero a la vez le inundaba un vértigo ... como cuando Masora sintió su llamada a irse con Mandhla. Necesitaba dar el relevo de su saber...de su misión...

CXXX. Humanidad cruel, Nueva York, diciembre 2018

La Humanidad avanzaba en su saber desde los aceleradores de fusión de hidrógeno intentando imitar al sol, la nanotecnología con cristales que estudaban y modificaban moléculas, las técnicas de silenciar genes y editarlos, las sondas espaciales de China al lado oscuro de la luna y americanas a Marte, a un meteorito y hasta el espacio interestelar, la detección de ondas gravitacionales de neutrinos que emanaban de fusiones de agujeros negros desde los que los agujeros de gusano conectaban posiblemente a multiversos...

La capacidad del hombre de imaginar y dibujar en su abstracción frontal su realidad era fascinante. Como lo era su perversión en llevar ese conocimiento a un mundo jerárquico de miedos y poderes.

Acababa un año convulso con Trump amenazando cada día al mundo desde sus twitter arrogantes. Se unió la llegada al poder de un "Trump-del-Sur", Bolsonaro, en Brasil. Continuaba el sufrimiento de la guerra de Siria, campo de batalla entre los grandes poderes por el control del petróleo. Europa se desgarraba con el Brexit y la desUnión insolidaria ante la migración de quienes huían del desastre climático y de las bombas, en buena medida causadas por quienes cerraban sus fronteras. En China y en Rusia Xi Jinping y Vladimir Putin se alzaban como presidentes-de-por-vida. Las Naciones Unidas discutían sobre el desastre climático, la necesidad del desarme nuclear y la defensa de los derechos humanos, sin apenas influencia alguna en una Humanidad que seguía avanzando firme hacia su suicidio y ocasionando el injusto biocidio de gran parte de la vida en el planeta.

Joseph y Nothando emprendieron su vuelta hacia su anhelado Ukuzwana con el sentimiento de vacío de la marcha de Patxi y el profundo deseo del reencuentro con Nolwasi, quien había quedado casi sóla, junto a Thandiwe, en seguir mnteniendo la bella luz de la misión. Joseph vendió su prototipo

monoplaza solar a SpaceX y con ello construyó un avión solar de cuatro plazas para emprender su larga marcha parando en eco aldeas y llevando eco aldeanos a conocerse y compartir, como la polinización de abejas y los movimientos migratorios de aves que observaban fascinados.

Jonay y Aimsa, tras sus viajes por California y por Japón, se encontraron en Portland e iniciaron un regreso de cinco mil kilómetros en cien días en bici, durmiendo en eco aldeas y proponiendo una estrategia de "objeción fiscal" por la que se autodeclaraban no-contribuyentes a la industria y estructura militar del país. Estudiaron minuciosamente los impuestos directos e indirectos que contribuían a la máquina de guerra imperial y evitaban los pagos de impuestos salvo los relativos a los impuestos locales para financiar la salud, protección social y educación. Idearon la estrategia con Noam Chomski, a quien visitaron en su nuevo puesto en la universidad de Tucson, Arizona, y con quien sentían una gran complicidad. Ya eran más de un millón de eco aldeanos en casi tres mil eco aldeas por todo el país. El impacto sería simbólico, pero podría resonar en ciudades e incluso estados del país a dejar de contribuir a muros, armas y muertes en todo el mundo.

Nour les esperaba en la reserva de caballos salvajes en White Lake. Habían pasado diez años desde que les dijo a sus padres que no quería seguir ahogando su corazón y encarcelando su mente en la escuela de Brooklyn. Con sus padres y con gentes maravillosas que describió por el mundo, y sobre todo a través de su propia observación, imaginación y hasta sueños, había aprendido a construir su propio hogar, preparar un huerto en permacultura, construir un velero, identificar más de quinientas especies de plantas, utilizar más de cien de ellas como medicinas, conocer más de doscientos tipos de animales y aprender a comunicarse con unos cincuenta, aprendió de la intriga del poder mundial y de la espiritualidad con su madre Aimsa, del cuerpo humano y la armonía de la salud con Jonay, Buhleve y Thandiwe, de la

conexión con los antepasados con Nolwasi, de la religión con Patxi, de la armonía con la naturaleza con John y Umbela, de como funciona el cerebro y como editar bellos videos con Adam, a escalar y de la nutrición con Unai, de la ingeniería con pocos medios con Joseph, de la música con Nothando, de la economía con Moyes, de la equidad y la justicia con Thanda, de la vida en los océanos con Cassie, de la historia por los relatos que dejó Haka y muchas más ideas de mucha gente que encontró navegando el atlántico, cabalgando por América y Europa, caminando y observando en cientos de eco aldeas y hasta en las ciudades enloquecidas de Nueva York, Paris, Londres, Los Ángeles, Tokio, Amsterdam... donde fotografiaban su belleza y ella podía transmitir mensajes de armonía, de denuncia ante la perversión, y de lucha contra ella, como en el movimiento *"Black Lives Matter"* con el que se alió con pasión. ¿Qué hubiera sido de tal caudal de fuerza y luz si se hubiera limitado a los estrechos canales de la escuela de Brooklyn?

Fue creando un santuario de caballos en unas tres mil hectáreas de una zona montañosa protegida de West Virginia. Traían caballos heridos, viejos, enfermos y rescatados de ser sacrificados, además de Mustangs salvajes extraviados. Ya vivían en la reserva más de diez mil caballos, mil de ellos habían nacido allí, en libertad. Nour se construyó una cabaña donde vivía parte del año y cabalgaba su yegua favorita, Rasta, entre las manadas que les seguían libres. Había conocido a algunos jóvenes, como un francés Paul, con quien convivió un corto tiempo, pero pronto sentía que su libertad era más sagrada que el sentirse acompañada. Su alma libre y valiente no aceptaba ninguna rienda ni espuela, como a ella le gustaba cabalgar, sólo agarrada a la crin, dejando que el caballo pusiese la dirección y el ritmo, y acoplándose a su mágico y poderoso ritmo. Y así vivía, entregada sin miedo a la vida, sintiéndola sin barreras, confiando en las aventuras que se presentaban, y sintiendo con pasión el paso del tiempo, el viento al cabalgar. El alma de Nour

nunca sería encarcelada en ninguna jerarquía, ni etiquetada por ninguna supuesta "verdad".

Sintió que ningún país del mundo ni ningún tratado de Naciones Unidas protegía a los animales del-daño-del-hombre.

Se alió con una organización en Virginia, cerca de la reserva de caballos salvajes, llamada *People for Ethical Treatment for Animals*, para investigar los tratos crueles de las compañías a las que ciegamente compraba la sociedad enajenada del consumo. Lograron introducirse en uno de los laboratorios de IAMS, empresa adquirida en 1999 por Procter & Gamble, e hicieron fotos de los horrores a los que sometían a los "animales de experimentación". Luego descubrieron como Nestlé Purina Petcare, gigante del negocio mundial de "comida para perros", que además trituraba los cuerpos de otros animales, ceguera o hipocresía del supuesto "amor a los animales" en la sociedad de consumo, experimentaba en un complejo ubicado en Saint Louis, Missouri, cerca de la sede de Monsanto, con más de mil perros y gatos con torturas espantosas. Para lucrarse del creciente negocio de comidas para perros con insuficiencia renal, de tanto nitrógeno por ingesta de restos de otros animales sacrificados, inducían fallos renales en perros para después experimentar su cura con una dieta baja en proteínas que comercializaban con fotos de amor a las mascotas. Promovieron boicots contra el consumo de productos de esas compañías e industrias del horror, con poco seguimiento de la sociedad, ignorante del dolor que había detrás de lo que compraban ciegamente e incluso conmovidos por fotos de aecto a cachorros blancos de retriever.

El artículo segundo del decálogo de Umbela, referencia para las eco aldeas y adaptado en la constitución de Eila, sí lo hacía:

"cada vida, humana, animal y vegetal, es única y sagrada, concentra toda la magia y belleza del universo, y en cada una de ellas vivimos todos. nacemos, crecemos, sentimos, sufrimos, gozamos, morimos, todos en cada uno de

nosotros. profesamos, pues, veneración por la vida que engendra y alimenta la madre tierra, y nos entregamos a la armonía entre todos los seres vivos, respetando todas las vidas por igual, que llamamos armonía”.

Sin embargo, veintitres años después de escrito el decálogo, fuera de las eco aldeas la vida animal se maltrataba, humillaba y asesinaba sin sensibilidad alguna al dolor animal. Nour calculó en más de ciento cincuenta mil millones de vidas animales sacrificadas para capricho humano cada año, unas veinte al año por cada persona, algunas tan grandes como una vaca, otras, dos terceras partes, peces capturados en el mar. Cada humano comía de media más de mil quinientos animales a lo largo de su vida. Seres vivos eran sacrificados para la nutrición cada segundo por lo que Nour llamaba “la triple perversión”: sin necesidad, sin conciencia y sin compasión.

No era necesario: el diez por ciento de los humanos era vegetariano y en ellos no era menor la esperanza de vida. Los más de veinte millones de personas viviendo en eco aldeas demostraban armonía natural y social, con bienestar y tasas de mortalidad menores que las comunidades circundantes no ecológicas, en todas las edades. Con su hermano pequeño Unai, Nour había investigado los efectos de la carne y los derivados, incluidos los lácteos, en el cuerpo humano: producía enfermedades crónicas, agotamiento del corazón por hipertensión y del riñón por sobrecarga de urea e inflamación intestinal por la lactasa. Había suficientes hectáreas arables en el mundo, más de diez mil millones. Con tan sólo mil millones, una décima parte de ellas, podía comer sano toda la humanidad si al menos un diez por ciento de la población se dedicase a cuidar de la tierra con esmero, sin maquinas que hiriesen los suelos ni químicos que los envenenaran. Con Thanda y su pasión por los números heredada de su padre, había calculado y redondeado que, con el diez por ciento de las tierras, cuidadas por el diez por ciento de la humanidad se podría aumentar el diez por ciento de la esperanza de vida. Otro diez por ciento de

las tierras en zonas residenciales. El resto de los bosques, sabanas, montes, pantanos y manglares para la flora y fauna libres y su constante fluir en biodiversidad, con fertilización cruzada por aves, insectos, abejas y microorganismos con los cultivos humanos y así con sus floras intestinales, que la clonación y la química de los cultivos industriales estaba convirtiendo en desiertos de biodiversidad, espejo de los suelos que arrasaba.

No era consciente: menos del diez por ciento, de nuevo número constante, de los seres humanos y su afán "asesino" de otras formas de vida, habían mirado, ni una sola vez, a los ojos de los seres que otros mataban por ellos. Sólo veían el envase con imágenes de animales vivos y hasta felices y la carne en sus platos, y en guisos en los que menos del diez por ciento -de nuevo- venía del cuerpo sacrificado, pues la mayoría era sazón de especias y sus aceites aromáticos, propios de la vida vegetal. La ausencia casi total de conciencia del alimento animal que comían, convertía a la mayor parte de los humanos, carnívoros, en seres no-libres, pues cometían el acto más cruento, acabar con otras vidas, sin conocimiento de su dolor. Como seres-no-libres, seguían inercias de costumbres que llamaban "culturas" con arrogancia antropocéntrica y etnocéntrica. Eran manipulados por el poder de la industria ganadera y su vínculo con el poderoso capital financiero y sus tentáculos en todos los gobiernos el mundo. De hecho, con su madre Aimsa reflexionó en otro efecto que no sólo anulaba sino también invertía la conciencia: cuando los animales intuían su muerte cruel, liberaban cortisol y adrenalina por su sensación de terror. Mientras agonizaban, el dolor invadía su cuerpo de otras sustancias aún no conocidas y se contraía en formas moleculares que eran ingeridas por el "asesino pasivo". Quien las consumía no veía el dolor de su demanda de tan masivo horror diario causado por el hombre. Aimsa estaba convencida que dicha ingesta constante "de dolor" hacía a las personas más agresivas y más insensibles al sufrimiento ajeno. Con Thanda analizó datos,

gráficas y mapas demostrando que las sociedades más carnívoras en la historia habían sido las más agresivas e imperialistas.

No era compasivo: la mayoría inconsciente del inmenso dolor por no verlo ni, cobardemente, querer verlo. No sentía compasión por no ver, ni oír, ni sentir los gritos y miradas de terror de lo que luego sería un sabroso alimento en su plato. Era además tan caprichosa la cequera insensible humana que según culturas sentían ternura por unos animales y total insensibilidad por otros. Le intrigaba a Nour como podía ser tan cruel menos del uno por ciento de los humanos, que estaba en contacto cotidiano con la muerte animal a través de la pesca, los mataderos, la caza o incluso el "entretenimiento" de la muerte animal como las corridas de toros. Habló con pescadores, matarifes, cazadores y toreros. Ninguno de ellos pensaba que los animales que mataban sufrían. Era tan intensa su exposición a la muerte animal, los pescadores de más de cien vidas ahogadas en aire al día, los matarifes de unas cincuenta; que su umbral de sensibilidad se había saturado y no veían, o su consciente o su inconsciente buscaba todo tipo de justificaciones o mecanismos de evasión, en su quehacer, ninguna responsabilidad ni efecto de sufrimiento. Era el extremo de la inconsciencia. Buscó personas que habían dejado esa actividad por haber sentido el dolor animal, y encontró testimonios estremecedores del dolor animal en su camino al matadero, de la angustia de los peces buscando agua que respirar al ir ahogándose fuera de él, de los gritos de las vacas al ser arrancadas de sus terneros, de las máquinas tenebrosas que degollaban gallinas, pavos y conejos, o que incluso detectaban pollos machos que eran triturados por inútiles para la puesta de huevos. Ese era el sufrimiento de la muerte, quizás sólo una parte del sufrimiento de la vida esclava de animales engordando para su destino cruel o dando leche o huevos, hacinados y alimentados con transgénicos y hormonas para producir a un ritmo cien veces mayor el natural hasta que, ya inservibles, eran, como los demás, sacrificados.

¿Como podía el ser humano ser sordo a tan inmenso e incesante sufrimiento animal?

Con cineastas y fotógrafos que conocían la fuerza de su mirada, Nour preparó una campaña contra el sacrificio de veinte millones de pavos en la fiesta americana de "acción de gracias" y un mes más tarde para el tiempo de Navidad, de nuevo, y en nombre de "la religión del amor", paradójicamente la más carnívora, alertar del sacrificio de cientos de millones de corderos, cerdos, peces, mariscos y tantas vidas que "adornaban" las mesas de la "celebración del amor".

Un día, esperando a hablar con matarifes en un matadero a las afueras de Nueva York, pudo mirar, a través de las rendijas de uno de los remolques de madera que traía ganado hacinado para su cruel destino, en los ojos de una vaca. Compuso una linda canción que Jonay y Notando acompañaron al violín desde lejos:

*Miraba yo en su pupila, su pupila me miraba
suplicaba intranquila, el alma me atravesaba...
con su brillo rezumaba, una profunda emoción
su frágil temblor clamaba, suplicaba compasión...
del azabache hacia fuera, vi un bello campo de miel
me hablo de forma sincera, me contó su sino cruel...
rodeando al terciopelo, reinaba un campo de sal
y se reflejaba el cielo, en lágrimas de cristal...
sentí ese hondo lamento, de su alma martirizada
un suspiro rasgó el viento, me atravesó cual espada...
así pude yo sentir, de aquel vagón criminal
una súplica decir a toda la humanidad:
yo también sé qué es amar, por ver mis hijos crecer
por sentirme acompañar, por ver otro amanecer...*

*es posible imaginar, esta es mi proposición
la humanidad sin matar, cual sea la condición...
ellos también sienten amor, temor y dolor
es muy triste que alimenten nuestro afán depredador...
yo cómplice no seré del sufrimiento animal
y así lo denunciaré aún me llamen radical...
también así les llamaron, y no es clamar virtud
a quienes entonces se alzaron contra la esclavitud...
lo digo con todo respeto, sé que cambiar de costumbres
no será por un decreto que dicte "comer legumbres"...
sólo te pido conciencia y que antes de comer carne
tengas la honesta prudencia de saber lo que ello esconde...*

La campaña de Nour y de muchos otros, y el ejemplo de las eco aldeas espirituales, a pesar de las campañas manipuladoras y difamatorias de la billonaria industria de alimentos animales y de las amenazas telefónicas que sospeché venían de "Total Intelligence", fue aumentando la proporción de personas que se iban haciendo vegetarianas y veganas y sentían ternura por las múltiples y bellas formas de vida del planeta que clamaba armonía.

CXXXI. La vuelta a la edad media, San Francisco, abril 2019

Nayra llevaba ya dos años y medio en Berkeley, lejos de Thanda. Sus encuentros del primer año en Cuba fueron frecuentes pero breves, aprovechando sus viajes por trabajo colaborando con el documental de Hubert, "Epicentro". El segundo año, triste por la marcha del padre de Thanda, fueron siendo menos frecuentes, y ya el tercer año apenas se habían podido encontrar. La distancia dolía, sobre todo a Thanda, quien se fue quedando sólo en la linda casa de Miramar. Pero el amor prevalecía. Y una ilusión sin claro horizonte pintaba un hogar lejano entre brumas que el destino se empeñaba en nublar.

Había cambiado varias veces de empleos y de casas para poder dar a sus hijos un humilde hogar en un barrio afluente de Berkeley, donde estar cerca de sus padres y desde donde sus hijos pudieran ver a menudo a su padre e ir a escuelas públicas sin drogas ni violencia.

Paradójicamente el casi único servicio público gratuito del país, la educación, era el gran machete que rasgaba el tejido social con cicatrices de hondas desigualdades. Los barrios ricos tenían escuelas con padres que donaban para inversiones complementarias, organizaban viajes y actividades, y atraían profesores con sólidos currículum bien adoctrinados para bien adoctrinar (educar: "engordar al ganado") en la filosofía del sueño americano: compite por ser billonario; la traducción capitalista de la "búsqueda de la felicidad" de la constitución "We the People...".

La red de compañeros de escuela-bien y de universidad-de-élite (la primera división: Ivy league) era más importante para subir la pirámide social que el saber o el esforzarse, y por supuesto mucho más que los valores de solidaridad y bien común que restaban puntos para subir la cruel escalera social. En contra, los barrios pobres tenían escuelas con muchas familias disfuncionales y madres solteras que no podían ni comprar los libros o mandar a sus hijos

con comida sana, mucho menos organizar viajes o competiciones deportivas. Allí medraba la violencia y la droga, atraían a profesores sin posibilidades en los colegios-bien y salvo algún héroe de "rebelión en las aulas", iban claudicando a un sistema de violencia, exclusión y fracaso escolar. La "búsqueda de la felicidad" era en esos ambientes un "big mac" viendo un partido de fútbol americano o un reality show alternando con sermones de sectas, publicidad engañosa o discursos políticos manipuladores. Así discurrían vidas para engordar, hacerse hipertensos, diabéticos, medicarse, perder autoestima, dormir mal, tomar hipnóticos y antidepresivos y en algún momento tener una urgencia médica. Si sacaban la cabeza del desempleo y carecían de Medicaid, recibirían facturas médicas que sólo podían pagar renunciando a la hipoteca de sus casas. Muchos iban quedando a merced de las calles de los sintecho y las limosnas cristianas, los "charities" y las fundaciones de los billonarios que evadían así impuestos y perpetuar la pirámide de la injusticia.

Nayra tomaba el Bart y observaba la mayoría de las miradas fijas en móviles y algunas mirando perdidas al vacío, sin mirar. No conseguía cruzar su mirada con ninguna mirada extraña. Al llegar a la estación de La Misión veía jóvenes vagar arrastrando sus pasos, mirando al suelo, sin fuerzas ni para bracear en tal vagar sin rumbo. Sólo impulsados hacia la próxima dosis.

Trabajaba en una fábrica de artesanías locales y cuando no salía muy tarde iba a la Plaza Mint donde su hermana Dorothy vendía flores en un pequeño quiosco, cual Mary Poppins, en el medio de los rascacielos de los grandes poderes digitales del mundo, Google, Facebook, YouTube, WhatsApp, Instagram, Airbnb, Amazon y Uber, entre otros. Entre fortunas billonarias y teatros y museos, por el barrio de Tenderloin se derramaban jóvenes tendidos sobre las frías y grises aceras mientras aplacaban la furia de sus síndromes de abstinencia de los opiáceos que había ido tomando el control de sus vidas.

Otras calles de San Francisco y de todas las ciudades del país, se iban llenando de tiendas de campaña con finos nylon hechos en China. Albergaban a miles de sin-techo que el sistema escupía de su loca carrera de competir para gastar. El diez por ciento, que ganaba casi mil dólares al día en los negocios de manipulación-digital-mundial, inflaban un mercado inmobiliario inaccesible para los que trabajaban aún con el sudor de su frente.

Nayra paseaba por aquellas calles tristes de dolor y marginación mientras camellos en cada esquina le ofrecían "girl" (cocaína) o "boy" (heroína), para fumar en piedra o inyectarse en las venas. El camino al infierno había empezado para muchas de aquellas almas años atrás en alguna consulta médica en que se empezaron a promover los tratamientos con opiáceos para traumatismos, operaciones o dolencias de cualquier tipo. Tras unas semanas, unos pocos dejaban de tomarlos. Pero a menudo las dolencias se hacían crónicas a la vez que la dependencia de aquellas drogas se adueñaba de sus cuerpos. Sin poder acceder a más recetas, los pacientes buscaban perpetuar el efecto y evitar el "mono" de la abstinencia con la compra de pastillas en el mercado negro. Eventualmente calmaban la abstinencia con la heroína que venía ilegal desde las amapolas de Afganistán o, cada vez más por el acecho americano a los talibanes, de las montañas del Estado de Guerrero en México. Llegaba a través de los cárteles mexicanos de la droga que disputaban su poder con los colombianos, repartiéndose los mercados de la cocaína y la heroína del gigante del norte. La droga legal llevaba a la ilegal. A menudo la heroína se sustituía por el fentanilo, un anestésico que empezó a invadir las calles. Hasta un millón de adictos inhalaba o se inyectaba en sus casas, oficinas, fiestas o, más y más, en las calles y bajo los puentes. Cada año morían entre doscientos y trescientos jóvenes por sobre dosis en las calles de San Francisco, casi uno cada día. Nayra llevaba en su bolso jeringuillas del "needle exchange programme" (programa de intercambio de jeringuillas), y

un spray nasal de naloxona para reanimar a jóvenes que por sobredosis dejaban de respirar.

Doscientos dólares al día para el oxígeno químico que se convertía en su razón de existir. Unos la compraban con sus sueldos, otros con lo que conseguían robar, incluso a sus propias familias, cegadas sus conciencias por la ansiedad constante de no dejar de consumir. Muchos de los hombres adictos se hacían camellos de la misma droga que les consumía y muchas de las mujeres se prostituían. La fiscal del Estado, Kamala Harris, hija de inmigrantes caribeño y tamil, endureció sin piedad las penas para aquellos delitos de necesidad. Algunos de ellos acababan en el "death row" esperando la ejecución de su pena de muerte. Casi mil sentenciados a morir, en su mayoría chicanos o negros, esperaban más de diez años sin saber si al día siguiente los llevarían a la horrible silla eléctrica. Dos años antes el juez Courtney argumentó extrema crueldad en tan larga espera y sentenció la abolición de la pena de muerte en California. Nayra participó en manifestaciones y ,por *change.org* ,en peticiones para apoyar tal abolición. Dos días antes del plazo de hacer ejecutiva la abolición, la fiscal Kamala Harris apeló dicha sentencia y la esperanza de aquellas mil personas de permanecer con vida se esfumó. Volvieron a la más cruenta espera. Al lado de los más fascinantes avances del conocimiento prevalecían prácticas cruentas medievales.

Desde el principio del siglo las sobredosis habían matado a más de cuatrocientos mil jóvenes en el país, en su mayoría blancos de clase media que empezaron consumiendo pastillas de oxicodona o similares. El gobierno americano luchaba contra los carteles de la droga y las plantaciones de coca en Colombia y amapola en Guerrero, pero toleraba las drogas legales de las grandes corporaciones farmacéuticas.

Nayra empezó a tirar del hilo de aquella madeja del horror. Casi todas las grandes corporaciones farmacéuticas que había investigado Jonay, con quien

fue haciendo un mapa del negocio del opio legal, vendían opiáceos. Pagaban a médicos sobornos en dinero o en forma de viajes y hoteles de lujo durante congresos médicos vendidos al negocio de la vida, para animar más y más prescripciones de opiáceos para cualquier causa y grado de dolor. El año anterior habían conseguido vender en el país catorce mil millones de pastillas, mientras se enriquecían y cotizaban al alza en Wall Street. Una de ellas, *Purdue Farma*, era propiedad de la billonaria familia Sackler. Nayra había participado ya en la lucha contra la publicidad que indujo al consumo y muerte por tabaco, y que llevó a juicios por los que las grandes tabacaleras tuvieron que pagar más de cien mil millones. Pero en aquellos casos menos del 3% de las multas fueron a ayudar a las víctimas y sus familias o a luchar contra el consumo. La mayor parte fue a tapar agujeros fiscales, a gastos de abogados y a compensaciones que volvían a los dueños del capital que se iba transformando en otras formas de consumo tóxico, como alimentos o drogas. En este caso tenía que conseguir cambiar las reglas del juego. Hablaron con las redes que lucharon contra *Welcome* en el SIDA y *Gilead* en la hepatitis C y diseñaron una estrategia: convertir a las empresas privadas de daño público en empresas públicas de bien común.

Aliada con Jonay, Aimsa y Thanda, y con redes de activistas y abogados por todo el país, Nayra hizo un listado de hasta dos mil grupos de afectados en torno a comunidades, ciudades, asociaciones de pacientes y "charities". Pusieron una demanda conjunta a Purdue Farma. Los abogados de la empresa ofrecieron un acuerdo de doce mil millones, que aún dejaba a la familia Sackler, con unas cien mil muertes inducidas por su negocio con el opio legal, con una fortuna de varios miles de millones, con una cláusula de no poder volver a ser acusados, y sin pisar la cárcel. De nuevo era más fácil pisar la cárcel por robar para comer que matar para enriquecerse. Además, las cárceles de los pobres y adictos que escupía el sistema, ya privadas, eran

también propiedad del capital que mantenía la pirámide con pendientes cada vez más empinadas y escurridizas por las que más y más caían de la clase media del mítico sueño americano, a la rueda enloquecida de trabajo y deudas, y, eventualmente, a la ruina y desesperación.

Al menos el arreglo le sirvió a Nayra y su red para establecer un mecanismo de revertir por las multas una compensación a las víctimas y un mecanismo de bien común: la empresa se convertía en una "corporación beneficiante pública" bajo el control de tres fideicomisarios.

Siguieron con la todopoderosa Johnson&Johnson, cuyo CEO, Alex Gorsky, ganaba más de veinte millones al año, casi trescientas veces el sueldo medio, y por su distribuidora McKesson, cuyo presidente John Hamergan había ganado más de ochocientos millones desde el cambio del siglo con el negocio que había matado a casi medio millón de personas.

Con la ayuda de Jonay y sus fórmulas de equidad, Nayra interpuso en las demandas sanciones fiscales según las diferencias salariales, para que revertieran los fondos en empresas públicas de biotecnología para el bien común, y con diferencias salariales de un máximo de siete veces más el que más que el que menos, como apuntaban los modelos éticos de equidad de Thanda. La medida no sentó jurisprudencia pues Trump, que ganaba unas cinco mil veces al día que la media de sus empleados, la bloqueó en la Corte Suprema, que estaba a sus órdenes y a las del gran capital, el verdadero presidente oculto de aquella nación decadente.

Al día siguiente, en la fábrica, mientras revisaba unas cuentas, un hombre entró y aprovechó un descuido para llevarse su cartera, con sus documentos y el salario de la semana. Nayra lo notó y le persiguió por las calles de la misión. Su cuerpo, atlético de correr cada mañana y elástico por el yoga al despertar, se acercó al joven que corría con el botín. No sentía miedo por ir persiguiéndole entre callejones frecuentados por jóvenes adictos entregados

al crimen para sobrevivir. Intentó darle alcance, pero desapareció entre los callejones. Volvió con los puños cerrados de rabia y la mirada nublada de dolor de sentir tal mundo injusto. Su frágil equilibrio del jornal para sacar adelante a sus hijos, con algo de ayuda de Thanda a quien apenas podía ver para vivir su profundo amor, se lo llevaba otra víctima más de la red de la droga en la que unos se enriquecían y otros se hundían. Unas horas más tarde un joven con aspecto de dormir en la calle entró en la tienda y le devolvió la cartera y le dijo:

- A nuestra hermana no la hacemos daño.

Ese día al volver hacia Berkeley en el Bart paró en la estación central de Oakland y fue caminando los cinco kilómetros hasta Berkeley. Veía tiendas de personas sin techo bajo los puentes, cruces de carreteras, las medianas de las calles y los parques, hasta el *People's Park*. Cientos de tiendas de personas y familias sin hogar, treinta años después de que Aimsa conociera a Sally y en cuyo recuerdo donó un banco en el famoso parque que decía: *"En tu recuerdo Sally, si hay un mundo mejor, tu mereces entrar la primera"*.

Siguió caminando por las calles del centro de Berkeley, con tiendas aquí y allá, unos jóvenes con miradas ausentes pidiendo dinero, otros con actitud astuta ofreciendo *"boy or girl"*. En medio de tal miseria, pasaban autos lujosos que compraban en tiendas caras y se dirigían a casas de más de un millón de dólares para volver al día siguiente al trabajo en que los ejecutivos y genios de la informática seguirían tejiendo la madeja digital del consumo, la comunicación, y las noticias, todos ellos anzuelos bien diseñados por el poder. Nayra había leído esos días a Umberto Eco y sentía que las tinieblas de la Edad Media volvían reencarnando los leprosos en adictos, los señores feudales en especuladores financieros, las pestes en sobredosis y SIDA, y la inquisición en la religión ciega del consumo, salvo que quien fuera hereje de este tiempo, no se quemaría en la hoguera sino en el fuego en las venas tumbado en un

callejón de Tenderloin o en alguna prisión bien gestionada por los feudos del siglo XXI.

CXXXII. Hogueras de vanidades, La Habana, junio 2019

Desde la marcha de su padre, Thanda se había ido quedando sólo en la gran casa que le cedía el gobierno por su rango de "ministro consejero". Ni sus padres llegaron, ni Nayra y los chicos, ni Adam y Cassie se quedaron a convivir. Mientras tanto, Unai, afectado por la muerte de su padre, se había ido relacionando con el grupo de jóvenes privilegiados de la cercana escuela internacional. Thanda veía con preocupación como las redes del privilegio de expatriados y de las élites cubanas iban enredando el noble corazón y raíz valiente de Unai. Y sentía con tristeza como ese mundo le iba distanciando del amor paternal y la bella comoplicidad con la que comenzaron su aventura en Cuba.

La madre de Thanda, su hermana Lourdes y su sobrina y ahijada Celia viajaron a La Habana en diciembre del 2018. Era la primera Navidad con el eco del vacío de su padre y el reencuentro fue muy emotivo. Los padres de Thanda estuvieron siempre apoyándole en cada etapa de su vida, y más aún en los momentos más tristes de su desgarramiento familiar. Sin embargo, durante casi cinco años en México no se animaron a visitarle pues su madre temía una "última despedida" de su hermana en Ciudad Juárez. Ahora les recibía con emoción en su hogar en Miramar, a donde llegó también Nayra. Sentía que el hogar que había preparado tenía por unos días el calor de la familia. Después de las celebraciones de la Nochevieja fueron, según la tradición, a echar flores al mar desde el malecón, recordando con profundo cariño a su padre.

En los meses siguientes la distancia de Unai, quien a menudo se ausentaba varios días y fue dejando el entusiasmo en los estudios y en convivir con Thanda, se hizo más dolorosa. El día que en Cuba se celebraba el día del padre Thanda fue invitado a la casa de Pedro, quien celebraba con su hijo Jose llegado de Holanda una complicidad que sentía se iba deshilachando con Unai. A su vuelta, ya de noche a la casa, vio que habían llegado varios coches y un

camión. El jardín estaba lleno de gente y habían instalado un carril para cámaras móviles de cine. Había mucha gente en el porche hablando alto, botellas de ron y varias personas en torno a un ordenador discutiendo acaloradamente. Todos parecían ignorar su presencia. Era como si hubieran tomado la casa. Unai salió a su encuentro diciendole:

- Se me ha ido de las manos, papi.

Así le llamaba y Thanda sentía el más profundo cariño paternal que ahora estaba hirviendo en furia.

- No te preocupes hijo, yo te voy a sacar de esta red que está royendo tu alma.

Al entrar en la casa vio ropas tiradas por toda la casa y más botellas de ron. Salió de nuevo al porche y gritó:

- ¿Quién es responsable de esta invasión sin respeto?

Una señora de edad media se levantó y le dijo:

- Yo, Thanda, gracias por dejarnos la casa.

Era la madre, canadiense, de un chico del grupo que, Thanda temía, embaucaba a Unai en vidas sin rumbo. Había movilizado a sus amigos y a un equipo de cine profesional para filmar, en el lindo jardín de la casa de Thanda y Unai, un clip musical de rap con el que esperaba que su hijo tuviera miles de "likes" en las redes y siguiera la estela de un famoso adolescente canadiense y millonario llamado Justin Bieber, ejemplo de la hoguera de vanidades que envolvía la vida virtual y vacía de compromiso con la justicia y la solidaridad que tanto necesitaba un mundo entregado al consumo enajenado.

En ese momento Thanda vio que los focos de la filmación apuntaban a una chica que estaba semidesnuda y atada a una rama del flamboyán con manchas ficticias de sangre.

Sintió, como decía la canción de Silvio: "*en mi sábana blanca, vertieron hollín,*

han echado basura, en mi verde jardín".

A la señora y a todos gritó:

- ¡Paren ahora mismo toda la filmación, borren todo lo que han grabado y váyanse de esta casa o llamo a la policía!

Se dirigió a la madre y al chico protagonistas de aquella "invasión" y les dijo, junto a Unai que entraran en la casa. Unai le miraba entre avergonzado y temeroso de la reacción enfurecida de Thanda.

- Entrad en la casa. Quiero haceros unas preguntas.

Una vez en la sala y mientras el resto del gran grupo que había invadido su hogar solitario empezó a recoger e irse, Thanda les dijo.

- Unai me dijo que quizás grabarían algo de música con un amigo. Eso es diferente a invadir una casa con camiones, cine profesional y cien personas sin espeto alguno a este hogar.

La madre intentó explicar:

- Contratamos al equipo de cine como regalo de cumpleaños de mi hijo, pero no estaban haciendo un buen trabajo.

- No se trata de si te gusta lo que estabais haciendo mientras invadíais nuestro hogar sin escrúpulo ni respeto. Pero además os voy a hacer una sólo pregunta: ¿habéis utilizado armas, de verdad o imitación, en esta filmación?

El chico, mirando al suelo asintió.

- Traemela ahora mismo.

El chico trajo un arma de plástico. Thanda pudo imaginar el video que estaban grabando con escenas de violencia y erotismo, machismo y vanidad. Impregnaban millones de videos de música y de videojuegos en las redes. En honor a su nombre, verdaderamente enredaban las mentes y vidas de miles de millones de jóvenes en el mundo.

Thanda le miró al chico a los ojos, ignorando las explicaciones de su madre:

- Desazte de ese símbolo de cobardía, dolor y muerte. Dime: ¿Tú has estado

en alguna guerra?

No.

- ¿Tú has visto morir a personas asesinadas?

No, tampoco.

- ¿Tú has visto morir a alguien de hambre?

No...

- ¿Tú sabes cuanto daño estás haciendo y te estás haciendo por jugar con imágenes de muerte, por hacer música con mensajes machistas y de violencia, sin saber nada de ello? Una buena parte de la juventud, sin nortes nobles en sus vidas de dirigir su libertad al bien ajeno, estáis hundiéndoos en lenguajes obscenos y violentos, hedonismo de imágenes y "likes", afán de fama y de riquezas en un mundo en que la mitad no consigue tener derecho a una mínima vida sana sobre la que construir sus sueños de felicidad.

- Gracias por tus palabras Thanda.

Dijo la madre.

- Quiero que limpiéis todo y os vayáis. Mi consejo es que salgáis de esa red de absurdas y vacías vanidades. Estais a tiempo. Teneis toda una vida por delante para llenarla de sueños lindos desde la naturaleza más profunda del alma. La que despierta la conciencia, y pone toda la fuerza y valentía hacia, con ternura, ayudar a los que lo necesitan. No la de adular a quienes se creen superiores ni intentar emularles en ese espejismo de éxito y placer tan fugaz como injusto. El mundo necesita un ejército de jóvenes, no con armas de fuego sino de ideas nobles para desenredarnos del consumo y de la destrucción de la naturaleza. Precisa de valentía para caminar hacia un mundo de armonía como el de las eco aldeas espirituales.

Thanda les regaló su última copia de Valentia y Ternura. Cuando todos se fueron, le dijo a Unai:

- Voy a dormir, hijo. Limpia todo. Mañana hablamos.

Thanda no pudo dormir. Pensó que hizo lo justo, pero a la vez sintió que quizás era demasiado vehemente, casi arrogante con sus ideas. Exigía un eco de ellas en quien le rodeaba sin escuchar otras formas de ver y de vivir la vida. ¿Quizás por ello se había ido quedando sólo? Sintió un enorme deseo de abrazar a Unai, encerrado en su cuarto, a sus hijas quienes se comunicaba muy poco con él desde sus vidas aburguesadas en Madrid, a Adam y a Nour, a Nayra, a su madre... y, sobre todo, aún más lejos, a su padre, a quien cantaba su "no entiendo" con lágrimas del dolor-de-la-soledad.

Unos días más tarde Unai decidió seguir sus estudios en Barcelona, donde consiguió que le convalidaran las asignaturas que había estudiado en La Habana. Aducía, no sin razón, que los estudios que había seguido en Cuba estaban orientados a la industria alimentaria, relacionaban los alimentos con la economía y no tanto con la salud. Además, el sistema de "pensamiento único", marxista-revolucionario, a pesar de sus innegables valores de justicia, no le dejaba espacio de pensamiento libre y de debate.

Thanda sabía que, en el fondo, Unai necesitaba un espacio propio donde ser él mismo, equivocándose si era preciso, explorando mundos desconocidos y buscando su propio camino. Temía que su actitud radical y militante con las ideas de justicia social le hacía poco tolerante y se hundía en la soledad de su soberbia, aún preñada de pensamiento ético y compromiso social. ¿Soberbia? ¿Quizás acusaba a otros de quemar su alma en vanidades, pero lo que veía era su propio espejo de vanidad por su soberbia de creer sus ideas como justas frente a un mundo en el que sólo sabía ver tinieblas? ¿O era otra vez la tranpa de su codificación católica en la culpa lo que le hundía en dudas de sí mismo?

Unos días más tarde Thanda fue a otro de los conciertos de barrio de Silvio Rodríguez. Una joven muy menuda, le saludó y le preguntó por Unai. Le había conocido en los primeros meses en que Thanda y Unai vivían con sencillez y

profunda complicidad en la casita del Náutico. Dijo que no volvió a saber más de él. Thanda le contestó que “estaba de viaje”. Pensó para sí mismo, que era “un viaje en busca de su alma”. Silvio tocaba como casi himno final su “ojalá” y, como todo el barrio congregado, Thanda y la amiga de Unai cantaban “... *ojalá pase algo que te borre de pronto... para no verte tanto... para no verte siempre... en todos los lugares... en todos los rincones...*”. Los dos lloraban de emoción por un duelo compartido desde diferentes dimensiones. Y es que su amor por Unai era inmenso y el vértigo de su distancia lo sentía ya como un gélido y profundo vacío.

Se despidió de Unai en el aeropuerto de Varadero tras visitar al mejor amigo de Unai en la universidad, Marcos, quien también sentía su alma desgarrada por la marcha de su mejor amigo.

Unai siguió valiente su camino.

CXXXIII. L Estado de sitio, Cuba, septiembre 2019

Thanda volvió de otro verano acompañando a su madre. Le hubiera gustado que ella volviera con él a Cuba para evitar el frío invierno en España o que se trasladase a vivir con sus hermanas. Pero la frenética vida de las grandes ciudades abocaba a más y más soledad y ella no quería apartarse de su entorno. La vuelta a la casa de La Habana fue triste, ya sin la presencia de Unai, aunque llevaba ya un tiempo antes muy ausente del hogar. Su amigo Marcos venía a menudo a verle y juntos compartían el vacío doloroso que les causó su partida y su preocupación pues se fue con uno de los chicos de la élite consentida, con valores muy diferentes a los que sabían latían en el noble corazón de Unai.

Un viernes por la tarde, mientras conducía absorto en sus pensamientos hacia un concierto de su amigo Tony Ávila, al atravesar Calzada con Paseo no vio

cómo se cruzaba delante del coche una moto y, aunque a muy baja velocidad, la moto acabó debajo del pick up y el motorista en el suelo doliéndose de una pierna. Thanda sintió una culpa indescriptible por haber hecho daño a una persona. Nunca había golpeado a nadie en su vida, llevaba casi treinta años sin comer carne y hasta caminaba con atención para no pisar hormigas en las calles, parques o en el campo. En unas décimas de segundo, mientras paraba el motor y salía rápido para atender al herido, pensó en lo macabro del destino que, aún con su escrúpulo empeño constante de no hacer daño, un segundo de despiste había ocasionado un accidente que bien podría haber sido mortal.

Al salir del coche notó que ya se había ido arremolinando una multitud alrededor del coche y la moto. Recibía cientos de miradas inquisidoras. El hombre atropellado estaba levantándose del suelo y doliéndose de una pierna. Al acercarse Thanda a ofrecerle ayuda, el hombre herido hizo un ademán con el brazo derecho como si quisiera golpearle. Thanda reaccionó muy sereno diciendo que lo sentía, que no le vio, quizás por el ángulo muerto de la esquina del parabrisas delantero y que nunca le había pasado. Le dijo que era médico y podría explorarle para evaluar si tenía algún daño severo. El hombre se fue tranquilizando y aunque sólo parecía tener rasguños en una pierna y un brazo, un taxi se lo llevó al hospital para que le hicieran radiografías.

Un policía motorizado llegó a los pocos minutos y le pidió la documentación a Thanda. Su status diplomático complicó todo pues había que llamar a unas brigadas especiales. Como hasta que no llegaran los especialistas de atestados no podían mover el coche, la moto seguía aparatosamente encajada debajo del parachoques delantero. Se fueron arremolinando más y más curiosos alrededor y Thanda oyó a algunos preguntar:

- ¿Le ha matado el yuma (extranjero)?

Fue notando como las miradas inquisidoras se tornaban en acusadoras. En ese momento llegaron dos personas de un edificio cercano que albergaba el ministerio de relaciones exteriores y se presentaron como compañeros del hombre al que Thanda había atropellado. Sabían del compromiso de Thanda por Cuba y le tranquilizaron diciéndole que todo se arreglaría. Al rato llegó de vuelta en un taxi Carlos, el accidentado, quien le dijo a Thanda que las radiografías eran normales.

Mientras esperaban la llegada de la policía de atestados internacionales y completaban su parte del accidente, fue entablando una interesante conversación con los tres funcionarios cubanos:

- Carlos, espero que el dolor te dure poco, que arreglemos los daños de la moto pronto, y que no me guardes rencor. Es la primera vez que me pasa algo así tras casi cuarenta años manejando en muchos países. De verdad, hermano, lo siento en el alma.

- No te preocupes Thanda, los accidentes ocurren, sé que no hay en ti mala intención, pero pon más atención, ¿de acuerdo?

- De acuerdo. Tienes toda la razón, Asumo mi culpa. Te ruego disculpas.

- Sabemos de ti, Thanda. Nos consta que están intentando ayudar a Cuba.

- Gracias por decírmelo. Amo a vuestro país y admiro las ideas de la revolución.

- Te diré que lo primero que pensé al ver la placa diplomática es que eras un agente norteamericano, pues yo sigo nuestras relaciones con Estados Unidos en el ministerio y en verdad las cosas están muy tensas. Aunque en seguida pensé que, si me quisieran hacer daño, esa sería la última y más burda forma de hacerlo.

- Y cuéntame, ¿cómo van las relaciones con ellos? Supongo que muy difícil con Trump.

- Así es. La historia es larga. Desde el principio de la revolución no han dejado de hostigarnos. Primero bombardeando e invadiendo Playa Girón. Tal ha sido nuestra resistencia no violenta siempre que pudimos, que en aquel momento intercambiamos a sus mercenarios por papillas de frutas para niños.

Thanda pensó en ese gesto noble de no encarcelar a quienes incluso habían intentado matar y someter al pueblo cubano, y cambiarlo por lo más necesario, la nutrición de los niños. Fue entonces que Fidel anunciaría, a su vuelta como vencedor de Girón, "el carácter socialista" de la revolución y poco después comenzase la campaña de alfabetización. Por aquel tiempo estaba naciendo Thanda bajo un régimen fascista español, anclado en la jerarquía católica de la culpa y el tabú a la sexualidad, títere de Estados Unidos por las migajas del Plan Marshal, y donde las jerarquías de la nobleza y los poderosos, de comunión diaria, mantenían a un pueblo ignorante y manipulado por el terror a los ateos rusos comunistas, y sus amigos cubanos.

- Y dime, ¿cómo después de Playa Girón siguieron obsesionados en haceros daño?

- Así es Thanda, llevamos casi sesenta años de constante asedio. Empezaron con ataques terroristas de la CIA, en todas las formas imaginables. Comenzaron con la operación "Peter Pan" en la que aterrorizaban a padres para que enviaran a sus hijos a Miami. Así salieron más de diez mil niños que en su mayoría nunca más verían a sus padres. Después no sólo derribaron el avión de nuestros atletas en Barbados o intentaron asesinar a Fidel cientos de veces, sino que introdujeron plagas en los cultivos y pestes en el ganado. En total, con la desclasificación de documentos que hace el gobierno americano, se han documentado más de tres mil muertes en más de seiscientos acciones terroristas. Y no hay ninguna persona detenida por todo ese daño. Los asesinos se pasean ufanos por "Little Havana" en Miami.

- ¿Y cómo fueron intentando asfixiar vuestra economía?

- Después de la CIA, hacia los años ochenta, el mando de la agresión contra Cuba lo centralizó el Departamento de Estado, y a menudo su "brazo humanitario" de USAID. Comenzaron la guerra psicológica a través de Fundaciones como Ford y Rockefeller, ONGs como *Freedom House* y el *National Endowment for Democracy*, organizaciones religiosas, pretendidos académicos, grupos profesionales y de juventud, infiltrándose en Cuba incluso como grupos de izquierda y hasta comunistas. No han dado tregua en sus ataques a través de conferencias, becas, premios, literatura, música, cine, prensa, cómics, programas de televisión que se emiten desde Miami y estaciones de radio como la reencarnación de Radio Europa para la subversión de Europa del este, luego convertida en Radio América y otras como La Cubanísima, Fabulosa, Mambí, Caimán y radio y TV Martí. Año tras año, día tras día, no cesa la incesante difamación e insulto, Thanda.

- Ahora entiendo que cuando nos veis como extranjeros nos miráis con sospecha por si somos de ese complejo entramado empeñado en acabar con la revolución. Y que el nombre "ONG" e incluso "cooperación" os despierte cautela cuando no rechazo.

- Así es, hermano. Hasta que descubrimos que hay buenas personas como tú, comprometidas a tratarnos con respeto, a colaborar en el bien común, mutuo y del mundo.

- Por eso estoy aquí, Carlos. Pero cuéntame, ¿cómo se organiza el bloqueo económico?

- Es también una larga historia. Desde 1917 la ley de "Comercio con el Enemigo" impide en Estados Unidos intercambios económicos con países considerados enemigos. Cuba no ha dejado de serlo desde 1961, tras el triunfo de la revolución y la victoria en Playa Girón. Ni siquiera en los ocho años de Obama, el que más declaró la necesidad de "normalizar" las relaciones. En el año 1996, durante el gobierno demócrata de Clinton, se aprobó la Ley Helms Burton que no sólo impide las relaciones comerciales de norteamericanos con Cuba y permite reclamar propiedades requisadas a ciudadanos norteamericanos después del triunfo de la revolución, sino que multa a empresas de otros países que comercien con Cuba o tengan relación con la lista de las propiedades expropiadas.

- Así es, Carlos. A pesar de que la Unión Europea amenaza con represalias de requisar propiedades de empresas americanas si se multan por esas razones a empresas europeas, varias empresas y bancos europeos han sufrido esas multas. Como tienen grandes negocios con el mercado americano, aceptan llegar a un acuerdo, más bien chantaje, y pagarlas, como hace poco mil

millones de dólares por el banco BNP francés.

- Estados Unidos sigue dominando el comercio y las finanzas internacionales. Thanda. A pesar de tener una deuda inmensa, de casi diez billones de dólares, cuarenta mil dólares por americano, una buena parte en letras del tesoro compradas por China, sigue dominando la economía mundial, controla las operaciones bancarias y financieras. Y cuando no lo consigue por su poder especulativo, usa el poder militar.

- Y ahora Trump endurece todas esas medidas.

- Así es: busca todo tipo de excusas, hasta se han inventado unos "ataques sínicos" a su embajada y a la de Canadá, que nadie entiende y a nadie más le ha pasado, ocultan sus datos, todo parece otro montaje para difamarnos. Con eso y sus constates críticas a nuestro sistema socialista de justicia social por encima del enriquecimiento de unos pocos, como es su forma de pensar, está restringiendo viajes, el envío de remesas, bloqueando navieras y aseguradoras de los petroleros que traen energía y hasta medicamentos y ayuda humanitaria.

- Cada año la Unión Europea y todo el mundo salvo Israel, a la merced de Estados Unidos, votamos en contra del bloqueo, Carlos.

- Sí, ¿pero de qué vale? Estados Unidos no comercia con Cuba, lo cual ya de por sí limita muchos productos necesarios y más baratos por estar más cerca. Pero el resto del mundo ejerce un bloqueo pasivo financiero pues por temor a represalias sus empresas no vienen, sus bancos no prestan, y los pocos acuerdos de inversión, a menudo no se concretan.

Ya llevaban dos horas de animado debate y de creciente sintonía, y se fueron animando otros compañeros del cercano Ministerio de Relaciones Exteriores y viandantes "ilustrados". Hasta Thanda llamó a Pedro para contarle lo ocurrido y, conociendo a los funcionarios implicados, Pedro les habló del compromiso de Thanda con Cuba. El retraso de las brigadas de atestados mantenía el pick-up de Thanda en la mitad de la calle Paseo en su cruce con Calzada con la moto bajo las ruedas delanteras. Como un tiburón captado infraganti devorando a un pez pequeño. Ya se había ido disipando la multitud que rodeo el incidente al inicio. Le fueron preguntando a Thanda sobre su vida, sus empeños por Cuba y su opinión, y se fue estableciendo una hermosa complicidad a pesar de surgir todo de un desafortunado accidente. Qué hermoso el poder de convertir lo negativo en positivo, pensaba Thanda.

Unas seis horas después llegaron las brigadas con sus cámaras de fotos, cintas de medida y formularios para los implicados. Se pudo levantar "la escena del crimen". Thanda aparcó la pick up, agarrando con unos alambres las luces y parachoques delantero, descolgados por el golpe. Acompañó a Carlos con la moto inutilizada hasta el aparcamiento cercano del Ministerios de Relaciones Exteriores.

Thanda les invitó a todos a cenar un día en su casa para seguir la agradable tertulia.

En los días siguientes llamó cada día a Carlos y a su esposa para saber de la evolución de las heridas, que fue mejorando. Se preocupó de los trámites del seguro para que se pudiera arreglar la moto. Se enfrentaría a una de tantas contradicciones del sistema en Cuba: Thanda pagaba el seguro obligatorio en Euros convertidos en CUCs al monopolio cubano de seguros, cuyo perito tardó

un mes en ir a ver la moto y otro mes en liquidar la estimación de la reparación, con un pequeño detalle: mientras la estimación se hacía en CUCs, el pago se hacía en CUPs, de valor veinte veces menor e inútil para comprar cualquier pieza importada, como eran la mayoría de las necesarias en automoción. Ese precio simbólico que recibían las instituciones al cambio, y del que también se beneficiaban en las importaciones, mantenía una economía ficticia y subvencionada que estaba a punto, pensó Thanda, de colapsar. Como la acción del seguro no ayudó en casi nada, tuvo Thanda que pagar de su bolsillo las reparaciones e incluso conseguir piezas que fue trayendo de sus siguientes viajes a Europa.

Un mes después, ya con Carlos totalmente recuperado de sus heridas, Thanda invitó al grupo de funcionarios de relaciones exteriores que conoció por el accidente, a sus esposas. Invitó también a Pedro y Susy, quienes los conocían, a una cena en su casa. Pedro, muy buen cocinero, preparó una lasaña vegetariana y Thanda un postre de frutas, además de conseguir una botella de vino de Rioja para celebrar la recuperación total de Carlos. Todos se sintieron en un mágico reencuentro pues se conocían del tiempo de sus estudios en el "INRI" (Instituto Nacional de Relaciones Internacionales) cuya residencia para becarios era la casa asignada a Thanda en Miramar.

La tertulia los llevó a seguir analizando la situación de Cuba y las oportunidades para el futuro. Thanda había ido sintiendo ya tras dos años en Cuba, contradicciones que quería, muy diplomáticamente, poner sobre la mesa.

- Compañeros, gracias por venir. Siento, Carlos, de nuevo, mi irresponsabilidad que resultó en que te hiciera daño y entorpeciera tu vida y

tu trabajo. He intentado ayudarte y así lo seguiré haciendo. Lo siento de verdad.

- Descuida Thanda, bromeó Carlos, con una cena así cada viernes, ien un año se me olvidará lo sucedido!

- Siempre estáis bienvenidos a esta casa que es más vuestra que mía, y que me han cedido mientras dure mi trabajo en cooperar con Cuba. Quería preguntaros algunas cuestiones sobre los desafíos que tiene Cuba, con total sinceridad y aprecio. Por favor disculpadme si en algo estoy malinformado.

-Adelante Thanda, sabemos de tu buena intención. Que no es así en todos los diplomáticos. Ten cuidado en cómo nos apoyas Thanda, puedes durar poco.

Varias personas, incluido Pedro le habían dicho lo mismo. Thanda hablaba de lo que pensaba sin temor, incluido de la hipocresía de Europa y sobre todo de Estados Unidos a abanderar los derechos humanos. Defendía las ideas de la revolución en cuanto a la justicia social, a veces en acaloradas discusiones con algunos diplomáticos que no salían de su burbuja de expatriados.

- Lo sé. Pero siempre he seguido mis ideas, las he expuesto con sinceridad, pero también con humildad, y me he opuesto a cualquier tarea que esté en conflicto con mis principios de un mundo justo que respete los derechos universales y proteja a la naturaleza. No me importará nada dejar mi empleo mañana mismo si me obligan a ignorar mis principios.

Thanda lo dijo con el corazón. Realmente había momentos en que sentía una necesidad imperiosa de dejar de pertenecer a una jerarquía tan rígida. Tan

sumisa a la superioridad. Tan ausente de espacio para el pensamiento libre. Tan arrogante en defender a Europa como el modelo de desarrollo y de libertad y democracia tras haber colonizado con la espada y la cruz. Todo ello tras haber contaminado los cielos y haber mantenido privilegios anacrónicos del sistema político y financiero global. Ahora protegía sus fronteras de los privilegios de una economía básicamente especuladora con las materias primas de los países más pobres y sus fábricas en otros países algo menos pobres.

Pero, así como el capitalismo adolecía de ética global, el sistema en Cuba tenía fallos que no podía dejar de exponer.

- Compañeros, sabéis que reconozco bien los fallos sociales, económicos y ecológicos del sistema capitalista y en ese reconocimiento me acerco a Cuba con humildad para aprender mutuamente. Dejadme empezar por la base de la sociedad: el contrato social. Yo creo, como Rousseau, en la naturaleza de bondad en el hombre. Lo digo sin predicamento teológico, más bien por lógica Darwiniana de instinto gregario de supervivencia y pensamiento de energía cuántica que libera energía en forma de amor. Aunque la relación entre energía y amor no suene a "física seria".

Thanda había hablado mucho con Aimsa de esa relación entre cuántica y amor, que se entendía mejor desde el budismo que desde el cristianismo antropocéntrico.

- Es un buen supuesto, Thanda, aunque no esté probado. Sigue por favor.

Dijo otro de los contertulios.

- El contrato social consiste en que cada persona, libremente, aporta a la sociedad y recibe de ella en retorno. Aquí siento una sintonía grande en el contrato social justo que defendía Marx, en equidad, "aportando según capacidades y recibiendo según necesidades".

- Así es. Se vuelve a reforzar ese principio en la Nueva Constitución en Cuba, que reconoce su base marxista.

- Bueno, con todo respeto, yo tengo mis dudas sobre las teorías marxistas en el momento actual.

Thanda notó que la crítica al marxismo no era bien recibida en muchos círculos en Cuba. Como no lo era la crítica al cristianismo o al mercado libre, ambos muy de la mano contradictoriamente, en Europa. Durante décadas las críticas al marxismo venían del capitalismo imperialista. Thanda intentó explicarlo con lógica humana y desmarcándose de cualquier sospecha de apología del capitalismo:

- Si bien el análisis de Marx sobre el capital era muy cierto en su época, su propuesta entonces fue la revolución del proletariado para adquirir los medios de producción y socializar la riqueza. Todo ello es impecable en la lógica de la ética distributiva, pero falla en una base fundamental, a mi entender.

- ¿Cuál es Thanda?

- Todos esos conceptos se anclan en un modelo de sociedad que está como grabado en nuestro esquema mental, temo que incluso condicionando nuestra

epigenética: el estado nación.

- Bueno, sin un tamaño social suficiente no es posible mantener una actividad industrial que es la que ha permitido doblar la esperanza de vida en dos siglos, ¿no es así?

- No estoy seguro de ello. Ciertamente, desde los coches y carreteras, los barcos y aviones y puertos y aeropuertos, electrodomésticos y computadoras, los equipos médicos y quirúrgicos, y hasta los textiles y alimentos, se fueron produciendo a escalas nacionales. Se transformaron así los talleres a las fábricas de carbón y vapor primero, y los maestros de oficios a las universidades. Con ello se multiplicaba la escala de producción y se mejoraba el acceso de bienes. Vino después la extracción del petróleo y los motores de combustión con los que se fue pasando a una escala supranacional y una explosión del comercio global. Los estados nación se anclaron en los conceptos feudales de poder señorial, matizados por las ideas libertarias del siglo XVIII y las escalas de producción nacional del siglo XIX. Ya en el siglo XX las grandes producciones internacionales empezaron a dominar los mercados nacionales, se fueron independizando las colonias y languideciendo las metrópolis. Los últimos intentos de supremacías nacionales llevaron a guerras mundiales y a la fundación primero de la Liga de Naciones y luego de las Naciones Unidas. La economía, cada vez más globalizada; y la política, supuestamente basada en los derechos universales, iban cuestionando el concepto de fronteras, pero aún sigue firme en nuestras mentes. Además, surgió otro imperio muy ligado al movimiento global y dominante del capital: el de Estados Unidos, que mezcla de forma aparentemente incoherente un nacionalismo excepcionalista, a menudo mesiánico, con un culto al capital sin barreras. En el fondo, las fronteras no protegen valores ni lenguas ni tradiciones, sino el privilegio de

unos sobre otros.

-No creo que se pueda equiparar el estado-nación capitalista e imperialista al socialista-internacionalista y liberado del imperio, además sin fronteras naturales, sólo limitado por nuestras costas al mar. Es esencial que entendamos la historia para entender dónde estamos.

- Sí, son historias diferentes y concepciones diferentes de estado-nación-mercado y estado-nación-socialista. Pero fue sobre todo la ambición expansionista y el dominio de los recursos naturales, los que llevaron a una guerra fría entre el capitalismo y el comunismo y a estar a milímetros de una tercera guerra mundial ya nuclear y apocalíptica. El capitalismo venció en los mercados al comunismo y en Rusia mantuvo la férrea jerarquía marxista, pero abrazando el capitalismo en la competitividad y el consumo. Cayó el muro de Berlín y China despegó. Su comunismo también abrazó al capitalismo, pero con un sistema de control del mercado absoluto. Mientras en Rusia la esperanza de vida, sobre todo en hombres, caía diez años en los 90, la de China subía casi en igual medida y en el mismo tiempo. Rusia prosperó económicamente en parte por su petróleo y China por su ingente población y estructura y disciplina productiva que la convirtió en la fábrica del mundo. Esos grandes poderes pugnan realmente por recursos naturales baratos y estables para alimentar sus sistemas de consumo y el supuesto bienestar de sus ciudadanos. Pero realmente son los poderes económicos de las transnacionales y el sistema financiero quien todo lo controla. Hemos entrado en el siglo XXI con profundas contradicciones que hacen del estado nación un concepto insostenible.

- ¿Por qué lo crees, Thanda?

- Disculpadme, estoy hablando demasiado. Pero resumiré en estas cuatro contradicciones. Una, estados nación para el contrato social frente a consumo globalizado controlado por poderes financieros. Dos, estado nación para el bienestar común frente a fronteras que fragmentan los derechos universales, a mi juicio, incompatibles con las fronteras. Tres, estado nación para modelos de representación democrática frente a mínimo o ausente grado de empatía que permita un grado de conciencia y de decisión, y por lo tanto de libertad. Y cuatro, estados nación para la producción y consumo a escala nacional, ya supranacional, incompatible con la armonía con la naturaleza y llevandonos a un calentamiento global apocalíptico.

- ¿Pero no crees, Thanda, que precisamente es el capitalismo neoliberal el que intenta diluir fronteras para someter a los pueblos, alienarlos de sus culturas y de su arraigo a la tierra y empujar a las personas a olvidar el espíritu del bien común?

- Te entiendo. Pudiera pensarse que los estados nación, sobre todo de pequeño tamaño como Cuba, sean una barrera para el tsunami invasor del capital especulativo y enajenante. Pero en la práctica no lo son, y creo que no lo pueden ser. No lo es porque los gobiernos se han ido endeudando con ese poder capital y sus decisiones dependen de rendirle tributo e interés. Además, el poder de la oferta y la demanda en la competitividad del comercio global orada cualquier empeño de soberanía nacional. Y creo que no lo puede ser porque la escala nacional es, como decía, incompatible con el grado de empatía que libera la premisa de la pulsión humana hacia el bien común con la que comenzamos la tertulia.

- Pero Cuba sí que ha mantenido su soberanía y su espíritu socialista.

- Sí. Es quizás el ejemplo de mayor dignidad y coraje frente al poder imperialista del capital. Pero su soberanía es relativa: depende de sus pagos de deudas al Club de Paris, y compra pollo americano por ser más barato, claro símbolo de someter dignidad y soberanía al mercado. Y en cuanto a la empatía en la representación del pueblo, creo que, si bien se ha resistido a la prostitución, literalmente hablando, de la democracia por el mercado y el capital, como en occidente; la escala nacional no hay el necesario grado de empatía entre ciudadanos y dirigentes.

Carlos intervino algo contrariado. Thanda no sabía si era por defender sus ideas o por alertarle de no entrar en esa crítica a un sistema tan hostigado y difamado.

- Si no hubiera esa empatía con los dirigentes de la revolución no se habría llenado la plaza de la revolución cada primero de mayo ni habría tantas votaciones a favor de los líderes. Creo que no entiendes bien a Cuba aún, Thanda.

- La admiración, incluso la adulación, de alguien a quien no conocemos, es la manifestación de la mitomanía, Carlos. Lo que conocemos a través de otros está filtrado por los cronistas y pintado del color que deciden los poderes, en su mayor parte. Así ha sido desde los asentamientos agrícolas, en profetas y en faraones, en sus Dioses y en sus monedas, en los abstractos de fronteras y de propiedades. Fíjate que curiosa lógica en espiral: los poderes se convierten en mitos y defienden abstracciones de leyes, fronteras y monedas, que a su vez precisan de mitos para mantener comunidades "anempáticas"

cohesionadas.

Carlos no se sentía a gusto con esos argumentos.

- Entonces en nada se puede creer. ¿Abogas por el nihilismo?

- Pues no me disgusta Sartre, pero no soy nihilista, no. Creo sencillamente en que es por empatía y por el conocimiento directo como la base fundamental de nuestro saber, como podemos ser conscientes y libres, y así dirigir nuestro empeño hacia el bien común. Sin empatía y por conocimiento indirecto, a menudo somos inconscientes o insensibles, o ambas cosas. Somos manipulados, por poderes con mitos o violencia, cruz o espada, y por el mercado con la publicidad, ambas ya totalmente impregnando la supuesta "democracia" occidental. Con mis amigos Jonay y Aimsa he estado investigando el poder manipulador de Cambridge analítica y grupos como Carlyle. Junta esos grandes poderes manipuladores a las horas frente a las pantallas, de televisión, ordenadores o teléfonos móviles, y el entramado de la inteligencia artificial y no sé qué queda de verdadera libertad en el ser humano.

- Bueno Thanda, habrá que respetar que la mayoría de los cubanos sí que amamos a nuestra patria, que la recuperamos del imperialismo español y luego americano con sangre de nuestros antepasados, y la iluminamos de ideas nobles frente al acoso durante seis décadas.

-Y me es un gran honor estar aquí aprendiendo y bebiendo de vuestra valentía hermanos. Pero decidme: ¿y si hay personas que no desean ese tipo de contrato social? ¿Qué no se identifican con el "patria o muerte" en que acaban

casi todos los discursos de los dirigentes? Que para ellos su patria es su bohío, sus huertas, su familia, su comunidad y su valle. Lo que conocen con sus ojos y tocan con sus manos. Por ejemplo, desean vivir en comunidad de empatía, sin relación con un estado nación que sienten que ni los conoce como personas ni ellos conocerán nunca a sus lejanos dirigentes. ¿Cómo respetar esa libertad?

- ¿Con ello planteas el derecho a romper una nación por el deseo egoísta de una minoría?

- Quizás sí. No lo llamaría egoísta. Puede ser en red solidaria de pequeñas comunidades autónomas como las de la red de eco aldeas espirituales. Yo estoy muy ligado a ese movimiento y a su referencia natural en Eila y espiritual en Ukuzwana, en Zimbabue.

- Sí, hemos ido hablar de él, y del espíritu comunista de Eila.

- Bueno, realmente no es comunista pues no es "ista de ningún ismo". De hecho, intenta vivir sin jerarquías, algo muy estricto en los modelos comunistas actuales, incluido el cubano. Eso pienso yo, con todo respeto.

De nuevo Thanda notó cierta incomodidad en sus comensales cuando vertió esa crítica al sistema en Cuba, ciertamente ordenado en torno al partido comunista, el consejo de estado, y el consejo de ministros de manera muy jerárquica. Además organizado en sus bases desde la asamblea nacional hasta las locales. Y también por las estructuras también jerárquicas de movimientos de masa como las de mujeres, las de estudiantes, las de agricultores, y de los Comités de Defensa de la Revolución. Salirse de esa poderosa y tupida red

era prácticamente imposible.

- Thanda, lo que tu propones es una anarquía de bien común, que no ha funcionado nunca en la historia de la Humanidad. Las sociedades necesitan líderes y sistemas de control para que el egoísmo de unos pocos no dañe a los derechos de los demás.

- Quizás tengas razón. Lo que veo es que las eco aldeas van multiplicándose por todo el mundo sin fronteras, sin religiones, sin jerarquías, sin dinero.

- Bueno, John Harris sí que fue el líder de Eila, y con sus sistemas de representantes y organización de tareas. No hay que demonizar algún tipo de organización: todos los seres vivos lo tienen, sobre todo los más frágiles como individuos, como las hormigas o las abejas.

- Quizás tengáis razón. Y no toméis mis comentarios como antirrevolucionarios por favor. Amo a vuestro país y a su valentía sobre el peor de los mitos y poderes alienantes, el del mercado sin coto. Quizás haya en mí un espíritu rebelde que lleve el concepto igualitario al extremo anarquista, y hasta narcisista (¡sin ningún culto a Narciso!) en rechazar tener nadie por encima. Ni por debajo.

Para romper el hielo les cantó una canción en la que se atrevía a decir, en Cuba, que él no era "comunista":

*Vitalmente egofílico, paso a paso un poco ególogo,
muy lejos de ser egósofo, no quiero ser egoísta.
Por instinto feminófilo, beso a beso feminólogo*

*para nada feminósofo, no pude ser feminista.
Por raíces hispanófilo, por cultura hispanólogo
Sólo un poco hispanósofo, para nada hispanista*

*Ista yo no quiero ser de ningún tipo de ismo
Aprecio y quiero saber, sólo intento ser yo mismo.*

*Por ideas comunófilo, en empatía comunólogo
Sólo un poco comunósofo, ... no pude ser comunista
Del poder y el capital ni siquiera siento aprecio
Sea un trono o un altar cualquier cosa con precio.*

*Será que soy un holófilo, ¿de qué vale ser holista?
Un anónimo filósofo, perdóname que te insista:*

*Ista yo no quiero ser de ningún tipo de ismo
Aprecio y quiero saber, sólo intento ser yo mismo.*

Todos se rieron y repitieron animados, quizás por el Rioja, cuando Thanda repitió el estribillo.

- ¡Quizás es más auténtico ser comunófilo que comunista Thanda!

- Siento mucho si por ignorancia critico lo que no entiendo. Quiero que sepáis que mi admiración por vuestra valentía frente a la invasión del imperio y del mercado, que van muy de la mano.

- Te das cuenta Thanda ¿por qué actuamos con recelo a cualquier crítica?

Vivimos en un estado de sitio, lo hemos heredado de nuestros padres, que se dejaron la piel en defender estas ideas, a menudo aguantando penurias y manteniendo su trabajo por el bien común, por la revolución.

- Os entiendo hermanos. Os aprecio, os admiro.

Había compuesto una canción contra Trump, que les quiso también compartir como fin de tan sincera tertulia:

*Todo el mundo escucha atento a este señor Donald Trump
Que en sus tweets y sus discursos amenaza aquí y allá.
Lo más triste de esta historia de la que hoy les quiero hablar
Es que en manos de este tipo se arriesga la Humanidad.
De una infancia consentida se engendró tal vanidad,
De herencia especulativa acumuló un gran capital.
Con dinero y con el miedo consiguió manipular
A millones de personas que le quisieron votar*

¡Vete a casa Trump!

¡Déjanos en paz!

¡No juegues con nuestra humanidad!

*Ya estaba todo corrupto cuando vino este patán
Unos no tienen comida otros nadan en champán
Cinco países con veto abanderan libertad
Y gobiernan por decreto sin respeto a la verdad
Ya era tarde e insuficiente como se llegó a acordar
que paremos el desastre que nos puede exterminar*

*sin conciencia y sin vergüenza declaró este señor Trump
que se burla de la ciencia, que está bien contaminar*

*¿Qué es lo que se puede hacer para evitar tanto mal?
Se me ocurre que un bloqueo al imperio criminal
Seguro que hasta la CIA me está escuchando cantar
Pero en buena compañía es buen menestar soñar.*

Los animó a cantar juntos con fuerza:

¡Vete a casa Trump!

¡Déjanos en paz!

¡No juegues con nuestra humanidad!

CXXXIV. La peña de la ternura, noviembre 2019

Thanda vivía sólo. Sentía nostalgia de sus hijos, de su compañera, de su madre. Y sentía anhelo de vivir en comunidad. La casa de Tercera estaba siempre abierta a visitas y a menudo se quedaban amigos cubanos o visitas de Europa y América, con las que entablaba lindas aventuras y complicidades. Entre ellos llegaron a la vez durante una semana Joan, su entrañable amigo, pediatra catalán, desde los tiempos de la asociación de cooperantes; Giorgio, el encantador bohemio italiano con quien compartió ideas como colega valiente y como padre-único en Bruselas y José Manuel, su fiel amigo mexicano de los derechos humanos en México. Los cuatro eran personalidades muy diferentes, pero la mezcla y los debates bajo la luna, le trajeron a Thanda calor al hogar. También vinieron Rene, el cartero de Berkeley que se fue haciendo un sabio de la agroecología, con su linda familia; y David, su aliado por la equidad, desde Cambridge, Massachussets. En todos aquellos amigos prevalecía a pesar de la distancia y el tiempo, una profunda amistad y cada vez una más clara complicidad en la necesidad ética y el compromiso firme de ir hacia una vida más sencilla, más comunitaria y de más armonía con la naturaleza. Una eco aldea de almas gemelas que fueron nómadas por los mundos internacionales y buscaban un hogar compartido donde actuar en ética local y seguir transmitiendo, ya con la fuerza de la coherencia, un mensaje global.

La ausencia ya prolongada y sin un horizonte de hogar de Nayra se hacía a veces muy dura. No conseguía encontrar un equilibrio de tiempos y entrega entre sus hijos y su compañero, y la soledad que sentía Thanda en su intimidad hacía mella en la ilusión. Pero prevalecía el amor y el cariño en la distancia cada día.

De nuevo le asaltaban los fantasmas de la culpa y de la resignación, instalada en su subconsciente de la mano de su infancia católica. El valle de lágrimas.

Que absurdo. La vida era una fascinante aventura, se revolvía pensando Thanda : treinta billones de células a su servicio, trabajando día y noche para que él pudiera pensar y sentir, entender y amar, maravillarse con un universo inabarcable en su eternidad y su infinito, del cual era parte única y a la vez diluida en el todo. Como le cantaba a su padre : "... rendirse sólo a ser...". En gratitud.

Era un hombre afortunado, con unos maravillosos padres y familia. Aunque en la distancia su madre y en otra dimensión su padre, le daban guía y sentido. Sus hijos todos ellos, le transmitían desde lejos su cariño y gratitud. Sus amigos le salpicaban a cada rato de complicidad y afecto. El trabajo, a pesar de la jungla burocrática, le daba oportunidades de intentar cambiar políticas. Por sus estudios compartía propuestas de equidad en redes y clases por muchos países.

Incluso llegó a sentir el regalo de su propia soledad, que fue llenando de una linda rutina y de valentía para expresar ternura; y ternura para despertar la valentía más auténtica, la de amar sin códigos ni temor.

Seguía levantándose antes que el canto del gallo Paco. Escogía uno de los casi cuatro mil dibujos de su padre y escribía una poesía que evocase la belleza y el mensaje de su padre. A menudo, en ese acto de devoción hacia su padre con el que saludaba al nuevo día, lloraba de emoción, a veces con nostalgia, siempre con gratitud.

Ya hacia las seis y media se ponía un viejo pantalón corto azul, de su tiempo en Ukuzwana; y salía, con unas sandalias para protegerse del diente perro, y unas gafas para ver a sus amigos del fondo de mar, por la calle veinticuatro hacia la entrada en el mar. Nadaba su ruta hasta su "altar bajo el mar", pasada la calle 10, cerca del teatro Karl Marx; donde miraba sin mirar al amanecer del este. Volvía su travesía, a menudo con la corriente en contra, y con frecuencia le acompañaba un rato el banco de jureles y luego meditaba

nadando y sin mirar, entregado en confianza con la naturaleza, con la vida. Volvía a casa cansado y satisfecho del esfuerzo y de la valentía de despojarse de todo miedo. *"Fresco y curado, claro y feliz"*, como decía Silvio. Ya había viandantes por la calle, y a veces de un autobús bajaba un grupo de mujeres en uniforme, y Thanda sentía cierto pudor por su torso desnudo por las calles, pero era mayor la sensación de libertad, de ni siquiera llevar el uniforme de tejido en el que se abrigaba, pero más a menudo escondía, cada humano.

A su vuelta a casa y tras lavarse, vestirse, tomar una papilla de avena y saludar al viejo Papito, que se ocupaba parsimoniosamente del jardín, emprendía la marcha hacia su trabajo, a cuadra y media. Mandaba tres mensajes de voz en el trayecto: a su madre, a Nayra y a sus hijos. Empezaba la jornada saludando, como desde el primer día, con afecto a los colegas de la planta baja, de la administración, recepción, mantenimiento, limpieza; los humildes, a los que tanto apreciaba, como en su tiempo en México. Ya con su equipo en la planta de arriba y en su linda oficina que fue llenando de plantas, escribía al ordenador, atendía llamadas y asistía a reUniones, intentando avanzar en proyectos de apoyo a los desafíos en Cuba. Además de apoyar acciones para una mayor independencia, soberanía local prefería llamarla, en alimentos y en energía; y de animar servicios públicos fiscales, judiciales y de la economía y el comercio, más eficaces y transparentes; surgió poco a poco otra área de cooperación que fue haciendo mágica sintonía con el florecer de la expresión de su alma en Cuba: la cultura.

Desde la primera peña en el primer hogar del Náutico, con los amigos de Unai en el barrio, la familia de Pedro y algunos amigos de ellos, y algunos compañeros del trabajo; había ido convocando cada primer jueves de mes la "peña de la ternura", que fue atrayendo a más y más personas a compartir poesía y música, recuerdos y sueños. O, como decía su querido John Denver en la canción que Jonay más musitó en su solitaria adolescencia: *"poems,*

prayers and promises" (poemas, oraciones y promesas).

El corazón de la peña se fue formando por personas que expersaan su alma con valentía. Se convirtieron en una entrañable familia cubana para Thanda. Celia y su grupo de bellas afrocubanas "Souvenir", con poesías mágicas y melodías hermosas al piano acompañada por el mágico violín de la pequeña Saidel, un prodigio de improvisación y sentimiento. Llegó después Karelia y su grupo de niñas bailarinas flamencas de Habana Vieja, una historia épica de superación de cómo desde su parálisis de nacimiento había hecho del baile su razón de vivir, y de esa magia el velero en que cientos de niñas de familias muy pobres en Centro Habana navegaban hacia sus sueños. Camilo y su maravillosa guitarra y voz entrelazada con la de su hermana Gabi, tan de terciopelo, se fue con su amada a México, pero su familia seguía viniendo y su padre, Humberto, tocaba canciones de sus amigos, legendarios trovadores cubanos, con pasión y sentimiento. Elías, un cubano mulato que bebió de la música de la parroquia evangelista en la que predicaba su padre y fue impregnando de música todo su ser, para de forma autodidacta cantar al piano con tal profundidad que Thanda le sentía como un Stevie Wonder cubano que deslumbraría al mundo. Su "druma negrita" y otras interpretaciones de Bola de Nieve hacían emocionarse a la peña. A la vez conoció a Benny, hijo de campesinos de Holguín quien desde niño cantaba todo lo que oía y fue desarrollando, también de forma autodidacta una voz maravillosa, que nada envidiaba a Bocelli o a Josh Grosham, y que al cantar "Flor Pálida" hacía estremecer hasta a los corazones más fríos. Giordano, un genio humanista, poeta, pintor y músico, de la isla de la Juventud, perdido en las calles de la Habana Vieja y que componía desgarradoras canciones sobre el amor y el universo. Edu, un brillante psicólogo que bebió de la música con su padre, compositor de bandas sonoras, quien a Thanda le recordaba a Jorge Drexler, y a quien al cantar a dúo con su linda y brava compañera Liz "salvaje" o sus

ilusiones para los tres hijitos que soñaban tener, algo mágico rociaba la peña. Fueron viniendo también a la peña músicos consagrados como Tony Ávila, que le conmovía a Thanda con su canción de la casa y la de su madre; Bobby Carcases y su piano y cantos guturales entre cantinfleando y rapeando y con una agilidad en bailes imposibles a sus ochenta años; Ray Fernández, el Quevedo juglar, provocador y picante Sabina de la Cuba rebelde dentro de su rebeldía; William Vivanco, un pirata del Caribe con su espada del son de oriente; Enriquito Núñez, poeta cantador del grupo fundador de la nueva trova, en su lada morado que lo fuera de su famoso padre cronista de la revolución cotidiana; Raúl Torres con sus rastas, sus ritmos, su honda poesía y su famoso candil de nieve o Pedro, el percusionista del fascinante grupo a capela de "Sampling", quien venía con su linda esposa Chanel, abogada de causas justas, y su hijita Maria del Mar, quin con apenas seis años encandilaba la peña recitando versos de Marti.

Siempre esperaban que algún día se uniera Silvio, o incluso Pablo en sus visitas a la isla, pues sí que venían a la peña familiares de ellos y Thanda había tenido fugaces pero lindos encuentros con ellos. Thanda hasta soñaba que pudiera unir a quienes fueron sus mitos, sí, aunque lo criticara tanto quizás era hasta humano tener algún mito en la vida, y llevaban tres décadas sin hablarse. La grieta entre Silvio y Pablo era simbólica de otras grietas que latían en el país entre los más defensores y los más críticos del gobierno, en sus extremos "la vanguardia", a menudo privilegiada; y "los gusanos", que criticaban desde lejos. Thanda sentía que en todos ellos latía el deseo de vivir en armonía, escapar unos a las jerarquías del poder, otros a la dictadura del mercado. Pretendía que la música que hiciera fluir el latir del alma uniera a todos.

Y se fueron uniendo al grupo más artistas, académicos y estudiantes, obreros y directores, extranjeros y cubanos, embajadores y campesinos, desde familia

de Fidel a jóvenes cansados de promesas frustradas de la revolución. Había físicos que un día hablaban de los multiversos, cineastas de la escuela de San Antonio de los Baños, artistas plásticos del Instituto Superior del Arte, bailarinas de diferentes compañías y también vinieron actores. Thanda se animaba a componer y a cantar su alma, entre tanto talento, aún sin saber mucho de armonía y ser casi incapaz de mantener un ritmo, y mucho menos bailarlo. Pero expresaba su corazón, y eso, pensaba, era importante.

La primera semana del mes, en la que tocaba peña, Thanda ensayaba una docena de canciones cuando por las mañanas iba a nadar. La máscara que usaba le permitía ensayar su elegido repertorio debajo del agua, incluso en varias ocasiones fue andando hasta el mar con una frase o una melodía y salía del mar con una canción que raudo anotaba al llegar y ensayaba con su guitarra Paracho, del Michoacán mexicano, un regalo de Nayra en la última Navidad que compartieron en México.

Meses antes Thanda había conocido en una conferencia a Tito. Era un hombre menudo en su tamaño y en el timbre de su voz, tímido en su forma de hablar y hasta en sus ademanes, y con una ternura que impresionó a Thanda. Era el representante más comprometido y por más tiempo en Cuba, de la dieta vegana. Desde su humilde casita en el barrio de La Víbora, animaba a un grupo de jóvenes, liderados por Abel, un genio de la informática y ávido de lanzar iniciativas empresariales. Habían creado una aplicación para los móviles que analizaba para cualquier restaurante o particular el valor de sus platos y sus dietas en aspectos nutritivos y sanadores, animando una nutrición sana para las personas y para los planetas, algo muy deficiente en Cuba. Regentaba el restaurante -paladar- más sano, ecológico y sensible, pensaba Thanda, de Cuba, llamado "El Romero", en uno de los lugares más mágicos de la isla: Las

Terrazas, donde la revolución convirtió cinco mil hectáreas deforestadas durante la colonia, en un bosque reserva de la naturaleza de tantos millones de árboles como cubanos en toda la isla. Tito no se perdía una peña y traía siempre verduras y frutas de su patio y del huerto del Romero. Aliada en la comida con alma y conciencia fue también Yunalvis, una valiente revolucionaria conectada al mundo espiritual de los wicholes mexicanos y los indios taínos cubanos, que inspiraba desde su "camino del sol" otra forma de sentir el regalo diario de la naturaleza por el alimento.

Y también se hizo asiduo a las peñas Marcos, el mejor amigo de Unai. De una familia muy trabajadora cerca de Varadero, Marcos seguía estudiando la carrera que Unai dejó para irse a Barcelona, ciencias de los alimentos. Thanda le habló de la kombucha que él fermentaba con una base -scooby- que le compartió David cuando visitó Massachussets. Consiguieron unos ocho grandes botes -pomos- de cristal y fermentaban para cada peña casi veinte litros. Marcos fue estudiando con pasión toda la base microbiológica y química de la fermentación, sus propiedades médicas, medía el pH y el azúcar, y observaba su efecto en la salud a través de la biodiversidad que promovía en el bioma intestinal. Era además un símbolo anticapitalista en el mundo ya casi sometido a comprar y vender todo y cuanto más y más rápido mejor: la kombucha, por un código de honor milenario, ni se compraba ni se vendía: se compartía. Y fermentaba con hierbas aromáticas el insano azúcar de los ingenios y la libreta, en un elixir sanador de glucurónidos, bálsamo para el atribulado bioma intestinal, espejo del declive de biodiversidad por el impacto del hombre en el planeta. Muy pocas cosas que se pudiesen tocar quedaban en el mundo vírgenes del mercado alienante. Un día Marcos le llevó a Thanda a ver a su tío Pulido, que con ochenta y cinco años y uno noventa de estatura, se mantenía erguido como una escoba y flexible como un bambú. Pulido le confesó a

Thanda, con profundo agradecimiento, que la kombucha que le daba Marcos, le hacía sentirse más joven, ágil y rápido, y, sobre todo, afloraba en él a su edad una potencia sexual que se fue haciendo legendaria en el barrio donde vivía, con no pocos altercados con esposos de mujeres insatisfechas que acudían a comprobar la leyenda de Pulido...

En la peña compartían ideas, sueños, anhelos y la vida con toda su magia. Celebraron llegadas al mundo, como Helenita, invitada a la vida por Javi y Yuniel. También sintieron juntos la pérdida de seres maravillosos. Jerry González, el fascinante trompetista e inspirador del jazz latino tenía ya el pasaje en barco, sólo de ida, con su linda esposa y cineasta Andrea y su hijita Julia, para ir desde Valencia a La Habana y pasar su última etapa de la vida sumergido en las ideas valientes y el arte profundo de la bella isla. Unas semanas antes del ilusionado traslado su anhelada Itaca, un incendio en el piso de lavapies donde vivían, quemó sus partituras, sus escritos y segó su vida. Andrea vino con sus cenizas y todos sintieron el alma mágica de Jerry invadir con su luz la peña y todo Cuba. Marlene repartía por La Habana salud con sus manos sanadoras cuando conoció y se enamoró de Franco, un actor italiano apasionado por dejar fluir su alma en el escenario. Preparaba un monólogo para la peña cuando un ladrón entró en su casa y defendiendo a su familia perdió la vida. Sentían sus apasionados monólogos en la peña al cerrar los ojos y abrir los corazones.

Cuba rezumaba magia y arte en cada esquina y en la peña se reunían energías fascinantes que animaban a abrir el corazón. Thanda componía nuevas canciones para cada peña y, aún sin el talento ni virtuosismo de su familia cubana de artistas, les emulaba en su expresión sentida y conectaba con miradas y hasta emociones y lágrimas con quien escuchaba sus "versos

cantados”, una experiencia transformadora para Thanda.

Comenzaba la peña dando la bienvenida:

*A esta peña de la ternura toda alma es bienvenida
A que venga a contar sus aventuras*

*Cubanos y extranjeros diluimos las fronteras
Con la magia de acordes pasajeros*

*Nadie tiene la razón, la verdad no tiene dueño
La humildad hace fluir al corazón*

*Bajo este flamboyán desnudamos nuestras almas
Y dejamos que viajen al más allá...*

*Con canciones y poemas ahuyentamos los demonios
Y exhortamos los más sabios teoremas*

*Y si por si fuera poco hay abundante kombucha
Para confesar nuestro lado más loco...*

*¡Es la peña de la ternura!
¡Ven y cuenta tu aventura!*

Se iban sucediendo después, bajo las estrellas, canciones por Elías, Benny, Giordano, Edu y muchos otros que iban uniéndose. Se recordaban canciones conocidas en Cuba, casi himnos, y que los congregados, a menudo más de

sesenta personas, cantaban en sentidos coros. Thanda solía cantar “el marido de la peluquera”, de Pedro Guerra, a quien se lo contó en un encuentro fortuito en Madrid, y animaba a todos a abrazarse al azar entre todos cuando el estribillo decía: “*abrázame mucho, que no pueda respirar...*”. Se intercalaban con composiciones nuevas, con poemas recitados y con relatos espontáneos.

Recordaban a Jerry, a Franco, al padre de Thanda y a tantos seres queridos que volvían a la energía de todos y les cantaban cerrando los ojos y emocionados por su presencia con los versos de “*...tu luz en mi me une al universo...sin fin...*”.

Terminaban siempre con el hondo sentido canto a la belleza, de Aute, la que escapaba de las miserias del poder: - “*...ahora el éxito es su meta...no rozaron ni instante... la belleza...*”-, todo un guiño velado a resucitar la revolución de los humildes “*...tanto tienes tanto vales... viva la revolución*”- desde las personas como iguales, desde el alma de la anarquía del bien “*... reivindico el espejismo... de intentar ser uno mismo...*”- en la que profundamente creía Thanda. Era tan sentido y compartido el estribillo final “*... la belleza...*” que se iba prolongando... casi “vistiéndose” de los mmmmmm zulúes que tanto recordaba Thanda de Ukuzwana..., que un amigo de la peña, Juan Dávila, quien animaba con todo el corazón y casi sin medios una amplia red de meditación por la paz, le invitó a Thanda y al grupo central de la peña a animar sus encuentros de meditación en teatros de La Habana.

Así fue Thanda con Elías, Benny, y a veces Giordano y a veces Edu, a dar “conciertos de la peña” en el teatro Trianón de Línea, tornándose en una arteria cultural de La Habana, en el famoso y gran cine Yara y en el cine Chaplin donde se originó la Nueva Troba cubana. También dieron varios

conciertos en la "bombilla verde", pequeño y entrañable centro regentado por un vasco cubanizado, en honor al monólogo de Silvio, la canción con la que Thanda se dirigió a los amigos que Unai, la génesis de la primera peña... *"vi juventud cantando... y sin querer ya estaba...soñando..."*

En cada canción Thanda dejaba el alma y sentía que quienes le escuchaban lo sabían. Fue descubriendo al cantar poemas una forma de hacer fluir a su alma, como decía su canción, *"furtiva de su piel"*.

CXXXV. Los imperios y sus mitos, Utah, enero 2020

La reunión regional de cooperación tuvo lugar ese año en Buenos Aires. Thanda llegó unos días antes para pasear y sentir esa gran ciudad. Se alojó en la casa de Ayleen, la linda y valiente hija de Rene y Lili, sus buenos amigos permacultores de Berkeley. Thanda recorrió muchos kilómetros por las calles de la gran ciudad del Sur, sus majestuosas casas y edificios, y los cafés parisinos por cada rincón, donde latía el espíritu porteño, donde imaginaba tertulias de psicoanalistas hablando de la vida y el mundo con el fondo de tangos arrabaleros. Musitaba "*por una cabeza*" mientras paseaba observando fascinado aquella inmensa urbe, como un trozo de Europa clavado en la boca de Sudamérica, con sus labios hacia el Mar de la Plata. Se encontró luego con una amiga de Pedro amante de Cuba, Mimi, con cuya entrañable familia navegó el Guaraná adentro hasta una casa en "El Tigre". Llegaron de Córdoba a su pisito de estudiante Ayleen con su madre Lili, y por quienes Thanda sentía gran ternura. Decía Ayleen que estudiaba medicina en buena parte por lo que sintió al leer "Valentía y Ternura". Muchas personas le escribían a Thanda contándole sensaciones emocionadas mientras leían o al acabar de leer su primera novela. Nada le producía más paz a Thanda que sentir que vaciando su alma, como lo fue por la novela, conectaba con otras almas de forma tan profunda. Las canciones tocaban un momento el corazón. La novela los "secuestraba" por unas semanas en los que sí llegaban a la profundidad de su alma y se sentía comprendido. Le resultaba extraño y a la vez triste que ni Nayra, ni sus hijos, ni nadie de su familia, la hubiera leído. Sólo su padre. Thanda recordaba con nostalgia las lindas tertulias de sentimientos con su padre hablando de sus personajes imaginarios, que realmente eran "más reales que la aparente realidad".

Alternó luego las sesiones de discusión con sus colegas de países de toda la región en un lujoso hotel en el que, como siempre hacía, prefirió por ética no alojarse, con largos paseos cruzando la inmensa ciudad. Se cruzó con el gran obelisco donde se guardaba memoria a "Juan de Garay, fundador de Buenos Aires". Le intrigó esa historia pues su Amama ya le decía que "un antepasado de ellos había sido el fundador de Buenos Aires". Buscó alguna biografía de Juan de Garay en unas veinte librerías, pero en todas le respondían fríamente que no tenían nada. Una de las dependientes le reveló con una mirada desafiante la frialdad de las respuestas: "no tenemos aquí nada sobre genocidas". La colonización española se había ido revelando con todos sus horrores y se había ido diluyendo y a veces ocultando cualquier dimensión épica de la colonia. No desistió Thanda y en una librería le enviaron a la trastienda a hablar con un hombre que ordenaba cientos de libros antiguos. Le recomendó buscar la Casa Vasca y tras varias horas preguntando la encontró. Llamó a la puerta y le abrió una mujer de mediana edad y mirada ausente.

- Me llamo Juan de Garay.

No necesitó decir nada más, la señora le pidió que le acompañara a saludar al presidente de la asociación vasco argentina. Le llevó a un despacho donde en una nube de humo de tabaco y rodeado de columnas de libros apilados, un hombre orondo, de aspecto descuidado le pidió que tomase asiento. Thanda le explicó el motivo de su visita. El hombre, descendiente de emigrantes vascos, le entregó un libro titulado "los descendientes de Juan de Garay", con un listado de más de diez mil nombres. De ellos sólo unos cien tenían como primer apellido Garay, y sólo veintitrés tenían de nombre Juan. Había muchos más Garays en Argentina que en el propio País Vasco, pero, le aseguró aquel

hombre, no eran descendientes de aquel misterioso colonizador. Thanda le compartió el comentario que recibió sobre el carácter genocida de la colonización ante lo que el hombre reaccionó airado:

- ¡Es la ignorancia! ¡Eran otros tiempos! Juan de Garay fue un héroe como ya no volvió a haber en estas tierras. ¡Ya quisieran Martí, Bolívar o San Martín acercarse a sus hazañas!

Thanda se sintió algo incómodo hablando de héroes para unos y villanos para otros. Y de apellidos de unos y de otros esgrimidos como pedigríes, como si algo tuvieran que ver con el valor de las personas. Se despidió agradecido y emprendió su vuelta al pisito de Ayleen. Decidió buscar en internet sobre la historia de aquel misterioso antepasado. Así pudo leer y contrastar varias docenas de relatos, tanto de los que hablaban de sus hazañas como los que condenaban sus matanzas. Pudo incluso encontrar en los archivos de Indias datos sobre su nacimiento, parentescos y embarcación a las Américas.

Thanda averiguó que la madre de Juan de Garay, fundador de Buenos Aires, fue violada por un noble llamado Juan de Ochandiano que la rechazó tanto a ella como al fruto del estupro, a pesar de ser bautizado en su nombre, Juan. El hermano de la mujer había vuelto de las Indias con los honores de sus hazañas en el virreinato del Perú, incluidas algunas expediciones por el guaraní, y denunció al noble, que en la Corte acordó con dinero, - no habían cambiado mucho las cosas- que fuera el pretendiente de la joven, un Garay del Urdaibay vasco, quien, tras desposarla, le diera el nombre al niño. Sin recibir ni trato de su padre biológico ni afecto de su padre putativo, en su adolescencia le pidió a su tío, quien volvía a las Américas, ir con él. Cruzó el océano con tan sólo catorce años y antes de cumplir los dieciocho ya tenía

encomiendas de nativos a su cargo y participaba en exploraciones atravesando los Andes. Por los ríos del Amazonas llevaron soldados, colonos, sacerdotes y caballos y a golpe de espada y de cruz fundaron Santa Cruz de la Sierra, La Paz y Santa Fe, para después llegar él ya como capitán con doscientos hombres y veinte caballos a fundar Buenos Aires, la cual cincuenta años antes intentó en vano ser fundada por Pedro de Mendoza a quien, decía la leyenda, se lo comieron los nativos.

Con la parte de verdad y la parte de leyenda que tuvieran esas historias, Thanda pensó que la huella de violencia en el origen de la vida de Juan de Garay quizás le llevara a hacer lo mismo con la belleza virgen de las mágicas tierras y sus gentes que “descubrió”. Se replicó en Juan de Garay -realmente Juan de Ochandiano- aquella violación de su madre en su sometimiento de tierras y de pueblos, por la esclavitud larvada de las encomiendas y más expresa por los nativos rebeldes sometidos por el acero, quizás como lo era también el machismo y su expresión extrema en la violación, considerando como propiedad y uso a su antojo. Además, tal abuso era bendecido por la Iglesia. Quizás no hubiere en la mente del violento colonizador nada inmoral en ello. Los tiempos y las culturas definían lo aceptable y lo que no. Él fue héroe y sus conquistas épicas, para los de su tiempo y cultura. Incluso durante muchas generaciones para aquellos que sometieron. De igual manera veneraba el mundo moderno a reyes y presidentes megalómanos sin sudor en su frente ni callos en sus manos o a deportistas y artistas que acumulaban fortunas quitándoles del pan a millones de necesitados.

Pensaba Thanda que toda la energía fluye. Que la bondad se contagia y se multiplica, pero a veces también la maldad. ¿Podía la bondad cambiar la espiral negativa de la maldad en sentido inverso? ¿El miedo y egoísmo en

confianza y amor? ¿Y cuánto tiempo duraban las espirales de violencia? ¿Cuánto tiempo tardaría la Humanidad en considerar también inmoral el trato que ahora daban ahora a los animales, también aceptado y bendecido sin sombra de duda ética?

Tras su tiempo en Buenos Aires, Thanda pasó otra Navidad en España haciendo compañía a su madre y reencontrándose con Adam y Unai, con Ángeles y Daniela y el resto de la familia.

Ángeles tenía ya veintiocho años, era una bella mujer. Las vidas tan distantes en lugares y pensamientos entre sus padres, le llevaron a tomar cierta distancia de ambos. Pero supo mantener un fuerte cariño y admiración por ellos. Después de convivir un tiempo con Moyes, María, Adam y Unai en Robledo y luego en la eco aldea de los cooperantes, mientras terminaba sus estudios de arquitectura, se fue a recorrer el mundo con una mochila. Se fue apasionando por la arquitectura armónica con la naturaleza, inspirada por la antroposofía de Steiner y las infinitas formas que encontraba en la naturaleza para, sin apenas oradarla, integrar el cobijo humano con las formas de sus piedras, pastos, y árboles. Había conocido a un poeta francés con quien vivía en Normandía animando la construcción ecológica en eco aldeas de Europa y navegando cada dos o tres años por el mundo.

Daniela tenía veintitrés años y desde su unión mágica a *Spirit* en el bosque de Tervuren se había dedicado a luchar por los derechos de los animales, en profunda alianza con Nour. Vivía en una eco aldea del sur de Suecia, desde donde promovían la comunicación, empatía y ternura con todos los animales.

Unai había encontrado un nuevo hogar en la Ciutat Vella de Barcelona. Había

conseguido que le convalidaran sus estudios de Cuba. Se sentía entusiasmado adentrándose en los saberes de la nutrición humana, haciendo deporte, empezando a hacer música con un ukelele y distanciándose de los grupos que le embaucaron en una vida sin rumbo. Thanda fue a Barcelona a darle un abrazo y deseárselo toda la felicidad, y entre los dos sintieron tremenda emoción por el reencuentro y una unión eterna.

Adam, ya sumergido en la magia de sus videos de imágenes, músicas y poemas mágicos, viajó con Cassie hasta Robledo donde pasaron todos unos días de guitarra y tertulia frente al fuego. Eran felices y sentían claro el horizonte hacia una eco aldea.

Thanda pasó largas horas meditando frente al árbol que creció con las cenizas de su padre. Sentía siempre una distancia con el ambiente consumista de la Navidad en Europa, tan contrario al mensaje de sencillez de la vida de Jesús.

Compartió unos versos cantados, pero sintió que no hacían resonancia en una cultura tan ya impregnada del consumo, que no podía ni siquiera entender la vida sin él:

*Según nos cuenta la Biblia nació Jesús en Belén
De la forma más sencilla escapando al poder*

*Sus padres, José y María, eran así perseguidos
Por una cruel monarquía allí no eran bienvenidos*

*En Galilea creció, desafió a los fariseos
Y sin miedo denunció al lujo y los mausoleos*

*Dijo así: que la riqueza era injusta e inmoral
Y defendió con firmeza el compartir por igual*

*El amor fue su legado, vivir de forma sencilla
Y murió crucificado acusado de herejía*

*Si Jesús siguiera vivo hoy sería de este mundo
Un inmigrante furtivo, un rebelde vagabundo*

*¿Cómo poder celebrar su mensaje de humildad
sin la inercia de comprar lo que no es necesidad?*

*¿Cómo poder rezar al Dios de los cristianos
y a la vez dejar ahogar a tantos seres humanos?*

*Dos mil años han pasado y muchos siguen sufriendo
Seguir fiel a su legado es vivir compartiendo*

*Quiero romper las fronteras, quiero abrir mi hogar
Quiero de forma sincera con todo conmemorar*

*El eco del alma pura el mensaje de Jesús
Es valentía y ternura que nos inspire su luz*

Volvió a La Habana dejando a su madre mayor y frágil pero muy atendida por sus hermanas, quienes tenían sus propias luchas épicas. Recordaba como su hermana Lourdes cuando él les enviaba sus relatos desde África, le decía,

sabiamente: *"no te olvides de las pequeñas grandes cosas"*. Su madre le fue a despedir a la estación de tren como siempre. De nuevo se sintió con el corazón desgarrado por irse lejos de su madre, aunque ella le insistía, como siempre hizo su padre, en que siguiera su camino y luchara por sus ideas.

Poco después de reincorporarse al trabajo, Thanda fue invitado a asistir a la presentación del documental "Epicentro", de Hubert, en el festival de Sundance, estado de Utah. Viajó desde La Habana e hizo una escala en Miami. Se infiltró en una reunión en la Pequeña Habana donde participaban miembros de organizaciones de la oposición al gobierno de Cuba, que desde el exilio buscaban formas de derrocar al "régimen". A la reunión, organizada por Radio América, asistieron miembros de varias organizaciones de disidencia cubana con sede en Miami y en Madrid. Varios médicos cubanos que habían desertado de misiones internacionales hablaron de las condiciones a las que eran obligados a trabajar, que sólo recibían una pequeña parte del salario que el país tercero entregaba al gobierno de Cuba y que por haber desertado de aquella situación de abuso no podían volver a Cuba en ocho años. Uno de ellos lo dijo con emocionada tristeza contando que su madre estaba enferma en Cuba y no podía ir a verla. Un representante de USAID anunció una convocatoria de tres millones de dólares para quienes mostraran evidencias del abuso de Cuba hacia sus médicos internacionalistas y hasta de su función como espías del gobierno cubano. Le siguieron alegatos del senador cubano Marcos Rubio y de Mauricio Clever, encargado en la Casa Blanca de la agenda democracia Cuba-USA, quien coordinado con el Departamento del Tesoro diseñaba la ingeniería del bloqueo y de una miríada de acciones constantes contra Cuba. Presentó después los informes de dos relatoras de derechos humanos de las Naciones Unidas, sobre el "tráfico de seres humanos" y sobre las "formas modernas de esclavitud" quienes, basadas en cien entrevistas de

una de las organizaciones de la oposición con base en Madrid, habían redactado sus informes difamatorios.

Thanda sabía que, quizás ya estuviese siendo seguido, al hablar le identificarían y podría tener represalias de la jerarquía en Bruselas, quienes seguro recibirían protestas de Washington. Pero la verdad era lo que le había enseñado su padre y lo que siempre defendería, aún a riesgo de quedarse sin trabajo.

- Buenos días. Mi nombre es Thanda Garay. Soy médico español. He compartido trabajo con muchos médicos internacionalistas cubanos en África. Quiero hacerles varias preguntas a las altas representantes de las Naciones Unidas.

Hubo un murmullo en la sala. A ese lugar sólo acudían personas a conspirar para derrocar al régimen comunista cubano.

- Primera cuestión: ¿creen ustedes que un informe de cien médicos cooperantes insatisfechos es representativo de más de medio millón de internacionalistas cubanos desde hace más de cincuenta años en todo el mundo? Segunda cuestión: entiendo que la retención de salarios es del cero hasta el setenta por ciento según el sueldo recibido en el país tercero. Teniendo en cuenta la relación con el salario medio de Cuba, la progresividad de la equidad fiscal es muy parecida a la de Dinamarca, permite financiar servicios sociales universales y nadie lo llama "esclavitud moderna". Tercero: estoy de acuerdo que la norma impuesta de retirar el pasaporte a quien no cumpla su contrato es excesiva y puede llevar a situaciones personales y familiares dolorosas con las que me solidarizo. Pero les puedo asegurar que el

gobierno está estudiando esos casos. En cualquier caso, ambas condiciones son conocidas por los médicos internacionalistas al emprender su misión. Francamente, altas representantes, con un mundo de tan extremas desigualdades, cientos de millones de niños obligados al trabajo infantil, y condiciones laborales sin protección social, como en este país la ausencia de protección durante la maternidad, ¿no les parece exagerada tanta su atención a este tema como sus conclusiones?

Hubo un revuelo en la sala. Gritos de "abajo la dictadura". Thanda sintió miradas de odio de cientos de participantes que le gritaban "espía castrista", "fuera"!

Las altas representantes murmuraban entre ellas sin saber responder. Thanda vio como el representante de USAID les pasó un papel. Pensó que quizás tenían conexiones con la Casa Blanca. Le pidieron al médico internacionalista que diera su testimonio:

- Le aseguro, doctor Garay, que lo que dice el informe es lo que le ocurre a la mayoría de los internacionalistas cubanos. No conocemos con detalle las condiciones con las que vamos, y durante los años de trabajo lejos y en condiciones laborales mucho peores que los colegas de esos países y desde luego que otros cooperantes internacionales, decidimos reclamar nuestros derechos. Nuestras familias no tienen ni qué comer en la isla, mi madre no tiene medicamentos. ¿Dónde está el dinero que me retienen que ni siquiera a mi madre le dan medicinas para el dolor?

- De veras siento lo de su madre. Trabajo en la Unión Europea e insistiré al gobierno de Cuba en ser sensibles a casos como el suyo. Cuente con mi apoyo.

Le dejo aquí mis datos. Pero generalizar la difamación a miles de compañeros que dan su tiempo y hasta muchos su vida por un trabajo humilde y comprometido, allí donde nadie más quiere ir, es muy injusto. He conocido a cientos de médicos internacionalistas cubanos como usted en los rincones más remotos del mundo y les tengo la mayor admiración. La gran mayoría lo hace desde su generosidad y emocionados por el servicio que prestan a la Humanidad. Nada más noble. Ningún país del mundo se acerca, ni de lejos a la solidaridad de más de medio millón de cubanos que desde hace sesenta años han dejado lejos a sus familias y se han ido a cuidar de los más olvidados. ¿Saben cuántos médicos de Estados Unidos atendieron pacientes de Ébola en África?: menos de diez. Cuantos cubanos, siendo un país treinta veces menor en población y doscientas veces menor en riqueza: casi trescientos. ¿Creen que tal noble valor, aún con sus defectos merece esta campaña difamatoria?

En ese momento dos guardas le tomaron por los codos y le empujaron fuera de la sala, entre gritos reprobatorios. Thanda miró hacia atrás y vio que el médico cubano que dio su testimonio le miraba avergonzado. Yendo hacia el aeropuerto sintió rabia de como el noble internacionalismo cubano era criticado por quienes en aquel panel sólo pisaban moquetas, trabajaban desde ordenadores y nunca se acercarían, ni de lejos, a cuidar de otras personas en las condiciones de abnegación, compromiso y sentida ilusión de miles de médicos cubanos por todo el mundo a quienes Thanda admiraba. Pero tal acción difamatoria y las presiones de la Casa Blanda a los gobiernos estaban teniendo su efecto, bien diseñadas por Clever, haciendo honor a su apellido, pero de forma perversa. Los cooperantes cubanos fueron expulsados de Brasil, de Ecuador y estaban ya siendo expulsados por el gobierno golpista de Bolivia, puesto seguramente por Estados Unidos por su ambición de controlar sus reservas de Litio, clave de la energía futura.

Siguió escala hacia el aeropuerto de Salt Lake City. Viajaba a la Norte América profunda. A la de los colonos ingleses que tres siglos atrás fueron llegando hacia el oeste con su fe cristiana libre del Vaticano y de Enrique VIII, en búsqueda de la libertad de normas y gobiernos, con su propio esfuerzo en sus caravanas de esperanza. Otros fueron con la ambición del oro o el temor a los indígenas. Amalgamas de amor y luz, de temor y tinieblas, como lo fueron todos los pueblos de la historia de la humanidad. Tenía especial curiosidad en descubrir el mundo mormón cuyo "Vaticano" se alzaba grandioso en Salt Lake City. Cuando estudió en su adolescencia en Londres visitó por curiosidad un centro mormón en el que le mostraron la historia de John Smith a lo largo de unos escaparates con maniqués representando escenas desde su descubrimiento de las tablas reveladoras hasta los famosos que habían abrazado aquella fe. El mayor "aval" que orgullosamente le mostraron era un famoso, y seguramente millonario, "quarter-back" de fútbol americano. Mitomanías reverberantes. Inocentemente les dio sus datos de contacto y a su vuelta a España se presentaron una típica pareja entrajada de jóvenes rubios sajones en casa de sus padres repetidamente para alentarles a "abrazar la verdadera fe".

Tras sus vueltas por el mundo Thanda no podía creer en una religión. Sería como mirar sólo a una estrella, o escuchar sólo el trino de un pájaro en la mañana. La vida era infinita en magia indescifrable y belleza inefable. Quien quisiera enjaularla en unos preceptos únicos estaba insultando a otras formas de entenderla, arrongantemente atribuyéndose el monopolio de la verdad, y aún más absurdo, egoísta y perverso vincularla al cruel juicio final de "paraíso para unos e infierno para otros". No fue fácil ir despojándose de esas enseñanzas del catecismo desde su tierna infancia, ni de tantos otros códigos

brutal o sutilmente impuestos durante su "educación" y su "socialización". Fue anotando unos versos y musitándolos con unos acordes.

Al llegar al aeropuerto de Salt Lake City esperó una hora a que llegaran Nayra y Adam a recogerle. Mientras tanto observó como en la puerta de llegadas del aeropuerto llegaban parejas de predicadores, todos de un patrón casi idéntico: eran altos, rubios y con el pelo cortado corto, iban ataviados con sus trajes y corbatas negros y llevaban una etiqueta en la solapa con su nombre y la identificación de su iglesia, "*latter day saints*". Les esperaban grandes grupos familiares en los que Thanda pudo intuir poligamia, admitida dentro de la religión mormona, reflejada en las leyes del estado y tolerada por el gobierno federal. Eran recibidos como héroes. Imaginaba la vuelta también de decenas de miles de soldados americanos destinados en bases y en guerras por todo el mundo y su llegada a sus "*yellow ribbons*" como defensores de la patria. Unos defendiendo y predicando una religión, otros una patria, ambas íntimamente relacionadas en una forma de ver el mundo como "elegidos". Superiores y convencidos de merecer los privilegios de la tierra en la vida conocida y del cielo en la no conocida. No podía entender tal claudicación de la razón a lomos de tanta prepotencia. Sentía a la vez tristeza por el daño que tal proselitismo podría hacer en muchas personas inocentes de rincones de todo el mundo, en los que el sencillo y puro deseo de amar se encarcelaba en los preceptos y prejuicios de aquellos y tantos otros profetas de tantas formas e intereses.

Se reencontró emocionado con Adam, su hijo mayor en su corazón, y con Nayra, su compañera del alma en la distancia. Fueron hacia el pueblo de montaña y base para las estaciones de esquí donde se realizaba cada año el festival de cine de Sundance. Fundado por el famoso Robert Redford,

intentaba ser la alternativa intelectual y social al cine simplista y comercial de Hollywood, que, según Hubert, con su tríada del bueno (yankee)-el malo (comunista)- y la víctima (pobres necesitados de la salvación física y espiritual), había sido el perfecto aliado del imperialismo del siglo XX. Dicho imperialismo moderno extendía sus estertores en el siglo XXI a fuerza de especulación financiera, amenazas nucleares y la esperpéntica dramatización de su patética prepotencia por Donald Trump.

Al llegar a la lujosa casa de madera rodeada por dos metros de nieve que la organización cedió a Hubert, como uno de los insignes invitados al festival, se reencontró con él y con Menal, quien tras su odisea a través de caravanas de migrantes de Oaxaca a Tijuana, cruzó otra frontera, como años atrás el mediterráneo en patera, se hizo detener por las brutales patrullas aduaneras norteamericanas y aguantó casi medio año en prisión hasta que consiguiera, como víctima de un gobierno enemigo, el comunista eritreo, el estatuto de refugiada. Menal estaba radiante en su sueño americano, trabajaba en una cafetería del aeropuerto de Los Ángeles, vivía con una señora de clase media a quien atendía, y ahorraba para la "fórmula de la felicidad" : una casa y un coche propios y un trabajo con el que ir pagando hipotecas, seguros médicos y, su sueño secreto y el que el alma libre de Hubert, navegando en sus aventuras por todo el mundo, no le podía ofrecer. Anhelaba Menal una familia en la que educar unos hijos en la fe cristiana, llevarles hasta la universidad que pagarían con suerte tras haber pagado la hipoteca, y así llegar a una pensión desde la que recibir a sus hijos y nietos en thanksgiving y dar gracias a Dios por todo ello. Y sin embargo el amor entre el contestatario Hubert, quien cual híbrido de Lumiere y Freud, ponía con sus documentales a la humanidad en el diván desvelando la falacia del sistema, alienante de toda libertad; y Menal, desde su épico coraje para seguir el señuelo de ese sistema

que su amado denunciaba; era puro y profundo. Se reían como niños entre abrazos y gestos del más tierno cariño. Quizás uno y otro, el sistema y su denuncia, eran sólo disfraces del alma que el amor desvelaba pura y desnuda para fundirse sin juicios ni prejuicios.

Lo que más le llenaba el alma era ver a su hijo del alma, Adam, presentarse ante cineastas reconocidos, como asistente del documental de Hubert e intentar buscar un espacio para el caudal de arte que sentía latir en su corazón y quemarle los dedos de deseos de mostrárselo al mundo. Thanda sentía por Adam la más honda ternura y una sensación inexplicable de confianza en el ser humano.

Nayra estaba muy ocupada y pendiente de acompañar y asistir a Hubert como coproductora de Epicentro y el reencuentro de Thanda y Nayra fue salpicado por momentos aislados de ternura y fusión. Thanda sentía el vértigo de verse unos pocos días bajo el ritmo de la agenda del festival y sin la necesaria intimidad con el "*tempo-piano*" para sentir sus almas atribuladas por ya tres años sintiendo el amor erosionarse con la distancia y el horizonte cada vez más nublado de un hogar compartido que no llegaba.

Epicentro mostró al mundo su historia. Thanda recordaba los primeros esquemas de ideas y gentes, lugares y sucesos, que le mostró Hubert en su azotea de Robinson Crusoe de la Habana Vieja. Vio en la gran pantalla las muchas aventuras en las que le había acompañado o le contaban Adam y Nayra, filmando escenas de la vida en la Habana y dándoles a las protagonistas, las lindas preadolescentes Leoneli y Annelis, la voz ante el mundo. Rezumaba fresco y espontáneo el mensaje de resistir ante el acoso del decadente capitalismo, con su embargo y asfixia económica, con su relato

de imperio salvador y con su bombardeo de los turistas de lujo, que, como rezaba el himno de la peña, “no rozaron ni un instante la belleza”.

Thanda compuso una canción sobre el mensaje que él sentía de Epicentro que compartió con el grupo:

*Nadie sabe dónde y cuándo, ni si viene desde sueños
Ella nos está llamando y no nos quiere de dueños
Pregonan sus soñadores, peligrosos idealistas
incautos agitadores, rebeldes inconformistas
que en su regazo la vida transcurre sin jerarquías
toda alma es bienvenida, sólo reina la armonía
hay una isla en el mundo donde aún quedan retazos
y que en su vientre fecundo nos esperan sus abrazos
quizás por no conocer el gozo de la armonía
quizás también por temer el perder la hegemonía*

*los sedientos del poder la quisieron doblegar
e imponer su proceder a la isla del amar
primero colonizando con la espada y con la cruz
sometiendo y bautizando, repartiendo esclavitud
después con más sutileza y vendiendo libertad
se infiltró otra realeza, la que adora al capital
pero esa isla bella, indómita se oponía
se cansó de ser doncella, se levantó en rebeldía
en el mágico epicentro hay niñas con dignidad
que llaman al reencuentro con la noble libertad
la que nunca se doblega, la que sabe que algún día*

esta humanidad tan ciega se rendirá a la utopía

Les animó a cantar juntos el estribillo:

Como el faro es la utopía mientras nuestra nave avanza

No llegamos todavía, pero alumbra la esperanza.

Thanda pensaba como la utopía de Tomas Moro había encontrado su isla del Atlántico en Eila y navegando hacia ese faro se protegería Cuba de las garras del capitalismo y se despojaría de la anquilosis de las jerarquías.

Tras asistir a varios pases del documental, entrevistas con la prensa y debates frente al público, Adam, Nayra y Thanda pasaron un último día paseando en Salt Lake City. Visitaron los enormes y lujosos edificios de la sede central de los diez millones de mormones en el mundo. Les mostraron la historia que le enseñaron a Thanda treinta años antes cuando estudiaba en Londres, pero con grandes cuadros en inmensos salones. Contrastaba el modo de vestir tradicional, parecido al de los amish de Pensilvania, con los suntuosos y modernos edificios de culto a sus dogmas. Les enseñaron la sala de conferencias más grande y moderna del mundo donde se reunía su asamblea de representantes creyentes de todo el mundo organizada de forma mucho más comunitaria que el Vaticano, pero con férrea adherencia a sus principios y misión proselitista. Vieron a cientos de parejas de predicadores que seguramente habían caminado cientos de países, caminos y hogares transmitiendo "su verdad". Aquel culto mezclaba su esperanza en una eternidad a cambio de cumplir ciertos dogmas, con el patriotismo americano que rendía culto al dinero, premio de quienes lo merecían, defendido por el monstruoso aparato de matar del país que poseía la mitad de la capacidad del

mundo para y destruir y del que Utah era uno de sus bastiones. ¿Como era posible que el mensaje de Jesús se tergiversara a tal grado que deplorase el compartir-todo del comunismo en su esencia? ¿Y como era posible que el pacifismo en contra de los arsenales militares y nucleares fuera anatema para los que defendían la religión de la paz y del amor? Jesús se enfrentó a un imperio en su tiempo y en su nombre dos mil años después el imperio más poderoso ondeaba las banderas de la libertad-de-acumular y de la grandeza-de-invadir. Thanda sentía una mezcla de rechazo ante la "arrogancia-de-la-verdad" e inconfesable envidia a quienes se sienten unidos como comunidad sin grietas por un sentido existencial compartido. De hecho, desde sus estudios de equidad seguía con interés los análisis de los "blue spots", comunidades por todo el mundo con la mayor longevidad sana, quizás el mejor bienestar humano, y era constante entre ellos la presencia de una fe o visión compartida. Se preguntaba si su huida de credos y dogmas, leyes y mitos era "contra natura" a la esencia humana, gregaria por necesidad y en ello mitómana y sumisa. ¿Sería mejor ser sumiso, acompañado y feliz que libre, solitario y en eterno anhelo del afecto compartido en comunidad? Las eco aldeas le llamaban a buscar el camino de la comunidad en libertad, el amor sin códigos.

Fueron después a la sede del centro de genealogía más importante del mundo, y que bajo el nombre de "family search" (búsqueda familiar) ofrecía la pesquisa de ancestros en su inmensa base de datos. La razón de tal empeño mormón en recopilar los vínculos generacionales hacia el pasado radicaba en su creencia de que también podían convertir a la fe a difuntos que no tuvieron la oportunidad de conocer la historia de su profeta y su verdad. Empezaron llevando a sus padres y abuelos difuntos a los templos para que, ya fallecidos, fueran convertidos a la fe y así pudieran salvar sus almas y gozar en el paraíso

donde les esperarían a los buenos y proselitistas mormones. Después siguieron investigando generaciones anteriores hasta remontarse a los primeros colonos. Como muchos de ellos tenían familiares en Europa buscaron en los archivos oficiales y sobre todo parroquiales pues desde el concilio de Trento se impuso la inscripción con nombre cristiano y apellido del padre, de toda persona bautizada y así salvada del infierno de los no creyentes. El primer esposo de su Amama y un hermano de ella habían emigrado a Idaho, donde aún había comunidades vascas. Así pudo Thanda identificar varias generaciones de sus antepasados vascos, saber de su familia norteamericana y llevarse un poster que, en forma de abanico, mostraba esas fascinantes raíces, seguro llenas de épica. Cada persona, un universo, un héroe de su propia historia. Pensaba Thanda en qué poco sabíamos de nuestras propias raíces y cuanto más de las jerarquías del poder y los mitos impuestos. En su infancia tuvo que memorizar la lista de cuarenta reyes godos mientras que casi nada sabía de sus antepasados, más humildes y más épicas sus historias anónimas.

Se despidieron en el aeropuerto de Salt Lake City. Adam pasaría una temporada en Berkeley buscando contactos para su fuente creativa, mientras Nayra volvía a su rutina ya casi inamovible de cuidar de sus hijos lejos de su amado. ¿Hasta cuándo?

En el viaje de vuelta terminó sus poemas mientras salía de Estados Unidos, un país cuya alma, pensaba Thanda, estaba atrapada por los mitos de la religión, la patria y el dinero, aliados de una forma tan contradictoria como perversa.

Desterré la lengua del profeta, la que profesaba un solo Dios

*Y a sus profecías y amenazas a los que usaran la razón
Desterré los tronos y los reyes, toda la falacia del poder
Y las jerarquías que imponen que otros tengan que obedecer
Desterré los muros y fronteras, los que nos pretenden separar
Todos los escudos y banderas, cualquier forma de etiquetar
Desterré los dientes de las guerras que desangran a quien quiere amar
Y a sus genera es y medallas, lo cobarde es no desertar*

*Desterré las supuestas verdades y q quienes las quieren imponer
A quien diferencia las edades, a los monopolios del saber
Desterré las garras de los miedos, descubrí la magia del vivir
Y me sacudí todos los credos, y heme aquí sin nada que fingir...
Desterré de mi alma toda certitud salvo el amar...*

Estaba deseando volver a "su isla" y compartir esos versos en su peña de la ternura.

CXXXVI. Estalla la pandemia, el miedo paraliza el mundo, enero 2020

Después de su viaje por Estados Unidos Thanda fue a celebrar el noventa cumpleaños de su madre en Madrid. Coincidió con su viaje anual a dar clases en el Master de Salud Internacional que organizaba su amigo Miguel en la Universidad, para compartir sus ideas con estudiantes en los que pretendía animar fuerzas de revolución. Aprovechaba para compartir sus sentimientos y ternura con su madre y pasar días en su querida casa de Robledo, que seguían cuidando Moyes y María, meditando frente al ciprés que crecía con la esencia de su padre. Sentía culpa por su huella de carbono por los viajes cruzando el Atlántico, pero era necesario compartir tiempo y cuidados con su madre, seguro que lo que más le alegraba a su padre desde el universo.

Hacía tres meses que llegaban noticias preocupantes sobre una extraña neumonía diagnosticada en China. A través de David Ho, el amigo de Aimsa y Jonay, Thanda se puso en contacto con un investigador de Wuhan llamado Xi. Le contó cómo el 29 de diciembre admitieron en un hospital a cuatro pacientes con una extraña neumonía. Todos ellos trabajaban en el mercado mayorista de mariscos. El hospital informó de ello al centro de control de enfermedades de Shanghái, donde él trabajaba, e iniciaron una investigación, encontrando más casos sintomáticos de neumonía en trabajadores y clientes relacionados al mercado.

Dos días después, el último día del año 2019 para occidente, veintisiete personas habían sido diagnosticadas ya con neumonía de causa desconocida y siete de ellos estaban en estado crítico. El primer día de 2020 cerraron el mercado. En las muestras de laboratorio descartaron otras causas infecciosas conocidas de neumonías y tampoco pudieron confirmar la presencia de los virus responsables de epidemias respiratorias en las últimas dos décadas como el SARS, el MERS o la gripe aviar.

Una semana después, el siete de enero de 2020, Xi y su equipo aislaron el

virus causante de la enfermedad y consiguieron secuenciar su genoma, que consistía en una sola cadena de ARN de treinta mil nucleótidos, las bases de purinas que un siglo atrás describiera Cajal. La enviaron cinco días después a la Organización Mundial de la Salud. Permitían así que laboratorios de todo el mundo pudieran comenzar a producir diagnósticos específicos vía pruebas multiplicando sus genes por la técnica del PCR. Para mediados de enero ya eran sesenta los pacientes diagnosticados y se confirmaron los primeros casos fuera de China: dos en Tailandia y uno en Japón.

Para el fin del mes ya había siete mil casos en todas las provincias de China y en otros quince países. Ciento setenta pacientes habían fallecido, casi todos en Wuhan la mayor parte con enfermedades de base como hipertensión, diabetes, y enfermedades vasculares que debilitaban sus sistemas inmunes. El jefe de emergencias de la Organización Mundial de la Salud, un epidemiólogo inglés con aspecto de hooligan llamado Mike a quien Thanda conoció en trabajos desde Bruselas, recomendó al recién nombrado director general, el biólogo etíope Tedros, declarar la epidemia como emergencia sanitaria de preocupación internacional. Alarmaba el impacto que pudiera tener en países de bajos ingresos y con frágiles sistemas de salud. A mediados de marzo ya había más de cien mil casos diagnosticados en cien países y cuatro mil personas habían fallecido por la nueva enfermedad. La Organización Mundial de la Salud decidió reconocerla como pandemia.

Después de dar sus clases Thanda tomó el que sería el último vuelo comercial Madrid-La Habana. Al llegar a la Habana fue cerrado en su hogar en cuarentena durante dos semanas. Al terminar su cuarentena Cuba decretó el confinamiento y Thanda siguió trabajando desde su casa solitaria. Sin wifi y aún con poco margen de "datos" para poder consultar noticias del mundo, se enteró que el número de casos confirmados en el mundo continuó creciendo hasta el medio millón a finales de marzo.

Poco a poco los gobiernos fueron compartiendo información y casi todos siguieron el ejemplo de Wuhan y China, por el que aparentemente cerrando fronteras y limitando la movilidad de sus ciudadanos contuvo el número de infecciones y muertes a un pico de un mes y de menos del uno por ciento de todas las muertes en el país más poblado del mundo.

Hacia finales de marzo la epidemia fue cediendo en China, pero había ido aumentando en Italia que ya tenía el mayor número de muertes. Sus datos reflejaban que la edad mediana de los fallecidos por COVID-19 era de casi ochenta años, más en hombres que en mujeres. Tan sólo el dos por ciento se encontraba previamente con buena salud antes de la infección. A principios de abril se dobló el número de casos y de muertes y el epicentro se trasladó a Lombardía y a Madrid desde donde le hablaban cada día su madre y sus hermanas atemorizadas.

Las Unidades de Cuidados Intensivos de Lombardía en Italia y Madrid, en España, los dos epicentros de finales de marzo en el mundo, ya superando a China, empezaron a llenarse de enfermos graves. Había razones para preocuparse pues no se conocía bien su epidemiología, su forma de atacar al cuerpo humano, qué medicamentos podrían ser eficaces y si sería posible desarrollar una vacuna. La fórmula que pronto empezó a difundir la Organización Mundial de la Salud era la de "aplanar la curva" de la epidemia, para "no colapsar los sistemas de salud". Con ese mantra los gobiernos, tras cerrar fronteras fueron cerrando escuelas, universidades, hoteles y restaurantes, comercios excepto los esenciales de alimentos y medicamentos, y hasta los centros de salud y la atención a enfermedades no urgentes ni graves.

Thanda comenzó a leer todo lo que podía encontrar por internet. Se hizo un esquema de diagramas en su cuarto para intentar entender mejor la pandemia que parecía extenderse lentamente por todo el mundo y podría cambiar el

curso de la Humanidad.

Empezó por intentar entender el virus: pertenecía a la familia de los "coronavirus", denominados así por los pinchos que rodeaban su cápsula y le daban, al microscopio electrónico, una forma de corona. Según la variedad de genes y proteínas, se clasificaban en cuatro géneros: Alpha, Beta, Gamma y Delta. El virus que causaba la pandemia que se expandía por los humanos era un beta-coronavirus, que junto al género alfa causaban infecciones respiratorias en humanos y procesos de gastroenteritis en otros mamíferos, casi siempre leves, y en su mayor proporción asintomáticos, prueba de una favorable evolución de adaptación mutua.

El virus se beneficiaba de compartir las "herramientas" de las células humanas para reproducirse, y los humanos aprendían de las estructuras genéticas del virus. Muchos cambios en la evolución de la especie humana habían sido debidos a la integración de genes virales en su genoma, como, por ejemplo, al parecer, la evolución de reptiles a mamíferos. ¿Qué aportaría la infección por este nuevo coronavirus a la evolución humana? el tiempo, quizás mucho más allá del lapso generacional, lo diría.

Lo normal era que cada coronavirus se adaptase a una especie de mamíferos. Seis de ellos afectaban a humanos. En raras ocasiones, los coronavirus procedentes de otros mamíferos podían mutar e infectar al ser humano, produciendo más daño por ser más desconocidos y provocar reacciones más virulentas. Así ocurrió con el síndrome respiratorio agudo grave (SARS) en 2002 en la provincia de Cantón (China) y el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) en 2012 en Arabia Saudita. Thanda pensó, cada década una pandemia.

El tamaño del Covid era de apenas cien nanómetros de diámetro, la diezmilésima parte de un milímetro, unas mil veces menor que un glóbulo rojo.

Estudió luego, de lo que pudo leer, su "cerebro": sus genes. Su secuencia de ARN era de aproximadamente treinta mil nucleótidos de longitud. Científicos de todo el mundo compartieron la información sobre más de quinientas secuencias genómicas del virus. Se pudo averiguar que el ARN codificaba cuatro proteínas que le conformaban su esqueleto: la proteína S (de "*spike*" por la forma de pincho en la superficie), la proteína E (de "*envelope*" en inglés, como la cubierta), la proteína M (de la membrana) y la proteína N (de nucleocápside, en el interior del virus y rodeando en ARN). Se descubrió también que era la proteína S la que era capaz de "ensamblarse" en los receptores de células humanas y así introducirse en ellas. Utilizaba así las enzimas celulares para hacer copias de RNA y sintetizaba sus proteínas, creando así nuevos virus. Cumplía su aspiración de reproducirse y perpetuarse, como cualquier ser vivo, también el ser humano.

Recordó Thanda su formación en epidemiología. Se había descrito que la transmisión del virus era por vía aérea a través de la tos, los estornudos, el habla, la simple respiración e incluso el contacto de las manos con superficies contaminadas. Y es que el virus podía permanecer activo en superficies varias, hasta tres días sobre acero o plásticos y cuatro sobre cristal o billetes. Las manos transmitían el virus a las mucosas por el acto inconsciente de tocarse la cara de media unas dos mil veces al día y de ahí encontrar el camino por las conjuntivas, fosas nasales o la boca. Para intentar conocer la clave de la fuerza expansiva de la epidemia buscó cuál era su " R_0 " o tasa de reproducción, el número promedio de nuevos contagios que cada persona infectada puede generar. Xi colaboró con la academia de ciencias de la China en estimar una R_0 en China durante febrero de casi cuatro, aunque un grupo británico estimó un R_0 de tres.

También se descubrió muy pronto que el receptor de la célula humana por donde se clavaba y se introducía el virus era el mismo que reconocía a una

enzima llamada "convertidora de angiotensina", relacionada con aumentar la tensión arterial cuando llegaba poca sangre al riñón, también presente en los pulmones y el corazón, algo que ya había hecho su "primo" el virus del SARS quince años antes.

Lo que científicos de todo el mundo comenzaron a observar era que el virus desencadenaba en el cuerpo humano una intensa reacción inflamatoria llamada "tormenta de citoquinas", proteínas proinflamatorias liberadas por neutrófilos, macrófagos y mastocitos.

Thanda respetaba mucho a un científico cubano que ya estaría jubilado en muchos otros países pero que como tantos otros cubanos que habían vivido en su adolescencia el triunfo de la revolución seguía a sus setenta y tantos trabajando con pocos medios, pero inquebrantable compromiso. Se trataba de Agustín Lage, el fundador y director del buque insignia de la biotecnología cubana, el centro de biología molecular y con quien Thanda mantenía fascinantes debates en la sede de la Organización Panamericana de la Salud. Lage, como todos le llamaban, había observado en los primeros pacientes cubanos infectados por Covid-19, en su mayoría personas mayores con un sistema inmune debilitado que él llamaba "inmuno-senescencia", cuando el virus no era neutralizado por el sistema inmune se reproducía y causaba cierto daño en el tejido pulmonar, lo que activaba a los macrófagos y granulocitos, que liberaban masivamente e indiscriminadamente citoquinas proinflamatorias y causaban la insuficiencia respiratoria grave.

Thanda imaginaba el cuerpo humano como un país en el que si algún inmigrante -virus- furtivo pasaba la frontera -la piel-, lo debía detectar la policía de aduanas y detenerlo, pero si no lo hacía por tener o pocos efectivos o poco preparados, entonces se mezclaba en la población, alteraba el orden público y la población con los furtivos infiltrados eran atacados por una "policía antidisturbios" de forma violenta e indiscriminada. Curiosamente, de no

reaccionar el cuerpo de forma tan violenta el virus causaría un daño limitado mientras se replicaba y se transmitía a otros huéspedes. Pensaba para sí que era a menudo el irracional miedo a lo extraño lo que generaba violencia y daño a nivel molecular y a nivel social también.

Intentó buscar formas de animar desde su trabajo la colaboración entre Cuba y la Unión Europea para responder a la pandemia. Cuba compartía con China un laboratorio de investigación y producción del *Interferón alfa2b* que había desarrollado el Centro de Ingeniería Genética y Virología (CIGV). Se trataba de una molécula que producían los linfocitos en su lucha contra los agentes invasores. Entre Cuba y China se fabricaron trescientas mil dosis en aerosoles y se empezaron a aplicar a los casos severos utilizó durante febrero y marzo en pacientes de Wuhan. Informaron por la prensa que mejoraba la evolución de casos graves. Recibieron peticiones de envíos a varios países de Latinoamérica, Asia y el este de Europa. Thanda habló con el director del CIGV, Eulogio, para buscar formas de colaborar, quien le dijo que por el bloqueo de Estados Unidos no podían seguir su producción por falta de suministros básicos como placas de Petri para cultivos o botes, envases y hasta cajas para su distribución.

Estados Unidos daba ya sus primeros signos de insensibilidad ante el drama de la pandemia y continuaba con su cruel embargo a la isla bloqueando a suministros procedentes de otros países, sobre todo la India, "la farmacia del mundo pobre". El secretario general de Naciones Unidas, Antonio Guterres, hizo un llamamiento para el mínimo de sensibilidad ante el drama y tragedia global, pidiendo que cesasen los bombardeos y ataques militares. Ni eso cumplió Trump, quien siguió insensible bombardeando a Siria y a otros lugares del mundo para preservar sus privilegios imperiales.

Como el CIGV había comprado una fábrica en el país vasco con el plan de comercializar sus productos de biotecnología en Europa, escapando al bloqueo

de Estados Unidos, Thanda propuso a Bruselas un acuerdo para apoyar la fabricación de interferón alfa2b e incluirlo en los tratamientos de los pacientes, que, en aumento, iban llenando las UVIs ya de toda Italia, España y extendiéndose a Francia, al Reino Unido y el resto de Europa. La propuesta no tuvo respuesta. Como tantas de Thanda en sus ya veinte años en la Unión Europea. Intentó dicha operación con Argelia, país amigo de Cuba, primer receptor desde su independencia de Francia de misiones internacionalistas cubanas y ahora proveedor de petróleo ante el colapso de Venezuela. Propuesta también ignorada. Thanda empezaba a sospechar que la mano larga de Washington se infiltraba por los pasillos de la Unión Europea en Bruselas.

Una colega italiana que era compañera de facultad de Marco, el compañero de Thandiwe en Ukuzwana, describió en las autopsias de una buena parte de los pacientes que morían por Covid19 tromboembolismos diseminados, que eran posiblemente los causantes del fallo multiorgánico y la muerte. Thanda lo comunicó a Pedro, quien estaba recopilando información para el equipo científico que en Cuba iba decidiendo protocolos de tratamiento, a José Moya, un médico peruano representante de la organización panamericana de la salud en Cuba, y a Miguel en España, para que considerasen introducir prevención anticoagulante para prevenir la coagulación intravascular diseminada que llevaba a la muerte a muchos de los pacientes con Covid-19.

Pensaba Thanda que nadie sabía realmente la magnitud de la epidemia. Se podía inferir su curva por el número de muertes, diferidas unas dos a cuatro semanas después de la infección. Pero, ¿cuántas personas estaban realmente infectadas? Cada país hacía tests a los casos sospechosos graves, o a todos los casos clínicos compatibles, o también a sus contactos primarios, o incluso a los contactos de los contactos en los catorce días previos. Pero ninguna estadística era comparable con otros países ni representativa de la epidemia

real. Todos los países establecieron un equipo coordinador de la respuesta a la pandemia y cada día informaban por televisión, radio y otros medios de comunicación del número de nuevas infecciones y el número de enfermos graves y de muertes. Aquel "misal" diario que escuchaba con devoción toda la población mundial y consolidaba en datos globales la Organización Mundial de la Salud, estaba basado en cifras parciales, que no reflejaban la verdadera magnitud y naturaleza de la epidemia. De esas cifras se deducían tasas de reproducción de la epidemia y tasas de letalidad de la enfermedad, con el denominador falso de número de infectados. Era como buscar unas llaves por la noche sólo debajo de la farola por sólo allí haber luz, y de ello sacar conclusiones. A finales de marzo, el país que más tests hacía, hasta diez mil al día, era Corea del Sur, en el que, lógicamente era mayor la expansión de la R_0 y menor la tasa de letalidad.

Recordó el diagnóstico comunitario de Ukuzwana y como cada centro de salud en Cuba y en España podría hacer un estudio de su comunidad incluyendo encuestas de los hogares sobre sus recursos para el confinamiento, las posibilidades de teletrabajo o la necesidad de trabajo fuera de casa, la presencia de ancianos viviendo solos, la prevalencia de enfermedades crónicas que aumentaban la letalidad del virus y estudios de "seroprevalencia" en muestras representativas de las comunidades. Lo propuso a antiguos compañeros de facultad y residencia, ahora en el ministerio de Sanidad en España, sin éxito.

A finales de abril ya había más de cien laboratorios en el mundo que producían tests que detectaban la Inmunoglobulina G (IgG): el anticuerpo que los linfocitos de los pacientes infectados aprendían a producir dirigido específicamente contra el virus. La presencia de dicho anticuerpo indicaba haber estado infectado. La proporción de personas con IgG contra el COVID-19 era el dato clave para entender la magnitud, distribución geográfica y

demográfica, y la letalidad en cada grupo. Thanda no podía entender como, en lugar de salir a entender la enfermedad, se cerraban los centros de salud, que ya sólo atendían por teléfono y para decidir si enviaban ambulancias a llevar a enfermos graves al hospital. Los estudios poblacionales de IgG costaban una millonésima parte de lo que los países estaban perdiendo en cerrar sus economías, y podían dar las claves de cómo responder con inteligencia ante la pandemia que ya había agarrado a todo el mundo con miedo. Insistió en España, Cuba y en otros países en la importancia de hacer los estudios poblacionales y diseñar, según sus resultados, estrategias inteligentes, pero parecía clamar en el desierto.

Durante el mes de abril siguieron subiendo las infecciones y las muertes que llegaron en Italia y España a ser de casi una cuarta parte de toda la mortalidad durante la semana del pico de la pandemia. Se empezó a recomendar el uso de mascarilla, hasta entonces desaconsejado por la Organización Mundial de la Salud salvo en el personal médico. Poco después se impuso el confinamiento en casa de los trabajadores no-esenciales y los que pudieran hacer "teletrabajo", que se fue infiltrando en cada hogar de las profesiones privilegiadas que no ganaban su salario con el sudor de su frente. Para la mayoría de personas que en el mundo vivían sin el "pseudo-trabajo" de interactuar con una pantalla, las restricciones eran imposibles de cumplir.

Así como el SIDA dividió al mundo a final del siglo anterior en pobres-sentenciados y ricos-bien-tratados, la pandemia que invadía el mundo veinte años después lo dividía en teletrabajadores-asalariados, protegidos en sus casas; y trabajadores manuales, expuestos al virus por tener que salir a buscar su sustento.

Un drama fue revelándose dentro de la tragedia social generalizada por la pandemia. Terín, una dulce e inteligente estudiante de los cursos daba Thanda en la universidad, le contó del drama de las personas mayores que vivían en

“residencias de la tercera edad”. Casi una de cada tres personas de más de ochenta años, unos dos millones en España, vivían en esas residencias, en su gran mayoría privadas y atendidas por inmigrantes latinoamericanos. Así había derivado la sociedad. Algo tan esencial como el devolver el cuidado en su fragilidad a quienes lo dieron a la generación ahora laboralmente activa, se encargaba con frecuencia a otras personas, muchas de otros países y, a menudo, en otras casas. Tras conocerse brotes del virus en algunas residencias, con efectos devastadores en personas mayores y con enfermedades crónicas, fueron prohibidas las visitas de sus familiares.

Thanda lo pensaba con dolor pues deseaba volver a España a cuidar de su madre ya en sus noventa. Le partía el corazón estar tan lejos. Muchas de esas personas fueron enfermando y, por no disponer de familiares o transporte que las llevara al hospital, fueron falleciendo en las residencias con tan sólo el contacto con las personas encargadas de su cuidado, envueltas en máscaras, guantes y plásticos para evitar los contagios. El dolor de miles de personas mayores muriendo en sus casas en soledad o en residencias o en hospitales, sin una mano de amor en su final, era imposible de medir. Y era el resultado de una sociedad que aparcaba a sus mayores y que aplicaba el miedo y la distancia entre todas las personas de la sociedad. Hasta a los velatorios y sepelios se prohibió asistir a más de tres personas.

La epidemia había empezado a ceder en Wuhan mientras se expandía al resto del mundo. Cada día hablaba con su madre y sus hermanas comentando la cifra de muertes en España que llegó a mediados de abril a un pico de casi mil en un día, casi la mitad de todas las muertes en el país. Su madre se encerraba atemorizada en casa y lloraba pensando en el inmenso sufrimiento de decenas de miles de personas de su generación, muchas en residencias agonizando sin el calor de la familia.

Había razones para alarmarse, prevenir contagios y buscar esquemas de

tratamiento para los afectados. Para que el mundo se uniera en responder con inteligencia y con solidaridad. Pero el miedo nublabla la razón y alimentaba el egoísmo.

Thanda hizo extrapolaciones de la epidemia en Wuhan si se expandiera en igual magnitud y virulencia al resto del mundo. Causaría un millón de muertes durante 2020, de un total de más de sesenta millones de muertes totales al año, es decir, menos del dos por ciento del total. Era grave, y cada vida incomparable y una tragedia en sí mismo que evitar. Y la alarma mundial era la oportunidad para llamar a la solidaridad y a un cambio de forma de vida. Le resultaba sorprendente que por un riesgo de menos del dos por ciento de las muertes se hubiera alarmado y paralizado el mundo mientras que otras causas por las que él había luchado tantos años como la malaria y el SIDA, con el doble de muertes, o en su raíz profunda la desigualdad injusta, con unas diez veces más muertes cada año, eran constantemente ignoradas y no provocaban ninguna portada en ningún periódico ningún día.

Hizo una comparación: teniendo en cuenta la edad media avanzada de los afectados, la epidemia podría causar la pérdida de unos cinco millones de años de vida saludable, la medida comparativa de carga de enfermedad entre los problemas de salud. Cada año la humanidad perdía unos dos mil millones de años de vida saludable (más de tres meses por persona, de media) en comparación con la mejor salud del mundo, la de Japón. Se perdía más en la primera infancia, aunque iba aumentando en edades adultas; en los países de menos recursos económicos. Pero también iba en aumento en países de ingresos medios. Cada vez se perdía menos salud por enfermedades infecciosas y más por enfermedades crónicas relacionadas con formas de vida poco saludables. Enfermedades metabólicas y vasculares, también mentales y múltiples formas de cáncer, estaban en relación con formas de vida sedentaria, alimentación insana y exposición a tóxicos industriales. En total,

en ausencia de una prevención, vacuna o tratamientos eficaces, la naciente epidemia causaría la pérdida de unos cinco millones de años de vida saludable, un 0,25% de la pérdida de salud humana en comparación con más del 50% por inequidad. Además, el cambio climático progresivamente aumentaría su proporción como causa de pérdida de vida humana hasta más de un tercio del total, en buena parte solapado con la inequidad global y afectando a quienes menos habían contaminado: los países de bajos ingresos y los nacidos después de 1990, los llamados "*milenials*". La mente humana, sobre todo en su actuar colectiva, era llamativamente arbitraria, pensaba Thanda.

El mundo estaba parando su frenética economía, lo cual era buena noticia para el medio ambiente y quizás para el despertar de una conciencia humana abotargada por producir y consumir sin descanso ni límite. Durante el primer trimestre de 2020 el mundo disminuyó, por primera vez desde que con la revolución industrial empezara a quemar fósiles, las emisiones de carbono que asfixiaban la atmósfera y amenazaban el porvenir de las siguientes generaciones, pero aún en niveles menores que no impedirían llegar al ecuador del siglo con el calentamiento irreversible e irredimible.

Lo que resultaba sorprendente para Thanda era que para parar la epidemia de Covid19 el mundo fuera a sacrificar unos cuatro billones de dólares en pérdidas por la parálisis económica ese año, mientras que por la silenciosa inequidad que causaba doscientas veces más pérdida de salud apenas se destinaban, y muy indirecta e ineficazmente, cien mil millones de dólares, cuarenta veces menos. La comparación de lo que los economistas de la salud llamaban "coste-utilidad", el coste por recuperar un año de vida saludable, era de unos cien dólares para mitigar, en vano, cada año de vida perdida por la desigualdad injusta; y de unos ochocientos mil dólares por cada año de vida que se intentaba rescatar de las garras de la epidemia. La comparación hacía eco de lo que en los años 90 propuso en Banco Mundial como máximo de coste

utilidad de intervenciones en salud pública, treinta dólares, con lo que los gobiernos de países ricos aceptaban de coste utilidad en sus protocolos de sus sistemas de salud, unos cien mil dólares. Ajustando a la inflación el precio de la vida humana seguía en el mismo y macabro espectro: unas tres mil veces más en los países ricos.

La epidemia de la Covid19 afectaba a las economías ricas y así reaccionó el mundo.

Thanda pensaba que la reacción de la sociedad ante la epidemia replicaba la del cuerpo humano ante la pandemia. La "tormenta de citoquinas" en el cuerpo quizás estuviera haciendo más daño que el propio virus en matar algunas células. A la vez, la reacción exagerada e indiscriminada con parálisis social y económica podría estar causando más daño que la epidemia en sí. Era a las personas mayores, las que dieron su vida por quienes hoy tomaban las decisiones, en quienes había que volcarse, proteger más y con más humanidad. Pensaba Thanda con preocupación que la reacción del mundo a la pandemia no estaba siendo ni inteligente ni solidaria.

Era una oportunidad, quizás la última en el siglo XXI, para que la Humanidad cambiara de rumbo a menor desigualdad y contaminación, con más inteligencia y solidaridad. Thanda pondría, desde su "Ternura en Tercera", ahora huérfana de peñas por la alarma política y social, todo su corazón en ello.

CXXXVII. Abrazos seguros, Navarra, mayo 2020

Beatriz tenía ya noventa y dos años. Su pelo blanco recogido en dos trenzas, sus breves y achinados ojos de miel, su leve y dulce sonrisa, y la huella de tanto vivido en arrugas de saberes y sentires, dibujaban una expresión de bondad y dulzura que su familia y vecinos sentían como una bendición.

Desde el porche del viejo caserío familiar de los Beloqui miraba a la silueta de la sierra navarra de Aralar. Los diez montes que dibujaba la silueta de los montes lejanos y cercanos hacia el norte, casi azules en la luz del crepúsculo, le evocaban los hitos de su vida, por la que sentía una profunda gratitud al universo.

Recordaba con la primera loma del poniente, prolongada y suave, su infancia y adolescencia en aquel mismo caserío donde seguían crujiendo las viejas tablas de roble de la escalera hacia lo que el granero que fue hoy era su dormitorio de amor y su despacho de ideas. Le seguía un pico escarpado con el que recordaba su tiempo de estudios en el Opus Dei en Pamplona, desde su bachillerato hasta sus estudios de derecho viviendo en la residencia de super numerarias bajo estrictos códigos, prejuicios y cilicios. Mirar aquel pico y recordar aquel tiempo siempre le hacía emocionarse y sentir tristeza recordando aquella joven atormentada por el miedo. Le seguía el pico más alto, firme y recio, sobre el que se adivinaba una meseta, con él evocaba como ella y Meimuna cruzaron sus caminos y el amor, el más prohibido y el más bello, inundó su vida. Tras ese pico había otro menor y en el que se adivinaban bellos contrastes de colores, que en Beatriz traía la imagen del nacimiento de Moyes, su querido y valiente hijo. Le seguía la silueta de un prolongado macizo con una cima áspera y escarpada, su vida en Bruselas luchando en la fría burocracia. A la mitad del macizo se erigía un roque de granito que significaba

en ella el momento en que, en Roma y de la mano de su hermano Patxi, decidió liberarse de los prejuicios moralistas que habían ahogado su vida y entregarse sin las cadenas del pudor y la mordaza de los códigos impuestos, a la vida en pareja con su amada Meimuna y su hijo Moyes. Le seguía la meseta escarpada en Bruselas con algunos picos de su legado luchando en la distancia con su hermano Haka contra el tráfico de niños y con él y Fernando contra los diamantes de sangre en Sierra Leona. Hacia el este le seguía un monte firme y misterioso de su tiempo en Nueva Delhi, descubriendo un mundo espiritual que bañaba su alma de serenidad. Tras ese monte llegaba una bella meseta descendiente hacia el oriente, su vida, desde hacía ya diez años, en el caserío familiar y en la que, varios abruptos acantilados le recordaban con vértigo las marchas de Haka y de Patxi.

Su mirada acababa el recorrido nublada de gratitud y emoción, sabiendo que sus fuerzas se agotaban y se fundiría en la energía del universo dejando esa encarnación tan frágil como bella, tan misteriosa como mágica.

En los diez años en que habían devuelto la vida al caserío familiar, habían ido animando una bella eco aldea de casi cincuenta caseríos con los que compartían los cuidados de la huerta y del bosque, los alimentos y leña, telares y talleres, caballos y carretas, asambleas y celebraciones, amaneceres y atardeceres, bienvenidas y adioses a la vida.

Meimuna había ido escribiendo un hermoso manual del "ecumenismo en el amor". En la amplia sala de piedra del caserío recibía grupos de todo el mundo, algunos en su trayecto del camino de Santiago, con los que hablaba del sentido común de las religiones y de la búsqueda propia, valiente y pura de la conexión de la energía de cada uno con la del universo.

Moyes y María ya tenían dos hijos pequeños, Sol y Luna, y alternaban tiempos en la Casa Garay de Robledo y el caserío Beloqui, siguiendo su lucha contra los desahucios y los abusos de los bancos y los poderes económicos insensibles al dolor de las crecientes y extremas desigualdades injustas.

Moyes colaboraba con Thanda en sus estudios de la inequidad y su precio en vidas humanas que estudiaban y publicaban cada cinco años, participaba en la red de el decrecimiento con el amigo mexicano de Thanda, Miguel, y debatía con Picketty, Stiglitz y Correa el fin del capitalismo y la alternativa de la economía colaborativa y armónica de las eco aldeas.

Beatriz sentía una extraña paz según iba siendo consciente de que se acercaba el final. Le compartió sus sentimientos a Thanda, quien le envió una canción:

*Va llegando así la vida a su lento declinar,
vas perdiendo vista, oído, memoria y agilidad,
nos negamos a aceptarlo e ignoramos el final
actuamos a menudo cual destino inmortal*

*Nadie sabe a dónde va este lento declinar,
se acerca el precipicio, preferimos no hablar
pues la duda de que sigue la tiene hasta el cardenal
y así disimulamos nuestro vértigo abismal.*

*Pero yo estoy convencido que debemos confiar
en la huella que dejamos por la entrega en el amar,
el recuerdo de ese amor pervive en los demás
cuanto más das de tu alma, más suave es el transitar*

*Es de sabios el llevar poco peso al viajar
de igual forma es vivir sin querer acumular
y no sólo me refiero al aspecto material
es aún más esencial saber el alma entregar*

*Nadie sabe a dónde va este lento caminar
hay quienes nos aseguran que hay un Dios n´el más allá
se proclaman sus voceros y nos pretenden salvar
del infierno en el que arden si es otro su pensar*

*Hay otros y así nos dicen, nos vamos a reencarnar
y están los que aseguran que no hay nada más allá
yo creo en los que dicen que nadie sabe en verdad
qué es lo que nos espera al dejar de respirar*

*Lo que siento es que el amor trasciende el tiempo y lugar
al rendirnos en la entrega a la energía universal
al amarnos sin temor ya no hay nada individual
somos todo lo que amamos, y así ya no hay final.*

Beatriz, con pocas fuerzas y muy consciente de su declinar final, miraba con ternura a Meimuna, tan bella y dulce, a Moyes, tan valiente y noble, a su familia feliz, a los vecinos generosos, a los montes de su vida. Se repetía hacia dentro, como un poderoso mantra inspirado por su hermano Patxi y reflejado en la canción de Thanda, "somos todo lo que amamos, y así ya no hay final".

Habían celebrado el día de la madre en el primer domingo de mayo con Moyes

y su familia, quien declaraba con orgullo el tener el regalo de dos maravillosas madres y el mensaje del amor más valiente.

Unos días después, Beatriz notó que no sentía el olor y el gusto de una "porrusalda" que había preparado Meimuna. Al día siguiente comenzó a tener fiebre alta, tos y dificultad para respirar. Sentía no tener fuerzas ni para levantarse de la cama.

Le pidió a Meimuna que no llamase a nadie, que quería acabar lenta y dulcemente su larga vida con infusiones de hierbas relajantes y balsámicas, rodeada del amor de su familia y escuchando la canción que le envió Thanda.

Moyes había ido a la farmacia del pueblo para buscar paracetamol que le pusiese bajar la fiebre a su madre pues no lo conseguían bajar con compresas del agua del manatíal ni con la infusión de unos sauces en el caserío. Al comentarle el estado de Beatriz, la farmacéutica le dijo que era obligatorio declarar los casos sospechosos de la infección para controlar la epidemia, e informó al centro de salud. A las pocas horas llegó una ambulancia del servicio público de salud, a la casa. Ataviados con trajes de plástico y aparatosas caretas salieron un médico, una enfermera y dos asistentes. Meimuna les recibió en la puerta:

- ¿Nos han informado que hay una persona en el caserío con síntomas posibles de Covid?

-Mi compañera Beatriz tiene fiebre y dificultad para respirar, pero prefiere quedarse en casa.

- No podemos permitirlo señora. Si tiene la pandemia podría habérsela

transmitido a ustedes y seguir esparciéndola por la comunidad.

- No se preocupen, de veras. Ella no se mueve ya del caserío. Nosotros nos podemos hacer el test y en cualquier caso deseamos cuidarla con amor, y discúlpeme por el comentario, sin plásticos.

- Lo siento señora, por la ley de salud pública tenemos la obligación de trasladarla al hospital universitario de Navarra, en Pamplona. Les haremos ahora a todos los contactos una prueba de PCR y si son positivos deben permanecer en cuarentena en el caserío y si tienen síntomas informarnos.

Fue inútil que Meimuna y Beatriz insistieran en su deseo de quedarse en el caserío. El equipo de emergencias subió con una camilla, una bombona de oxígeno y un maletín de medicamentos, sueros y el equipo de intubación y ventilación manual, hasta el dormitorio donde estaba Beatriz.

El médico la exploró y comprobó una temperatura de casi 40°C y signos de deshidratación y de cianosis. El pulsioxímetro reveló una saturación por debajo del 90 por ciento. Auscultó a Beatriz y pudo oír estertores crepitantes dispersos.

Le explicaron la situación:

- Beatriz, tiene síntomas de infección respiratoria y bien podría ser el Covid. Debemos llevarla al hospital.

- Se lo ruego, hermanos, déjenme aquí en mi cama, sólo quiero descansar suavemente viendo las montañas.

- Lo siento señora, debemos llevarla al hospital, tenemos órdenes. Es por su bien y también del de sus familiares y de toda la sociedad. Ahora le pondremos oxígeno y un suero para que se sienta más aliviada al respirar. Allí la tratarán bien.

La voz salía deformada tras la aparatosa careta, y se mezclaba con el chirriar de los plásticos y el traqueteo de la camilla que empezaban a armar para trasladarla a Beatriz. Sin apenas fuerzas miró con tristeza a Meimuna, quien no le soltaba la mano.

Bajaron a Beatriz en la camilla por la empinada escalera y, ya en la ambulancia, el médico le puso un suero que había preparado la enfermera, quien también le puso una mascarilla con oxígeno. Mientras tanto, los asistentes les hicieron un test de PCR mediante frotis nasal a Meimuna, Moyes, María y los pequeños, diciéndoles que no salieran del caserío hasta que no les comunicaran el resultado.

Meimuna miraba desde fuera de la ambulancia a Beatriz intentando transmitirla ánimo y disimulando su desgarró de emociones y su vértigo de un muy posible final en el que las máquinas, plásticos y leyes les robaban el deseo y casi necesidad vital de estar abrazadas en los momentos más trascendentes de la vida.

Beatriz fue sintiendo un cierto alivio en su respirar con el flujo de oxígeno que recibía por la mascarilla. Le acompañaban alrededor de la camilla el médico y la enfermera ocupada en tomarle la tensión arterial y consultar la saturación de oxígeno. Notó que el médico hablaba con la enfermera y ésta buscaba unas medicinas en unos cajones y los inyectaba en el suero. El camino al caserío

era de tierra y los baches se hacían sentir en su ya frágil columna vertebral. Apenas pudo ver una leve sonrisa de la enfermera a través de la careta.

Prefirió cerrar los ojos y pensar en la silueta de los montes con los que recordaba su aventura por la vida y ver hacia su adentro la bella sonrisa de Meimuna, que en su última mirada no pudo reprimir lágrimas de emoción.

Llegaron una hora después al hospital en Pamplona. Bajaron la camilla con Beatriz bien atada a ella, la trasladaron a otra camilla y se despidieron con prisas por otras urgencias el equipo de la ambulancia. Un celador de la urgencia, sin apenas saludarle empujó la camilla hasta una sala frente a un mostrador que decía "triage" donde Beatriz pudo ver una docena más de camillas con pacientes a la espera de ser atendidos. Notó que le pusieron un punto rojo en una carpeta que dejó el equipo de la ambulancia con sus datos.

Meimuna y Moyes no pudieron salir del caserío hasta no saberse los resultados de su test. Llamaban al hospital, pero la línea estaba saturada y no conseguían comunicar.

Una joven médico con una careta que le cubría la cara, guantes azules y una bata de plástico blanco le preguntó sobre sus síntomas de forma apresurada:

- Buen día señora, dígame: ¿tiene dificultad para respirar?

- Un poco doctora... pero no se preocupe, tienen mucho trabajo, déjeme estar en mi casa con mi familia por favor.

Sin responder a su petición, ensordecida por el bullicio de la urgencia repleta de enfermos, se puso a auscultarla. Beatriz notó el frío contacto de la

membrana del fonendoscopio caminar por su frágil pecho. Intentaba en vano cruzar su mirada con la médico, en la que notaba una expresión de cansancio y angustia.

Se quedó unas dos horas esperando en su camilla en una sala con otras quince o veinte pacientes en camilla, casi todos conectados, como Beatriz, a sueros y a flujos de oxígeno. Como casi todos estaban en posición semisentada, para facilitar la respiración, podía ver en las miradas de los pacientes, que no tapaban las mascarillas. Eran todas personas de avanzada edad, como ella, salvo un hombre muy obeso que por su pelo negro pensó Beatriz que sería más joven. Con casi nadie pudo conectar la mirada, casi todos tenían cerrados los ojos y los que no, miraban o al techo o al infinito imaginario dentro de aquellas paredes de la urgencia. Oía lamentos de: ¡Ay Dios! ¡Enfermera! ¡Llaman a mi familia, por favor! ¡La cuña, enfermera! ¡Sáquenme de aquí!

Beatriz consiguió cruzar la mirada con una anciana a unos seis metros de ella. Su cabello blanco estaba despeinado, su respiración estaba agitada y su mirada reflejaba ansiedad. Beatriz creyó reconocer en ella a una compañera de estudios en su juventud. Le sonrió con la mirada y notó que ella le devolvía la sonrisa. Pensó en la magia fugaz por la que el párpado inferior se contraía y parecía ofrecer una balsa de paz y confianza a la ventana al mundo, que ahora se revelaba cruel y frío.

Intentaba mirar más allá de las frías paredes y oír más allá que el frío bullicio, recordar la silueta de los montes que veía desde el caserío, la dulce sonrisa de Meimuna, la pasión de vivir de Moyes, la valentía de Haka y la serena semblanza de Patxi.

Después de unas dos horas llegó otra médico quien por primera vez se presentó, le llamó por su nombre y la miró a los ojos con ternura:

- Beatriz, soy la Doctora Hernández, ¿cómo se siente?

- Me cuesta un poco respirar, pero estoy tranquila. ¿Podría por favor irme a mi casa? Quiero estar con los míos cuando llegue el momento. Ya he tenido una larga y preciosa vida...

- Lo siento Beatriz. Tu test PCR es positivo. Salir a la calle y a tu casa pondrá en riesgo a otras personas y a tu familia. Además, tu saturación es menor de 90%, necesitas oxígeno para recuperarte. Ten confianza en mejorar y volver sin el virus y recuperada con los tuyos.

Beatriz sintió en su mensaje y en su voz la esencia de la entrega de los médicos a aliviar el sufrimiento de los pacientes, y se emocionó. La bondad humana latía debajo de cada piel, rezumaba como el rocío en la mañana, brillaba como el sol al amanecer. Sólo algunas nubes pasajeras la ensombrecían...

- Veremos cómo evoluciona tu ventilación para ver si necesitas ingresar en la UVI, hay muchos enfermos en espera.

Beatriz fue sintiendo más dificultad para respirar y le fueron subiendo el flujo de oxígeno hasta que la doctora Hernández le dijo que le iban a llevar a la UVI para ayudarle a respirar mejor.

Sin apenas fuerzas, Beatriz le dijo:

- Por favor, ¿puedo hablar con mi familia?

- ¿Cual es el número, Beatriz? les puedo llamar desde mi móvil.

Beatriz no lo recordaba, aún menos con la mente nublada por la falta de aire. Mientras tanto Meimuna insistía en comunicar con una urgencia colapsada por llamadas, sin poder comunicar.

Trasladaron a Beatriz a la UVI. Unas veinte camas en una sala rectangular en torno a un mostrador con ajetreados medios y enfermeros estaban envueltas en sonidos de "bips" de los monitores y el respirar mecánico de los ventiladores. Una enfermera en un traje de plástico y a través de una máscara se dirigió a ella con dulzura:

- Beatriz, me llamo Fátima y te voy a atender aquí en la UVI.

Apenas sin fuerzas y pensando en su cuñada de Madeira, Beatriz le sonrió con la mirada. Fátima le colocó electrodos para monitorizar su ritmo cardiaco, un manguito para saber su tensión arterial y un dedal que leía su saturación de oxígeno.

- Fátima, ¿podría por favor hablar con mi familia?

- ¿Recuerdas el número de móvil?

Beatriz hizo un esfuerzo y pudo decirles el número de Meimuna. Fátima le llamó por un móvil de la UVI conectándose por video por el que pudo ver a su amor que emocionada le dijo:

- ¿Cariño, ¿cómo estás?

- Me están cuidando muy bien, no os preocupéis. Sólo os quiero decir que os quiero mucho. He pedido que me lleven a casa.

- Moyes y yo estamos pidiendo ir a verte, cariño. Sé fuerte. Moyes, María y los pequeños Sol y Luna te mandan mucho cariño, y todos los vecinos. Han venido de la eco aldea a casa para meditar juntos y mandarte mucha luz.

- Dale mi abrazo a todos. Estoy en ti, estás en mi...

Pudo ver por el vídeo que Meimuna se emocionaba y apareció la imagen a Moyes quien le sonrió y le dijo:

- Mamá, te quiero, eres mi héroe y mi inspiración.

- Cuida de María, de Sol y de Luna, hijo. El mundo está cambiando, está alumbrando un nuevo amanecer y te necesita con tu nobleza y bondad.

- Daré siempre lo mejor de mí, mamá, con la luz de tu inspiración y de tu guía.

Fátima le recogió el móvil y le dijo conmovida:

- Veo por su familia que usted ha sido valiente con el amor...

- Amar es ser valiente, Fátima.

Después de colgar, se acercó un médico que le dijo con cierta prisa:

- Beatriz, te vamos a poner boca abajo, pues hemos comprobado que así mejora la respiración.

Con el hilo de fuerzas que le quedaba y la respiración entrecortada, Beatriz le contestó:

- Se lo ruego doctor. Piense en su madre. Déjenme volver con mi familia. Pongan su empeño en quienes son más jóvenes y tienen más vida por delante...

- No puede salir con su infección, Beatriz, por el bien de su familia. Estamos haciendo todo lo que podemos para que mejore.

Mientras colocaban un suplemento al colchón en la parte de la cabeza, para ponerla mirando al suelo, pudo escuchar a Fátima que se dirigía al médico:

- ¿No cree que podríamos pedir una cama en las salas de medicina interna, ponerle un sedante que le quite la angustia y permitir a su familia que venga a estar con ella y compartir con amor su muy posible final?

Beatriz oyó al médico contestar:

- Fátima, sabes que no se permiten las visitas de familiares. No podemos crear precedentes, sería un caos y aumentarían las infecciones en la sociedad y entre nosotros. Además, tenemos un protocolo de tratamientos que seguir para ir conociendo mejor como tratar esta enfermedad. Tenemos que ser firmes y constantes Fátima.

- ¿Más que sensibles y humanos?

Beatriz ya no pudo oír más. La dieron la vuelta y conectaron a una máscara que le rodeaba la cara y a la que llegaba un frío flujo de oxígeno. Sólo veía el suelo de losetas grises y oía lejanos los "bips" del monitor y la orquesta de ventiladores. Pasó así un día entero en que su conciencia iba y venía llevándole a recuerdos de los montes con los que recordaba su vida con inmensa gratitud y se repetía el mantra de Thanda: *"somos todo lo que amamos y así ya no hay final"*.

- Pasó toda la noche en esa posición y cuando sintió que cambiaba el turno de trabajadores, le dieron la vuelta. Su respiración se agitó y no podía hablar, casi ni abrir sus ojos. Buscaba con su mano una mano a quien agarrarse ante un vértigo angustioso, en vano. Decidieron sedarla, intubarla y conectarla a un ventilador.

Meimuna insistía llamando al teléfono desde donde le llamó la enfermera Fátima, pero le dijeron que estaba sedada para poder asistir mejor su respiración. Siguió meditando con el grupo de eco aldeanos en torno a una foto de Beatriz y unas velas encendidas en su recuerdo.

Moyes sentía una profunda tristeza y ganas profundas de abrazar a su madre. Habló con Thanda sobre la situación quien le recomendó hacerse el test de anticuerpos pues si era positivo no era riesgo para ninguna persona y podría abrazar a su madre sin afectar a nadie, ni a él mismo.

En contra de la orden del centro de salud de no salir del caserío, Moyes se fue a una clínica privada donde se enteró que le hacían el test de IgG. Al día

siguiente le dieron el resultado. Resultó ser positivo. Además del deseo de estar con su madre cual fuera el riesgo propio, sentía, con angustiosa culpa por su estado, que, aunque, junto a María y sus hijos, siempre tuvo precaución en proteger a su madre quizás fue él quien la infectó. Hacía dos semanas se había reunido la eco aldea a celebrar el solsticio de verano. Quizás entonces se infectaron.

Con aquellos pensamientos se fue hasta la entrada del hospital con el resultado del test e intentó entrar ante lo que un guardia de seguridad, con una aparatosa máscara, le dijo que no estaban permitidas las visitas de familiares.

- Buenas tardes señor. Mi nombre es Moyes Beloqui. Mi madre está ingresada en la UVI. Necesito ir a verla. Tengo este test positivo de anticuerpos. He pasado la infección, no puedo ni infectar ni infectarme, y mi madre y yo necesitamos ese abrazo, que puede ser el último.

El guardia sintió en la solicitud angustiosa de Moyes y su mirada nublada de lágrimas y grito de humanidad, de lógica, pero no podía contestar otra cosa que la consigna de la jerarquía:

- Lo siento señor, yo sólo cumplo órdenes.

Moyes pensó desesperado: cómo puede haber personas que limiten su vida a "cumplir órdenes". ¿Dónde dejan su maravillosa capacidad de pensar, sentir y dirigir sus actos por su bondad al mundo? ¿En qué momento vendemos nuestra libertad por una seguridad, por un sueldo, por un código bajo el que todos viven como autómatas sin capacidad de decidir?

Insistió en vano y decidió ponerse a las puertas del hospital con un cartel que decía:

“Tengo anticuerpos, estoy sano, no hago daño a nadie, sólo pido abrazar a mi madre. ¿hemos perdido la razón y la humanidad?”

Pasó toda la noche frente al hospital bajo la mirada de viandantes. Algunos de ellos le hicieron fotos que pusieron en las redes sociales, y al poco tiempo vinieron algunos periodistas a hacerle entrevistas y fotos.

Por la mañana salió una mujer de unos treinta años y le dijo:

- Me llamo Fátima. Eres Moyes, ¿verdad? Te vi por el móvil ayer hablando con Beatriz. Tu cartel se ha hecho “viral” en las redes.

Moyes pensó en la macabra imagen de “viral”: ojalá la razón y la humanidad fueran tan virales como el virus...

- Sí Fátima. Soy yo. Gracias por darle cariño a mi madre y dejarnos hablar el otro día. ¿Sigue sedada y conectada al ventilador?

- Lo siento mucho Moyes. Tu madre acaba de fallecer.

Se miraron ambos con lágrimas en los ojos y se dieron un abrazo, rompiendo todas las normas.

Moyes sintió algo dentro de él deshacerse como un hierro candente. Posiblemente él infectó a su madre, aunque tuvo mucha precaución con

mascarilla, higiene y asepsia. O quizás fueran otros aldeanos. Pero con una infección casi inocua en jóvenes podría haber acompañado con amor a su madre, quien se despidió de la vida sola, conectada a tubos fríos e inútiles, oyendo el sonido robótico de los bips del monitor, sin siquiera una mano a la que agarrarse en su trance final, desde la que sentir en su salto al abismo que no estaba sola...

Volvió al caserío e informó a Meimuna, María, Sol y Luna, y a los aldeanos que aguardaban noticias. Moyes se abrazó a cada uno con fuerza y dando todo su amor.

Luna tocó en su harmónica la melodía que Nothando compuso en la marcha de Haka. Moyes, a quien Jonay y Thanda había enseñado algunos acordes de guitarra cantó "faltarán estrellas", de Jonay para John, y "sin fin" de Thanda para su padre.

Beatriz descansó dando vida y fuerza a un roble en la era del caserío, en torno al cual se fue reuniendo la eco aldea del amor valiente.

Moyes pasó un mes en la plaza mayor de Pamplona con un cartel que decía:
"Pasé el Covid sin síntomas. Tengo anticuerpos. Ni te infecto ni me infectas. Sólo quiero abrazarte"

Dio miles de abrazos emocionados, a personas que llevaban meses sin ningún contacto humano. Algunas le pidieron ir a sus casas para abrazar a sus mayores. Muchos jóvenes se fueron haciendo el test de anticuerpos y se unieron a Moyes en un movimiento que llamaron "*Abrazos sin miedo*" y se fue extendiendo por toda España.

Unas semanas después fueron arrestados por "peligro público". Cuando salió de la cárcel, Moyes y María huyeron un tiempo de aquella locura colectiva y se enrolaron en el barco "Open Arms" que rescataba a náufragos africanos que intentaban llegar a las costas crueles e insensibles de Europa, que miraba hacia otro lado ante su desesperación. Tierra de castillos medievales reflejaba bien ese espíritu la vieja Europa con los lujos de la corte ahora copiosos supermercados con miles de productos de todo el mundo, su fosa de cocodrilos ahora el mar mediterráneo y su puente levadizo ahora custodiado por el dictador Edorgan bien pagado, un billón al año, por tal función indigna de los nobles que le pagaban por ello.

CXXXVIII. La ética de la equidad, julio 2020

La pandemia siguió avanzando y llevándose vidas de los mayores. Se iban de la vida sin abrazos, sin sentir el calor de una mano, a menudo sin apenas miradas. Desde el mes de abril el número de muertes se había estabilizado en unas seis mil por día en todo el mundo, llegando a finales de junio a casi un acumulado de medio millón de fallecidos, aun así, menos del dos por ciento de las muertes, como Thanda había calculado serían cuando llegaron las primeras noticias de Wuhan.

La distribución era muy desigual en el mundo y no era fácil entender por qué. Los países más afectados como España, tenían tasas acumuladas de uno por mil, más o menos el diez por cien de todas las muertes en la primera mitad de ese fatídico año, mientras que países como Cuba apenas llegaban a uno por cien mil. Ciudades de países con altos grados de hacinamiento y sin condiciones de higiene ni acceso a mascarillas siquiera, como las de Haití, Bangla desh, Nigeria y muchos más, apenas registraban casos. En otros había un claro ocultamiento de la epidemia, como en Trukmenistán, donde prohibieron nombrar la palabra Covid. Había muchas más preguntas que respuestas, y éstas no eran ciertas.

Thanda, que había sido nombrado el año anterior profesor visitante de la Escuela Nacional de Salud en España, tuvo acceso a los datos preliminares del primer estudio poblacional en el que él tanto insistía. La primera parte de dicho estudio investigó el estado de seroprevalencia IgG según edades, sexo y distribución geográfica en una muestra aleatoria, estratificada y representativa de todo el país. Los resultados preliminares, publicados en la revista líder mundial en medicina, "*The Lancet*", mostraban que, con un intervalo de error de un quince por ciento, la proporción de personas

infectadas era de casi el cuatro por ciento, es decir, casi dos millones de personas, frente a los menos de doscientos mil que para entonces se había identificado por tests PCR a casos sospechosos y contactos, sólo uno de cada diez de los realmente infectados. Todos los datos de curva epidemiológica y de letalidad que se comunicaban cada mañana en España por el doctor Simón, un excompañero de cooperación de Thanda, eran parciales, pero influían en las medidas sociales, políticas y sanitarias. El relato de esos datos sesgados se había convertido en una especie de misa diaria en casi todos los países del mundo. Nadie estaba dispuesto a desmentir y ni siquiera cuestionar. Seguían la misma dinámica de las religiones, con los dogmas, los profetas y los mandamientos. El estudio apenas se informó a la población y los periódicos lo quitaron al cabo de unas horas de sus páginas web.

Lo mismo ocurría en Cuba con la comunicación diaria del doctor Durán, a la que cada cubano escuchaba cada mañana por la televisión y la radio. Era como “la verdad absoluta” de la epidemia. No podía entender Thanda tal grado de irracionalidad en la información y de sumisión en la población. Finalmente, en el mes de mayo Cuba comenzó un estudio poblacional basado en la misma metodología que se hizo en España. Una publicación aislada en el Gramma dio los datos preliminares de tres mil muestras de PCR, en las que se encontraron cuatro positivos.

Domitila, una joven francesa periodista que Thanda conoció por la familia música de la peña de la ternura, con quien practicaba francés en entrañables tertulias hablando de la vida y del mundo, le escribió por WhatsApp a finales de junio para preguntarle por su opinión de la pandemia. Trabajaba para Radio France International. Ante su pregunta, Thanda le hizo una propuesta:

- Domitila, ¿puedes hacer preguntas en la rueda de prensa del doctor Durán, como periodista extranjera acreditada en Cuba?

- Bueno, con cautela pues mi permiso es aún provisional.

- Entiendo. Mira, creo que en Cuba y en todo el mundo se está informando de forma equivocada sobre la pandemia.

- Dime, aunque ya sabes que a nadie le gusta reconocer errores, y en Cuba menos, pues se sienten muy vulnerables ante constantes ataques y difamaciones.

- Lo sé bien. A ver si de una forma diplomática les puedes hacer llegar esta duda.

- Dime Thanda, confío en ti.

- Algo así: "doctor Durán, si los estudios poblacionales han demostrado una prevalencia de casos activos (PCR positivos) de algo más de uno de cada mil, ¿se puede inferir al menos once mil en el país? Si además se tiene en cuenta el periodo medio en que los infectados presentan PCR+, unas tres semanas, el número acumulado de infectados podría ser de unos cuarenta y cuatro mil. Como hasta el momento se han informado, en sus conferencias de prensa diarias, de un total acumulado de dos mil trescientos pacientes con PCR+, de más de ciento sesenta mil muestras, ¿podríamos estimar que el nivel de detección de infecciones acumuladas ha sido hasta el momento de tan sólo el 5%, es decir, uno de cada veinte? ¿Cómo se pueden tomar medidas tan trascendentes para la sociedad y la economía con tan sólo el 5% de la

información?”

- Ok Thanda, se la voy a mandar al coordinador de la conferencia de prensa.

Al día siguiente Domitila le escribió a Thanda por WhatsApp:

- Thanda, mandé la pregunta y recibí esta respuesta del coordinador de la rueda de prensa:

-Domitila. ¿Esa pregunta la hiciste tú? Tal parece hecha por alguien que se dedique a temas estadísticos y para que la responda alguien que también domine esos temas. Recuerda que el doctor Durán es epidemiólogo, no matemático.

-Después de esa primera respuesta fue aumentando su tono defensivo:

-¡Además! ¡Piensa un poco! Si realmente hubiera cuarenta y cuatro mil personas infectadas en Cuba, tú y todo el mundo se hubiese podido dar cuenta. Una cifra así no se esconde tan fácilmente. Los cuerpos de guardia en los hospitales estarían abarrotados. Es cuestión de lógica.

Entonces y aún sin respuesta de Domitila, entró el temor latente en cada cubano de ser “diana de la difamación mal intencionada”:

- Me parece muy mal intencionada tu pregunta. No sólo estás cuestionando la realidad de un país en el que tu vives y sabes que es imposible ocultar esas cifras, sino que das por sentado un hecho que no es verdad. Hace poco participaste en pesquisas con estudiantes de medicina y profesores. ¿Si la

realidad fuera como expones en tu pregunta, no crees que hubieses podido corroborarlo en esas pesquisas?

Concluyó aceptando como la única verdad posible la que se exponía en el noticiero y en el Gamma:

- La realidad es mucho más rica que un cálculo o una previsión estadística. Lo ha demostrado la propia curva de la que tanto habla el doctor Durán, en la cual nos hemos ido por debajo del escenario más favorable. Un ejemplo de que las estadísticas ayudan, pero la realidad es mucho más rica. Y todo es relativo.

Domitila intentó explicarle el cálculo, hecho con los datos del propio estudio cubano, pero se negaron a transmitir su pregunta y temió que le quitaran su acreditación como periodista.

Al día siguiente, el coordinador, aún más indignado o quizás ofuscado por el desafío lógico de Thanda a su pretendida "lógica", le escribió lo siguiente a Domitila:

- Creo que estás obviando en este análisis estadístico una serie de variables que influyen. Tú las sabes mejor que yo. Existen condiciones específicas en Cuba que la hacen diferente a otros países en cuanto a temas sanitarios se trata. Pregúntales a las autoridades francesas que han recibido una brigada médica cubana en Martinica.

Era triste ver la cerrazón, la falta de espacio para hablar con libertad, para preguntar por aclaraciones lógicas, para plantear alternativas al confinamiento

generalizado que tanto daño estaba haciendo.

Unos días después Thanda consiguió reunirse con su amigo Jose, el representante de la Organización Mundial de la Salud, con Lage, el sabio de BioCubaFarma y con la viceministra de salud, quien le compartió confidencialmente que parecía que la seroprevalencia del estudio indicaba un 3%, pero que era confidencial e "información sensible". Eso suponía no cuarenta y cuatro mil infecciones, veinte veces más que los detectados sino casi trescientas cincuenta mil, ciento cincuenta veces más.

El "estado de sitio" que Thanda había discutido con los amigos del MINREX tras el accidente cegaba la razón y bloqueaban la virtud que más le inspiró su padre: la humildad. Ese bloqueo daba espacio a la soberbia, al triunfalismo exagerando los logros y el victimismo explicando las carencias.

Con todo lo que amaba Thanda a Cuba, y estando dispuesto a luchar con Bruselas por defender las ideas de la revolución y cooperando hacia una mayor equidad de ambos y del mundo, le dolía esa falta de humildad en las autoridades.

Al sesgo de información que dominaba todo el mundo de la comunicación y que era pasivamente aceptada la mayor parte de la población, se unía un hecho que Thanda analizó con detalle según los resultados del estudio poblacional en España, que ya completó la segunda fase con más de sesenta mil muestras representativas. Al poner en relación el número de fallecidos con el total de infectados, la tasa de letalidad era de 1,3%, exactamente igual que la de la gripe estacional que desde hacía un siglo al menos fluctuaba en serotipos y transmisión. Una gripe extendida.

Pero cuando calculaba la tasa de letalidad según grupos de edad, el resultado era aún más revelador. Los mayores de sesenta y cinco años, es decir, la población jubilada, o con factores de riesgo asociados a mayor letalidad del virus como obesidad, hipertensión, bronquitis crónica y defectos inmunitarios, constituían ya una tercera parte de la población española y cubana. Igual ocurría con la población europea, envejecida y con problemas crónicos de salud por vidas sedentarias, alimentación poco sana y contaminación del aire. Todo ello consecuencia del modelo urbano-consumista, al que ni el comunismo cubano era inmune. En ellos la infección por el nuevo virus tenía una alta letalidad, de media del ocho por ciento, más cuanto más edad o más graves eran los problemas crónicos de salud. Estaba claro que necesitaban protegerse de la infección y estar atentos a cualquier síntoma para un diagnóstico y tratamiento precoz por un sistema de atención primaria fuerte, y no clausurado o minimizado como habían decidido muchos gobiernos.

Lo sorprendente era lo que ocurría en personas menores de sesenta y cinco años sin enfermedades crónicas, la mayor parte de la "fuerza laboral": la tasa de letalidad era menor del 0,05%, uno de cada dos mil al año, casi igual a la probabilidad de morir por cualquier otra causa en ese grupo de edad. Había claramente dos epidemias, una muy leve en personas jóvenes y sanas, y otra más grave en personas mayores o enfermas. ¿Por qué tratar a todos por igual y confinarles juntos?

En los primeros meses de la pandemia los presidentes más nacionalistas y capitalistas, Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil y Johnson en el Reino Unido, habían propuesto no parar la economía aduciendo que hacerlo tendría peores consecuencias que la epidemia en sí y evitaría la inmunidad

natural, llamada "de rebaño". Los tres cayeron enfermos y se recuperaron, minimizando aún más la epidemia, aunque cediendo a medidas de control cuando el número de muertes empezó a causar alarma. Otro país que optó por permitir movilidad social confiando en la inmunidad natural fue Suecia, pero, aunque inicialmente fue muy poco afectado, en julio comenzaron a subir el número de muertes por la anemia y su modelo cayó en descrédito. La pandemia empezó a politizarse: las izquierdas llamaban a proteger a la población en sus casas para proteger al bienestar colectivo y subvencionar los comercios afectados y las personas desempleadas, mientras que las derechas se resistían al confinamiento como abuso al derecho de libertad individual y abogaban por permitir la actividad económica. Derechos colectivos frente a derechos individuales. Enfrentados y cada uno argumentando razones ideológicas, sin atender con atención a lo que decían los datos.

Thanda estudió con detalle cada dimensión de la pandemia y encontró "cinco desequilibrios" en cinco dimensiones ecológicas de la relación del virus con el homo sapiens. Que no parecía muy "sapiens". El primero era el biológico en el que era mayor el daño hiperinflamatorio que el directo del virus. El segundo el científico en el que la investigación se había volcado, de nuevo, en los tratamientos hospitalarios de casos avanzados y severos, ignorando en buena medida el tratamiento precoz de casos aún leves a nivel de atención primaria. El tercero era el psico-social, dimensión de la salud casi olvidada frente al énfasis en, casi exclusivamente, la dimensión física, dejando en soledad a millones de ancianos viviendo y muriendo sin el afecto de sus seres queridos, un sufrimiento inmenso e imposible de medir. El cuarto era el epidemiológico, en el que los datos analizados por Thanda demostraban que el riesgo de morir por Covid en las personas sanas y jóvenes era mínimo, frente al riesgo más alto en personas mayores y/o enfermas. El quinto desequilibrio era el

socioeconómico, afectando de forma muy desigual a las personas de ingresos más altos y trabajos-de -palabras, que podían teletrabajar y mantener ingresos y protección; en relación a las personas de ingresos menos altos y trabajos-de-sudor, que no podían trabajar en sus casas y las medidas de control total les disminuían o anulaban sus ingresos y la protección de sus familias.

La estrategia dominante de confinar a poblaciones en sus ciudades y a personas en sus casas aumentaba los tres últimos desequilibrios, causando inmenso sufrimiento e injusticia.

Thanda escribió una propuesta basada en dicho análisis en la cual las personas sanas y jóvenes saldrían a trabajar y exponerse, y mientras no tuvieran IgG+ se aislarían de personas mayores con riesgos, que se les debía atender redoblando la atención primaria y la atención social por políticas económicas que priorizaran los servicios sociales en toda su cadena, no sólo los hospitales. Cuando progresivamente fueran infectadas, calculaba Thanda que sin distancia social ni mascarillas, e incluso "promoviendo los abrazos", a un ritmo de un 5% semanal, y se les detectara IgG+ se convertirían por un lado en los agentes sociales-con-humanidad en el cuidado de los mayores, tan ausentes de afecto ya antes de la pandemia. Además, irían creando una inmunidad de grupo que permitiría, en ausencia de vacuna, que fueran saliendo los grupos de riesgo, de menor a mayor edad y riesgo, minimizando sus posibilidades de infección hasta erradicar al virus cuando la proporción de personas IgG+ fuera mayor del 60%.

Escribió su propuesta por carta a la Unión Europea y a los gobiernos de España, Cuba y México, donde tenía contactos; y a docenas de periódicos y

de revistas científicas, recibiendo silencio por respuesta. Habló de ello en sus conferencias en varias universidades. Publicó entonces en las redes sociales sus estudios, pero con escaso eco e incluso algunos comentarios muy críticos. Sólo tuvo eco en un periódico argentino que publicó sus ideas en titulares.

Thanda sentía que el mundo estaba paralizado por el miedo y de ello se estaban aprovechando las jerarquías políticas aumentando su autoritarismo y las jerarquías económicas aumentando el enriquecimiento de unos pocos y las desigualdades. Mientras que los pobres con trabajos-de-sudor disminuían hasta la mitad sus ingresos, ya antes de la pandemia insuficientes para vidas en curva de equidad según los análisis de Thanda, la clase media-alta con trabajos-con-palabras mantenía sus ingresos encerrados en sus casas y el uno por ciento de mayor poder económico y financiero, se enriquecía, más aún el uno por millón, los billonarios del mundo digital del Silicon Valley, de Google, Amazon, Facebook, Uber, y otros, que multiplicaron sus ganancias billonarias mientras otros no conseguían el mínimo para comer.

Thanda convocó a una reunión virtual a la familia, a amigos y, con la ayuda de Aimsa, a representantes de eco aldeas. Eran más de quinientas personas de más de cuarenta países. Les habló así:

- Familia y amigos del alma. Os escribo desde un hogar solitario en La Habana desde os recuerdo cada día con profundo cariño. La pandemia está causando dolor y aún más dolor está causando la forma de enfrentarla con injusticia, en la que la grieta de la desigualdad se está haciendo más y más profunda. Las personas se han quedado en sus casas escuchando mensajes de miedo, entreteniéndose con videos digitales, comunicándose, como nosotros ahora, por pantallas, comprando comida y caprichos por Amazon y perpetuando su

dependencia de un sistema perverso de producción destructiva, consumo enajenante y acumulo de propiedades y capital por unos pocos cada vez más poderosos y en connivencia con la inteligencia artificial y manipulación genética que temo nos llevaran a un mundo codificado sin espacio alguno de libertad.

Durante una hora muchos reaccionaron. Unos quitando hierro a la situación y otros haciendo eco de los temores de Thanda. Muchos hablaron de la oportunidad de cambiar el sistema.

Joinay reaccionó:

- Exactamente. Es ahora el momento. Miles de millones de personas están en estado de alarma, e incluso de shock. Los privilegiados que pueden hacerlo, están compartiendo más tiempo con su familia. Los transportes están siendo más locales. La vida en naturaleza es ahora vista como más segura y las ciudades se desmitifican. Es el momento de llamar a la conciencia global para la armonía en naturaleza, la desconexión de redes contaminantes de electricidad contaminante, pantallas alienantes y consumo enajenante.

Aimsa tomó la palabra:

- Gracias Thanda. Tienes razón. Es el momento. Gracias por tu análisis y tu compromiso. En los seis meses de pandemia se han unido cinco mil nuevas eco aldeas, casi veinte cada día, más de dos millones de personas más, llegamos ya a veintitrés millones, más de dos Cubas, y están aceptando que se constituyan también en China. Es el momento de demostrar que las Naciones Unidas no funcionan, por ser naciones, sin empatía, y por no estar

unidas. Hay que proponer cambios profundos que sólo pueden salir desde las comunidades hacia la red global, pero también podemos influir desde la red global hacia las naciones si proponemos con fuerza los valores de la equidad y de la armonía con la naturaleza.

Gritaron "*Amandhla*", el grito ndebele, zulú y de Ukuzwana que les dio fuerza hacía ya treinta años en su lucha contra el SIDA, de la que nació esa hermosa red de luces de esperanza que se infiltraba poco a poco por todo el mundo.

Al acabar la reunión, Thanda recibió una llamada de su amigo y cómplice de la equidad, David. Estaba siendo testigo de enormes injusticias que revelaba y profundizaba la pandemia en Boston donde vivía, y en su anhelado Ecuador.

En las calles de Guayaquil los cadáveres de fallecidos por el Covid y en la pobreza absoluta se dejaban pudrir en las aceras y frente a las funerarias por falta de medios para atenderles, ni en vida y ni siquiera una vez muertos.

En Boston, como en Nueva York, se adaptaban camiones refrigeradores de carnes congeladas, para guardar los cadáveres que día a día llenaban los hospitales donde las urgencias y las UVI's ya no aceptaban más pacientes.

Heart island se llenaba de cuerpos que nadie reclamaba, más aún que como habitualmente ocurría en el epicentro del capitalismo. Thanda no entendía como el dos por ciento de las muertes en el mundo podían causar tanto colapso: quizás su concentración en algunas ciudades, aún sin saber por qué, y la forma de reaccionar dirigiendo toda la atención a hospitales que carecían de ningún tratamiento eficaz.

La pandemia golpeaba más a los más débiles, con menos posibilidades de prevención y más infecciones, peor estado de salud y más enfermos, menor acceso a servicios de atención y más muertes, y menos posibilidad de confinamiento y más desempleo y pobreza, desesperación y angustia. La carga de inequidad que llevaban midiendo y publicando diez años, aumentaba en formas aún no conocidas. A ello se unía el obscuro comercio, de nuevo, de las grandes farmacéuticas, que empujaban a presión ensayos de medicamentos y vacunas protegiendo a fuego sus patentes con las que, de nuevo como ocurrió en el SIDA, enriquecerse. Aún sin claridad en cuando y cuan efectivas serían las vacunas contra el Covid-19, que ya sumaban más de cien candidatas en ensayos en diferentes fases, ya se estaban vendiendo las producciones potenciales de las más poderosas y avanzadas, a los países ricos, que, sin escrúpulos algunos, acaparaban lo que quizás fuera la tabla de salvación de una pandemia que ahogaba al mundo.

David le propuso escribir una carta al secretario general de Naciones Unidas, Antonio Guterres: un llamamiento, grito, *-cry-* alertando de las desigualdades injustas que estaba profundizando la pandemia, llamar a crear una *"task force"* que velase por mediar y actuar para la equidad económica y en salud, y despojar de patentes a los medicamentos y vacunas vitales para enfrentar la pandemia. David preparó un borrador, Thanda aportó otras ideas y le recomendó que contactaran a su buen amigo Paulo, en Rio, con quien diez años atrás habían conseguido alianzas en Ginebra defendiendo el derecho a la salud. Paulo contestó apesadumbrado por la marcha galopante de la pandemia en Brasil con un Bolsonaro insensible y soberbio, aliado de Trump.

Compartieron la carta primero a un grupo de amigos y colegas con los que habían luchado juntos muchos años por la defensa de salud, en comunidades,

en países y en el mundo. A través de sus redes comenzaron a recibir adhesiones a la carta.

Thanda escribió a Chomsky, a través de Jonay, quien se adhirió con entusiasmo. Luego se unieron expresidentes como Lagos de Brasil, Mújica de Uruguay y Lula de Brasil, además de Oscar Arias y Esquivel, premios nobel. Le mando un mensaje al ex presidente español Zapatero, que también se adhirió, y después de él ex presidentes italianos, franceses y británicos. Mientras tanto, se adhirieron más de cuarenta exministros de salud de todo el mundo, activistas de todo origen y condición, profesores, ilustres y anónimos, médicos y profesionales de la salud. No paraban de recibir adhesiones. Adam les ayudó a crear una página web donde se fueron uniendo más y más personas, organizaciones y redes. Se unió la asociación mundial de médicos y de enfermeras, la federación de asociaciones de salud pública, de institutos nacionales de salud y la unión de academias de ciencias, y posteriormente Oxfam y otras redes de justicia social, cada una de ellas reuniendo a organizaciones en países de todo el mundo. Thanda no consiguió convencer a Médicos Sin fronteras, de alguna manera anclada en su excepcionalismo, como le ocurría a Estados Unidos, aunque con fines muy distintos.

En menos de una semana tenían más de quinientas adhesiones a título individual y doscientas organizaciones que representaban a más de dos millones de profesionales de la salud, salubristas, economistas, funcionarios y activistas, todos unidos en ese grito contra la injusticia que ya latía con dolor antes de la pandemia y ahora se revelaba aún más cruda e inmoral. La carta se publicó en "*The Lancet*" y empezó a hablarse del movimiento por todo el mundo.

En la misma semana que enviaron la carta a Guterres, Trump decidió que Estados Unidos abandonase la Organización Mundial de la Salud y, con ello, una quinta parte de su financiación, en quizás el momento más crítico de su historia. Unas semanas después recibieron respuesta de Guterres, quien inútilmente llamaba a un alto el fuego para en solidaridad paliar la pandemia. Les remitió a su vicepresidente, Amina Mohammed, una nigeriana de élite con historia y formas del Banco Mundial, quien les refirió a hablar con el director de la Organización Mundial de la Salud, el etíope Tedros quien les refirió a hablar con su adjunta Szakob. Se limitaron a acordar recolectar historias de inequidad y publicarlas con una Organización Mundial de la Salud que ya apenas tenía fuerza, medios ni liderazgo moral.

Llamaron entonces a una gran asamblea de todos los firmantes para lanzar públicamente el movimiento. Atendieron Tedros y también Michelle Bachelet, médico pediatra, ex ministra de salud y expresidente dos veces en Chile, primera directora de ONU Mujeres y ahora la Alta Comisaria de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. Thanda moderó la reunión y preparó las participaciones de Tedros y Bachelet.

El discurso que Thanda escribió para Bachelet fue leído íntegramente por ella. Como en sus tiempos en Bruselas, pudo poner en boca de dirigentes, esta vez de la máxima representante de los derechos humanos, el compromiso por el derecho a la salud y vincularlo a "la ética de la equidad". Recopiló todos sus empeños y esfuerzos desde sus estudios en La Laguna, su residencia en Madrid, su mágico tiempo en Ukuzwana, su paso por los bomberos, su tiempo de funcionario en Bruselas, sus trabajos por la justicia en México, y los presentes por defender los valores de Cuba en mayor libertad, los que abogaba en sus clases y escritos de equidad por el mundo y la conexión la red

de eco aldeas donde la armonía con la naturaleza llevaría al mundo al espacio ético de la equidad.

Argumentó, y así lo expuso Bachelet en su discurso, que la ética es el compromiso a las aspiraciones compartidas y factibles para todos. Que en salud la ética aceptada por todos es la constitución de la Organización Mundial de la Salud y su "mejor salud posible para todos". Que esa era la definición de equidad, desigualdad justa y con el compromiso de un mínimo posible para todos. Que para ello era necesario un nuevo orden económico mundial que pusiera coto al acúmulo y permitiera vivir a todos en curva de equidad, la ética colectiva, y en vidas en condiciones de dignidad. Que ello suponía hacer más firme y vinculante el derecho a la salud, y medirlo por la métrica de la equidad en salud, el mejor termómetro de justicia. Que también era necesario un pacto mundial que animase la colaboración global para traducir el fascinante afán de conocimiento de la humanidad en saberes y artilugios para preservar la vida y poner coto a las patentes cuando se interponían con ella.

Comenzaba una lucha, aún más urgente y necesaria, valiente y decidida, por la ética de la equidad.

CXXXIX. Desvelando la avaricia, desatando el saber, octubre 2020

Thanda pasó el confinamiento por el Covid en la casa de la ternura en la Tercera avenida de Miramar, La Habana. Se propuso aprovechar la soledad y el confinamiento para ordenar el caudal que brotaba de su alma y simplificar su vida material. Tras la poesía de antes-del-amanecer inspirada cada día en un dibujo de su padre, buscaba ideas que deseaba compartir, las ponía en unos primeros versos, se iba con su pantalón corto hasta el mar en la calle 24, entraba por el diente perro con su máscara para ver el fondo y convetir los versos en un poema y el poema en una canción bajo el agua, en complicidad con sus amigos de aletas, volvía tarareando su canción y ya en la casa la anotaba con esmero en la app "*chords y tabs*".

Después regaba el huerto, sentía sus olores y recogía hortalizas y frutas para su desayuno. Se sucedían mensajes, llamadas y "webinars", la nueva forma que la pandemia trajo de comunicarse en grupo, por "softwares" que permitían conexiones de voz y video con hasta cientos y miles de personas. Era fascinante poder intercambiar con personas de todos los rincones del mundo y sin usar transportes, aun en su mayoría contaminantes. Aunque a la vez Thanda sentía que la empatía se atrofiaba aún más por la falta de abrazos, miradas y compromisos, y la desigualdad del mundo privilegiado de palabras-teletrabajo-salario-protección con el del sudor-calle y campo-jornal-exposición se hacía más clara y profunda-. Thanda se sentía culpable de pertenecer al mundo de los privilegios.

Necesitaba expresar fuertes sus ideas, lucharlas desde dentro del poder y buscar la salida al mundo natural, real, sencillo y comunitario. Sabía que su eco aldea le espraba, en algún rincón. Pero antes tenía tareas que resolver para intentar cambiar el orden perverso que dominaba el mundo.

Tras el lanzamiento del movimiento global por la equidad y los compromisos

que Thanda puso en boca de la Alta Comisaria de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Thanda propuso a sus almas gemelas, Jonay, Aimsa y Fernando redactar una propuesta de "Tratado Internacional sobre la Colaboración del Saber Humano" para animar la colaboración en el conocimiento global, no la competición, y traducirlo en bien de todos, no en beneficios de unos pocos. Con el "espíritu de Ukuzwana" y la colaboración de la familia de almas-por-el-mundo podrían agitar conciencias, desvelar las tramas del poder perverso y animar un cambio que la pandemia revelaba aún más claramente y ofrecía, como toda crisis, la oportunidad de una transformación.

Veinte años después de haber conseguido los primeros tratamientos contra el SIDA en Zimbabue, y quince años después de que consiguieran por el pool de patentes ir bajando los precios de los medicamentos contra el SIDA en todo el mundo, otra pandemia se iba convirtiendo en el negocio de unos pocos ignorando el sufrimiento de muerte de millones. Tenían que unirse con fuerza, y en recuerdo de Anwele, de John, de Patxi y de Beatriz, y tantos otros que lucharon con fuerza por un mundo más justo.

La red de eco aldeas demostraba que se podía vivir con soberanía local, compartiendo en comunidad y en armonía con la naturaleza, para satisfacer las necesidades básicas de agua, alimento, energía y vivienda. Para enfrentarse juntos a riesgos como la presente pandemia, avanzar en entender, diagnosticar y tratar enfermedades, y comunicarse ideas y conocimientos, necesitaban cambiar el comercio por la colaboración, y el consumo de productos lejanos no esenciales, por el acceso universal al conocimiento para el bien global.

Convocaron por un "webinar" a los líderes de Naciones Unidas que ya se habían comprometido con el movimiento que lanzaron Thanda y David. Jonay convenció a Kurzweil para que participaran los científicos líderes desde Silicon

Valley y sus aliados de compañías farmacéuticas y grupos financieros que dominaban el comercio global. También participaron unos veinte jefes de gobiernos progresistas y representantes de la red de eco aldeas.

En total consiguieron la participación de veinte mil personas, gracias a un software que Adam y Joseph configuraron. A la comunicación por las redes sociales de Facebook, Instagram, telegram, twitter, whatsapp y otras, se unían ahora las plataformas de reuniones virtuales que utilizaban cientos de millones desde su "pseudotrabajo-de-palabras" como zoom, webex, google teams. Todas ellas eran controladas, censuradas y bloqueadas por la CIA cuando el poder era amenazado. Además, Estados Unidos bloqueaba muchas de ellas en Cuba, desde donde Thanda coordinaría la reunión.

Y entre todos ellos, invitó a líderes de plataformas de acceso abierto que retaban al sistema de "negocios-del-saber": participaron Alexandra Elbakyan de *sci-hub* que ya se aproximaba a cien millones de publicaciones científicas de acceso libre, Christine Peterson creadora del concepto de open source software, miembro del singularity de Ray y del Foresight Institute, y Bruce Perens, fundador y líder de movimientos de hardware de código abierto.

Tras las palabras "políticamente correctas" de bienvenida del secretario general de Naciones Unidas, de la alta comisaria de derechos humanos, del director general de la Organización Mundial de la Salud, del movimiento de países no alineados y de varios gobiernos del mundo, Thanda introdujo la reunión con un análisis del mercado farmacéutico global:

- Hermanos y hermanas de todo el mundo. Esta pandemia nos demuestra aún con más fuerza que necesitamos compartir, no competir, colaborar y no acumular. El bienestar de todos viene por la armonía local natural y la colaboración global. No por la destrucción natural, consumo ciego y competición global para beneficio de unos pocos. Repasemos cómo funcionan hoy en el mundo los eslabones de conocer como aliviar el sufrimiento y hacer

que ese conocimiento llegue a todos, sobre todo a quienes más lo necesitan. Jonay expuso su análisis de las investigaciones clínicas:

- Durante las últimas décadas se ha ido aceptando la idea del "purismo" de la evidencia de la efectividad de cualquier medicamento mediante los estudios "doble o triple ciego". Se prueban moléculas investigadas en su mayoría en universidades o centros de investigación financiadas por fondos públicos de los impuestos de los ciudadanos. Pero ese esfuerzo común empieza su perverso camino al privilegio de unos pocos por las investigaciones clínicas. La teoría es que, para evitar interpretaciones subjetivas o interesadas, se dividen a los enfermos entre aquellos que reciben fármacos potencialmente eficaces frente a la enfermedad y otros que reciben un "placebo", en todo aparentemente igual, en forma y sabor, salvo en su ausencia del principio activo cuya eficacia se estudia. Ni quien lo administra, ni el enfermo que lo recibe ni quien observaba los efectos saben si lo que están administrando es fármaco o placebo. Lo decide una máquina, signos ya de la toma del poder humano por la inteligencia artificial. Esa "ruleta rusa" juega a menudo con las vidas de los pacientes, asistidos en el sistema público con los impuestos de los ciudadanos, y con inversiones de las farmacéuticas en dar "incentivos" a los médicos por permitir tales protocolos en sus pacientes, y poder al final recoger los resultados que son globalmente publicados en la "biblioteca de la verdad" Cochrane. Los médicos de todo el mundo se han unido a ello compitiendo por el dinero y el prestigio de participar como investigadores en esos ensayos, que son de vida o muerte para muchos. Creo que el "triple ciego" tiene una ceguera aún mayor: la del sufrimiento de millones de seres humanos que esperan soluciones sin tanta insensibilidad a su dolor.

Thanda expuso después su experiencia en ello:

- Así es Jonay, yo lo he vivido en mi familia. Cuando mi padre fue diagnosticado de cáncer de pulmón, el médico que le atendió le descartó, por

su edad avanzada, como candidato a sus estudios triple ciego de inmunoterapia y desoyó mis mensajes y preguntas, incluso cuando mi padre ingresó grave en el hospital. El día que estaba falleciendo, aquel doctor sin sensibilidad humana alguna pasó por el pasillo, me saludó incómodo y apresurado en la distancia y no quiso ni preguntar por mi padre. Si los pacientes no son "elegibles para estudios" o "publicables" pierden interés y el trato es frío, distante y hasta despreciativo. Poco después fue mi hermana quien fue diagnosticada de un cáncer de pulmón también, terrible coincidencia y macabra consecuencia de la adicción legal y promovida, del tabaco asesino. Después de un proceso largo y doloroso de pruebas, operaciones y del veneno de la quimioterapia, le ofrecieron entrar en un "estudio triple ciego". La inmunoterapia objeto del estudio ya se había demostrado eficaz en una fase más avanzada, pero por el "purismo" del exclusivo sistema Cochrane, le ofrecieron como único acceso a la inmunoterapia, que ofrecía esperanzas a muchos pacientes con cáncer, ser, como decenas de miles en todo el mundo, "conejiillo de indias" y jugar a la ruleta rusa de recibir el fármaco, durante sesiones semanales por un año, que podía ayudarlo, o un puro placebo que nada le haría. Hay cientos de casos en los archivos, tan sólo en ese hospital, que no han recibido inmunoterapia y ya se habían curado o fallecido. Compartiendo esa información con otros hospitales en el mundo, son cientos de miles de enfermos con los que comparar: ¿por qué no comparar el efecto de dar el nuevo y promisorio fármaco con los casos anteriores en que no se pudo dar? Así se podría evitar el cruel argumento del triple ciego, excusa de la industria como "inversiones billonarias" que justifica después "monopolios de patentes" y obscenos beneficios. Creo sinceramente que este juego perverso no es necesario y se utiliza para mantener los cientos de miles de millones de esta insensible industria. He calculado que el exceso de mortalidad de los grupos de placebos en ensayos de todo el mundo, que podrían evitarse

con comparaciones de casos archivados, puede llegar a cincuenta mil muertes innecesarias cada año: un genocidio pasivo en aras del purismo de la ciencia. Siguió Aimsa con el relato de "la cadena rota del saber":

- Cuando el turbio negocio de los triple-ciegos demuestra cierto grado de eficacia de un fármaco, el laboratorio registra el medicamento como útil para tal o cual enfermedad o grado de la misma, y la agencia de medicamentos de cada país la aprueba, generalmente sin más cuestionamiento, para su uso público. El negocio de los medicamentos mueve más de tres billones de dólares, más que la venta de armas, y disfruta de los más altos márgenes de beneficios. Las seis principales corporaciones farmacéuticas, cuyos representantes participan en esta reunión, -Bayer, Novartis, Merck, Pfizer, Roche y Glaxo-, concentran al menos una tercera parte de las ganancias y además son parte de conglomerados junto a industrias químicas, biotecnológicas o agroquímicas. En algunos casos como el conglomerado Bayer-Monsanto, también presentes hoy aquí, sus productos químicos producen cáncer y sus medicamentos lo tratan, a menudo sin curar y a precios inaccesibles para muchos. Sabemos que en ellos hay sensibilidad al sufrimiento humano y que podemos contar con todos para transformar el negocio de unos pocos en el bien de todos.

Tras moderar un tenso debate con las compañías farmacéuticas, que clamaban que sin ellas no habría nuevos medicamentos, Thanda dio la palabra a su amigo de bomberos y de la política de salud global, Sergio, que trabajaba ahora en un hospital del sistema público en España:

-Como ha explicado Aimsa, los sistemas públicos de salud pagan los altos precios por los medicamentos bajo abusivas patentes, con la espurea justificación de la gran inversión en su investigación: con moléculas desarrolladas en las universidades públicas, pacientes en los centros públicos y médicos con salarios públicos. Para promover aún más el uso de fármacos

bajo el monopolio abusivo de las patentes, las compañías, a través de un ejército de "representantes" que pasean los hospitales con trajes elegantes y folletos a todo color engatusan a los médicos con regalos de todo tipo, incluyendo viajes a congresos donde la información se dirige al uso de los medicamentos del gran comercio. Muy pocos médicos en Europa o Estados Unidos no han sido invitados alguna vez a un congreso con viaje, hotel, cenas opíparas y excursiones, incluidas.

Thanda presentó luego a Marco, como médico de la misión de Ukuzwana en Zimbabwe y su experiencia en ese oscuro eslabón entre el saber y el bien común:

- Durante mi residencia de especialización en un hospital de Verona me opuse a las prácticas que ha mencionado Sergio. Las había denunciado en un periódico local. Al acabar mi especialidad no pude obtener ningún trabajo. Estaba estigmatizado como médico "anti-ciencia". Por eso y por vocación de solidaridad, llegué con la congregación del Trastébere a Ukuzwana donde soy profundamente feliz con la vida sencilla y la vocación de entrega. Mis denuncias en la prensa llamaron la atención a una juez cuyo padre cayó en las redes de los estudios triple ciego y murió seguramente con placebos, las balas de esta macabra ruleta rusa. La juez me localizó, di testimonio en la fiscalía de Verona y aporté datos a una investigación que sacó a la luz lo que todos sabían y todos callaban: la mayor parte de los médicos en Italia recibían regalos y sumas de dinero de las farmacéuticas. Una de ellas, Glaxo Smith Kline (GSK), heredera de la Welcome Trust que bloqueó el acceso a AZT en África treinta años atrás, había inducido a más de cuatro mil médicos y trescientos dirigentes del sistema público de salud a colaborar y beneficiarse de sus negocios. La Policía Fiscal descubrió en la contabilidad de la compañía la cantidad de cien millones de euros, destinados a un programa de "promoción" controlado por un sistema informático conocido como "Giove", en

el que se decidía un dinero para el representante y el valor del premio a los médicos con los que llegaba a acuerdos, según el número de pacientes que incluía en tratamientos con fármacos de la compañía.

Thanda notó que varios de los representantes de corporaciones farmacéuticas y financieras iban abandonando el webinar, pero que cada minuto se unían miles de participantes y que, en las redes, por webstream, ya llegaban a un millón de audiencia.

Thanda volvió a tomar la palabra:

- Hemos revisado los eslabones rotos de la cadena: el primero en cómo los saberes de tantos abnegados investigadores son cooptados por la industria-del-beneficio y se prueban en los enfermos por los "triples ciegos" que son aún más ciegos al sufrimiento humano. Así unas pocas corporaciones dominadas por unos pocos poderes financieros dominan el gran negocio de "vender salud". Luego, para competir en el mercado se utilizan por prácticas de connivencia con los profesionales de la salud desviando recursos públicos para el privilegio de unos pocos. Pero falta un tema fundamental que aún limita más ese acceso: como las patentes impiden que una gran parte del mundo alivien el sufrimiento que el saber global podría evitar blindando "sus saberes" por derechos de monopolio a precios exorbitados en relación con el coste de producción y que argumentan justos para recuperar y premiar "su esfuerzo". En realidad, el objetivo y el resultado son beneficios obscenos de unos pocos. Les quiero presentar a Alin, con quien Aimsa compartió su infancia viviendo en las aceras de Calcuta y que lleva treinta años luchando desde CIPLA, un laboratorio que huye de los beneficios billonarios de las patentes y prioriza el acceso, al precio de producción de los medicamentos libres de esa cadena de avaricia, y que se llaman "genéricos". Así han suministrado más de la mitad de todos los medicamentos que utilizan en los sistemas públicos los países de bajos ingresos de África y de Asia:

- En los años noventa comenzamos en CIPLA a fabricar antiretrovirales contra el SIDA a cien veces menos el coste de los monopolios de las patentes, recibiendo denuncias de las billonarias corporaciones que exigen su derecho a patentes. Era triste ver que, a pesar de nuestro empeño y oferta de esos medicamentos a su alcance, muchos países, por presión de las corporaciones y de los países del poder financiero global, evitaban comprarlos y veían a millones de personas morir por ese negocio. No les mató el SIDA, les mató la avaricia. Seguimos haciendo lo mismo con otros medicamentos para otras infecciones, para enfermedades crónicas y para el cáncer. Cada día recibimos acusaciones, demandas y a veces amenazas de esas compañías billonarias. Hace unos años fuimos denunciados por Novartis por fabricar una molécula llamada imanitib, que se había demostrado eficaz contra las leucemias, al coste de producción por menos de diez dólares al día frente a los casi cien dólares por día del "Glivec" patentado por ellos y que les generaba cientos de millones de dólares de beneficios. India podía con el genérico evitar la muerte de unos cien mil pacientes con leucemia al año. Hemos seguido año a año fabricando medicamentos genéricos que salvan vidas y aliándonos con países para defender su derecho a usarlos en sus sistemas públicos frente a demandas de las grandes corporaciones como hizo Merck contra Tailandia por su monopolio del *Efavirenz* contra el SIDA, Pfizer contra Filipinas por su patente de *Norvasc* contra la insuficiencia cardíaca, y cientos más por todo el mundo.

Thanda siguió animando la discusión:

- Ahora nos hablará David sobre lo que está pasando con los medicamentos que pueden ayudar a enfermos de Covid:

- Hace diez años que Gilead desarrolló un antiviral llamado *remdesevir* con financiación pública de fondos federales del gobierno americano. Lo probó para tratar casos de hepatitis C, pero descubrió que otro llamado *sofosbuvir*

de otra compañía, Farmaset, era más efectivo. Gilead compró esa compañía, patentó la droga y la monopolizó a altísimos precios sólo asequibles para los países ricos y obteniendo así miles de millones en beneficios. Como no veía utilidad para el remdesevir Gilead se utilizó en los programas de lucha contra el Ebola en Africa Occidental, donde llevo trabajando cinco años. También lo probó en las gripes zoonóticas de las últimas epidemias, SARS, MERS y gripe aviar, con resultados discretos. Cuando estalló la presente pandemia Gilead diseñó ensayos clínicos con el remdesevir para tratar enfermos graves de Covid y, aun con resultados dudosos, fue aceptado por la *Food and Drug Administration*, quizás tras alguna llamada de Rumsfeld, patentado y comercializado a tres mil dólares la dosis. Rápidamente Gilead licenció su producción a siete compañías en India, Egipto y Pakistán, para evitar su competición "desleal" genérica, venderlo a precios algo más bajos y sólo a determinados países pobres. Estados Unidos compró medio millón de dosis inmediatamente, casi toda la producción de tres meses, dejando a Europa con tan sólo treinta mil dosis que se apresuró a comprar. El gobierno federal norteamericano pagó unos mil quinientos millones de dólares para una droga que los impuestos de los ciudadanos ayudaron a producir. Algunos expertos como Andrew Hill en Liverpool han estimado que el coste de producción es de tan sólo tres dólares. Sólo con el mercado americano Gilead está haciendo un negocio de más de mil millones de dólares. El gobierno, infiltrado de ex directivos y accionistas de Gilead, bajo la órbita de su ex director, ex secretario de defensa y principal accionista Rumsfeld, toleran este robo. Las agencias de Estados Unidos y de la Unión Europea, que financian más del ochenta por ciento de la investigación mundial, permiten a los investigadores financiados con fondos públicos que protejan como quieran sus patentes y monopolicen el mercado a los precios que decidan, a menudo abusivos, arruinando ministerios de salud del norte y limitando el acceso a migajas de donaciones-

con-publicidad mostrándose como supuestas empresas que generan salud y abanderan solidaridad.

Jonay intervino de nuevo:

-Gracias David. Nunca antes la Humanidad había concentrado en el tiempo tanto esfuerzo por saber. Cientos de miles de investigadores en sus laboratorios, muchos de ellos con más imaginación que recursos y voluntad que apoyos, se afanan en entender cómo funciona el virus Covid-19, sus treinta mil nucleótidos organizados en diez secuencias genéticas ya identificadas para fabricar sus proteínas, entrar y en las células humanas, y buscar, como todo ser vivo, sobrevivir mediante mutaciones y reproducción. Aún más complejo es entender cómo reacciona nuestro sistema inmune y por donde falla en no reconocer al virus o, parece aún más dañino en esta pandemia, reaccionar excesivamente y hacernos daño a nosotros mismos, quizás egoístamente resistentes a vivir en armonía molecular con este nuevo invitado a nuestro cuerpo. Y aún más complicado, parece ser, es entender cómo funciona la sociedad y los poderes que la intentan dominar, no siempre con las mejores intenciones.

Peor está ocurriendo con las vacunas, aún por demostrar ser efectivas y seguras. Nos va a hablar Buhleve, desde la Escuela Latinoamericana de Medicina en La Habana, quien nos compartirá su opinión de este horizonte, también nublado:

- Hoy hay doscientas sesenta moléculas candidatas a vacunas del Covid que se están probando a ritmo acelerado. Muchas de ellas son transgénicas, con mecanismos de acción en nuestro organismo sobre los que existen grandes incertidumbres y quizás muchos riesgos que aún no conocemos. Para las grandes corporaciones, es una gran oportunidad el poder experimentar masivamente, con financiación pública, y avanzando ensayos de tecnologías similares a las terapias génicas en humanos, cuya investigación quedó puesta

en entredicho en las últimas décadas. Según la Organización Mundial de la Salud, hoy existen cuarenta vacunas para Covid-19 en estudios clínicos. La mitad se basan en técnicas de ingeniería genética no probadas antes en humanos. Esas "vacunas transgénicas" introducen el ARN viral o su espejo de ADN por plásmidos, trozos de ADN transportadores, o virus inactivados, en nuestras células. Las vacunas convencionales se basan en insertar un virus muerto, atenuado o partes (antígenos) del mismo, que enseñan a nuestro sistema inmunológico a reconocer ese virus y prevenir futuras infecciones. Las nuevas vacunas transgénicas, en cambio, introducen el ADN o ARN viral en nuestros genes para tomar control del sistema genético de producción protéica, codificar en él una proteína similar a la del virus y hacer reaccionar al sistema inmune previniendo la infección. Hay gran preocupación de muchos científicos, profesionales de la salud y personas de todo el mundo en cómo estas vacunas nos podrían convertir, aún en una millonésima parte, en transgénicos artificialmente. Una vez introducido el ADN o ARN en nuestras células para crear la proteína S del virus, no está claro cómo se detendrá la producción de ese antígeno ni qué efecto tendrá la presencia continuada del ADN/ARN sintético en nuestros genes. Tampoco está claro para todas las vacunas si la reacción inmunitaria provocada contra moléculas virales podría provocar respuestas inflamatorias graves y reacciones autoinmunes, como causa la infección natural del virus. Por la urgencia de tener una vacuna ante la pandemia que ha paralizado el mundo, se han relajado las regulaciones de investigación y se aceptan tiempos de evaluación de las vacunas que sólo podrán apreciar riesgos a corto plazo y no las reacciones adversas que a menudo surgen posteriormente. Muchos tememos que no se pueden controlar los patrones de la expresión génica de los genes insertados, ni si esos transgenes o sus partes se mueven dentro del genoma huésped y que tipo de modificaciones a la misma vida pueden suponer. No es posible saber tampoco

si la secuencia del ADN transferido termina en el medio ambiente invadiendo otras formas de vida como ya se ha visto con las semillas transgénicas. Quiero manifestar aquí un temor de la amenaza contra la que luchó mi padre Haka su última batalla: la industria que manipula la vida del planeta con semillas transgénicas y herbicidas masivos, Monsanto. Aliada con Bayer, puede haber alterado el equilibrio de la biodiversidad planetaria y ahora, asociada a su vez con Johnson& Johnson, AstraZeneca y otros grupos que abanderan las terapias génicas, pretenden extender su manipulación genética a la humanidad misma. Se investiga incluso la modificación genética de plantas para producir "vacunas comestibles". Se conoce poco sobre las consecuencias de su liberación en el ambiente, pero ya hay evidencias de que los cultivos genéticamente modificados tienen impactos negativos. Quiero preguntar a los representantes de estas empresas si, sinceramente, vacunarían a sus hijos con estas manipulaciones de sus genes.

En ese momento los representantes de esas empresas y otras, salieron de la reunión. Varias de ellas escribieron a Jonay diciendo que les denunciarían por difamación.

Jonay fue concluyendo:

- Ya vamos llegando al final de esta sesión de análisis de desafíos actuales del saber y su tortuoso y a menudo angosto y bloqueado camino hacia el bien común. Ricardo, de Oxfam, nos contará como aún con sus riesgos y sin todavía conocer la efectividad, ya las corporaciones que compiten con sus patentes por el suculento negocio de la pandemia, están copando los mercados:

-Los países que acumulan el poder financiero mundial están comprando miles de millones de dosis de las vacunas potencialmente eficaces. Cinco de estos acuerdos se han hecho públicos: la británica AstraZeneca, la rusa Gamaleya/Sputnik, las americanas Moderna, Pfizer y la china Sinovac. Estados Unidos, la Unión Europea, el Reino Unido, Japón, Suiza, Australia e Israel han

aplicado el principio de "yo-primero" y se han asegurado, para sus ciudadanos, el 13% de la población mundial, más de la mitad de todas las vacunas que se puedan producir en los próximos años. No les interesa a las corporaciones que coparán el mercado, producir en exceso y que bajen los precios, por lo que ya estamos viendo acuerdos secretos entre ellos para restringir producción y mantener altos beneficios. Como ocurre con el petróleo y todos los recursos naturales en el mundo, dominados por la concentración de capital y poder financiero de unos pocos. Al igual que Gilead con el remdesevir, pero en dimensiones mucho mayores, Moderna ha recibido dos mil quinientos millones de dólares de financiación federal americana, de los impuestos de sus ciudadanos, y ya diseña su plan de comercialización de quinientos millones de dosis en países ricos.

En ese momento intervino el director de la Organización Mundial de la Salud hablando de la estrategia de "ACT-Accelerator" para promover la investigación y desarrollo de diagnósticos, medicinas y vacunas. Le complementó Seth Berkley; el director ejecutivo de la "alianza global para la vacunación e inmunización", GAVI, y habló de la iniciativa "Covax" para promover el acceso de países con menos recursos a la vacuna. Defendieron a corporaciones como Sanofi y GSK que habían donado doscientos millones de dosis para "países pobres".

Ante ello, Thanda contestó diciendo:

- Permítanme dudar de sus "buenas intenciones". Los coordinadores de esas estrategias de investigación son FIND para los diagnósticos, fundada por la Fundación Gates, Wellcome para por medicamentos, con su historia de haber limitado durante dos décadas el acceso a la vida de pacientes pobres con SIDA, y GAVI para las vacunas, promovida por Gates, que también gestiona "Covax". Los ciudadanos de países ricos pagan sus impuestos a gobiernos que se rinden al poder de las farmacéuticas para el negocio de la salud. Apenas

un 0,5% de sus ingresos se destinan a la cooperación, que acaba financiando a las mismas corporaciones o a la filantropía que las apoya y defiende, para la supuesta solidaridad y justicia global. Esas compañías y sus iniciativas “solidarias” se han opuesto a nuestro llamado de ceder las patentes o incluso, como pidió Costa Rica, crear un pool de patentes para que, aun regulando franquicias y precios, no se impida la producción global y acceso a prevenir la enfermedad y la muerte por Covid. Esto ya ha ocurrido en muchas enfermedades y siguen poniendo denuncias a países que no respeten sus monopolios y obscenos beneficios. ¿Como pueden pretender que les creamos y como es posible que sean las mismas empresas que llevan décadas enriqueciéndose a costa de la enfermedad y el dolor de la mayor parte de la humanidad, se erijan en líderes de la salud mundial? Guterres, Tedros, Bachelet, ¿cómo les ceden la gobernanza de la salud del mundo a los mismos que la parasitan?

CXL. La luz de la armonía en sencillez, Finca del medio, julio 2020

La pandemia siguió extendiéndose por el mundo y desatando otra pandemia aún más dañina, la de miedo, atizada por los poderosos que imponían confinamientos en casas y comunidades, prohibían los abrazos y seguían ignorando y despreciando la propuesta de Thanda de dejar a los jóvenes, sin apenas riesgo, inmunizarse y trabajar con trato humano a los mayores, que languidecían de soledad en sus casas o agonizaban entre plásticos y máscaras frías.

Thanda combinaba sus empeños por aumentar los proyectos con Cuba y contra el bloqueo americano, y animar un nuevo modelo social que siguiera blindándose del capitalismo globalizado, ya dueño del resto del mundo, y se basara en la armonía de la eco soberanía comunitaria y la colaboración en bienes públicos globales.

De ello tenía largas tertulias con el "sabio Jam", quien había ido desarrollando una extraña enfermedad que le impedía andar, pero mantenía a sus casi ochenta años un entusiasmo por animar las ideas que compartía con Thanda en un proyecto a punto de despegar: municipio de Martí eco soberano. Sólo en un tema disentían Thanda y Jam: el sacrificio animal, tan integrado en la tradición culinaria de Cuba que oponerse a ello parecía anatema. También intentaba incluir en los proyectos de cooperación una isla eco soberana dentro de la isla y con una antena del sueño de la armonía al resto del mundo, desde la mítica escuela de cine de san Antonio de los Baños.

A pesar de la distancia de Nayra, con quien ya llevaba casi cuatro años sin convivir, y de su madre e hijos, sentía como un gran privilegio la etapa de su vida en Cuba, en sintonía, a veces inconfesable en el trabajo, con las ideas de

la revolución resistiendo al imperio capitalista y en complicidad con entrañables hermanos que desde sus vidas sencillas le daban las más luminosas lecciones de generosidad en el trabajo, en el arte y en la a menudo heroica tarea de sobrevivir cada día.

La pandemia hizo colapsar la ya frágil y vapuleada economía cubana. A pesar de la gran casa que le asignó el gobierno y el pick up que trajo de México, Thanda intentaba compartirlos con todos, en reUniones y en mudanzas, y vivir lo más parecido a sus hermanos cubanos. Sin utilizar "CUCs", la moneda de los extranjeros y de los cubanos privilegiados, la comida se limitaba a los "agros" de las cooperativas de campesinos, con apenas una docena de cultivos. Lo fue complementando con un huerto en el rincón del jardín que no cubría el flamboyán. Thanda ni sabía, ni necesitaba saber, donde había otro tipo de tiendas en la Habana, casi ausentes. Se propuso poco a poco vivir sin gastar dinero e ir dando todo lo acumulado, incluso en recuerdos, de tantos años por el mundo. Consiguió un "usb" de treinta y dos gigas unido a una pulsera donde guardar de forma digital sus diarios, sus novelas, sus canciones, sus fotos, los dibujos de su padre, sus títulos y conferencias, sus estudios y libros de equidad. Adam le ayudó a hacer una página web con lo que Thanda quería compartir con el mundo: sus ideas y pasiones a través de cuentos, cuentas y cantos.

También, sin contar con los viajes de reencuentros para cuidar de su madre, se propuso vivir sin emisiones de carbono. Iba ya andando o en la bici que le dejó su buen amigo Sergio, comía del huerto y no usaba el aire acondicionado del cual tanto se abusaba en Cuba. Estudió con todo detalle las emisiones de carbono en cada país y tiempo, y por cada actividad humana contaminante: las formas de alimentación, de transporte, de calentarse o enfriarse, de

consumir e incluso de ahorrar. De sus estudios por la equidad aplicó el concepto de umbral de equidad por encima del cual la media de emisiones por persona abocaría al desastre climático. La Humanidad se acercaba al peor legado de una generación a la que le seguía. Era la mayor responsabilidad ética de una generación, de las sociedades y de cada persona en la historia de la humanidad. Lo que descubrió es que había una poderosa relación entre el tener o ganar en exceso, que había demostrado en sus estudios de equidad, y las emisiones inmorales y daño a otras personas, se gastase o se ahorrara, todo acababa, cuando era por encima de lo esencial y soberano, en la máquina especulativa y destructora global. Todo ello lo configuró, con la ayuda de Abel, el joven amigo de Tito, quien ya tenía su empresa de computación en Barcelona, en una app que esperaba pudiera despertar la conciencia individual y extenderse como una llama entre los jóvenes del mundo que liderasen un profundo cambio en la forma de vivir. Rosa, una bella y valiente defensora de la armonía con la naturaleza y la regeneración -sanación- del daño de tantos años maltratándola, se alió para divulgarla, incluido difundiendo un Ted talk.

Ya aproximándose a los sesenta años decidió pedir un año más del trabajo con la Unión Europea en La Habana, completando cinco. Sabía que podía contribuir a que Cuba se mantuviera alejada del imperio y cesara en su victimismo con el bloqueo, tan sano para el alma pura de las ideas revolucionarias. También era tan esencial que se despojara de miedos y jerarquías, de comer con crueldad y de quemar fósiles, y se acercara a la utopía de Eila. Thanda hasta soñaba que navegaba en el gran caimán hacia el oriente, atravesando el océano, devolviendo quinientos años después la colonización en forma de luz de un nuevo amanecer sin propiedades, sin fronteras, sin verdades ni jerarquía, en armonía natural y humana.

Se propuso poner toda su alma en ello los dos años que le restaban, aún en soledad, lejos su compañera, lejos su familia. Saldría de Cuba con su pulsera de recuerdos, una mochila y su guitarra Paracho. Fue registrando una fundación, ValyTer, en la que compartir lo ahorrado hacia un proyecto comunitario en armonía natural y con los brazos abiertos a toda alma en empatía. Su pequeña Eila, en red con todas las eilas del mundo, en la red de eco aldeas, que veía, aún más claro y fuerte que cuando derramó en Valentía y Ternura su sueño, como el horizonte de luz de la Humanidad, escapando a las oscuras tinieblas en las que el poder siniestro le había ido sumiendo.

El huerto fue creciendo. Preparó surcos con el abono de las flores rojas del flamboyán mezcladas con la tierra enriquecida por las lombrices, que digerían los restos de alimentos y hasta papel. Sus buenos amigos campesinos y líderes de la agroecología cubana, Funes padre e hijo, le compartieron semillas y fueron brotando lechugas, brócoli, tomates, berenjenas, pimientos, albahaca, romero, orégano, menta, apio, cilantro, menta, yuca, boniato, cúrcuma, jengibre, maíz, caña santa y maracuyá. Sembró también árboles de moringa de brotes que le compartió su buena amiga Yunalvis y de morera de su compañero de luchas Marcelo, con los que hacía infusiones sanadoras. Y también fue creciendo un gran árbol de nim con el que preparaba un líquido que protegía los cultivos de plagas, aunque todos los cultivos creciendo de forma natural, sin arar ni segar, rezumaban de salud, casi se diría que de alegría. De todo ello su gran orgullo era la espinaca malabar. Tres "posturas" fueron creciendo, encaramándose primero a palos, luego a cuerdas entre ellos y los troncos de ciruelas que fueron creciendo. Tuvo que extender cuerdas de cáñamo hacia el flamboyán y los cocoteros, y se convirtió el huerto en un frondoso bosque que cuidaba con esmero y, a cambio, le alimentaba el cuerpo y el alma. Fue adaptando la kombucha al orégano de tierra, y Marcos fue

promoviéndola con la marca "ValyTer". Cambiaba su excedente de espinacas y kombucha con arroz y frijoles durante las entrañables tertulias los jueves en la casa de Pedro y Suzy en el Vedado.

Terminó su cancionero de 111 canciones enamoradas de dibujos de su padre, que grabó en un improvisado estudio en un rincón de su cuarto. Ya avanzaba apasionado en su novela "Ternura y Valentía" que compartía en la distancia, con su anhelada compañera Nayra y con sus hijos. También, capítulo a capítulo, compartía y comentaba con su entrañable hermano Sergio en entrañables tertulias semanales. Poco después Sergio partió con su familia hacia Cabo verde, simbólico destino, próximo a Eila. Lo siguió compartiendo con Alina, una profesora de Santa Clara apasionada por las ideas de una Cuba en armonía natural y comunitaria.

Sus días fluían con la linda rutina del canto del gallo, la poesía a su padre, su baile con el mar, el cuidado de la huerta, su licuado de mango, espinaca y jengibre, su trabajo en pantallas desde casa o en la oficina, que se fue abriendo tímidamente, con mascarillas y sin abrazos, el atardecer escribiendo con fervor, algunos mensajes a Nayra y la familia, e ir sintiendo como el sol se ponía y con él su refugio en el mundo de los sueños. Fue aprendiendo que la vida ofrecía a cada paso guiños para que fluyera el alma, y comprendiendo que el desierto de soledad en su intimidad era un regalo para dejar fluir sin códigos ni pudores, sin horarios ni compromisos, con nada ni nadie, su alma en cuentos y en cantos, furtiva de su piel.

Una de las áreas de cooperación con Cuba era la "seguridad alimentaria". En una de sus muchas contradicciones, Cuba, tan orgullosa de su soberanía, había ido tejiendo una dependencia de la importación de alimentos y de

combustibles del “campo socialista”, a cambio de su azúcar, su ron, sus puros y sus servicios médicos. Con el colapso de la unión soviética y los rigores del periodo especial, abrió cual mujer abandonada, sus entrañas al turismo para así conseguir las divisas con las que pagar, ya sin trueques de amigos, comida y petróleo, incluida la vergüenza del “pollo americano”.

El objetivo del gran programa de cooperación acordado con el Ministerio de Agricultura, aún llamado “Seguridad Alimentaria Sostenible” -SAS- rezaba: “Satisfacer la demanda nutricional sana y ecológicamente sostenible de la población”. Thanda preguntó en el gran evento de lanzamiento del programa, paradójicamente, como casi todos los encuentros de cooperación, en un gran hotel de la Habana:

- ¿Y qué hacemos si la demanda, como parece ser, no es sana ni ecológica?

Con la complicidad de Marcelo, un ex cura brasileño apasionado por la justicia y por la naturaleza en quien Lula confió la reforma agraria y ahora representaba a la FAO en Cuba, y de su amigo Frei Beto, el jesuita también brasileño “confesor” y confidente de Fidel, animaron a que el gobierno cambiara, al menos en el discurso la producción por el autoabastecimiento, los grandes monocultivos por la agroecología familiar y el concepto y nombre de la política de seguridad a soberanía. La soberanía en alimentos suponía que las comunidades en torno a los municipios comieran lo que la tierra les brindaba no lo que el capricho o costumbres les hiciera esperar de otras tierras lejanas. Y para ello era esencial la “educación nutricional”. Había que cambiar las harinas de trigo venidas de Canadá por la yuca local, el arroz vietnamita por los frijoles, la leche de Nueva Zelanda por la kombucha, y, sobre todo, el pollo por el boniato. Por decir algunos de los muchos cultivos que la frondosa

tierra de Cuba podía ofrecer en cuidado mutuo de salud con los cubanos. Thanda miraba constantemente a Eila y su sol naciente de eco soberanía y redes para bienes compartidos.

Ya se había aprobado el plan de "soberanía alimentaria y educación nutricional" y se discutía abiertamente su ley. Aumentaba la ilusión entre los campesinos agro ecólogos de Cuba con los que Thanda mantenía un entrañable chat. La pandemia, el colapso del turismo y la necesidad de Cuba de disminuir las importaciones empujaron al gobierno a aumentar la producción local, pero, pensaba Thanda, de forma equivocada. Primero se apostó por intensificar la siembra del "ciclo corto", el que aprovecharía las lluvias del verano y Thanda recibió la petición de desviar dos millones de euros para importación de agroquímicos incluyendo herbicidas y rociar de ellos los campos en los seis municipios de Santa Clara y Sancti Spiritus donde pretendían innovar los modelos de soberanía alimentaria. Se rompía el sentido de la eco soberanía. Consiguió tras múltiples reUniones y llamadas, evitar tal invasión y limitarlo a unos pocos biofertilizantes de producción local, animando la agroecología, que bien podría alimentar en salud a Cuba y cuidar su mágica armonía natural.

Al poco tiempo vio por el noticiero como la asamblea general aprobaba sin discusión y por unanimidad la estrategia de sembrar semillas transgénicas de maíz y soja para piensos de los pollos y cerdos que seguir sacrificando con crueldad. Aunque se argumentaba que las semillas de transgénicos se desarrollaban en los laboratorios cubanos y que sólo se destinaría a alimento animal, Thanda sentía como las garras de Monsanto y Bayer se infiltraban en la pureza del país que más había resistido, por dignidad y por necesidad, la invasión de agroquímicos que bañaban la mayor parte de los cultivos del

mundo.

Habían quedado cabos sueltos desde que la última lucha de Haka, la que ayudó a Zimbabue a protegerse de la invasión de los transgénicos y herbicidas de Monsanto. Thanda se vio con Buhleve, que seguía entusiasta su trabajo en la Escuela Latinoamericana de Medicina. Con la ayuda de Aimsa desde Nueva York habían seguido de cerca la fusión de Monsanto con Bayer. Los grandes accionistas de ambas eran gran parte eran los mismos y BlackRock gestionaba la especulación financiera de ambas. También era parecida a historia de Bayer en los horrores de la guerra química, aliado con Hitler en sus más horribles masacres. Tanto los terrenos de Auschwitz como el gas Zyclon B con el que se asesinó a cientos de miles de judíos, pertenecían a la precursora de Bayer, IG Farben. Más de cuatrocientos parlamentarios en Alemania, tanto regionales como federales, habían trabajado en Bayer y le brindaban fidelidad ocultando cualquier sombra sobre el buque insignia de la química alemana. La fusión entre Bayer y Monsanto unía dos gigantes en el control de semillas y pesticidas a nivel mundial. Aunque supuestamente Bayer compraba Monsanto por sesenta mil millones, los grandes accionistas eran americanos y la compañía del monopolio de transgénicos permanecería con el nombre y con la sede en Estados Unidos. Para supuestamente evitar prácticas de monopolio, la comisión europea condicionó la aprobación de su fusión a la venta del negocio de Bayer en semillas y pesticidas. Bayer los vendió a empresas que compartían capital y hasta origen, como BASF, que dominaba el *big data* de la agricultura mundial. Poco antes se habían fusionado la empresa química estadounidense Dow con el conglomerado DuPont; y ChemChina con Syngenta. Esas tres grandes empresas dominaban la forma en la que la humanidad trataba la superficie de la Tierra y lo hacían para explotarla sin escrúpulos, agotar su vida y sacar beneficios al máximo.

Tenían que alertar al gobierno y más aún a la población de los peligros de dejar entrar a Cuba a los gigantes de la destrucción del suelo y la vida en él. El gobierno argumentaba que las semillas transgénicas que comenzaban a usar eran desarrolladas desde hacía una década en sus laboratorios, sin afectar al consumo humano, sólo para maíz y soja de forrajes. Y que sería temporal para evitar una crisis alimentaria y de desabastecimiento agravada por la emergencia sanitaria del coronavirus. Pero Thanda temía que la invasión sería inevitable una vez que se abrían las puertas. Ya se apuntaba a introducir también semillas de caña de azúcar más resistentes a los efectos del cambio climático.

Ante las manifestaciones de alerta sobre los transgénicos que Thanda manifestó en los debates y el programa de cooperación, citando las que ya hiciera Fidel en sus últimos años de vida, dedicado a la agricultura orgánica y el cultivo de la moringa, el ministerio de medio ambiente manifestó que se aseguraría una adecuada evaluación de riesgo, transparencia en la información -incluyendo etiquetado de todos los productos relacionados con esos cultivos-. También declaraba asegurar el principio de "responsabilidad ético-científica" para cumplir con la "Tarea Vida", el programa cubano de protección de la naturaleza y enfrentamiento al cambio climático y sus efectos, incluida la salinización de los suelos.

Mientras tanto Nayra libraba otra batalla en Berkeley. Animaba a un grupo de jóvenes a estudiar los efectos que las comidas procesadas por las grandes corporaciones de alimentos, tenían en su salud. Fueron identificando los umbrales de sal, azúcares y grasas deshidrogenadas a partir de los cuales los alimentos que se comercializaban, eran tóxicos y afectaban su salud. Fueron comprobando que aquellos alimentos tóxicos se vendían sobre todo en los "*check-out lanes*", los pasillos finales antes de las cajas registradoras y se

ponían estratégicamente a la altura de los niños para que en ese momento de espera fueran seducidos por sus estrategias publicitarias. Así ocurría que la mayoría de los niños en Berkeley eran ya adictos a esas comidas basura en formas de barritas, chips o bebidas azucaradas y edulcoradas e irían incubando lentamente las enfermedades del hiperconsumo sedentario: hipertensión, diabetes y obesidad. Incansablemente fueron a hablar a escuelas y centros comunitarios, a las tiendas, los centros de salud y al ayuntamiento. Propusieron una ley que prohibiera la venta de esos tóxicos, al menos en esos lugares donde los padres acababan rindiéndose al capricho de sus hijos. Buscaron firmas por toda la ciudad para apoyar su propuesta, y la consiguieron someter a votación del ayuntamiento, que la aprobó. Así eran las pequeñas grandes victorias, las de la gente sencilla de a pie, y las que irían uniéndose en red y cambiando el mundo. De ejemplos como aquel, aunque fuera más bien simbólico, se podía continuar presentando una propuesta para el Estado y luego para el país, y después retirar de toda venta tales venenos lentos. Al aprobarse empezaron a recibir cartas amenazantes de los abogados de las compañías que no querían ceder ni un pequeño espacio de negocio. Una de ellas, la asociación de refrescos, argumentó que sus refrescos bajos en calorías o “refrescos zero” ayudaban a bajar la ingesta de azúcar y prevenían la diabetes. Investigaron los efectos del aspartamo y encontraron sospechas de toxicidad neurológica desde los años 70, aunque muchos estudios argumentaban que era seguro. Cada uno de los estudios a favor del consumo del aspartamo había sido subvencionado por las compañías que lo comercializaban, las mismas que gastaban millones en publicidad y en abogados para bloquear cualquier regulación en su contra. Como no, Monsanto era el gran productor de aspartamo y hasta un tercio de los alimentos procesados del mundo, contenían ese tóxico.

Desde su vida de mar, huerto, novela y guitarra; y su afán de animar a la

valiente Cuba hacia la eco soberanía, Thanda fue conociendo familias de campesinos que apostaban por la armonía con la naturaleza.

Una de ellas era la familia Funes. Profesor y referencia en la agroecología mundial se definía como aprendiz de campesino en la finca Marta, en honor a su madre y maestra, y junto a su fiel compañera Claudia. Allí sentían el verdadero paraíso, donde, decía, "quedaba tanto por soñar y aún más por hacer". Compartía Thanda con Fernando un pasado de bombero que explicaba su perseverancia ante los fuegos de contratiempos. Obstáculos, benditos obstáculos que parecían nublar los sueños, cuando en verdad les hacían "sobrevolar vicisitudes" y saltar "sobre lo que tienta a pensar que el sueño es imposible". Su tesis sobre la agroecología familiar bien se titulaba "*we are here to stay*". En ocho hectáreas sin agua, pedregosas, arcillosas, de baja fertilidad, plagadas de marabú sin apenas electricidad y con una pobre vivienda, pudo ver qué estaba el reto, el más fiel aliado de su voluntad. El desafío de lo "imposible" y la voluntad fraguada desde el espíritu de Marta, su madre y tutora, fuerza e inspiración, y de la mano de Claudia, se encargaron de incubar lo que pronto beberían juntos en tradición cubana, el añejo "aliño" de quince años, que demostraba que una vida, una aventura, un sueño, ya volaba libre y seguro.

Debatía con Fernando si la soberanía local era utópica en un mundo globalizado, que preservara los límites planetarios a través de la autarquía local "polinizada" con los conocimientos globales.

Fuera por el valor de resistirse al mercado o por faltar en los años 90 las importaciones de maquinaria, fertilizantes, plaguicidas y piensos, Cuba transitó de la agricultura industrial intensiva hacia la agroecología resistente

y sostenible. Surgió el movimiento Agroecológico Campesino a Campesino, alma de la vía Campesina mundial y que seguía legando horizontes de soberanía comunitaria en la alianza con la naturaleza para ser parte, y no dueños, de ella y nutrirse, abrigarse y protegerse en su armonía.

Fernando sentía pasión por la apicultura, el culto a la reina por sus cincuenta mil obreros y zánganos en fascinante organización para convertirse en la especie más valiosa para la vida en nuestro planeta. Y en ello Fernando se fue convirtiendo en fiel aliado en Cuba.

Iba entendiendo Thanda que se trataba de asumir que la batuta de la compleja y mágica armonía de la que la Humanidad era parte, no estaba, ni debía estar en sus manos. La inteligencia, conciencia y, en consecuencia, la verdadera libertad debiera guiar a la ciega Humanidad a elegir la vuelta a la armonía con la naturaleza y no su sumisión al ya caduco y destructivo antropocentrismo.

Viajó después con Jam, Sergio y Marcelo hasta el centro de la isla, a la "Finca del Medio", donde la familia Casimiro había ido también construyendo un vergel de autarquía en el que convivían en armonía y complicidad tres generaciones.

Descendiente de un abuelo "mago" de la isla de La Palma que emigró a Cuba y se casó con una criolla, Antonio había heredado en el ecuador de su vida unas treinta hectáreas de tierras pedregosas y áridas en el municipio de Siguaney. Junto a su fiel compañera Caridad, a quien llamaba ceremoniosamente Mileidy, fueron cavando palmo a palmo, despedregando, surcando un huerto y construyendo una humilde cabaña donde fueron naciendo sus hijos, José, Leidy y Chavely, y con ellos fue llegando la

generación de los nietos.

La pick up mexicana llegó bajo una fuerte tormenta tropical a un punto en la carretera donde les esperaba el primogénito, José, con una carreta de bueyes. Les recibieron en la entrada el resto de la familia. Thanda sintió una inexplicable sensación de armonía y de paz. Casimiro era un hombre grande en todas dimensiones. Llegaron ya de noche a la finca, tras pasar caminos de barro a través de bosques, pastos, maizales y arrozales. Casimiro era un hombre grande en todas las dimensiones. Alto y fuerte, entrado en peso, con un amplio y pleno rostro enmarcado arriba por un viejo sombrero de paja y abajo por una tupida barba canosa. Su aspecto imponente se rendía a una mirada tierna, sus cejas casi siempre arqueadas hacia el centro revelaban que su larga y valiente lucha curtió sus manos, pero dejó casi virgen la inocencia de su corazón y su inrendible capacidad de asombro por el mundo y sus infinitas muestras de belleza.

Leidy y Chavely combinaban belleza, fuerza en las tareas del campo, inteligencia como líderes del pensamiento de la agroecología, sensibilidad en artesanías, dulce maternidad y una lealtad casi devota a la visión y compromiso de su padre con la naturaleza y con la familia, ambas diluidas en un todo. Tras terminar la casita y el huerto, prepararon una presa donde riachuelos y tormentas tropicales drenaron su mágico elixir de la vida y fueron formando un amplio lago donde nadaban por la tarde. El dique, en forma de un lindo paseo con robles desde donde se reunían en familia a ver el atardecer, separaba el desnivel por el cual evcl flujo del agua en gravedad hacía mover un artilugio diseñado por Antonio: un "ariete" que bombeaba el agua por tuberías hasta unos aljibes de imponentes bóvedas de donde el agua se derramaba se derramaba por tuberías y surcos a los campos. Entre los aljibes

estaba el establo donde las vacas se ordeñaban y se recogía cada mañana, tanpreciado como la leche, el excremento rico en microorganismos y nutrientes que se mezclaba en un colector con el agua de los aljibes y polvo de rocas para añadirle minerales. Se mezclaba casi ceremoniosamente en familia aquel ingente caldo con el que alimentaban con esmero y devoción a los campos. Parte de ese mágico brebaje iba a una campana bajo la cual la fermentación anaerobia dejaba fluir el gas para la cocina. Los campos rebosaban en permacultura todo tipo de cultivos de viandas, legumbres, hortalizas y frutas. La hija menor Chavely, se encargó de construir bellísimas casas de ladrillos de arcilla cocida, con mágicas formas de bóvedas. De sus paredes por fuera colgaban colmenas de abejas meliponas, que libaban las flores que rodeaban las casas y el patio central cubierto con una bellísima enredadera que ofrecía un alivio de sombra al calor tropical. El día transcurría en armonía con el sol y los animales, los aromas y sabores de los campos impregnaban todos los sentidos, y la dulce convivencia en armonía de las tres generaciones Casimiro le hizo sentir a Thanda una renovada esperanza y confianza en la Humanidad a la vez que una profunda nostalgia de convivir con su pareja, sus hijos y ojalá pronto ya fuera sus nietos.

*En esta finca del medio todo fluye en armonía
Nada se pierde en el tedio, ¡qué bella es su sinfonía!*

*El ariete el corazón, las aguas como la sangre
Y en los campos van brotando viandas, granos y cangre*

*Los pastos son la comida, las vacas la digestión
Sus boñigas la energía y la buena nutrición*

*Los molinos los pulmones, los aljibes como el bazo
Los lirios son los riñones, la presa, el espinazo*

*Mariposas dopamina, lombrices serotonina
Colibríes endorfinas, abejas oxitocina*

*Esta isla de esperanza, de nobleza en lealtad
Nos inspira a la alianza por la nueva humanidad*

*La que cuida con sus manos de la fiel naturaleza
Donde todos, como hermanos bebemos... de su belleza*

Eran unas cincuenta mil de esas familias en armonía y en clave de grupos de cooperativas las que, dentro del sistema centralizado del socialismo soviético hacían el eco de los principios de las eco aldeas. Thanda habló con la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños para que se aliaran a la red de eco aldeas, y venció un escepticismo del gobierno a cualquier alternativa a la patria en guerra, al estado de sitio. En el fondo, y a la vez que el profundo amor que profesaba por Cuba y su defensa ante las difamaciones de Estados Unidos y el eco cobarde en Bruselas, Thanda no podía compartir el sentido de patria pues implicaba fronteras, ni el grito revolucionario de "patria o muerte, venceremos" pues no creía en ninguna de esas tres palabras.

Esa noche tras la cena, y con profundo sentimiento de ternura en comunidad con los Casimiro, Thanda cantó a la libertad que rompía las cadenas, muchas de ellas inconscientes o asumidas por hombres y mujeres que pretendían ser libres:

*Desterré la lengua del profeta, la que profesaba un solo Dios
Y sus profecías y amenazas, a los que usaran la razón,*

*Desterré los tronos y los reyes, toda la falacia del poder
Y las jerarquías que imponen que otros tengan que obedecer,
Desterré de mi alma toda certitud, salvo el amar...*

*Desterré los muros y fronteras, los que nos pretenden separar
Todos los escudos y banderas, cualquier forma de etiquetar
Desterré los dientes de las guerras, que desangran a quien quiere amar
Y a sus generales y medallas, lo cobarde es no desertar
Desterré de mi alma toda certitud, salvo el amar...*

*Desterré las supuestas verdades, y a quien las pretende imponer
A quien diferencia las edades, a los monopolios del saber
Desterré las garras de los miedos, descubrí la magia del vivir
Y me sacudí todos los credos, y heme aquí sin nada que fingir
Desterré de mi alma toda certitud, salvo el amar...*

CXLI. Valentía o sumisión, Berkeley, noviembre 2020

Nayra había colaborado con la campaña de Biden para las elecciones de Estados Unidos el 3 de noviembre. Como muchos ciudadanos americanos sentía hastío, frustración y vergüenza del narcisismo ignorante y abusivo de Trump, más que entusiasmo por Biden. Catorce mil millones de dólares bañaban la lucha por el poder de intereses, manipulación y *marketing* de imagen. Un juego ilusorio de libertad en el que se elegía un “producto” del llamado juego de la democracia.

La pandemia seguía expandiéndose, quizás ya habiendo infectado a un diez por ciento de la población mundial, aunque sólo se detectaban una décima parte y casi todos los casos graves tenían más de ochenta años.

Thanda seguía insistiendo ante quien le escuchaba en la necesidad de una inmunización natural de los jóvenes, una protección de los mayores y permear esa fría interfase con los jóvenes que se fueran haciendo inmunes, como reclamó Moisés a la muerte de Beatriz.

Poco después de la elección de Biden, que aún rechazaba Trump, dos laboratorios americanos, Pfizer y Moderna, anunciaron los resultados preliminares de sus vacunas en fase tres, en unos treinta mil voluntarios cada uno. Apenas unos cien infectados, el 0,3%, en unos tres meses, el noventa por ciento en el grupo placebo. Aún quedaban muchas dudas, como si protegía de infecciones leves -quizás disminuyendo la inmunidad natural- o a las graves, pues sólo hubo cinco casos y no permitía saber su efectividad en prevenirlos. Tampoco se podía saber aún si protegía a todas las edades, si la protección era duradera y, sobre todo, si la técnica transgénica de introducir,

por primera vez, genes inversos (RNA) no podría tener efectos adversos desconocidos a largo plazo, incluso en la descendencia de los vacunados.

Pero había claramente intenciones políticas relacionadas con sus grandes inversores, que habían "apostado" por Biden, y sobre todo comerciales pues rápidamente subieron las acciones de ambas compañías y, lo más revelador, a los pocos días sus directores, ni ellos ni sus familias fueron voluntarios, vendieron acciones sobrevaloradas.

Además, cada vez se revelaba más egoísta el sistema mundial con compañías compitiendo por un gran negocio de unos veinte mil millones al año. Los países ricos se apresuraban a acaparar la producción. Las migajas, a través del GAVI de Gates y su sistema COVAX de precios diferenciados según las clasificaciones arbitrarias del Banco Mundial, asegurándose que las patentes se "protegieran a muerte" -nunca mejor dicho-. Apenas dejaba un cinco por ciento de la potencial producción mundial para la mitad de la población total, en países sin capacidad de producción ni de compra.

Thanda estudió con Moyes como se había ido transformando el mapa del poder mundial en la última década, desde que Moyes presentó su análisis al graduarse de la *London School of Economics*. Tenían que ir un poco atrás para entender las raíces. Tras las grandes guerras, la reunión de Breton Woods organizó las reglas del juego del dinero en el mundo: una onza de oro se cambiaba por treinta y dos dólares, el dólar gobernaba sobre las demás monedas, el fondo monetario internacional controlaba el equilibrio y el Banco Mundial prestaba para la reconstrucción de la Europa en ruinas. Los bancos comerciales fueron prestando dólares a las familias americanas que se entregaron al "*american dream*" de Hollywood. Cuando los países árabes

decidieron subir el precio del petróleo en 1971 Estados Unidos entró en déficit comercial y de su presupuesto federal. Nixon desvinculó entonces el dólar del oro y lo devaluó para aumentar las exportaciones. Ninguna otra moneda tomó el relevo y el dólar, desde entonces con un valor virtual, siguió reinando. El noventa por ciento de los intercambios internacionales en el mundo se hacían en dólares, a través del sistema SWIFT. Poco después Reagan y Thatcher acordaron el consenso de Washington, limitaron el rol del gobierno a casi sólo proteger con armas el poder de los ricos y el mercado tomó el control de las vidas de casi todo el mundo. El gobierno americano se seguía endeudando constantemente y pagando su presupuesto a base de bonos del tesoro que compraba todo el mundo, sobre todo los japoneses y chinos, que producían para el insaciable consumo americano. A los bancos que prestaban les empezaron a controlar los bancos que "invertían" sus dineros en las grandes corporaciones cuyas acciones y "derivados financieros", se compraban y vendían cada día en Wall Street, convertido en el gran casino mundial. Esos bancos de inversión como Merrill Lynch, Lehman Brothers, Baring, Bear Sterns o Morgan Stanley se hicieron billonarios con la especulación de un dinero irreal y en su gran mayoría remoto a los ahorros de los ciudadanos. La especulación de las hipotecas llegó a un límite y explotó en 2008 con el colapso de Lehman brothers. Pero tal era el poder de dichos grupos sobre los bancos, el gobierno y las personas, que los gobiernos de todo el mundo pagaron con impuestos de los ciudadanos las ruinas de los usureros, de los cuales, paradójicamente, dependían. Llegó el gobierno americano de Obama y su discurso social e intentó regular al tigre desbocado del capitalismo con la ley Dodd Frank, que limitaba ese juego especulativo. Surgió una tercera generación de usureros, esta vez con un nivel de complejidad e infiltración que escapaba a todo control del gobierno: los "gestores de activos". Tras ese elegante nombre se escondían verdaderos grupos de especulación global. Los nuevos tiburones de

la economía mundial, más voraces e impunes que nunca antes.

Con la ayuda de "inteligencia artificial perversa" como el software "*Aladdin*" y "productos de especulación como *iShares*", ajustaban compras y ventas de acciones y sus derivados financieros al segundo, las agrupaban en paquetes donde "apostaban" a todos los grupos económicos y supuestos competidores modulando el mercado, diluyendo la competencia y generando ganancias seguras a los especuladores y billonarias para ellos, sus gestores. Gestionaban el capital del noventa por ciento de las empresas del 500S&P, que a su vez dominaban el noventa por ciento de la economía global. Su poder era tal que influía en los cambios de divisas globales y dictaban las "primas de riesgo", tasas de interés, sobre las deudas de países de todo el mundo. El gobierno americano les cedía la gestión de los bonos, su deuda, cooptada al juego especulativo de los ricos y les aseguraba el colchón, si fuera necesario, del rescate fiscal con los impuestos del resto. Todo ello fue ocurriendo mientras el mundo prestaba su angustiada atención a la pandemia.

El oligopolio de la especulación global lo dominaban Vanguard, State Street y, sobre todo BlackRock. Ésta última "gestionaba" más de siete billones de dólares, el diez por ciento del Producto Interior Bruto mundial, y conseguía beneficios de hasta un 30% sobre sus inversiones que abarcaban todas las grandes compañías de todos los sectores, incluido el militar, y su supuesta competencia mutua. Bayer y Monsanto, la mayor amenaza a la vida en el planeta, se fusionaron por la presión de BlackRock, principal accionista de ambas. Su presidente, un judío de Los Ángeles llamado Larry Fink se convirtió en el gurú del crecimiento económico y hasta el supuesto revolucionario López Obrador en México sometía su política supuestamente social al consejo del rey de la especulación. Mexico le otorgó a BlackRock completar el proyecto del tren

maya que arrasaba, con las semillas transgénicas de Monsanto, las tierras vírgenes del Yucatán y las vidas sencillas de sus gentes. Fink aconsejaba o directamente gestionaba deudas de los gobiernos, los activos "tóxicos" de la banca, como en España, rescatados a menudo con dinero público; la planificación de los fondos de pensión, como en California, y hasta las políticas económicas, como la de México, asegurándose que dejaran el espacio dominante a "sus" corporaciones. Las finanzas públicas globales dependían más de la confianza de los especuladores que del esfuerzo de los ciudadanos y las decisiones de sus supuestos líderes. Y por supuesto influían en las elecciones.

Algo les podía entorpecer el poder a los tiburones de la economía mundial. La guerra comercial de Trump con China limitaba la especulación global. Era revelador y preocupante comprobar que el partido supuestamente más orientado al bien común, el demócrata, gastaba más en la campaña y recibía más apoyo del verdadero poder en la sombra, Wall Street. Además de la historia de alianzas con la especulación financiera y el apoyo que Biden dio a la injerencia militar, Kamala Harris tenía vínculos con las *big-tec* del *Silicon valley* a las que había tratado con mucha complacencia durante su tiempo de fiscal de California en comparación con su mano dura con los delitos menores y las drogas, y con la pena de muerte. Ambos claramente daban el espacio de poder, quizás en connivencia, a Google, Facebook -y su compra de WhatsApp e Instagram- y Amazon, las tres formas en las que los americanos buscaban información, se relacionaban y compraban, y que con sus sistemas de Microsoft, Apple, Cisco y Warner acumulaban inmenso poder en modelar el pensamiento colectivo, la economía y la política. No era una casualidad que esas grandes empresas fueran donantes de la campaña del partido demócrata.

Durante la primera semana de noviembre el mundo estuvo atento al cambio de poder en el imperio económico y militar, que de forma tan injusta condicionaba la vida humana y no humana en el planeta. Biden y Harris ganaron, aunque Trump interpuso recursos por supuesto fraude, rechazando la derrota. Larry Fink apostó por Biden y Harris y era muy probable que seguiría manejando los hilos de las finanzas americanas y globales. No eran augurios de que el sistema, la fábrica de injusticia humana y destrucción natural, fuese a cambiar con las elecciones.

Thanda habló con Nayra. Tenían que intentar influir con las ideas de equidad, de la red de eco aldeas y del saber hacia el bien común, antes de que se fuera formando el gobierno demócrata. Kamala Harris tenía un apartamento en San Francisco y redes de amistades desde su tiempo en la escuela de "*Thousand Oaks*", en Berkeley. Encontraron amigos comunes y le animaron a participar en un debate sobre "*el principio ético de la equidad*". Lo organizaron con Jonay, con su análisis de la inteligencia artificial, Aimsa para hablar de la red de eco aldeas, Fernando desde la experiencia de Eila y Moyes desde su análisis de la economía global. Además de a Kamala, invitaron a líderes de pensamiento en ciencias, inteligencia artificial, salud, economía, ecología, política y leyes, quienes a su vez invitaron a estudiantes de todos los grados y nacionalidades.

Invitaron a Kurzweil a cenar para intercambiar ideas antes del debate con Kamala. Les confesó estar viendo el peligro de la inteligencia artificial a la que había dedicado su vida. El software *Aladdin* de BlackRock se estaba convirtiendo en el cerebro de las finanzas internacionales, codificado para beneficiar al máximo a sus inversores, los clientes billonarios de BlackRock. Para minimizar el riesgo de fallo de Aladin, Larry Fink había desarrollado un laboratorio en Palo Alto donde uno de cada cuatro de sus trece mil empleados

trabajaba diseñando robots que analizaban miles de millones de datos *-big data-* en tiempo real y se reconfiguraban constantemente para aumentar más y más su capacidad analítica.

Celebraron la reunión en el “*Dream Institute*” donde Thanda había expuesto diez años antes sus estudios de equidad, autoexiliado de la burocracia en Bruselas. Eran apenas treinta participantes, pero conectaban por webinar con más de cinco mil en unos cincuenta países.

Thanda comenzó el debate con una introducción:

- Kamala, amigos conocidos y amigos por conocer, aquí en presencia y de forma virtual desde muchos países, gracias por acompañarnos. Creemos en que la naturaleza del ser humano, además de aspirar a sobrevivir y reproducirse, es empática con los sentimientos ajenos y desea el bien común. Nuestra inteligencia nos permite discernir las causas y consecuencias de nuestras decisiones y actuar así en conciencia, la base de la libertad. Sobre estas tres condiciones humanas, empatía, inteligencia y libertad, se fundamentan los principios éticos de la sociedad. Aquello que nos une como sociedad en un objetivo compartido guía nuestros esfuerzos para conseguirlo. La equidad es la distribución justa de los recursos para disfrutar de los objetivos compartidos. Hay sociedades, y luego Aimsa hablará de la red de eco aldeas, en las que las personas deciden vivir sin propiedades individuales y sin jerarquías. Pero aún la mayoría quiere tener propiedades individuales, y marcos legales y políticos que las defiendan. Los políticos, Kamala, sois personas en las que la sociedad confía para que la distribución de los recursos y esfuerzos colectivos sea justa. Es por ello, que vuestra principal función como servidores públicos es defender el principio de la equidad, alimentando

la inteligencia, conciencia, libertad y empatía. ¿Estarías de acuerdo en ello Kamala?

- Buenos días a todos. Me llamo Kamala Harris. Soy hija, esposa, hermana, servidora pública y vicepresidenta electa de los Estados Unidos. Voy por ella ("*I go by she/her*"). Así es. Thanda. Y así lo he defendido toda mi vida. América se basa, como dice la carta fundacional de nuestra gran nación, en el principio de la libertad individual para perseguir la felicidad. No creemos en el comunismo pues ahoga dicha libertad individual. Nuestros valores morales dirigen esa felicidad hacia el bien común. Y nosotros, los líderes en los cuales la sociedad confía el gobierno, debemos por un lado defender la libertad individual de luchar por los sueños y por otro que todos tengan iguales oportunidades para ello. Yo he luchado como estudiante, abogada, fiscal y senadora para que esas oportunidades sean iguales cual sea la identidad sexual y el color de la piel, las dos causas que más han contribuido a desigualdades injustas en nuestro país y en el mundo. También he luchado y seguiré luchando para que los inmigrantes puedan unirse de forma legal a la búsqueda de sus sueños en nuestro país y para que todas las familias, sea cual sea su condición económica, tengan acceso a educación y a cuidados de salud.

- Gracias Kamala, esas palabras reflejan principios que abrigan las esperanzas de muchas personas en este país y en todo el mundo después de cuatro años en los que Trump los ignoró y hasta despreció. Ya que estamos de acuerdo en el principio ético de la equidad, quiero compartirte en seis minutos los resultados de diez años de estudios y el mensaje del movimiento por la equidad sostenible en salud, que representa a más de dos millones de científicos, profesionales, académicos y defensores del derecho a la salud en

todo el mundo.

Thanda había elegido para esos seis minutos claves en los que quería influir en el pensamiento de quien quizás sería la persona más poderosa del mundo durante la siguiente década, tres mensajes con imágenes y gráficas. En la primera hablaba de los criterios de equidad sostenible, en la segunda del precio de la injusticia en vidas humanas y en la tercera de la curva en equidad, por lo tanto, ética, de la distribución de recursos.

Proyectó en la pared del Dream Institute la primera imagen, con los criterios de mejor salud posible.

- La salud, definida como bienestar físico, psíquico y social, es el máspreciado y constante objetivo compartido a través de los tiempos y de las culturas. El único compromiso común de todos los países en relación a dicho objetivo es *“la mejor salud posible para todos”*. Tras coordinar la política de salud global en la Unión Europea, vine aquí a Berkeley hace diez años para estudiar cual era la mejor salud posible y si llegaba a todos. El indicador más sólido para medir la salud es la esperanza de vida. Si bien mide la cantidad de salud está también muy relacionado con la calidad de la misma. Lo posible es aquello para lo que tenemos medios. Los recursos materiales e incluso el acceso a bienes no materiales como el saber, dependen, en el mundo de hoy, de la capacidad económica. En la sociedad de mercado que tú defiendes, pareciera que, salvo el amor, por cierto, fuente esencial de salud, todo se compra y se vende. La mejor salud factible, económicamente hablando, para todos es aquella que consiguen los individuos y sociedades que viven con recursos por debajo de la media. Todo aquello por encima de la media no es factible-para-todos. Y miramos también en ese “todos” a las próximas generaciones, por lo

que añadimos el criterio de respeto a los límites planetarios, empezando por el nivel medio de emisiones que evita el desastre ecológico para nuestros hijos y nietos: una tonelada de CO2 al año. Hemos estado buscando países, regiones y comunidades que reunieran estos tres criterios: esperanza de vida por encima de la media, ingresos por debajo de la media y emisiones de carbono por debajo del umbral que mencioné.

Pasó entonces la segunda imagen y un vídeo de la pérdida de vida humana por inequidad, injusticia.

- Cuando tomamos la referencia de esa mejor salud posible y sostenible para todos y la comparamos con la realidad, podemos detectar la falta de salud, o exceso de enfermedad y muerte, prevenible e injusta, en inequidad e inética, por cada país, región, grupo de edad, sexo y en el tiempo. Este video muestra la evolución del número de muertes por injusticia, y la proporción que suponen del total, su evolución en el tiempo y por países. La gráfica describe la distribución de esa sangría de vidas humanas en los últimos cinco años, por sexo y por edad. El orden mundial actual deja morir a diecisiete millones de personas al año, una tercera parte de todas las muertes, de forma injusta y prevenible. Esa proporción de vidas sin derecho a la salud, se ha mantenido constante desde los años 80. Hace cuarenta años que la humanidad progresa en el saber desde la micro materia hasta el macrocosmos, pero no ha progresado un ápice en justicia, en la ética de la equidad.

Siguió con la tercera imagen y video de la curva ética de la equidad económica.

- Platón dijo hace más de dos mil años que entre los ciudadanos de una sociedad justa no debiera existir ni situaciones de necesidad ni de exceso de

riqueza, pues ambas eran génesis de los peores males. El noventa por ciento de las muertes en exceso de la salud factible para todos, se dan en países con ingresos medios por debajo de un umbral, definido por los modelos de salud factible y sostenible. Ese mínimo de ingresos que permita condiciones de vida digna condiciona un máximo de ingresos, como decía Platón, por encima del cual otros no tendrán lo suficiente. Ese "*umbral de dignidad*" es unas diez veces el umbral de pobreza definido por el Banco Mundial. El umbral de exceso, cuando lo proyectamos simétrico en torno a la media de recursos y en una curva de distribución normal, armónica, como todas las variables en la naturaleza, es la mitad del ingreso medio europeo y un tercio del ingreso medio de Estados Unidos. Por encima de dicho umbral no sólo se impide a otros tener lo mínimo, sino que es incompatible con respetar los ciclos de la naturaleza y, además, no mejora en nada la salud y, diría yo, la felicidad, muy distinta y distante del orgullo del privilegio. Esa curva define la redistribución ética de los recursos globales, y se calcula igual para niveles subnacionales, compatible con el compromiso global del derecho a la mejor salud posible para todos. Así se lo hemos expuesto a la Alta Comisaria para los Derechos Humanos: sin equidad no hay derechos, y los derechos se basan en la ética de la equidad.

-Termino citando a dos referencias importantes de tus raíces Kamala: Gandhi dijo que "cuando tengo más que mi hermano y él no tiene lo suficiente, le estoy robando", y Bob Marley dijo "vive para ti mismo y vivirás en vano, vive para otros y vivirás de nuevo".

Kamala contestó de esta forma.

- Gracias por compartir esa visión y esos análisis. Es cierto que tenemos que disminuir las desigualdades para que todos tengan las oportunidades de, con

su esfuerzo, prosperar. En Estados Unidos gozamos de la investigación puntera y los cuidados más adelantados en salud, somos solidarios con el resto del mundo, hemos salvado más de diecisiete millones de vidas tratando enfermos de SIDA desde hace quince años, y, en cuanto a la desigualdad interna, vamos a aumentar los impuestos al *top 1%* para mejorar la cobertura y calidad de la salud y la educación. Somos el país que luchó contra el fascismo, que promovió las Naciones Unidas y los derechos universales, que llegó a la luna, que catapultó al mundo con nuevos descubrimientos cuánticos y que volverá a ser el líder del mundo libre.

Thanda quiso responder de esta manera:

- Kamala, siempre que oigo mensajes triunfalistas me quedo preocupado. Creo que no hay tantas razones para estar tan orgullosa de vuestra historia. Es importante ver con autocrítica lo que se debe mejorar, e incluso cambiar. Sí que luchamos contra el nazismo en la segunda guerra, pero, ya desde mucho antes, desde el hundimiento del Muro de Berlín, Estados Unidos ha ido expandiendo su presencia militar en todo el mundo, ha apoyado a dictaduras fascistas en todos los continentes, ha estado involucrado en más de doscientos conflictos armados, concentra la mitad del gasto militar mundial y de arsenales nucleares, y es el único país que provocó un terrible holocausto nuclear. En cuanto a las Naciones Unidas, sí que acogió la reunión de la liga de vencedores de la guerra que luego propuso un mundo unido, en paz y respetando los derechos universales, pero es de los países que menos tratados de derechos humanos ha ratificado, el único que no reconoce los derechos de la infancia, y mantiene el antidemocrático consejo de seguridad y de sus cinco miembros que defienden su superioridad al resto del mundo es el que más veces ha ejercido el veto contra decisiones del resto. Lo más grave en este

momento es su negación a los compromisos globales para luchar contra el cambio climático. Su solidaridad es mínima, apenas llega al 0,2% de su Producto Interior Bruto al año y lo hace imponiendo sus prioridades y procedimientos. Los programas de SIDA imponen medicamentos bajo patentes norteamericanas que impidieron que se pudieran prevenir más de veinte millones de muertes hasta bien entrado el siglo XXI. Créame, yo estaba allí. En cuanto a la desigualdad en Estados Unidos, hemos visto que la redistribución fiscal precisaría muchos más impuestos a los ricos, y no sólo al top 1%, aunque ello sea esencial. Durante Clinton y Obama subió el GINI, de los más altos del mundo, quizás infraestimando por no captar los inmensos beneficios billonarios de los grupos especuladores. Recientemente Biden dijo, supongo que, para atraer votos, que no subiría nada los impuestos a los que tienen ingresos ipor debajo de mil dólares al día. Hemos visto que Wall Street y que los grupos de mayor poder de especulación financiera, como BlackRock, les han apoyado en su campaña y que han celebrado su victoria. Se dice que Larry Fink, el billonario que controla la gestión de siete billones de activos, la mitad del Producto Interior Bruto americano, entre ellos patentes farmacéuticas, agroquímicas y militares, todas ellas de enorme daño a la vida humana y natural, pudiera perfilarse como secretario del Tesoro.

Thanda notó que Kamala se ponía tensa, que cambiaba su forma de mirarle, borraba su amable, casi victoriosa, sonrisa y se erguía en la silla preparando su respuesta a ataques muy diferentes a los que la tildaban de socialista desde la campaña de Trump.

- Creo que no conoces ni entiendes bien este país Thanda. Somos pacíficos, pero defendemos la libertad y la democracia en todos los rincones del mundo, a veces con las vidas de nuestras tropas. No creo que haya mayor solidaridad que esa. Vamos a volver al acuerdo de Paris y a apostar por un pacto verde

hacia un país sin emisiones de CO2 en 2045, antes que la Unión Europea. Innovamos y arriesgamos, por eso lideramos la ciencia y el conocimiento, y sabemos reconocer y respetar, hasta aplaudir, que los que se esfuerzan en ello protejan sus inventos y las patentes premien su esfuerzo y animen más investigación de la cual se beneficia todo el mundo. No creo que haya más fuerte liderazgo que ese. En cuanto a nuestra desigualdad, le aseguro que vamos a acotar el excesivo poder y ganancias de quienes más tienen, pero reconociendo su liderazgo innovador y a menudo su ejemplo de filantropía. *Give back* lo llamamos aquí. Hay una parte importante de la justicia que no es, ni debe ser, a mi juicio, impuesta por el gobierno: este es el país de más "charities" del mundo. Con la redistribución de los más ricos no necesitamos aumentar los impuestos a la clase media, que los gana con su esfuerzo. Sin esos elementos de nuestra forma de vivir, luchar, innovar, trabajar y ayudar a los demás, el mundo no tendría este país que sí, tiene desigualdades, pero aporta una buena parte de los nuevos conocimientos hacia el bienestar, y de argumentos para la paz, la democracia y la libertad.

Hablaba con determinación, casi fiereza, y arrancaba aplausos y vítores en la sala y en los cientos de salas, hasta teatros por varios países. Realmente todo era falso: la supuesta lucha por la democracia lo era por sus intereses, la apuesta por la naturaleza apenas cambiaba su modelo de producción y consumo, la protección de patentes desarrolladas a menudo con fondos públicos mantenía negocios billonarios que contribuían a sus campañas y las menciones a impuestos moderados eran presagio de que la constante desigualdad injusta seguiría creciendo. Pero su retórica y modos de expresión, bien diseñados por expertos en comunicación y marketing, arrancaban aplausos y entusiasmo.

Nayra quiso preguntarla por un hecho muy local, dramático y en el que ella estuvo implicada:

- Una pregunta Kamala, antes de que los amigos de la red de eco aldeas, de la inteligencia artificial y del movimiento de equidad contra la pandemia, le planteen sus preocupaciones y propuestas. Uno de los dramas más tristes de las últimas dos décadas en este país ha sido la epidemia de opiáceos, que ha segado la vida de cuatrocientas mil personas, muchas de ellas en su juventud. Entiendo que te has comprometido a llevar a prisión a los responsables de las compañías farmacéuticas que animaron esta masiva adicción y se enriquecieron a costa de tanto sufrimiento. Pero a la vez como fiscal de este Estado endureciste las penas para delitos menores como tráfico menor y prostitución, consecuencias a menudo de vidas desesperadas arrastradas por las drogas. Pero lo que más quisiera que nos aclararas es por qué habiendo declarado muchas veces estar en contra de la pena de muerte apelaste contra su abolición en California cuando el juez Courtney así sentenció acogiéndose a la octava enmienda por el cruel sufrimiento de una media de veinte años en espera de su ejecución. ¿Puedes explicar esa contradicción y tu objeción a que tal sufrimiento acabe?

- Nuestro sistema democrático de libertades tiene una dimensión esencial en el mantenimiento del orden y de la seguridad ciudadana. No podemos ser complacientes contra el crimen, aunque sí compasivos y hasta a quienes hacen daño a la sociedad ofrecer vías de reinserción como el plan que yo puse en marcha en California. Cuando se debatía la abolición propuesta por el juez Courtney, el pueblo se manifestó en contra de la proposición 62 que anulaba las penas de muerte y sin embargo votó a favor de la proposición 66 que pedía la rápida ejecución de los reos para evitar tan larga y cruel agonía. Cuando

ejercemos cargos públicos debemos escuchar la opinión de la mayoría, aunque a veces vaya en contra de lo que desearíamos. Yo seguiré haciendo campaña contra la pena de muerte.

- Muchas gracias Kamala por todas esas respuestas. Cuenta con nosotros en los estudios y propuestas de equidad sostenible para el derecho a la salud.

Thanda notó como Kamala se relajaba, se sentía victoriosa y adulada en su poder por vítores de sus seguidores. Reflejaba el rostro supuestamente social, solidario y tolerante de lo que no dejaba de ser un capitalismo ciego en su destrucción natural y enajenado en su consumo, entendiendo el sueño americano como la felicidad, y la competición para alcanzarlo como la forma de "sacar lo mejor de cada uno" y encumbrar a sus vencedores. En el fondo era lo que esa sociedad quería y así se reflejaba en las más de mil proposiciones que los ciudadanos del Estado de California habían votado en cien años, también con campañas financiadas por los más ricos, y casi siempre votando en contra de más impuestos y a favor de más seguridad y más garantías de propiedades. Era la conciencia del tener y el competir la que debía cambiar, pero ¿podría ser así en la masa sin empatía, sin equidad y competidora de las ciudades, dominada por unos pocos guiando medios de comunicación, redes sociales y publicidad para el consumo y propaganda para los votos?

Antes del receso para la siguiente sesión sobre las eco aldeas, Thanda aprovechó para intervenir por última vez frente a Kamala:

- El día anterior de las elecciones aquí en Estados Unidos, el país más rico del mundo, uno de los más pobres del continente, Bolivia, elegía a sus líderes.

Les quiero compartir un extracto de las palabras de Chopenacua:

Hoy Bolivia y el mundo vivimos una transición que se repite cada 2.000 años, en el marco de la ciclicidad de los tiempos, pasamos del no tiempo al tiempo, dando inicio al nuevo amanecer, a un nuevo Pachakuti en nuestra historia.

Un nuevo sol y una nueva expresión en el lenguaje de la vida donde la empatía por el otro o el bien colectivo sustituye al individualismo egoísta.

Donde los bolivianos nos miramos todos iguales y sabemos que unidos valemos más, estamos en tiempos de volver a ser Jiwasa, no soy yo, somos nosotros.

Jiwasa es la muerte del egocentrismo, Jiwasa es la muerte del antropocentrismo y es la muerte del teolocentrismo.

Estamos en tiempo de volver a ser Iyambae, es un código que lo han protegido nuestros hermanos guaraníes, y Iyambae es igual a persona que no tiene dueño, nadie en este mundo tiene que sentirse dueño de nadie y de nada.

¿Podría Estados Unidos pasar del individualismo al Jiwasa ancestral y a la anarquía en comunidad de bien, Iyambae? ¿Podría saltar con un mágico quantum desde el agujero negro de la sumisión a los poderes que ya ni podía ver ni entender, a la valentía de ser uno mismo en armonía sin códigos ni jerarquías con la vida?

CXLII. Vencer o convencer, Palo Alto, diciembre 2021

Había pasado un año desde que Thanda y Nayra debatieron sobre un mundo en equidad con Kamala Harris, en el pequeño y entrañable Instituto del Sueño de Berkeley. Hubert volvió a La Habana tras un año ganando premios por todo el mundo para presentar Epicentro en el lugar donde nació y dentro del Festival de Cine Latinoamericano en La Habana.

Nayra volvió a Berkeley donde seguía cuidando con cariño de Enkidu y Jerónimo, navegando su adolescencia en el complejo, casi indescifrable mundo virtual y competitivo. Los adolescentes en aquel país, y poco a poco en todo el mundo, pasaban ya más tiempo mirando pantallas que la realidad. Por las pantallas se comunicaban por WhatsApp, Facetime o Skype, se enviaban imágenes por Facebook, Instagram o Snapchat, videos por Tiktok y YouTube, compraban por Amazon, y se competían por juegos de matar en *grand theft* o *fornite*. Esos eran los más conocidos, porque habían ya más de diez millones de apps, dos mil nuevas cada día, y millones de videojuegos, a los que jugaba diariamente la mitad de la humanidad.

Los estudios, online, por la pandemia habían ido perdiendo claridad en la función del maestro, la veracidad de la información en la web, la relatividad, a veces absurda, de exámenes o notas y la utilidad, en todo caso, de tener títulos. La educación intentaba preparar a los niños y jóvenes para vivir en sociedad y como ésta se basaba en la competición del saber, del tener y del poder, pues a eso fielmente se dedicaban los sistemas educativos de todo el mundo. Competir en la escalera suponía encumbrar al poder y al tener, que estaba dominado por los especuladores, luego por los grandes empresarios y los banqueros, le seguían los manipuladores de opinión en empresas de

comunicación o los “*influencers*” en los medios, más abajo los funcionarios, profesionales de carreras y oficios que trabajaban por un salario, y mucho más abajo los obreros manuales de fábricas y del campo, en buena parte inmigrantes. Como Nour les dijo a sus padres quince años atrás: ¿quye sentido ético tenía el sistema jerárquico de la educación sumisa al sistema del capital y del poder? ¿Creaba personas libres de bien común o todo lo contrario?

Nayra siguió transmitiendo los valores de la generosidad, la creatividad y la armonía con la naturaleza en sus hijos, mientras, como Thanda, vivía con nostalgia y con anhelo la ya larga distancia, el “desierto de abrazos”. Siguió luchando por transformar leyes que pudieran acotar el acoso deshonesto y tóxico de las grandes corporaciones de los alimentos artificiales y el tabaco. A través de esas luchas animaba a redes de jóvenes del área de la Bahía de San Francisco a pensar un mundo diferente como el que demostraban Eila y las eco aledas que, sí, era posible.

En la Navidad del 2020 Thanda pudo viajar a España, acompañar a su madre y su familia en recuerdo de su padre y celebrando la vida, aún tan vapuleada por la pandemia del virus y del miedo. En el viaje conoció por medio de su amigo Juan el piloto, a una azafata, Mar, quien aunaba colaboraciones de arte y poesía para recaudar fondos para ideas nobles. Juan contribuyó a ello y Mar organizó un apoyo a Karelia y su humilde escuelita de sueños de danza para las niñas pobres en dinero y millonarias en pasión, de Centro Habana. No dejaba de sorprenderle a Thanda la inmensidad de almas vibrando por la empatía y la armonía. Realmente todas lo eran, sólo que algunas, bloqueadas en su fluir del amor, buscaban el galso refugio en el poder.

Viajó con Adam a visitar una finca en venta en un valle al sur de Santander, cercana a un pueblo llamado Entrambasaguas. Por un caminito se llegaba a tres casas, y los cimientos de otras dos, entre bosques de robles, hayas, castaños, abedules, avellanos y tejos, praderas frondosas y el nacimiento de un río cristalino llamado Aguanaz. Se enamoraron del lugar, que además tenía muchas otras casas, praderas y bosques alrededor en los que, desde la armonía en ecología familiar, ir formando una eco aldea.

Thanda soñaba con su horizonte de libertad, de escribir, hablar y cantar sin ya ningún filtro y desde la coherencia de vivir sin dañar al legado más sagrado a sus hijos: la naturaleza. Vivía su última etapa dentro de la Unión Europea trabajando para ayudar a Cuba a no caer en las garras del capitalismo enajenado y encontrar en la armonía con la naturaleza el camino. Fue animando intercambios cruzando el Atlántico a vela entre cubanos y elieños para animar en Cuba el "viaje hacia la salida del nuevo sol". En ello apoyaba Sergio, quien desde Cabo Verde había ido animando el movimiento de eco aldeas y la utopía de Eila. También impulsó proyectos de soberanía alimentaria desafiando la raíz de una dependencia insana de alimentos remotos, sobre todo piensos para la dieta cruenta basada en sacrificios animales. En ello tuvo la alianza por la alimentación en conciencia de gratitud con Tito y con Yunalvis. También siguió animando con su colega Lucía una energía limpia y el cuidado del equilibrio de los límites planetarios. En ello encontraron que Cuba podía, en alianzas de pequeñas empresas, en especial cooperativas basadas en economía social, fabricar baterías de cobalto que ayudaran, una por eco aldea, a almacenar la energía limpia. Con Marta y Tobías continuó fraguando una linda amistad y en el trabajo siguieron animando el bello proyecto de "transcultura" que se fue encarnando en un velero de tres palos y treinta metros de eslora en el que doscientos artistas de todas las culturas y formas

de expresión del Caribe se encontraban y expresaban en cada puerto la mágica fusión de arte hacia la visión de un mundo sin petróleo ni avaricia. En la escuela de Cine de San Antonio y en el Instituto Superior del Arte participaron en islas de eco soberanía y creación, pequeñas eco aldeas que, con los ejemplos de los Funes, los Casimiro y tantos más, brillaban fuerte en el mundo. Sus cientos de cineastas y artistas vivían la experiencia pura y limpia de la eco soberanía y la plasmaron en cientos de documentales, películas, música, coreografías de bailes y arte plástico.

También impulsaron los proyectos hacia una sociedad digital que rompiera las trabas de la burocracia, la corrupción del dinero negro y el secretismo de las patentes. Plantearon una Cuba sin dinero en la que cada cubano tuviera una tarjeta donde se registraran sus datos personales, de salud, de propiedades y de ingresos y gastos. De esa manera era posible apostar por una sociedad en equidad: nadie tendría ni en propiedades ni en ingresos, como decía la tabla salarial oficial, más de siete veces el mínimo de dignidad que se estableció por la metodología que llevaba Thanda proponiendo diez años. No eran precisos ni precios ni sueldos centralizados, ni cotos a la actividad e iniciativa de nadie, que habían resultado, por impositivos, **ineficaces** durante tantos años. Sólo se limitaba el no dañar a la naturaleza y el tener o demasiado-poco o demasiado-mucho. Tanto los precios como los ingresos se ajustaban automáticamente según la condición de cada cubano y todos tenían lo suficiente y nadie en exceso.

La mayor parte de la tierra siguió siendo del Estado y se fue ampliando el programa de "usufructos" – uso por veinte años- vinculado a una contribución del diez por ciento de su capacidad para la comunidad y a los cuidados de límites planetarios. Esa vida bajo la curva de equidad fue inspirando a muchos

países a adoptar sistemas parecidos en tres fases: estudio de los mapas geográficos y sociales de equidad delimitando umbrales de dignidad y acaparamiento, seguido de desaparición del dinero y sustitución por tarjetas que llamaron de "garantía de equidad" y por último un sistema automatizado de salarios netos y precios individualizados para progresar hacia la curva ética de la equidad. Era el paso de la equidad antes de la no propiedad de Eila.

Para conocer mejor la realidad y dirigir su esfuerzo en cooperación con empatía, Thanda planteó a la jerarquía europea y cubana el irse a recorrer el país en bici, visitando proyectos, centros universitarios municipales, fincas agro ecológicas y, comunidades. Preparó un mapa detallado y la bici que le dejó al cuidado Sergio y viajó en tren hasta el extremo occidental. Desde allí comenzó una ruta de mil doscientos kilómetros, a una media de cincuenta cada día, descansando los domingos. En total un mes bañándose de paisajes fascinantes y paisanajes épicos. Le recibían en cada lugar con cariño y a veces le acompañaban hasta la siguiente etapa. Consultaba cada día sus mensajes y tareas a distancia, en contacto con su equipo en La Habana. Cuando llegó a la universidad de Las Villas en Santa Clara, se unió a un debate fascinante que su colega Alina, una linda y brava aladid del saber universal y la conciencia de la energía única, preparó con estudiantes y profesores, para animar una red de soberanía del conocimiento. Lo diseñaron con los más de cien centros universitarios municipales, tan humildes como bravos y luminosos, para que, al compartir los saberes y sus aplicaciones a las necesidades de las comunidades, hicieran redundantes las patentes y el negocio de las ideas. A mitad del camino pasó varios días en la finca del medio ayudando, y aprendiendo, a construir las mágicas bóvedas de terracota de Chavely. Había enviado con Leidy y Giraldo una impresora 3D, un software para compartir prototipos con más de cien mil aliados-del-saber de todo el mundo, y ya

Antonio y su hijo estaban diseñando máquinas para los riegos, bombas y molinos. Así continuó su viaje hacia el oriente de la isla mágica en la que fue derramando su corazón, empapándose de ideas y sentires de sus gentes y acabando las veladas con la guitarra y versos al viento.

Ya eran más de cincuenta millones de personas que por todo el mundo vivían en múltiples formas de eco aldeas espirituales: además de comunidades en naturaleza surgieron eco barrios como en Nagasaki, eco cooperativas como en Cuba, eco flotas que atravesaban los mares, eco tribus que transitaban nómadas entre eco aldeas como polinizando ideas y pasiones. Intentaban, con poco éxito, alzar su voz en las Naciones Unidas, un foro simbólico de discursos de ideas, cuyo presupuesto anual, cinco milésimas del gasto mundial, las limitaba a un foro de ideas "políticamente correctas", con un anacrónico consejo de seguridad que vetaba lo que no convenía a los países dominantes, cada vez más centrados en Estados Unidos, aún aliado con Europa, y China, cada vez más aliado con Rusia.

Biden y Harris tomaron finalmente el poder tras una larga lucha legal contra Trump, quien adujo fraude en la campaña desvelando que ante su plan de tensar más el comercio con China, la fábrica barata de las grandes corporaciones americanas, y de regular a las poderosas gestoras de activos realmente grupos de especulación global, como BlackRock, éstas, dominantes de la economía mundial, apoyaron con fondos, medios y el poder manipulador de Carlyle, la candidatura de Biden, aliado sin fisuras con el capital y las armas, los verdaderos poderes del país más lejano a la armonía social y natural. También influyó que tales tensiones llevaran a los laboratorios Pfizer y Moderna a anunciar la supuesta efectividad de su vacuna contra el Covid justo unos días después de las elecciones. Biden fue perdiendo fuerzas por su

edad y las intrigas de su hijo con el gas de Ucrania, y así Kamala, en la sombra, fue revelando su fluido verbo y retórica de la libertad y a la vez desvelando su incapacidad, o falta de voluntad, como ocurrió con Obama, para desmontar el complejo mundo del poder del capital que influía en los trabajos y ahorros de los ciudadanos, en los presupuestos y políticas del gobierno, y en las estrategias de control de la inteligencia artificial.

Mientras Thanda progresaba en la propuesta de sociedad sin dinero y en equidad, con más jóvenes cuidando de la naturaleza y contribuciones cubanas al bien común global como algunas vacunas y medicinas, y las baterías de cobalto; y mientras lentamente se expandía la red de eco aldeas espirituales, crecía el capitalismo especulador, los negocios billonarios, incluidos los de bienes vitales como los medicamentos o vacunas, y la sumisión de la mayor parte del mundo que, sin ni siquiera ya entender sus cadenas, se refugiaba en la comunicación, ocio y consumo digital.

Los jóvenes de la familia de Ukuzwana, Joseph y Nothando, con Thandiwe y Marco, en la misión originaria, Buhleve en la Escuela Latinoamericana de Medicina de Cuba y Lisy, de vuelta en Brasil con su primer amor Joao, Saidu en Sierra Leona, Martín en Eila, Moyes y María de vuelta en Robledo, Daniela y Alain en Normandía, Ángeles y Laarsen en Suecia, Adam, Cassie y Unai y Altea desde España, y Nour desde Nueva York, eran partidarios de no esperar a que el capitalismo sucumbiera a la alternativa sin propiedades de las eco aldeas o a, para quienes se aferraran a la abstracción mental de las propiedades, a vivir con los principios éticos de la equidad.

Invitaron a un debate por internet con la generación que quedaba de los pioneros que aún vivían, Nolwasi en Ukuzwana, Fernando y Umbela en Eila,

Helen en Bulawayo y Nadine en Johannesburgo; y la generación intermedia, Thanda en La Habana, Nayra en Berkeley y Jonay y Aimsa en White Lake, a quienes se unieron amigos del alma con quienes animaban eco aldeas y equidad y se preparaban a dar el salto que escapara a la fuerza gravitacional de las ciudades:

Llamaron a la reunión: "la revolución por el ejemplo: con lucha o sin ella".

Empezaron Nolwasi y Umbela, las madres de la espiritualidad desde Ukuzwana y la Ternura desde Eila.

Nolwasi dijo:

- Querida familia. Qué bello poder conectar todos juntos. Desde que Patxi fundó Ukuzwana y John la Ternura, la alianza por el bien común en armonía con la naturaleza ha crecido en las eco aldeas espirituales. Recordamos con cariño y gratitud a Patxi, a Haka, a John, a Beatriz y tantos que nos guiaron en los caminos por todo el mundo con esos nobles principios. Sus espíritus están presentes entre nosotros ahora y nos guían con su luz.

Umbela siguió diciendo:

- Comparto el profundo sentimiento de gratitud hacia quienes nos guiaron y nos siguen dando luz, a quienes estáis dando testimonio de armonía por todo el mundo, y a quienes vosotros, jóvenes, ofrecéis vuestra valentía para inspirar a un mundo más justo.

Adam comenzó hablando en nombre de los jóvenes:

- Gracias familia, sin vosotros nos sentiríamos débiles y perdidos. Thanda nos cuenta que el modelo de equidad va inspirando debates de muchos gobiernos en el mundo y Aimsa nos dice que ya con más de cien mil eco aldeas por todos los países del mundo. Esas son nuestras grandes referencias y esperanzas. Primero vivir con equidad sabiendo el acúmulo como injusto y absurdo, y luego la misma propiedad como cadena que ahoga el alma. Pero los jóvenes que nacimos y crecimos en el espíritu de Ukuzwana os queremos compartir nuestra preocupación por el mundo que vemos fuera de esas islas de armonía. Esas islas sólo albergan al 0,7% de las personas en el mundo. La destrucción de la naturaleza continúa, con cien millones de toneladas diarias de CO2 a la atmósfera, cincuenta millones de árboles son talados cada día y desaparecen a diario ciento cincuenta especies de vida, por la destrucción humana. Esa avaricia, basada en el antropocentrismo arrogante y el consumismo ciego, sacrifica a quinientos millones de animales cada día bajo enorme sufrimiento. Pero también la especie humana se hace daño a sí mismo, dejando morir por injusticia a diecisiete millones de personas cada año, unas cincuenta mil cada día. Nosotros podemos vivir en plena armonía en nuestras eco aldeas, pero no podemos ser ciegos a tanto sufrimiento. Tenemos que hacer algo.

Thanda respondió así:

-Es un privilegio sentirme de esta familia con un sentimiento de unión hacia quienes nos inspiraron en el camino y ya no están en esta dimensión de la existencia, de unión en las ideas de gratitud al universo, armonía con todas las otras formas de vida, y empatía para sentir con el otro y por ella sentirnos todos parta de la misma energía. Para fluir en esa bella armonía necesitamos tener la valentía de dejar fluir nuestra ternura. Vuestra propuesta de actuar

sobre las redes del mal, del dolor y de la injusticia, como hizo toda su vida Haka, implica que la ternura que por la empatía siente nuestra alma por quienes sufren, la convirtamos en valentía de denunciar lo que no es justo y si el sistema lo ignora, intentar luchar contra ello. Vuestra propuesta es ética, Adam. Pero pensemos: cuando muchas personas contribuyen a un sistema puede ser porque no lo saben, ni sus consecuencias, es decir contribuyen con baja o nula conciencia al sistema, o porque saben lo que hacen, y contribuyen conscientemente. En el primer caso, lo necesario es aumentar su conocimiento de las causas y consecuencias de sus decisiones y acciones. Eso lo intentamos hacer desde la red de eco aldeas y desde la evidencia del movimiento por la equidad. Seguro que lo podemos hacer mejor. Respecto a la segunda situación me pregunto: ¿es lícito cambiar un sistema si los que lo forman están de acuerdo con él? Nosotros no estamos de acuerdo y nos salimos, manteniendo una relación abierta e intercambiando o incluso como insistió John, contribuyendo con impuestos para los servicios básicos universales. Pero, repito, ¿es lícito que además de alertar las conciencias del daño del modelo de producción destructiva y consumo enajenado, luchemos contra un sistema asumido como válido e incluso único posible por otros, de hecho, la mayoría?

Nour intervino:

- Es imposible que quienes sufren la marginación por desigualdades injustas puedan estar de acuerdo con el sistema y no lo quieran cambiar. En todo caso pueden estar manipuladas sus conciencias o amenazada su voluntad con el miedo, para que no deseen o luchen por ese cambio. Por ejemplo, con las elecciones: se convence con propaganda de un supuesto cambio, una supuesta justicia, y una supuesta igualdad que no es cierta. Hay que dar un paso más. Pero es que además el sistema no sólo afecta a los que viven y

contribuye in al él sino a todas las formas de vida en el planeta. Ternura nos sobra, pero debemos también ser valientes y atrevernos a luchar contra el mal, la causa de tanto sufrimiento, sobre todo los que aún no han nacido y más aún otras especies animales que sufren nuestro daño al planeta y nuestro afán depredador. Hagamos algo familia. Siento la llamada simbólica que desde aquí en "WhileLake" debemos contribuir a algo que neutralize "BlackRock".

En ese momento intervino Aimsa:

-Desde la red de eco aldeas espirituales lo intentamos: en Nueva York hablamos en las Naciones Unidas de nuestra experiencia sin quemar fósiles ni dañar la naturaleza. Se unen a la red casi diez eco aldeas nuevas cada día. Casi una décima parte de los eco aldeanos están recorriendo el mundo y animando al cambio en los caminos, los pueblos y las ciudades de todo el mundo.

Siguió hablando Nayra:

- Es muy importante que hablemos a los jóvenes y utilicemos los medios con los que se comunican en internet. Hacerles ver que otro mundo es posible. Tienen que saber que todos están bienvenidos en las eco aldeas para experimentar el gozo de la armonía en comunidad y comunitaria.

Entonces habló Unai:

- El ejemplo de las eco aldeas, la propuesta de la equidad, la sensibilización de la huella ética, todo está muy bien. Pero es lento e insuficiente. Al paso actual tardaríamos siete siglos en tener un mundo de eco aldeas. Si cada eco

aldea anima a la creación y desarrollo de otra cada cinco años, entonces aceleraríamos la expansión, pero tardaríamos cuarenta años. Ya sería muy tarde. Al ritmo actual de emisiones, que casi nada cambia con los compromisos internacionales, en quince años llegaremos al calentamiento sin retorno, dejando un futuro muy incierto para todos, incluidas las eco aldeas. Además, como dice Nour, sea inconscientemente o conscientemente, no es justo tanto daño por desigualdad y por destrucción natural.

Moyes explicó algo más:

- Es imposible que el sistema deje de generar desigualdades injustas y pérdida de vida por ello. Debemos ser valientes y también inteligentes.

Jonay intervino:

- Tienes razón Moyes. Pensemos. Empecemos por analizar qué formas hay para aumentar el nivel de conciencia de quienes sin saber contribuyen al sufrimiento ajeno e incluso propio. Al desvelar y difundir los secretos de intrigas, perversión y crueldad de los poderes públicos y privados, para que las personas no voten a unos ni compren o ahorren en otros.

Joseph había preparado con Adam y en diálogo con el resto de "jóvenes de Ukuzwana" un esquema de acciones y alianzas:

- La capacidad de hackeo existe para desvelar esos secretos. Hay formas de acceder a la información pública y privada y de desvelarla y difundirla, pero la persecución del poder del sistema es feroz, tienen decenas de miles de personas y miles de millones dedicados a perseguir cualquier acceso a "sus

secretos". Para pasar inadvertido se puede instalar una red privada virtual - VPN- o se pueden usar los servicios como 'CyberGhost', pero los servicios de inteligencia acaban descubriendo el origen y procesando por "traición" a sus líderes como Assange, en proceso de extradición por traición desde el Reino Unido a Estados Unidos o Snowden, refugiado y escondido en Rusia. La plataforma Anonymous ha ido manteniendo la confidencialidad de muchos hackers que desvelan secretos para "poner en jaque" al gobierno de Estados Unidos, pero está también muy limitada. Otros, después de ser apresados, acaban siendo cooptados por el sistema para pasarse al otro bando y proteger la seguridad del poder público o privado, como Kevin Mitnick. Si hacemos algo debe ser con muchísima inteligencia y astucia. Para que todos estéis tranquilos, esta conexión está encriptada. Nadie nos está pudiendo oír.

Buhleve entonces intervino.

- El legado de mi padre Haka es la valentía, el coraje de desvelar la verdad. Dio su vida por ello. La forma fue tirar del hilo de dramas como el tráfico de niños, como me ocurrió a mí, o de los venenos de Monsanto. He estado pensando mucho en ello últimamente. Sería agotador el recopilar los millones de documentos e informaciones que desvelen la perversión de los gobiernos de grandes poderes económicos, cooptados por ellos, de los ejércitos y la industria militar y de las grandes empresas con comercio global. No sólo, en caso de acceder de forma impune a desvelar toda la perversión que domina el mundo, sería un inmenso trabajo de detección, análisis y difusión estructurada, sino que sería casi imposible para cualquier ciudadano dedicar el tiempo a entender todos los detalles antes de comprar, ahorrar o votar.

Thanda intervino para comentar lo que Buhleve compartió:

- Así es, Buhleve. Como hablamos hace poco paseando por el malecón. Cuando hace doce años impulsé en Bruselas la política de derechos de la infancia de la Unión Europea, una ministra holandesa con coraje insistía en que se montara un sistema europeo de análisis y etiquetado de cualquier producto europeo o importado donde hubiera evidencia de trabajo infantil. Esa propuesta fue rechazada por el resto de los países, pero yo hablé mucho con aquella ministra, que tenía, desde su infancia en Indonesia, experiencia y compromiso con ese tipo de perversión del comercio mundial. Investigamos productos alimenticios y materias primas de la minería: casi no había ninguna excepción a la regla de que todos ellos estaban relacionados directamente o indirectamente con trabajos infantiles legales o ilegales en los países de procedencia. Cuando investigamos productos, como son ya la mayoría, en los que participaban varios países, desde envasados hasta componentes electrónicos, rastrear el trabajo infantil se convertía en una complejísima tarea de espionaje, pero casi siempre resultaba en que la práctica totalidad de los productos globalizados comprendían trabajo infantil. Después fui invitado por la plataforma de "ONGs" europeas para reflexionar sobre su rol en el siglo XXI. Reflexionando sobre el consumo inconsciente que genera daño les dije que las acciones positivas aisladas que ellos promovían seguían siendo importantes, sobre todo como testimonio, pero que era necesario contrarrestar las acciones negativas, mucho más extendidas y poderosas. Les propuse crear una máquina entonces, ahora podría ser una app en el teléfono, que leyera los códigos de barras de productos en el comercio e identificara aquellos con prácticas inmorales por abusos laborales, toxicidad, falsedad, abuso de precios y patentes y daños ambientales. El trabajo, que algunas ONGs iniciaron, era inmenso: en un gran supermercado puede haber más de diez mil tipos de productos a la venta, en Amazon son más de doce millones

de productos diferentes. Es imposible analizar cada uno de ellos en todas las dimensiones de daño, y además mantener esa base de datos actualizados.

Entonces intervino Aimsa.

- Lo que es cierto es que pocas empresas dominan el comercio global. Empecemos por los alimentos, lo que más compra la gente: diez compañías controlan la mayor parte de los piensos, casi todos de soja y maíz transgénicos, de las semillas, también más y más genéticamente manipuladas, de los agroquímicos y herbicidas, de los aditivos y de los alimentos procesados. Si se investiga cada una de esas compañías, no por producto sino por sus prácticas generales de daño ambiental y humano, se simplifica el análisis y se pueden proponer boicots generales basados en información objetiva. Lo hicimos con varias campañas de información y boicot a Monsanto, con poca repercusión: sus ventas siguen y siguen aumentando, aún camuflado bajo la fusión con Bayer. Así lo hemos hecho con el grupo IBFAN contra Nestlé, que contribuye a prácticas inmorales de trabajo infantil, de comercialización ilícita y perversa de sustitutos de leche materna y de contaminación ambiental. Nestlé tiene más de dos mil productos y una buena proporción de las ventas de alimentos procesados, y hemos informado de su actividad deshonesta por muchos medios. Hasta convencimos a la iglesia católica en el Reino Unido en los años ochenta para participar en una campaña de boicot. Pero el efecto es mínimo. Menos del cinco por ciento de los consumidores en el mundo participa de algún tipo de boicot.

Daniela, la más joven del grupo, intervino:

- Entonces decidnos, por favor, ¿qué se puede hacer para parar que el

consumo ciego contribuya a todo ese daño?

Joseph añadió:

-Podemos intentar influir en que se redistribuya esta gran desigualdad en el mundo. Como Mr. Robot. Podemos utilizar el sistema SWIFT y revertirlo, pero los más pobres y sometidos no tienen tarjetas de crédito ni cuentas en los bancos. Y en todo caso debemos tener mucho cuidado. Con similares intenciones hay hackers, como el argelino Hamza Bendelladj que transfirió cuatrocientos millones de empresas billonarias a organizaciones de apoyo al pueblo palestino, que están condenados a cadena perpetua. Además, ninguna de estas acciones ha supuesto apenas una mínima transferencia de la opulencia a la necesidad. Necesitamos estudiar como hacer un cambio mucho más trascendente, irreversible y no dejar huella.

Thanda dio su opinión:

- Yo creo que no hay casi ningún comercio global que se libre de daño por abusos laborales o destrucción natural. El gran capital domina el comercio y lo concentra en pocas compañías que producen a gran escala, que además controla y camufla precios para seguir aumentando sus beneficios. Para ello va localizando la extracción de materias primas destructiva a través de grandes mineras y petroleras, de manufacturas en países de mano de obra barata bajo condiciones laborales abusivas y sin ninguna protección social, añadiendo en los alimentos aditivos tóxicos dominados por unas pocas corporaciones, sobre todo Monsanto, y especulando con stocks y precios para más y más beneficios de menos y menos acaparadores. Por eso creo que la solución es no consumir casi nada ajeno a lo comunitario y regional, lo que no

viene envasado, lo que conocemos en su origen. No sólo así se evita tanto daño, sino que así recuperamos nuestra conciencia de saber lo que consumimos y con ello la libertad de, en empatía, dirigir nuestro esfuerzo, intercambio, y nuevas ideas para el bienestar, en armonía humana y natural.

Entonces intervino Thandiwe, desde Ukuzwana:

- Entonces Thanda, si sólo se debe gastar en lo local, el número de productos será mucho más bajo y se limitará a necesidades mucho más básicas. Las personas que tienen más ingresos comprarán tierras y propiedades que irán también a pocas manos. En Matabeleland hay unas pocas compañías, sobre todo chinas, que están comprando más y más tierras.

- Es cierto Thandiwe. Hay un principio básico por el que tenemos que seguir dando testimonio y luchando: que la tierra, la naturaleza, no puede ser propiedad de nadie, sino cuidada en armonía para el bien común.

Nothando, quien ya iba tomando de Nolwasi el relevo en el liderazgo espiritual en Ukuzwana, preguntó:

- Si conseguimos que haya menos consumo global y dañino, y que la naturaleza no sea propiedad de nadie, muchos ahorrarán su dinero y seguirá creciendo ese magma oscuro que siento que es el "capital en pocas manos" del que habla Joseph. ¿Que puede ocurrir si las personas gastan menos y ahorran más?

Joseph intentó responder:

- El gasto de consumo por encima de lo esencial y local va, como nos decía Thanda, sobre todo a grandes corporaciones y a sus sistemas de especulación e injusticia. Lo paradójico es que la vida austera ahorrando acaba en el mismo sumidero de la producción y consumo destructivas, de naturaleza, conciencia y equidad, y en su gran aliado, más bien dueño, la especulación financiera global. La mayor parte de los ahorros se depositan en bancos comerciales que ponen sus "activos" -dinero virtual de segunda generación- en bancos de inversión y grandes compañías -tercera generación de la "gran mentira"- que a su vez son "gestionados" por las grandes especuladoras como BlackRock, Vanguard y State Street. Estos poderes oscuros preparan paquetes de acciones en combinados como *iShares* que Aladdin se encarga en hacer que crezcan y aumenten los dineros de quienes especulan con más dinero y más falso, y en las grandes compañías que en pocas manos van, por escala y especulación dominando el sistema y las vidas de quienes consumen, ahorran y votan, con una ilusión de libertad, en él.

Nour intervino con fuerza:

- No podemos refugiarnos en nuestros paraísos de eco aldeas ni en las teorías de la equidad y ver como cada día el monstruo de este sistema perverso asesina a cincuenta mil personas, cincuenta millones de árboles y quinientos millones de animales. Entiendo que desde el ejemplo de otra forma de vida podemos inspirar a muchos, pero cada día cuenta. Con inteligencia y con valentía. Que la ternura del recuerdo de John y Patxi, inspire la valentía de Haka y nos de las fuerzas para, aun arriesgando, aunque sea nuestras vidas, contribuyamos a que este sistema tan perverso colapse. ¿Qué se puede hacer?

Adam respondió así a su hermana:

- Hay que pensar como un ingeniero. Parece que la base es una inteligencia artificial, Aladdin, codificada para favorecer a los más poderosos, para que el dinero falso de cuarta y quinta generación siga creciendo y así ejerza su poder sobre los niveles inferiores, superiores en esa pirámide imaginaria, de dineros a los gobiernos, a sus presupuestos y fondos de pensión, al de las empresas, de los bancos, y el de las personas.

Joseph siguió su argumento:

- Pensemos por un momento: ¿qué pasaría si colapsase la base, Aladdin?: acciones de casi todas las grandes compañías del mundo por valor de veinte billones de dólares se irían desmoronando, y como en 1929 y en 2008 el colapso de la bolsa llevaría a la quiebra los grandes grupos especuladores, a la mayor parte de los bancos de inversión y a muchas de las grandes compañías que suministran a su vez a muchas pequeñas empresas, negocios familiares y hasta las tiendas donde las personas compran. La producción se desplomaría y también el comercio, la inversión internacional y el consumo, todo ello bueno para el medio ambiente y para una Humanidad que poco a poco aprenda a vivir sin dinero y en comunidad.

Thanda reaccionó con preocupación:

- Vuestros pensamientos son nobles, vuestra preocupación es sensible al dolor, y vuestra rabia, que comparto, es natural y necesaria para el cambio. Sólo os quiero decir que debemos ser muy inteligentes y estar muy unidos. La crisis del 2008, que fue tan sólo por el colapso de unos bancos de inversión que llevaron la especulación de hipotecas a un extremo insostenible, causó sesenta millones de desempleados, sobre todo entre los más pobres, un

descenso de las remesas que enviaban los emigrantes a sus familias, aumentaron los precios de los alimentos, de la energía y del transporte, de los medicamentos, disminuyeron las capacidades de los países más pobres para mantener servicios de salud, y como consecuencia de todo ello el número de pobres según el dintel extremo del Banco Mundial, aumentó en ciento treinta millones. Se calcula que el aumento de la mortalidad por todo ello, sobre todo por mortalidad infantil, pudiera haber sido de unas trescientas mil muertes más al año mientras durase la crisis y sus efectos. El colapso de Aladdin podría causar un efecto mucho más devastador. Las eco aldeas ofrecen la posibilidad de vivir con casi total independencia del sistema. Pero, pensemos con empatía que, en el fondo, son un privilegio de menos del uno por ciento de las personas que han podido desvincularse del sistema o han tenido el coraje de hacerlo.

Unai intervino entonces:

- Quizás voy a decir algo muy simplista, pero quiero entender: Thanda, nos dices que el sistema actual causa diecisiete millones de muertes al año. Si el colapso del mismo provoca, pongamos, medio millón, el efecto es positivo ¿no?

Thanda intentó responder:

-No es tan sencillo. El impacto negativo se sumaría a la injusticia reinante, pues las diferencias en el patrimonio y en la seguridad de afrontar la crisis podrían, hasta que se regenerase el sistema en un orden justo, aumentar aún más las desigualdades y el sufrimiento injusto que ellas provocan. Lo estamos viendo con la pandemia, que colapsa partes del sistema y afecta sobre todo a

los más pobres. El capital se redirige y han aumentado los beneficios de Amazon y los grandes poderes manipuladores según aumenta el tiempo en que la gente pasa delante de pantallas.

Adam volvió a hablar en nombre de los jóvenes:

- Entonces ¿que proponéis? Nosotros estamos dispuestos a arriesgarnos por luchar, no a esperar, no podemos estar tranquilos en nuestros paraísos sabiendo que hay tanto dolor, tanta destrucción, tanta injusticia.

Thanda respondió:

- Todos queremos lo mismo Adam. Con la premura e inquietud de la juventud, o con la serenidad y paciencia de la experiencia. Le pido a Nolwasi y a Umbela que nos guíen. Ellas inspiraron a que, con ellas, Patxi y John fundaran Ukuzwana y las eco aldeas. Ellas perciben su luz como nadie y es por esas ideas que estamos aquí, unidos, soñando y luchando, "luñadores" de un mundo mejor.

Primero tomó la palabra Nolwasi:

- *Siyalibonga abantwane wami* (os damos gracias, nuestros hijos). Patxi y John, y también Anwele, Beatriz, Haka y todos los antepasados nos inspiran luz y fuerza. Veo la fuerza impaciente de los jóvenes y la prudencia de los que nos siguen. Nosotras ya estamos en el ocaso de esta existencia, en profunda unión con quienes se fueron, sobre todo nuestras almas gemelas, y sin miedo a ese salto. Veo que, de diferentes formas, todos queremos un mundo de armonía y ser generosos para avanzar en él. Es el legado de Patxi. Unos con

pensamientos, otros con acciones. No actuéis ni con urgencia desesperada ni con complacencia desde el privilegio. Buscar la forma de combinarlo todo. Sólo con pensar en ello, intentarlo y estar unidos en ese empeño de bien, ya la luz brilla y se expande en formas que ni podemos entender. *Siyakuthanda...* (os queremos)

Umbela dijo así:

-Es inmensa mi felicidad de escuchar a todos vosotros con tanto afán en hacer bien en armonía con todas las formas de vida. Siento igual que Nolwasi. Recuerdo como John me decía que la mejor forma de vencer a alguien que nos quería hacer mal, siempre sin entender, era aliarlo a la causa. Pensemos más profundo: ¿de dónde viene tanto dolor? O de la ignorancia o del miedo. De la ignorancia de no saber, de no tener conciencia, de cómo lo que hacemos afecta a otros. Para ello hay que seguir hablando y compartiendo de todas las maneras posibles. Sin juicios morales, pero con hechos, sin pensar que somos poseedores de la verdad, y con mucha humildad. Pero puede ser también por miedo el que muchos actúen, en conciencia, dañando vidas ajenas. Miedo de los de arriba en caerse al fondo si no están arriba en el poder, y miedo de los de abajo en sentirse aislados e indefensos si no siguen dominados por el poder. Además de la conciencia debemos aplacar esos miedos con el amor. Esa es la mayor de las pruebas. Amar a quien hace daño. Y amar no es callar, ni someterse, ni complacer... es tender la mano a estar unidos, a dejar las quimeras de las propiedades y de las jerarquías. Invitemos a más y más personas a experimentar la vida sin esas cadenas. Y sí, mientras tanto, veamos cómo se puede redirigir ese Aladdin hacia el bien, aliarlo a la causa: ¿sería posible convertirlo en un aliado que promueva lo que no contamina ni crea desigualdades?

Así concluyeron la reunión. Nothando compartió la preciosa melodía de la lista de Schindler, Jonay cantó "faltarán estrellas" y Thanda "sin fin" que todos, desde tantos rincones del mundo cantaron *"tu luz en mí me une al universo...sin fin"*.

Nolwasi se despidió de todos diciendo:

-Que de la ternura engendremos la más poderosa valentía: la de amar.

CXLIII. La larga vuelta a casa, Entrambasaguas, Cantabria, septiembre 2023

La pandemia del Covid paralizó al mundo en el 2020 y fue repitiendo olas cada vez más livianas según fue aumentando la inmunidad de los jóvenes, que, valientes, salieron a infectarse, inmunizarse, trabajar en el bien común y abrazar a los mayores, mucho más aún que antes de la pandemia.

Las grandes corporaciones farmacéuticas intentaron hacer negocio con sus vacunas transgénicas que además de insolidarias se fueron mostrando ineficaces, con inciertos efectos secundarios y contraproducentes para la inmunidad natural de los jóvenes, valiente, solidaria y armónica, como la naturaleza. Fue todo un símbolo el que la variante leve que inmunizó a casi toda la inmunidad salió de Africa, el continente olvidado por la gran Farma y los países ricos y acaparadores. A finales del 2021 el mundo fue saliendo así de su confinamiento pero volvía a un sistema que seguía dominando el poder y el capital, las ciudades y los países, el consumo y los fósiles. Pero las semillas del cambio ya estaban sembradas.

El 24 de febrero del 2022 Putin invadió Ucrania, convertida en el campo de batalla entre los imperialismos de Estados Unidos, aliada por la OTAN con la Unión Europea, y de Rusia, en connivencia con China. Comenzaba un nuevo orden mundial y una renovada Guerra Fría, ya ni tan fría por los bombardeos sobre Ucrania, con un rearme nuclear capaz de destruir toda vida en la Tierra doscientas veces y un cambio climático acelerado hacia el suicidio como especie y biocidio de las demás inocentes.

Thanda siguió poniendo su alma en la peña de la ternura, que fue creciendo y reuniéndose no solo en la casa de Tercera sino en teatros, escuelas y rincones de la Habana y varios tours por la isla. Publicó un cancionero con los dibujos de su padre y sus poemas cantados que grabó en un roncón de cuarto improvisado como estudio en el que "su alma se confesaba cada día".

Siguió poniendo su mente en avanzar en los estudios de la equidad en el

mundo: con los datos de Naciones Unidas sobre la población y muertes por países, sexo y edades escribió su tercer libro sobre el análisis global de la equidad. De catorce países con bienestar en equidad sostenible en el 2010, y siete en el 2015, los últimos datos del 2020 revelaban que ya no había países de referencia y buscó regiones, aunque había pocos datos. Todo era un símbolo de que la era de las naciones debía ir viendo su atardecer y dar el relevo a las aldeas en soberanía y colaboración global.

Su pensar lo llevaba al cooperar en aquel bello último destino de Cuba. Se ocupó con pasión en discernir un sistema gradual que animara a Cuba hacia la eco soberanía local y la colaboración en bienes públicos globales, yendo hacia la equidad de ingresos y medios y hacia la utopía de Eila. Y siguió poniendo su corazón en mimar de su madre, casi como hiciera su padre, en la distancia y en dos estancias largas con ella cada año, de expresar amor y apoyo a sus hijos, y en esperar, a veces desesperando tras tantos años de soledad, el reencuentro en un hogar, aunque fuera una mochila en el camino, con su anhelada Nayra. Cuando pensaba en ello le asaltaba el temor de si la soledad de su Amama se repetiría en su destino.

Sus alianzas con las ideas y propuestas globales de Aimsa y Jonay, la espiritualidad de Nolwasi y Nothando en Ukuzwana, la armonía de Umbela, la valentía de Adam, Nour, Unai, Ángeles, Daniela, Joseph, Moyes, Thandiwe, Saidu...la fuerte generación que les seguía, la belleza de Nayra, el cariño de su madre y la limpia y suavemente-poderosa luz de su padre, Patxi, John y Haka, le guiaban un camino en el que cada día tener menos propiedades y seguridades y más gratitud y entrega a la armonía sencilla en naturaleza.

Fue así que Thanda fue regalando a quienes más necesitaban, todo lo material que tenía en la casa de Tercera. Legó a su familia las fotos y los recuerdos de artesanía. Se quedó con poca y sencilla ropa, unas gafas para fuera y bajo el mar, útiles de aseo y su guitarra Paracho. Creó la fundación Valyter para

promover la vida en armonía, sin emisiones, propiedades, jerarquías, verdades ni fronteras y puso todos sus ahorros del salario de funcionarios y la vida austera de tantos años. Cedió una parte de sus ahorros para que la casa de Tercera fuera convertida en el instituto de la equidad. Recopiló y escaneó todos sus documentos, los tres mil dibujos de su padre, diarios propios y para sus hijos, estudios de sus estudios y propuestas en más de veinte países, unos cincuenta títulos y nombramientos innecesarios e inmerecidos, más de cien cursos , conferencias y presentaciones en universidades de una docena de países, artículos publicados e inéditos, libros científicos, sus 111 canciones en mp3 y mp4 siguiendo su "guion del alma" y sus novelas, valentía y ternura del final del siglo XX, y ternura y valentía del principio del siglo XXI, juntas "ValyTer". Todo ello lo llevaba en una pulsera con un USB de 32 gigabytes, con copias a sus hijos y a Nayra. Los estudios de equidad, las novelas y la música las hizo públicas a través de una web que llamó Valyter.com.

Ligero de equipaje, levantó el vuelo.

Tenía sesenta años, casi veinte estudiando, casi veinte de médico por el mundo y otros veinte en el mundo de las palabras por la academia, la política y hasta la literatura. Recordaba a Humet, que su padre y él musitaban a menudo y quien murió a la edad en que ahora Thanda soltaba el lastre y volaba, por fin, libre. Se identificaba con el "regreso" de Humet, necesitaba despojarse de "compromisos y desencantos que le prendieran con un alfiler" y reconciliarse "haciendo suyos los contenidos de las canciones -y escritos- que defendió".

Hubiera querido quedarse en Cuba, a vivir en un usufructo rural como campesino comprometido en cuidar de la naturaleza y contribuir a la comunidad. Insistió a través de sus empeños en la política, ley , estrategias y cooperación hacia la eco soberanía con sus aliados Marcelo, Funes, Casimiro, Giraldo y tantos otros, pero Cuba seguía viviendo su estado de sitio y no

dejaba que los extranjeros accedieran a usufructos. Esperaba con ilusión volver a un usufructo para bañarse en sus paisajes y sus gentes.

Desde que, a finales del 2020, mientras compartía la Navidad con su madre y su familia, visitó la finca del nacimiento del río Aguanaz en Cantabria, la tierra donde su Amama se fue valiente a desafiar las tradiciones y se enamoró de un anarquista, sintió que allí estaba el hogar que aguardaba tras tantas aventuras por el mundo.

Entre su País vasco de las raíces y su Asturias de sus veranos de la infancia y adolescencia, estaba esa pequeña provincia preñada de naturaleza frondosa a los pies de los magníficos picos de Europa y hacia un puerto de donde su padre zarpó a Inglaterra huyendo de Franco con una pequeña maleta, una chaqueta y un reloj, que guardó Thanda.

Compró con los ahorros puestos en la fundación ValyTer aquel rincón de naturaleza. Alrededor había campesinos dedicados a la armonía con la tierra y muchas fincas en venta a las que fueron llegando los buenos amigos David y Anne, Rene y Liliana, José Manuel y Kristel, Sergio y Teresa y muchos más con quienes fueron fundando la eco aldea de Aguanaz, que se unía a las más de ciento veinte mil por todo el mundo donde vivían renunciando a títulos, propiedades, jerarquías y fronteras casi sesenta millones de eco aldeanos, faros hacia una nueva humanidad.

La última peña de la ternura en Tercera, en la que donó todos los libros, artesanía, ropa y útiles del hogar que le quedaban, fue muy emotiva. Vinieron más de doscientas personas que habían rodeado el mágico universo de Thanda en Cuba: jóvenes músicos, campesinos, funcionarios, diplomáticos, profesores, estudiantes, científicos, poetas, médicos, políticos, rebeldes... de todo origen, condición e ideas. Se fundieron en abrazos tan anhelados tanto tiempo mientras Thanda cantaba "el marido de la peluquera". Recordó, como siempre, a su padre con "sin fin". Tras cuatro horas de poesía y música, entre

lágrimas y emociones, acabaron con el himno final que poco a poco fue uniéndose al de la belleza de Aute, "faltaran estrellas". Eran tantos los recuerdos, tan profunda la huella que Cuba dejó en el alma de Thanda para siempre que sentía el inevitable desgarró del viajero que va demarrando su alma en cada puerto.

Llegó a Aguanaz donde ya vivía Adam y Unai. Fue andando desde Santander con su mochila y la maleta de su padre. Llegó a la última curva del camino donde había un cartel que decía "bienvenido a ValyTer". Al doblar la curva vio las casas y como Adam se acercaba a él. Con profunda emoción se abrazaron. Luego corrió Unai al encuentro.

De tanta emoción se olvidaron de cenar. Cayó la noche y simplemente se tumbaron en el prado a ver las estrellas. A dejarse inundar por la belleza.

Al día siguiente se despertó, como fue ya siempre su costumbre, antes del gallo, miro a su alrededor en el pequeño cuarto y sus pertenencias, que cabían en la mochila y en la pequeña maleta de cuero de su padre. Sintió una profunda paz. Fue filtrándose la luz del amanecer.

Comenzó así Thanda, si la vida le daba vida, su tercer tercio, tras el largo y sinuoso camino hacia el hogar, en naturaleza, en comunidad, en armonía.

CXLIV. Una mirada..., ValyTer, 2050

Thanda sentía que llegaba su momento de “dejarse diluir en la energía de todo”. Lo sentía con profunda gratitud. Veía en sueños la serena sonrisa de sus padres. La vida le había sido muy generosa. Incluso con el tiempo pudo entender lo que en muchos momentos le parecía excesiva soledad. Vivió con pasión sus relaciones con las personas, con la naturaleza y con la energía que trascendía la materia. Defendió sus ideas en la política, la academia, el activismo y a través del arte.

Había pasado su “tercer tercio” de una forma sencilla en la finca Valyter, conviviendo con sus hijos y con buenos amigos, y fundando una linda eco aldea en el valle de Entrambasaguas. Siguió componiendo y cantando en las noches frente a la chimenea sus poemas, dando algunas conferencias en la universidad de Cantabria, en el Palacio de la Magdalena y por internet y animando un movimiento político en España que poco a poco extendió los valores de Eila, sin fronteras, propiedades, dinero ni jerarquías, a toda la península ibérica. Cada noche se conectaban desde ValyTer con la gran familia del espíritu de San José: Nothando y Joseph, y Thandiwe, Marco y Félix en Ukuzwana, Martín y su madre Yolanda en Eila; Jonay y Aimsa desde White Lake; Buhleve, Elías y Hasi, Pedro, Suzi, Tito, Yunalvis, Alina, bweny y Mirjana, Elias y Carla, Edu y Liz y tantos más desde La Habana, Lisy y Joao desde Bahía; Alin desde Bombay y Akira desde Japón. Recordaban con profunda gratitud a quienes dejaron un camino de luz e iban sabiendo como se expandía la red de eco aldeas y como cada uno luchaba por aplazar las garras del poder. Nayra vivió con sus hijos en Berkeley hasta que se emanciparon y una década después que Thanda, llegó a ValyTer. Thanda y Nayra habían compartido la ternura en la distancia y algunos encuentros, pero se dieron cuenta de que habían ido creando universos paralelos y debían conocerse de nuevo. Y así fue. Y regresó el amor que tanto tiempo la vida sometió al despierto de la

distancia.

Adam ocupó una de las casas de ValyTer y se volcó en labrar los campos, ordeñar las vacas y hacer excursiones en las que filmaba la belleza de la naturaleza y la bañaba con su música. Unai pasaba temporadas también en ValyTer preparando guisos naturales y yendo a escalar los picos de Europa. Lo hacían montando a los caballos y yeguas que Nour fue criando y cuidando en las praderas de Valyter. Ángeles y Laarsen, Daniela y Alain, y Moyes y María, y tiempo después Jerónimo y Enkidu con sus compañeras, construyeron cabañas en praderas cercanas y fueron formando parte de la eco aldea de ValyTer.

Umbela, Fernando y Nolwasi fueron fundiéndose en la energía de todo, rodeados de amor y en sereno declinar. Umbela y Fernando se unieron a las raíces de la sabina en el valle de la Ternura que alimentaba John, y Nolwasi se unió a Patxi, Haka y Anwele bajo la jacaranda de Nour, dejando una luz serena y profunda en el recuerdo de todo Matabeleland. Nothando heredó su magia espiritual y mantuvo los brazos abiertos de Ukuzwana a todas las eco comunidades de Bulilila-mangwe. Joseph trasladó su fábrica de sueños a Ukuzwana desde donde compartía por internet su conocimiento con jóvenes inventores de todo el mundo. Thandiwe y Marco siguieron cuidando enfermos en la misión y su hijo Félix estudió medicina en la Escuela Latinoamericana de Medicina, con Buhleve, y volvió a Ukuzwana con una linda violinista cubana llamada Karla, a tomar el relevo de sus padres. Allí en Cuba creció Hasi, quien heredó también la pasión de sanar de sus padres. Su madre Buhleve, dirigió la Escuela Latinoamericana de Medicina y promovió escuelas universales del sanar en Asia, en Europa y en África, y relacionaron la salud con la equidad que estudiaban y debatían desde la casa de la ternura, en Tercera, que dirigía Pedro. Lisy ya no se separó de Joao y lideraron con fuerza, desde Bahía, en Brasil, la vía campesina para infundir en las eco aldeas de todo el mundo el

buen hacer de la permacultura y luchar contra las agroindustrias tóxicas.

Jonay y Aimsa siguieron animando eco aldeas en Estados Unidos y luchando contra las redes del poder. Aimsa murió hacía unos pocos años en profunda meditación, entre el amor de Jonay y el nirvana de su maestro Sri. Jonay llevó, según el deseo de Aimsa, sus cenizas a unirse bajo la jacaranda de Nour con sus almas gemelas Anwele, Haka, Patxi y Nolwasi. Jonay ya no volvió a salir de Ukuzwana, ayudando en la clínica, en las celebraciones y lentamente yéndose para unirse con su amada.

Adam fue creciendo en sensibilidad y sabiduría espiritual. Veía con fuerza como todas las fuerzas del espíritu de Ukuzwana armonizaban en una profunda esencia que fue transformando la Humanidad. En los años veinte, cuando Thanda, Jonay y Aimsa entraban en su tercer tercio, fue liderando el grupo de jóvenes de Ukuzwana que sentía que además de expandir la luz de las eco aldeas y de Eila, debían despejarle el camino luchando contra las tinieblas como hizo Haka. Estudió con Moyes y Joseph programas informáticos y juntos desarrollaron nuevos sistemas basados en la física cuántica y otras formas de energía cósmica. En la distancia estudiaron con Akira las bacterias que podrían diluir el asfalto de la tierra y los plásticos del mar con los que la Humanidad fue inundando el planeta.

Durante la oscura década de los años 20, el colapso económico por la pandemia del Covid, aceleró la concentración de poder en un grupo cada vez más reducido en cuya cúspide BlackRock y su cerebro Aladdin dirigían todos los flujos financieros y por lo tanto de dinero y de lo que se extraían agresivamente del suelo y del subsuelo, que las fábricas procesaban con tóxicos químicos y se comerciaba en todo el mundo con las más hábiles técnicas de manipulación mental. Hacia el final de la década Aladdin dominaba la venta por ciento de la especulación financiera global y su presidente, Larry Fink dominó la economía primero con Biden y luego con Kamala, que presidió

Estados Unidos el resto de la década.

En 2030 ya había doscientos millones de personas viviendo en eco aldeas demostrando que podían vivir libres del consumo globalizado que ahogaba la bella libertad y noble bondad en el fondo de cada ser humano. Aun así, eran tan sólo uno de cada cuarenta personas. El resto seguía viviendo cada vez más concentrados en ciudades sin sentir la naturaleza ni ver los amaneceres, los atardeceres o las estrellas, cada vez más dominados por el mercado controlado por unos pocos y por un sistema de inteligencia artificial que dominaba sus pensamientos, sus esfuerzos y hasta sus sueños.

El siglo siguió viendo la robotización de todo. Los ordenadores se hicieron obsoletos y los móviles dieron luego paso a las gafas donde mínimos movimientos oculares guiaban pantallas que llenaban la retina periférica de constante información y juegos, todos dirigidos a mayor sumisión al consumo y al poder que ya todo, gobiernos y conocimiento, bienes y capital, dominaba. Las personas casi se olvidaron de mirar con conciencia, con amor, a los ojos de los demás. Las dietas tóxicas se unían a medicamentos con patentes y ambas, intoxicando y mitigando sus efectos, ocupaban la mitad del gasto, y por lo tanto del tiempo y esfuerzo, de las personas. El resto se gastaba en hipotecas, contratadas para hasta tres generaciones, de pisos cada vez más pequeños en edificios "inteligentes" cada vez más altos, donde el alimento, los medicamentos, el ocio, la comunicación y hasta los sueños se distribuían ordenadamente. Por el sistema de control y por las pandemias que siguieron infectando a la humanidad, como mensajeros que llamaban a un cambio de vida, las familias casi no salían de sus pisos y apenas algunas veces al año, planificadas y vigiladas, fuera de los edificios. Los niños, en sus "educaciones" por internet, dirigidos a competir para ser mejores soldados del sistema, empezaban a no saber cómo olía una flor, como se sentía la brisa en la piel, como sabía una manzana natural, y como se veían las estrellas. Incluso los

abrazos se iban denostando como "primitivas formas de comunicación de alto riesgo".

Desapareció el dinero y todo se archivaba en un chip bajo la piel donde se registraba, como un código de barras, la información de cada persona: sus datos personales, genéticos, médicos, laborales, de ahorros y de consumo. Con el tiempo los chips fueron registrando también sensaciones captadas por el cerebro y pensamientos. Todo se conectaba a nodos de inteligencia artificial que dirigían y controlaban cada dimensión de la vida de cada persona.

A pesar de que el uso de algunas energías renovables como la solar, la eólica, la geotérmica fueron aumentando y con ello el hidrógeno verde y los acumuladores de cobalto y otras tierras raras que se empezaron a extraer de la luna y de meteoritos, la escasez de esas tierras raras, y el coste de las misiones espaciales, dio paso la expansión de la fisión nuclear y sus peligros radioactivos. Tras un grave accidente en Ucrania, bajo la invasión rusa, casi enteramente dependiente de esa energía, Estados Unidos y la Union Europea por un lado y Rusia y China por el otro, decidieron ligar el uso de la energía nuclear al sistema militar emulando el modelo del SACCS -Sistema de automatizado de comando y control estratégico.

A pesar de todos los discursos y firmas de políticas fatuas, las emisiones de carbono siguieron subiendo y ya en 2030 estaban cerca del billón de toneladas acumuladas que llevaría al grado y medio, la fiebre del planeta y todo lo que seguiría de desastres biológicos y de los ciclos de todos los elementos.

Nadie supo nunca cómo ocurrió ni cómo se originó. Hacia el final de la década del 2030, el sistema Aladdin, que ya tenía un poder de autocontrol superior a cualquier orden humana, comenzó a orientar las inversiones de los especuladores de tal forma que uno por uno fue colapsando, hasta el último, BlackRock. Todo el dinero virtual se evaporó en apenas un año. Los chips de cada persona igualaron sus ahorros durante el solsticio del verano del norte

de 2030. Pero poco a poco fueron colapsando también las fábricas contaminantes y con ellas el consumo enajenante por lo que los chips y su dinero virtual fue perdiendo valor.

Casi a la vez que Aladdin, cual Frankenstein, acabara con el monstruo que lo creó, nadie sabe cómo ocurrió para que los sistemas SACCS se bloquearan de tal forma que hiciera imposible cualquier detonación de fisión nuclear cívica o militar.

Algo extraño también ocurrió con los pozos de petróleo y gas de todo el mundo. Una bacteria hasta entonces desconocida los fue contaminando de forma que se disolvían en agua y abonos orgánicos no combustibles y que absorbían el carbono de la atmósfera. La bacteria se desarrolló a tal velocidad que rápidamente se extendió por todo el mundo y penetró las reservas de petróleo en todo el mundo. Los combustibles fósiles dejaron de ser la droga que durante dos siglos enloqueció a la humanidad. Otra bacteria fue afectando a las semillas transgénicas y convirtiendo el glifosato y otros herbicidas en abonos de vida.

Las eco aldeas espirituales fueron multiplicándose y cada año se dobló su número. Al llegar los nuevos miembros huidos del sistema que colapsaba se extraían los chips del control, se quitaban las gafas virtuales, volvían mirar a los ojos, a recobrar sus sentidos oliendo flores y especias, viendo amaneceres, sintiendo el calor de los abrazos. De cada eco aldea se formaron grupos que animaban y guiaban a otras. Antes del 2040 casi la totalidad de la población del mundo vivía en eco aldeas inspiradas en el decálogo de Umbela.

Se diluyeron así las fronteras, el dinero y las jerarquías, que se recordaban en libros de la "historia equivocada". La red Humana de eco aldeas en Armonía Natural, REAN, sustituyó a las Naciones Unidas, ya sin naciones ni vetos; y acordó un sistema de "alianza del saber hacia el alivio del dolor" ASHAD para paliar enfermedades y otras causas de dolor, a veces por el propio egoísmo,

miedo y su traducción en violencia.

Las eco aldeas proveían, sin propiedad el agua limpia, el alimento sano, el refugio natural, la energía limpia y la más esencial necesidad humana: los abrazos. La colaboración global proveía de más saberes y unos pocos bienes comunes globales.

Fue así que el espíritu nacido de la misión de San José y del valle de El Cabrito, luego Ukuzwana y Eila fue invadiendo de Valentía y Ternura que diluía el temor de ser-uno-sólo, y de Ternura y Valentía, que lo elevaba a diluirse en vida y en el misterio de la energía que todo une a esa forma de vida en ese pequeño planeta de una estrella mediocre en una de las cien mil millones de galaxias de uno de los multiversos de una existencia que mágicamente se concentraba en toda su magia, en toda su belleza... en una mirada de amor... en la que Thanda se fundió para la eternidad.